

NAVARRO VILLOSLADA, FRANCISCO (1818-1895)

AMAYA Y LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

ÍNDICE:

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

Del habla que tuvieron el rey y su ministro

CAPITULO II

De las hermosas vistas que tenía el castillo del ciego

CAPITULO III

Música de los godos, letra de los vascos

CAPITULO IV

En que el tiufado comienza a contar su historia

CAPITULO V

Donde se prosigue la historia del tiufado

CAPITULO VI

Donde se acaba el día, pero no la historia del tiufado

CAPITULO VII

De cómo al fin llega el de la historia del tiufado

CAPITULO VIII

Que trata de la Amaya gótica, de la romana la vascongada

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO I

Castillo de tiempo inmemorial, palacio primitivo y señores casi
seculares

CAPITULO II

Casa nueva y nueva vida

CAPITULO III

«Y cayó como cuerpo muerto cae»

CAPITULO IV

Que trata de batallas desconocidas y de motines hartos vulgares

CAPITULO V

De cómo se fue cada cual por su lado, excepto Lope de quien no se cuenta que se moviera de su sitio

CAPITULO VI

De los pasos que dio Teodosio en busca del brazalet de Amaya

CAPITULO VII

En que se cuenta quién salió de la sima de Aralar, del habla que tuvo con Teodosio, y de la boda que le propuso

CAPITULO VIII

El eco de los montes de Navarra

CAPITULO IX

Donde sin probarse que Amagoya fuese astrologa, resulta materialmente demostrado que tenía ribetes de astrología

CAPITULO X

De como resolvieron los ancianos que Ranimiro fuese ejecutado en Aitormendi

LIBRO TERCERO

CAPITULO I

En que se anuncia un nuevo y divertido espectáculo en el anfiteatro de Goñi

CAPITULO II

De cómo Ranimiro y su hija fueron encerrados en Gastelúzar

CAPITULO III

En que el autor hace dormir a sus personajes, y quizá también a sus lectores

CAPITULO IV

De lo que pensó García en el monte y tuvo que oír en el valle

CAPITULO V

Donde se estira y prolonga por opuestos cabos la materia del CAPITULO anterior

CAPITULO VI

De cómo entró Pelayo en Val-de-Goñi y de la entrevista que tuvo con Amaya

CAPITULO VII

De cómo en el palacio de Goñi no había recado de escribir

CAPITULO VIII

En que principia la lucha

CAPITULO IX

Cómo el rabino Abraham Abén Hezra salió de Gastelúzar

CAPITULO X

En que se da fin a la primera parte de esta verdadera historia

SEGUNDA PARTE

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

En que Munio tonsura y viste de monje a Ranimiro

CAPITULO II

De cómo en la capital de Vasconia, ni para remedio se pudo encontrar un vasco

CAPITULO III

En que comienza el fin

CAPITULO IV

De cómo Eudón fue ungido

CAPITULO V

De cómo Ranimiro era fuerte en medio de su debilidad, y débil Amaya en su misma fortaleza

CAPITULO VI

Que Eudón había nacido de pies

CAPITULO VII

De cómo discurre Eudón para contar su historia

CAPITULO VIII

En que se rectifica y aclara, y se pone en su punto la historia de Eudón

CAPITULO IX

De las nuevas que tuvo Eudón de su prometida esposa

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO I

En que se trata de la basílica Iruniense y de lo que en ella aconteció

CAPITULO II

De cómo discurre un mozo con el entendimiento, y un venerable anciano con el corazón

CAPITULO III

En que el Santo Obispo Marciano se muestra cada vez más prendado de García

CAPITULO IV

De la falta que cometió Amaya, y del castigo que recibió

CAPITULO V

En que todo da vueltas, menos la veleta

CAPITULO VI

Aventuras de García Jiménez durante el motín de Pamplona

CAPITULO VII

En que Petronila vuelve a las andadas, y acaba por dar insignes pruebas de cordura

CAPITULO VIII

En que el príncipe Decalvado echa de menos su cabellera y su Francisca

CAPITULO IX

De cómo García más que navarro, va pareciendo aragonés

LIBRO TERCERO

CAPITULO I

En que Teodosio de Goñi hace llorar a su padre

CAPITULO II

De cómo el Abad aconsejó a Teodosio lo que éste quería

CAPITULO III

De cómo las niñas dicen las verdades de las locas

CAPITULO IV

En que se dice quién era el Basajaun, y qué significa su nombre

CAPITULO V

En que no se dice quién era el escudero, ni quién el ermitaño

CAPITULO VI

En que la historia obliga a decir más de lo que se quisiera

CAPITULO VII

Cómo se celebró la gau-illa de Miguel y Plácida en Jaureguía

CAPITULO VIII

De cómo terminó la noche de los muertos

CAPITULO IX

De la entrevista que tuvo García Jiménez con Ranimiro en la puerta del poniente

CAPITULO X

Del terrible y descomunal encuentro de Eudón y García Jiménez

CAPITULO XI

Que sería el último, si no le siguiesen otros

LIBRO CUARTO

CAPITULO I

De cómo principió la reconquista en España

CAPITULO II

De la visita que tuvo el solitario de Aralar

CAPITULO III

Que no yerra quien obedece al superior

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

Los aborígenes del Pirineo occidental donde anidan todavía con su primitivo idioma y costumbres, como el ruiseñor en el soto con sus trinos y amor a la soledad, no han sido nunca ni conquistadores ni verdaderamente conquistados. Afables y sencillos, aunque celosos de su independencia, no podían carecer de esa virtud característica de las tribus patriarcales, llamada hospitalidad. Tenían en grande estima lo castizo, en horror lo impuro, en menosprecio lo degenerado, pero se apropiaban de lo bueno de los extraños, procuraban vivir en paz con los vecinos, y unirse a ellos, mas que por vínculos de sangre, con alianzas y amistad.

Si quebrantaron esta regla, fue dejándose llevar de bondadosa condescendencia con los extranjeros. Quince siglos antes de Jesucristo, los vascos ribereños del Ebro, principiaron por albergar a los celtas en su feracísimo territorio, y concluyeron por confundirse con ellos, formando la gran familia celtibérica, que tuvo solar en lo mediterráneo de la Península, y capital en Numancia. Los mismos pirenaicos que se mantuvieron a la orilla izquierda del río, ufanos con la pureza de su sangre y su idioma, dejaron a los celtas instalarse por largo tiempo en los llanos de Álava, hasta la oca de la Burunda, y más tarde se hicieron amigos del cartaginés Aníbal, le abrieron paso y le acompañaron a la vanguardia de la maravillosa expedición de Italia, según lo recuerdan todavía en una de sus más hermosas canciones.

Años después sostienen guerra contra César Augusto, para terminar la cual conviértense en aliados suyos, y con tal lealtad estrechan su mano, que Roma no tuvo nunca mejores amigos, y a la caída del imperio, Paulo Orosio, testigo presencial de la catástrofe, los hace más romanos que los romanos mismos.

Nunca, sin embargo, los fáciles amigos de celtas, cartagineses y latinos, con quien se avienen a pesar de la diferencia de casta, lengua y religión; nunca aceptaban alianza, ni trato, paz, ni tregua siquiera de los pueblos septentrionales que cayeron sobre la Europa meridional, y a borbotones, se derramaron por España en el siglo V.

Provincias imperiales, naciones cultas, todos los pueblos conocidos se encorvaron y tendieron desfallecida cerviz al látigo más bien que al yugo del vencedor: los vascos sólo permanecieron en pie, y se atrevieron a mirarle frente a frente, y le arrojaron el guante a la cara, enarbolando estandarte de santa libertad en la cresta de los Pirineos. Y enhiesto supieron mantenerlo allí por espacio de tres siglos.

Por aventurado y peregrino que parezca semejante aserto, por inverosímil e inexplicable que resulte el hecho, la historia misma, escrita por visigodos -no tenemos otra-, se encarga de justificarlo.

En efecto, si con debida imparcialidad examinamos los escritos contemporáneos, no dejará de llamar nuestra atención, que sus autores apenas mencionen el advenimiento de monarcas visigodos, como no sea para advertirnos que su primera hazaña, al ocupar el trono de Sevilla o Toledo, fue *domar a los vascones*, nombre antiguo de los navarros, que desde las montañas de Jaca, poblaban por la falda de los Pirineos hasta Pasajes, de allí frente a Logroño, y descendiendo al riquísimo valle que fecunda el Ebro, llegaban cerca de Tarazona, siendo una de sus principales ciudades la nobilísima Calahorra.

Consta que Requiario, Eurico, Leovigildo, Recaredo, Gundemaro, Siseuto, Suintila, Recesvinto y Wamba, *sujetaron a los vascones*, frase que constantemente repetida por espacio de tres centurias, viene a significar precisamente lo contrario de lo que suena. «Siseuto y Suintila, dice el docto Sr. Cánovas del Castillo, testigo de mayor excepción en la materia, pelearon asimismo con la gente vascona en los llanos de Álava y la Rioja, sin penetrar, *ni intentarlo siquiera*, en el interior de las montañas vascongadas».

Y consta, por historiadores árabes, que la noticia de la más lastimosa y célebre invasión sarracénica en Andalucía, *sujetando a los vascones*, sorprendió cerca de Pamplona al último rey visigodo.

Tan larga serie de conquistas *definitivas*, que sólo termina con el súbito hundimiento del imperio conquistador, es argumento concluyente a favor de la independencia de un pueblo, que no tiene historia propia que oponer a la de los extraños, ni más diplomas que sus cantares, ni más archivos que tradiciones y leyendas.

Y si a éstas y otras pruebas, que por amor a la brevedad omitimos, se agrega el testimonio vivo del idioma y del linaje, purísimo resto arqueológico, animado hasta hoy como por arte de encantamiento; no puede menos de maravillarnos que algunos críticos tomen por lo serio la frase de *domuit vascones*, que los godos tenían como en estampilla para añadir al nombre de cada nuevo monarca toledano.

Esa guerra constante de trescientos años, que principia por la invasión de los septentrionales y concluye por su desaparición no se funda en la diferencia de castas, pues ya hemos visto a los vascos de la ribera, nada esquivos ni zahareños, amalgamarse con celtas orientales y casi hiperbóreos, y aliarse con astutos cartagineses meridionales: no se nutre en antipatías religiosas; porque al principiar la guerra, ni todos los vascos eran cristianos, ni a la conclusión de ella dejó de haber ningún visigodo que no fuese católico: tampoco se explica por la aspereza del territorio pirenaico; porque Pirineos más salvajes aún que el Occidental, son los del Centro y Levante que los godos cruzaban sin tropiezo alguno, comunicándose por ellos con la Galia Narbonense, parte a la sazón del reino hispano.

¿A qué causa, a qué razón obedece el fenómeno histórico que estamos contemplando?

Los críticos modernos quieren hacer aquí distinción entre vascones y vascos, es decir, entre Navarra y Provincias Vascongadas. Suponen a los primeros indómitos, feroces, intratables salteadores de llanos y campiñas ocupados por los enemigos; y a los otros, tan blandos y bonachones, que no sólo no guerrearon con romanos ni visigodos, «sino que tampoco tomaron tan a pechos... cuanto los moradores de otras regiones más pobladas y ricas, y más cultas sin duda, la independencia política, que ellos de hecho conservaban siempre entre sus breñas». -«Mientras aquellas pacíficas tribus iberas, prosiguen, vivían así apartadas de todo externo influjo, y sin entender por lo común a los beligerantes, ni ser por ellos comprendidos, reyes, caudillos, naciones enteras pasaban al pie de sus montañas sin hacer alto, curándose poquísimos de tal gente y de la tierra inhospitalaria a la sazón, que la habitara».

No está la historia conforme con semejante explicación. De cuatro grandes ciudades construidas en el largo transcurso de tres siglos por aquellos bárbaros, que empuñaban el azote de Dios, enviados a destruir más que a edificar; tres fueron erigidas en territorio vasco: a la falda de Gorbea, Leovigildo fundó a Victoriaco; al opuesto lado, Suintila impuso a los ribereños del Arga el castigo de construir a Ologitum (Olite); en su tiempo también se alzó Fuenterrabía, en la desembocadura del Bidasoa; y para completar el formidable cuadrilátero, Wamba, por último, fortificó a Pamplona, plaza entonces inexpugnable y punto el más avanzado de sus conquistas. No dieron, pues, escasa importancia los visigodos a la tierra pirenaica.

El interés de la resistencia era común, la guerra debió de ser general y por todos los vascos más o menos, directamente sustentada; y si a los navarros tocó pelear en la vanguardia, ha de atribuirse a condiciones topográficas o de otro orden, en cuyo examen no podemos entrar a la ligera. En estas páginas procuraremos explicarlo.

Se trata de uno de los más hondos misterios de nuestra historia: duelo parece de pueblo a pueblo; combate singular entre dos héroes, uno de los cuales se llama imperio godo y otro *escualerri*, tierra vascongada. Guerra a muerte en que pelear es vivir, y abandonar el arma, sucumbir y caer en la huesa. Duró más de tres siglos como pudiera haber durado menos de tres semanas, si uno de los combatientes hubiera querido ceder; como habría durado otras tantas centurias, si el postrer testigo del duelo no hubiese echado el montante separando a tan encarnizados enemigos, que al fin deponen sus odios para unirse contra él. Y porque no falten ni la leyenda, ni la máquina poética en esta magnífica epopeya, ahí están por un lado los godos con maravillas del orden sobrenatural que espantan, y por otro los vascongados, la raza superviviente, sin rastro ni memoria de ningún héroe, sin haber conservado el nombre siquiera de aquellos esclarecidos guerreros que debieron acaudillar muchedumbres heroicas por espacio de más de trescientos años. ¡Lástima para unos cuantos capitanes, pero gloria para todo el pueblo, que de esta manera se destaca en el horizonte de la historia con la magnificencia de la soledad!

¡Qué sublime espectáculo, sin par tal vez en los anales del mundo, ofrece esa tenaz y desesperada resistencia del débil, contra el fuerte, coronada al fin con la victoria del poseedor pacífico y honrado contra el injusto agresor!

Al transportarnos en alas de la fantasía a tan remotas edades, sentimos en el alma la grata frescura de la virtud sencilla, del heroísmo espontáneo y modesto, del vigoroso amor patrio, como al subir a las montañas se perciben auras purísimas, siempre renovadas, aromas acres y vivificantes, alegría restauradora, y ese bienestar inefable que físicamente nos dilata el pecho y moralmente nos eleva a Dios.

¡Gloria a Dios, y lancémonos a las tinieblas de lo pasado por entre selvas seculares y monumentos megalíticos, sin más guía que frases de la historia, fragmentos de cantares, leyendas y tradiciones, a sorprender a dos grandes pueblos en el supremo momento de su implacable lucha, para ver cómo acaban unas edades y cómo empiezan otras, y cómo viene a ser principio lo que parece fin: que fin es lo que en vascuence significa *Amaya*, y en lenguaje cristiano se llama Providencia!

PRIMERA PARTE

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

Del habla que tuvieron el rey y su ministro

A principios del siglo VIII el imperio visigodo, cuya capital era Toledo, se extendía desde la Galia Narbonense hasta más allá de Tánger; sin que los Pirineos de Aragón y Cataluña, ni el Estrecho de Gibraltar sirviesen de límites al dominio hispano.

Sólo algunas tribus ibéricas que poblaban las faldas pirenaicas desde el Adur hasta el Ebro, se mantenían independientes, sosteniendo lucha tenaz, que desde las primeras embestidas de los suevos, contaba ya cerca de trescientos años.

El territorio más accesible de las vertientes meridionales, abierto y desprovisto de natural defensa, sucumbió desde luego al mayor número: Suintila y Wamba mucho más tarde, estuvieron a punto de enseñorearse de Vasconia; pero las sierras y barrancos, con sus selvas y precipicios, sus cuevas, torrentes y cataratas, conservaron siempre la primitiva independencia, como los picos altaneros guardan la nieve, que no pueden derretir los soles de cien siglos.

Dominaban los godos por un lado las llanuras comprendidas entre las dos cadenas de montañas que arrancando de la parte superior del Ebro y separándose en Álava, tornan casi a juntarse en la Burunda; y salvando con harto peligro tan angosto paso, llegaban los conquistadores a la cuenca de Pamplona, ciudad que constituía su principal presidio. Y por el lado opuesto, es decir, por la parte del Arga, ceñíanse a las pingües riberas de este río, desde su magnífica desembocadura hasta aquella plaza, donde se unían entrambas curvas. Rudos brazos de hierro cuyas manos se enlazaban en Pamplona, pesados y sin fuerza muscular para estrujar lo que abarcaban, sólo oprimían la tierra que tenían debajo. En el centro de ese círculo respiraban en libertad las sierras de Cantabria, de Urbasa y Andía, con los ricos valles que esmaltan sus laderas como vellones un manto de armiño; y fuera de la periferia vivían, no sólo independiente, sino hasta cierto punto en paz y holgura, los moradores de Guipúzcoa, Vizcaya, y contrafuertes de las casi inaccesibles alturas del Pirineo central.

Hemos usado la palabra *dominación*, porque los visigodos poseían ciertamente en el anillo territorial que dejamos trazado, ciudades en que guarecerse, tierras que cultivar, y alguna, aunque siempre arriesgada comunicación entre sí; mas no parece digna de aquel nombre la ocupación no pocas veces interrumpida, con frecuencia turbada por sobresaltos y amenazada siempre, de poblaciones, en que los conquistadores vivían como bloqueados, y de campos que se aventuraban a sembrar, a riesgo de que los conquistados recogiesen el fruto.

La necesidad en que se vieron los visigodos de fundar tres ciudades en país vasco, sin contar la restauración de Pamplona, prueba lo difícil que debía de serles en antiguos tiempos sostenerse allí. Pero en la época en que comienza nuestra historia, estas dificultades subían de punto por la flojedad consiguiente a los desórdenes del último reinado.

Los godos se mantenían a la defensiva, y en casi forzado reposo. Witiza que había destituido y arrancado los ojos a Favila, duque de Cantabria, con mando militar y político en toda la región pirenaica, separó también a Ranimiro, de la familia real de Chindasvinto, deudo por consiguiente de Favila, tiufado, conde en la Vasconia, y uno de los más activos y expertos capitanes godos en aquella tierra.

Los gobernadores que les habían sustituido, ni eran tan vigorosos, ni podían disponer de los medios necesarios para continuar la guerra. Proseguíanla con desaliento, como si adivinaran la inutilidad de todo esfuerzo y la proximidad de la catástrofe.

Pero a fines del año 710 los visigodos habían estrenado rey, lujo que con frecuencia sobrada, aun para monarquías electivas, se permitía la imperial Toledo. La faz de las cosas debía de cambiar, por consiguiente, si el nuevo monarca seguía la costumbre de domar a los vascos, de que no prescindían sus predecesores.

Una revolución asombrosamente dirigida, derribó en efecto del trono a Witiza, tan aborrecido por su impiedad como por sus liviandades. Púsose al frente de la conspiración un griego, u romano, esto es, español latino, llamado Eudón, que acababa de llegar de Bizancio, con grande y al parecer merecida reputación de valor y sabiduría.

Hízose en poco tiempo amigo de Rodrigo, que vivía oscurecido, procurando que el rey y la corte se olvidaran de que era nieto de Recesvinto, hijo de Teodofredo, asesinado por el monarca reinante, y sobrino carnal de Favila. Prudente y casi obligada modestia en tiempos en que ser de su estirpe era vivir de milagro.

Habiendo observado que Witiza, para retener a los godos avergonzados ya de tanto escándalo, quería hacerse jefe del partido anti-español, resucitando la famosa ley de razas derogada por Recesvinto, fundador de la unidad política de la monarquía; trató de ponerse al frente de partido español o romano, y fueron tan hábiles sus maniobras y tan rápido sus movimientos, que a pesar de haber empleado como ariete el popular tumulto, la primera noticia que Witiza tuvo de la conspiración fue verse preso por los amotinados.

Constituidos éstos después del triunfo en junta (senado romano la llaman los historiadores), representaron la conocida farsa de la elección, y naturalmente pensaron en nombrar al nieto de aquel gran rey a quien tanto debían los españoles por haber derogado los aborrecidos privilegios góticos. Sólo había una dificultad de vencer, según los oradores del senado: la resistencia de Rodrigo a salir de la feliz oscuridad en que vivía, con su bellísima esposa Egilona, en las dulzuras de la vida privada. Fueron, pues, a persuadirle de la necesidad que tenía de aceptar la corona, suplicándole casi con lágrimas, que en aras de la patria moribunda, hiciera el sacrificio de ocupar el trono.

Resignóse el conspirador, y nombró a Eudón, como era consiguiente, conde de los Notarios, o sea, ministro de Estado.

Eudón lo merecía, según la jurisprudencia de los pronunciamientos que, por lo visto, parece antigua; pero tuvo además el mérito real de no derramar ni una gota de sangre. Rodrigo, en cambio, no perdonó a Witiza.

Poco después de estos sucesos, en la primavera de 711, llegó a reinar en Toledo una especie de fiebre anti-vascónica. Sisebuto y Ebbas, hijos de Witiza, convertidos con general asombro en flamantes y desinteresados amigos del matador de su padre, pasaban también por entusiastas partidarios de la prosecución de la guerra y conquista definitiva de los rebeldes iberos. La campaña vascónica era para ellos empresa de honra nacional, y forzosa, por lo tanto, aún en el caso de que no correspondiese a las esperanzas por todos concebidas.

-Mas no será así, decían al rey estos excelentes patricios: domaremos a los vascones, si no andamos con mezquindades; si emprendemos la guerra a muerte que hasta ahora no han querido hacer nuestros mayores; si vos, serenísimo Señor, vais en persona a dirigir las huestes, aunque nos quedemos acá sin un pedazo de pan, sin un soldado.

No sonaban mal semejantes discursos en los oídos del rey, más guerrero que político; valiente, ganoso de laureles, y resuelto como nadie a debelar a los vascones, por lo mismo que Witiza los había tenido abandonados; y no disgustaban tampoco a los judíos, hartos quebrantados con la muerte de su protector, y que instintivamente se arrimaban a la opinión de los hijos de su antiguo amigo, aunque los viesan figurar ente los primeros cortesanos de su verdugo.

Como quiera que fuese, se decretó la guerra, y tropas y más tropas, y municiones y bastimentos, fueron llegando a Calahorra, Victoriaco, Ologitura y Pamplona. Arietes, catapultas y otras máquinas de batir no eran necesarias, toda vez que los montañeses no tenían más fortaleza que sus rocas y desfiladeros, si se exceptúa alguna que otra casa fuerte condecorada con el nombre de castillo, que sólo servía para evitar golpes de mano, no para larga defensa.

Eran los visigodos grandes militares, y sobre todo eminentemente organizadores, y tenían el ejército dividido en tiufadías o regimientos de mil hombres, mandados por milenarios, quingentarios, centenarios y decanos, que correspondían a nuestros coroneles, comandantes, capitanes y oficiales. En el arma de caballería no reconocían rivales. Prepositos o generales de brigada mandaban varias tiufadías, y un preposito general en jefe, todo el ejército. El rey había confiado este cargo a Pedro, gobernador de la provincia tarraconense y duque de Cantabria. Susurrábase, sin embargo, que este último puesto lo quería Eudón para sí, como retiro muy semejante a reinado feudal.

Dividíase el imperio visigodo en provincias tamañas como un mediano reino, y una de las mayores era la de Tarragona, que comprendía los Pirineos, del uno al otro mar, las fragosas sierras cantábricas, hasta confinar con Asturias, y las riberas y valles del Ebro, desde su nacimiento, cerca del Océano, hasta su desembocadura en el Mediterráneo. Los gobernadores civiles y militares de las provincias, llamábanse duques; y el de la región pirenaica, que desde el tiempo de los romanos llevaba el nombre de Tarragona, su capital, ya en los tres últimos reinados se conocía con el título de Cantabria, sin duda por la

creciente importancia del distrito occidental de región tan vasta, denominado Cantábrico por griegos y latinos.

Y como si todos estos preparativos no fueran suficientes, anuncióse la próxima marcha del rey a Vasconia con su brillante guardia pretoriana, a cuya cabeza, como conde de los Espatharios, iba Pelayo, hijo de aquel Favila, a quien Witiza había destituido del ducado de Cantabria.

No quiso Rodrigo, sin embargo, ponerse al frente de la hueste, sin escudriñar, temerario y supersticioso, lo futuro. No dudaba del buen éxito de la campaña; pero eran tantos y tan diversos los consejos que se le daban, y las acusaciones que las parcialidades mutuamente se dirigían; tan harto estaba ya de oír hablar mal de todos, y de que se le echase en cara su confianza, siquier efímera, cuándo en unos, cuándo en otros hombres, que perdida la brújula en achaque de personas, se lanzó desatentado a regiones donde sólo supercherías o malas artes podían tener cabida.

Había en Toledo un antiquísimo palacio soterráneo, que el vulgo creía encantado, y donde nadie se atrevía a entrar. Diz que allí se guardaba el secreto de lo futuro; pero que abrir la puerta y escaparse en tropel todas las calamidades, como de la caja de Pandora, todo sería uno. Por lo cual el palacio siempre estaba cerrado.

Rodrigo, determinado y audaz, se fue una noche al temeroso y solitario edificio, y sin curarse de candados y cerrojos, a hachazos hizo astillas la puerta. Tomó una tea, y entró solo, pues nadie se aventuró a seguirle, saliendo al poco rato pálido y taciturno.

Después de paso tan imprudente, llamó a su primo Pelayo, y a Pedro, duque de Cantabria, y grave, pero sereno y animoso, habló con ellos de la próxima campaña; y luego recibió la visita de Eudón, que debía de estar algo más enterado de lo ocurrido, y de quien esperaba por lo tanto alguna reprimenda.

Era el único hombre a quien temía; pero el rey había imaginado ya la manera de contentarlo.

Entró muy respetuoso el joven ministro en una cámara del Pretorio, nombre que daban al alcázar edificado por Wamba, en sitio ameno y de solaz, propio para aliviar la frente de la pesadumbre del gobierno, y halló al rey muellemente tendido en un triclinio, cerca de la mesa que también tenía este nombre, y en la cual brillaban copas y garrafas de oro con vinos generosos, que llenaban de fragancia el aposento.

Vestía Rodrigo túnica o estringe de lana blanca y amículo de púrpura con profusión de anillos y brazaletes. Parecía mujer en el traje y afeites, y acababa de darle femenino aspecto blonda cabellera ensortijada y olorosa que le caía por hombros y espalda; pero su rostro era varonil, su mirada presta y soberbia, que alguna vez humillaba la superstición, nunca la amenaza.

-Eudón, le dijo: mañana salgo para Pamplona con Pelayo y el duque de Cantabria: tú, con harto sentimiento mío, te quedas aquí, nombrado, además de conde de los Notarios, conde de las Largiciones y del Tesoro: te quedas en mi lugar y haciendo mis veces, porque eres aquí necesario. No podré yo salir, si tu faltaras de Toledo.

-Y yo, serenísimo Señor, vengo a suplicaros que no os alejéis de la metrópoli. Quizás os vaya en ello el trono y la vida.

-No lo creas, amigo mío, exclamó Rodrigo sonriéndose: lo he consultado ya; nada podemos temer. El mal no ha de venir por aquella región de los Pirineos.

-¡Lo habéis consultado!, exclamó el conde afectando sorpresa.

-No podía ser contigo; porque tú, como extranjero que sólo de oídas conoces a los vascos, no estás enterado de sus costumbres; pero gentes que los han visto de cerca, mi primo Pelayo, por ejemplo, hijo del pobre ciego que vive en Vasconia, me dice que su semblante es dulce y apacible; que visten sayo oscuro y van en caballos, sin tocado ni armadura en la cabeza.

Eudón se quedó mirándole de hito en hito, como si dudase de su juicio, y luego fijó los ojos alternativamente en su rostro y las copas, sospechando alguna falta de sobriedad.

-Pero eso, ¿qué tiene que ver con vuestra marcha? ¿Qué importa en tan graves negocios, que los vascos vistan de esa u otra manera?

Rodrigo se levantó, y acercándose al conde con aire entre familiar y misterioso, le dijo murmurando:

-Todo lo sé; lo he visto todo. Antes de emprender la guerra he querido entrar en el palacio encantado.

-¿Y qué?...

-Allí, según la tradición, están retratadas las gentes que pueden ser funestas al imperio de los godos.

-¿Y era cierto? ¿Las habéis visto? ¿Las conocéis ya?

-Pintadas están en lienzos guardados dentro de una caja, y al pie de esas imágenes de horrible catadura, leyenda roja, como de sangre, dice:

-«¡Rey de los godos, guárdate del fin! Por estas gentes se ha de perder España.»

-Ya estoy tranquilo; porque esas gentes, amigo mío, no son los vascos. Pelayo me los ha descrito, y no se parecen a las figuras que he visto dibujadas. Iré a los Pirineos, seguro ya de que allí me aguardan lauros, gloria y salvación.

-Señor, yo soy también un tanto supersticioso, y me habéis hecho picar el cebo de la curiosidad. ¿No pudiera saber cuyos son los retratos de los malandrines del palacio encantado?

-Visten turbantes de colores y capotillos blancos, y tienen el rostro aceitunado, aunque de bellas y enérgicas facciones.

-Moros, vasallos vuestros de la provincia Tingitana. Podéis pedir el dinero al que os ha vendido esas profecías; pues acá, de balde sabemos que hacia la Bética está el peligro de

España. A mayor abundamiento, el conde Teodomiro nos lo escribe todos los días. ¿Y no habéis reparado si esos berberiscos con turbante y alquicel, se parecen un poco a los hijos de Witiza y al conde de la Tingitana? ¿No habéis visto entre esas pinturas el retrato de ninguna mujer?

-¡Eudón!, exclamó el rey mortificado y sorprendido: ¿Qué quieres decir? ¿Por qué confundes a Juliano, de quien ya tenemos motivos de sospechar, con los generosos y leales príncipes que tantas pruebas de abnegación han dado, olvidando la muerte de su padre y sometándose incondicionalmente a mi imperio? Ellos deudos de Wamba, ¿qué más pueden hacer que deponer sus odios ante el peligro de España y unirse al rival linaje de Recesvinto?

Eudón se sonreía, cruzado de brazos, y mirándole de arriba abajo con verdadera superioridad. Rodrigo, después de haber esperado en vano durante breves instantes su respuesta, prosiguió:

-¿Quién te ha dicho lo del retrato de esa mujer?

-Nadie: me lo figuro yo. Donde andan los hijos de Witiza, no deben de estar lejos las hijas de Eva.

-Conde de los Notarios, si otro que tú se hubiera permitido estas licencias...

-Se habría perdido para siempre. Pero como soy yo, le contestó el ministro con acento tranquilo; yo, que os quiero como amigo, y estoy obligado a deciros siempre la verdad, vuelvo a suplicaros que no os mováis de Toledo; que os olvidéis por ahora de los vascos, toda vez que a semejanza de los francos llevan desnuda la cabeza, y que acudáis a la Bética y al África, y dejándome hacer las paces con los iberos, me nombréis duque de Cantabria.

-¡A ti, duque de Cantabria!

-¿Por qué no?

-Lo serás, mas no ahora. Los duques de esa región, o son príncipes, o están casados con princesas de nuestra familia.

-Lo cual quiere decir que habéis pensado en desposarme con...

-Con una de mis primas, en efecto, contestó Rodrigo, asombrado de la penetración de su ministro. ¿Conoces por ventura a Ranimiro?

-Hay muchos godos de ese nombre.

-¿No has oído hablar del opulento tiufado de Pamplona, conde que fue de dos ciudades de la Vasconia?

-¡Oh! De ese Ranimiro, ciertamente. ¿Quién no le conoce?

-Su padre era hermano de mi abuelo Recesvinto.

-Él, por consiguiente, es tío vuestro.

-Gran soldado.

-Pero feroz, según cuentan en Toledo. Ha hecho la guerra en los Pirineos por espacio de veinte años. Conoce a palmos el país conquistado, y más que ningún godo la tierra que todavía no hemos logrado dominar. Ha llegado en sus incursiones, hasta donde ni los romanos mismos se habían atrevido a poner la planta, y tiene casi tantas noticias de los montañeses como de los moradores de Pamplona y Victoriaco. Lo cual es más singular y peregrino de lo que a primera vista parece: porque de los vascos apenas sabemos más en Toledo, sino que de cuando en cuando se les conquista y vence, sin que se acabe nunca de vencerlos ni conquistarlos. Para la misma Vasconia gótica es un enigma todavía la Vasconia ibérica. Si preguntáis por ellos al vulgo, no os contará más que fábulas. Y no lo extraño: desde luego el idioma vascongado carece absolutamente de semejanza y analogía con el nuestro, y no admite amalgama ni acomodamiento con el latino.

-Pero, Eudón, ¿de dónde sabes tantas cosas?, le dijo el rey cada vez más asombrado.

-Pues si no supiera algo más que otros, ¿con qué títulos hubiera llegado al puesto que ocupo? Si no hubiese estudiado un poco las costumbres y guerra de los vascos, ¿cómo me hubiera atrevido a pedirlos que me hicieseis duque de Cantabria, para lograr con mi política lo que no conseguiréis vos, lo que no han podido conseguir los más afortunados predecesores vuestros con la fuerza de las armas?

-Es tarde, Eudón.

-Un poco tarde; pero aún espero llegar a tiempo. Vosotros, los hijos de Septentrión, lo habéis errado desde un principio.

-Sí, porque esos vascos que pelearon contra los romanos, paces hicieron al fin con ellos, y vivieron con ellos en buena armonía quinientos años...

-Y sintieron su caída más que los latinos, añadió Eudón; y su amistad se acrisoló con la desgracia. De repente se vieron embestidos y saqueados por Reciarío y los suevos, y creyeron que se les castigaba precisamente por la virtud de que podían estar más ufanos, por su fidelidad al amigo desdichado. Esta conducta debió de llegarles al alma, así como el verse humillados por gentes medio salvajes, cuyos arreos contrastaban con la cultura y esplendor de los vencidos.

-Pero al cabo de tres siglos de lucha, no nos queda otro camino que el de la fuerza: o domarlos o destruirlos.

-¿Quién sabe?...

-Ese Ranimiro quizás, tan conocedor de los vascos, como tú dices...

-Es el primero a quien tenéis que arrancar de Vasconia. Vuestro tío ha dejado allá terrible fama. Pasa, con razón o sin ella, por un tigre, por un monstruo, incendiario, asesino de mujeres y niños...

-¡Mi tío!

-Vuestro tío Ranimiro.

-Le queréis mal.

-No le conozco, no le he visto en mi vida. Tengo en mucho sus condiciones como militar y aún sus dotes de hombre de Estado. Cuando tratéis de darme un sucesor, no os olvidéis de Ranimiro. Servíos de él; pero lejos, muy lejos de Vasconia: allí es la encarnación del odio de raza.

-Pero Ranimiro tiene una hija.

-¿Qué me importa a mí?

-Dama bellísima, prodigio de gracia y hermosura.

-Guardaos de ella, si es tan hermosa.

-¡Yo! ¡Yo la guardo hace tiempo para ti!

-¡Para mí!, exclamó Eudón, sonriéndose por muy extraña manera.

-Y de este modo podemos, sin la menor violencia, hacer salir a su padre de Pamplona, y traerlo a Toledo, donde viviréis todos juntos en familia.

-¡Jamás! Si esos son vuestros planes, discurrid por otra parte.

-¿Por qué?

-Porque, aquí donde me veis, estoy desposado.

-¡Casado tú! ¿Con quién?

-Con una princesa.

-¿Griega?

-Tan griega como yo.

-Pero, ¿no sois bizantino? ¿No sois heleno?

-No.

-¿Romano o latino?

-No.

-¿Ibero por ventura? ¿De las antiguas tribus españolas?

-Tampoco. Sospecho que ni una gota de sangre tengo de su raza.

-Pues ¿quién eres, Eudón? ¿Quién eres tú?

-Un hombre de quien tenéis necesidad, y que os necesita a vos: un extranjero que no ha nacido en vuestros dominios; proscrito, errante, sin patria ni hogar, sin deudos ni amigos. Perdonad; un hombre que no desea tener más amigo que vos, si vos queréis honrarle como caballero.

El rey le tendió la mano en silencio. El conde de los Notarios prosiguió:

-Sois mi único amigo y también el único depositario de mi secreto, o por mejor decir, de mi debilidad; porque yo quiero ser duque de Cantabria, y mi flaqueza consiste en habérselo pedido. Ese ducado es toda mi ambición.

-¿Por ventura no estás bien a mi lado?

-Señor, el padre de mi prometida esposa, a quien amo de corazón y de quien soy correspondido a medida de mi deseo, no quiere darme su mano hasta verme nombrado duque de aquella provincia. Yo necesito presentarme al hombre altivo que, en son de burla quizá, me pedía ese ducado: yo necesito entregarle ese título, y decirle: -«Venga ahora la mujer que ha tiempo me pertenece.» Hasta entonces, señor, no soy nadie: tengo que ocultar el nombre de mi esposa; no puedo presentarla a la faz del mundo, ni revelar siquiera cuál es su familia.

-Pues bien, Eudón, yo te lo prometo: serás duque de Cantabria y morarás en el palacio de Amaya.

-¡De Amaya habéis dicho!, exclamó turbado el conde de los Notarios.

El rey se sonrió.

-De Amaya, sí; le contestó, reprimiendo su maliciosa expresión: Amaya es ciudad patricia de los romanos, no lejos de las Asturias, donde los duques de Cantabria tienen magnífico palacio.

-Acepto, pues, el palacio de Amaya.

-Para después de mi vuelta de Vasconia... Y ahora puedes retirarte, y hacer entrar de paso a Pedro, mi pariente, que está aguardando en la antecámara.

Retiróse Eudón, poco satisfecho de sí mismo, y un tanto receloso de la sonrisa del rey.

Entró Pedro, y Rodrigo sin más preámbulos le dijo:

-Pedro, ¿cuántos días ha que salisteis de Pamplona?

-Quince.

-¿Quedaba allí mi tío Ranimiro, con su hija Amaya?

-No; acababan de salir para el castillo de Cantabria.

-¿Dónde está ese castillo?

-Encima de Varia y de Lucronio; al pie de la cordillera que también lleva ese mismo nombre de Cantabria.

-¿Y a qué han ido allí?

-Han ido a pasar una temporada con Favila, padre de Pelayo, que vive retirado en aquel alcázar. Creo que Ranimiro quiere quedarse solo, por si le necesitáis para la próxima campaña.

-¿Y en qué concepto tienes a Ranimiro como militar?

-Es un consumado capitán, y conoce como nadie aquella guerra.

-Y siendo así, ¿cómo no me lo has propuesto para conde de cualquiera de nuestras ciudades vascas? ¿No es por ventura de fiar como deudo y amigo nuestro?

-Lo es tanto, que sólo por leal le quitó Witiza condado y tiufadía, aunque por un descuido inexplicable, se olvidó de decalvarlo o de sacarle los ojos. Pero tiene una gran falta para mandar en aquella tierra; porque es el hombre más aborrecido de los vascos.

-¿Por qué así?

-Ha sido, serenísimo señor, el godo que más hondamente ha penetrado en las montañas pirenaicas, llegando casi a cruzarlas, desde el Ebro hasta el mar. En una de las correrías de su juventud, allá por los tiempos de Egica o de Ervigio, llevado en alas de la ambición o de la venganza, avanzó temerario hasta la casería del gran patriarca de los vascos, tenida por ende en gran veneración en todo ese país, y la entregó a las llamas: de manera que de tan respetable antigualla no quedó más que cenizas. Dicen también, pero me resisto a creerlo, que había dentro de la casa una mujer que pereció abrasada.

-Es uno de tantos azares de la guerra, contestó tranquilamente el Rey.

-Pero funesto para Ranimiro, que desde aquel momento quedó imposibilitado de seguir otro sistema que el del terror. Viéndose detestado, la necesidad de hacerse obedecer le obligaba a exagerar los rigores, lo cual acrecentaba el odio, no dejándole más recurso que la crueldad. Y, señor, el oficio de gobernadores no es el de los cometas, que sólo aparecen en el firmamento para amedrentar.

-Pero ¿es hombre tan severo, tan duro realmente, como de tus palabras se infiere?, preguntó Rodrigo, clavando en el rostro del duque mirada escudriñadora.

-Pedro contestó sin haberlo advertido:

-Es el hombre más bondadoso y apacible, y al propio tiempo el más fiero que he conocido. Dulce y cariñoso en el trato ordinario, implacable cuando se atenta a su dignidad o la justicia; por la justicia y su dignidad lo sacrificaría todo, hasta su propia hija.

Calló el duque, y su augusto pariente quedó un rato como distraído, rumiando las palabras que acababa de oír.

-Afortunadamente para nosotros, exclamó levantándose del triclinio, en ademán de dar por terminada la conferencia; si yo necesito a Ranimiro, no es para darle mando alguno en ese país de rebeldes sino para... para consultar con él y con vosotros mi plan de campaña.

-¡Gracias a Dios!, exclamó Pedro: no podéis hacer mejor cosa. Porque ¿qué muestras de talento militar, ni de estudios estratégicos, han dado Sisebuto y Ebbas? ¿Qué saben ellos, ni el mismo Eudón de vascos ni de Vasconia?

-Basta, Pedro: ¿queréis dejar en paz a mis amigos?

-Al paso que Ranimiro entró imberbe en la guerra, y de ella ha salido peinando canas.

-Pues bien, le consultaré mi plan, le oiré; para lo cual será preciso mandarle que vuelva inmediatamente a Pamplona.

-¿Solo?

-Con su hija. ¿No se llama Amaya?

-Amaya, nombre peregrino, que para los godos es el de una ciudad, y para los vascos significa *el fin*.

-¡El fin!, repitió el rey pálido y con trémulo acento. Dile a Pelayo que les escriba. Quiero que hija y padre tornen a Pamplona, porque durante mi permanencia en aquella ciudad, he de hospedarme en su casa.

Pedro salió.

-¡En todas partes el fin!, exclamó Rodrigo cuando estuvo solo. Pero en Vasconia nada puedo temer. Amaya, como dice Pedro, significa el fin de los vascos.

CAPITULO II

De las hermosas vistas que tenía el castillo del ciego

Las tradiciones de Navarra y la Rioja nos hablan de un pueblo y castillo llamado Cantabria, en el cerro conocido con este nombre, orilla izquierda del Ebro, entre la antiquísima Varia, ciudad ya reducida a pobre aldea, a donde llegaban los barcos del Mediterráneo, y el barrio de Lucronio, hoy convertido en capital de provincia.

Como acontece con otras semejantes y aún más grandiosas poblaciones, apenas quedan de Cantabria restos ni vestigios; si es que tales no se reputan algunas simas abiertas a media ladera, que el vulgo, con desenfado que horripila al erudito, suele llamar obra de moros.

De todas maneras, pueblo y castillo de Cantabria, coexistiendo con la aldea que crecía, y la ciudad que menguaba, convertidos por su situación en ciudadela de entrambas, no podían corresponder a la importancia del nombre histórico y regional con que se

honraban, compartiendo el honor con la soberbia cordillera que sirve, hacia el Norte, de muro contenedor a las tierras altas de Álava, o de magnífico cercado a los llanos y recuestos en que serpea el Ebro.

A este alcázar, construido, según quieren algunos, por la familia de Pelayo, se había retirado Favila desde que Witiza le sacó los ojos.

La brutal y abominable pena de la ceguera pasaba entonces como piadosa hasta cierto punto; porque sólo debía imponerse a los que, reos de muerte por delito de rebelión, eran indultados por gracia especial del monarca. Ponían las leyes esta cortapisa a la real clemencia, para que en ningún caso pudiesen los agraciados *ver* la ruina Pública, en que de antemano se habían gozado. Y cierto que si tal era el objeto de la pena, el medio de conseguirlo no podía ser más adecuado y eficaz.

Pero tan bárbara limitación de la regia prerrogativa sólo servía a tiranos, como Witiza, para inutilizar a presuntos rivales, sin cargar con la odiosidad de haberles quitado la vida.

El retiro de Cantabria tenía para el duque la ventaja de ser uno de los rincones más distantes y olvidados de Toledo; de llevar el grato nombre de la provincia querida, donde aún le quedaban casi tantos amigos como antiguos súbditos, y de estar enclavado en territorio de su antiguo mando. Pero al propio tiempo -¡amarga irrisión de la suerte!- brindábale el castillo al pobre ciego con el punto de vista más bello y pintoresco que imaginarse puede: riquísima vega de viñedos, sotos, alamedas, huertas y olivares, cruzadas de Ocaso a Levante por el Ebro, con sinuosidades de otros ríos tributarios, más abrigadas y feraces aún: campiña esmaltada de pueblecillos engarzados en vergeles, y circundaba de variados picos y sierras que, a proporcionada distancia, le sirven, sin asombrarla, de marco más que de muro; y que, elevándose, ora suave, ora bruscamente, prestan al cuadro esa copia de reflejos, esa amenidad de tonos, esa gradación de matices, azules, cárdenos y arrebolados, que bajo un cielo límpido y espléndido, difunden serenidad y alegría en el ánimo de quien más embargado por melancólicos pensamientos lo contempla.

Espectáculo inútil ya, placer perdido para el pobre anciano, que asomado a las almenas de Cantabria, tenía vuelto el rostro hacia la populosa Varia celtibérica o la romana Lucronio, como si realmente esperase ver alguna persona querida en el puente de barcas que allí había, hasta que San Juan de Ortega, a fines del siglo XI, principió a construir el de piedra que hoy subsiste.

Efectivamente, iba inclinándose el sol hacia las sierras de Toloño y San Lorenzo, cuando cruzaron el río por Varia muchas y muy diferentes personas, que semejaban partida de tropas, cabalgata, o más bien, especie de caravana.

Formábanla grupos de soldados de caballería, pelotones de gentes a pie, y acémilas con sendos tercios a los lomos y siervas de diversas castas encima.

De pronto salieron del centro a la vanguardia, tomando la delantera a trote largo, un caballero y una dama, seguidos de dos bucelarios, al mismo paso, pero a cierta respetuosa distancia.

Eran, como el lector se habrá figurado Amaya y Ranimiro.

Desde que comenzó a susurrarse en Pamplona la proximidad de la nueva campaña y la venida del rey, dispuso el tiufado y magnate godo trasladarse a Cantabria, para acompañar y defender al padre de Pelayo durante la guerra. De esta manera también, si el monarca, su deudo, quería confiarle el mando de algún cuerpo de ejército, quedaba con más desembarazo para aceptar, dejando a Amaya, que no tenía madre, a la sombra de su anciano y respetable tío el duque Favila.

Con esta idea, que Ranimiro procuró esparcir entre próceres, seniores, gardingos y tiufados de Pamplona, para que a nadie chocara su ausencia del presunto cuartel real; tomó hasta dos docenas de bucelarios, libertos así llamados por la *buccea* o bocado que recibían de su señor, y se dirigió por Ologitum a Varia, con bien armado convoy, y nada escaso número de siervos y siervas.

Nadie extrañó tan dispendioso modo de viajar. La poca seguridad de los caminos lo exigía, y el lujo a que estaban acostumbrados los godos les obligaba a tanto aparato. Ringunda, prometida esposa de Recaredo, venía a España con cincuenta carros de equipaje, cuatro mil personas de servicio, y caballos con frenos de oro y riquísimos jaeces; pero aunque Amaya no iba a casarse, patricia y tan de sangre real como la hija de Fredegunda, no pudo prescindir de seis pajes, otras tantas doncellas, amén de los siervos inferiores y escolta de bucelarios.

El traje de Ranimiro indicaba desde luego su categoría de prócer.

Las hordas germánicas, vencedoras del romano imperio, se dejaron conquistar muy presto por los vencidos. Roma, señora del mundo, pudo ser sumergida en la barbarie; pero la civilización cristiana, señora de Roma, flotaba en aquel diluvio. Idioma, religión, artes y ciencias, todo lo recibieron y mendigaron los hijos del Báltico de aquellos a quien venían dispuestos a exterminar. El traje fue lo primero que los invasores abandonaron. Mas como no haya costumbre que al ser trasplantada no degenera, al cabo de algunos años, la legislación ni era goda ni romana. Virgilio y Cicerón hubieran menester de intérprete para entender el latín de aquellas gentes, y la vestimenta y arreos militares, aunque traían a la memoria los del imperio, olían, si es permitido hablar así, a las pieles a medio curtir de las tribus del Caspio.

Llevaba el prócer casco circular de hierro con fajas de oro que remataba en punta, y en vez del coselete romano de correcto dibujo, coraza de escamas con velos de tosca malla, género de armadura que estaba entonces como en ensayo. De la cintura al pie, las famosas bragas o pantalones germánicos, con fajas cruzadas que descendían hasta la planta.

Pendía de los hombros capa de púrpura, que sujeta al pecho con broches de oro, más que el manto consular de la república, semejaba el *caracalla* que empezó a usarse en tiempo del emperador a quien dio nombre. Brillaba también el oro en los brazaletes con que terminaban las mangas del sayo de lino, y en las groseras figuras y tachones del peto y escudo. Las armas ofensivas eran espada pendiente de cinturón de cuero, la *cayeta* teutónica, lanza corta que servía también de dardo arrojadizo; y en contrapeso del

redondo escudo, colgado de la silla, iba al opuesto lado el hacha terrible de dos filos llamada *francisca*, por haberla usado los francos.

Aparentaba tener de cuarenta a cincuenta años de edad: era rubio, de temperamento sanguíneo, mejillas encendidas y ojos azules, que no denotaban ciertamente la ferocidad que godos y vascos le atribuían. Largo el cabello, le colgaba en doradas guedejas sobre los hombros, formando los *granos*, pequeños rizos entonces a la moda; pero traía la barba esmeradamente afeitada a navaja, según estilo de los ricos, pues los siervos y gente pobre se la cortaban a tijera.

Su hija, de diez y ocho a veinte abriles, no se parecía a su padre, puesto que blanca y sonrosada, tenía ojos y cabellos negros como el azabache. A no ser por el traje, cualquiera la hubiese creído española originaria.

Vestía manto de púrpura con fimbria de oro, que a la sazón tenía alzado por la necesidad de atender al caballo y al camino, túnica blanca y cinturón recamados, brazaletes de rica hechura y del más precioso metal.

Cabalgaba en hacanea color de perla, con freno dorado y bridas rojas, y en la seguridad con que iba sentada, conocíase la costumbre de montar y correr a caballo. Paño oscuro forrado de ricas pieles le cubría los pies.

El traje de los bucelarios consistía en túnica corta de lana urda, casco de hierro y bragas sujetas con tiras de cuero, cruzadas desde los pies hasta la cintura; eran sus armas, arcos, flechas, cateyas y escudos redondos y pequeños, a modo de rodela.

Ni amos ni criados gastaban estribos.

-Allí está Cantabria: allí el castillo, entre cuyas almenas diviso a nuestro tío. ¿Lo ves?, preguntó Ranimiro a su hija, indicándola con el brazo tendido la figura del anciano duque, que iluminada por el sol del ocaso y vagarosa a la sazón, se destacaba en el cielo esplendente y arrebolado.

-Sí, le veo, exclamó Amaya. ¡Pobre tío! ¡Cuánto daría yo porque él pudiese decir otro tanto!...

Y se anublaron los compasivos ojos de la dama.

-Pues ya nos han conocido; porque nos saluda agitando un lienzo lanco.

-Corramos.

La joven puso al galope su briosa jaca, caminando Ranimiro a par de ella, cuando lo permitía la anchura de la senda, que iba ganando la cumbre, entre viñedos y olivares.

Llegaron a las puertas del alcázar donde Favila los estaba ya aguardando.

Ranimiro se apeó de un brinco, soltando las riendas en manos de un ucelario, y se fue al lado de Amaya, que se arrojó al suelo, sin tocar apenas los hombros de su padre.

Ella fue la primera que abrazó a Favila, cubriéndole de besos en silencio.

Ranimiro hizo luego otro tanto.

Imposible les fue pronunciar palabra alguna, fuera de exclamaciones entre sollozos escapadas; porque el aspecto del nobilísimo y bondadoso anciano sin ojos, desgarraba el corazón.

Favila más sereno, les consolaba y distraía adrede, haciéndoles pensar en cosas triviales consiguientes a su arribo.

-Mira, Amaya, decía: esta casa está sin ama; tú tienes que serlo desde ahora, y disponerlo todo. -Ranimiro, que cuiden de los caballos, que vienen jadeantes. -Nunilo, esperad aquí la escolta y los equipajes. Y nosotros, hijos míos, vamos adentro, que harta necesidad tendréis de descansar. Ven aquí, Amaya; dáme el brazo, y comienza a ser desde ahora el báculo de mi vejez. -¿Qué sabéis de Pelayo?, exclamó de repente: ¿podéis darme noticias de mi hijo?

-Si tío, sí, le contestó la dama; mi padre ha recibido mensaje suyo de Toledo.

-El ingrato no se acuerda de mí, exclamó Favila, en tono de dulce reconvencción o de cariñosa envidia. Pero no importa que me olvide, por pensar en vosotros. Es lo mismo. Hija mía, ya estamos delante de tu cuarto, y aquí te esperan mis siervas. Quédate, que ya te suplirá tu padre.

Tío y sobrino entraron en otro aposento, y Ranimiro resolvió desde luego hablar al anciano duque, con más franqueza que a los nobles y magnates de Vasconia.

Apenas se quedaron completamente a solas, sentáronse el uno junto al otro para suplir por el tacto el vacío de la vista, y el tiufado se explicó con breve y perentorio acento:

-Vengo aquí, no cual me dejé decir en Pamplona para prepararme a servir al rey, sino a buscar asilo contra nuestro augusto deudo.

El duque se conmovió sorprendido.

-Pues qué, ¿será capaz de amenazarte a ti, príncipe como el de la familia de Chindasvito, y como él perseguido por Witiza? ¿Dejará de honrarte siquiera como debe?

Ranimiro guardó silencio.

-Aunque esto último, prosiguió Favila, no tenía necesidad de preguntarlo, toda vez que al cabo de algunos meses de reinado, en el mismo abandono en que te dejó nuestro verdugo, te estoy viendo.

-No; no me persigue, contestó con cruel ironía Ranimiro; no me amenaza, ni me tiene en olvido nuestro serenísimo deudo. Meses ha tardado en acordarse del conde de Pamplona; pero algo se ha de dar al beleño de la prosperidad, cuyos letargos suelen ser eternos. Al cabo de ese tiempo, se ha dignado pensar en mi, o por mejor decir, en mi hija.

-¿En tu hija?

-Sí, señor; en Amaya.

-Pero, ¿la conoce siquiera?

-Ha preguntado qué edad tiene, si es bella, si está casada, y según parece, quiere venir a Pamplona a conocerla.

-¿Ha muerto quizá la reina Egilona?

-Esa es la misma pregunta que yo me hice: pregunta que antes que yo debió de hacerse a sí propio algún otro prócer deshonrado; repuso con amargura el sobrino de Favila.

-¡Ranimiro!, tornó a exclamar el pobre viejo, alzándose bruscamente del sitio, y expresando con inquietud y acento la indignación que trataba de ocultar con sus palabras; y tanto mejor la expresaba, cuanto más hacía por encubirla: Ranimiro, eso que sospechas es cavilosidad tuya, resabio de nuestros tiempos. Somos malos, pero todos recíprocamente nos hacemos peores. El rey, según dicen, pudiera darnos mejor ejemplo; pero... ¿ha visto Rodrigo a su prima, por ventura?

-Jamás, respondió el tiufado. Pero... a vos, y sólo a vos puedo y debo decirlo: Amaya es hermosa; es, perdonad mi debilidad de padre, realmente bella.

-Sí, hombre, sí: todo el mundo lo dice: maravilla de hermosura. ¿Qué necesidad tenía de ser tan hermosa siendo tan buena?

-Ninguna; pero tiene necesidad de ser aún más buena que hermosa.

-Es verdad; no sé lo que me digo. Todo lo da Dios, y cuanto más nos da, más tenemos que devolverle. Por algo habrá dotado con tal munificencia a nuestra Amaya.

Ranimiro se quedó mirándole con profunda intención, y después de breve silencio, como quien hace esfuerzos sobre sí mismo, prosiguió:

-Pues bien, tío: su fama ha llegado a Toledo, y no sé quién, ni con qué objeto (pues hay en esto algún misterio), al ver al rey decidido a venir a Vasconia, le ha sugerido la idea de fijarse en Pamplona, y le ha recordado, el nombre de su prima, inspirándole deseos de contemplar de cerca esa que vos habéis llamado maravilla.

Favila, ya más tranquilo, porque los arrebatos de un viejo duran poco, volvióse a sentar, y dijo:

-Discurramos con calma, Ranimiro: Amaya es prima del rey; no hay misterio alguno en que éste quiera verla: por el contrario, desaire sería, y piedra de escándalo y rompimiento, que yendo a Pamplona y viviendo tú en la ciudad, dejase de honrar como es debido a princesa de su propia sangre.

-Tenéis razón, duque de Cantabria y no sé qué replicaros; sólo os diré que se me encarga sacarla a tiempo de Pamplona, salvando todas las apariencias de fuga, y procurar que no llegue a verla el rey.

-¿Y quién ha sido ese amigo tan celoso del honor de tu hija, y de tanta autoridad para ti que ciegamente le obedeces?, preguntó el ciego alarmado.

-Un prócer del reino, el conde de los Espatharios, vuestro propio hijo.

-¡Pelayo!, exclamó con júbilo Favila, gratamente sorprendido.

-Pelayo, el primo de Amaya, repitió el tiufado mirándole atentamente para adivinar por su semblante la causa de tan franca y súbita alegría.

Presumiendo el ciego que era su rostro objeto de aquella investigación, bajó la cabeza, y así permaneció algún rato, reponiéndose de su primer involuntario movimiento.

-Dices bien, Ranimiro, le dijo poco después: hay aquí un enigma, que a todos nos importa descifrar. ¿No sospechas tú algo?

-Como podéis figuraros no pienso en otra cosa hace muchos días, y recelos y sospechas me acosan de todos lados. He visto que el rey, que se rebeló contra Witiza en nombre de la dignidad ultrajada por los escándalos y licenciosas costumbres del tirano, ha caído inmediatamente en parecidos excesos, y he sospechado que algunos miserables políticos tratan de distraer a Rodrigo con locas y criminales aficiones, para aplacar la ira de algunos nobles afrentados: como si las fieras de los Pirineos fuesen menos temibles que las toledanas.

-¿Es posible?, preguntó el ciego murmurando.

-Pero es también posible, y quizás más probable, añadió el tiufado, alzando la voz, y dándola cada vez más energía, creciendo al parecer su convicción a compás de su discurso; es más probable que ni aún esa desdichada mira se lleven los autores de tan abominable intriga: yo lo supongo todo resultado de la vasta, aunque todavía latente conspiración que estoy viendo, digo mal, que estoy barruntando hace días en el imperio godo.

-Explícate, Ranimiro, habla claro, hijo mío, dijo Favila removiéndose impaciente en su sitial de cuero.

-Tío y señor, exclamó el magnate visigodo, ¿no ha llegado a vuestra noticia que hace poco más de medio año desembarcó Tarif, bárbaro africano de la secta de Mahoma, al frente de cien jinetes árabes y cuatrocientos berberiscos, y recorriendo las costas de la Bética, destrozó impúnemente el litoral, tornando al África cargado de cautivos y despojos?

-Algo de eso oí; aunque llegan tan lenta y tortuosamente las noticias...

-Y sobre todo, a vos, que vivís en el cerro de Cantabria como en nido de cándidas palomas, Pues bien, añadió Ranimiro, todo era cierto.

-Pero ¿qué tiene que ver eso con mi sobrina Amaya?

-Escuchadme. Vos, que habéis mandado tantos años en esta provincia, y militado bajo la enseña del inolvidable Wamba; vos, que conocéis la podredumbre del imperio mal cubierta con la corteza de nuestro lujo, ¿creéis que estamos en el caso de acometer a los

vascos, cuando los africanos han aprendido a pasar veloces y repasar triunfantes y repletos el Estrecho?

-Convengo en ello, Ranimiro; y en pensar así no haces más que corresponder a tu renombre de capitán: esta campaña me parece imprudente...

-Temeraria, añadió el prócer, concebida por conjurados, inspirada por traidores. Escuchadme: oíd con calma; no os mováis de vuestro asiento. ¿Quién ha sugerido al rey el pensamiento de activar la guerra?

-Yo supongo que la rancia costumbre de comenzar a reinar escarmentando a los vascones.

-No; porque Rodrigo al coronarse en la basílica imperial, ni se acordaba siquiera de vascos, ni de Pirineos. No; porque ningún motivo, ningún flamante pretexto han dado al rey los montañeses para hacer incompatible la tregua disimulada, o guerra flojamente proseguida, con nuestra dignidad de señores, con nuestra altivez de godos. Pues bien, ¿quién ha metido al rey tan fuera de sazón en los dispendios y azares de las futuras y nunca en mayor escala intentadas empresas militares? ¿Quién? Los hijos de Witiza, asesino de vuestro hermano Teodofredo ¿Quién? Sisebuto y Ebbas, ayer enemigos y hoy en apariencia reconciliados, no sé por arte de quién, con el destronador y verdugo de su padre. ¿Quién ha trazado el plan de la próxima campaña? Sisebuto y Ebbas. ¿Con qué objeto, después de habernos esquilado con tantos tributos y levas, tratan de arrinconar el poder militar de España en los valles del Pirineo?

-Pero ¿no manda en la Bética Teodomiro? ¿No tiene allá huestes para rechazar las hordas del desierto?, preguntó Favila.

-Sí, allí está nuestro indomable y bizarro amigo; allí queda con una manga de mil y quinientos jinetes: y a fin de que ni aún ese puñado de hombres mandados por un leal, estorbe a la traición, se les deja entregados al alfanje berberisco, alejando del Betis los cien mil soldados que tan inútil como intempestivamente se nos vienen encima.

-¡Oh! Pero aún dado que tuvieses razón, yo no sé que Amaya...

-«Amaya, dice el aviso, y el aviso, no lo olvidéis, viene de vuestro hijo Pelayo; debe retirarse de Pamplona a Cantabria antes de que Rodrigo exprese su pensamiento de ir a esa, de fijar ahí su cuartel, y quizás de hospedarse en vuestra casa. Hacedlo pronto, sin vacilar; hoy antes que mañana, porque mañana os habrá comprometido el rey y será tarde».

-¿Eso dice mi hijo?

-¡Eso! ¿Quién ha revelado a Rodrigo el nombre de mi hija Amaya, cuya existencia dudo que le fuese conocida? Por mi genio retraído, por amor a la soledad, he vivido lejos de la corte, como simple particular, sin enterar a nadie de cuanto me he casado, ni de la hija que a Dios he debido. -¿Con qué objeto han hablado al rey de que en Pamplona tiene un deudo llamado Ranimiro y una prima joven, moza y bella? -¡Ah! En ese diabólico rasgo descubro precisamente la fina urdimbre de la conspiración. El ejército godo, aún

encajonado en los valles del Pirineo, pero a las órdenes de un capitán como Pelayo, puede revolverse, sacudirse, lanzarse sobre los vascos y tomar airoso a Toledo, antes que los ocultos enemigos del rey hayan tenido tiempo de destronarlo; el ejército leal los arrollaría entonces sólo con el prestigio de la victoria. La conspiración quedaría disipada por los mismos vientos que los conjurados habían querido sembrar. Pero esas mismas huestes, a veinte o treinta jornadas de la provincia Bética, Cartaginense o Lusitana; al mando de un Aníbal que convierta en Cápu a Pamplona, y... Pero, ¡más vale guardar silencio: más vale no pensar en ello siquiera!

Calló el tiufado. La ira empañaba y enronquecía un poco su garganta, y no quiso continuar. El hervor de su pecho, y de cuando en cuando algún leve suspiro, era lo único que Favila llegaba a percibir.

Este arrimó aún más su sitial al de su sobrino, y a tientas le cogió una mano, que retuvo paternalmente entre las suyas.

-¡Oh, tío!, exclamó entonces Ranimiro con un sacudimiento eléctrico que el ciego duque sintió de rechazo: ¡si yo llegase a conocer un día al fraguador de tales enredos!...

Y se contuvo otra vez, conociendo que acababa de cometer una falta.

Al hombre más valiente hubiera aterrado en aquel momento su mirada.

Contra lo que su reputación de duro y severo prometía, era Ranimiro de aspecto dulce y apacible. Sus ojos, reflejando con abandono los habituales sentimientos de su hermoso corazón, parecían afables y bondadosos, su cuerpo siempre derecho, su frente nunca abatida, ni por la bajeza, ni por el remordimiento. Naturalmente pulcro y esmerado en el vestir, ni aún en los momentos de mayor familiaridad o distracción, ni aún en su sueño, prescindía de la modestia y compostura. Era, si podemos expresarlo así, cortés consigo mismo. Siempre con benévola sonrisa en los labios, sin violencia y sin estudio, y con el oído siempre atento a las palabras y deseos de los demás; parecía haber nacido para complacer a todos, con olvido completo de sí propio.

Pero sobre la benevolencia descollaba en su pecho el amor a la justicia; sobre la dulzura, la dignidad. Parecía imposible que aquellos ojos bondadosos supiesen mandar soberanos y fulminar inexorables; que aquella voz que vibraba de placer y cariño, hiciese de pronto estremecer con severo y a veces terrible acento. Y Ranimiro no se esforzaba para aterrar, ni se descomponía nunca con la soberbia: era imponente con tanta naturalidad como cortés, y quizás el secreto de su severidad que avasallaba, estaba en la fuerza de su calma que atraía. ¿No es ésta la fascinación que ejerce el mar sobre nosotros?

Pocas veces se le había visto tan agitado como en la ocasión presente. Él, que llevaba el amor paterno hasta la debilidad, acababa de sentir el dardo en lo más delicado de su corazón. Pero se contuvo: amaba a su hija, mas no la idolatraba en ella: rugía de cólera ante el agravio; pero no estaba seguro de él y temía ser injusto.

El anciano padre de Pelayo, para acabar de tranquilizarle, contestó:

-Nosotros los ciegos, en la soledad y silencio de las tinieblas, vemos más claro que vosotros que flotáis en piélagos de luz. Como nada nos distrae en nuestra perpetua noche, nada nos impide valernos de los ojos del alma más perspicaces que los de la carne. Así, pues, creo ver en la ocasión presente, mejor que tú. Por extraña que la flamante empresa de Rodrigo nos parezca, no hay todavía suficientes motivos para achacársela a nuestros antiguos enemigos, los partidarios del monarca destronado. Y si no, ven acá, Ranimiro: ¿cómo es posible que, siendo obra de diabólicas conspiraciones la próxima campaña contra los vascos, no la haya rechazado mi hijo?

-Pelayo, respondió el conde con firme, pero ya más sosegado acento, Pelayo es verdadero soldado. Probablemente no habrá sido consultado por el rey acerca de la oportunidad de la guerra, y no ha podido, ni debido dar opinión que no se le pedía. Conde de los Espatharios, capitán de la guardia pretoriana, de los primeros defensores y guardadores del monarca, su obligación es ir escoltándole y sirviéndole a donde quiera que vaya. El puesto del conde es siempre al lado del rey.

-Pero ese nuevo duque de Cantabria, prepósito general del ejército...

No hablemos de él; leal, pero sencillo, debe de estar un poco desvanecido con el cúmulo de honores que le ha caído encima tan de improviso. ¿Prepósito general de la hueste un hombre como Pedro? A trueque de honra tamaña, bien puede devorar en silencio la humillación de recibir planes de guerra ajenos, y quizá forjados por sospechosos amigos del rey.

-¿Y Eudón? ¿Qué me dices de Eudón, hijo mío? Ese no es militar, ni viene aquí con mando, repuso Favila, como quien presenta un argumento sin réplica.

-¿Y quién es Eudón?, preguntó Ranimiro con una mirada, en que otra vez se descubría la fiera.

-Eudón es conde de los Notarios, y aún creo que de las Largiciones también.

-Conde de todo lo que quiera. ¿Y qué?...

-Como tal lleva el peso de la gobernación y justicia en todo el reino. El debe de saber mejor que nadie si en efecto se conspira.

-¿Conocéis personalmente al misterioso magnate?, tomó a preguntar el tiufado.

-No.

-Ni yo tampoco.

-He oído encarecer su clarísimo entendimiento, celebrar su sabiduría.

-¿Y su lealtad?

-Indubitable; a él le debe Rodrigo el trono.

-Y al trono de Rodrigo le debe Eudón riquezas y condados. ¿Sabéis su origen?

-Es griego.

-¡Griego!, exclamó Ranimiro con amargura. Pues qué, ¿no hay ya godos en España? ¿Es posible que de Bizancio tengan que venir los condes y ministros de la curia (corte), a la tierra de los Leandros e Isidoros, a la patria de Suintila y Recaredo? ¿No tuvo que arrojar Leovigildo a los griegos de la Bética? ¿No los desbarató después nuestro amigo Teodomiro? ¿No ha escarmentado Rodrigo en el rey Wamba? ¿No hay quien le recuerde la historia de Paulo, el griego? También el vino del Oriente; también logró fascinar en poco tiempo al honrado monarca toledano; también se convirtió en privado suyo, y por ambuestras se apoderó de los empleos y honores del imperio. ¡Para rebelarse luego en la Narbonense contra aquel a quien era deudor de todo cuanto tenía! ¡Para coronarse allí!...

-Pero Eudón...

-Perdonad, tío, que os interrumpa. Sé lo que me vais a decir, porque me lo estaba diciendo ya mi conciencia: de que Eudón sea griego como Paulo, no se sigue que, como Paulo, sea traidor. Puede ser bizantino y leal, y no debo de acusarle, y cierto no le acuso por su raza: no dudemos de él sin fundados motivos. Iba a confesarlo, como correctivo a mis palabras. Pero tengo que añadir que en esta ocasión no me dejo llevar de antipatías de linaje, ni de acerbos precedentes, sino de no sé qué íntimas razones o tenaces presentimientos...

-Explícate, Ranimiro.

-¿Me negaréis que se está conspirando contra el rey, y no sé si diga, contra la patria? ¿No sabemos todos que conspirar es ya la única política de los brutales, si queréis, pero nobles y altivos visigodos? ¿Que cómo de monarca a monarca, saltamos de conjuración a conjuración? ¿Que los romanos ibéricos nos aborrecen a los godos, y nosotros a los romanos, y los judíos a romanos y godos, y los vascos y celtíberos a godos, romanos y judíos? En este hormiguero de guerras intestinas, en este constante hervor de mutuos rencores, en este subir al trono degollando, para caer degollados a los pocos días, ¿nos queda otra manera de vivir que conspirar, siquiera para que no nos saquen los ojos o nos sieguen el pescuezo nuestros camaradas y comensales? Pues bien, se conspira, y es temeridad insigne en tiempos como éstos, agotar las fuerzas vivas de la patria para inutilizarlas en campañas inoportunas: se conspira, y el conde de los Notarios debe de saber quién y cómo: y si no lo sabe, es un necio que no merece el puesto que ocupa; y si lo sabe y deja que los conspiradores lleguen al logro de sus miras, es su cómplice o su cabeza. -Ahora vos me diréis si Eudón debe ser contado en el número infinito de...

-Eres implacable, Ranimiro.

-Con los hipócritas y taimados.

-No tenemos ni pruebas, ni fundados motivos para sospechar siquiera de un hombre como Eudón, que al fin y al cabo, sin asombro, ni extrañeza de nadie, aunque extranjero, es el primer ministro del rey.

El prócer godo, poniendo cariñosamente la mano en el hombro de su tío, se le quedó mirando con una sonrisa que el pobre ciego no podía adivinar.

-Duque de Cantabria, le dijo con dulcísima y respetuosa voz, me confieso vencido por vuestra virtud. Yo, al veros ciego y sin ojos, no pude conservar la serenidad de juicio necesaria para discurrir con calma y rectitud sobre ciertas materias; pero vos, que no me veis, y que para no verme habéis sido bárbaramente atenazado, sois el defensor de todo el mundo, principiando por nuestros verdugos.

-¿Y sabes por qué, Ranimiro?, le contestó Favila, con tono casi infantil, y movimientos tan sencillos como candorosos. ¿Sabes por qué? No es todo caridad, sobrino, es por quitarme un peso de la conciencia.

-¡Vos!

-Sí, yo; porque sospecho que la culpa de todas tus cavilaciones la tiene mi hijo.

-¿Pelayo? ¿Por qué?.

-Si él no te hubiese dado aviso de que salieses con Amaya de Pamplona guardándola de Rodrigo, ¿habrías recelado tú lo que recelas, te hubieras perdido en ese golfo de imaginaciones en que te veo zozobrar?

-Probablemente no.

-Pues bien, en tus discursos, en tus juicios y presentimientos te dejas arrastrar a la exageración por el cariño paternal; y Pelayo, en sus temores, se desliza sensiblemente a la injusticia, por el fraternal amor que profesa a su prima.

-¿A Amaya?, dijo el tiufado murmurando, con mal seguro acento.

-A Amaya, a quien conoce ha tanto tiempo, y contempla como la perla de la familia. A su prima, a quien ama entrañablemente como un hermano.

Ranimiro callaba.

-Desengáñate, sobrino; celos todo: celos de padre en ti, celos de hermano o de primo en él.

Y el tiufado seguía callando.

¡Oh! ¡Si Favila hubiese podido ver su rostro, resplandeciente de júbilo, aunque siempre tan respetuoso, como si el anciano le estuviese contemplando!

-Duque de Cantabria, exclamó por fin, no tratando de disimular la profunda conmoción de su ánimo; estoy satisfecho y os quedo reconocido.

-Pues yo no: yo quiero que acabes de hacer justicia a todo el mundo. Vivimos en tiempos misérrimos, y señal de ellos es el ambiente de temores, sospechas y torva y mutua desconfianza en que nos agitamos. No hay amigo para amigo, ni hermano para hermano, ni padres para hijos; todos recíprocamente nos creemos o vendidos o dispuestos a la traición. Ranimiro, pensando más cristianamente, nos equivocaremos menos. ¿Por qué has de tener tan mala opinión del rey tu sobrino?

-Señor, porque su conducta...

-No es buena, te lo concedo. Pero, ¿porqué una vez haya sido detestable, ha de ser siempre mala? ¿No ha podido preguntar por tu hija, por su prima Amaya, con la honesta y benévola intención de... de casarla?

-¿Con quién?

-Eso no te lo podré decir sin más datos; pero sus preguntas acerca del estado, edad y figura de Amaya, trascienden a proyectos matrimoniales, nada extraños en quien, al fin y al cabo, es cabeza de toda la familia, y por primera vez trata de honrar la casa de una prima suya, moza casadera. ¿Con quién piensa casarla, me preguntas? ¡Qué se yo! ¡Quizá nuestro sobrino piensa y quiere lo mismo que... lo mismo que su tío!

-¡Que sus tíos!, exclamó Ranimiro lleno de gozo.

-Sus tíos, eso es. Porque, teniendo a su lado a mi hijo, y tratándose de damas como Amaya, llena de virtudes, de talento, de gracias, ¿en quién ha de pensar e rey sino en su primo hermano, en su más próximo deudo?

-¡Oh! no os dejéis llevar de vuestra bondad. Si fuera como decís, ¿no lo habría conocido Pelayo? Y sospechándolo siquiera, ¿había de escribirme tan alarmado?

-Efectivamente; pero tú no conoces a mi hijo: cuando se trata de la patria, sigue sus consejos, respeta sus corazonadas; pero en negocios, por decirlo así, domésticos, haz más caso de cualquiera que de él. De todos modos, si yo me equivoco pensando bien, tendré el sentimiento de haberme equivocado; mas no el de haber pensado mal antes de tiempo. Pero, Ranimiro, ahora sí que puedo decir con toda verdad, que estamos echando la cuenta sin la *huéspedada*.

-Perded cuidado, que por la huéspedada no fallará.

-¡Ah! ¿Con que tú me respondes de Amaya?

-Como de mí mismo.

-¿De veras?

-Amaya guarda todavía entero su corazón. Ni yo he tratado de inclinárselo hacia ningún hombre, ni ella lo ha rendido a nadie hasta ahora. Tan buena hija es, y en tan alta estimación tiene a Pelayo, que una mirada de éste y una indicación mía, bastarán para decidirla. Pero suspendamos, si os parece, la conversación: va a estallar mi pecho de alegría.

-Bien está, sobrino, tiempo tenemos de departir sobre ello. Ahora vete, quítate esos arreos militares, y cenaremos luego todos juntos; que me está devorando el ansia de oír y tener a mi lado a nuestra hija.

-Sí, pero acerca de nuestro proyecto, o por mejor decir de nuestro deseo, guardad por ahora profundo silencio.

-¿Por qué?

-Porque podemos equivocarnos: equivocarnos, si no lo lleváis a mal, acerca del rey; equivocarnos acerca de Pelayo...

-¿Y de Amaya?

-Acerca de esa, no. Su corazón está libre y exento de toda impresión de amor. Pero no la conocéis bastante todavía, y sobre todo, no me conocéis a mí. Es preciso que yo, repare una falta que he cometido con vos: tenemos que hablar despacio. Dejadme elegir el momento oportuno para contaros una grande y principalísima parte de mi historia.

Tal fue la primera entrevista de los dos próceres visigodos, en el castillo de Cantabria.

CAPITULO III

Música de los godos, letra de los vascos

Las últimas razones de Ranimiro eran para dar en qué pensar al hombre menos caviloso; pero el bueno del duque ni las rumiaba, ni recordaba de ellas, al parecer, sino la especie de que no conocía bastante a su sobrina; pues sin duda para conocerla y estudiarla, y aun decorarla, no la dejaba, como vulgarmente se dice, ni a sol ni a sombra.

Ya supondrá el lector que en semejante ocupación, persecución siquiera, y asedio, no se columbraba sombra de temor y desconfianza: era el placer del niño que no acierta a separarse de lo que le gusta, y come con sus juguetes sobre la mesa, y duerme con ellos bajo la almohada. Si no podía gozarse el pobre ciego contemplando aquel rostro modelado por la bondad para inspirar amor a lo bueno, resplandeciente en gracia y hermosura, para que la Suma Perfección fuese alabada; percibía como nadie y saboreaba con singular embeleso todas las virtudes de Amaya, la fortaleza de su ánimo, la delicadeza de sus gustos, la claridad de su entendimiento, la ternura y pureza de su corazón.

-¡Que no la conozco a fondo!... exclamaba entre dientes, cuando estaba a solas-. Cierto, porque su bondad es insondable. Pero ya sé que está libre de todo peligroso afecto; que no ama a nadie, sino a Dios, a su padre y a mí. -¡A mí también! ¡Bendita sea!

Para colmo de su felicidad, entre las gracias de Amaya, sobresalía el talento de la música.

Favila, después de su ceguera, había mandado construir un hermosísimo salterio, con ánimo de distraerse en las eternas horas de soledad y tinieblas; mas a pesar de haber sido aficionado en su juventud, y de la paciencia proverbial del ciego, poco, muy poco había adelantado. ¡Figúrese el lector qué hallazgo, qué regalo y consuelo no sería para el pobre anciano aquella huéspedea que cantaba como un ángel, y tañía con primor, sin cansarse nunca de tañer y cantar para complacer a su tío!

Así transcurría el tiempo, veloz como estrella errante que cruza el cielo sin nubes; así pasaron algunas semanas en el castillo, como un ensueño infantil.

Una tarde de primavera, Amaya cantaba acompañándose al salterio, o más bien, daba lección, porque su padre era su maestro.

Sentada delante del instrumento en sencilla trípode de baqueta, se había puesto dediles de oro con púas de marfil, para herir las cuerdas metálicas con la debida fuerza y sin lastimarse.

Repasaba a la sazón un himno de Conancio, distinguido, entre los compositores españoles del siglo VII, por la dulzura de sus melodías.

Su padre, mustio y taciturno los primeros días, estaba en pie a su lado, más afable y tranquilo que nunca. Conocíase en la serenidad y firmeza de su mirada, que después de haber luchado largo tiempo consigo mismo, acababa de tomar alguna grave resolución que ponía término a grandes preocupaciones del ánimo o sobresaltos de la conciencia.

-Más despacio, Amaya, exclamaba. ¡Te entusiasmas con una facilidad!...

-Hombre, déjala a su aire, se atrevió a decirle su tío, que retirado un poco para oír mejor, no perdía nota.

-Es que la música religiosa debe cantarse en tono muy pausado, y saboreando la letra. De lo contrario, como dice nuestro grande Isidoro hispalense, se asemeja a la afeminada canturía de los teatros. -Por cierto que los visigodos podemos enorgullecernos con maestros tales como Leandro, Conancio, Juan y Braulio de Zaragoza, Julián y Eugenio de Toledo. Todos los obispos y poetas, y aún estoy por decir, que todos santos.

-¿Y músicos?, preguntó Amaya.

-Músicos además de compositores de versos; porque si fuésemos a recordar los visigodos únicamente distinguidos en la poesía, no acabaríamos tan presto.

-Y por el gusto de escucharte, nos privaríamos de oír cantar a Amaya, que es uno de mis mayores placeres. Y esta tarde, por más que digas, Ranimiro, está de vena. ¡Lástima que no la oyese mi hijo!...

Animada con el elogio del anciano y la seguridad de que así le complacía, Amaya volvió a comenzar el himno de Conancio, dejándose llevar de la inspiración.

Con tan excelentes propósitos, tocando estaba el prelude meramente instrumental; mas de repente, sin dejar de tañer, volvió atrás la cabeza, y dirigiéndose al duque, le dijo:

-¿Y no os gustan los cantos vascongados, tío?

Su padre no pudo reprimir un ademán de sorpresa.

-Con tal de que sea música, y cantada por ti, me gustan todos los cantos, hasta los de piedra, berroqueña, contestó el anciano sonriéndose.

Sonrióse también la hija del tiufado, más que del juego del vocablo, de la satisfacción que denotaba el chiste, y se puso a cantar el himno.

Ranimiro, pensando en la extraña pregunta de su hija, parecía distraído, y no la dijo nada.

-Muchacha, exclamó el duque levantándose, no quiero encarecerte cómo has cantado; porque no hay elogio que equivalga al silencio de tu padre. -¡Eh! ¿Qué tienes que replicar, maestro gruñón y descontentadizo?

-No lo ha hecho mal, contestó el tiufado. ¡Cuando ella quiere!...

-¿No habéis oído nunca los cantos montañeses?, preguntó Amaya a su tío.

-Ignoro, hija mía, si esos bárbaros tienen otra música que la de alaridos salvajes y cuernos, que les sirven de trompas en la batalla.

El tiufado, después de mirar a su hija, y de registrar en sus ojos hasta el fondo del corazón, quedó tranquilo, y dijo murmurando para sí:

-No es ella, no; es Dios quien lo dispone y quiere abrirme el camino. He hecho bien en resolverme a romper el silencio. Dejémonos llevar por la corriente.

Y luego, alzando la voz, añadió:

-Pues en la afición a la música y en cierta predisposición natural para la poesía, es lo único en que se parecen los vascos a los godos. Esos que veis tan rebeldes, indómitos y montaraces, dejados en paz, en libertad y a su modo, forman pueblo de niños que se divierte cantando y bailando en las praderas.

-¿Queréis que os cante alguna de sus canciones?, añadió Amaya, animada con la presunta aprobación de su padre.

-Sí, mujer, sí: no sólo quiero, sino que te lo suplico. Eso, si la visigótica severidad de mi sobrino lo consiente, dijo Favila sonriendo. Porque tienes fama de implacable y atroz contra los vascos.

-No creo, contestó Ranimiro en el mismo tono, que por zorcico más o menos, lleguen a hacerse sospechosos a los godos, ni el duque Favila, ni el tiufado Ranimiro. Pero supuesto que vas a cantar una canción cualquiera, escógela de las antiguas: que no turbe el placer de oírte, la negra imagen de la presente guerra.

-El canto de Aníbal, si os parece.

-Es bellissimo, y va contra los romanos que fueron también enemigos nuestros.

-¡El canto de Aníbal!, exclamó el duque. ¿Qué es eso?

-Cuando el cartaginés Aníbal se dirigía contra Roma, tuvo que salvar los Pirineos, firmando paces y alianza con estos montañeses, algunos de los cuales quisieron acompañarle en la expedición, y se incorporaron a la vanguardia. Cruzaron las Galias y los Alpes; pero al llegar a Italia, cuando más encantados debían de estar en aquellas feraces y floridas campiñas, y ciudades maravillosamente ricas, cata que los vascos se acuerdan de sus valles, y le dicen al capitán de Cartago, adormecido con las delicias de

Cápua: «Aníbal, nosotros nos vamos de aquí: no podemos vivir más tiempo lejos de nuestros bosques».

Este es el argumento de la canción.

-Muy bello. Pero ¿es posible que los bárbaros conserven memoria de tan antiguos sucesos?

-¡Memoria!, exclamó el tiufado, sonriéndose con cierta melancolía: en el pueblo vasco no se extinguen nunca los recuerdos. Dejaría de existir esa raza, si llegara a perder la tradición.

-¡Ea, pues!... dijo el duque, dirigiéndose con voz de ruego a su sobrina: cántanos la canción de los tiempos de Aníbal.

-Allá voy, tío, contestó Amaya; pero como es la primera vez que vais a oír con atención y a juzgar quizás de la música vascongada; para el debido conocimiento de causa, tenéis que enteraros del singular artificio de estos poemas. Si no, tal vez extrañéis cambios de tono, que pudieran pareceros bruscos e inmotivados. Os hablo así, querido tío, porque sois muy entendido en música.

-Es claro, dijo Ranimiro, interrumpiéndola con dulce malicia: ¡como que siempre te está elogiando!

-Prosigue, hija mía, y no hagas caso de tu padre. ¿Qué artificio es ese de las canciones vascas?

-Comienzan, respondió Amaya, por un preludeo que no tiene al parecer conexión alguna con el asunto de la canción. Es unas veces el recuerdo de cualquier acontecimiento que llame la atención pública; es otras un quejido del corazón, una lágrima dedicada a la memoria de personas queridas, ausentes o difuntas, o cosa por el estilo. Después de este preludeo, que parece concedido al cantor para desahogo de sus afectos personales, entra la canción guerrera, histórica o de cualquier género que sea; concluida la cual, viene el remate, que se enlaza con la alusión, la queja o los amores del principio.

-¿Y cómo explicas tú eso, hija mía?, preguntó el ciego: porque alguna razón ha de tener; por algo habrá llegado a convertirse en regla.

-Eso yo no lo sé, contestó la niña; pero nos lo explicará mi padre.

-Algunas veces he pensado en ello, dijo Ranimiro; porque, como tendré que deciros luego, tanto Amaya como yo, hemos oído con harta frecuencia canciones de la montaña. Yo creo que el entusiasmo, el calor de la inspiración no vienen de repente: el horno tiene que calentarse poco a poco, y todo preludeo es fuego que templará y pone en el grado necesario el corazón para recibir al Genio que desciende de lo alto. Cuando cantor y poeta se hallan ya como saturados del estro, como arrobados por la exaltación, cantan sin temor; y cuando han concluido, vuelven en sí, dirigen los ojos al objeto que les sirvió de reclamo para atraer al numen, y le consagran un recuerdo de gratitud.

-Perfectamente explicado, exclamó Amaya, mirando a su padre con orgullo: y no puede entenderse de otra manera. Ahora oíd, tío; escuchad, padre; y queden mudas de asombro las sierras de Cantabria y Codés, que tenemos enfrente, al percibir los ecos que van a salir por las ventanas del castillo de Favila y Ranimiro.

Y se sentó nuevamente al salterio, con el entusiasmo que se trasluce en sus palabras.

Después de algunos, compases de música lánguida, comenzó la canción, de cuya inimitable sencillez y energía no pueden ser trasunto los siguientes versos:

Pájaro de dulce canto,
¿quién te retiene cautivo?
Ha días que tus gorjeos
no resuenan en mi oído.
Y no hay hora, no hay instante
que con ayes y suspiros,
no recuerde aquellos ecos,
regalo del pecho mío.

-Este es el prelude, dijo la dama, volviendo tan rápida como graciosamente el rostro hacia Favila, y traduciéndole la introducción.

-¡Precioso, bellísimo!, exclamó éste; pero ¿quién ha de adivinar que de aquí brota la canción de Aníbal?

Amaya, por toda respuesta, pasó del tono lánguido del zorcico al más enérgico de las narraciones y leyendas, y prosiguió:

Pasó un día el africano
delante de nuestros riscos;
os vio, y dijo a nuestros padres:
-«Valientes son vuestros hijos».
Y era verdad, y a nosotros
que probárselo quisimos,
os habló: -«Voy contra Roma,
busco a vuestros enemigos».
Los mancebos contestamos:
-«Aníbal vamos contigo;
pero llévanos delante,
y te abriremos camino».
Y a la hora en que se acuestan
las mujeres, nos partimos,
callados, por no turbar
su dulce sueño a los niños.
El mastín de los rebaños
no aúlla en torno al aprisco,

pues cree que al punto volvemos,
al vernos salir tranquilos.
Pasan días, pasan noches
lejos del valle nativo,
noche y día combatiendo
por el africano amigo.
El Ródano atravesamos,
más que el Ebro enfurecido;
cruzamos luego los Alpes,
más que el Pirineo altivos.
Y de allí como un torrente,
vencedores descendimos
a las campiñas de Italia,
y a sus vergeles floridos.
Palacios de oro encontramos,
mujeres hermosas vimos;
pero ni damos por ellos
nuestra cabaña al olvido.
Ni valen aquellas hembras
con sus joveles y hechizos,
lo que mi madre y mi hermana,
y el amor del pecho mío.
Dícenme que a Roma vamos,
donde el oro corre a ríos...
¿Qué importa? ¡Qué se harten ellos!
Yo por mi valle suspiro.
Yo quiero ver a la hermosa
que me guarda su cariño,
y mi tierra está muy lejos,
¡y el tiempo es largo y sombrío!

-Tío, dijo Amaya: aquí termina el poema; pero el compositor se acuerda de su pajarito, y como ha dicho mi padre, no quiere dejar el instrumento sin dedicar un recuerdo a los afectos que le trajeron la inspiración. Oíd el remate:

Pájaro de dulce canto,
cántame así de continuo.
Más desdichado que yo
nadie en el mundo ha nacido.
Perdí la hermosa a quien amo,
perdí mi valle nativo.
Nunca, nunca cesarán
de llorar los ojos míos.

-¡Oh! ¡Magnífico! Soberanamente cantado, exclamó Favila, levantándose, y yendo hacia Amaya, que se adelantó a recibirle, temerosa de que tropezara.

Favila al sentirla cerca se arrojó a sus brazos.

En aquel punto resonó debajo de las ventanas, que daban al campo, un grito alegre, gutural, vibrante y prolongado, que parecía superior al aparato eufónico del hombre.

Era el clamor de los montañeses que todavía resuena en las romerías del país y en momentos de entusiasmo popular; famoso grito en que algunos vascófilos descubren hasta la raíz del nombre eúscaro de Dios, tres veces repetido, como en honor de la beatísima Trinidad. Diríasele la voz de las montañas que se eleva al cielo para aclamar a *Jaungoicoa*.

-¡Los vascos!, exclamó Amaya, desprendiéndose espantada y sobrecogida de los brazos del anciano.

-Los vascos: dices bien, hija mía, le contestó tranquilamente su padre; porque ese grito, de un solo hombre, jamás queda sin eco en esta tierra.

Y en efecto, a lo lejos, otro grito igual, aunque más debilitado por la distancia, resonó entre los olivares y viñedos de la llanura.

-¡Callad!, prosiguió Ranimiro.

Y todos se quedaron escuchando.

Y mucho más lejos, cerca ya de los primeros estribos de la cordillera, los tres godos creyeron percibir tenue, muy tenue, ese clamor simbólico, característico de los montañeses.

-Puedes quedar satisfecha, Amaya, añadió su padre: ese aplauso que te tributa un vasco vagabundo al pie del cerro de Cantabria, de eco en eco va dilatándose por todo ese solar, y como las ondulaciones de un lago, sólo en las orillas irá a desvanecerse.

-Verdaderamente, contestó la cantora, que era para estar orgullosa, si el aplauso no fuera tributado a la canción nacional, a la antigüedad, a la tradición que parece encerrar el espíritu vascongado. Para que comprendáis el mérito del poema, añadió Amaya dirigiéndose a su tío, concluiré de traducíroslo.

Cuando hubo acabado de explicarlo, exclamó el anciano duque de Cantabria:

-Pero, ¿es posible que nosotros los godos, que no nos preciamos de cultos, y que tan celosos somos de nuestra independencia -testigos vándalos, hunos y suevos-, hagamos la guerra a gente tan sencilla, que ningún mal nos haría si la dejásemos en paz?

-Les hacemos la guerra muy justamente, contestó Ranimiro, con aquel aire de severidad que hacía cambiar por completo su fisonomía: nosotros vencimos a los romanos, y los romanos habían vencido a los vascos: si los primeros se sometieron a nuestra ley, los últimos forman parte de los vencidos y quedan a merced del conquistador.

-¿Qué piensas tú de esto, sobrina?, le dijo el duque, adivinando que el silencio de Amaya sólo al respeto era debido.

-Yo creo, contestó tímidamente la dama, que los vascos se establecieron en los Pirineos occidentales, sin tener que desalojar a ningún ser viviente mas que a las fieras. Para hacer prados, principiaron por incendiar los bosques de los valles y hondonadas. No sé si fueron o no conquistados-, pero si he de atenerme a sus canciones, paces hicieron con Roma, sin que, en rigor, ni unos ni otros pudieran llamarse vencedores ni vencidos.

-Veo, hija mía, la dijo Favila con dulzura, que sabes defender a nuestros enemigos.

-Instintivamente, contestó la dama, me pongo siempre de parte del débil. Pero soy goda ante todo y sobre todo, y por serlo tan de corazón, quisiera ver a los de mi raza más... no sé cómo decir, más altivos y magnánimos; quisiera verlos amigos de los montañeses, como lo fueron los romanos.

-¡Imposible!, exclamó Ranimiro: eso pudo ser en otros tiempos, por ventura; fue mi esperanza y mayor deseo en vida de tu madre: hoy, la luz y las tinieblas podrán antes unirse y amalgamarse, que godos y vascos.

-¡Quién sabe!... dijo murmurando Amaya: y se quedó pensativa.

-Tío, prosiguió Ranimiro, sin parar mientras al parecer en las imaginaciones en que la vio sumergida: acabáis de oír que vuestra sobrina es ante todo goda, y de veras lo ha dicho, porque es hija mía; pero ha podido añadir algo que por mí ha omitido.

-¿Pues qué?

-Ha callado que tiene algún mérito en ser tan decidida por los godos; porque la mitad de su sangre es vascongada.

-Amaya salió de sus distracciones al oír aquellas palabras, y se irguió en su asiento.

El duque exclamó, levantándose como lanzado por fuerte sacudida:

-¡Amaya, vascongada! ¡Tú... de la sangre flavia! ¡Tú! ¿Qué estás diciendo?

-Lo que no he dicho a nadie hasta ahora. Os lo anuncié el día en que llegamos a Cantabria: no nos conocéis todavía ni al padre ni a la hija. No sabéis una parte de mi historia, que por grandes y poderosos motivos he ocultado a todo el mundo. Pero he resuelto al fin revelárosla hoy: es ya preciso. Mi reserva me traía inquieto y desasosegado. Causábame cierto empacho, y aún remordimiento, guardarla con vos, que sois el patriarca de nuestra familia, y que tantas y tantas pruebas de cariño nos habéis dado, y nos queráis dar, amado tío.

Y al pronunciar estas últimas frases con melancólico acento, tomó el conde una de las manos del ciego, apretándosela por modo particular, para hacerle comprender el verdadero sentido de sus razones.

El duque le contestó de la misma manera; y uno y otro quedaron, al menos, satisfechos de haberse entendido.

-Habla, Ranimiro, que yo de antemano te agradezco la confianza que me dispensas.

Amaya se levantó para marcharse.

-¿A dónde vas?, le preguntó su padre.

-Me retiro, si me dais permiso.

-No, hija mía, le contestó el conde con dulzura; algo sabes de lo que voy a referir: ya es tiempo de que nada ignores. Has dejado de ser niña, y es preciso que, así como he procurado esclarecer tu entendimiento y dirigir tu corazón desde la edad más tierna, no olvidé mis deberes cuando ha llegado para ti la edad de sentimientos nuevos.

Amaya se ruborizó, bajó los ojos y se sentó otra vez.

Su pecho se agitaba con el orgullo de verse por vez primera tratada por su padre como mujer, y el vago temor que la infundía la solemnidad de las revelaciones que iban a romper el misterio de su nacimiento.

Desechando, sin embargo, como criminal hasta el miedo que inspira lo desconocido; aquella criatura tan generosamente inspirada de grandes afectos, dijo:

-Sólo quiero que me digáis lo necesario para enseñarme a defenderos con razones, ya que hasta ahora os he defendido con el corazón.

Favila, entre tanto, parecía absorto y abatido.

-¡Vascongada!, exclamaba murmurando. Pero, ¿no eres tú?...

-¡El azote de los vascos, sí!

-¿El incendiario de?...

-¡Del caserío de Aitor!

-¡Eso, no!, exclamó Amaya con santa indignación.

-¿El qué?...

-Proseguid, tío, contestó Ranimiro con amarga sonrisa: el que hizo perecer dentro del venerando edificio a una mujer...

-¡Eso, no!, tornó a decir su hija.

-A una mujer recién parida, con la criatura en los brazos...

-¡No, no! ¡y mil veces no!, repetía Amaya como fuera de sí; pero con la convicción más profunda, con fe ciega en la rectitud y nobleza de su padre.

-Haces bien, Amaya, haces bien en sostener la verdad. Ahora, como tú lo deseas, te enseñaré a demostrarla, a confundir a mis calumniadores godos o vascos.

Y Ranimiro la estrechó contra su corazón, y la besó en la frente, sentándose luego como rendido bajo la inmensa pesadumbre de recuerdos que a todas partes le habían seguido, y de calumnias que hasta entonces había despreciado.

Repuesto un poco de su turbación, dijo al anciano:

-Duque de Cantabria, sois mi superior en dignidad, en edad, en todo, hasta en desdichas, y eso que no creo haber sido yo muy venturoso: vais a ser mi juez, sólo mi juez, no mi deudo y amigo. Escuchad.

Favila quiso hablar.

En aquel momento echó como nunca de menos la falta de sus ojos.

Pero ni pudo ver, ni derramar una sola lágrima, ni pronunciar una palabra.

Fue a coger la mano del antiguo conde, y se encontró con la de Amaya; la apretó y la estrujó contra su corazón.

-Escuchad, repitió Ranimiro.

Y habiendo bajado la cabeza Favila en señal de anuencia, comenzó el tiufado su relato de semejante manera.

CAPITULO IV

En que el tiufado comienza a contar su historia

Siendo vos, hace veinte años, duque de la provincia tarraconense, y yo conde de Victoriaco, puesto al frente de mi tiufadía para no dejar en paz a los vascos de lo interior; estaba siempre acometiendo empresas, ora a la faz del sol, ora nocturnas, asaltando la tierra baja y haciéndola sentir cotidianamente los trabajos y molestias de la guerra, llevando a sus inaccesibles y casi ignorados valles, noticia de la existencia y pretensiones de los godos.

«Situada la ciudad, erigida por Leovigildo, a la falda meridional del gigante Gorbea, cuyas vertientes de Ocaso y Norte se pierden en el mar; mis incursiones no habían pasado de la cumbre, o más bien, de la línea divisoria de las aguas que de allí se reparten el Océano y el Mediterráneo».

-Y era cuanto yo te había encomendado, Ranimiro, dijo a la sazón Favila, interrumpiéndole: y eso por conocer tu arrojo y afición a temerarias aventuras, en las cuales nadie había ido tan lejos como tú, ni después te ha superado nadie.

-«Yo, sin embargo, no estaba satisfecho, prosiguió diciendo Ranimiro, y con poca gente, sin ánimo de empeñar combate, y sólo por tantear el terreno y tomar, como quien dice,

posesión de la tierra que da cara al mar; salí de Victoriaco una mañana y llegué hasta las márgenes de un río que corre al golfo Cantábrico, y donde moran ya tribus apenas conocidas.

»Di señal de retirada, y al volver los exploradores, me trajeron una joven del país, moza de cabello corto, blanco tocado, traje florido y de brillantes colores.

»Tomáronla mis bucelarios por espía; mas un poco de reflexión bastaba a desmentirlos. ¿Cómo había de espiar nadie a los godos en parajes donde no los esperaba nadie, y hasta la sazón no habían puesto los pies?

»Por otra parte, bastaba mirarla al rostro, bellissimo por cierto, para comprender el candor y sencillez de aquella pobre niña.

»La expresión de su fisonomía me pareció extraña, sin embargo, denotaba más alegría que temor: parecía contenta de hallarse entre nosotros, y miraba atrás con desconfianza y miedo quizás de sus perseguidores. Esto por un lado, y por otro su infantil asombro al ver nuestros grandes corceles y espléndidos arreos militares, añadía nuevos encantos a su hermosura, que tenía el suave y místico resplandor de las cosas celestiales.

»Esta, dije para mí, es una pobre niña sorprendida en la montaña, tal vez extraviada en los bosques por su mismo afán de buscar aturdidamente el camino, o perseguida acaso por alguna fiera; pues que allá son inverosímiles los salteadores. Lo mejor será llevarla con nosotros hasta encontrar un caserío, y dejarla segura en él.

»Apenas los soldados la dieron a entender que yo era caudillo y señor de todos, se vino a mí desalada, como buscando amparo y protección, y exclamando:

-»¡Yo, cristiana! ¡Yo, cristiana!

»Y sacando del pecho tosca crucecita de madera, sin duda hechura de sus manos; la besaba con fervor y unción angelicales, y me miraba con suplicantes ojos.

»Contestéla en nuestro idioma latino, que nosotros también éramos cristianos como ella; pero no me entendía.

»Sólo la afable expresión de mi semblante, la suavidad que naturalmente debía de tener mi acento, y el respetuoso beso que di también a la cruz; debieron de hacerla comprender al punto la diferencia de mi trato al de los soldados, y persuadirla a poner en mí toda su confianza.

»Arrimábase a mí, no sin miedo al brioso caballo, cuyas sacudidas, que no llegaban a escarceos, la hacían retroceder, y señalándome la peña de Gorbea, repetía:

-»¡Cristiana! ¡Cristiana!

»Su voz era argentina, conmovedora y privilegiada. -La misma, la misma voz, duque Favila, que acaba de resonar en este aposento con la canción de Aníbal.

»Llevaba yo, como sabéis, algunos años en Vasconia, donde tenía tierras y casas; sabía algunas cuantas frases y palabras sueltas en vascuence; y de tan escaso caudal me valí para indicarla que todos éramos cristianos, que tuviese confianza en mí, que la dejaría en libertad desde luego en aquel monte, o si allí no, donde más quisiese.

»La joven, llena de júbilo al oírme chapurrar su propio idioma, me replicó:

-»Yo soy cristiana de corazón, nada más; pero quiero serlo como vosotros, ¡aunque me cueste la vida!

»Fue lo único que la entendí; porque animada sin duda por la fe, por la divina gracia que resplandecía en su semblante; siguió explicándose con entusiasmo y calor, fatales para mi escasa práctica en el vascuence.

»Adivinando, sin embargo, en gestos y miradas algo de lo que me decía, la pregunté:

-»¿Quieres un sacerdote?

-»Sí, sí; uno de vuestros ancianos. -¡Bautismo!, añadió de repente, con verdadera alegría, por haber topado al fin con esa palabra latina, en cuya busca andaba su memoria hacía rato.

-»¿Quieres venir a Victoriaco para que te instruya un monje y te bautice?, la pregunté.

»La joven, trasportada entonces de júbilo, exclamó:

-»¡Sí, sí! ¡Ese precisamente es mi único deseo!

»Y tan pronto besaba la cruz, como miraba al cielo, y quería tomarme la mano, y se retiraba medrosa al menor movimiento del ya impaciente corcel que yo montaba.

»Dispuse que cabalgara en la hacanea de uno de los jinetes; pero lo rehusó con muy gracioso gesto: y para probarme que no lo había menester, echó a correr pecho arriba, y andando siguió constantemente, sin quedarse atrás.

»Así entramos casi de noche en la ciudad, y la llevé en seguida al convento de religiosas, para que permaneciese en él todo el tiempo que fuera necesario.

»Cierta monje que sabía vascuence, por haber servido mucho tiempo parroquias de lo interior de Vasconia; me acompañó al día siguiente a ver a la presunta catecúmena, y se enteró en breve de su historia y sus deseos.

»Llamábase Lorea, era pagana, y pertenecía a familia de fanáticos gentiles, que la habrían hecho pedazos, si hubiesen presumido que trataba de abandonar la religión de sus mayores.»

-Pero ¿hay todavía idólatras en ese país?, preguntó Amaya, que escuchaba el relato con un interés que nadie como ella podía sentir, comprendiendo desde luego de quién se trataba.

-Los vascos, hija mía, contestó el tiufado, no son idólatras, ni lo han sido nunca. Antes de convertirse al cristianismo por la predicación de San Pablo, San Saturnino, San Fermín y otros apóstoles; seguían la religión natural, primitivamente revelada, adorando a un solo Dios, espíritu puro, creador y *Señor de lo alto*, como lo llaman, sin ídolos ni altares. No te diré que en sus ritos y leyendas religiosas no se haya deslizado alguna superstición; pero en el fondo, tenían la fe de los Patriarcas anteriores al diluvio.

Yo creía también que ya no quedaba un solo vasco sin bautizar; pero el monje me enteró de que en lo más fragoso de las montañas pirenaicas, había familias que rechazaban el cristianismo como novedad y cosa extranjera, contraria a la tradición; en una palabra, por mal entendida exaltación patriótica, por fanatismo ibérico.

A una de esas familias, a la primera y principal de todas, pertenecía Lorea.

-¡Madre mía!, exclamó la dama profundamente conmovida.

Y llevó a sus labios un brazalete de oro con medallón ovalado, besándolo con veneración y ternura.

-Ese nombre vascongado, tío y señor, prosiguió diciendo Ranimiro, ha hecho recordar a vuestra sobrina que lleva un brazalete con tosca crucecita de oro, y esta leyenda vasca: *Amaija dá asieriá*. «El fin es el principio». Por eso sin duda ha besado la cruz cincelada en bajo relieve.

-Por eso, y porque este brazalete con fiel trasunto de la tosca cruz de madera, de que nos acabáis de hablar, ha pertenecido a mi pobre madre.

-Y por ella fue mandado hacer a un platero judío, de los más hábiles que han pasado por aquí de Toledo a la Aquitania.

Favila lo examinó al tacto, lo llevó también a los labios con respeto, aunque con mal disimulada pena, y lo devolvió a su sobrina.

Íbase relajando, a pesar de todo, la tirantez en que por algunos momentos estuvo la situación de nuestros personajes.

-«La joven vascongada, continuó diciendo Ranimiro, que veía cristiana a casi toda su raza, sintió en el corazón llamamiento sobrenatural, ansia viva y eficaz de abrazar la religión verdadera; pero no se atrevió a comunicárselo a nadie.

»Esto necesita una explicación.

»Era Lorea huérfana de padre y madre, y la mayor de tres hermanas. Llamábanse las otras, Amagoya y Usua. Como primogénita, ejercía verdadera autoridad, y una especie de sacerdocio entre las familias no bautizadas, y aun cierta soberanía en todas las siete tribus, sin distinción de cristianos ni gentiles.»

-Explícate, sobrino, exclamó Favila, dándose al fin a partido; porque esa bendita criatura me va interesando sobre manera.

Lo que, sin conocerlo quizás, le interesaba al noble anciano, era el incremento y gallardas proporciones que iba tomando aquella figura, que aparecía en escena, pobre niña abandonada en los bosques, y había ido creciendo, creciendo hasta el punto de poderse llamar reina de los vascos.

Se conocía que el bueno del duque, a pesar de haber sabido que la esposa de Ranimiro fue del nunca bien recibido linaje ibérico, no desechaba todavía la idea de casar a su hijo con Amaya; y que si la mezcla de sangre le había disgustado, no le parecía tan mal que lo que Amaya perdiese de goda, de princesa lo ganara.

El tiufado contestó:

-Os lo diré, tío, y tú también, Amaya, vas a oírlo por primera vez: Lorea pertenecía al linaje de Aitor, como todos los vascos; pero descendía del primogénito del gran patriarca éuscaro, siendo sucesora directa y heredera de su nombre, bienes y casa solariega.

En ésta, según la tradición, vivió el primer vasco que llegó a los Pirineos con siete hijos varones, cabezas de sendas tribus, en que se dividieron los pobladores de las montañas.

-¿Y por qué se llaman vascos o vascones?, preguntó Favila.

-Ellos entre sí se denominan *escualdunac*, y dan a su región el nombre de *escualerría*, que significa tierra del *escuara* o vascuence. *Vascos* equivale a montañeses, y nosotros hemos tomado esta voz de los romanos, por más fácil para nuestros labios. Pero montañeses y vascos, todo es uno.

-Prosigue.

-«La tribu primogénita, y más que nadie, la familia, propiamente dicha, de Aitor, heredera de Aitormendi, ha sido siempre tenida en veneración supersticiosa: en esa confederación de repúblicas y señoríos que se extiende del Adur al Ebro, del mar Cantábrico a los ingentes picos del Pirineo; la casa del patriarca reinaba moralmente y ejercía, en cuanto cabe, la suprema autoridad de esa religión sin templos, pontífices ni sacerdotes. Los ancianos mandan las juntas o consejos; pero el primogénito de Aitor, viene a ser el anciano de los ancianos.

»Extinguida la línea masculina del heredero, cetro, sacerdocio y suprema autoridad pasan íntegros a las hembras; a la hija mayor, primero, y a los hijos de ésta...»

El ciego volvió instintivamente el rostro hacia Amaya, como si quisiera observar el efecto que semejante declaración producía en su sobrina.

-«A los hijos de ésta, repitió Ranimiro, varón u hembra, después de la madre; o si la madre moría sin sucesión, a sus hermanas, de mayor a menor, es decir: de Lorea a Amagoya, y de Amagoya a Usua.

»Lejos de sufrir menoscabo la majestad al trasmitirse a las hembras, se engrandecía y abrillantaba; porque en opinión vulgar, una de esas hembras, legítima heredera del solar de Aitor, ha de ser reina, reina de veras, con cetro y corona como nuestros reyes de

Toledo, y rica, inmensamente rica, para que pueda verificar la transición de humilde casera al trono de...»

-¿De dónde?, preguntó impaciente el duque.

-Eso no lo sé, ni creo que lo hayan dicho los profetas vascongados, contestó Ranimiro, que ya había recobrado la serenidad hasta el punto de sonreírse.

-Prosigue, sobrino, y perdona que te interrumpa: no sabes tú con cuánto placer te escucho.

-«Por estos antecedentes, podemos ya comprender el heroísmo de la joven Lorea. Sus dos hermanas menores se habían casado con dos mozos paganos oriundos de la misma tribu: Amagoya con Basurde, Usua con Lartaun de Butrón. Estas tres familias se consideraban ya como únicas mantenedoras del primitivo espíritu vasco, y depositarias exclusivas de la tradición. Nada importaba que los demás se hubiesen hecho cristianos, mientras casa y valle de Aitormendi se conservasen fieles a la religión patriarcal. ¿Qué habría sido de aquella pobre niña, que miraba como carga y torcedor su autoridad y prestigio; qué habría sido de Lorea, si los paganos la hubiesen visto departir con monjes, o sospechado que de cualquier modo trataba de hacerse cristiana?»

»Éralo ya una íntima amiga suya; una arrogante joven, llamada Petronila de Butrón, hermana de Lartaun, y de quien, por ventura, se había servido Dios para que la hija de Aitor le abriese el corazón y le entregara el alma. Pero Lorea, tan circunspecta como delicada, desde que resolvió convertirse, dejó de ver a su amiga, a fin de preservarla de la persecución, que ella únicamente quería arrostrar. Sola, pues, sin consultar a nadie, con pretexto de un viaje hacia Gorbea, abandonó casa y familia, patria y amigos, cetro y pontificado; todo, absolutamente todo, hasta su mismo honor y fama, por seguir a Dios que la llamaba, que la quería para sí, para los cielos.»

-¡Sublime mujer!, exclamó el duque sin poderse contener. ¡Sólo en pechos cristianos cabe tanta virtud!

-¡Santa madre de mi alma!, murmuró Amaya, tornando a besar la cruz del brazalete con lágrimas de dolor o de entusiasmo.

-«Cuando yo comprendí su abnegación, su inmenso sacrificio; cuando la vi pasar desde el palacio de Aitormendi, que tantos reyes había cobijado, al monasterio gótico de Victoriaco; de la atmósfera de la *escualerría* al corrompido ambiente de próceres y siervos, tiufados y bucelarios; del *escuara* al latín, sin parientes ni amigos, sin hacienda ni recursos; la contemplé con respeto, y a los ojos de Dios me consideré de alguna manera envuelto en aquella vocación, y como ligado a la suerte de tan maravillosa criatura.

»Aunque mozo todavía y acostumbrado a vivir entre guerreros, entendí mi obligación de prestar a Lorea cuantos auxilios necesitara, haciendo con ella oficios de padre y hermano; y comprendí también que todo en mí debía ser noble, desinteresado y puro, si había de corresponder a la santidad de la obra que la Providencia se dignaba encomendarme.

»Está en uso, como sabéis, que las monjas admitan seglares en el monasterio, por siervas o penitentes, y aunque bajo ninguno de estos títulos podía ser recibida Lorea; gracias a mi influencia como gobernador de la ciudad, gracias a lo extraordinario y singular del caso, se quedó en el claustro. Allí fue catequizada por el monje; allí se instruyó también en nuestro idioma; y sin salir de allí, recibió el bautismo.

»¿Qué hice después? -Yo la amaba: pronto pasé de protector a hermano, y del cariño fraternal nacieron otros tan castos, sí, pero mucho más íntimos afectos. Las transiciones se habían verificado insensiblemente; pero lejos de dejarme llevar por la pasión que sentía, y que trataba de ocultar sobre todo a quien me la inspiraba; me uní a las monjas para hacer comprender a Lorea que en ninguna parte sería más feliz que en el convento, tomando el velo de las vírgenes del Señor.

»Yo la decía:

-»Paula, -porque con este nombre se había bautizado en memoria de la conversión de San Pablo, primer Apóstol de los vascones-, Paula, estás en completa libertad de salir del claustro o de quedarte en él. Si quieres volver a tus montañas, desde mañana vivirás entre los tuyos; si es tu ánimo permanecer entre nosotros, deudos tengo que te recibirán como amiga, y hacienda para dotarte el día en que quieras contraer matrimonio. Pero si dejas el monasterio, ha de ser, o para tornar a tus valles, o para residir en Toledo.

-»¿Y por qué en Toledo? ¿Por qué no he de vivir en vuestra casa como sierva, o si no lo consentís, como hermana vuestra?

»No la contesté, no podía contestarla en el acto, sin que acento y palabra hicieran traición a mis buenos propósitos.

-»Creo, la dije, esforzándome por mostrarme sereno, después de breve pausa; creo con sinceridad que en ninguna parte estarás mejor que en el convento. Los vascos gentiles nunca te perdonarán que, huyendo de ellos, te hayas refugiado entre nosotros, capitales enemigos de vuestra raza; pero te disculparán, te absolverán quizá los cristianos, si se persuaden de que sólo has venido a vivir con los godos, porque en vuestros valles carecéis, según creo, de monasterios de religiosas.

-»Pero sería mentir, si yo de alguna manera dijese que tengo semejante vocación, respondió Paula. Mi padre al morir me encargó que me casara, queriendo que en mí, y no en mis hermanas menores, tuviesen cumplimiento las promesas de Aitor.

»Y en la manera con que dijo estas palabras, conocí que aquella sencillez podía ser peligrosa, y que mi oculto, mi tierno afecto, era con ternura igual correspondido.

»Nos casamos sin ruido ni aparato, sin que nadie apenas conociera a mi mujer, ni supiese su procedencia. De las montañas había pasado al monasterio, donde no trató con más hombres que con el monje y conmigo; y del convento salió desposada ya para mi palacio.

»Al día siguiente me nombrasteis gobernador de Pamplona, de lo cual me congratulé con Paula; porque en aquella ciudad tenía yo mi casa, y os tenía a vos, a quien quería confiar mi nuevo estado. Pero al llegar a Pamplona supe que habíais partido para Calahorra,

desde donde pensabais proteger la orilla izquierda del Ebro, limpiando de enemigos la ribera, muy molestada ya por los vascones de los primeros estribos del Pirineo.»

-Lo recuerdo, dijo el anciano duque, y precisamente fuiste nombrado conde de Pamplona, por la necesidad de dejar en aquella fortaleza persona de toda confianza. Sorprendido y satisfecho de tus expediciones a las vertientes septentrionales del Gorbea, quería que desde tu nuevo condado te dejases caer hacia el promontorio Olearso y la ciudad de ese nombre, fundada por Leovigildo.

-Sí, la que llaman los vascos Ondarivia, y a la cual sólo por mar arribamos los godos. Esa determinación contribuyó también a que mi casamiento siguiese oculto y no conocido.

«Cumpliendo vuestras órdenes, antes de dirigirme a las fuentes del Bidasoa y Urumea, procuré debelar en noble guerra a los vascones del Arga y del Burunda, mientras vos por igual modo, los inquietabais en las campañas que se extienden desde Toloño a Montejurra. Esas correrías que me obligaban a frecuentes y prolongadas ausencias, imponían a Paula vida retirada, y estimulaban su afición a la soledad y apartamiento del mundo, a que en el monasterio se había acostumbrado. Completamente retraída y entregada a la piedad y cuidados domésticos, sin hablar con nadie más que con siervos y libertos, y con Marciano su confesor, que es hoy nuestro santísimo obispo; cuando tornaba yo de algaradas y combates, me recibía con inequívocas muestras de cariño, con más extremos de amor que nunca; pero con cierta cortedad y falta de franqueza que no podía echársela en cara, porque yo la sentía igual, yo me la tenía que reprochar a mí mismo. Hasta nuestras más íntimas conversaciones adolecían de encogimiento y empacho.

»Su mismo semblante parecía demudado.

»La creí arrepentida hasta cierto punto de su casamiento, y aunque sólo él pensarlo me destrozaba el corazón, comprendía su pesar de haberse dejado llevar de la pasión, su remordimiento de no haber tomado el velo de las vírgenes en Victoraico, y me achacaba con razón a mí mismo toda la falta: porque yo estaba obligado a ser más fuerte, y sin torcer su vocación, debí quizás haber huido de su lado. Mas ya no tenía remedio, Y era terrible, en efecto, nuestra situación. Por la fe de Cristo dejó Paula familia, hogar, patria, honores y hacienda: heroica, pero indeclinable y justa determinación que nadie podía echarle en cara. Dios lo quería, y antes que a los hombres, hay que obedecer a Dios. Mas por amor mío, por gratitud acaso, ella, de casta enemiga, la primera entre los vascos, del linaje prócer en que el orgullo, preocupaciones y esperanzas de su pueblo se cifraban; se había unido indisolublemente al godo más godo de Vasconia, infatigable perseguidor de vascongados. Lo primero se llamaba conversión, la misma que habían hecho las siete tribus, con excepción de una cuantas familias; pero lo segundo... ¡Ay! ¿Qué nombre tendría su matrimonio entre los vascos?»

-¡Pobre madre!, exclamó Amaya con abatimiento.

-«¿Qué hacer?, prosiguió Ranimiro: el honor me ordenaba no aflojar en la guerra: mi temor de ser débil por miramientos a mi esposa, por contemplaciones conmigo mismo, me impulsaban a mostrarme más que nunca celoso y arriscado; y todo conspiraba contra

la infeliz, obligada a contemplar mis armas y vestimenta salpicadas de sangre, más que de hermanos (porque la autoridad de Paula era maternal), de sus mismos hijos.

»Hacía yo lo posible porque ignorase mis aventuras, mis empresas y combates: fomentaba su afición al retiro, su retraimiento de las gentes, y hasta prohibí a los siervos que hablasen de hazañas de godos o vascos, que mentasen siquiera la guerra en nuestro hogar. De aquí la reserva que guardé con vos, con toda nuestra familia, acerca de mi nuevo estado; de aquí que en Pamplona mismo pasase para muchos por soltero; de aquí, en fin, la creciente falta de abandono y cordialidad entre nosotros, que podía llegar a ser funesta.

»Semejante estado de cosas no podía, ni debía prolongarse.

»Yo no sólo amaba a mi mujer, sino que la estimaba cual merecía, y casi, casi la veneraba. Reflexioné un día sobre mi situación, para seguir la inspiración de mi conciencia, por duro que fuese el sacrificio que me exigiera.

»¿A qué debo de atribuir, decía yo para mí, la melancolía, o más bien la inquietud de Paula? -Porque debo advertiros que más que triste, parecía imaginativa y desasosegada-. A la guerra. ¿Y qué necesidad tengo yo de hacer aquí la guerra? ¿No puedo servir a mi patria en otra parte? Acaba de descubrirse una espantosa conspiración contra Egica en Toledo: ¿tan mal vendrán al rey el brazo y corazón de un milenario leal y seguro? Susurrábase ya que los judíos andaban en tratos con los africanos, de tal manera, que poco después fueron declarados siervos todos los conjurados: ¿no podía mandarme Egica a la provincia Tingitana?

»Pero temí que se achacara a cobardía el esquivar voluntariamente los peligros de la guerra, cuando mis atrevidas y afortunadas incursiones llamaban en Toledo la atención; y queriendo cohonestar mi tranquilidad doméstica con mis deberes públicos, seguí diciéndome a mí mismo: -¿Cuándo ha de tener fin esta lucha entre cristianos? ¿Por qué ha durado cerca de tres siglos? ¿No ha unido Dios a Paula, hija de Aitor, conmigo, nieto de Chindasvinto? ¿No podía concluirse la guerra abrazándonos al fin godos y vascos? ¿No sería un bien para todos y muy singular satisfacción para mi esposa que yo pudiese conseguirlo?»

CAPITULO V

Donde se prosigue la historia del tiufado

Mentira parece que el terrible conde de Pamplona, el azote de los vascos, el llamado verdugo de niños y mujeres, tan dulces y pacíficos pensamientos abrigara; pero así fue, duque Favila, y nadie como vos puede dar testimonio de que intenté además ponerlos por obra. Con ellos entré en el aposento de Paula. -Perdonad que os lo recuerde, porque de aquí surgieron mis desdichas, y todas estas memorias me desgarran y destrozan, y regalan y consuelan también mi corazón.

«Con íntima confianza y abandono quise hablarla, y vacié mi alma en la suya, que la recibió triste y turbada, y me la devolvió serena y venturosa.

»Se arrojó a mis brazos. ¡Santa mujer! ¡Criatura angelical! ¿Pensáis que la causa de su inquietud era el recuerdo de su palacio, de su familia y valles y montañas?

-»¡No!, exclamaba Paula con efusión de ánimo. ¡No! Por Dios y por ti lo dejé todo; su amor y el tuyo me colman de felicidad.

»¿Pensáis que la guerra...?

-»Ranimiro, proseguía: me casé contigo porque te amaba; y porque te amaba, te escogí para instrumento de la paz que nos prepara Dios.

-»Explícate, Paula. ¿Cómo puedo ser yo pacificador? Dímelo; porque esa idea está de acuerdo con la inspiración que acabo de tener.

-»¡La guerra!, continuaba mi esposa: De dolor me moriría, si supiese que esta guerra no iba a tener fin. Pero hoy, precisamente con más esperanzas y fundamento que nunca, puedo anunciarte la conclusión de la guerra. -¡Es cierto!, añadía en voz solemne y misteriosa: las profecías de Aitor van a cumplirse: los tiempos han llegado. Se hará la paz, y siendo tú godo y vascongada yo, vascos y godos habrán de unirse para hacer el reino cristiano y con él la paz.

»Me pareció loca, ilusa, visionaria; pero ella, bajando los ojos un instante para clavarlos luego en los míos con dulzura inefable, me dijo con voz tan suave y tan hermosa, que parecía del otro mundo:

-»¿No lo adivinas, esposo mío? ¿No sabes lo que te quiero expresar?

-»Paula, ¿será posible?, exclamé lleno de gozo.

-»Sí, Ranimiro, vas a ser padre, me contestó: viene Amaya; viene el fin de todos nuestros infortunios.

-»Pero entonces, ¿por qué estabas triste? ¿Por qué retraída y temerosa? ¿Cómo la bendición de Dios que me anuncias, puede turbar nuestra ventura?

-»No, no la turbará, Dios mediante, me replicó: todo se arreglará pronta y fácilmente.

-»¿Hay algo que arreglar entre nosotros?, torné a preguntar cada vez más asombrado.

-»Mientras hemos sido solos, satisfecha con tu amor, y viéndote a ti contento con el mío, no he pensado en más; porque de nada más había menester. Pero ahora, que vamos a tener sucesión, debo revelarte un secreto, de que no te hablé nunca, acaso porque en el goce de mi felicidad lo había olvidado. Soy rica, tal vez inmensamente rica.

-»¿Qué importa?, la contesté: yo no soy pobre; nada nos falta para nosotros y nuestros hijos.

-»Sí, repuso Paula: pero mis riquezas no serán para mí, sino para lo que llevo en mis entrañas. Escucha, Ranimiro. No hace muchos años, sintiéndose mi padre próximo a la muerte, aunque no postrado en el lecho del dolor, me llamó y me dijo: 'Mis días están contados, y no será larga la cuenta. Muero joven, y conmigo se extingue la línea masculina de los herederos de Aitor. Tú, como primogénita, quedas en posesión de esta casa y de este valle: a tus hermanas no les faltarán otros. Pero vas a entrar desde luego en el goce de mayores bienes; vas a ser guardadora del secreto de nuestro patriarca. Muerto yo, una de tus hijas ha de ser reina.'»

-¡Reina!, exclamó Favila, pensando en que Pelayo se hallaba tan cerca del trono, que sería probablemente elegido rey, si sobrevivía a Rodrigo.

-¡Reina!, repitió casi imperceptiblemente Amaya, mirando a las azules montañas que se destacaban en el horizonte anaranjado del Noroeste.

Ranimiro, sin darse por entendido de la interrupción, mas no sin haberla observado, prosiguió:

-«¡Reina!, exclamé sonriendo con ironía; ¿y en esas consejas fundas tú la esperanza de ser rica?

-»No, respondió Paula, nosotros no seremos los ricos; pero lo será quien ha de reinar. Cuando Aitor llegó del Oriente, traía consigo los diamantes, perlas y piedras preciosas que por allá se crían. Pero tan sabio como bueno, no quiso que tuviésemos otro patrimonio que el suelo que Dios nos deparaba, y el trabajo, que como obligación y castigo nos imponía. 'Estos tesoros, decía, van a corromper el corazón de mis descendientes, a disgustarle del pastoreo y cultivo de los campos. Harán codiciosos, muelles, dados a la envidia y la pereza a mis hijos, los cuales querrán ser cada vez más ricos, y serán cada vez más desdichados.' Y para quitarles aquel germen de corrupción, lo sepultó en las entrañas de la tierra, y dijo a su primogénito: «Tú solo sabes dónde queda escondido: procura que nadie más que tu sucesor y heredero lo sepa. Ahí quedará hasta que el último de la línea masculina determine cómo ha de repartirse.» Estas, poco más o menos, fueron las palabras de Aitor: ahora, Ranimiro, te voy a repetir las de mi padre. Hallábase en el caso previsto por el patriarca: como postrero de los varones, tenía que disponer de aquella riqueza, y lo hizo en estos términos:

-»Lorea, si te dijese que el Señor de lo alto me ha dado a conocer por medio de palabras, o de otro modo indubitable, lo porvenir, mentiría, y tengo horror a la mentira. Pero presiento, que dentro de algunos años ha de cambiar la suerte de los vascos, quizás la de toda España. Creo que nuestro pueblo, o parte principal de nuestro pueblo, necesita un rey, y en tal caso, del solar de Aitor ha de surgir el trono. No hay remedio; si se funda una monarquía por escualdunas, aquí tendrán que venir, a ti tendrán que buscarte, a ti, o tus hijos; y si no los tienes, a tus hermanas. Eso es lo que alcanzo a vislumbrar, o con la luz de la razón, o por inspiración divina. Aitor lo decía: Cuando os parezca que ha llegado el fin, será el principio. Pues bien, para ese día debes de guardar el tesoro. Puede ser tuyo, puede serlo de tus hijos, y también de tus hermanas, o de los hijos de tus hermanas.»

»Así decía Paula, y yo la escuchaba con tanta incredulidad, que frisaba con la compasión.

->¡Cómo!, exclamé: y en tantos años y tantos siglos, ¿ninguno de tus abuelos ha caído en la tentación de apoderarse del oro y piedras preciosas de los tiempos patriarcales? ¿Ni uno siquiera ha tenido curiosidad de ver el efecto que hacían en el cuello y cabeza de su mujer, de su novia o de sus hijas, esas ricas preseas del Oriente?

->Ningún hijo de Aitor desobedece a sus padres.

»No podéis figuraros la entereza con que Paula pronunció estas razones: baste deciros que su acento me infundió su fe.

»Pero luego añadió:

->A mayor abundamiento... a ti te lo puedo decir: ¡yo lo he visto!

->¿El tesoro?

->El tesoro.

->¿El oro, las perlas, las piedras preciosas?

->Todo.

->¿Tú lo has visto y palpado...?

->Eso no, dijo Paula: verlo sí, tocarlo no.

->¡Oh! lo comprendo. ¡Lo habrás visto en sueños!

->Despierta: con mis propios ojos.

->De ese modo, has sido tú la primera...

->La primera mujer, me contestó Paula sonriendo, que ha conocido el secreto, debía ser la primera en registrarlo. Mas no fue curiosidad lo que me movió, sino más elevado sentimiento. Yo estaba resuelta a dejar la casa de mis padres para hacerme cristiana, y tenía, y tengo todavía, miedo cerval a mi hermana Amagoya. Con excelente corazón y nobleza de alma sin igual, se extravía por ceguedad, por exaltación, que parece frenesí. Por miedo de ella me escapé de casa, y me refugié entre vosotros. Yo era la mayor, la heredera y principal; pero ella me dominaba, como domina a cuantos viven a su lado, por mucho que descuellen sobre los demás. ¿Qué hubiera dicho de mí; qué de los cristianos, si al heredar un día el trono de Aitor, se hubiese encontrado sin el depósito? De mis antepasados nunca dudé; pero la casualidad podía haber descubierto, o quizás sepultado bajo enormes peñas, removidas y dislocadas por un terremoto, esas riquezas que ocupan tan poco lugar; y entonces me hubieran inculpado de la pérdida. Se habría dicho que la primera cristiana del caserío de Aitor, había sido la primera ladrona de la familia; y que por no seguir a Dios, sino por gozar en paz de lo robado, me escapé a tierra enemiga. Fuí, pues; descubrí que todo era verdad; que el tesoro existía, al parecer, intacto en un arca de piedra, y sin atreverme a tocarlo, lo cubrí de nuevo y me volví tranquila.

»Así habló Paula.

»Recordando cómo había encontrado sola y sin recurso alguno a la joven que tenía a su disposición tales riquezas, no podía volver del asombro que me causaba, y cerca de veinte años han trascurrido desde entonces, y su virtud me conmueve aún y me enternece.

-»¿Y no puedo saber yo, la dije, dónde está escondido ese tesoro?

-»Sólo descubriré el secreto a la hija que llevo en mis entrañas.»

-¡Padre!, exclamó Amaya interrumpiéndole: ¿es eso cierto? ¿No soy yo esa hija? ¿Hay otra Amaya, por ventura? ¿Cómo ignoro el secreto de Aitor? ¿Cómo no me ha sido revelado?

-No pienses en él, hija mía. El secreto, por fortuna, se ha perdido para siempre. ¡Oh! ¡Si nunca hubiese existido! ¡Acaso tendrías hoy madre; acaso no hubieran sucedido las desgracias que sobre nosotros se han desplomado! Pero es propio de las riquezas dividir, enconar y endurecer corazones, y ser fuente y raíz de calamidades. Sabio fue Aitor al esconder el tesoro; pero lo hubiera sido más, si al fondo del mar lo hubiese arrojado. Déjame seguir el relato.

-«¿Y si ese hijo, repliqué yo a Paula, muere antes de poder oír de tus labios el secreto?

-»Aguardaré a que Dios me dé otro.

-»¿Y si no?...

-»Si no tengo hijos, el derecho pasará a mi hermana Amagoya.

-»Pero Amagoya te cree muerta: así lo pregonan al menos tu familia, la cual añade que Amagoya es la predestinada, y que por eso lleva el nombre de vuestra primera madre, la mujer de Aitor: la madre superior. Ya tienen otra vez su Amagoya los vascongados; ya tienen quien les cante las canciones de sus mayores con esa voz que arrebató, y es peculiar de vuestro linaje. Tu hermana celebra el plenilunio en Aitormendi, a usanza de paganos; y no vendrá jamás a nuestras ciudades.

-»De aquí la necesidad que tengo de volver a mi tierra, y de aquí la inquietud y tristeza que en mí has notado. Mi obligación es volver...

-»¡No volverás, exclamé: no lo permitiré nunca! ¡Que se pierdan todos los tesoros del mundo y todas las perlas orientales: no volverás!

-»Que se pierdan para mí, poco me importa: que se pierdan para mi hija, debo evitarlo. Pero dejarlas perder para mis hermanas o sobrinas, eso no puede ser; eso nos haría por siempre desdichados, objeto de las maldiciones de mi familia, de mi pueblo, de Dios nuestro supremo Juez, por haber defraudado a mis deudos de lo que puede llegar a ser legítimamente suyo. Entiéndelo bien, Ranimiro: soy depositaria de ese tesoro, nada más, y de él tengo que dar cuenta a Dios y a mis hermanas.

-»Pero sin necesidad de ver a tu hermana, puedes confiar el secreto a Marcial, tu confesor, al obispo Atilano...

->Los he consultado ya. No conviene que los godos, ni mucho menos los monjes, se mezclen en estos negocios. Mi confidente debe ser vascongado.

->¿Quién?

->Cualquiera de mis hermanas.

->¡No!

->Pues entonces, la hermana de mi cuñado Lartaun de Butrón, mi amiga Petronila.

->¡Esa, sí, exclamé como quien arroja un peso que le oprime.

->Para encontrarla tendré que ir a su casa.

->No, no saldrás de la zona que los godos ocupamos. Yo te traeré aquí a Petronila, o sí a nuestra casa no, al pie de los muros de la ciudad.

»Hablé entonces a Paula con más detenimiento de mis proyectos de terminar la guerra. Necesitaba para intentarlo tratar con los principales caudillos vascos, con lo cual era fácil hablar o hacer venir a Petronila a cualquier caserío de los alrededores de Pamplona.

»Paula quedó convencida, y yo tranquilo y feliz.

»Por grandes que fuesen mis deseos de paz, y la necesidad de que el reino tenía de ella, no debía dar paso alguno para conseguirla, siquiera el de averiguar si el enemigo estaba dispuesto a tratar con nosotros, sin obtener previamente vuestro permiso. Cuando tuvisteis a bien concedérmelo y autorizarme a todo, estaba ya informado por mi mujer de la organización de los vascos, y de las personas que sobre ellos ejercían verdadero y decisivo influjo.

»Tres de las siete tribus de Aitor se habían separado siglos atrás de la confederación primitiva: moraban en la falda septentrional del Pirineo hacia las Galias o la Aquitania; las cuatro restantes siguieron unidas, tomando por enseña lo que llaman el *lauburu*, esto es, *cuatro cabezas*, simbolizadas, ¡notable casualidad o misterio! por una cruz como la de los cristianos.

»Estas tribus confederadas, más que por tratados, por la fuerza de la sangre, por la identidad de origen, por la semejanza de costumbres y dialectos; son independientes entre sí, y hasta contrarias en su modo de gobierno. Los vascones propiamente dichos, que son éstos en cuyo territorio vivimos, tienen en cada valle un señor que no reconoce superior alguno; especie de reyezuelo que gobierna cual que media docena de pueblos con la misma autoridad que un padre su propia casa. Cuando la necesidad les obliga a concertarse y unirse, forman el Consejo de doce ancianos, y por hábito, por instinto o por respeto a la ley natural, obedecen al más viejo, que suele ser el mejor. Entonces, como ahora, Miguel, señor de Goñi, era, en este sentido, soberano de Vasconia.

»Con dos personas principalmente tenía que tratar: con Miguel de Goñi y Amagoia. La influencia de la hija de Aitor se extendía más allá de las tribus del *lauburu*, a los pueblos mismos separados de la antigua confederación.

»Por medio de los monjes hice entender a Basurde, marido de mi cuñada, y al anciano Miguel de Goñi, que deseaba verlos en son de paz. Sino que, en consideración a la edad venerable de éste último, le advertía que estaba dispuesto a presentarme a donde quiera que me llamase.

»Del marido de Amagoya no obtuve respuesta alguna: el señor de Goñi, por el contrario, me contestó pronto y bien. Cierto que su valle dista poco de Pamplona, y el caserío de Basurde cae cerca del mar. Miguel se excusó por sus años de venir a verme; pero me previno que mandaría un hijo suyo para conducirme, armado o sin armas, solo o con la gente que yo escogiese. No tardó en llegar el guía: era un rapazuelo de diez o doce años, listo, sereno y valeroso, que de nada se asombraba y lo facilitaba todo. Llamábase Teodosio.»

-¡Teodosio de Goñi!, exclamó Amaya, ¿Es quizás ese capitán que tanto figura hoy entre los vascos?

-El mismo. Su padre vive todavía, y si hace veinte años era ya tan viejo, imagináos lo que hoy será. Por eso quien hoy realmente dispone y manda es Teodosio, aquel muchacho a cuya dirección me entregué una noche negra como boca de sima, nebulosa y de llovizna, sin luna ni estrellas.

«Fui solo, a pie y sin más armas que la *cateya* que me servía de báculo. El muchacho se mostró muy satisfecho de aquella prueba de confianza.

»Salimos de Pamplona, y a corta distancia entramos en el corral de un molino, donde nos aguardaba una sola jaca montañesa para entrambos. Allí dejé mi *cateya* por serme ya innecesaria; y como las joyas de oro y pedrería que los magnates solemos llevar, llamasen la atención del rapaz, que no apartaba de ellas los ojos, parecióme también conveniente quitarme algunas para presentarme en Goñi con modestia, sin ofender con nuestro lujo habitual, la pobreza y sencillez de los señores de la montaña.

»Todo lo escondí entre el heno, y cabalgamos, yo delante y Teodosio a la grupa. El caballo fue nuestro verdadero guía. Lo dejamos a su aire y nos llevó por donde quiso. Ignoro qué camino llevamos: sólo sé que al salir de un angosto barranco que servía para ar paso al riachuelo, cuyo murmullo sentía a nuestros pies, me dijo Teodosio:

-»Ya estamos en el valle.

»Después fuimos subiendo breve rato, apeándonos al fin delante de un edificio casi tan negro como la noche, que no se hubiera distinguido en la oscuridad, sin la incierta luz de las grietas o ventanas. Entré por una puerta baja y angosta abierta en muro de espesor descomunal, y me hallé en muy extraño aposento, que hubiera podido parecerme mazmorra, a no constarme que estaba a piso llano, y que debía recibir la luz por ciertos profundos agujeros o hendiduras laterales, a modo de saeteras.

»Las paredes de grandes piedras casi en bruto o muy toscamente labradas, sostenían el techo, de enormes anchurosísimas losas. Hubiérala creído caverna de nuestros más remotos antepasados, a no ver en ella, sin orden ni simetría, vigas de roble destinadas, donde lo exigía la necesidad, a reforzar la techumbre.

»De las grietas de la pared arrancaban algunas teas que daban luz, pero también humo y olor resinoso, poco grato a quien no estaba a semejante atmósfera acostumbrado. En medio se alzaba una mesa de nogal con dos banquillos a los lados, y sendos jarros de vino, vasos de asta, platos de madera y hogazas de pan.

»Por una puerta interior, tan angosta como la de fuera, aparecieron dos personajes, marido y mujer sin duda, viejos los dos y vascongados ambos, a juzgar por el traje, fisonomía y talante; pues en todo, como sabéis, va diciendo esa gente: «Somos de raza superior, distinta de la vuestra.

»El aspecto del primero no revelaba mucha perspicacia ni elevadas miras; pero sí tranquila conciencia, ventura habitual y apacible condición. Alto, aunque ligeramente encorvado, recio de miembros y poblado aún de fuerte barba y cabellera, blancas como la espuma, o como dos recentales escogidos para piadosa ofrenda, no podía dudarse de su robusta complexión; y la nobleza y serenidad de su mirada, la sonrisa de sus labios, aunque delgados, bondadosos, daban a conocer una juventud sin mancilla, prenda segura de muy hermosa y venerable vejez sin remordimientos. Cuando hablaba o se sonreía, dejaba ver dos hileras de dientes sin falta alguna, elementos, como pude luego observar, indispensables a su dicha.

»Aparentaba aquel anciano unos setenta años de edad, y como me figuré desde que apareció en el umbral, era Miguel de Goñi.

»De su mujer es difícil que os forméis idea, porque ejemplares de su especie sólo se encuentran en el riñón de esas montañas. Todo en ella estaba en contraste, principiando por su nombre. Llamábase Plácida, y me pareció sombría y taciturna; creí que le infundía horror, que me miraba con repugnancia, y hasta cierto punto no podía extrañarlo; porque, según luego veréis, yo había sido el matador de uno de sus hijos. Pero no: triste y altiva, conmigo se mostraba serena y afable: quería cubrir con su sonrisa llagas que nunca se cicatrizan en el corazón de una madre. Dulce a fuerza de virtud, y atractiva a fuerza de dulzura, estaba poseída de ese amor conyugal, propio de las montañesas, que se trasluce en las obras y rara vez se significa con la palabra. Adivinar los deseos de su marido, leerlos en sus ojos antes que descendiesen a los labios, era todo su estudio; satisfacerlos, toda su ocupación. Su frente indicaba talento superior; pero lo daba a entender principalmente en vivir al lado de Miguel, como polluelo bajo las alas maternas.

->»Salud, y bien venido a Gastelúzar, me dijo el anciano al entrar. ¿Habláis vascuence?

->»Un poco, le contesté.

->»Me alegro; porque me cuesta trabajo y repugnancia expresarme en el idioma de los romanos, y eso que fueron amigos nuestros. No estáis en el palacio, sino en el castillo de Goñi, y os he traído aquí, no por desconfianza ni menosprecio, sino porque hablemos solos y en completa libertad. Mi mujer nos servirá la cena: y como nadie más que mi hijo menor sabe que habéis venido, nadie se enterará de la entrevista. Cualquiera que sea el objeto de ella, os repito la bienvenida, y declaro que me honráis con vuestra presencia, y sobre todo, con vuestra confianza. Sí; no podéis figuraros cuánto os agradezco que hayáis

venido solo y sin armas. Y no yo: todos los vascos, si lo supieran, os quedarían igualmente agradecidos. De confiar en nosotros, jamás tendréis que arrepentiros.»

-Os digo todas estas cosas, añadió Ranimiro, dirigiéndose a su tío y Amaya, porque son necesarias para mi justificación.

«Nos sentamos a la mesa y principió la cena, la cual, si no se distinguía por el lujo del servicio, no desmerecía de las más opíparas por lo sabroso de las viandas.

»No queriendo ya tratar mientras cenábamos, del asunto que motivaba nuestra conferencia, le pregunté:

-»¿Tenéis muchos hijos?

-»Cuatro.

-»¿Nada más?

-»Otros cuatro han muerto. No debe quedar descontento el cazador que parte con el campo, añadió sonriendo tristemente.

-»Os compadezco.

-»Y vos, ¿sois casado, Ranimiro?

-»Lo soy, respondí turbado con la pregunta.

-»¿Tenéis familia?

-»Todavía no, pero sí próximas esperanzas de tenerla.

-»Dios os dé más suerte que a mí. El primer hijo, que se llamaba Marcelo, murió peleando contra Wamba: el segundo, que era Antonio, se empeñó en molestar a los godos mientras por disposición de aquel rey estaban reedificando a Iruña, que vosotros decís Pamplona, y quedó tendido en una carga de caballería. El tercero... Chica, ¿dónde murió nuestro tercer hijo, que ya no lo recuerdo?

-»En la cama, contestó lacónicamente Plácida.

»Y tuvo que dejar de escanciar el vino, porque la mano le temblaba.

-»¡Ah, sí! Millán murió en la cama, de resultas de las heridas que recibió en el ataque de la Burunda. El cuarto hijo también pereció pocos meses junto a Victoriaco, en una de las salidas que hizo el conde.

-»Dejemos si os parece esta conversación, le dije interrumpiéndole: porque vuestra esposa...

-»Tiene otros cuatro hijos dispuestos a seguir el camino de sus hermanos, contestó Plácida con voz entera como la de una leona.

»Creí, sin embargo, propicia la ocasión de abordar el objeto de mi viaje, y contesté:

->¿Y no sería mejor conducirlos por senderos de paz? ¿No ha de tener fin esta guerra? ¿No podremos entendernos alguna vez godos y vascos?

->¡Paces entre nosotros! ¿Estáis soñando?, exclamó Miguel, sonriéndose como si acabara de oír un desatino.

->¡Aún no han muerto todos mis hijos!, añadió Plácida.

->¿Y habéis venido a proponernos eso?, preguntó el anciano; el cual, creyendo confirmadas sus sospechas con mi silencio, prosiguió: me he llevado chasco, Ranimiro; me imaginé otra cosa. Como vos cautivasteis a Lorea, la hija de Aitor...

->¡Yo cautivar a Lorea!, exclamé sin poderme contener en mi sorpresa.

->¡Calla! -Ahora caigo en la cuenta. ¿Quieres hacer en favor de los godos más que en trescientos años han hecho todos tus predecesores? ¿Quieres dar el primer paso hacia nuestra mutua estimación? ¿Quieres que se calmen y apaguen algo nuestros rencores? Pues bien; restitúyenos la hija de Aitor. Devuélvela sin condiciones; porque al fin y al cabo es una mujer; y con tu noble conducta, puede esperar de nosotros lo que de fijo no te atreverías a pedir.

->Pero Lorea no está prisionera, le contesté: Lorea se hizo cristiana.

->¡Cristiana!, exclamó Miguel de Goñi, como si fuese a estallar de júbilo su pecho. ¡Cristiana la hija de Aitor! ¡La heredera de Aitormendi! ¿Es cierto?

->¡Cierto, seguro indubitable!, le contesté.

->Pues bien, prosiguió el anciano con una exaltación que parecía impropia de su edad: ¡ha llegado el término de los antiguos tiempos! Ya es de Dios todo el pueblo vascongado.

»Y el pobre anciano lloraba de gozo y abrazaba a su mujer, y casi, casi quería abrazarme a mí, que tal vez era el matador de su cuarto hijo en Victoraico.

->¡Bendito sea Dios!, exclamó Plácida mirando al cielo: ¡de algo ha de servir la sangre de tantos inocentes!

->Mirad, Ranimiro, añadió Miguel: traedme aquí a Lorea, y pedidme lo que queráis. Sí; no puede volver inmediatamente a su valle: no sería prudente exponerla a las iras y despecho de su furibunda hermana; pero que venga aquí, que venga al valle de Goñi. ¡Ya sabes lo que Goñi quiere decir: *Go-i-ni; en alto yo!* Tan alto está, que no le alcanzan ni las locuras de Amagoya. ¡Que venga, Ranimiro! Si comete Lorea la imprudencia de presentarse sola en Aitormendi después de haberse bautizado; si cae en poder de Amagoya o del Jabalí (*Basurde*), ¡desdichada de ella! ¡Que pida a Dios fuerza para el martirio! Pero aquí, en nuestra casa, en Gastelúzar, recibirá el homenaje de todas las siete tribus vascongadas, de las de allá, lo mismo que de las de acá. Dios habrá hecho por ella la redención de su pueblo.

»Es imposible pintar la alegría y los trasportes de aquel anciano que, como Simeón al tener al Mesías en sus brazos, parecía haber llegado al colmo de la felicidad.

»No supe qué responderle; me encontraba acorralado y vencido por la explosión de palabras de aquel hombre, cuyo corazón suplía a su talento. Sólo entonces comprendí lo que valía mi esposa entre los suyos, y por lo tanto, la importancia y mérito de su sacrificio.

»Deseando, sin embargo, conocer a fondo lo que podía esperar o temer de la situación, en que se hallaba Paula, le dije:

-»Debo repetiros que yo, ni me he llevado prisionera, ni he retenido un solo instante, contra su voluntad, a la hija de Aitor. Pero si hubiese muerto, ¿qué sucedería entre vosotros?

-»Sería una inmensa desgracia para todos; pero si ha muerto cristianamente, en el cielo seguirá siendo la madre de su pueblo y pidiendo a Dios la conversión de Amagoya, que la sucede en todos sus derechos.

-»¿Y si sólo hubiera muerto para el mundo y viviese entre las vírgenes del Señor?

-»¡Cómo! ¿Y así nos había de haber dejado? Pudiendo hacer tanto bien a su pueblo...

-»Dios, que la llamaba para sí, se encargaría de devolveros con creces lo que con llevársela os quitaba. Pero figuraos que Lorea, sin ser religiosa, no quiera por ahora vivir entre vosotros.

-»¡Imposible! ¿Qué vascongado puede vivir entre godos? ¿Quién de nosotros se aparta voluntariamente de sus montañas? ¿Qué hijo de Aitor abandona nuestros valles?

-»Y si Lorea se hubiese casado con un godo...

-»¡Basta, Ranimiro!, exclamó el anciano, levantándose acongojado: estás en mi casa, y no os contesto como merecéis. Hemos concluido.

»En efecto, concluimos. No había medio de entendernos: ni yo tampoco, vivamente ofendido, tenía voluntad de satisfacer a quien se creía insultado por la suposición de mi matrimonio con la hija de Aitor.

»Y si nada podía esperar de Miguel, del más sensato y bondadoso de los vascones, del anciano que habiendo perdido cuatro hijos en la guerra, no tuvo ni una palabra de queja y amargura contra sus enemigos, ¿qué esperanzas fundaría en Amagoya? Ninguna. Estaba arrepentido de haber significado deseos de hablar a Basurde.

»Me levanté también de la mesa; pero fue para despedirme. Mi dignidad no me permitía añadir una palabra más, a las últimas que allí se habían pronunciado.

»Pero al mirar el rostro compungido y venerable de Miguel, se me ocurrió de repente que aquel nobilísimo anciano pudiera acusarme un día de falta de valor y franqueza por no haberle revelado toda la verdad, arrojando sereno sus consecuencias, creí, además, que antes de salir de aquella caverna, condecorada con el nombre de castillo, tenía yo que volver por el nombre y fama de mi esposa, y dije:

->Juan Miguel, Andra Plácida (son títulos que se dan a las personas principales), sentáos.

->Sois mi huésped, y mandáis aquí. Me siento, respondió Miguel.

»Plácida, como si nada fuese con ella, permaneció de pie; pero retirada en el rincón más oscuro del aposento.

->Lo que os he dicho como suposición, es cierto, proseguí: la hija de Aitor ya no se llama Lorea, sino Paula. Está casada con un príncipe godo de la real familia de Chindasvinto; y ante Dios y los hombres, para vascos y visigodos, es la esposa de Ranimiro, es mi mujer.

»No pude proseguir. Miguel tenía la cabeza inclinada al pecho y los brazos cruzados debajo de su blanca y luenga barba; pero a lo largo de ella veía yo correr abundoso llanto, que hilo a hilo se escapaba de sus ojos.

»¡Cómo permanecer indiferente ante el espectáculo de un anciano que no había tenido una lágrima por la memoria de sus cuatro hijos muertos en la guerra, y lloraba, sin poderlo remediar, creyendo perdida para los vascos a la heredera de Aitormendi!

->Miguel de Goñi, exclamé: ¡Paula no es ya de este mundo, es una santa!

->¡Sí, me contestó Plácida desde su rincón; pero no es santa vascongada!

»Aquella respuesta me devolvió la serenidad, y casi me indignó.

->¡Aquí, por lo visto, dije murmurando: todas las mujeres son Amagoyas!...

»Reponiéndome un poco les expliqué, ya más por consolar a Miguel que por defender a Paula, cómo había encontrado a ésta en Gorbea, y cómo Dios había preparado el camino para hacerla mi esposa. ¿Qué son, les dije al concluir, qué son ante el Señor las distinciones de godos y vascos? Para Él no hay más que hijos; para Él todos tenemos que ser hermanos.

»Entonces llamó Miguel a su mujer, y le dijo que nos escanciara a los dos sendos vasos de vino, y añadió:

->Bebamos como tales en Jesucristo; pero cada cual en su puesto. Ese es el orden. Ranimiro, vuestro puesto es Pamplona: el mío, Goñi, y el puesto de la hija de Aitor es Aitormendi.

»Confieso que las palabras de aquel anciano, que para decir sin saberlo cosas profundas, se había reforzado con un vaso de vino, me hicieron mella. Hay cosas lícitas, que no son perfectas, porque no están en el orden. ¿Quién duda que es lícito el matrimonio del viejo y la niña, del señor y su sierva? Y con todo, no están en el orden. ¿No se podía decir otro tanto de nuestro casamiento?»

-No, padre mío, no, contestó Amaya interrumpiéndole: porque en el orden de Dios está que los hombres se amen como hermanos, que los pueblos no vivan en perpetua guerra, y facilitar el camino de la paz y concordia, es seguir la voluntad de Dios.

-«No debía de creerlo así Miguel de Goñi, contestó el tiufado: no esperaba que nuestro casamiento pudiese abrir paso a la avenencia, porque me dijo al despedirnos:

-»Permitidme un consejo, Ranimiro: si no habéis declarado a nadie el nombre de vuestra esposa, no lo reveléis jamás. En cuanto a nosotros, los muros de Gastelúzar son bastante gruesos para que dejen escapar el secreto: no saldrá de aquí.

-»¡Pero mis hijos... mis hijos!, exclamé. Porque Lorea está en cinta...

-»Lorea ha muerto: los hijos de Amagoia o de Ursua serán para nosotros los hijos y herederos de Aitor.

»Me marché completamente desconsolado, sin ninguna esperanza en los hombres; pero más que nunca confiado en Dios. Salí de Gastelúzar después del alba, con el mismo travieso conductor que me había traído.

»Para evitar encuentros, me llevó al Arga por entre breñas y rodeos, y al pié de la montaña de Sárbil, que quedaba a la izquierda, y al divisar a Pamplona desde territorio que ocupábamos los godos, se volvió Teodosio.

»Quise hacerle el pequeño regalo de una cadena de oro; pero lo rehusó con tanta altivez como pudieran haberlo hecho sus padres.

»Entré en la ciudad, y acudí presuroso a mi casa con el anhelo de contar a mi mujer algo de lo que me había pasado: algo, digo, porque decírselo todo hubiera sido cruel.

»Paula había desaparecido con una de sus siervas.

»Creí al pronto que habría ido a la iglesia; pero precisamente la sierva que faltaba era judía.

»Acudí a las puertas de la plaza, y en la que da frente a la Burunda, me informaron que efectivamente, por la mañana habían visto salir dos mujeres y dirigirse hacia el Larraun. Aquel camino podía conducir a Goñi, a la Burunda, a la costa.

»Una de las fugitivas, cuyas señas cuadraban perfectamente a Paula, llevaba traje vascongado.

»Quedé helado de espanto. Al pronto me figuré que Paula, viéndose sola, había querido llevar a cabo su primer pensamiento de buscar a Petronila para confiarla el funestísimo secreto del tesoro. ¿Cómo, si no, haberse puesto para huir aquel vestido que trajo al entrar en el convento de Victoriaco, y que, según yo sabía, tan cuidadosamente conservaba?

»¡Ay! Si directamente o por rodeos Paula se dirigía al valle de Aitor, donde moraba su íntima amiga, no cabía duda, Paula daría en manos de Basurde y Amagoia, en cuyo caso, ya lo había dicho Miguel de Goñi pocas horas antes: '¡Desdichada de ella! ¡que pida a Dios fuerzas para sufrir el martirio!'»

-Pero ¡mi madre desobedeceros!, exclamó Amaya. ¡Imposible! ¡imposible!

-Eso es lo que yo me decía, después de un momento de reflexión, repuso Ranimiro. ¡Desobedecerme Paula! Y luego ¿a qué fin llevarse la sierva judía a tierra vascongada? ¡Qué confusión! ¡Qué tormento! ¡Qué incertidumbre! ¡No sé por qué; pero desde aquél día la consideré perdida para mí, perdida con el hijo que llevaba en sus entrañas! ¡Perdidos ambos para siempre!

No lo extrañéis; aquel acontecimiento misterioso, lleno de contradicciones, inexplicable y frío, tenía el aire de un crimen.

¡Ay, Favila, ay, hija de mi alma! La memoria de ese día me atormenta sobre manera, y si queréis, suspenderemos por un momento la relación.

Amaya y el duque se acercaron al tiufado, y cada cual le cogió una mano, que apretaba cariñosamente entre las suyas.

Su hija besaba además con lágrimas la que retenía, y Ranimiro estrechó luego a entrambos contra su corazón.

CAPITULO VI

Donde se acaba el día, pero no la historia del tiufado

Recoránronse y tornaron a su ordinaria actitud al sentir pasos de los siervos que traían candelabros de plata con velas de cera, alumbrado entonces de lujo a que los magnates estaban acostumbrados.

Se descubrían desde las ventanas las constelaciones boreales, el cielo sin nubes, la luna en creciente, la noche apacible: sentíase el calor y perfume de la primavera ya muy avanzada.

Amaya suplicó a su padre que suspendiese la historia, y el duque añadió sus ruegos a los de su sobrina.

-Prefiero concluir de una vez, contestó el tiufado: me sería doblemente penoso renovar mañana tan tristes memorias.

Sin embargo, tuvo que suspender el relato por algunos momentos.

Como se infiere de palabras escapadas por abundancia del corazón al duque de Cantabria, nunca había echado éste tan de menos a Pelayo, como en la ocasión presente.

También Ranimiro hubiera querido tenerlo en el castillo; pero naturalmente se mostraba más cauto y reservado que su tío. Uno y otro estaban impacientes por saber algo de la corte, del movimiento de tropas, y de su amigo Teodomiro, a quien suponían abandonado y comprometido en la Bética; todo lo cual prueba, confirma y corrobora que el achaque de saber noticias es antiguo. A falta de periódicos y papeles volantes, extraordinarios y telegramas, que no se recibían en Cantabria, Nunilo, liberta de Favila y ama de gobierno, había ido después de comer, a Varia y Lucronio a proveerse de telas, vajilla y

comestibles, e inquirir y averiguar de paso lo que sucedía en el mundo; no por curiosidad ciertamente, sino por complacer a sus señores. Esta excelente mujer, más provista de *gacetillas* de la capital y sueltos *de sensación*, que de rocados, alhajas y vinos generosos, que vendían mercaderes judíos recién llegados de Toledo, no titubeó en entrar detrás de los siervos que iluminaron la estancia, y con el respeto debido, pero también con la solemnidad del periódico serio que anuncia *crisis radical* o cambio de *situación*, dijo a Favila:

-Señor, no quiero interrumpiros, sino cuidar de que los siervos pongan las luces donde es menester. Si vengo, no me digáis, como de costumbre, que soy muy atrevida y me tomo demasiadas libertades: lo que es ahora, no puedo dispensarme de hablar. ¿No sabéis lo que pasa?

-No, mujer, ¿cómo quieres que lo sepamos, ni qué nos importa de lo que pasa fuera de aquí?

-Bueno; pues si no os importa lo de Pamplona ni lo de Toledo, me marcharé por donde he venido.

-Mujer, me arrepiento de lo dicho. Me importa y mucho. Por consiguiente di presto lo que sepas, y principia explicándonos por dónde lo sabes.

-Por Varia, a donde he ido esta tarde, porque me avisaron de que habían llegado ciertos judíos con géneros riquísimos, tanto de paños como de... Y dije yo: éstos, que vienen de Toledo, sabrán...

-Lo de Toledo. ¿Y qué has oído en Varia?

-He visto allí, lo que se llama ver, con mis propios ojos, huestes que llegan a toda prisa de Cesaraugusta y Tutela: he visto mucha gente; mucho movimiento. Esas huestes se van a sorber a los vascos: no tienen ni para un diente con todas esas montañas. Yo no soy niña; que hartos años de sierva hice en vuestra casa, hasta que me disteis libertad por haber criado tan bueno y robusto a vuestro hijo Pelayo; pero os digo mi verdad: en mi vida he visto tanto bucelario, tanto decano, tanto milenario juntos.

-¿Y quién los manda?, preguntó Ranimiro.

-No lo sé: supongo que cada tiufadía estará mandada por un tiufado, y cada tres o cuatro, por un prepósito...

-¿Y qué es lo de Pamplona?

-Señor, aquello está muy malo; allí anda todo revuelto; y hasta los judíos...

-¡Los judíos!

-Eso dicen los cristianos. Pero los mercaderes a quien he comprado muy rica tabla de manteles, replican que los vascones no necesitan de nadie para alborotarse; y que no saben lo que tiene esa Vasconia, pues en pisándola, los visigodos mismos parecen azogados, y están deseando saltar. Y dicen bien. ¿Por qué, con tanta gresca como hay por

África, han de rebelarse ahora los godos de Pamplona? ¿Qué tienen que ver con ellos los judíos?

-Pero, Nunilo, acaba si quieres, exclamó Favila impaciente: ¿qué se sabe de Toledo?

-¿De Toledo? nada, sino que el rey, vuestro sobrino... ¿No han hecho rey al hijo de vuestro pobre hermano Teodofredo?

-Sí, mujer, sí, hace pocos meses. ¿Qué le ha pasado al rey?

-Que a consecuencia de los alborotos de Pamplona, apresura su viaje y se viene solo con sus espatharios.

-¿Con Pelayo?

-Sí, señor, con el mismísimo Pelayo, a quien yo crié a mis pechos. Pues esa es la noticia, la gran noticia que me ha obligado a entrar, a interrumpiros sin querer.

-¿Y dónde está el rey?

-¿Qué sé yo? Dicen que Rodrigo y Pelayo vienen... ¿Cómo dicen que vienen, señor? ¿A la fuerza? No; a marchas...

-Forzadas.

-Eso es, a marchas forzadas. ¿Qué quiere decir eso?

-Eso quiere decir, que el día menos pensado le vemos asomar por aquí: esta misma noche, por ventura.

-¿Y os estáis con tanta calma, señor?

-Pero, mujer, si no sabía una palabra... Mira, Nunilo, confío en ti. Pónle buena cena; que le tengan bien mullida la cama.

-¡Cena! ¡Yo misma se la adrezo! Ya sabéis que él es poco amigo de guisotes y melindres: carne asada medio cruda, y lecho como una tabla. No se parece, ni quiere parecerse a los godos que hoy se estilan: godos de alfeñique, godos enclenques y encanijados.

-Pues date prisa, Nunilo, que no te coja desprevenida.

Vínoles muy bien aquella interrupción, con la cual se distrajeron y sosegaron. Por mucho que fuera el interés con que el duque y Amaya escuchaban a Ranimiro, la gravedad de los acontecimientos era tal, que no podían prescindir de reflexionar sobre ellos, y aún de comentarlos.

-Ranimiro le dijo el ciego; si estás para pensar en algo más que en tus propias desdichas, dime: ¿qué te parece de lo que acabamos de oír a la liberta?

-Sus noticias, contestó Ranimiro, me confirman en el juicio que antes he formado. Esa sublevación, esa agitación de Pamplona cuando van llegando a Vasconia miles y miles de hombres, ¿es verosímil siquiera? ¿Tiene sentido racional? ¡Rebelarse una plaza en que todo está aparejado para recibir al rey: guarnición escogida, conde y tiufados de confianza! En ninguna ciudad de España debía de tener Rodrigo más confianza y seguridad en estos momentos que en ese presidio. La agitación es artificial: nuevo pretexto para apresurar la salida del rey, retrasada no sé por qué causa. En efecto, debe de urgir a los conspiradores alejar del Estrecho a Rodrigo y las huestes. Todo lo cual nos hace ver que los sucesos se precipitan, y que pronto vamos a presenciar grandes catástrofes, si no las evitamos por grandes escarmientos.

-Pues bien, aquí vendrá Pelayo, y trataremos de poner remedio.

-¡Pelayo aquí! No lo esperéis ahora, contestó el tiufado. Si son ciertas esas noticias, a Pamplona se dirigirán las tropas en seguida por la ribera del Arga.

-Pero si el rey se detiene en Tutela o Calahorra, hasta que lleguen las huestes...

-Urge mandar a la ciudad rebelde gobernador de toda confianza; quizás vaya Pelayo: y hoy que lo vascos están quietos, con unos cuantos bucelarios tiene bastante para escolta. Así hemos hecho nosotros el viaje sin peligro. Los vascos no se mueven. Ven con pasmosa indiferencia que vamos a soltar sobre ellos las cataratas del diluvio. ¿En qué confían? ¿Qué es lo que presienten? No lo sé. Profundamente dormidos cuando nos agitamos calenturientos contra ellos, o tratan de rendirse, o nos miran con desdén. Me inclino a lo último. Cuando hasta Nunilo llegan los rumores de traición en África, ¿los ignorarán los montañeses? Y sabiendo el peligro que corremos en la Bética, ¿qué miedo puede inspirarles la visita del rey?

-Aguardemos, dijo Favila: para mi hijo, como para todos, en días tales, la patria es antes que el hogar. Pero si Pelayo puede, no dejará de vernos.- Y ahora, Ranimiro, si estás más tranquilo, continúa tu lamentable historia, suspendida precisamente en la ausencia de Paula.

-«Sí, dijo el tiufado: la desaparición de mi mujer era efecto de un crimen, del cual en ninguna parte encontraba rastro. Sin apartarme de las puertas de la ciudad, mandé salir en todas direcciones bucelarios a caballo para ver si podían alcanzar a las fugitivas dentro de la región en que los godos nos movíamos sin gran riesgo; y luego, sospechando que en el crimen pudieran tener intervención los judíos, toda vez que una sierva hebrea figuraba en él, me dirigí a la aljama de Pamplona. Los judíos en aquella época vivían en una especie de paz y holgura relativas: eran nuestros mercaderes, artífices, médicos, y aún abogados. Ya entonces se susurraba que andaban en tratos con los africanos; y dos o tres años después, abusaron de tal modo de nuestra tolerancia, que fue necesario tomar gravísimas providencias para refrenar su audacia. Recorrí las inmundas calles de la judería y registré sus casas aún más sórdidas; pero repletas de telas preciosas, de alhajas, y al mismo tiempo pobladas de una raza hermosa, inteligente, robusta y vengativa, con apariencias de humilde y resignada. La sierva de Paula, que se llamaba Respha, no era de Pamplona, sino de Aquitania, según ellos. La había traído mi mujer de Victoriaco, con la esperanza de convertirla; y por lo tanto, ni se dejaba ver por la sinagoga, ni entraba en el barrio de

sus hermanos. No pude entonces sacar otra cosa. Nada tampoco de los bucelarios, que recorrieron a caballo toda la comarca. Sólo alguno de ellos trajo noticias de que se había visto a la sierva judía volver a la ciudad. De Paula, nada.

->No sabía qué hacer: estaba loco, desesperado. Como podéis figuraros, me había informado minuciosamente de lo ocurrido durante mi ausencia.

->¿Había venido a casa alguna persona extraña?

->Nadie.

->Antes de su desaparición, ¿había salido de casa mi mujer? Ni siquiera de su aposento.

->¿Quién había hablado con ella? La hebrea tan sólo, que la había servido cual de costumbre.

->Pero Respha ¿estuvo fuera? Tampoco. Todo era regular y ordinario, lo que había precedido al crimen. Sólo más tarde supe que Respha había hablado al amanecer con una persona desde la ventana.

->Acudí a Miguel de Goñi: le dije lo que me pasaba; pero no me sacó de dudas. Nada sabía, de nadie sospechaba. Creí que todo el país vasco se había conjurado contra mí; creí a todos nuestros enemigos cómplices de aquel delito.

->Furioso contra ellos y contra mí mismo, me lancé entonces a lo interior de la sierra, sorprendiendo a sus habitantes, y dejando atónitos a los mismos godos de mi audacia, que llamaban valor, y era desesperación. De entonces data principalmente mi funesto renombre de infatigable y terrible azote de los vascos. No los dejaba en paz, no perdonaba roca ni selva, cueva ni caserío. Las pobres gentes huían delante de mí, y abandonaban sus chozas, o trataban de oponer resistencia a mis arremetidas, obligándome a empeñar combates que no buscaba; pues yo sólo quería saber, inquirir, rastrear dónde estaba mi Paula, cuál había sido su suerte.

->No, no era cruel; no me ensañaba con nadie, os lo aseguro: si hacía prisioneros, si me llevaba cautivos, era para preguntar por Lorea. -Ha muerto, me contestaban; y aquella noticia me consternaba; hasta que explicándose más, veía que se referían a la época de su fuga de Aitormendi.

->Aseguraban algunos que nosotros la teníamos en cautiverio.

->De su salida de Pamplona y del tiempo posterior a tan misterioso acontecimiento, nada, absolutamente nada.

->Interrogué a los monjes que para ejercer su ministerio pasan con facilidad del uno al otro campo: tampoco me dieron luz.

->Llegué por fin a sorprender en una de mis correrías, a cierta joven que dio con nosotros de manos a boca. Era hermosa, varonil, casada, según lo daban a entender las trenzas y el tocado; de estatura colosal y fuerza hercúlea, a juzgar por la anchura de los hombros y robustez de sus brazos, nervudos y arremangados. Pero sus facciones, aunque enérgicas y

de expresión altiva, me parecieron agradables y bien proporcionadas. Había en su mirada, audacia, astucia y bondad al propio tiempo.

-»Viéndose perdida y sin poder escapar, se cruzó de brazos y se quedó inmóvil, esperándonos tranquila y serena.

-»¿Por qué no huyes?, la pregunté.

-»Porque es inútil, me contestó.

-»¿De dónde vienes?

-»¿Y a ti qué te importa, si no es eso lo que quieres saber?

-»¿A dónde vas?

-»A buscarte. Quiero hablar contigo a solas.

-»Aquí nadie más que yo entiende tu idioma.

-»Entonces, no nos movamos; y trátame como prisionera. Pueden mirarnos desde lejos, y no conviene que adviertan en ti la menor consideración.

-»Mandé a mis bucelarios que maniatasen a la joven, la cual prosiguió:

-»Estás siendo nuestro verdugo por averiguar lo mismo que yo trato de saber, y sólo por amor a mi patria vengo a decirte: Ranimiro, déjanos en paz, que yo, sin derramar una gota de sangre, puedo acaso descubrir, lo que tú con tanta como viertes, nunca lograrás saber.

-»¿Quién eres?

-»Petronila.

-»¿La amiga de Paula?

-»La misma: la amiga, la verdadera hermana de Paula.

-»¿Qué sabes de ella?

-»Sabré lo que tú me digas; y con lo que me digas tú, puedo llegar quizás a saberlo todo,

-»Sé que Lorea tenía empeño en salir de Iruña para hablar contigo, y confiarte el secreto de Aitor.

-»¿Y qué hacía entre los godos?

-»Vivir con su marido.

-»¿Con su marido! ¡Casada la primogénita de Aitor con un vasco tan débil y cobarde, que se resigna a morar en vuestras ciudades!

->Petronila, si eres tan buena amiga suya, nada quiero ocultarte: Paula no está casada con ningún vasco, sino con un godo; Paula es mi mujer.

->¡Mentira!

->Mi legítima mujer, repetí con firmeza.

->¡Desdichada! -La culpa debe ser cierta, porque va a ser grande su castigo. -¡Oh! Pero ni castigo ni culpa han de quebrantar mi amistad. ¡Desdichada! ¡La hija de Aitor casada con el godo más aborrecido! En toda la escualería hallarás quien te defienda; pero has confiado en mí, y mi defensa no te faltará. -Ya voy viendo claro, ya vislumbro la verdad. Dímelo todo, Ranimiro: ¿cuándo faltó Paula de tu casa?

->Hace tres meses y medio.

->¿Se marchó sola?

->Salió con una judía.

->¡Judía!, exclamó la joven gigantea: ¿no tienen las gentes de esa raza fama de aviesas y codiciosas?

->Sí.

->¿Y no has dicho que por aquel tiempo Paula quería descubrir el tesoro?

->Descubrirlo, no: trataba sólo de depositar en alguien el secreto del tesoro; y no queriendo ponerlo en manos de Amagoia, pensaba en ti.

->¿Y hablaba de ello con frecuencia?

->Sólo conmigo.

->Y tal vez con la judía.

->No lo creo, Petronila; pero la judía era la sierva de su confianza; la que andaba siempre por el aposento de Paula, y pudo acaso sorprendernos y escuchar alguna conversación.

->¿Y por qué teníais entonces esas conversaciones? ¿Por qué hablabais en aquella sazón del tesoro de los vascos?

->Porque... porque siendo ella única depositaria del secreto, temía morir.

->¿Estaba enferma, por ventura?

->Iba a ser madre.

->¡Madre! -¡Son ellos, es él!, exclamó Petronila; y sus enérgicas facciones se iluminaron con lumbre de inspiración. ¡El mismo, el mismo! Yo vivo en su valle, del cual antes de ese tiempo se ausentaba con frecuencia. Y no se mueve después. Desde que Lorea abandonó la casa de sus padres, Amagoia tomó los aires de hermana mayor, los humos de heredera. ¡Es el mismo! De tres meses a esta parte no se ha movido de Aitormendi.

->¿De quién hablas?, la pregunté con viva ansiedad.

->Quiere arrancarla el secreto y apoderarse del tesoro.

->Pero, ¿de quién se trata? ¿De Amagoya? ¿De la judía?

->¡De Basurde!

->¡Cómo! ¿De Basurde, el marido de Amagoya?

->El terrible, el astuto, el avaro pagano de Aitormendi. ¿Nunca has oído hablar de Basurde?

->Mil veces, y ahora me hacéis recordar que por aquel tiempo le llamé a Pamplona para tratar con él en cosas de la guerra.

->No necesito saber más. El marido de Amagoya, vasco de las tribus de Aquitania...

->Y amigo tal vez de Respha, que así se llama la sierva, natural de la tierra de Basurde.

->El marido de Amagoya llegó, sin duda, a saber por la judía que Paula se había casado contigo.

->Y habrá sido capaz de asesinarla.

->No lo temas; mientras ella no descubra a su hermana el secreto de Aitor, Basurde será el primer defensor de Paula. A nadie como a él le interesa que su cuñada no descienda al sepulcro sin revelar el secreto. ¡Ay! Pero si Paula es débil, si les declara donde están las riquezas codiciadas... ¡Infeliz, infeliz amiga mía!

»Quedé aterrado.

->¿Qué duda tiene?, proseguía diciendo aquella joven, como si hablase consigo misma: o Paula está emparedada por Amagoya y Basurde, o se ha caído y precipitado en alguna sima huyendo de sus perseguidores. ¡Tres o cuatro meses! Rastro había de haber dejado su muerte al cabo de tanto tiempo. Yo lo sabré todo, o dejaré de ser quien soy. Suéltame ahora, y ponme en libertad.

»Y luego, mirándome de hito en hito, añadió:

->Ranimiro, yo no te pido paces ni treguas, no quiero nada de los godos; pero si eres cristiano, tengo derecho a esperar de ti la guerra ordenada y regular que hasta ahora nos habíais hecho.

->Te la prometo.

->Pues bien: no iré, no he ido nunca a vuestras ciudades, y sólo en la mayor extremidad pondría en ellas los pies; no me faltará, sin embargo, con quién mandarte una aviso y enterarte de lo que sepa. Y lo repito: o poco he de poder, o he de saberlo todo.

»No quise confiar a ningún siervo el cuidado de desatar sus lazos, y lo hice con mis propias manos, para estrechar las suyas.

-»Si llegas a verla, añadí; díle que la amo y la espero; y entre tanto, Petronila, tened la idea de que es una santa, llamada por Dios a cosas extraordinarias por caminos descomunales también.

-»He dicho que soy su amiga, y pesia todos los paganos endurecidos y testarudos de los Pirineos, no se han de salir con la suya: que si ellos tienen cabeza de pedernal, la mía es de bronce.

»Las suposiciones de aquella mujer no podían ser más desconsoladoras. La idea de que Paula hubiese perecido de muerte violenta, me horrorizaba; pero no la di asenso. El asesinato de la hija de Aitor, hubiera resonado como un acontecimiento histórico de primer orden en aquella tierra, donde, forzoso es confesarlo, son estos crímenes incomparablemente menos frecuentes que en la nuestra.

»Y luego, por cruel que fuera el marido de Amagoya, ¿qué adelantaba, siendo tan avaro, con la muerte de Paula, si ésta se llevaba al sepulcro el secreto de las riquezas? Era necesario suponer que se lo había arrancado, lo cual me parecía difícil, como también el que Amagoya, ambiciosa, pero noble, se prestase a ser cómplice de tan espantoso crimen.

»Estas reflexiones me tranquilizaron, y entré en Pamplona con alguna esperanza, con cierta consolación. Al menos no me agitaba ya en el vacío, no abría los ojos en tinieblas, no tendía, como hasta aquí, los brazos buscando asidero, sin encontrar ni el menor arrimo.

»Estando en mi casa a los pocos días, me dijeron que una formidable montañesa quería hablarme. Me dio un vuelco el corazón recordando que Petronila, sólo en último trance había resuelto venir a verme. Quise precipitarme a su encuentro; pero me contuve por prudencia y la mandé entrar. Porque era ella: sentí su bronca voz en el vestíbulo, y sus pasos luego, que hacían retemblar el pavimento.

-»No vengo por ti, me dijo en su idioma al traspasar el umbral: no visito, ni visitaré jamás a nuestros enemigos; vengo, como buena vascongada, por servir a la hija de Aitor.

-»¿Vive Paula?, pregunté con la mayor ansiedad.

-»Vive. La he visto.

-»¿Y no vuelve contigo?

-»¡Volver!, exclamó Petronila con amargura: no volverá tan presto como Dios no haga un milagro.

-»Pues, ¡cómo! ¿Está enferma?

-»Buena, buena está; y no me aturdáis a preguntas: tened presente que no vengo por vos, sino por ella; porque es mi amiga, cristiana como yo, y goda o no, es una santa, una mártir, y lleva en su seno un descendiente de Aitor. Y con tal de que esa familia de

paganos no se salga con la suya, sería yo capaz de ver, no al godo Ranimiro, sino al mismo rey de Toledo.

->¡Petronila!, exclamé: ten compasión de mi angustia, y dime pronto y sin rodeos lo que tengas que decirme.

->Ante todas cosas, ella me manda aquí para entregaros una prenda.

->¿Qué prenda?

->¿La conocéis?, dijo sacando ese brazalete de oro con la imagen de la cruz y la leyenda en vascuence.

->Pero esto, ¿qué significa?, exclamé espantado: ¿es recuerdo de cariño, o por ventura legado de persona que ha muerto?

->Es un depósito que os confía. 'Que lo guarde para mi hija, ha dicho: que se lo entregue un día, si acaso tiene que nacer aquí entre paganos'.

->Luego teme que su estancia se prolongue...

->No tendría que prolongarse mucho; porque ha entrado en los siete meses y...

->¿Dónde está Petronila, dónde se oculta?, exclamé, llevando con impaciencia las dilaciones de aquella mujer, que, sin embargo era mi única amiga, todo un consuelo.

»Su relato fue para mí interesantísimo; pero atormentador a veces por sus rodeos y digresiones. Me ceñiré lo posible al repetíroslo.

»Los vascos, en general, tenían pocas noticias de Lorea: varios rumores corrían acerca de ella; pero confusos y contradictorios. Basurde, sin embargo, por medio de Respha, a quien había conocido en Aquitania, todo lo sabía, de todo estaba bien enterado. Las relaciones del marido de Amagoya con nuestra antigua sierva judía, son todavía misteriosas, incomprensibles para mí; pero indudables. Por ella supo la conversión de Paula al cristianismo, por ella nuestro casamiento. Sintió en lo primero golpe fatal para la grey pagana de Aitormendi, y se gozó con lo último, que equivalía al destronamiento y abdicación de la primogénita de Aitor, cuyos derechos y prerrogativas pasaban a Amagoya. Entró ésta desde luego en posesión del valle y venerando caserío del patriarca; pero le faltaba el tesoro, que era precisamente lo que Basurde con más vivas ansias codiciaba. Nadie en el mundo sabía dónde estaban depositadas aquellas riquezas; nadie más que Pauta, es decir, la persona misma a quien se quería herir en lo más vivo de la honra, y humillar y despojar. Grandes cavilaciones, inquietudes y tormentos debió de costar esta idea a Basurde: sospecho que la judía entró al servicio de Paula, como espía y agente del malvado: creo que por consejo de éste, y para ganarse la confianza de mi mujer, aparentaba inclinarse a nuestra santa religión. Y si la judía era hipócrita; no menos astuto y reservado se mostró Basurde para desvanecer, hasta cierto punto, los temores que inspiraba a Paula, la desenfundada exaltación de Amagoya. De la conversión hablaba poco y sin resentimiento; de nuestra boda, nada. Quería abrir camino y suavizar toda aspereza para llegar al suspirado término de sus afanes, que era el descubrimiento del tesoro. Así fue, que cuando supo que yo le llamaba a Pamplona para las cosas de la

guerra, tuvo grande alegría, y por contestación, emprendió la marcha a la ciudad. Sus deseos se avivaron con la nueva de que Paula estaba en cinta; pero consideró para la empresa que traía entre manos, inútiles los medios regulares. ¿Cómo esperar de la futura madre revelación ninguna que perjudicara a sus hijos? ¿Cómo influir eficazmente sobre Paula, mientras ésta permaneciese a mi lado, esperando la hora de dar a luz un nuevo vástago de la familia de Aitor? Basurde llegó a prometer a Respha la mitad del tesoro, si lograba que Paula saliese de mi dominio, y la judía lo consiguió. Alrededor de Pamplona vagaba Basurde cuando yo salí para Val-de-Goñi: me seguía los pasos cuando entré con Teodosio a tomar el caballo que nos condujo a Gastelúzar, y allí me vio esconder las armas y joyas que me estorbaban para presentarme a los sencillos vascones. De las alhajas tomó un anillo que entregó a Respha al amanecer, o por una ventana del palacio, o tal vez por conducto de los judíos de la aljama. Ello es, que la sierva pudo engañar a Paula, diciéndole que la llamaba yo fuera de la ciudad para conducirla al lado de Petronila, a quien había encontrado en casa de Miguel de Goñi.

->Pero, ¿cómo no viene Ranimiro a sacarme de Pamplona?, preguntó mi esposa.

->El conde, contestó la judía, os espera en la alameda próxima al río, por no dejar sola a Petronila; pero os manda este anillo para que deis crédito al mensaje.

->Paula, inocente y completamente ajena a todo artificio, creyó que llevándose consigo a la sierva de su confianza, tomaba cuantas precauciones exigía la prudencia; y con el traje del país, como una de tantas aldeanas que vienen al mercado, salió de Pamplona donde apenas era conocida, y sin entrar en ningún caserío, guiada por Respha, cayó en manos de Basurde. Dio un grito y se estremeció al conocerle, como si hubiese visto al terrible *Basajaun* de las leyendas vascongadas.

»Basurde la tranquilizó con palabras suaves y melosas, haciéndola ver que su principal interés en aquel negocio, consistía en que no se perdiese para su familia el secreto del tesoro, a cuya posesión, por contingencia, estaba llamada Amagoya; y como esta declaración tenía trazas de sincera, dada la condición de quien la hacía, Paula la dio crédito y se dejó guiar hacia el monte por su cuñado. No tenía tampoco medio de evitar su compañía. Pidió a Respha que no la abandonara; pero esta infame desapareció.

->¿A dónde quieres que te conduzca?, preguntó Basurde a su cuñada.

->A mi casa de Pamplona.

->Imposible, mientras no nos comuniquen el secreto y aseguren el tesoro para tu familia.

->Llévame, pues, al caserío de Petronila.

->¿Y por qué no al tuyo? ¿Por qué no a tu propia casa, que es la casa de tus padres?

->Basurde, haz lo que quieras: no puedo resistir ni dejar de obedecerte; pero temo a tu mujer: me da miedo mi hermana.

»Tienes razón, la dijo: la primera entrada será terrible. Tú cristiana, y casada con un godo, y con el más cordialmente detestado de todos nuestros enemigos y ella... ya sabes su genio, ya conoces su exaltación... ¿Qué sé yo lo que haría?... En los primeros

momentos, se entiende; porque pasado aquel pronto, se quedaría como una malva. Por eso, lo has pensado bien: iremos a casa de Ochoa, o de tu hermana Usua, que ya vive en Aitorechea con su marido Lartaun, y acaba de dar a luz una niña. Se me figura que tú no estás distante de tener otra.

-»¿Con que mi hermana menor tiene ya una hija?, repuso Paula, desentendiéndose de lo demás.

-»Sí, y Usua no es como Amagoya. Ella no es cristiana; pero no detesta la nueva religión. Y luego, todo se ha de decir, madre ya de una hija, que puede ser en su día heredera del tesoro, su interés por asegurarlo para en adelante es doble que el nuestro, que al fin y al cabo no tenemos hijos. Te recibirá bien, estarás allí como en tu casa; y cuando yo enteré de todo a mi mujer, y ésta se haya desahogado conmigo, vendrás a tu palacio. ¿Dónde mejor?

»Paula le replicó que por de pronto prefería descansar en casa del marido de Petronila.

-»Como quieras, la dijo Basurde; pero de todos modos, añadió, el camino es penoso, larga la jornada, y hallándote en cinta... -Y el vasco lo repetía para asegurarse de ello, y oír de los labios de Paula la confirmación de sus noticias: -Hallándote en cinta, no puedes andar tanto, ni tan deprisa como es menester. -Nos llegaremos al prado que está aquí a la derecha, y tomaremos caballos que nos lleven al caserío de Petronila. -¡Petronila!, añadió en tono sentimental: ya todos los vascos se van haciendo cristianos. ¡Por más que diga Amagoya, todos tenemos que sucumbir!...

»El taimado había herido la fibra más delicada del corazón de Paula, que arrebatada por el celo de la gloria de Dios, quiso aprovechar la ocasión y buenas disposiciones de cuñado.

»Y hablando con tanta unción como entusiasmo, se dejó llevar a selva enmarañada, en un raso de la cual, cierto pastor o dulero les prestó una yegua. Púsola Basurde cabezadas, acomodó la capa en sus lomos, haciendo montar a Paula, Y él tirando del ramal y a pie cuestas abajo, y cabalgando pechos arriba, fue andando por caminos solitarios, esquivando todo encuentro y huyendo de toda vivienda.

»Algunas provisiones de pan, mojama y frutas secas fueron su alimento, mientas la yegua descansaba y pacía al margen de un arroyuelo.

-»¡Qué caminos tan ásperos y desamparados!, exclamaba Paula: ¡me dan miedo!

-»Es que vamos por atajos para llegar antes de que nos sorprenda la noche en el camino.

-»Siento así cierta pesadez en los ojos; tengo sueño.

-»No es extraño, le contestó Basurde; has salido de Iruña de mañana; y luego los vaporcillos de la comida... Cabalgaré también; no hay tiempo que perder.

»Estas fueron las últimas palabras que recuerda Paula.

»Después se despertó en una cama, o por mejor decir, montón de heno, dentro de ruinosa torre formada de cuatro paredes altas, gruesas y lisas, sin otras ventanas que algunos agujeros a los cuales nadie podía asomarse, por estar abiertos cerca del techo y a la altura de seis o siete varas del suelo.

»Paula quedó consternada. Cayó luego en la cuenta de que estaba en su propia casa, en el palacio de Aitormendi; y que Basurde le había dado en la comida zumo de yerbas que producen letargo, y cuyo conocimiento, para usos medicinales, era tradicional en la familia de Aitor. Aquella torre había servido de palomar, y contigua al cuerpo principal del edificio, comunicaba con él por una puerta abarrotada y dividida a lo ancho en dos mitades iguales, con postigo en la superior. No cabía duda: estaba presa, emparedada en su propia casa».

-¡Madre mía!, exclamó Amaya.

-¡Mártir de la fe cristiana y del amor conyugal!, añadió Favila.

-«En efecto, la pobre Paula fue a padecer martirio. Aquella torre flanqueaba la fachada del caserío, formando con ella una rinconada; pero a la puerta vigilaba un mastín sujeto con larga cadena para que nadie se acercara.

»Nada temió por sí; pero tembló por su marido, y sobre todo, por la criatura que llevaba en las entrañas.

»Se puso de hinojos y se ofreció al Señor como oveja destinada al sacrificio; y le pidió por mi salvación y la de nuestra hija. Y luego se sentó tranquila, y hasta gozosa, porque creía que Dios la había escuchado, y aceptaba su vida en cambio de la nuestra, Amaya».

La hija del milenarismo sollozaba.

-«Es más, tu santa madre no sólo perdonaba, sino que disculpaba a sus verdugos. Dadas su ceguera y obstinación en el error, decía, ¿qué soy yo a los ojos de mi hermana? Una mala vascongada que se ha pasado al campo enemigo, y se ha unido al más aborrecido caudillo de los contrarios. Amagoia se avergüenza de mí; me considera indigna del nombre de Aitor, y cree que he perdido todos mis derechos».

-»Así pensaba Paula, llamada, sin embargo, en su interior a la fe, para salvarse a sí propia, y al amor de un príncipe godo, para ejemplo de unión entre dos pueblos cristianos. Por eso solía decir con lágrimas, hijas de afectos inefables: 'Yo moriré, pero vivirá mi hija; y si vive, se llamará Amaya, y Dios pondrá la cruz de los vascos sobre las almenas de los castillos godos; y el nombre de Cristo sobre el árbol de nuestra independencia'.

-»Amagoia pasó a verla. Entró altiva, severa, como un juez nombrado para condenar; cruel como leona que busca oveja en que saciar su hambre; pero salió mansa, confundida, silenciosa.

»No quiso volver más.

-»Llévala, le dijo a Basurde, llévala cuanto necesite; pero dila que la honra de nuestros padres no consiente que salga de ahí. Prométela que cuidaremos de su hijo; pero que lo daremos a criar lejos, muy lejos de Aitormendi; para que nunca sepa la sangre tan ilustre que lleva en sus venas. Voy sospechando, Basurde, que esos cristianos valen más que nosotros.

-»¿Y no la has hablado del secreto de Aitor?

-»No, porque confío en ella. Ese secreto no me ha dado jamás ningún cuidado: no se perderá.

»La pobre Paula, entre tanto, oraba, sufría y esperaba. ¿En quién? Sólo en Dios. Llevaba ese brazalete de oro, que pocos meses antes había mandado hacer a un artífice judío, y se consolaba con la imagen cincelada en el medallón, recuerdo de la cruz que me mostró en Gorbea. Pero aun de este consuelo quiso desprenderse, y me mandó la joya para ti, con encargo de que nunca te desprendieses de ella, presintiendo la proximidad de tu nacimiento y la de su muerte.

»Volvamos a Petronila, por quien supe todos esos pormenores tan minuciosos, tan dulces y terribles a un tiempo para mí.

»¿Cómo pudo averiguarlos? A fuerza de penetración, astucia y osadía; a fuerza de cariño o de generosa inspiración. ¡Qué mujer tan admirable! Por indicios de haber pasado Basurde, llevando una joven a caballo, precisamente el mismo día en que Paula salió de Pamplona, acabó de persuadirse de que sólo al marido de Amagoya debía atribuirse el rapto. En esta convicción, se dirigió resueltamente al palacio de Aitormendi, a pesar de la repugnancia que le inspiraba la adusta pagana. Fue, mas no con miedo ni recelo, sino con rostro erguido y mirada serena; dispensando, no pidiendo protección. Halló a Basurde y su esposa, que a los ladridos del mastín, guardián de la torre, salieron a la puerta del caserío.

»Acercóse a ellos con resolución, y les dijo:

-»Sé que tenéis encerrada a vuestra hermana mayor, por haberse desposado con uno de nuestros enemigos.

»Basurde lo negó con descaro.

-»Aguardad un momento, repuso Petronila.

»Y entonó uno de esos cantares en diálogo que ella y Paula solían decir juntas en la niñez.

»Y de la torre salió al punto la respuesta, con voz y estilo singulares, patrimonio de las hijas de Aitor.

»No cabía ya la menor duda: aquellos acentos no podían confundirse con ninguno.

-»¿Lo veis?, prosiguió la gigante vascongada: conmigo no sirven mentiras ni disimulos. Vale más hablar con franqueza y confesarme la verdad. Vengo a buenas: vengo a

prestaros un inmenso servicio; no por vosotros, sino porque redundará en bien de nuestro pueblo.

->Entra, le contestó Amagoya: entra y habla. Pero recuerda que en la casa de Aitor no se consienten mentiras ni bajezas.

»Petronila, mirándola con superior orgullo, replicó:

->Hija de Aitor, ten cuidado con la lengua, porque al menor amago de injuria, me salgo y os dejo, para acusaros ante los ancianos de no habernos podido entender en cosas que atañen a toda la escualerría.

»Amagoya no la quería baja y miserable, pero tampoco tan altanera: a nadie en su presencia le permitía serlo tanto como ella. Tuvo que tascar el freno, sin embargo, porque Basurde, presintiendo la importancia de la entrevista, se apresuró a dar a Petronila todo linaje de satisfacciones.

->Hablad, le dijo, y explicaos como os parezca.

->Soy amiga de Paula, prosiguió Petronila; pero tanto como a vos me escandaliza su matrimonio con un godó. La tenéis aquí sin duda hasta su alumbramiento: bueno. Pero si muere, se llevará al sepulcro el secreto de Aitor.

->Esa es la verdad, exclamó Basurde consternado.

->Lo revelará a su hermana, contestó Amagoya.

->¡A su hermana!, repitió Petronila con sublime ironía: ¡a su hermana, que la tiene emparedada! ¡A su hermana, dejando quizás una hija! No lo esperéis.

->No lo espero yo, dijo Basurde, que la escuchaba con la frialdad de quien sólo atiende a su interés.

->Pues bien: yo soy la única persona a quien puede y quiere descubrir el secreto. Así me lo ha dicho mil veces, a fin de tenerme prevenida para cuando fuese necesario.

->¿Y te lo ha manifestado? ¿Te ha indicado, por lo menos, cómo y de qué manera puede descubrirse el día en que sea preciso?, le preguntó Amagoya.

->Ni uno, ni otro: no tengo más sino su palabra de hacerme depositaria del arcano.

->¿Y qué quieres?

->Quiero ver a Paula: quiero recibir su declaración, si persiste en hacérmela.

->¿Y sólo por afecto, por gratitud hacia nosotros, que te aborrecemos por haberte bautizado, vienes a dispensarnos ese favor?, preguntó Amagoya con desdén.

->No, replicó Petronila, levantándose de la trípode en que se había sentado. Vengo dispuesta a prestar un buen servicio a nuestro patriarca Aitor, que fue tan padre mío como vuestro: vengo a servir a toda la raza vascongada. No quiero que perezca el tesoro de

nuestro pueblo, ya que tan próximos están los tiempos en que han de brillar al sol riquezas, sepultadas sabe Dios dónde. Si Paula da a luz una nueva hija de Aitor, para ella serán: si una y otra mueren, para vosotros. Lo que nos importa a todos los vascos, es que el secreto no desaparezca, y a ello, después de las prevenciones de mi amiga, me creo obligada en conciencia. Ahora, si por culpa vuestra se pierde, que Dios y los vascos, que mi hermano Lartaun, padre de vuestra sobrina, os lo demanden.

-»Ahora te creo, dijo la esposa de Basurde. Ven, y hablarás a esa desdichada, que ha renegado de la dignidad de primogénita de Aitor y la supremacía de su linaje. Puedes decirle cuanto quieras; no incurriré en la bajeza de espiarte, ni de escucharos. Al salir me verás a la puerta, y sólo te preguntaré si el secreto de mi raza queda asegurado. No quiero que me digas una palabra más; nada más tengo que saber. Confío en ti; y no se atribuya nunca a la codicia cualquier cosa que suceda.

»Así pasó; así quedó enterada de todo Petronila.

»Al salir de su entrevista, le preguntó la esposa de Basurde, que se puso a hilar tranquila a la puerta de su palacio:

-»¿Conoces el secreto?

-»Lo conozco.

-»Vete en paz.

»y se fue».

-¡Oh!, exclamó Favila, sin poder contener su asombro: ¡que dos tan singulares caracteres!

CAPITULO VII

De cómo al fin llega el de la historia del tiufado

Creo haberos indicado ya, prosiguió el magnate godo, que Paula había dado a su amiga el encargo de verme y enterarme de cuanto le había pasado. Departir con quien acababa de hablar a la cautiva, informarme de ciertas pequeñeces que para mí tenían infinito valor, era todo mi consuelo. Petronila, con sus protestas de no querer servir a un enemigo, y sus salvedades al poner los pies en poblaciones góticas, arrostraba noble y valerosamente el peligro de oponerse a los planes y miras de la poderosa familia de Aitor; y puesta al fin completamente de mi parte, me daba cuantas explicaciones le pedía en tan apurado trance.

»Pero ninguna de ellas me sugería un medio de salvar a mi pobre Paula. Cuantos más datos me suministraba Petronila, más me persuadía de la gravedad del mal y de mi impotencia para remediarlo.

»¿Cómo libertar a mi esposa? ¿Cómo sacarla de las garras de aquellas fieras, no hermanos, que tan despiadada como impunemente la atormentaban? La menor

imprudencia en mis gestiones, el más ligero amago contra sus carceleros; podían ser funestos a la víctima, cuyo verdadero verdugo era Basurde, cruel, astuto y avariento, que a fuer de esposo de Amagoia, sabía el uso que podía hacer de ciertas yerbas, y de ellas se había valido para adormecer a Paula.

»Traté de salir disfrazado con tres o cuatro bucelarios, a sorprender una noche el valle de Aitormendi, y asaltar la torre que servía de cárcel a su misma señora: ¿pero cómo volver luego a tierra de godos, dado que nos fuera posible llegar hasta allá?

»Ocurrióseme también reclamar a los señores o caudillos vascos. Pero lo que había sabido de sus modos de gobierno, desvaneció mis esperanzas.

»En efecto, ¿qué hacía yo con querellarme ante Miguel de Goñi, por ejemplo, si el crimen se había perpetrado por gentes de distintas tribus?

»Y sobre todo, ¿qué vasco era capaz de condenar a su venerada Amagoia, por querellas del godo que les había infamado en lo vivo de su honor, y a quien profesaban ya odio mortal, odio de raza y de tres siglos?

»Amagoia, por otra parte, moraba en región muy apartada de la nuestra, en el valle mejor defendido por la naturaleza, y más exento, por consiguiente, de nuestro yugo. Mis reclamaciones no llegarían allá, y si llegaban, serían escarnecidas. ¡Quejas de godos contra la casa de Aitor, que en el castigo de Paula, volvía por la honra de todas las siete tribus vascongadas! ¡Y quejas contra los habitantes de valles próximos al mar, circundados de selvas enmarañadas, y altivas crestas, a donde los godos nunca habían soñado con arrimarse!

»No me quedaba otro recurso que la dura, la bárbara ley de las represalias.

-»Sean vándulos, vascones, vizcaínos o caritos, cogeré rehenes, decía en mi desesperación: incendiaré mieses, casas, bosques; sacrificaré hombres, mujeres y niños, hasta que me devuelvan sana y salva a mi mujer y a mi hijo, si nace en cautiverio.

»Pero este medio, dado que fuese eficaz, no era cristiano. A mayor abundamiento, al indicárselo a Petronila, cuando en mi cólera, revuelta con mi impotencia, dejé escapar aquel pensamiento, que no llegó siquiera a deliberado propósito, la joven me atajó diciendo:

-»El único encargo que Paula me ha hecho, es que por ella no ha de verterse una gota de sangre siquiera. Y yo añado, que si emprendéis ese camino, seré la primera en morir a vuestras manos; porque seré vuestra más implacable enemiga. ¡Cómo!, prosiguió: yo que vengo aquí desafiando las iras, los rencores, o cuando menos, los celos y sospechas de todo mi pueblo; yo, que por servir a Paula, no por servir a vos, que no lo merecís, vengo a Iruña, a donde jamás me había acercado, y entro en la casa del odiado caudillo Ranimiro, para enterarle de lo que sin mí no hubiera sabido ni adivinado nunca; yo, ¿he de ser testigo de crímenes y horrores, que sin mi debilidad no se hubieran perpetrado? No: para no morir de pena, tendría que morir al filo de vuestra espada.

->¿Y he de cruzarme de brazos dejando perecer a Paula con el hijo que lleva en sus entrañas?

->No morirá: Amagoya, aunque insolente y altiva, es en el fondo compasiva y noble.

->¿Y su marido?

->¡Su marido! ¿Queréis oír lo que Basurde me ha dicho?

->Sí, quiero saberlo todo.

->Pues bien: salió a mi encuentro, cuando me retiraba del caserío de Aitor, y me dijo: si mi cuñada me descubriese a mí solo el secreto de nuestra familia, o tú me lo revelases en nombre de Paula, esta misma noche sería conducida por mí a Pamplona. La daríamos por muerta; la tendríamos como perdida para la familia; ella renunciaría a todos sus derechos en Amagoya, y viviría feliz entre sus godos, sin que los vascos volviésemos a acordarnos siquiera de su nombre.

->¿Eso dijo Basurde?, pregunté.

->Ni más, ni menos.

->¿Y qué le contestaste?

->No me lo preguntes, Ranimiro, dijo Petronila, irguiéndose como una estatua; porque no os he hecho la ofensa de preguntaros qué es lo que debía contestar.

->Está bien. Pues que todas las puertas se me cierran, y en lo humano, ningún remedio hay para mí, no hablemos más del asunto. Suceda lo que quiera, y háyaslo hecho por mí o por Paula, lo cual es exactamente igual, me has prestado un gran servicio, y la gratitud y estimación de un hombre honrado, aunque godo, no te faltarán jamás. A tus favores sólo puede corresponder dignamente, prometiéndote lo que más deseas. No me ensañaré con vosotros.

->¡Adiós!, me respondió aquella mujer singular: si atendiera a lo que me inspira el corazón y casi bulle en mis labios, añadiría: 'yo la salvaré'. Pero no quiero engañarte ni adormecer tu dolor con vanas esperanzas. Es superior a mi voluntad la convicción de que no puedo salvarla tan presto como sería necesario, para que no desapareciese el fruto de vuestro amor.

->¡Oh! Es necesario evitarlo, es preciso llegar a tiempo.

->Ella misma lo reconoce y lo presiente, dijo Petronila como distraída: éste es el fin, me repetía.

->¡El fin!, exclamé. ¡Amaya! Mira esa cruz, mira esa leyenda: *amaya da asierá*. El fin es el principio. Por algo me envía Paula ese brazalete. La salvaré, Petronila: no sé cómo; pero salvaré a mi hija; tendré una hija que será Amaya. ¡Dios lo quiere!

->Cúmplase, pues, la voluntad de Dios.

»Así se despidió Petronila.

»Había yo tomado mi resolución; pero no quise confiársela a nadie, absolutamente a nadie, y menos a ella, por no acabar de comprometerla.

»Tracé entonces aquel plan de invasión desde la falda de Aralar a la costa; plan que llevado a cabo, con tanta ventura para la patria como desdicha para mí, me dio entre los godos fama que ciertamente no he merecido, y nombre odioso, aterrador, entre los vascos, que aún he merecido menos.

»Recordaréis, tío, que por aquel tiempo teníamos la ingente armada, con que Wamba había echado a pique doscientos setenta bajeles sarracenos en el Mediterráneo. Acababa Egica de repetir la hazaña; y limpias aquellas aguas de enemigos, gran parte de la escuadra se vino costeano por los mares Cantábricos, a vuestras órdenes, como duque, y con intención de infundir respeto a los piratas normandos, que ya comenzaban a infestar el Océano.

»Queriendo vos aprovechar la permanencia de aquellas fuerzas marítimas, si no para un desembarque, al cual no venían dispuestas, para amago y refugio en caso necesario, me enviasteis a decir que aquella era buena ocasión de extender mis correrías hasta los vándulos, a los cuales teníais empeño en hacer sentir el azote de la guerra.

»Sugiriéndome esta idea, todo me lo dabais hecho.»

-Perdona, sobrino: sólo te dije, ahí tienes los bajeles por si quieres aprovechar la ocasión de combinar con ellos algún golpe de mano. Pero el plan y su ejecución...

-«Apenas tuvieron importancia, creedlo. Mi plan se redujo a disponer que los buques se aproximaran a la costa, amagándola constantemente. Así conseguí que las fuerzas de la marina, es decir, todos los hombres capaces de llevar armas, se aglomerasen a los puertos y playas, como lo hicieron en tiempo de Roma; y entre tanto me lancé yo sierra adentro con buen número de jinetes, y siguiendo el curso de un río, llegué una noche de luna llena al valle de Aitormendi.

»Nadie, absolutamente nadie, que no fuese vascongado, había entrado allí: ningún extranjero, celta, fenicio, cartaginés ni romano había hollado aquel recinto, verdaderamente digno de respeto, como resto de cultura patriarcal, el invadirlo yo impunemente y quizá sin costarme una gota de sangre, sólo dependía, después del llamamiento de gente hacia la costa, de la rapidez en la ejecución. Este fue mi único mérito; y como se deja conocer, es bien pequeño. Aquel valle tan verde, tan ameno, rodeado de pintorescas montañas, cubiertas de manzanos y castaños, encima de los cuales descollaban, ora rocas de mármol ceniciento, ora blancos caseríos; aquel ámbito donde se aspiraba el aura de la antigüedad y sencillez primitiva, pertenecía a mi mujer, y por consiguiente, me pertenecía a mí; y mi mujer estaba allí bárbaramente cautiva, y yo godo, mortal enemigo de los vascos, iba a salvar la prole de Aitor, a su legítima heredera.

»Me propuse que valle, casas y palacio fuesen respetados por mis bucelarios: que no faltase de allí, ni aun lo que podíamos tomar por ley de necesidad o de guerra.

»Aún más: para facilitar la empresa de libertar a Paula, principal, aunque ignorado objeto de la expedición; para no tener que emplear ni violencias ni amenazas con los carceleros y verdugos de la pobre mártir; había escogido la noche del plenilunio, festividad que celebraban los vascos no bautizados, y de que Amagoya no prescindía jamás, subiendo a una de las montañuelas inmediatas, a cantar y bailar a usanza de sus mayores.

»Entré, pues, en el valle con pocos jinetes, dejando en las gargantas y portillos toda la gente necesaria para proteger y asegurar la retirada; y con estas precauciones me dirigí, a todo escape, al caserío de Aitor, que por su grandeza no podía confundirse con ningún otro.

»Como lo había previsto, no había nadie dentro, o por lo menos, nadie salió a recibirnos.

»Sólo el mastín, ladrando desesperadamente desde nuestro arribo al valle, se abalanzó a nosotros como un tigre al acercarnos a la puerta de la casa, abierta patriarcalmente de par en par.

»Vi la torre al momento, y dirigiéndome hacia ella, grité con toda la fuerza de mi voz: ¡Paula! queriendo anticiparle la dicha, aunque no fuese más que algunos momentos.

»Quedé escuchando, después de haber impuesto silencio: pero nadie me contestó.

->¡Paula! ¡Paula!, volví a gritar, y tampoco obtuve contestación.

»Cogí la *francisca* que colgaba del arzón delantero de la silla, y entré en el caserío, llamando a voces, y andando atentas hacia la torre.

»Hallé cerradas las puertas de lo interior, y fue preciso encender teas para iluminar aquellos vastos y tenebrosos ánditos.

»Me turbaba, me daba espanto aquel silencio, aquella soledad. Casi, casi, había perdido la serenidad, y temblaba como un niño en las tinieblas.

»¡Ay! el recuerdo de tan terrible noche me hace estremecer todavía al cabo de tantos años.

»Para que comprendáis lo que allí pasó, tengo que apartar un instante los ojos de semejante escena, y entrar en algunas explicaciones, que serán breves.

»Con la mira de acelerar la expedición y acortar el camino todo lo posible, había yo dispuesto que mi tiufadía partiese, no de Pamplona, ni de ninguna fortaleza, sino de los pueblecillos situados en la zona gótica que podíamos llamar nuestra frontera. No sé cómo, pero tal vez por alguna pregunta mía acerca del valle de Aitor, los siervos o colonos habían barruntado que teníamos la audaz pretensión de llegarnos a los santos y misteriosos lugares de donde brotó la cepa de los euscaldunas. Y cavilando sobre el móvil de la temeraria invasión, creyeron que no podía ser otro que el de apoderarnos del tesoro de aquella familia. La noticia más o menos confusa acerca de riquezas orientales guardadas para el día del triunfo de los vascos; era no sólo conocida, sino vulgar entre éstos, y de ahí, con las alteraciones, variantes y leyendas consiguientes, había pasado a nuestros colonos, que naturalmente estaban en contacto con sus vecinos.

»Al adivinar o presumir los siervos campesinos a dónde tratábamos de ir; al hablar de ello a los soldados, era regular que les enterasen de lo del tesoro; porque la especie es de las más propias para excitar la imaginación del pueblo, dado por índole propia a misterios y maravillas.

»¿Qué idea llevarían los soldados de las riquezas del palacio de Aitor? ¿Qué esperanzas de descubrir el tesoro encantado de los vascos?

»Yo no lo sé; pero debí de haberlo sospechado al ver a mis bucelarios alegres y risueños, avanzar por selvas y barrancos desconocidos, sin pensar en que a cada paso dado hacia adelante, surgían nuevas y cada vez mayores dificultades para volver. Los bucelarios que escogí para que me acompañasen al caserío saltaban de júbilo; los que se quedaban de reserva, movían la cabeza con muestras de descontento.

»Lo atribuí a celo por mi servicio; pero no fue así. Apenas les di orden de encender luz en el caserío, me vi rodeado de teas que ardieron como por encanto. Puede decirse que todos los soldados iban mejor provistos de ellas que de armas y vituallas. Sin duda las traían a prevención desde los caseríos de los godos, o las habían cogido al cruzar los pinares de la sierra.

»Con ellas en una mano y la francisca en la otra, se derramaron por el edificio, derribando puertas y paredes, golpeando, tanteando, revolviendo el heno, la paja y la leña, buscando siempre debajo de montones de materias combustibles las soñadas riquezas que creían ocultas en aquella casa.

»Nada más tengo que deciros para haceros ver cuán fácil, cuán natural era que acaeciese lo que al punto, en pocos minutos, en breves instantes sucedió.

»Yo derribé la puerta del antiguo palomar; entré en la prisión sin sentir ni la voz, ni los brazos de mi esposa: la llamaba a gritos, sin obtener respuesta. Iba a salir en busca de una de las teas que ardían en el suelo, cuando de repente se iluminó la estancia con vivísimo, pero espantoso resplandor.

»Estaba ardiendo el edificio, y al fulgor de las llamas que invadieron bramando la torre por la parte superior, vi a mis pies el cadáver de Paula, tendido en la paja, yerto, frío, con evidentes señales, sin embargo, de muerte reciente y al parecer natura.»

-¡Oh! ¡Qué horror!, exclamó Amaya.

-«Y tú, pobre hija mía, tú estabas en los rígidos brazos de tu madre, recibiendo el beso, ya helado, de sus labios, envuelta en pobres pañales y llorando de hambre o de frío.

»No me quedaba ni un momento que perder: el techo podía desplomarse de un instante a otro; las llamas me iban a cerrar la única salida; un momento de vacilación bastaba para que hija, padre y madre quedásemos reducidos a ceniza.

»Te arranqué de los brazos de tu madre, y envolviéndote en mi caracala, te dejé a la puerta del caserío, tornando para sacar el cadáver; pero al llegar a la torre se hundieron el techo y uno de los lienzos de pared, quedando todo lleno de escombros, de polvo y humo.

»Imposible ya salvar el cadáver de Paula, a quien las ruinas de su casa, los restos del palacio de Aitor servían de sepultura.

»Llamé a mi gente, tomé en envoltorio, que para mis soldados no era otra cosa que el tesoro de Aitor, y cabalgando a prisa, nos reunimos en breves instantes a la reserva, que nos esperaba dispuesta a partir; porque los paganos del plenilunio descendían ya de la montaña, con alaridos que el eco repetía pavoroso.

»Había pasado todo en pocos momentos.

»Las gentes que permanecían en el valle, pues no todos habían subido a celebrar la nocturna fiesta, miraban consternados y con estupor aquella escena de desolación, y medio despiertos salían a la puerta; y por primera vez veían godos a la luz del incendio, con trajes y rostros tan distintos de los suyos, con caballos que les parecían propios de gigantes; y creían soñar, y no se atrevían a dar un paso. Sólo los niños y las mujeres prorrumpan en llanto y clamor descomunales.

»Así desapareció el caserío de Aitor.

»¿A quién debe de atribuirse el incendio?

»¿Fue descuido, despecho o traza de los soldados para descubrir pronto el aposento o paraje donde suponían encerrado el tesoro?

»No pude averiguarlo nunca.

»Yo me inclinaba a lo primero: el fuego era casi inevitable en aquel desorden y espantosa confusión.

»Pero más tarde me dijeron que un vasco había sido el incendiario, y que al verle huir hacia la montaña, mis bucelarios le habían disparado algunas flechas.

»No lo sé; pero es lo cierto, que después de este suceso, Basurde apareció muerto a la subida del monte, con el corazón atravesado por un dardo que le entró por la espalda.

»Al reunirnos al resto de la tiufadía, quise descansar un momento de tantas y tantas fatigas y conmociones, y quise, sobre todo, dar algún alimento a la infeliz criatura que llevaba conmigo.

»Apliqué los labios de mi hija a la teta de una cabra que llevaban los soldados, y la necesidad y el instinto le enseñaron a mamar, con lo cual recibí el primer consuelo en tan crueles horas de dolor y espanto.

»No fue el único.

»Repuesta un poco Amagoya de su primera impresión de horror, había vuelto al valle, y con gritos y ademanes feroces animaba a sus vasallos al combate y la venganza.

»Ella la primera, había cogido la *guecia*, y la blandía cantando las canciones de guerra, y al frente de aquellas turbas despavoridas venía corriendo contra nosotros.

»Traían arcos, hondas y flechas, y podían herirnos, y sobre todo, podían matar a mi pobre hija recién nacida.

»Ignoraba si su madre había tenido tiempo de bautizarla: lo probable era que no, y no sabía siquiera si en la torre tenía agua para el Sacramento.

»Un arroyo bullía a mis pies, y allí, quitándome el casco, cogí con él, agua del riachuelo, y delante de Amagoya y de todos aquellos paganos; allí, todavía dentro del valle de Aitor, te bauticé bajo condición.

»Y después te di un beso, el primero que recibiste de tu padre.

»Cabalgué otra vez, embracé el escudo, te cubrí con él y partimos a todo escape, llevándonos la cabra que te había amamantado.

»Granizada de flechas y piedras se nos vino encima, y apenas nos hizo daño. No quise contestar.

»Desde el hondo del desfiladero que cruzábamos, oíamos los gritos desaforados de nuestros perseguidores y los cantos de su capitana.

»Pero bien pronto los dejamos atrás. El camino era por allí espacioso, no muy agrias las cuestas, y podíamos avanzar al galope sin cuidado.

»Llegamos a perderlos de vista, y en otros valles ya, pudimos apearnos un momento.

»Había yo dispuesto que en la noche del plenilunio, nuestros bajeles, sin aguardar señal ninguna, hiciesen el simulacro de un desembarque hacia las playas más próximas a Aitormendi, y así lo habían verificado.

»Merced a este ardid, todos los guerreros de aquellos valles, que por medio de gritos inarticulados habían recibido aviso del peligro, se lanzaron a la costa para aniquilar a los marinos y apoderarse, si era posible, de los buques.

»Quedábamos los godos expedicionarios casi por completo dueños del campo, y pudimos, por consiguiente, descansar, tomar algún alimento, y apoderarnos de los rebaños que por allí pacían.

»En resolución; llegamos a las sierras sin haber perdido un hombre, y con muy considerable riqueza en ganado lanar, vacuno y cabrío.

»Los bucelarios quedaron defraudados en sus esperanzas del quimérico botín; pero volvían alegres, ufanos y orgullosos por haber ido hasta donde ni antes ni después han llegado los godos, y sin que por allá se quedase ninguno de los nuestros. Los mil hombres de mi tiufadía fueron desde aquel día distinguidos.

->Ese, decían los de Pamplona, es de los que llegaron al valle de Aitor: ese ha cruzado la tierra vascongada de parte a parte.

»Pero yo, yo me encerré en mi casa con el corazón partido de dolor, y me dejaba llevar dulcemente por la tristeza a la sepultura. Es verdad que te tenía a ti, Amaya; pero hubiera dado entonces, lo confieso, cien hijas por la madre.

»Después fue otra cosa: reflexioné sobre el peligro que me amenazaba, si en aquel letargo insensiblemente me sumergía, y alcé la frente y sacudí mi espíritu, y resolví, vivir para ti, que te quedabas sola en el mundo, y para Dios, que por tan maravillosa manera te había salvado.

»Sin ánimo de descubrirte en muchos años, acaso nunca, lo pasado, quise, sin embargo, prepararte a querer y venerar a tu madre, neutralizando en lo posible el odio a los vascos que te habían de inspirar mi nombre y mis hechos de armas, con el conocimiento del idioma, cánticos y leyendas vascongadas. Por eso fue tu nodriza una mujer de esa raza, y de las pocas que se habían quedado en el Burgo de Pamplona.

»Mas ¡ay! nombre, y lengua, y costumbres de los vascos, llegaron a serme aborrecibles. Porque no tardé en saber las infamias que todos ellos, y con apariencias de razón a veces, me atribuían. Decían de mí que había ido al valle sin más objeto que el de quemar la casa de Aitor, por lastimar de un golpe a todos los vascongados. Aseguraban que en el caserío había abrasado viva a la primogénita, que se había ocultado en su palacio para salir casada con el futuro rey o caudillo salvador de las tribus; y afirmaban, por último, que yo mismo, con mis propias manos, asesiné por la espalda a Basurde, y que había jurado el exterminio de su linaje.

»No parece sino que sobre mí pesaba una maldición, por haber sido causa, aunque involuntaria, de la desaparición del caserío de Aitor. Desde entonces cobré fama de cruel, de exterminador y hasta de bárbaro, que me precedía como al león su rugido, y ahuyentaba alrededor de mí a la gente despavorida. Quedé inútil para todo lo que no fuese infundir miedo y servir en ciertos momentos de fantasma aterrador.

»Insensiblemente, los godos mismos llegaron a dar crédito a las calumnias de nuestros enemigos, y admitiéndolas por moneda corriente, los unos me acriminaban y los otros me defendían.

»Cuando Witiza quedó solo en el trono que compartía con Egica, y se apresuró a quitarme el mando, yo bendije la mano que me hería; porque aquel golpe me reducía a la oscuridad, al silencio y reposo de que había menester para reponerme y vivir.»

-Pues dime, sobrino, dijo a la sazón Favila: ¿por qué no pusiste en claro los hechos? ¿Por qué no desmentiste las voces de nuestros enemigos?

-Tío, contestó Ranimiro, al principio por respeto a la memoria de mi mujer, y luego por orgullo, por desdén. Para enterar a mis amigos de la historia de mi casamiento, tenía que entregar al pasto del vulgo todo cuanto os acabo de referir; y sólo Dios sabe en qué historias, en qué consejas se hubiera luego convertido. Me limité a negar secamente lo que no era cierto, sin añadir palabra de satisfacción a la calumnia.

Sólo a vos, tío, como padre de nuestra familia, como superior, os debía esta explicación; y uno de los motivos que me han traído a Cantabria, ha sido el de pagaros esta deuda, y descargar la pesadumbre de mi silencio. Mi hija ha entrado ya en edad de saberlo todo...

-¡Ah, padre mío, ya lo sé todo!, exclamó Amaya; pero, creedme: después de haberos oído, os profeso la misma estimación y el mismo cariño que antes. No sois vos ahora más grande, ni mejor que hasta aquí; sois el que yo adivinaba, digo mal, el que yo veía. Padre, imposible es miraros a los ojos y no conocer vuestra bondad, vuestra dignidad y vuestros sacrificios. Padre, hoy me habéis hecho reina, rica, y de la prole de Aitor; pero antes que eso era hija vuestra, lo cual vale para mí más que todas las coronas, tesoros y linajes del mundo.

Estas palabras, pronunciadas por Amaya con aquella exaltación característica de la sangre de Aitor, hicieron tan feliz a Ranimiro, que precipitándose a sus brazos, la dijo profundamente conmovido:

-Hija de mi vida, por este momento acepto gustoso veinte años de tortura.

El anciano duque de Cantabria estaba no menos satisfecho de su sobrino, y enternecido ante aquella escena conmovedora; pero se advertía en su rostro cierta pena interior, cierta secreta inquietud que le embarazaba.

-Ranimiro, dijo por fin, una sola cosa quiero que me repitas. ¿Es cierto que no conoce Amaya eso que llamáis el secreto de Aitor?

-Nada mas sabe de él que lo que acaba de oírme.

-Pues ella es la heredera; ella está en edad de saber dónde se ocultan esos tesoros.

-No lo sabe: no lo sabrá nunca.

-¿Ni tú tampoco?

-¡Yo! Menos: a mí jamás pudieran pertenecerme.

-¿No vive Petronila?

-Vive.

-¿Y no quiere sin duda revelárselo a una goda? ¿Habría preferido al fin a esas otras Amagoyas?

-Ni Amagoya, ni Amaya, ni yo, ni nadie en el mundo conoce ni puede conocer ese secreto. Petronila se ha vuelto loca. El secreto, por consiguiente, se ha perdido para siempre.

-¡Oh! Me alegro, me alegro mucho, exclamó Favila, abrazando a Ranimiro y Amaya.

-¿Por qué?, preguntaron los dos.

-Hijos míos, porque os quiero como os he querido siempre, tal cual sois; no poseedores de riquezas que me asustan, y que tan funestas os han sido. Así también nuestras fortunas son poco más o menos iguales... y Pelayo...

Iba a descubrir el anciano el fondo de su corazón, y en él todo su amable egoísmo, cuando se sintieron debajo de las ventanas pisadas y relinchos de briosos corceles que acababan de llegar al trote.

-¡Pelayo! ¡Pelayo!, exclamó el duque; no ha podido venir más a tiempo.

CAPITULO VIII

Que trata de la Amaya gótica, de la romana la vascongada

El nombre de Pelayo, pronunciado con singular inflexión de voz por el candoroso anciano, después de sus involuntarias indiscreciones, fue para la dama goda sorprendente revelación.

Nunca pensó que el conde de los Espatharios pudiera ser para ella más que primo, ni tampoco éste le había manifestado nunca otro afecto que el fraternal. Pero la impaciencia y poco disimulo del duque fueron tales, que de pronto cayó en la cuenta de los proyectos que se fraguaban en el castillo, y de repente se halló como perdida en piélagos de imaginaciones desconocido y peligroso.

Esto era precisamente lo que su padre quería evitar.

Tanto como Favila, y no es encarecerlo poco, se complacía Ranimiro en la idea de estrechar con sagrados vínculos la unión de entrambos jóvenes: la edad era proporcionada, uno mismo el linaje, y en la riqueza tampoco había desigualdad. Si la sangre goda de Amaya estaba mezclada con la euscará; era por ambos costados tan ilustre, que los más soberbios linajudos se verían forzados a respetarla. Ella, hermosa, discreta y de gran corazón, llevada al trono por misteriosas corrientes, y con íntimas voces llamada a cosas grandes; y él severo, aunque mozo, bizarro, amante de su patria, única esperanza de los godos, y casi obligado sucesor del monarca; no había duda: parecían nacidos el uno para el otro.

Sin embargo, prudente Ranimiro como buen padre, no quería que su hija llegase a vislumbrar propósitos semejantes, sin estar seguro de que por parte de Pelayo serían bien acogidos.

Sabía perfectamente que en el corazón de Amaya no había la más leve impresión de amor; que su imaginación con igual tersura de candor brillaba; pero conociendo las grandes prendas y cualidades de Pelayo para cautivar el afecto de una dama, no quería con palabras o indicaciones imprudentes hurgar aficiones que pudieran estar adormidas, y que no convenía despertar intempestivamente.

Por eso deseaba que el conde de los Espatharios viniese al castillo y tratase a Amaya, y se enterara de su materno origen. Los derechos de la hija de Aitor, su vocación

singularísima, extraña y misteriosa, tanto podían allanar el camino de la unión, como ser estorbo insuperable.

Todo esto lo había tratado Ranimiro con el duque, encargándole que moderase un poco su pasión por Amaya, y contuviera el anhelo por verla casada con Pelayo; pero el buen viejo, reconociendo sus faltas, a solas con el sobrino lo prometía todo, y al lado de la sobrina no se acordaba de nada.

¿Qué efecto había producido en el corazón de Amaya la idea de ser esposa del conde de los Espatharios?

Ni lo sabemos, ni siquiera nos atrevemos a conjeturarlo, por la sencilla razón de que ella misma lo ignoraba.

Era mujer, y como tal quedó halagada, y aún se sonrió engreída, al descubrir que no se la consideraba indigna de tan gran príncipe; pero como mujer también hubiera querido hacer este descubrimiento, más que en olvidos y flaquezas de su anciano tío, en las palabras y aún en los ojos del marido que se la destinaba.

Y no era ésta, por ventura, la causa única de su ya sospechosa incertidumbre: el reciente descubrimiento de los misterios en que hasta la sazón estaba envuelto su nombre, misterios que habían de seguirla como estela de grandeza, por el rumbo que emprendiese con un hombre desconocido y un pueblo casi tan indeterminado; la historia que acababa de oír, era quizás la principal razón de su ignorancia acerca de las extrañas palpitaciones de su corazón.

-¿Estaré predestinada para reina de los godos?, decía, pensando en el primo-hermano del rey y conde de los Espatharios.

Y al hacerse a sí propia esta pregunta, se contestó con est otra:

-¿No dicen que estoy llamada a ser reina de los vascos?

Y no se fijaba, ni podía fijarse en nadie. Volaba su imaginación de roca en roca, de torrente en torrente, de valle en valle; todo grande y majestuoso, pero despoblado todo para ella: por aquel desierto ni un pájaro cruzaba, y semejante soledad le daba miedo. Es más: en la tabla rasa de su imaginación, ni siquiera estaba pintado un nombre. De los antiguos vascos sabía un poco, por las canciones tradicionales: de los caudillos modernos, no había oído hablar más que de Teodosio de Goñi.

Ella misma llegó tal vez a figurarse vagamente que los vascos no eran hombres, sino pueblo, y que no podía amar a persona alguna con singular amor, quien amaba el conjunto con sobrado afecto.

Y seguía pensando y diciendo: «¿No es así mi primo? Quien ama tanto a la patria como Pelayo, ¿puede, ni debe tener otros amores?»

Tal era la situación de ánimo de la hija del tiufado, cuando estrépito de armas y caballos a la puerta del alcázar, anunciaba el arribo de Pelayo.

Favila y Ranimiro se habían dejado llevar de sus deseos: no era el conde el forastero.

Un siervo se apresuró a decirlo, en el momento mismo en que los tres señores salían a recibir al hijo del duque:

-Señor, no es tu hijo Pelayo: es un prócer espathario que trae carta del rey colgada al cuello, dijo el siervo.

-¿Cómo se llama ese prócer?

-Munio.

-No le conozco; pero si de parte del rey viene, que sea bien venido. Salgamos a su encuentro, como si fuera mi hijo.

Amaya se retiró.

No bien había desaparecido, cuando se presentó un mancebo, oficial de los espatharios, que debía de servir, por consiguiente, a las órdenes de Pelayo.

-Señor duque, exclamó al ver al pobre ciego; aunque no os conocía, desgraciadamente no pudo confundiros con nadie: traigo para el tiufado Ranimiro un mensaje de nuestro serenísimo monarca, y para vos otro de vuestro hijo, mi capitán, conde de los Espatharios.

-Entrad, y sed muy bien venido; que lo seriáis, ciertamente, aunque no trajeseis tan insignes títulos para disponer de nosotros y mandar en esta casa. ¿Vuestro nombre?

-Munio, godo de pura casta, y quingentario de la guardia del rey.

-Entremos.

Y juntos entraron en el aposento.

Ranimiro cerró la puerta, y dijo al mensajero:

-Yo soy el antiguo tiufado Ranimiro: si el mensaje del rey es tal que no deba saberlo mi tío, el duque de Cantabria, nos iremos a otra cámara; pues os advierto que tengo en Favila la misma confianza que he tenido en mi padre.

-Eso vos lo habéis de juzgar, contestó Munio con finísimos modales de cortesano. Nuestro muy piadoso monarca me ha dado el encargo de entregaros esta carta, y suplicaros que vayáis inmediatamente a Pamplona, poniéndome a vuestra merced para todo cuanto creáis conveniente preguntarme.

Y al decir esto, se quitó del cuello el estuche, que pendiente de labrada correa le caía al pecho, y sacó una tira de pergamino enrollada en cilindro de boj y sellada con cera.

Entregó la carta a Ranimiro con el mayor respeto, y con no menor reverencia la recibió el tiufado; pero antes de romper el sello preguntó al mensajero:

-¿Dónde está el rey?

-El rey, que se detuvo en Toledo más de lo que pensaba, salió de allí precipitadamente hace pocos días, a consecuencia de ciertas noticias de Pamplona, y esperando las huestes, se ha detenido en Cesaraugusta, desde donde escribe.

-¿Y Pelayo también? ¿Mi hijo le acompaña?, preguntó el ciego.

-Por supuesto. El conde de los Espatharios no se aparta de su lado.

-¿Y qué sabéis de Pamplona?, añadió Favila.

-Que aquella ciudad está a punto de rebelarse.

-¿En favor de los vascos?

-¡De los vascos!, exclamó el quingentario con asombro. ¡Oh, no! ¿Qué godo puede alzarse por nuestros eternos enemigos? La sublevación que se teme parece ser maquinación de judíos.

-¡De judíos!

-Sí, ya es de antiguo que los israelitas de acá se pongan de acuerdo con los africanos, como pasó en el reinado de Egica... Por eso Pelayo y el rey quieren destruir en embrión tan espantosa conjura... Y creen que nadie como Ranimiro puede sofocarla.

El tiufado entre tanto había desarrollado la tira de pergamino y leído la carta para sí.

Aunque desde el principio de la entrevista procuró reprimir y disimular la inquietud que el anuncio del regio mensaje le inspiraba, al enterarse de él no pudo evitar alguna turbación y palidez del semblante.

Pero momentos después, dominando por completo su conmoción, dijo con toda tranquilidad, y aún con afable sonrisa:

-Oíd, tío, la carta que tiene la bondad de escribirme nuestro ilustre monarca; pues a vos interesa tanto como a mí.

-Aguardad, si os parece, dijo el cortesano: entregaré al duque de Cantabria la carta de vuestro hijo, y me permitiréis que me retire, pues necesito descansar de la jornada. Os advierto, sin embargo, que dentro de breves momentos me tendréis a vuestras órdenes.

Y diciendo estas palabras, en que se traslucía el deseo de dejar en completa libertad a los dos personajes a quien iban dirigidas las misivas, sacó del estuche otro rollo, lo puso en manos de Favila, y salió del aposento, acompañado de Ranimiro.

Así que éste lo dejó encomendado a los libertos del castillo, volvió al lado de Favila, no sin decir:

-Es tan atento como delicado. ¿Queréis oír?

-Estoy impaciente por saber lo que ocurre. Dime, ante todo, ¿no es nada malo para Pelayo?

-Todo lo contrario. Escuchad.

Y leyó Ranimiro:

«A su carísimo tío, Ranimiro, en quien se cifran todas las excelencias del esclarecido linaje de Chindasvinto, salud envía su deudo Rodrigo, rey.

»Volved inmediatamente a Pamplona, pues os he menester para las cosas de la guerra. Quedas nombrado, aunque por breves días, conde de aquella ciudad: bastará tu presencia y tu prestigio con las huestes para conjurar la tempestad que la judaica perfidia nos prepara.

»Que vuelva con vos asimismo vuestra hija y amada prima mía, acerca de la cual tengo grandes pensamientos, que espero os han de ser gratos. A ella y a vos os quiero tener en Toledo cerca de mí. Así que lleguéis a Pamplona, saldré yo para esa ciudad; pero durante mi permanencia en ella no me hospedaré en vuestra casa, como había pensado, sino en el alcázar de Dominio.

»El quingentario Munio, portador de las presentes letras, acaba de llegar de la capital, por cuya razón lo he escogido para mensajero, por si queréis enteraros bien de cuanto ocurre.

»Pasadlo bien. Vuestro rey y sobrino, *-Rodrigo.*»

-¡Nada para mí, nada para el hermano y compañero de su padre en la persecución y suplicio: nada más que privarme de la compañía de Amaya!, exclamó el viejo con amargura.

-¡En cambio, a mí me dice que me quiere tener a su lado en Toledo...!

-¡Lejos de mí!

-¡Y a mi hija también!...

-¡Lejos de mí!

-No, no será. Yo iré a Pamplona; pero Amaya...

Y revolvía los ojos, como un león cercado de enemigos.

-Pero léeme la carta de Pelayo, que debe de aclararlo todo.

-Perdonad: mis arrebatos me han hecho olvidar de nuevo mis deberes. Oíd.

Y leyó el duque la carta de Pelayo, que decía así:

«Dilectísimo padre y señor.

»Os ruego que no pongáis ningún obstáculo al regreso de nuestros parientes Ranimiro y Amaya.

»La patria exige la presencia de Ranimiro en Pamplona: él sólo puede salvarnos, y las cosas han cambiado, de manera que mi prima puede ya volver con toda tranquilidad.

»No debo abandonar al rey en estos momentos; por eso no voy a daros el ósculo filial: pero confío en que muy pronto, después de la entrevista con mis carísimos deudos, tendré esa dicha.

»Munio os hablará de los proyectos de Eudón. Oídle; pero no resolvamos nada hasta que Ranimiro y yo hayamos departido acerca de ellos en Pamplona.

»Pasadlo bien. Vuestro, *-Pelayo.*»

-¿Qué decís ahora?, preguntó Ranimiro.

-Tantas cosas se me ocurren, contestó Favila, que no sé por dónde empezar.

-Yo sí, tío: principiemos por llamar a Munio y saber lo que pasa. Si no, perderemos el tiempo en conjeturas, y creo que no lo puedo desperdiciar.

-¿Con que te vas?, exclamó el viejo acongojado.

-Sí, tío: así lo manda el rey.

-¡Y con Amaya!...

-Así lo quiere vuestro hijo.

-¿Lo ves?, exclamó el anciano con triste satisfacción. ¡Mira cómo la llama y os quiere tener a su lado!

-Sí, tío. Más que empeño del rey, parece decidida voluntad de Pelayo. Por él salió Amaya de Pamplona: por él tornará.

-Se comprende bien la conducta de mi hijo. El interés por su prima, el honor de la familia, le mueven en una y otra ocasión. Cuando él vio algún riesgo, cuando podía abrigarse el más leve temor, te escribía: «Alejad de ahí a nuestra Amaya». Pero ahora, ahora... ¿Cómo dice?

-«Las cosas han cambiado, de manera que mi prima puede volver con toda tranquilidad».

-Es imposible hablar más claro. Haya sido lo que quiera, Rodrigo debe de ser otro hombre; y siéndolo, tú haces falta a su lado, y por mucho que yo lo sienta, la princesa Amaya también.

-Cierto; pero a ella y a mí nos quiere tener en Toledo.

-¿Y qué? Si Amaya y Pelayo se casan, ¿en dónde han de vivir? ¿A dónde hemos de ir todos?

-Tío, mucho han tenido que cambiar las cosas para que mi hija y yo podamos residir en la corte dignamente. Sepamos cómo y en qué sentido. Interroguemos a Munio.

-Dices bien; pero ya más tranquilos y consolados, ¿no será mejor que cumplamos con los deberes de la hospitalidad, y llamemos a cenar a nuestro mensajero, antes de la conferencia, que podrá ser larga?

Ranimiro convino en ello y fue a buscar primero a Munio y luego a Amaya, acompañándolos sucesivamente al triclinio o cenador. Los godos seguían la costumbre romana de hacer de noche la principal comida; pero aunque daban nombre de triclinio tanto al comedor como a los escaños o lechos de alrededor de la mesa, habían olvidado, si es que alguna vez la habían aprendido, la costumbre latina de comer echados.

De suponer es que Munio, viniendo al castillo de Cantabria después de haber hablado con el rey y Pelayo, estuviese muy prevenido acerca de la hermosura de la princesa Amaya: al verla, sin embargo, quedó sobrecogido y como espantado. No había concebido él tantas y tan soberanas perfecciones juntas.

-¡Cómo!, exclamó murmurando para sí: ¡y con dama tan hermosa no quiere casarse Eudón!

Pero no era aquella la única sorpresa que le esperaba.

Sentáronse a cenar en mesa espléndida, con servicio de

plata, mantel y servilletas de lino, que indistintamente se denominaban *mantelium* o tela de manos, y profusión de luces de cera.

El espathario ocupó el escaño a la derecha de Favila y a la izquierda de la princesa, dando el frente a Ranimiro.

Correspondíale naturalmente ser obsequioso con la dama, sosteniendo con ella discreta conversación.

Repuesto ya del sobrecogimiento, pudo mirarla con serenidad y decirla afable:

-¿Nunca habéis estado en Toledo?

-Jamás. ¿Y vos habéis venido de la corte con el rey?

-No, señora. He salido después. Llegué de Toledo a Cesaraugusta hace tres días, y sin descansar apenas, continué a Cantabria.

-Pero, ¿habéis hablado con el rey y con Pelayo?, le dijo Favila.

-Es claro; yo pensaba de todos modos tener el honor de visitaros en este cerro de Vasconia; pero a consecuencia de mi entrevista con entrambos príncipes, he sido por ellos encargado de sendos mensajes.

-¿Y quién queda mandando en Toledo en ausencia del rey?, preguntó la dama, que creyó complacer a su padre, desviando discretamente la conversación de todo cuanto se refiriese a las cartas recibidas.

-El conde de los Notarios y de las Largiciones, el primer ministro...

-Que se llama...

-Eudón.

-No le conozco.

-Es quien se puso al frente del movimiento popular que ha devuelto el trono a la familia de vuestro abuelo Chindasvinto.

-Eudón es extranjero, según dicen.

-No lo sé: no es godo, ni vasco, ni griego, ni romano, contestó Munio.

Ranimiro quiso terciar en la conversación, y añadió:

-Pasa por griego.

-Porque llegó de Bizancio, y habla la lengua helénica con maravillosa perfección. Pero esto en él no prueba nada; porque se explica en nuestro idioma con igual soltura y elegancia.

Escribe el latín como Isidoro de Sevilla y Braulio de Zaragoza, de cuya pureza quedó asombrada Roma. En vista de ello, y de su prestigio con los españoles de raza latina, han llegado a tenerle por antiguo celtíbero...

-¿Y por qué no ha de ser godo aunque sea sabio?, contestó el tiufado. Ahí está Teodomiro, el duque de la Bética, gran soldado, gran prepósito, y peritísimo en letras divinas y humanas.

-De todas maneras, añadió Amaya, si ese Eudón sabe tanto, no me maravilla que el rey le haya confiado en Toledo las riendas del gobierno.

-Harto lo siente Eudón, repuso Munio, que por lo visto se complacía en hablar del privado.

-¿Por qué lo siente?, preguntó Ranimiro.

-Porque el conde de los Notarios quiere dejar el puesto que ocupa, y venirse aquí de duque de Cantabria.

-El ducado no está vacante.

-Quizá debía de estarlo. Y perdonad que así hable; porque Pedro, que fue directamente a Pamplona, ha tenido que volver a Cesaraugusta desacreditado. En fin, el rey quiere tener a Eudón todavía en Toledo, al menos mientras... Pero de eso, si os parece, hablaremos más tarde.

-Así será.

-Y a propósito, y para entretenernos con otro asunto, que el nombre de Eudón me ha traído a la memoria, tengo especialísimo encargo suyo, de averiguar el paradero de cierta

joya de corto valor intrínseco, aunque debe de tener mérito singular, cuando llama tanto la atención del conde de los Notarios.

-¿Será, por ventura, algún recuerdo de familia?

-Lo ignoro. Es un brazalete de oro con medallón ovalado, y en él una cruz cincelada imitando otra de tosca madera, y al pie, cierta leyenda vascongada con el nombre de *Amaya*.

Callaron todos: Ranimiro frunció el entrecejo: su hija dudaba si sonreírse y echar mano al brazalete que llevaba puesto, aunque al brazo derecho, donde no podía verlo fácilmente el espathario; pero al advertir el recelo de su padre y la gravedad del rostro de Favila, acabó por mostrarse ella misma seria y circunspecta.

Munio prosiguió como si nada hubiera observado:

-Debo recordaros que Amaya, nombre de la ciudad patricia de los romanos, que está cerca de los turmódigos, es también palabra vascongada que significa *el fin*. Pero, señora, perdonad... Ahora caigo en la cuenta de que Amaya es vuestro nombre.

-¿Sabéis vascuence?, le preguntó Ranimiro, clavándole los ojos hasta el fondo del alma.

-Ni una palabra más que la que habéis oído, contestó tranquilo el mensajero; y esa por habérmela explicado Eudón.

-Pues qué, ¿también habla Eudón la lengua vascongada?, preguntó Amaya, que comenzaba a interesarse por tan extraño y misterioso personaje.

-Lo dudo, porque él jamás ha venido por acá. Pero tratándose de hombres como Eudón, no me atrevería a negarlo con juramento. Cuanto se diga acerca de su ingenio y sabiduría, es poco.

-¿Y por dónde ha tenido él noticia de esa joya?, preguntó Favila, que hasta la sazón había guardado silencio.

-Acerca de ese particular puedo satisfaceros completamente. Hace pocos días llamó Eudón a un toledano viejo, platero judío, llamado David, para encargarle algunas joyas. El artífice le enseñó, entre otros, el diseño de ese brazalete que guardaba como cosa curiosa, y le dijo que pasando hace veinte años por Pamplona, donde se detuvo larga temporada, una mujer desconocida le encomendó esa alhaja con mucho misterio, pagando sin regatear, lo que él, a fuer de hebreo, le había pedido, que como podéis suponer, no sería poco.

-Y el artífice, preguntó Ranimiro, ¿no conoció a la dama?

-No creo que fuese dama, sino una joven vascongada, la que le dio el encargo.

-Pero el judío, ¿no trató de averiguar el nombre de la persona que le encomendó la alhaja?

-El honrado David se contentó con hacerse pagar bien el oro, el trabajo, el arte y el misterio; guardó su dibujo, y no se metió en más.

El tiufado dirigía nuevamente a Munio su mirada de águila, y le dijo ya más tranquilo:

-Todo eso me parece sencillo y natural; pero no me explica el interés de Eudón en poseer alhaja tan insignificante, que ha podido en tantos años perderse, fundirse o desaparecer de cualquier manera. Verdaderamente, que si no traéis más señas o noticias, el encargo que os ha dado vuestro amigo, es punto menos que inútil, a no ser que la suerte os favorezca.

-No vengo enteramente abandonado a la casualidad.

Al oír estas palabras del mensajero, ninguno de sus interlocutores pudo contener cierto movimiento de alarma, que se expresó aún más significativamente en la rápida mirada que recíprocamente se dirigieron.

-Quisiera, contestó el conde con toda la dignidad de príncipe que teme una ofensa: quisiera, quingentario Munio, que os explicarais con la debida claridad.

-Lo estoy deseando hace rato, por vos y por mí. Tratándose de personas como vos, me es violento el disimulo, y la suprema habilidad es la franqueza. Conde Ranimiro, dispuesto estoy a contestaros con verdad y lisura a cuantas preguntas juzguéis oportuno dirigirme acerca del brazalete; y por ahorraros la molestia de hacerlas, voy a enteraros de las instrucciones de Eudón. Aquí las tenéis, añadió Munio, entregando al tiufado una vitela.

-No quisiera, repuso éste, que por el deseo de satisfacer la curiosidad que acaso hayáis notado en mí, traspaséis los límites de la confianza que en vos ha depositado vuestro amigo.

-No creo que cometo en ello indiscreción alguna. Como veréis, figura vuestro nombre en esas notas, y entre magnates godos no deben tratarse las cosas de otra manera. Podéis leer con toda tranquilidad ese escrito.

Ranimiro, aquietados sus escrúpulos de delicadeza, dejóse llevar del vivísimo interés que le movía, y en alta y pausada voz leyó lo siguiente:

«*Instrucciones para Munio en Vasconia.* -Averiguar quién posee en la actualidad un brazalete de oro con una cruz y esta leyenda: *Amaya dá asieriá.* Esta alhaja, que se encargó en Pamplona hace veinte años a un platero que pasaba a la Aquitania, desapareció poco después. Hay sospechas de que se apoderó de ella un tal Basurde, marido que fue de Amagoya; el cual pereció la noche de la sorpresa de Aitormendi, llevada a cabo por Ranimiro, conde de Pamplona a la sazón, y deudo de nuestro dilectísimo rey Rodrigo. Si Basurde la llevaba consigo, pudo caer en manos de algún soldado goda que le despojara.»

-Eso no, dijo el tiufado: ninguno de los nuestros se acercó al cadáver de Basurde.

-Pero tal vez alguno de los vascos...

-Rumores han corrido sobre ese particular. Prosigamos.

«El príncipe Ranimiro es tal vez quien más noticias puede dar acerca de la joya. Si aparece, adquirirla a toda costa. Averiguar también si vive Amagoia y su hermana Usua, casada con Lartaun, dueño del caserío de Aitorechea y del valle de Butrón.»

-Pero, ¡Dios mío! ¿qué hombre es ese? ¿Quién es Eudón?, preguntó Amaya con asombro.

-Un griego, según dicen, recién llegado de Bizancio.

-¿Y en Bizancio se saben esas cosas?

-Déjame continuar, Amaya, que ahora te toca a ti.

«Y principalmente si vive Amaya.»

-¡Yo!

-No te alarmes ni te ofendas, hija mía: la Amaya por quien pregunta el conde de los Notarios, no eres tú; es la hija de Lartaun y Usua, que, rara casualidad por cierto, lleva también tu nombre. Hasta ahí llega nuestra rivalidad. Nunca hemos tenido ocasión ni motivo de tomar en cuenta semejantes pequeñeces. Ahora, ya sabes, añadió sonriéndose, que si los godos tenemos una Amaya, los vascos tienen otra.

-Que por mucho que valga, no valdrá tanto como la nuestra, se permitió decir Munio a fuer de cortesano.

-Y esa es la verdad, añadió Favila, no pudiendo disimular su impaciencia.

-Llámele como quiera, para nosotros debe de ser insignificante, dijo Ranimiro. Pero es muy de extrañar que un hombre como Eudón, que nunca ha venido por estas tierras, tan minuciosas y exactas noticias tenga del interior de esas montañas, y empeño tal en saber lo del brazalete, y... Esperad, aún falta algo en las instrucciones: también os encarga que os informéis detenidamente acerca de la Amaya vascongada. Munio, talento os sobra para comprender que aquí se encierra algún misterio. ¿No os figuráis cuál puede ser?

-Tal vez. ¿Sabéis por ventura si esa Amaya está casada?

-No lo creo.

-¿Sabéis si es la reina de los vascos?

-Los vascos no tienen reyes.

-¿Emperadores quizá?

-Ni emperadores, ni reyes, ni cónsules.

-¿Pues cómo viven esas gentes?

-Vivirían en paz, si nosotros no les hiciésemos la guerra. Pero dejémoslos a un lado, y no nos desviemos del punto principal de vuestras averiguaciones y pesquisas. Suponed que Amaya de Butrón fuese reina, ¿qué os figuraríais entonces?

-Que Eudón trataba de casarla con alguno de nuestros príncipes, para terminar la guerra de godos y vascos.

-¿Y qué tiene que ver lo del brazalete, piadosa alhaja que ostenta una cruz, con esa niña que ni siquiera está bautizada?

-No lo sé: lo ignoro. Todo esto es misterioso.

-Lo es para vos, Munio, dijo gravemente Ranimiro, y para mí también. Misterio, que un hombre del Oriente conozca el idioma vascongado...

-Eso no, porque Eudón habla con singularísima propiedad todas las lenguas.

-Misterio, que tenga noticias tales de nuestros enemigos...

-¿Por qué no? Quien le enseñó el vascuence, le habrá enterado de todo lo demás.

-Y misterio, misterio por ventura más impenetrable, que sabiendo Eudón todas esas cosas, ignore el paradero de joya que busca con tanto afán.

-¿Lo sabéis vos?, exclamó el espathario gratamente sorprendido.

-Su dueño la lleva siempre en el brazo, y no la oculta jamás.

-¡Oh, Ranimiro! Me hacéis feliz. Decidme quién es, dónde puedo verle.

-¿No lo sospecháis?

-Ni remotamente: como no sea en esa familia de Amagoyas y Butrones... Pero entonces, ¿cómo entendernos con ella? ¿Cómo hacerles saber que estoy dispuesto a dar por esa joya las libras de oro que me pidan?

-Me parece, Munio, que habláis con sinceridad.

-Estáis leyendo en el fondo de mi alma.

-¿Ninguna otra indicación os ha hecho el conde de los Notarios?

-Ninguna más: os lo juro. Y aun creo que mi deseo de servirlo en este negocio, es superior al interés que en él tiene el mismo Eudón. Le debo grandes favores, y quisiera mostrarme agradecido.

-Basta, por ese lado y si ahora lográis persuadirme de la nobleza y generosidad de los pensamientos de Eudón...

-No sé cómo, sino mostrándoos que nadie está de ello más persuadido que yo. De su lealtad, de su amor a Rodrigo, no puede dudarse. Estamos minados por conspiraciones, y él las va descubriendo y desbaratando una por una; y si no las descubre y castiga todas, es, o porque el rey protege a los conjurados y parece el primero que conspira contra sí mismo, o porque el mal es tan hondo y dilatado, que el día en que saliese a la faz de la tierra, ni un palmo de ella quedaría incólume. ¿Nos asombra que Eudón tenga tantas

noticias de los vascos? Harto más tenebrosos, retorcidos e hipócritas son los judíos, y todo el mundo está pasmado de lo bien que los conoce el privado de Rodrigo. ¿Queréis más pruebas? Pues bien: os las daré luego irrecusables, y entre tanto, tenéis mi palabra de noble, Ranimiro: los pensamientos de Eudón, los que yo conozco al menos, son muy altos, y responden de los que no alcancemos a comprender.

-Me basta, Munio. Y ahora puedo decir, que estás en un sitio donde todo cuanto deseas saber te será explicado.

-¿Todo?

-Todo. Vive Amagoya en Aitormendi, y no se ha vuelto a casar: vive en Aitorechea su hermana Usua de Lartaun de Butrón, y tiene esa hija única, a quien los vascos llaman la *hija de Aitor*. «Hija de Aitor» por excelencia, significa para los montañeses futura reina de Vasconia. Y todos esos cuatro, a saber; Amagoya, Usua, Lartaun y Amaya continúan siendo paganos; ninguno de ellos se ha bautizado.

-¡Pero no es eso todo!

-No es todo, efectivamente: podéis también añadir, que en opinión de Ranimiro, antes harán paces lobos y corderos, que esa familia de inexorables paganos con los godos españoles.

-¿Será posible?

-Si el conde de los Notarios abriga por ese lado alguna esperanza, que la deseche. Amagoya es inflexible, implacable. Se mudarán los montes, ella no se cambiará.

-Está bien: pero habéis prometido explicarme todo cuanto deseo averiguar; ¿y del brazalete no me diréis nada?

-Que lo veréis, y tendréis en vuestras manos.

-¿Cuándo?

-Ahora mismo, sin salir del triclinio, ni suspender la cena. Solamente os exijo una palabra.

-Os la daré.

-Me habéis de decir con lisura, si al hablar aquí de estos asuntos, teníais noticia, o por lo menos, abrigabais sospechas de que alguna de esas historias pudiese tener relación con la mía.

-Ninguna, os lo juro: y aun ahora que me lo advertís, no acierto a figurarme de qué manera... ¡Ah! sí. Allá en tiempos pasados, cuando reinaban Ervigio y Egica, fuisteis conde en Vasconia, y cruzasteis el país enemigo de parte a parte. Quizás entonces pudisteis adquirir el brazalete.

-Amaya, dijo Ranimiro satisfecho: dáselo a Munio.

La hija del tiufado apretó con la mano izquierda un resorte, abriendo el aro del brazalete, y presentó éste al oficial de los espatharios; que atónito, radiante de júbilo, temblando con la emoción, lo palpaba y lo examinaba, sin expresarse mas que por palabras sueltas o frases entrecortadas.

-¡El mismo!... ¡Es el mismo! ¡Qué dicha! ¡Qué casualidad!... ¡Amaya! No cabe duda... ¡La cruz! Aquí hay otros nombres: ¡*dá asiería!* Y luego, tendiendo la mano a Ranimiro, prosiguió:

-Me habéis hecho feliz, porque puedo servir a mi amigo tan completamente y con tal prontitud, que ni él mismo lo habrá soñado.

-Y aún más completo sería vuestro servicio si me dejase llevar de mis deseos y los de Amaya, ciertamente; pues le podríais llevar la joya que busca: pero este regalo es imposible. Es la única memoria de que mi hija no puede desprenderse. La dama, que sin duda disfrazada, encargó al judío David el brazalete, se lo ha legado a mi Amaya, con el encargo de que lo conserve siempre.

-Basta, basta; Eudón será el primero en respetar los sagrados motivos que os obligan a guardar esa joya. A mayor abundamiento, sabiendo dónde para y quién es su dueño...

-La tendrá siempre a su disposición, si con ella puede hacer algún bien a nuestra patria. Pero creedme, si sólo en Amagoia y en el brazalete funda sus esperanzas, aconsejadle que desista, y dirija sus miras hacia otra parte.

Concluida la cena, Ranimiro acompañó a su hija, y tornando al cenador, dijo cerrando la puerta:

-Ahora, Munio, hablemos de vuestros mensajes.

Favila, que había tomado tan poca parte en la conversación, indicando con su silencio la pesadumbre que tenía por la ausencia de sus huéspedes, dijo con sequedad extraña en él, y que sólo a su mal humor podía atribuirse:

-Sí, hablemos de cosas formales, y sepamos en primer lugar -si es que yo estoy llamado aquí para saber algo- sepamos, repito, qué ocurre, qué pasa en Toledo.

Munio, que parecía listo además de fino cortesano, se hizo cargo del inciso o paréntesis del duque de Cantabria, aunque por de pronto lo dejó pasar por alto.

-El rey, contestó Munio, tenía dispuesto salir para Vasconia a fines de Marzo; pero a consecuencia de haber sabido en el palacio encantado, según dicen, por quién se había de perder España, y de la traición ya manifiesta y descarada de Juliano, conde de Ceuta, vaciló, volvió sobre sí, y no ha necesitado Eudón de grandes esfuerzos para inspirarle magnánimos propósitos, y hacerle adoptar salvadoras resoluciones.

-La primera de todas, la más urgente, la más imperiosa, era desistir por ahora de esta malhadada campaña contra los vascos, dijo Ranimiro: ¿lo ha conseguido el conde de los Notarios?

-Lo ha intentado, y a punto estuvo de lograrlo. De aquí el haber detenido al rey tanto tiempo en Toledo, después del día fijado para su marcha. Pero la fuerza de las cosas ha sido mayor que la del consejo y voluntad del conde: porque de improviso recibe Rodrigo noticias de la conjuración de Pamplona; teme que se le subleve la guarnición de aquel presidio, y ni Eudón ni nadie lo pueden contener. Manda por delante a Pedro, duque de Cantabria, para refrenar a los descontentos, y enseguida sale con Pelayo y los espatharios para Cesaraugusta, donde se detiene aguardando a los tiufados de más confianza. Y es preciso reconocer y confesar que no engañaban a nuestro piadoso monarca los instintos de propia salvación: dos días después de su salida de Toledo, el conde de los Notarios descubre nuevas conspiraciones...

-¿De los hijos de Witiza?, preguntó Ranimiro interrumpiéndole.

Munió clavó en él receloso y sorprendido mirada aguda como un dardo, y dijo:

-Los godos no podemos acostumbrarnos a considerar a Sisebuto y Ebbas como leales y sumisos al monarca que tan duramente castigó a su padre; pero es lo cierto que Eudón, tan desconfiado y suspicaz como todos, y por el puesto que ocupa, mejor informado que nadie, hasta ahora no halla motivos para dudar de la familia de Wamba, rival de la vuestra.

-¿Pues a quién atribuye la conjuración?, preguntó Favila.

-No la atribuye a nadie: le consta ya positivamente que es obra de Juliano, el cual, tiznado con la traición, a todos quiere hacer traidores. El infame parece que se ha entendido con Tárik, capitán africano...

-Tarif, diréis; el mismo que, al frente de quinientos hombres, desembarcó entre Calpe y Gades.

-No; aquel era Tarif Abu Zora, y éste es Tárik Ben Ziyad, que obliga al traidor a ponerse al frente de la próxima expedición, mostrándose público enemigo de los cristianos, y dejando en rehenes a sus mismas hijas.

-¡Qué infamia y qué vergüenza!, exclamó el duque. Pero esta traición no puede ser general. Hace bien Eudón en no manchar con ella ni aún el nombre de nuestros enemigos, mientras no tenga pruebas irrecusables de tan vil apostasía.

-Sisebuto y Ebbas son los primeros en protestar contra ella, y aseguran que la nueva correría no pasará de la costa, bastando para contener y castigar a los traidores las huestes del duque Teodomiro.

-¿Y piensa lo mismo Eudón?, preguntó Ranimiro.

-No, señor: Eudón, sin exagerar la importancia de empresa que tan villanamente empieza, cree peligroso que los sarracenos se obstinen en invadir el imperio hispano-gótico y cobren afición a semejantes incursiones. El conde de los Notarios considera además indispensable, que la familia reinante escarmiente a los árabes y africanos en tierra, con tanta dureza como Wamba los castigó en la mar.

-Y dice bien Eudón, exclamó Ranimiro.

-Eudón da muestras de ser digno de la reputación que goza de hombre de Estado, añadió Favila.

Trabajo le costó a Munio hacerse superior a la satisfacción en que rebosaba; pero no pudo reprimir una sonrisa de triunfo.

Queriendo asegurarlo, añadió:

-Vengo autorizado por Eudón para consultaros sus planes. Sabedor de que estabais aquí, me dijo en Toledo: el venerable duque Favila, por el estado en que se halla, no puede moverse fácilmente de Cantabria; pero vos, Munio, podéis ir allá, y hablar con él y su sobrino.

-Tengo que agradecer a un extraño, exclamó el duque, lanzando un suspiro, atenciones que no he debido al hijo de mi hermano.

Los viejos son muy sensibles a cierta clase de olvidos, por lo mismo que se ven obligados a reconocer el abandono en que poco a poco les va sumiendo la decadencia de sus facultades.

Excusado es añadir que Munio y Eudón acabaron de cautivarse el afecto y gratitud del anciano.

-El rey, vuestro sobrino, no se ha olvidado de vos; pues sabedor de todo, ha tenido la bondad de designarme para mensajero, contestó Munio, que a fuer de cortesano, tenía que decir algo en favor del monarca.

-Y bien; ¿cuáles son los planes de Eudón?, preguntó el tiufado.

-Reforzar las huestes de Teodomiro, y nombrarle duque de la Tingitana, sin dejar de serlo de la Bética.

-Perfectamente.

-Pero esto no le parece suficiente: quiere que Rodrigo, siguiendo el ejemplo de muchos de sus predecesores, y singularmente el de Egica, que asoció al trono a su hijo Witiza, nombre compañero y sucesor de su corona...

-¿A quién, si no tiene hijos?

-A su primo-hermano, a Pelayo.

-¡A Pelayo!, exclamaron con inefable sorpresa Favila y Ranimiro.

-Sí, a Pelayo. El trono de Toledo no puede salvarse de otra manera: está perdido, minado, ruinoso. El rey es fuerte, valeroso, audaz; pero débil tratándose precisamente de las faltas que hicieron aborrecible y perdieron a Witiza. Eudón cree que el trono necesita contrapeso de tantos y tan antiguos desórdenes, y que esa fuerza está en la virtud severa, y a todos notoria, de mi noble capitán. No me opongáis razones hijas de la modestia:

confesadme que quedan ya muy pocos godos del temple de Pelayo; que todos estamos corrompidos, enervados y carcomidos por la molicie y los deleites; que son pocos ya los dignos sucesores de Recaredo, Chindasvinto y Wamba.

-¿Y el rey? ¿Conoce Rodrigo ese pensamiento? ¿Qué dice de los planes del conde de los Notarios?, preguntó Favila, estremecido de júbilo y de impaciencia.

Munio, que al parecer se gozaba en ella, prosiguió:

-No conocéis aún los pensamientos de Eudón. Este juzga indispensable que el rey le nombre duque de Cantabria, y trata de venir cuanto antes a mandar la provincia.

-Pero eso es imposible, exclamó Favila: ¿quién queda entonces al lado del rey como primer ministro y conde de los Notarios?

-Vuestro sobrino Ranimiro.

-¡Yo!, exclamó el padre de Amaya, que todavía no acababa de abandonarse al júbilo y confianza.

Y de improviso cruzó por su mente negra sospecha que oscureció su rostro, y le hizo tomar aquel aire severo que infundía pavor al más osado.

-No iré yo nunca al lado del rey. Decid a Eudón que le agradezco el recuerdo; pero que ni mi hija ni yo hemos nacido cortesanos.

-Pero habéis nacido seguramente para vivir juntos, y si no os habéis de separar de Amaya, tendréis que acompañarla a la corte, porque ella en Toledo tendrá que residir.

Ranimiro se levantó súbitamente como un gigante, y queriendo dejar aplastado a Munio con su mirada más que con sus manos, le dijo tendiendo los brazos sobre la cabeza del espathario:

-¿A quién se le ha ocurrido que Amaya puede vivir en la corte sin su padre?

-¡Sosegaos!

-¿Sois vos, es Eudón, o el rey quien así piensa?

-Sosegaos, contestó Munio sin inmutarse, y antes bien con dulce y tranquila sonrisa: ni el rey, ni Eudón, ni yo, somos capaces de hacer os la menor ofensa. Ranimiro, no sabéis la impresión que han hecho al rey los consejos del conde de los Notarios y la traición de Juliano. Rodrigo pudo extraviarse; pero no está perdido; y ya sin veleidades, con firmeza propia de índole generosa, quiere emprender el camino del arrepentimiento y la virtud. El rey acepta a Pelayo por compañero, y lo hará aclamar en el Concilio como sucesor del imperio; pero al mismo tiempo os necesita a su lado, y desea que Amaya sea esposa del nuevo rey.

Todo estaba dicho con estas últimas razones, que colmaban de alegría infantil, casi insensata, al buen duque de Cantabria; pero que no acababan de satisfacer por completo a Ranimiro, algo más cauto y menos desmemoriado que su tío.

-Pero, Ranimiro, ¿tú callas?, exclamó Favila: ¿qué tienes que decir a esto?

-Nada tío. Voy a prevenir a Amaya de que mañana salimos

para Pamplona. Vos, Munio, necesitaréis descansar. Os dejaré en vuestro aposento. Tenéis que madrugar también para volver a Cesaraugusta, y suplicar al rey de mi parte que no se mueva de allá. Las revueltas de Pamplona no son más que indicios de otras más lejanas y temibles, a cuya mira conviene estar. Hace dos o tres semanas que Pamplona se está sublevando, y no acaba de sublevarse nunca. ¿Por qué? Porque con ese amago se quiere atraer al rey a Vasconia, ya que a fines de Marzo no se logró con la desatinada campaña contra los vascos. ¡Que permanezca Rodrigo en Cesaraugusta! De allí podrá acudir, si en Pamplona hace falta, a Pamplona, a Toledo y la Bética. Pamplona no se rebelará hasta que otros pueblos lejanos se hayan rebelado; y si voy yo...

-Ni ahora ni después; porque Pedro, el duque de Cantabria, lo ha dicho. «Las tiufadías están en harta indisciplina; y Ranimiro, a quien creen resentido del rey, es el único que puede traerlas a mandamiento.»

-Pues bien, iré. Retirémonos a descansar. Aguardadme aquí, tío; también debo conducirlos a vuestro aposento.

Hízolo todo como lo había indicado; y al volver al lado de Favila, prorrumpió desde el umbral de la puerta:

-Pero tío, ¿no recordáis lo que os dice Pelayo?

-¿Qué me dice?

-«Munio os hablará de los proyectos de Eudón. Oídle; pero no resolvamos nada hasta que Ranimiro y yo hayamos departido acerca de ellos.»

-Es claro, Pelayo no quiere que resolvamos nada, hasta saber si Amaya corresponde a su cariño.

-¡Ojalá que así sea! Pero sospecho que Pelayo no tiene más que un amor, un afán, un pensamiento.

-El de Amaya.

-El de la patria.

-Son amores que anidan juntos.

-Tío, creo que Pelayo no ve las cosas tan risueñas como vos. Yo mismo percibo desde lejos no sé qué sombras en ese cuadro...

-Vaya, vaya, dijo Favila, déjame dormir tranquilo y no perturbes mi sueño con tus eternas cavilaciones. A fuerza de querer saberlo todo, los sabios no entendéis de nada. Déjame soñar que veo a nuestra hija reina de los godos: porque es ya hija mía; porque es la esposa de Pelayo. ¿Quién puede estorbarlo ya?

Ranimiro se retiró a contestar al rey y a Pelayo, para que Munio les llevase al día siguiente la respuesta.

El espathario escribió también una carta para Eudón.

Decía así en sustancia:

«Cumpliendo vuestras órdenes os escribo sin perder momento. Acabo de descubrir el paradero del brazalet. Lo he tenido en mis manos; pero no me es posible haceros dueño de él. Pertenece a la princesa Amaya, hija de Ranimiro, y lo lleva siempre puesto. Únicamente viniendo vos por acá, lo podréis ver y aún examinarlo detenidamente.

»Viven esas personas enemigas nuestras de cuya existencia dudabais tal vez; Amaya de Butrón, Amagoya, Usua y Lartaun. Moza la primera y viuda siempre la segunda.

»Lo he sabido apenas he cruzado el Ebro, y puesto el pie en esta región.

»Todos vuestros planes, aprobados. Pelayo se casará con Amaya.

»¡Feliz mortal!

»En mi vida he visto mujer tan hermosa.

»¿En qué habéis estado pensando vos para no aceptar el primer proyecto del rey?»

Inmediatamente que el amigo de Eudón enrolló el pergamino y lo selló, encerrándolo en un estuche, llamó a uno de los bucelarios, y sin permitirle dormir en el castillo, lo despachó con la carta para Toledo.

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO I

Castillo de tiempo inmemorial, palacio primitivo y señores casi seculares

En la cumbre de una colina que se alza en medio del valle de Goñi, formando el vértice de su principal revuelta, descollaba un edificio tan antiguo, que ya en el siglo VIII se conocía con el nombre de *Gastelúzar* o castillo viejo. Muy en armonía con la denominación euscara, tanto su construcción interior, como la de sus muros y fachada, trasportan nuestra imaginación a lo vago del tiempo inmemorial.

No vayamos a figurarnos esa fortaleza ceñida de fosos, coronada de almenas, y de trecho en trecho circundada por cubos cilíndricos o torreones cuadrangulares: estos primeros recursos de la arquitectura militar, son invenciones modernas para *Gastelúzar*, contemporáneo quizá de los monumentos pelásgicos y ciclópeos, con los cuales tenía cierta semejanza y analogía. Era un vasto edificio rectangular, sencillo como toda idea primitiva, tosco como todo ensayo. Dábanle aquel sello de grandeza, que habían de conservar sus mismas ruinas, peñas enormes rudamente labradas y puestas en seco con esa misteriosa nivelación, obra del arte, o de la paciencia, que pueblos poco posteriores al

diluvio legaron a la admiración de siglos más civilizados: interrumpían la uniformidad de sus cuatro lienzos, profundas bocas que servían a la vez de ventanas y saeteras, coronando la ingente fábrica tejado de anchas y delgadas losas, cubierto de nieve gran parte del año, y cuando no, de negro musgo y plantas parietarias.

Bien es verdad, que este manto funeral entapizaba todo el edificio, amén de la yedra secular que en las fachadas del Norte y Occidente, se agarraba a todas las juntas; como si no satisfecha de la solidez del gigante monumento, tratase de sostenerlo con nervudos brazos.

El que movido de curiosidad quisiese reconocer hoy las ruinas de Gastelúzar, apenas hallaría más que su nombre; pero si aquella mole berroqueña, negruzca y agujereada reapareciese tal como existía en Mayo del año 711, dominando torrenteras y barrancos, y anonadada a su vez por inaccesibles riscos, bosques impenetrables, y sierras de primera magnitud que la servían de antemural, difícilmente se persuadiría de que la ventura pudiera anidar en tan adusta vivienda. Pero esa ave misteriosa que llamamos felicidad, al descender de los cielos, mira con indiferencia climas y lugares, y sólo busca sencillos y virtuosos corazones; y en ellos se posa, sin que la arredren hielos, ni la enerven calores, ni la espanten asperezas y soledades.

Dueño del castillo era todavía aquel bendito Miguel, anciano veinte años atrás, y robusto aún, a pesar de sus noventa navidades. Si en lo viejo y lo fuerte podía comparársele al edificio, no así en lo sombrío y melancólico; porque el señor de Goñi continuaba siendo encanto y alegría de toda la comarca.

De los cuatro hijos que entonces le quedaban, había perdido tres; pero todos peleando gloriosamente por la independencia: y mantenía viva la fe, serena la conciencia, y la mesa aparejada siempre a la hospitalidad, sin que después del tiempo transcurrido, le faltase en la boca ni uno solo de aquellos huesos que Don Quijote comparaba a las ruedas de molino.

Pero además de dientes y muelas, conservaba la compañera de los últimos once lustros de su vida.

Jamás aquellos cincuenta y cinco años de poco garrulo cariño, habían sido turbados ni por tempestades de celos, ni por bochornos del fastidio, que suele engendrar el ocio. El amor de ambos consortes, como el aire que se respira, no se dejaba sentir, y era elemento indispensable de su vida.

Desde las ventanas del castillo podían contemplar todos sus estados: y si no veían mucho, en cambio era suyo todo cuanto su vista alcanzaba.

El valle de Goñi es uno de los más pobres de Navarra; pero en las majestuosas y pintorescas sierras de Andía y Urbasa, que lo defienden de vendavales y vientos del Norte y del Poniente, Miguel mantenía numerosísimos rebaños que le suministraban pingüe riqueza.

Desde ningún punto se descubren mejor que de Gastelúzar las románticas bellezas del paisaje. Diríase que a la fundación del castillo habían concurrido el instinto de propia

defensa y el sentimiento de lo bello. No lo extrañemos: las obras humanas, en tiempos en que no existen filósofos, suelen rebosar en filosofía.

De allí, en efecto, la vista abarca todo el valle que le ciñe, con sus crestas de rocas cenicientas y sus fragosos bosques de verdes hayas, parduzcos robles y espinosas carrascas. Cinco pueblos humildes aparecen como engarzados en ese magnífico fondo de selvas y peñascos. Munárriz se descubre al Mediodía entre las copas de un encinar, en sitio llano y elevado, al pie de los riscos que cierran el valle de Guesálaz, y que por su forma y por hallarse continuamente nevados, se llaman la *artesa* de Munárriz.

De aquella altura descienden impetuosos dos torrentes, uno a Guesálaz y otro a Val-de-Goñi, siguiendo el curso del cual, y enfrente de la colina de Gastelúzar, se ve a Urdánoz, escondido a modo de violeta, pero recogiendo ricas cosechas en suelo abrigado, como en premio de su humildad.

Más inclinados al Oriente, y a la falda de la sierra de Sárbil, que separa a Goñi del Larráun y el Arga, muéstranse Aizpún y Azanza, resbalándose, al parecer por la pendiente de pedregosa montaña, que a falta de lozanía, ostenta gallardos y vigorosos contornos: y cuando las miradas, estrellándose en desnudos peñascos de arrogantes estratificaciones, que descuellan pintorescos entre hayas, robles y siempre verdes tejos, dan por terminado el valle, no hay más que volver los ojos hacia el Norte y Ocaso, para descubrir otro paisaje que llamará siempre la atención, por el recuerdo del drama, vivo aún en la memoria de aquellas gentes al cabo de once siglos, terrible episodio de la historia que hemos principiado a narrar. Arrinconada al pie de la majestuosa sierra de Andía, aparece nueva selva tendida sobre el hondo barranco, de continuo azotado por los vientos, en contraste de cuyo estruendo y movilidad, álzase detrás la descarnada montaña de Churregui, imagen de la serenidad y del reposo.

Sobre este barranco está situado Goñi, cabeza del valle, y en sitio eminente como su nombre lo indica; *en alto yo*. No obstante su corto vecindario, ha llegado a tener cuatro palacios, tres de los cuales por lo menos se han disputado el honor de haber sido solar del célebre Teodosio, hasta que por repetidas sentencias del Real Consejo de Navarra, en el siglo XVI, se adjudicó esta gloria a *Jaureguizar* (Palacio viejo), condenando a sus opositores a perpetuo silencio.

Jaureguizar, que en el siglo VIII no conocía rivales y se llamaba sencillamente *Jaureguía* (el Palacio, la Casa del Señor), era en efecto la residencia habitual de Miguel y su familia; porque el castillo, a semejanza del templo de Jano, se cerraba en tiempos de paz, y sólo se abría cuando estallaba, o por mejor decir, se encrudecía la perpetua guerra a que la región vascónica estaba condenada.

Era Miguel gran madrugador. Fuese invierno o verano se levantaba al romper el día, y después de dar gracias a Dios por los beneficios que recibía de su bondadosa mano, despachaba a pastores y zagales con los rebaños, o si los campos estaban cubiertos de nieve, disponía el pienso para vacas y caballos, y haces de ramas y yerba para los apriscos.

No se decía más que una Misa en el lugar; pero nunca sin la asistencia de los señores del valle. A la salida, si lo permitía el tiempo, sentábase Miguel en un banco de piedra, al pie del roble corpulento y majestuoso que se elevaba al Mediodía delante de la iglesia, extendiendo sus robustos brazos sobre el tejado con aire protector. Aquel banco era su trono, su bufete y tribunal.

Allí escuchaba y resolvía en pocos minutos los negocios más arduos e intrincados de sus cinco pueblos; y si los litigantes eran pobres, quien perdía el pleito era el juez, que socorría por igual a entrambas partes.

La comida era siempre grande solemnidad. Tanto en el palacio como en el castillo, la sala principal servía de comedor, y la mesa de nogal que del uno al otro extremo se perdía de vista, daba desde luego a conocer costumbres asaz hospitalarias. En efecto, si alguna vez se percibían ráfagas de mal humor en el bondadoso rostro del anciano, era cuando al sentarse a comer veía pocos escaños ocupados. Achacábalo siempre a culpa suya, por no haber obsequiado a las gentes como debía. Así es que cuando Plácida observaba que al acercarse el mediodía no habían llegado bastantes huéspedes de las Amezcuas, Araquil, Ollo, Guesálaz y otros valles vecinos, o que los *Echecojaunas* o padres de familia, súbditos suyos, andaban perezosos u ocupados en labores y pastoreos, cuidaba de llamar a los primeros que se encontraba en el pueblo para que comiesen con el amo.

Nunca éste tomaba asiento en la mesa sin que el abad la hubiese bendecido, ni se levantaba nunca sin haber dado gracias al Señor. En el intermedio de entrambas oraciones, Dios sólo y Plácida, que todo lo disponía, eran sabedores de lo que se había consumido y desbaratado. El servicio escaso y de madera, la comida más abundante que exquisita; pero alternaban con hortalizas y legumbres, cabezas y lomo de jabalíes, venados, vaca y carneros, truchas y anguilas del río Salado, palomas del Pirineo que a la entrada del invierno se cazaban a centenares, gansos, pollas, liebres, recentales, lechones, perdices, chochas, cecina y jamón, según el tiempo y fortuna de los cazadores. El vino solía ser de la Solana, o cuando no, de los valles de Yerri y de Guesálaz: la sidra, de Guipúzcoa.

Mucho daba la casa de Miguel; pero recibía también: porque constituyendo la altivez y la gratitud el fondo del carácter navarro, no hay papel que más repugne al montañés que el de parásito. Miguel procuraba enterarse de lo que recibía; jamás llevaba cuenta de lo que daba: Plácida en cambio sabía perfectamente lo que entraba y salía.

Tanto combustible hacinado en el comedor podía alguna vez convertirse en espantosa hoguera; pero Miguel, amaestrado por la experiencia, cuidaba de evitar el incendio. Nada le importaba el vocerío; nada que a los postres brotasen chispas los ojos de sus comensales, ni que las gargantas fuesen perdiendo su habitual sonoridad: a fuer de práctico, veía venir sereno la borrasca. Pero si vislumbraba disputas peligrosas, si rencillas adormecidas se despertaban y querían alzar la frente, aprovechándose de la confusión, Miguel imponía a todos silencio, y los ángulos de la sala resonaban con los ecos de un canto guerrero de los antiguos tiempos, el himno de Lecóvide y Tamayo, el combate de Lara, la canción de Aníbal, por ejemplo, que ensordecían la voz de las más violentas pasiones en aquellos pechos, en que dominaba amor salvaje a la independencia, y odio implacable a toda servidumbre en general, y a la de los godos en particular.

Al día siguiente de haber salido de Cantabria Ranimiro y Amaya, recibió Miguel de Goñi, poco antes de comer, la visita de un huésped, a quien ciertamente no aguardaba.

Era un ermitaño godo, o por lo menos no vascongado, que vivía a sus anchas, tan pronto en un campo como en otro, aunque su cueva o ermita correspondiese a la montaña. Podía pues, entenderse con invasores e invadidos, y vivir, como procuraba hacerlo, a costa de entrambos.

Los Concilios cuarto y séptimo de Toledo habían tomado sus disposiciones para extinguir estos anacoretas, que ni eran monjes, ni clérigos, ni legos, sacándolos de sus ermitas, obligándolos a servir en monasterios, y prohibiendo para en adelante tan peligrosa profesión a menos de autorización especial del Obispo; pero hallaban siempre cierta protección en el pueblo que se dejaba alucinar por apariencias del traje y vivienda. El celoso y piadosísimo Marciano, que ocupaba a la sazón la Sede Iruniense, intentó muchas veces traer a mandamiento al buen Pacomio, que así se llamaba el huésped; pero tanto el favor popular, como la guerra que dividía a la grey cristiana, compuesta de godos y vascos, hacían casi imposible la vigilancia del Prelado, y poco menos que ilusoria la acción de la autoridad. En casos apurados, el falso eremita se eclipsaba y desaparecía del país vascongado.

Los hábitos de sayal, la cuerda de cáñamo con que se ceñía la túnica, y sus groseras sandalias, contrastaban con la rubicundez de sus mejillas, su fuerte y vigorosa musculatura, sus ojuelos garzos, alegres y traviesos, que con la nariz aguileña y labios finos y apenas perceptibles, le daban aspecto de ave de rapiña.

Aquella mañana había estado Miguel muy ocupado, acabando de atestar de vituallas y pertrechos de guerra el fuerte de Gastelúzar, único indicio de nueva campaña en valle tan próximo a Pamplona.

Cuando Pacomio llamaba a la puerta de Jaureguía con la contera de su enorme cayado de acebo, Miguel, volvía, acompañado de media docena de perros y doble número de personas de ambos sexos, que habiéndole ayudado en la tarea de aprovisionar el castillo, venían a comer al palacio.

-Pacomio, Pacomio, le gritó Miguel, ¿a qué tantos golpes? ¿No sabes que ni de día ni de noche llama nadie a las puertas de mi casa, donde todo el mundo tiene derecho a entrar como en la suya propia?

-Llamaba, Jaun Miguel, precisamente para no entrar: sólo quería saber si estaba aquí vuestro hijo Teodosio; pues de lo contrario, habría ido a buscarle a Gastelúzar.

-Ni aquí ni en el castillo le encontrarás hoy, hermano Pacomio.

-¿Pero está en el valle?

-Tampoco.

-¿Ha ido de caza?

-Tampoco; y te advierto que no te contesto una palabra más, como no sea dentro de casa y sentado a la mesa.

-No puedo detenerme.

-¿Ni a comer siquiera?

-Tanto como para comer... y con tal de que no me deis a probar vuestros excelentes vinos de la Ribera... Porque ya sabéis que, a pesar de mi sayal, soy blando de corazón, y hoy necesito andar listo y despabilado.

-Entra, hermano Pacomio, pero entra sin condiciones: no las admito.

Entraron, y llevando Miguel al huésped a un extremo del comedor para departir un momento, le preguntó:

-¿Para qué necesitas a mi hijo?

-Os lo diré a vos sólo; y porque sólo vos podéis saberlo, os vuelvo a suplicar que no me deis a los postres vuestro fragante vino rancio de Peralta, tierra de promisión de que se han apoderado los godos. ¿Lo entendéis? No me pongáis en peligro de ser indiscreto.

-Bien, hombre, bien; te daré dos o tres vasos nada más.

-Para gustarlo, y porque no se diga que he pasado, como quien dice, delante de él, sin hacerle el debido homenaje y acatamiento.

-Pero bien; ahora que no corre peligro tu discreción...

-Ahora os diré que ayer ha salido de Cantabria el bárbaro, el infame conde Ranimiro.

-¡Ranimiro! ¿El incendiario de Aitormendi?

-El mismo.

-¿Y a dónde se dirige ese infeliz?

-Vuelve a Iruña.

-¿Solo?

-Supongo que habrá dejado a su hija en el castillo de Cantabria; porque el rey ha mandado preparar su alojamiento en el Dominio de los condes de Pamplona, y la venida de Ranimiro no tiene más objeto que trazar el plan de la guerra que se emprende de nuevo contra Vasconia.

-Y Ranimiro es el único que puede hacerlo. Si fuese posible conquistarnos, sólo él habría sido nuestro conquistador. A él personalmente, ya no le temo: se ha hecho demasiado odioso; pero a sus planes sí.

-Pues bien; como eso lo sabe Teodosio tan bien como vos, con indicar a vuestro hijo lo que os he dicho, hay lo bastante para que ni Ranimiro entre en Pamplona, ni llegue a ver al Rey.

-Pero Ranimiro vendrá con el ejército.

-Las huestes de Rodrigo están pasando todos estos días hacia Victoriaco y Ologitum, tanto a la izquierda como a la derecha de esta sierra, y Ranimiro con muy pequeña escolta puede volver a Pamplona. Pero si un guerrero joven y audaz como Teodosio, quiere salirle al encuentro en la revuelta de...

-¡Oh! ¡Qué gloria para mi hijo, qué suerte para todos los vascos, si pudiéramos coger a Ranimiro, vengar agravios que, aunque de veinte años de fecha, no pueden olvidarse en veinte siglos, y desbaratar la campaña, aún antes de emprendida!... Pero es inútil que nos lamentemos de mi mala suerte: Teodosio hace dos días que falta de casa...

-¿Y cuándo volverá?

-No lo sabemos: tal vez hoy, tal vez mañana. Supongo que en vista del movimiento de tropas enemigas, habrá ido a ponerse de acuerdo con otros señores, o quizá con las tribus hermanas nuestras. El valle de Goñi es uno de los más próximos a la plaza de Iruña, y es posible que nos veamos acometidos dentro de pocos días. No importa; ahí está Gastelúzar; y sobre todo, ahí están a la espalda las sierras de Urbasa y Andía, para las cuales sirven lo mismo los corceles de la Bética, que las naves del rey Wamba. Pero eso no obstante, hace bien mi hijo Teodosio en contar con sus vecinos, y los ancianos de las demás tribus del *Lauburu*. No hay remedio, hermano Pacomio: no sabemos cuándo volverá Teodosio, y Ranimiro no ha de esperar a pasar por aquí a que mi hijo salga a medir con él su *ezpata* o su *gucia*. Comamos, pues, en paz y en gracia de Dios, y con tan plausible motivo bebamos a los postres esos vinos a que tienes miedo indigno de tu santidad; y luego, que sea lo que Dios quiera.

Y al decir estas frases de viejo alegre, suspiraba como el padre más triste.

-Comamos; y aunque por primera vez quebrantéis los inveterados usos hospitalarios de Jaureguía, dejadme ser sobrio. No quiero excederme en la bebida. Tengo que ponerme inmediatamente en camino; porque a falta de Teodosio he pensado en... ¿En quién os parece?

-¿En García?

-Pues; en el señor de Abárzuza y las Amezcuas.

-El único que pudiera reemplazar a Teodosio si tuviese algunos más años. Dices bien; comerás como solemos al salir de montería, breve y compendiosamente; y te despacharé presto, porque necesitas llegar esta misma tarde: y aún creo posible que allí encuentres también a mi hijo.

-Gran dicha sería. García Jiménez no sirve para descalzar a Teodosio.

-Le da por las letras.

-Acabaré por prestarle mi sayal.

-Pero es pundonoroso, y si quiere vengar la muerte de su padre... Ahora tiene ocasión con las noticias que le llevas.

-¡Silencio, por Dios! Porque yo necesito vivir con los godos y con vosotros.

Miguel cuidó de la templanza del ermitaño, lo cual es la mayor prueba que podemos dar de la importancia que daba a la sorpresa y captura de Ranimiro.

Pacomio, no sin haber saboreado los distintos vinos de la escogida colección de Goñi, pudo ir por su pie y con cabeza firme, cruzando por el puerto de Munárriz al valle de Yerri, llegando a la villa de Abárzuza antes de ponerse el sol.

Aquel día, de la segunda semana de Mayo, parecía fecundo en noticias.

Miguel, a pesar de la asombrosa calma y serenidad con que veía cruzar las huestes, temeroso de que los enemigos cerrasen a los vascos la entrada de Pamplona cuando menos se pensara, había dispuesto que uno de sus pastores, llamado Saturnino, y por mal nombre *el Disgustado*, fuese a la ciudad a ver lo que ocurría.

Era éste de una familia del valle de Olo, refugiada en Goñi desde que los godos destruyeron el molino y caserío que había heredado de sus mayores, orillas del río Larráun, tributario del Arga.

Llevado de esa atracción que tiene para el hombre el abismo que le traga o el espectáculo que le tortura, andaba siempre el Disgustado buscando pretextos para ir a Pamplona y cruzar por su hacienda de Errotalde, que había pasado a ser propiedad del tiufado Ranimiro. Tal vez por eso Miguel de Goñi le escogió para llevar al mercado algunas aves, como pretexto para entrar en la ciudad, y traerle cuantas noticias positivas pudiera buenamente adquirir acerca de los godos.

Aunque tan adelantada ya la primavera, las alturas seguían cubiertas de nieve, las noches eran frías, y las veladas al amor de la lumbre no se habían interrumpido en la cocina del palacio.

Situada la de Jaureguía a piso llano, era un ancho recinto cuadrangular, sin más techo que la chimenea, que abarcaba todo el aposento en forma de embudo, ni más hogar que el pavimento de enormes piedras cortadas a escuadra. Dos enormes morrillos de hierro que se alzaban a la altura de un hombre, sostenían en medio troncos de roble, que poco a poco se iban consumiendo, gracias a la hojarasca y leña delgada que gavilla a gavilla se les arrimaba. Contra las paredes yacían sendos escaños de nogal, que ocupaban los hombres: las mujeres se sentaban a hilar en banquillos, y a coser en el suelo cerca de una especie de hachero, de cuyo mástil, como aspas de molino de viento, salían en dirección oblicua, teas que las mozas cuidaban de atizar y renovar para no carecer de luz en sus labores.

Entre los asientos y la lumbre promediaba siempre cierta respetuosa distancia, en que sin respeto alguno se tendían los perros de caza, especialmente admitidos y tolerados los días de caza o refriega con los venados de la montaña y los jabalíes de la selva.

Amos y criados, señores y vasallos, ricos y pobres, descansando unas veces de las fatigas del combate y otras de las rudas faenas del campo y montería, pasaban allí las primeras horas de la noche, sin distinción alguna. Sólo por respeto a la ancianidad se reservaba el sitio más abrigado de la cocina al secular Miguel, cuyos brazos podían descansar en una mesa fija por un extremo a la pared, con goznes para alzarla verticalmente contra el muro o tenderla sobre un pie al extremo opuesto, que es como generalmente se colocaba cuando el amo se sentaba en la cocina. Nunca faltaban durante la velada sendos jarros de vino y de sidra, que el señor cuidaba de ir desocupando en vasos de asta, y la señora de renovar cuando quedaban vacíos.

Aquella noche tenía Saturnino la fortuna de ser de todos esperado, lo cual no siempre acontecía; pues su cara macilenta y displicente, su gesto ordinariamente avinagrado, y de pocos amigos, no le hacían muy simpático a jóvenes de ambos sexos.

Al verle entrar en la cocina de Jaureguía, exclamaron las mujeres:

-¡El Disgustado, el Disgustado! Ya viene de dar la vuelta acostumbrada por su hacienda.

-Pese a quien pese, y púdrase quien con buenos ojos no lo mire, contestó con ceño el recién llegado; la hacienda de Errotalde mía es, que no del godo ladrón que cobra las rentas, por más que descienda de reyes y se llame Ranimiro: mía la casa, mío el molino; y si los vascos no fuésemos tan mandrias que firmásemos paces con el enemigo, aún tendría esperanzas de recobrarla.

-¡Paces con los godos!, exclamaron hombres y mujeres, soltando la carcajada: no te disgustes por eso, Disgustado.

-Ni por ese lado pierdas la esperanza de recobrar tu hacienda.

-Pues eso, ni más ni menos, corre por Iruña, repuso el pastor, tomando asiento en los escaños, con la gravedad que la misión encargada requería.

-¿Y son como la muestra todas las noticias que de allí nos traes?, le preguntó Miguel.

-Como esa tienen que ser, si han de ser ciertas.

-¿Qué noche hace, Saturnino?, siguió preguntando el señor, con flema que abrasaba al Disgustado.

-De luna clara como el mediodía.

-¿Qué tales campos hay por Iruña?

-Buenos y malos. Buenos para quien los ha de segar, malos para mí, que no he de trillar en mis eras, ni moler un grano en mi molino.

-¿Y cuándo viene el nuevo rey a domar los vascos?

-¿Y para qué ha de venir si los vascos estamos ya más domados que mis zahones, que se están cayendo a pedazos de puro viejos?

-Toma un vaso de vino y sosiégate, dijo Miguel, escanciándole del de la Ribera.

Saturnino se lo bebió de un trago y, sin ceremonia.

Entretanto decían los circunstantes:

-Pero esos godos se mudan de reyes como de camisa.

-Y los degüellan para mudarlos.

-Malo debe de ser el oficio de rey entre los godos.

-Pues falta nos hace un rey a los vascos, dijo el Disgustado, limpiándose los labios con la manga del sayo.

Miguel, que no había tomado parte en ese último diálogo, contestó a Saturnino, sonriéndose:

-¿Para qué? ¿Para degollarlo?

-Señor, para exterminar a nuestros enemigos; para arrojarnos de las tierras que nos han usurpado; para no dejarlos en paz un solo día. ¿Qué nos hacemos aquí, mano sobre mano, secándonos como cecina al aire de la lumbre? Señor, ¿sabéis las noticias que corren por Iruña?

-Estoy aguardando a que me las cuente uno a quien sin más objeto he mandado allá esta mañana, y que no da muestras de haber vuelto muy enterado.

-Señor, como no me habéis llamado aparte a que os diga.

-¡Aparte yo! Habla, hombre, si es por eso; desembucha todo lo que traigas: que acá todos somos amigos, y para ellos, Miguel de Goñi no tiene en la bodega vino que no caten, ni en el magín secreto de que no participen. Pero te advierto, Saturnino, que las noticias las quiero de buena fuente, y no como esa de la paz, que has recogido del charco.

-Buena o mala, entre los godos corre, y del mercado la traigo. Pero la noticia que allí me han dado en confirmación de la primera, es que mañana entran en Iruña el rey por una puerta y Ranimiro por otra.

-Es decir, que Rodrigo viene por la puerta de...

-De la Ribera.

-Y su pariente Ranimiro...

-Por la Burunda.

-Eso es saber algo, dijo Miguel: toma otro vaso de vino para que cobres ánimo, y cuentas más: y que ande la rueda; que también nosotros necesitamos confortarnos para oírte, si tan graves son como parecen, las nuevas que nos vas a referir.

Y fue llenando los vasos de vino o de sidra, a gusto del consumidor.

-El caso es, continuó el Disgustado, que mañana llegarán los dos: el rey al castillo y Ranimiro a su casa, que es, según dicen, un gran palacio. Ya puede tenerlos ese grandísimo ladrón, con las tierras y molinos que nos ha robado.

-¿Él?

-Él o sus abuelos, para mí es igual. Parece que hay más de diez... más de quince... tufa... No sé cómo las llaman esos bárbaros...

-Tiufadías.

-Sí, de diez a quince tiufadías o regimientos de a mil hombres en Iruña: unas cuarenta en Olite, cincuenta en Victoriaco y Agurain, cincuenta hacia Calahorra, y otras tantas vienen andando con el rey, mientras Ranimiro trae de Cantabria cerca de ciento...

-¡Vete echando tiufadías por esa boca!

-Pues de todos esos doscientos o trescientos mil hombres, no rebajan uno los siervos que acuden al mercado, ni por una libra, o lo que da lo mismo, ni por veinte sueldos de plata. Agrega a esto que toda esa innumerable gente se va a poner a las órdenes de caudillo tan audaz como Ranimiro... cuyos planes son... ¿No conocéis los planes de Ranimiro?

-Hombre, contestó Miguel, sonriendo como un bienaventurado; con los planes de Ranimiro nos sucede lo mismo que con tus noticias: mientras no los cuentas, no los sabemos.

-Pues bien: los planes de Ranimiro son traer a los Pirineos los moros del África, y...

-Y llevarse al África los vascos del Pirineo. Eso se concibe.

-¿Lo sabíais?

-No: pero oyendo la primera parte, se cae fácilmente en la cuenta de la segunda.

-Pero como eso es imposible...

-Se concibe también.

-Dice la gente que los vascos tendremos que sucumbir y firmar las paces.

-Eso es lo que no alcanzo a concebir, dijo seriamente Miguel, que hasta entonces había estado risueño y de broma con el Disgustado.

-¡Bien dicho!, exclamó toda la tertulia.

Y algunos añadieron:

-Bebamos a la guerra perpetua entre vascos y godos.

-Ese es un voto que no haré yo jamás. Si los godos nos dejan en paz, si nos devuelven lo que nos han usurpado, no seré yo quien vaya a buscarlos para hacerles guerra; no la deseo, no la quiero, no la querré jamás.

-Pero, ¿cómo resistimos a tanta gente, sin rey que nos mande?

-¿Cómo hemos resistido hasta ahora?

-Vaya, que buenos deseos se le pasarán a vuestro hijo Teodosio de ponerse al frente de todos los euscaldunas del Lauburu: pero como sola una tribu no hace nada, tendría que marchar de acuerdo con los de Arriaga y los de Guernica, y los parientes mayores de Aitor. De donde resulta...

-De donde resulta que los godos todavía no nos han conquistado.

-Porque no pueden.

-¿Y por qué no pueden?

-Porque tenemos montañas inaccesibles.

-Y costumbres más duras y arraigadas que las montañas.

Si un taquígrafo de nuestros tiempos hubiese tomado nota

del precedente diálogo, habría puesto entre paréntesis: rumores de aprobación.

Más a pesar de ellos, Saturnino, que sobre mal contento parecía testarudo, no se dio por vencido.

-Pues eso de rey de Vasconia no ha salido de mi caletre, replicó; pues a personas muy sabiondas y leídas he oído que, según profecías, quien se case con la hija de Aitor, caudillo, rey o duque nuestro ha de ser quiera o no quiera.

-Cosas de Amagoia, que no son para tratadas en estos momentos.

El anciano Miguel se vio interrumpido por un semi-tumulto femenino. El corro de hilanderas, al oír el nombre de Amagoia, se había fijado en el de Ranimiro, en que hasta entonces no paró mientes, y todas, excepto Plácida, empezaron a chillar con extraños aspavientos.

-¡Silencio!, exclamó la señora, y preguntádselo al amo.

-Señor, dijo la más atrevida poniéndose en pie, pero sin dejar de hilar: ese Ranimiro que va a mandar a los godos, ¿no es el que hace años llegó hasta el valle de Aitormendi?

-El mismo.

-¿El que dio fuego al caserío del patriarca?

-El mismo.

-¿Hallándose dentro la hija mayor, la difunta Lorea?

-El mismo.

-¿Que por más señas dicen que estaba casada en secreto y embarazada?...

-El mismo.

Y al oír esto todas las mujeres y todos los hombres se levantaron por un mismo impulso.

-¡Muera Ranimiro!

-¡Juremos no tener nunca piedad, ni compasión, ni tregua, ni descanso con ese monstruo, con ese tigre!... ¡Juremos hacerle tajadas, si cae en nuestras manos!...

-¡Silencio!, exclamó el anciano, único que había permanecido sentado: gritáis como en ojeo, y sin levantar caza, habéis espantado a los perros.

Sabuesos y lebreles, en efecto, habían principiado a gruñir despertándose, moviendo la cabeza, levantándola luego como para ventear, con ladridos breves y secos; y un momento después se pusieron en pie lanzándose hacia la puerta de Jaureguía, ladrando ya con toda la fuerza de los pulmones. A sus voces parece que respondían los ecos de la montaña.

Pero no; eran ladridos huecos y atronadores de mastines que en corrales y apriscos lejanos guardaban rebaños del valle y de las sierras.

Parecía que el alboroto de la cocina, como el mugido del viento, se había comunicado a las selvas del contorno.

-Forasteros vienen, dijo Miguel.

-Jaun Teodosio con guerreros de otros valles.

-A mi hijo no le ladran jamás los perros, contestó Plácida. Puede entrar y salir a cualquiera hora de la noche, sin que se le sienta más que una mosca.

-¡O lobos, o godos!, dijo el Disgustado.

Y todos se echaron fuera de la cocina y aún de la puerta de casa.

-¡Pronto a Gastelúzar!, dijo Miguel.

-Ni godos ni fieras. Los nuestros son. Ya se van aquietando los perros, repuso la señora de Goñi, cuyas observaciones denotaban tanta penetración como presencia de ánimo.

En las descarnadas rocas que forman escalones por la cuesta que sube a Jaureguía, sintióse estrépito de caballos, y un zagal se acercó a la puerta del palacio, diciendo al señor del valle:

-No hay cuidado: García y los de Abárzuza y las Amezcuas. Los he conocido desde que se asomaron a los altos de Munárriz.

-¿Viene Teodosio con García?, preguntó Miguel.

-Creo que no; porque el señor de las Amezcuas no habla con nadie.

Plácida comenzó a dar órdenes a los criados, y al poco rato entró Miguel con un mancebo de atléticas formas y de hermoso aunque varonil semblante. Su edad de veinte a veinte y dos años, la cabellera negra ensortijada y reluciente, la barba corta y fina, la expresión modesta y sencilla, la mirada franca, abierta y seductora, el continente airoso y resuelto. Parecía superior en todo a los demás; en fuerzas, en estatura, en agilidad y talento; pero la superioridad generalmente reconocida, tan sólo por él ignorada.

Vestía sayo de lana sujeto con rico cinturón de cuero recamado de oro, del que pendía la famosa espada, ancha, corta, puntiaguda y de dos filos (*ezpata*), que de los cántabros tomaron los romanos, denominándola espada cantábrica; calzón corto de la misma tela y borceguíes de piel de cabra. Corta y airosa capa negra completaba su traje; porque los montañeses, a semejanza de los francos, ni aún en tiempo de guerra llevaban en la cabeza más adorno ni defensa que sus hermosos cabellos tendidos por la espalda.

Sólo algunos añadían capuz al sayo para resguardarse de la lluvia. La *gucia*, lanza con hierro en forma de saeta, les servía de báculo.

Tras el gentil señor de Abárzuza y las Amezcuas, fueron entrando otros mancebos, que llevaban poco más o menos el mismo traje, e iguales armas, sin más diferencia que el arco y las flechas, el escudo llamado *pelta*, y la honda cruzada al pecho.

-Pero, ¿qué buscas por aquí a estas horas, loco de atar?, decía Miguel no pudiendo disimular el regocijo, por verse entre tanta gente moza, armada y animosa.

-Vengo en busca de Teodosio, dijo García: ¿no ha vuelto aún desde esta tarde?

-No; pero sentaos. Leña, muchachos, que estos chicos traerán frío. Bien es verdad que a sus años... Y tú, Plácida, sácales...

El anciano no concluyó la frase; porque vio a su mujer colocar un jamón cocido sobre la mesa, y luego a dos criados, con un odre de vino y escriños de pan.

-Bien está, Plácida, pero es preciso no olvidar a los de fuera, añadió Miguel, que al verla sentarse tranquila, se tuvo por feliz creyéndose siquiera una vez más previsor que su esposa.

-Los de fuera ya están comiendo y bebiendo, le contestaron los criados.

-Ya podéis suponer a dónde vamos, dijo García; pero en lugar de bajar a la Burunda por las Amezcuas, he querido venir por aquí para que se pusiera al frente de la expedición guerrero tan valiente y entendido como Teodosio. Siento no llevarlo por capitán.

-No lo siento yo menos, García. Pero tú, ¿lo has pensado bien?

-Sí, señor; en lugar de esperarlos en la Burunda, los atacaremos en las Dos Hermanas, y en vez de embestir por esta parte, hacia donde siempre miran más los enemigos, arremeto por la de Aralar.

-Sí; pero es fácil que os veáis envueltos por las tropas que cruzan de Victoriaco a Iruña.

-Si nuestros movimientos no son rápidos, ese peligro corremos; pero si caemos sobre Ranimiro como un rayo, y con la misma celeridad desaparecemos en la montaña, entonces no hay cuidado.

-No se te ocultará, García, que eso es provocar la guerra, precisamente cuando van llegando miles y miles de hombres...

-Eso no es provocarla, porque esos millares de godos no vienen en son de paz. Pero si nos sale bien este golpe, podemos hacer abortar la próxima campaña, y en el trance en que están los enemigos, quizá, quizá la guerra. Pero no me detengo más.

-Sí, necesitas el tiempo. Pero, dime, García, ¿te sirvo yo lo mismo que Teodosio?

-Lo mismo precisamente, no, señor Miguel, pero podéis servirme de mucho, preparando camas para los heridos, y comida para los que volvamos.

-Todo eso corre por cuenta de mi mujer. García, hablemos claro. Porque si tú me dices: Miguel monta a caballo; yo protestaré cuanto se me antoje contra eso de emprender la nueva campaña sin orden de Teodosio, por tu capricho, o por sugerencias de ese ermitaño... ya me entiendes; pero te seguiré hasta Toledo.

-Gracias, padre mío, le contestó el señor de Abárzuza con efusión; pero creo que no nos hacéis falta. En cuanto a las órdenes de Teodosio, bien lo veis que hasta el postrer momento las he venido a buscar. Ocasiones como ésta no se presentan dos veces.

Y viéndolos resueltos a marchar, exclamó Miguel, dirigiendo la mirada a la mesa:

-¿Seréis capaces de salir de casa sin honrarla como es debido?

-Haremos aprecio, contestaron los montañeses.

Y en un abrir y cerrar de ojos devoraron el jamón, dos cestos de pan y un par de quesos. En cuanto al pellejo de vino quedó, como suele decirse, pez con pez, de la primera embestida, y fue necesario reemplazarlo con otro, que llegó firme y orondo, y se quedó temblando.

García, entretanto, había estado departiendo con el anciano, que al despedirse le dijo:

-Lo que es a Ranimiro, no hay que tenerle lástima. El no la ha tenido nunca de nosotros. A mí me engañó: estuvo a punto de seducirme hace veinte años. Pero poco después... Lo de Aitormendi... el caserío... No perdonar siquiera a su... ¡A una pobre mujer embarazada! Si lo matas, habrás vengado a la familia de Aitor, y con ella a todos los vascongados.

García le prometió ser tan duro con el antiguo conde, como las leyes del honor lo permitiesen; y montando dos jinetes en cada caballo, según costumbre de vascos y astures, desaparecieron los expedicionarios por el camino que siguen las aguas del riachuelo Udarbe, para salir por Ollo a la Barranca.

Miguel echó de ver al poco rato que su tertulia se había quedado exclusivamente reducida al bello sexo.

Los hombres se habían armado de prisa y marchado con García. El Disgustado fue el único que no desamparó al anciano.

-Ya lo veis, le dijo, un loco hace ciento.

-Y contando conmigo, hubiera hecho ciento y uno, si me hubiese cogido no ya en tu edad, sino en más que doble que la tuya, contestóle el nonagenario con sequedad inusitada.

-Es que a mí sólo me gustan las cosas en regla.

-También a mí. Pero mi regla es ayudar a los amigos cuando los veo en peligro, salvo el juzgar su conducta cuando el peligro ha pasado.

Saturnino les dio las buenas noches.

-Sí, sí: a la cama nosotros los viejos, le dijo Miguel, que está duro como nunca con el Disgustado: ¡a la cama, mientras nuestros pobres amigos pasan la noche al raso, o desangrándose heridos en la maleza!

La severidad de Miguel no provenía sólo del desprecio que le inspiraba la conducta del refugiado de Errotalde, sino del sentimiento de que su hijo no fuese mandando la expedición, y del empacho que tenía de no saber qué contestar a los que por él con tanto interés le preguntaban.

Así que marido y mujer se quedaron solos, declaró el anciano todo su pensamiento, interpelando bruscamente a Plácida:

-Pero mujer, ¿no sabes tú en qué pasos anda tu hijo?

-Sospecho que debe andar buscándote una hija.

-¡Calla! Pues tienes razón. Pero es todavía un niño.

-De treinta años.

-Es preciso pensar en el acomodo de ese muchacho.

-De eso creo que se cuida él más que nosotros.

-¿Te ha dicho algo?

-Ni una palabra. Pero su extraña ausencia de Goñi en ocasión semejante, no tiene otra explicación.

-Es cierto: ni tampoco otra disculpa. ¡Oh! Pero si aquí hubiese estado hoy, volviera mañana con Ranimiro.

-¡Con Ranimiro!, exclamó Plácida: si cae el godo prisionero, ni tu hijo ni nadie es capaz de volver con él.

-Tienes razón, mujer. Donde le coja García, allí lo deja...

-Enterrado.

CAPITULO II

Casa nueva y nueva vida

Razón tenían los patriarcas de Goñi para suponer que no se daría cuartel a Ranimiro, en el caso, harto dudoso, de que fuese capaz de rendir las armas a enemigos que tan cordialmente le aborrecían. Perpetuamente viva y enconada la llaga de Aitormendi, ni la forzada quietud del audaz invasor, ni los veinte años desde la tremenda hazaña transcurridos, la podían cerrar.

García tampoco lo ignoraba, y presumía por lo tanto que el encuentro sería terrible y sangriento; pero a todo estaba resuelto y apercebido.

Era aquella la primera ocasión que se le presentaba de acaudillar a sus montañeses, y después del paso infructuoso que acababa de dar para encomendar la acción a Teodosio, no podía, ni quería tampoco rehusarla.

Su padre Jimeno le dejó al morir en los combates, gloria, vasallos y muy granados pueblos en herencia: con la mira de hacerlo todavía más rico y poderoso, ya que tan apuesto y discreto parecía, su madre le había cedido también la villa de Abárzuza. Tantas prendas y señoríos, nobleza tanta le obligaban a salir del retiro en que desde su orfandad se complacía, cultivando divinas y humanas letras. En el sistema de vida vascón, quien más tenía, más ponía: capitán el señor, el súbdito soldado; o se dedicaban al altar, o tomaban las armas; y tales eran la necesidad, la costumbre o la pasión de la guerra, que según se ha notado ya, pocos montañeses de aquella época mostraban afición al claustro. Bien puede decirse de ellos que peleando descansaban y recibían galardón de sus ordinarias faenas. Caudillo que menos dejara reposar a sus vasallos, era el más querido y quien más valía.

Al verlo tan aplicado a los libros sospechaban algunos que García Jiménez tuviese vocación de monje; pero no: estudiaba para seguir aquella guerra interminable procurando inquirir, sin embargo, cómo había de darla fin. Porque estaba convencido de que ninguno de aquellos caudillos y señores compañeros suyos pensaba en otra cosa más que en pelear, y sólo en el hijo de Miguel vislumbraban trascendentes pensamientos. Por

eso no tenía Teodosio amigo más sincero y respetuoso, y aún casi puede decirse, súbdito más fiel.

Al recibir García la triple herencia del nombre, sangre y valles de un héroe, demostró con arranques de piedad, que además de ilustre, gallardo y opulento, era temeroso de Dios.

Pocos días después de la muerte de su padre, se fue secretamente a visitar al santo obispo Marciano, y le pidió su bendición. Dióselo el prelado, el cual, viéndolo sin duda propenso a la venganza, quiso templanle con paternaes consejos.

-La guerra, le dijo el prelado iruniense, puede ser derecho de natural defensa o recurso extremo de la justicia; pero aún la guerra más santa será causa de condenación para quien lleva a los combates espíritu de rencor que Dios reprueba. Cuando el Señor nos manda amar a nuestros enemigos, no exceptúa a los que luchan contra nosotros. Ténlo presente, García, porque lo habrás menester cuando te acuerdes de tu padre.

Presente lo tenía aquella noche el caudillo de Abárzuza al descender de Jaureguía dejando el valle mermado de mancebos, pero sin temor a los ancianos y mujeres.

Corta es la distancia que los separaba de Pamplona; mas para el ejército godo, bien puede decirse que Goñi yacía en los antípodas. No corría otro peligro que el de nocturnas sorpresas, que desde los tiempos de Ranimiro habían caído en desuso. Fuera de esta contingencia, ya casi inverosímil, la paz reinaba allí en medio de la efervescencia de la guerra, y el señor de Gastelúzar creía haber llegado a los últimos límites de la previsión, cuando atestaba de víveres, dardos y flechas el castillo y mandaba a saber qué nuevas bullían en la plaza levantisca de Iruña.

Por las sierras de Urasa y Andía, y el monte frontero de Sárbil, no había de entrar la temida caballería de Toledo, y en la garganta de Olo, veinte hombres resueltos bastaban a detener un ejército.

Esta era la única salida llana, digámoslo así, formada por el cauce del torrente que abrió un portillo entre peñascos, hayas, bojes, espinos y carrascos: áspero camino que exigía ciertas precauciones durante el día, y que de noche y a caballo era casi intransitable.

García, prudente y circunspecto a pesar de sus pocos años, había contado con la claridad del astro de la noche, próximo al plenilunio, para cruzar de Goñi al valle de Olo; sin embargo de lo cual, tuvo necesidad de mandar que los jinetes echaran pie a tierra y llevarsen las caballerías de la rienda.

Antes de asomarse a la cuenca, que caía bajo la jurisdicción visigótica, dispuso el caudillo que la gente descansara un rato al margen del riachuelo Ilzarbe.

-¿No estamos perdiendo el tiempo?, decían algunos a García.

-No, les contestaba el joven: tenemos que cruzar hacia Aralar por tierras enemigas, y esperar a que desaparezca la claridad que hasta ahora nos ha favorecido. Como la luna se pone media hora antes del alba, aprovecharemos ese corto espacio de tinieblas para salvar con toda rapidez, sin tocar en poblaciones y caseríos, el territorio que media de aquí a las

Dos Hermanas. No han de sentirnos ni los perros. Si alguien nos conoce y avisa de la emboscada al conde godo, tiempo perdido.

-¿Habéis contado con Echeverría?

-No he podido contar con nadie más que con Dios y con vosotros. Pero ¿quién es ese guerrero cuyo nombre sólo ha sonado en mis oídos como el de un salteador que a todos los godos de esta comarca los hace tributarios nuestros?

-Suyos. Echeverría es de la tierra baja, de muy noble cepa, y pariente de Amagoya.

-Entonces podemos fiarnos de él.

-Completamente, y sobre todo contra Ranimiro.

Por fortuna para los amezcuanos, se levantaron espesas nieblas del río Burunda: la cima de Aralar se cubrió de negros nubarrones, y se anticipó la oscuridad deseada.

Guiados por naturales de aquellas cendeas, hicieron la travesía con toda felicidad, vadeando dos ríos engrosados por el deshielo, y sin que los mastines alborotaran muy escandalosamente.

La gente quedó satisfecha del capitán.

-Ha heredado, decían, arrojo y la prudencia de su padre.

Después de una corta subida, siguiendo el curso de un río torrencial, cuyo murmullo crecía conforme el agua menguaba, imagen del díscolo que vocifera más cuanto menos razón tiene, llegaron al magnífico portillo formado por dos enormes rocas calizas primitivamente unidas, que rasgándose en una de las terribles convulsiones de la tierra, y limadas por la corriente que por allí rompe hasta el Arga, dejaron patentes sus entrañas, para estudio del geólogo y embeleso del artista.

Por entre las peñas hermanas, separadas unos treinta o cuarenta metros por su base, y cuya altura acaso llegue a ciento setenta, no sin riesgo de ser aplastados por algún desprendimiento de la roca, sepultáronse en espesísimo bosque de robles y hayas, corpulentos a la margen del río, y menos robustos cerca de las rocas escarpadas que aquel barranco circundan.

Allí hicieron alto, pues habían llegado felizmente al término de la jornada.

Las condiciones topográficas de las Dos Hermanas han variado de once siglos acá, y de estas modificaciones hay indicios de que prescindo ahora. El peñasco de la izquierda, verticalmente cortado enfrente de su compañero, tenía entonces por el opuesto lado fácil subida para la gente de a pie, y aun la de a caballo; pues formaba rampa de tierra arcillosa y fragmentos de roca calcárea que el tiempo y los aguaceros se han llevado, dejando hoy la peña inaccesible, escueta y descarnada.

Por este repecho subió García a la cima, cuando las nieblas se disipaban a lo largo de la antigua vía romana, que al pie del monte Aralar cruzaba el país de los aracelitanos

estipendiarios de Roma. Por ella debía de venir Ranimiro, como Pacomio, el ermitaño, aseguraba.

Quedóse frío García y desconcertado, al divisar a lo lejos gruesa columna de godos que marchaban hacia Pamplona, con seguridad completa.

-¿Quién me dice, pensó, que en semejante cuerpo de mil o dos mil jinetes no viene Ranimiro? ¿Cómo atacarlo en campo raso? ¿Y cómo averiguo yo que el godo de quien trato de apoderarme, pasa o no en las huestes que cruzan hacia Iruña?

Dio gracias a Dios por no haber dado de manos a boca con los escuadrones que tenía enfrente, y ordenó que los montañeses estuvieran apercebidos por si trataba el enemigo de correrse hacia las Dos Hermanas. Y se quedó en observación de la hueste, en el mismo sitio quizás en que se ponía el antiguo *speculator* de los romanos.

De pronto sintió que le tiraban de la capa y vio a sus pies un bulto negro, que andaba a rastras como un reptil.

-¿Quién sois?, le dijo García, volviéndose sorprendido.

-Por mucha previsión que tengáis los mancebos, no hay remedio, el chico siempre ha de ser chico, y ha de hacer alguna trastada. ¡Abajo!

-¿Qué decís?

-Que te tiendas o te sientes. ¿No ves que en la cima de esta peña, iluminado por los rayos del sol naciente, te presentas a los ojos del enemigo como santo sobre peana?

-¡Calla! Pues tenéis razón.

-Para acechar no se necesita ponerse de pie, como la cigüeña en la punta de la torre.

-¿Quién sois?, tornó a decir García, sentándose en la roca. ¿Habéis venido en la cuadrilla?

-No: la cuadrilla es la que ha venido sólo para estropearme los miserables sembrados que tengo ahí detrás del bosque.

-¡Ah! Ya os conozco. Sois...

-Echeverría.

-Contaba con vos.

-¿Para acabar con mis trigos?

-Eso por ahora, repuso García, sonriéndose: y luego con vuestra despensa.

-Oye, muchacho, a mí puedes comerme un lado; de mi casa haz lo que se te antoje; pero respeta mis pobres campos y ruines haciendas. Tengo aquí panes, prados y bosques, que son éstos, dijo señalando al terreno próximo a la peña; y luego mis vasallos, que son esos,

y designó expresivamente camino y pueblos frecuentados por los godos... Mi obligación es protegerlos, y...

-Saquearlos. Hablaremos de eso, Echeverría. Por de pronto Dios te ha traído aquí como una...

-Culebra.

-¡Bueno! Como una culebra, para ayudarme a sorprender a Ranimiro.

-¡A Ranimiro!, exclamó el merodeador. Aquí nos tienes a mí y a mis hijos, y a mis pastores, y hasta la loca de mi mujer, dispuestos a servirte contra ese malvado...

-Por de pronto, Echeverría, necesito saber si el tal malvado está pasando a nuestras barbas, al frente de esa columna, y burlándose de nosotros, como el hato defendido por mastines se burla de la raposa que le acecha desde la madriguera.

-¿De dónde viene?

-Del castillo de Cantabria: más allá de la Berrueza y de Codés, encimita de Varia.

-¿Y qué camino trae?

-El de Aguráin.

-Por aquí tiene que pasar forzosamente. ¿Cuándo salió de Cantabria?

-Hoy hace tres días.

-¿Qué gente trae?

-Dos docenas de bucelarios bien armados, y entre siervos y siervas otros tantos. Por lo menos esa gente llevó cuando fue a dejar a su hija con Favila.

-¡Ranimiro! ¡Su hija! ¡Favila! No sabes tú, muchacho, no sabes bien lo que esos nombres traen a mi memoria, exclamó el merodeador con melancólicos suspiros.

-¿Los conocéis?

-Dejemos eso. A lo que importa, y no nos distraigamos.

-Yo no me distraigo, contestó García; hablo y miro, y creo poder asegurar que esa gente no ha reparado en nosotros, y ha torcido un poco hacia el Sur, tomando la falda de...

-Derechos van a la cuenca de Pamplona. Podemos bajar sin cuidado.

-Es que tenemos que hablar.

-Es que tengo que cuidar de mis sembrados.

-Pues bien, miremos desde aquí tan pronto al camino como a tus panes.

-Cuando decía que no nos distraiésemos, repuso Echeverría, levantándose asaz preocupado; hablaba conmigo más que contigo; porque no quiero pensar ahora en cosas antiguas que has venido a recordarme, sino en lo de hoy, en lo del momento. ¿Viene Amaya con el godo?

-¿Quién es Amaya?

-¡Ah! ¿No la conoces?

-No conozco más Amaya que la *hija de Aitor*.

-Esa.

-La sobrina de Amagoya.

-¡Pues!

-¡Gran Dios! ¿Y Amaya la de Butrón viene con el godo Ranimiro? ¡Prisionera tal vez!, exclamó García.

-Sosíégate, mancebo inexperto. Esa Amaya infiel y pagana, como su madre y su padre y casi toda su parentela, no es la Amaya que yo digo. Me refería pura y exclusivamente a la hija del conde, o para que me entiendas mejor, del príncipe.

-¿Quién es el príncipe?

-Hombre, con tanto estudiar, no sabes nada. El príncipe, el conde, el sobrino de Favila y el tío del nuevo rey de los godos, son una misma persona que se llama Ranimiro.

-Pero ¿qué tiene que ver la hija del godo con la hija de Aitor, sobrina de Amagoya?

-A eso nadie te podría contestar mejor que mi mujer, si la pobre pudiese contestar a nada.

-¡Muy enterado estáis de esas familias!

-¡Demasiado! Pero no nos distraigamos nuevamente. ¿Sabes si viene Amaya por ventura?

-Hánme dicho que la hija de Ranimiro se queda allá, y lo infieren de que el rey se hospeda en el castillo de Iruña, y el príncipe como tú dices, no trae más objeto que disponer el plan de la nueva campaña.

-Nunca hará el rey de los godos cosa más funesta para nosotros, que seguir los consejos y planes de Ranimiro.

-¿Tanto vale?

-Más de lo que se piensa, joven; y te aseguro que no se teme poco.

-¡Oh! ¡Qué presa, Echeverría, qué presa se nos prepara!

-¡Presas! La hija, si viniera con él: el padre, para los cuervos.

-Eso no, porque es cristiano, y aunque no lo fuera, habría que enterrarle.

-Paso por el entierro. ¡Y que no dejaremos de darle sepultura, García, si Dios quiere!

-Si Dios quiere, dices bien. Pero queriendo nosotros lo que quiere Dios, debemos pensar en...

-En que se confiese primero. Eso sí. ¡Que muera como Dios manda!, exclamó Echeverría, que iba participando del entusiasmo y lenguaje cristiano del mancebo. Aguarda.

Y se puso a contar por los dedos.

-Hoy hace tres días. Antes de ayer saldría del país de los Verones; esta noche pasada ha dormido en Aguráin; hoy a la caída de la tarde baja por aquí. De noche no cruzan los príncipes godos la Burunda, ni con el ejército de Wamba por escolta. Tenemos tiempo. Podemos almorzar sosegadamente, y volver más tarde. Llama a uno o dos de tu confianza.

García dio un grito particular, al cual contestaron otros dos gritos iguales.

-¡Hola!, exclamó Echeverría; tienes el mismo estilo que nosotros los de la costa. Me alegro. Eso nos ha de sacar de apuros.

-¿Qué decís?

-Nada: no me distraigas.

Echeverría aparentaba tener unos cincuenta años: de rostro enjuto y curtido por la intemperie, musculatura vigorosa, brazos velludos y manos encallecidas, ancho y fornido, y de mirada perspicaz, parecía haber nacido para la vida azarosa del guerrillero, a que los campos góticos rayanos le incitaban.

Pero si estas apariencias no desdecían de tan rudo como peligroso ejercicio, su fisonomía, en cambio, denotaba gran bondad de corazón, que a más dulces ocupaciones le atraía.

En aquel momento estaba pensativo.

La llegada de dos mancebos de las Amezcuas le sacó de sus imaginaciones.

-Aquí nos tenéis, García, dijeron los montañeses.

-Aquí os habéis de quedar de centinelas, observando el camino de Araquil, les contestó Echeverría. Si veis un pelotón de godos, dais el grito de llamada, semejante al que os ha hecho subir aquí.

-Está bien.

-Ese grito será contestado por otro igual hasta que llegue a nosotros, que vamos al próximo caserío de Echeverría.

-Ya os conocemos.

-Perfectamente. Con eso no os inquietaréis por el almuerzo y la comida; pues ya sabéis que no suelo olvidarme de los amigos. Pero escuchad con atención. Es posible que oigáis el *deyadara* o grito de alarma, en cuyo caso los que crucen delante de estas peñas serán enemigos, mas no el que buscamos. No os encargo que os echéis entonces al suelo, porque estar de pie queda desde ahora terminantemente prohibido. Pero si al divisar columna, convoy o partida oís por la parte de Aralar el *irrinzina* y el grito de triunfo, lanzadlo entonces sin perder momento, porque será señal de que se acercan Ranimiro y los godos en cuya persecución habéis salido.

-Pero ¿quién conoce a Ranimiro? ¿Quién nos dará el aviso?, preguntó García.

-Mi hijo Máximo. Ese quedará en acecho donde vea de cerca a los godos sin ser notado. A cierta distancia se colocará su hermano Fermín, y luego los que fueren menester para que el grito llegue como un eco a nuestros oídos. Y Ranimiro no puede llegar hasta la tarde; pero apostaremos nuestra gente desde ahora a todo evento apercebida, con que, ya lo habéis oído, muchachos: vista de águila, y oído de jabalí; y luego garganta...

-De montañés. Pero la garganta de la montaña...

-Necesita vino de la Ribera. Lo tendréis. Os lo traerán mis hijos con algo más para hacer boca, de paso que se corren hacia el valle de Araquil, y sitúan los escuchas donde convenga.

Dadas estas órdenes, descendieron los dos jefes al bosque que servía como de falda a entrambas rocas, y García no tuvo que mandar que los caballos respetasen el sustancioso alcacer de Echeverría, pues atados a los árboles estaban paciendo la yerba de las orillas del Larraun, cuyo nombre significa buenos pastos, y después de adoptar otras disposiciones como consumado capitán, subió con el huésped al caserío.

-La casa que vais a ver vale poco, dijo modestamente su dueño; pero tiene el mérito de haberla construido yo de nueva planta. Por eso la llaman *Echeverría (la casa nueva)*, y de ella y del próximo pueblecillo de Echeverri, me ha venido el nuevo nombre.

-Pues antes, ¿cómo os llamabais?

-Lupo o Lope, o lo que es igual en nuestro idioma, *Ochoa*.

-Y aquí no habéis nacido, porque vuestro acento no es el de Vasconia.

-Por mi desgracia he nacido cerca de Aitormendi; pero...

-¿No sois deudo de Amagoya?

-¡Deudo yo de esa bruja pagana, que me ha desterrado de la casa de mis padres, de mi hermoso y pacífico valle!... No: soy pariente mayor de Aitor; pero ¡de esa judía!... Hablaremos más tarde, o lo mejor será que de eso no hablemos nunca.

La costumbre y ocupación del merodeo era general en la raya, que podemos llamar divisoria, entre godos y vascos. Muchos de los primitivos habitantes de las llanuras a la sazón ocupadas por los invasores, habían emigrado en tiempos de Leovigildo a las

vertientes septentrionales de los Pirineos, estableciéndose en una región llamada con este motivo Vasconia, y luego por corrupción Gasconia, y últimamente Gascuña; pero otros con esperanzas de recobrar lo suyo, o con menos bríos para imitar resolución tan brava, se refugiaron a los vecinos montes, como quien sólo trata de ponerse a salvo de inundación pasajera. Desde allí con torvos ojos contemplaban sus casas y campos usurpados, y descendía a impulsos de la venganza, o tal vez acosados por la necesidad, entraban a saco sus antiguas viviendas, maltratando por lo regular a los intrusos moradores.

A semejanza de estos emigrados, y huyendo de Amagoya, Lope se había instalado en las Dos Hermanas.

La casa nueva tenía el sello del carácter de su dueño. La codicia y la penuria de los tiempos habían convertido al pacífico Lupo en lobo rapaz, que desde aquellos montes acechaba la ocasión oportuna de caer sobre el enemigo; mas era por naturaleza de inclinaciones cultas y suaves: guerrero por necesidad y por índole agricultor; enemigo de los godos por instinto nacional; amigo de su progreso de propio instinto.

Lo complejo de esta condición resaltaba en el edificio.

A primera vista parecía fortaleza; mirándolo mejor, granja. Constituía el cuerpo principal una gran torre cuadrada con pequeñas ventanas que podían pasar por saeteras, y sobre las pesadas almenas del adarve, alzábase el tejado de pizarra con rápidas vertientes.

Era el primitivo pensamiento del guerrero, cuando sólo trató de formarse una guarida; pero las exigencias y gustos del labrador, fueron complicando la sencillez de aquella idea.

Desde la puerta principal, situada al Mediodía, trepaba hasta las ventanas más altas una parra, templando con sus pámpanos los rayos del sol, nunca bastante ardiente, sin embargo, para sazonar y dulcificar los menguados y siempre verdes racimos. Pacífica banda de palomas posábase de continuo sobre las almenas y el adarve, y el hueco del puntiagudo techo servía de palomar. Al mismo tiempo los patos surcaban los remansos de la fuente que lamía los cimientos del castillo. Este se alzaba además como avergonzado entre anejos, protuberancias y dependencias, indignas del honor militar y caballerosa alcurnia: horno y cocina, cobertizos para guardar haces de hojarasca, de que había menester en abundancia para mantener el ganado durante las nieves; cuadras y corrales donde se recogían el ganado y las gallinas, las cuales durante el día lo invadían todo, hasta la planta baja del castillo, buscando con preferencia el abrigo del Mediodía, y los desperdicios que abundaban en la era, delante de la fachada principal.

Cuando Lope y García llegaron al caserío, todos sus habitantes se ocupaban en sus respectivas faenas: pero la labor estaba descuidada. La curiosidad le había llevado a las peñas para conversar con los expedicionarios; pero así que vieron al amo descender de la cumbre, temor de disgustarle les hizo volver apresuradamente, y acudir a sus respectivos puestos.

Era el merodeador muy amigo del orden, y a nadie permitía estar ocioso. Pero aquella mañana, aunque el ganado seguía en el corral, y resonaba lastimero el impaciente balido de las ovejas que se agolpaban a la puerta para salir al campo, gritó con alegre voz:

-¡Máximo! ¡Máximo!

Y se presentó con miedo un mozallón de veinte y tres años, alto y fuerte como roble secular.

-Me alegro de que no hayas salido con el ganado. Dile al pastor Prudencio que lo lleve por el monte arriba, dejando en el corral diez o doce carneros para que tome un bocado esa gente. Al cabrero, que entregue el ható a las zagalas, y se quede aquí con un par de cabritos para nosotros. Él es hombre que sabe matar bien y sacar las pieles con limpieza. Tú y tu hermano Fermín volved a la cocina, que tenemos que hablar.

Y se detuvo escuchando, primero sorprendido, y luego con paternal regocijo, este cantar que salía del establo:

Si poco trigo nos dan
los peñascos de las sierras,
siempre el godó en nuestras tierras,
que no ha de faltarnos pan.

-¡Es ella, es mi hija! ¿Pues no se me figuró al principio que había cambiado de estilo la loca de su madre? ¿Olalla?

-Allá voy, que estoy ordeñando las vacas, contestó de adentro voz femenil y de argentinos ecos.

Y momentos después apareció en el umbral una niña de quince abríles, con un cuenco de leche en la mano izquierda, y sacudiéndose los rosados dedos de la derecha, mojados en blanca espuma.

Daba gozo ver aquella criatura, fresca como el alba, limpia como el agua de la fuente, alegre como un mayo, suelta como una corza, y de inocentes ojos de paloma.

-Padre, no me regañéis. He sentido venir a los amezcuanos, y no he podido resistir la curiosidad.

-Bien está, muchacha, contestó Echeverría, que a falta de sonrisa en los labios, se reía con la mirada. ¿Qué hace aquí este costal de trigo?

-Para lavarlo y hacerlo al molino.

-Bien.

Y soltándole la boca, cogió Echeverría una ambuesta de grano, y se lo echó a los patos y gallinas que le seguían y le miraban, conociendo su habitual liberalidad y bizarría.

-¿Has hecho lumbre?

-De eso se cuida mi madre, que ya está en el hogar.

-Corriente: prepáranos algo que se pegue al riñón.

-¿Almuerza también este señor?

-También, contestó García: y si os parece, Ochoa, entraremos todos en la cocina.

Así lo hicieron. Como todas las de la montaña, estaba situada a piso llano. Era oscura, ahumada, y no recibía otra luz que la que descendía por la chimenea. Los bancos se confundían con el color de las paredes.

Al entrar García no vio a nadie, a pesar del resplandor de la llama: pero conoció al punto que había gente dentro. De un rincón salía cierto susurro monótono, como murmullo de fuente, y como arrullo de tórtolas triste y cadencioso.

-¿Qué es esto?, preguntó el mancebo. ¿Quién reza aquí?

-¡Mi pobre madre!, contestó Olalla suspirando.

-No hagas caso, añadió Echeverría. A duras penas logramos que se levante y varíe de postura. Pero hacerla callar, nunca. Ha perdido el juicio, gracias a...

Echeverría frunció el ceño y dio una patada en el suelo.

-Sí; pero no hace mal a nadie, repuso la niña; y la pobre cuida de la lumbre y aún de los pucheros. A mí me descansa mucho.

Conforme los ojos del huésped se iban haciendo a la poca luz, se fue dibujando sobre el negro fondo del hogar la figura de una mujer atlética, sentada medio en cuclillas, con la barba en las rodillas apoyada, y las piernas abrazadas con las manos.

Por su rostro moreno, pálido, de pómulos salientes, mas no flaco y consumido, sino de facciones regulares, caíanle mechones de pelo entrecano, abundante y recio. Los labios, contraídos por estúpida sonrisa, movíanse apenas para modular el canticio que de ellos fluía sin cesar: los ojos negros y hermosos; pero su mirada, que había sido altanera y enérgica, era ya melancólica y distraída.

Ya la habrá reconocido el lector. Su complexión robusta, gigante estatura y brazos arremangados, que por lo vigorosos y membrudos pudieran sujetar a un toro, nos hacen recordar a la amiga de Paula, a la noble y altiva Petronila, única depositaria del secreto de Aitor.

Aunque a primera vista parecía inmóvil, observándola bien, advertíase leve y acompasado movimiento en todo su cuerpo, especie de balanceo con que marcaba la cadencia del canto.

-¿Qué es lo que dice?, preguntó García a su huésped.

-Canciones de... de la condenada heredera de Aitormendi.

-¡Mentira!, exclamó la loca con voz terrible y bronca, que resonó debajo de la chimenea con zumbido de campana.

-¡Mentira! Se me olvidaba, repuso tristemente su marido. Mentira: tienes razón; Amagoia no es la heredera de la casa paterna.

Y luego volviéndose al mancebo, añadió murmurando:

-¿Ves esa corrección de títulos y derechos? Pues ahí tienes el origen y causa de nuestras desventuras. Bien que la raíz del mal está en otra parte: está en ese Ranimiro, que hoy ha de caer en nuestras manos. ¡Sí, hoy ha de ser nuestro! ¡Hoy ha de pagármelas todas juntas!

-¿Y quién la ha enseñado esas canciones?

-Yo no sé dónde diablos las ha aprendido, porque antes de perder el seso, de fijo no las sabía. ¡Castigo de Dios! No quería yo ni que se mentara en casa el nombre de la pagana, y Petronila con sus cantos me refriega los oídos a todas horas. Y el caso es que tan habituados estamos al murmullo, como pescador al estruendo de la mar. Cuando estoy en casa y no lo oigo, parece que me falta alguna cosa. Si cesa, al punto acudimos, porque es señal de que la pobre se ha dormido, o se siente mal. A veces la fuente se seca por breve tiempo: pero brota luego con más fuerza.

-¿Y no se mueven sus labios más que para recitar canciones?

-Con las canciones lo expresa todo, como ruiseñor con trinos y gorjeos. Porque, eso sí, las sabe de todos géneros, y las acomoda fácilmente a sus afectos o caprichos. Por este lenguaje que Olalla entiende a maravilla, y porque en ocasiones toma parte en la conversación, creo que su razón ordinariamente extraviada, no está del todo perdida.

-Pues si alguna vez contesta acorde; si, como decís, con tanta discreción y oportunidad aplica sus cantares a los asuntos que a su lado se tratan o personas que la rodean, no está loca, o por lo menos, esperanza podéis tener de que recobre el juicio.

-Ninguna. Se necesitaría... ¡qué sé yo! Así, como una fuerte sacudida. Pero aquí entran mis hijos. Los he llamado adrede para hablarles de la celada que preparamos a Ranimiro. Tengo curiosidad de saber qué efecto produce en la loca esta noticia.

Echeverría en virtud de este plan enteró en alta voz a sus dos hijos de la trama que había ideado para saber a tiempo y con seguridad cuándo pasaba el tiufado.

Petronila no suspendió su cántico; pero escuchaba el relato con atención y alegría.

-¿Le conoces bien, Máximo?, preguntó el padre a su hijo mayor. ¿Conoces bien al incendiario de la casa de Aitor?

-Como a vos. Muchas son las veces que he llevado terneros a vender a Iruña, sólo por conocer a ese monstruo, perdición de nuestra familia; y lo he conseguido, y no es fácil que se me despinte. Llevaré arco y flechas; tengo el ojo certero, y si queréis que desde la peña en que voy a ponerme en acecho, le apunte a mi gusto, os ahorraré el trabajo de esperarlo.

-Máximo, exclamó la loca levantándose súbitamente como un coloso; cuidado con que viertas una gota de la sangre de Ranimiro.

-Pero, ¿por qué, madre, por qué?

-¡Porque yo te lo mando, y mi amiga me lo dejó encargado!

Y después de decir estas palabras, Petronila volvió a su cántico y anterior postura.

La canción que en perdurable tono de salmodia recitaba, era uno de esos romances o cuentos de muchachas emparedadas, tan comunes en la literatura popular vascongada.

Recuerdo sin duda de la madre de Amaya, muerta entre las cuatro paredes de la torre de Aitor.

-¡Escuchad! ¡Escuchad!, exclamó Olalla: ¿no os parece, padre mío, que llora con la voz a falta de lágrimas?

-Sí, hay más ternura en su acento. Conserva la memoria, y sobre todo el corazón para su amiga Paula. No he visto amor igual.

-¡Madre mía! ¡Madre mía!, exclamó Olalla, besando a la loca como si fuera a darle en cada beso el juicio que le faltaba.

La loca le contestó:

-Eso es lo que ella hubiera querido oír: ¡Madre mía! ¡Madre mía!

-¿Quién?, preguntó García.

-La emparedada de Aitormendi.

-¿La que pereció abrasada por Ranimiro?

-¡Mentira!

-¡Cómo! ¿No es cierto que el godo dio fuego al caserío de Aitor?

-¡Mentira! ¡Mentira!

-¿No es cierto que Lorea murió abrasada en el incendio?

-¡Mentira, también mentira!

-Pues qué, ¿vive Paula todavía?

-¡Vivir! ¿Pues estaría yo loca si viviera? ¡Muerta, muerta! ¡Pero tú vienes a vengarla!

-¡Yo! ¿Qué tengo yo que ver con esas historias? Yo vengo a sorprender y coger prisionero a Ranimiro.

-¡Y con él a su hija! ¡Tú me traerás a su hija!

-No viene con su padre.

-¡El padre no se separa nunca de su Amaya!

-Lo siento.

-No lo sientas. Mancebo, ¡estoy soñando contigo hace veinte años!

-¡Conmigo!

-Sí; con aquél que la traiga a vivir para siempre entre nosotros, arrojando a los paganos que usurpan su derecho.

-Pero esa, ¿quién es?

-Explícaselo, Ochoa. Yo no puedo más. La cabeza se me quiere saltar. Díselo tú: Dios te lo manda.

Y se marchó cantando:

¡Ay, señora de mi alma!

¡Ay, mi querida amiga!

Bien has hecho en morirte,
querida amiga mía.

-Bien lo decía yo, dijo Echeverría, que su cerebro necesitaba gran sacudimiento, y que ninguna campanada resonaría dentro de esa cabeza como el nombre de Ranimiro. Pero las órdenes de mi mujer son para mí sagradas. Dios te lo manda, ha dicho, y la voz de los locos es la voz de la verdad. Salgamos a la pradera, desde donde podemos vigilar a la gente y oír las señales. Escucha, Olalla: esa torta de miel y manteca ha de mantenerse al rescoldo muy suave. El fuego igual y lento para el asado. Sigue untándolo poco a poco con manteca, y ten cuidado de que no le llegue la llama. Sebastián, cuando esté el desayuno lo sacas a la pradera: allí corre el fresco, y allí podremos hablar con libertad, García. Sígueme. ¡Ah! se me olvidaba: Olalla, dame pan de miga para los pollos.

CAPITULO III

«Y cayó como cuerpo muerto cae»

Después de almorzar al aire libre, al margen de la fuente y a la sombra de un nogal, por entre cuyas ramas encorvadas casi hasta el suelo, veían Echeverría y su huésped la cumbre de entrambas peñas gemelas; despidió el echecojaun a su hija y al zagal que les habían servido, encargándoles que llevaran pan, carne y vino a la partida; y se quedó en una de esas situaciones que tanto apetecía, a saber, después de buen almuerzo, buen huésped con quien charlar y saborear despacio un buen vino.

Llenó los vasos, o para hablar con exactitud, las escudillas, hasta el borde, y colocando un jarro al alcance de la mano, mientras otro se enfriaba en el manantial, dijo, empezando a un tiempo la operación de desocupar la vasija y desahogar su pecho:

-¿Se puede saber, ante todo, qué motivo particular te induce a sorprender a Ranimiro, con ánimo, sin duda, de arrojarlo en una sima o precipitarlo de una roca (porque contigo no rezan las prohibiciones de Petronila), cuando hace diez años, por lo corto, que ese hombre está como enjaulado?

-Motivo particular ninguno, contestó el señor de Abárzuza: contra Ranimiro sólo tengo motivos generales como cualquier otro vascongado. No le conozco siquiera, y ni remotamente puedo atribuirle la muerte de mi padre. Precisamente cuando esta desgracia nos ha sobrecogido, reinaba todavía Witiza; por manera que ni directa, ni indirectamente, ni con armas, ni consejos ha podido contribuir a la pérdida que aún lamentamos.

-Pues entonces, ¿cómo es que mi mujer ha dicho que tú eres el hombre con quien está soñando hace veinte años? ¿Que estás destinado a vengar a la primogénita de Aitor?

-No lo sé. Pero ¿quién hace caso de las palabras de una loca?

-Yo, García, yo. Y tú se lo harías igualmente si estuvieses en mi lugar. Ella habla poco pero bien: cada palabra, una sentencia.

-Pues en ese caso, os diré la significación que en mi concepto puede tener el misterioso anuncio de Petronila. ¿Qué pensáis vos de esta guerra?

-Pienso que es un dolor que los godos no nos dejen cultivar en paz nuestros campos, vivir a nuestro modo, y respetar sus cosechas al ver que nuestros hogares son respetados. ¡Oh! ¡Cuánto bueno podíamos hacer! Nada hay que enseñe tanto como la necesidad: la tierra pobre es gran maestra del cultivo. Te aseguro que si hoy tornase a empuñar la reja que por el ejercicio de las armas abandono a mis hijos, había de dar gozo ver mis sembrados. ¡Qué bien podían sanearse aquellas laderas! ¡Qué mezcla de tierras, qué abonos, qué...!

-Sí; pero antes de pensar en sanearlas, contestó García, atajándole en aquel sendero por donde se le extraviaba; preciso será tratar de defenderlas o recuperarlas.

-Defendiéndolas estamos hace trescientos años. En cuanto a recobrar las pérdidas, exclamó Echeverría con un suspiro, es harina de otro costal. Algunas hay, como playas, que con la misma facilidad con que el mar las cubre, se quedan en seco. Yo recuerdo que Wamba avanzó como marea viva de Setiembre; y sin embargo, joven, bien tranquilos nos reposamos hoy en los terrenos anegados.

-Sí, pero la tierra llana ha quedado siempre sumergida; ¿y qué vascongado piensa hoy en reconquistarla?

Ochoa, que a la sazón tenía la taza en la mano, sin acordarse de acercarla a los labios, quedóse mirando a su huésped de hito en hito.

-Ninguno, contestó con leve sonrisa de incredulidad; ninguno como no sean locos semejantes a Amagoya y...

-Vuestro huésped.

-¡Tú!

-Amagoya y yo somos dos locos; y con tu mujer, por lo visto, hacemos tres.

-¡Calla! Pues es posible que te haya conocido como uno de los de su jaula, y que por eso diga que hace veinte años está soñando contigo.

-Soñar es, dijo García, porque yo hace veinte años apenas había nacido. Pues te aseguro, amigo Ochoa, que sólo he dado en pensar en estas cosas desde la muerte de mi pobre padre.

-¡Hola! ¿Tienes ambición? Me alegro, le contestó el merodeador apurando la escudilla.

-¡Ambición! No seáis insensato. Cuando pienso en cosas tan altas, ¿cómo he de fijarme sino en quien está más alto que yo? Mi padre, como sabéis, era guerrero infatigable, valiente; nada avaro de su sangre y riquezas, y entendido, como pocos en la montaña. Él me enseñó a leer y escribir, y entre otras cosas, con el auxilio de los monjes, la lengua fina de los godos, o por mejor decir, el latín de los romanos. Pues bien, amigo Echeverría: cuando he visto que con todas estas dotes y excelencias de Jimeno, y con ser además señor de ambas Amezcuas y de la villa de Abárzuza, ha muerto de una flecha disparada por mano desconocida, en un encuentro sólo memorable por esta desgracia, y sin dejar en el suelo vascón más rastro de sus proezas que el del águila cuando se cierne en el aire o cruza de cordillera a cordillera; ni más nombre que el que yo llevo llamándome Jiménez; entonces, amigo mío, he dicho para mí: esto no debe ser, y no será.

-Será como ha sido; será, pesia ti, hasta la consumación de los siglos. García, escarmienta conmigo, y no te empeñes en otra cosa.

-¡Cómo! ¿Tanto ha desmayado el valor de los hijos de Aitor? ¿Se ha enervado, por ventura, el brazo de aquellos que desafiaron por más de un lustro al mismo Octavio? ¿No seremos capaces de imitar las hazañas de Lecóvide y de Uchin Tamayo? ¿O nos creeremos deshonrados con terminar la guerra de los godos, como ellos pusieron fin a la de los romanos?

-¿De dónde sales, García?, le preguntó el señor de Echeverría con verdadero asombro.

-Salgo de mis Amezcuas, donde he estado hace meses sólo con el sepulcro de mi padre, con los ensueños de mi madre y los libros de mis monjes. Salgo de aprender nuestra historia, mirando no sólo a los Pirineos, sino a Roma y Toledo. Salgo dispuesto a herir en la cabeza y apuntar al corazón. Por eso, cuando en Abárzuza me han dicho: el rey viene por la derecha y Ranimiro por la izquierda a concertar el plan de campaña, he resuelto dejar pasar al monarca y acometer el antiguo tiufado de Aitormendi. ¿Qué significa vuestro asombro? ¿Tanto han cambiado las cosas desde la muerte de Jimeno, señor de las Amezcuas?

-Por lo mismo que no cambian, replicó Echeverría, deben admirarte menos mi incredulidad y pocas esperanzas. Para resistir valemos mucho, para atacar nada. No sé si te han enseñado eso tus libros; yo lo he aprendido en el de la experiencia.

Y encogiéndose de hombros apuró el vaso.

García le acompañó esta vez y permaneció algún rato en silencio, al parecer paladeando el vino, en realidad sin saber siquiera si había o no bebido.

El viejo guerrillero, menos distraído, empuñó el jarro para escanciar a su huésped, que maquinalmente alargó la taza.

-Habéis dado en el punto de la dificultad, Ochoa, dijo al fin el mancebo; somos inconquistables, mas no conquistadores. El peligro nos aprieta, la confianza nos separa.

-Algo hay de eso.

-Y aun algos, amigo mío. Cuando nuestro patriarca Aitor tomó asiento en los frescos valles del Pirineo, repartió la tierra en sendos pedazos para sus siete hijos. ¿Qué importaba que morasen unos al Septentrión y otros al Sur, si todos eran hijos de un mismo padre, y adoraban a un mismo Dios? Eran siete hermanos, que dieron siete familias, siete tribus confederadas. Las del Norte, sin embargo, se separaron luego de la hermandad, y el resultado fue la prolongación de la lucha con los romanos, la paz a que nos vimos forzados.

-Bien; pero los cuatro pueblos restantes, desde entonces, han permanecido unidos. Como emblema de la nueva confederación alzaron nuestros padres el *Lauburu*, y esas cuatro cabezas en forma de cruz son hoy nuestro estandarte.

-¡Cuatro cabezas!, exclamó García. No conozco ni hombre, ni animal, ni ser viviente que tenga más de una. Sólo los monstruos que inventaban los gentiles, tenían dos o siete; las que ellos querían. Cuatro cabezas son cuatro entendimientos, cuatro voluntades distintas, que si pueden unirse para determinado fin, nunca tendrán el mismo vigor eficaz, ni la misma disposición de ánimo. El espíritu es como un licor, cuya fragancia varía, según el tonel en que se vierte. Reunid cuatro excelentes vinos en un mismo vaso, y veréis que no hay paladar que lo resista. Y si no, ¿queréis decirme, Echeverría, cómo se gobiernan hoy los vascos para hacer la guerra?

-Muy sencillamente, contestó el interpelado. Mañana se levanta de mal humor el señor de Goñi, el de Guesálaz, o la Berrueza, porque los godos le han robado sus rebaños, o porque se le ha indigestado la cena; pues toca el cuerno de caza para congregar a sus vasallos, y los arma como puede. Cuando más, pide auxilio a los señores comarcanos, y solo, o quizás acompañado así, desciende a tierra enemiga. Tala campos, saquea granjas, dispara centenares de flechas, da cuatro tajos y reveses, y recobra el ganado con usuras, para cubrir los gastos de la guerra. Con esto se le aplaca la ira, se le sienta el estómago y torna a su palacio, y agur. ¿Ogaño se secan los pastos porque ha llovido poco, o se recuestan y se pudren las mieses porque ha llovido demasiado? Reúnense unos cuantos cofrades del campo de Arriaga, y caen, la noche menos pensada, sobre la llanura, y tornan a la montaña con algún hijo de menos, como ha sucedido siete veces a Miguel y a mí dos, o con un Jimeno de las Amezcuas tendido en parihuelas; pero con carne y lana y trigo para todo el año. Y *junac, jun*.

-Tienes razón, exclamó tristemente García.

-¿Pues no he de tenerla, si tú mismo nos estás dando el ejemplo? Ayer mañana te levantaste en Abárzuza, pensando en tus pergaminos, en tus monjes, en tu madre, o en los corzos y jabalíes de la sierra: en todo menos en los godos, en su rey y Ranimiro. De repente recibes aviso de que ese infame sale a ponerse al frente de los enjambres de tropas que preceden a Rodrigo, y ¿qué haces tú?

-Convocar a mis gentes, y como soy mancebo sin experiencia, sin arte en cosas de la guerra, buscar a mi amigo Teodosio, que es el mejor soldado de Vasconia, para que se ponga a la cabeza de la expedición; pero desgraciadamente...

-Como Teodosio tiene el valle y sus cinco pueblos seguros con su Gastelúzar, y sobre todo con sus montes de Sárbil, Urbasa y Andía, anda por esos valles de Dios en busca, no de enemigos de su cuerpo, sino de ciertos enemigos del alma, que el diablo y yo nos sabemos.

-Razón por la cual he venido yo. No lo disimulo, Echeverría. Todo casual, todo fortuito. Mal o bien, de buena o de mala gana -de buena, según creo, porque para pelear siempre estamos dispuestos-, si matamos o cogemos prisionero a Ranimiro, todos los euscaldunas nos ayudarán, y la guerra se habrá renovado por esta vez con gran ventaja para nosotros: y aquí entro yo, Echeverría. Estoy pensando hace tiempo, con la vista fija en Toledo más que en nuestras sierras, que nunca, en mejor coyuntura, podemos principiar de nuevo nuestra campaña. El imperio gótico se está desmoronando: esa abundancia de gentes, esos millares de hombres que aquí vienen, le estorban y le ahogan. Dos capitanes hay que sepan manejarlos: Ranimiro y Pelayo. Del primero he tenido que encargarme yo; del segundo nos salvará él mismo.

-¿Quién?

-Pelayo, que no quiere, y con muchísima razón, hacernos la guerra. Pues bien, ahora que no pueden, que no deben y que no saben los godos combatirnos, suspiraba yo por una imprudencia, por uno de esos días de mal humor, por una cena indigesta que nos obligase a todos a tomar las armas. Y por eso cuando ayer tarde vino a verme cierto amigo, y me dijo: el rey y Ranimiro van a pasar, exclamé: que vaya el rey donde quiera; pero Ranimiro no pasará. Y aquí tenéis, amigo Lope, lo casual y lo previsto en esta visita; es decir: lo que hay de Dios en ella, porque lo bueno previsto es inspiración, y lo imprevisto, Providencia.

-Pero ¡cuanto sabes, muchacho!, exclamó el guerrillero.

-Sólo sé que para moverme necesito de Teodosio de Goñi, de vos, de cualquiera que en achaque de lides sepa más que yo. Sólo sé, buen Ochoa, que si hemos de volver a recobrar nuestras pingües campiñas de la Ribera; si hemos de vivir en paz algún día, vos y yo, y todos los señores y súbditos vascos, necesitamos una sola cabeza, no cuatro, llámese duque, señor o rey, que el nombre es lo de menos.

García fue bruscamente interrumpido por una tremenda puñada que la robusta mano del capitán labriego descargó sobre la mesilla baja de pino, haciendo saltar el jarro y echando a rodar las escudillas sobre la yerba del arroyo.

-¡Diantres!, exclamó: no había caído en ello. ¡Un caudillo, un rey para todas las tribus! No hay más que juntarnos y nombrarlo.

-¿A quién?

-A ti.

-¡A mí! Buen Lope, te retiro la patente de sabio que acabo de concederte: no sirvo para el paso. Ni soy conocido de nadie, ni tengo edad de manejar cuatro soldados.

-Pero tienes cosas que no se me ocurren a mí, ni a ninguno de nuestra tierra, y eso es lo que vale.

-No hay que pensar en ello: no tenemos tiempo que perder, repuso García con un tono que no admitía réplica. Me he fijado en el de Goñi, y él será.

-Hombre, tú por joven no quieres, y ese por demasiado viejo no puede. ¡Mira que lleva a cuestas más de noventa Navidades!

-No me refería al padre, sino al hijo.

-¿A Teodosio?

-Todos los demás los ha perdido en la guerra.

-Y ese que le queda le perderá a él.

-¿Por qué lo dices?

-Porque Miguel de Goñi no es padre, sino padrastro con todos sus hijos, y muy singularmente con Teodosio, que hace ahí lo que quiere, y entra y sale como se le antoja. Él las pagará.

-Pero Miguel puede ser padre débil, y Teodosio duque o rey fuerte y poderoso.

-¡Calle! Pues ahora me haces caer en la cuenta de que esas coronas y ducados no han salido de tu costal, sino del zurrón que lleva a la espalda Teodosio de Goñi.

-Te aseguro que no.

-Pues yo, como viejo malicioso, lo hubiera jurado, y por lo visto muy malamente, porque te creo. Pero es rara casualidad, añadió Echeverría, bebiendo del nuevo jarro que sacó de la fuente, y con los ojuelos encandilados ya con tantos saboreos y libaciones: rara casualidad que tú hayas pensado en tronos para Teodosio, mientras él está dando los pasos necesarios, indispensables, para subir y sentarse.

-¡Teodosio!

-Teodosio. Pero en vano; porque no le hago la injuria de creer que por ser rey de los Pirineos ha de renegar de nuestro Señor Jesucristo.

-¿Qué estás diciendo, Echeverría, si lo primero que se necesita aquí para reinar, es reinar en nombre de Jesucristo?

-Pues por eso, nunca será Teodosio marido de mi sobrina, la hija de Aitor; y ni Lartaun, ni Amagoia, consentirán en que la chica se case con ningún cristiano.

-¿Qué historias son esas?, preguntó el señor de Abárzuza.

-Las que mi mujer me ha mandado contarte, y que el almuerzo, la presencia de Olalla, y nuestras dulces pláticas han aplazado.

-Sí, y el vino de Mendigorria, más dulce que las pláticas. Os ruego que no bebáis más, si habéis de cumplir el encargo de Petronila.

-Al contrario, tengo que hablar mucho; y necesidad, por consiguiente, de remojar la palabra. Pierde cuidado; conservo siempre firme la cabeza, y en cambio, he menester así, de cierto aceite o bálsamo para que no se me atraganten algunas especies.

-Os lo advierto, además, porque luego hay que pelear, y...

-Pues, hombre, precisamente para pelear se necesita llevar el corazón fortalecido con el buen mosto. Ya irás aprendiendo el oficio.

Y como para darle una lección, aunque no nueva, se echó un trago. Luego prosiguió:

-Has de saber, joven inexperto, que yo, por mi desgracia, soy no sólo de la tribu, sino casi del valle de Amagoia. Era ella, como lo es y como lo ha sido siempre, loca, furiosa a veces, y a veces simple y mentecata; y yo, mal que me esté el decirlo, de mozo y casado, hombre de seso; y no podíamos congeniar. Yo vivía feliz en mi tierra. Suelo pobre, mas no ingrato. Si yo le trataba con cariño, él me pagaba con bizarría. Si en los prados no probaba bien una yerba, traía simiente de otra, aunque fuese menester procurármela en tierra de godos. Lo mismo sucedía con los aperos. Nosotros hemos sido siempre más ganaderos que agricultores, y teníamos necesidad de aprender el oficio. ¿Y de quién se ha de aprender una cosa sino de quien mejor la sepa? Tú, por ejemplo, sabes latín, sabes hebreo, y qué sé yo cuántas cosas; pero no sabes disponer una batalla, y vienes a aprenderlo de mí. Haces perfectamente: y cuando a mí me dé por aprender a leer y escribir, y ese romano fino de los libros, acudiré a ti sin empacho. Porque yo no lo tengo, ni en confesar mi ignorancia, ni en beber delante del sol dorado.

-Como por ejemplo, le dijo García, viéndole con la taza en la mano.

-Mira, no me lo recuerdes, porque es peor, le contestó Echeverría; para quien, sin ser hegeliano, lo peor y lo mejor iban siendo una misma cosa. Pues, como iba diciendo, traía yo a casa un instrumento de labranza usado por los extraños, y quizás lo mejoraba al acomodarlo a nuestro suelo: me gustaba y me gusta vivir con holgura y disfrutar buenamente de lo que tengo: beberé mientras pueda vino hecho como Dios manda, vino de cepa, y esté segura Amagoia de que no robaré a los godos su antigua costumbre de beber cerveza de trigo; pero tampoco gastaré mucho tiempo en hacer, como los vascos, ese maldito *sagardua*, bueno sólo para refresco. Pues bien, huésped hermano: todas estas inclinaciones, formaron mi proceso ante el tribunal de la bruja de Aitor, que me condenó

como corruptor de las rancias costumbres de nuestros padres, como traidor. ¡A mí, a mí, que hiero a los godos avarientos donde más les duele, que es en la hacienda! ¡A mí, terror de los que viven en los llanos, y a quienes doy, es verdad, excelentes consejos para que cultiven bien, a fin de que luego me paguen más a gusto el tributo que en la cosecha les exija! En fin, se acabó de remachar el clavo cuando supo que yo era cristiano, y que mi mujer, la hermana de Lartaun, su cuñada...

-¿La loca?

-La loca, que (rematada y todo como está, tiene más juicio ahora, y tuvo muchísimo más entonces que Amagoya) se había bautizado para casarse conmigo.

Echeverría bajó de repente la cabeza, y guardó silencio con aire melancólico.

-¿Qué tenéis, Ochoa?, le preguntó el mancebo, que temía los efectos del vino.

-¿A que no sabes en qué estaba pensando, amigo hacedor de reyes? En una de nuestras más antiguas canciones, en que se dice hablando de los romanos enemigos:

No importa que el cuerpo ciñan
con mallas de hierro duro;
más ágiles y más sueltos
vamos nosotros desnudos.

Desnudos, esto es, con sayo de lana y en cabellos, sin nada en la cabeza... ¡Ah! Pensaba, a propósito de las cosas de Amagoya, que si mi hijo Antonio y tu padre Jimeno hubiesen tomado la malla de los godos y el casco de los romanos, tal vez a estas horas se sentarían en este yerbín y beberían sendos tragos como nosotros!... No señor: lo bueno, de donde quiera: lo bueno no tiene más patria que el cielo, que es de todos. Los romanos tomaron la *ezpata* de nosotros: ¿por qué no habíamos de adoptar nosotros coraza y capacete de los romanos?

-Bien, exclamó García impaciente ya, y temeroso de que Echeverría quedase perdido y abismado en su prolija narración: todo eso me explica la inquina de Amagoya; pero ¿qué tiene que ver con Teodosio y Ranimiro?

-Más de lo que se te figura. Dime, muñeco por la edad, si no por la estatura, que es prima-hermana de la de mi mujer: dime, ¿has oído hablar de la profecía de Aitor?

-Algo.

-Pues necesitas saberla a fondo más que el latín y el griego; que tengo yo para mí que sólo a monjes y obispos les hace falta, y tú no tienes esos ojillos traviesos para perder la vista descifrando el griego de los judíos. Pues has de saber, mocito, que esa Amagoya tenía una hermana mayor.

-Sí, Lorea. ¿Y qué? Despáchate.

-Lorea por hacerse cristiana huyó a tierra de godos y se casó con... con... ¿lo diré?

-¿Con quién?

-¡Con Ranimiro! ¡Con el godo Ranimiro! ¡Buen pago la dio!

-¿Sabes lo qué te dices? ¡Lorea, la hija de Aitor, casada con Ranimiro!...

-Sé perfectamente lo que me digo; y mira tú si para recordarlo y repetirlo, se necesita confortar el pecho con estos sorbos.

-No, no estás en ti, buen viejo, no sabes lo que te dices. Porque Ranimiro incendió el caserío de Aitor, por más que la loca diga lo contrario, y en sus llamas pereció abrasada Lorea, la hija mayor, en cuyo caso, Ranimiro sería no sólo incendiario, sino parricida, asesino de su esposa...

-¡Asesino de su esposa, de su inocente y hermosísima esposa!...

-Y a lo que dicen, también de su propia hija. ¡Imposible, Echeverría, imposible! ¡Aún cuando se trate de godos, y de godos como Ranimiro, digo y repito que es imposible!

-Pues bien, García, diciendo y repitiendo ¡es imposible! es como mi pobre mujer, la fiel amiga de Paula, se ha vuelto loca.

-Pero ¿es cierto? ¿Estoy soñando, por ventura? ¿Estás tú borracho de odio o de vino?

-Estoy en mi juicio; y la prueba es lo que te voy a decir. Una parte grande, muy grande, de lo que entonces se contó, era cierta; Ranimiro incendió el caserío, y dentro de él entre los escombros del incendio, se halló el cuerpo de su santa mujer, de Paula; pero, según la loca, su hija se salvó, su hija vive...

-¡Cómo! ¿Y esa hija de Ranimiro, esa Amaya goda, lleva la sangre de Aitor?...

-La lleva, sí, y es, según las profecías nuestra verdadera Amaya, la heredera, lo cual saben pocos, muy pocos en este mundo, y desde ahora, y por voluntad expresa de mi mujer, eres tú uno de ellos. Mira si estoy borracho. Mira si Petronila puede soñar con quien le traiga aquí a la hija de su amiga.

-Cuéntame, cuéntame, Ochoa, eso de las profecías, exclamó el joven de las Amezcuas con un acento de interés con un sobrealiento de ansiedad, que hasta la sazón no había manifestado.

-Te lo diré; pero déjame beber tranquilo.

-Bebe cuanto quieras, pero acaba presto.

-Pues has de saber, amigo mío, que esa pagana, la noche en que perdió el caserío de su padre, que no era suyo, sino de la desdichada Paula, perdió también el marido, que más que de vasco tenía trazas de judío. Quedóle a Amagoya una hermana llamada Usua, casada con mi cuñado Lartaun, del cual tuvo esa hija que es nuestra sobrina, conocida entre nosotros con el nombre de *hija de Aitor*. Esparciéronse sobre esa niña rumores misteriosos de que quiero hacerte gracia; porque más que historias parecían cuentos de viejas, buenos sólo para narrados en invierno, mientras hilan las mujeres, y nosotros asamos castañas en el hogar.

-No, no, cuéntalo todo. No me hagas ahora gracia ninguna. Dime cuanto sepas acerca de esos rumores que llamas tú misteriosos.

-Bien está. Reducido el caserío de Aitor a cenizas, Amagoya quiso reedificarlo, y como el empeño no era solamente suyo, sino de la tierra vascongada, se hizo como por ensalmo. Entonces fue cuando, bajo los escombros de la torre, se descubrió el cadáver de Paula, y fue entonces también cuando Amagoya dio en perseguir a mi mujer acusándola de espía de los godos, de amiga y cómplice de Ranimiro en los horrendos crímenes que se le achacan. ¡Qué había de hacer mi pobre Petronila, sino perder su cabeza y más que hubiera tenido, aunque fuesen tantas como el Lauburu! Tuvimos que salir de allá, tuvimos que venir acá huyendo de Amagoya, odiándola de muerte, y aborreciendo y detestando aún más a ese Ranimiro, que faltando a su palabra, a su honor de caballero y de príncipe, y a lo que se debía a sí propio como marido de Paula y favorecido un tiempo por Petronila, emborrachado de sangre y de venganza, se hundió en el abismo de la maldad y la infamia.

-Pero esos rumores...

-Pues has de saber que una de esas eternas noches de invierno hallándose Amagoya sola y dormitando en el hogar del restaurado caserío, de pronto, en el escaño de roble que yacía enfrente, vio sentado a un anciano de barba y cabellos blancos como el ampo de la nieve. Su fisonomía era cándida, la mirada bajo las nevadas cejas, dulce y cariñosa, el continente hermoso, grave y venerable vestía paños blancos festoneados de figuras celestes, a semejanza de los antiguos adivinos...

-¿Era Aitor?

-Así al menos se lo figuró Amagoya, que por mi cuenta, como el ciego del refrán, soñaba lo que quería.

-¿Y qué pasó?

-Aitor, o quien quiera que fuese, prosiguió el escéptico narrador, parece que la reprendió con bondadosa severidad por su tristeza, y le dijo que su sangre no se había extinguido, y que aún vivía una hija de Aitor; y que aquel a quien esa niña diese su mano, sería el caudillo de los vascos, el llamado a recuperar el territorio usurpado por los enemigos, y a disponer para este objeto de los inmensos tesoros que de generación en generación se habían conservado. Y diciendo estas palabras se alejó el anciano de la luenga barba, dejando en pos suavísima fragancia. Y cuenta Amagoya que el mastín de su rebaño, tendido a la sazón en el hogar, fue lamiendo las huellas de la sombra y meneando la cola con alegres ladridos

-¡Oh! Si eso es cierto, exclamó el mancebo, no hay duda: Dios permitió la aparición de Aitor. ¿Y luego?...

-El cuento se extendió con maravillosa rapidez por toda la escualerría: creció nuestra sobrina, hízose moza la hija de Lartaun, a la cual, como puedes suponer, no le han faltado, ni han de faltarle pretendientes...

-Y uno de ellos, según antes habéis dicho ¿es Teodosio de Goñi?

-¿Te lo he dicho antes? No me acuerdo. Pues bien, sí; debe ser cierto. Por aquí pasa y repasa con frecuencia. Es el camino de Aitorechea, o por decirlo claro, el de Aitormendi, y caserío de mi sobrina Amaya de Butrón. A veces entra en Echeverría y toma un bocado, y procura sonsacar a la loca algo de lo del tesoro y la historia de Paula; pero si él es reservado y cazurro, a cantar mucho y hablar poco, nadie le gana a mi mujer. Y gracias que Petronila no barrunta que por los amoríos de su sobrina trata de congraciarse con Amagoia; porque entonces sería capaz de cogerle por la garganta y retorcerle el pescuezo lo mismo que a un pollo. ¡Pero ca, tiempo perdido!

-¿Cuál?

-El que emplee Teodosio y cualquier cristiano en conquistar a Amaya. Mi sobrina no se casará sino con quien Lartaun y Amagoia quieran, y este par de gentiles no han de entregarla sino a un pagano de su estofa.

-¿Y crees tú, buen Ochoa, que quien no sea cristiano, puede ser nuestro rey?

-¡Jamás!

-Dices bien, ¡jamás! Pero en ese caso, ¿dónde se queda la profecía de Aitor?

-¿Dónde? Pregúntaselo a Petronila; dile que una pagana protegida por esa bruja de Aitormendi puede llegar a ser reina y señora nuestra, y te contestará: ¡mentira! Y añadirá: ¡la hija de Paula es la verdadera hija de Aitor!

-¡La hija de Ranimiro!

-Que es godo, pero cristiano.

-¿Eso dice Petronila?

-Eso, y añade: una pagana no será nunca heredera de los tesoros de Aitor.

-¿Y tu mujer es depositaria de esos secretos?

-¿Ahora te desayunas?

-Bebamos, amigo Ochoa, bebamos; porque llevamos charlando mucho rato.

-Nunca te he visto más puesto en razón, contestó Echeverría, rellenando las tazas antes de beber.

Pero en el punto de concluir la operación, quedóse suspenso con el jarro en la mano.

-¿Oyes?

-Sí, contestó García: el *deihadara*. Pasa tropa enemiga; pero no la que esperamos.

-Aguarda.

Y lanzó Lope un grito igual al que acababa de resonar detrás de las peñas.

-Es fácil que Ranimiro venga cerca, y que para mayor seguridad haya echado éstos por delante, observó el mancebo.

-Cierto; pero de algún tiempo acá vienen todos descuidados. Son muchos, no tienen miedo.

-¿Con que tu mujer es única depositaria de ese secreto?

-Única.

-Pero como tu mujer está loca...

-El secreto está perdido, como Dios no haga un milagro.

-Sólo Dios, en efecto...

-¡Y Amaya!, exclamó Lope.

-¿Amaya lo sabe?

-¿Amaya la pagana? No.

-¿Cuál Amaya, la goda? ¿la hija de Ranimiro?

-Tampoco. Esa hija de Aitor, única a quien correspondía saberlo, según mi mujer, es quien menos se cuida de averiguarlo. Ni ella, ni su padre. Esa es una de las cosas que más han herido la fantasía de la pobre loca: el desinterés, el desprendimiento de Ranimiro.

-Ignorarán que existe ese secreto, y que pueden tener algún derecho, siquiera soñado, a las riquezas de...

-Lo saben perfectamente. Paula dio conocimiento de todo a su marido.

-¿Y Ranimiro después no ha tratado de averiguar el secreto a título de padre de Amaya?

-Nunca. Lo ha mirado con absoluto desprecio, lo cual contrasta con las diligencias de Amagoya, que han acabado de trastornar el seso a mi pobre mujer.

-Sí, por lo que veo, Ranimiro ha visto con indiferencia la pérdida de esos tesoros cuando podía reclamarlos como suyos; pero no cuando como él estaban interesados los demás deudos. Tiene corazón, Ochoa. Pues bien, ese hombre no es tal como nosotros le apellidamos: ese hombre, no ha dado muerte a su esposa, ni ha incendiado la casa solar de su Lorea; Petronila dice bien.

-Tienes razón, ¡es imposible! pero es un hecho.

-¿Pero no dices tú que el secreto de Aitor lo guarda Amaya? ¿Qué Amaya es ésa? ¿Cuántas Amayas hay?

-Esa es otra cosa que he dicho, que se me ha escapado; pero que nada tiene que ver con lo que estamos halando. Esa Amaya es la cruz.

-Pero ¿cómo la cruz guarda ese secreto?

-¡Porque el secreto está en la cruz!

-¿Y qué cruz es ésa? ¿Dónde está esa cruz? ¿Quién la tiene?

En aquel momento resonó otro grito, el grito de triunfo, el grito deseado: ¡Iaó, iaó, iaó!

-¡Ranimiro!, exclamó Echeverría.

Y para apurar el vino que quedaba se llevó el jarro a los labios y se fue a levantar; pero cayó al suelo, y se quedó tendido al margen del manantial.

García le dirigió una mirada de lástima y se lanzó a la carrera gritando: ¡ia, ia, ia, ó, ó, ó!

Los suyos le estaban esperando a caballo.

En la cima de la roca se veía una mujer en cuclillas que oscilaba como un arco en la bahía, llevando el compás de una canción guerrera.

CAPITULO IV

Que trata de batallas desconocidas y de motines harto vulgares

Rápido como el relámpago subió García a la roca más accesible, y asomándose con precaución, tendió la vista por el valle de Araquil, hacia la Burunda, divisando a cierta distancia todavía, pelotón de gente a pie y a caballo.

La loca, mal sentada cual de costumbre, y haciendo balances al borde mismo del precipicio, con impavidez que helaba de espanto, terminaba en aquel momento la canción de Lecóvide y Uchin Tamayo, guerrera, como las circunstancias lo exigían; pero de ardor y patriotismo habituales, y por decirlo así, regulares y ordinarios. Los centinelas amezcuanos, tendidos en tierra y algo más apartados del derrumbadero, la contemplaban con tranquilidad y respeto. Estremeciéronse, sin embargo, cuando de pronto la vieron alzarse y ponerse en pie sobre el abismo, con el abandono y ligereza que pudiera tener en el hogar de su casa, pero con súbita exaltación de espíritu, expresión extraña y peregrina en aquel hasta entonces impasible rostro de máscara trágica. Este cambio, que acrecentaba el temor de una catástrofe, era debido a la presencia del joven caudillo, cuyos movimientos enérgicos, dominio de sí propio, mirada de águila y rostro iluminado con la luz del genio, la hicieron presentir instintivamente el héroe que los vascos a la sazón necesitaban.

-¡Ellos son! ¡Los godos!, gritó García: ¡a ellos!

Y descendió con los centinelas amezcuanos.

Al oír estas voces: «¡los godos! ¡a ellos!». Petronila se sintió conmovida en lo más hondo de sus entrañas. Si hubiera tenido juicio, diríamos que se había vuelto loca: tratándose de una loca, tenemos que expresarnos indicando la sospecha de que su demencia tomaba nueva faz, convirtiéndose en delirio de amor patrio, en la embriaguez de los combates; y que en semejante estado, confundiendo especies que había recogido al vuelo, paso de columnas, venida del rey, inminencia de la batalla, veía juntos a Rodrigo y Ranimiro, a los godos del Arga y los de la Barranta; los vascos en el peñón, los enemigos avanzando al frente, y resonando en torno gritos entrecortados de «¡a ellos! ¡a ellos!» como estallidos de leña arrojada al horno de una guerra santa, en que el triunfador que sobrevive alcanza lauros, y palmas inmarcesible el mártir que sucumbe. Los nombres de Paula, Amaya y Amagoya, se habían borrado ya de su fantasía: en ella campeaban sólo godos y vascos, la raza invasora y la raza independiente. Para Petronila ya no había recuerdos, ternura ni amistades: no había más que suyos y extraños, victoria o muerte.

Echóse atrás con ambas manos el cabello que le caía por la frente, y viendo acercarse al enemigo, tornó a su postura y balanceo de siempre; pero cantando, como si quisiese ser oída, con toda la fuerza de su poderoso acento:

Se alza un grito, allá en el fondo
de la sierra vascongada,
y el amo acude a la puerta,
y escucha, y dice: -¿Quién llama?
El perro que a sus pies duerme,
se despierta y se levanta,
y sus ladridos resuenan
en torno rocas cercanas.
Retumba sordo rumor
del Burunda en la garganta,
y por izquierda y derecha
rompe los ecos y avanza.
Es el lejano murmullo
de la hueste toledana,
que en apretadas falanges
serpea por la Barranta.
De la cumbre de los montes
los nuestros gritan: -¡Al arma!
y suena el cuerno de guerra,
y el amo aguza la *ezpata*.
¡Ya vienen! ¡Ya vienen! Mira:
¡parece un bosque de lanzas!
¡Cómo al pie de cien banderas
relampaguean sus armas!
¿Cuántos son? -Cuéntalos bien,
muchacho. -Allá voy... Aguarda:
uno, dos, tres, cuatro... veinte...
Tres docenas van pasadas...

Cincuenta... ciento... ¡Imposible!
¡Centenares, millaradas!
Y otras más... Perder el tiempo
fuera empeñarse en contarlas.

Todos a una arranquemos
peñascos de la montaña,
y de la cumbre lanzados,
al hondo rodando caigan.
Y aplastemos a los godos;
ni uno quede de su raza.
¿Por qué los hijos del Norte
han de invadir nuestra casa?
¿Qué tienen que hacer aquí?
¿Por qué turban nuestra calma?
Dios hizo la sierra, y quiso
que el hombre la respetara.
Ruedan peñas al barranco,
la hueste enemiga aplastan,
la sangre corre, y la carne
palpita despedazada.
¡Qué de huesos triturados!
¡Qué de miembros! ¡Qué de entrañas!
¡Huid, huid: el valor
sólo es cebo a la matanza!
Huye, ¡oh rey de plumas negras
y de capa colorada!
¡Quien fuerzas tenga y caballo,
huya, y torne a tierra llana!
Ya se van. -Y ahora, ¡oh vascos,
todos presto a la hondonada!
¡Flechas contra el fugitivo!
¡Ni uno del barranco salga!

¡Ya huyen! ¿Dónde la hueste?
¿Dónde está el bosque de lanzas?
¿Dónde las ricas banderas
a los vientos desplegadas?
Teñidas en sangre y lodo
ya no deslumbran sus armas.
-Muchacho, cuéntalos bien:
¿cuántos son? -¡Espera, calla!
Veinte, diez y nueve... quince...
doce... diez; de seis no pasan...
cinco, cuatro, tres, dos, uno.
Ni uno solo a ver se alcanza.

¡Todo se acabó! -Ya puedes
volver con tu perro a casa,
y dar un beso a tus hijos
y a tu mujer, que te aguardan;
Limpiar dardos y bocina,
tender encima la cama,
y acostarte sin cuidado
y dormir sobre tu espada.
A cebarse en carne goda
vendrán de noche las águilas,
y blancos siempre los huesos
quedarán de la batalla.

¿Qué había pasado durante este canto que no hemos querido interrumpir, y que la solemnidad del espectáculo que lo inspiraba, y las mismas exigencias de la improvisación, prolongaron más tiempo del que podía costar en otras circunstancias?

Algo, muy poco, de lo que Petronila se figuraba ver; pero muchas y muy graves cosas, que tuvieron la importancia de trascendentales acontecimientos para nuestra historia.

Enardecido más y más García con las primeras estrofas del canto, cuyos ecos llegaban a sus oídos al pie de la roca gemela, inspirado por desconocida fuerza interior, dispone en un momento el ataque con firmeza y acierto sorprendentes en su inexperiencia, superiores a sus pocos años.

Unos cuantos jinetes se adelantan hacia la parte de Pamplona, y se emboscan para salir de improviso y detener a los que intenten escaparse; sitúa el resto de la caballería detrás de un repecho, y coloca a los infantes a la falda de las peñas, ocultos en la maleza, con orden de correrse atrás y envolver y cortar la retirada al enemigo, así que acabe de entrar en el sitio escogido para el combate.

Por primera salutación van a tener los godos súbita y nutrida descarga de dardos, flechas y guijarros, que momentáneamente al menos ha de introducir en el convoy perturbación y desorden, aprovechando los cuales saldrá la caballería a completarlos.

Máximo, el hijo de Echeverría, acababa de volver al campamento, después de haber dado oportuno aviso de la llegada de Ranimiro.

-¿Los has visto?, le preguntó el joven caudillo.

-Sí; Ranimiro viene con peto de escamas, plumas negras y capa roja.

-¿Son muchos?

-Bastantes; pero la mayor parte, sólo servirán de estorbo. Siervos y siervas.

-¡Siervas!, exclamó García. Entonces tiene razón tu madre: vendrá también la hija del conde.

-¡El padre y la hija! ¡Buena presa!

-Máximo, quédate al frente de los arqueros y honderos; yo mandaré la caballería. Pero, mirad bien dónde apuntáis: sólo al convoy. Es honor nuestro que no caiga herida mujer alguna. Cuidado con la descarga.

-Toda advertencia es inútil: ya los tenemos encima.

-Pues bien, adelante, y no disparar hasta que los godos lleguen a tiro.

Máximo se sonrió, y se quedó murmurando:

-¡Oh! ¡Lo que es esta vez, como a tiro se ponga ése que ha vuelto loca a mi madre!... No se me escapará. ¡Gran día para los vascos! ¡Grande sobre todo para nuestra familia!

Un instante después, desde el bosque de Echeverri se distinguía a los bucelarios de la escolta, a los siervos, armados también, a las siervas montadas en acémilas del equipaje, y con harta satisfacción de García, formando un grupo aparte. Amaya era la única que por no separarse de su padre, venía entre los guerreros.

El prócer y su hija parecían tranquilos. Llevaban delante, a corta distancia, más de mil hombres, y acababan de salir sin el menor tropiezo del peligroso barranco de la Burunda.

-¿Qué distancia nos separa ya de Pamplona?, preguntó Amaya a su padre.

-De tres a cuatro leguas. Llegaremos antes de ponerse el sol. A Dios gracias, hemos salido con toda felicidad del único sitio en que los enemigos podían habernos molestado. De aquí en adelante el terreno es más abierto y despejado, y lleno de aldeas y caseríos que los godos hemos poseído siempre. Fuera de alguno que otro merodeador, como Echeverría, que sólo asalta a los caminantes, ningún caudillo vascón se atreve a presentarse aquí en batalla.

En aquel momento sintióse tremendo estrépito de cornetas de asta, alaridos salvajes y silbidos de flechas y dardos que cruzaron el aire. Una de las saetas dio a Ranimiro en el corazón, pero no traspasó la coraza; otra se quedó clavada en la blanca túnica de Amaya, sin que nada indicase que la dama estuviese herida.

Con la rapidez del pensamiento, volvióse Ranimiro hacia su hija diciéndola:

-Sálvate tú, tienes caballo de bríos; corre al encuentro del milenario, que va delante.

-Nada sin vos, contestó la dama.

Y arrebatando una cateya al siervo que estaba más próximo, la blandió con denuedo, gritando con fuertes y enérgicos acentos:

-¡A ellos, mis godos! ¡A salvar a mi padre!

¡Qué anomalías tiene la verdad! ¡Qué irrisiones aparentes de la consecuencia vulgar presentan a veces los caracteres humanos y la sencilla historia de los hechos! Petronila, que vivía al parecer para salvar a Ranimiro, cuando llega el trance, excita frenéticamente

a los vascos contra su protegido; y Amaya, vascongada de corazón, dulce y sencilla como una tórtola, conviértese en Belona para ponerse al frente de los godos en el combate.

Pero con juicio o sin él, Petronila era ante todo vascongada, y Amaya, buena hija, a nadie, después de Dios, amaba en el mundo más que a su padre. El imperio de un instante decide a veces de toda nuestra vida.

Sin replicar a su hija, sin decirla una palabra, porque no había momento que perder, sacudió Ranimiro fuerte latigazo al caballo de Amaya, el cual, encabritándose, dio un salto y se lanzó luego por la calzada adelante, sin que la dama, a pesar de montar admirablemente a fuer de goda, pudiese contenerlo.

Era cuanto Ranimiro apetecía por el pronto. Creía a su hija en salvo. La hacanea debía de alcanzar en breve a la columna, que sólo les llevaba media legua de ventaja. No era de temer que ningún vascongado pusiera el menor obstáculo a la fuga de una dama, de una joven, sola y sin amparo. Incorporada ésta a la tiufadía, quedaba libre de todo riesgo.

Mas de repente, y después de repetidas descargas de piedras y flechas dirigidas por Máximo contra el incendiario de Aitormendi, precipítanse *gucia* y *ezpata* en mano los vascos sobre los godos, aún no repuestos de la perturbación primera, y Ranimiro se encuentra frente a frente de García, que vino contra él enarbolando su pica.

-Ríndete, le dijo el vasco; toda resistencia es inútil.

-Morir primero, le contestó el prócer, arremetiendo a García con la destreza de veterano, y el valor de que su corazón era capaz y su desesperada situación requería.

Pero el corazón del caudillo navarro no cedía en nada al de su enemigo, y el vigor, agilidad y fuerza suplían por las ventajas que en experiencia y serenidad, por ventura, Ranimiro le llevaba.

Empeñáronse de recio en duelo a muerte; y no sabemos cómo habría terminado, si acontecimientos imprevistos no lo hubiesen interrumpido.

Los jinetes ocultos en el bosquecillo que se extendía delante del camino, salieron según las órdenes del capitán a cortar y envolver a los godos, y aparecieron precisamente dando gritos desaforados, y haciendo resonar las discordes y horribles bocinas de asta, al tiempo mismo que llegaba el caballo casi desbocado de Amaya, el cual, nuevamente asustado del estrépito y ademanes semisalvajes de los vascos, se vuelve atrás, y se lanza por la opuesta vía de Araquil y la Burunda.

-¡Mi hija! ¡mi hija!, exclamó Ranimiro al verla retroceder y cruzar sin velo ya, sin la cateya, con entrambas manos en la brida; pero firme como estatua ecuestre en aquel caballo ciego del todo y bañado en sudor, que en los saltos y gallardía semejaba ciervo perseguido.

-¡Salvémosla!, le contestó García, bajando al suelo la punta de la *gucia*.

Y alzando la voz, gritó a los suyos:

-¡Detenedla, detenedla!

Y los dos enemigos acudieron a salvar a la dama como dos hermanos.

Era ya tarde: cubriendo la retirada estaban los peones de las hondas y las flechas mandados por Máximo, y el caballo desbocado, pero huyendo de los vascos que le aterraban con sus trajes negros, descomunales gritos y movimientos, tomó como única salida la rampa de la peña en que había quedado la loca sola, asomada al portillo de las Dos Hermanas, precipicio de quinientos o seiscientos pies de altura, y por donde fatal, indefectiblemente, tenía que arrojarla, ciega y ya sin instintos la hacanea.

Petronila, más animosa que nunca por el estruendo del combate y el triunfo de los suyos, seguía cantando frenética, sin ver nada cerca de sí. Sólo en el hondo del valle percibía confusamente el encuentro y voces de los combatientes, y su extraviada fantasía le presentaba como clarísima verdad, lo que su canto, medio rapsodia, medio improvisación, tan gallardamente celebraba. La canción la absorbía por completo: restos de juicio, de memoria y de sentidos. Mientras estuviese cantando, ya podía el caballo venírsele encima, pisotearla y arrastrarla consigo al despeñadero: la loca no se apartaría ni una pulgada del borde del abismo en que iba a caer, ni perdería el compás que llevaba con todo su cuerpo.

Amaya no tenía remedio: estaba perdida; no había salvación para ella. Si se arrojaba al suelo, se estrellaba contra las peñas, y un horror instintivo a tan cruel y repugnante fin, un sentimiento de pudor y modestia, y la ignorancia misma del peligro, por no serle conocido el terreno, o no darse cuenta de él, alejaban de su mente todo otro medio de salvación que no fuera mantenerse firme en el caballo.

Pero éste acaba de llegar a la cumbre, sin freno ya, la crin erizada, sangrientos los ojos, y ciego hasta el punto de no reparar en el bulto inesperado y amedrentador de la loca oscilando en cuclillas.

Tan terrible era la situación, tan completamente subyugaba el ánimo aquel espectáculo, que vascos y godos, sin ponerse de acuerdo, sin decirse palabra, suspendieron el combate, con la vista fija en la dama, que aparecía en la cima del peñón como celestial figura, con su gracia, belleza y juventud, en medio de muchedumbres mudas de espanto, a diez o doce pasos del portillo vertical, tajado, cortado a plomo como altísima torre.

Mas de repente álzase un vasco en la opuesta roca; tiende el arco, y con audaz y rauda puntería dispara aguda flecha que se clava en el pecho del caballo. Este no se para sin embargo: caño de sangre brota de la herida; pero aún tiene vida y fuerzas el desenfrenado bruto. Pocos pasos le faltaban para despeñarse, y sólo la violencia de la carrera basta a derrumbarlo, aunque fuera cuerpo inerte.

Seguía la ansiedad: reinaba el silencio profundo y pavoroso.

En medio de él sentíase la bronca voz de la ciclópea demente, que cantaba con un entusiasmo desgarrados en aquellos indescriptibles momentos.

Afortunadamente terminaba la canción cuando el caballo se le venía encima, y alzó los ojos, y dio un grito, no de miedo sino de sorpresa, casi de júbilo al fijarse en el rostro encantador de Amaya, que comprendiendo ya su trance de muerte, y creyéndose perdida, miraba al cielo y exclamaba:

-¡Madre mía!

Alzase entonces la gigante vascongada, y con la agilidad del tigre, con el ímpetu del heroísmo o la locura, dio un salto con peligro de rodar al abismo; asió con sus nervudos brazos la cabeza del caballo, le cubrió los ojos con su cuerpo, se descolgó de su cuello, lo dejó inmóvil, lo rindió, lo postró a la orilla misma del precipicio, y se quedó mirando sin pestañear a la dama, diciéndola con alborozado acento:

-¡Paula! ¡Paula! ¡Paula! ¡Si parece que te estoy viendo! ¡Amaya! ¡Si eres lo mismo que tu madre!...

Una exclamación general, un grito unánime de júbilo, en honor de la verdad debemos decirlo, lo mismo de vascos que de godos, de amigos que de enemigos, resonó en el campo de batalla.

Todo había pasado en pocos instantes, que, sin embargo, parecían eternos.

Amaya se había arrojado del caballo a los hombros de su salvadora, la cual, fijando de pronto los ojos en el brazalete de la hija de Ranimiro, quedó nuevamente sorprendida y regocijada, y con una alegría infantil, ingenua y cándida, se puso a cantar:

¡Ay! mi querida Paula.
¡Ay! mi querida amiga.
¡Ya te tengo en mis manos,
querida amiga mía!

Y mientras esto murmuraba, con mano experta, como de persona que de antiguo conocía y manejaba aquella joya, abrió el aro, y echó a correr con ella por la rampa abajo, triscando y cantando con agilidad y soltura de que nadie la hubiera creído capaz, con alegría hermosa, franca, natural, inverosímil al parecer en un loco, y hasta impropia de aquel semblante, cetrino, ordinariamente tétrico y adusto.

Amaya se quedó en pie al lado de su hacanea muerta o desangrada. Pero sin darse todavía cuenta de lo que la había pasado, por instinto de piedad, por impulso habitual de corazón cristiano, cayó de hinojos y se prosternó exclamando:

-¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, madre mía!

Acababa de subir su padre a todo escape, trémulo y demudado, sin acordarse de la batalla, sin pensar en defenderse, sin ojos, ni corazón, ni entendimiento más que para su hija.

Echó pie al suelo, y al verla pálida, inmóvil, con la frente apoyada en las manos, lanzó un grito, creyéndola muerta.

No estaba muerta, más sí a punto de perder el sentido: la presencia de ánimo, el varonil esfuerzo, el heroico valor que hasta entonces la habían sostenido, la abandonaban ya. Pero la sangre estancada en el corazón se remueve con el grito paternal, y Amaya vuelve en sí.

Todo lo vio claro, y todo serena.

Se levantó con presteza y se arrojó a los brazos de su padre, gritando con un acento que salía vibrando desde lo hondo del pecho:

-¡Milagro, padre de mi vida! ¡Estoy buena! Nos hemos salvado.

Era imposible proferir en aquel momento palabras más consoladoras ni con más ansia deseadas.

Ranimiro, en cambio, no sabía qué decirle: repetía su nombre entre sollozos, que no se curaba de reprimir allí, por lo mismo que estaban solos, y nadie más que su hija era testigo de aquel desahogo.

Trató, sin embargo, de recobrase; porque sentía la necesidad de aprovechar los momentos, y decir algunas palabras, quizá las postreras que con libertad podía dirigir a su hija, y quizá las últimas de su vida: porque Ranimiro sabía perfectamente que estaba perdido; que los vascos, nobles, capaces de los más generosos arranques, dulces y cariñosos con el vencido, eran duros, inflexibles y salvajes tratándose de quien ofendía a sus padres, a sus tradiciones, a las cosas y personas en quien ellos idolatraban. Ranimiro esperaba el suplicio usado por sus enemigos: el precipicio de lo alto de una roca.

-Amaya, la dijo al fin: yo quedaré prisionero: tú te salvarás; déjame entre los vascos, y sálvate. Hija mía, creo después de haber oído a Munio, que ese brazalete de la cruz es algo más que una memoria de tu madre. Guárdalo siempre, y ocúltalo, hasta que llegue la ocasión, a las miradas de todo vascongado.

-Pues que...

-No lo sé: pero desde la noche aquella de Cantabria y del encargo de Eudón, me he figurado que esa joya tiene algún enlace con el secreto de Aitor. Si te vieses en algún apuro, con ella acaso podrías salvarte entre esta gente.

-¡Ah!, exclamó Amaya con un grito desgarrador: con ese brazalete quizás os hubiera salvado... Pero...

Y no se atrevió a seguir.

-¿Pero qué?...

-¡Lo he perdido! Una mujer a quien debo la vida, una vascongada con ojos de loca, que cantaba y llamaba a mi madre, se lo ha llevado.

-¡Petronila!

-Ella debía de ser.

-Ella te lo guardará.

-Pero yo lo necesito ahora, en este momento, exclamó Amaya penetrada ya del peligro que amenazaba a su padre: ¿qué me importa recobrarlo mañana? Si en esa joya está el secreto de Aitor, que me den por él vuestra libertad y vuestra vida.

-No hablemos más de esto. Amaya, si muero, ten por cierto que con la misericordia de Dios moriré como cristiano. Más pronto o más tarde, espero reunirme con tu madre en el cielo; allí te aguardamos.

-¡Padre mío!

-Allí te aguardamos... Hija mía, no nos faltes...

-Padre de mi alma: no hagáis vuestro testamento. No moriréis, y si os matan, tampoco a mí me perdonarán. No moriréis, no: un vasco me ha salvado desde la roca de enfrente: una mujer vascongada ha completado la obra de ese desconocido. No nos matarán los vascos: para algo nos ha traído Dios entre ellos. ¡Padre mío, no han de asesinar esos hombres al padre de su reina!

Y como respondiendo con el más acerbo desengaño a sus palabras de consuelo y esperanza, llegó un grito de la muchedumbre hasta lo alto del peñón, grito semejante al del pueblo judaico contra nuestro Divino Redentor.

-¡Precipítalo! ¡Precipítalo!

Mientras esto pasaba en la cima, García había cercado y hecho rendir las armas a los bucelarios y demás gente de guerra; pero tuvo la delicadeza de dejar solos todo el tiempo posible a Ranimiro y su hija, dando terminantes órdenes de que nadie fuera a interrumpirlos.

No quiso el caudillo navarro confiar a persona alguna esta forzosa y ya urgente comisión, y subía solo y a pie por el repecho de la peña, cuando los vencedores, calmada la excitación del peligro de Amaya, pensaron en el incendiario del caserío de Aitor, y creían tan justo y natural castigar al fin su crimen y vengar el odio y miserable saña que aquel antiguo, pero siempre vivo atentado revelaba, que sencillamente y como quien hace una advertencia oficiosa y casi excusada, le gritaron los suyos:

-García: ¡por el portillo abajo! Subiremos nosotros a despeñarlo.

-¡Eso no! Dejadme a mí solo con ellos. Nadie ha de subir a la peña sino yo, les contestó el caudillo con firmeza.

Pero aunque al parecer se aquietaron por el pronto los expedicionarios, no sé quién hubo de hablar con desconfianza de García; porque de repente prorrumpió toda la partida en aquel terrible grito que llegó hasta la cumbre, y heló de espanto a la hija del tiufado:

-¡Precipítalo! ¡Precipítalo!

Más terrible, más pavorosa aún que este grito fue la insubordinación, la indisciplina de unos cuantos montañeses, que *gucia* en mano, echaron a correr hacia la roca, resueltos a dar muerte a Ranimiro, despeñándolo sin más dilación desde aquella cumbre, que estaba, si es lícito hablar así, convidándoles al suplicio.

Eran cosa de dos docenas, y subían completamente desmoralizados, quizás ebrios con el vino de Máximo, excitándose mutuamente con destempladas voces contra el tiufado, repitiendo y dando por ciertas e indudables cuantas calumnias se habían esparcido por el vulgo en veinte años de rencor y despecho.

García, sin desenvainar siquiera la espada, se volvió hacia ellos sereno y tranquilo, diciéndoles con sonrisa que tenía más fuerza que escuadrón, apercebido al combate:

-¿A dónde vais, muchachos? ¿No veis que ya se arremolinan los godos y se nos quieren escapar? Id a contener a los del llano: yo me encargaré de los de arriba.

Y aquella gente, acostumbrada al respeto y sumisión a la autoridad, aquellos amotinados, que gritaban para aturdirse y sofocar quizá la voz de sus remordimientos, se volvieron confusos al campo de la refriega.

Pero de allí salían nuevos gritos contra Ranimiro.

-Aguardad, muchachos, añadió García: decir de mi parte a esa gente que se calle.

-¿Pero no sabéis quién está allí?, le contestó Máximo que venía entre los amotinados. ¿No lo distinguís bien entre los nuestros?

-No distingo a nadie: ni a ti siquiera te conocía, Máximo.

El hijo de Ochoa, dejando pasar por alto la lección, contestó:

-Pues acaba de llegar el salvador de Amaya.

-¿Quién?

-El vasco desconocido que ha disparado el arco desde el peñón de enfrente.

-¿Quién?

-Teodosio de Goñi.

El caudillo de las Amezcuas sintió entonces que por un instante se le detuvieron los latidos de su corazón.

-Corred, volad, exclamó reponiéndose al punto. Decid a Teodosio que me aguarde: que bajo al instante con los prisioneros.

Y prosiguió tranquilo hasta la cumbre, murmurando para sí:

-No puede ser cabeza de motín. Al contrario, Dios le ha traído aquí para salvarnos a todos: la vida a la goda, y el honor a mí y a los navarros.

Y asomándose a la cima, dijo a Ranimiro y su hija en correcto latín:

-¡Abajo! No estáis bien aquí tan cerca del precipicio. Corréis peligro. Seguidme.

CAPITULO V

De cómo se fue cada cual por su lado, excepto Lope de quien no se cuenta que se moviera de su sitio

Máximo decía verdad: Teodosio de Goñi se hallaba entre los vascos amotinados, mas no al frente del motín.

Volvía de la tierra baja por la parte del Norte, cuando al llegar al portillo de las Dos Hermanas le sorprendió ronco estrépito de cuernos de guerra y descomunal vocerío al otro lado de las peñas.

Hacia el camino de Guipúzcoa no había a quién preguntar la causa del alboroto: los hatos de ganado mayor y menor, estaban recogidos o abandonados por los zagales; el caserío de Echeverría, sin humo, breñas y selvas, solitarias.

Trepó el caminante por la roca opuesta a la que había servido poco antes de atalaya, con ánimo de enterarse de lo que pasaba en la calzada de Pamplona, acerca de lo cual ningún antecedente tenía.

Aquel rapazuelo que en noche tenebrosa condujo a Ranimiro a Gastelúzar, tendría ahora poco más de seis lustros. Era altivo continente, de talla mediana, robusto, fornido, de facciones duras y vigorosas, de corta barba crespa, castaña, que tiraba a rubia; pero de enormes bigotes y de mirada audaz y dominante: todo lo cual, amén del hábito de imponerse a los demás y de ser respetado y obedecido, le daban cierto aire de valentía y superioridad, que en vano se buscaría en su traje y arreos militares de *ezpata*, *gucia*, arco y aljaba, comunes a todos los montañeses.

¿Cómo este personaje, que es uno de los principales de la presente historia y de los más famosos en las tradiciones de Navarra, podía figurarse que estaba a tan corta distancia del incendiario de Aitormendi, por cuya cabeza hubiera él expuesto la suya cien y cien veces? ¿Cómo imaginar que su joven amigo, que García, el aprendiz de monje, como él lo llamaba burlándose de sus estudios, iba a sorprender al temible y nunca vencido Ranimiro, en aquel punto, donde sólo se permitía proezas de esta clase el buen Echeverría?

¡Lograr de repente aquel mancebo, más aficionado a las letras que a las armas, lo que en treinta años de combates no había podido conseguir hasta la sazón ningún otro vascongado!

Muy ajeno de estos pensamientos seguía Teodosio subiendo a la roca, de más difícil acceso entonces que la contraria, cuando de improviso cesó el estruendo de la batalla, quedando todo en silencio inexplicable, como si la tierra se hubiese tragado a entrambas huestes.

Sólo se oía el canto de la loca en el peñón frontero.

¿Qué acontecía en el camino de Iruña?

Desde la cima lo podía divisar y comprenderlo acaso de una mirada, y este afán le hacía trepar con la agilidad de un gato montés por las grietas y sinuosidades del peñasco.

Llegó por fin a la cumbre, y al asomarse, pudo contemplar el espectáculo más inesperado y sorprendente, la escena más extraña y peregrina. Godos y vascos, con las armas en la mano, pero sin hacer uso, ni acordarse de ellas, con las miradas fijas en las Dos Hermanas; todos en silencio, mezclados, confundidos como buenos amigos, y todos, sin embargo, aparejados al combate.

¿Quién mandaba los vascos? No era de fijo Lope de Echeverría, que nunca tuvo tanta gente a su disposición.

Debía de ser caudillo principal y poderoso.

¿Habíanse celebrado paces? ¿Treguas quizá? Imposible le parecía. ¡Sin contar con él y en territorio de la alta montaña, que ya podía considerar como suyo, porque era de Navarra y próximo a su valle!

Algo llegó a comprender cuando por la ondulación más saliente del terreno, que facilitaba la subida a la peña fronteriza, vio cruzar como una exhalación el caballo desbocado de Amaya. Esto le bastó para tender el arco, apercebirse, y al aparecer la cabeza de la dama en el perfil del despeñadero, disparar la flecha con la felicísima puntería que hemos celebrado.

Nadie apenas había reparado en él; porque los ojos de todos los circunstantes estaban fijos en Amaya: ocultóse detrás de un pico de la roca, y desde allí se quedó observando con vista de lince cuanto pasaba, dispuesto a descender y tomar parte en el combate si la lucha continuaba; pero a la verdad, con más ansias de descifrar aquel enigma, que de intervenir en una acción para la cual no se le había consultado, y sospechando que de ayudar a los suyos con las armas, tendría necesidad de impedir acaso alguna imprudencia o debilidad de sus amigos.

Distinguió entonces a García: vióle, con harto asombro, adoptar disposiciones acertadas para que no se le escapase ni un solo godo. Contempló el desarme del enemigo, y entonces descendió taciturno y caviloso, resuelto a no dejarse ver de nadie, avergonzado quizás de sí propio, o resentido de que el novicio de las Amezcuas se hubiese inaugurado como caudillo y señor independiente, sin contar con él, que era su amigo, su maestro en la carrera de las armas, y en cierto modo su jefe, a quien todos respetaban y obedecían en aquella región vasconica. Sin duda el resentimiento era expresión y forma de su vergüenza.

Pero la curiosidad, más poderosa que el despecho, le movió a inquirir y averiguar quién era el caudillo godo que acababa de caer en manos de García.

Aunque no había vuelto a ver a Ranimiro desde que le acompañó a Val-de-Goñi, es probable que le hubiera conocido en lo alto del peñón; pero la entrevista del padre y la

hija se había verificado fuera del alcance de las miradas de Teodosio, situado en la más baja de las dos peñas.

Presenció desde ella el salto de Petronila, la muerte del caballo, el robo del brazalete, porque todo esto pasó, como hemos visto, al borde del tajado portillo; pero no lo demás; porque instintivamente Ranimiro y Amaya se habían retirado del precipicio. Nada podía hacerle presumir que aquella sorpresa tuviese para los vascos la importancia de un gran acontecimiento; que la captura del jefe enemigo fuese para ellos de más valor que la del rey: porque reyes hacían y deshacían los godos con facilidad; pero hombres tan temibles como el tiufado no se conocieron desde Wamba, y tan cordialmente detestados como el incendiario de Aitor, ni las tradiciones y leyendas los recordaban siquiera.

Acercóse, pues, con precaución al campo del combate, y preguntó al primer montañés que encontró, quién era el capitán de los godos.

-¡Es Ranimiro!, le contestaron.

-¡Ranimiro, el de Aitormendi!

-¡El mismo! El asesino de mujeres y niños, el que los abrasa vivos.

-¿Y dónde está?

-En la peña, con su hija. Dicen que García sube a salvarlos, y eso no podemos consentirlo.

-¡Que los salve, que los salve!, exclamó Teodosio con impetuosa y extraña voz: que los guarde para mí. ¡Yo los reclamo; yo los necesito!

Y abalanzándose colérico, sin saber por qué, ni contra quién, se metió en el núcleo de la fuerza de donde salía aquel horrible clamor:

-¡Precipítalo de la peña! ¡Precipítalo!

Halló a los vascos descompuestos, furiosos contra el antiguo conde de Pamplona; pero ¡cosa singular! quien más los excitaba a la venganza y al motín, era uno de los prisioneros, un godo de los que venían con Ranimiro.

Iba sin armas, y parecía siervo o peregrino agregado a la escolta para hacer con seguridad y en buena compañía la travesía del Ebro a Pamplona.

Su traje, empero, no parecía ni militar, ni completamente godo; porque la túnica le caía hasta media pierna, y llevaba la cabeza envuelta en una especie de rostrillo que le cubría frente y cuello, dejándole la cara libre y descubierta.

Expresábase muy mal en vascuence; pero al fin se dejaba entender: y de pocas palabras había menester, en verdad, para que los vascos comprendiesen el lenguaje del rencor contra a quien tanto odiaban.

-¡A ése! ¡a ése!, decía, mitad en mal latín y mitad en peor vascuence; pero sazónada, comentada y puesta en claro la algarabía con gestos enérgicos y ademanes expresivos. ¡A

ése! No lo dejéis escapar. García quiere salvarlo: por eso va solo. Él no basta a precipitarlo de la roca. ¡Gente allá!... ¡Ahora, en caliente!... ¡Del peñón abajo! Si perece os salváis todos... Todos nos salvamos... porque yo soy tan enemigo suyo como vosotros. ¡Muera, muera nuestro mayor enemigo!

¿Cuál era el intento de aquel hombre? ¿Vengarse del tiufado, de quién estaría acaso ofendido por algún motivo especial, o quizás promover el desorden y aprovecharse de él para escapar y salvarse, y salvar a sus compañeros?

Todo podía ser; porque los vencidos, al ver a los vencedores desmoralizados, se miraban unos a otros de reojo, y se decían medias palabras, murmurando y sin mover los labios para mayor disimulo. Pero uno de los bucelarios de la escolta, liberto de Ranimiro, se acercó al desconocido, y sacando del pecho puñal que llevaba oculto, se lo clavó en el corazón, diciéndole:

-Toma, perro judío; anda a sublevar a los diablos contra Satanás.

Y arrojó el puñal al arroyo y se perdió entre los suyos, encargándoles silencio.

Cayó el peregrino sin sentido, y ni los godos trataron de denunciar al asesino, ni los vascos, que no le habían visto perpetrar el crimen, tuvieron grande empeño en averiguar lo ocurrido. Pero exaltados cada vez más con el aspecto de la sangre y lo misterioso del golpe, se pronunciaron en completo desorden, cuando se apareció inesperadamente Teodosio.

Aquel hombre, de pasiones vivas, fuertes y violentas, procedía con espantosa calma.

-¡Teodosio! ¡Teodosio!, exclamaron los montañeses: éste nos lo entregará, éste nos dará al incendiario.

-Sí, contestó el hijo de Miguel; a mí me corresponde Ranimiro: García no me lo negará; y perded cuidado: yo os daré cuenta de él.

Palabras semejantes tranquilizaron a los amotinados.

Entretanto, Ranimiro, llevando de la rienda el caballo, y dirigiendo breves, pero solemnes razones a su hija, que hacía esfuerzos por mostrarse serena y varonil, llegó al pie del peñón y se vio entre los vascos. Preguntóles con tranquilo rostro y sonrisa, entonces admirable:

-¿Quién es el jefe enemigo?

Nadie le contestó, porque el godo, desdeñando el vascuence, que sabía harto más que para hacer esa pregunta, la había dirigido en latín.

Adelantóse el gallardo y gentil mancebo de elevada estatura, que ya conocemos, y le dijo con modestia:

-Yo he sido hasta este momento el caudillo de los vascos.

-¿Cómo os llamáis?

-García Jiménez, señor de las Amezcuas y de Abárzuza.

-Pues bien, García Jiménez, me rindo a vos: tomad mi espada. Soy... Ranimiro, príncipe de la real casa de Chindasvinto, conde que ha sido de Victoriaco y de Pamplona.

-Ranimiro, yo no os he vencido, ni he medido apenas mis armas con las vuestras. Dios os ha puesto en mis manos. Quedaréis detenido entre nosotros, mientras dure la campaña que va a comenzar, para trazar cuyos planes ibais a Iruña. Pero sólo vos quedáis prisionero; porque sólo vos podéis hacernos daño. Vendréis conmigo, en la seguridad completa de que mientras viva yo, no atentaré nadie a vuestra vida. Y eso no lo digo para tranquilidad vuestra, porque os agraviaría diciéndolo: lo digo únicamente para la de esta dama. Quedaréis con la espada; sois caballero, y la palabra os ligará más que desarme, cadenas y mazmorras. Pero esta señora, y todas sus siervas y siervos, con todo su equipaje, y toda la gente que por escolta necesiten, son libres desde este momento, y pueden seguir a Pamplona, o volverse al castillo de Cantabria; si gustan, por el camino de los godos, o cruzando nuestras montañas, si prefieren el más corto. En este caso, yo les serviré de guía.

-Me quedo con mi padre, contestó Amaya.

-Pues bien, seréis nuestra huésped. Elegid ahora las siervas que os han de hacer compañía.

-No elijo a nadie, contestó secamente la princesa: si no nos salvamos todos, que no se vuelva ninguno.

-Pues si así lo queréis, así será, repuso García, disponiéndose para dar las órdenes al efecto.

Pero Ranimiro le tendió la mano y le dijo:

-García Jiménez, me habéis vencido doblemente: por la fuerza de las cosas o de las armas, y por la cortesía. Guardo mi espada; pero os doy mi palabra...

-Creo, y confío en ella.

Amaya entonces viendo el apacible y no esperado semblante que los sucesos iban tomando, se atrevió a dirigirse a García con aire de súplica, pero siempre en latín y no en el vulgar, sino en el más elegante y castizo de los libros.

-Vuestra bondad, señor de las Amezcuas, me obliga a dirigiros un ruego.

-Hablad: quien manda no ruega.

-No es una, son dos súplicas, añadió la dama: en primer lugar, un vasco a quien no he visto jamás me ha salvado, disparando una flecha a mi caballo desde la roca de enfrente, y pocos pasos antes del precipicio; quisiera saber su nombre.

-Es mi amigo Teodosio de Goñi, a cuya casa iremos a parar por de pronto. No sabía siquiera que estuviese aquí. Para que nada empañe la gratitud que le debéis, os diré que

no ha tomado parte en la lucha, ni en sus preparativos, ni en nada de lo que os pudiera ofender o mortificar. Si hay en todo esto alguna culpa, exclusivamente es mía. A él lo ha traído Dios inesperada, providencialmente, sólo para salvaros de muerte tan espantosa como inevitable.

Amaya no le contestó; pero después de haber lanzado un suspiro que en vano se esforzó por reprimir, prosiguió diciendo:

-El segundo ruego se refiere también a la otra persona de quien Dios se ha servido para mi salvación. Es una mujer que estaba sentada en la cima del peñasco, y sin cuyo heroico arrojo, a pesar de Teodosio de Goñi, hubiera yo perecido. Es alta, gigantea, desgreñada, con trazas de loca, y según creo, se llama Petronila.

-La conozco, la he visto descender de la peña, triscando y cantando.

-Ella, inocentemente, sin saber lo que hacía, se ha llevado cierta joya cuyo valor es insignificante; pero a la cual tengo en la mayor estimación y cariño, por ser recuerdo de mi pobre madre. Quisiera recobrar esa alhaja a toda costa. Os daré las señas: es un brazalete de oro, con un medallón ovalado que tiene una cruz en alto relieve...

-¡Una cruz!

-Y por orla esta leyenda vascongada: *Amaya...*

-¿Y *asierá?*, preguntó García visiblemente conmovido.

-Sí, *Amaya dá asierá*, dice la inscripción.

-¡Es ella! ¡Es ella! Pero ese medallón, esa cruz, esa *Amaya* deben de guardar un secreto...

-¡Un secreto! ¿Cuál?

-¿Lo ignoráis? ¿Nunca habéis sabido lo que llevabais?

-¡Nunca! Pero mi padre... mi padre poco ha...

-¿Sabíais vos, Ranimiro, que el medallón de la cruz encerraba un secreto?, dijo García, dirigiéndose al prisionero que los estaba escuchando silencioso.

-Ciertamente, contestó el tiufado; lo he sospechado.

-¿Y qué habéis sospechado? ¿Qué sabéis acerca del secreto? Para algo se ha hecho esa alhaja con tal arte, con tan misterioso emblema. ¿Qué encierra?

-García Jiménez, no tenéis derecho para hacer esa pregunta.

-Ranimiro, contestó el mancebo, decid más bien que no tenía necesidad de hacerla. Lo sé todo, y mi curiosidad de averiguarlo con entera certidumbre, es sólo porque redundará en favor vuestro. Creedme, sé lo que se encierra detrás de la cruz, y sólo quería aquilatar la abnegación, la nobleza de vuestra conducta, si ningún uso habéis hecho hasta ahora de los arcanos de esa joya.

-Ninguno: ni conozco esos arcanos, ni he pensado nunca en conocerlos, ni valerme de ellos.

-Es importante que habléis con toda franqueza, y aquí podéis hacerlo sin empacho, pues nadie más que yo os entiende. Sois mi cautivo, y para exigir por vos el debido rescate, añadió García, dando a su voz la inflexión y a sus labios la sonrisa indispensable para que se comprendiese el verdadero sentido de sus palabras, es preciso que sepa yo lo que valéis.

-Muy poco.

-Sin embargo, se os ha tratado injustamente, según veo, y quisiera no sólo haceros completa justicia, sino que los vascongados os la hiciesen también.

-Gracias, García, exclamó el godo casi enternecido: esa confesión y ese deseo en vuestros labios y en este momento valen mucho. Pues bien, os lo repetiré: mi mérito en el presente caso es muy corto. He sospechado que en ese brazalete está la clave del secreto de Aitor; pero la sospecha hasta pocos días ha era tan vaga, que no me he fijado nunca en ella. Desde que he visto a personas extrañas a la familia de mi mujer pensar en el brazalete, todo se me ha ido presentando con claridad. Pero ha transcurrido tan poco tiempo, que mi respeto al tesoro no significa nada. Sin embargo, creo que los vascos pudierais estar tranquilos por ahora. Es cierto que si el tesoro está, como es de suponer, oculto en tierra de vuestros dominios, no he podido ir a sacarlo; pero he podido intentar descubrir lo que encierra el brazalete, y no sólo no lo he hecho, sino que ni siquiera he vuelto a tomar esa joya en mis manos.

-¿Y eso no es grandeza de alma?, preguntó García.

-Eso no es más que respeto a la voluntad de mi mujer. Lorea, bautizada con el nombre de Paula, primogénita de la casa de Aitor, mandó guardar la joya para su hija, cuando ésta no había nacido aún. De Amaya, por consiguiente, es herencia, no mía. Yo, ni debo querer, ni quiero nada de lo que pertenece a la familia de Aitor.

-Os advierto que la hija de Lartaun de Butrón cree indisputable su derecho al tesoro: y que su tía Amagoia, y en general todos los vascos, estamos persuadidos de que Paula perdió ese derecho al casarse con vos.

-¡Y vos también lo creéis así! Me parecíais superior a ciertas preocupaciones de raza, dijo el tiufado sonriendo tristemente.

-Sí, añadió Amaya; mi padre y yo, que nunca aborrecimos a los vascos, hubiéramos querido verlos un poco más atentos a lo que dispone Dios.

-Yo creo que tanto unos como otros hemos perdido para siempre esa alhaja, desde que ha caído en poder de una loca, contestó García.

-Pues bien, borrad de vuestra memoria el encargo de mi hija, repuso con entereza Ranimiro: no busquéis ese brazalete; no preguntéis siquiera por él, García: si encierra algún secreto, dejémoslo en manos de Petronila, dejémoslo en manos de la Divina Providencia. -Amaya, añadió volviéndose hacia su hija; más confianza me inspira

Petronila loca, que otros en sano juicio. Acuérdate del judío de Toledo, acuérdate del conde de los Notarios, y no olvides tampoco que tu primer deber es restaurar el nombre de tu madre.

Confundido entre los guerreros; pero prestando al parecer más atención que nadie a Ranimiro y Amaya, y escuchando con no disimulado interés, o la conversación, o solamente el eco de la voz de los que en castizo y correcto latín hablaban, como si estuviese embelesado en oírlos, hallábase Teodosio, que dominaba con su mirada y prestigio a los vascones.

Llevaba echada sobre la frente la capucha del sayo, no por frío seguramente, pues además de que no lo hacía, podía ostentar hermosísima cabellera, rizada y copiosa, cuyos crespos mechones algo menos rubios que la barba, le caían delante de los hombros como escapándose de la prisión del capuz. Pero había en aquella singularidad un como deseo de distinguirse de los demás, una especie de alarde de recién llegado, y de extraño, por consiguiente a la expedición, en que no había tomado parte.

Si tal era su pensamiento, ciertamente no tenía necesidad ninguna de darlo a entender a las dos únicas personas que podían ignorarlo; porque García se adelantó a decirlo con toda nobleza.

Cuando terminó el diálogo, se volvió el señor de las Amezcuas hacia los suyos para dar órdenes, y quedó agradablemente sorprendido con la presencia del recién llegado, que miraba con particular interés a la hija de Ranimiro.

-¡Teodosio!, exclamó García; ¡cuánto me alegro de que hayas venido! Sin duda, te han dicho tus padres que anoche fui a buscarte.

Y sin aguardar respuesta dijo a la dama en latín, mostrándole con la vista y el ademán al heredero de Goñi.

-¿Preguntabais, hace un momento, por vuestro salvador? Aquí lo tenéis. Este es mi amigo Teodosio de Goñi, a quien debéis la vida; el más valiente y famoso caudillo de los vascos.

-Os doy gracias por vuestra bondad, y ni mi padre ni yo la olvidaremos nunca, contestó con dignidad y dulzura inexplicables, dirigiéndose al hijo de Miguel de Goñi.

Teodosio o no comprendió, o no quiso dar a entender que comprendía tan dulces palabras. Pero como no podía dudar de que a él iban enderezadas, ni de la significación que les daban los expresivos ojos y suavísimo acento de la dama, inclinó la frente, despejando con una sonrisa la nube que oscurecía su semblante.

-Te da las gracias por haberla salvado la vida, le dijo García en vascuence.

-No quiero entender otro idioma que el de mis padres, le contestó Teodosio con sequedad; pero al mismo tiempo tornó a bajar la frente ante la sublime mirada de la goda.

Aquella mirada decía al parecer: dejaos de rencillas: no os desacreditéis los vascos ante los godos.

Hecho lo cual, separándose un poco el hijo de Goñi para departir con su amigo, se le quedó mirando cual si dudase de cómo había de abordar la conversación; pero García, mancebo sencillo, ingenuo, que todo lo hacía con naturalidad, se anticipó diciéndole:

-Teodosio, ¿por dónde andas estos días? ¿En dónde te metes, que no se te encuentra en ninguna parte?

El hijo de Goñi, a pesar de su entereza y presencia de ánimo, perdió un poco el vivo color de su rostro, y le contestó casi turbado y descompuesto:

-¡Qué es eso! ¿No tienes bastante con hacer ya lo que se te antoja, que también aspiras a pedir cuentas de sus acciones a quien por lo menos es tan señor y tan independiente como tú?

-Tan independiente y tan señor, sí; tan amigo como yo tuyo, no. Teodosio, he hablado así por el sentimiento de haber venido solo a una expedición que estaba dispuesta para ti, y a la que sólo hubiera concurrido poniéndome a tus órdenes. A ti te buscaron para la sorpresa, tú debías haberla dispuesto y mandado, pero no te encontraron.

-Pues no era difícil dar conmigo, replicó murmurando Teodosio con mal encubierta ira, que le llevó, como de ordinario acontece, más lejos de lo que él quería.

-Para mí, imposible, pues no tenía, ni tengo idea de ello. Pero escogido para capitán en defecto tuyo, en vez de salir al encuentro de los enemigos por mis valles de las Amezcuas, cayendo hacia la Burunda, preferí pasar a Goñi por ver todavía si habías vuelto a casa, y allí te esperé hasta lo último, deteniéndome. Pero Dios te ha traído a tiempo, Teodosio. Has llegado oportunamente para alcanzar la única gloria de esta expedición, la de haber salvado a la dama.

-¡La única gloria!, exclamó el hijo de Miguel, sonriéndose por extraña manera; la única gloria, y has hecho prisionero a nuestro mayor y más detestado enemigo y a su hermosísima hija, rival, según parece, de su prima la de Lartaun. ¡Rico presente para Amagoya, son el prócer y la dama!

-No será García de Abárzuza y las Amezcuas, quien entregue dos cristianos al furor de esa pagana; que si ella es hija de Aitor, yo soy hijo de Jimeno, y si en la guerra ha perdido un esposo, sabe Dios cómo y por qué, yo he visto morir a mi padre, peleando brazo a brazo y frente a frente con los godos.

Esta respuesta ruborizó y tranquilizó al propio tiempo a Teodosio, que figurándose el partido que García podía sacar de su triunfo con la familia de Aitor, y quizá con la hija de Usua y Lartaun, ardía en celos anticipados.

-Supongo que por ella pedirás un buen rescate, si no para ti, al menos para los que te han acompañado, le dijo; pero ¿qué vas a hacer del sacrílego incendiario? ¿De qué roca vas a precipitarlo?

-No sé lo que haré, contestó de mal humor el capitán, ofendido ya del tono, y sobre todo de la aviesa intención que se traslucía en las mal encubiertas amenazas de Teodosio.

-Pues yo sí.

-¿Qué? ¿Tú sabes lo que voy a hacer con Ranimiro?

-¡Entrégamelo a mí, que ni soy pagano, ni he dejado de ser tu caudillo!

-Como amigo te lo entregaré, si me das palabra de respetar y cumplir las promesas que les he hecho; como caudillo mío, no; porque aún no eres rey, por más que nadie mejor que tú deba serlo. Teodosio, tú no mandas en mis prisioneros.

-¿Que no? ¿Quieres que diga media palabra, y verás cómo todos tus protegidos vuelan de la peña abajo?

-No, Teodosio, no quiero que te deshonres, ni que me mates con esa media palabra; porque ya puedes suponer que antes que el godo volara, perecería yo.

-¡Tienes razón, García, soy un insensato!, contestó Teodosio; sírvame de disculpa... Mas no, nada puede disculparme. Tú mandas en ellos. Lo reconozco. Llévalos donde te plazca.

-¿Reconoces mi derecho?

-Lo reconozco.

-Pues bien, los llevaré a tu casa.

-No podía pedirte más.

-A tu casa; pero te advierto que la dama está libre, porque yo no salgo a cautivar mujeres. En cuanto al godo, yo tampoco lo he vencido: el peligro de su hija, lo ha puesto sin pelear en mis manos. Se lo entregaré a tu padre; él lo retendrá mientras el ejército de Rodrigo nos amenace; pero después, juro por Dios y Santa María, conducirlo sano y salvo a Iruña o donde él quiera.

-Entretanto, lo llevarás esta noche...

-A Gastelúzar, te lo prometo; no podremos pasar de Goñi, y aún se nos va haciendo tarde.

-Perfectamente. A Gastelúzar, y allí me aguardas...

-Pues qué, ¿no nos acompañas? ¿No quieres venir con nosotros?

-No; me aguardas allí con todos los godos.

-Bien está.

-¿Me das palabra de dejarlos en Goñi?

-Te la doy por mi parte, y me extraña la solemnidad y ahínco con que lo pides. Por mi parte he dicho, porque esa doncella puede ir y volver o marcharse a donde guste. Así también lo he prometido, y así será.

-¿Pero no soltarás a su padre?

-Por ahora no.

-Entonces, tengo tiempo de sobra. Ella no se apartará de su lado, y yo no tardaré en volver a casa muchos días.

-Pero, ¿se puede saber, Teodosio, qué es lo que traes entre manos? ¿Por qué faltas de Goñi precisamente cuando Pelayo y Rodrigo llegan a Iruña con todo su ejército? ¿No quieres decir a tu amigo cuáles son tus intentos?

-Por ahora conviene que todo el mundo los ignore. Créelo; va en ello la salvación de... Déjame, García; harto me pesa haberte ofendido poco ha, y no poder ser en este momento más franco contigo.

García le tendió la mano, y le dijo:

-A mí no me has ofendido, ni me ofendes, Teodosio. Cumple tu obligación y guarda tus secretos, que yo respetaré tu corazón y tu conciencia.

-Gracias, amigo mío. Dios me ha traído aquí a punto para salvar a esa Amaya, y presenciar algo de lo cual pende acaso la salvación de otras muchas personas. No te digo más. Adiós, y confía en mí. Si logro lo que deseo, ¿qué nos importa a nosotros del rey ni de sus huestes?

-Una sola pregunta, Teodosio: ¿te quedas aquí esta noche?

-Es probable.

-En tal caso, te recomiendo una cosa. Amaya ha sido inocentemente despojada por la loca, por Petronila, de un brazalete de oro.

-Lo he visto desde la otra peña. No es ya probable, es seguro que esta noche la pasaré aquí.

-Pues bien, haz lo posible por recobrar esa joya y devolvérsela a su dueña.

-¡Oh! Pierde cuidado, García: haré lo posible y lo imposible por hallarla y entregársela a su dueña, exclamó Teodosio con extraño regocijo.

Y se sonrió, y se alejó detrás de las peñas, hacia la torre o caserío de Echeverría.

Iba cayendo el sol, y no había tiempo que perder si los expedicionarios habían de tornar a Val-de-Goñi, para lo cual dio García las órdenes convenientes, disponiendo que todos los godos, excepto Ranimiro y Amaya, fuesen a pie, y que se preparase a ésta un caballo a gusto de su padre. Pero hallándose ya a punto de montar, le dijeron que cierto godo mortalmente herido por uno de los suyos, estaba expirando, y quería ver a caudillo de la partida.

Suponiendo García que acaso Ranimiro y no él fuese el llamado por el moribundo, hízose acompañar por el jefe godo, por no perder un solo instante; pero cuando el herido, que

estaba desangrándose cerca del riachuelo que por allí desciende del alto de Lecumberri, conoció al magnate por el traje y armadura, lo rechazó con rabia de no haber sido comprendido, hasta que apartándose Ranimiro de su vista, se le presentó García.

-¿Quién sois?, le dijo el moribundo.

-García, señor de las Amezcuas, capitán de los vascos.

-A vos, a vos quería ver antes de morir.

-Hablad.

-¿Entendéis bien el latín?

-Como el vascuence.

-¿Y el hebreo?

-Para hablarlo no, aunque algo quiso enseñarme un monje.

-¿Pacomio?

-No. ¿Qué ha de saber Pacomio de lenguas, como no sean estofadas?

-Pues bien: yo llevo aquí un pergamino... en hebreo. Soy judío. La suerte de mis hermanos y la vuestra, es una misma; todos estamos oprimidos, vejados, igualmente perseguidos por los godos. Aquí va vuestra libertad, vuestra salvación, vuestra independencia.

-¿Nuestra libertad?

-Sí.

-¿Nuestra independencia?

-Sí, mil veces sí. Todo esto, y la ruina y destrucción de nuestros comunes enemigos.

-Explicadme...

-Juradme que a ninguno de ellos habéis de leer ni entregar este pergamino.

Y al decir esto, con mano trémula quiso sacar del pecho un rollo.

García le contestó:

-Yo nada te prometo, ni juro nunca en vano. Venga acá ese pergamino, que me pertenece como despojo de guerra; y en Dios y en mi ánima, haré de él lo que me dicten el honor y la conciencia.

-Enteraos de él. Si llegáis a comprenderlo, vascos y hebreos nos hemos salvado.

Y diciendo estas palabras, volvió a señalar el pecho, de donde García le ayudó a sacar una especie de canuto cilíndrico y sellado.

-¿Queréis más?

-No.

-¿No queréis el agua del bautismo, teniéndola tan cerca?

-Tampoco.

-¡Desdichado! ¡Mira que de este instante pende tu salvación eterna!

-No: soy israelita, y soy... soy además...

Y el judío dobló la frente y cesó de hablar.

García guardó el pergamino, el cual llevaba en latín y en caracteres romanos este sobre: «Para Rab Abraham Abén Hezra, en Pamplona».

Lo poco que del hebreo quiso enseñar a García el monje su maestro, bastaba para hacerle comprender que la carta del judío iba dirigida al principal maestro o rabino que por casualidad, o de asiento, accidental o constantemente, residía en Pamplona.

Cuando se reunió de nuevo a Ranimiro le preguntó:

-¿Conocíais a ese desdichado?

-No: al separarme de él, mientras le hablabais, he preguntado a mis siervos quién era, y me han dicho que es un judío que andaba alrededor de Cantabria, y que en Varia se ha entendido con unos mercaderes israelitas de Toledo.

-¿De Toledo?

-Sí; y que traía el camino de Pamplona. Al repasar nosotros el Ebro, se agregó a mi escolta, creyendo de este modo hacer el viaje con toda seguridad. Esto sucede con frecuencia, no se le niega a nadie, aunque sea judío. Él en pago ha querido amotinar a nuestra gente para asesinarme. Tened presente este dato, el cual me prueba que ese hombre obra en todo y procede por designio de la raza judaica, mortal enemiga de los cristianos y fautora principal, según yo creo, de los terribles males que a la cristiandad amenazan.

-¿Conocéis en Iruña a un israelita, que debe de ser de los principales, o tal vez el primero de todos, llamado Rab Abraham Abén Hezra?

-No, pero ese nombre no me coge de nuevas. No es, ciertamente, la primera vez que suena en mis oídos.

-¿En esta tierra?

-Aquí, en Vasconia.

-¿Recientemente, o mucho tiempo ha?

-No es de hoy mi recuerdo; no es de esta época. Esperad. Es de tiempos de Witiza. Años atrás, no sé quien, tal vez nuestro santísimo prelado, me preguntó si mientras fui conde de Pamplona, tuve noticia de ese gran maestro de los hebreos. Le contesté, como a vos ahora, que no; y con más exactitud que a vos, porque entonces era ciertamente la primera vez que oía el nombre de ese rabino.

-Está bien; pero ¿habéis oído lo que me ha dicho el infeliz que acaba de espirar?

-Sí; todo lo he visto, y escuchado todo.

-Se ha negado a recibir el agua del bautismo, por ser judío y otra cosa más...

-Cuyo nombre y secreto se ha llevado al otro mundo.

-¿Qué puede ser nadie más opuesto a la verdadera religión que judío? ¿Qué secta se conoce entre vosotros peor que la judaica, y sin embargo, compatible con la ceguedad de los hebreos?, preguntó García.

-No lo sé, pero hace tiempo que abrigo ciertos temores... Guardad bien ese rollo, García; tened cuidado con él: mirad a quién se lo mostráis; porque sospecho que tenéis en vuestras manos la clave de los misterios en que estamos envueltos... Quizá la salvación de España.

-Pero ¿qué podía ser ese hombre además de judío?

-Peores que judíos ha de haber otros hombres aquí y fuera de aquí, García. ¿Si será una dicha para la cristiandad que por haber yo caído prisionero, haya venido a vuestras manos la carta de ese desdichado?

-Hablaemos. Ahora seguidnos al valle de Goñi. Iremos todos: vuestra hija, sus siervas y toda vuestra gente.

-¡Cuidado con ese pergamino! García, ¡si pudierais leerlo vos solo, sin intérpretes, sin necesidad de tercera persona!

-Tal vez.

-¡Oh! Entonces confío en vuestro corazón: nos hemos salvado.

-¿Quién?

Ranimiro no se atrevió a responder: hizo cabalgar a su hija, montó él en su propio caballo, y trató de seguir a García, que daba las órdenes de emprender la marcha, no sin haber comprendido la significación del silencio del tiufado.

-Pero el godo ¿viene también con nosotros? ¿No lo ajusticiamos antes?, preguntaron algunos de los más atrevidos.

-Ranimiro irá a donde yo le lleve, replicó con entereza el mancebo de las Amezcuas: quien se quedará para siempre en el camino será el que se me oponga o me replique.

Adelante, muchachos. Llevaremos en medio de nosotros, no unos cuantos prisioneros, sino el honor de los navarros.

Y todos le obedecieron.

Tanto el tiufado como su hija lo comprendieron todo, porque sabían vascuence; pero Ranimiro lo oyó sin inmutarse, sin que nadie pudiera presumir que lo había entendido.

Amaya dirigió a García profunda e inefable mirada de gratitud.

Después dejó caer el velo sobre su rostro, sin duda para ocultar su conmoción y lágrimas que le arrancaba la precaria suerte de su padre.

CAPITULO VI

De los pasos que dio Teodosio en busca del brazalete de Amaya

Cuando Teodosio se despidió de García Jiménez, tomó, según queda dicho, el camino del fuerte o granja de Echeverría, anhelando, al parecer, por cumplir el muy encarecido encargo que acerca del brazalete le había hecho su amigo.

Ya se puede figurar el discreto lector, que no eran menester grandes encarecimientos ni recomendaciones para que el hijo de Goñi tratara, no sólo de averiguar el paradero de la misteriosa alhaja, sino de salvarla y aun de adquirirla a toda costa.

En cuanto a restituirla después a sus legítimos dueños, tampoco podía haber duda. Pero ¿quién eran éstos? ¿Los godos o los vascos? ¿La hija de Ranimiro o la de Lartaun?

Debemos suponer a Teodosio completamente decidido a favor de la última, por grandes apariencias de razón que amparasen las pretensiones de la primera.

Desde el momento en que supo o pudo presumir que el secreto por excelencia vascongado, el tesoro de la *escualerría*, se encerraba en aquella joya, ésta no podía seguir perteneciendo a los enemigos del pueblo éuscaro, fuesen cualesquiera los títulos y derechos que en favor de la goda Amaya se alegaran. Una vez perdido para ella el legado de Aitor, ya no debía recobrarlo jamás. Ni la procedencia del brazalete, ni su no interrumpida ni hasta el presente disputada posesión, ni el cariño filial, ni la voluntad de Paula, justificarían nunca que el patrimonio de los vascos, la herencia, por decirlo así, nacional, fuese a manos de los aborrecidos godos; que la riqueza guardada por espacio de tantos siglos, para beneficio y esplendor del pueblo éuscaro, sólo por el capricho, o más bien, por la defección inconcebible de una mujer de la prole de Aitor, viniera a convertirse en arma de guerra contra la raza favorecida.

Paula, en rigor, había dejado de ser vascongada desde el punto en que se hizo goda: sus derechos pasaron íntegros a sus hermanas Amagoia y Usua; y como ésta tenía sucesión y aquella no, de la Amaya de Butrón, por todas las tribus reconocida y aclamada como *hija de Aitor*, era el tesoro, y por consiguiente, todo cuanto al descubrimiento y conservación del tesoro esencialmente correspondiese y atañera.

Así, poco más o menos, discurría Teodosio; pero la imparcialidad histórica nos obliga a sospechar que, aparte de estas razones legales, tenía otras singulares y especialísimas, que más poderosa, si no más desinteresadamente, le inclinaban hacia los derechos de Amaya de Aitorechea.

Como quiera que fuese, el hijo de Miguel, que había escuchado con suma atención el diálogo de García y los dos ilustres godos al pie de la roca, y comprendido, a pesar de su afectada ignorancia del latín, la importancia y valor del brazaletes; concibió allí mismo el proyecto de apoderarse de él, rescatándole del poder de los enemigos, y poniéndolo a salvo de los caprichos, arrebatos y manías de una loca: a todo lo cual, él se creía más obligado que nadie, como presunto caudillo de los vascos en la próxima campaña, como amigo también de Lartaun y su familia.

Iba Teodosio impaciente y presuroso en busca de la codiciada joya, pero alegre y esperanzado. Si algún amargor le dejaron en el corazón el disimulo a que se creyó forzado, y el desabrimiento y sequedad con que trató al mancebo de las Amezcuas; al fin había tenido el valor de reconocer y confesar su yerro, y la inmensa satisfacción de que su amigo le encomendara por cuenta de una de las partes interesadas en el negocio, lo mismo que él trataba de ejecutar en provecho exclusivo de la otra.

-¿Qué más puedo apetecer?, se decía a sí propio, dirigiéndose ufano al caserío: estoy obligado a salvar el secreto de Aitor como el primero de los vascos, y por si esto no fuera suficiente, el mismo encargo recibo también de esa familia de godos, en mal hora enlazada con la de nuestro patriarca. Tanto unos como otros estamos interesados en que el brazaletes salga del poder de esa pobre loca: luego, Dios dirá. Esto me allana el camino para llegar al fin que me propongo: Dios me protege; Dios lo quiere.

Y aquel joven, que en medio de los grandes sofismas de su entendimiento, y de las violentas y mal refrenadas pasiones de su corazón, conservaba una fe viva y cierto fondo de religión que le protegían contra sus malos instintos, produciendo en la lucha esas anomalías y desigualdades de carácter que ya habremos notado, se detuvo un momento a santiguarse repitiendo:

-¡Dios lo quiere! Mi intención es recta: yo voy a buen fin... ¡Dios me protegerá!

Por lo demás, la empresa de recobrar el brazaletes, le parecía fácil y sencilla.

Petronila había tornado sin duda al acostumbrado hogar, a sus sempiternos murmullos, a su canticio y balance perpetuos, y por única novedad en tan monótona existencia, veríase la suspirada joya resaltando en el denegrido brazo de la demente; si es que con inocencia infantil no la había escondido donde todo el mundo pudiese verla, o cuando no, en sitio hartamente fácil de descubrirse, por las frecuentes visitas que, a modo de niña, hiciese al flamante juguete.

Al acabar de hacer la señal de la cruz, sintió la voz de una muchacha, que venía cantando por las breñas detrás de dos vacas, que al parecer, con el sonido de sendas esquilas, la acompañaban en sus regocijados cánticos.

Era Olalla, que a pretexto de apacentar el ganado, se encaminaba nuevamente hacia el portillo, sólo por el placer de acercarse nuevamente al teatro donde tantas y tan interesantes escenas se acababan de representar, y de las cuales es de presumir que la curiosa niña ni una sola había perdido.

-¿Qué es eso, futuro rey de Vasconia?, exclamó con risa tan franca como inocente; ¿tan fea te parezco que me saludas como si vieses al mismísimo diablo? ¿O por ventura me confundes con mi prima la pagana, y quieres espantarme haciéndome la cruz?

-La hija de Aitor no se espanta de la cruz de los cristianos, contestó Teodosio.

-Bueno es que se vaya acostumbrando; porque no hemos de parar hasta ponérsela en la frente.

-De lo cual me holgaría tanto como cualquier cristiano.

-Ya lo creo; y no sería todo por amor de Dios.

Y tornó a reírse con malicia siempre candorosa.

Viendo el de Goñi que no podía luchar en travesura con la gentil vaquera de Echeverría, la dijo para desviar la conversación:

-¿Y a dónde vas, Olalla, por el monte abajo?

-¿Y de dónde vienes tú, Teodosio, por el monte arriba?

-Me extraña verte llevar las vacas hacia donde están los godos.

-Más me extraña a mí verte venir como huyendo de los vascos vencedores.

-Si para vencer no han necesitado de mí, ¿qué falta les hago después de la victoria? Todo ha concluido, niña, diré yo, como la canción de tu madre: ya puedes volverte a casa con tus vacas. García, que ha sido el héroe de la jornada, añadió el de Goñi con su incorregible ironía, se ha marchado a la sierra con los prisioneros, y yo, mero testigo de tantas glorias, vengo a pedirte un pedazo de pan y un haz de heno para dormir esta noche en Echeverría.

-¿Con que ninguna parte has tomado en la función, y has sido autor nada menos de la principal hazaña?

-¿Has visto, Olalla, que cosa tan casual?, le contestó Teodosio, que se complacía en el recuerdo.

-Mejor que nadie, repuso la niña. Te he seguido los pasos, -con la mirada, se entiende, - desde que te asomaste por el camino de Aitormendi.

-¡De Aitormendi!

-O de Aitorechea, lo mismo da; replicó la vaquera encongiéndose de hombros, con tanta naturalidad como donaire. Hace mucho tiempo que no llevas otros caminos, aunque a mí

me parezcan de perdición. Río arriba y río abajo, subiendo al monte y descendiendo al valle, buscando puertos y salvando cordilleras; pero al Norte, al Norte siempre. ¡No se desviará mucho Teodosio de Goñi de la estrella polar!...

-Veo que, en efecto, me sigues bien los pasos...

-No soy yo sola, desdichado, no lo soy.

Piensan los enamorados,
piensan, y no piensan bien;
piensan que nadie los mira,
y todo el mundo los ve.

Lo ve mi padre, con torvos ojos por cierto; lo ve todo fiel cristiano con igual pena. Todos menos mi madre; ¡que si ésta lo supiera!... Y ni siquiera se lo figura; porque te cree mejor de lo que eres, y te respeta; y porque la pobre está así... como esa pagana amiga tuya se ha complacido en ponerla. -¡Pero a mí, qué? Lo mismo me da que te empeñes en casarte con mi prima, como con su tía, la viuda de Basurde...

-¡Con Amagoya!, exclamó Teodosio, prorrumpiendo en carcajadas con que se desquitó de todas las de la niña.

Pero ésta no tenía trazas de cortarse ni con navajas de afeitar, y replicó:

-Pues que, ¿no vas buscando coronas entre las hijas de Aitor? ¿No llevas entre ceja y ceja lo de la profecía? ¿Qué más te da a ti moza que viuda, si al darte su mano te entrega el cetro?

Esta vez, y con harta razón, hay que confesarlo, se picó y se dio por ofendido el hijo de Miguel, y contestó con sequedad:

-¡Calle la rapazuela! Olalla, ¿dónde está tu madre?

-Teodosio, dijo la vaquera con verdadero sentimiento: te digo estas cosas, porque te quiero; y vale más que las oigas de mis labios, que de otros que te hablarán con menos franqueza, pero también con menos cariño. Teodosio, vuélvete a Goñi; aprovecha estos días, estas horas, poniéndote al frente de todas las tribus. Te lo digo, porque lo dicen todos, y a todos nos toca muy de cerca, aunque a nadie más que a ti. Teodosio, escucha a la pobre niña, cuya voz es la de toda esta tierra: hazte rey, o duque, o capitán nuestro: que la fruta se va pasando ya de madura, y si al suelo se cae, la cogerá cualquier muñeco. Hazte rey; que después, eso de mi prima vendrá si está de Dios. Porque, Teodosio, si quieres convertirte de primero en último de los vascos, no tienes mas que casarte con una pagana.

-¡Cierto!

-¡Digo! ¡No ha de ir un hijo de Miguel de Goñi a quedarse a la zaga, sólo por enamorarse de muchachas que no estén bautizadas!

Y viendo que el caudillo guardaba silencio, añadió recelosa:

-Al menos, así me lo parece, Jaun Teodosio.

-Y también a mí, Andra Olalla.

-Gracias a Dios, que te veo puesto en razón. Pues bien, Teodosio, no pierdas el tiempo, te lo repito: deja a los monjes predicar y convertir a mozas infieles; deja el corazón de Amaya en manos de Dios. Mira que su tía Amagoya es la que manda, y que ésta es más terca que un azor, más áspera que un erizo, más cerril que un potro de Aralar, y más salvaje que lobo hambriento; mira que esa mujer no se da a partido, ni se dobla, ni se tuerce. ¿Ves lo pino que está el peñón de aquella cumbre? Pues tan tiesa es Amagoya. Sólo una mujer se ha conocido más altiva: mi madre antes de ponerse loca.

-Olalla, hablaremos en otra ocasión, contestó el de Goñi; principiaste por ofenderme, y concluyes por dejarme agradecido. Te diré lo que he dicho a García: quien me quiera, que tenga confianza en mí. Yo seré rey, porque todo el mundo se empeña en darme el cetro, y sólo quiero que se deje a mi elección el cuándo y cómo he de empuñarlo. Por ahora me voy a tu casa; necesito ver a tu madre, y si es posible a solas, mejor. Supongo que se habrá vuelto al hogar, cual de costumbre.

-Pues supones mal.

-¿Por qué?

-Porque desde que bajó de las Dos Hermanas no ha tornado al caserío.

-¿Lo sabes de cierto? ¿La has visto?, preguntó el de Goñi con alguna inquietud.

-La vi saltar como un oso al caballo de la goda; la vi detenerlo, derribarlo, completar tu obra.

-¡Salvar a la hija de Ranimiro!... Ella, ella es quien realmente la ha salvado.

-Y sabiendo bien lo que se hacía.

-Pero después... ¿a dónde ha ido después?

-La he visto correr y brincar con alegría de que no la creía capaz, con rostro radiante y hermoso como nunca me lo había figurado; exaltada, sí, pero natural; llevando en la mano una cosa que relucía al sol, y besándola y apretándola luego contra el corazón, con muestras de cariño. Debe de ser algún amuleto que la goda le ha dado agradecida.

-Bien; pero después, ¿qué ha sido de tu madre? ¿A dónde ha ido con esa cosa reluciente?

-A la montaña.

-¡A la montaña! Eso es muy vago, y yo quisiera, yo necesito saberlo a punto fijo.

-Pues te lo puedo decir, porque acabo de ver a los pastores que al reclamo del encuentro de esta mañana han bajado de Aralar...

-¿Y qué dicen de tu madre?

-Que tomó por el monte de Echarren a Ichasperri, y de aquí por la senda de Aguirigui arria...

-¡A la peña!

-Sin duda, y siempre con esa torce, patena o relicario en la mano.

-Y ¿a qué ha ido Petronila a la peña de Aralar? ¿Qué piensas tú? ¿Qué te figuras, Olalla?

-Pienso que la infeliz hará ido a esconder el regalo de la dama, como si fuese un tesoro: pienso que si la expresión natural de su semblante podía infundir alguna esperanza de curación, eso de escaparse al monte con tan insignificante joya, es para descorazonarnos; eso es de loca.

-Mira, Olalla, ya no voy a tu casa.

-Lo siento. Y si es para volver al Norte, lo sentiré más.

-¿Tienes pan?

-Una hogaza entera. Me la eché al saco con algunas otras cosillas, por si alguno de los nuestros no había podido comer...

-Perfectamente. Esas vacas ¿tienen algo de leche?

-Poca será, porque las he ordeñado esta mañana, y con este trastorno no he podido hasta ahora sacarlas a pacer.

-Dame la que sea. Apenas me he desayunado hoy...

-¡Pobrecillo! Y dentro de poco será hora de cenar. Mira, Teodosio, ven a casa, allí tenemos de todo.

-No, no puedo perder momento. Me basta un cuenco de leche y un pedazo de pan. Luego vaciaré en mi morral las provisiones del tuyo, y marcharé, no al Norte, no, sino al Poniente, por esos montes despoblados en busca de tu madre.

-¡Oh! Pero ella volverá, contestó la hija, no tengas ningún cuidado. Volverá, vendrá a cenar y a dormir a casa. Nadie se mete aquí con ella. Aquí no estamos como allá abajo, cerca de su hermano Lartaun, o de su cuñada Amagoya. Aquí todos somos amigos; porque el peligro nos une, y no tenemos vagar para esas rencillas, propias de brujas que ponen el grito en el cielo, porque una vez, sólo una vez, al cabo de tres siglos, se descolgaron los godos por Aitormendi. Aquí los tenemos como moscas, y encuentros y refriegas más frecuentes que malos nublados.

La niña, que tenía tanta soltura como desparpajo, daba muestras de haber sido educada por su padre, pues aprovechaba el tiempo a maravilla, hablando y haciendo obras de misericordia, esto es, dando de comer al hambriento futuro señor de Goñi, y presunto rey de Navarra.

Del blanco morral que traía al lado, sacó limpio un cuenco de madera y una hogaza, y puesta de hinojos delante de una vaca, la ordeñó hasta que la leche caliente y espumosa rebasó los bordes de la cazuela.

-Toma, añadió, presentando a Teodosio la frugal merienda con toda bizarría.

El de Goñi se había sentado a la sombra de unos olmos para tomar la leche, y la muchacha se colocó a su lado sin ceremonia, y con la mano bajo la barba y el codo en la rodilla, le estaba contemplando sin pestañear.

Era morena, de cara redonda y de ojos llenos de candor y travesura.

-¡Qué apetito, qué apetito!, exclamó. ¡Bien se conoce que vienes de tierra de infieles! ¡Y qué mal te corresponden los muy gentiles! ¡Por mi santiguada, que esos pícaros, paganos y todo como son, te han hecho ayunar sin devoción alguna!

En efecto, Teodosio de Goñi sentía inefable satisfacción en comer aquel pan moreno empapado en templada y sustanciosa leche: gozabase sentado enfrente de aquella inocente y gentil muchacha, llena de sencilla y graciosa malicia, y extendía los ojos por los desiguales contornos de las azuladas sierras y las violadas tintas de los valles, que en vano procuran imitar las suaves nieblas del fuego de Bengala. Miraba como distraído los juegos del sol de Poniente, que por las aberturas de las opuestas peñas se abría paso a los barrancos, como esos desprendimientos de celestial fulgor que envuelven la cabeza de los bienaventurados en los cuadros de Zurbarán o de Murillo. No perdía ni el canto de las aves que ya buscaban su nido; ni el vuelo de las palomas que tornaban a las almenas de la torre, como el inocente busca el amparo de los fuertes; ni el susurro del aire ni el murmullo de los manantiales, ninguno de los misteriosos encantos de la tarde. En suma, Teodosio como presintiendo su próxima ventura, disfrutaba de todo cuanto veía y le rodeaba. ¡Extraña condición la suya, tan dada por el vigor de su cuerpo a los arrebatos y ceguedad de la materia, como por la vaguedad de su espíritu al embeleso de la contemplación!

La muchacha parecía como encantada de verle comer y gozar, y hubiera querido que no tuviese tanta prisa por marcharse.

Cuando Teodosio acabó de tomar la leche, le dijo Olalla:

-Vamos, ahora, este cuarto de cabrito.

Y sacó de su zurrón pastoril, no mal provisto, según trazas una pierna asada y con el riñón bien cubierto, que fiambre y todo, despedía excitante y seductora fragancia.

-Gracias, niña, gracias, le contestó Teodosio, por ahora tengo bastante; lo guardaré para la noche.

-Pero, ¿no te he dicho que mi madre ha de volver?

-Sí, pero necesito encontrarla cuanto antes, para que nadie le quite esa cosa que relucía en sus manos, y es el brazalet de la dama goda.

-Nadie quita aquí nada, como no sea vascos a godos, y godos a vascos; porque eso está en el orden, repuso la hija del merodeador.

-Sí, pero quitar a tu madre ese brazalete no sería hurtar; porque ella, sin saber lo que hacía, se lo arrebató del brazo a la goda, la cual lo reclama.

-¿Por qué?

-Porque dice que es suyo.

-¡Cómo! ¿Y echa de menos ese juguete que puede distraer siquiera algunos momentos a una pobre loca a quien debe la vida?, dijo Olalla con muy sentido, pero desdeñoso acento.

-Esa joya es para la dama de inapreciable valor. Por ella daría quizá cuanto posee; porque es la única memoria que le ha quedado de su desdichada madre.

-No se perderá en manos de la mía. Porque la madre de esa dama era Paula, íntima amiga de mi madre; y el cariño que aún la tiene -bien lo has podido observar- es superior a la demencia; ha sobrevivido a la muerte de su razón. ¡Si ese brazalete ha pertenecido a Paula, si en tanta estima lo tenía, yo te lo aseguro, no se perderá!

-¿De veras?

-Y ahora me haces caer en la cuenta de los pasos de mi madre; ahora lo veo todo con claridad. Somos felices, nos hemos salvado, exclamó la niña como súbitamente inspirada y con un arrebató de alegría.

-¿Por qué?

-Porque eso de irse tan lejos para esconder, sin duda, no una joyuela cualquiera, sino el brazalete de Paula, pensando en el cual la he sorprendido alguna vez, lejos de ser acto de locura, como antes creía, paréceme prueba de que mi madre ha recobrado el juicio.

-Explícate, muchacha, dijo Teodosio procurando disimular la mala impresión que le producían estas palabras.

-Teodosio, yo no sé más sino que soy su hija, y que en los años que cuento todavía no he recibido una caricia de mi madre; mientras que para su antigua amiga, ni pasa el tiempo, ni hay locura que valga: sólo sé que el amor que la tiene parece que se extiende... ¿a quién, te diré yo? al mismo Ranimiro...

-Bien, pero ¿cómo supones tú que trata de esconder el brazalete, y que eso es prueba de que tu madre ha recobrado el juicio?

-¿Qué sé yo? Porque en las cosas que atañen a su amiga Paula creo que nunca lo ha perdido. Y luego, bien lo puedes conocer tú; una loca no hace eso; no anda así dos o tres horas de camino... Algún fin ha de tener... Por alguna razón se ha de guiar y si obra con intención... conocimiento tiene.

-¡Cierto! ¡Cierto!, exclamó Teodosio desconcertado: discurre bien. Pero si ha escondido esa joya en la inmensa montaña de Aralar, echarnos a buscarla sería tiempo perdido...

-¿Qué sima?, preguntó turbado el caudillo.

-En la peña, contestó Olalla, hay una cueva, y en la cueva, un pozo muy hondo, muy hondo, a donde mi pobre madre, sin saber lo que se hace, tira algunas cosas creyendo que las guarda. Y en efecto, bien guardado está lo que allí cae... No hay miedo de que nadie saque nada de allí.

-¿Tan profunda es la sima?

-No sólo profunda, sino madriguera de dragones...

-¡De dragones!

-Siempre se ha creído que por lo menos un dragón se oculta en el fondo.

Calló la niña, y el hijo de Miguel, por disimular su mal humor y su inquietud, por tomarse tiempo para discurrir, por hacer algo en la impaciencia que le devoraba, trepó a los peñascos que circundan el barranco, y parecen como cimienta de aquel soberano monte; y al llegar a la altura volvióse al Occidente, tendió la vista por la sierra, y gritó:

-Sube, Olalla, sube si puedes.

La vaquerilla, que conocía a palmas aquel terreno, subió fácilmente por un sendero.

-Mira, le dijo Teodosio, con una mano sobre las cejas para que no le ofendiesen los rayos del sol, y señalando con la otra una persona que descendía de la parte de Aralar. ¿La conoces?

-Es mi madre que se vuelve a casa. ¿No te lo decía yo?

-Y baja presurosa, pero naturalmente.

-Sí, Teodosio, sí: esa manera de andar no es de loca. Ya no salta, no brinca... sigue derecha su camino... el camino más breve... Tiene prisa por llegar. ¡Bendito sea Dios! Yo sí que voy a perder el juicio, si llego a tener madre que me conozca y que me quiera.

-Saldremos a su encuentro.

-No, no la interrumpamos, no la contrariemos en nada. Ella volverá... Viene desalada... Diríase que le falta el tiempo para hacernos felices...

La observación de Olalla le pareció a Teodosio prudentísima; fuera de que, en las subidas y bajadas, vueltas y revueltas de aquel camino casi discrecional de cabras y pastores, era no sólo fácil, sino probabilísimo que se cruzaran sin encontrarse.

Aguardaron, pues. No quiso Teodosio descender de los peñascos, como si temiera que Petronila se le fuese a escapar; hasta que, al fin, puesto ya el sol, sintieron el *irrintza* lanzado por la poderosa garganta de la gigante.

-¡Abajo!, dijo Olalla: todo como siempre.

Y descendieron a la pradera. Encima de las rocas se apareció luego la colosal figura de la cantora, que conoció a su hija y le gritó:

-¡Olalla, Olalla! ¡Victoria completa!

En seguida principió a cantar:

En somo, somo la sierra,
se alza el peñón de Aralar,
y allá, en el hondo, en el hondo,
nuestros tesoros están.
La cruz vencerá al dragón,
cruz a la cruz guardará...

-¡Hija de mi vida!, exclamó suspendiendo el canto repentinamente: ¡ya soy feliz! Ya está entre nosotros.

Momentos después, la pobre niña, que miraba a la cantora con desconfianza, recibía el primer abrazo, el primer beso, y lo que para ella fue todavía más consolador, las primeras lágrimas de su madre.

-¡Qué gozo, madre de mi vida!

-¡Qué triunfo!, le contestó Petronila, cuya mirada parecía algo extraviada aún.

-Sí, todos nos hemos salvado.

-*Todo* se ha salvado, Olalla.

-Aquí tenéis al hijo de Miguel de Goñi, que ha disparado la flecha contra el caballo de la dama.

-Sí, dijo Teodosio adelantándose; yo os he ayudado a salvar a la hija de Ranimiro.

-¡A la hija de Aitor!, exclamó Petronila, frunciendo el entrecejo. Se la puede robar su casa, pero no su sangre...

-A la dama goda. Es una dama, al fin, aunque hija de nuestro mayor enemigo.

Petronila le miró de arriba abajo, y se puso a cantar, con harto desconuelo de su hija, que la escuchaba llorando:

Torre de Aitor, será un monstruo
quien te asalta a fuego y sangre;
pero quien mata a su hermana,
ese es un monstruo más grande.
-El día en que me dio a luz,
y en dos se partió mi madre,
mil gallinas se mataron,

corderos a centenares.
Me casé con ese godo,
y en mi boda no hubo nadie:
ni el cura que nos bendijo
quiso a la mesa sentarse.
Torre de Aitor, que servías
de palomar a mi padre,
dentro tus cuatro paredes
mi hermana me mata de hambre.
-¡Torre de Aitor, será un monstruo
quien te asalta a fuego y sangre;
pero quien mata a su hermana,
ése es un monstruo más grande!

Olalla, como sabemos, comprendía perfectamente el significado de los cantos de su madre; pero en la presente ocasión, ni costumbre, ni agudeza de ingenio, eran necesarias para conocer todo el alcance de aquellas estrofas, que la mal curada loca tomaba de antiguas canciones, y con pasmosa facilidad acomodaba a lo presente.

Teodosio mismo, que a pesar de transitar tanto por aquel valle, no abusaba ciertamente de la hospitalidad de Echeverría, cayó luego en la cuenta de que Petronila le había contado a su manera la historia tan interesante como terrible, tan misteriosa como nueva, de la noche de Aitormendi; y teniendo en descifrar el enigma del incendio, relacionado indudablemente con el brazalet y el secreto de Aitor, más vivo interés que ningún otro vascongado, se apresuró a sacar el partido posible de aquel lúcido intervalo, antes que cualquier accidente imprevisto se lo impidiese.

Por eso, acercándose a Petronila, la dijo:

-Petronila, los dos hemos salvado a la goda: yo hiriendo a su caballo, vos deteniéndole al borde del abismo. Amaya os está vivamente agradecida; pero echa de menos el brazalet de su madre.

La loca por toda respuesta se puso a cantar:

¡Ay, hija de mis entrañas,
cuando mi seno rasgaste,
en el palomar de Aitor
un cuervo vino a posarse!
Cuá, cuá, graznaba, y te dije:
-«Éste viene a devorarte,
que te ve recién nacida,
y sin cuna y sin pañales.
Y aunque en la torre de Aitor
y en la casa de tus padres,
de frío vas a morir,
y barrunta tu cadáver».

Hija de mi corazón,
¿Por qué me llamas tan tarde?
¿Por qué has de ser enemiga
de la amiga de tu madre?

-¿Lo habéis oído?, repitió Teodosio; echa de menos Amaya el recuerdo de Paula: teme que la joya se pierda.

Y Petronila, sonriéndose con una expresión de sublime inteligencia y de supremo desdén, le contestó:

-Tranquilízate. ¡No se perderá!

-Pero la goda lo reclama como suyo.

-¡Mío es por ahora! Suya podrá ser la joya; pero lo que encierra es mío.

-¿Cómo así?

-El secreto de Aitor ha vuelto a mis manos. ¡Es mío, sólo mío mientras corra peligro en las de Amaya! Así me lo hizo jurar su madre, y así lo cumplo; y el ansia de cumplir lo prometido, y Dios que oyó mi juramento me preservarán de la locura. Pero si la Providencia lo dispone de otro modo, Teodosio, déjame decir una palabra antes que vuelva a perder el juicio: ¿Sabes tú quién dio fuego al palacio de Aitor?

-¡El goda! ¿Quién lo duda?

-¡No fue Ranimiro!

-¿Pues quién?... ¿Quién pudo ser sino ese bárbaro?

-¿Sabes tú lo que ese brazalete encierra?

-Decídmelo. Eso es lo que debo y quiero saber.

-¡El secreto de Aitor!, exclamó Petronila con su antigua altivez. Ya lo sabes. Vete, díselo a tu Amagoya: vete, y dile que ya no estoy loca, que no quiero estar loca; que necesito el juicio, mi sano juicio; y que lo conservaré, Dios mediante. ¡Dios mío, yo no quiero estar loca!

-Bien; pero si Amaya reclama, no el secreto, que no es suyo, porque es goda, sino el recuerdo, la memoria, la joya de su madre, ¿dónde le diré que puede recobrarla?

-¡Pobre infeliz! A ti te lo digo, Teodosio no a ella. ¡Pobre infeliz, que quieres esconder tu ambición, tu codicia y tu infidelidad detrás de mi cariño! Dile que esa joya queda en Aralar, el rey de los montes en esta cordillera.

-¿En qué punto?

-¿También eso? Dile que la joya está en la sima, lo entiendes, en la sima de Aralar, sobre la cual he puesto una cruz... Ya lo ves, que no me duelen prendas. ¡Ningún vascongado,

cristiano ni gentil, es capaz de remover y derribar la cruz, cuyos brazos se extienden protegiendo el tesoro de nuestros padres!

-¡Cielos!, exclamó Teodosio retrocediendo de su curiosidad ante aquel hermoso y profundo misterio de la sencilla fe de Petronila.

-Sí; la cruz vascongada protege desde esa montaña toda la *escualerría*. Vete a buscar ese nuevo tesoro. Atrévete tú, hijo de Jaun Miguel y de Andra Plácida de Goñi; atrévete a robar a las tribus del *lauburu* su nueva y santa enseña.

-No, no será así, Petronila. En esa nueva enseña, más que en la antigua confío... Por ella trabajo...

-¿De veras? Pues bien, confía en ella, Teodosio: ten el valor de tu vocación, y sé bueno, y sé mi amigo. Si necesitamos reyes, tú lo serás, o los harás tú. Sacúdete manto y túnica de toda inmundicia pagana. Somos del cielo antes que de la tierra: el dios de la *escualerría* es *Jaungoicoa*, el señor de lo alto; y quien mira de arriba, nos mira a todos.

-¿Qué quieres decir?, exclamó Teodosio, cada vez más preocupado, no sabiendo ya si estaba escuchando los desatinos de una demente, o las sublimes verdades de una inesperada profetisa.

-¿Lo sé yo, por ventura?, respondióle ésta. Quien viera de una mirada lo que yo he ido viendo día por día y año tras año, estallaría de espanto y horror como tonel de vino que hierve sin salida: quien sepa concebir y quiera ejecutar lo que yo pienso...

-¿Pero qué piensas?...

-¡Esta mañana he traslucido mi pensamiento en los ojos de García!, dijo Petronila con la vista nuevamente extraviada.

-¡De García!

-¡Son ellos!... ¡La nube de langostas africanas viene a caer sobre las selvas verdes y frondosas de los Pirineos!... ¡Ellos! Basurde... Abraham... sobre el palacio y tesoro de Aitor...

Y dándole la mano con vigor y energía más que varoniles, soltó la voz y se puso a cantar como loca:

Torre de Aitor, será un monstruo... etc.

Olalla miró a Teodosio con tristeza, no exenta de amargura: -¡Ah! Venía bien; volvía tal vez curada, y la has trastornado de nuevo el juicio.

El hijo de Goñi comprendió que aquella reconvención no era del todo infundada, por más que no fuese completamente justa; pero no queriendo luchar con el dolor de una hija, ni perder en disculpas momentos que debía aprovechar para la ejecución de sus ocultos planes, se despidió de la niña, tomando el camino de Navarra por el lugarcillo de Echeverri.

Cuando perdió de vista la torre almenada con techo de pizarra puntiagudo; cuando observó que los zagales encerraban sus rebaños en el aprisco, y dejó de percibir en los corrales el balido de los corderillos recién nacidos, blancos y sin mancha, que aguardaban hambrientos e impacientes la llegada de las madres; torcióse hacia la derecha, y dejando el rellano de la aldea, tomó pecho arriba por la parte de Eguiarreta hacia la montaña, célebre hoy por los extraños acontecimientos que son objeto de la presente historia.

Cuando se vio fuera del camino y entre los bosques y asperezas de aquellas breñas, buscó las chozas y majadas de que antes huía, y habiéndose encontrado con un carbonero, le preguntó si por casualidad había visto aquella tarde a la loca de Echeverría, que de esta manera antonomástica era, aún más que por su nombre, conocida en la comarca.

Contestóle afirmativamente el tiznado montañés, añadiendo que le dejó asombrado verla trepar a la cueva y sepultarse en ella.

-¿Vístela salir?

-No, señor, contestó el carbonero de Aralar; pero de seguro que no está dentro, porque al cabo de un rato, movido de curiosidad, entré en la cueva por ver qué hacía allí la loca, y no la encontré. Sin duda se había marchado, echándose por derrumbaderos de cabras para bajar más presto.

-Y en la cueva ¿qué hizo la loca? ¿No visteis allí nada que llamara vuestra atención?

-Sólo una cruz de palo enclavada en la hendidura de la peña.

-¡Hola! ¡Una cruz de madera! ¿Pero de hechura reciente?

-La loca acababa de plantarla allí. Eso se conocía claramente.

-¿Y qué habéis hecho de ella?

-¿Qué he hecho de la cruz de palo?, exclamó el carbonero, extrañando la pregunta: rezar y dejarla en su sitio.

-¿Y qué hay debajo de la cruz?

-¿Debajo de la cruz? ¡Qué preguntas! Debajo está la sima.

-De manera que la cruz se alza sobre la sima.

-Sobre la misma boca del pozo.

-¿Y nunca habéis descendido a él?

-¡Bajar al pozo! Jamás. Ni yo, ni nadie. Aunque no debe de ser difícil porque no parece muy hondo, según suenan las piedras que yo he tirado.

-Pues bien, hermano: yo seré el primero. Cuento contigo para bajar esta misma noche.

-¿Y el dragón que hay dentro?

-No le tengo miedo. Soy devoto de San Miguel, y tú sabes bien qué cuenta da el arcángel de los dragones.

-¡Pero sin más ni más descender a la sima! Eso es tentar a Dios.

-No es tentarle, sino intentar una buena obra.

-¿Cuál?

-¿Qué os importa?, contestó Teodosio con severa voz y agrio semblante.

Pero después de haber reflexionado algunos instantes, añadió dulcificando rostro y acento: Hermano, has visto entrar en la cueva, pero no salir, a la loca de Echeverría: esa circunstancia y la cruz de madera, me hacen sospechar si en un raptó de locura se habrá tirado esa infeliz al pozo. Es preciso averiguarlo. Con que arriba os espero. Deja el horno a buen recaudo, y sube luego con cuerda, luquetes y teas. Tú nada temas; que al pozo yo solo he de ajar. ¿Me conoces?

-Os he visto pasar algunas veces de la sierra de Andía a la de Ahuñemendi y descender al valle de Butrón.

-Soy Teodosio de Goñi, y si me sirves, no quedarás descontento de mí.

-¿Queréis que suban mi mujer y mis hijos para ayudarnos?

-No hacen falta. Por el contrario, que se queden en la *chabola* cuidando de la hoguera: quiero que esto de la sima sea un secreto entre vos y yo.

-Así será; esperadme arriba, que no tardaré en reunirme con vos. Afortunadamente, tendremos buena luna.

Teodosio llegó poco a poco a la cumbre de la montaña, en cuya espaciosa meseta de peña viva álzase hoy la gran basílica de San Miguel de *Excelsis*, tan rica un tiempo de hospederías, señora de la villa de Muruela y de grandes fábricas y caseríos. La iglesia cubre la boca de la cueva, y por consiguiente, el pozo donde Petronila había arrojado el brazaete de Amaya. A la sazón, ni templo, ni casas, ni monasterio, ni hospederías existían. La cumbre estaba cubierta de matas de robles y carrascos, que brotaban de las grietas; la cueva, formada por un hundimiento brusco de la roca caliza, medio oculta entre espinos y matorrales; y allá dentro, en el fondo, bajo una concavidad, descubriáse la boca de la sima, sobre la cual, improvisada y tosca cruz tendía al aire y medio inclinada hacia el fondo, sus brazos protectores.

No había duda; aquella cruz había sido puesta allí pocas horas antes, y sólo persona de colosal estatura y de hercúleas fuerzas podía haberla hincado tan honda y firme sobre el abismo.

Sentóse Teodosio a la entrada de la gruta, sumido en tan graves reflexiones, que se olvidó de la temerosa soledad en que yacía; pero en la inquietud con que de cuando en cuando se levantaba a mirar hacia la subida, daba a conocer la impaciencia, la ansiedad con que esperaba al carbonero.

CAPITULO VII

En que se cuenta quién salió de la sima de Aralar, del habla que tuvo con Teodosio, y de la boda que le propuso

Si la montaña de Aralar, magnífico eslabón de la cadena pirenaica, que se alza soberbio hasta enfrente de las sierras de Urbasa y Andía, y al lado de las de San Adrián y Gorbea, tiene suma importancia en el orden geográfico, no menor le corresponde en el orden histórico y tradicional.

Los autores que apoyándose en la dudosa autoridad del historiador Flavio Josefo, suponen tubalina, y por consiguiente jafética, la misteriosa raza eúscara; fijan desde luego su atención en el nombre de Aralar, que con poca diferencia es el mismo que en griego lleva la Armenia, primer solar del linaje humano, después del universal diluvio.

Esta semejanza de voces por sí sola, no daría siquiera margen a racionales conjeturas; pero se presenta acompañada de notables coincidencias. Resalta desde luego que a la falda de Aralar, en el valle mismo de Larraun, nace un río llamado Araxes; y Araxes se llama también el río armenio, hermano del Eúfrates que desemboca en el mar Caspio; Gordeya, el monte de Ararat en que posó el arca, y Gorbea y antes Gordeya, el gran nudo de la misma espina dorsal que Aralar, y teatro, como recordará el lector, de los primeros acontecimientos de nuestra historia. Estrabón nos cuenta que uno de los ríos de Armenia se denomina Arago, y Arago, sin quitar ni añadir una tilde, con el artículo *á* pospuesto, *Aragoá*, se dice en vascuence el Arga, que corre por la cuenca de Pamplona y recibe las aguas del Larraun y el Araquil unidos al descender de la sierra de Aralar.

Todo esto y los sucesos históricos y hasta de carácter sobrenatural que allí ocurrieron, prestan al monte cierta aureola de misterio, que parece como indicio de especialísima y perdurable Providencia.

La peña de San Miguel de Excelsis, último escalón de la más empinada cumbre, que se eleva hacia el Norte a distancia de cinco minutos, era entonces fragosísimo desierto. De día rarísima vez trepaban hasta la mesa de la cueva cabras desmanadas que los pastores con la honda, y los mastines a fuerza de carreras y ladridos, solían hacer tornar al rebaño: de noche, los osos, lobos, jabalíes y otras fieras quedaban dueños del campo.

Teodosio no se asustaba de alimañas, ni de hombres: no se acordaba siquiera del peligro, no conocía el miedo. Crédulo como generalmente son las gentes rudas y de corazón abierto, su mismo valor y la costumbre de mandar le hacía, sin embargo, superior a cierta clase de preocupaciones. Pero ni la imaginación, ni las reflexiones le llevaban, a la sazón, por ese lado: no le asaltaba la superstición, no temía al descomunal vestigio, al nunca visto dragón de la sima; hartó tenía que meditar en los extraordinarios, inesperados y nada fantásticos sucesos que habían presenciado.

De vuelta de Aitormendi o de Butrón se halló de improviso con un héroe que, según se exaltaba y se daba a conocer, podía en poco tiempo eclipsar todas las glorias de sus contemporáneos. La sorpresa de las Dos Hermanas, la inesperada captura de Ranimiro,

no podía menos de dar a García Jiménez nombre y fama temibles para quien no admitía rival ni en su amor, ni en sus aspiraciones al trono. Nada, es cierto, le disputaba el mancebo de Abárzuza y las Amezcuas, modesto, sencillo, ingenuo y sin ambición; pero sin quererlo podía despojarle de todo. Era rico y nobilísimo como pocos, instruido y esmeradamente educado como ninguno. Faltábale lo principal en aquellos tiempos de rudos y constantes combates, gloria militar y prestigio de victorias...

-Pero comienza bien, decía Teodosio para sí, con torva frente y agitado pecho: principia como nadie; lleva en su primer hazaña sello de predestinado. ¡Tender las redes y coger a Ranimiro y a su hija! ¡Hacer presa del hombre más odiado y temible, y de la mujer más peligrosa para los vascos! ¡La única dama goda a quien nosotros tenemos necesidad de guardar en la montaña, mientras no se despoje de prendas, secretos y pretensiones que puedan perjudicar a la hija de Aitor! No, no seremos tan necios que desperdiciemos la ocasión que Dios nos depara. Yo la aprovecharé. No tiene aquí nadie que la proteja... Sólo una loca que en su estupidez y soberbia, revela lo que más oculto debía de tener, y descubre sus secretos a quien más afán y mayor interés tiene por conocerlos... Dios lo hace. No en balde llevo tan noble, recto y santo fin.

Y el hijo de Miguel se atrevió entonces a dirigirse a la boca del pozo.

-La cruz está aquí, sobre el tesoro de Aitor, sobre la joya que guarda la clave del tesoro. Petronila, por falta de malicia o por altivez de condición, ni me engaña, ni disimula siquiera la verdad. Ha subido aquí con el brazaletes, lo ha lanzado al hondo y ha puesto por guardián y centinela esta cruz. ¿No es por ventura el triunfo de la cruz lo que yo busco? ¿No le alcanzaré llevando ese secreto a los paganos de Butrón? ¿Qué podrá negarme Amagoia? Se convertirá; y ella y toda su familia serán bautizados: y entonces, mía será Amaya de Butrón, y yo seré quien haya completado la conversión de todos los vascos al cristianismo: ¡yo seré rey!

Y tras de breve pausa prosiguió:

-Esa cruz está ahí para protegerme; ella me dice: «Tú buscas la victoria de la religión por el secreto, y aquí estoy guardándolo para ti». Tú reinarás, Amaya: yo reinaré contigo, y con nosotros reinará la cruz.

En medio de los sofismas que se forjaba para persuadirse de que en sus violentas pasiones sólo se dejaba guiar por espíritu religioso, y en medio del desdén que afectaba al hablar de Petronila, sentía desasosiego en lo íntimo del alma siempre que se le presentaba la imagen de aquella mujer. Loca rematada como parecía, no se arredraba de luchar contra las más arraigadas preocupaciones de los vascongados, y dejaba vislumbrar vastísimas tendencias, superiores a las de toda su raza. Como quiera que fuese, tenía en sus manos el secreto, y con él la suerte del país, quizá la del mismo Teodosio, a quien, si unas veces daba a entender lo que quería, mostraba las más que lo despreciaba. Religiosa y altiva, quizá de su misma religiosidad procedía su elevación de miras: loca y cuerda alternativamente, si era impenetrable y extravagante en el delirio, nadie la aventajaba en grandeza de pensamientos cuando en sano juicio aparecía.

Y semejantes contradicciones, misterios tan profundos y fuera del alcance de la mente de Teodosio, eran lo único que le daba miedo en aquella soledad, en aquella cumbre donde se agarraban tradiciones, fábulas y leyendas, como nieblas que subían de los valles y nubes que cruzaban de monte a monte.

Sorprendióle en estas dudas y cavilaciones la llegada del carbonero, que le traía cuanto le había pedido y era menester para bajar a la sima, mas no su concurso, no su auxilio personal.

-Teodosio, le dijo el patán: vengo a cumplir mi palabra y a daros una buena noticia, que hace inútil vuestro generoso intento.

-¿Qué noticia me traéis?

-La loca no está en la sima, como creáis: la he visto sana y salva. Con que así, bajad presto a pasar la noche con nosotros; que estos lugares no son para que en ellos duerma en paz ningún cristiano.

Viendo Teodosio que aquel hombre temblaba, sin querer, ni poder quizás dar un solo paso hacia lo interior de la cueva, lo despidió diciéndole que él se quedaba allí para demostrar a los montañeses que nada temía.

En vano le instó el carbonero, arguyéndole de temerario; Teodosio fue insensible a sus ruegos, y tornó a quedarse solo en la espantable caverna.

Encendió luz, y tomando una tea, se dirigió con resolución a la boca de la sima. Tiró adentro algunas piedras que caían en seco, después de tropezar y detenerse brevísimos instantes en las paredes laterales. Ni era insondable, ni excesivamente honda, como creía el vulgo. Podía Teodosio atar la cuerda a cualquiera de las peñas inmediatas para descender con seguridad, y en cuanto a ser madriguera de alimañas o dragones, el silencio que reinaba en lo profundo, harto indicaba lo vano de temores semejantes.

Angosta y circular, con un techo semejante en lo ojival a la arquitectura de este nombre, y por los artesones, colgantes, festones y filigranas a la mudéjar y gótica florida, debía de ser uno de esos prodigios de estalactitas y estalagmitas, cristalizaciones y esmaltes, que como joyas de orfebrería, guardan las montañas en su estuche de rocas calizas.

Dado el objeto que se proponía Teodosio, y su admirable presencia de ánimo, todo le incitaba al descenso. De la posesión del brazalete, y por ventura, sólo de la noticia cierta de su paradero, dependía su felicidad, su influjo y crédito con la familia de Aitor, con la temida y prepotente Amagoia, inflexible, y en expresión de Olalla, tiesa como el peñón de Aralar, y de la cual tenía él necesidad para sus proyectos.

Es verdad que la joya no era de Teodosio; pero ¿quién le podía disputar el derecho y hasta la gloria de salvarla? Fuera de que García le había encargado que la recobrase, es decir, que se la quitara a la loca, que la devolviese a su dueño.

¡Su dueño!

¿Qué otro podía ser que Amaya, la hija de Usua y de Lartaun de Butrón? ¿No era ella la *hija de Aitor* por todos cuatro costados? ¿No se referían expresamente a ella las misteriosas y proféticas palabras que Aitor, en su famosa aparición después del incendio, había dirigido a Amagoya?

Teodosio, por consiguiente, no creía faltar ni a sus deberes ni a su delicadeza en apoderarse de la mal segura presea, en averiguar fijamente su paradero, para que el secreto de que tanto bien había de resultar al pueblo éuscaro, no quedara a merced de una insensata, o no fuese a parar a manos de una familia, mortal enemiga de los vascongados.

-¡Pensar, decía Teodosio, que hoy, esta mañana misma, esos tesoros estaban perdidos, sin esperanza, abandonados, olvidados, y que esta noche, dentro de poco, van a ser de mi dominio!... ¡Y qué partido tan grande puedo sacar del hallazgo! ¡Ranimiro y su hija guardados a mi disposición en mi propio castillo de Gastelúzar, y en mis manos también el brazalete!...

Pero esta idea debía turbar un poco su conciencia, porque tornó a caer en taciturna meditación, y exclamó luego murmurando:

-No temo a la cruz, no; porque voy a cumplir con mi deber. Pero... me temo a mí mismo. Yo la amo, la he pretendido cuando el tesoro de Aitor estaba olvidado, como cosa completamente perdida; pero si el secreto reaparece, si el tesoro se le adjudica, la hija de Lartaun, que hoy no es más rica que yo, me llevará mañana inmensa ventaja, y se dirá que la he pretendido para esposa cuando la he visto opulenta. Y no es esto, no, añadió levantando la frente inquieto y agitado; yo la quiero por fines más altos; yo la quiero para mí; pero también para su pueblo y para Dios.

Y volvió los ojos nuevamente a la cruz.

La luna, casi redonda, que había aparecido en el horizonte una hora antes de ponerse el sol, salía en aquel momento de entre las nubes que cruzaban como fantasmas desde los picos del Pirineo a la cresta de Aralar, y dio de lleno en el fondo de la cueva, dejando en descubierto sus rocas cortadas a pico, verticales y en hiladas de diversas estratificaciones rojas, parduzcas amarillentas y azuladas, sólo interrumpidas por zarzas o matorrales de espinos, avellanos y manzanos silvestres que brotaban en las grietas, o por algún lagarto a quien el resplandor de la tea y los pasos de Teodosio habían despertado.

La cruz resaltaba sobre el pedestal y proyectaba torcidas sombras en el lienzo iluminado por la luna, cuando Teodosio, después de haber atado la escala de cuerda llena de nudos a uno de los pilares próximos al pozo, arrojóla dentro, y se quedó como escuchando los ecos subterráneos, o quizás indeciso y temeroso.

Creía percibir extraños ruidos y movimientos en el fondo de la sima. Entonces se acordó del dragón, y sacó la espada con ánimo de embestirle si por allí salía; pero quedóse como entumido y paralizado al sentir humana voz, que sonaba tremenda en lo cóncavo del peñón:

-¡Baja!

Teodosio quiso contestar; pero tiritaba, dando diente con diente.

-¿No bajas?, prosiguió la voz. ¿No te atreves?

El arrogante caballero, no queriendo parecer cobarde ni ante personas invisibles, ni a sus propios ojos, fue a descolgarse de la cuerda; pero en su aturdimiento y precipitación derribó la cruz, que cayó a la sima resonando de roca en roca con pavoroso estruendo.

Ya no pudo más; arrojó la tea y huyó despavorido a la entrada de la caverna, quedando allá mudo y sobresaltado.

-¡No es esta empresa para mí!, exclamó por fin con terror y desaliento.

Y al volver los ojos a la negra oca de la sima, aparecióse medio cuerpo arriba una mujer, que desgredada y con los brazos desnudos y cruzados delante del pecho, miraba a Teodosio con aire triste, desdeñoso y compasivo.

Era Petronila.

-Dices bien; no es para ti la empresa, ni para ningún hombre honrado, Teodosio, le contestó la aparecida.

Y como el hijo de Miguel se quedase mudo de asombro, de cólera o de remordimientos, prosiguió la loca:

-Estos son los mancebos esperanza de la patria; estos los hombres son que aspiran a reyes de pueblos que no los han tenido nunca. Estos que vienen aquí de noche y con escalas, como ladrones, a robar lo que no les pertenece; los que principian queriendo descubrir secretos que no son suyos, y que yo les arrojo a la cara en desafío.

-Petronila, exclamó Teodosio con ira, no me insultes, porque puedo olvidarme de que estás loca, como...

-¡Cómo te has olvidado de ti mismo!, añadió Petronila completando la frase, y sonriéndose con una compasión, con una amargura de semidiosa. Cómo te has olvidado de que eres cristiano, hasta el punto de convertirte en miserable instrumento de gentiles, que te seducen con la hermosura de mi sobrina la pagana. Siéntate, amigo Teodosio, siéntate. Yo no te quiero mal, no quiero ni he querido mal a nadie; ni a esa misma Amagoya a quien tanto deseas complacer y por cuya conquista y protección darías la mitad de tu soñado reino. No perderás el tiempo en esta inmensa soledad que recuerda la soledad universal del diluvio, pasando breves horas con una pobre vieja y loca. Ante todas cosas, añadió como pidiendo confirmaciones de sus protestas: yo no estoy loca, te lo advierto. He tenido mis manías, me he sentido con la cabeza débil, muy débil; porque era hervidero de encontrados pensamientos, de ideas inconciliables, de imaginaciones, de temores, de esperanzas, de torcedores, de angustias... He perdido la razón días, meses, años enteros, quizá, y entonces descansaba. Por eso he vivido, y me despierto ahora con todo el vigor de la juventud; con fuerzas para cogerte en volandas y sepultarte en la sima; para abrazar peñascos y peñascos y aplastar a todos los paganos de Aitormendi. Pero te lo repito para tu gobierno, Teodosio, no estoy loca. Desde que la he visto... ¡Qué hermosa es la hija de mi Paula! Desde que he recobrado el brazaletes, y sobre todo, desde que tengo la

seguridad de que nadie ha descubierto el secreto que me confió la primera hija y heredera de Aitor cristiana, la reina y señora del solar vasco, cristiano desde entonces para no dejar de serlo nunca; ¡ah! desde ese momento tengo juicio, y tenerlo no es ya mi tormento, es la tranquilidad, es la esperanza. Y lo será más cuando haya completado la obra que me encomendó. Ya no tengo dudas, ni temor, ni remordimientos. Hoy lo he descubierto todo, y todo lo veo claro.

-¿Dónde lo habéis visto? ¿Qué habéis descubierto?, preguntó el caudillo de Navarra, que cuantos mayores esfuerzos hacía la hermana de Lartaun por persuadirle de su sano juicio, más precario y endeble lo creía.

-¿Dónde? En lo más hondo de mi cerebro. Hijo de Goñi, yo estaba loca; pero menos de lo que todo el mundo se figuraba. Hablaba la gente delante de mí, como delante del perro tendido al amor de la lumbre; y en tantos años de pasar y repasar por mi cocina, chicos y grandes, cristianos y gentiles, monjes y seglares, godos y vascos, y hasta judíos, Teodosio, ¡hasta judíos! todo se ha dicho delante de mí, todo se ha revelado. -¿Quién está aquí?, preguntaban. -La loca: no hagáis caso. -Y seguían hablando.

-¿Quién?

-¡Quién!, exclamó Petronila como espantada de sus recuerdos: Abraham Abén Hezra.

-Nunca lo he oído nombrar.

-Joziz Abén Joseph.

-Tampoco. ¿Qué gente es esa desconocida y que sabe, por lo visto, lo que yo, caudillo de los vascos, ignoro?

-Gente enemiga de vascos y godos; gente que trata de vender a España... La misma Respha y Chori... todos los cómplices de Basurde se han hospedado en mi casa, se han calentado en mi hogar. -¡Ah! ¿Quién es esa? La loca... nada entiende... es lo mismo que esa pared; lo mismo que ese escaño... Es imbécil, estúpida... Y hablaban, hablaban, y yo cantar y más cantar... pero quedito... murmurando... No perdía palabra.

-¿Pero llegabais a comprender?

-Todo y nada. Comprendía lo que decían; pero entonces como si no lo entendiera, porque rara vez acertaba a unirlo y ligarlo con lo demás. Estaba como sin memoria, como quien sueña que se ahoga y no tiene fuerzas para alzar el brazo y asirse a la rama que le roza la cara. Yo tenía en mi cabeza un almacén de secretos, revelaciones y descubrimientos, como quien tiene un montón de piedras labradas, y no sabe levantar con ellas una mala pared. Pero hoy recobro el juicio, miro hacia mi balumba de sillares, y sin esfuerzo dispongo de ellos, y los muros quedan hechos y la casa terminada.

Teodosio no acababa de entender aquel género de locura, y las explicaciones mismas que se esforzaba en dar Petronila, le parecían nuevo descarrío de razón enfermiza o de persona completamente desatentada. Pero en medio de todo, le infundía respeto y aún temor instintivo o supersticioso. Cuerdo o loco, conocía aquella mujer a gentes de quien

no tenía él la menor idea, y poseía secretos tan terribles, que quizás eran causa de su demencia.

¿Quién sabe si estaba inspirada por espíritu superior al de humanas criaturas? Esta reflexión preocupaba principalmente al hijo de Goñi; porque en tal caso, el desacuerdo de miras y sentimientos en que estaba con Petronila, tomaba proporciones de lucha, en la cual no podía lisonjearse de salir victorioso.

-Pero, ¿en qué piensas tú, Teodosio?, le dijo Petronila, para sacarle de sus meditaciones. ¿Nada tienes que decirme ni qué preguntarme? ¿Todo lo he de charlar yo? ¿Quieres que vuelva a perder la razón? ¿Me prefieres loca a sensata?

-¿Quién os ha dicho que estaba yo aquí?, le contestó el caudillo, tratando de inquirir la causa de aquella extraña aparición.

-Lo he presumido, desde que te vi alejarte de Echeverría, donde era natural que pasaras la noche. Al ver la dirección que llevabas por el camino de Aralar, no me quedó duda de la falta que ibas a cometer. Yo tenía la culpa. He sido siempre muy orgullosa y he creído a todos tan soberbios como yo. ¡Cómo suponer que un hijo de *Goñi*, *-Go-i-ñi*; en alto yo-había de ser menos mirado y celoso de su dignidad, que la pobre mujer de Ochoa? Eché detrás de ti.

Subí poco a poco, porque estaba ya cansada, cuando me encuentro al carbonero con zahones de cabra, que subía hacia el pico de Alchueta con teas y cuerdas. Quedóse sorprendido al verme, y con regocijado semblante me dijo que ibas a sacarme de la sima en que creías que me había precipitado. Lo comprendí todo. Conocí que con pretexto de investigar si yo, que estuve esta tarde en la cueva, me había sepultado en el pozo, querías descender al fondo para apoderarte del brazalet.

-¿Y por dónde habéis entrado en la sima?

-Por el fondo. No hay en esto milagro ni maravilla.

-¿Tiene salida a otro lado?

-Lo debías suponer. Su techo, sus columnas, sus cristales, se forman del agua que la roca destila, y si el pozo está seco, el agua que cae tiene que salir por alguna parte.

-¿Y habéis hallado el brazalet?

-Sí, y a poco que me hubiera descuidado, no habría tenido esa fortuna.

-¿Con que es decir que habéis salido de las entrañas de la tierra, habéis trepado a la boca de la sima, por la escala que yo arrojé, sólo por el gusto de decirme que me llevo chasco?

-Precisamente.

-¿Con que es decir que habéis venido a insultarme en la derrota?

-Teodosio, te veo muy próximo a tu perdición, porque estás muy cerca de la amenaza. ¡Desdichado de ti si llega a salir de tus labios! No te temo, ni a ti, ni a ningún hombre,

porque soy superior a todos vosotros en fuerza y en valor. Sé defender mi vida como nadie; y en caso necesario sé despreciarla también. Así, pues, quieto, Teodosio, y tengamos la fiesta en paz; que yo, ni antes ni después de loca, he sufrido amenazas, ni insolencias. Tus Amagoyas te los pueden decir. Te llevas chasco, sí, pero no como te lo figuras, no como lo temes. Te llevas chasco, porque sin necesidad de descolgarte en busca del brazaletes de Paula, te lo subo yo.

-¡Vos!

-Y lo subo para que lo tengas en tus manos, para que lo palpes y lo examines, y puedas decir a mi hermano Lartaun, a mi sobrina Amaya, a mi cuñada Usua, y sobre todo a mi concuñada Amagoia: esa alhaja ha parecido; ha estado en mi poder; he abierto sus secretos; los he registrado; he leído sus inscripciones, que son dos: una patente y manifiesta en vascoence, y otra oculta y debajo en latín: *Aitoris arcanum*.

-¿Será posible, Petronila? ¿No me engañas? ¿No te estás mofando de mí?

-Estoy hablando como solía hablar antes de volverme loca; cual debo hacerlo cuando de estas cosas hablo, y más aún, cuando de estas cosas tengo que tratar contigo por primera vez en mi vida; contigo, que tienes las mismas aspiraciones, y a tu manera, la misma ambición que yo; contigo, que consideras a mi sobrina, cual yo a la hija de Paula, como inmediata heredera de Aitor, futura reina de Vasconia. Si no fuese para tratar contigo de cosas tan graves, ¿a qué habría yo subido aquí buscándote en el desierto, y el silencio de la luna? Hubieras descendido a la sima, pero ni aun allí habrías dado con la joya que buscabas.

-Sentaos, pues, al par de mí y hablemos presto.

-Presto, sí, no sea que recordando tantas y tan horribles cosas, se me escape la razón, se me trastorne nuevamente el juicio, y quede inútil para la gran obra que Dios ha puesto en mis manos.

-¡En vuestras manos!

-Y en las tuyas también, si no quieres que el cetro con que estás soñando pase a las manos del hombre que necesito. Escucha, Teodosio, dijo Petronila, sentándose al borde de la peña: yo fui quien para servir a mi amiga Paula, casada con el godo Ranimiro, avisé a éste de que Amagoia y su marido Basurde tenían emparedada a mi amiga en la torre de Aitormendi: yo exigí palabra al godo de que, para libertarla, no había de verter ni una gota de sangre, ni perpetrar ninguno de esos atentados que la guerra, al parecer, autoriza. Pero cuando oí decir a todo el mundo que el caudillo godo llevó su venganza al extremo de incendiar el caserío de Aitor, y de abrasar dentro de la torre a una mujer, y de asesinar por la espalda al marido de Amagoia... ¡Oh! entonces, sin datos y sin fuerzas tampoco para defenderlo, comencé a sentir dudas, escrúpulos, y por fin, espantosos remordimientos. No dormía, no comía, no sosegaba en ninguna parte. El mundo entero acusaba a Ranimiro; nadie como yo sabía que la mujer abrasada era la esposa misma del incendiario, la cual había dado, o estaba próxima a dar a luz una criatura. Pero más que al bárbaro parricida, yo me acusaba a mí misma; mi conciencia me decía que sin mi delación, sin mi desmedido afán de servir a Paula, aquellos crímenes no se habrían

perpetrado. Agrega a esto que yo también, por complacer a mi amiga, había puesto en manos del terrible perseguidor de los vascos, del mortal enemigo de nuestra raza, ese brazaletes en cuyo seno iba encerrada la clave del secreto de Aitor. Y gracias que guardé silencio acerca de este punto, y tuve la precaución de ocultar a Ranimiro tan peligrosa noticia. Considera, Teodosio, si hay fuerzas corporales bastantes para resistir esa tortura; si hay corazón de roca o bronce que no se quebrante en el yunque de tantos dolores; si hay cerebro que no quede aplastado bajo el peso de tan crueles pensamientos. Sólo Dios me sostuvo suscitando contra mí cierta clase de enemigos, y principalmente una mujer que me aborrecía por haberme hecho cristiana, y haber contribuido a la conversión de Paula, la primogénita de Aitormendi. Amagoia, mi eterna enemiga, Amagoia y sus paganos, eran los únicos que se acordaban de mí para acusarme, para echarme en cara mis desgracias, para atribuirme hasta complicidad con Ranimiro. Su acusación fue tanto más sensible, cuanto que recaía sobre los remordimientos de mi propia conciencia. Como ésta exageraba mis faltas, y la viuda de Basurde las abultaba hasta el punto de convertir sus increpaciones en calumnias, se rebeló tal vez mi dignidad o mi orgullo contra aquella mujer, y principié por defenderme como cristiana contra gentiles, para acabar acusando a la que me acusaba, y quería convertirse en juez de mi espíritu. Sí, Teodosio, yo traía fiera batalla dentro del corazón, balumba de imaginaciones en la cabeza. Yo me decía: soy causa del incendio de Aitormendi, de la muerte de Paula y de cuantas calamidades aquella noche de espanto acontecieron; pero causa inocente, instrumento involuntario de la cólera divina. ¿Hice mal, por ventura, en procurar que Lorea, la heredera de Aitor, abrazara nuestra santa religión?

-No, exclamó el hijo de Goñi, no hicisteis mal, sino bien: y ese mismo bien procuro y solicito yo para su sobrina, para su cuñado, para toda esa familia. Porque cuando esa gente sea cristiana, ¿quién podrá con nosotros?

-¡Cuánto me alegro de oírte hablar así, Teodosio! ¡Cuánto gozo me causan esas palabras consoladoras, al cabo de veinte años de terribles pensamientos! Pues bien, ¿hice mal en salir al encuentro de Ranimiro, cuando devastaba el país vascongado y nos amenazaba con nuevos horrores, para que le restituyésemos a su legítima esposa; hice mal en decirle: no busques rehenes, no persigas al inocente por castigar al culpable: haz la guerra, si quieres, pero con nobleza, sin crueldad; que yo te prometo descubrir el paradero de la mujer que buscas, y cuyas desventuras lamento como tú?

-Tampoco: y sobre todo, tu intención era buena, pura, santa; y si los hechos correspondieron...

-A mi buena intención correspondieron, Teodosio; porque desde entonces se aplacó la ira del godo, como tempestad a la voz de Dios: la guerra perdió su feroz aspecto de implacable saña, de ciego exterminio, y los pueblos y caseríos de lo interior pudieron respirar, tornaron a vivir. Aún más: gracias a mi inteligencia con Ranimiro, y al convenio secreto que los dos habíamos celebrado, yo me sentí estimulada a inquirir el paradero de mi amiga, y lo conseguí, y logré salvar el secreto de Aitor, que de otra manera hubiera acaso perecido. Después de descubrir a Paula emparedada en la torre de su casa y con una hija en sus entrañas; a la primogénita de Aitormendi, injusta, bárbaramente maltratada por quienes, como inferiores, no podían ser sus jueces, ¿hice mal, por ventura, en dar

cuenta de todo al que por ley de Dios era su señor, su esposo y padre de la hija que aquella santa mujer llevaba en su seno?

-No: yo no me atrevería a condenaros, por espantosas que hayan sido las consecuencias de semejante paso.

-¡Bendito seas, Teodosio!, exclamó la amiga de Paula, con voz entrecortada por hondos sollozos. Déjame llorar, amigo mío: después de las que hoy han caído sobre la frente de mi hija, éstas son las primeras lágrimas que vierto al cabo de veinte años.

Y tras un rato de silencio, sólo interrumpido por flébiles suspiros y alguna que otra palabra de consuelo, que se aventuraba a decirle Teodosio, estrechando las manos de la anciana entre las suyas, prosiguió ésta:

-Pues hubo más: valiéndome del ascendiente que me daban mis buenos oficios, mi amistad con Paula y las confianzas y encargos que me habían hecho, arranqué al temido capitán de los godos la promesa de no entregarse a nuevos actos de violencia, de no derramar una gota de sangre por salvar a su mujer. Los únicos que aparecían culpables eran Basurde y Amagoya; y entonces fue cuando, irritada yo por la persecución de esa enemiga que tal prisa se había dado en usurpar sus derechos, que ni a la muerte de Paula quiso aguardar para heredarla; entonces fue cuando se sublevó mi ánimo contra mi acusadora, y sin saber por qué, sin poderme fijar en otra razón mas que en el instinto de mi orgullo, y si he de confesarte toda la verdad, en cierto respeto o simpatía que inspira ese godo, ese Ranimiro, a quien llega a conocerlo; ello es que yo en lo íntimo de mi corazón, decía: no, no puede ser tan bárbaro, tan feroz, tan salvaje el marido de Paula, cristiano aunque godo: no puede ser tan criminal quien se enamora de una santa; no es posible que ese hombre leal y caballero, aun con sus más encarnizados enemigos, haya faltado a las promesas que a mí me ha hecho; a mí, que soy acaso la única vascongada, a quien por amiga y como representante de Paula, ha mostrado siempre respeto y cariño. No puede ser que ese hombre haya incendiado por venganza el palacio de Aitor, el solar de su mujer, el más antiguo y preciado timbre de sus hijos; y menos que haya asesinado, que haya quemado viva a la esposa en quien idolatraba; y menos, infinitamente menos a su hija, único fruto de sus amores, única esperanza y consuelo único de su corazón.

-Sí, Petronila, dijo Teodosio, no puede ser. No conozco a Ranimiro más que por vuestro relato, y por haber visto su noble semblante desde la cima de las Dos Hermanas; pero repito con vos: «no puede ser». Y eso que atribuí al orgullo, era la voz de la razón, el consuelo que Dios os enviaba en la perturbación de vuestra conciencia, en las diabólicas sugerencias de que erais combatida.

-Pues bien, de aquí pasé yo a sospechar de mis acusadores. Contra Amagoya no me atrevía. Llegaba hasta cierto punto, hasta el extremo a dónde podía conducirla su exaltación, su fanatismo, su imaginación a veces extraviada, su orgullo que en ocasiones hiere y lastima a los que son tanto como ella; pero eso no me explicaba los resultados que veía, las consecuencias que estábamos palpando, los atroces crímenes de aquella noche. No, no tengo que acusarme, a Dios gracias, de haberme dejado cegar por inquina contra la hermana de Paula; mis sospechas se dirigieron principalmente contra su marido.

-¡Basurde!, dijo Teodosio: he oído hablar de él en muy diverso sentido.

-Y yo en uno mismo siempre; en el peor. Pero no anticipemos los sucesos. De Basurde, antes de volverme loca, no tenía yo más que el recelo que inspiraban la falsedad de su carácter, la manera poco noble con que llevó a su cuñada a la torre de Aitor; pero todas estas luchas trastornaron mi cabeza. Perdí el juicio, aunque tenía momentos de lucidez, y entonces, según os he dicho, debí de oír cosas que se hablaban delante de mí sin empacho, como se habla delante de un niño; cosas que hoy acuden a mi memoria, sorprendida de hallarlas hondamente grabadas en mi cerebro. Yo no podía compaginar, ni comprender cómo a Ranimiro se acusaba de la muerte de su esposa embarazada, y cómo al propio tiempo se hablaba de una hija de Ranimiro; y todo lo que con mi oscilante luz alcanzaba a vislumbrar, era que el godó se había vuelto a casar, y tenido quizás esa hija de otra mujer, y que esa hija, goda por todos sus cuatro costados, y sin una gota de sangre éuscara, llevaría el brazalete de Paula, y si daba por casualidad con el resorte, el día menos pensado sería dueña de nuestro secreto, de los tesoros de nuestro patriarca Aitor. Esa idea me mataba. Pero no hace muchos días que mis hijos fueron a la plaza de Iruña, y vieron salir a Ranimiro para el pueblo godó de Cantabria: hablaron del padre y de la hija; supe que ésta se llamaba Amaya, que era hermosa con la hermosura de las hijas de Aitor, y se complacía en cantar las canciones de nuestras montañas. Supe que Ranimiro no se había vuelto a casar, y no me quedó duda de que esa dama era hija de mi amiga. ¡Y esta mañana la he visto! He visto que Dios me la traía por el camino del precipicio; que se venía a mí frente a frente, a buscarme, a decirme: sálvame, porque ahora que los hombres han hecho todo cuanto pueden dar de sí, ahora que se ha palpado la inhabilidad de todo mundanal esfuerzo, ahora lo toma Dios por su cuenta, y te elige a ti por instrumento de su omnipotencia. Sálvame, y mira quién soy, mira a quien salvas. ¡Y la miré, Teodosio!, exclamó Petronila con inefable ternura; la miré, la salvé y Dios, completando su obra, me ha salvado por ella. ¡Sí, Teodosio: era ella! ¡Era la hija de Paula, vivo retrato de su madre! ¡No puedo equivocarme, ni confundirla con ninguna otra! Es ella, hija de Ranimiro; pero hija de Aitor también. Ante esa luz, ante ese nuevo sol que despejó las tinieblas de mi cerebro, he descubierto todo lo pasado: he recordado lo que de Basurde se ha dicho delante de mí, cuando me creían imbécil o estúpida, porque seguía maquinalmente murmurando mis canciones. Basurde se quedó en el caserío de Aitor la noche en que Amagoya, con todos los suyos, había subido al monte a celebrar el plenilunio. ¿Por qué, siendo él pagano, no acompañó a su gente en la fiesta religiosa? ¿Por qué no huyó del caserío así que sintió el estrépito de la caballería enemiga? O si los creyó jinetes vascos, ¿por qué no se presentó a recibir cordial y hospitalariamente a los suyos? Después del incendio se le vio salir de la casa y huir hacia el monte, y entonces fue cuando cayó muerto a saetazos por los godos; pero, ¿no pudo ser él quien dio fuego a la torre o palomar en que estaba encerrada Paula?

-¿A qué fin?

-Al único que llevaba en su perverso y corrompido corazón hacía mucho tiempo: a fin de convertir a su Amagoya en heredera del poder, nombre, soberanía, y sobre todo, de las riquezas de Paula. Ese hombre, Teodosio, cuando tenía presa a mi amiga, se atrevió a proponerme que si ésta renunciaba sus derechos en Amagoya, si la hacía por consiguiente depositaria de los tesoros de la familia, quedaría en completa libertad, y podría volver a

tierra de godos, a vivir con su marido. Desdeñado por mí, rechazado sin duda por Paula, a quien es de suponer que hiciese, no una, sino mil veces esa misma proposición, se halló con que su cuñada, la verdadera, la legítima hija de Aitor, acababa de dar a luz una niña, con lo cual se alejaban las esperanzas para él, tan avaro y codicioso, de ser dueño del tesoro. ¿Es temerario, por ventura, figurarnos que diese muerte a Paula recién parida, y que aprovechando la entrada de los godos, pegase fuego a la torre para ocultar su crimen con el incendio y completar su obra infernal de exterminio de la rama primogénita del patriarca?

-¡Es atroz!...

-Sí; pero atrocidad menor que la que se atribuye a Ranimiro.

-Cierto, y más verosímil, dado el carácter del uno y del otro.

-Atroz; pero eso no lo he inventado yo: eso se ha dicho delante de mí, en mi hogar; y en mi hogar también se han indicado cosas aún más atroces de Basurde.

-¿Qué cosas?

-Cuando seas rey te las diré.

-Pero, ¿no conviene que yo las sepa ahora?

-Ahora no, y tú menos que nadie. Es preciso que salgas de las garras de los enemigos de Cristo, de la viuda del malvado Basurde.

-Petronila, me duele el alma de tener que oírte hablar así de un vascongado.

-Antes que vasco era Basurde otra cosa.

-¿Qué?

-Pagano.

-Bien; pero pagana es su mujer, pagano es tu hermano, pagana tu sobrina, y no por eso piensas de ellos...

-Lo que pienso de Basurde. Cierto... Aunque de su mujer... de Amagoya no lo juraría.

-Pues bien, entonces...

-No te lo diré, Teodosio. No me muerdo la lengua; desprecio el arma de la amenaza y del misterio. Ya lo sabes, ya lo estás viendo. Pero cuando debo callar, callo; y cuando la ocasión llega, ni el miedo a la muerte me impediría hablar.

-Guarda silencio. Lo que has dicho de Basurde me escuece, porque... porque es tío de tu sobrina; pero antes que la *escualerría*, antes que esa niña, antes que Amagoya, están la justicia y la verdad.

-¡Qué bálsamo derramas en las heridas de mi alma con esas palabras! ¡Cuánto me consuela el oírte hablar así! ¡No lo olvides nunca, Teodosio; antes que la *escualerría*, están la justicia y la verdad! Pues bien, hijo de Goñi, aplica esa sentencia al caso en que te encuentras.

-Hablad.

-Teodosio de Goñi, no te cases con mi sobrina, la Amaya vascongada; cástate con Amaya la goda, la heredera, la hija de Aitor.

-¿Estáis ya loca por ventura?, exclamó Teodosio con una carcajada que resonó con estrépito en la cueva. ¿Estaré perdiendo el tiempo escuchando desatinos y sandeces?, añadió murmurando.

CAPITULO VIII

El eco de los montes de Navarra

No ofendió tanto a Petronila que se dudara de su cabal juicio, como el poco respeto con que el caudillo vasco la trataba. Pareciéndola, sin embargo; debilidad indigna de su carácter, mostrarse resentida y personalmente agraviada; movida por recónditos resortes del corazón humano, que aun blasonando de franco y desprendido, procura siempre quedarse con algún fondo de reserva, contestó:

-¿Así desprecias a la hija de Paula?

Y quiso alejarse altiva y amenazante de la roca en que estaba sentada.

-No, le dijo Teodosio: la hija de Ranimiro puede ser para vos, y aun para mí, la primera dama goda; pero nosotros debemos despreciar al último de los vascos que quiera rebajarse hasta casarse con ella.

-Pues entonces, hijo de Goñi, no serás rey.

-A costa de mi honra no quiero serlo.

-A costa de tu honra, no, pero a costa de tu conciencia, sí.

-¿Por qué lo decís?

-Porque tú, hijo de familia cristiana desde los primitivos tiempos de San Pablo o de San Fermín, quieres casarte con moza de quien nadie sabe que se haya bautizado.

-Lo he dicho; lo habéis oído: no puedo ocultarlo, ni menos contradeciros, repuso Teodosio con entereza.

-Y ahora añadido, replicó Petronila con ese mismo tono, que por lograr la mano de mi sobrina, no sólo estás faltando a tu conciencia, sino a tu propia dignidad.

-Petronila, segunda vez os ruego que me tratéis con más miramiento.

-Sólo te ofenden mis palabras, en cuanto son eco de la voz que sientes en tu interior.

Teodosio inclinó la frente y guardó silencio. La amiga de Paula prosiguió:

-¿A qué has venido aquí? ¿A qué has trepado por breñas casi inaccesibles? ¿Para qué has mentido diciendo al pobre carbonero que me creías sepultada en ese pozo, cuando acababas de dejarme a las puertas de mi casa? ¿Para qué has pedido teas y cordeles?

-No lo niego: para descender a la sima y apoderarme del brazalete.

-¿Y qué querías hacer de él?

-Quitároslo a vos, y entregárselo a su dueño.

-¿Amagoya?

-Amaya de Butrón o Amagoya, lo mismo da.

Entonces Petronila sacó del pecho la joya de oro que arrancó del brazo de la hija de Ranimiro, y después de besar respetuosamente la cruz del óvalo, dijo:

-Míralo, Teodosio: aprovecha estos momentos de luna clara y casi llena: mira bien ese brazalete.

Y se lo entregó sin recelo. El hijo de Goñi lo recibió trémulo de gozo y llevó también la cruz a los labios.

-Míralo bien, añadió la generosa anciana, dime si esa cruz, imagen y recuerdo de la crucecita de madera que llevaba la primogénita de Aitormendi, cuando sólo de corazón era cristiana, puede pasar al dominio de mujer, loca de rencor contra los fieles. Atrévete a vender a Jesús por treinta dineros. Ya lo has besado: entrégalo ahora, a precio de la mano de tu Amaya, a la mayor enemiga de tu Dios. Nosotros acabamos de adorar el signo de nuestra redención: ellas lo escarnecerán.

-Eso, no.

-¿Amagoya, no? ¡Ah, cuán ciego estás! ¡Qué poco la conoces!... Y si no escupen a la cruz, como los judíos al rostro de Jesús; si no la guardan para escarnio, ¿quieres decirme que harán de esa medalla, desde el momento en que la abran y vean que no encierra ya el secreto porque anhelan?

-El medallón será de la goda, norabuena; pero el secreto es de la hija de Aitor.

-¿Que se llama?...

-Amaya.

-*El fin*. Lee, si sabes: mira lo que dice ahí.

-Lo sé: «El fin es el principio».

-Palabras de Aitor: ahí tienes su legítimo legado, su profecía explícita y auténtica. Dime tú ahora si una pagana podrá ser buen principio de cristiana monarquía.

-No.

-Pues bien: hazte cuenta de que Aitor mismo lo declara y lo dice: ese brazalete, ese secreto, no son, no pueden ser, ni de Amagoia, ni de su sobrina.

-Tomadlo, dijo Teodosio; y sin abrirlo se lo devolvió a Petronila.

-Hijo de Goñi, exclamó ésta mirándole reconocida, pero sin haber olvidado del todo su resentimiento: repite ahora que estoy loca.

-Lo mismo que antes. Tan desatinado sigue pareciéndome lo que me habéis propuesto, que si un vasco pretendiese a vuestra goda por esposa, no lo sé... pero creo que lo mataría.

-¿Aunque fuese amigo tuyo?

-Con más razón si era mi amigo.

-¿Aunque se llamase García?

-No ofendáis al héroe de las Dos Hermanas, respondió Teodosio con sarcasmo; pero ni sus latines, ni sus proezas, me detendrían: ni que el traidor fuera hijo de mi mismo padre.

-Calla, insensato, calla. Bien se ve que tratas con paganos: bien se te han pegado los desatinos de Amagoia. Adiós, Teodosio: he venido a brindarte con la paz y la amistad: me parto con el resentimiento de tener que hacerte la guerra.

Entonces el caudillo de los vascos la asió el brazo, y la dijo:

-Deteneos, Petronila: no quiero que nos separemos así. Tengo que hablaros: me habéis de oír, y si me escucháis, hemos de quedar amigos.

-No deseo otra cosa, contestó la loca, tornando a sentarse; pero por mucho que me digas, se me figura que no lograrás que cambie de propósito. Más que tus obras me espantan tus sentimientos.

-No podéis apreciar mis sentimientos, sin conocer mi historia. Escuchadme. Que estamos ya en los tiempos, ha largas centurias pronosticados, en que los vascos, cercados, envueltos, despedazados por los godos, necesitamos un duque o rey, nadie lo pone en duda. Coincide con esta necesidad, generalmente sentida, la desaparición de la línea masculina de la casa de Aitor, y por consiguiente, la proximidad del día en que una de las hembras de esa familia ha de ser reina, y posesora del tesoro escondido por nuestro patriarca.

-Conformes.

-No sé si lo estaréis tanto en otra cosa que, sin embargo, no es menos cierta. En esta tierra de vascones, entre los señores de todos estos valles, es tan corriente, consentido y vulgar

que nuestro futuro rey ha de salir del solar de Goñi, que yo estoy acostumbrado a considerarme como tal rey, a recibir de los demás esta especie de homenaje. Si cualquiera lo pusiese en duda, me chocaría, y casi lo consideraría como ofensa. ¿En qué consiste mi derecho? No lo sé: quizá en la veneración que infunden las proezas, las canas y la condición angelical de mi padre; quizás en la sangre de mis siete hermanos muertos en el campo de batalla; por ventura en que no hemos principiado a ser ambiciosos, y eso del ducado y del cetro, lo miramos como carga, no como galardón y término de nuestros afanes. Viéndome yo designado por todos para caudillo, y sintiendo en mi corazón -os lo confieso- el deseo de serlo; más aún, creyéndome ya o capitán, o rey, o duque de verdad, naturalmente había de pensar en tener esposa, en elegir reina. ¿Y quién había de serlo? Yo no tenía elección: si el vaticinio había de cumplirse; si había de dar a mi pueblo lo que era suyo, tradición y esperanza suyas, o si queréis, superstición popular; para mí no había más que una mujer en el mundo: vuestra sobrina, la hija de Lartaun y Usua, conocida entre nosotros por la hija *de Aitor*. Situada su casa en valle tan apartado de los míos, de distinto clima, de distintas creencias; modesta ella, retirada y sencilla, y rudo yo, siempre entre godos y con las armas en la mano, nunca había tenido ocasión de descender a las cercanías de la costa, a donde ni el atractivo siquiera de la caza podía conducirme. Pero no había remedio; tenía que ver a vuestra sobrina con intención de casarme con ella, si repugnancias invencibles o razones superiores a mi conveniencia o voluntad, no se oponían. La vi y quedé prendado de su hermosura, de su afable condición. Vuestra sobrina tendrá poco más o menos veinte años, y ha sido educada en Aitormendi por su tía Amagoia, que desde su viudez la considera como hija, como la mujer predestinada a colmar las esperanzas de nuestro pueblo. Así es que Amagoia se ha esmerado en infundir en el alma de su sobrina todo el espíritu de la raza de Aitor: Amaya sabe la historia, las tradiciones, los cantos antiguos, y las virtudes medicinales de las plantas; en una palabra, está educada como escogida y predilecta, como última flor de la rama de Aitor. En ella puede decirse que Amagoia ha echado el resto, agotando los fecundísimos raudales de la sabiduría de los siglos que atesora la imaginación de esa mujer, desatentada, si queréis, mas no por perversidad de corazón, sino por extravío de entendimiento. Así instruida, así formada la hija de Aitor, con odio mortal a toda novedad, y principalmente a la religión cristiana, volvió a casa de sus padres cuando iba a dejar de ser niña. Vuestro hermano Lartaun la reclamó, y se la llevó consigo. Tenía para ello fuertes motivos, potísimas razones, de las cuales supongo que ni siquiera tendréis idea.

-Supones mal.

-¿Por ventura conocéis a Asier?

-No, no lo conozco; no creo que exista ni que haya habido un Asier en el mundo; contestó Petronila frunciendo el ceño.

-Pues bien, prosiguió Teodosio: por algo sospechaba yo que ni siquiera tendríais la menor especie de estas cosas. Asier ha existido: Asier era un vascongado de las vertientes septentrionales del Pirineo, de las orillas del Adur; un pescador que llegó de improviso, misteriosamente y como llovido del cielo al valle de Aitormendi, siendo acogido por Amagoia, y cautivando su corazón tan rápida como apretadamente: la cual, después de haberle dado la más generosa hospitalidad, concluyó adoptándolo por hijo. Creo que todo el cariño de Amagoia, todos estos singularísimos extremos, se fundaban en dos razones:

la primera, en que aquel niño, o si queréis, mancebo, era pagano como ella y fanático como ella en su odio a los cristianos; y la segunda, en su nombre, pues de los nombres se paga mucho la anciana. Aquel desconocido se llamaba Asier (*principio*), lo cual debió de contribuir poderosísimamente a que Amagoia lo creyese predestinado para esposo de Amaya (*el fin*), por aquello que había dicho Aitor: «el principio se unirá al fin». El forastero se dejó querer de la una, y se prendó de la otra.

No pareció regular a Lartaun que su hija, niña de doce a trece años, permaneciese en familiar y cotidiano trato con Asier. Pero como el valle de Butrón y el de Aitormendi están próximos, las relaciones entre ambas casas seguían siendo íntimas; hasta que un día se presentó el mancebo a vuestro hermano, y le pidió la mano de su hija, en el amor con que le correspondía Amaya, y en la esperanza de hacerla dichosa.

-¿Y que le contestó Lartaun?

-Le dijo fríamente que esperaba, en efecto, que su hija fuese feliz por espacio de algunos años todavía con sus corderos y sus flores, y las caricias de sus padres, y sobre todo saliendo poco de Aitorechea, y escaseando en adelante las visitas de Aitormendi. -¿Pero después?, le preguntó Asier; y Lartaun le replicó que doce o trece años no apuraban mucho para pensar en lo que había de venir después; pero que al fin, cuando la sazón llegara, no faltaría algún señor vascongado y conocido que quisiera honrarse con la mano de la hija de Aitor, heredera de algunas docenas de caseríos y de miles de cabezas de ganado. Asier cayó de rodillas e insistió: «Mirad que soy el hijo adoptivo de Amagoia, el prometido por Aitor al pueblo vasco: mirad que mi nombre se elevará más alto que la espuma de los mares que azotan las rocas en la tormenta: dadme vuestra hija; porque Amagoia ha prometido hacerme duque de los vascos. -Cuando lo seas, le contestó Lartaun, sonriéndose desdeñosamente, vendrás por ella. De hinojos estaba Asier, como os he dicho, y de hinojos lo dejó Lartaun, y tendidos hacia él los suplicantes brazos. Cuando el desvanecido mancebo se vio solo, humillado y escarnecido, levantóse con la soberbia y despecho de Lucifer. Tenía, como pescador, además de la casa de su madre adoptiva, una choza cerca de la playa, choza que el viento solía derribar dos o tres veces a año, y que el muchacho reconstruía en algunas horas, y esta *chabola*, una barca y una red, constituían todo su ajuar. Salió del valle de Lartaun, y sin volver al de Amagoia, se encerró con su despecho en la cabaña de la costa; salió al poco rato, se embarcó en su bote, cortó la amarra y con sendos remos en la mano se lanzó mar adentro, sin mirar al cielo que amenazaba con borrascas. No se había alejado muchas brazas de la orilla, cuando se le vio arrojar al agua los remos e izar la vela. Locura sobre locura, negra desesperación: porque el viento era recio, el mar de fondo, relámpagos hendían las cenicientas nubes, y no lejanos truenos retumbaban sordamente bajo la pavorosa concavidad que cerraba el golfo. Pero Asier desplegó la vela entera, se puso en pie, se envolvió en su negro manto vasco, cubriéndose con él rostro y cabeza, y se tendió en la popa como si fuese a dormir tranquila siesta».

-¿Y qué sucedió?

-Lo que no podía menos de suceder. El barco, a merced del viento y las olas, entre rayos y truenos, no flotaba, volaba con rapidez vertiginosa, y muy pronto desapareció en la bruma que ascendía o las nubes que bajaban, y la gente de la costa lo perdió de vista para

siempre. A los pocos días, unos pescadores que habían salido a tender sus redes en alta mar, volvieron con la noticia de que habían encontrado el bote destrozado y con la quilla hacia arriba. Asier había perecido.

-¿Cuánto hará de eso?

-Unos ocho años.

-¿No pareció el cadáver del mancebo?

-No: ni era fácil que pareciese, habiendo naufragado a tal distancia. Desde entonces no se ha vuelto a tener la menor noticia del infeliz, y cuando yo me dejé ver por allá, hasta la memoria de su desesperación, propia de gentiles, se había perdido.

-¿Y mi sobrina también lo había olvidado?

-Eso es lo que yo dudaba cuando la conocí, dulce, sencilla; pero grave, circunspecta y reservada. Hice todo lo posible por conquistar su afecto y su confianza, y creo haber conseguido lo primero, mas no lo segundo.

-¿Estás seguro de que te ama la hija de mi hermano?

-Bien puedo asegurarlo: me ama, sí; pero no sé qué pena, qué disgusto interior la detiene y aún la devora.

-Esa pena te ha debido traer al conocimiento de los deberes que por esa doncella has olvidado. Si Amaya te ama, comprenderá que siendo como es pagana, no puede ser tu mujer; que ni ella, ni su padre, ni su madre, ni mucho menos Amagoya, consentirán nunca en esa unión, la cual, si a los infieles mismos repugna, para ti debiera ser nefanda.

-Lo que debía de ser, eso es, Petronila. Yo no me casaré jamás con Amaya gentil. Esa mujer no podría ser reina de los vascos.

-¡Ah! Pero si pudiera serlo, aunque gentil, te casarías con ella; ¿no es verdad?

Teodosio guardó silencio, y contestó después de breve pausa:

-Pues bien, ¡no! La amo, he llegado a profesarla verdadero cariño, no por hija de Aitor, no por su tesoro. Todo lo contrario; el tesoro es un obstáculo, un estorbo para mí. La quiero por ser quien es, por sus prendas y dotes personales: la quiero por su bien; quizá, quizá porque creo que Dios nos ha hecho el uno para el otro. Pero si ha de ser mía, antes que la bendición nupcial ha de recibir el agua del bautismo, y si no, ¡no!

-¡Ella!

-Ella por de pronto, y luego sus padres, y hasta su tía.

-¡Sueños fúlgidos, hermosos! Yo los conozco, soy experta en estos achaques. Pero al fin, sueños...

-Sueños que sólo vos podéis convertir en realidad.

-¿Yo conquistar para Dios a mi sobrina, a mi hermano y a la frenética Amagoya?

-Y con ellos el valle de Aitormendi y el de Butrón; con ellos a los escasos restos de la escualerría, que aún permanecen infieles.

-¿Cómo? ¿Cómo? Explícate, joven; porque no te ocultaré que tu relato ha llegado a interesarme. Prosigue.

-Ranimiro dormirá esta noche en Gastelúzar, en el castillo de Goñi: es necesario que permanezca encerrado en él hasta que tenga una entrevista con Amagoya.

-¡Con Amagoya!, repitió Petronila con cierta sonrisa que Teodosio no alcanzó a ver, pero que pudo adivinar por el acento de la amiga de Paula. Pero eso, ni viene al caso, ni depende de mí.

-De mi voluntad dependía, y lo he dispuesto.

-¿Y qué más dispones? ¿Qué me mandas a mí, qué órdenes das a tu vasalla, rey de los Pirineos?, preguntó la anciana con la misma ironía.

-Si fuese rey os diría: revelad vuestro secreto a la reina; devolved ese depósito a sus dueños. Como todavía no soy rey, os ruego, os suplico por vos, por mí, por toda esta tierra, por bien de la religión...

-¿Cristiana?

-No hay otra. Por bien de nuestra santa religión, os pido que os decidáis en favor de vuestra sobrina Amaya de Butrón y reconozcáis su derecho.

-¿Y entonces?

-Entonces, ella y sus padres, la misma pertinaz Amagoya, humillarán la frente para recibir el agua del bautismo.

-¿Esa es por ventura la condición que te han impuesto?

-Petronila, a mí nadie me impone condiciones; Teodosio de Goñi no las admite nunca.

-Tienes razón. Se me olvidaba: los reyes no las toleran.

-Ni los hombres como yo.

-Los hombres como tú pueden reconocer y confesar la inocencia de Ranimiro, las injusticias que contra él se cometen, las prevenciones de que es víctima; pero no cejan en su propósito, siguen adelante, adelante siempre en su camino. Inocente o culpable, tú necesitas entregar a Ranimiro al odio de la viuda de Basurde, y lo entregarás: a ti te conviene que esa familia te sea deudora del secreto de Aitor, y no pararás hasta arrancármelo; no para ti, sino para presentarte con él y reclamar albricias. Vas a tu fin, y nada te distrae de él: quieres llegar a un término, y no hay obstáculos que te arredren.

-¿Y por qué no, si el fin es bueno?

-¡Desdichado! No puede ser bueno el fin cuando para lograrlo es menester atropellar justicia y verdad, las cuales, si son antes que la *escualerría*, por mucho que valgas, deben ser antes que tú.

-¡Justicia! ¡Verdad! No las reconozco en vuestra causa: están de mi parte. De ahí mi firmeza, mi tesón.

-Pues bien: tu causa es una, la mía es otra. Estamos en discordia: necesitamos un juez que la dirima.

-¿Y quién puede ser juez en esta causa?

-¡Y eso lo pregunta un vascongado!

-Lo pregunto, porque Amagoya, llamada por costumbre y tradición a ser juez, es parte...

-Mi juez ha de tener juicio. Para locos basto yo. Mis jueces han de ser cristianos.

-Marciano, nuestro santo prelado, es godo...

-No te canses, dijo Petronila: nuestro juez ha de ser Dios.

Teodosio se la quedó mirando nuevamente, siempre dudoso del juicio de aquella mujer.

-¡Cómo!, la contestó. ¿Queréis que Dios descienda de los cielos y nos hable?...

-Teodosio, exclamó la loca: Dios nos habla siempre que humilde y sinceramente queremos oír su voz. La Providencia es también el lenguaje de Dios. ¿De qué se trata? De promesas que por respeto llamamos profecías, y de cuyo legítimo sentido nadie responde. Pues bien; si Dios las ha inspirado, la Providencia se dignará explicarlas. ¿Han de tener cumplimiento en una mujer pagana? ¿Ha de ser enemiga de Cristo la adalid y señora de un pueblo cristiano?

-¡Ya os he dicho que no!

-¿Y has de ser tú el guía, por ventura? ¿Has de serlo tú joven Teodosio, siguiendo por la senda que llevas? ¡Responde! ¡Responde! ¡Ah! ¿No te atreves? Pues bien, ¡no, mil veces no! Vuelve los ojos; mira al Oriente. ¿Qué ves allá bajo el murallón de los Pirineos, en el seno de los montes, en lo negro y escondido de los valles? ¿No percibes confusa claridad en las tinieblas, vaga lumbre como de hoguera que se apaga?

-Es Iruña.

-Pamplona, la ciudad de Pompeyo, no la *buena ciudad*. Los reyes vascones han de coronarse allí, han de tener allí su trono. Dime tú ahora, si por estas breñas y peñascos, si por la sima de esta cueva abajo, te propones llegar a la conquista de Pamplona. La ciudad fermenta en rebeliones, hierve en judíos, y allí se encaminaba Ranimiro a sosegarla. ¿Quién le ha detenido? ¿Es el futuro rey, por ventura? Allí quiere arribar el de los godos que trae en pos de sí innumerable gente dispuesta a castigar rebeldías y traiciones, y vengar el agravio que nuestros montañeses acaban de hacerle: ¿dónde está el caudillo de las montañas? ¿Qué disposiciones toma el cabeza de los vascos? ¿Qué hace para

contrarrestar las fuerzas enemigas? ¿Qué para defender siquiera su valle y su casa, y a su padre y a su madre, cuya edad no les permitirá siquiera huir a las selvas de Urbasa y Andía?

De todas cuantas reflexiones le había hecho Petronila, ninguna como ésta llegó tan profundamente al alma de Teodosio, ninguna le escoció tanto, porque era la más cierta; porque su conciencia se la dictaba; porque real y verdaderamente se sentía culpable.

Quizá por lo mismo ninguna rechazó con tanta energía, con más apariencia de sinceridad y razón.

-Petronila, exclamó: no entiendes, no quieres entender estas cosas. El camino que sigo es el más recto y el más corto. Sólo tú me detienes en él. Dame lo que te pido, y volveré mañana con la tribu de Andeca, con la tribu de Amagoia, con las cuatro del *laubur*: y antes que Rodrigo haya logrado sosegar a los turbulentos de Iruña, caeré sobre él y le cerraré todas las salidas del valle en que se asienta esa ciudad. Si las palabras de Aitor son profecías, en la hija de Aitor tendrán su cumplimiento: quien haga a Teodosio dueño de Amaya, ése le hace rey, y quien le haga rey le hace dueño de la ciudad donde ha de sentar su trono.

-Es inútil disputar contigo, porque no hablas con sinceridad. Una loca te muestra la razón, y tú le respondes con la demencia de tus pasiones. ¡Oh, Teodosio! Me estremece el pensar qué golpe tan tremendo necesitas para abrir los ojos a la verdad. Tiemblo por ti, porque te quiero: tiemblo por los que más amas, porque los creo destinados a enseñarte con su vida el camino del arrepentimiento.

-¿Qué quieres decir?

-No lo sé; pero, ¡desdichados aquellos a quien Dios está llamando con voz suave y no la escuchan! ¡Desdichados mil veces; porque la voz sube, los golpes arrecian, y sabe Dios cuál será el último aldabazo que ha de sonar a las puertas de su corazón! Entretanto, guárdate de tocar a Ranimiro; guárdate sobre todo de atentar a la vida y libertad de la hija de Paula. Ni tú, ni Amagoia, podéis ordenar nada contra los godos prisioneros de García. Vuelve a Goñi y reúne a los ancianos.

-¿Queréis someterlo todo a nuestra junta de los Doce?, exclamó el caudillo, sorprendido con súbita esperanza.

-¿Y por qué no?

-Porque... porque...

Y Teodosio alborozado, no se atrevía a proseguir, como si temiese ofender a Petronila con su júbilo, o que ésta cayese en la cuenta de la candidez de su proposición.

-Te comprendo, Teodosio. Ha poco me creías loca; en este momento te parezco mentecata, pues te figuras que después de tanta porfía, acabo de entregarme a ti atada de pies y manos.

-No lo negaré. Yo creo que dejar hoy con vida a Ranimiro, es heroica magnanimidad: devolverle la libertad un imposible, y mayor imposible, si cabe, que los ancianos de la tierra azotada por ese godo, consientan que vuelva a su hogar con la herencia y blasón de nuestros mayores.

-Tanto mejor para ti.

-Petronila, me deja asombrado y reconocido vuestro desprendimiento.

-Y a mí no me asombra, pero me agrada tu franqueza.

-Así, pues, sabéis bien lo que os hacéis, lo que habéis prometido.

-Perfectamente.

-¿Y no obstante, insistís en ello?

-No tengo más que una palabra.

-De este modo nos separamos amigos.

-Pero contrarios.

El campeón de la hija de Aitor quería marcharse; pero no acertaba a moverse.

También Petronila permaneció como enclavada en la roca.

Hubo un rato de profundo silencio. A entrambos les faltaba algo por decir.

-Petronila, me da en qué pensar vuestra firmeza.

-No es para menos.

-¿Esperáis vencerme?

-Lo temes tú tanto como yo lo espero.

-Pero eso que esperáis, eso... de ningún modo, por ningún estilo puede verificarse.

-Pues entonces, ¿qué temes?

-Temo... Vuestra firmeza, vuestra arrogancia, me hacen dudar de todo. Temo que la hija de Usua no me ame, y yo la quiero con todo mi corazón; temo que su padre Lartaun me falte; que Amagoya a quien apenas conozco, no se incline nunca hacia mí.

-¿Y nada más?

-Sí; temo que Amaya la goda se quede entre nosotros, que se haga vascongada, que se case aquí... ¡No, no! Eso no será. Yo no sufro rivales ni en pretensiones de amor, ni de puestos. El mío ha de ser el primero, y nadie se atreverá a disputármelo.

-Por eso te decía: cástate con la Amaya de Paula, no te cases con la de Usua.

-Pero, ¿hay alguien que ponga los ojos en esa mujer con ánimo de hacerse rey de los vascos?, exclamó el joven fuera de sí.

-Si con ese fin la pretendiese, se rebajaría tanto, que nunca llegaría a subir al trono.

-¿Me dais una lección?

-Un consejo.

-No lo necesito, replicó Teodosio de mal talante, al verse tan acosado por una loca.

-Teodosio, exclamó Petronila, concluyamos de una vez. A nadie viene mal un buen consejo; pero tú lo has menester hoy más que nadie. Estás ciego por el vaho de las pasiones que hierven en tu corazón. ¿Qué pasiones son éstas? ¿Cuál es la dominante? No lo sé. ¿Es amor? Haz que mi sobrina se bautice, cástate con ella, y tu nombre será bendito entre todos los vascos. ¿Es ambición?

-¡No! Yo me casaría con ella aún cuando no fuese la heredera de Aitormendi y del tesoro.

-¿Estás seguro de lo que dices?

-Prestadme por un momento vuestro brazalete.

-Tómalo. Pero si es para hacer sobre él un juramento, no lo hagas, no lo necesitas. Te creo bajo tu palabra.

Y Teodosio, con el medallón de la joya en los labios, repuso conmovido:

-Es para renovar la promesa que tengo hecha a Dios de no casarme con la hija de Aitor, si no se convierte y se bautiza; es para repetiros que en cuanto sea cristiana me casaré con ella, aunque llegue a persuadirme de que nunca han de ser suyos, ni los tesoros, ni los derechos de esa familia.

La loca de Echeverría estaba conmovida también.

-Hijo del venerable Miguel de Goñi, le contestó, en memoria de esta noche y de esa palabra, guarda el brazalete. Tienes fe. Tu corazón se extravía; pero tu espíritu es cristiano. No expondrás nunca esa cruz a la menor profanación.

-¡Jamás!

-Conserva el brazalete mientras para santos fines lo necesites, y devuélveselo después a la hija de Paula.

-¿Sin el secreto?

-Ni tú, ni yo, disponemos ya de él, porque hemos convenido en que sólo ha de entregarse a quien Dios claramente designe, después que oigamos a los ancianos. Así queda completamente tranquila mi conciencia, así estoy segura de obrar bien, sin dejarme llevar ni por amistad, ni por resentimientos. Te entrego el brazalete para que después de haberte valido de él, según tu celo y prudencia, se lo devuelvas a la hija de mi amiga; porque

tampoco quiero que me quede el escozor de no haber contribuido a darte sobre la familia de mi hermano el ascendiente que, según has indicado, puedes lograr con esa joya.

-Petronila, elevado mi espíritu con tus palabras, ese medio me parece ya pueril, y ni soy niño, ni quiero dejar de portarme como hombre. Tomo el brazalete por más altas razones. Haré o no uso de él, según lo crea conveniente; pero nunca por jactancia, que sería indigna de mí, ni menos por reprobados fines, que serían ofensa de Dios. De todos modos, lo recibo con la obligación de restituirlo a vuestra protegida. Ahora, Petronila, añadió el joven a usanza vascongada, agur, agur.

-¿A dónde vas?

-No quiero ocultároslo: no retrocedo, sigo mi camino. Voy a ver a Amagoya; voy a darle la noticia de la prisión de Ranimiro, voy con ese motivo a proponerla que se una a mí, que concurra con su indisputable y poderoso influjo a la resistencia contra el nuevo rey de los godos, que debe de hallarse ya en nuestro territorio; voy a conocerla con ánimo de conquistarla para los cristianos y para mí.

-Teodosio, ¿lo has pensado bien? Si esa mujer se presenta en Goñi, ten por segura la muerte de Ranimiro.

-Más cierto es aún que estando mi padre, estando García, estando yo en el valle, con Amagoya o sin ella, Ranimiro no ha de ser atropellado. Si muere, será por sentencia de nuestros jueces, después de habersele oído. Pero morirá, no lo dudéis.

-No morirá después de haberseme oído a mí. Que Dios me conserve el juicio para entonces. Yo iré también.

-Todos cabemos en Val-de-Goñi.

-¿Tiene Amagoya noticia de tus amores?

-Ninguna. Pero sólo de ella depende ya mi felicidad.

-¡Pobre Teodosio!

-¿Qué quieres decir?

-Ten cuidado con la gente pagana.

-Petronila, vos me ocultáis algo acerca de esa misteriosa mujer, algo que no me debéis callar; y para probároslo y estimularos a decírmelo, os voy a hablar con toda franqueza, dándoos ejemplo de confianza. Sabéis que he pretendido la mano de la hija de Aitor; pues bien, sus padres no me la han negado. He puesto por condición que había de hacerse cristiana, y ni ella, ni vuestros hermanos lo repugnan.

-¡Mi hermano! ¿No lo rechaza mi hermano?

-Ni vuestro hermano Lartaun, ni vuestra cuñada Usua, ni vuestra sobrina Amaya de Butrón.

-¡Oh! ¡Si eso fuera cierto, dicha grande para todos ellos, para los vascos, para mí! ¡Qué tranquilidad para mi corazón, qué seguridad para mi pobre juicio!

-Cierto es. Pero... temen a la Adivina.

-¡Yo que ando en sospechas de Amagoya! ¡Yo que alguna vez, Dios me lo perdone, he llegado a dudar hasta de mi hermano!...

-Vuestro hermano no quiere romper con ella: o la tiene miedo, o la venera, como resto de las edades primitivas. ¿Quién como Amagoya?, dice.

Entonces Petronila alzóse súbitamente, y puesta en pie sobre el abismo, levantó el brazo y el índice, y exclamó con voz robusta y como inspirada por espíritu celestial:

-¡Quién como Dios!

Y en el fondo de la cueva resonó el eco por vez primera: «¡Quién como Dios!».

Quedaron ambos silenciosos.

-¿Lo oís?, prosiguió la sublime anciana... ¿Es el eco por ventura, o el arcángel San Miguel a quien los vascones, como adalid de celestial milicia, invocan en las batallas? Vete a decírselo a mi hermano. Dile que temiendo a Dios, no tema a nadie, ni aun a Amagoya. Dile que cuente conmigo, y que a mí no me asustan, ni me han detenido nunca las Amagoyas: que si ellas han jurado que mi sobrina no se casaría con ningún cristiano...

-¿A quién se lo ha jurado Amagoya?

-A su marido Basurde. Se lo juró al nacer Amaya, mi sobrina.

-¿Y quién era Basurde para exigir ese juramento a su mujer?

-Y pretendió también que mi hermano se lo prometiese. Pero Lartaun lo rechazó por dignidad, no quiso que aquel hombre se mezclara en cosas de la familia.

-Pero ¿quién era ese hombre de tan siniestro influjo y tan audaces pretensiones?

-Teodosio, ha llegado la hora de decírtelo. No eres rey, no vas a conquistar pueblos; pero vas a ganar almas para Dios, que valen más que los reinos de este mundo. Vas a saber lo que necesitas para esa noble conquista: voy a probarte cómo mi hermano puede contar conmigo desde hoy. Te diré lo preciso: no me preguntes más, porque nada más has de saber. Ese hombre, ese Basurde, era... ¡era un astrólogo!

-¿Y quién son los astrólogos?

-Gentes que miran mucho a las estrellas.

-Pero eso no es malo; eso nada me explica. Basurde, por otra parte, diz que miraba más a la tierra que al cielo.

-Lo de las estrellas, pretexto, manta de flores que encubre horrible trampa. ¡Desdichados los que llegan a caer en ella! Sin un milagro de Dios, no salen jamás. Se distinguen por su odio especial y diabólico a nuestra religión. No profesan ninguna, y admiten en la secta a todos, sean cristianos, gentiles o judíos, y se conocen entre sí, y tienen sus misterios.

-¿Y creéis que Amagoya pertenezca a tan horrible secta?

-Lo pienso alguna vez; pero otras la creo muy vascongada para ello.

-Sin embargo, su marido lo era también.

-Su marido... no sé lo que era. Basurde antes de mi conversión trató de envolverme en sus redes, y por él tuve alguna noticia de ese gremio de astrólogos, que es muy antiguo; cosa de griegos y romanos. El atreverse a exigir promesas a mi hermano, me hizo recelar que sobre él ejerciese algún imperio. La negativa de Lartaun me tranquilizó. En cuanto a la usurpadora de Aitormendi, resabios conocidos tiene de las malas inclinaciones de Basurde. Su aversión al cristianismo no es natural. Desde que Amagoya se hizo sacerdotisa, las festividades del plenilunio, so pretexto de restauración de antiguos usos y costumbres, tomaron distinto carácter del que tenían cuando las presidía Lorea. Eran entonces sencillas danzas a la puerta de casa, y fueron después, y supongo que ahora serán, especie de idolatría en el astro de la noche, al que ciertas familias comienzan a llamar *Jaungoicoa* (Señor de lo alto, Dios) en lugar de *Ilarguía* (luz de los muertos, luna). Esa mujer, terca y obstinada, tiene además desvanecimientos de soberbia. Si en ella fundas tu esperanza, te compadezco: mi sobrina no será nunca cristiana. Pero confía en Dios. Lo que no se hace con los astrólogos por delante, se hará con los astrólogos a la espalda.

-Pero Amaya, Usua y Lartaun exigen para hacerse cristianos; que Amagoya les acompañe a la fuente bautismal.

-¿Lo exigen?

-Me lo acaba de decir vuestro hermano: ésta ha sido su última palabra.

-¡Su última palabra!

-Sí.

-Por manera, que no se convertirá Lartaun...

-Si antes no se convierte su cuñada. Es débil: le arredra el recuerdo de Paula... vivir en intestina guerra con su familia, tener que alejarse de Aitorechea, o que arrojar de Aitormendi a la Adivina...

-¡Ah!, exclamó Petronila desconcertada: eso no es querer de veras ser cristiano; eso es imponer condiciones a Dios.

Y dobló la cabeza con desconsuelo.

Fue un instante, un solo instante de abatimiento y desmayo; porque al punto irguió la frente, y con aquella poderosa voz estentórea y aquella sobrenatural inspiración que conmovía las rocas, tornó a exclamar:

-¿Quién como Dios?

Y «¿quién como Dios?», volvió a contestar el eco.

Pero esta vez creyeron entrambos divisar dulcísima claridad en la cueva, y cayeron de rodillas.

CAPITULO IX

Donde sin probarse que Amagoia fuese astrologa, resulta materialmente demostrado que tenía ribetes de astrología

Amaneció Teodosio no en la cueva del Dragón, donde lo hemos dejado, sino en un recuesto de la cercana cumbre de Alchuetá, que domina por el Norte la peña de San Miguel.

Defendíale superior altura del airecillo más que fresco de alba, y tenía a sus pies hoguera medio apagada, que durante la noche le había prestado calor y ahuyentado las fieras. Así pudo dormir a pierna suelta breves horas sobre el musgo de las rocas, con las armas al lado, la capa por manta y el zurrón por cabezal.

¡Magnífico lecho, por cierto, para el presunto duque o rey, príncipe desde luego y caudillo de primer orden en tierra de vascones o navarros! Pero aquella rudeza y sencillez; aquella indisputable fuerza personal y desprecio de comodidades, afeites y regalo, nos explican precisamente la resistencia de los montañeses pirenaicos a los dominadores de España, del África Tingitana y de la Galia Narbonense, su indiferencia por el arribo de las huestas enemigas, su nunca domada independencia.

¿Cómo tribus, cuyos señores sólo se distinguían de los vasallos por el valor y pericia militar, y por su hospitalidad y largueza; que para viajar no necesitaban escolta, convoyes ni equipajes; que si carecían de caminos, tenían en cambio una posada en cada caserío, mesa puesta en cada lugar, y relevo de postas en cada dula o caballeriza; cómo habían de ser vencidas por los magnates de los rizos y brazaletes, que no sabían moverse sino acompañados de montones de siervos y bucelarios, de caballos con frenos de plata y oro, y gualdrapas recamadas de perlas y doradas literas y sillas de mano?

Bien se puede asegurar que aquel joven de anchos hombros y enmarcado pecho, no había abandonado la caverna por miedo de los lobos, que en sus no lejanas madrigueras debían de percibir la fragancia de los apetitosos fiambres de Olalla: tampoco, aunque en honor de la verdad, esto se me figura más problemático, por temor a fantasmas, trasgos, brujas y criaturas diabólicas, toda vez que desde el último suceso de la cueva se creía, piadosamente pensando, bajo la especial tutela del Arcángel, patrono de Navarra. Pero aquel hombre de espíritu audazmente ambicioso y de naturaleza vigorosa y fuerte, que se alimentaba al parecer con tuétano de león, buscaba por instinto el aire, el espacio, la

techumbre del firmamento, y al propio tiempo, sentíase como asustado de la maravillosa protección con que principiaba a ser favorecido.

Razón para confiar si a ella correspondía, y para temer también si no la aprovechaba.

Por de pronto, ninguna mella habían hecho en su voluntad de hierro, los acontecimientos de la pasada noche. Con los mismos propósitos que llevó al monte de Aralar, se preparaba a descender, aprovechando la primera luz del día.

Muchas y muy grandes cosas había oído, mayores, tal vez, presenciado; pero su pensamiento, conmovido pasajeraamente cual polvo en remolinos, tornaba siempre al centro de gravedad a donde constantemente propendía.

Sus pretensiones no son para nosotros ningún misterio. Podía Teodosio ocultarlas por respetos a Lartaun, mientras no obtuviese la venia y sanción de Amagoia; pero en la dura respuesta que exigían los sarcasmos de Petronila, en su ira y furor, todo lo había revelado. Hacerse rey, y para ello casarse con la mujer que a juicio de todos los vascos tenía que ser reina; conseguir que se bautizara para que pudiera ser esposa de un príncipe cristiano, y lograr por esta conversión la de todos los vascos: tales eran los planes y proyectos que traía entre manos, cuando García obtuvo la rendición de Ranimiro. Su captura y la de Amaya fueron para Teodosio uno de los sucesos más afortunados que podían ocurrir, y desde el punto en que supo que con la prisión de los godos coincidía el hallazgo del secreto de Aitor, que se creía perdido, ya no dudó de que el cielo le protegía por especial y señalada manera.

¿Cómo el hijo de Goñi, ciegamente enamorado de Amaya de Butrón, había de desistir de empresas que creía, no sólo santas, fecundas y salvadoras, sino protegidas por la Providencia?

Todo lo contrario: las inconcebibles pretensiones de la goda a la soberanía del país vascongado, le irritaban: la idea de unirse vascos y godos al cabo de tres siglos de implacable guerra, le parecía absurda; y el casamiento de un vascongado con la hija de Ranimiro, o traición o locura. Nadie como Amagoia, inflexible, dura, inexorable con todos los extraños, poseía el espíritu de la raza éuscara, y si en lo único en que debía ceder, en la fe cristiana que está sobre todos los pueblos, razas, leyes y cosas de los hombres, lograba Teodosio que cediese, ¿qué mayor gloria, qué mayor triunfo ni dicha podía apetecer?

Y para lograrlo no debía reparar en que Ranimiro fuese ajusticiado como prisionero, reo de mil y mil crímenes y bárbaros atentados, aunque se le declarase inocente del incendio de Aitormendi, de la muerte de Lorea y de Basurde: no debía andar tampoco en muchos miramientos con Amaya, mientras ésta llevase aquel nombre profético y simbólico, y guardar el secreto que no la pertenecía, y sostuviese soñados títulos y derechos a la casa de Aitor.

Con estos pensamientos se despertó el hijo de Miguel, y después de hacer la señal de la cruz y de elevar el corazón a Dios, dándole gracias por tantos especiales beneficios como le debía, entregóse a más prosaicas, aunque también necesarias, ocupaciones, sacando del

morral las viandas de que la gentil vaquerilla de Echeverría le había provisto, y se desayunó con ellas.

Al meter otra vez la mano en el saco, tentó un objeto no destinado ciertamente a la masticación. Y aunque se lo llevó a los labios, no fue para engullírselo, sino para darle devotamente un beso. Ya supondrá el lector que era lo que excitaba la veneración del hijo de Goñi.

-¡Amaya!, exclamó: nombre peregrino por cierto y bien aplicado. Amaya es la cruz, que cierra los tiempos pasados, y de par en par abre los presentes y futuros.

Después de tan piadosa y filosófica reflexión, debió de volar su fantasía por terrenales y aun profanas regiones; pues añadió tras breve pausa:

-¡Temible rival, si no fuese goda!... Pero lo es: por más que diga esa loca, por mucho que sueñe el rapaz de Abárzuza, son vanos sus derechos. No puede disputárselos a la mía.

Y de nuevo se quedó melancólico y pensativo.

-¡Mía, mía! No tiene más que la necesidad que siento yo de que lo sea. A sus padres los veo decididos; pero ella, ella no sé lo que piensa, ni qué recuerda, ni qué le atormenta... Pero algo teme... Sin duda a su segunda madre, a esa enigmática Amagoya... ¡Amagoya! ¿Si será de la secta de los astrólogos?

Y tornó a besar la imagen del brazalete, remontándose nuevamente al cielo, desde el mismo punto en que se había posado al descender a la tierra.

Así un águila que se cierne sobre las nubes, desciende a la roca y vuelve a lanzarse luego a las azules esferas.

Guardó después la alhaja, no en el zurrón, sino en el pecho, y abandonando los restos del almuerzo, se levantó, tomó las armas, y miró hacia el abismo que a sus pies se abría, con ánimo de escoger sin duda el menos peligroso, va que decirse no pueda el más suave descenso.

Por muy familiarizado que estuviese el vasco con los grandiosos espectáculos de la naturaleza, tan varios como soberbios en aquellas salvajes montañas, o por muy embebecido que a la sazón se hallara en sus propios pensamientos, era imposible que no parase mientes en el magnífico panorama que desde aquella elevación y en el solemne instante de la aurora se descubría. Teodosio hizo más que contemplarlo y gozarse en él; porque ansiando todavía mayor espacio, y nuevos y más dilatados horizontes, miró al peñón de Alchueta, que le había servido de abrigo, y sin que le arredrasen ni lo tajado de sus cortes, ni lo empinado y sublime de la cumbre, trepó por las hendiduras y llegó a dominar el pico más alto, donde nadie quizás hasta entonces había puesto la planta.

-¡Escualerría! ¡Escualerría!, exclamó el robusto joven, tendiendo alrededor miradas ambiciosas, con las cuales todo lo abarcaba: ¡Tierra de los vascos, tú serás mía!

Y con una soberbia que parecía religión, o con una piedad tal vez aparente, porque pudiera ser satánica soberbia; con una confusión de afectos, inexplicable quizás en otro hombre y en otro momento, añadió estas tres palabras vascongadas:

-¡Jaungoicoa eta Goñi!

Las cuales pueden significar sencillamente: *Dios y Goñi*; o de otro modo. *¡El Señor de lo alto! ¡Y en alto yo!*

La supresión de la síncopa en el último nombre se presta al postrer sentido, y en semejante caso, soberbia, grande soberbia había en juntar como en un haz, y en aquella altura, esas palabras; pero en contradicción o protesta contra la interpretación que acabamos de hacer de ellas, cayó Teodosio de rodillas, mirando como estático, tan pronto al cielo como a la tierra; porque en efecto, todo humano orgullo tiene que inclinar allí la frente.

Ante aquel sublime espectáculo, queda anonadado el hombre. La vista alcanza sin esfuerzo desde los Pirineos centrales que cierran el cuadro por el Oriente, hasta la curva del mar, confundido entre las brumas del Norte; desde las castellanias sierras de la cuenca del Ebro, Gorbea y Aizcorri, sobre Aránzazu, hasta las montañas que dominan a San Sebastián, Hernani y la desembocadura del Bidasoa. En una palabra, tierras de Burgos y de Francia, de Vizcaya y Aragón: dos golfos y fuentes innumerables de caudalosos ríos.

Las formidables cordilleras de Pamplona parecen humildes escalones de la gran cordillera pirenaica; la famosa altura cónica de Monreal, que se divisa de toda Navarra, queda reducida a las proporciones de túmulo céltico y cerro artificial. Pamplona es un modesto caserío que tiene por cimientito las enormes peñas de Osquía, y por respaldo los Pirineos centrales.

Sólo hacia el Sur, la sierra de Andía, cortada verticalmente por la de Urbasa, quiere como echarse encima del Aralar para contenerlo en sus pretensiones de rey de los gigantes; y entre uno y otro se tiende el valle de Araquil con todos sus pueblos, ríos, selvas y peñascos que deleitan los ojos con detalles: todo lo demás, desvanece por lo vago y dilatado; confunde el espíritu con la idea de la inmensidad.

Surgen del azulado fondo de los valles ingentes masas de rocas blanquecinas, oscuros lienzos de ciclópicas murallas, montes revueltos y desordenados como despojos de guerra de Titanes. Por una parte lo más profundo: por otra lo más empinado: golfos que ciñen los suaves y templados valles de Aitor, cimas de casi perpetuas nieves, sobre las cuales se alzaban los fantásticos palacios y jardines de Luzaide y Maitagarri. El Pirineo allí domina y absorbe todo: el Pirineo, de mar a mar alzado por la mano de Dios, como baluarte de la independencia ibérica, tendido para separar a dos naciones, como un gigante cuya crespada cabellera salpican las espumas del Océano, y cuyos pies se mojan en las ondas del Mediterráneo.

Las ramas de los robles de tiempo inmemorial, que crecen en lo fragoso de aquellas breñas, con su primitiva pompa y libertad, no se enlazan y revuelven con tanto y tan magnífico desorden, como los muros y contrafuertes de la cordillera pirenaica, que forman laberintos de valles y cañadas, de precipicios y barrancos, de crestas y rocas

arremolinadas, de bruscas pendientes y suaves declivios; cuando de peñascos en montón, sin más vida que el musgo, ni más habitantes que las águilas; cuando de selvas derramadas, el menor de cuyos árboles fuera orgullo de otras montañas.

Allí reinan helados vientos de nieves perdurables, y calientes auras saturadas de azahar; allí moran desde el oso recostado en témpanos de hielo, hasta las aves de los trópicos; y crecen en opuestas latitudes la flora del Norte y la del Sur, hayas y fresnos, geranios y magnolias.

La caprichosa estructura de las ramificaciones de esa gran sierra, y la atrevida ondulación e inesperados pliegues de sus estratificaciones geodésicas, presentan, al decir de un geólogo, la imagen del Océano súbitamente petrificado a la voz de Dios en la más desatada tempestad. Aquella mañana ofrecía esta comparación mayores visos de exactitud que nunca. El piélago de montañas tenía sus rugidos en las selvas, y su fondo azul en los vapores de los valles, sobre los cuales, flotantes en la apariencia las rocas de las cumbres, heridas por el sol con rayos horizontales, rojizas y doradas, remedaban la espuma de las olas.

-¡Hijo de Aitor, pueblo escogido por Dios para muestra perdurable de pueblos primitivos, exclamó Teodosio: yo he nacido para ti; para esposo de tu Amaya y vencedor de tu Amagoya; para cabeza de tus cuatro cabezas; para inflamar tu sangre con el fuego de la ambición, que no conoces, y hacerte reconquistar el territorio que has perdido!

Y sin volver los ojos hacia Pamplona, a donde acudían las huestes de Rodrigo; ni a la Silla de Pilatos en Andía, que le ocultaba los valles de Olo y Goñi, donde moraban sus padres, García y Ranimiro, tan cerca de los godos; deslizóse de la peña de Alchueta, y fue descendiendo por los portillos de las rocas, por sendas de jabalíes, al través de bojes y chaparros, de hayedos y robledales, acebuches y enebros.

Por aquellos parajes impenetrables, que sólo para él y para las fieras eran caminos, atravesó sin titubear los límites de Navarra y de Guipúzcoa.

A las tres o cuatro horas de descenso, sentía la influencia del nuevo clima. El viento había calmado; la atmósfera era más húmeda y templada. El sol no tenía allí rayos poderosos a menguar los raudales que brotaban en todas las laderas, y se esparcían por los prados, y después de regarlos se filtraban en las grutas gota a gota, en hilos por el borde de los peñones, en arroyuelos por las encañadas, viniendo todos a juntarse al hondo de los barrancos, para formar riachuelos que se precipitan al Océano, raudos, espumosos y cristalinos.

A los bojes, pinos, hayas avellanos, robles y fresnos de la altura, hechos a vencer huracanes, sucedían alegres castaños de anchas hojas, majestuosos nogales, manzanos bienales, cuyas ramas caen encorvadas, o se desgajan al peso de su copioso y dorado fruto. Las praderas parecían alfombras matizadas de flores; los valles alegres y abrigados. No había extensión que mereciese el nombre de llanura, ni paisaje que no variase de aspecto a pocos pasos, ni montaña que se pareciese a otra montaña.

Aunque el sistema antiguo de población subsiste aún en ese país, inmóvil en medio de naciones que cambian de leyes y costumbres, y hasta de razas, como el mar cambia de

matices; no se habían fundado, o por lo menos, eran mucho más raras esas villas asentadas hoy en el fondo de los valles, cual perlas engarzadas entre esmeraldas. Los habitantes, diseminados en caseríos, vivían contentos en medio de las tierras que cultivaban, y todos se tenían por miembros de una familia, no como vecinos de una misma ciudad. Guipúzcoa y Vizcaya conservaban en lo interior este carácter primitivo, mejor que Álava y Navarra, cuya tendencia a la aglomeración de viviendas es más antigua. Tribus fronterizas, sentían más de cerca las necesidades de la guerra; y hasta el rigor y aspereza del clima exigían mayor concurrencia de recíprocos esfuerzos.

La alegría de aquellos valles entapizados del verde primaveral, poblados de rebaños, casas y corralizas en desorden derramadas, acrecentábase aquel día con el sonido de las campanas, que tienen entre rocas ecos más dulces y argentinos que en los llanos. De reciente uso en las iglesias, y sin haberse introducido todavía en Bizancio, se habían generalizado no sólo en Sevilla y Toledo, sino en toda la península española, sin exceptuar el rincón de los Pirineos, que los godos estaban conquistando siempre y se quedaban siempre con hambre de conquistar.

Aquel día no era domingo: Teodosio había entrado en algunas de las ermitas que se alzaban en el camino; pero no vio indicios de que se celebrase ninguna festividad religiosa. Extrañó, pues, el volteo de las campanas; y como el bullicio y aire de fiesta se aumentasen conforme iba acercándose al término de su jornada, no quiso seguir adelante sin averiguar la causa de aquel regocijo, motivado sin duda por extraordinarios acontecimientos.

Eran ya las doce, y con pretexto de comer, entró en el primer caserío que halló a mano, y se sentó a la mesa, aunque no conocía a nadie.

-A tiempo llegáis, le dijo el echecojaun, porque iba a bendecir la mesa.

Recitó el casero su breve y compendiosa oración, y le dijo:

-¿Venís de Navarra?

-¿Por qué lo preguntáis?, contestó Teodosio.

-Se os conoce en el acento que sois de allá arriba.

-De allí he salido esta mañana.

-Pues nadie mejor que vos nos podrá enterar, dijeron dos apuestos mancebos hijos de la casa, y que trataban de comer de prisa, con arco y flechas y honda cruzados al pecho, ezpata al cinto, y sendas *gucias* arrimadas a la pared. ¿Han degollado o precipitado ya a Ranimiro?

Pregunta tan inesperada y hecha con la mayor sencillez, hubo de sorprender al caminante, que se quedó perplejo mirando a sus huéspedes.

-Pues qué, ¿se trata ya de quitarle la vida?

-No, no sabemos nada, dijo el ama, o *Echecoandría*; pero como las campanas celebran la derrota y prisión del bárbaro godo, asesino de Lorea, e incendiario del palacio de nuestro patriarca, todo el mundo dice «vamos a Goñi (porque a Goñi se lo han llevado): vamos a presenciar la ejecución».

-Y nosotros hemos añadido, continuó uno de los mozos: vamos a conocer a García de las Amezcuas, autor de tamaña proeza.

-¿Le conocéis vos?, preguntó a Teodosio el otro hermano.

-Sí; le contestó con sospechoso laconismo el caminante.

-¡Claro está! Como vascón de la montaña, nuestro huésped debe de conocerlo. Nosotros nunca subimos allá, ni él suele bajar por aquí.

-Dicen que ha perdido a su padre en la guerra contra los godos.

-Sí; hace un año, poco más o menos, contestó al fin el heredero de Goñi.

-Buena ocasión tiene ahora de vengar su sangre.

-Y la mía, que siete hermanos he perdido.

-Y la de todos. Porque todos estamos ofendidos y agraviados con las crueldades y crímenes de Ranimiro.

-¡Grande hazaña la de García! ¿No os parece, huésped?

-Grande.

-Si así comienza el que ayer era desconocido, y hoy tal fama ha conquistado, no me extrañará que el día menos pensado salgan los ancianos diciéndonos: aquí esta vuestro rey.

Teodosio perdió el color, y dando fuerte puñada en la mesa se levantó diciendo:

-Poco a poco con eso; porque aún vive Teodosio de Goñi...

-¡Ah!.¿Sois por ventura el hijo de Miguel de Goñi?, contestó con calma el echecojaun. Sentaos y perdonad a mis hijos, que como mancebos no saben lo que se dicen. Yo sé muy bien lo que valéis. A uno de vuestros hermanos le vi caer herido, veinte o veintiún años hace, en el ataque de Victoriaco.

-Lo mató Ranimiro.

-Con la francisca. También a mí me hirió al defender a vuestro hermano, que si no, hubiera quedado en el sitio.

-¡Oh! ¿Cómo ha de salir vivo de Goñi el matador del hijo de Miguel?, exclamó Teodosio, dirigiéndose la pregunta a sí propio, más que a los circunstantes.

-No puede ser: le contestó el echecojaun.

Y el más joven de aquellos mancebos, añadió con una simplicidad que acabó de traspasar las entrañas del caudillo vascón:

-Nosotros no decimos nada por agraviar a ninguno de los presentes: nosotros no somos nadie delante de la gente de más edad; pero repetimos lo que todo el mundo dice. En todos estos contornos no suena desde esta mañana sino el nombre de García: García arriba, García abajo...

-¿Y de Teodosio de Goñi no se acuerda nadie, no se dice nada?, preguntó el caminante.

-Sí; se dice que quisisteis matar a la hija del godo en represalias de Lorea, la primogénita de Aitor; pero que marró el disparo, y sólo heristeis un caballo; pero en el corazón. ¿Es cierto?

-Cierto... que sólo maté al caballo, contestó Teodosio con ceño. Pero no me propuse más.

-Y se dice que sin deteneros fuisteis a dar cuenta de todo a la familia de Aitor; según lo cual, ya debéis estar de vuelta.

-Todavía no la he visto: voy ahora al caserío de Amagoia.

-Pues entonces no tenemos prisa de subir a la montaña; porque el suplicio no se verificará hasta que lo presencien Amagoia y su hermana, y su cuñado, y la hija de Aitor.

-Así lo creo. Pero no perdáis momento. En mi castillo de Gastelúzar están los prisioneros godos, aunque no corren por nuestra cuenta, sino por la de García. Él ha sido el caudillo de la expedición; él es, por consiguiente, dueño del botín y de los prisioneros: lo que él disponga, eso se hará. Yo únicamente le he pedido que se aguarde hasta mi vuelta; porque me parece más que regular que la familia del patriarca, y sobre todo, Amagoia, la viuda de Basurde y hermana de Lorea, tengan una entrevista con Ranimiro...

El turbado acento de Teodosio revelaba la poco noble intención de aquellas palabras.

-Cierto, añadió el echecojaun; es muy puesto en razón que Amagoia le haga preguntas, le dirija cargos, y quiera saber quién mató a su hermana, a su marido... Pero, de veras lo digo; sentiría que una pagana sentenciase a morir a ningún cristiano, aunque sea godo.

-¡Ella, no!, replicó el hijo: ¿pero qué necesidad tenemos de que ella lo mande al suplicio, si no hay un solo vasco capaz de absolver a Ranimiro?

Teodosio se sonrió malignamente; pero reprimiéndose, creyó descargar su conciencia, diciendo:

-¡Soltar al capitán y príncipe de los godos, al que iba a Pamplona a ponerse al frente de las huestes que trae de Toledo el nuevo rey! No puede ser; pero cabe en lo posible perdonarle la vida, porque algunos de los crímenes que de ese hombre se cuentan, parecen patrañas.

-¡Patrañas los hechos de Ranimiro, que todavía chorrean sangre del corazón de todos los vascos!

-¡Yo quisiera saber quién es el guapo que, a no ser por irritarnos más, como vos, Jaun Teodosio, se atreve a sostener que los crímenes del conde godo son patrañas!

Los jóvenes siguieron tomándolo a risa, con la cual concluyó alegremente la frugal comida que había principiado cierta severidad.

Teodosio se dio por satisfecho, o no se atrevió a más, y se despidió de sus huéspedes, prosiguiendo el camino de la costa, durante el cual percibió frases sueltas, que con la clave precedente, comprendía sin dificultad: todas, por su mal, coincidían en honra y pro de García, el héroe de la fiesta.

-Esto es hoy, decía Teodosio: veremos mañana. Cuanto más se eleve, más tendrá que descender.

No pudiendo llegar al caserío de Amagoya hasta la noche, temeroso de pasarla probablemente en claro, por estar los paganos entretenidos en su fiesta de luna llena, se tendió en un ribazo a descansar y echar la siesta; después de lo cual, hallándose casi a igual distancia de Aitormendi que de Aitorechea, es decir, de Amagoya y de Amaya, se decidió a dar aviso a Lartaun de lo ocurrido, pareciéndole que tenía éste tanto derecho como aquélla a saberlo todo, e intervenir en la suerte del prisionero.

Sin llegar al valle de Butrón, se informó de que ni Lartaun ni su hija estaban en casa. Dejando en ella a Usua, pagana no muy ferviente, ambos habían salido hacia Aitormendi, para celebrar sin duda el plenilunio.

Unas cinco o seis horas después de la siesta llevaría andadas por la tortuosa margen de un río, al que brotar humilde por la mañana en oscuro rincón de la sierra, y ya le sentía bramar soberbio y extenderse majestuoso, recibiendo el pérfido refuerzo de las marcas para que pudiera engullírsele mejor el Océano; cuando se halló en el famoso valle que ya conocemos, uno de los más pintorescos y dilatados, próximo a la costa, encerrado en doble marco de mármoles blancos, rojos y negros, y manzanos y castaños.

Al cruzar el río por un puente de dos tablas que se cimbreaban, dijo para sí:

-Bien se deja conocer que estamos en los dominios de Amagoya: todo aquí es primitivo. El primer puente, fue de dos maderos: no haya miedo de que la pagana lo construya de piedra. Más seguro sería; pero... Tiene razón Echeverría en llamar bruja a esa mujer, de cuyas manos pende, sin embargo, la suerte de toda mi vida.

Y echó a correr hacia la opuesta orilla.

Algunos pasos se había apartado de ella, y el puente primitivo seguía cimbreándose y vibrando como un muelle de acero. Con no menos violencia palpitaba ya el corazón de Teodosio al acercarse al caserío, o por mejor decir, al cerro inmediato, donde esperaba hallar, reunida a la familia de Aitor, a su querida Amaya, a Lartaun y Amagoya.

Era una montañuela cuya descarnada cumbre blanqueaba doblemente resaltando sobre el oscuro fondo del Océano y bañada por la luna que había salido encendida, como avergonzada de los honores casi divinos que se le iban a tributar en Aitormendi.

El caserío de Amagoya, reedificado años atrás sobre las ruinas del que pereció incendiado, distaba aún algo más de media hora. La montañuela de que hemos hablado, se replegaba hacia sí, dejando al valle mayor planicie que se aprovechaba para el cultivo: y la pendiente suave por los costados, se convertía en tajada altura de tranquilas capas horizontales, ora de cantos rodados, ora de ferruginosa arcilla, o de mármoles y pizarras. Sobre este precipicio descollaba un bosque de manzanos y nogales, cuyas ramas avanzaban hacia el hondo que lamía el río con ondulaciones de sierpe. Por la tarde, las sombras de los árboles de la cima cubrían las aguas en aquel tranquilo recodo, y en verano y otoño las doradas manzanas, verdes hojas y nueces flotaban en el perezoso y diáfano remanso. El agua de la altura se filtraba por las grietas, y goteaba por las raíces de los troncos que se dejaban ver en el precipicio.

Tras esta cintura de bosque, festoneada de rosas y jazmines, corría una pradera, al terminar la cual, y defendida por un peñón desnudo y pintoresco, se cobijaba la casa de tosco mármol y rojo tejado, con grandes depósitos para el heno al aire libre en la parte superior del edificio, con su torre ya famosa, su yedra reciente y sus más flamantes madresevas, pasionarias y rosales que cubrían hacia el sur la parte inferior. Parecía tabernáculo adornado de flores, y al que sólo faltaban luminarias para el culto.

Los ladridos del perro guardián de los rebaños, tal vez aquel famoso mastín que, según Echeverría, tuvo el honor de lamer las huellas de la Sombra de Aitor, anunciaron la aproximación del huésped desconocido.

-¡To! ¡to! ¿A qué ladrar esta noche en que tu ama no duerme?, le dijo Teodosio, que sólo se aproximó al caserío para cerciorarse de que Amagoya no celebraba el plenilunio a la puerta de casa, como otros paganos solían hacerlo.

Pero hacía mucho tiempo que la anciana prefería la cumbre para sus festividades. Conforme se iba disminuyendo la grey de los antiguos creyentes, íbase acrecentando en aquélla el afán de poner ritos a ritos; y lo que no era fiesta religiosa, ni culto propiamente dicho, porque la antigua religión natural no admitía superstición alguna, tomaba en la solemnidad de que la revestía Amagoya, cierta apariencia de religión, como para retener con ella a los que se obstinaban en rechazar el bautismo.

-Arriba deben de estar, exclamó murmurando Teodosio, ella y todos aquellos que han de decidir de mi suerte. El caso es que debe de haber una subida para la cumbre; y yo, que tan poco he frecuentado estos lugares gentílicos, la desconozco. Pero es lo mismo, añadió alzando los hombros.

Y echó a correr hacia la roca de mármol que coronaba el cerro de Aitormendi.

En efecto, para la agilidad y soltura de aquel joven, a quien hemos visto salvar las distancias como un corzo; penetrar en las cuevas como un hurón y trepar por los peñascos como un tigre, los caminos parecían de más, y la línea recta la menos costosa. Poseído ya de fiebre de amor, de ambición o de impaciencia, cuya intensidad crecía conforme se iba acercando a estos parajes, se encaramó por donde quizás no habían subido antes que él sino lagartos, y asomó, por fin, la cabeza a la descarnada cima, que formaba una mesa circular.

La planicie, desnuda de vegetación, estaba interrumpida por algunas puntas de la peña, que se alzaban como niñas vanidosas que no quieren confundirse con sus compañeras.

No lejos del borde en que Teodosio afianzaba las manos, descubriase una mujer vestida de blanco, con traje semejante al de las antiguas romanas. La túnica sujeta por cinturón de oro, y los broches del manto del mismo metal, completaban la semejanza. Los adornos de la fimbria eran, sin embargo, de diferente gusto, y en medio de su grosero dibujo, estaban destinados a infundir cierto respeto, por lo misterioso de los signos y figuras evidentemente alusivas a los cuerpos celestes.

Era alta, delgada, de lengua cabellera, que los pesares, o quizás los remordimientos más que la edad, habían emblanquecido; porque su rostro brillaba todavía sonrosado, mórbido y sin arrugas; los ojos muy rasgados, la mirada altiva y penetrante.

Rizaba el viento su opulenta cabellera, y hacía ondular sus amplias vestiduras de lino, dándonos a conocer que no era estatua de alabastro alzada sobre la roca. Recostada sobre un pico, de espaldas al Occidente, esperando con ansia el momento crítico del plenilunio, y la salida del astro que se había ocultado tras negros nubarrones, dejando la tierra sumergida en tinieblas; con un arpa grosera y de pocas cuerdas a sus pies, si no figura alabastrina, parecía el genio de las montañas, la musa éuscara remontada a la cumbre prominente del valle, para acercarse al cielo, fuente de toda inspiración.

Sentados en sendas peñas de mármol, a uno y otro lado de Amagoya, estaban Lartaun y su hija, vestidos ambos a la común usanza, hombre maduro aquél, y joven doncella ésta, según de sus cabellos cortados y de sus tocas de colores vivos podía inferirse.

Uno y otro, inmóviles también y silenciosos, envueltos en sus mantos que les caían de los hombros, para resguardarse sin duda de la frialdad de la noche y del rocío del alba; que no menos que hasta el amanecer solía durar tan extraña fiesta.

Sobrecogido de respeto y aun de temor ante aquel cuadro fantástico, misterioso, y en cierto modo diabólico, hubieran quizá flaqueado los músculos de hierro de nuestro osado caminante, que en tan poco tiempo había sido turbado por visiones casi próximas a lo sobrenatural; si Amagoya, viendo relucir tras el tortuoso contorno de la roca blanquecina dos ojos de fuego, y flotar los rizos de crespada cabellera, no hubiese exclamado con voz entera, firme y plateada, con el acento más dulce de las siete tribus éuscaras:

-Arriba, arriba, quien quiera que tú seas. Nunca se cierran las puertas del caserío de Aitor, y el sitio en que Amagoya celebra las festividades de sus padres, es el más expuesto a las miradas de propios y extraños.

-Hija de Aitor, contestó Teodosio acabando de trepar a la Planicie, ni vana curiosidad, ni deseo de expiaros me detenía al borde del precipicio, sino el temor de interrumpiros.

Pero Amagoya, que se había adelantado a tenderle la mano, como si el caminante necesitara de tan débil auxilio para subir, quedósele mirando de hito en hito en medio de la oscuridad, y exclamó de pronto arrojándose loca de júbilo a sus brazos:

-¡Asier! ¡Asier! Este es mi hijo; este mi pájaro de dulce canto; mi amado, mi *chori*. Esa rizada desnuda cabellera derramada por tus robustos hombros; ese noble y sencillo continente... ¡Sí! ¡Es el libertador que todos estamos esperando! Tenía que llegar en una noche de plenilunio... ¡La luna nos le ha traído! Y ha llegado.

Y examinando la persona y arreos de Teodosio en medio de las tinieblas, con la prolijidad cariñosa de una madre, prosiguió:

-Así me gusta. No has abandonado nuestros usos. Tornas con esa túnica ligera que visten los que confían más en su valor y agilidad, que en armaduras de hierro. Esa espada, prosiguió, doblándola en la roca, tiene el temple de nuestras fraguas: el asta de tu *guecia* cortada está de los fresnos del Pirineo. No te has contaminado con las corruptoras costumbres de los extraños. Esta noche pasada, los sueños me han anunciado tu venida. Aitor, el próbido Aitor, o sus invisibles mensajeros. Ellos me han dicho: vendrá, vendrá, y te traerá secretos, y nuevas, y consolaciones. ¿Por qué has tardado tanto? ¿Por qué te has callado años enteros? ¡Pero ya has venido; y te has acordado del plenilunio, y llegas a celebrarlo conmigo, con la familia de Aitor, a usanza de nuestros mayores!... Cantemos, sí, cantemos las canciones primitivas; repitamos juntos las glorias de nuestros antepasados, y adoremos en la cumbre al Señor de las alturas. ¡Consuelo inefable para Amagoya tener en quien el tesoro de tradiciones que desde la corrupción de las tribus sobrenada incólume en mi pecho! Sí, cuando Jaungoicoa infunda a mis párpados perdurable sueño, y transporte mi espíritu a los palacios defendidos por nieves eternas, ese depósito pasará de mis brazos a los vuestros, para que lo trasmitáis a las tribus éuscaras, y se conserve puro hasta la consumación de los siglos.

¿Qué pasaba entonces por el alma de Teodosio? Ni él mismo lo podía decir. Veíase llamado Asier de Amagoya, el *chori* (ave) de las canciones vascongadas; esto es, el amado, el predilecto, la prenda querida de aquella mujer que por primera vez fijaba en él sus miradas. Veía anunciada, sin embargo, su venida y el objeto de su viaje, antes de que él se hubiese decidido a emprenderlo. ¿Quién era Amagoya? ¿Quién era aquella anciana de blancas vestiduras y nevada cabellera? ¿Una loca, o quizás una adivina, una maga, una sacerdotisa, en comunicación constante con espíritus infernales?

Estas dudas se agolparon al entendimiento de Teodosio como un remordimiento, al mismo tiempo que se sentía fascinado y seducido por aquel misterio inexplicable que le colocaba de repente, no sólo bajo el amparo, sino bajo el cariño y predilección de la mujer que tenía en sus manos, por confesión de todos, el corazón de la hija de Aitor.

Mirábala con asombro, con supersticioso respeto unas veces, con desconfianza otras. Miraba a su Amaya que permanecía inmóvil, cada vez más oculta y rebozada en su manto, silenciosa, y sólo de cuando en cuando agitada por súbito estremecimiento. Miraba a Lartaun, que se había levantado impaciente; pero sin atreverse a romper aquel encanto, aquella especie de magia que formaba el ambiente de la roca. A nadie era dado contener aquel torrente de exaltación éuscara que brotaba con ímpetu del pecho de Amagoya. Pero como ésta acababa de hacer una pausa, el hijo de Goñi, queriendo aprovecharla, y sin saber lo que iba a decir, contestó a la hija de Aitor:

-Escuchadme, Andria...

-¿Por qué me llamas *Andria* (señora), y no *Amá* (madre), ya que tantos años hace que no resuena en mis oídos tan dulce nombre? ¡Hijo mío!, exclamó, tendiendo sus blancas palmas sobre la tostada frente del joven; ¡caigan sobre tu frente las bendiciones de Dios, como la nieve en copos sobre los picos del Pirineo! ¡Multiplíquense tus rebaños como flores en primavera! ¡Raudales de miel broten para ti las hendidas rocas, y si los osos te la disputan, vuelve cargado de su piel para el lecho de tu esposa! Tú serás el cumplidor de los designios de Dios acerca de nuestra raza.

-¡Yo! ¡Yo quiero serlo! Yo lo seré.

-Tú restaurarás los límites de su primitivo asiento.

-¡Yo!

-¡Tu nombre será aclamado por los ancianos que se sientan en torno del árbol sagrado!

-¡Mi nombre! Estáis profetizando... ¡Dios habla por vuestra boca!...

-¡Tú el primero te sentarás en el *Batzarre*, antes que tus cabellos se hayan encanecido al soplo asolador del desengaño! ¡Tú llevarás el *lauburu* a la victoria, arrastrando tras él hasta mujeres y niños!

-¡Sí, sí!, contestaba Teodosio, como arrebatado en el remolino de aquellos delirios.

-Tú volverás cargado de armaduras de hierro, como de anillos de oro nuestros padres después de sus batallas con los romanos.

-¡Sí, sí, yo seré rey! ¿Pero me conocéis? Decid mi nombre para disipar toda duda. Decidlo delante de Lartaun y de la hija de Aitor que nos escuchan, dijo Teodosio haciendo supremo esfuerzo para hablar, abrumado bajo el peso de aquellas débiles manos, vencido por el magnetismo de tan férvido entusiasmo.

Pero en aquel instante llegaba el astro a su plenitud; el borde de la negra nube se festonaba con claridad amarillenta, y la luna se levantó del lecho funeral, arrojando el sudario, con toda la majestad de reina de la noche.

-¡Silencio, ahora, silencio todos!, exclamó Amagoya, y se quedó contemplando el luminoso disco, con la ansiedad del niño que presencia por vez primera la aurora boreal. Calle ahora la voz de nuestras pasiones, murmuró con los ojos fijos en el astro, como si se hablase en un templo: callen las pasiones, callen las esperanzas, y hable sólo la antigüedad por boca de la tradición. Lo presente y lo porvenir ceden la plaza a lo pasado. Salve, prosiguió alzando la voz, dulce *ilarguía*, luz de los muertos, emblema de los tiempos que han pasado, astro consolador, que lloras con los que lloran, y ayudas a meditar a los que piensan. ¡Yo te saludo esta noche con más efusión de espíritu que nunca! ¡El Señor que te presta esa templada luz, cien veces más alto que tú y la más alta de las estrellas, me envía nuevo oyente para mis canciones, eco nuevo para mis plegarias, un corazón que llora, como los corazones aquí reunidos, la profanación de la tierra de Aitor, el incendio de su casa, la muerte de mis deudos, la corrupción creciente del pueblo vasco! ¡Ay! Años ha que semejante consuelo me era negado. Antiguamente, hijos míos, representantes de las siete tribus se reunían las tres primeras noches de luna llena,

alrededor del árbol del consejo. Allí escuchaban la voz de los adivinos, que revestidos de blanco revelaban a la muchedumbre la religión y la historia de sus antepasados. Retirábanse después, y acababan de pasar la noche cantando y bailando a las puertas de sus casas, y todos se daban el dulce nombre de hermanos. Ahora una pobre mujer usurpa a los adivinos su cándido ropaje, para que no deje de haber labios que canten las glorias de la *escualerría*; pero suelta la voz y no tiene muchas veces más oyentes que las rocas.

Calló la Adivina dejando caer la barba sobre el pecho, y a su acento sonoro y privilegiado, sucedieron los misteriosos rumores de la noche. Las estrellas cruzaban temblando la inmensidad del firmamento; la luna, cándida como el pensamiento de un niño, ascendía con la serenidad del inocente. A sus dulces rayos iban tomando misteriosa forma las bellezas de aquel hermoso valle. Los riscos parecían de plata no bruñida; entre los negros bosques resaltaban cenicientos caseríos; cascadas, semejantes al acero pulimentado, y el río, tan pronto oscuro como la boca de una cueva, tan pronto compitiendo en claridad a la misma luna; y por último, allá a lo lejos inmensa planicie que trazaba un arco perfecto en el horizonte. Era el mar, adormecido, al parecer inmóvil, terso como un espejo que, sin embargo de su aparente adormecimiento, ensordecía con sonoro estruendo los murmullos de las selvas, el bramido de los torrentes, la voz de las montañas.

Era imponente aquella vasta soledad de tierra, y mar y cielo, dominada por la voz de una mujer de blanca cabellera.

Ni Lartaun ni su hija, ni el recién llegado, subyugados por impresión extraña y superior a su voluntad, podían mover los labios; mirábanse recíprocamente los dos amantes, pero sólo se atrevían a mirarse; y Amagoia, con majestuoso ademán, asió el arpa que a sus pies yacía, y apoyándola sobre el peñón en que estuvo reclinada, hizo vibrar las cuerdas del instrumento, y lanzó sonidos tan sencillos como armoniosos, que debieron ser acogidos con gratitud por toda la naturaleza.

Teodosio, completamente fascinado, cayó a sus pies, exclamó con trémulo acento:

-Cantad, Amagoia, cantad, hija de Aitor, que ya os escucho.

CAPITULO X

De como resolvieron los ancianos que Ranimiro fuese ejecutado en Aitormendi

Cuadros magníficos o patéticos hay en la naturaleza, que no acaban de excitar nuestra sensibilidad, sino en virtud de causas muy leves en apariencia. Los estamos contemplando en confusa admiración, o vaga y nebulosa melancolía; pero la sensación que nos producen no alcanza a conmovernos. Súbito rayo de luz serpea entonces por el paisaje, una anda de palomas cruza por el horizonte, el balido de una oveja nos hace volver los ojos hacia puntos de vista en que apenas nos habíamos fijado, y llega el sentimiento a su plenitud y se desborda.

Aquella nueva luz, aquel peregrino objeto, aquellos sonidos inesperados ponen en movimiento las fibras del entusiasmo, del placer o dolor adormecidos: son el último toque que necesitaba el lienzo para la armonía del conjunto, la gota de agua que hace rebosar el vaso, el soplo del niño que enciende la hoguera devoradora de selvas y ciudades.

Tal es la más benigna explicación que puede darse a la conducta del hijo de Goñi. Todo, al parecer, se estremecía en torno; al vibrar las cuerdas del arpa de Amagoia, hubiérase dicho que palpitaba el corazón de los Pirineos.

Pero no disimulemos la verdad, por dolorosa que sea: el tributo del cristiano a la pagana de Aitormendi en aquella noche gentílica, en el solemne momento de la reaparición del astro misterioso, era algo más que fascinación poética: era debilidad; casi una caída. Dios humillaba con ella a Teodosio para enseñarle a purificar la intención de obras que sólo por altísimos fines debían ser emprendidas, a buscar medios adecuados, a todo recto fin. Dios le llamaba por segunda vez, dando nuevo aldabonazo a su conciencia; mostrándole que no estaban limpias de barro mundanal las que le parecían nobles empresas al ambicioso joven: que han de ser inmaculadas las víctimas del sacrificio.

Aunque por diferente manera, también la anciana de Aitormendi había experimentado cambio repentino: el fuego de la inspiración encendía sus miradas y arbolaba sus mejillas; sublime expresión de orgullo, duelo y ternura, dejaba vislumbrar en aquel ruinoso edificio toda la gracia y belleza de que el arquitecto muchos años atrás le había revestido. A no ser por el tocado de cabellos blancos, profusamente derramados por los hombros de la cantora, cualquier en aquel instante la habría tenido por joven. El Genio, revolando en torno, había borrado con sus alas las injurias del tiempo y de los pesares en el semblante de Amagoia.

No podía ésta dispensarse del prelude al uso vascongado; y después de haberse recogido un momento dentro de sí misma, comenzó a cantar:

Asier ha muerto, me dicen:
El mar lo trabó iracundo,
Y la promesa de Aitor
Quedó convertida en humo.
Pero vive Asier; conmigo
Celebra ya el plenilunio;
Y el principio será el fin;
Principio y fin serán uno.

Terminada la introducción, sintiéndose Teodosio abismado en vergüenza y remordimientos, volvió los ojos, como queriendo interrogar con ellos a los testigos y cómplices de su falta. Pero Lartaun y su hija, dándole, aunque paganos, ejemplo de dignidad, habían desaparecido.

No quiso consentir sin duda el padre de Amaya en aquella intempestiva exaltación del nombre de Asier; ni permitir memorias peligrosas de amores, tal vez mal sepultados en olvido.

Asiendo a su hija de la mano, la dijo murmurando y resentido:

-Vámonos de aquí. Tu tía está loca; pero nos ofende hasta en sus locuras. Tenemos que poner remedio radical.

-No hay más que uno: le contestó Amaya.

-Sí, hacernos cristianos, cuando los cristianos vienen a idolatrar en la luna, repuso Lartaun con sarcasmo.

Bien purgaba sus faltas el caudillo de Goñi. Delante de los: gentiles a quien quería convertir, pasaba por idólatra; delante de Amagoya cuya influencia quería conquistar, llevaba el nombre del mancebo que, si viviera, sería elevado al trono en brazos de la Adivina; y delante de la doncella a quien amaba, se le confundía con el rival favorecido. Las pruebas de cariño, de consideración y respeto que Amagoya daba a su hijo adoptivo, después de tantos años de muerto, debían arrancar del corazón de Teodosio toda esperanza en la protección de aquella mujer que sólo vivía de lo pasado, que sólo amaba lo perdido. Él, antes que Lartaun y Amaya de Butrón, debía protestar con energía, ya que no de palabra, con su retirada al menos, contra la alucinación o desvarío de la pagana.

Pero el abismo llama al abismo, y el arrogante, el altanero caudillo, permaneció todavía inmóvil bajo la pesadumbre de esta nueva vergüenza.

Quizás le había herido el ejemplo de Lartaun; quizá se rebeló su soberbia contra él, por lo mismo que le había dado lección de dignidad; y por disculparse a sí propio, no vacilaba en acusarle de ligereza.

-¿No es la equivocación de Amagoya descarrío pasajero? ¿No es verdadera insensatez?, decía para sí. ¿A qué darse por ofendidos de ilusión tan desnuda de fundamento? ¿Qué importancia y valor puede tener en boca de una madre el recuerdo del hijo que fue pasto de los peces hace tantos años?

Amagoya prosiguió tras de breve pausa.

Lo que vamos a escuchar no era canción, propiamente hablando, sino recitado en prosa semipoética, interrumpido de cuando en cuando por los acordes del arpa. Tenía por argumento la primitiva historia del pueblo éuscaro y su religión, contaminada ya de leyendas mitológicas. Semejantes noches estaban consagradas a la tradición que la hija de Aitor quería conservar en toda su pureza. Pero en vano: las manos del hombre manchan cuanto tocan. Por eso la religión divina, a divinas instituciones tiene que estar encomendada.

La noble anciana, haciendo resonar el instrumento con notas graves y llenas, comenzó su relato, dando a su voz cierta modulación que hacía verosímiles las fábulas de Orfeo y Anfión, ponderados músicos de Grecia.

«Los padres de Aitor descendieron de los montes de Ararat, entre los cuales se encumbra el de Gorbeya, donde encalló el arca después del diluvio. Secreta inspiración les impulsaba a repoblar la tierra de Occidente, y al pie del Cáucaso alzaron sus tiendas, orillas de los ríos meridionales que llamaron *iberos*, o ríos calientes. Permanecieron allí luengos años, hasta que molestados con las depredaciones de los vecinos celtas, que codiciaban sus rebaños y pingües cosechas, dijo Aitor a sus hijos y deudos: No hay campo estéril cuando la paz es su rocío. Busquemos paz y dejemos los vergeles. El paraíso del hombre no está en la tierra».

«Levantaron sus tiendas, abandonaron con pena sus templados ríos, y peregrinando por la costa del mar interior, llegaron con sus rebaños a la Aquitania. -¿A dónde van, preguntó el patriarca, esas palomas, que al entrar el invierno cruzan estas llanuras? La paloma es símbolo de paz. Hijos y deudos míos: vamos a ver dónde se posan esas aves; donde ellas descansan, descansaremos nosotros; donde ellas duermen, anidará la ventura».

- - - - -

«Y siguió peregrinando con sus hijos y sus deudos, sus tiendas y rebaños: las aves que emigraban del Norte eran su guía. Una noche de plenilunio alzó los ojos para contemplar el firmamento, y quedó sorprendido con la plateada cima de los Pirineos. -¡Adelante, muchachos, exclamó: *aurrerá, mutillac!* Tomemos posesión de estos montes, y no salgamos nunca de sus valles. El hombre ha de vivir al lado de su tumba, y sepulcro de Aitor serán los Pirineos».

«Y los siete hijos del anciano se repartieron entre sí la montaña occidental para vivir en torno de su padre, como una cuadrilla se reparte la hogaza en la hora de descanso, para seguir trabajando a porfía. En los abrigo del monte dormían las palomas».

- - - - -

«Pero los deudos del patriarca, a quienes quedaba el resto de la cordillera, murmuraban: -'Las palomas duermen en estos rincones y se van. Nosotros hemos descansado y seguimos su camino. Vemos grandes planicies al Sur, que deben de ser fértiles riberas: llegan aquí purísimas auras perfumadas. Vamos a beber el agua de esos ríos: vamos a probar la fruta de sus bosques olorosos: vamos a repartirnos el campo feraz del Mediodía'. -Dejadlos ir, hijos míos, repuso Aitor, y no murmuréis de mi elección. ¿Queréis ser ricos para ser esclavos? Seguidlos; tendeos por la campiña. -¿Queréis ser libres, aunque olvidados pobres? Quedaos en la montaña».

«Ninguno de sus hijos abandonó a su padre el cual, en acción de gracias, adoró al Señor de lo alto en las alturas».

- - - - -

«¿No veis el estrellado firmamento todo teñido de rojo? Quién ha encendido esas inmensas hogueras en las faldas del Pirineo? Los metales de sus entrañas corren derretidos, como torrentes de nieve desatada. ¿Ha perecido la familia de Aitor? ¿La ha castigado Jaungoicoa por haber abandonado las tiendas de sus padres? -No, que el sabio

patriarca ha dicho: -El suelo está virgen, y las selvas son impenetrables: arrasemos los bosques de las riberas, y tendremos campos para el cultivo y praderas para el ganado.

«Así terminó la peregrinación de Aitor: las cabañas sucedieron a las tiendas, las mieses alternaron con las frutas, los rebaños se multiplicaron. Yacía al fin moribundo en su pajizo lecho, y sus siete hijos le contemplaban en torno. El color del anciano ya semejante al de su lengua barba; pero su mirada, serena. El justo no teme la muerte. - Hijos míos, exclamó: las aguas han inundado la tierra; pero no han anegado sus crímenes: las islas se han hundido; pero los errores han sobrenadado. Mirad otra vez el mundo contaminado con la idolatría. Pero mis hijos no adorarán neciamente la obra de sus manos. Creed en un solo Dios remunerador, y obedeced a vuestros padres. El padre es legislador y maestro; fuera de casa, padres son los ancianos. Las riquezas que he traído, sepultadas quedan en las entrañas de la tierra. Os dejo la pobreza por prenda de ventura, y las rocas por herencia. No seáis conquistadores, y no temáis ser conquistados».

«Dijo Aitor, y fue besando a sus hijos, y con el ósculo postrero rindió su postrer aliento. ¿Veis la cumbre más alta de los Pirineos, que aún conserva los primeros copos de nieve que la cubrieron? Aquella cima, parece increíble, goza de suave y regalado ambiente. Palacio, a nuestros torpes ojos invisible, ostenta allí majestuosos lienzos de oro y piedras preciosas. Hay en torno vergeles encantados que Maitagarri, doncella más hermosa que la estrella de los pastores, recorre cabalgando en gamo ligero como el viento. En gruta de cien y cien columnas cristalinas, retiene en dulces prisiones al gentil Luzaide, al mancebo querido de su corazón. La mirada de los esposos es como el primer rayo de sol tras luengos días de nieblas y densas nubes; su sonrisa como la miel; y en cuanto al eco de su voz ¡Venturoso mil veces el que lo llegue a percibir! Un solo trino de su garganta nos trasporta; cualquiera de sus canciones bastaría para hacernos felices toda la vida. Aitor habita en aquellos vergeles, y si tal es la dicha de Luzaide y Maitagarri, figuraos cuál será la de nuestro padre, el mejor de los mortales».

«Pero el idólatra, el perjuro, el que menosprecie los consejos del padre y los ancianos, las leyes, usos y costumbres de sus mayores, el que no crea en la venida de Asier, del Libertador, que no espere arribar a la mansión bienaventurada. En el fondo de la tierra hay un lago encendido: serpiente de fuego se apodera de los malos, se enrosca en torno de ellos, y los aprieta y estruja sin piedad. Cada anillo del reptil les hace sufrir un tormento distinto. ¡Desdichados de aquellos que desoigan los últimos mandatos de Aitor!

«La voz de la cantora se fue oscureciendo por grados, y al concluir el relato quedó ahogada entre sollozos. Ya no tuvo valor Amagoya para añadir la conclusión correspondiente al preludeo.

Pero exclamó prorrumpiendo en amargo llanto:

-¡Qué triste es pensar, amigos míos, después de esta amenaza, que sólo nosotros y algunos pastores de nuestros valles, somos los únicos de las siete tribus que estamos hoy celebrando la *Jaiarin* (noche alegre) del plenilunio, a usanza de nuestros mayores!...

Y dejó caer la frente abrumada, abandonando el instrumento, que al rozarse con la roca lanzó un gemido armónico.

Parecía que la montaña misma suspiraba al recuerdo de las costumbres de sus primitivos moradores.

Pero semejantes palabras, que envolvían injustos y terribles cargos contra los cristianos, punzando como dardos la conciencia de Teodosio, le hicieron volver en sí, y despertaron al fin su valor, obligándole a exclamar con fe más viva que nunca:

-Alzad la frente, Amagoya; nuestro patriarca lo ha dicho: el paraíso del hombre no está en la tierra. Soy cristiano; sedlo vos, subiréis a cielos más altos que los soñados vergeles de Maitagarri.

La hija de Aitor no comprendió al pronto estas razones. Sumergida en el piélago de la tradición, hallábase a gran distancia de lo presente; y al oír la voz del joven, sólo experimentó cierta sensación desagradable y extraña. Sintió murmullo inusitado y confuso, que turbaba la armonía de la noche de sus padres, de aquellos ecos y suspiros que, al cruzar, evocadas del Sepulcro, lanzaban otras edades. En medio de aquel concierto de luna y estrellas, de mar y de bosques seculares, del diluvio, de íberos y celtas, de reminiscencias patriarcales y mitología éuscara, notó que un instrumento desafinaba, y volvió el rostro con el gesto desapacible de un gran director de orquesta.

Miró fijamente a Teodosio, y como la luna diese de lleno a la semblante por vez primera cayó en la cuenta de que el personaje le interrumpía era para ella completamente desconocido.

-¿Quién eres?, le preguntó, sin acordarse de que hasta entonces le había dada el misterioso y profetizado nombre de Asier, dedicándole el exordio del recitado.

-Soy Teodosio, respondió éste, hijo de Miguel, señor de Goñi, y de parte de Dios vengo a traeros grandes nuevas y consuelos, si queréis mostraros digna de favor tan señalado.

Y aquella mujer de miras elevadas, aquel carácter de primera magnitud, paró mientes en una pequeñez, se detuvo en meras palabras.

-¡Teodosio!, le contestó, ¡nombre de enemigos, nombre de romanos! ¡Miguel! ¿Por qué se ha de llamar Miguel un vascongado? ¿Qué significan Miguel y Teodosio en la lengua de Aitor? ¿Será que el *escuara* no tenga ya palabras que aplicar a los éuscaros?

Pero saliendo bruscamente del orbe tradicional que formaba como el círculo mágico en que estaba encerrada, añadió frunciendo las cejas, que, blancas y plateadas por la luna, parecían dos arcos nevados:

-Y entonces, ¿cómo has usurpado el nombre del hijo a quien estoy esperando? Si eres cristiano, ¿cómo has osado llegar hasta aquí? ¿Por qué vienes con mentiras y por caminos desusados a sorprender a la familia de Aitor en coloquio con las Sombras de sus padres? ¡Hazaña digna por cierto de quien anda mendigando nombres a griegos y judíos! ¿Por qué no hablas latín? ¿Por qué os expresáis los cristianos en la lengua de un pueblo al que desde la cuna os enseñan a tener en menosprecio?

-Amagoya, todo lo bueno es cristiano; y si por serlo yo no me tenéis por vasco, las siete tribus de Aitor quedan hoy reducidas a vuestra casa.

-¡Joven!, exclamó la anciana, inclinando otra vez la cabeza sobre el pecho, como azucena que principia a perder su lozanía: gran verdad acabas de decir; pero insolente y triste.

-Ni triste ni insolente en mi intención; porque os quiero bien, y tenéis títulos al amor y respeto de todo vascongado.

La frente de Amagoya quedó desarrugada y tersa como el marfil de una torre antigua.

-¿Dónde está la prueba de tu respeto? ¿Dónde la de tu cariño?

-Olvidándolo todo, hasta mis padres, vengo de lejanas tierras a traeros noticias que ni soñadas las pudierais imaginar más gratas.

-¿Sois mensajero de Asier?

-Soy mensajero de la cruz.

-Mi cruz es el *lauburu*; no quiero más.

-Sed cristiana, Amagoya, y para vos, y para mí, y para toda la *escualerría*, las dos cruces serán una.

-¿Y son esas, por ventura, las nuevas y consolaciones que me traéis? ¿Sólo para repetir lo que vuestros monjes me han dicho en vano cien y cien veces, has venido esta noche de tradición, y abandonado a tus padres? Hijo de Goñi, yo no puedo ser cristiana: no lo seré jamás.

Negras sospechas cruzaron entonces por la mente de Teodosio, que al concebirlas, retrocedió un paso y la dijo con espanto:

-Seréis, por ventura, de la secta de Basurde? ¿Creéis en Dios, hija de Aitor?

-¿Qué preguntas son esas? ¿No creían en Dios, no amaban a Dios mis padres?

-¿Pero sois algo que vuestros padres no fueron?

-¡Yo! Pues de ser otra cosa que nuestros antepasados, ¿no sería ya cristiana?

-¿No pertenecéis a la secta de los astrólogos?

-Para mí no se han hecho las sectas, ni las mudanzas: sólo pertenezco a Dios y a mi pueblo.

-¿Qué significan entonces esas figuras de la orla de vuestro manto? ¿No son cosas de astrología?

-¡Qué de cosas ignoráis los vascos de nuevo cuño! Estos signos celestes de nuestros antiguos adivinos, sólo quieren decir que el Señor de lo alto está sobre la luna, el sol y las estrellas, como mi frente sobre la fimbria de mi manto.

-Amagoia, sois cristiana de entendimiento; ¿qué os falta para serlo de corazón? Adorar esta cruz, gloria y esperanza de nuestros mayores.

Y diciendo estas palabras, con una firmeza que acabó de disipar hasta la sombra de su pasada debilidad, sacó del pecho el brazaletes.

-¡La joya de la goda! ¡El amuleto de Lorea!

-¡La cruz de vuestra hermana primogénita; el *lauburu* que ha guardado y protegido hasta ahora la clave del secreto de Aitor. Aquí, aquí estaba encerrado.

Y Teodosio abrió el seno del brazaletes y se lo mostró a la pagana.

-¡Estaba! ¿Y dónde está ahora! ¿Quién nos lo ha robado?

-Lo guarda la misma a quien se lo encomendó Lorea.

-¡La loca!

-Que ha recobrado el juicio.

-¿La renegada?

-La cristiana, que ha prometido entregar el tesoro...

-¿A los cristianos, a los godos?

Y como Teodosio guardara silencio, por no mentir, ni saber cómo revelar verdades que exaltarían la fantasía de la Adivina hasta el paroxismo, prosiguió ésta:

-¡A los cristianos! ¡A los malvados sacrílegos que incendiaron el caserío de mis padres!

-¿Quién le dio fuego?

-¿Lo dudáis? El godo, el cristiano, el execrable Ranimiro.

Algo podía alegar Teodosio en favor del conde de Pamplona; algo tenía el deber de decir, después de haber oído a Petronila; pero se calló. Le convenía para sus miras personales que el padre de la goda fuese condenado a muerte, para que desapareciera aun la más remota probabilidad de que la princesa disputara sus derechos a la hija de Lartaun, y guardó criminal silencio acerca de este punto capital... Quiso, en cambio, transigir con su conciencia, volviendo por el honor de la ultrajada fe.

-Hoy menos que nunca, dijo, podéis hablar mal de los cristianos; porque cristianos y vascongados son los que ayer han cautivado a Ranimiro y su hija, la hija de vuestra hermana primogénita; cristianos quienes los tienen encerrados en mi castillo; cristiano el que os viene a traer la noticia, porque sois, a pesar de todo la hija de Aitor, la heredera de su casa y de su valle, el único ídolo del pueblo vasco.

Amagoia no sabía qué decir; dudaba de lo que oía, y no podía negarlo; se gozaba en su triunfo; pero vaga, confusamente, sentía que aquel triunfo no era suyo.

-¡Oh! ¿Dices la verdad?, exclamó al fin; ¿no me engañas? ¿no te burlas de mí? ¡Ranimiro! ¡Ranimiro en nuestro poder! ¡Véalo yo!

-¿Y por qué no? ¿Por qué no habéis de venir conmigo a Val-de-Goñi, a conocer a quien ha deshonrado a la familia de Aitor, incendiando vuestra casa, asesinado a vuestro marido, y azotado sin piedad al pueblo vasco? En Gastelúzar os lo guardamos prisionero; en el castillo de mi padre, cuyo cuarto hijo pereció a manos de ese godo.

-Su sangre, toda su sangre necesito para mí, ¡y esparcida por el suelo de este valle!

Y volviéndose Amagoya a todos lados, añadió:

-¡Amaya! ¡Lartaun! ¿Lo habéis oído? ¿Por qué guardáis silencio? ¿En dónde estáis, hijos míos?

-¡Aquí están vuestros hijos: aquí está vuestro pueblo!, exclamaron los principales ancianos de Aitormendi, subiendo por la cuesta del cerro y asomándose ya a la planicie de la cumbre. Aquí venimos, porque en esta noche no debemos estar separados.

Y un joven desconocido que andaba entre ellos, se acercó a la Adivina, y murmuró misteriosamente a su oído:

-Aquí está el mensajero de Asier, que les ha traído la noticia. Amagoya no sabía lo que le pasaba. Uno de los ancianos la cogió del brazo, y llevándola al borde de la roca, le dijo, tendiendo su derecha hacia el valle:

-¡Mirad!

Todo estaba iluminado.

A la puerta de los caseríos ardían sendas hogueras, alrededor de las cuales saltaban y bullían ancianos y mancebos, mujeres y niños, como fantásticas visiones. Las paredes de las cabañas parecían sonrosadas, las ramas de los árboles parduzcas, los troncos rojos, y los ríos como de lava. La nueva de la prisión de Ranimiro, era ya de todos conocida, y por todos celebrada. No sabiendo cómo expresarse la hija de Aitor, dio un grito: el grito de los vascos; el clamor de triunfo.

Y un momento después resonó en todo el valle; pero repetido por todas las gargantas, por todos los ecos, atronador, inmenso; grito de júbilo en que iba envuelto el de venganza.

Y todas aquellas gentes que brincaban y cantaban en torno de las hogueras, lanzáronse movidas por un mismo impulso, hacia la roca de Aitormendi.

Si la prisión del invencible godo fue para todas la tribus importantísimo suceso, en el valle de Aitor debía resonar con acento más poderoso y enérgico que en ninguna parte. Aquellos montes, teatro de los mayores crímenes que al aborrecido magnate se le imputaban, mudos testigos de la humillación éuscara, guardaban los ecos del rencor y la vergüenza de veinte años.

-Hasta aquí, se decía, hasta aquí penetraron los godos; hasta aquí llegó Ranimiro. Antes que él, nadie; después de él, ninguno. Aquí perpetró sus crímenes, y hasta ahora nadie los ha vengado.

Por eso la noticia se celebró como un triunfo; por eso el grito de triunfo, en los dominios de Amagoya, se confundía con el grito de muerte. Ante aquella muchedumbre que se agolpaba hacia la roca para felicitar a la señora del valle, y celebrar con ella la próxima desaparición de la mancha que el godo había dejado en el solar patriarcal, Amagoya asió el arpa con mano convulsa, y con paso audaz y frenéticas miradas lanzóse por la montaña abajo, al encuentro de los suyos; y una vez en la puerta del caserío, con majestuoso ademán les impuso a todos silencio, y comenzó a cantar el himno de Lecovide, el suspiro más lejano, más antiguo que nos ha dejado la musa éuscara, como un eco de la primitiva independencia, eco de vida que va repitiendo la santa libertad de todos los siglos.

Cantaba trasportada, con un entusiasmo, y por consiguiente, con una fuerza, con una inspiración cual nunca igual había sentido:

Han hecho el último esfuerzo
los romanos vagabundos;
pero en Vizcaya resuenan
gritos y cantos de triunfo.
Señor es del mundo entero
Octavio, César Augusto;
Lecovide, de Vizcaya,
caudillo del pueblo éuscaro.
Cercado nos han por tierra,
cercado del mar profundo:
suyos son llanos y playas,
los montes nuestro refugio.
Y apostados en la cumbre
y de la selva en lo oscuro,
no hay corazón que desmaye,
ni rostro pálido y mustio.
Si tuviéramos su apresto,
no nos dieran miedo alguno;
pero la artesa está pobre,
y sin harina a menudo.
¿Qué importa que el cuerpo ciñan
con mallas de hierro duro?
Más ágiles y más sueltos
vamos nosotros desnudos.
Día y noche, año tras año,
cinco van de ataques rudos.
De ambos lados, muchos caen;
del suyo, ciento por uno.
Pequeñas tribus nosotros,
y gentes ellos sin número,

nos tienden al fin la mano,
pases hacemos por último.
Carga que soporten ellos
sobre sus hombros robustos,
podemos llevar nosotros
y sin encorvarnos mucho.
Si orgulloso corre el Tíber,
avasallador del mundo,
Uchin Tamayo y los vascos
quedan con gloria y sin yugo.
Avecillas saltadoras
pican los troncos más duros,
y con su pico desgajan
brazos de robles copudos.

Ayer Basurde y Lorea
descendieron al sepulcro;
mañana mismo, tras ellos,
descenderá su verdugo.

Todo excitaba el entusiasmo, todo concurría a la exaltación: la noche, las hogueras, la voz robusta, vibrante y arrebatadora de la Adivina, su traje de sacerdotisa, su figura venerable por las canas, y llena de vigor y lozanía por el estro que la inspiraba; pero principalmente, la noticia, la gran noticia del cautiverio de Ranimiro, recibida en congregación de mucha gente, en horas desusadas y de fiesta.

Así es que cuando Amagoia cerró su poema de Lecovide con alusiones que en el lenguaje político de nuestros días pudiéramos llamar *de circunstancias*, elevóse de todo el valle clamor indescriptible de furor y venganza contra el magnate goda, contra todos los suyos. Aquel grito era su sentencia, sin más proceso ni apelación.

No se concebía siquiera la posibilidad de que se perdonara la vida al que hasta allí había llegado con los soldados godos, al que allí mismo había puesto sus sacrílegas manos en el venerado caserío del patriarca éuscaro, y quemado viva a la hija de Aitor, y asesinado al marido de Amagoia, retirándose luego impune, sin perder un hombre, sin un herido...

Era la gloria misma del goda, deshonra del valle, afrenta de los paganos: y no había remedio; los hombres pueden ser generosos, las muchedumbres desnudas de caridad cristiana, siempre han sido implacables.

-¡Sí, sí!, gritaron las turbas. ¡Aquí, aquí han de morir Ranimiro y su hija!

Los que se hallaban más cerca de la cantora, que eran los ancianos, a quien mozos y jóvenes de uno y otro sexo, por hábito o por instinto, dejaban siempre el sitio preferente, celebraron un Consejo en breves momentos; y pocas palabras les bastaron para acordar unánimes que Ranimiro quedaba condenado a muerte; que la señora de Aitormendi debía reclamarlo como suyo, y ejecutarse la sentencia precipitándolo de lo alto de aquella roca.

Entre tanto, Amagoia volvía a todas partes los ojos, echando de menos a sus más próximos deudos; y preguntando al fin por ellos, supo que al descender de la cumbre habían tomado el camino de Aitorechea. La anciana interpretó tan brusca resolución como protesta de Lartaun contra las esperanzas que ella abrigaba acerca de la salvación y existencia de su hijo adoptivo, lo cual la exasperó más y más, y acabó de sacarla de quicio.

Pero buscaba también al misterioso desconocido de la roca, que, por cierto, no se había marchado. Oculto en las sombras del caserío, todo lo estaba observando, y embozado en su negra capa, se acercó otra vez a la anciana y la dijo con su anterior misterio:

-Si no queréis que se salve Ranimiro, no perdáis momento; dirigíos esta misma noche a Val-de-Goñi.

-¿Salvarse Ranimiro! ¿Hay escualdunas tan infames que piensen en salvarlo?

-Y si queréis tener noticias de Asier, en Val-de-Goñi se os darán también.

-¿Vive Asier? ¡Mi hijo vive!

-Vive.

-¿Ama a su madre? ¿Ama a su esposa?

El embozado parecía titubear acerca de la respuesta; pero al fin contestó con desenfado:

-Siendo vascongado, ¿quién duda de que ha de ser buen hijo y esposo?

-¿Y quién sois vos?

-Un amigo del ermitaño.

-¿De Pacomio?

-No me preguntéis más.

Y aprovechando la ocasión de acercarse los ancianos a notificar a la señora del valle la resolución del Consejo, se alejó el desconocido y se perdió en la sombra del bosque.

Los ancianos pusieron en conocimiento de Amagoia la sentencia que habían pronunciado contra el godo, añadiendo que una diputación del valle partiría al amanecer a reclamar y conducir con buena escolta al reo para ser ejecutado.

-No, les contestó Amagoia; no irá nadie en mi nombre; iré yo misma, y no aguardaremos al amanecer; saldremos al punto.

Y aquella resolución fue acogida con frenéticos aplausos, porque todos comprendieron que aun dado caso de que el derecho de la señora de Aitormendi fuese dudoso, su influencia era irresistible, su opinión incontrastable.

La Adivina se acordó entonces de Teodosio, que se había ofrecido a conducir al valle de Goñi; pero el hijo de Miguel ya no tenía nada que hacer en Aitormendi y se acababa de marchar.

-Inútiles serán todos los esfuerzos de Petronila; inútiles también los de García; iba diciendo al sentir el clamor de los paganos: quien quiera detener a las muchedumbres, será por ellas arrastrado. Amagoya les manda y acaudilla; pero, ¿no hay alguien que dispone de Amagoya?

LIBRO TERCERO

CAPITULO I

En que se anuncia un nuevo y divertido espectáculo en el anfiteatro de Goñi

El día 12 de Mayo del año 711, a las veinticuatro horas poco más o menos de haber partido García para las Dos Hermanas, es decir, al asomar la noche, víspera del plenilunio, tornaba el mancebo señor de las Amezcuas de su feliz expedición entrando en Val-de-Goñi por el portillo de Ollate, con Ranimiro y su hija y todos los siervos y bucelarios, sin faltar uno siquiera, excepto el desdichado portador de la misteriosa carta judaica; el cual, según recordará el lector, había quedado muerto en el campo de batalla.

No permaneció insepulto mucho tiempo.

Poco después de haberse retirado vencedores y vencidos, aparecióse por el camino de Pamplona aquel sospechoso ermitaño, más amigo de buenas tajadas que de santos obispos, y anduvo recorriendo el sitio del encuentro, a guisa de gacetero corresponsal de periódicos, que aquella misma tarde tuviera que dar cuenta del acontecimiento, describiendo con toda minuciosidad el lugar de la escena.

Quizás llevaba el deseo de gozarse con su propia obra; porque nosotros que estamos en el secreto, con la debida reserva podemos decirlo: sin el aviso, confidencia y delación del falso monje, sin la desusada diligencia que desplegó el día anterior yendo y viniendo de Goñi al pueblo de Abárzuza, de Teodosio a García, es probable que el magnate godo y su gente hubieran entrado, como Pedro por su casa, en la segura cuenca de Pamplona, y por consiguiente, en la inexpugnable plaza, sin el menor tropiezo.

Como quiera que fuese, el ermitaño, después de recorrer peñas y bosques rebuscando al parecer cosas olvidadas o perdidas, quedó sorprendido al ver al pie de unos olmos y al margen del riachuelo, el cadáver del infeliz mensajero en un charco de sangre.

Apresurémonos a declarar en honra de Pacomio, que no retrocedió. Cierto que no tenía trazas de asustadizo, ni entonces había alguaciles, ni agentes de policía, ni por tan mal seguros parajes eran de temer los jueces godos: y temer digo, porque es cosa por demás sabida y averiguada, que en semejantes ocasiones, el mayor enemigo de la caridad es el miedo a la justicia.

El rebuscador ermitaño, sin empacho ni aprensión alguna, se acercó al muerto, le palpó manos y corazón: y cuando se hubo convencido de que real y verdaderamente estaba difunto, le desabrochó túnica y sayo, y con la mayor prolijidad le registró todo, hasta el calzado, con ánimo, sin duda, de constituirse en mero depositario del dinero y alhajas que el judío llevara consigo. Pero al salir de tan esmerada inquisición con las manos vacías, desengañado de que otros le habían precedido en tan honrado oficio, no quiso imitar a sus más afortunados predecesores, dejando sin piedad abandonados los restos mortales del caminante, a la voracidad de buitres, lobos y demás alimañas volátiles y pedestres.

Érale, sin embargo, difícil llevar a cabo tan grande obra de misericordia, porque no llevaba consigo más herramientas que un enorme y robusto cayado pastoril; el cual, aunque por el peso daba indicio de estar preñado de algo más sólido y duro que meollo, con todo, no bastaba para abrir la huesa que el impenitente israelita había menester.

Afortunadamente vio salir del portillo de las Dos Hermanas al buen Echeverría, acompañado de Fermín, su segundo hijo, con sendas azadas al hombro.

Holgóse de ello, y los dejó venir, comprendiendo que traían el mismo piadoso afán que él por entonces abrigaba; mas para cerciorarse del todo, les dijo cuando cerca de sí los tuvo:

-¿A dónde bueno, amigos míos?

-A enterrar a los muertos, contestó Echeverría con rostro de mal humor: ya que no sirvo para soldado, serviré para sepulturero.

Y mirando luego con aire de compasión al cadáver que a sus pies yacía, prosiguió:

-¿Quién será este infeliz que, según malas lenguas, profesaba a su capitán el mismo cariño que nosotros, sus enemigos? Ni manos tiene de labrador, ni cara de goda, ni trazas de soldado. ¡Yo, que me había propuesto ensayarme en el oficio de enterrador, abriendo la fosa de Ranimiro!

-Los principios deben ser modestos, repuso Pacomio, sonriendo malignamente: bueno es que hoy os ejercitéis con un desconocido, para que mañana o pasado tengáis la soltura y desembarazo que necesitáis al cavar el sepulcro del príncipe goda.

-Fermín, dijo el merodeador a su hijo, súbete a la peña para observar el camino; no sea que de improviso se nos eche encima algún pelotón de jinetes enemigos. Y deja el azadón; que Pacomio me ayudará en esta buena obra, tan propia de sus hábitos.

-¡Oh! No os mováis, mancebo, contestó el ermitaño: el mismo cuidado podéis tener ahora por los godos, que yo por el obispo Marciano.

-¿Cómo así? Cierto que ya es tarde para colarse en la barranca; pero...

-Ni tarde ni temprano volverán las huestes a cruzar estos días delante de las Dos Hermanas. ¿No sabéis la noticia?

-¿Qué noticia? ¿Otra sorpresa por la banda de allá? ¿Otro encuentro? ¿Otros planes pisoteados? ¿Se ha retirado de Vasconia el rey Rodrigo?

-Todo lo contrario: el rey se ha presentado esta mañana de improviso delante de Pamplona, y se disponía a entrar en la plaza con magnífico aparato, montado en su caballo blanco con silla de oro guarnecida de rubíes y esmeraldas, manto de brocado cuajado de perlas y pedrería, y no menos espléndido calzado. Pero los soldados del presidio, deslumbrados con tanto esplendor, sin saber lo que se hacían, le han cerrado aturdidos las puertas, y como solemos decir, le han dado con ellas en las narices.

Y el muy bellaco se reía de la gracia.

-¿Qué dices, Pacomio? ¿Se han rebelado al fin?

-Se han negado buenamente a recibirle.

-¿Y qué ha hecho Rodrigo al verse rechazado de Iruña por sus fidelísimos vasallos?

-Lo que vos y yo hubiéramos hecho: quedarnos sin ella.

-¿Y volverse atrás? ¿Retirarse al Ebro?

-No, no: acampar delante de la ciudad y ponerla sitio, jurando no dejar con vida a ninguno de sus moradores, ni piedra sobre piedra.

-Pero esa plaza, la primera fortaleza de la Vasconia gótica, no puede tomarse sin grandes máquinas de batir...

-Por eso las ha pedido. Pero de aquí a que lleguen de Cesaraugusta o Toledo, ya tenemos tiempo de enterrar en paz a este pobre soldado.

-Gran noticia, Pacomio; has dicho bien; grande acontecimiento para los vascos, si sabemos aprovecharnos de él. Y negando a Rodrigo la obediencia, ¿a quién han proclamado los rebeldes?

-No se sabe todavía. Cuando yo salí de Pamplona esta mañana...

-¡Hola! ¿Estabais dentro en el momento de la insurrección?

-Dentro; pero ya sabéis mi espíritu de paz y mansedumbre. No son para mí semejantes escenas...

-Cierto, respondió con sorna Echeverría: no son para un penitente como vos los horrores de un asedio: en un pueblo sitiado, se come mal y se bebe peor. Y a propósito, os convido a cenar en albricias. Pero decidme, hermano Pacomio: ¿a quién aclaman los insurrectos?

-Ni yo lo sé, ni creo que ellos mismos estén mejor enterados.

-Esperarán órdenes de afuera.

Pacomio se le quedó mirando, pasmado de la penetración del guerrillero.

-Sí, añadió éste, porque yo supongo que no se habrán rebelado así, a humo de pajas; con alguien estarán en connivencia. De lo contrario son perdidos. Rodrigo tendrá aquí cerca de cien mil hombres.

-No tantos; sesenta mil.

-Ya veis; tarde o temprano tienen que caer los insurrectos, si de una u otra manera no son auxiliados.

-Eso no es cuenta mía. Yo ante todo y sobre todo, quiero paz y tranquilidad: tengo que vivir con todo el mundo, y no debo mezclarme en lo que no me va ni me viene.

-Pero, ¿qué ánimo tenían cuando habéis salido de Iruña?

-Las huestes querían proclamar rey a Ranimiro; porque ya sabéis que entre la milicia de esta región goza el pobre señor de gran prestigio.

-¡Bueno! ¡Que vayan a proclamarlo ahora!, exclamó el merodeador frotándose las manos de gusto: que se lo pidan a García para coronarlo.

-No hay ese peligro; querían hacerlo rey, porque lo suponían agraviado y resentido de su sobrino, que hasta ahora lo ha tenido olvidado. Pero desde que yo les advertí que Rodrigo había reparado su falta, y que el magnate venía a Pamplona a conferenciar con el monarca y Pelayo acerca del plan de campaña...

-¡Ah! ¿Se lo dijisteis vos, a pesar de vuestra aversión a las cosas públicas, tan propia de vuestra vida devota y contemplativa?...

-Hombre, sí: no lo puedo negar; porque yo, aunque no soy vuestro, entre vosotros vivo más que entre los godos, a quien detesto con todas mis potencias y sentidos. Para los vascos sería la mayor de las calamidades que a Ranimiro lo hiciesen rey. Y ¡vamos! hasta ahí no llegan mi calma, ni mi virtud.

-Contratiempo, sí; calamidad, no. Arreciaría la borrasca, mas no por eso el barco naufragaría. En fin, habéis hecho bien: por lo menos esos benditos rebeldes no han perdido el tiempo. Y desechado Ranimiro, ¿en quién han pensado?

-Alguien ha pensado en uno de los hijos de Witiza.

-Mal hecho, dijo sencillamente el sagaz Echeverría; porque es descubrir el juego antes de tiempo.

El ermitaño se le quedó mirando segunda vez muy receloso.

-No creo, le contestó, que Sisebuto y Ebbas piensen en semejante cosa; porque están a morder de un piñón con el hijo de la Caba o mala mujer, como llaman los moros a Rodrigo. Ni van por ahí las aguas al molino. Entre los populares corren otros vientos.

-¡Otros! ¡Oh! Si yo me viera allí, si hubiese estado cuando menos en vuestro pellejo, ya les habría dado una idea...

-¿Cuál?

-La de unirse a los vascos contra el enemigo común.

-¡Pues esos son precisamente los vientos que corren por el vulgo iruniense!

-¡Magnífico! ¡Soberbio! Si a los vascos nos entregan la plaza... Haced cuenta de que nos daban nuestra propia tierra a censo.

-Mucho pedir es, Echeverría: no os quedáis corto; pero no es pedir un imposible, y si con ellos pudierais entenderos...

-¿Queréis que me plante dentro de la fortaleza? ¿Tendréis maña para introducirme en Iruña?

-¿Y qué haríais allá? Fuera, fuera de la ciudad es donde se necesita trabajar.

-¿Para qué?

-Para convencer a Teodosio, para persuadir a García...

-¿De qué? ¿De que acepten el regalo de una plaza que ni siquiera hemos intentado conquistar nunca? ¿La posesión de una ciudad con la cual volveríamos a ganar todo el territorio perdido?

-Echeverría, habláis como un libro; pero eso que me decís a mí, decídselo y predicádselo a los vuestros. Porque los godos naturalmente os exigirán en cambio alguna ayuda, algún sacrificio.

-¿Quién lo duda? ¿Y qué sacrificio nos pedirán?

-Eso no lo sé...

-Pero podéis figurároslo.

-Yo en su lugar me contentaría por ahora con que los vascos acudieseis a la ribera del Ebro, y no dejaseis pasar ni un ariete y catapulta para acá, ni escaparse para allá a ningún soldado.

-¡Miren qué pretensión tan descomunal! Miel sobre hojuelas. ¿Qué más querríamos nosotros?

-Pues si eso se les concede a los... a los rebeldes, creo yo que dentro de pocos días Pamplona sería vuestra.

-Pacomio, exclamó con no disimulado regocijo el guerrillero: ante todo la claridad, y luego los tratos y asientos. Fermín, manos a la obra.

Mientras éste y su padre abrían el hoyo, el ermitaño procuró enterarse bien de lo que algunas horas antes había ocurrido allí. Hizo el mancebo, testigo presencial de los

sucesos, relación de los principales, sin detenerse en pormenores, por no interrumpir su faena.

-¿Con que es decir, preguntó a Fermín, que todo lo sabía al dedillo; es decir, que esta noche duermen en Goñi los prisioneros?

-En Gastelúzar, según lo acordado entre García y Teodosio, contestó el mancebo, que ni en lo listo, ni en lo aplicado desmentía la casta.

-¡Que vayan los godos a meter la mano en aquel nido de rocas para arrancarnos el águila y los aguiluchos!, añadió el padre.

-Con pájaros de más cuenta están entretenidos, se dejó decir el ermitaño con cierto orgullo impropio de su sayal. Y dí, muchacho, ¿dónde retorcerán mañana el pescuezo al ave de rapiña; en Abárzuza o en las Amezcuas?

-Supongo que García no se moverá de Val-de-Goñi, porque Teodosio le ha dicho que le aguarde allá hasta su vuelta. Creo, por lo tanto, que hasta dentro de un par de días no se verificará el suplicio. No se mata a un godo como ese así como quiera.

-¿Pues qué, ocurre alguna dificultad?, preguntó con inquietud el hipócrita anacoreta.

-Ninguna que yo sepa. En que ha de morir el godo, todos estamos conformes; pero yo me sospecho...

-¿Qué?

-Que se trata de dar al castigo demasiada solemnidad, y que Teodosio, por congraciarse con la pagana de Aitormendi, ha ido a traérsela para que presencie en Goñi la ejecución del amigo de esa familia, repuso el joven.

-¡Tanto mejor... para vosotros los vascongados! ¡Como Amagoia llegue a ponerse a pocas varas de distancia de su antiguo *amigo*, yo quisiera saber quién es el guapo que se le atraviesa en el camino! ¡Pobre señor! Sólo un ángel como el que detuvo la cuchilla de Abraham en el monte Moria, pudiera detener el brazo de Amagoia.

A todo esto Echeverría guardaba silencio y seguía trabajando. Cuando concluyó la huesa, con aquel esmero y prolijidad con que ejecutaba todas sus obras, se enderezó; y erguido dentro del hoyo, los brazos desnudos y vellosos cruzados en la punta del cabo de la azada, exclamó moviendo la cabeza:

-Todavía sigo con la frente un poco trastornada. Hemos perdido el tiempo.

-¿Por qué razón?

-Porque a un cristiano no le hemos de enterrar como a perro judío. Fermín, hay que hacer las cosas en regla. Carguemos con él, añadió, señalando el cadáver de soslayo; llevémosle al atrio de la iglesia.

Pacomio se echó a reír. También a Fermín le retozaba la risa en el cuerpo, aunque le contuvo la mirada de su padre.

-¿De qué os reís?, preguntó el buen Ochoa.

-Padre y señor, contestó el mozo, corrigiendo con la medida de su lenguaje lo que pudiera tener de irrespetuosa su sonrisa: se ríe Pacomio, de que ese pobre diablo tenía tanto de cristiano como nosotros de godos y el ermitaño de judío.

-¿De qué lo sabéis?

-Yo lo saco por su cara y su traje, se apresuró a decir el anacoreta.

-Y yo, dijo Fermín, por haberle oído cuando entregó a García un pergamino, confesar que era israelita, y rechazar como un bárbaro el agua del bautismo que nuestro piadoso capitán le ofrecía.

-Judío o cristiano, difunto está, dijo Echeverría, y obra de caridad es enterrar a los muertos. Fermín, al avío. Plantaremos aquí algunos chopos: ya verás qué pronto suben con el agua y el abono.

Tocábale esta vez a Pacomio guardar silencio; pero el del ermitaño era un poco más grave que el del guerrillero. Quería saber algo y no se atrevía a preguntar: diríase que estaba pensando en la manera de satisfacer su curiosidad, sin dar a entender la comezón que por hablar sentía.

Hijo y padre echaban a porfía tierra al cadáver, ya acomodado en el último lecho; cuando el ermitaño, que por el bien parecer más que por celo religioso, se había puesto a ayudarles, dijo al fin al mancebo:

-¿Con que este pobre israelita traía una carta para García?

-No he dicho eso, contestó Fermín, sino que le entregó una carta, escrita en hebreo, por más señas, encargándole que se enterase de ella, y que de ninguna manera se la enseñara a los godos.

-¿Y cómo sabes tú que la carta estaba escrita en hebreo?

-Porque el difunto le preguntó al mancebo si conocía esa lengua.

-Sí, el mismo hebreo sabrá García que tú y que nosotros.

-Así parece.

-No lo juraría yo, dijo Echeverría terciando en el diálogo; porque ese mozo sabe más que Salomón. Como que, según su amigo Teodosio, más sirve para monje que para capitán, aunque trazas tiene de servir para todo.

-Curioso fuera saber lo que dice esa carta.

-Pero difícil; porque ni vos sois judío ni vascongado, repuso Fermín, y el mensajero parece que sólo de vascos y judíos le advirtió que se fiara, esto es, de cualquiera, menos de godos.

-Pero la carta para alguien sería. ¿No sabes tú a quién iba dirigida?

-A un judío. Y dijeron su nombre; pero...

-¿Pero qué?

-Los nombres de esos perros son tan enrevesados... ¡Calla! Pues ahora recuerdo que hace poco se os ha caído de la boca.

-¡A mí!

-Sí, ese del monte y de la cuchilla.

-¿Abraham?

-El mismo: para ese Abraham del ángel Moria era la carta.

Y poniéndose a saltar sobre la sepultura para acabar de apisonar la tierra prosiguió el mancebo:

-Con buenos ángeles estarás tú ahora, pícaro, bribón, que teniendo tan cerca el agua del bautismo, te has ido a los infiernos por no catar la que te ajara de la cabeza. Ahora verás si ha venido o no ha venido.

-Para nosotros, Pacomio... dijo Echeverría.

-¡Vino!, contestó el ermitaño, echando mano a la bota, cuyo brocal de cuerno asomaba por la boca del zurrón que Fermín había dejado al pie de un álamo.

Y después de haber bebido, se la daba al merodeador, pidiéndole perdón por la inadvertencia de habersele adelantado.

-¡Gracias!, contestó Echeverría: no lo bebo.

-¿Cómo así?

-Soy aguado.

-¿Aguado vos?, exclamó Pacomio entre incrédulo y estupefacto. ¿Desde cuándo?

-Desde esta tarde, contestó Echeverría, bajando los ojos con una tristeza que daba risa, y cierta confusión que inspiraba lástima y respeto. Por haberme dejado llevar esta mañana de la bebida, por haberme fiado en demasía de mis fuerzas, he faltado a mi obligación, a mi honor militar, y quiero que mi culpa les sirva de escarmiento a mis hijos, y de ejemplo mi arrepentimiento.

-Buenas tardes, Echeverría, repuso Pacomio. Había pensado pasar la noche en vuestra casa; pero voy a ver si encuentro en Goñi huéspedes menos ejemplares y arrepentidos.

-Que yo lo esté parece natural, porque he pecado; pero los inocentes como vos...

-Sí; no tienen motivo para desconfiar de sus fuerzas; porque están probadas. Me habéis convencido. Vamos a vuestra casa. Necesito saber qué ha sido del brazaletе que Petronila arrebató a la hija del godo en la cumbre de las Dos Hermanas.

Y echaron a andar hacia el fuerte o granja del guerrillero.

-Tengo curiosidad, dijo éste, que se había quedado pensativo al oír las últimas palabras del anacoreta; tengo curiosidad de saber qué clase de interés os mueve a inquirir eso del brazaletе.

-Aguardaba esa pregunta, le contestó Pacomio, para daros respuesta, que pueda servir de aviso a los buenos vascongados como vos. Sin ambages ni rodeos, amigo Lope de Echeverría; no me neguéis que tanto vuestra mujer, como vos, y acaso, acaso alguno de vuestros amigos, conoce perfectamente todo el valor de ese... iba a decir mujeril adorno, y no me arrepiento, porque los godos, que también lo llevan, ya no son hombres.

-No os lo niego.

El rostro del ermitaño se iluminó con un rayo de amor propio, satisfecho quizá por haber descubierto tan fácilmente lo que se proponía averiguar.

-Hacéis bien en hablarme con franqueza, y con la misma os he de corresponder. ¿A qué amigos habéis enterado de la importancia de esa joyuela?

-Sospecho que a García.

-¿Lo sospecháis nada más?

-Sí, porque tengo especie de que se me fue un poco la lengua esta mañana, cuando... cuando todavía no era aguado. Y ahora que os he dado mi respuesta, estoy aguardando vuestro aviso.

-Es de amigo. Yo lo soy mucho muchísimo de los vascos, y quiero serlo todavía más. Deseo inspiraros completa confianza, para que en mí la tengáis sin término ni medida.

-Por mi parte, aunque os creo un tanto bellaco...

-No rezan con vosotros mis bellaquerías. Me place que así os expliquéis; porque si me hubierais dicho que me teníais por un tórtolo, no os hubiera creído. Pues bien, os doy el aviso de que no perdáis de vista esa joya; que cuidéis de que nadie sepa su paradero, sino gente de toda confianza... como nosotros; porque su mérito singularísimo y peligroso ni aun de los godos es va desconocido.

-¡De los godos!

-¿Os asombra? Pues más os ha de pasmar que los godos se hayan enterado, antes que vosotros, de los secretos que encierra el brazaletе.

-Nada de eso me pasma ni me extraña. En manos de los godos ha estado veinte años, y lo raro sería que en tanto tiempo no hubiesen descubierto lo que dentro se ocultaba.

-Pues así ha sucedido: ni Ranimiro ni su hija sospechan siquiera lo que hasta hoy tenían en esa joya.

-Pacomio, lo que me sorprende, me asombra y maravilla, es que vos estéis tan sabedor de todo, si hemos de seguir hablando con la franqueza prometida.

-Os lo explicaré sencillamente. Escuchadme. Hoy, cerca del medio día, al huir de los sublevados contra el rey, di de manos a boca con una avanzada del ejército sitiador, que mientras no entablaba asedio en toda regla, se contenta con bloqueo. Lleváronme delante de Pelayo, conde de los Espatharios, el cual me condujo en seguida a la tienda de campaña del monarca. ¡Qué lujo, amigos míos, qué barbaridad de riquezas tan malamente empleadas!

-¿Pues qué había?, preguntó Fermín.

-¿Qué sé yo? ¡Si a mí se me fue la vista; si quedé como deslumbrado! Con el tesoro de Aitor no tendría Rodrigo bastante para calzado.

Evidentemente, el ermitaño abusaba de la hipérbole; pero con su cuenta y razón. Parece que tenía empeño en oír hablar del tesoro a la familia de Petronila, depositaria de él en cierto modo.

-¿Qué sirven las riquezas de los godos para las nuestras?, exclamó el mancebo, el cual, con la vanidad tan propia de sus pocos años, no podía tolerar el menosprecio con que Pacomio hablaba de las ponderadas perlas y piedras preciosas del patriarca éuscaro.

Pero aunque el redomado ermitaño exageraba adrede el lujo de Rodrigo cuando se presentaba al frente de su ejército, realmente sobrados motivos tenía para calificar de exorbitante la riqueza del rey.

Además de lo que antes he referido, uno de los historiadores árabes cuenta que los botines del monarca «eran de oro, ornado de perlas y rubíes».

-Pelayo y Rodrigo, prosiguió Pacomio, tenían mucho interés en saber lo ocurrido en la ciudad rebelde; pero principalmente si estaba dentro Ranimiro. Habían llegado a oídos del rey rumores acerca del empeño de los soldados vascones en coronar a Ranimiro y temía que adelantándose a su escolta, hubiese entrado la noche anterior secretamente en Pamplona. Pelayo procuraba tranquilizarle dándole completas seguridades de la lealtad de su tío; pero no se sosegó el monarca hasta que supo por mí que el magnate no había llegado. Despidiéronme, y para cruzar el campamento me acompañó un espathario llamado Munio, el cual me habló del brazalete.

-¡Del brazalete!

-Del brazalete, sí y del secreto que encerraba, como de cosa sabida, como noticia corriente entre ellos, y sólo al parecer de Ranimiro ignorada.

-¡Por San Cernin bendito!, exclamó Echeverría, que vuestro aviso es de agradecer, y favor muy singular de Dios es que la joya en poder de Petronila haya caído.

-Según y conforme, amigo Lope; porque cosas tan codiciadas no están muy seguras, que digamos, en manos de una loca.

-¡Oh! Perded cuidado, hermano Pacomio, que en todo lo será mi mujer, menos en cosas que a su difunta amiga atañen. Podéis estar tranquilo.

-Sí; pero los vascos lo estaríais más, si el secreto fuese confiado a un hombre de condición entera, de cabeza firme, de corazón honrado como vos...

-¡Yo!

-O por lo menos a una persona religiosa...

-¡Como vos!

-No, no, se apresuró a decir modesto y ruboroso el ermitaño: yo no quiero esos cuidados. Pero confesad que si no fuese por lo que media entre vos y Amagoya, lo natural era que ésta guardase el secreto para su sobrina.

-Bien decís, y como hombre de seso habláis, Pacomio; pero habiendo lo que hay entre la pagana y nosotros...

-Lo que hay entre Amagoya y vos, no vale dos dineros, y aunque fuere cosa menos fútil y baladí, desaparecería por completo con ese rasgo de generosidad y confianza.

-Eso es cierto.

-Y quedaríais el más feliz de los vascos, hechas las paces con Amagoya.

-Pacomio, estáis empeñado en darme una importancia superior a mis escasos méritos. Por un lado negociador con los godos para la entrega de Iruña...

-Con los vascos. Porque en daros a Pamplona no tienen dificultad los godos...

-¡Pues tendría que ver que las dificultades naciesen de quien debe recibirla! Eso, por un lado; y por otro, queréis poner en mi mano el secreto de Aitor.

-Y es natural. Paula se lo confió a vuestra mujer, vuestra mujer está loca, ¿a quién ha de pasar el depósito sino al marido? Eso es ley, amigo Echeverría; eso se llama derecho, y fuero y justicia: eso es moral, moral pura. Os lo dice un... un ermitaño, que está estudiando para monje. ¡Oh! El día en que yo fuese obispo...

-Poco tendríais que temer de Marciano. Chanzas aparte, casi, casi me habéis convencido; pero si en un momento de lucidez me lo dijera Petronila, perdonen vuestro sayal y vuestras humildes aspiraciones, quedaría más satisfecho.

Hallábanse cerca de la puerta del caserío, y como si Olalla hubiese escuchado esta última parte de la conversación, salió a recibirlos, para dar a su padre la grata nueva de que Petronila, si no del todo había recobrado el juicio, por lo menos había tenido un lúcido intervalo de razón, durante el cual declaró haber escondido el brazaletes, con plena

conciencia de que en él se guardaba el secreto del tesoro. El bueno de Lope apenas la daba crédito.

-Ya lo veis, dijo Pacomio al señor de Echeverría, lleno de gozo con la noticia: eso no puede quedar así. En conciencia, estáis obligado a descubrir el paradero del brazalete, y a conservarle hasta que determinemos lo que debéis hacer de la joya.

-Descubrir su paradero, creo yo que no me será difícil, sea o no completa la curación de mi mujer, dijo al fin el merodeador.

-Pues a ello, y a cenar si os parece.

-A cenar, y a ello; pero antes me habéis de permitir que dé una vuelta por el ganado.

-Y en cambio de ese permiso, me habéis de dar otro.

-Lo que gustéis. Sois ya mi huésped, y nada os puedo negar, y menos en estos momentos de regocijo, en que sólo deseo ver a todo el mundo tan feliz como yo. ¿Qué mandáis?

-Quisiera que Fermín emprendiese después de la cena un largo viaje.

-Al cabo del mundo irá ese muchacho: le dais por el gusto. ¿Y a dónde queréis que vaya?

-Amigo Lope, no las tengo todas conmigo respecto de la suerte de Ranimiro. Su muerte nos interesa a todos: si se salva, y se presenta en Pamplona, los godos le eligen rey a pesar de todos mis esfuerzos en contrario, y eso, digáis lo que queráis, sería una fatalidad para los vascos. Ahora bien, yo sé manera de que perezca con seguridad, sin que se salve, a no ser por milagro.

-Ya lo supongo: que Amagoia se presente en Gastelúzar.

-Lo habéis adivinado. Pues bien, sé también la manera de arrancar a Amagoia de Aitormendi, y de hacerla acudir a Goñi como perdiz al reclamo.

-¿Cuál?

-Decirla dos palabras al oído. Indicarla que Asier, su hijo adoptivo, no ha muerto, y que en Goñi tendrá quien le dé noticias suyas.

-Pero eso será engañarla.

-O no.

-¿Vive Asier?

-Vive.

-¿En dónde?

-Muy lejos de aquí; pero se nos presentará el día menos pensado.

-¡Pobre Teodosio!, exclamó el guerrillero.

-¿Por qué lo decís? ¿Por Amaya de Butrón? ¿Cómo queréis que al cabo de ocho años la hija de Aitor se acuerde de Asier?

-¿Y si se acordara?

-Lartaun se lo quitaría de la cabeza. Vuelva o no vuelva, Asier no se casará con vuestra sobrina Amaya.

-Tal lo creo. Ni mi cuñado, aunque se amilana ante Amagoia, es hombre que cede de sus propósitos...

-Ni Asier puede pensar en casarse.

-¿Por qué?

-Por muy sencilla razón que no tiene vuelta de hoja: porque, según él mismo dice, está casado.

-¡Gran día es hoy de buenas nuevas!

-Para todos.

-¡Fermín!, gritó Echeverría llamando a su hijo; y así que éste se presentó, prosiguió el padre: di a tu hermana que te ponga un bocado en el zurrón, y así que cenes, parte a donde el hermano Pacomio te mande, y haz cuanto te diga. Pero no salgas, añadió en voz baja, sin verte primero conmigo.

Con la alegría propia de su mocedad, entró Fermín en la cocina alborotando y pidiendo la cena a toda prisa.

Echeverría estaba recorriendo establos y apriscos, y el ermitaño se quedó un momento en el zaguán, diciendo para su sayo:

-Si Echeverría llega a saber el paradero del brazaletes, no necesito de nadie; pero bueno es tener a prevención lo de Asier. Ese tesoro ha de ser mío.

Entre tanto había encontrado el merodeador ocasión de departir a solas con su hijo.

-Irás a Aitormendi, hablarás con Amagoia, que no te conoce. De ninguna manera te descubras a ella. Apenas cumplas el encargo del ermitaño, te vas al valle de Butrón, y le dices a tu tío Lartaun, sin que lo note tu prima, sin que llegue siquiera a sospecharlo, que Asier, el que todos creímos muerto en el Océano, vive y trata de volver por acá. Por Dios, que tu prima no llegue a sospecharlo, y que todo el mundo ignore tu visita al caserío de Aitorechea. ¡Oye! De paso te traes unas cuantas docenas de huevos de las gallinas de Aitormendi, para echar a las lluecas. Hay que aprovechar la ocasión, porque aquella es una casta muy ponedora; es también privilegiada.

Después de esto, como la mesa estuviese dispuesta, cenaron todos juntos; pero Pacomio bebió solo. Por más que hizo, no pudo conseguir que Echeverría lo catara, y por respeto y delicadeza, ni Máximo ni Fermín quisieron echar siquiera un trago.

Faltaba Petronila; pero ésta había advertido a Olalla que no la esperasen hasta el amanecer. Su ausencia misma era para su familia indicio de su curación, porque era el cumplimiento de su palabra.

Partióse Fermín, y todos se acostaron, excepto Olalla, que se quedó en vela esperando a su madre.

Antes de amanecer se levantó el ermitaño y despertó al huésped, que a pesar de su abstinencia había dormido como un cachorro.

-¡Arriba!, le dijo Pacomio: vamos a Goñi a regalar a los vascos el primer presidio de los godos.

Con semejante despertador hubiera sacudido Echeverría la más pertinaz pereza. Pero nunca la conoció el agricultor y guerrillero, dos oficios que a cual más requieren diligencia.

Dio una vuelta por toda la casa y sus dependencias, dio también sus órdenes a Máximo y Olalla, la cual, como hemos dicho, no se había acostado; tomó las armas, y al salir de casa se encontró frente a frente de Petronila, que bajaba de la cueva de Aralar.

-¿A dónde vas, Ochoa?, le preguntó ésta frunciendo las cejas al ver al ermitaño.

-A Val-de-Goñi.

-¿Quién lo ha dispuesto?

-El hermano Pacomio. Los godos de Iruña se han rebelado contra Rodrigo, y quieren entregarse a los vascos.

-¡Los godos!, exclamó Petronila. No, no serán ellos. Ya podéis iros solo, si queréis, señor... ermitaño. Ochoa, quédate tú, y si tratas de obrar con acierto, haz siempre lo contrario de lo que te aconseje este hombre.

Y Pacomio, sin replicar, sin tener valor de murmurar la menor disculpa, se alejó hacia el valle de Araquil en dirección de Goñi, perdiéndose al punto en la oscuridad, porque la luna había desaparecido.

Petronila preguntó por todos sus hijos, y al saber que Fermín había ido al caserío de Amagoia, exclamó:

-¡Los hijos de Echeverría, llamando a la pagana contra su madre! ¡No importa! Iré yo también a Val-de-Goñi. Si ella es una tigre, yo soy una leona. Celebrarán los vascos su victoria con una lucha de fieras.

CAPITULO II

De cómo Ranimiro y su hija fueron encerrados en Gastelúzar

Los dos grandes acontecimientos de aquel memorable día, a saber, la sublevación de Pamplona y la derrota de Ranimiro, eran conocidos en Goñi pocas horas después de haberse verificado.

Ruin excepción en aquel valle, desnudo de los floridos mancebos que siguieron a García; el Disgustado se fue con su vergüenza y podredumbre a requemarse más, dando la acostumbrada vuelta por sus haciendas de Errotalde, y de allí trajo la grata noticia de la rebelión de los godos en Iruña, que según él era debida al oro de los judíos. A mayor abundamiento, desde la sierra de Sárbil algunos pastores habían presenciado la llegada del rey y movimiento de las huestes. Por lo que atañe a la nueva de las Dos Hermanas, vino directamente con un amezcuano, a quien el capitán de la partida mandó adelantarse para calmar la impaciencia y disipar la incertidumbre en que debían de estar tanto la madre de García, como el venerable Miguel, a quien profesaban profundo respeto y filial cariño todos los montañeses.

Pero como el mensajero entrase al anochecer en la sombría hondonada defendida por Gastelúzar, no pudo detenerse en Goñi, anhelando por llegar al pueblo de Abárzuza, antes de que todos se hubiesen acostado, teniendo como tenía que subir el puerto de Munárriz, descender a Guembe y cruzar a lo largo los alfoces de Guesálaz; razón por la cual se contentó con participar el fausto suceso a cuantas personas halló en la travesía, encargándoles que inmediatamente lo pusieran en conocimiento de los señores del valle.

Esparciose el rumor de la victoria por los cinco pueblos de Miguel, como el eco múltiple de un grito de alborozo. Simultáneamente salieron al campo mujeres, ancianos y niños; y hasta de los montes y laderas descendían a toda prisa los rebaños, que los pastores recogían diligentes para quedar libres y desembarazados; y obedeciendo todos al mismo impulso, se dirigían al desfiladero por donde los expedicionarios tenían que entrar.

Miguel y Plácida se habían quedado a la puerta del castillo, que avanzando al medio del barranco, daba frente y casi caía encima de la garganta, hacia la cual corrían a la sazón alegres, bulliciosos y desbordados, arroyos y manantiales, zagalas y labradores.

De pronto se arremolinó el gentío como si el raudal viviente hubiese encontrado un dique que le hubiera hecho retroceder, y sordo murmullo se alzó primero, que muy pronto se convirtió en estruendo, y luego en clamoreo atronador: a la luz de la luna, que a la sazón coronaba la cumbre de Val-de-Echauri, relucieron en la boca del portillo cascos de hierro pulimentado, corazas y mantos recamados de oro, entre oscuro pelotón de montañeses encapuchados a modo de penitentes, que a pesar de la siniestra apariencia de sus burdos capotes y sayos, venían alegres como unas pascuas, cantando en horrible discordancia, que si desgarraba los oídos, resonaba, sin embargo, plácida en el corazón.

Para mayor contraste, los prisioneros de vistosos trajes y brillantes arreos, mostrábanse mustios, taciturnos y cabizbajos, avergonzados de haber sido vencidos por gente que tan pobre y ruin les parecía, acostumbrados como estaban a la pompa militar de los tiufados, condes, duques y próceres del reino.

No era ésta la única razón de su decaimiento. Aunque no entendían el idioma por la compasión que inspiraban, por el gesto y talante de los vencedores, quizá por la

costumbre convertida en ley de guerra, esperaban la muerte, a pesar de cierta esperanza que les infundía el noble semblante y magnánimo corazón de García; pues en aquella implacable exterminadora lid, en aquel encarnizado duelo a todo trance, rarísima vez se hacían prisioneros, y era más raro aún que el rendido, a no ofrecer pingüe rescate, lograra tornar con vida a su campamento. Mataban los godos a los vascos, temían, pues, con harto fundamento, que los vascos les aplicasen la pena del talión.

Pero Ranimiro y su hija, que sabían el vascuence, nada tenían que adivinar. Sin quererlo, o por lo menos, sin poner en ello especial cuidado, se enteraban de las conversaciones que alrededor traían los expedicionarios entre sí, y las gentes del tránsito con los expedicionarios: noticias propagadas sin reserva, desahogos sin disimulo; porque los interlocutores daban por supuesto que ningún godo les comprendía. Entrambos pues, al entrar en el valle de Goñi, presumían con harto fundamento que de él no habían de salir con vida; y lo que tal vez les fue más doloroso, tampoco ignoraban que Pamplona se había alzado de la obediencia y afrentado al rey personalmente, dando quizás principio a la serie de rebeliones que el perspicaz magnate preveía, como resultado de vasta y descomunal conjuración contra la independencia española.

-¡Ellos son, ellos son!, exclamó Miguel de Goñi, que sólo del hecho principal podía estar sabedor. ¡Y vienen aquí los prisioneros! No somos niños, Plácida; pero jamás en los años que llevo he visto tantos. ¡Prisioneros! ¿Cómo es que los nuestros hacen prisioneros? ¿Quién habrá contenido su indignación? ¿Quién les habrá infundido ese nuevo espíritu de templanza?

-Ya lo sabremos, Miguel. Por de pronto, los nuestros a Jaureguía, los godos a Gastelúzar.

-Eso precisamente es lo que había pensado. Pero di, mujer ¿tienen aquí esos infelices...?

-Fuego en la cocina, pan y vino en la mesa, y en todas las cuadras, camas para los heridos.

-No serán muchos; porque según cuentan, de los nuestros todos se han salvado.

-Y a juzgar por la algaraza que traen, a ninguno de ellos se le ha roto la garganta.

En esto sintieron voces de gente, que al pie de la colina les llamaba.

Eran algunos de sus amigos, siquier vasallos, que se apresuraban a confirmar las noticias; pero sin apartarse mucho de la fuente de ellas, tratando de conciliar su vivísima curiosidad, con la atención y miramiento debidos a sus respetables señores, a quienes los años impedían descender a la hondonada, y sobretodo, meterse entre aquella revuelta y casi tumultuosa muchedumbre.

-¡Señor! ¡Señor!, gritaban desde abajo: ¡García y los godos! ¡Todos, todos cautivos!

-¿Y Ranimiro? ¿También viene Ranimiro?, preguntaba Miguel con terrible extrañeza, no acabando de dar crédito a noticia tan inverosímil.

-También. Parece que hasta mañana no serán precipitados.

-Plácida, ya podía García habernos ahorrado ese horrible espectáculo. Que descansen aquí esta noche, norabuena; pero sería mejor que se los llevaran luego a las Amézcuas, pues allí tienen mejores penas para el caso. ¡Y decías tú que ni él, ni nadie, era capaz de traer aquí con vida a Ranimiro! Pues ahí te lo presentan adrede para darnos un mal rato.

Era la primera vez que el anciano, casi secular, se mostraba un tanto desabrido tratándose de hospitalidad. Pero la pena y repugnancia del suplicio, le arrastraba hasta acusar injustamente al héroe de la jornada.

Plácida, sin contestarle, preguntó a los de abajo:

-¿Cuántos heridos?

-Ni uno siquiera.

-¡Tanto peor! Esos al menos se hubieran salvado, repuso Miguel.

Otros sentimientos se apoderaron luego del pecho de ambos ancianos.

Ante el alborozo de sus pueblos, a que respondían los murmullos de los bosques, el ladrido de los mastines, y el repique de campanas, los pobres solitarios de la cima de Gastelúzar, se miraron con ternura, se comprendieron recíprocamente, y se abrazaron.

¿Era de gozo? No; que su satisfacción no estaba limpia de tristeza.

¿De envidia tal vez por la gloria de García? No debemos ofenderlos con semejante sospecha: fuera de que, los ojos de la envidia se cuajan de hiel, mas no de lágrimas.

¿De pena por la terrible suerte que esperaba a los godos? Este dolor sería inverosímil, a tal extremo llevado. Nuestros dos ancianos, bondadosos, compasivos sobre manera, sentían la muerte de sus enemigos; pero la creían necesaria y justa.

Era algo de todo esto, y otra cosa más: que ni sentimientos, carácter, temperamento, ni enfermedades, dejan nunca de ser complejos en el hombre, y sobre todo, en los ancianos. Júbilo por el triunfo; dolor de que Teodosio, por su culpa, tal vez, no hubiese tenido en él participación alguna; conmoción ante la desusada grandeza del espectáculo: y era también el vacío de un nombre propio en aquellas aclamaciones, la falta de una figura en aquella magnífica escena, que les hacía sentir con más viveza que nunca la inexplicable ausencia de aquel hijo por quien hasta de preguntar se avergonzaban, por no dar a entender el abandono en que los tenía. Pero era principalmente el recuerdo de los otros siete hijos, que de tan diferente manera habían vuelto a casa, muertos o heridos, todos en parihuelas, y todos para ser en breve horas sepultados.

-¿Por qué lloras, mujer?, dijo Miguel, procurando en vano reprimir sus sollozos.

-¡Pobres hijos míos!, exclamó Plácida. ¡Si de estos triunfos hubierais alcanzado a ver, cuánto os hubierais gozado!

-Mujer, ya lo estarán viendo desde el cielo... ¡y más gozosos y serenos que tú, y que yo!...

Y Miguel, tratando de recobrase, añadió:

-¿Ves el resultado de la conducta de Teodosio? Como siga tan descuidado pensando en amoríos, a manos de García pasará el cetro. Y no seré yo quien se lo eche en cara, ni se lo dispute.

-Miguel, le contestó Plácida, no están los cetros hoy para manos de muñecos.

Entre tanto subían los montañeses por la endrecera del barranco, quienes en jacas que corrían como galgos por aquellas asperezas, tanto por la costumbre como por la querencia; quienes a pie, mezclados con los que podíamos llamar paisanos, para distinguirlos de los que traían armas y escoltaban a los prisioneros.

En medio de todos, distinguíase a Ranimiro y su hija, armado y con talante ni abatido ni soberbio aquél, con más apariencias de jefe de la partida que de cautivo, y erguida ésta sobre su palafren; pero cubierto el rostro con el velo.

García no los desamparaba un momento, más por mesura y cortesía que por temor a ningún desmán; pues había llegado a dominar a su gente hiriendo las fibras de los sentimientos generosos, a que responden con tanta facilidad los pechos navarros.

Los *militares*, en efecto, los guerreros de la expedición, con esa maravillosa perspicacia del soldado, y esa ciega confianza en quien les ha proporcionado victorias, seguidas de tantas ovaciones, eran los primeros que daban la consigna al gentío que salía a recibirlos y se agolpaba en el camino, encargando a todos prudencia y moderación.

Y no necesitaban esforzarse mucho; porque si el odio contra Ranimiro no podía ser mayor, en cambio, la compasión que excitaba su hija, tan joven y bella como inocente, al lado de un padre, destinado a morir en el suplicio, contenía al más desalmado.

En esta confianza, García se adelantó a saludar a los señores del valle, y dejando el caballo, echó por empinado atajo, llegando en pocos momentos a la cima de Gastelúzar, al asomarse a la cual, risueño, alborozado, y sin el menor sobrealiento, gritó a los ancianos:

-¡Mil y mil parabienes, amigos y señores! Teodosio ha sido de la expedición. A él se le debe el buen éxito de la sorpresa. Aquí venimos todos por orden suya.

Es imposible pintar el efecto que tan generosas palabras produjeron en el ánimo de Miguel y su esposa.

-¿De veras?, exclamó el anciano, que temblaba de alegría, y no acertaba a persuadirse de la verdad de lo que estaba oyendo.

En aquel instante hubiera querido tener a García en menos concepto de noble, para dar solo a la exactitud de los hechos, a la fuerza de la verdad, el mérito de semejante rasgo.

-Toda la gloria es suya. Él quiere que le esperemos aquí.

-Pero él, ¿cómo no viene?

-Teodosio no huelga; trae, según dice, cosas más importantes entre manos, y se ha quedado en las Dos Hermanas.

-¿Herido?, preguntó Plácida con el recelo y sobresalto de madre tan escarmentada.

-Ni una gota de sangre nos ha costado la expedición. Ya lo sabréis todo. Ahora quisiera pedirlos un favor, añadió el mancebo, cambiando de tono y aun de expresión. Viene Ranimiro, y viene su... su hija... dama, princesa bellísima y delicada. Ranimiro puede hospedarse en Gastelúzar; pero su pobre hija, a quien nadie considerará como prisionera...

-A mi lado en Jaureguía, le contestó Plácida, apresurándose a interrumpirle, para significarle de algún modo la gratitud en que su pecho rebosaba.

-Sí; pero la hija no querrá separarse del padre, replicó Miguel. No lo harías tú, si me hallara en el puesto de Ranimiro.

-Los dos entonces en Jaureguía, repuso el mancebo.

-Eso no, García: y no por él, ciertamente, sino por mí. Si a mi casa viene el godo, mi huésped será: comeré con él, le honraré a fuer de tal: ¿y cómo puedes pretender que yo le admita en mi casa para que de ella salga al suplicio?

-¿Pero vos suponéis también que el godo ha de ser ajusticiado?, preguntó García con sorpresa y espanto.

-¿Y qué remedio?

-El remedio será mi muerte, Jaun Miguel; porque no se matará a Ranimiro sin quitarme a mí la vida. Así se lo he prometido.

-Pero muchacho, ¿qué estás diciendo?

-Lo que habéis oído.

-¿Quién te manda prometer lo que no puedes cumplir?

-Lo cumpliré, aunque me cueste la vida.

-¡Salvar a un prisionero como ése!

-Ranimiro no es propiamente un prisionero: si lo fuera, yo dispondría de él; porque a mí se ha rendido, y yo, antes que faltar a mi palabra, antes que consentir en ningún desmán, lo pongo en libertad a las puertas mismas de Iruña, hasta donde le iré dando escolta con mis amezcuanos.

-García, exclamó el anciano compungido: mira bien lo que dices. Yo te quiero como un hijo, y por lo mismo te advierto que te reportes. Tanto como tú quisiera salvarle... porque... porque no soy cruel ni vengativo. No quiero recordar siquiera que ese hombre ha dado muerte a mi hijo. Pero es justicia lo que se pide... No concibo siquiera la posibilidad de que ese godo quede con vida. Si le salvas, no peligrará la tuya, porque aquí

estoy yo. Pero sin gloria te quedarás, sin reputación y sin honra. Vivirás; pero en perpetua infamia.

-Jaun Miguel, haciendo lo que debo, suceda lo que quiera.

Y después de decir con entereza, pero sencillamente, sin énfasis, ni afectación semejantes palabras, que le salían del corazón, como de un manantial aurífero salen partículas del precioso metal; se disponía a volver, cuando el anciano le detuvo con un ademán.

-Escucha, García. Hablas así, porque te crees con derecho de disponer a tu antojo de Ranimiro, y te consideras obligado a salvarlo.

-Cierto.

-Eso te honra verdaderamente, y sobre todo a mis ojos, que han vertido alguna lágrima por tu padre. Pero eso que te imaginas no es cierto, es decir, eso flaquea por el cimiento. Ni tú, ni yo, ni ningún señor vascongado ha de disponer por sí solo de un hombre como el príncipe godo.

-Pues hasta ahora, todo señor, todo caudillo, ha sido árbitro...

-Hasta ahora no han caído en nuestro poder hijos de reyes, como Ranimiro: hasta ahora no han solido hacerse prisioneros. Tanto nosotros como nuestros enemigos, hemos pasado a cuchillo a los vencidos, sin salir del campo de batalla: hasta ahora, si algún pequeñuelo venía a manos de un capitán, hemos tolerado que lo mandara ajusticiar; pero en ocasión tan solemne, no sería soportable tan enorme abuso.

-¿Pues quién tiene derecho a disponer de Ranimiro?, preguntó el mancebo confuso y sobresaltado.

-Si tuviéramos rey, el rey. Como no lo tenemos, en los cautivos mandan los doce señores más ancianos de los valles y céndegas de Navarra.

-¿Ese es el fuero?

-Ese. A Ranimiro, además, triste es decirlo, hay que juzgarlo, no como prisionero, sino como criminal; hay que tratarlo como a dañina fiera.

Y García, sin despedirse, sin replicar una palabra más, se fue por el llano al encuentro de su gente.

Iba consternado. Hasta entonces no había creído en la muerte del padre de Amaya; pero en aquel punto no alcanzaba a vislumbrar la manera de conservar la vida. Las acerbas palabras del anciano de noventa años, tenían para él un peso que le abrumaba.

Se dirigió hacia los prisioneros, y con mal seguro acento propuso a la dama de parte de los señores del valle el hospedaje de Jaureguía, delante de cuya puerta a la sazón cruzaban.

Como era de esperar, Amaya rehusó el ofrecimiento, y no quiso separarse, ni de su padre, ni de sus siervos y bucelarios.

Miguel y Plácida se habían quedado en silencio, contemplando al generoso mancebo entre lastimeros y estupefactos.

-Ese muchacho vale más que nosotros, Miguel, dijo al fin la señora, rompiendo la primera en hablar contra su costumbre.

-A su edad hubiera hecho yo otro tanto, Plácida; pero a la mía, hay que reprimir los impulsos del corazón. Lo que pretende es tan fuera del orden, que no me lo explico sin atribuirlo a misterio.

-Miguel, dices bien; pero el misterio está en su corazón, que no sólo es joven, sino el primero de todos los corazones vascongados.

-¡Ni más joven, ni más vascongado que el mío!

-Sí, señor; porque hasta después de haberle oído, ni a ti ni a mí se nos ocurría pensar como él; y ahora todos tres pensamos lo mismo.

-Podré pensar lo que quieras; pero hasta ahora no he comprendido que soy un pobre viejo que no sirve para nada. ¡Prometerle la vida! ¿Quién le mete a dar palabras que no ha de cumplir?

Poco después, jinetes vascos y godos se apeaban a la puerta del castillo, estrecha y rectangular, muy semejante a las llamadas de socorro en las construcciones militares de la Edad Media.

No habrá olvidado el lector que aquel extraño edificio semipelásgico ciclópeo, carecía de ventanas, cuya falta suplían las saeteras; y se figurará, por lo que de él conoce, las escasas comodidades que ofrecía, sobre todo para dama tan principal, acostumbrada al lujo de los godos en los últimos años de su imperio. Componíase el interior de cuadras o grandes salas, todas de piedra bruta, techo, paredes y pavimento, que por lo bajas y largas, y los pilares que sin orden y simetría sustentaban de cuando en cuando los rudos troncos de la techumbre, más que aposentos y cámaras parecían pasadizos subterráneos. Estaban además desmanteladas, sin más muebles que alguna que otra mesa y bancos de roble o de nogal, jergones de heno, zaleas y pieles de oso; sin más ornato que las armas colgadas de los muros o amontonadas en los rincones y en torno de los pilares.

Pero la cocina, a la sazón, demasiado bien provista de lumbre, despedía trémulos reflejos por la puerta, que semejaba boca de horno; y allí abundaban bancos y trípodes, calderos de cobre y platos de madera, carnes curadas al humo, y humo también para curar, y aún para enfermar a quien no tuviera pecho de bronce y pulmones de acero, como aquellos serranos.

Considérese la impresión que tan fríos y oscuros calabozos, cuartel sin soldados, y hogar infernal, más propio de salamandras que de garridas y delicadas doncellas, habían de producir en el ánimo de la princesa goda.

Plácida lo comprendió, y al recibirla en sus brazos, cuando Amaya se derribó del palafrén y se levantó el velo, descubriendo su hermosísimo y maravilloso rostro a la luz de la luna, la dijo:

-No pongáis los pies en el castillo... Venid conmigo a Jaureguía.

Y como la dama contestara con dulce sonrisa y suave movimiento de cabeza, la anciana se quedó mirándola, y prosiguió diciendo como para sí:

-¡Dios mío! ¡Si esta chica es vascongada! ¡Si es como nosotras!... ¡Y muy más hermosa que todas las que he conocido!...

Amaya seguía callada, no por altivez ni menosprecio ciertamente, sino porque no podía hablar sin romper en llanto; y aunque sentía la necesidad de llorar, tenía a mengua verter ni una lágrima en semejante ocasión y vista de tanta gente.

Pero como Plácida se abalanzara a ella y sin poderse contener la diera un beso; rindióse la fortaleza y lloró la goda sobre los hombros de la anciana, agradeciéndola en el alma aún más que el ofrecimiento del palacio, el que la diese ocasión para derramar lágrimas sin apariencias de debilidad.

-¡A Jaureguía! ¡A Jaureguía!, repitió Plácida. Esto no es para vos... Yo esperaba godos, soldados, heridos, pero no angelitos del cielo. Vamos, vamos a mi casa...

-¡Con mi padre!..., exclamó por fin Amaya.

-¡Con todos los que queráis!, respondió la señora del valle; añadiendo con el candor de una niña: ¡Si habla como nosotros!...

Miguel entre tanto había saludado a Ranimiro como antiguo conocido, y al advertir los extremos de la dueña, como se llama todavía en Navarra a las amas o señoras de casa, y al fijar los ojos en el semblante tierno y expresivo de la dama, él, de suyo blando de corazón, exclamó:

-Todos, todos a Jaureguía.

El tiufado lo rehusó.

-Para el corto tiempo que hemos de estar aquí, prefiero la soledad del castillo a las comodidades del palacio. Entremos, Amaya. Ya arreglaremos un aposento para las mujeres, lo mejor que se pueda.

El tono con que Ranimiro pronunció estas palabras, no admitía réplica, y desgarró el pecho de Miguel y García, que creyeron comprender el triste sentido de las primeras frases. Entraron; pero Amaya, a quien condujeron a la cocina, que es el estrado de la sierra, se asustó de las llamas, y sobre todo del humo y el hollín, y prefirió la cámara más apartada del bullicio; en un ángulo de la cual, las siervas, que traían en acémilas todo lo necesario para el viaje, hicieron una especie de alcoba y gabinete con ricas colgaduras, a modo de tienda de campana; los criados de Miguel se presentaron luego con mesas, candelabros para teas, camas y braseros; y muy luego tomó el improvisado aposento tal aspecto de comodidad y aseo, que pudiera pasar por escandaloso lujo en aquellas viviendas.

Los bucelarios fueron encerrados en una cámara desprovistos de armas. A las siervas se las dejó en libertad para atender a sus señores.

García se había quedado en la cocina con Miguel y Ranimiro, refiriendo todos los pormenores del encuentro, para probar dos cosas, a las que daba suma importancia: primera, que la parte más brillante del suceso se debía a Teodosio; y segunda, que a saber a tiempo que con el magnate godo venían mujeres, habría desistido de atacarle, siendo probable que Ranimiro con hombres solos no se hubiese rendido.

Ante la nobleza de semejantes declaraciones, quedaron sus oyentes prendados y agradecidos.

El godo se retiró muy presto, suplicando a García que no se olvidara de la carta del judío.

-¿Dónde pasaréis la noche?, le preguntó.

-Aquí; no me apartaré de mis prisioneros, le contestó el mancebo sonriéndose.

-Pues bien, si antes de dormir podéis enteraros de ese pergamino y creéis que yo debo conocer algo de su contenido, no vaciléis un momento en llamarme y despertarme a cualquier hora de la noche, por profundo que sea, o que os lo parezca mi sueño.

-¿Tanto valor seguís dando al mensaje del hebreo?, le preguntó García.

-Y mayor que antes, desde que he sabido la sublevación de Pamplona; pero sólo os repetiré que a mi juicio tenéis en vuestras manos la salvación de España.

-¡Y la vuestra! Decídselo así a la princesa: que duerma tranquila; que fíe en mi palabra.

El caudillo montañés se había ratificado, sin duda, en su resolución, a pesar de no ver más que estorbos y contradicciones para llevarlo a cabo. No era hombre que fácilmente cambiara de opinión, ni de propósitos; pero como la firmeza y tenacidad parecía carácter general y dominante, presentíase ya tremenda lucha, discordia fatal entre los vascos, origen quizás de grandes desventuras.

-¿Qué importa mi vida, qué nuestro reposo cuando de tales cosas se trata?, le contestó Ranimiro, con serenidad que hizo profunda impresión en el alma del joven que lo escuchaba.

Y se despidió con su habitual sonrisa y gallardo continente de entrambos señores vascos.

Cuando el señor de las Amézcuas se quedó a solas con Miguel, le dijo con firme, pero respetuosa voz:

-¿Cuándo creéis que pueda reunirse el Consejo de los doce señores más ancianos de nuestra confederación?

-Nunca. En estos tiempos, en estos días sobre todo en que estamos cercados de enjambres enemigas, es punto menos que imposible celebrar Juntas. Fuera de que, no sería prudente dejar desamparados los valles, cuando no se sabe por cuál hemos de ser atacados.

-¿Hace mucho que se ha celebrado la última congregación?

-Hace tanto, que a mí se me ha olvidado. Esas Juntas aun incompletas, por la fuerza de las cosas, por los destrozos de territorio que hemos sufrido, van cayendo en desuso.

-¿Y quién manda en Vasconia a falta de los doce señores?

-Harto lo sabes tú, García. ¿A qué me vienes con semejantes preguntas? Cada uno de nosotros manda en su valle o su céndea; pero todos os habéis acostumbrado a seguir mi voz, y como sirvo ya para tan poco en cosas de guerra, Teodosio hace mis veces. Si hay alguien que mande en la Vasconia, mi hijo es quien manda.

-Pues bien, Jaun Miguel, sabiendo de antemano vuestras respuestas, y conociendo el estado de las cosas, quiero entregaros a Ranimiro, y desde este momento debéis hacer cargo de él.

-¡Yo no! Mi hijo.

-Vos sois el único que suple en cierto modo la autoridad de los Doce -repuso García con gravedad-. Nadie más que vos.

-Yo no estoy para nada: no puedo. Soy además muy pobre de espíritu, y no tengo entrañas para condenarlo a muerte.

-Pues entonces, lo salváis y le perdonáis la vida.

-Tampoco, García, tampoco.

-¿Por qué no?

-Porque soy débil, contestó con ingenuidad el nonagenario, y temo a mi gente, temo a mi hijo, que en el hecho de haberte mandado guardar los prisioneros en Gastelúzar hasta que él vuelva, los considera suyos, y andará avisando a los señores circunvecinos para dar mayor solemnidad a la sentencia.

-Es posible, repuso el mancebo cada vez más grave y pensativo; quizás trate de llamar a Amagoya.

-Dices bien. ¡Amagoya aquí! ¡La pagana delante del incendiario de su caserío y del asesino de Basurde! Dale por muerto. Y si Teodosio nos trae por acá a la señora de Aitormendi, ya no me cabe la menor duda de cómo piensa mi hijo. Y yo... ¡compadécete de mí!, no tengo ya valor para arrostrar reyertas ni amarguras en mi casa, ni deshonras fuera.

-Ni uno, ni otro, Jaun Miguel, repuso el joven con firmeza. Ni uno, ni otro; y en este momento, no os hablo como amigo, sino como señor de Abárzuza y las Amézcuas, al señor de los señores de la tribu. Al encargaros de Ranimiro no tendríais ni que condenarlo a muerte, ni que deshonraros poniéndolo en libertad. La infamia será toda mía. Porque si prometí a Teodosio entregaros al príncipe godo, fue con la expresa condición de que ha de quedar libre. Libres son la dama y sus siervas desde luego... Esas no están, ni han

estado cautivas; pues si yo acepto sin titubear ciertas infamias, no pasaré nunca por la de blandir mi espada para rendir a mujeres. Libres son ellas, y sólo Ranimiro quedará prisionero mientras dura la campaña que hoy comienza. Pero así que las huestes de Rodrigo nos dejen en paz, y la guerra vuelva a su ordinario cauce; así que la pericia y arrojo del tiufado no puedan perjudicarnos grandemente, como hoy nos perjudicarían, empleados en fuerzas superiores a las nuestras, lo conduciré hasta las puertas de Iruña o donde quiera. Tal es la condición. Si envuelve alguna deshonra, toda es para mí.

-¡Desventurado!

-¿Por qué?

-Porque con tales condiciones, ni yo, ni Teodosio, ni nadie puede comprometerse a recibir el prisionero.

-¿Nadie? Pues en ese caso, me lo guardo yo. No se lo entregaré ni al uno, ni a los Doce.

-Norabuena. Tú lo has vencido; tú verás lo que haces; pero condiciones semejantes no se imponen a ningún vasco.

-Estáis equivocado, Jaun Miguel. Si como hablo delante de vos, hablara delante de los Doce señores más ancianos de esta tierra, les diría lo mismo: estáis equivocados. He dado mi palabra a Ranimiro, palabra de vascón, que lejos de deshonrar os acredita de nobles y humanos; y tenéis que respetarla. Figuraos, señor de Goñi, que a todos y cada uno de los vascos, sabedores de lo que vale el prócer godo al lado del rey y al frente de cien mil hombres en Vasconia, les dijese cualquiera de nosotros: voy a conseguir que Ranimiro no llegue al cuartel real, ni se avieste siquiera con Rodrigo, ni empuñe las armas mientras duren nuestros apuros y pueda ser temible y perjudicial; pero a condición de que ha de permanecer entre nosotros prisionero, dándole palabra de que el día en que el peligro pase y todo temor se disipe, le dejaremos en libertad. Decidme: ¿quién vacilaría en la respuesta? ¿Quién se daría por ofendido con proposición semejante?

-Tienes razón, muchacho, tienes muchísima razón: nadie.

-Pues si la proposición menoscabara en lo más mínimo nuestro honor; si la condición envolviera la menor mengua, todos la habiéramos rechazado. Nosotros sabemos morir, pero no aceptar humillación ni infamia. Las condiciones son pues honrosas y salvadoras. Nos realzan, y nos evitan hasta la tentación de perpetrar un crimen, que en estos momentos sería además insigne torpeza. Pero yo añado, porque debo hablaros con toda lisura, que Ranimiro se ha rendido sin condiciones. No nos conoce bien: nos ha hecho la ofensa de creernos duros, vengativos, implacables, y ha creído que era inútil mendigar su vida: nos la ha entregado sin humillación, con altivez, sin desdorar hasta pedirla: y yo, que lo he comprendido, he querido castigar su soberbia con el único castigo que pueden recibir corazones generosos; haciéndole ver que no lo ha sido bastante al juzgar a sus enemigos. Nuestra honra nos defiende mejor que nuestra bravura, nuestros riscos y desfiladeros. Lo llevaré a mi casa mientras el rey permanezca en Vasconia con las huestes que ha traído; pero así que torne desengañado a Toledo, soltaré al tiufado, dos veces vencido: una por nuestras armas, otra por nuestra hidalguía.

-Dos veces humillado, tienes razón, repuso Miguel que le contemplaba con embeleso; pero con secreta emulación, creyéndolo mejor que Teodosio.

-Libre Ranimiro, prosiguió García, ¿volverá a ser para nosotros el temible capitán de los pasados tiempos? Nunca: la pujanza de su brazo quedará enervada con el recuerdo de nuestra nobleza. Se aguzan los aceros al resbalar por el acero; pero se embotan al chocar con el escudo.

-En eso dices bien, muchacho, contestó Miguel, que al rendirse ante la razón, temía condenar a su propio hijo: podemos ser generosos con el desgraciado; pero hay que ser justicieros con el criminal.

-¡Criminal! Así lo creía hasta hoy; pero sospecho ya que Ranimiro es un inocente calumniado. Sospecho que la Providencia, apiadada de lo mucho que ese hombre ha sufrido, vuelve ya por la verdad, por la justicia, y hasta por la dignidad del cristiano humilde y resignado. Sospecho que ha caído entre los vascos para restaurar su nombre y limpiarlo de las manchas que hasta ahora nos lo hacían aborrecible. Sospecho que la restauración de esa familia cristiana ha de principiar por la memoria de Paula, vilipendiada en interés de esotra familia de pertinaces paganos.

-¡Dios mío! Fuerzas se necesitan para luchar con Amagoya; pero acaso las tendría: mas si Teodosio se pone de su parte... ¡No me pidas imposibles! Me falta corazón para luchar con el único hijo que me resta. Descansa, García, descansa esta noche en Gastelúzar; pero llévate mañana los godos a las Amézcuas, antes de que vengan Teodosio y Amagoya.

-Teodosio tiene gran fe y gran corazón, padre mío, dijo el mancebo, compadecido del anciano, y asustando de los combates que a sí propio le esperaban.

-Sí; pero Teodosio, según presume su madre, anda tras de la *hija de Aitor*; y si ha de ser rey, con ella tiene que casarse, a no ser... Pero eso es imposible.

-¿A no ser qué?

-No me lo preguntes, dijo Miguel con firmeza; porque me avergüenzo de que se me haya ocurrido siquiera.

García guardó silencio.

-Tú, tú vas a ser, prosiguió Miguel, la causa de nuestra ruina. Esos godos han venido a ser para nosotros piedra de escándalos y tea de discordia.

-Padre mío, exclamó García, compungido, no me quitéis las pocas fuerzas que me restan para cumplir con mi deber. También yo sufro; también me espantan Amagoya y los vascos, y Teodosio, a quien amo de corazón; pero...

-Vamos a dividirnos, vamos a destrozarnos: los unos por Amagoya, los otros por ti, que tan bien sabes defender al godo... Habrá quizá quien se atreva a sostener los derechos de la hija de Lorea... ¡Tú! Quizás seas tú el campeón de esa Amaya... de esa goda.

-¡Miguel de Goñi!, tornó a exclamar el mancebo, encendido, no sabemos si de indignación o de rubor.

-¿No has dicho que hay que restaurar el nombre de la mujer de Ranimiro? Pues esa restauración lleva consigo el reconocimiento de sus soñados derechos, y si no, es incompleta; si no, no vale nada.

-¿Y si fuese justa?

-Y si fuese justa, se haría, porque lo mandaría Dios, y primero es Dios que los hombres. Pero si se hacía, mi hijo tendría que casarse con esa goda; y primero se dejará él descuartizar, primero nos matarían a mí y a su madre.

-¡Casarse con la hija de Ranimiro! No, no puede ser, repuso García. ¿Qué vasco se atrevería a poner en ella los ojos? Seductora es, hermosa como ninguna...

-¿Por qué nos has traído esa gente?, exclamó el pobre anciano afligido hasta llegar a la injusticia. ¿Por qué los has hecho prisioneros?

El joven no quiso contestarle que Teodosio había dispuesto que viniesen a Gastelúzar, y se contentó con decirle que así lo había permitido Dios.

-Tienes razón, añadió Miguel: adoremos la Divina Providencia, y acatemos, sus inescrutables designios.

-Sí, padre mío; cumplamos con nuestro deber, y estemos apercibidos a todo lo que Dios disponga.

Con tan cristianos propósitos suspendieron este diálogo, que comenzó García con la entereza de una conciencia tranquila, y terminó con la secreta perturbación de vagos y confusos sobresaltos, que él no conocía aún, y que tal vez eran presentimientos de crudos torcedores.

CAPITULO III

En que el autor hace dormir a sus personajes, y quizá también a sus lectores

Un momento después de conversación tan grave, y para entrambos interlocutores durísima y violenta, Miguel de Goñi, ordinariamente alegre y risueño, nunca melancólico, suspicaz ni caviloso, retiróse cabizbajo y mustio a Jaureguía, donde le esperaban, sin embargo, dos grandes consolaciones: su mujer y la cena.

Al verle partir tan preocupado y abatido, las alas del corazón se le cayeron a García, el cual sintió desmayos y quebrantos en el ánimo, y cierto escozor y desasosiego en la conciencia.

-¡Pobre viejo!, decía entre sí: ¡yo he venido a robarte la ventura, a marchitar tu sonrisa y enturbiarte los ojos en los últimos días de tu vida! ¡Hacerle emprender tan desapiadada lucha a los noventa años!, proseguía. ¡Ponerle en guerra con su propio hijo, en quien cifra

todas sus esperanzas; el único que le resta de los ocho que ha tenido! ¡Obligarle a combatir contra la implacable Amagoya, contra todo el pueblo vascongado! No: debo alejarme de aquí, sepultarme en las Amézcuas, respetar ese rostro angelical y esas canas venerables, reñir yo solo la batalla... ¡Solo!... Solo y desvalido, contra tantos y tan poderosos adversarios, ¿no es temeridad? ¿No es vana presunción y soberbia?

Mientras esto pensaba, y lo pensó ciertamente en poco tiempo, diez o doce amezcuanos escogidos para guardianes del castillo, y que por hacer medida se habían quedado a la puerta durante el diálogo anterior, entraron en la cocina y comenzaron a servir la cena, breve y sucinta para García, y algo más lata y voluminosa para ellos.

Cenando con los súbditos del mancebo, estaban también Saturnino el Disgustado y algún otro más fidedigno testigo, y menos sistemático narrador de las ocurrencias de Pamplona; acerca de las cuales libremente departían con glosas y comentarios, que el imaginativo capitán oía distraído, hasta que la conversación rodó sobre el ánimo que tenían los rebeldes de proclamar al prisionero de Gastelúzar.

-A tiempo, a tiempo, decían, ha caído el pajarraco en nuestras redes. ¡Que vengan a coronarlo en Val-de-Goñi, y darle el mando de la bandada que grazna y revuela en torno!

-Aunque no hubiese otras razones, esa sola bastaba a quitarlo de en medio, antes hoy que mañana. ¡Señor de los godos el verdugo de los vascos! Para eso querría el trono; para convertirlo en cadalso.

-¿Queréis ungirlo rey?, les diría yo; pues ungid ese cadáver.

Y se celebró con risotadas, no sabemos si la fúnebre gracia, o la trágica actitud del Disgustado; el cual, cobrando bríos por el éxito, y dando un paso más con el coturno, añadió:

-A eso iría el traidor a Pamplona; que no a trabajar en pro de su augusto deudo.

-¡Y qué callado se lo tenía el muy taimado!

-¡Silencio!, exclamó García con frente ceñuda y acento desabrido, no pudiendo consentir la murmuración y la injusticia, ni aun contra sus mismos adversarios: Quien tan ligeramente supone desleales a los demás, no está muy lejos de serlo. Si Ranimiro gozara hoy de libertad, volaría ciertamente al presidio sublevado; mas no a recibir el cetro, como suponéis, sino a pasar a cuchillo a los miserables que sólo se acuerdan de él para escudarse con su nombre. Idos con Dios los que no os quedéis en Gastelúzar; que nosotros no hemos dormido la noche pasada.

A semejante indirecta, obedecieron con altiva presteza los de Goñi; y no bien dejaron el castillo, exclamó con agría voz el Disgustado:

-¡Cuidado si se va haciendo godo el amezcuano!... ¿No veis cómo respeta y mimas al padre y a la hija; y qué humos y ufanía gasta con nosotros?

-Teodosio tiene la culpa, Saturnino; Teodosio, que le deja tomar vuelo, y no viene a cercenarle las alas.

-Desengáñate: la culpa la tienen los ojos de esa moza... es decir, de la augusta princesa, dijo el Disgustado, saboreando estas últimas palabras.

-Pues muerto el perro se acabó la rabia, Saturnino.

-Pero si le ha mordido ya...

-Disgustado, dijo otro de los despedidos: nos han despachado por murmuradores; no sigamos maldicientes. Los vascos tenemos el pellejo muy duro para que nos hincen el diente cachorras de gozquezuelos. Sino que ese chico ha salido así, muy recto. Hoy nos ha encargado templanza y miramiento; pero ya verás mañana qué caso hace él, ni de sonrisas de príncipes, ni de llantos de princesas.

-Con todo, no hay que dormirse en las pajas.

-Donde quiera que dé esta noche con mi cuerpo, quedaré como un tronco; que la anterior la pasamos con los huesos de punta. ¿No es verdad, Saturnino?

Y el Disgustado, sintiendo el aguijón, aceleró el paso hacia la cama.

García entre tanto, bien distante de las hablillas de que era objeto, cerró la puerta de Gastelúzar, puso en ellas dos centinelas, dejó que los amezcuanos se tendiesen al amor de la lumbre, recorrió las cuadras, y en la más solitaria, bien pertrechada de armas e iluminada por teas, se sentó, mejor dicho, se dejó caer pesadamente delante de una mesa, la frente apoyada en ambas manos, medio ocultas entre los rizos de la negra cabellera.

Quebrantado asaz, y rendido de fatiga, no pensaba, sin embargo, en dormir. La agitación de su espíritu era superior al descaecimiento de su cuerpo.

Entre los enemigos a quien tenía enfrente, se había olvidado de enumerar esas vencedoras corrientes de acontecimientos imprevistos, que sólo dependen de la Providencia. La conversación de los montañeses le hizo pensar en ellas, y quedó descorazonado.

La contingencia de que Ranimiro llegara a figurar mal su grado a la cabeza de los insurrectos, y reemplazar en el trono a su sobrino, justo motivo de alarma para los vascongados, dejóle adivinar sucesos algo más probables, y todos ellos peligrosos, funestísimos al prisionero. Derrotas, desastres de los vascos; necesidad de emprender la fuga, o de abandonar una parte del territorio; tumultos populares y bárbaras represalias: todos los horrores y miserias de guerra nuevamente exacerbada, de ruda y larga campaña, sostenida con desesperación contra fuerzas espantosamente desiguales; los efectos mismos de la embriaguez del triunfo; la locura del entusiasmo, tan peligrosa como el súbito terror, hicieronle tener punto menos que por imposible la salvación del godo, meses, años enteros quizá, fiado a su custodia, aun dado que lograra contrarrestar por de pronto la influencia de la viuda de Basurde y del amante de Amaya de Butrón, y el sanguinoso clamor unánime de los pueblos.

-¡Imposible sobre imposible! ¡Mis fuerzas no alcanzan a tanto!, exclamaba el joven. Pero Dios, reflexionaba luego, no me impone la obligación de vencer, sino la de luchar. Defenderé mi honor y el de mis vasallos. Sucumbiré, pereceré en la lid; pero mientras no perezca, seguiré peleando.

Y aparejándose al combate, se puso a recorrer en su imaginación los sucesos de aquel día.

Inadvertidamente, pero con singular complacencia, deteníanse sus miradas en Amaya, la figura más interesante de aquel magnífico y variado panorama. ¡Qué bella cuando sin velo en el rostro, corría por las praderas en el caballo desbocado! ¡Qué conmovedora y fantástica en la subida de la roca! ¡Qué aterradora al borde del precipicio! ¿Quién no hubiera dado entonces su vida por salvar a la dama, sin parar mientes en que fuese goda?

-¡Salvarla!, exclamó; yo se lo ofrecí después... Estoy dispuesto a perecer por ella; pero mi sacrificio será inútil. Ella y su padre tendrán que sucumbir, y yo seré la causa de su muerte.

La hija no morirá ciertamente ajusticiada, pero morirá de pena tras el horrible suplicio de su padre... ¡Ella tan joven, tan buena, tan hermosa! ¡Ella por cuyas venas corre la noble sangre de Aitor, venir a morir por los vascos y quizás entre los vascos! ¡Perecerá por mi culpa; por haber yo atacado a guerreros que no podían revolverse entre mujeres! ¡Morirá maldiciéndonos a todos, aborreciéndome a mí, despreciándome tal vez por villano y cobarde!... ¡Qué idea tan espantosa! Y ni su desprecio, ni su odio merezco; porque daría por una sonrisa suya la sangre toda de mis venas; porque mi único afán es salvarla; mi único embeleso es...

Y de repente abrió los ojos espantados hasta formar sendos círculos, como si hubiese visto un dragón infernal que abría las fauces para devorarlo.

-¡Dios mío! ¿Qué iba a decir?, exclamó acobardado y trémulo, cual enjaulada fiera al sentir el hierro candente del domador. ¿Seré capaz de amarla? ¡Amarla yo! No, mil veces no.

Esto no es amor: es conmiseración, piedad y simpatía que a todos nos inspira el infortunio; nada más.

-«No puede ser: ningún vascongado puede poner en ella los ojos», he dicho al padre de Teodosio; y no he de tener dos palabras ni dos medidas, una para él y otra para mí. ¡Amarla! ¡Qué demencia! ¡Qué desventura! ¡A la goda! ¡A la hija de Ranimiro! ¡Yo traidor a los vascos! ¡Desleal a Teodosio! ¡Rival suyo, si no en amores, en pretensiones al mando! ¡Jamás! ¡Gracias, Dios mío, por haberme abierto los ojos tan a tiempo! Iba a caer en la sima, pero desde el borde retrocedo. Teodosio, yo seré el defensor de tu Amaya, el mantenedor de su derecho. ¡Valor, Dios mío! Si es amor, si es criminal pasión esto que siento; no más turbación, no más inquietud, no más enternecimientos y blanduras! Si es principio de debilidad, que nadie en el mundo conozca mi flaqueza. Si tentación... ¡huid, bellos fantasmas, que adormecéis los ojos de mi alma; apercibido estoy y alerta! Aquí en la soledad brotó mi desvarío, y aquí bajo estas rocas quedará estancado. Me conozco ya: me veo tal cual soy, y me sonrojo. Flaqueza ha sido mi compasión, hipocresía mi piedad, soberbia mi escándalo: ese amor sería baldón de mi solar, vergüenza de mi linaje, torcedor de mi conciencia.

-Sí, prosiguió después de un momento de reflexión y examen interior: si no acudo a tiempo, hubiera llegado a amarla. He querido mostrarme como sumiso al deber, cuando solamente a la pasión obedecía, y tan dulce como incautamente adormecido, me dejaba

llevar al abismo. ¡Severo con Teodosio, duro con ese pobre y venerable anciano, sólo conmigo blando y regalado! Cumpliré mis palabras; pero repararé mis faltas.

Y de pronto se levantó brioso y resuelto, salió del castillo, y se encaminó a Jaureguía, cuyas puertas no se cerraban jamás.

Halló a Miguel a punto de retirarse a la cama, después de haber cenado con los montañeses que no estaban de servicio, algo más copiosa, prolija, y sobre todo, entretenidamente que el mancebo, sin duda por hacer honor a los huéspedes; los cuales, en cambio, procuraron distraerle con la nunca agotada conversación de los maravillosos acontecimientos de las Dos Hermanas.

-¡Tú por aquí, García! ¿Qué novedad ocurre en Gastelúzar?, dijo al verle entrar a tales horas.

-Ninguna. Pero no puedo sosegar. ¿Me habéis oído decir cuando Ranimiro se retiraba a su aposento, que la princesa podía dormir tranquila?

-No lo recuerdo... Puede que sí...

-Pues bien, otro tanto tengo que deciros a vos, padre mío: dormid en paz.

-Sí, hombre, sí; después de cenar, ¿quién piensa más que en dormir?

-A mí no me deja sosegar el remordimiento de haberos ofendido esta noche con dureza tan impropia de mis años, como de la reverencia y cariño que merecéis.

-¡A mí tú! ¡Muchacho, si tú eres incapaz de ofender a nadie!

-Jaun Miguel, os he alarmado también en demasía.

-Tampoco. «Todo se arreglará cuando llegue Teodosio», ha dicho Plácida; y después de haberla oído, he cenado con apetito.

-Sí, padre mío: Andra Plácida tiene razón: todo se arreglará. Hay un Dios en el cielo y un pueblo vasco en la tierra.

-Eso es: Dios para disponer, y nuestro pueblo para ejecutar.

-Nuestro pueblo regido por Teodosio.

-Anda con Dios, muchacho, dijo el anciano sonriéndose dulcemente; que eres más bueno que el pan repartido a los pobres en la mesa.

Y García, después de besarle la mano, tornó tranquilo y contento a Gastelúzar, rumiando las últimas palabras: Dios para disponer y los vascos regidos por Teodosio para ejecutar.

-Eso es: Teodosio, rey; la hija de Aitor, reina; el pueblo vasco, libre; y yo... ¡Yo peleando por la causa de Dios donde quiera!... Me siento con afán de pelear... y de morir como mi padre.

Echó la vista por el aposento que había elegido para sí, y al fijarla en una magnífica piel de oso tendida en el suelo, iba a descansar de tantas fatigas; cuando se acordó de la carta del judío, y del empeño de Ranimiro en que se enterase de ella.

-No debo, dijo murmurando, no debo negar este servicio a esos desdichados.

Y a despecho de sus buenas resoluciones, hablaba en plural; aunque era singular quien semejante encargo le había hecho.

Sacó del sayo el olvidado cilindro, rompió los sellos, desenrolló una larga tira de pergamino, escrita en hebreo, y se puso a leer a la luz de la tea, renovada por la gente de la guardia:

«El astrólogo del observatorio de Toledo, al astrólogo del observatorio de Pamplona».

-¿Qué es esto? Parece correspondencia de un sabio a otro.

García no estaba muy corriente en aquella lengua semítica. Mas en punto a ciencias naturales, el monje que tenía la cura de almas del valle de Guesálaz, le había enseñado lo suficiente para dejarlo en ayunas acerca del contenido de la epístola, que sólo a cosas astronómicas se refería.

-¡Esto no vale nada; no tiene importancia alguna ni para ellos, ni para nosotros! ¡Astrologías!, exclamó arrojando desdeñosamente la carta sobre la mesa, y sin tener paciencia para proseguir la lectura. ¡Y el bueno del goda que de tal pergamino esperaba nada menos que la salvación del imperio!

Y se acostó en aquel lecho verdaderamente primitivo, creyendo que no debía despertar al prisionero para desengañarle y hablar de signos, círculos y planetas.

Aun a riesgo de rebajar a nuestro héroe del concepto que de él hayamos formado, debo decir, a fuer de concienzudo, puntual y verídico narrador, que al poco rato se quedó profundamente dormido, por la sencilla razón de que tenía muchísimo sueño.

Dos días llevaba sin dormir, y por más autores árabes y latinos que he revuelto, en ninguno he encontrado la menor sospecha de que García Jiménez pasara también en claro aquella noche. Es verdad que estaba o parecía estar loca, perdidamente enamorado; pero si los reos en capilla duermen la víspera de ser ajusticiados, ¿por qué permanecer desvelado un joven de veintidós años, rendido de cansancio, muerto de sueño, con alma tan hermosa, y conciencia ya completamente tranquila? Cierto que amaba más de lo que él creía a la hija de Ranimiro; pero creía también contraria a su deber aquella pasión incipiente, y se había propuesto desecharla, confiado en que Dios le daría fuerzas para triunfar.

Y habiéndole enviado la Providencia sueño benéfico y reparador, ¿por qué no recibirlo a ojos cerrados y brazos abiertos?

Dejémosle en paz, y vamos a ver qué hacía entre tanto Amaya, por cuya tranquilidad había procurado el buen García Jiménez antes que por la suya.

Bien menesterosa estaba de consuelo. Sola por vez primera, después de la catástrofe de las Dos Hermanas; en aquel calabozo con disfraz de camarín, pudo abandonarse al dolor que hasta entonces había reprimido, por no aumentar la pesadumbre de su padre, y por un sentimiento de dignidad, que acaso frisaba con el orgullo.

En el camino del valle de Araquil a Gastelúzar, tuvo que apurar el cáliz hasta las heces. Como entendía perfectamente el vascuence, sin que se le escapara ni una frase vulgar, ni un modismo, mejor que su padre pudo medir el alcance de los odios populares, la violencia de la calumnia que atropellaba todo linaje de contradicciones, y no se detenía ante la barrera de lo absurdo. No había crimen que al prisionero no se atribuyera, ni desastre público y privado que no se le achacara; como si todo el mundo se creyese obligado a contribuir al aborrecimiento común, y hallara descanso interior en haber topado al fin con la causa única del malestar general, y al propio tiempo de las pérdidas e infortunios particulares. Estos sentimientos parecían profundos y temerosos, porque arraigaban en pechos nobles, en terreno movido por el horror a la barbarie y la injusticia, y brotaban al calor de la conciencia ofuscada. Ni una voz, en efecto, se había levantado a favor de Ranimiro. Nadie había tenido ocasión, motivo, ni pretexto para salir a su defensa. La acusación jamás había sido contestada; porque Dios había permitido que se volviese loca la única persona que podía intentarlo. ¿Quién la reemplazaba?

Contenía, es verdad, la explosión del rencor en las muchedumbres, el respeto que a pesar de su mocedad había logrado infundir García, el peregrino esplendor de su fortuna, y la compasión que la hija del incendiario inspiraba; pero ni el prestigio y conmiseración pasaban de ciertos límites, ni lograrían impedir la ejecución de la justicia merecida, y evitar el suplicio por todos esperado.

Sobre el dolor de ver morir a su padre, tenía Amaya el pesar de que fuese víctima de un pueblo a quien con vínculos de sangre, de tradiciones, y aun de amor, estaba unida.

Porque Amaya, goda de raza, goda por el orgullo de la elevada cuna en que había nacido, goda quizás por las desventuras que a su pueblo amenazaban, y por cariño a su padre, a quien consideraba como tipo de próceres y caballeros de aquel imperio; era, según ha podido observar el lector, vascongada de corazón, amante de las sencillas costumbres, de los dulces cantares, y hasta de la heroica tenacidad de los vascos en defender la independencia de sus montañas. Sentía en el alma que su padre pereciese; pero sentía además que fuesen los vascos reos de un crimen tan horrendo, y que suelo regado de sangre generosa, quedara manchado con sangre inocente, que estaría siempre clamando al cielo venganza.

Cuando Ranimiro alzó el cortinaje que separaba su aposento del gabinete de su hija, no se extrañó de verla en tanta desolación; pero Amaya, temerosa de recibir consuelos de quien más los merecía y necesitaba, con varonil esfuerzo quiso anticiparse a darlos, y se arrojó a los brazos de su padre, exclamando:

-¡No moriréis, padre mío! Dios me salvó del precipicio por un milagro, y del precipicio os salvará a vos. No me conserva la vida para darme el dolor que os ha querido evitar a vos, que sois más fuerte que yo. Se lo acabo de pedir, y me envía un rayo de esperanza.

-Puede haberla para ti, puede haberla quizá para tu padre, le contestó Ranimiro con profunda tristeza: no la hay para nuestro pueblo. La sublevación de Pamplona me prueba que estamos en el principio del fin. Los malvados consiguen ya fácilmente todo cuanto se proponían. Querían arrinconar las huestes al pie de los Pirineos, y aquí las han embanastado: dejar indefenso el territorio de la Península, y abandonado queda a la rapiña del invasor africano. Y para que Rodrigo no pueda retroceder sin deshonra, han hecho que el primer presidio de la Vasconia gótica le insulte, le desafíe y se subleve. ¡Hija de mi corazón, no llores por mí; llora por la religión y por la patria!

-¡También la patria y la religión en peligro!, exclamó Amaya suspensa y consternada.

-¿Quién lo duda? Cuando después de tanto amago de insurrección aguarda Pamplona a la llegada del rey y del ejército para levantarse, ¿no debemos suponer que el ejército y el rey están haciendo falta en otras regiones? ¿No sería insensato de otro modo el alzamiento? Pamplona se subleva hoy para impedir que las huestes acudan lejos de aquí contra más terribles enemigos. ¿Dónde están? En la Libia: de Ceuta se han hecho dueños; de toda la Tingitana se han apoderado hace meses. De allí se derraman en algaradas por la Bética. ¿Contra quién vienen? Pregúntales a los hijos de Mahoma, si quieren destronar a Rodrigo, o destruir a Cristo; si tratan de entronizar a otro rey godo, o de avasallar a España entera, quedándose con príncipes para cautivos de sus baños, y con hijas de reyes para esclavas del harem.

-Tenéis razón: ciego está quien no lo vea.

-Y Pelayo y Eudón no son ciegos: tienen la vista clara, prosiguió Ranimiro con acento vibrador. ¿Por qué anda el rey en tinieblas? Porque algunos traidores le han vendado los ojos; porque del rey disponen a su capricho ya los conjurados. ¡Oh! Quién lograra conocerlos por su nombre, arrancarles la máscara, y hacer mover de aquí las huestes, precipitándolas en súbita avenida sobre el África, ese nos podría salvar.

-Ese sois vos, padre mío.

-¡Yo, encadenado! ¡Yo, con grillos en los pies y esposas en las manos! ¡Yo enterrado en este sepulcro de rocas, en cuyos huecos apenas me puedo remover! Ese no soy yo; ese sólo puede ser García, contestó Ranimiro hondamente preocupado: García, que acaso está palpando y desentrañando en este mismo instante las pruebas de la conjuración. ¡Oh! ¡Si a mí me las entregara! ¡Si yo estuviese en libertad! ¡Si con ellas pudiese volar al lado del rey!

-Para eso necesitáis la vida.

-Dices bien, hija mía, exclamó el magnate con trasportes de impaciencia, y levantando al cielo ojos y brazos. ¡Yo necesito vivir! ¡Yo quiero vivir para salvar a España!

-No moriréis: García lo ha prometido.

-Quiero quebrantar estas prisiones.

-También García promete dejaros libre.

-¡Después de la campaña, después que todo se haya perdido!, exclamó el tiufado con amargura. ¿Para qué entonces ni la libertad ni la vida?

Amaya inclinó la frente como abrumada por el peso de la verdad; pero alzó de pronto el rostro, iluminado por la inspiración.

-¿Queréis pedir esas pruebas a García?, le dijo con entusiasmo: ¿queréis que yo misma me presente con ellas al rey?

-Imposible, Amaya: ni debo hacer indicación siquiera de semejantes deseos a un adversario; ni tú puedes presentarte en el campamento, sino con tu padre o tu marido.

-¿Y García? Le creo capaz de todo lo grande, noble y bueno. Si en su poder han caído esas pruebas que decís, creedme, no pueden estar en mejores manos.

Y como su padre no la contestara, por la profunda impresión que le hizo aquella idea, con la cual estaba él batallando en su mente, prosiguió la dama:

-De su grandeza de alma no podemos dudar; de su rectitud tampoco. Nos ha salvado del motín de las Dos Hermanas, nos ha conducido hasta aquí, respetados por los mismos que pedían a gritos nuestra muerte; ha tenido para nosotros cuanto respeto y miramiento exige la desgracia, y con la intuición de una alma serena y pura, adivina vuestra inocencia.

-No puedo negarlo, contestó al fin Ranimiro; por él ciño la espada todavía. Nadie le supera en magnanimidad: en pocas horas se ha hecho casi nuestro amigo, y estoy por decirte que nos profesa ya cariño de tal. Ahora mismo acaba de repetirme que me salvará; que duermas tranquila, confiada en su palabra; pero...

-¿Y dudáis aún?

-Es apasionado y generoso; pero también leal a su pueblo, celoso como el que más de la causa que defiende. El imperio visigótico está amenazado de muerte: pero lo cierto es que desde el punto en que perezca, comenzarán los vascos a respirar.

-No importa, padre mío. Si ve García que la patria...

-La patria de los vascos son los Pirineos. Y luego... fuerza es decirlo: mi vida es un estorbo para sus grandes propósitos y pensamientos. Ese joven quedará tan quebrantado y maltrecho del cumplimiento de su palabra, que no podrá dar el menor paso en favor de los godos, sin exponerse a morir como traidor, o vivir en perpetuo vilipendio. Tendría que seguir las huellas de tu pobre madre: o vivir con los godos, o sepultarse en el claustro.

-Yo le pediré de rodillas, si fuere preciso...

-Lo que hay que pedirle, Amaya, no puedes pedirlo tú. Lo que hay que suplicarle con ahínco, con lágrimas en los ojos, es que me abandone a mi suerte; que consienta en mi suplicio; que ni tiempo ni fama malgaste en defenderme. Sólo así recobraría el prestigio que ha menester para imponerse a los suyos, para ganarse la voluntad general, y superior a preocupaciones vulgares, mirar por el procomún y salvar a España.

-Decís bien, padre mío; eso no lo pediré yo.

-Pero yo sí.

-Será inútil: es lo único que no conseguiréis de García, repuso Amaya con profunda convicción. Pero si tales y tan legítimas esperanzas fundamos en él, ¿por qué no hemos de tenerlas en los demás? García no es ni más ni menos que un vascongado: como él piensan todos; todos los vascos son como García.

-¿Incluso los que claman por el precipicio, y los que me infaman y calumnian?, preguntó Ranimiro con amarga sonrisa.

-Piden vuestra muerte, porque os creen manchado de crímenes imaginarios; si conociesen la verdad, no os odiarían: el que se la ponga de manifiesto, ese nos salva a todos: salva vuestra vida y vuestra honra; salva el crédito de García, y con él a España.

-¿Y quién hará esos milagros?

-El único que sabe hacerlos: Dios, padre mío. Dios me dará fuerzas: pondrá palabras en mis labios, persuasión en mis ojos, y eficacia en mis razones. Hablaré a Miguel, a Plácida, a Teodosio; y con ellos y con García removeremos estas montañas, arrastraremos los corazones, y triunfaremos, no lo dudéis, padre mío, triunfaremos.

-Aguarda, Amaya; voy a ver a García. No está en el orden que yo le interrumpa, y sin derecho ninguno le interpele y me anticipe... Pero ¿quién se detiene en semejantes reparos, cuando de cosas tan graves y perentorias se trata?

Salió Ranimiro, y al poco rato volvió desalentado.

-Nuestro héroe, exclamó con acerba ironía, duerme en su lecho como un bienaventurado: la carta del judío, abierta y abandonada, yace en la mesa como cosa inútil y de desecho.

-Eso prueba...

-Eso prueba que no nos queda la menor esperanza: que la carta no tiene importancia alguna...

-O que no la entiende García.

Y al oír a su hija, brilló un relámpago en los ojos del tiufado, que exclamó, como si acabara de hacer un descubrimiento:

-Tienes razón: los conspiradores no hablan ni escriben como todo el mundo. ¡Es posible que no lo entienda García: es posible que lo entienda yo!

CAPITULO IV

De lo que pensó García en el monte y tuvo que oír en el valle

A pesar de haberse acostado tarde, tuvo que levantarse García al amanecer. Unos cabreros de la sierra de Sárbil, que habían pasado la noche en las majadas, vinieron a darle aviso de ciertos sospechosos movimientos del real de los godos, acampados delante de Pamplona.

El joven caudillo, dejando encomendada la custodia de Gastelúzar a sus fieles amezcuanos, se dirigió presuroso a la montaña, sin pensar siquiera en la carta de aquellos sabios astrólogos que en días tan angustiosos, a semejanza de Arquímedes en el asalto de Siracusa, con científicos problemas se entretenían.

Partió pues, del castillo, curando más que por horóscopos judaicos, por la seguridad de los prisioneros; y guiado por los pastores, llegó a la cima del monte al cabo de una hora de subida.

Desde allí pudo contemplar a su talante la tendida cuenca, de fragosas y empinadas sierras rodeada, regada por las aguas del Arga y del Larraun, que en ella se juntan; y en medio de la cual, y entre un mosaico de aldeas y caseríos en fondo verde, se alza la inexpugnable ciudad que desde remotísimos tiempos mortificaba el orgullo de los vascones, como espina que no se podían arrancar, y les llegaba a las entrañas.

Distinguíanse con toda claridad las tiendas de campana no lejos de los rebeldes muros, y descollando entre ellas, la del rey hacia las praderas del sur, y hormiguero de soldados que bullían por el campamento, ennegreciendo principalmente los alrededores de los pueblos y las orillas de los ríos. Razón tenían los cabreros; notábanse movimientos estratégicos que debían llamar la atención de los amenazados y vecinos habitantes de Val-de-Goñi. Las huestes enemigas se habían dividido en tres numerosísimas y bien distintas brigadas: las del ala izquierda y derecha, con las armas en la mano, en formación, y como dispuestas a marchar; una en dirección a la Burunda, y otra, por la sierra hoy llamada del Perdón, o más bien, orillas del Arga abajo. El cuerpo del centro, destinado al asedio de la plaza insurrecta, permanecía tranquilo, sin inquietarse mucho por domeñarla, ni ser tampoco molestado por nadie.

Relucían en todas partes los aceros a los rayos del sol naciente; percibíase marcial estrépito de trompas y clarines, que con desusada furia llamaban a las tiufadías; y relinchaban los caballos enardecidos al bélico son, al paso que los corceles del cuerpo sitiador se abalanzaban, relinchando también con lozanía, por haberes y sembrados de trigo y alcacer, y prados de rojas amapolas y blancas margaritas, que resaltaban entre menuda yerba, matas de chopos y olmos, flexibles juncos altivos cañaverales y rastrera retama.

Interrumpían el espectáculo que ofrecían los vivientes, amenos bosquecillos y alamedas, mecidos suavemente por el céfiro, pero de entre ellos salía el humo de los ranchos que el viento se llevaba hacia el Oriente, como rindiendo homenaje al astro del día. A su luz descubriéndose también los soldados factiosos de pechos en las almenas, con el sosiego de curiosos vecinos, que se gozaban con tan entretenida escena y hermosa mañana.

García comprendió de una ojeada lo que aquella ociosidad por un lado y aquella actividad por otro, significaban.

-Esto es, les dijo a los pastores, gañanes y hateros que tenía alrededor; esto es, que Rodrigo espera la llegada de alguna máquina de batir, que habrá pedido a los presidios de Erriberri y Victoriaco, y se contenta entre tanto con el bloqueo de Iruña. Los insurrectos, sin fuerzas bastantes para hacer una salida contra tan poderoso ejército, no quieren malgastar inútilmente las armas arrojadizas, que necesitarán después. ¿A dónde van esos dos cuerpos sobrantes que se aperciben a marchar por opuestos lados? Eso es lo que ignoro y eso es precisamente lo que vosotros tenéis que observar. Pueden salir al encuentro de sendos convoyes que vengan de aquellas dos fortalezas; pueden también, y así debemos presumirlo, intentar una diversión contra Val-de-Goñi, atacándonos los unos por Guesálaz, donde mi pueblo de Abárzuza será de los primeros embestidos, y los otros por Val-de-Ollo, en cuyo caso los godos seguirán faldeando esta misma sierra, para revolverse, abrazándola bruscamente, y atacándonos por ambos lados a la vez.

-¡Somos perdidos entonces!, exclamó uno de los circunstantes, que al parecer interpretaba genuinamente la mala impresión que a todos producía aquella muchedumbre de enemigos, capaz de tener en respeto a los sitiados, y desprenderse de dos cuerpos de ejército para entretener sus ocios, atacando con irresistibles fuerzas al valle mismo defendido por Gastelúzar.

-¿Por qué perdidos?, contestó el mancebo. Eso, prosiguió señalando el campamento y la ciudad de los godos, eso es obra de los hombres.

Y describiendo con el brazo un arco que abarcaba las sierras de Aralar, Urbasa y Andía, añadió:

-Aquello es obra de Dios.

El aspecto del campo enemigo era efectivamente para abatir y descorazonar a los pobres vascos, que contra tantas huestes apenas contaban con otros medios de resistencia que el valor nunca domado, y los desfiladeros y peñascos rara vez por extraña planta hollados y vencidos. Pero no sé qué tiene de vivificante y deslumbrador para un joven del temple de alma de García, el espectáculo de poderoso ejército en campaña; qué género de exaltación le infunde la certidumbre del combate y del peligro; qué fascinación ejerce sobre su pecho la idea de sucumbir con gloria o de triunfar por un prodigio de valor o fortuna; ello es que el mancebo de Abárzuza y las Amezcuas quedó suspenso y se sintió como transformado, con bríos y ambición que jamás había conocido; alegre, animoso, enardecido, creyendo a los vascos tan por encima de aquellas inmensas y bien organizadas falanges, como la cumbre en que él se alzaba del llano en que los godos se movían.

El valor, la confianza y el entusiasmo le habían salido a la cara, por decirlo así: y no dudando de su grandeza de alma, los pastores mirábanle con respeto, y aun con ese miedo con que las personas sencillas contemplan a un extático.

No permaneció mucho tiempo en aquel estado; pero ¡cuánto pensó en breves instantes! ¡Con qué rapidez volaba su imaginación de la tierra al cielo; de las profundidades de los pasados, a las alturas inaccesibles de lo porvenir! Veíasele dirigir la mirada, tan pronto a Pamplona como a Gastelúzar, y luego al real de Rodrigo y al palacio de Abárzuza, donde

moraba su madre, a las cruces de la basílica iruniense y a las levísimas nieblas que como una falda de gasa ceñían la cumbre del Aralar. Pero aquella gente rústica no podía adivinar hasta dónde se remontaba el espíritu del mancebo, que había estudiado la historia de su pueblo en los reflejos que despedía la historia de sus enemigos; que contemplaba entonces a los celtas, cartagineses, romanos y godos, pasando constantemente al pie de aquella misma sierra, como pasaban las aguas del Arga, sin dejar de correr nunca, pero sin llegar a la cima jamás.

¡Ay! Cuando desde la roca de Sárbil se fijaba en Gastelúzar, exhalábanse de su corazón suspiros casi imperceptibles; porque a despecho de las magnánimas resoluciones de la pasada noche, la pasión le arrastraba hacia la hija de Ranimiro. Hubo un momento en que llegó a creer que Dios le inspiraba aquel amor, para hacerle sentir vivamente la necesidad de poner término a la guerra con abrazo fraternal de los cristianos de una y otra banda.

-¿Por qué, decía, desde el punto en que la vi me sentí como inclinado hacia ella? ¿Por qué me domina, me subyuga y manda en mis pensamientos, y los más íntimos afectos del corazón? No podemos ser esposos... ¡Oh! No: sólo el pensarlo me horroriza... Sólo el detenerme en semejante idea parece que mancha mi nombre, que empaña mi honor. Si se supiera; si solamente llegara a sospechase que amo a la hija de Ranimiro, hasta las piedras de la montaña caerían sobre mí; hasta mi padre sacaría del sepulcro la mano para abofetearme... Mi madre, mi pobre madre se moriría de vergüenza en el rincón de su hogar, y Amaya misma me despreciaría. Era preciso que estuviese tan ciega como yo para disculparme. Y no lo está: tiene más dignidad, más orgullo que yo... Es buena hija; piensa más en sus padres. ¡Ni siquiera piensa en mí! Y es toda la dicha a que puedo aspirar; porque si pensara, me aborrecería, como autor de todas sus desventuras... Como causa de la humillación y muerte de su padre. Amarla yo como nadie en el mundo, para atormentarla tanto y hacerla padecer como nadie. ¡Ah, si de esta loca afición saliese al menos la paz!...

Pero semejante pensamiento se desvanecía ante la justicia y nobleza de la causa vascongada, y la tenacidad con que los godos persistían en la dominación incondicional y caprichosa de un territorio que, ni por rico podía halagar la codicia, ni por extenso estimular la ambición.

Los godos habían hecho punto de la conquista, y no menos tercos, duros y obstinados los vascos, sacrificaban generaciones sobre generaciones, por no sucumbir a tiranos semisalvajes en un principio, bárbaros autores luego de la ley de razas, y despreciables por su corrupción después.

De tan peligrosa idea desechada como tentación mal encubierta con manto de humanidad; por una reacción naturalísima pasó el mancebo a considerar el inminente peligro en que su madre, sus deudos, amigos, tierras y pueblos se veían, como insuperable barrera que la Divina Providencia levanta a entre su propio deber y su insensata pasión, como escudo contra los golpes insidiosos del amor, y sostén contra desmayos y flaquezas.

-Valor, que no ternura; batallas, que no amores, son ahora menester, seguía diciendo entre sí: pelear hasta morir por causa tan santa como hermosa, éste debe ser mi único afán. ¡Oh! Cien hombres en el desfiladero de Ollate, y el resto de las fuerzas debajo de

Munárriz, una corta reserva de Gastelúzar, y ¡que vengan! Abandonaremos a Guesálaz y Abárzuza si no podemos resistir en Echarri, y la retirada en último apuro a Urbasa y las Amezcuas. Y allí mi madre, allí Miguel y Plácida, y allí también mis prisioneros. ¡Ah! ¡Godos tan imprudentes y soberbios! Si pudiéramos entendernos con los insurrectos de Iruña, ¡qué cara os saldría la cuenta! ¿Y por qué no? Esa gente está perdida, si no se arroja a nuestros brazos... Si mientras el rey neciamente se empeña en invadir hoy estos valles para abandonarlos mañana, pudiéramos nosotros apoderarnos de Pamplona, ¿quién nos sacaba de allí? ¿Pararían los godos en su fuga, se detendrían siquiera respirar hasta más allá del Ebro?

Y con semejantes planes e imaginaciones se despidió de los cabreros, llevándose consigo a los zagales, encargando a los viejos que se quedaran de atalayas, y le avisaran de la menor novedad que ocurriese en el campo enemigo; y descendió rápidamente a la hondonada risueño, jovial, lleno al parecer de ambición y esperanzas. Mas no sé qué tenían aquella jovialidad y aquellos sentimientos, que le daban aspecto de hombre grave, obligándole a detenerse en el barranco frente a Gastelúzar, para exclamar murmurando:

-Yo soy quien ha de salir ganancioso: si vencemos, por el triunfo; si sucumbimos, por morir a tiempo, y como debe morir el hijo de Jimeno.

Sin entrar en el castillo, ni en lugar ninguno de los de Goñi, halló proporción de despachar dos mensajeros de Abárzuza: uno para avisar a su madre que inmediatamente se retirara a la Amezcua Baja, y otro con órdenes para el apellido de cuantos pudiesen tomar las armas, que en casos tales eran todos los varones menos los enfermos e impedidos: y luego, sin titubear, dejando a un lado a Gastelúzar, se fue a dar cuenta de todo al venerable Miguel de Goñi, que después de haber oído misa, le estaba esperando sentado en el banco de piedra, al pie del roble frondosísimo, sala, según recordará el lector, de consejos y sesiones, amén de tribunal y despacho.

Acompañábanle tres o cuatro forasteros: el señor de la Berrueza, que se caía a pedazos de puro... obtuso y de puro bueno; Mendoza, de temperamento flemático y glacial como su nombre (*monte frío*), e Iturrioz, que aunque llevaba un nombre no menos fresco (*fuentes fría*), debía de llamarse fuente termal o hirviente, a tenor de su carácter impetuoso, ardiente y arrebatado. Eran éstos dos últimos respectivamente, señores de Valde-Ega y Val-de-Allin. Todos tres habían llegado atraídos por la fama del golpe de las Dos Hermanas y el deseo de conocer a Ranimiro y quizá, quizá por el gusto de presenciar su incontrovertible ejecución, si por ventura les daba tiempo la celeridad de la justicia. Eran los primeros; pero, según noticias, no serían los últimos; porque toda Navarra iba a despoblarse para acudir con el mismo objeto a Goñi o las Amezcuas.

Detrás del tronco robustísimo y corpulento como el haz de columnas que sustentan la nave principal de templo gótico, columbrábase el contorno del pardo sayal de un monje que, sin duda por discreción, se había retirado al divisar a García.

Informóles éste en breves razones de cuanto había visto, y de las disposiciones que por su parte, como señor de dos valles y de la importante población de Abárzuza, acababa de tomar; y todos las aprobaron, y unánimes convinieron en que el caudillo vencedor de

Ranimiro siguiese al frente de los vascos, mientras no llegaba Teodosio, que a la sazón descendía del Aralar al valle de Amagoya.

Otra resolución tomaron también los cuatro forasteros, que fue la de aconsejar a los señores del valle de Goñi que se retiraran montañas adentro; pero no hubo medio de persuadir a Miguel de que abandonara su castillo y palacio, y sobre todo sus cinco pueblos, a cuyos habitantes quería como hijos de sus entrañas. Tampoco se halló modo de convencerle de que ya no servía en aquel conflicto para nada.

-Sin Plácida y sin mí, decía, sois perdidos. Sabréis mover la gente; pero ¿quién la aconseja? ¿Quién la sustenta? ¿Quién cuida de los heridos?

Y es preciso confesar que el secular anciano en parte tenía razón; la señora del valle, como ya se ha indicado, era el mejor intendente de ejército que por allá se conocía.

En todo lo demás, reinaba en aquel Consejo la más hermosa variedad de opiniones. El señor de Val-de-Allin quería volar como un águila de roca en roca, a dar el grito de guerra en sus estados; Mendoza se contentaba con decir: ¡calma, calma!, y el señor de la Berrueza era del parecer del uno y de la opinión del otro, siendo su luminoso amén, obligada contera de todos los discursos.

García cortó por lo sano la discusión, proponiendo que se suspendiera hasta conocer las nuevas que trajesen las atalayas de Sárbil.

Amenazado de igual discordia respecto del plan de defensa, les advirtió que acerca de él creía inútil toda deliberación; pues de un momento a otro llegaría Teodosio, quizá con grandes refuerzos, quizá con más seguras y completas noticias; y que él únicamente deseaba por ahora que se le aconsejara sobre la conveniencia de entenderse con los rebeldes de Iruña, sin lesión de la dignidad y decoro de los vascos.

El de la Berrueza fue el primero en contestar; pero en lenguaje mudo. Sacó la lengua; se relamió los labios, como si los tuviese bañados en miel; frunciólos luego, casi convirtiendo la boca en pico; alzó los ojos y enarcó las cejas, y aún autores graves afirman que dejó escapar esta palabra:

-¡Toma!

Pero este postrer detalle se me figura inverosímil.

-Eso es pedir peras al olmo, exclamó Mendoza.

-Eso corre de mi cuenta, repuso Iturrioz, con tal de que ahora mismo me autoricéis para meterme dentro de los muros.

-Proposición semejante debe salir de ellos, dijo Miguel.

A lo cual añadió García:

-Tal creo; pero sería necesario hacerles entender nuestras favorables disposiciones para oírlos.

Así estaban discutiendo el punto, sin más arengas ni discursos, cuando se presentó Pacomio, anunciándose a la asamblea, no por ujier, sino por un *Deo gratias*, que sólo sorprendió a García.

-¡Hola, exclamó éste volviendo el rostro, por hallarse a la sazón de espaldas al recién llegado: ¿tú por acá? ¿Qué noticias nos traes de madrugada? Porque tú no sueles venir de país enemigo sin la boca llena de buenas palabras, ni marcharte con la alforja vacía.

-¿Noticias? Buenas y malas: a escoger, insigne vencedor de Ranimiro.

-Pues elijo las malas para principiar, y las buenas para concluir. Con eso, si nos dan pesadumbre las primeras, las olvidaremos con las segundas. Capítulo de las malas.

-El rey, dijo Pacomio con misterio, y mirando de reojo tan pronto a un lado como a otro; el rey piensa venir a Goñi con quince o veinte tiufadías, a rescatar a su tío Ranimiro y Amaya su prima, y ha jurado no dejar piedra sobre piedra en Gastelúzar.

Miguel se sonrió como un ángel, el señor de la Berrueza gruñó como un jabalí, Mendoza bostezó, dando a conocer que no había almorzado, y el señor de Allin echó mano a la espada, exclamando furioso:

-¡Lo veremos!

García, con más sosiego, preguntó al falso monje:

-Dime, hermano Pacomio, esas quince o veinte tiufadías, ¿son acaso de gigantes?

-¿Por qué lo preguntáis?

-Porque no se necesitan hombres de menos talla para remover las peñas de ese castillo.

-¡Si estuviera aquí Teodosio!, exclamó el anciano Miguel fijando los ojos en el portillo de Val-de-Ollo, por donde a cada instante esperaba verlo aparecer.

-Ya nos dará Rodrigo tiempo para que vuelva, le contestó García. ¿Y qué más, Pacomio?

-El rey piensa llevarlo todo a sangre y fuego.

-Mucho tiene que quemar, si han de arder estas montañas; y hasta ahora sólo de nuestro padre Aitor se cuenta que abrasó los Pirineos, hasta derretir la plata de sus entrañas; razón por la cual se les bautizó con ese nombre de Pirene, que en griego significa cosa así como de fuego. Tú no sabías eso, hermano, a pesar de tus ínfulas de monje.

-No me precio de sabio como vos, que sois capaz de entender... hasta el hebreo.

-Mi trabajo me cuesta; pero al fin... puede que lo entienda. Prosigue el capítulo de las malas noticias.

-No hay más.

-Peores las esperábamos.

-¿Os parecen poco?

-¡Por nuestro patrón San Miguel Arcángel, que si a tales nuevas llamas malas, nos van a enloquecer de júbilo las buenas! ¿No has dicho que el rey *piensa* venir y *piensa* reducir estos montes a ceniza? Peor fuera que impensadamente se nos hubiera echado encima. Que lo piense bien, Pacomio; que si el rey lo piensa y lo rumia, antojáseme que no tendremos el honor, y sobre todo el gusto de recibirlo a saetas. Nosotros los vascos, nos holgamos en hacer justicia a todo el mundo, y no creemos que el bueno de Rodrigo, premeditadamente lleve a cabo tan insigne tontería. ¿No le valdría más con toda esa gente que tiene de sobra, dar un asalto a la ciudad rebelde, y aunque perdiera cien o doscientos hombres, tomarla en breves horas y apoderarse de ella, o convertirla en pavesa, si tantas ganas tiene de calentarse?

-Callad, repuso el ermitaño con asombro; si ese desdichado monarca os oyera, capaz sería de seguir del enemigo el consejo.

-Capítulo de las buenas. ¿No os parece, señores, que ya es tiempo de refocilarnos con ellas?

-Ciertamente, contestó por todos el ermitaño; pero las buenas noticias no son para este lugar: deben darse con toda solemnidad...

-¡En la cocina!, dijo Mendoza, concluyendo la frase de Pacomio.

-En la cámara, y delante del almuerzo que Plácida nos tendrá preparado, añadió Miguel, a quien las penas no le hacían olvidarse de la hospitalidad, ni le quitaban el apetito.

Y se levantó del asiento de piedra, dirigiéndose a Jaureguía, a dónde todos los vocales del Consejo le siguieron, y ninguno a la fuerza, como sospechan los más antiguos cronicones.

En los pocos pasos que promedian del árbol a la puerta del palacio, que horizontalmente partida, a la de un corral de vacas semejava, Pacomio se acercó con misteriosa familiaridad al mancebo y le dijo:

-¿Sabéis que con el rey piensa venir Pelayo?

-Debo presumirlo, porque Pelayo es capitán de lo que dan al rey la guardia; conde, según ellos dicen, de los Espatharios.

-Y prometido esposo de su prima, la hija de Ranimiro.

García guardó silencio, por no dar a conocer en la poca firmeza de su acento, la turbación de su ánimo. Sintió la mordedura de la víbora en las entrañas.

El redomado eremita, que todo lo observaba, hízose el disimulado y distraído, quedándose un poco atrás para sonreírse maligno a su gusto. Estaba vengado del desdén con que había acogido sus noticias el joven alcaide interino de Gastelúzar.

El cual, repuesto ya de la primera impresión, volvió el rostro, y dijo en el tono con que había entablado la conversación:

-Pues si Pelayo reclama a su futura esposa, se la daremos sin dificultad alguna; porque habéis de saber, señor ermitaño, que esa dama no está prisionera. ¿Y quién ha concertado esa boda?, añadió, afectando completa indiferencia.

-El rey y Eudón, Favila y Ranimiro.

-Muchos nombres suenan; pero faltan, a mi ver, los principales: Amaya y Pelayo, que al parecer algo interesados deben de estar en el asunto.

-¡Y tanto! Pero con ellos no se cuenta, porque creo que se aman desde niños.

-¡Desde niños!

-En fin, ¿qué nos importa a nosotros?, repuso el bellaco, alzando desdeñosamente los hombros.

-A mí sí, le contestó con marcada intención García: a mí me importa asaz, a fuer de vasco, que esa princesa goda se case con uno de su casta; porque así no osará disputar el tesoro de Aitor a nuestra Amaya de Lartaun.

El ermitaño hizo un gesto de no fingida sorpresa, y contestó con cierto aturdimiento:

-Habláis como un libro, García: a todos nos interesa la boda.

-Y a ti ¿por qué? Si no llevas a mal la pregunta.

-Porque... porque soy casi, casi vascongado. El tesoro, con todos sus derechos, anexidades y conexidades, secretos y pertinencias, es de Amaya de Butrón, y no de ninguna otra Amaya gótica o romana, moza o casada con Pelayo.

-¡Tal creo!, exclamó el mancebo, cuyos juicios podían ser hijos de la razón; pero tenían trazas de ser engendrados por los celos.

Así departiendo llegaron a la cámara, que también hacía de comedor, a cuya mesa se sentaron todos, sin más ceremonia que dejar al venerable nonagenario la cabecera.

-Hablad ahora en alta voz y para todos, dijo éste al falso monje; porque de los buenos discursos no debemos perder ni media palabra. Supongo que las gratas nuevas que nos traes se referirán a mi hijo Teodosio.

-Os equivocáis, Jaun Miguel: a Teodosio atañen ni más ni menos que a todos los señores de Vasconia. No esperéis a vuestro hijo hasta mañana; pero entre tanto, le prepararemos gratas sorpresas, que no deben diferirse ni un momento. Se trata de Pamplona, acerca de la cual estabais deliberando luminosa aunque inútilmente, cuando yo os he interrumpido. García -y no extrañéis, respetabilísimos señores, que al más joven de vosotros me dirija, porque él es poseedor de cierta prenda que entra por mucho en el negocio de mi embajada: García, estoy encargado de entregaros a vos, como representante accidental de todos los vascos, las llaves de la plaza de Iruña.

Era la noticia de tal naturaleza, que fue generalmente acogida con más incredulidad que alborozo. Desde que Pompeyo erigió o fortificó la *buena ciudad*, de los imperiales

romanos pasó a los bárbaros del Norte, sin que ni siquiera un día fuesen dueños los vascos de tan codiciado presidio.

-¡Hola, honrado Pacomio!, le contestó García, que se esforzaba en parecer jovial para que nadie llegara a comprender la pasión que sentía: ¿con que sois nada menos que embajador de los rebeldes, y claverero por añadidura de las famosas puertas que mandó construir el rey Wamba a los artífices toledanos? Perdonadnos que no os hayamos conocido y adivinado. Hubiéraislo dicho desde un principio, y nos habríais evitado la involuntaria falta de respeto con que yo, por lo menos, os he tratado. Y desde luego, señor de Goñi, no estaría aquí de más un jarro de vuestro mejor vino, si no tan añejo como la fortaleza con que se nos rinda, tan sano y generoso como la mano escanciadora, la cual no debe ser otra que la vuestra.

-Figúrate, le contestó Miguel removiéndose con inquietud en su asiento, figúrate cómo andará Plácida con la ausencia de su hijo, cuando nos tiene aquí sentados hace un siglo con la mesa vacía.

Siglos debían de hacérsele al anciano los minutos que preceden al almuerzo; pero como si le hubiesen estado escuchando las mozas de la casa, se presentaron en aquel mismo instante con el desayuno.

Y habiéndose adelantado el jarro a las horteras, añadió García sonriéndose:

-Creo que un buen trago para hacer boca, no está reñido, señor embajador eremítico, con vuestros hábitos de penitencia.

-Por excepción, y en tan solemne ocasiones suelo permitirme algún exceso.

-Ahora bien, y pues la ocasión es tal como decís, y la solemnidad de la embajada lo requiere; todos estamos esperando, después del solemne trago que acabáis de echar, que nos repitáis eso de las llaves: lo cual, dicho en ayunas y con la boca seca nos ha sonado a cosa de burlas: o por hablar con el debido respeto, a impertinencia y patraña.

-No me pico por lisonjas, contestó Pacomio, si vienen saturadas de la fragancia que despide este vino, que os lleva la ventaja, si no de la cepa, al menos de los años.

-Contemporáneo de las puertas del rey Wamba, contestó Miguel.

-¿No lo dije yo? No hay como beber poco para ser buen catador. Pero dejándolo aparte, por lo menos hasta despachar esta lonja de venado, digo y repito, señores, que desde hoy, y antes hoy que mañana, Pamplona será vuestra.

-¡Ahora, ahora mismo!, exclamo el impaciente Iturrioz, levantándose de la mesa.

-¡Calma!, le dijo Mendoza, tendiendo la diestra y obligándole a sentarse con la mano izquierda.

-¿Y quién nos entrega la ciudad?, preguntó García, que empezaba a dar crédito al ermitaño.

-¿Quién ha de ser? Los actuales dueños de ella.

-¡Los rebeldes!

-Rebeldes para Rodrigo: amigos para vosotros.

-Pero ¿habláis con formalidad?

-Con tanta, que ahora mismo, después de almorzar, por supuesto, podemos fijar las condiciones y firmar pactos y asientos.

-¿Y quién manda allí? ¿Quién es el jefe de los godos?

-No lo sé; y ni a vos ni a mí nos importa saberlo. Los godos obedecen: quien manda son los judíos.

El señor de la Berruza dio un respingo; todos los demás hicieron un gesto de desagrado.

-¿Abraham Abén Hezra?, preguntó García.

-¿Le conocéis por ventura?, repuso Pacomio, mirándole de hito en hito.

-¡Yo no! No me trato con judíos. ¿Y tú?

-Yo sí, yo le he visto hace tiempo.

-¿No está ahora en Iruña?

-No. Anda por la banda septentrional de los Pirineos, quizá con la mira de llamar en su ayuda a los aquitanos o los francos, por si no pudiesen los irunienses entenderse con vosotros. Es hombre muy prevenido.

-Pues yo quisiera verle; tengo necesidad de hablarle.

-¿Para qué? ¿Para entregarle la carta de que os han hecho depositario en las Dos Hermanas?

-Depositario no. Soy dueño de ella, como de todo el botín. Pero ¿por dónde sabéis que tengo esa carta?

-Por los hijos de Lope de Echeverría; por cualquiera... Eso lo sabe ya todo el mundo, incluso los insurgentes de Pamplona.

-¡Lo saben ya los sublevados!

-¿Qué os extraña? ¿Quién más interesado que ellos en cosas que atañen a Rab Abraham? Pero no hay necesidad de que vuelva aquí el rabino para recibir la carta. Yo me encargaré de mandársela.

-¡Tenéis por lo visto muchos y buenos emisarios!

-Pues si no los tuviera, ¿estaría aquí Ranimiro? ¿Habría yo sabido tan a tiempo su salida de Cantabria? ¿Conocería tan a fondo los proyectos del rey, y de Eudón, y de Favila, y de... Ranimiro, y de...?

-Basta, dijo García atajándole en aquella peligrosa enumeración. Me he convencido, señores de que Pacomio es real y verdaderamente un hombre de pro, y de que en traer esa encomienda de los hebreos, no nos engaña. ¿Qué respondéis a su proposición?

-La entrega de Iruña sería el triunfo; pero no le quiero de manos de los judíos, respondió Miguel, con aprobación muda de todos los comensales.

-¡Jamás! Nada con los enemigos de Cristo. Ahí tenéis nuestra respuesta, le contestó sencilla y resueltamente el mancebo.

-Que ha sido poco más o menos la mía, repuso el ermitaño. Pero los hebreos de Pamplona, con esa constancia, tan propia de su raza, insisten y replican que los judíos españoles no son como los demás; que sus padres protestaron en toda regla y a tiempo y sazón, contra la muerte de Jesús, y de ello me han dado irrecusables pruebas... con las cuales... vamos, a mí me convencieron, como espero que vosotros quedaréis convencidos.

-Explicaos, Pacomio; porque la cosa puede, en efecto, tomar otro semblante.

-Tal creo. Pretenden los israelitas españoles, que sus antepasados vinieron a esta región huyendo de Nabucodonosor y de la cautividad de Babilonia. Cuentan que se establecieron en la provincia carpetana y fundaron en ella ciudades como Toledo, Escalona, Maqueda y Yepes, en memoria de otros pueblos de Siria, como Ascalon, Maqedah, Yope y muchos más que no recuerdo. Son pues, en la provincia ibérica casi, casi los primeros moradores, después de vosotros y los celtas. Es cierto que en la época de César Augusto, tenían sinagogas en Toledo, que en hebreo dicen que significa...

-Generaciones.

-¿De veras sabéis hebreo?, preguntó Pacomio a García.

-Un poco. Casi, casi he llegado a deletrear la epístola dirigida al buen rabino, tan amigo de vascos como de francos y aquitanos, el sabio astrólogo Abraham Abén Hezra.

-¿Y qué habéis sacado en limpio de esos garabatos?

-¿En limpio? Una gran curiosidad de saber cuándo y cómo protestaron los ciudadanos de Escalona, Yepes, Maqueda y Toledo, contra el deicidio de sus execrables hermanos de Jerusalén.

-Escuchad.

CAPITULO V

Donde se estira y prolonga por opuestos cabos la materia del capítulo anterior

Los israelitas españoles, dijo Pacomio con toda la gravedad que su pícara condición le consentía; conservan y guardan, como oro en paño, copia auténtica y fiel de una carta que Leví, archisinagogo y Samuel y Josef, de la aljama de Toledo, escribieron al gran sacerdote Eleazar y los hombres buenos Samuel Canut, Anás y Caifás...

-¡Mejor sea el año!, exclamó el señor de la Berrueza, interrumpiéndole.

-Anás y Caifás, repitió el eremita, de la aljama de Tierra Santa. En ese pergamino, que de coro he tenido que aprender, les dicen que caten si ha venido el Mesías -recuerdo bien sus palabras-, y no lo hayan debidamente acatado; y protestan de que ni por consejo de ellos, ni por su albedrío consienten en la muerte de aquel hombre humilde y santo, que habla con los miserables, y hace a todos bien, hasta los mismos que le tratan mal.

-Si eso fuera cierto... dijo Iturrioz de Allin, yo no tendría inconveniente...

-¿Sabéis, honrado Pacomio, repuso García, que los tales judíos de la aljama toledana parecen unos buenos cristianos, a quienes sólo les falta la fe y el agua del bautismo para serlo de veras?

-¡Como quien no dice nada!, replicó el ermitaño; el cual añadió, reprimiéndose: ¿Y quién sabe si lo fueron? Ello es que ya en vida de Jesús sospechaban que fuese el Mesías prometido.

-Pacomio, no todos los que después de la muerte de nuestro Divino Redentor exclamaban: «verdaderamente era éste el Hijo de Dios», se convirtieron; y Judas mismo, al arrojar las treinta monedas de plata en el templo, confesó que había pecado entregando la sangre inocente, y se ahorcó en seguida. Con que si después de tanto escribir y protestar, el archisinagogo, y los hebreos toledanos, y todos sus descendientes continuaron siendo judíos, sus dudas acerca del Mesías antes agrava su culpa, que les absuelve y limpia de pecado.

-Has errado la vocación, muchacho, exclamó Miguel, encantado de oír a García; pero, vamos, que si eso que cuenta Pacomio fuera fidedigno...

-¿Quién lo duda?, replicó éste.

Y animado por las bondadosas palabras del nada suspicaz nonagenario, metió la mano por la abertura que el sayal tenía hacia el pecho, como buscando alguna cosa en un bolsillo interior.

-Es un documento fehaciente, añadió, escrito en hebreo para quien lo entienda; que no para mí, y traducido al latín para nosotros los profanos.

Y sacó del pecho un pergamino que se apresuró a guardar otra vez diciendo:

-No, no es éste. Yo no suelo llevar ni una *silicua* encima; pero nunca me olvido de mis rezos y devotas oraciones. Helo aquí -dijo al fin, volviendo a sacar otra más rancia, aunque menos manoseada vitela; y con aparato de charlatán, la desarrolló a los ojos de los circunstantes, que debieron quedarse bizcos al aspecto de aquellos importantísimos garabatos.

-Copia, decía, haciéndola pasar de mano en mano, copia fidelísima de la expresada carta, fecha en Toledo a los catorce días del mes de Nizan, del año 18 de la era del César y 71 de Octaviano Augusto. Miradla bien, señor de Mendoza, que está en dos idiomas y caracteres.

-Lo mismo me da por unos que por otros.

-Vos, ilustre Iturrioz...

-Lo mismo digo.

-Señor de la Berrueza...

-Lo propio.

-No te canses, hermano Pacomio, le dijo Miguel: esto sólo puede entenderlo un hombre tan leído como García.

Al entregar al discípulo del monje de Guesálaz el muy encomiado manuscrito, repuso el ermitaño, bajando la vista con afectado respeto:

-Debéis perdonar a los buenos judíos de la aljama iruniense la traducción latina; pues ignoraban que tenían que habérselas con un sabio.

-No tanto como teméis; o se os figura, hermano; pues a pesar de los esfuerzos de mi maestro, aun he menester de intérprete para el hebreo.

-Pues si queréis que yo... que yo os lo traiga...

-Holgárame en ello, con tal de que el intérprete fuese el astrólogo del observatorio de Pamplona, Abraham Abén Hezra.

-Difícil cosa en verdad; porque el rabino está lejos, y según tengo entendido, suele escurrirse como un anguila.

-Procuraré entonces valerme del monje de Guesálaz, que es judío converso.

Y notó García que semejante especie no hizo impresión muy grata al ermitaño; pero añadió sin darse por entendido:

-Entre tanto, me fío completamente del traductor judaico.

-¿Tenéis a mano la epístola del rabino?, le preguntó Pacomio con indiferencia.

-No; como he visto que no era cosa en que pudiéramos interesarnos los vascos, que no entendemos de astrología, allí la he dejado olvidada en Gastelúzar. Pero tú, Pacomio, tú has venido a darme que pensar en ella.

-¿Por qué?

-Porque supongo que el precio en que se ponen las llaves de Pamplona, es la carta de los astrólogos de Toledo al rabino Abraham.

-Eso desde luego; eso por descontado. Pero ya conocéis que la carta es cosa baladí para...

-¡Ah! ¿Con que hay además otras condiciones?

-Parece natural.

-¿Y cuáles son? Mas no me contestéis, sin satisfacer antes la gran curiosidad que también me aqueja, de averiguar cómo una epístola de materias meramente científicas y celestes, puede entrar, ni mucho ni poco, en el precio de la fortaleza iruniense, cuyo valor no disimulo ni regateo.

-¡Eso, eso!, exclamaron a una voz los señores vascos, al ver formulada por el mancebo, una idea que les estaba bullendo hacía rato en el magín.

-¿Qué queréis?, contestó el falso eremita: los sabios son así. Por un descubrimiento, por una observación, por un libro, son capaces de sacrificar, no un presidio, sino todo un reino. Os he dicho que los judíos mandan en Pamplona, los cuales tiene que obedecer al rabino. Si éste al marcharse de la ciudad les ha dejado encomienda de rescatar a toda costa la carta interceptada, ¿qué han de hacer los pobres insurrectos, que todo lo esperan de su jefe y maestro? Esto es hablaros, no como embajador de israelitas, sino como amigo de los vascos, con quien vivo. Pero faltan otras cláusulas del convenio; pues ésta de la carta, realmente, ni mencionarse apenas merecía.

-¡Otras cláusulas! ¿A saber? Porque os aseguro que no me llega la camisa al cuerpo, hasta que todo lo hayáis desembuchado. Vuestros clientes no tienen fama de generosos y liberales, y siendo nosotros pobres en demasía...

-No tanto, no tanto como teméis o se os figura, diré yo a mi vez, hermano García; porque los vascos poseéis riquísimos tesoros...

El joven se inmutó, y contestó de malísimo talante:

-Supongo que esos miserables no habrán tenido la insolencia de pretender el tesoro de Aitor a cambio de...

-¡El tesoro de Aitor! ¡Infames!, exclamó el arrebatado señor de Allin, levantándose rojo de ira.

-¡Calma!, tornó a decir Mendoza, tirando segunda vez del sayo a su compañero.

-Dejadme en paz, le contestó éste con desabrimiento: sólo vos llevaréis en paciencia que se nos venga a pedir...

-No sabemos qué, repuso fríamente el de Val-de-Ega.

-Así es la verdad, dijo Pacomio; porque hasta ahora, no me habéis dejado explicarme. Eso del tesoro de Aitor me espanta y escandaliza tanto como al primero de los vascos. ¡Por Dios, que si llegáis a tratar con judíos, no se os escapen delante de ellos semejantes palabras; que les daréis dentera con manjar tan apetitoso para su codicia! No les obliguéis

a cavilar sobre lo que ahora ni siquiera se imaginan. El tesoro de Aitor debe guardarse íntegro, intacto, ileso, y ni aún con la vista menoscabado, para sus legítimos dueños.

-¿Que son?... preguntó García.

-Amaya y su marido.

-¿Cuál de ellas?

-¿Cuál, sino Amaya de Butrón? ¿No os lo he dicho antes de ahora? ¡Pues no faltaba más sino que todas esas preciosidades fuesen a caer en manos de... de Pelayo!

Calló García y se mordió el labio, proponiéndose dar pruebas de sufrido al sentir sobre su llaga la implacable mano del curandero.

-Ese lenguaje, honrado eremita, os realza al fin a mis ojos, repuso con formalidad el joven.

-Y bien merece un trago del mejor y más rancio de la ribera, añadió Miguel escanciándole.

-Con vosotros se puede vivir, que sois hombres de razón, dijo Pacomio, limpiándose los labios con la manga; y no con ese mentecato de Echeverría, que ha hecho voto de no probarlo.

-A no ser hasta caer beodo -añadió García, recordando el almuerzo del día anterior-. Pero vamos a las cláusulas de la entrega.

-Cuando hablaba yo de las riquezas de los vascos, prosiguió el ermitaño, me refería al caudal de sus virtudes, valor, lealtad, indómita constancia. Conocedores de tan preciosas y singulares prendas, sólo os piden los israelitas de Pamplona auxilio y alianza contra el enemigo común; y en consecuencia, que distraigáis del asedio las huestes góticas, impidiendo que lleguen al campamento las máquinas de batir; llamando al ejército al interior de vuestras montañas; provocando a Rodrigo con atroces insultos, como han hecho los judíos al cerrarle las puertas de la ciudad, como lo haréis mañana vosotros, ajusticiando al tío del rey, y mejor todavía, a tío y prima, a Ranimiro y Amaya.

No sabemos si por los vapores del vino, o por el humo de la soberbia, Pacomio llegaba en su audacia a términos del desvanecimiento. García sintió la puñalada en el corazón, y conoció que contra él iba asestado el golpe. Empalideció, se estremeció de pies a cabeza, y sintió impulsos de abalanzarse al miserable, de ahogarle entre las manos y arrancarle la lengua. Pero se dominó a sí propio, y se contuvo.

-He dicho, añadió el eremita, asustado del peligro que corría; he dicho lo que se me encarga decir. Vosotros lo pensaréis mejor: abajo aguardo la respuesta.

-Pues yo, sin pensarlo ni discutirlo, contestó el joven de Abárzuza, todavía alterado, digo y repito que de Amaya y Ranimiro haré lo que me parezca justo y conveniente; y no tolero que ruines judíos, envalentonados con su rebelión y sus muy sospechosas

esperanzas, vengan a pedirnos por precio de mentidas ofertas una gota de sangre cristiana.

-¡Calma!, exclamó Mendoza, cual de costumbre.

Y aprovechando Pacomio aquel inesperado auxilio, se deslizó silencioso, murmurando al oído de Miguel:

-Abajo espero en la cocina.

Pero sin pasar siquiera delante de ella, salió por la puerta falsa de Jaureguía, a tiempo que descabalgaban en la principal otros señores navarros, que se apresuraron a subir al comedor.

Allí se les enteró de todo, viéndose García obligado a ser el historiador de lo ocurrido. Nadie se daba por satisfecho, como no lo oyese de los labios del héroe. La fuerza de las cosas hacía que el más joven de los señores vascones gozara a la sazón de la mayor autoridad. Es verdad que además de sus proezas, lo requerían su mucho entendimiento y su instrucción, asombrosa para gente tan brava como ruda.

La narración era interrumpida por debates que el señor de las dos Amézcuas, alta y baja, hubiera querido evitar.

La proposición de los judíos les pareció tentadora; porque la ocupación de Pamplona por los vascos, era la terminación de la guerra de tres siglos. ¿Qué se exigía a cambio de la inconquistable fortaleza? Un pergamino que nadie entendía y que el mismo políglota García tuvo que arrojar como inútil; una alianza pasajera y necesaria en la práctica, aunque por dignidad o por altivez fuese especulativamente rechazada; un plan de guerra, hijo también de la necesidad, y trazado además por la razón; y por último, la ejecución de una sentencia de muerte dictada ya por la conciencia pública.

Pero García, desentendiéndose por prudencia de tocar el último punto, les dijo:

-Eso de tratar con los sublevados, a mí se me ocurrió cuando ni por la imaginación se me pasaba que los insurrectos fuesen judíos; pero desde el momento en que así nos lo aseguran, juzgo tan cándido y torpe como indecoroso andar en asientos con gente ruin, que sólo quiere servirse de nosotros para su medro, hasta salir del apuro y trance en que se ha metido; mercaderes sin conciencia y honor, que prometen mucho, por lo mismo que se han propuesto no dar nada. Y si no, decid: ¿cuándo y cómo se nos hace dueños de Iruña? ¿Cuándo penetran mil o dos mil vascos en esa ciudad, cercada de treinta veces mayores que las nuestras? Si impedimos la llegada de esas máquinas de guerra tan temidas, ¿cuya es la ventaja? ¿De ellos o de nosotros? ¿Han de derribar los godos con arietes las sierras de Aralar, Urbasa y Andía? ¿Han de arrojar contra Gastelúzar peñascos desde la cuenca, por encima de Sárbil? ¿No veis que los judíos sólo se proponen ganar tiempo mientras les llegan otros auxiliares, columbrando a los cuales se burlarán de nosotros, dejándonos corridos delante de los insuperables muros? Ellos, cobardes sufridores de la servidumbre gótica, siempre gimiendo y nunca afrontando la muerte ni el peligro, ¿por qué aguardan para rebelarse al arribo de las huestes más numerosas que por acá se han visto desde los tiempos de Wamba? ¿Por qué? Porque la rebelión principal

está en otra parte, y allí debe de triunfar sin oposición, sin contrarios: y cuando el rey quede destronado, el mismo ejército que aquí le defiende le decalvará, le arrancará los ojos, y a latigazos le arrojará vencido. ¿Qué se proponen, pues, los de la aljama iruniense? Ya lo sabéis; burlarse de nosotros, y por de pronto apoderarse de la carta que tengo allí...

Y al señalar con el brazo a Gastelúzar, dirigió la vista por la ventana, y lanzando un grito de alarma, echó a correr desalado hacia la puerta del aposento.

-¿Qué es eso?, le preguntó Miguel asustado.

-¡Pacomio, Pacomio, que acaba de entrar en el castillo, donde yo he dejado la carta de los astrólogos!

Y siguió sin detenerse, saltando de tres en tres los escalones de Jaureguía.

Era, en efecto, el ermitaño, que dando rodeos para no ser visto en cuanto fuese posible, había llegado a la planicie en que se alzaba Gastelúzar, y mirando de soslayo a las ventanas vacías del palacio se corrió hacia la puerta del castillo, a tiempo que su joven alcaide alcanzó a verle de espaldas, conociéndole por las hopalandas eremíticas.

Ninguna dificultad halló el falso monje para entrar en Gastelúzar: los centinelas lo habían visto conversar con los señores debajo del árbol del Consejo, y acudir con ellos al desayuno: sabían además la confianza que a todos inspiraba, y los buenos avisos y noticias que generalmente se le debían.

Preguntó por Ranimiro, cuya presencia trataba de evitar, y como le dijiesen que toda la mañana estaba retirado con su hija, encaminóse silenciosa y furtivamente al aposento de García, donde vio con satánico gozo pergamino y cilindro, tal como los había dejado la noche anterior el mancebo de las Dos Hermanas.

Sin detenerse a examinarlo, lo recogió todo atropelladamente, y se lo guardó en el bolsillo interior que caía al pecho; pero al volverse atrás para escapar con el hurto, hallóse frente a frente de Ranimiro, el cual, con la corta espada gótica en la mano y fulminando con aquellos terribles ojos que anonadaban, le dijo:

-¡Suelta esa carta, miserable!

Y como Pacomio lanzara un grito de sorpresa y de rabia, añadió el godo:

-Si das otra voz, te mato.

Y le agarrotó con la izquierda, poniéndole el cuchillo a la garganta con la otra mano.

Aquel hombre, naturalmente cobarde, quedó azorado, estupefacto, sin movimiento bajo la mirada de Ranimiro, más aguda y penetrante que el acero. Mostraba un miedo que sólo podía explicarse, suponiéndosele reo de delitos mayores que el robo en que acababa de ser sorprendido. Quería hablar, y ni balbucear podía; implorar misericordia con los ojos, y lloraba; pero lloraba de puro menguado, y sin ternura.

El magnate godo al ver de cerca la cobardía, cual nunca la hubiera imaginado, metió la mano con indecible repugnancia en el bolsillo de aquel sayal, cuya sordidez le daba menos asco que el calor y contacto de pecho tan ruin, y la retiró al punto como de la boca de un horno; pero sacando el cilindro y dos tiras de vitela.

-¡Mío... eso es mío!... dijo al fin Pacomio, haciendo supremo esfuerzo, y queriendo tender el brazo, cuyos músculos no le obedecieron.

-¡Tuyo!, exclamó Ranimiro: ¿eres tú Abraham Abén Hezra por ventura?

Y soltando bruscamente al ermitaño para enrollar entrambos manuscritos, que acomodó en el cilindro, los guardó también bajo la túnica de púrpura.

Pacomio cayó sobre las losas del pavimento: las piernas le flaquearon, y al quedar sin sostén, desplomóse como un cadáver.

García entró en aquel momento.

-¿La carta?, exclamó, interrogando con inquietud al antiguo conde de Pamplona.

-Se ha salvado. Que saquen eso de aquí, dijo Ranimiro, señalando al falso monje con la mano, y volviendo el rostro lado opuesto.

-Os hago falta, dijo Pacomio, procurando incorporarse.

-¿Para qué?, le preguntó García.

-Para interpretar la carta.

-¡Para enterarte de ella, y dar cuenta luego a tus judíos! ¡Muchachos!

Y aparecieron al punto dos mozallones amezcuanos.

-Poned ese hombre a buen recaudo.

Y se lo llevaron los vascos cuasi en volandas.

Así que desaparecieron, Ranimiro entregó a García el cilindro, sin decirle una palabra.

-¿Le habéis cogido con el hurto en la mano?

-Perdonad, contestó el godo. Impaciente por no haberos saludado en toda la mañana, he venido a buscaros, y he visto en la mesa el pergamino abandonado. Cualquiera de las siervas, cualquier desconocido podía apoderarse de él; y no debiendo yo tocarlo, me he puesto aquí de centinela; heme constituido en guardián de la carta hasta que volviérais. Mi celo, mi oficiosidad, si queréis, no han sido inútiles. Aun cuando entienda Pacomio el hebreo, como supongo, no ha podido enterarse de nada; lo ha recogido y guardado todo atropelladamente; y yo, sin darle tiempo para más, lo he rescatado.

-Gracias, Ranimiro. Anoche, al ver que ese escrito sólo hablaba de astrología, lo arrojé con desdén, sintiendo en verdad la burla del desdichado judío que expiró ayer

impenitente, y sobre todo, que vuestras esperanzas quedasen defraudadas. Mas constándome ya la grande importancia que los insurrectos de Iruña dan al pergamino en hebreo, por cuyo rescate serían capaces de ofrecernos la ciudad...

-¿Habéis dicho que trata de astrología?, preguntó Ranimiro vivamente preocupado.

-Carta del astrólogo del observatorio de Toledo, al del observatorio de Pamplona, el cual debe de llamarse Rab Abraham Abén Hezra.

-García, llevo muchos años en Pamplona, tengo allí mi casa, conozco la ciudad a palmos, y a sus habitantes vecino por vecino; y sin embargo, jamás he oído hablar de tal observatorio, ni visto a semejante rabino en la judería.

-Pues de astrología, sin la menor duda trata ese escrito; porque yo he seguido leyendo, aunque dificultosamente, un buen trozo, y no he visto más que signos, planetas, astros y conjunciones. Ni una palabra de la guerra ni de negocios de Estado, ni un nombre propio siquiera. ¡Ah! Me equivoco. Sólo al conde de los Notarios parece que menciona...

-¿A Eudón? ¡La carta habla de Eudón!

-Para decir que es enemigo de los astrólogos.

-¡Ah!, exclamó el prócer, viva y gratamente sorprendido con aquella postrer indicación, como si en ella entreviera un rayo de esperanza.

Pero cambiando al punto de expresión, y tomando aquel soberano continente que denotaba firmeza, penetración de espíritu, abnegación de sí propio y elevación de patrióticos sentimientos, añadió:

-García, ahora sí que repito, no ya como sospecha y conjetura, sino con plena seguridad que en esa carta de astrologías se encierra la conjuración tramada contra el imperio gótico: que ahí está, por consiguiente, la salvación de España.

-La del imperio gótico, Ranimiro.

-La salvación de la independencia española.

-La vuestra, tornó a decir García. No os olvidéis de que habláis con un vasco y en el riñón de Vasconia. El peligro será para los godos; pero los godos no sois españoles. Conquistadores felices, habéis impuesto la ley del vencedor a los pueblos conquistados; pero si mañana vienen otros más fuertes, y os arrojan del suelo hispano, o se contentan con uncinos en servidumbre, ¿qué os quitan que vosotros no hayáis antes usurpado? ¿Qué yugo os imponen que vosotros no hayáis querido echar a nuestra cerviz? ¿Qué nos importa a los vascos el nombre del conquistador, ni que hoy se llame cartaginés, romano, vándalo o godo, y mañana...?

-¿Árabe, moro, judío? ¿Por qué os detenéis, García? ¿Por qué no proseguís?

-Porque entonces ya no peligraría sólo vuestra libertad, que no nos atañe, sino la religión, que nos importa a todos.

-García, independencia, libertad y religión, son hoy una misma causa. Oídmeme, que el corazón me dice que dos hombres como nosotros, no pueden menos de estar de acuerdo.

El mancebo suspiró y tomó asiento al propio tiempo que su interlocutor. ¡Ay! No podía éste presumir a dónde fue el suspiro del vascón de las Amézcuas al oírle hablar de acuerdo: cuán discordante estaba aquel hermoso corazón del corazón de la que suponía prometida esposa de Pelayo; cuán graves y firmes propósitos había formado para huir del peligro de amarla; cuán fiel se proponía ser a todas sus promesas, a las hechas a Ranimiro y Amaya delante de todo el mundo, y a las que hizo a Dios en el silencio y soledad de la noche, en lo íntimo de su conciencia, y sentado en ese mismo banco, y reclinada la frente sobre aquella misma mesa.

Ranimiro prosiguió:

-En lo que voy a decir os tendréis quizá la clave de ese escrito enigmático y sospechoso. ¿Nunca habéis oído hablar de la misteriosa congregación de los astrólogos? ¿No tenéis noticia de muy antigua y oculta secta de malvados, que nació, no de los astrónomos o cultivadores de la ciencia de los astros, sino de necios estrelleros, que viven embaucando con horóscopos y celestes influencias, en daño del libre albedrío?

-De la astrología judiciaria, alguna vez he oído hablar, como de cosa vana y supersticiosa; de los astrólogos, como sectarios y conjurados, nunca.

-Pues bien; hace tiempo que las cosas del reino me traen imaginativo, receloso y desasosegado. Estamos amenazados por los árabes, y sobre todo por los berberiscos, sometidos ya a los califas de Damasco, y mahometanos y fanáticos como ellos. Andan no cabe duda, en connivencia y tratos con traidores cristianos españoles, alguno de los cuales ha tirado ya la máscara; han desembarcado alguna vez cerca de Gades; han assolado el litoral de la Bética en diferentes y a cual más afortunadas correrías. Un conde traidor les ha entregado a Ceuta en la Tingitana; y en tan acerbo y angustioso trance, cuando la más obvia pericia bélica, cuando el instinto mismo de salvación nos manda acudir con todas las huestes al estrecho de Calpe, o lanzarnos a la Libia para recuperar la provincia y ciudad perdidas, el ejército entero, huyendo del África, se abalanza a los Pirineos. ¿Qué es esto?

-Traición parece, contestó sin titubear el joven.

-¿Y quién es el traidor? ¿Rodrigo, contra quien se dirige el primer golpe? ¿Los condes de su casa? ¿Pelayo, espejo de leales y caballeros? ¿Eudón, conde de los Notarios y las Largiciones? De éste no podía yo responder, porque sólo de fama le conozco, que la tiene muy alta; pero me habéis respondido vos, ha respondido esa carta con insigne, irrecusable testimonio. Heme alegrado en el alma de que al fin se hayan por completo desvanecido mis dudas y recelos. Pues bien, García, ya habéis adivinado a donde voy a parar: la traición existe y los traidores no parecen. De ellos, sólo Juliano, conde de Ceuta, se ha dado a conocer. ¿Dónde están los demás? Hay en España un linaje de hombres que se remonta a la más remota antigüedad. Fueron al principio sacerdotes que adoraban al sol y estudiaban el curso de los astros; pero su ciencia estaba envuelta en misterios. Griegos, egipcios o caldeos, gente extraña a los sencillos iberos y celtíberos montaraces,

lograban, por el respeto y veneración que a los naturales infundían, acomodarse en el país, levantar edificios, que a la vez eran templos y observatorios, y luego servían de espías y adalides a su gente, que venía en pos, so capa de mercaderes y amigos, o con insolencia y estruendo de conquistadores: de ellos se valieron también los romanos. El sistema daba siempre felicísimos resultados; pero había caído en desuso por inútil después del cristianismo, en cuyos primeros tiempos los tiranos de Roma dejaron de ser conquistadores, porque nada tenían ya que conquistar.

-Excepto nuestras montañas.

Ranimiro se sonrió de la protesta de aquel mancebo, que siendo tan sensato, no quería dejar de ser también el más celoso de la independencia de los vascos; y continuó, desentendiéndose de la interrupción:

-Pero un hereje llamado Prisciliano, restauró y fomentó la astrología a fines del siglo IV. Este mal español, sabio entre los suevos, era hipócrita, malvado. Conservó de los antiguos astrólogos el secreto y los misterios, mas no la ciencia de las cosas celestes. Los desórdenes de los priscilianitas fueron nefandos, varios sus errores en la apariencia, uno en el fondo: la negación de Dios. Se propagaron entre los suevos, nos infestaron a los visigodos, y abiertamente subsistieron hasta los tiempos de nuestro católico Recaredo. Mas no se han extinguido aún. Subsisten hoy audaces y terribles como nunca, y como nunca astutos y solapados. La carta que guardáis nos da la prueba. Espías y traidores como los hierofantas del sol; como ellos conspiran contra la independencia del suelo que los sustenta. Prescinden de la religión, y admiten adeptos de todos los cultos, castas y regiones. Su vida es el misterio, su vínculo el odio común a la verdad, su idioma la astrología, y sus signos distintivos... sólo deben ser conocidos de los conjurados. Me temo que estén desparramados por todo nuestro reino, y que entre vosotros mismos aspiren a tener prosélitos: me temo que sea ya tan grande la fuerza de que disponen, que se sobreponga a la voluntad misma del rey, que la tiene grande y noble en ocasiones. Ello es que lo vemos obrar contra sus más obvios intereses, con tanta seguridad como pertinacia. Creo que entre los judíos es donde arraiga la secta con más vigor. Estos no tienen hoy ni pretexto para la insurrección. Si nuestros padres trataron de refrenarlos, Witiza les soltó la rienda y los acarició, pasándoles la mano por el lomo, sin que Rodrigo haya tenido tiempo todavía ni de recoger las bridas, ni de halagarlos. Los supongo de acuerdo con árabes y moros, y protegidos por nuestros principales magnates.

-Pues entonces, Ranimiro, los godos estáis perdidos.

-¡Perdidos los godos, perdida España!, exclamó el nieto de Chindasvinto con desconsuelo.

García le miraba con admiración y profundo respeto. Aquel príncipe, sepultado bajo la losa de Gastelúzar, alrededor de la cual zumbaba el rumor de su sentencia de muerte; aquel prisionero en vísperas de su ejecución, completamente olvidado de sí mismo, absorto como estaba por los peligros de la patria; aquel padre, que dejaba sola a la hija, en quien idolatraba, para cuidar de un pergamino que no entendía, sólo por figurarse que debía ser útil al procomún, le infundía verdadero asombro y veneración, le edificaba.

-¿Perdida España?, dijo el mancebo, deseando ser fortalecido en los afectos que ya sentía.

-¿Pues no veis que España no ha sido nación hasta que Recaredo la hizo toda católica? ¿Qué fue antes? Hormiguero de tribus, razas y pueblos; montón de piedras mal labradas, que no formaban muros ni edificios; pedazos sin zurcir, que no componían una vestimenta; y cuando eso no, vasta provincia del romano imperio. Los godos mismos ¿qué fuimos hasta Leovigildo, y sobre todo hasta Recaredo, sino súbditos del cetro de Occidente? España es España por los godos; España es pueblo independiente y libre por la fe católica. Perdidos los godos, perdida España, perdida en ella la religión, si vos no la salváis, García.

-¿Cómo?

-Leyendo bien esa carta; haciendo los mayores esfuerzos por entenderla y descifrarla, lo cual acaso logréis con las noticias que acabo de daros. Penetraos bien del sentido de sus palabras, y obrad después con arreglo a vuestra conciencia. Con semejante fin, os dejo solo y me retiro.

-¡Quedaos!, exclamó García con juvenil arranque de entusiasmo. Si España, si la religión peligran, tan cristianos sois los godos como los vascos. Tan obligados estamos unos como otros a salvarla. Quedaos: os necesito. Me ayudaréis en la tarea. No habrá secretos para vos, que sois tan desprendido de vos, tan negado a vos mismo, como grande y bueno. Ante la cruz no hay castas ni pueblos diferentes: todos somos hijos de Dios, todos hermanos.

-¡Bendito seas, amigo mío, por esas palabras que me infunden consolación y esperanza!, exclamó el magnate enternecido; y levantándose del sitio, puso entrambas manos sobre la cabeza del joven vasco, como un padre que implora rocío de gracias celestiales para su hijo.

¿Quién hubiera conocido entonces al prisionero? ¿Quién a su alcaide? ¿Quién al castellano de aquel castillo?

-Esperad, esperad, dijo García, a quien aquella bendición le hizo ver lo imposible de alcanzar arrodillado al par de Amaya otra bendición semejante. Vamos a leer juntos el pergamino.

Y diciendo así sacó el canuto, y vaciándolo en la mesa, quedaron a la vista dos distintos pedazos.

-¿Qué es esto? Ayer era una sola tira: hoy son dos... Ese malvado la ha roto... No: son dos bien diferentes manuscritos... ¡Esperad, Ranimiro!... Este no salió anoche del estuche... ¡Cielos! ¡Nos hemos salvado! ¡La clave!, gritó con todo el gozo que surgía a borbotones de su nobilísimo corazón. ¡La clave para descifrar la carta!... ¡El pergamino que Pacomio sacó por equivocación en Jaureguía, y se apresuró a guardar, diciendo que eran devotas oraciones!

-¡Y que yo le acabo de arrancar del pecho, al mismo tiempo que la carta! ¡Oh! Miradlo bien, no os engañe el deseo.

Y Ranimiro, que nunca tembló por nada, se estremeció de júbilo.

-¡La clave! ¡La clave! ¡No hay duda! «*Febo*, Rodrigo; *Marte*, Tárík... *Vía láctea*, el ejército».

-¡Bendito, bendito sea Dios que mira todavía con ojos de misericordia a la pobre España!, tornó a exclamar el conde de Pamplona.

-¡Bendito quien sabe sacar agua de la dura peña, y el triunfo de la religión del pecho de un malvado!, añadió García.

-¡Leed, leed!

Pero en aquel momento entraron los de guardia, diciendo despavoridos:

-¡Señor, los godos!

-¿Los godos?, exclamó García, recogiendo precipitadamente entrambos manuscritos. ¿Dónde?

-¡Aquí abajo! ¡En el portillo, en Ollate!

-¡Imposible! Las atalayas me hubieran avisado.

-De Sárbil bajan los cabreros a toda prisa... Corren voces de que viene el rey en persona, y que pueblos y montes de Ollo están ya en llamas. Al desfiladero asoman las avanzadas enemigas.

-No puede ser, las nuestras les habrían impedido el paso. Pero por sí o por no... ¡a las armas!, gritó el mancebo, lanzándose a la puerta del aposento, en dirección a la del castillo. ¡Arma! ¡Arma! ¡Guerra!

Y le detuvo en el dintel la dulcísima voz de Amaya, que entrando por la parte opuesta, le llamó.

-¿García?

-Padre, añadió corrigiéndose a sí propia: no temáis... Son los espatharios del rey... ¡Es Pelayo! No viene en son de guerra... En la punta de la lanza han puesto blanco lienzo... ¡Traen la paz!

García la dio las gracias con un leve movimiento de cabeza, y desapareció, quizá más turbado que momentos antes...

¡Pobre infeliz! ¡Pelayo en Val-de-Goñi! ¡Pelayo a la vista de Amaya, y ésta anunciándole a él la llegada de su prometido esposo, de aquel héroe que no tenía, que no podía tener rivales en el mundo!

Amaya, sin embargo, había mirado a García, no como amante satisfecha del triunfo, sino con los inocentes ojos e inefable sonrisa de nuncio celestial de paz y de esperanza.

CAPITULO VI

De cómo entró Pelayo en Val-de-Goñi y de la entrevista que tuvo con Amaya

Salió García al llano o mesa de Gastelúzar, y los amezcuanos que estaban a la puerta le confirmaron con una sola palabra las noticias de la princesa.

-¡Parlamentarios!

Y pasando del sobrecogimiento al exceso de confianza, añadía algún baladrón de los que suponían ardiendo ya los valles inmediatos.

-¡Nos tienen miedo!

El caudillo contuvo en lo posible su impaciencia, y la terrible impresión que acababan de hacerle el nombre de Pelayo y la sonrisa de Amaya; y se dirigió sonriendo también y presuroso, mas no precipitado, al extremo del derrumbadero, desde donde con una mirada comprendió cuanto ocurría.

Cinco eran los godos, y uno de ellos, que parecía jefe, ondeaba el blanco lienzo que desde las troneras del castillo había visto la dama, bandera y signo de paz en todos tiempos y regiones.

De los cinco, cuatro se habían detenido en la garganta del desfiladero, y conversaban, o más bien, gesticulaban alegremente con los vascos que el mancebo de Abárzuza había apostado para defender aquella casi inexpugnable posición militar, y mientras tanto, el quinto espathario, caballero como sus conmitones en soberbio corcel, se adelantaba hacia Goñi, acompañado de gentes del valle, y llegaba a la sazón a las eras o plazuela de Jaureguía.

Un pelotón de señores que rodeaba al más viejo y venerable, alarmados o movidos de curiosidad, recibía al jinete, el cual debía de preguntar por García, a juzgar por las miradas del auditorio que se dirigieron al joven caudillo; y todos comenzaron a llamarle además a voces y por señas.

Acudió éste sin detenerse, y llegó en breve por atajo. El impaciente Iturrioz, que había salido a su encuentro al borde de la torrentera, le dijo:

-Ese godo quiere hablar contigo..., al menos pregunta por ti: y hace bien; porque de vascuence no sabe más que tu nombre: y su lengua... vamos... no nos gusta a todos.

Al verse frente al jinete, le preguntó García en el latín corrompido de la gente vulgar:

-¿Quién sois? ¿A quién buscáis?

-Un espathario de la guardia pretoriana, le contestó el godo, cuyos lujosos arreos militares daban testimonio del distinguido cuerpo a que pertenecía: busco a García para decirle que el capitán desea hablar con él de parte del rey, y espera allá abajo su permiso.

-Yo soy García, señor de las Amézcuas y de Abárzuza. ¿Cómo se llama vuestro capitán?

-Pelayo, conde de los Espatharios.

El mancebo se inmutó: cada vez que oía este nombre, se le detenían los latidos del corazón; pero en la ocasión presente, aun cuando esperaba la respuesta del soldado, la turbación fue mayor, porque suponía que desde las saeteras de Gastelúzar, Amaya y Ranimiro estarían gozándose en mirar a su ilustre deudo. Y ciertamente, no había necesitado la primera para conocer a su prometido, que nadie le revelara el nombre del parlamentario.

Pero como todo está compensado en el mundo, si los prisioneros godos observaban lo que pasaba, nunca el hijo de Jimeno se había visto tan enaltecido a los ojos de aquellos príncipes. Y el gentil mancebo de Abárzuza no era tan perfecto, que no se sintiese halagado por satisfacciones del amor propio.

-Decid a vuestro amo, contestó, decidle en nombre de este anciano de lengua barba, señor del valle de Goñi, que pase adelante.

Y repitió en vascuence sus palabras, para que todos aquellos que no entendían, o por orgullo afectaban no entender el latín, quedasen enterados de la respuesta.

-¿No sería bueno vendarle los ojos?, dijo uno de los circunstantes.

-¡Vendar los ojos a Pelayo!, exclamó el caudillo vasco con lastimera sonrisa.

-¡Y vendárselos, añadió Miguel, después que ha visto ya cuanto quería!

No era ésta precisamente la opinión de García, pues sospechaba que algo más de lo que estaba viendo, querría vislumbrar el conde de los Espatharios; pero al fin, sin meterse en honduras ni rectificaciones, que a nadie menos que a él le convenían, dejó marchar al soldado, y se informó, entre tanto, por los cabreros de Sárbil, de las posiciones del enemigo, las cuales no habían variado esencialmente desde el amanecer.

Las tres divisiones se marcaban ya perfectamente: la del centro, estrechando a Pamplona; la de la derecha hacia el Arga, debajo del Perdón, y la izquierda, más fuerte que todas, y al seno de la cual se había trasladado el rey, tendida por las márgenes del Larraun, amenazando a Val-de-Ollo, y por consiguiente, a Goñi.

El espathario descendió, se incorporó a su grupo, habló a su capitán; el cual, seguido de dos guardias, tomó la agria cuesta montado en magnífico alazán, cuya magnificencia era el primer obstáculo en que tropezaba su soberbia. Sobrábanle, en efecto, bríos; pero le faltaba costumbre de hollar piedras sueltas y subir las escaleras formadas de las delgadas rocas calizas, donde serpea el camino en brusca espiral, interceptado por raíces de robles, encinas y bojés, secas ya, desgastadas y no menos retorcidas que el sendero. Por manera, que si el noble bruto hubiera podido hablar, habría dicho con toda franqueza: «esto no es para mí: no estoy en mi terreno».

El jinete, por el contrario, a pesar de los recelos del incógnito vascón de la venda, miraba a todos lados, y no se hartaba de contemplar con sincera y creciente admiración, y hasta embebecido y suspenso, todo cuanto sus ojos alcanzaban.

Militarmente consideradas aquellas posiciones y desfiladeros largos, angostos, y por añadidura inevitables, le parecían magníficos, y desde luego más fuertes que todas las ciudades góticas y romanas. En cambio, Gastelúzar le hizo sonreír, y mentalmente lo comparó a una ratonera, en la cual el sitiador ciertamente se vería mal para entrar, pero el sitiado mucho peor para salir.

Lo que no acertaba a comprender, o quizá se explicaba demasiado, era aquel pueblo tan desprevenido, tan holgado y tranquilo, al lado de un campamento de millares de enemigos; aquellos pelotones cuasi inermes, adyacentes a numerosas tiufadías tan profusamente armadas; aquellos hombres alegres con la alegría de la fe y la libertad, confiados en el cielo más que en sus defensas naturales, a pocos pasos del lujo y servidumbre, de la corrupción y embrutecimiento, de la traición y rebeldía.

-Con treinta hombres como éstos, y la Virgen por delante, me siento capaz de presentar batalla en montañas parecidas a éstas a todo un ejército bien ordenado; pensó Pelayo a la sazón, sin presumir que pensaba en profecía.

Lo cierto es que el conde de los espatharios estaba como encantado, y que, al revés de su corcel, se hallaba en su terreno.

En bien distintas imaginaciones embebecido le suponía el señor de Abárzuza al observar su embeleso. Pero tuvo que desechar tan fútiles pensamientos, para prevenir a Miguel que se preparase a recibir al embajador de Rodrigo.

-A ti te busca: contigo quiere tratar, contestó el anciano con ingenuidad, aunque resentido de la inevitable y creciente importancia y autoridad que iba adquiriendo el mancebo; o por mejor decir, con pena cada vez mayor por la ausencia de Teodosio, a quien había mandado a buscar por distintas partes, por no saber fijamente donde se hallaría.

Como no había tiempo para discusiones ni porfías, García, de carácter resuelto, zanjó la cuestión haciendo sentar a Miguel bajo el roble más que secular, en medio de todos los señores, quedándose él en pie como intérprete, o siquier introductor de embajadores.

En torno del árbol y de la asamblea de reyezuelos vascones, y en ancho círculo, alzábase viviente muralla de ancianos imbeles y de mozos, tan pronto guerreros como pastores.

Llegó Pelayo a la plaza, apeóse gallardamente del alazán, y dando las riendas a uno de los espatharios, enderezó sus pasos al árbol, preguntando al joven que había salido a recibirle:

-¿Quién de vosotros es García Jiménez?

-Yo soy García; pero aquel anciano es Miguel, señor del valle, a quien yo y todos estos señores obedecemos.

El conde de los espatharios saludó primero al introductor, y luego a Miguel desde lejos, con todo el respeto debido al venerable anciano, que le hizo recordar a su padre Favila, y se sentó por indicación de García, en tosca piedra que se alzaba en medio del hemiciclo.

Bajo la copa de aquel roble que al conde le parecía dosel augusto; delante de aquel añoso tronco y banco de mal labradas penas, que semejava trono patriarcal, y entre aquellos cortesanos a quienes en el mercado de Iruña hubiera tomado por leñadores o vendedores de nueces y avellanas, y cercado de muchedumbre a cuyos individuos hubiera tenido que vestir de nuevo para que le sirviesen de criados, necesitó Pelayo de toda su serenidad y presencia de ánimo, para no dar a conocer la conmoción y asombro de que estaba poseído.

Traslucíase en aquellos rostros sencillez, altivez, dignidad natural; en aquellos ojos apacibles brillaban unidas la bondad y fortaleza; notábase en aquellas fisonomías un deseo de saber, imperioso como el derecho, pero sin asombro por nada.

Lejos de considerarse humillado por el papel que le tocaba representar en semejante escena, participaba del orgullo de los demás actores, y en aquel sitio de tosco granito, sentíase más a gusto, o más en su puesto, que sentado a par de Rodrigo, y dándole la derecha en el trono toledano. Estorbábale a la sazón el caracalla de púrpura, el casco de oro y la cota de malla, y para dirigirse a tan sencillo auditorio, de bonísima gana los hubiera trocado por el sayo y capuz de los montañeses de Asturias.

-Soy Pelayo, dijo al fin, capitán de la guardia del rey, conde de los espatharios y traigo para García, señor de la villa de Abárzuza y de las Amézcuas, un mensaje de Rodrigo.

-Si el mensaje del rey de los godos atañe, como es de suponer, a cosas de la guerra, contestó modestamente el mancebo, este anciano es el señor de la tierra que pisamos; yo soy su huésped y amigo.

-¿No sois vos quien ha hecho prisionero a Ranimiro y su hija, y sus siervas y libertas?

-Yo no hago prisioneras a mujeres. Si ésas que habéis indicado están entre nosotros, por su voluntad es, no por la mía. Desde el punto en que cayeron en mi poder, las puse en libertad; si ahora mismo quieren volverse con vosotros, en su derecho están; pueden hacerlo.

-Así lo espero. Me dirijo a vos de parte del rey; porque Rodrigo no conoce más usos y costumbres de guerra, que las generales y comunes en todas regiones. Habéis hecho prisionero a Ranimiro, y el rey, que estima en mucho a su tío, os ofrece por él pingüe rescate.

-Decid a Rodrigo que yo también estimo tanto a su deudo, que ni el rey de los godos tiene bastante dinero para pagármelo.

-Esperaba de vos esa respuesta, y por eso traigo aparejada otra proposición, la cual se reduce a reclamar sin condiciones la entrega de Ranimiro y todos los godos; en términos que, si en todo el día de hoy no quedan libres, mañana mismo, después de haber entrado en Pamplona, vendrá el rey a libertarlos.

-Decid a Rodrigo que si no quiere perder tiempo, puede venir por ellos esta misma tarde, dejando, si gusta, para mañana la toma de Iruña.

-¿No tenéis nada que añadir?

-Ni una palabra. ¿No es esto, Jaun Miguel?

-Has dado la respuesta de todos los vascos, le contestó el presidente de la asamblea.

-Mirad, García, que las huestes de Ranimiro son tan numerosas, que no caben en este valle, replicó Pelayo.

-Que no se apure por eso el rey. No han de faltarnos campos en Vasconia para enterrar a los godos.

-Entre tanto el rey os exige que respetéis la vida de su tío. Y no os quiero repetir las consiguientes amenazas de que esta demanda viene acompañada.

-Decid a Rodrigo, que ni él puede exigirme nada, ni nosotros solemos ceder a ninguna exigencia, venga o no venga revestida de amenazas.

-¿Y si yo os lo rogara?

-Habríais llegado tarde.

-¡Tarde!, exclamó el conde de los espatharios empalideciendo.

-Tranquilizaos, le contestó García, cediendo al impulso de su corazón. Desde el punto en que cayó Ranimiro en mi poder, he dado a su hija palabra de ponerlo en libertad, así que termine la campaña. Sólo la imprudencia, la barbarie de Rodrigo, podrían obligarme faltar a la promesa.

Pelayo se levantó, y lo propio hicieron los señores vascos.

-Hemos concluido, García, o por mejor decir, ha concluido el mensajero del rey; pero el prócer godo, deudo de Ranimiro, tiene que haceros una súplica. Habéis dicho que la princesa Amaya no está prisionera. Soy primo suyo: ¿tendríais inconveniente en que yo, delante de vos, hablase con ella sólo de cosas de familia?

-Ninguno. Pero no será delante de mí, sino delante de su padre.

-Así lo deseaba, pero no quería pedir tanto.

-Y hablaréis a solas; porque aquí nadie apenas entiende el latín, y yo os estaré aguardando, donde no os oiga ni os vea.

García enteró de todo a sus compañeros, y como se le hiciese la observación de que Pelayo a solas con Ranimiro, podía conferenciar con él acerca de planes de campaña, contestó el mancebo:

-Pelayo ha dicho que sólo tratará en cosas de familia, y de su lealtad respondo yo como de la mía.

Miguel de Goñi fue también de su opinión, añadiendo que a Ranimiro, amenazado como estaba de ser sentenciado a muerte, no se le podía privar de consuelos que no se niegan ni al más vil ajusticiado.

¿Quiso el anciano poner de este modo algún correctivo a las últimas palabras que al embajador del rey dirigió en la audiencia pública el mancebo?

Es posible que así lo juzgara prudente, aunque el auditorio no debió de haberlas comprendido.

Pelayo tenía efectivamente necesidad de departir con Amaya y Ranimiro, y sólo por conseguirlo, se había encargado del parlamento para García.

La sublevación de la capital de la Vasconia gótica en aquellos momentos era de suma gravedad, desde el punto de vista político. Ranimiro lo había indicado en sus ratos de expansión con el antiguo duque Favila, en el castillo de Cantabria: las revueltas, o más bien, la predisposición a la rebeldía, la desmoralización e indisciplina de la guarnición de Pamplona, síntomas le parecían de terribles males. Pero todo el mundo comprendía que el alzamiento de la ciudad significaba desesperación, o calificada demencia, hallándose el rey al pie de las murallas, y al frente de numerosas huestes, si no obedecía a planes vastísimos y de seguros resultados.

Pamplona, había dicho Ranimiro, no se sublevará hasta que otros pueblos lejanos se hayan rebelado. Esta verdad, reservada entonces a hombres de claro entendimiento, estaba ya al alcance del más negado.

Ningún suceso peregrino la confirmaba, sin embargo. Las noticias de lo interior del imperio, eran relativamente tranquilizadoras, y cuan satisfactorias podían apetecerse en tan críticas circunstancias. Juliano, el traidor conde de Ceuta, había sido destituido por el conde de los Notarios; el leal Teodomiro, bizarro y sagaz a maravilla, reforzado con algunas tiufadías por el mismo Eudón, de cuya adhesión a Rodrigo no podía dudarse. Hasta se decía que los árabes y berberiscos desistían de sus intenciones contra la Bética, las cuales a lo sumo, quedarían reducidas a meras algaradas, por pueblos abiertos e indefensos del litoral, toda vez que Tarik no contaba sino con cuatro o cinco mil hombres en la Tingitana. ¿Qué importancia podían tener aquellas hordas del África, enfrente de las bien apercebidas y organizadas huestes del duque Teodomiro?

Las demás provincias de la Península, quietas y pacíficas, recibían sumisas las levas de siervos y libertos que el rey, por medio de los pretores semif feudales, exigía. Descontento se notaba mucho, murmuración sorda, por tanto y tanto tributo de sangre y dinero; pero el achaque era antiguo, y el oído del implacable extractor se había acostumbrado a los suspiros del contribuyente, como el enfermero del hospital a los ayes del moribundo. Mostrábanse ufanos los judíos y asaz envalentonados; pero ¿qué raza maldita, qué partido eternamente desgraciado, deja de entregarse a constantes y quiméricas esperanzas, estela perpetuamente trazada y perpetuamente desvanecida?

El conde de los espatharios veía las cosas con más despejada vista, y por consiguiente, con mayor alarma. Remordíale la conciencia de haber escrito a su padre que Amaya podía volver a Pamplona con plena seguridad: razón por la cual se consideraba doblemente obligado a salvarla y rescatar a Ranimiro a toda costa; pero quería además conferenciar con éste acerca de los brillantes proyectos de Eudón, aprobados por el rey: proyectos que, según se recordará, principiaban por asociarle al trono y reconocerle como sucesor y heredero de la corona, con anuencia del Concilio; seguían haciéndole esposo de Amaya, y remataban nombrando a Ranimiro conde de los Notarios, en reemplazo de Eudón, a quien se encomendaba el ducado de Cantabria.

Motivos todos más que suficientes para moverle a dejar a Rodrigo por breves horas, y a suplicar al rey que le encomendara la embajada o regio mensaje acerca de los vascos, a la sazón carceleros, y probablemente verdugos de Ranimiro.

Por eso, en medio del desaliento que por algunos instantes le produjo la entereza con que respondió García, tanto a su proposición de rescate, como a sus amenazas, firmeza que a sus ojos realzó al joven señor de las Amezcuas; no pudo menos de agradecerle en el alma la delicada manera con que le había indicado que Ranimiro no corría ningún peligro, la bizarría de concederle la entrevista con Amaya, y de proporcionarle la más amplia y libre conferencia con el padre de su presunta esposa.

Con la facilidad consiguiente a su esplendor y trascendencia, cundieron también por el valle las contestaciones del mancebo, acrecentando igualmente su renombre, y la confianza que en su valor y fortuna se tenía: mas ¡ay! ni el conde godo, ni los vascos podían apreciar debidamente todo el mérito de tan gallardas resoluciones.

Dios sólo, y hasta la sazón nadie más que Dios, a cuyos ojos nada hay oculto ni pasa inadvertido, conocía el sacrificio del joven al desprenderse de Amaya para entregarla a un rival dichoso y digno de ella.

García quiso hacer las cosas lo mejor que su conciencia le inspiraba. Y para que el sacrificio fuese completo, después de pedir la venia a Miguel que se llevó a Pelayo a Jaureguía; con firme paso, pero con el corazón a descompasados y resonantes golpes palpitante, se fue a Gastelúzar, donde había ocurrido algo en que debe fijarse la atención del que esto leyere.

Amaya y Ranimiro se refugiaron en el departamento del castillo que se les había designado. Desde allí, por los agujeros que le daban luz y servían para la defensa, pudieron cerciorarse a su sabor de la llegada de Pelayo, de su dirección al lugar de Goñi: pero no alcanzaban a ver más; porque el lienzo de la muralla a que daban las troneras, miraba al Oriente, formando ángulo recto con la fachada principal, frente a Jaureguía.

Cuando ya no tenía nada que observar por entonces, retiróse el tiufado de su ventana, y con grave y no muy firme acento, llamó a su hija para que se apartara de la suya.

-Amaya, la dijo: Pelayo viene, sin duda, a llevarte consigo. No me explico sin éste u otro semejante fin, que el rey le haya escogido como parlamentario. Él te conducirá al pueblo de Cantabria, al lado de Favila, tu segundo padre. De salir de aquí tienes necesidad, como lo habrás visto y palpado hace un momento; y el decoro no está reñido con esta

resolución: te acompañarán tus siervas, y no te detendrás ni en el real, ni en el camino. Al rey le sobran tiufadías para darte escolta, y Pelayo proveerá a tu seguridad.

-Padre, contestó Amaya, no me separo de vos. Tanto valdría como entregaros a la muerte. Me necesitáis aquí; hago falta a vuestro lado: no puedo, no debo dejaros solo.

-Mi vida está asegurada por la palabra y nobleza de García. No lo dudes. No sabes, Amaya, hasta dónde llegan la magnanimidad y el valor de ese joven; no los conozco superiores. Puedes marchar tranquila: no sólo me salvará a mí, nos salvará a todos; salvará a la España entera.

-¿Y vuestra honra? ¿La honra de mi madre, que es la vuestra y la mía? Yo no parto de aquí, sino con vos, cuando salgáis reconocido como inocente, y con la frente erguida; cuando los vascos hayan visto el error en que viven respecto de vos. Padre mío, vuestro honor es nuestra salvación y vuestra vida.

-Hija mía, el tiempo urge: los instantes apremian, y necesito hablar de otras cosas relacionadas con tu marcha. No las debías saber aún: no quería hablarte de ello hasta tener una entrevista con tu primo; pero la necesidad me obliga. Quizá dentro de breves momentos te llamará Pelayo, y te hablará de nuestros proyectos. Quizá su venida no tenga otro objeto, aunque otros varios indiquen las apariencias. Hija mía -preciso es ya decirlo sin rodeos-, si España ha de salvarse, tú estás llamada a ser reina.

-¿De dónde?

-Del imperio visigodo.

Amaya se turbó, y no trató de disimular su turbación.

-No está vacante el trono, ni Rodrigo, sobrino vuestro, ha tenido tiempo de reposar en él.

-Y sin embargo, tu padre te lo dice: para reinar en Toledo estás designada.

-¿Por quién, padre mío?

-Por la Divina Providencia, según creo.

-Dios me llama, según las tradiciones éuscaras, a ser reina de los vascos.

-¡No lo serás jamás! Rodrigo ha dispuesto asociar a su trono a Pelayo, nombrarle sucesor de la corona, hacerlo reconocer por el Concilio; y el rey, Favila y yo deseamos ardientemente que Pelayo sea tu marido.

Amaya no contestó; pero no pudo ya contener algunos suspiros.

-¿Qué significan tus sollozos, hija mía?, añadió Ranimiro con asombro. ¿No amas a Pelayo?

-No es eso, dijo la dama: sino que vuestro peligro es realmente mayor de lo que me decís, y yo me imaginaba. ¡Oh! Cuando de eso me habláis, en esta prisión, y en tales momentos, creéis sin duda estarme hablando por última vez en la vida.

-Te hablo así, contestó el padre, porque Rodrigo está a pocos pasos de Goñi y Pelayo a los umbrales de Gastelúzar. Tú necesitas salir de aquí, y yo deseo con ansia que de los brazos de tu padre pases a los de tu marido.

-Yo no salgo de aquí sino con mi padre.

-Pero tu padre, prisionero bajo su palabra durante la campaña, puede verse obligado a permanecer meses, años enteros entre los vascos.

-Mientras Dios me conserve la vida, no me apartaré de vuestro lado.

-¿Y si el rey y Pelayo exigen otra cosa?

-No me separaré de mi padre.

-¿Y si yo te lo mando?

-Os obedeceré. Pero si lo hacéis porque no sea testigo de vuestra ejecución, tened presente que vuestro suplicio pudiera diferirse o no verificarse; pero que el mío habría llegado al dejaros solo y abandonado en estas montañas.

-Pero ¿no amas a Pelayo?

-No amo en este mundo a nadie sino a mi padre.

-¿A nadie más? A nadie.

-¿Y estás dispuesta a seguir mis consejos?

-En todo.

-¿Mi voluntad sin repugnancia? ¿Esa voluntad que ya te he manifestado?

-¿Qué repugnancia puede tener ninguna dama en dar su mano a un hombre como Pelayo? Yo, que cifro en vos todo mi orgullo y mi cariño, ¿qué repugnancia he de tener en obedeceros?

Ranimiro entonces la tendió la mano, no atreviéndose a darle un abrazo, por no perder la serenidad de que tan menesteroso estaba en aquellos supremos instantes; pero la dijo con profundo y amoroso acento:

-Hija mía, vales más de lo que yo mismo creía. No debo, sin embargo, abusar de tu amor, ni de tu docilidad. ¿Estás dispuesta de corazón a dar la mano a tu primo?

-Para ser la esposa del prócer, sí: para ser reina de España, no. Después de haber conocido mis derechos a la corona de Vasconia, no puedo ser reina de ninguna parte.

-Puedes renunciarlos.

-Después que hayan sido reconocidos.

-No lo serán.

-¡Quién sabe!

-Tienes contra ti a Teodosio y Amagoya.

-A todos los vascos, al mismo García; pero tengo en el cielo a mi madre y en la tierra a su amiga.

-Loca.

-Loca que ha logrado inspiraros más confianza que todos los cuerdos del mundo: tengo el propósito de restaurar el nombre de mi madre, y de morir llamándome la *hija de Aitor* e hija vuestra, títulos que para mí son superiores al de reina de Toledo y esposa del primero de los godos.

El tiufado dobló la frente que pocas veces se inclinaba al suelo, y la alzó luego con dignidad, diciendo resignado:

-Bien está: me destrozan el corazón tus respuestas; pero así responden, así deben responder las hijas de Ranimiro.

Y después de nueva y solemne pausa, prosiguió:

-Había pensado en ello: me imaginaba que quizás en tus sienes podrían juntarse las dos coronas: la de España y la del reino pirenaico, y que así tal vez terminaría la guerra.

-Padre, los hijos de Aitor no están vertiendo su sangre por un rey.

-Lo veo; se dejan matar por su independencia.

Al acabar de decir Ranimiro estas palabras, sintió pasos en el corredor, y vio venir a García; el cual, entrando en el aposento, y dirigiéndose al padre y a la hija, se expresó en semejantes términos:

-Vais a tener entrambos una entrevista con vuestro deudo Pelayo; la cual hemos dispuesto los vascos que se verifique a solas y sin testigos. No hay para qué disimularos, Ranimiro, que si antes era yo decidido campeón de vuestra libertad; desde el momento en que el rey la exige con amenazas de invadir nuestros campos y tomar represalias, me veo forzado a ser vuestro enemigo. Pero eso no empece a los miramientos que por vuestra alcurnia y aún por vuestra desgracia merecéis, al cumplimiento de mi palabra después del triunfo, ni menos al respeto con que esta dama ha de ser tratada.

-¿Dónde habéis dispuesto que se verifique la entrevista?, le preguntó el tiufado.

Y sin aguardar la respuesta de García, le dijo Amaya:

-Padre, ¿no pudierais dispensarme de ella? El joven se estremeció.

-¿Por qué lo dices?, preguntó Ranimiro a su hija.

-Lo digo, porque aquí dentro del castillo no podrá verificarse.

-Ningún inconveniente tendría yo en ello, dijo García; porque de enemigos como Pelayo, me fío tanto como de vosotros: no abusaría jamás de las ventajas que le diera el conocimiento de la fortaleza; pero lleno como está el castillo de gente que os puede escuchar, no tendríais acaso la libertad necesaria; y además, y esto es lo primero, mi confianza es personal y pudieran otros no participar de ella.

-Pues bien, la entrevista, repuso Amaya, habrá de tenerse en el campo, al aire libre; y yo quisiera que no se me obligara a recibir a mi primo cubierta con el manto de pies a cabeza, por no exponerme a ser objeto de curiosidad que me ofende o me repugna.

-Pensando en eso he pedido al señor del valle permiso para que recibáis a Pelayo en Jaureguía, morada habitual de Miguel, que a falta de otra mejor, llamamos aquí palacio. En ella estaréis solos, y nadie os entenderá, por mucho que alcéis la voz; porque Teodosio no ha vuelto, Miguel sabe poco latín y yo me quedaré fuera.

-No, no os iréis, repuso Ranimiro; porque exijo... os ruego que presenciéis la conferencia.

-¡Eso, no! ¡Eso, jamás! Lo ha indicado Pelayo y se lo he negado. Lo ha dicho por delicadeza, y se lo agradezco, como a vos que os expresáis así por los mismos sentimientos.

-Halo así, García, porque os necesito, contestó el godó.

-Pues no quiero, replicó el mancebo con una dureza, impropia de su condición, de su bondad y cortesía: yo debo guardarme para los míos, para mi pueblo.

-Tiene razón García, dijo Amaya, que comprendía vagamente y disculpaba por lo tanto aquella brusca salida del caudillo vascón. O debemos hablar delante de otros señores, o no podemos pretender que el de Abárzuza sea nuestro único testigo.

-Es cierto: no puedo de ningún modo hallarme presente a la entrevista.

-Y aún por eso, permitidme, padre mío, que insista en la inutilidad de mi presencia en Jaureguía. Yo quizás no debo escuchar las cosas de que vais a tratar... cosas de Estado, añadió corrigiendo la frase un tanto trasparente; negocios de gobierno: y con respecto a nuestra salvación, os digo lo que siento; ninguna confianza me inspiran los planes del rey, ni los bizarros esfuerzos de Pelayo. Lo veréis: sólo servirán para hacer más grave nuestra situación. Ya han producido el efecto de que García se declare enemigo nuestro: a pesar de lo cual, después de Dios, mi única esperanza se funda en vos, García.

Y le miró la dama con naturalidad; pero avasallándole con la mirada.

-Procuraré no defraudaros, repuso el joven balbuciendo.

-¡Después de Dios! He dicho mal: sólo en Dios debemos ponerla: porque antes todas cosas, García, no sois más que instrumento de la Providencia, que va poniendo en vuestras manos los medios de salvar a mi padre, de salvar a España, de salvarnos a todos.

-¡Gracias, señora!, exclamó el joven sin reprimir su conmoción; ¡gracias por ese recuerdo de mis deberes! Pero cumpla cada cual los suyos, y el vuestro es seguir en todo los consejos y acceder a los deseos de vuestro padre.

-Así lo haré, contestó Amaya.

-Con tanta más razón, señora, cuanto que si vos no estáis presente, tendría la entrevista un aspecto de tratos, confidencias y consultas de gobierno, que acaso me lastimaría en concepto de muchos; y yo deseo conservar en lo posible mi buena reputación y adquirir cada vez mayor prestigio sobre mis gentes para emplearlo en bien de mi prójimo.

-Lo comprendo.

-En bien de vuestro padre.

-Y de España, añadió Ranimiro.

-No lo olvidaré: no dejaré de leer la carta.

Y diciendo así, echó a andar, y el prisionero y Amaya le siguieron hasta la puerta de Gastelúzar, al salir de la cual la dama se cubrió con el manto.

Pelayo los estaba esperando impaciente en Jaureguía.

El conde de los espatharios tenía, sin embargo, en qué entretenerse; porque momentos después de entrar en la cámara del palacio, le fue servido succulento almuerzo de fiambres, a cual más sabrosos, a los que iba a consagrar toda su actividad y apetito. Pero advirtiéndole que eran tres los platos de madera, y tres las escudillas de barro para el vino, tuvo que resistir la excitación de la vista y del olfato, aguardando a los demás convidados.

Algo le distrajo el sencillo y aún tosco aspecto de la mesa, haciéndole recordar el magnífico servicio de casa de su padre, y sobre todo la del rey, que no debía desdecir de la silla y gualdrapa del regio caballo blanco y de los botines de oro y piedras preciosas con que cabalgaba el monarca.

¿Qué dedujo de aquí el príncipe godo? ¿Qué reflexiones más o menos filosóficas le asaltaron? Eso no lo dice la historia; la cual se contenta con indicar que aquella sencillez le puso en ganas de comer una vez siquiera al uso de la montaña, por vía de ensayo tal vez, de las habas y pan de centeno a que había de acostumbrarse en Asturias, según dicen los árabes por desprecio.

Entraron al fin Ranimiro y su hija; mas no solos: acompañábanles Miguel de Goñi y García.

Amaya había conseguido fácilmente del blando corazón del anciano que autorizase con su presencia la entrevista; después de lo cual dirigió la misma súplica al joven de las Amezcuas.

Este no tuvo ya razones que exponer para excusarse del terrible compromiso.

O más bien, las razones que tenía que alegar, no eran para dichas.

Pero alzó los ojos al cielo para pedirle fuerzas y resignación.

Aquella mirada fue para Amaya un rayo de luz. Si hubiera podido, habría dicho al infeliz mancebo:

-¡No entréis: marchaos!

Mas ya era tarde.

CAPITULO VII

De cómo en el palacio de Goñi no había recado de escribir

Tarde era, en efecto, para hacerle retroceder; pero más que nada, peligroso entrar en ningún linaje de contestaciones con García, cuando al acabar de tener Amaya aquella súbita revelación de los recónditos arcanos del corazón del mancebo, se halló frente a frente de Pelayo, que salía impaciente a recibir a sus deudos.

Hombre de brioso y gallardo continente, llevaba el lujoso traje de los espatharios del rey con tal naturalidad, que en él parecía sencillo y modesto. Duro de barba, crespo de cabellera, de frente menos ancha que recta, mirada severa y penetrante, parecía nacido para los peligros y combates, no para el amor; para comprender y admirar las grandezas de Dios en las montañas, no para los humanos esplendores de la corte. Con las facciones de la raza hiperbórea, tenía el espíritu ibérico, caballeresco y audaz, inquebrantable y circunspecto, firme y duro en sus propósitos, y blando y casi infantil en gustos y aficiones. Contrastando con los vascos en la apariencia, se les asemejaba en el fondo, que era el de los pueblos primitivos.

Varían las razas, toma distinto aspecto lo exterior; pero la raíz lleva el sello de la identidad, testimonio de la unidad de la especie.

Con razón decía Amaya que ninguna dama dejaría de enorgullecerse con el amor de Pelayo; con razón temía que las desventuras de la patria, absorbiendo sus sentimientos, no le dejasen hueco para otras aficiones. Tan menesteroso de corazones leales veía el hijo de Favila el reino de los godos, que deseaba llenar con su amor el vacío inmenso en que lo dejaban los traidores.

Caracteres semejantes vienen sólo en épocas de grandes infortunios, como los desprendimientos de las montañas en las grandes tempestades.

Amaya no era así: en su alma cabían el amor y la abnegación, la ternura y la grandeza; lo vago de la imaginación, y lo concreto del sentimiento y del sacrificio. Era mujer, y con el corazón lo resolvía todo.

Este, en efecto, le ayudó a salir del apuradísimo trance en que se veía. Profundamente preocupada con la desgracia de su padre, temía realmente por él, sin que disiparan sus

temores, ni las promesas ni la caballerosidad de García. Nadie dudaba menos de las nobles cualidades de aquel joven que la princesa goda; nadie las había adivinado antes: pero su penetración y el perfecto conocimiento que tenía del *escuara*, la habían puesto también en el caso de conocer a fondo, y mejor todavía que Ranimiro, el espíritu de los montañeses, poco disimulados en los afectos, extremados en el odio y amor, generosísimos y confiados con quien respetaba sus tradiciones e independencia, y tan celosos de ellas al propio tiempo, que, sin duda por el salvaje amor con que las guardaban, los autores árabes dicen que *el pueblo vascón era como de bestias*. ¿Qué valladar podía oponer mancebo de tan pocos años y recién salido del hueco de las peñas amezcuanas, al irresistible embate del popular rencor que se alzaba, como piélago en la tempestad, desde lo profundo de los abismos a lo más alto de las rocas?

A tan fiero dolor, agregábase el terrible compromiso de la entrevista con Pelayo, gravísima por sí, después de las revelaciones que la princesa acababa de oír en Gastelúzar; pero mucho más grave por verificarse a presencia de rival, tan digno en todos conceptos de respeto, como García.

Amaya no sabía cómo éste había llegado a conocer los proyectos de familia respecto de Pelayo; pero no le cabía duda de que el desdichado montañés lo consideraba como amante favorecido, contra el cual nadie podía luchar, y menos que nadie un vasco que tuviese en algo su nombre, su honor, y el cariño y apego a los valles de la patria.

La dama quería confirmar a García en la idea de que su amor era absolutamente imposible, destituido de toda esperanza; porque el menor estímulo y aliento, sólo habría servido para aumentar la desgracia del mancebo, acción indigna de pechos nobles y cristianos; pero al propio tiempo, movida por los mismos sentimientos de rectitud y delicadeza, no quería irritar la pasión y los celos de García, con singulares demostraciones de afecto al héroe a quien su padre y sus deudos le destinaban para esposo.

Difícil situación la de aquella joven patricia, si Pelayo se dejaba llevar, aunque no fuese más que del placer de verla tras de larga ausencia; y más todavía, si la consideraba ya, después de haber oído al rey, como futura esposa, si como tal la amaba.

Entraron los cinco personajes godos y vascos en aquella larga cámara que ya conocemos, oscura a la hora misma en que más bañada debía de estar del sol de la mañana. Baja de techo, muy escasa de ventanas, y éstas pequeñas y sin cristales, cerradas la mayor parte, de paredes que daban a conocer el humo ya viejo de las teas; la sala principal del palacio hizo a la princesa peor impresión aún que los ánditos de Gastelúzar. Siquiera aquello no se había hecho para vivienda, y tenía para caverna demasiadas comodidades; pero Jaureguía, con nombre de palacio, parecía cárcel llena de calabozos. Ni en uno ni en otro edificio se podía vivir más que en la cocina.

Pelayo, que llevaba más rato de permanencia en la primera casa del valle, se encontraba en ella como en la suya propia: y si paraba mientes en la negrura del techo de roble y en la amarillez de las paredes desnudas de todo ornato, era para deducir filosóficamente que gentes que con tan poco se contentaban, no podían dejarse conquistar por quien de tanto lujo había menester para vivir.

Amaya, sin dar lugar a ninguna demostración de afecto de Pelayo, tomó de la mano a García, y le dijo a su primo:

-Ya debes conocerle como vencedor nuestro; pero yo deseo que lo estimes como nuestro protector y amigo.

El conde de los espatharios le saludó nuevamente.

-No extraño, contestó, que sepa ser amigo de sus prisioneros, quien es tan caballero con sus enemigos.

García no intentó siquiera pronunciar una sola palabra. La dama había notado lo frío de su mano, y tuvo lástima de él.

Por eso añadió:

-Quedáos aquí, García. Mientras vosotros habláis latín, yo me voy a departir en vascuence con el señor de Goñi.

No cabía, dadas las circunstancias, mayor consideración y miramiento. Pero el vasco no se dejó vencer en aquella lucha de delicadeza.

-Ranimiro, dijo al tiufado, no atreviéndose a dirigir la voz ni a Pelayo, ni a la dama: Los momentos que vuestro deudo permanezca entre nosotros, debo aprovecharlos descifrando la carta del judío, por si en ella encuentro algo que deba comunicar con urgencia a vuestro rey Rodrigo.

Asombrado de tanta nobleza de alma, Ranimiro le contempló con mirada profundamente agradecida, paternal, cuasi orgullosa. Era García el único hombre que le había vencido; pero sin humillarlo al vencerle: y cuanto más lo conocía, más vencido y menos humillado se consideraba.

Amaya sobre todo era quien mejor aquilataba y comprendía la generosidad del amante caudillo montañés. No quiso mirarle. ¿Para qué? Con apartar los ojos de él, le pagaba: si hubiera podido huir de su presencia para no volverlo a ver jamás, habría correspondido dignamente y según sus deseos a la delicadeza del infortunado joven.

-Si no me debe de amar, pensaba ella: ¿para qué darle siquiera a conocer que comprendo su cariño? En estos momentos se va a decidir de mi suerte para toda la vida. Mi padre, a pesar de lo que acaba de oírme, quizá crea conveniente disponer de mí para esposa de Pelayo, en cuyo caso debo considerarme formalmente comprometida. ¡Pobre García! Dios le dará fuerzas para dominarse y vencer ese afecto que debe de ser pasajero, porque se estrella contra la voluntad del cielo y la mía.

Y aparentando completa indiferencia, como si nada hubiese visto, como si careciese para ella de sentido lo que acababa de oír, se fue a la que podemos llamar cabecera de la mesa, donde por la fuerza de la costumbre, o por instintivo miramiento también, sin darse cuenta a sí propio de lo que hacía, se acababa de sentar el anciano señor de Goñi.

Al extremo opuesto se habían retirado los próceres godos, y a menos que hablasen a gritos, ni Miguel ni Amaya podían enterarse de su conversación; pero si Pelayo y Ranimiro no daban voces, tampoco podían expresarse murmurando, como en secreto, para no ser escuchados.

García largo trecho apartado, más por explicar y dar aire de naturalidad a su separación y alejamiento de entrambos grupos, que con esperanzas de sacar el menor fruto de investigaciones y lectura; quizás también por encubrir los horrorosos combates de su corazón; haciéndose el indiferente y distraído, sacó de la túnica el famoso cilindro del astrólogo toledano, que contenía la carta al problemático astrólogo iruniense Abraham Abén Hezra, y además la clave arrebatada en Gastelúzar a Pacomio.

Bien se dejaba conocer en el ningún caso que el discípulo del monje de Guesálaz hacía de este postrer documento, cuan poco dispuesto se hallaba entonces a descifrar horóscopos de estrelleros; y a la verdad, que por mucho dominio que tuviese sobre sí mismo, ni su exaltada imaginación, ni su turbado entendimiento le permitían entregarse a tan impertinente y minucioso trabajo, que requería mucha calma y serenidad de espíritu. Pero ello es que no apartaba los ojos del manuscrito; puesto que los caracteres hebraicos pasasen a su vista en confusión, en tropel, como fantasmas, y los renglones a modo de procesión de encapuzados: y hasta se le figuró que aquellas letras extrañas y angulosas le miraban y le escarnecían con insolente y provocadora risa, o le acusaban severas, sombrías, con el ceño de su propia conciencia.

Mala manera de descifrar enigmas; mas él, como si otra no tuviese, seguía aferrado al manuscrito, y cualquiera le hubiese creído a la sazón absorto en disquisiciones científicas, o tal vez, enajenado por la curiosidad.

A fuerza de mirar y no ver, de firme voluntad de sobreponerse a sus pasiones y desvaríos, de dirigirse a Dios pidiéndole gracia y valor; Dios le asistió, y los renglones se le presentaron como renglones, las letras como letras, y llegó a percibir tal cual palabra; y siguió, no diré leyendo, sino pasando la vista por el pergamino, y recogiendo de período en período alguno que otro término, quizás el más revesado y menos comprensible para él en ocasión de calma y despejo de entendimiento: efecto de óptica y fantasía que todos habremos sentido alguna vez, aunque no todos acertemos a explicarlo.

Y así fue siguiendo con tenacidad, empeñado en dar fin a la lectura; con los ojos en el manuscrito y la imaginación en los extremos de la cámara, donde sin afectación de misterio, sin recelo ni reserva, conversaban Ranimiro y Pelayo, y Miguel y Amaya, con la circunspección que la delicadeza exigía, tanto a los unos como a los otros; pero con interés que ninguno de ellos podía ocultar.

¿En qué trataban los próceres godos? ¿De qué departían?

¡Quién tuviera acierto para repetir sus palabras! ¡Quién supiera expresar con frase viva, natural y valiente lo que se dijeron y dejaron de decirse aquellos personajes!

Pelayo, con la entereza y resolución que el caso requería, abordó la cuestión más delicada, la que dejó pendiente en su carta de Cantabria, en suma, la de su boda. Afortunadamente Amaya estaba lejos.

-Ranimiro, dijo: he prometido hablaros sólo de cosas de familia. Ni una palabra, pues, de vuestros planes de campaña, ni de los propósitos del rey acerca de la guerra. Pero nuestra estirpe es augusta, nuestra sangre flavia, y los asuntos privados de los príncipes son negocios de Estado. De ellos tenemos que hablar forzosamente al tratar en cosas de familia. Munio os ha entregado mi carta, y me ha traído vuestra respuesta. Conocéis los proyectos del rey, los pensamientos de Eudón, su primer ministro; mas no la crítica, la pavorosa situación del reino que se despeña al abismo en estos momentos. Ni el mismo rey ha llegado todavía a persuadirse de ella; ni con la bofetada que ha recibido de los rebeldes de Pamplona, ha sabido abrir los ojos. Nuestro estado es tal, que nadie puede presentir a dónde vamos, ni hoy debe nadie pensar más que en salir del conflicto en que estamos sumidos. Magníficos son los propósitos de Rodrigo; generosos y saludables para mí, porque me obligan a reconocer mi pequeñez ante su grandeza, y mi ningún merecimiento de la inmensa ventura con que se me brinda.

Y al decir estas palabras, puso los ojos en Amaya, cuya modestia deslumbraba tanto, como su hermosura. La princesa hablaba con viveza y calor al anciano; lo cual no la impedía volver de cuando en cuando los ojos a García, como si se quisiera aprovechar del embeleso con que éste leía el pergamino.

-Pero, tío, añadió Pelayo: si hoy se verificasen, si llegaran a traslucirse siquiera semejantes proyectos, todo, absolutamente todo se habría perdido. Bullen las ambiciones, conjuras, envidias y rencores personales. Se ve caer el trono, y por lo mismo que se acerca al suelo, no hay gusano del polvo que no intente trepar hasta él. Los más ruines tienden la mano del audaz a la corona, como los cobardes al león moribundo. Si hoy se descubre que el rey quiere asociarme al trono, hoy mismo el trono se derrumba. Imprudencia, necedad fuera en estos momentos entretenerse en designar a Rodrigo un sucesor, cuando temo que no lo tenga ya nuestro reino. ¿Quién piensa en convocar Concilios y festejar al futuro monarca, cuando ha llegado la hora de que los judíos mismos depongan su miedo y cobardía? Ranimiro...

-Basta, contestó el tiufado: no pensemos más que en salvar a España, y quede todo, *todo*, ¿lo comprendéis?, aplazado para después.

No tuvo tiempo de replicar Pelayo, dado que hubiese querido hacerlo; porque al acabar de decir Ranimiro estas palabras, sintiéronse los pasos firmes y resueltos de García, que dirigiéndose a los godos con la carta en la mano, completamente transfigurado, lleno de vida, de fuego y esperanza; gallardo y varonil como siempre; pero radiante cual nunca con el esplendor de un arranque de virtud, dijo al conde de los espatharios:

-Pelayo, si habéis concluido, esperadme aquí con vuestros deudos.

-He concluido ya; le contestó Pelayo grave y severo, creyendo que al impaciente joven vascón le parecía larga y sospechosa la conferencia.

-Vuelvo a suplicaros, repuso García, que me esperéis aquí. Voy a salir.

-¿Qué ocurre? ¿Qué os obliga a dejarnos solos?, le preguntó Ranimiro.

García, por toda respuesta, alzó la voz y dijo:

-Jaun Miguel, Amaya, venid, acercáos.

Y cuando los de la cabecera de la mesa acudieron al llamamiento, presintiendo vagamente algún negocio de gravedad, prosiguió el mancebo:

-Voy a escribir al rey de los godos, y ruego al capitán de su guardia que se encargue de llevarle la carta, que es apremiante y urgentísima.

-¡Cartas al rey!, exclamó el anciano: ¡Tú vas a escribirle, sin contar con Teodosio, conmigo y demás señores de los valles!

-Perded cuidado, Jaun Miguel: en lo que yo le escriba, no habrá una sola palabra mía. Y como supongo, añadió el mancebo sonriéndose dulcemente, que en Jaureguía abundan más los caritos que la vitela; voy en un momento a casa del abad Juan de Vergara, cuyo bufete estará mejor provisto que el vuestro.

-En eso tienes razón: en mi palacio, no se ha conocido jamás recado de escribir.

García partió sin detenerse.

-¡Admirable joven!, exclamó Ranimiro, que, como supondrá el lector, desde que le vio desplegar el pergamino de los astrólogos, no lo había perdido de vista.

Tampoco Amaya. En medio de la gravísima preocupación de ánimo de padre e hija, cuanto la distancia y la discreción les permitían, observaron entrambos todos los movimientos y hasta la expresión de la fisonomía del lector vasco, no sin que el tiufado hubiese prevenido al capitán de la guardia pretoriana, para que no extrañara aquella curiosidad, ni la tomara a mala parte. Pelayo estaba ya enterado, por las noticias que llegaron al campamento de la aventura del judío.

-En Pamplona, dijo el conde de los espatharios, se oculta el rabino Abraham Abén Hezra, que es el principal enemigo de los cristianos, y sin duda ninguna fautor de la rebelión y promovedor de los alborotos de la ciudad.

-El mensaje que llevaba consigo el judío impenitente, a ese rabino iba dirigido. Procurad, Pelayo, procurad a toda costa apoderaros de Abraham, que en efecto, según indica la carta que está descifrando García, debe de hallarse en Pamplona.

-Y vos que tanto tiempo lleváis aquí de residencia, ¿no podéis darme alguna noticia acerca de tan funesto y misterioso personaje que está, sin duda, en inteligencia con todos los traidores?

-Ninguna. Tal vez no salga nunca de la aljama, donde vivirá con otro nombre. La sinagoga lo encubrirá.

-Quizás lo podré averiguar; porque al salir del campamento nos hemos apoderado de un judío, que venía espiando mis pasos.

-¿Y qué has hecho de él?

-Lo he puesto a buen recaudo hasta mi vuelta.

-Posible es que todo lo aclaren los pergaminos que está descifrando ese admirable joven que nos ha traído a Gastelúzar,

-¡Joven por cierto digno de admiración! Decía bien, contestó Pelayo a su deudo. No podéis figuraros la arrogancia y al propio tiempo la mesura y cortesía con que por él he sido recibido. Es un contrario a quien desea uno dar la mano de amigo.

-Sabe ser amigo sin dejar de ser contrario, dijo al fin Amaya, que se vio como obligada a permanecer al lado de su primo.

Y la conversación recayó entonces de lleno sobre García.

Pero los godos no podían dejar olvidado y solo al anciano, y para obligarle más a participar de su compañía, sentáronse a la mesa y le suplicaron que los acompañara al almuerzo, dándole a entender que se había concluido la conferencia.

-He almorzado ya dos veces, les contestó Miguel, haciendo un esfuerzo para expresarse en latín. He tenido que cometer un exceso para no desairar a los huéspedes; pero os ruego que no me obliguéis a otro. Esto no obstante, porque no lo llevéis a mal, beberé con vosotros un vaso de vino.

-Yo también me he desayunado, le dijo Amaya; y para no incurrir en vuestras faltas, que en mí no tendrían la loable excusa de la hospitalidad; no me sentaré a la mesa, y si queréis, seguiremos departiendo en vascuence, para mí tan grato, por ser el idioma de mi madre.

-Qué me place, replicó el anciano después de haber gustado, nada más, el vino escanciado por Ranimiro, en un vaso de asta de buey.

Y el viejo y la niña se dirigieron a una de las ventanas.

Largo rato permanecieron hablando con mucha animación; pero sobre todo, quien se expresaba con calor era la dama.

Miguel parecía al principio visiblemente contrariado, y replicaba con cierta energía; luego escuchaba con profunda atención, y por último mostró talante de completo acuerdo con su interlocutora.

¿Sobre qué versó aquel diálogo? Ya lo supondrá el lector: excusado es decir cosas que tan fácilmente se adivinan, dados los antecedentes y propósitos de la hija de Ranimiro, que no eran otros sino los de esclarecer a los vascos acerca de los hechos ocurridos en la terrible noche del incendio de Aitormendi.

Entre tanto los dos próceres seguían hablando de García: el regio mensajero, preocupado al parecer con los grandes pensamientos que le sugería el descubrimiento de un personaje que no desdecía de la sencillez y sublimidad de aquellas montañas; y el prisionero de Gastelúzar satisfecho, entusiasmado y lleno de esperanzas acerca de lo porvenir. Daba Ranimiro por supuesto que el joven había llegado a descifrar completamente la carta de los astrólogos; que no saldrían fallidas las cuentas que sobre ella echaba; que la súbita

resolución del mancebo, como las apariencias indicaban, era la que a su noble corazón correspondía.

Pero ni Pelayo ni su tío podían comprender a fondo el mérito del caudillo vasco; porque no llegaban a sospechar siquiera los afectos que batallaban en su corazón. Si de alguna lucha interior daban indicio las alteraciones de su semblante, atribuían al opuesto impulso de las corrientes políticas, una de las cuales le impulsaba al exterminio de la raza enemiga, mientras que la otra, sobreponiéndose al interés pasajero de la venganza satisfecha, le imponía el deber de mirar ante todo por la religión y la patria.

Sólo Amaya llegó a comprender a García. La vista de la mujer es más perspicaz que la del hombre, por lo mismo que no se eleva tanto y se fija en peripecias y flaquezas propiamente humanas. Cuando por última vez, y a la puerta misma del comedor, suplicó al mancebo que asistiese con Miguel de Goñi a la entrevista, aquella mirada naturalísima que el joven dirigió a lo alto, pidiendo divino auxilio, le reveló, como ya sabemos, los arcanos de un alma enamorada. Si en Amaya hubiera clavado los ojos, García habría sido quizá más cauto y precavido; pero alzándolos al cielo, dijo a Dios con la desnudez de la verdad y la sinceridad de la confianza: Señor, ¿me pedís ese nuevo sacrificio? Es el mayor: es un martirio; pero le acepto». Y pasó sin titubear, a presenciar la dicha de su rival, sin dar tiempo a que Amaya, arrepentida de su involuntaria imprudencia, alzara la pena y le mandara retirarse.

Si García de algún modo le hubiera significado intencionalmente la pasión que sentía, habría desmerecido no poco en concepto de la noble dama; pero como ésta no pudo dudar de sus firmes y varoniles propósitos, admiraba su valor, le estimaba más que nunca, y se compadecía de él. Sólo ella adivinó que miraba al pergamino y no leía; y casi, casi podemos decir que también ella vio cruzar en turbio montón los caracteres semíticos, y que ella también sintió la voz implacable de la conciencia, que si no la argüía de culpable, la acusaba de imprevisora.

Como quiera que fuese, la situación de entrambos jóvenes era violenta, y laudable su esfuerzo por vencerse y dominarla como lo exigía la rectitud y grandeza de su alma, que aspiraba, no sólo al riguroso cumplimiento de su deber, sino a llevar éste a los ápices de la delicadeza y posible perfección. Amaya, llamada a conciertos de boda con Pelayo, ni a pensar se atrevía en el amor del vascón infortunado; y éste, preocupado aún con las antipatías de raza, escarmentado con las terribles consecuencias que trajeron los amores de Paula y Ranimiro, y forzado a presenciar una entrevista en que tal vez se estaban celebrando los esponsales de Amaya; rechazaba con horror las seducciones de la pasión y las punzadas de los celos. Pedía fuerzas para luchar, y luchaba y vencía. Venció hasta el punto de fijarse en la carta que delante de sus ojos tenía, de vislumbrar su contenido, y de caer al fin en la cuenta de que si no era obra de dos manos, en dos asaz diferentes ocasiones estaba escrita: la primera, de calma, de premeditación, en lenguaje simbólico y cabalístico, que debía de encerrar acaso el plan de los conjurados; la segunda, de apresuramiento, que no daba lugar a disfraces ni embolismos, redactada en términos vulgares, corrientes y fácilmente inteligibles.

Este fue el gran triunfo de García sobre sí mismo; éste su mérito, sólo por la dama adivinado y comprendido. Al lado de esta victoria, la de hacerse superior a las

preocupaciones vulgares, escribiendo al rey de los godos, quizá para advertirle del peligro que corría, por mucho que valiese a los ojos del hombre a los ojos de Dios tenía menos importancia; porque el supremo esfuerzo humano es la negativa de sí mismo: quien más se desprende de sí, más se endiosa.

Tardó García en volver a Jaureguía; pero volvió al fin, harto más grave y pensativo que había marchado, dando a conocer en su rostro y continente, cuán terribles y grandes arcanos acababan de descubrir.

-Tomad, dijo a Pelayo: copió a Rodrigo las cartas que Teodomiro, duque de la Bética y prepósito de aquel ejército, le escribe. Esas cartas, como todas las que de allí vienen, han sido interceptadas. Dios las ha puesto en mis manos, y os ha traído hoy aquí para que lleguen pronto a las de vuestro rey. Corred que si supieseis lo que lleváis, envidiaríais al águila las alas. Mas pudiera remitirle; pero no alcanza el tiempo a más: con lo que ahí lleváis le basta para salvar a España, si España puede ya salvarse. Si lo consigue, que no se olvide de dar gracias a Dios, y que no se acuerde nunca de los vascos.

Pelayo le dio la mano y le miró, no como se mira a un adversario, sino como a un amigo.

-El rey ha dicho que me despida de vosotros hasta mañana; pero yo...

-Pelayo, le dijo García interrumpiéndole, despedíos de los vascos hasta la eternidad. Si el rey quiere salvarse, que no se acuerde de nosotros; que nos deje en paz.

Miguel y García le acompañaron hasta la puerta principal del palacio, donde cabalgó y descendió al portillo con la rapidez que la tortuosa pendiente le consentía, y desapareció en breve por el desfiladero.

-Es feliz en medio de todo, exclamó García, cuando el conde de los espatharios, al montar en su corcel, alzó los ojos para mirar y saludar por última vez a sus deudos, asomados a la ventana. Es feliz: se le conoce en el rostro.

-¿Qué has hecho?, le preguntó Miguel en tono de reconvención.

-Jaun Miguel, creo haber hecho lo que debía y lo que nos conviene.

Y viendo a los señores navarros que se habían agrupado en torno, movidos de curiosidad, añadió:

-Venid, señores y amigos míos: venid debajo del árbol.

Al llegar allá sacó el pergamino; y ya sin dificultad alguna, leyó la siguiente carta de Teodomiro, duque de la Bética a Rodrigo, rey de España.

«Señor: Aquí han llegado gentes enemigas de la parte de África, que por sus rostros y trajes no sé si parecen venidos del cielo o de la tierra; yo he resistido con todas mis fuerzas para impedir su entrada, pero me fue forzoso ceder a la muchedumbre y a la impetuosidad suya: ahora, a mi pesar, acampan en nuestra tierra. Ruégoos, Señor, pues tanto os cumple, que vengáis a socorrernos con la mayor diligencia, y con cuanta gente se pueda allegar: venid vos, Señor, en persona, que será lo mejor».

Esta carta, que la historia califica de célebre, produjo la más viva impresión en el auditorio,

-¿Sabéis, Jaun Miguel, sabéis amigos y señores, qué gentes son esas que vienen de la parte de África, y cuya impetuosidad y número han hecho ceder al duque Teodomiro? Son árabes y berberiscos, secuaces de Mahoma, que quieren derribar la cruz en el suelo hispano para acabar de extender por toda la cristiandad el imperio de los califas sarracenos. ¿Queréis conocer el nombre de su caudillo? Es el feroz Tarik ben Ziyad, persa de Hamadan, liberto de Muza: está en la Bética desde los últimos días del mes pasado. Ahora comprenderéis por qué se han rebelado los valientes judíos de Iruña; por qué con tanto ahínco politizaban esta carta; por qué mostraban tanto empeño en que no dejásemos repasar el Ebro al ejército de Rodrigo, y que fe podíamos tener en sus promesas de entregarnos el presidio en que están sitiados. Lo que ni vosotros ni yo somos capaces de comprender, es que haya cristianos, caballeros de regia estirpe y hasta obispos, que ciegos de rencor y venganza se presten a ser cómplices o instrumento de judíos y moros. Y después de saber esto, ninguno de vosotros tornará a preguntarme qué es lo que he hecho mandando a Rodrigo la carta del duque de la Bética; porque ya veis que además de haber cumplido con mi obligación de cristiano y caballero, con este aviso queda terminada la decantada campaña del nuevo rey de los godos, y quizá, quizá la guerra de tres siglos.

Es indescriptible el entusiasmo que produjo el breve discurso de García, cuyas razones no sólo alagaban al público, sino que real y verdaderamente no tenían réplica.

Iturrioz, sin dar tiempo a que Pelayo llegara al real de los godos, se impacientaba porque no veía descender a los centinelas apostados en la sierra de Sárbil, con el aviso de haberse levantado el cerco de Pamplona, precipitándose las huestes enemigas por el Arga abajo, camino del Ebro. Otros, que blasonaban de mayor sensatez, insinuaban ya la inutilidad de las avanzadas de García en las gargantas del valle: hablábase también de solemnizar el fausto acontecimiento con un banquete al aire libre. Pero los pareceres estaban discordes acerca del lugar en que había de verificarse; quién opinaba por Val-de-Goñi, quién por las Dos Hermanas.

Afortunadamente para García nadie se acordaba en aquel momento de los prisioneros de Gastelúzar: y como viese a toda aquella gente alborozada y entretenida a la sombra del roble inmemorial; deslizóse hacia Jaureguía con pretexto de acabar de descifrar la carta, y de allí salió poco después con Ranimiro y Amaya para el castillo, no sin haberse despedido de Plácida, que estaba enterada ya de lo ocurrido.

Entre tanto marchaban a todo escape, cuando el terreno lo consentía, Pelayo y sus espatharios, y puesto el sol, llegaron al campamento de Rodrigo, el cual, como recordará el lector, se había corrido al ala izquierda, orillas del Larraun, amenazando al valle de Goñi.

Halló el conde al monarca godo inquieto por la tardanza; pero muellemente recostado en cojines festonados de oro, perlas y piedras preciosas.

-¿Qué traes?, le dijo el rey: ¿vienes solo? ¿no te acompaña Ranimiro? ¿ni Amaya siquiera?

-Solo vengo, y os traigo una carta muy urgente de García.

Frunció Rodrigo el entrecejo, y arrojó un puñado de ámbar gris en un pebetero que a su lado ardía.

-Audacia es, contestó, que un salteador de caminos se atreva a escribirme. Pero yo me tengo la culpa, por haberme rebajado hasta mandar un mensaje.

-No os pese, carísimo primo; porque sospecho que a la audacia de ese salteador, que a mí me ha parecido muy gran caballero, deberéis vuestra salvación y la de España.

-¿Pues no dicen que los vascos son fieras a quienes hay que perseguir al ojeo, como lobos y jabalíes?

-¡Fieras!, exclamó Pelayo. Tienen razón: como enemigos, leones; pero corderos como amigos.

-Muy enamorado vienes...

-Muy deseoso de que abráis esa carta.

-Abrela tú: no he de humillarme hasta el punto de leerla.

No quiso Pelayo perder el tiempo en replicarle: rompió el cilindro que encerraba dos distintos pedazos de vitela; leyó el más corto, que se reducía a la copia de la carta de Teodomiro, de virtud bastante para obligar al rey a incorporarse y ponerse en pie, y arrebatar el pergamino de las manos del conde para cerciorarse de la exactitud de la lectura. Perdió por un momento el color de las mejillas; pero no dijo más palabras que éstas:

-¿Qué trae esa otra tira?

Pelayo principió a leer:

-«Segunda carta de Teodomiro, que contiene la lista de los principales conjurados comprometidos con los moros para destronar a Rodrigo».

-Aguarda, exclamó el rey espantado por las desmesuradas proporciones de aquel pergamino: ¿es larga?

-Inmensa; y toda al parecer cuajada de nombres propios.

-Dámela, repuso el monarca: y viendo que, en efecto, no le engañaba su primo, sin leerla la hizo pedazos, y la arrojó al pebetero. -Pelayo, tornó a exclamar: hubiera sido más breve la lista de los leales.

-¿Qué hacéis, señor?

-Si tantos son mis enemigos, ¿para qué quiero conocerlos? Pelayo, sigamos nuestro plan con una variación solamente: yo seré el primero que suba. Si toda esa gente quiere verme caído, toda esa gente verá que no caigo deshonrado.

CAPITULO VIII

En que principia la lucha

No parece sino que los cabreros de Sárbil tenían empeño en hacer madrugar a García. A la mañana siguiente, poco antes de romper el alba, vinieron también a despertarle a Gastelúzar; pero con noticias harto más satisfactorias que las del día anterior.

Durante la pasada noche, que fue precisamente la del plenilunio solemnizado por Amagoia, los atalayas de la sierra habían observado gran inquietud y movimiento en el campo enemigo, y singularmente en el ejército de la izquierda, a donde últimamente se había trasladado el rey con sus tiendas y espatharios.

Las tropas no habían emprendido la marcha todavía: pero indudablemente se preparaban a ella con el silencio posible, y en los tres cuerpos o brigadas se advertía un ir y venir de tiufados, quingentarios, centenarios y demás oficiales, que no podía pasar inadvertido de los vigilantes vascos.

Descendieron éstos de peña en peña y bosque en bosque, a favor de las nocturnas sombras, hasta las márgenes del río, y pudieron notar con la debida cautela, que los godos andaban recogiendo acémilas y gentes del país, no desechando ni aún bagajes menores. Hombres y bestias eran conducidos a caseríos acordonados por tiufadías: quien allí entraba, no volvía a salir.

En el momento mismo en que los pastores de la sierra bajaban a Gastelúzar para informar de tan importantes novedades al joven caudillo, el cuerpo de ejército acampado orilla de Larraun, principiaba a moverse, con Rodrigo al frente, hacia el Arga. ¿Qué más se necesita para confirmar las sospechas por todos concebidas? Aquel movimiento, después de semejantes preparativos, clarísimamente significaba que los godos desistían del ataque a Val-de-Goñi, retirándose de Vasconia; que la carta del duque Teodomiro, por consiguiente, había producido el efecto previsto por García; que el rey, dando al fin oídos a la prudencia, levantaba el cerco de Pamplona y dejaba en paz a los vascos, viéndose forzado a desistir de campaña tan en mal hora concebida.

El mancebo de las Amezcuas no disimulaba el gozo que tales nuevas le infundían. Dejó súbitamente el lecho, y alegre, risueño y palpitante, como una madre que siente por vez primera la vida de sus esperanzas, fue a buscar a Ranimiro para hacerle partícipe de su ventura, para darle el consuelo mayor que a la sazón podía recibir el prisionero.

Hermoso era por cierto el corazón de García, y asaz lo demostraba semejante recuerdo en momentos de tanto alborozo y de tan poco vagar.

El orgullo y la vanidad podían hacerle distraído y desmemoriado: porque la dicha es olvidadiza, el engreimiento ingrato. Pero el joven alcaide del castillo no adolecía, por

fortuna suya, de ruines sentimientos, y no se habría tenido por feliz al salir de Gastelúzar, si dejara a Ranimiro y Amaya en la ignorancia de lo que allende Sárbil ocurría, pudiendo con dos palabras anticiparles dulcísima consolación, y en cuanto cabía, hacerlos venturosos.

Al entrar en el aposento del conde, le dijo anhelante y regocijado:

-Ranimiro, según las noticias que recibo, según indicios inequívocos, el rey se retira: acude al llamamiento del duque de la Bética, y desiste de la guerra de Vasconia. Tales eran vuestros más vivos deseos, y también los míos. Creo que dentro de breves horas habrá levantado el campamento, y desaparecido del valle de Iruña con toda la hueste. Creo que de un momento a otro daremos por concluida la campaña, y podré, por consiguiente, cumplir mi palabra de ponerlos en libertad.

Y sin aguardar respuesta, que no podía menos de ser grata y cariñosa, volvió la espalda al prisionero, y salió presuroso del castillo.

El tiufado se le quedó mirando hasta perderlo de vista, y llevándose entrambas manos a la frente, exclamó murmurando con efusión de espíritu:

-¡Qué hombre! ¡Dios mío, qué hombre! ¡Si casi siento dejar estas cárceles por tener que separarme de él para siempre!... ¡Para siempre, sí! Porque no hay adversarios más irreconciliables que nosotros, por lo mismo que no los hay más leales: nuestra separación ha de ser eterna.

A pesar de que apenas comenzaba la aurora a tender por el horizonte sus ricos y delicados mantos, toda la gente del valle andaba y bullía por crestas y barrancos, como si fuera el mediodía. La luna, que había de ponerse poco después de saludar al sol, tomaba un color de marfil antiguo, para convertirse sucesivamente en amarillento anaranjado y rojo. Por el cielo blanquecino cruzaban ya las aves, nunca perezosas; por el suelo escarchado, los montañeses, tan madrugadores como ellas, corrían hacia las cumbres de la cordillera que da vista a Pamplona. Todos cuantos podían, y aún los que apenas podían también, abandonaron sus hogares y faenas, y quien por agrios senderos, quien por inverosímiles atajos, subían a presenciar la retirada de los godos. Lisonjero espectáculo, triunfo inesperado y sorprendente a maravilla, que tanto alagaba su amor propio, y tan de relieve ponía la previsión y el tacto del hijo de Jimeno.

Eran ya de todos sabidas las alegres nuevas: comentados, aplaudidos y puestos en cantares el valor, la firmeza y dignidad de García. El vulgo, imprudente de ordinario, hacía lenguas de su prudencia: que siempre se alaba la virtud de que más se carece. Suponíale conocimientos fabulosos, estudios imposibles de ciencias, hasta del mismo Salomón desconocidas. Se le tenía, en fin, por el hombre predestinado para rey de Vasconia, llegándose a dar por hecha su boda con Amaya... Entendámonos: con la Amaya de Butrón, con la hija de Aitor, futura señora de los palacios y tierras que llevaban el nombre del patriarca éuscaro.

-Falta que se convierta, decían; pero ella se hará cristiana. ¿Hay nada imposible para un mozo como ese? Amaya y Amagoia, Lartaun y su mujer, se dejarán bautizar a media palabra que les diga García.

No se le aclamaba, porque nadie quería pararse ni a respirar, ni osaba nadie detenerle en su camino; pareciéndoles que llegar García a la cumbre, mirar hacia Pamplona y desvanecerse el ejército enemigo, todo sería uno: pero todos le saludaban, todos le sonreían y le enviaban el alma y corazón en la mirada, y le cantaban todos a porfía, sin que al canto y vena fuesen obstáculo las asperezas del monte, las poco gratas caricias de bravíos espinos y carrascos, ni las bruscas sacudidas del ramaje, forzado por manos férreas, que trepando y más trepando a matas y árboles se asían.

Pero algunos felices mortales, más ágiles, robustos o madrugadores, que habían tomado la delantera y llegado a la cima del monte, no participaban ya del prematuro entusiasmo con que subieron, y que seguía animando a los rezagados. Por el contrario; volvían atrás el rostro mirando al valle, como esperando impacientes y cavilosos el arribo de García, cuyas explicaciones querían oír. Asomábanse mustios y cabizbajos: parecían dudosos y desencantados.

Algo habían visto, algo ocurría en la cuenca de Pamplona, que no acertaban ellos a compaginar con las ilusiones y esperanzas que en la cuesta les habían sonreído. Traslucíase su impaciencia por la llegada del héroe, y su anhelo por interrogarle acerca de algún imprevisto extraño y peregrino suceso.

-¡García! ¡García!, gritaron al fin, así que éste se puso al alcance de las voces más robustas: los godos no se van, no se retiran; parece que tratan de atacar a Iruña.

Y al oír tan inesperadas nuevas, los que todavía trepaban hacia la cumbre, se detuvieron un momento para contestar:

-¡Pues entonces, la hemos hecho buena! ¡Esto es ni más ni menos lo que decían ayer los parlamentarios: primero tomar la ciudad, y después atacar a Goñi!

Y como una escarcha seca flores en primavera, semejantes rumores marchitaron en los labios la sonrisa, y secaron el cántico en la garganta.

Ciertas eran las noticias. Todas las huestes se dirigían veloces y resueltas a tomar por asalto a Pamplona, ciudad más populosa entonces que después de los tiempos de Carlo Magno, a juzgar por las cuarenta mil almas convertidas en tres días al cristianismo por la predicación de San Saturnino.

La parte llana del Sudeste, que daba casi al frente de la sierra de Sárbil, era la destinada al ataque. El rey, con el brillante regimiento de Pelayo, se adelantaba a rienda suelta para incorporarse al resto del ejército, que permanecía constantemente alrededor de los muros, como principal encargado del asedio. Detrás del monarca, pelotón de paisanos con acémilas, escoltado por dos escuadrones, conducía largas escalas, leña, fagina y sacos de tierra.

-No hay duda, exclamó García: van a intentar el asalto de la ciudad. Y la tomarán, si se deciden a perder gente. El amago a Val-de-Goñi, los movimientos de ayer a derecha e izquierda, el mensaje mismo de Pelayo, fueron acaso astucias de guerra para desorientar a los sitiados y cogerles desapercibidos en lo posible. Los rebeldes no esperaban formal embestida hasta la llegada de las máquinas de batir, y creían, con harto fundamento, que

Rodrigo no tendría tiempo de aguardarlas. La sorpresa debe de ser funesta a los soldados; el desengaño mortal: les consternará su propio desconcierto: el pánico, tal vez, les atará las manos. Ignoran lo que pasa en el resto de España: se crearán solos y vendidos por sus cómplices, al ver que ni siquiera una tiufadía se ha desmembrado del ejército sitiador.

-Pero la carta que ayer escribisteis al rey ¿no le llama a la Bética con urgencia?, le preguntaron algunos que no acertaban a explicarse el tesón o ceguedad del monarca.

-¿Qué sabemos si Rodrigo ha dado crédito a mi escrito?, les contestaba el mancebo, como quien piensa en alta voz. ¿Qué sabemos si desconfía de la noticia, viniendo como viene de gente enemiga, y por añadidura, interesada en alejarlo de aquí? Acaso duda de la autenticidad del documento que le llega en copia, y no directamente, y de puño y letra del duque Teodomiro.

-Pero son torpes, están ciegos, añadió con exaltación; y su misma obcecación les pierde. ¿Cómo no reflexionan que sin la esperanza o certidumbre de una invasión, de sublevaciones, amagos o sucesos semejantes, los judíos no hubieran arrojado la máscara, declarándose en abierta rebelión? ¡A no ser que esos miserables no hayan dado la cara!... ¡A no ser que se propongan vender a los mismos soldados godos que han comprometido!... En tal caso, lo veréis: los judíos han de ser los primeros en abrir al rey las puertas de la ciudad. Los seducidos serán castigados, los seductores premiados y agradecidos.

Entre tanto llegaron las escalas y faginas casi al borde del foso; resonaron los instrumentos bélicos dando la señal del ataque, y con general asombro, se vio a Rodrigo en persona que, embrazando en escudo y blandiendo la espada, cruzaba con rapidez la excavación por un terraplén de haces de leña y sacos de arena, y al pie de las murallas, con el acero en los dientes, trepaba audaz y sereno por la escala que para él se había destinado, bajo una lluvia de saetas y granizada de piedras, que desde adarves y almenas lanzaban los sitiados. Pelayo, sin embargo, le precedía cubriéndole con su propio escudo, atento al rey y olvidado de sí mismo.

Bien pronto los lienzos del muro quedaron ennegrecidos con el cuerpo de los sitiadores, y hubo momentos en que el humo de las hogueras y la nube de saetas que iban y venían de las murallas al foso y del foso a las murallas, eran tan espesos, que los espectadores más próximos, no alcanzaban a divisar ni asaltadores ni asaltados. De lo alto de las escalas caían al foso los soldados heridos y maltrechos, quedando algunos allí dando alaridos y pidiendo en vano socorro, hasta que morían aplastados por las peñas y achicharrados por el aceite hirviendo que los rebeldes, desesperados, desde las almenas les arrojaban. Rodrigo, al poner en ellas la mano, recibió un hachazo en el hombro izquierdo, que le dejó inutilizado el brazo: y hubiera caído también desde aquella formidable altura y periculado sin remedio, a no haberle sostenido Pelayo, obligándole a descender y retirarse del asalto.

Ante aquel fracaso, desmayaron los sitiadores, y se dio la señal de alto el ataque.

Pero había escalas, quedaban muchas tropas de refuerzo, y el conde de los espatharios, sin perder más tiempo que el indispensable para llevar al rey a su tienda y encomendarlo a los cirujanos, tomó brevemente disposiciones para otra arremetida.

Detrás de las nuevas tiufadías, destinadas al segundo asalto, colocó a cierta distancia gran cordón de tropas que ostentaban nuevas escalas, preparadas para el tercer ataque, si aquel también se malograba.

Semejante alarde de fuerzas, y demostración de ánimo decidido a tomar la ciudad a todo trance, dio los resultados apetecidos; y poco después aparecieron en los adarves, no los cascos y escudos de los soldados rebeldes, sino los turbantes de los judíos, ancianos, de macilenta faz y luenga barba, que agitaban lienzos blancos y con lastimeras voces pedían capitulación.

Sucedió pues lo que pronosticaba García: los hebreos corruptores de la guarnición del presidio, se acobardaron y quisieron sacar partido de los leales, entregando la ciudad.

Pelayo tenía prisa por tomarla cuanto antes, y quería al parecer, concluir presto y economizar la sangre que probablemente debía de verterse a torrentes en otra parte. Accedió a las súplicas de los vecinos, tanto de la aljama como del resto de la ciudad, y aconsejó al monarca la clemencia.

No necesitaba Rodrigo de muchos consejos para mostrarse generoso. Además de serlo por condición, estaba satisfecho: había conseguido cuanto quería: en el asalto, sin poder blasonar de gran capitán, se había distinguido como primer soldado, y la herida que recibió no muy grave por fortuna, daba testimonio de su valor.

Perdonó sin dificultad la vida a los rebeldes; y para olvidar completamente su delito, sólo les impuso por condición que en el próximo combate habían de ir a la vanguardia para obtener, o gloriosa muerte en el campo de batalla, o completa amnistía, si la ganaban por su heroico comportamiento.

No pudo el rey herido cabalgar en su nevado corcel para hacer la entrada triunfal en la ciudad; pero fue conducido en silla de manos, entre nubes de incienso y lluvia de flores: y era ya la tarde, cuando algunos espectadores de Sárbil creyeron percibir el estruendo de las aclamaciones que resonaban dentro de los muros. No hay victoria sin este obligado acompañamiento, del entusiasmo algunas veces, y del miedo las más.

Varias tiufadías, con Pelayo al frente, precedieron a Rodrigo para tomar posesión de la plaza y guarnecerla: otras dieron escolta al rey; pero gran parte de la hueste se quedó en el campamento. O no cabían todas las tropas en la ciudad, o se quería dejar cierto número de soldados en disposición de partir inmediatamente.

¿A dónde? ¿A la Bética o Val-de-Goñi? ¿Contra los árabes, o contra los vascos?

Esta segunda opinión prevalecía en lo alto de la sierra.

Hoy en Iruña, mañana en Gastelúzar, repetía de grupo en grupo el Disgustado, cuya voz siempre fatídica, era entonces, por excepción, eco del común sentir.

Pero el desengaño, lejos de infundir desaliento, enardecía el ánimo de los montañeses, que se precipitaron al valle, gritando desafortadamente:

-¡Al arma! ¡Al arma!

-No somos godos ni judíos. Sabemos morir.

Nuevos acontecimientos vinieron a confirmarlos en su heroica resolución.

Desde el hondo a la cumbre, centenares de voces repetían:

-¡Teodosio! ¡Teodosio, acaba de llegar!

Mas no era aquel nombre el único que subía resonando por la ladera.

-¡Amagoya! ¡Amagoya!, gritaban luego también.

Y algunos de los que bajaban del monte, dotados de vista perspicaz, peculiar de los pastores de la sierra, añadían:

-Y viene con ella Pacomio, el ermitaño.

Estos clamores sorprendieron al caudillo de las Amezcuas a medio camino de Gastelúzar, y aquel joven, tan valeroso y entero, quedó como espantado y desfallecido. Nadie fue testigo de su flaqueza, porque estaba solo: todos le habían abandonado para salir al encuentro de Teodosio después de tan larga ausencia, y conocer a la famosa pagana de la casa de Aitor: todos en su interior dieron ya por perdida la causa de Ranimiro.

Sentóse García pálido y tembloroso; no podía sostenerse en pie.

¡Amagoya! ¡Pacomio! ¡Teodosio!

Cada uno de estos personajes en ocasión semejante traía acaso la catástrofe: los tres juntos parecían ensañamiento de la fatalidad contra el prisionero de Gastelúzar.

García quedó yerto y como encorvado bajo la pesadumbre de la adversidad.

Tendió la vista por el valle y vio que Teodosio entraba con sus ancianos padres en Jaureguía, mientras una mujer vestida de blanco, con determinado paso y descomedidos ademanes, tomaba el atajo de Gastelúzar, dirigida al parecer por el ermitaño, y seguida de muchedumbre en parte silenciosa y grave, y en parte vocinglera y furiosa.

Iba al castillo sin duda con nada pacíficos y humanos propósitos; porque el eremita sacó del báculo un estoque, y lo esgrimía señalando el fuerte, con aire amenazador.

García comprendió desde luego que Amagoya quería apoderarse de los detenidos, y sospechó que el malvado Pacomio, quizás por vengarse del tiufado, trataba de asesinarlos dentro de la prisión.

¿Cómo impedirlo? Teodosio y Miguel habían dejado el campo abandonado a la furia y saña de Amagoya, y él, por mucho que corriese, llegaría tarde. Miraba el desventurado

joven al castillo en que Amaya y Ranimiro estaban encerrados, como el águila al nido amenazado por el cazador: mas ¡ay! no tenía las alas de la reina de las aves para volar en defensa de sus protegidos. La distancia de cima a cima era corta por el aire; pero necesitaba más de media hora para descender del valle, cruzarlo, y llegar a la puerta de Gastelúzar.

¡Media hora, y los asesinos podían perpetrar el crimen en pocos minutos!

¡Media hora!

En aquel espacio de tiempo, hasta fríos podían quedar los cadáveres de los prisioneros.

Quiso hacer nuevos esfuerzos: se puso en pie, comenzó a dar gritos: todo inútil. Ni se le oía, ni por ventura se le habría hecho caso en aquellos momentos de ansiedad y de exaltación, en que el imperio de Amagoya en el valle de Goñi parecía absoluto.

Vencido por su impotencia, con mortal angustia, pero con fe viva, recurrió al cielo, y exclamó con acento que partía las entrañas:

-¡Sálvalos, Dios mío! Tú sólo puedes salvarlos.

Y juntando la acción a la jaculatoria, echó a correr con juveniles bríos hacia la prisión de los godos.

Detúvole una voz que le gritaba:

-¡García!

Era un amezcuano.

-¿Qué traes? ¿Qué me quieres?, le contestó sin detenerse.

-De parte de Jaun Miguel, que vayáis inmediatamente a Jaureguía.

-Díle al señor de Goñi, respondió el mancebo de muy mal talante; que mi deber me llama a Gastelúzar, y que en cumpliendo con mi primera obligación, será obedecido.

Grande era el respeto de García a los ancianos, y no podían ser mayores el cariño y reverencia que profesaba a Jaun Miguel; pero en aquel momento le pareció tan intempestiva, tan sospechosa la llamada, que por no dudar de la rectitud del venerable viejo, dudó de la verdad del aviso.

-¿Te ha dado ese recado el mismo Jaun Miguel en persona?, preguntó.

-No, ha sido Pacomio.

-¡Eso es! ¡Eso es!, repuso García a grandes voces. Pacomio y Amagoya tratan de quedarse solos, sin que nadie les embarace. ¡Han conseguido alejar a Miguel y Teodosio, y quieren que no les estorbe yo! ¡Quieren apoderarse de ellos... de Amaya y Ranimiro,... asesinarlos, sí, asesinarlos! ¿Quién queda en el castillo?

-Los nuestros.

-¿Nadie más?

-¡Nadie! ¡Ah, sí! La loca.

-¿Petronila?

-La loca de las Dos Hermanas.

-¿Cuándo ha venido?

-Esta mañana, cuando todo el mundo estaba en la cumbre de la sierra. Llegó cubierta con un manto, y grave mesurada como mujer de juicio... Ninguno de los del valle la ha visto entrar, ni podría conocerla aunque la viera.

-Pero vosotros...

-Nosotros, que estábamos a la puerta del castillo, hemos dicho: esta es la loca que salvó a la princesa... Vendrá a pedirla algo... Dejémosla pasar.

-Bien hecho. Pero ¿ha venido sola?

-Sola.

-¡Ay! Entonces... ¿para qué quiere más Amagoya? A todos tres los coge en el nido. Mira.

En efecto, Amagoya, Pacomio y sus más frenéticos secuaces habían llegado a la mesa de la colina.

-¿Por qué no cerrarán la puerta del castillo?, preguntaba García desesperado.

-¡Cerrar las puertas a la heredera de Aitor!

Aquella observación del amezcuano dejó desconcertado al mancebo.

-¡No hay remedio para ellos, exclamó: parecen todos tres: Amaya, Ranimiro y Petronila!

Y dirigiéndose de nuevo al montañés, le preguntó:

-¿Qué turba es esa que tanto grita?

-Los paganos que ha traído consigo Amagoya.

-¡Y los paganos claman, y los cristianos guardan silencio!... ¡Ellos se mueven y se agitan y nosotros huimos o nos contentamos con mirarlos!

Entonces volvió furioso el rostro a Jaureguía, y apretando los puños, con aire amenazador y colérico añadió:

-¡Oh! ¡Teodosio! ¡Por una gota de sangre que se vierta en Gastelúzar, yo iré a demandártela toda!

Y trastornado, con una agitación que nunca había sentido, hija de la violenta pasión que fermentaba en su pecho, seguía andando con increíble celeridad hacia el castillo.

CAPITULO IX

Cómo el rabino Abraham Abén Hezra salió de Gastelúzar

Largas veinticuatro horas hacía que el ermitaño, cada vez más sospechoso, aprovechándose de la perturbación consiguiente a la llegada de los parlamentarios de Rodrigo, y del abandono en que los montañeses amezcuanos dejaron el castillo por satisfacer la curiosidad de ver a Pelayo, se había escapado del encierro en que lo tenía el caudillo de las Dos Hermanas.

Cuando todos o la mayor parte de sus guardianes estaban apiñados en torno del árbol del Consejo, presenciando orgullosos la embajada del conde pretoriano y saboreando las contestaciones de García, deslizóse rápidamente a los vecinos y casi impenetrables hayedos de la sierra de Andía, y de allí al valle de Araquil, por donde tenía que cruzar Teodosio, a cuyo amparo trataba de acogerse, con grandísimas esperanzas de reconquistar el terreno que había perdido en Gastelúzar.

No quedaron éstas defraudadas: al poco rato divisó al caudillo vascón, en cuyo rostro se traslucían tanto la inquietud, el recelo y la ansiedad por saber lo ocurrido, como la siniestra luz de una conciencia mal segura.

A pesar de su robustez, venía cansado. De Aitormendi se había corrido la noche anterior a casa de Lartaun con quien tuvo breve, pero muy aprovechada entrevista; y de allí salió resueltamente para Goñi, sin detenerse más que para tomar caballos alguna vez, porque bien consideraba que en aquellas circunstancias debía de echársele muy en falta. Muchos cambios, novedades y trastornos esperaba hallar en la sierra, en su valle nativo y en su mismo palacio; pero iba sospechando ya que acaso excedían a todo cuanto se figuraba.

Tentado estuvo de entrar en la granja o torre de Echeverría, para salir de dudas y tomar lengua acerca de los sucesos; pero no podía perder momento, y temía además encontrarse con Petronila. Sus planes, sus propósitos eran siempre los mismos pero quizás sus pasiones se habían exacerbado. Cada vez estaba más convencido de la necesidad de contar con Amagoya; cada vez más resuelto a sacrificar a Ranimiro, y hacer desistir a la princesa goda de toda pretensión a la herencia de Aitor.

En semejante situación de ánimo, sorprendióle muy agradablemente la voz de Pacomio.

-¡Teodosio! ¡Teodosio! -gritó el ermitaño al verle salir presuroso del portillo de las Dos Hermanas-. Mucha prisa lleváis por llegar a vuestro valle, añadió cuando le tuvo cerca; pero no perderéis el tiempo en departir un rato con quien mejor que nadie puede informaros de lo que allí ocurre.

-¿Qué sabes de Val-de-Goñi?, le preguntó el caudillo deteniéndose, y creyendo venturoso aquel encuentro.

-¡Más de lo que quisieras oír, desdichado o descuidado joven!

-¿Los prisioneros?

-En Gastelúzar; dueños del castillo, bajo las órdenes de García.

-¿Y en dónde está García?

-Mandando en vuestra casa, mandando en vuestro valle, mandando en toda la Vasconia. Es ya un rey que recibe embajadas de reyes. Si apresuráis el paso, quizás llegaréis a tiempo de presenciar su proclamación.

-Pero, ¿dónde está mi padre?, siguió preguntando Teodosio, con visible alteración, que hacía sonreír interiormente al interrogado. -¿Qué hace el señor de Goñi?

-El primer súbdito del nuevo monarca es el pobre anciano decrepito, de cuya falta de vigor está abusando vuestro afortunado rival.

-¿Y la dama goda?

-La hija del incendiario de Aitormendi será en breve la reina de los vascos.

-Mientes, bellaco: mientes con toda tu boca, exclamó el hijo de Miguel, ya fuera de sí. Vente conmigo: ven a justificar cuanto acabas de decir; y de lo contrario, a sufrir el castigo que mereces por deslenguado y calumniador. Mira, Pacomio, cómo hablas; porque me estás hiriendo en lo más vivo del corazón.

No quería otra cosa el perverso ermitaño: herirle el amor propio, trastornarle el juicio, hurgar, remover y exasperar sus más temibles pasiones, para obligarlo a toda clase de injusticias y violencias contra los godos prisioneros y el caudillo amezcuano que los protegía.

Acompañóle de buen grado, contándole en el camino, con la imparcialidad que se infiere del diálogo precedente, la historia de los acontecimientos del día anterior. Cuando Teodosio, al llegar a los términos de Olo, se informó de que Pacomio, al menos en cuanto a lo principal de los sucesos, no le engañaba, dejóle en libertad; y con aquellos espolazos, que le habían llegado a las entrañas, corría hacia su pueblo como caballo desbocado.

Pacomio ni podía ni quería seguirle. La gritería y conmoción de la muchedumbre que dejaba tras de sí, le anunciaron la llegada de Amagoya a las montañas de Navarra, y la aguardó muy alegre, viendo que su mensaje había producido el efecto deseado. Obra suya era -no podía negarse-, la aparición completamente inesperada de la Adivina en las cercanías de Val-de Goñi.

También Teodosio debió de sentir las aclamaciones; porque volvió la cabeza, y después de reflexionar y titubear un momento, se sentó, pareciéndole que no podía excusarse de esperar y aún de acompañar a la señora de Aitormendi.

De ella, en efecto, dependía en gran parte el éxito de sus planes, que no son ya para nosotros un misterio. A toda costa quería tener propicia a la heredera del patriarca, la cual, por otra parte, no podía entrar dignamente en Goñi, sino al lado del hijo de Miguel. Esperó; pero siempre activo, enérgico y previsor, aprovechó el tiempo y la llegada de algunos amigos y conocidos que se acercaron a saludarle.

-Buena falta nos hacéis, le dijeron los que estaban apostados en el desfiladero de Ollate: Rodrigo acaba de rendir a los rebeldes de Iruña, según ayer nos anunciaron los godos, tomada la ciudad, vendrá con todas sus huestes a rescatar a los prisioneros de Gastelúzar.

Semejantes palabras, lejos de causarle alarma, le tranquilizaron hasta cierto punto. Todavía se contaba con él; aún se le echaba de menos en vísperas de la batalla. Por de pronto, no ambicionaba más: no era tan desesperado como creía el estado de las cosas.

Guerrero por naturaleza, por genio y hasta por necesidad, hallábase ya en su elemento. No vaciló un instante, y desde allí dispuso cuanto juzgó menester para el próximo encuentro con los enemigos. De nada se olvidó; todo lo tuvo presente: armas, posiciones, apellido de los valles inmediatos, escuchas, atalayas, mensajeros, seguridad de las personas inútiles para el combate, división de reserva y punto de retirada. Por lo mismo que se había puesto su autoridad en tela de juicio, procuraba que en todo y por todos fuese reconocida.

Entre tanto Pacomio se había reunido a la Adivina.

-Esta ha de ser mi verdadera tabla de salvación, dijo el ermitaño para sí: los gentiles gastan menos escrúpulos que los cristianos.

Pacomio y Amagoya debían de ser antiguos conocidos; porque al verle venir, dijo ésta a las turbas:

-Apartaos, quiero hablar a solas con el monje.

Y cuando le tuvo cerca de sí, prosiguió:

-Pacomio, he recibido vuestro mensaje. ¿Dónde está mi hijo? Me habéis prometido darme aquí noticias tuyas. Decidme la verdad: ¿es cierto que vive Asier? ¿Dónde está, que no viene a consolar y defender a su madre?

-Cierto es y positivo que Asier vive; que ha recorrido medio mundo; que ha vuelto por fin a España, y me encarga que os anuncie su próxima venida a tierra vascongada. Pero vuestro hijo no pondrá aquí los pies, si no le doy satisfactorias nuevas de su esposa: ¿qué le contesto? ¿Qué le digo de Amaya de Butrón?

-¡Que vive!, respondió Amagoya, ofendida por la duda que envolvían estas preguntas. ¿Qué más necesita saber?

-Quizás no le pesaría tener alguna seguridad de que le ha sido fiel... de que le ama.

-Pacomio, bien se conoce que no eres de nuestra casta. Eso no se pregunta jamás a las hijas de Aitor, cuando han dado a un hombre palabra y mano, dijo la Adivina con altivez.

Y por más que el ermitaño buscara y rebuscara alguna otra prenda y garantía, amén de la del linaje, no pudo conseguirla.

Si Amaya de Butrón realmente había dado palabra de esposa al hijo adoptivo de Amagoya, sospechar que pudiera faltar a lo prometido, debía de parecer inconcebible y absurdo a la anciana de Aitormendi.

No pecaba ésta de tímida; pero con toda su audacia, no se hubiera atrevido jamás a preguntar a su sobrina: ¿amas a mi hijo todavía?

Sin embargo, un hombre como Pacomio no podía ignorar las miras que Teodosio tenía puestas en la hija de Lartaun, y de presumir es que las conociese mejor que nadie. Justificados estaban pues sus temores y recelos, y aun sus deseos de salir presto de incertidumbre. Pero muy arriesgado debía de ser para él hacer que Amagoya abriese un poco los ojos y no viviese tan confiada; porque andaba caviloso, y buscando rodeos solamente para indicarle algo que, sin comprometerle con el hijo de Goñi, fuera suficiente para desbaratar y abatir sus altivos pensamientos.

-Vuestra sobrina Amaya de Butrón, dijo al fin el eremita, es muy hermosa, según todos confiesan.

-Hermosa, contestó Amagoya, entre todas las de su raza privilegiada en hermosura.

-Y muy discreta y entendida.

-Educada por mí, guarda en su espíritu las tradiciones y sabiduría de la casa de Aitor.

-No deben de faltarla pretenses.

-Nadie se ha dirigido a mí; que soy la primera con quien tenían que contar.

-¿Nadie? Parece extraño.

-No lo es para mí. Amaya no ha de casarse con ningún bautizado: mi sobrina no puede dar su mano sino a mi hijo adoptivo Asier, con quien hace muchos años está comprometida.

-¿Pero si ella, como todos, lo cree muerto?

-Pacomio, para mí siempre ha vivido. Amaya, en quien las promesas de Aitor han de cumplirse, ¿ha de tener menos fe que yo?

Ante razón semejante, que para un hombre tan crédulo y bonachón como el eremita debía de ser contundente, cerró éste los labios.

Pero quizás le hizo enmudecer más que nada la presencia de Teodosio, que se consideró en el caso de adelantarse a saludar a la mayor de las hijas del patriarca, para conducirla con el debido decoro a los Estados de Goñi.

Para llegar al desfiladero, la Adivina había tenido que pisar por vez primera territorio vasco dominado por godos. Nadie puede figurarse cuán terrible impresión le produjo la

travesía. Quería unas veces volar, como si cruzara país apestado, y otras se detenía de repente, como si temiese andar por entre víboras. A no ser por los impulsos de la venganza que le arrastraban a Gastelúzar, se habría vuelto a sus incólumes tierras, habría retrocedido mil veces hacia la costa.

Cuando salvó la línea invadida; cuando se vio en valles independientes y libres, y al lado de Teodosio, se le ensanchó el corazón; y el gozo que sentía respirando con libertad entre aquellos montañeses, cuyo heroísmo acabó entonces de comprender, se traslucía en el cordial recibimiento que hizo al caudillo de los vascones.

-Hijo de Goñi, exclamó: ¿cómo podéis vivir aquí?

-De día, la contestó Teodosio, con la ezpata y la guecia en la mano: de noche con la ezpata y la guecia debajo del cabezal.

-Pero ¿cómo no salís a redimir a estos pobres pueblos que dejo atrás conquistados y oprimidos?

-Amagoia, venís precisamente en hora oportuna para daros a vos misma la respuesta. Millares de godos que acaban de entrar en Iruña, se mueven, según se me dice, contra nosotros para oprimirnos y conquistarnos como a los del valle de Araquil, y rescatar a Ranimiro.

-Eso no será, repuso la Adivina: vivo no se llevarán en presencia mía al incendiario de Aitormendi.

-Ni eso, ni lo otro: ni les daremos los prisioneros, ni nos dejaremos conquistar.

Esta respuesta satisfizo a la pagana, y acabó de reconciliarla con Teodosio.

-En busca de los prisioneros vengo yo, le dijo. Son míos: nadie puede disputarme el derecho de juzgarlos en Aitormendi, donde han perpetrado sus principales crímenes.

-Míos no son, repuso el caudillo con sorda voz y torvo ceño. García, señor de las Amézcuas, los ha cautivado. Con él nos entenderemos.

-¿Y dónde los tiene?

-¡Allí!

Y Teodosio, que entraba a la sazón en su valle nativo, tendió el brazo y el índice, y señaló a Gastelúzar.

Todo estaba dicho con esta palabra, que debió dejar escapar el amante de Amaya de Butrón en la tortura de agudísimos remordimientos.

-Venid a descansar a Jaureguía de las fatigas de tan largo viaje.

-Mi descanso es la justicia. Dejadme sola con Ranimiro.

-Jaureguía es el camino más llano para llegar a Gastelúzar.

-No busco los caminos más llanos, sino los más cortos.

-Yo os conduciré por el atajo, dijo a la sazón Pacomio, interviniendo en la conversación, que debía de ser muy angustiosa para el caudillo de los vascones.

-Pues bien, repuso éste: Gastelúzar ahí está; Ranimiro dentro: entendedos con los amezcuanos que lo custodian por orden de García.

-¿Y dónde está el mancebo de Abárzuza?, preguntó Pacomio.

-En la cumbre de la sierra, observando el movimiento del ejército godo.

El ermitaño midió con una mirada la distancia, y repuso satisfecho:

-Entonces tenemos tiempo: pero a condición de no perder ni un solo instante.

Teodosio le contempló, no sabemos si con placer o con asombro y recelo. Por un lado parecía que el malvado comprendía la lucha que aquél sentía en la conciencia y quería sacarle del atolladero halagando sus pasiones: por otro lado, sentía que personaje tan extraño y poco digno de respeto, tomase tanta parte en sus más íntimos y graves negocios; y menos que nada, le perdonaba que se adelantase a sus propios deseos.

Tuvo entonces el caudillo cierta especie de intuición o presentimiento de que el ermitaño era más de lo que aparentaba; y cuanto más alto se lo figuraba, más le ofendía.

En fin, descontento de sí mismo, perturbado en su conciencia, creyendo que con retirarse esquivaba la responsabilidad de cuanto allí ocurriese, discurrió presuroso a Jaureguía con pretexto de avisar a sus padres de la llegada de Amagoia.

Traía ésta consigo gran número de paganos de Aitormendi, que la daban escolta de honor, y con ellos contaba para apoderarse de los prisioneros y conducirlos al patíbulo, delante del caserío de Aitor. Movidos de curiosidad y de la reverencia que infundía persona dotada al parecer de poder sobrenatural, los mismos montañeses se agolpaban a recibir a la heredera de Aitor, y la aclamaban a grandes voces. Todas aquellas gentes, excitadas con la victoria de Rodrigo en Pamplona, y el temor de que se revolviese en seguida contra Goñi, con sus innumerables huestes alentadas por el triunfo que acababan de conseguir, creían causa inmediata del ataque la prisión de Ranimiro, y se rebelaban altivos contra la exigencia: suponían la venida de Amagoia a las montañas, prenda segura de victoria, y con tales pensamientos e impresiones no era maravilla que acogiesen con el mayor entusiasmo a la Adivina.

El entusiasmo, sin embargo, decreció bastante cuando la vieron apearse del caballo tordo en que venía montada, y dirigirse por el empinado cerro de Gastelúzar, guiada por Pacomio.

En el semblante de la anciana, y más aún, en el del ermitaño, creyeron ver amenazas de muerte, y esto les contuvo. Parecíales natural y puesto en el orden que Ranimiro fuese ejecutado por quien lo había hecho prisionero, o por los señores en cuyo valle estaban detenidos; pero hallaban algo que desdecía de la justicia en la saña del falso monje, que no era vasco, y de la sacerdotisa, que no era cristiana.

Sin que ellos mismos pudieran darse cuenta de lo que les pasaba, repugnábales el espectáculo de la muerte de Ranimiro, llevada a cabo tumultuosamente por sorpresa y sin que Miguel, Teodosio o García, la autorizasen con su presencia. ¿Quién sabe? Aquella confusión del vestido blanco de la Adivina y del brusco sayal del ermitaño, les inspiraba aversión. Por áspera y ruda que sea la corteza del cristiano, su corazón es naturalmente delicado. Cuanto mayor es la fe, más puros son los sentimientos.

-¡Hijos míos!, exclamó la anciana al comenzar a subir el agria cuesta de la colina: ¡a Gastelúzar! Los prisioneros son míos; son de la casa del patriarca: apoderémonos de ellos. Si se resisten, matadlos sin piedad. Muertos o vivos, Ranimiro y su hija han de caer hoy en poder mío.

-Muertos o vivos, serán vuestros, contestaron los gentiles.

-Sin compasión. El derecho es inflexible.

Entonces fue cuando Pacomio sacó el estoque del cayado, y blandiéndolo como un valiente, dijo con robusta voz:

-La compasión es un crimen: el que la tenga, que se retire, si no quiere perecer a mis manos.

-¡Regocíjate, Sombra de Aitor, en los vergeles de Maitagarri, prosiguió la Adivina: el incendiario de tu casa morirá delante de sus muros!

-Y con él la goda que disputa tesoros y derechos a la verdadera y única hija de Aitor, añadió el guía.

Los paganos aplaudieron: los cristianos seguían taciturnos y cada vez más descontentos.

-Pero, ¿dónde está Miguel? ¿Cómo Teodosio ha dejado solos a los gentiles? ¿Cómo ha hecho entrar a sus padres en Jaureguía, cuando salían a recibir a Amagoya?, se decían unos a otros los montañeses.

Los que a la sazón descendían de la cumbre de Sárbil, donde habían permanecido toda la mañana presenciando la toma de Pamplona por Rodrigo, no podían explicarse tampoco ni la conducta de Teodosio ni la de su padre. ¡Miguel, tan afable y bondadoso hasta con los godos, hospitalario con sus propios enemigos, abandonar a la más autorizada y famosa de las hijas de Aitor! ¡Salir a recibirla, y volverse atrás! Pero los pocos que habían permanecido en el valle, les enteraron luego de un acontecimiento que en sí nada tenía de misterioso, y que sin embargo, podía ser la clave del enigma.

Anticipándose algunos momentos a Teodosio, había llegado a Val-de-Goñi un personaje que se encerró en el palacio con Miguel, en cuyo auxilio sin duda venía. Era Andeca, señor de Vizcaya, sucesor de Lecovide, y nombrado por los ancianos de aquella tribu, congregados so el árbol de Guernica. Trafalo, según decían sus escuderos, la fama de García, y el deseo de ponerse de acuerdo con un mancebo, cuyos primeros pasos, como señor independiente, tanto prometían.

Aquella visita tenía más importancia para los montañeses que la embajada misma de Rodrigo. Andeca era no sólo poderoso y principalísimo en la escualerría, sino de ideas propias, singulares y tenaces. Con él había que contar para todo cambio de cosas en el país vascongado, y sin él no era fácil que nadie empuñase el cetro en los Pirineos, ni aún desposado con la hija de Aitor y protegido por Amagoya.

Que un hombre de tanto valor y poderío se apresurase a rendir parias a joven hasta la sazón tan poco famoso como García, honraba a éste sobremanera, mas no justificaba el encierro de los señores de Goñi.

Necesita más explicaciones su retraimiento.

Andeca era portador de un mensaje de Pelayo para García. Al entrar en el valle de Olo le alcanzaron dos jinetes godos que con bandera blanca en la punta de la cateya, venían de Pamplona.

-¿Quién sois?, le preguntó el principal que parecía jefe espathario.

-Soy un vasco que se dirige a Goñi en busca de García.

-Para el mismo llevo una carta de Pelayo: si me dices palabra de honor, iríamos juntos y nos serviríais de guía, porque ignoramos el camino.

-No necesito daros palabra ninguna, contestó el vasco: me basta decir que soy Andeca, señor de Vizcaya.

-Basta y sobra, repuso el espathario: y como el mensaje es de paz y tengo mucha prisa en volver al real de Rodrigo, os ruego que os encarguéis del pergamino; el cual, aunque a García se endereza, con todos vosotros habla, según tengo entendido.

El señor de Vizcaya rehusaba recibirlo; pero el espathario le previno que el conde Pelayo no le había encargado que entregara la carta en propia mano, sino que procurase que llegara con seguridad a García.

-A mayor abundamiento, añadió, puedo decir que nos retiramos de Vasconia; que todas las huestes que ha traído el rey, están marchando hacia la Bética, y que a poco me detenga en estas montañas, me verá mal para reunirme a la guardia pretoriana, de la cual soy centenario.

Pocos vascos había que estuviesen tan bien enterados como Andeca de lo que ocurría en lo interior del reino de los godos; por lo cual se persuadió de que el mensajero le decía la verdad. Aceptó el mensaje y dejó marchar al jinete, que picando al caballo con la cateya, se volvió muy contento hacia Pamplona.

Al partir dijo éste al vizcaíno:

-El conde de los espatharios me encargó de palabra que os diese este aviso: el mayor enemigo de la cristiandad se encuentra entre vosotros, tal vez oculto en Gastelúzar.

Poco después el señor de Vizcaya se apeaba en Jaureguía, preguntando por Miguel, y creyendo encontrar a García y los demás señores de Vasconia, reunidos en casa del anciano.

Halló a éste solo, por haber subido todos sus huéspedes a la sierra; hallólo triste, no precisamente por las noticias que le llegaban de la victoria de Rodrigo sino por la ausencia de Teodosio en tan graves y apuradísimos momentos. Tanto Miguel como Plácida temían ya que le hubiese sucedido alguna desgracia; y cuando Andeca les aseguró que nada alarmante se decía en el país, y que por el contrario, gentes que venían de las tierras bajas, aseguraban haber visto al caudillo volver hacia la costa sin novedad alguna, el pobre viejo dobló la cabeza avergonzado.

-No os asustéis, buen anciano, le dijo Andeca: mandad que vengan aquí todos los señores que haya en el valle y principalmente García. Soy portador de mensajes de paz que hacen por ahora innecesaria la presencia del adalid de los vascones. Pero decidme, ante todas cosas: ¿qué gente se alberga en Gastelúzar?

-En Gastelúzar, contestó Miguel, sólo está García con sus amezcuanos, y Ranimiro con su hija y su servidumbre.

-No; debe de haber allí otros hombres. En Gastelúzar se esconde el principal enemigo de la cristiandad en España.

-¡No puede ser!, repuso Miguel. Digo mal: es posible que ese malvado haya venido oculto entre los godos de Ranimiro que con él han caído prisioneros.

-Tenéis razón, Jaun Miguel, le contestó Andeca: sólo así se comprende la noticia de Pelayo.

-¡Noticia de Pelayo!

-Sí, el conde de los espatharios nos lo previene.

-Sé a quién alude, replicó el anciano; pero desde ahora os respondo de que no es cierta la noticia: el gran rabino de los judíos no puede ocultarse entre nosotros.

En medio del asombro que les produjo nueva tan extraña como increíble, la voz de Plácida resonó con la fuerza de la mayor alegría:

-¡Teodosio! ¡Teodosio y Amagoya!

Todo quedó olvidado: todo pospuesto ante esa gran noticia: la mayor, la más importante que los señores de Goñi podían recibir en aquellos momentos.

Apresuráronse a salir al encuentro de su hijo y la heredera de Aitor que honraba con su presencia el valle más pobre y agreste de Vasconia. Cuando llegaron a las eras, Teodosio acababa de subir solo y presuroso, encaminándose al palacio, mientras rodeada de propios y extraños, la Adivina tomaba el atajo de Gastelúzar.

-¿Cómo es eso, hijo mío? ¿Cómo dejas sola a la señora de Aitormendi?, dijo Miguel.

-Eso es precisamente lo que ella desea, contestó Teodosio con rostro sombrío y desabrido acento; que nadie la detenga, ni la estorbe para entrar en Gastelúzar.

-Pero allí están los prisioneros.

-Precisamente por eso.

-Pero nosotros tenemos que cumplir con los deberes...

-¿De la hospitalidad? El mayor obsequio que podéis hacer a la hija de Aitor es entregarle a Ranimiro, y aplazar los deberes de la hospitalidad para más tarde.

-Pero yo no puedo consentir que en ausencia de García...

-Padre y señor, la felicidad de vuestro hijo, mi casamiento con Amaya de Butrón, su conversión al cristianismo y la de todos los vascos que no están bautizados, depende de la mujer que sube en estos momentos por aquella colina. A toda costa necesito tenerla contenta y de mi parte. Dejémosla pues, y venid conmigo a Jaureguía.

-¿Y qué dirá Andeca, que nos espera adentro con un mensaje de Pelayo?

-Ni Pelayo, ni Andeca, ni nadie más que nosotros manda en Vasconia. Adentro.

El pobre viejo no tuvo valor para replicar a Teodosio, y le siguió cabizbajo, deplorando su propia debilidad.

Sin embargo, al llegar al umbral de Jaureguía, aún pudo decir con lastimera voz:

-Yo no debo permitir que gente bautizada vaya a poder de los paganos.

A lo cual replicó el hijo:

-¿Es pagano, por ventura, el monje que conduce a la heredera de Aitor? ¿Son paganos los montañeses que la siguen, y los amezcuanos que guardan el castillo? Dejemos que Amagoya dé cuatro gritos delante de los godos. Entre tanto vendrá García, a quien incumbe el cuidado de los prisioneros. Como suyos, los reclama: ¡que los proteja, y que defienda su propio derecho!

Entró, por fin, Miguel en pos de Teodosio, aunque dirigiendo a Gastelúzar una postrera mirada de inquietud y compasión.

En cambio los montañeses, tanto de Goñi, como de los valles inmediatos, que seguían a la pagana, no podían apartar los ojos del palacio, esperando que saliese alguna persona de autoridad y respeto a poner término a la insolencia y furor de los paganos de Aitormendi, cuyas pretensiones a disponer de los prisioneros les parecían problemáticas.

Por una reacción natural y propia del corazón humano, aquellos mismos que en las Dos Hermanas se amotinaron pidiendo a voces que García precipitase de la roca a Ranimiro; al ver ahora la saña que contra él mostraban Amagoya, Pacomio y sus secuaces, que ninguna parte habían tenido en su captura, sentíanse como inclinados en su favor, y poco satisfechos de que Teodosio hubiese abandonado a Gastelúzar.

Pero quien no acertaba a darse cuenta de lo que veía, era el caudillo de las Amézcuas, que descendía desalado de la cumbre de la sierra, aunque sin esperanza alguna de llegar a tiempo de impedir la catástrofe. Tremendos cargos hacía en su interior a Teodosio, con ira, con indignación, arrepintiéndose de la confianza que en él había depositado, y de las atenciones que le había tenido. En la ceguedad de su cólera, acusaba también a los ancianos señores del valle, que no salían a impedir con su presencia el atentado.

-¿Se acordarán, decía el caudillo, se acordarán de que uno de sus hijos murió tiempos atrás a manos de Ranimiro? ¡Teodosio! ¡Miguel de Goñi! ¿En dónde estáis? ¿Cómo no veis que vuestra conducta es la deshonor de Vasconia, y por ventura, la continuación de la guerra? Consentir en la muerte de Amaya y Ranimiro, ¿no es provocar la venganza de sus deudos, que tarde o temprano vendrán a pedirnos satisfacción del ultraje y la sangre tan bárbaramente derramada?

Pacomio y Amagoya se agitaban a las puertas del castillo, preparándolo todo y excitando a las turbas contra los godos.

Hallándose la viuda de Basurde a dos pasos del supuesto asesino de su marido, hervía con el anhélito de un rencor inveterado.

Los amezcuanos de García no tenían trazas de oponer la menor resistencia a la entrada de Amagoya en la torre que estaban encargados de defender. Negar el paso a la heredera de Aitor, hubiérales parecido falta de respeto, casi un sacrilegio.

¡Ay! Ninguna esperanza de salvación había para los prisioneros, y menos para Ranimiro y su hija.

A mayor abundamiento, Pacomio, así que lo tuvo todo bien preparado, se abalanzó con el acero en la mano a la puerta de Gastelúzar.

La Adivina le seguía, y desaparecieron ambos en el interior del ciclópeo edificio, como lobos hambrientos por el agujero del redil.

Momentos después resonó dentro una voz estentórea, que decía, rugiendo como leona sorprendida delante de sus cachorros:

-¡Atrás, Abraham Abén Hezra, atrás!

Y salió Pacomio espantado, despavorido, ciego, sin el estoque en la mano, sin color de vivo en el rostro.

-¡La loca! ¡La loca!, exclamó con el cavernoso acento del moribundo.

Y desapareció entre la turba, que sólo tenía ojos para mirar a la puerta del castillo.

Amagoya, que apenas había pasado del dintel, retrocedió también, sobrecogida por el espanto del judío disfrazado de ermitaño, cuyo terror no acertaba a explicarse.

Para ella y para todos los circunstantes, aquellas palabras que salieron de los claustros de Gastelúzar eran ininteligibles.

Pero bien pronto tuvo que oír otras, tan claras y terribles, cual nunca jamás las había escuchado.

-¡Atrás tú también, viuda de Basurde!, dijo la misma tremenda voz: y se presentó en el umbral con el acero de Pacomio en dos pedazos la colosal Petronila, cuya desgreñada cabellera se rozaba con el dintel; y añadió, sin dar tiempo a que Amagoya le contestara: ¡Viuda del incendiario de Aitormendi, del asesino de su cuñada, del que intentó sepultar entre escombros a su sobrina recién nacida, atrás! ¿Vienes a completar la obra de tu marido? ¿Quieres asesinar a la hija de tu hermana? ¿Intentas deshacer el milagro del Dios de los cristianos? ¡Atrás! Si grande es la potestad del infierno que la persigue, mayor es la del cielo que la protege.

-¡A ella!, gritó Amagoya, completamente desfigurada por la cólera: ¡Atad a esa loca! ¡Mordazas a la blasfema!

-¡Loca, sí, loca para descubrir la verdad: cuerda ya, mal que te pese, para proclamarla y sostenerla!

-¡Atadla!, repitió la Adivina: si no me obedecéis, lo haré yo.

Los paganos permanecían inmóviles: si hubiesen dado un paso contra Petronila, los cristianos de Goñi y las Amézcuas los habrían hecho pedazos.

-¿Tú, miserable pagana; proseguía, cada vez más animosa, la demente: tú, ridícula sacerdotisa de la luna; tú piensas ser obedecida en tierra de cristianos, a quien deshonoras con esa vestimenta de farsantes? Si te precias de vascongada, ven, ven conmigo al tribunal de los vascos, donde yo te acusaré de usurpadora del palacio y señorío de Aitor.

-¡Usurpadora yo de la casa de mi padres! ¿Pues a quién pertenece?

-¡A tu sobrina Amaya, hija de Lorea, bautizada con el nombre de Paula! ¡A ésa a quien tratas de asesinar, para que no te dispute la herencia!

Al oír estas palabras, Amagoya, fuera de sí, se abalanzó contra Petronila, como si fuera a destrozarla; pero la loca, dando un paso atrás, cerró la puerta del castillo, al pie de la cual cayó la Adivina desplomada.

A la distancia en que de Gastelúzar estaba todavía, el señor de las Amézcuas no pudo oír nada de lo que allí se dijo; pero al ver huir al judío, disfrazado de ermitaño, y retroceder a la terrible Amagoya; al ver, sobre todo, a Petronila, que avasallaba y se imponía todos, comprendió que ésta había salvado por segunda vez a la hija de Paula, y que Dios se valía de aquella mujer para proteger a Amaya de quien él estaba ya perdidamente enamorado.

Sintió remordimientos por no haber confiado bastante en la bondad divina; y con pecho anhelante, y corazón henchido de reconocimiento, alzó los ojos al cielo, exclamando:

-¡Perdóname, Dios mío! ¡Perdóname mi falta de fe, y completa tu obra! Ni mi amor, ni mi ambición serán en adelante estorbo a tus inescrutables designios.

CAPITULO X

En que se da fin a la primera parte de esta verdadera historia

Abrióse luego de par en par la puerta del castillo, y se presentó Amaya.

-¡Adentro, a mi lecho!, exclamó al ver exánime a la Adivina: es la hermana de mi madre.

Y cuando los montañeses iban a obedecerla, llegó de improviso Teodosio, diciendo:

-¡Deteneos! La hija de Aitor no puede habitar entre godos. Si hay vascos que la calumnien y la persigan, yo me declaro su protector. Llevadla a Jaureguía.

Como era natural, sus órdenes fueron acatadas.

El hijo de Miguel volvióse hacia Amaya y la entregó el brazalete.

-Aquí tenéis, la dijo, lo único que os pertenece de la herencia de vuestra madre: el resto no puede ser, no será nunca de los godos.

Y sin aguardar respuesta, tornó bruscamente las espaldas, yendo en pos de los que conducían al palacio a la Adivina.

Recibióla Plácida, y la acomodó en su propio lecho.

Merced a los cuidados de la señora del valle, poco a poco fuese recobrando de su accidente; pero al verse en aquel aposento que no conocía, y sobre todo, al pie de una cruz, se figuró que estaba soñando, creyóse cautiva de los godos; y recordando luego confusamente la escena de Gastelúzar, saltó de la cama, sin consentir que nadie se le acercara: acomodóse túnica y manto, y lanzando miradas de horror a la pobre anciana que la contemplaba compasiva y cariñosa, comenzó a gritar:

-¡Aquí los míos! ¡Aquí los vascos! ¡Aquí los hijos de Aitor!

Entró Teodosio, y con la afabilidad y mansedumbre que le consentía su condición orgullosa y dominante, la contestó:

-Estáis entre ellos, Amagoya: estáis en casa de mis padres.

-¡Godos! ¡Godos tus padres y toda tu parentela!

Plácida no quiso oír más y se retiró. Pero su hijo no se dio todavía por vencido.

-Sosegaos, dijo: si en Goñi habéis sido insultada, no saldréis del valle sin la debida satisfacción. Yo seré vuestro protector.

La Adivina volvió el rostro hacia el caudillo, altiva, desdeñosa y cada vez más ofendida.

-¡Tú protector de Amagoya! ¡la hija mayor del patriarca, menesterosa ya de protección! ¿Entre qué gente vivimos? ¿Entre vascos o entre godos? Yo no necesito de protectores: soy superior a todos vosotros. Si me hace falta un brazo varonil, vendrá mi Asier, vendrá mi hijo a defender a su madre.

El de Goñi creyó que deliraba; y efectivamente, más trazas de demente tenía a la sazón, que de persona de sano juicio.

-Con todo, prosiguió la pagana: una satisfacción tengo que pedirlos, una justicia demando: entregadme a Ranimiro, entregadme a su hija y a la loca que acaba de insultarme.

-¿Para qué?

-Los godos serán juzgados en Aitormendi: la loca perpetuamente encerrada, para que no vuelva a dar nuevos escándalos con sus locuras.

Fuerte era la exigencia; pero Teodosio no se atrevía a combatirla de frente. La humillación del orgulloso campeón de los vascones no podía llegar a más.

-Amagoya, contestó: creo que habláis en razón, y que estáis en vuestro derecho. Precisamente en estos momentos se están congregando los señores que al valle han concurrido...

-¿Para juzgarme? ¿Para oír las desatinadas calumnias de Petronila?

-No hay en toda la escualerría quien pueda juzgar a la madre superior del pueblo vascongado: los señores de Vasconia se congregan para cosas que atañen a la guerra. Dicen unos que los godos nos abandonan y se retiran, mientras otros aseguran que se dirigen contra este valle, por donde quizás nos acometan esta misma noche. Andeca, señor de Vizcaya, trae nuevos mensajes del enemigo. Serán tal vez la postrera intimación para la entrega de los prisioneros; tal vez proposiciones de paz. De todas maneras, y para salir de dudas, el Consejo se reúne; García, con quien se entienden los godos, ha sido llamado a él, y vos debéis asistir a la asamblea, y sentaros bajo del árbol.

-¡Yo en Consejos de guerra!

-¡Vos! ¿Y quién mejor que vos, a fuer de madre y señora del pueblo éuscaro? Como señor de Vizcaya concurre también Andeca.

-¿Y al Consejo pretendes que someta yo mis reclamaciones?

-Al Consejo exponéis vuestra voluntad, que será al punto acatada y obedecida.

-Yo quiero que se me entregue a Ranimiro para ajusticiarlo en Aitormendi.

-Se os entregará. ¿Qué duda tiene?

-Yo quiero que la hija del godo quede para siempre inutilizada en sus locas pretensiones, incompatibles con los derechos de la hija de Aitor.

-Precisamente son esos mis deseos.

-Y quiero, por último, que la loca me descubra el secreto de Aitor, que sólo yo debo poseer y guardar.

-Eso será lo más difícil; porque si se obstina en guardar silencio...

-¡Oh!, exclamó la Adivina desesperada. ¡Si viviera Basurde, se lo arrancararía; si Asier hubiera llegado!...

Teodosio no pudo más: había transigido con su conciencia; pero no quiso transigir con su amor propio ofendido.

-Amagoya, le contestó: ¿a qué os alimentáis de vanas esperanzas? Asier no existe... Tan muerto está como Basurde.

-¿Quién lo dice?

-Lo dice todo el mundo... no hay nadie en toda la escualerría que no lo crea; lo asegura Petronila.

-Miente la loca, miente todo el mundo, mientes tú. Mi hijo vive, mi hijo va a venir, mi hijo se casará con Amaya, con la hija de Aitor, que no es, ni será nunca cristiana.

Y así diciendo, salió del aposento que servía de alcoba a los venerables señores de Goñi, gritando por los corredores y la escalera principal.

-¡Aquí mis vasallos! ¡Aquí los fieles, los que no reniegan de la religión, ni de la sangre de sus padres!

Plácida la salió al encuentro para rogarla que no se marchara así de Jaureguía; que descansara y tomase algún alimento.

-En el lago de las serpientes de fuego pasaría mejor la noche que en vuestra casa, contestó con rostro de energúmena: ponzoña tomaría yo mil veces antes que un bocado de vuestra hogaza.

A las puertas del palacio estaban aguardando los paganos que habían venido acompañándola desde Aitormendi. Cuando Amagoya se vio entre ellos, exclamó con la vista fija en Gastelúzar:

-¡Nido de godos, maldito seas! ¡No quede en pie ni una sola de tus peñas! ¡Jaureguía, añadió, volviéndose hacia la casa de Miguel y Plácida: casa de cristianos, caiga sobre ti la sangre de tus dueños!

Y deponiendo aquella actitud de los falsos profetas que salían a maldecir al pueblo de Israel, sentóse, moral y físicamente quebrantada. Necesitaba llorar; pero no se lo consentía la soberbia.

Sus amigos y vasallos la rodeaban.

-¿Qué tenéis, madre y señora, qué tenéis?, la preguntaban compasivos.

-¿Sois también vosotros de los que dicen que mi hijo ha muerto?

Todos guardaron silencio.

Entonces se levantó, y no sabiendo cómo expresar los afectos de que estaba poseída, y no queriendo dar rienda suelta a las lágrimas, comenzó a cantar:

¡Vive, vive Asier! Conmigo
Celebrará el plenilunio;
Y Amaya será de Asier:
Principio y fin serán uno.

Su canto fue interrumpido por una multitud que desembocaba en el valle con el estruendo de la inundación, y subía a la planicie de las eras.

Eran los vascos de Olo, Araquil y otros puntos comarcanos a quienes había llamado Teodosio para la defensa de la montaña amenazada. Vivían en contacto con los siervos godos que cultivaban las mejores haciendas para sus señores, y sólo tolerándolos, podían ser por estos últimos tolerados. Situación tan violenta, inseguridad tan constante, juntas al frecuente espectáculo del enemigo que cruzaba armado la parte más llana del mutilado territorio; les tenía en continua fiebre, que exasperaba su carácter y encendía su valor, cuando llegaba la ocasión de vengarse de la tiranía y los agravios.

Acudieron los primeros al llamamiento, tomando las armas con desesperación; pero al salir al campo, columbraron toda la vanguardia del ejército godo en retirada.

Los soldados informaron a los siervos del terruño. Era ya pública entre las tiufadías la invasión de Tárik: el nombre de Mahoma y las conquistas de los musulmanes, hasta el vulgo los conocía. Las tropas dejaban, pues, alegres, si bien no muy satisfechas, la conquista definitiva de Vasconia para acudir a la Bética a defender la cruz. Sabían el conflicto de Teodomiro, y no desconocían que al vascón García era debida la primera noticia de la irrupción de los audaces y temibles enemigos del nombre cristiano. Motivo más que suficiente para que los godos, al retirarse, trataran a los vascos fronterizos con insólita suavidad y benevolencia.

Los del valle de Olo no dejaban por eso de acudir al llamamiento; pero iban más como nuncios de grandes y sorprendentes acontecimientos, que como guerreros apercebidos a la batalla.

En esta disposición de ánimo salían del desfiladero con regocijadas voces, desaforados clamores de triunfo, y vítores a la paz, a García y aun a Miguel de Goñi, recordando, sin duda, que entraban en sus estados.

Al toparse de manos a boca con Amagoya que cantaba, completamente ignorantes de lo ocurrido en Gastelúzar, sólo vieron en la Adivina a la mayor de las hijas de Aitor, a la más ilustre y autorizada matrona del solar vascongado.

En el aturdimiento de su alborozo, se olvidaron de que no era cristiana; ni siquiera pararon mientes en la significación de sus vestidos.

La cercaron, la aclamaron, y envolviéndola, por decirlo así, en su entusiasmo, la arrastraban hacia el pueblo; no pudiendo concebir siquiera que en momentos tan dulces como solemnes para la escualerría, huyese de Goñi la madre de los vascos.

-¡Dejadnos marchar!, les decía Amagoya.

-¿A dónde?, le respondían. ¿A nuestro valle? Desierto. ¿A vuestra tierra? Tendréis que romper las columnas de los godos, que están pasando sin interrupción hacia el Ebro.

-Madre superior, exclamaban otros; quedaos a presenciar el triunfo de vuestros hijos. ¡Viva Amagoya! ¡Vivan las hijas de Aitor! ¡Viva la reina de los vascos!

-¡Victoria por la escualerría!, gritaron los paganos de Aitormendi que, a despecho de su señora, querían tomar su parte en el triunfo nacional.

Y todos continuaban empujando hacia Goñi a la Adivina.

Al mismo tiempo que esto acontecía en el barranco, las partidas que estaban de facción y de avanzada en los montes del Norte y del Este, descendían cantando alegres, anunciando la marcha de los godos.

Al oír sus cánticos, las turbas que circundaban a la anciana lanzaron el consabido inarticulado grito de triunfo, que confirmó las esperanzas de las partidas, y todo aquel ámbito se pobló de clamores: y arriba y abajo, a los cuatro puntos cardinales, y al parecer hasta en el centro de la tierra, resonó el himno de victoria, uno de esos cantos éuscaros de tiempo inmemorial.

Era imposible que Amagoya desconociese al pueblo de Aitor, en aquel pueblo cristiano: era imposible que la ofendida Adivina permaneciese muda, insensible ante aquel testimonio de legitimidad éuscara. Su rencor sucumbió: aquel impulso era irresistible para un pecho tan amante de la tradición y del linaje como el suyo. Confesemos además que tenía la pasión, o si se quiere, la debilidad del canto. Al oír voces unánimes, acordes, espontáneas, que parecían la voz de la primitiva Iberia, robusta y rejuvenecida; Petronila, Teodosio, Amaya, García, Jaureguía y Gastelúzar, cristianos y gentiles desaparecieron de su mente, y no quedaron en su memoria ni en su corazón, más que el recuerdo de las glorias de todo un pueblo, y aquel amor a la patria, ciego, irreflexivo, pero noble y ardiente, que era el origen de todas sus faltas, y al propio tiempo la mayor excusa.

Más aún: oía cantar, y cantó. Cantó con el mismo abandono y gallardía que en la cima de las rocas de Aitormendi: cantó mejor; porque ni la soledad la espantaba con su mudez, ni la indiferencia de los oyentes la arreciaba: cantó en coro, con ecos que respondían entusiastas a su acento; cantó como real el triunfo que en la roca de Aitor sólo había cantado en profecía; cantó el ancho respirar de los oprimidos, la libertad de los aherrojados, la redención de los cautivos. Pero la fuerza de la inspiración, los arrebatos del genio que nos transportan a regiones superiores y serenas; el estro más perspicaz e iluminado que la fría razón, la obligó a rendir homenaje a García, a quien toda la gloria y todo el éxito eran debidos.

La mayor parte del auditorio no había oído jamás aquella voz privilegiada, patrimonio exclusivo y signo característico de la familia de Aitor, ni estaba hecha a tan magníficas improvisaciones. Al terminar Amagoia, el entusiasmo se convirtió en locura.

La cantora tuvo que dejarse llevar por la muchedumbre, como el cisne por la impetuosa corriente de un río desbordado, y en hombros de sus admiradores, llegó a la plaza donde estaba reunido el Consejo.

Vítores y aclamaciones resonaban también allí.

El resto del gentío que a la sazón poblaba el valle, circundaba a los señores.

García, que había llegado al fin a Gastelúzar, donde estaba dando disposiciones muy severas y terminantes para la seguridad de los prisioneros, acudió presuroso al llamamiento de los caudillos congregados bajo la ancha copa del roble inmemorial. Era esperado con impaciencia.

-Tomad, le dijo Andeca: un mensajero de Pelayo me ha entregado esta carta para vos.

-¡Qué es esto!, exclamó el mancebo.

-Otra intimación, sin duda, le contestó Teodosio. Se figura ese goda que todos los vascos somos tan sabios como tú, y trata de conquistarnos por las letras.

García rompió los sellos, desarrolló el pergamino, y todo estremecido de júbilo, se dirigió al caudillo vascón que a cierta distancia le estaba observando con recelo.

-Toma, le dijo; toma, amigo mío... Manda que todos nuestros guerreros se vuelvan a su casa... Los godos se retiran a Toledo... Se acabó la campaña... ¡Quizá, quizá se concluyó la guerra!

-¿Quién lo dice?

-Pelayo... el mismo Pelayo.

-Astucias de enemigo.

-Pelayo no miente.

-Pero, ¿no te equivocas tú? ¿Entiendes bien estas letras?, replicó Teodosio, que medio vencido ya por la seguridad y conmoción con que se expresaba el mancebo, comenzaba también a sentir el alborozo de tan fausta nueva.

-Lee tú mismo, o si no quieres o no puedes, manda leer a cualquiera el pergamino. No me obligues a mí, porque me daría vergüenza. Es cierto todo: no me equivoco en nada; y aún hay algo más lisonjero para nosotros que la conclusión de la campaña y de la guerra. Léelo; que si el suceso es grato, a nadie ha de ser tanto como a ti.

-¿Por qué lo dices?

Entonces García, no pudiendo explicar ni contener la profunda conmoción que sentía, se arrojó a los brazos de Teodosio, exclamando con magnánima inspiración:

-Lo digo... porque ha llegado tu hora, Teodosio: tu hora y la mía. Tú te quedas aquí a ser rey... yo me ausento de Vasconia para siempre...

-¿A dónde?

-¡A pelear y morir por la cruz, que peligró en la Bética! Desde hoy se levanta en España una nueva raza, que se llama...

-Se llama la cristiandad, añadió Andeca: a esa raza pertenecemos también los vascos, y yo desde luego.

-Me habéis comprendido, Andeca. Iremos juntos.

-Y moriremos juntos, por la gloria de Dios y el honor de la escualerría.

El hijo de Miguel de Goñi estaba mirando a su generoso rival; pero confuso y humillado ante la abnegación y sacrificio de García. Cediendo al fin a uno de sus buenos arranques, le estrechó contra su corazón, diciéndole:

-García, si el rey de Vasconia fuese el mejor de los vascos, nadie te podría disputar la corona.

-«Cristo vence, Cristo manda, Cristo reina»: yo he nacido para morir al lado de los que levanten esta enseña. ¡Pero lejos, lejos de Vasconia!

-Esa enseña será la mía.

-Pues bien, Teodosio: tú te quedas a sosegar las tierras que Dios te ha encomendado, a bautizar a los paganos de la escualerría: nosotros vamos a llevar el *lauburu* enfrente de los musulmanes.

Teodosio hizo venir al párroco Juan de Vergara para que leyese en alta voz la carta de Pelayo, traduciéndola del latín al vascuence.

A la luz crepuscular del ocaso, leyó el monje de Goñi lo siguiente:

-«Pelayo, conde de los Espatharios, salud a García, señor de Abárzuza y las Amézcuas.

-»Si Dios quiere que se salve a la cristiandad en España, a vos será debido, que sois principal instrumento de la divina misericordia. Vuestros avisos a Rodrigo han dado al fin el resultado que podíamos apetecer: todas nuestras huestes se retiran de Vasconia, y sólo quedan las guarniciones de presidios y ciudades. El rey desiste de su empresa, y casi puedo aseguraros que desistimos también de hacer la guerra a los vascos».

Aquí fue interrumpida la lectura por una explosión de gritos de alborozo. Restablecido a duras penas el silencio, prosiguió el monje:

-«En el corto tiempo que he permanecido entre vosotros, he sondeado los sentimientos de los vascos. Como se ve el fondo de arena en los remansos de fuente cristalina, así he visto el corazón de vuestras montañas. Fui como adversario, y torné como amigo. Os admiro, os respeto y os amo».

Nuevos gritos, entre los cuales se distingue el nombre de Pelayo, del godo Pelayo, victoreado en vascuence, aclamado por euscaldunas!

«Esta misma tarde hemos emprendido la retirada por los dos caminos de que podemos disponer; pero como las huestes son muchas y el rey está gloriosamente herido, aún nos detendremos algunas horas en Pamplona.

-»Sé de cierto que cumpliréis vuestra palabra dejando en libertad a Ranimiro y los suyos. Os ofendería poniéndolo en duda. Pero si vienen antes de que yo parta; si hacéis de modo que pueda volver a verlos, me sería grato. Deseo que de vuestro poder pasen al mío, y me atrevo a esperarlos de vuestra generosidad.

-»Entre tanto, no pido ni paz, ni tregua, ni siquiera un día de reposo a los vascos; sólo les digo: cristianos somos, la cruz está amenazada, y si os volvemos las espaldas, es para volar a defenderla».

Tal era el final de la carta, que fue coronado con vivísimos aplausos.

La gente estaba tan embelesada con aquellas nuevas, primer respiro de los Pirineos al cabo de tres siglos de angustias y dolores, que por de pronto nadie reparó en la aparición de Amagoya.

Quedó ésta como herida en lo más sensible de su corazón, en el orgullo. Pensaba en volverse atrás, cuando la detuvo la voz de Teodosio, que decía al joven de las Amézcuas:

-García, coge a tus prisioneros y llévaselos a Pelayo esta misma noche.

Y luego, bajando la voz, añadió:

-Date prisa: nos está escuchando Amagoya. Acabo de malquistarme con ella para siempre; pero no importa: Dios me ayudará por otro lado.

La Adivina entonces, rompiendo por medio de las turbas que circundaban el Consejo, se adelantó dos pasos, y gritó:

-¡Míos son los prisioneros! Por grandes que seáis, ancianos y señores de Vasconia, yo soy superior, porque me elevo sobre el pedestal de Aitormendi y en brazos de cien y cien generaciones. Vuestra religión os lleva a la misericordia; la mía clama venganza y pide justicia.

-Callad, Amagoya, le contestó una voz murmurando a su oído: no me obliguéis a probar que vuestro marido pudo ser incendiario y asesino, porque no tenía religión, ni era vascongado.

Volvió el rostro la anciana, y quedó aterrada ante la mirada de Petronila.

Tuvo valor, sin embargo, para exclamar:

-¡Basurde! ¿Pues quién era Basurde?

La loca se aproximó aún más a la viuda, y pronunció a su oído una sola palabra.

Una sola; pero eficaz y decisiva. Amagoya se dio por derrotada.

-Marchemos, dijo a sus vasallos, y esta vez para no tornar jamás.

-¡Tan tarde! ¡En día de tanto júbilo! exclamó Teodosio. ¡Teniendo que atravesar acaso por entre las huestes de Rodrigo!

-Prefiero morir entre godos, a vivir entre vascos degenerados.

Por mucha prisa que se dio Amagoya, las turbas y Miguel y Plácida con ruegos, con instancias, con ahínco, la detuvieron para obligarla a que permaneciera, aquella noche al menos, en Val-de-Goñi. Todo en vano.

Semejante detención, y otra más larga que, para llorar de vergüenza, tuvo que hacer en lo más oscuro del desfiladero, al perder de vista los lugares testigos de su ignominia como pagana; la obligaron a ceder el paso a numeroso pelotón de gentes, que apenas cabía por la angostura de la garganta.

Eran Amaya, Ranimiro y los godos que escoltados por García y los amezcuanos, tornaban a Pamplona.

La viuda de Basurde, no pudiendo evitar el encuentro, se ocultó cuanto le fue posible en la hendidura de una roca, y les volvió la espalda.

Pero su blanco traje la hacía traición.

-Adiós, tía, le dijo Amaya: os amo de corazón. Quisiera besar una vez siquiera la mano de la hermana de mi madre.

Amagoya salió del cóncavo peñón; pero en vez de responder a su sobrina, se encaró con Ranimiro, y exclamó:

-En el nombre de Dios, contestadme: ¿habéis sido el incendiario de la casa de Aitor?

-En el nombre de Dios os juro que no.

-¿Quién lo fue? Respondedme sin temor.

-Lo ignoro: el incendio pudo ser casual. Como quiera que fuese, a mí me dolió tanto como a vos; porque me impidió salvar el cadáver de mi esposa.

-¿Hallasteis muerta a mi hermana?

-Muerta.

-¿Asesinada?

-Al parecer de muerte natural.

-Vete en paz, Ranimiro. Aunque godo, te aborrezco menos que a los malos vascongados, que intentan infamar a mi marido. Sobrina, besa la frente de tu tía.

Y Amaya, desde su hacanea, inclinó el rostro hacia el suelo, y las dos se besaron.

-No puedo negar que eres hija de mi hermana, cuya hermosura tienes, dijo Amagoya suspirando. ¡Ojalá no lo fueras!

García y los godos caminaban en silencio, iluminados más tarde por la luna. Hacía el joven vasco un esfuerzo heroico en conducir a la dama, según él creía, a los brazos de su futuro esposo. Pero el encuentro del desfiladero, trayéndole a la memoria las desventuras del amor entre personas de linajes enemigos, le alentaba y sostenía en tan amargo trance.

Su resolución además estaba tomada, y sentía ya hasta impaciencia por dejar aquella tierra y aquellas personas tan queridas.

La princesa goda lo conocía todo, y callaba también.

Cuando llegaron a la cuenca de Pamplona, dijo García a Ranimiro:

-Ya estáis en territorio vuestro: ya sois libres. Dadme la mano, y ¡adiós! ¡Adiós para siempre!

-¡Para siempre adiós, amigo mío. Pero no os despido del corazón. En él sí que viviréis para siempre!

Y le dio un abrazo.

-¡Adiós, García!, le dijo Amaya; y sin aguardar la despedida del joven, dio un latigazo al caballo, y echó a correr hacia Pamplona.

No tenía valor, sin duda, para oír el último adiós del vascongado.

Difícil era que lo oyese, porque García tampoco tuvo aliento para pronunciar una palabra.

Viéndose solo en las márgenes del río, se encaminó con los suyos hacia Abárzuza, faldeando la sierra por el opuesto lado, y llegó al amanecer.

Tenía necesidad de ver y abrazar a su madre.

A los dos días, cuando del numeroso ejército que trajo Rodrigo no habían quedado en Vasconia más que algunos cadáveres y los heridos del asedio de Pamplona, supo García que Ranimiro, a ruegos de Pelayo, mandaba ya en la ciudad con título de conde.

Se fue entonces a su madre, y la dijo:

-Amaya se queda en Iruña: ya puedo marcharme y cumplir mi promesa.

-Cúmplela; pero nos volveremos a ver.

-¡Sí, madre mía: aún nos veremos!...

Y añadió con el pensamiento.

-En el cielo.

Y sin decir nada que indicase sus presentimientos, desapareció de Abárzuza aquella noche, y de Vasconia al siguiente día.

SEGUNDA PARTE

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

En que Munio tonsura y viste de monje a Ranimiro

Desde el día en que Rodrigo abandonó las regiones pirenaicas para acudir en auxilio del duque de la Bética, hasta el segundo tercio de Agosto, en que se anuda el hilo del precedente relato; han trascurrido unos tres meses.

Ranimiro se había quedado en Pamplona, no sólo de gobernador o conde, según dijo García, sino hasta cierto punto como duque de Vasconia; pues a todo aquel indómito territorio se extendía su jurisdicción, en virtud de disposiciones últimamente acordadas por el monarca, tanto para dar al príncipe cargo digno de su alcurnia, como por la necesidad de encomendar a su gran pericia, lealtad y prudencia, la conservación de las reconquistas de los godos, harto difícil en tiempos tan azarosos para aquel imperio.

Sólo en vista del peligro que éste corría en el Norte de la Península, amenazado siempre por los vascones, corroído por godos y judíos conjurados en favor de los invasores musulmanes, pudo resignarse Ranimiro a no acompañar al rey en la guerra del Mediodía.

Al tomar posesión del gobierno, contaba con los cristianos y caballerosos sentimientos del señor de Abárzuza y las Amezcuas, los cuales no le permitirían turbar la tregua tácita en que por primera vez parecían de acuerdo godos y vascos; mas no tardó en saber que había desaparecido de la tierra éuscara.

Cuando Ranimiro puso en conocimiento de su hija suceso tan raro y singular en el país, a cuyas costumbres repugnaba, no quiso ésta preguntar a dónde se dirigía su libertador.

Chocóle a su padre semejante reserva, que tenía apariencias de desdén; pero Amaya le contestó:

-Padre, tengo formado el concepto de que García hace siempre lo que debe.

-¿Y a dónde crees tú que su deber lo llama?

-Lejos, muy lejos de Vasconia: donde no sirva de estorbo a los planes de...

-¿De quién?

-De todo el mundo, padre mío: a los pensamientos de Teodosio, por de pronto.

-Sí; de eso no podemos dudar. El hijo de Goñi aspira a ser rey, y García Jiménez en breves días ha demostrado que merece serlo. Pero tal vez esa misma consideración le obligaba a permanecer en la montaña, a disputar a Teodosio la supremacía,

-Desde vuestro punto de vista, sí; desde el suyo, no. Porque aun dado el caso que venciera su modestia, y diese entrada en su pecho a la ambición más noble, García, padre mío, nos ama demasiado para reñir batallas contra vos.

-¿Y si no fuera preciso pelear?...

-El cariño que nos tiene le perjudicaría en los tratos de paz, aún más que en el combate. Temería dejarse llevar en ellos por la amistad.

-Lo comprendo. Por manera, que nosotros somos la causa de que ese joven se ausente de su país.

-No es única, ni acaso la principal. García -no lo dudéis- ha ido a la Bética a defender la religión contra los enemigos de la cruz.

Desde aquel día se acrecentó, a ser posible, el grande interés que siempre había tenido Amaya por cuantas noticias pudiesen tener alguna referencia con la invasión musulímica.

Pocas eran las que su padre tenía. Llegó a saber que al propio tiempo que García, salió Andeca de Vizcaya con numerosa y muy aguerrida mesnada, y supuso que ambos señores marchaban juntos por la parte de Castilla; pero nada más.

Amaya, en medio de su curiosidad, evitaba tomar en boca el nombre del caudillo vascón de las Dos Hermanas. Tal vez era respeto a Pelayo, con quien hasta cierto punto se consideraba comprometida.

Entre tanto se agitaba Ranimiro en pavorosa incertidumbre y cruel inquietud por la suerte de la patria. Las huestes de Rodrigo habían salido apresuradamente de Vasconia; pero desde que repasaron el Ebro, marchaban con lentitud irritante, inexplicable. El nuevo duque se consumía de impaciencia al verlas como estancadas en Cesaraugusta.

Atribuía la falta a los annonarios, que no sabían proveer el sustento y paga de los soldados; a los condes de las Ciudades, que no los auxiliaban como era debido, ni sabían encontrar dinero en ninguna parte. Los judíos, a quien recurrían, como si obedeciesen a una consigna, se negaban a darlo: y al propio tiempo los tiufados, casi unánimes, manifestaban al rey que no respondían de la obediencia y disciplina de los soldados, si se les obligaba a marchar pobres, hambrientos y desnudos.

Exageraban el mal los jefes militares: aquellos siervos que, por lo general, pertenecían a las antiguas razas, diversas entre sí, pero confundidas en el desprecio de los godos conquistadores con el nombre común de romanos; eran sufridos y estaban animados de fe y aún de entusiasmo por esgrimir sus armas contra los enemigos de Cristo, en vez de

combatir a los vascos, cristianos como ellos, y como ellos también aborrecidos por los conquistadores. La indisciplina, la soberbia o la traición, anidaban en el pecho de los milenarios o tiufados.

Aunque la organización propiamente militar de los godos era, como se ha visto, muy semejante a la nuestra, la organización, por decirlo así, política de los regimientos, obedecía a principios muy diferentes de los que rigen en tiempos modernos. Cada tiufado formaba su cuerpo militar con sus propios siervos y gente allegada por oficiales subalternos. Venían, pues, a ser los próceres milenarios, reyezuelos o señores feudales, que servían al prócer a quien habían elegido rey, con la esperanza de sucederle cuando buenamente se muriese, o con malas artes le hicieran caer destronado. La monarquía visigótica era en el fondo una oligarquía o gobierno de magnates superiores al rey; porque de ellos dependía el darle o quitarle el cetro. Por eso Rodrigo, comprendiendo su precaria situación desde el punto en que vio tan gran número de nobles conjurados contra él, arrojó magnánimo la lista de los desleales al fuego, y sólo aspiró a morir como un héroe, no queriendo conocer a los traidores, por no confesar su impotencia para castigarlos.

La negativa de los judíos a dar dinero, y la conducta más que sospechosa de los tiufados, fueron para el rey, para Pelayo y Ranimiro, clarísimos y flamantes testimonios de la conjuración descubierta por García.

Al fin salió Rodrigo de aquel conflicto recurriendo, como solía, al conde de los Tesoros a su favorito Eudón, a cuya pericia y buena estrella había encomendado también la Hacienda pública, amén de los negocios de Estado y de la Justicia, como conde de los Notarios y Largiciones.

Ante las insinuaciones del ministro casi universal, los judíos se ablandaron, y los tiufados se movieron, arrancando las huestes de Cesaraugusta, desde donde se partieron a Toledo.

-Al fin, dijo Ranimiro a su hija, los cristianos se van a encontrar con los infieles, y no tardaremos en saber que se ha dado la batalla.

-Tengo el presentimiento, le respondió su hija, de que ha de sernos funesta.

-¿Por qué? Nuestro ejército es cuatro o cinco veces mayor que el de los mahometanos.

-Los vascos pelearán en las campiñas del Mediodía con el mismo abandono que en sus montañas; sin casco, sin cota, sin armas defensivas. Han ido a la Bética; pero no volverán.

-¿Por qué has de pensar tan tristemente?

-¡No volverán, padre mío!

-Y aunque así fuese, los vascos son un puñado de gentes, comparados con la hueste de Rodrigo, que acaso exceda de cien mil hombres. Pudieran perecer todos los vascos sin que se perdiese la batalla.

Tan racional y de sentido común era esta consideración, que Amaya no tuvo que replicar. Respondieron por ella su rubor y su silencio.

El padre lo comprendió, y tal lástima tuvo de su hija, que lejos de reprenderla, la ayudó a salir de aquel mal paso.

-De todos modos, hija mía, Dios lo ha de hacer, y a nosotros sólo nos toca encomendárselo en nuestras oraciones.

No escaseaban sin duda alguna las de Amaya. Desde que vino de Goñi se había aumentado su piedad. Iba a la basílica con más frecuencia; veía también más a menudo a su confesor, el santo obispo Marciano. En medio del lujo a que la general costumbre y decoro de su elevada clase la obligaban, procuraba llevar vida de mortificación y penitencia. Hízose más grave, procuró no alarmar a su padre con inquietud e impacencias; pero éste notaba que su rostro estaba más pálido y sorprendía en él nubes de tristeza.

Por ventura Ranimiro cayó entonces en la cuenta de ciertos antecedentes de la ausencia de García; por ventura se la explicaba un amor imposible, dados el carácter y posición del amante y de la amada; por ventura temía también que Amaya, sin saberlo, ni sospecharlo siquiera, hubiese rendido el corazón al caudillo enemigo.

Si esto era cierto, bien sabía Ranimiro que su hija no faltaría jamás a los deberes de doncella cristiana y de princesa goda; pero no menos incapaz la creía de entregar a nadie, y sobre todo, a un hombre como Pelayo, corazón que otro hombre poseyera. Amaya no amaría nunca a medias: si había llegado a inclinarse a García, ni aún arrepentida y pesarosa de este amor, daría ya su mano al conde de los espatharios. En tal caso, ¡adiós esperanzas y ensueños paternos! ¡Adiós felicidad de aquella hija querida, única, arrancada por él de los brazos mismos de la muerte, bautizada por él, criada, instruida, educada, por él, formada a su gusto; la mejor de las ricas hembras para esposa del mejor de los caballeros, príncipes y reyes españoles! Perdida la esperanza de ser feliz en el mundo, no la podría encontrar sino en el claustro, desposándose con Jesucristo, y estaba seguro de que Amaya no la buscaría ni de otro modo, ni en otra parte.

De resultas de tanta agitación y ansiedad, Ranimiro comenzó a desmerecer y perder la salud al cabo de algunas semanas de haber tomado el mando. Pudieron también influir como causa inmediata y determinante los excesivos calores que aquel verano se sintieron en tierra de Pamplona: ello es que cayó enfermo con fiebre, que en un principio no parecía peligrosa. Pero a los catorce días degeneró en maligna, y se le administraron los auxilios espirituales, incluso el de la Extremaunción; pues a pesar de haber notado Masdeu

que en tantos documentos como tenemos de la España romana y goda, por siete siglos enteros no se halla nombrado una vez siquiera este último Sacramento, es cierto que estaba en uso en todas las iglesias del mundo, y no podía faltar a la visigótica.

Perdió Ranimiro el conocimiento y quedó moribundo, en términos de que los médicos que eran judíos, declararon que se moría, sin remedio. Tenía esta declaración en labios semejantes harto más valor que en otros; porque la ley y la costumbre establecían que si

el enfermo no se curaba, no se les pagara a los facultativos, ni se les diera ninguna recompensa.

Desde el principio de la enfermedad del conde-duque, había tomado el mando su vicario Munio, el amigo de Eudón y quingentario de la guardia pretoriana. Con cuyo motivo entraba y salía en la casa con mucha frecuencia, para consultar y proceder en todo de acuerdo con el gobernador, mientras éste buenamente pudo seguir enterándose de los principales negocios de sus Estados.

Pero llegó, como queda dicho, la época en que el enfermo tuvo que atender exclusivamente al negocio de su alma, y llegó también el día en que perdió por completo el conocimiento; y aunque el sustituto o vicario nada podía ya consultarle, continuó visitándole con el mismo interés y asiduidad que al principio, en términos de haberse captado la estimación y aún la confianza de Amaya, a quien había conocido y admirado en el castillo de Cantabria.

Cuando los médicos judíos desahuciaron al enfermo y se hallaba éste en la agonía, habló Munio de la necesidad de administrarle el Viático de los godos, o sea la decalvación; a lo cual no opuso Amaya dificultad alguna, profundamente persuadida de que interpretaba fidelísimamente la voluntad de su padre, godo hasta la médula de los huesos, godo de linaje y corazón, godo en simpatías, aficiones y hasta en preocupaciones de su casta.

Fue, pues, decalvado por manos del vicario. La hija tuvo el valor de consentirlo y aun de ordenarlo; mas no el de aplicar las tijeras a la hermosísima y copiosa cabellera de su padre. En seguida se le vistió, o por mejor decir, se le amortajó de monje.

Era esta ceremonia más grave y trascendental de lo que a primera vista parece.

Dos siglos antes de la época de nuestra historia se había introducido en España la costumbre, conocida con el nombre de «Viático», de que los moribundos se consagrasen enteramente a Dios en la hora de la muerte, pidiendo tonsura y hábito de monjes; lo cual les obligaba a serlo perpetuamente si sanaban, o por lo menos, a llevar vida de retiro y penitencia. Esta devoción, en un principio voluntaria y espontánea, hija de la piedad o del temor de la muerte, se fue convirtiendo con el tiempo en obligación de cierta especie. Los deudos, amigos o criados del agonizante, aún cuando éste no pudiese hablar, ni expresar por signos su deseo, creían interpretar su voluntad, haciéndole morir con la cabeza rapada en cerquillo, y vestido con el sayal religioso.

Difícil es concebir en siglos de poca fe, cómo tan simple ceremonia, verificada muchas veces sin intervención de la autoridad eclesiástica ni consentimiento explícito del enfermo, podía ligar a éste a perpetua vida penitente, separada de los negocios del mundo y del trato conyugal; pero la sencilla piedad de los visigodos hacía equivalentes los signos materiales de la penitencia, al voto libre y vocación divina de consagrarse a la perfección.

Así Endeca privó a Heborico del trono de Galicia, tonsurándole y haciéndole monje; así Leovigildo tonsuró después a Endeca y le obligó a ser clérigo; así, por último, el rey Wamba perdió la libertad y la corona.

Los Concilios y los reyes, principalmente Chindasvinto, abuelo de Ranimiro, trataron de poner coto a semejantes abusos, exigiendo la ratificación, solemne de la promesa en pleno y cabal conocimiento, después de recobrada la salud y de haber trascurrido cierto tiempo, para que el voto pudiera considerarse obligatorio, cuando el moribundo no pedía la decalvación explícita y voluntariamente; pero la fuerza de la costumbre era superior a los instintos de libertad, y muy raras personas se aprovechaban de aquella anchurosa puerta de la ley y prudencia eclesiástica, para salir de perdurable y quizás temerario encierro.

Por lo tanto, si se curaba el conde de Pamplona podía en términos regulares asegurarse que quedaba obligado a llevar siempre la cabeza rapada y la barba luenga, a vestir el hábito religioso, a vivir dando ejemplo de virtud, principalmente de penitencia y castidad, privándose de todo regalo y diversión, aunque permaneciese en su casa, y absteniéndose del «tumulto de los negocios seculares», según expresión del décimo tercio Concilio toledano. Es decir, que así como los reyes antes citados perdieron el trono por la tonsura, así Ranimiro perdía el ducado y la opción a todo cargo público, por la tijera de su vicario.

Desde que éste comprendió el peligro en que estaba la vida del gobernador de Vasconia, lo puso, como debía, en conocimiento del conde de los Notarios, mandando un mensaje a Toledo, y otro luego con la gravísima noticia de la tonsura o Viático *in extremis* administrado.

Eran estos despachos tanto más necesarios, cuanto que en las regiones pirenaicas occidentales nada absolutamente se sabía de lo que pasaba en lo interior de la Península. En Pamplona por lo menos, desde que el ejército salió de Cesaraugusta, ni del rey ni de Eudón se había recibido comunicación alguna. Ranimiro estaba a oscuras, y Munio completamente a ciegas.

Este llegó a temblar por la seguridad del territorio conquistado. En efecto, las tropas eran escasas en Vasconia, y apenas bastaban a guarnecer las ciudades fortificadas. Acrecentaba el miedo la completa ignorancia en que se estaba también acerca de los planes y propósitos de los vascos. Teodosio de Goñi había dispuesto que ningún montañés entrara en Pamplona, Olite, Victoriaco y demás poblaciones guarnecidas por los godos, a no ser autorizado por él y con juramento de no revelar nada de lo que en la *escualerría* se pensaba.

Los clérigos y monjes que bajo la dirección del obispo Marciano cuidaban del pasto espiritual de aquella parte de la grey iruniense, podían acaso estar enterados de lo que en la diócesis ocurría: el mismo santísimo prelado, hizo por entonces una incursión al país enemigo; pero ni Munio ni nadie se atrevía a interrogarles. Sabíase que atentos sólo al bien espiritual de godos y vascos, tenían por sistema la reserva y discreción, a fin de ser por entrambos beligerantes respetados, y ni unos ni otros les pedían noticias que seguramente se habrían negado a dar.

Pensó Munio en valerse del fingido ermitaño Pacomio, con quien indudablemente debía de estar en relaciones por encargo de Eudón; pero desde el asedio de Pamplona, ni lo había vuelto a ver, ni tenía noticias suyas. Nadie en la ciudad, ni en la Vasconia gótica le daba razón del eremita. Suponíale encerrado en las montañas, y por consiguiente, fuera

del alcance de la autoridad militar y civil de los godos: pero aun esta suposición le pareció aventurada; porque el obispo le buscaba también y le perseguía en vano entre los vascos para aplicarle el condigno castigo, y tampoco aquellos naturales podían dar con él desde los últimos sucesos de Val-de-Goñi.

En efecto, bastó que Petronila le llamara por su verdadero nombre de judío a las puertas de Gastelúzar, para que Pacomio se eclipsara. Ni por tabernas góticas, ni por cocinas vascas se le veía.

Esta absoluta carencia de noticias, tanto de lo interior del reino, como del país enemigo, tenía consternado a Munio; porque en ciudad tan levantisca y mal domada como Pamplona, aquel vacío se llenaba con rumores absurdos y siniestros, fácilmente propalados y creídos, manteniendo un estado de tirantez y alarma que hubiera roto cuando menos se pensara en sedición, si ésta no exigiese esfuerzo superior al desmayado espíritu de los godos, asustados del silencio, y temerosos de turbarlo con sus propios gritos.

Otra consideración podía también tranquilizar al vicario de Ranimiro, que si no bizarro militar y experto gobernador, parecía sagaz y fino cortesano. Los godos de Pamplona estaban profundamente divididos. Los que se habían envalentonado con la llegada del rey y contaban con la conquista definitiva de los vascos, quedaron mudos de espanto con la retirada de las huestes que sin apariencias de fuga, porque no era consecuencia de ninguna derrota, clarísimamente indicaba la existencia de peligros mayores que el de la rebelión pirenaica. Para conjurarlos, tal vez se vería forzado Rodrigo a reconocer la independencia del pueblo vascongado, y por vergonzoso que fuera, al abandono de los campos y ciudades que, del Ebro aquende, los godos de Vasconia poseían. Era de temer también que los vascos, viendo aquel territorio, no sólo desnudo de tropas y huérfano hasta cierto punto de gobierno, que de interinidad en interinidad, había recaído en Munio, se alzarán un día, y acometieran a los mismos presidios y plazas fuertes; pues que Pelayo les había enseñado cómo sin máquinas de batir podían ser tomadas.

Pero godos había también que secretamente se gozaban en la angustia general, y creían que la salvación había de venir por el acrecentamiento del conflicto. Condolíanse éstos de que Tárik hubiese entrado en la Bética con tan poca gente, temerosos de que sólo viniese a dar al nuevo rey el prestigio de la victoria. De acuerdo con los judíos en suspirar por el antiguo régimen de licencia y desenfreno representado por el nombre de Witiza, y envalentonados aunque vencidos, daban margen a la murmuración, porque Munio no los perseguía como conspiradores, ni los castigaba como rebeldes.

En esta expectativa de grandes sucesos, en este abandono y silencio debidos al miedo general y la recíproca desconfianza, iba trascurriendo el verano, materialmente pacífico, pero moralmente desasosegado y molesto. No ardía la guerra, por lo menos en aquel territorio: los montañeses parecían olvidados de sus opresores; pero aquella inacción era enervante, aquella paz la del abatimiento: aquella atmósfera estaba corrompida por la calma. La Vasconia gótica, embargada por el miedo; las comarcas limítrofes, esquiladas por levas y tributos: ni un soldado del Ebro allá, como no fuese hacia la Bética; muy escasas las guarniciones del Ebro acá, y en la corte el silencio del vacío. Ni aun lejano se sentía el trueno; pero a todas partes amagaba la tempestad.

De cuando en cuando, Munio, para mostrar a sus súbditos que había un gobernador en aquella región, dictaba órdenes, que vilicos y condes cuidaban de no obedecer, para enseñar al vicario el verdadero significado de su gobierno. Importunaba también con mensajes al conde de los Notarios, pidiéndole con urgencia que remediasse tan grave necesidad: y para dar más eficacia a sus ruegos, dejaba entrever como forzoso el caso de abandonar a los naturales la tierra conquistada, retirándose con las tropas a la orilla derecha del Ebro; pero súplicas y amenazas eran igualmente estériles. Si a la corte llegaban, en la corte se hundían: o no había allí rey ni ministros, o la Vasconia no formaba parte del reino visigodo.

Considérese, pues, el júbilo de Munio cuando, a los dos meses de haberse ausentado Rodrigo, hallándose Ranimiro decalvado y sin esperanza alguna de vida, recibió despachos de Toledo, en los cuales se le anunciaba que el monarca había al fin nombrado duque, no ya de Vasconia, sino de toda la Cantabria, nada menos que al conde de los Notarios, de las Largiciones y de los Tesoros, al indispensable Eudón, el cual no tardaría en ponerse en camino para tomar posesión de sus Estados. Tan fausto pliego venía acompañado de una carta que el nuevo duque escribía a su amigo y confidente, elevándole a la dignidad de sustituto suyo en tan vasto gobierno, mientras él no se presentara; encargándole, entre otras cosas reservadas, que a toda costa mantuviera la paz y el orden en la provincia, y reanimase el decaído espíritu de los godos y vascones; y anunciándole para su satisfacción y la de todos sus futuros súbditos de la región pirenaica, que pensaba trasladar la metrópoli de la patricia Amaya en los confines de Asturias, a la ciudad de Pamplona, y había jurado no salir de Vasconia sin reducir a la obediencia a todos los vascos. «Ánimo, pues, concluía Eudón, y preparaos todos a nuevos y maravillosos acontecimientos, que han de dar por resultado la Vasconia unida bajo mi mando, desde Aquitania hasta el Ebro».

Confirmaba el prócer las esperanzas que la carta infundía, con el envío de todo su equipaje a la futura capital de Cantabria; con el cual, a su gran reputación de sabio, de audaz y afortunado en sus empresas, agregó la de rico. Y en honor de la verdad, si no de los godos irunienses, debe decirse que semejante fama no fue la que menos simpatías le conquistó. ¿Por qué medios un extranjero recién llegado de Bizancio, sin bienes de fortuna conocidos, se había hecho en pocos meses opulento? Eso no se preguntaba en aquellos corrompidos tiempos: lo esencial era que un magnate tuviese mucho dinero para gastar, y distribuirlo a sus aduladores. Tanto vales, cuanto tienes, era la máxima que a la sazón prevalecía. Fuera de que, la prodigalidad de rey por una parte, y por otra los notorios servicios que Eudón le había prestado como destronador de Witiza y ministro cuasi universal, desbaratando los planes de los conspiradores y arrancando el oro a los judíos, hacían pasar la riqueza del favorito por una de las más diáfanas y justificadas de aquella época.

En cambio de tantas acémilas, abrumadas con voluminosos y pesados tercios, no vino un soldado; cosa que no hubiera estado de más en opinión de aquella gente amedrentada y descontentadiza. Entre la plebe, sin embargo, con motivo de la peregrina designación de metrópoli y de las enfáticas y misteriosas promesas de Eudón a su vicario, tornó a cundir el rumor de la ya rancia, aunque siempre nueva especie, de la conquista definitiva.

Munio se dedicó a preparar en el *Dominium*, o segundo recinto fortificado de la plaza, las habitaciones del cuasi regio huésped, y no pudiendo averiguarse nada acerca de éste, ni de su patria y oriundez, ni del fundamento de las esperanzas en medio de tanto desamparo y abatimiento resucitadas, las investigaciones de la curiosidad y aun de la envidia se dirigieron contra el vicario interino, cuya súbita importancia y desmesurado engrandecimiento nadie se explicaba satisfactoriamente, y a todos ofendía.

La maledicencia, casi obligada compañera de la curiosidad, halló pasto copioso en las noticias biográficas, con más diligencia que esmero, recogidas en boca de los siervos conductores del equipaje. Súpose por ellos que Munio había sido sorprendido por Eudón en flagrante conspiración a favor de los hijos de Witiza; pero que en lugar de ser decapitado o condenado a perpetua ceguera, se le había hecho quingentario de la guardia del rey, vicario de Ranimiro, y por último, sustituto interino del duque de Cantabria.

La conducta del antiguo conspirador alejaba, sin embargo, cuantas sospechas de deslealtad pudieran engendrar sus antecedentes. Hablaba no sólo con respeto, sino con fervor y encarecimiento del nuevo gobernador, y era el primero en deplorar la candorosa y pertinaz confianza que depositaba el monarca en Sisebuto y Ebbas. Por lo demás, gracias al apresuramiento con que Rodrigo levantó su campo de Pamplona, y al dinero que le proporcionó el crédito y sagacidad de Eudón, como conde de los Tesoros, las tribus mauritanas, que por segunda vez habían desembarcado cerca de Calpe, serían, al decir de Munio, rechazadas en breve al África. Eudón parecía siempre el alma del gobierno, el hombre en todo necesario: y si en tales momentos el monarca se desprendía de él, contaba, sin duda, con deshacerse fácilmente de los musulmanes, y creía llegada la hora de redondear el imperio toledano con la conquista de los nunca bien domados Pirineos Occidentales.

Elevado de repente a la dignidad de vicario del grande hombre de su tiempo, quiso seguir a la letra sus preceptos de sostener el orden en Vasconia y de reanimar a sus subordinados. Temía un golpe de mano contra Pamplona por parte de Teodosio, por lo mismo que nada sabía de él ni de las cosas de los vascos, y escribió a los condes de las ciudades, vílicos o alcaldes de los pueblos, dándose a conocer como vicario de Eudón. Considerando además que Pamplona era el primer baluarte de las conquistas, y que a toda costa debía salvarse como futura capital del ducado, les recordó la obligación en que estaban todos, incluso clérigos y nobles, de acudir a la defensa de la plaza amenazada.

Dispuso al propio tiempo regocijos públicos, a fin de que los pueblos demostraran su satisfacción por el nuevo aspecto que tomaba la cosa pública, digno en verdad de júbilo y aplauso, sobre todo para quien los decretaba.

De sus dos grandes resoluciones, a saber, la de reforzar la guarnición iruniense y celebrar con fiestas públicas su propio sorprendente engrandecimiento, tuvo la desgracia de que ninguna fuese obedecida. No pudiendo llevarse a cabo la primera, los ánimos, después del fugaz relámpago de ventura que resplandeció con la llegada del equipaje de Eudón, quedaron en tinieblas de incertidumbre y con miedo a las tinieblas.

La gran provincia de Cantabria se despoblaba a la sazón, mas no en virtud del mandamiento del vicario, ni para socorrer a su interesante persona; sino por órdenes

directas de Toledo, encomendadas por el duque a unos cuantos tiufados y gardingos que salieron de la corte para hacer en los pueblos la mayor leva que se había conocido.

No podía decirse en rigor que Munio y Eudón estuviesen completamente de acuerdo, pues si el uno quería arramblar a los cántabros hacia Pamplona, el otro los arrastraba hacia la Bética; pero convenían ambos en exceptuar de tan insólitas disposiciones militares la pequeña región gótico-vascongada, que no estaba en verdad para teatro de fuerzas encontradas, ni para perder un átomo de las suyas.

Los godos de Vasconia holgáronse en verse libres de aquella nueva vejación, y los demás procuraban eludir el servicio militar, aunque viesan el reino en peligro, corrompiendo a los tiufados, los cuales se encargaban de corromper a su vez a los prepósitos, y éstos al prepósito general, o ministro de la guerra. Parecía que todos sentían la proximidad de la muerte y con ella la codicia del avaro moribundo. La ley declaraba infames a los que se negaban a defender la patria; pero tantos eran los que optaban por la infamia, que ya el cumplimiento de la obligación se reputaba como destello de ambición o signo de pobreza.

Poco tiempo después de tan infructuosas tentativas para aumentar las huestes de Rodrigo, algunos días antes de promediar el mes de Agosto, presentóse a la puerta del Sur de la ciudad murada cierto magnate godo con traje militar lujoso, aunque asaz llevado y traído, caballero en corcel de raza oriental, bañado en sudor y extenuado de fatiga.

Era un joven tostado de sol, de negra cabellera y barba del mismo color, corta para monje o vasco, larga para prócer. Su desaliño contrastaba con la riqueza de los arreos, y sobre todo con la imponente majestad del semblante. Su expresión era profunda, la mirada tan penetrante, que de puro intensa, infundía miedo. Aquel rostro aguileño, hermoso y varonil, traía el sello de las grandes catástrofes, de las grandes esperanzas y de los grandes pensamientos. Aterraba y animaba a la vez. Todo en torno de él debía de quedar anonadado; pero todo recobraba la vida por él.

-¿Quién sois?, se atrevió a decirle el ostiario.

-Eudón, duque de Cantabria.

Y sin esperar permiso, entró en la ciudad.

Seguíale tan sólo un bucelario.

Era, en efecto, Eudón, que de aquella suerte acababa de atravesar de Sur a Norte toda la Península, rozándose en Vasconia con montañas erizadas, más que de breñas, de enemigos, y teniendo que separar, por decirlo así, con el cuento de su lanza, a los vascos vagabundos que pululaban en los caminos.

Tan pobre entrada no la esperaba nadie; pero ninguno de aquellos godos apocados era capaz de concebir siquiera aparición tan audaz.

¿Cómo aquel hombre se había atrevido a cruzar de parte a parte, sólo con un siervo, comarcas, donde ni en las plazas fuertes se creían los godos seguros de los vascos? ¿Cómo no le habían deshecho éstos, o cautivado cien y cien veces?

Grande impresión debía de producir en el ánimo del pueblo aquel soberano desprecio del peligro, aquella temeridad coronada por el éxito más venturoso.

Guiado por la muchedumbre que se le agolpó a la entrada, llegó al alcázar, por cuyas puertas salía apresuradamente Munio, no menos sorprendido que el resto de los habitantes de Pamplona.

CAPITULO II

De cómo en la capital de Vasconia, ni para remedio se pudo encontrar un vasco

-¡Santa María me valga!, exclamó el vicario, saludando respetuosamente al duque: así de pronto, con esa barba y luenga cabellera, os creí un vasco disfrazado de godo, que se nos quería meter en el homenaje.

Sonrióse Eudón entre arrogante y desdeñoso, y esforzando la voz, para que todos los circunstantes pudieran oírle, contestó:

-No tengáis miedo: soy el duque de Cantabria, que acaba de entrar en la metrópoli de su ducado.

Y así diciendo, se apeó gallardo, soltó las riendas del jadeante corcel en manos del bucelario, tendió la diestra a Munio, y juntos se internaron por el oscuro zaguán abovedado que indicaba la solidez de aquella ciudadela, llamada entonces Dominio, donde se alzaban el alcázar, la capilla y la torre del homenaje.

Juntos también y silenciosos, subieron a las regias habitaciones que tres meses antes, aunque por breves horas, habían ocupado Rodrigo y Pelayo.

-Un baño, la comida, y Pacomio. Pacomio antes que todo, dijo Eudón al entrar en la cámara, donde el vicario había colocado el equipaje que precedió al duque.

-El baño estará al punto, la comida no os hará esperar; pero el buen ermitaño...

-Os previne en mis instrucciones que estuviese aguardándome aquí. Mandadlo llamar.

-Señor duque, contestó Munio; ignoro su paradero.

-¡Cómo!, exclamó Eudón, sorprendido y enojado: ¿no está en Pamplona?

-Ermitaños tan vagabundos no suelen andar a la sombra del Cónclave canonical, donde residen obispos como Marciano.

-Muchos años de persecución lleva ese eremita, y no creo que hasta ahora le haya alcanzado el báculo pastoral. Con que si ha podido esquivar el golpe por sí solo, parece que no debiera temerlo, contando con vuestra prudente y discreta protección.

-Señor duque, repuso Munio, ni oculta abiertamente, ni con miramiento ni sin él, he tenido ocasión de dispensársela; porque no he vuelto a saber de ese hombre desde el asedio.

Guardó silencio el duque, un tanto desapacible al verse contrariado, y dijo momentos después:

-Está bien. ¿Y qué noticias tenéis del país enemigo?

-Ninguna.

-¡Ninguna, y gobernáis a Vasconia! ¡Y estáis haciendo aquí mis veces!

-Mayor fortuna os deseo que la de vuestro vicario.

-Pero, ¿no sabéis al menos si vive Amagoya?

-Supongo que vive; porque ignoro que haya muerto, después de su viaje a Val-de-Goñi.

-¿Y Lartaun y su familia? ¿Su mujer y su hija?

-De ninguno de ellos he podido saber nada.

-¿Cómo es eso, Munio?

-Porque los vascos, desde la marcha del rey, apenas vienen a nuestras ciudades, y a los pocos que acuden al mercado, no puede sacárseles una sola palabra. Parece que su caudillo Teodosio de Goñi, les ha encarecido la necesidad del silencio; y ellos con su guirigay, y con encogerse de hombros, no han menester de muchos sermones y encomiendas para ser reservados.

-Pero esa misma reserva, esas peregrinas precauciones, ese estudiado silencio, prueban que detrás de estas montañas pasa algo extraordinario y grave, que vos, Munio, como vicario y amigo mío, debierais a toda costa haber averiguado.

-El dinero no sirve para esa gente; la amenaza me parecía ridícula y peligrosa, en el desamparo y abandono en que hasta hoy hemos vivido. No hay entre los vascos un traidor ni desleal que se preste al espionaje.

-Los monjes godos...

-Guardan sigilo sacramental. ¡Líbreos Dios de pretender que lo quebranten, con obispos como Marciano! ¿Y quién de nosotros se atreve a penetrar esas sierras?

-Pues es preciso.

-El godo que mandéis allá, dado que entienda el idioma, irá sentenciado a muerte. Irá, pero no volverá.

El duque, no sabiendo qué replicarle, tocó nuevo registro.

-Pues entonces, Munio, ¿qué habéis hecho en servicio mío desde que os envié a Vasconia?

-Os he decalvado a Ranimiro.

-¿Vive aún?

-Vive. El viático le resucitó; mas para nosotros, como si hubiera muerto: no os estorbará en nada. Es un monje más, que sólo aspira a la gloria eterna.

-Que yo sinceramente le deseo.

-Así me lo figuro, contestó el vicario, el cual se permitió sonreírse.

-Buen servicio, en efecto, Munio, que no quedará sin recompensa. Pero, ¿ha ratificado el príncipe su voto?

-Todavía no. Mas perded cuidado: Ranimiro es el godo más godo de todos los godos imaginables: no le falta ni una de sus virtudes, ni una de sus preocupaciones.

-¡Los godos!, exclamó Eudón, cruzándose de brazos con la ironía más amarga y la melancolía más profunda.

Pero desechando súbitamente secretos pensamientos que, al parecer, de todo lo presente le enajenaban, añadió con su habitual acento:

-¡Gran servicio... aunque no completo! Amaya nos queda todavía.

-¡La hija del príncipe!, exclamó a su vez el vicario empalideciendo. ¡Ésa no puede ser decalvada!

-Lo será; si no por vuestras tijeras, por las de una abadesa: Amaya tiene que entrar religiosa.

-¡Monja Amaya! ¿Pues el rey y vos no la habíais escogido para esposa de Pelayo?

-Cierto, y para reina de los godos. Lo mismo me daba, Munio: con tomar el velo en un monasterio, o ceñirse en Toledo la corona, quedaba igualmente incapacitada para reinar entre los vascos. Pero vuestro antiguo capitán, el conde de los Espatharios, ni puede ya pensar en Toledo, ni en Amaya, ni en cetros y coronas, como no aspire a la del martirio.

-¿Por qué?

-No me lo preguntéis. Por ahora os basta saber que hundidos los amantes de la princesa en la sima del olvido...

-¡Sus amantes!, exclamó el vicario murmurando.

-Hundidos sus amantes, y Ranimiro hecho monje, esa dama ha de renunciar el mundo, ha de entrar en un convento, dejando a su prima, la de Lartaun, en pleno goce de sus derechos.

-Pero Amaya ha recobrado el brazaletes, y si éste ha de llegar a vuestras manos, necesarios son con ella ciertos miramientos.

-¡El brazaletes! ¡Alhaja inútil ya para todo el mundo, menos para una hija que estime en algo la memoria de su madre! Hablemos de otra cosa, Munio: ¿conocéis algún médico de confianza?

-Ya sabéis que médicos y abogados suelen ser judíos. Los hay también cristianos; pero los más acreditados son hebreos.

-No me importa: que vengan inmediatamente dos médicos israelitas.

-¿Estáis enfermo? Perdonad si soy indiscreto al dirigiros alguna pregunta; pero tan hondas imaginaciones se reflejan en vuestro semblante, de tales misterios venís rodeado; que un amigo, un siervo como yo, daría pruebas de ingrato, mostrándose más prudente y circunspecto. Aún ignoro si nuestro amado rey goza de buena salud; si ha dado ya la batalla; si el reino... si el ducado...

-Munio, le contestó Eudón, clavando en él una de sus más profundas y avasalladoras miradas; cuando un hombre como yo desciende hasta el ducado de Cantabria, el ducado se llama reino, y el duque...

-Eudón I, añadió el vicario, besándole la mano en señal de homenaje.

Hubo una escena breve, pero muda; cruzamiento elocuentísimo de miradas; silencio que nadie osaba romper, y eso que a ninguno de entrambos personajes le faltaban deseos de salir de aquella situación.

Al cabo de breve, pero significativa pausa, contestó Eudón a la primera pregunta de Munio, como si nada hubiera pasado.

-Necesito consultar inmediatamente a dos físicos hebreos si me conviene o no tomar el baño. Mientras la consulta, publicad en mi nombre una orden para que los godos se abstengan de toda hostilidad contra los vascos, a no ser en acción de guerra, y admitan, como si no fuesen enemigos, a cuantos montañeses se presenten con vituallas o sin ellas en nuestras plazas. Enviadme dos de mis siervos para vestirme. Si vienen los tiufados y priores de la ciudad, o los vílicos de los pueblos, que aguarden.

-¿Y si viene el obispo?

-Que aguarde también. En esta cámara sólo recibiré a los médicos, vestido o desnudo. Que vengan presto, y que pasen sin previo aviso.

Quedóse solo algunos momentos, y maquinalmente se aproximó a una de las ventanas, desde la cual, sobre anchurosa base de tendidas sierras, gallardamente onduladas, veíase descollar la cumbre gigantesca del Aralar.

-Algo grave, no hay duda, debe de estar pasando ahí; dijo murmurando, con la vista en el monte y el pensamiento quizás en otras regiones. Cerca estoy ya; pero, ¡cuántos barcos naufragan delante del puerto!

Entraron los siervos, quitáronle la rica armadura, en partes brillante y en otras tomada del orín; lavóse con fruición en agua fresca, y después de haberse echado encima la estringe civil y ceñido el cingulo militar, dejó que los siervos le limpiaran y adobaran la polvorosa y desgredada cabellera; pero sin permitir que atentaran a su longura, para dejarla, como querían, al estilo godo. No consintió tampoco que le afeitaran la barba.

Con el aseo y el nuevo traje parecía más joven. Traslucíase en sus ojos espíritu superior que se imponía; pero su sonrisa irónica y escéptica cortaba, por decirlo así, la corriente eléctrica de su mirada. Era hermoso con la hermosura de un ángel caído: surcaban su frente arrugas prematuras, como vestigios de grandes pesares o de vivas pasiones. Por lo demás, su color tostado, la abundancia y largura de su cabello, el insólito desaliño de su reciente barba, le prestaban cierta aspereza medio salvaje que contrastaba con la culta modulación de su acento y la majestad de su continente.

Al retirarse los siervos, entraron los médicos con recelosa mirada, cruzadas entrambas manos al pecho, y haciendo profundas reverencias. Tenían, sin embargo, en su miedo y bajeza, más dignidad que los mercaderes de su raza. Sabían perfectamente que los cristianos los respetaban y que la ley los protegía.

Eran ancianos, y vestían ropa talar y mantos de oscura y tosca lana que les cubrían la cabeza, dejándoles visible hasta las sienes una especie de turbante con que se ceñían la frente.

-¿Vuestros nombres?, les dijo Eudón.

-Simón Abén Isaac, contestó el uno.

-Tobías, añadió el otro.

-¿Judíos?

-Y médicos.

-No tengo necesidad de vuestra ciencia; como israelitas os llamo. Noticias he menester; y os advierto que las pago con más gusto y liberalidad que las recetas. ¿Dónde está vuestro rabino?

Los médicos se miraron recíprocamente de soslayo, llevando su recelo y desconfianza hasta el espanto. Creían haber caído en alguna celada.

-¡Nuestro rabino!, exclamaron, tomándose tiempo para contestar.

-Vuestro rabino Abraham Abén Hebra. ¿Dónde está? Necesito verle.

Volvieron a mirarse los interrogados pero esta vez casi de frente, y Simón dijo a Tobías en hebreo:

-Lo quiere atrapar para entregárselo al obispo.

-Os advierto con toda lealtad, que para mí lo mismo es hebreo, que griego y latín, les dijo el duque. En cualquiera de estas lenguas podemos seguir la conversación.

Los judíos se quedaron mudos de asombro, pero asaz dudosos de la veracidad de Eudón; el cual, para convencerlos de ella, añadió en aquel idioma:

-No trato de perseguir a Pacomio: soy amigo suyo, y lo necesito. Harto sabe él que puede contar con mi protección.

-¡Dios de Israel!, exclamó Simón: ¡habláis el hebreo mejor que nosotros!

-No es maravilla; lo he bebido en mejores fuentes.

-¿Sois vos?... ¿Seréis por ventura...?

-El prometido por vuestro rabino Abraham Abén Hebra.

Los ancianos se postraron y le besaron los pies, mientras Eudón decía murmurando con la soberbia de Lucifer:

-Dos razas, dos pueblos van ya: sólo falta que me reconozca el tercero. Alzaos, añadió en alta voz: podéis hablar con toda confianza.

-Como si estuviéramos en la sinagoga. Nuestro rabino ha dicho que sois el Libertador, que venís de Jerusalén.

-Vengo de Roma, de Jerusalén, de Bizancio; vengo de todas partes. ¿Sé yo mismo de dónde vengo? Mas por ahora, hasta hablar con Pacomio, nadie ha de saber quién soy. Ya veis si nos urge a todos mi entrevista con Abraham Abén Hebra. ¿Dónde está?

-Salió de Vasconia hace tres meses.

-Lo sé, dijo Eudón, queriendo abreviar el relato: se fue a Cesaraugusta; dio a las aljamas orden terminante de negar recursos a los condes de las ciudades y annonarios del ejército; pero le hice desistir de su mal propósito. Le recompensé aquel servicio, y se volvió inmediatamente. ¿Dónde está ahora?

-Entre los vascos, contestó Simón; ¿por qué negarlo cuando acerca del rabino sabéis más que nosotros?

-¿Entre cuáles? ¿En las vertientes de acá o por ventura en las de allende los Pirineos?

-Lo ignoramos; pero es de suponer que no ande lejos.

-Necesito verle esta misma tarde, esta noche a más tardar. Se le abrirán las puertas de la ciudad a cualquier hora que llegue: le daré un salvoconducto.

-Imposible, absolutamente imposible. Ninguno de nosotros puede mandarle un mensaje. Pero si, como es fácil, necesitáis dinero para principiar la obra de nuestra redención, os lo prestaremos; digo mal, y perdonad la palabra que se me ha escapado por la costumbre, os lo daremos.

-Simón Abén Isaac, Tobías, dinero traigo para pagaros la visita; dinero también para hartar a la sinagoga: yo no busco ni necesito vuestro dinero. Y puesto que no podéis

proporcionarme lo que he de menester, tomad, añadió, dándoles un bolsón lleno de oro; retiraos. Hemos concluido.

-Señor duque, perded cuidado; si el rabino viniese aquí por casualidad...

-Abraham Abén Hebra no vendría a Pamplona por casualidad; vendría a verme.

Quedóse breves instantes pensativo, y prosiguió:

-¿Dónde está Respha?

¿Qué Respha?

-¿Cómo es eso? ¿Otra vez recelos y desconfianza? ¿Cuántas Resphas hay en la aljama?

-Pero ésa por quien sin duda preguntáis es...

-La hermana del rabino; la sierva que fue de Ranimiro; la amiga de Basurde, a quien conoció al otro lado de los Pirineos; la que tomó el nombre de Sara para eludir el castigo del tiufado.

-¡Todo lo sabéis! Nada hay oculto para vos. ¿A qué andar con misterios?, dijo Simón cada vez más atónito. Ésa está aquí. A la noche tenemos sinagoga en su casa.

-Decid a Respha que me espere esta misma noche; y vos, Simón, venid a conducirme a la aljama después de la primera vigilia.

Segunda vez se postraron a sus pies los dos médicos hebreos.

-¿Qué hacéis? -les dijo Eudón, a quien principiaba a molestar ya tanto acatamiento.

-Cuando tanto conocéis a Respha, cuando no titubeáis en asistir a nuestros consistorios, verdaderamente sois el hombre que se nos ha prometido.

El misterioso impostor despidió a los judíos con un ademán de soberano.

La llegada del duque de Cantabria y la declaración auténtica de metrópoli a favor de Pamplona, nuevas entrambas simultáneamente esparcidas por la ciudad, la conmovieron y produjeron el mejor efecto. Eudón fue saludado como futuro libertador de los fieles vasallos de Vasconia. Disipáronse las nubes, serenóse el cielo, renacieron las esperanzas. Todo se veía por diferente aspecto, claro a la sazón, apacible y risueño. Si en los primeros momentos causó extrañeza que el nuevo duque hubiese venido solo, ahora se decía que era por hacer alarde de lo que de su arrogancia y fortuna podía esperarse. Suponíase conjurado el peligro de la Bética, reducida la invasión de Tárik a las diminutas proporciones de las algaradas de su predecesor Tarif Abu Zora. Lanzados al África los berberiscos, las huestes de Rodrigo tornarían en breve a los Pirineos. Las muchedumbres tienen que moverse con lentitud; Eudón había tomado la delantera al ejército, porque no careciesen los cántabros tanto tiempo de verdadera autoridad. Mientras llegaba la hueste, él acabaría de formar nuevos planes de campaña, cosa recóndita, pero grande y soberbia a maravilla. La guerra, pues, iba a retoñar a fines del verano: y los pensamientos del caudillo, prepósito tan bizarro, como peritísimo ministro de Hacienda, de Justicia y de

Estado, a tan feliz remate y cima llegarían, como su conjuración contra Witiza, y su habilidad en sacar dinero de las entrañas de los judíos, harto más hondas y duras que las de la tierra.

Los que así discurrían, precisamente los que dos o tres horas antes más implacables y sañudos murmuraban, cayeron en la cuenta de que serían indignos de semejantes mercedes y beneficios, si no mostraban pública y ruidosamente su gratitud al dispensador de tanta ventura.

Propusieron carreras de caballos, espectáculo favorito de los godos, funciones teatrales, músicas y festines: pero cortóles el hervor de su inventiva la noticia de que el obispo se oponía a los festejos, por parecerle que no el principio de una campaña, sino su feliz terminación debía celebrarse; y que de todos modos, lo primero era saber la verdad de cuanto en lo interior de España ocurría: cosa que nadie mejor que el nuevo duque, primer ministro y favorito del rey, podría explicarlo.

El consejo pareció prudente a los priores y seniores del municipio, y al efecto, acompañados de tiufados, magnates y gardingos, fueron a dar al duque la bienvenida, y preguntarle por el rey, por las huestes y la guerra de la Bética, acerca de lo cual ni una palabra sabían.

Eudón, que ya había tomado el baño y comido con muy gentil apetito, recibió con regio continente a sus ilustres visitantes, a guisa de hombre a semejantes ceremonias acostumbrado.

-Estamos en tiempos de prueba, les dijo, de los cuales saldremos presto y con toda felicidad, si demostramos confianza, virilidad y energía. Los de regocijo vendrán luego con el triunfo. Con todo, para que la plebe, a quien deseo ver tan leal como animosa, no se deje abatir por la miseria y carestía, debida al escaso número de vascos que a las plazas acude, disponed de quinientas libras de oro que distribuiréis entre los más necesitados.

-¡Quinientas libras!, exclamaron los magnates con asombro.

-Y vosotros, esclarecidos próceres, tiufados y gardingos, apercibíos al combate.

-¿Contra quién?, preguntó el preósito de los seniores.

-Vuestro oficio es pelear, y el mío designaros la ocasión y el enemigo, contestóle Eudón con severidad y firmeza.

Pero creyendo haberse excedido en su propia reserva, añadió como abandonado a la confianza de amigo:

-¿Contra quién decís? ¿Qué sabéis de los peligros que nos amenazan? ¿Qué de los vascos? Nada. ¿Qué de los francos? ¿Qué de los mismos godos? Decídmelo con verdad y lisura: ¿sabéis algo?

-Nada, respondieron todos a una voz.

-Pues bien, cuando nada se sabe del enemigo que nos rodea, hay que temerlo todo.

-Pero el rey... se atrevió a decir el propósito.

-¿Qué decís del rey?, preguntó el duque, clavando en su interruptor una de esas miradas que todo lo descubren y escudriñan.

-Preguntaba si el rey volvería a Pamplona.

-Perded cuidado, que en llegando la ocasión, el rey irá delante de vosotros.

-¿Y dónde queda el invicto y valeroso Rodrigo?

-En la Bética, contestó gravemente Eudón.

-¿Se ha curado ya de la herida?

-Nada le duele ya; respondió secamente el interrogado, como si quisiese darles a entender que tanta curiosidad en los representantes de la ciudad rebelde, más que solicitud parecía bajeza.

-¿Se ha dado ya la batalla?

-La nuestra, no.

Y queriendo terminar aquel diálogo, y dar a la conversación otro giro, añadió:

-Primates y seniores, nobles y plebeyos, señores y siervos, patronos y libertos, todos sois vasallos míos; aguzad las armas y adiestraos; avivad las fraguas, y que todo hierro se convierta en espadas y saetas; porque desde este momento todos sois soldados. Nuestra batalla ha de ser aquí. Oro traigo suficiente para remediar la penuria de los que no han cobrado todavía sus rentas.

-Ninguno de nosotros ha percibido ni un *sato* de trigo.

-Todos estamos en el mismo caso: todos necesitamos dinero.

-Para todos habrá: que el armamento de Vasconia no quede por eso; y desde luego, suspéndase la exacción de tributos por los numerarios.

El duque fue interrumpido esta vez con murmullos de aprobación: el semblante de los próceres se transfiguró por completo.

Entre tanto, prosiguió Eudón, tan altivo ya como desdenoso; necesito trabajar a solas: no me habéis de ver. Pedid a mi vicario cuanto hayáis menester, y dejadme en la quietud y el silencio. Es posible, es probable que tenga que ausentarme de aquí: la provincia es vasta, y todas las ciudades me esperan. El deseo de mantener la metrópoli bien guarnecida, me obligará tal vez a salir solo y sin escolta como he venido; y la prudencia exige que ignoréis cuándo, cómo y a dónde marchó. No os podéis imaginar cuán preciosos son estos momentos para la Vasconia, ni cuán grande será con vuestra ayuda el día de mañana.

Así habló el duque, cuyo continente, más que de gobernador, de soberano, y cuyas razones no desdecían en verdad de su continente.

Del rey y de la corte ni una palabra más había dicho: cualquiera hubiese afirmado en aquella audiencia, que sobre el duque de Cantabria, no había superior en España.

Pero aquellos magnates, enervados por la molicie, y al propio tiempo arruinados, que vivían a expensas de la aljama y del Tesoro público, no estaban para hacer observaciones muy delicadas, y si por ventura las hacían, se las guardaban dentro del peto y la estringe. Salieron, pues, deslumbrados por los fulgentes raudales de oro que percibían en torno de Eudón, anhelando por caer sobre ellos de bruces, y haciéndose lenguas de aquel hombre singular. Los unos ponderaban su munificencia, los otros encarecían su elevación de espíritu; a quienes asombraba la dignidad y profunda expresión de su semblante; a quienes la sabiduría de sus palabras, y la pureza y corrección de su lenguaje. Todos, sin embargo, se guardaban de manifestar lo dura que les parecía la perspectiva de nuevos combates, y la vergüenza que sentían al pensar en el yugo que habían aceptado.

-Cuando tanto nos quiere dar, ¿qué nos vendrá a pedir?, exclamaban.

Pero esta exclamación que salía de los labios de todos, jamás llegaba a los oídos de nadie. Temían no recibir si se sabía que empezaban a murmurar, y desconfiaban de los más íntimos amigos; porque la codicia de mayor reparto, podía estimular la delación.

Eudón, al despedirlos, exclamó con gesto de supremo desdén:

-Engañando a los unos, corrompiendo a los otros, así se gobierna a los hombres.

Y llamando a Munio, le dijo:

-Voy a dar audiencia pública.

-Señor, estamos en las vacaciones mesivas, que concluyen a mediados de Agosto.

-Para mí no hay descanso ni sosiego; quiero interrogar a siervos y libertos, a cristianos y judíos: y sobre todo, con cualquier pretexto, traedme un vasco. A toda costa quiero hablar con un montañés.

-La hora de nona va a terminar: los vascos se retiran muy temprano. Si por ventura hoy hubiese venido alguno, ya se habrá marchado.

-Pues entonces, Munio, quedaos. No doy audiencia ya: es inútil. Tomad asiento.

Y no pudiendo contener, ni por ventura disimular su conmoción, comenzó a dar grandes paseos a lo largo de la suntuosa cámara, cuyas ventanas, de par en par abiertas, daban al Noroeste.

Atendidos su carácter, su dignidad y sus misterios, aquella inquietud, aquella agitación, eran aterradoras.

-Munio, exclamó por fin, tras breve rato de silencio: yo no puedo vivir ni un día más en esta incertidumbre; voy a lanzarme a la montaña, voy a internarme en el país enemigo.

El vicario se quedó asombrado, frío, estupefacto; alzó la frente, le miró furtiva y rápidamente, y lo tuvo por loco. Pero se contentó con decirle:

-Sería completamente inútil; os conocerían al punto.

-Nadie me conocerá.

-Si no por duque de Cantabria, por godo. Godo llaman ellos a quien quiera que no sea vascongado.

-Ningún vasco puede tenerme a mí por godo.

-La vestimenta desde luego es distinta.

-Llevaré su traje.

-¿Y el idioma?

-Hablo el vascuence como el latín y el griego.

-¡El vascuence también!

-Para mandar a los hombres, lo primero que se necesita es saber entenderse con ellos.

-¿Y cómo, sin un guía, os vais a meter en el laberinto de esas sierras?

-He estudiado también la geografía del país en que pensaba mandar.

-¿Eso más? ¿Y desde cuándo estáis pensando en ser duque de Cantabria?

-Munio, reinar en Vasconia ha sido el pensamiento de toda mi vida.

El vicario se levantó instintivamente. Aquellas palabras le hicieron recordar que estaba delante de un soberano.

-Donde quiera que reinéis, le contestó con respeto, tendré siempre el honor de ser vuestro primer vasallo.

-Y mi primer amigo.

-Jamás olvidaré que hallándose en vuestro poder las pruebas de mi conspiración en favor de los hijos de Witiza, por las cuales tenía que ser irremisiblemente condenado a pena capital, las arrojasteis al fuego, y me nombrasteis quingentario de la guardia pretoriana, vicario luego del conde de Pamplona, y por último, sustituto vuestro. Os lo debo todo, pero...

-¡Cómo! ¿No estáis dispuesto a seguirme? ¿Tan presto queréis abandonarme?

-¡Jamás! Pero quisiera seguirus por campo más vasto, más digno de vuestras grandes condiciones. ¡Rey de Vasconia! ¡Rey de un puñado de godos y judíos que tienen que ayunar el día en que los vascos no vienen al mercado!

-¡Yo he de ser en Vasconia rey de godos, judíos y vascos! He de dominar a gentes que nunca han sido domadas. Hasta aquí llegó Wamba: hasta aquí César Augusto, y Pompeyo y Aníbal: hasta aquí llegaron los celtas; pero ninguno de ellos pasó de aquí. Yo lo abarco todo, no tolero la exención de nadie. A mí no me satisfacen alianzas, pactos, tributos: lo quiero todo, lo exijo todo. Para mí no hay Pirineos. Dominadores del mundo he conocido; dominadores de los vascos, no. Munio, decidme si tenéis noticia de una ambición superior a la mía.

CAPITULO III

En que comienza el fin

Iba avanzando la primera vigilia de la noche, que principiaba a contarse desde la puesta del sol. Los siervos entraron a iluminar la estancia, y la conversación era harto grave, para que no quedara ante extraños testigos interrumpida.

Recostóse Eudón en un triclinio, en cuyo único brazo se apoyaba el suyo, y sobre la palma de la mano reclinó la cabeza, como si no pudiese sustentar la pesadumbre de sus grandes pensamientos. El carmín de sus mejillas estaba oscurecido, el fulgor de los ojos amortiguado: eran a la sazón más hondas y siniestras las arrugas de su frente.

Como una máquina de fuertes y suaves movimientos se detiene al menor tropiezo, así aquel hombre, con el silencio a que le forzaba la prudencia, parecía indeciso, vacilante, parado. Diríase que no había meditado bastante la obra en que estaba pensando toda su vida.

-¡Solo!, murmuró: ¡solo para una empresa de gigantes!

Y alzando luego la voz, así que los criados desaparecieron, dijo al vicario que le había escuchado, y le contemplaba en pie, con ojos casi compasivos:

-Debo de pareceros loco.

-Cuerdo o loco, contestóle Munio, no podéis decir que estáis solo. Me tenéis a mí, que, aunque pigmeo, os seguiré a todas partes.

-¿Hasta qué punto puedo contar con vos?

-Os debo la vida, y la honra, que vale más que la vida. Conmigo podéis contar hasta mi último suspiro.

-Eterna gratitud merece vuestra respuesta; porque en este momento, lo repito, os estoy pareciendo insano.

-¿Queréis que os hable con franqueza?

-Munio, cuando un hombre como yo se desnuda de todos sus misterios delante de otro hombre, el primero, el más pequeño deber que le impone es el de la franqueza. Tengo corazón, amigo mío, por más que esto pueda sorprenderos. Amo a una mujer, he querido

a un rey, y busco un amigo. El rey me ha dado su confianza, y honores y riquezas; la mujer su mano, y el amigo...

-Os ha dado el corazón y aspirar a merecer vuestra confianza.

-Bien está, Munio, contestóle el duque conmovido. ¿Qué pensáis de mis proyectos?

-Que son insensatos.

-¿Por qué?, repuso Eudón con dulzura: ¿por qué? Soy el primero de los vascos; el prometido de Aitor, el Asier, el hijo de Amagoya: para los judíos un libertador, casi, casi un Mesías; uno de tantos hombres como vienen de siglo en siglo a renovar las esperanzas de ese pobre pueblo, que no escarmienta nunca con el desengaño. Para los godos de Vasconia soy más que todo eso: soy en puridad, su única tabla de salvación. Si no os agarráis a mí, perecéis todos. ¿Queréis decir qué me falta para reinar en los Pirineos?

-Para la insurrección, para el tumulto, podéis contar con toda nuestra gente; para la resistencia, con nadie. Y preveo que tendréis que resistir al rey.

Entonces Eudón se levantó de improviso, y con severo y terrible acento, le dijo:

-Yo no soy traidor, rebelde, ni desleal. No ha tenido Rodrigo servidor más fiel, ni hombre más agradecido que yo.

-Pues entonces... ¿cómo reinando en Toledo, tratáis de coronaros en Pamplona?

Con mano de hierro asíóle el duque convulsivamente el brazo, y con voz sorda, pero profunda y aterradora, exclamó:

-¡Munio, el rey Rodrigo ha muerto!

-¡Gran Dios!, contestó el vicario, queriendo retroceder ante la terrible mirada de Eudón. ¿Quién le ha sucedido en el trono? ¿Quién reina en Toledo?

-Munio, prosiguió el duque en el mismo tono: ¡Rodrigo no tiene sucesor; el trono de Toledo se ha hundido; el reino de los godos también ha muerto!

El vicario cayó desplomado sobre un taburete, cubriéndose el rostro con entrambas manos.

Eudón, que había extendido los brazos como un magnetizador sobre la cabeza del godo, tornóse súbitamente de espaldas, queriendo ocultarle su propia conmoción, su propio espanto.

-¿Qué es esto, señor, qué es esto?, dijo el vicario despavorido.

Tornóse el duque, y adelantándose hacia él a guisa de fantasma, le contestó con voz apenas perceptible, por lo rápida y hueca:

-Es un huracán del África que barre ejércitos como polvo; guadaña de la muerte que hoy viene segando imperios, como ayer segaba cabezas; remolino del mar, que se traga

naciones, como naves. Un puñado de sarracenos ha concluido en un día con la España cristiana. Doce mil musulmanes contra cien mil godos. ¡Yo los vi, yo los vi! De Toledo acudí a Córdoba, de Córdoba a Sidonia, y sólo pude alcanzar el estertor de un pueblo en la agonía. ¡Yo los vi! Revueltos en el torbellino, gentes cuyo idioma y religión no tienen entre sí la menor semejanza, berberiscos y godos, árabes y romanos, los de Oriente y Occidente, los del Norte y el Sur, día y noche han peleado sin errar el golpe, ni en el furor de la batalla, ni en el horror de las tinieblas. ¡Árabes y moros! ¡Ah! Su rostro atezado espanta, sus ojos despiden centellas, su sonrisa diabólica fascina, respiran fuego, arma ofensiva parece su gesto: con brazo nervudo esgrimen corvo alfanje, y antes se cansa el acero de herir, que el brazo de matar. De cuño semejante sus corceles: tales caballos para tales hombres; secos, duros, ferocísimos como ellos. Ligeros como el viento, relinchan alegres al eco del clarín y se lanzan al combate, dejando atrás al viento en la carrera. Tigres sedientos de sangre, parecen animados del espíritu del jinete, y se embriagan con el triunfo, y no desmayan con la derrota. No penséis, Munio, que esas hordas salen allá de páramos helados buscando dulce clima, fértiles campos, vergeles y palacios: no vienen como los godos, a trocar pieles por túnicas de lino, pedregales por jardines, ni carros y tiendas de campaña, por termas, alcázares y coliseos. Su semblante aterra; pero su atavío encanta. Brilla el oro en su pecho, y de lana y seda son sus vestiduras. Cuando al viento de la lid ondea su manto, parecen espíritus alados que baten en bandadas su plumaje de mil colores. Esos hombres no buscan los perfumes, porque vienen de la Arabia saturada de fragancia; ni perlas y oro, porque emigran del Oriente, cuajado de esmeraldas y diamantes. No pelean por territorios, porque nacieron ayer, y hoy son dueños del África y del Asia. Combaten por combatir; pelean por matar: su vida es la guerra; su galardón, la muerte en la batalla. Atila fue el azote de Dios contra los romanos; ellos son el azote de Dios contra los hijos de Atila. No hay remedio, Munio. Cuando pasa rodando el terremoto, las más soberbias fábricas se derrumban; cuando suena el fragor del incendio, los tesoros mismos de la ciencia sirven de pábulo a las llamas; cuando llega la inundación, entre lodo ruedan ídolos y altares. El mundo no se puede pasar sin bárbaros: cuando los godos del Septentrión se civilizan, tienen que venir del Sur los musulmanes.

Calló Eudón y se sentó anhelante y fatigado. Munio, que le había escuchado atónito, le preguntó como si no hubiese dado crédito a lo que acababa de oír:

-Pero ¿cómo ha sido eso? ¿Cómo doce mil hombres han derrotado a cien mil? ¿Cómo en una batalla, que esos hombres llamarán escaramuza, ha perecido un reino?

-¿Cómo? Nadie como un conspirador, que conoce de lo que es capaz el odio y la venganza, nadie como vos puede imaginárselo. Juliano, guiaba a Tárik, y Sisebut y Ebbas, que mandaban el ejército de Rodrigo, se pusieron de acuerdo con Tárik y Juliano. La víspera de la batalla los hijos de Witiza tuvieron conferencia con los nobles godos comprometidos en la conjuración. «Este mal nacido -dijeron hablando de Rodrigo-, se ha hecho dueño de nuestro reino, sin ser de nuestra stirpe real, antes bien, uno de nuestros inferiores: aquella gente que viene del África no pretende establecerse en nuestro país; lo único que desea es ganar botín: conseguido esto, se marchará y nos dejará. Emprendamos la fuga en el momento de la pelea y ese miserable será derrotado»

-¿Y lo hicieron así?

-No, no lo hicieron así, Munio, lo hicieron más villanamente. Sisebuto mandaba el ala derecha, Ebbas la izquierda, y en el momento crítico de la refriega, no emprendieron cobardemente la fuga, no; se pasaron traidores al enemigo. No llamarán los árabes escaramuza a la batalla; la llamarán anexión.

-¡Qué infamia! ¡Qué vergüenza!

-¿Lo extrañáis? Habían estipulado con Tárik esos viles que después de la victoria se les devolviesen todas las fincas que Witiza tenía en España, que son tres mil, excelentes y escogidas. Otro tanto han hecho los demás traidores. Si conservaban sus riquezas, ¿qué les importaba que pereciese su religión y su patria? A todos se lo prometió el caudillo sarraceno: supongo que no habrá cumplido su palabra a nadie.

-¿Y no supo el rey a tiempo la traición?

-Aquí, aquí mismo se lo anunció un vasco; pero el rey arrojó al fuego el escrito en que se lo revelaba. Cuando Dios permite que los hombres se pierdan, los deja primero que se cieguen. Este mismo vasco, sabedor de la obcecación del rey, se dirigió a la Bética con las pruebas auténticas de la conspiración; pero al querer valerse de ellas, las echó de menos: se las habían robado. Fue tenido por visionario y perturbador, y se le quiso lanzar del ejército; pero le protegían Pelayo y Teodomiro, y peleó en la batalla del Lago como un león, hasta caer bajo la enseña de la cruz, según había jurado.

-¿García, García Jiménez ha muerto?

-Como un héroe, como un mártir, como un verdadero vascongado ha perecido en la batalla ese valeroso joven, conocido entre los godos con el nombre de Jimeno.

-¿Lo habéis visto vos?

-He visto perecer a todos los vascos: he visto morir a Andeca, señor de Vizcaya, con toda su gente. García le acompañaba.

-Pero García... seguía preguntando Munio con extraña insistencia y particular interés: ¿habéis visto vos el cadáver de García?

-¿Quién puede ver a nadie en una refriega de cien mil combatientes, en que los hombres caen como hojas secas con el huracán? ¿Quién puede decir siquiera que ha visto muerto a Rodrigo? Del rey sólo se ha encontrado en un lodazal su caballo Orelia, su manto de púrpura, y un borceguí recamado: al vasco se le vio tendido en tierra y abrazado a la cruz: montones de cadáveres habrán cubierto el suyo. De Pelayo y Teodomiro no se sabe nada; pero el que no disperso, está cautivo, y el que no, muerto. La suerte ha sido igual para todos: el alfanje agareno no ha distinguido traidores de leales. Necios han sido los hijos de Witiza, los conjurados todos al figurarse que extranjeros tales como los árabes y berberiscos entrarían en España para derribar a Rodrigo, y poner a Sisebuto en el trono, pudiendo deshacerse de entrambos en una jornada, y detestando tanto al uno como al otro. La batalla ha sido contra la cruz, y la cruz yace derribada sobre el pecho de García.

-Pero ¿a dónde han ido a parar los restos de esa derrota?

-Munio, esa derrota no ha tenido restos.

-Pero, señor; ¡doce mil hombres se han de hacer dueños de una nación que se extiende desde Calpe hasta Narbona!

-Doce mil hombres son las primeras gotas del nublado que viene asolando toda la Península. Doce mil, los precursores del Asia y el África, que se precipitan sobre España por el Estrecho.

-¿Pero no quedan plazas y castillos?...

-Mieses que doblan la frente al soplo del vendaval. Yo los he visto. Alguna noche, algunas horas he tenido que detenerme en ellos, y a todos sus moradores hallé dispuestos...

-¿A resistir?

-A capitular: los nobles para conservar sus tierras, aun a costa de tributos; los siervos para lograr la pitanza de sus nuevos amos. Naufragarán, por no arrojar al mar las mercancías; serán esclavos, por no dejar un día de ser señores. Ahora lo estamos palpando: los godos no habéis sabido hacer una nación, sino un rebaño. Rabadanés y carneros; no había nada más en el imperio visigodo.

-¿Y en dónde quedan los enemigos? ¿Hasta dónde han llegado?

-No lo sé, Munio. Sólo puedo decir que avanzan como las olas del Océano por tendida playa: sólo sé que vengo huyendo de la marea, y por mucho que corría, no ha dejado de sonar en mis oídos el estruendo del oleaje: y a veces he creído que la espuma me salpicaba el rostro, y que el agua me mojaba el pie.

El vicario, después de solemne silencio, volvióse hacia Eudón, y con la frente abrumada, y débil y entrecortada voz, le dijo:

-Ahora, señor, es cuando más temerarios, insanos o desesperados me parecen vuestros intentos. Cuando sucumben reinos que ni vista de águila puede medir, ¿queréis alzar imperios que la mano del hombre puede abarcar?

-¡Godo al fin!, exclamó el duque murmurando. Pues qué, añadió luego con sublime desdén: ¿no concebís siquiera la resistencia? ¿Queréis que pactemos la esclavitud, ante esos montes que sólo se conmueven al crujido y horror de las cadenas? ¿No veis, prosiguió, no veis los Pirineos plateados en este momento por la luz de su amiga luna? ¿No sabéis que han sido puestos ahí para baluarte de nuestra independencia?

-Sí, señor duque: todas las inundaciones se han estrellado al pie de esas montañas; pero esas montañas no son nuestras. Si las olas llegan hasta aquí, ¿qué nos importa que de aquí no puedan pasar? Este será nuestro sepulcro; porque éste es para nosotros el confín de la patria.

-¡Mi patria es aquella! ¡Mi madre está allí, mi esposa me aguarda en el seno de esos montes! Para salvarme yo, para salvar a los míos, no necesito de vosotros. Pero quiero

que nos salvemos todos; quiero detener a los musulmanes a las orillas del Ebro; tener ciudades, fortalezas, trono, corte, magnificencias de rey, y no apariencias de salteador y cavernas de bandido. Un hombre me dijo: «Cuando seas rey, ven a pedirme mi hija», y quiero presentarme ante él con cetro y corona. ¿Lo comprendéis ahora? ¿Sabéis por qué tengo tanta ansiedad por saber lo que pasa en lo interior de Vasconia? ¿Por qué me asusta el silencio? ¿Por qué me estremece la oscuridad? ¿Por qué me pesa de haber reposado en Ologitum, de haberme detenido a comer y dormir en otras ciudades? Tiemblo, sí, de encontrarme en esos valles con un rey; porque el tiempo de los reyes ha llegado para los vascos, y no quiero, no puedo sosegar un momento más, hasta serlo yo. Voy a lanzarme al fondo de esos bosques y barrancos, cuyas revueltas, veredas y encrucijadas conozco: voy a confundirme entre esas gentes cuyo traje traigo, cuyo idioma poseo, y de cuyos usos y costumbres estoy bien enterado. Pero os necesito, Munio: mientras yo me hundo en la espesura de las nieblas, quiero que me guardéis el territorio bañado por la luz del sol. Conservadme, Munio, la Vasconia gótica; que yo volveré luego con la vascongada.

-Señor, no os respondo de contener a los árabes, si tal miedo infunden y tales ímpetus traen; pero sí de morir antes que entregarles una sola plaza.

El duque de Cantabria comprendió el valor de aquella promesa, por el profundo respeto de que estaba revestida, harto significativo en un magnate de raza dominadora al fin, aunque ya vencida y humillada.

Munio continuaba tan sumiso y reconocido al misterioso Eudón, como antes de sospechar que fuese vasco. Quizá no lo creía; quizá se imaginaba que aquel lenguaje, aquel carácter, aquel genio, no eran vascongados.

-Hablemos en razón, amigo mío, le dijo el duque fría y sosegadamente. La derrota se ha verificado ya entre el monte Calpe y Sidonia en los postreros días de Julio. Estamos a mediados de Agosto: por mucho que corra Tárik no puede llegar aquí antes de dos meses.

-¡Dos meses! ¿Podrán dentro de dos meses venir aquí los musulmanes?

-Todo lo tengo previsto. Los africanos se derramarán, como rayos del sol, por los floridos campos y ricas ciudades de la Bética y Lusitania; pero se detendrán a recoger el botín, a guarnecer las fortalezas, a formar nuevos ejércitos para cruzar los montes carpentanos. Entre tanto, quizá se arrepientan los judíos de haberse arrojado a sus brazos; quizá los mismos cristianos conspiradores intenten, desengañados, alguna resistencia: para los musulimes, cristianos y judíos son iguales: para esa gente, no hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta. Yo he salido de la Bética huyendo hacia mis Pirineos a uña de caballo, y he tardado quince días en llegar con algunos bucelarios que he dejado más allá del Ebro: figuraos el tiempo que necesita el caudillo musulmán para reunir y traer aquí un ejército de cien mil hombres, sin el cual no intentará cruzar los Pirineos.

-¡Cien mil hombres!

-Para intentarlo, Munio. Harto sabéis los godos que los Pirineos no se dejan conquistar tan fácilmente. Nada tenemos que temer por de pronto de los árabes y mauritanos. Vendrá la tempestad; pero nos da tiempo de aperebirnos y afrontarla. El peligro está en

que los vascos elijan rey que no sea yo; y en que algún godo quiera en mi ausencia disputarme el ducado de Cantabria.

-¡Godo! ¿No traéis credenciales de Rodrigo? ¿No me escribió nuestro último rey haciéndome saber vuestro nombramiento?

-Sí, pero yo llegué al campo de batalla en los postreros momentos. No pude ver a Rodrigo. ¡Ah! ¿Quién sabe lo que en odio mío han podido sugerirle los traidores? ¿Quién sabe lo que el deseo de congraciarse con el vencedor, puede inspirar el pecho pusilánime de los vencidos?

Munio alzó los ojos radiantes. Acabó por fin de comprender su papel en aquella escena. Hasta entonces se había mirado a sí propio como un personaje inverosímil.

«¿Qué soy yo aquí?», se preguntaba. Pero desde aquel momento podía responder: «Soy el encargado de rechazar al futuro duque de Cantabria».

No se le escapó al actual tan sospechoso movimiento, y añadió con una calma que helaba, como noche serena en el invierno:

-Os he dicho que los godos no sois ya un pueblo, ni habéis sabido formar una nación; puedo añadir que ya no tenéis jefe; pero creo excusado advertiros que desde este mismo instante los tiranos de Vasconia estáis a merced de los vascos.

-En efecto, señor; si los vascones quisieran atacarnos, nuestra resistencia sería inútil.

-Vuestra salvación, por consiguiente, no depende ya de ningún godo, aunque este godo se llamara Pelayo.

-Pelayo no vendrá, porque ha hecho retirar a su padre del castillo de Cantabria.

-Y yo añado, Munio, que Pelayo nada tiene que hacer en Vasconia; porque aquí no puede reinar quien no sea vascongado.

-Ni Rodrigo tiene sucesor en Toledo, ni el duque de Cantabria lo tendrá en Vasconia.

-Me habéis comprendido, dijo Eudón dándole la mano y apretándosela cordialmente. Wamba y Leovigildo que resucitaran hoy, serían dos godos más en Pamplona; futuros cautivos mañana, o de los árabes o de los vascos.

-A donde estáis vos, nadie puede llegar. Si hacéis falta en otra parte, marchad tranquilo. Yo os guardaré a Pamplona durante vuestra ausencia. Mi alegría, que vos tal vez no habéis interpretado bien, nace de haber visto claramente el servicio que os puedo prestar. Cuanto mayor sea éste, mejor para mí; porque... porque os tengo que pedir muy gran merced.

Con labio tan poco seguro pronunció Munio estas últimas frases, que el duque, temeroso de algún inesperado contratiempo, y casi ofendido por la inoportunidad y falta de miramiento con que se le pedía premio adelantado, le dijo secamente:

-Hablad: ¿qué puedo negar en estos momentos al hombre a quien acabo de manifestar que me es indispensable para la empresa de que depende la suerte de toda mi vida?

-No me miréis, así, duque de Cantabria, le contestó el vicario, cada vez más turbado; seguid tratándome como amigo. No creo merecer vuestro recelo y desconfianza. Los momentos del favor que os tengo que pedir no pueden ser otros que los presentes, y sólo consiste la merced en que... en que desistáis de un propósito, o más bien, de un deseo que habéis indicado.

-Munio, debéis de conocerme ya lo bastante para saber que no desisto nunca de mis resoluciones.

-No llega, no puede llegar a tal esa insinuación. Es referente a la princesa Amaya.

-Proseguid. ¿Por qué os turbáis?

-A la hija de Ranimiro. Habéis dicho que era preciso que tomara el velo de las vírgenes del Señor, y yo sólo os pido que la dejéis en plena libertad de seguir su vocación.

-¿Traéis poderes suyos para dirigirme ese ruego? ¿Hemos vuelto a la audiencia pública? ¿Habláis en nombre de una vasalla que pide justicia a su señor?

-Hablo en mi nombre. Hablo al amigo que me descubre su corazón, y a quien abriré de par en par las puertas del mío. Entrad en él, y registrad hasta sus debilidades y flaquezas.

-¿Amáis, por ventura, a la princesa? ¿Habéis puesto los ojos en la prima del rey, que hoy sería mi esposa, a no estar yo casado, y que no pudiendo ser mía, de nadie quiso Rodrigo que fuese más que de Pelayo?

A semejantes preguntas, que tan poco favorables disposiciones de ánimo argüían, hubiera contestado Munio con la altivez de un magnate godo, ante cuyo linaje quizás tendría que avergonzarse el del misterioso duque de Cantabria; pero tuvo entonces que reconocer, mal de su grado, que no sentaban bien arranques tales de dignidad, en el noble que se rebajaba hasta el punto de convertirse en ciego instrumento de la ambición audaz de un desconocido; y se mordió los labios, y guardó silencio.

El vicario de Eudón estaba purgando el delito de haberse conjurado contra el rey en favor de gente tan ruin como los hijos de Witiza; y en honor de la verdad, más que el indulto de la pena, agradecía al duque el haberlo sacado a tiempo de aquel lodazal de traiciones, de haberle evitado el baldón que hará perpetuamente execrable la memoria de los cristianos que vendieron su patria a los musulmanes.

Por eso contestó sincero y humilde:

-Sí, señor: amo a la princesa. Me parece imposible verla, y sobre todo, tratarla, y no idolatrar en ella. Amándola ya, pero sin saber que fuereis casado, os estimulé a darle vuestra mano. Seguía amándola, y esforzándome, sin embargo, para que, no pudiendo ser vuestra, fuese esposa de mi capitán; porque el conde de los Espatharios iba a hacerla reina de España, y sobre todo, porque vos lo habíais destinado para marido de esa dama sin par. Pero acabáis de decir que el conde no volverá a Vasconia, y como de Vasconia

no ha de salir Amaya, sin exponerse al cautiverio en un harem, he comprendido que los dos primos no pueden ya pensar en darse la mano de esposos. Otro hombre hubiera podido ser mi rival, García Jiménez; pero también acabo de oírlos que ha sucumbido en la batalla, que ha muerto...

-Con gloria que le sobrevive, con muerte que jamás se olvida. Si Amaya amaba a García, amaba a un héroe, y el amor de los héroes no se borra tan fácilmente del corazón de las damas.

-Ha muerto también para el mundo, ha muerto para Amaya su padre Ranimiro; ¿qué ha de hacer sola, triste, entre las ruinas de un imperio, entre las convulsiones de la agonía de su pueblo; qué ha de hacer esa pobre doncella de veinte años, más hermosa que todas y más que todas desdichada? ¿Qué ha de hacer hoy?...

-Entrar en un monasterio.

-¡Monasterio! ¿Dónde los habrá seguros de la rapiña y brutales instintos del musulmán?

-En mi reino, en el reino de Vasconia.

-Pues bien, si Amaya quiere entrar en un convento, no le cerremos la puerta; pero si no la llama Dios a la soledad, si prefiere quedarse en el siglo... no la empujéis al claustro con vuestra poderosa influencia. Acordaos de mí, que vengo después de vos, después de Pelayo, quizá, quizá por humillante que sea para un godo confesarlo, después de un vasco, después de García.

Bien se dejaba ver en el sombrío rostro de Eudón, que no había contado con obstáculos semejantes en su camino.

A primera vista parecía el estorbo exiguo y despreciable, para quien tantos había vencido y tenía que desbaratar; pero cuando el duque se convenció de que su vicario amaba de veras a la hija del decalvado, comprendió que el escollo, apenas perceptible, podía convertirse en montaña insuperable. ¿Querría suplantarlo Munio? ¿Se había ensoberbecido hasta el punto de rivalizar con él en ambiciosos pensamientos? ¿Contaba, por ventura, con el cariño de Amaya y la predilección que siempre miraría Ranimiro al noble, al prócer de su raza? Nunca Amaya, casada con un godo, llegaría a ser reina de los vascos, por grandes y claros que fuesen sus títulos de hija de Aitor; pero Eudón ¿podía ya entregar con plena confianza el mando de la Vasconia gótica, las plazas fuertes y castillos, a quien soñaba por ventura con disputarle el trono? ¿No tenía, si se miraba a sí mismo, bastantes motivos para desconfiar de su autoridad y prestigio entre los godos? ¿No principiaba humillándolos, al pretender que reconociesen por rey al hijo adoptivo de Amagoya, su primera y más implacable enemiga? Esta humillación estaba impuesta ciertamente por la necesidad, por la fuerza de las cosas; pero desde el punto en que los humillados viesan próxima la mano que se tendía a su zozobrante orgullo, ¿no se asirían a ella como náufragos desesperados?

Y a todo esto, ¡cuántos otros muros no se habrían alzado tal vez contra Eudón en la impenetrable región de los vascos! Teodosio podría ser aclamado; Amagoya, vencida en

Goñi, sucumbir en todas partes, y Amaya, la hija de Lartaun, la prometida esposa, olvidar su primer amor, faltar a la fe jurada.

Todos los planes, pensamientos y ensueños del duque de Cantabria, quedaban así desvanecidos, y cual humo, en el viento disipados.

Semejantes reflexiones le hicieron temblar aún más que las espantosas catástrofes que habían pasado delante de sus ojos, y las luchas de razas, de religión y costumbres que se presentaban a su imaginación. Que le faltaran los godos, los judíos, Victoriaco, Olite, Pamplona, los campos, los pueblos y castillos de la Vasconia conquistada; todo le importaba menos que perder el corazón de aquella mujer en quien cifraba sus esperanzas, en cuya fidelidad descansaba toda la gigantesca fábrica de su ambición, de su soberbia y de su amor.

Nada, sin embargo, quiso aventurar sin conocer a fondo su desdicha; y agitado por tan negras y horribles imaginaciones, tuvo el valor de permanecer, si no sereno, porque la serenidad a Munio mismo le hubiera parecido afectada y sospechosa, con aquella inquietud y desabrimiento naturales en un hombre no acostumbrado a la contradicción. Sin embargo, no dejó percibir el menor recelo de deslealtad y villanía.

-¡Sois ambicioso, Munio!, le dijo al fin, sonriéndose con amargura.

-No lo sabéis bien, señor duque: cuando conozcáis a Amaya sabréis cuánta es mi ambición, y quizá disculpéis mi locura.

-¿Y ella os ama?

-Ni yo le he declarado mi amor, ni quiero que lo vislumbre todavía. Porque Amaya es una de esas mujeres sencillas y buenas, que no dejan decir lo que no quieren saber. Cuando yo la diga: «os amo», mi corazón será su único refugio.

-Munio, prosiguió Eudón, explorando cada vez con más franqueza el terreno: ¿no os habéis figurado los motivos que tengo para desear que la princesa Amaya renuncie el mundo?

-Sí tal: queréis que renuncie sus pretensiones a la corona de Vasconia.

-Habéis dicho bien, amigo mío, «sus pretensiones a la corona»; porque derechos no tiene ninguno. Pero sus pretensiones son un estorbo para mí, y yo no los sufro, ni grandes ni pequeños.

-Pues bien, señor duque, contestó Munio con entereza; si yo llegase a ser esposo de Amaya, esas pretensiones quedarían enterradas en mi lealtad más hondamente que en un claustro. Porque al fin y al cabo, los votos más solemnes se relajan justamente por el Pontífice cuando el bien de la cristiandad lo requiere, y en estos tiempos en que la España cristiana está desapareciendo, ¿quién sabe lo que el bien general puede exigirnos?

-Y si esos lazos de religión no son absolutamente indisolubles, ¿quién me responde de los de vuestra lealtad?

-Los hechos. Respetad por ahora la voluntad de Amaya: no la obliguéis a sepultarse en un monasterio; apoyad después con vuestro influjo de rey mi amor y mis pretensiones, y yo os juro que hasta veros coronado y dueño del tesoro de Aitor, no daré mi mano a la princesa. No haríais bien en obligarla al retiro, si no tiene vocación de religiosa. Yo la conozco bastante; cede siempre a la razón, nunca a la violencia.

-¡Pobre Munio!, exclamó Eudón sonriéndose. ¡La amáis de veras!

El duque se sonreía al fin, porque no le parecían aquellos proyectos tan audaces ni desatinados: las últimas palabras de su vicario le hicieron vislumbrar, en efecto, que ricas hembras como Amaya, antes que doblegarse, se quiebran.

-Y si os contestara, repuso Munio, que también os estimo a vos, no sé si me creeríais. Por eso me contento con deciros: si de mí tenéis necesidad, yo también os necesito. Quiero contribuir al trono que Dios os prepara, con la esperanza de que vos me ayudéis desde él a la dicha que acaso se me destina.

-Cuento ya de seguro con la mía, desde el punto en que puedo contar con un hombre como vos, contestóle el duque plenamente satisfecho.

-Os lo repito: hasta el último suspiro de mi vida.

Los dos magnates se dieron la mano en signo de amistad y alianza; pero no terminó todavía aquella larga conferencia.

Haremos gracia del resto a los lectores. Breve y sumariamente diremos tan sólo, que Eudón encargó al vicario la paz a toda costa con los vascos, y el secreto más profundo acerca de la catástrofe de los godos. Temía el pánico en Pamplona, porque había visto los indescriptibles efectos del terror en otras, al parecer, más fieles ciudades. Deseaba además que los vascos ignorasen la ruina del imperio enemigo, hasta que la supiesen por su boca, con ánimo de aprovecharse de la grande impresión que la nueva había de producir en la montaña.

Dio también en encargo a Munio, de que visitara en su nombre a Ranimiro, y le autorizó para descubrirle toda la verdad, confiado en que persona tan formal y prudente, guardaría por breves días el secreto.

Mostróse en esto el duque asaz conocedor del corazón humano: dudó de la reserva de su vicario en casa de la dama de quien estaba enamorado, y no quiso exponerse a ser desobedecido.

Por último, en previsión de acontecimientos extraordinarios, pero temibles en tan críticos momentos, le advirtió que si las circunstancias llegasen a grado tal de gravedad, que irremediamente exigieren la presencia de Eudón en Pamplona antes del término fijado para la vuelta, era indispensable hacérselo saber a toda costa.

-Pero, ¿cómo?, le preguntó Munio.

-De esto me encargo yo, le contestó el duque.

El cual, haciendo sonar un silbato de oro que traía al cuello, dijo al siervo que se presentó a la puerta:

-¿Ha venido el médico?

-Está esperando en la antecámara.

-Que pase.

Cuando entró Simón, dijo el duque a su vicario, o más bien, le dijo al médico judío dirigiéndose a Munio:

-Voy a la aljama con este buen israelita. Si no he vuelto al principiar la cuarta vigilia, buscadme en casa de Sara; y si allí no me encontráis, arrasad la judería, llevadlo todo a sangre y fuego, sin que se escape ni uno solo de sus moradores.

El médico, como entendido, se hizo cargo de la receta, y contestó:

-Antes de la tercera vigilia estaremos de vuelta.

Y acercándose al duque, añadió en voz baja:

-¿Vais provisto de todo lo necesario?

-¿Pues qué necesito allí?

-Una diadema.

CAPITULO IV

De cómo Eudón fue ungido

Los hebreos españoles, descendientes de la tribu de Judá, se habían multiplicado por manera maravillosa. No obstante los esfuerzos de los Concilios y de la mayor parte de los monarcas godos para contener su temeroso acrecentamiento; tiempos hubo en que pusieron en peligro el trono, y quizá se hubieran alzado con él, sin la perdurable maldición que pesa sobre la raza deicida.

A la invasión de los bárbaros del Norte, siguió la invasión de israelitas que, huyendo de la Jerusalén destruida por Tito y del implacable azote de los Césares romanos, buscaban asilo en las últimas conquistas de los hijos del Septentrión, menos odiosos que los imperiales a los hebreos. Establecieron en la Iberia, donde se encontraron, según dicen, con antiguas colonias de emigrados procedentes de la gran persecución babilónica; y abandonando su vida errante, hicieron casi necesarios a los conquistadores, dedicándose al comercio, las artes y la industria, para los cuales tenían ingenio y dotes especiales.

Por sus relaciones de linaje y de idioma, monopolizaban sobre el tráfico del Oriente.

Creció su audacia con su fecundidad, en todos tiempos prodigiosa; y preponderantes con el número, la actividad y el dinero, llegaron, no sólo a ser tolerados por los cristianos, sino en ocasiones también, a servirse de ellos como esclavos, con la dureza que es de presumir en su pertinaz aborrecimiento al nombre de Cristo crucificado.

A dos zonas dieron la preferencia en la Península ibérica: a la región de Castilla, desde la cual procuraban ejercer su influjo fomentando los vicios y consiguientes necesidades pecuniarias de corrompidos cortesanos, y a la región vascónica, que más apartada de Sevilla y Toledo, y constantemente sacudida por los embates de la guerra, estaba menos al alcance del brazo de los reyes. La influencia de los judíos en Pamplona debía de ser grande a la sazón cuando llegó, según hemos visto, hasta sublevar la ciudad en presencia de las muy numerosas huestes de Rodrigo.

Pero hay otros hechos que comprueban este influjo y valimiento. Tanto en el resto de España como en tierra de francos, estaban los hebreos obligados a llevar traje particular, o por lo menos algún distintivo, por el cual nunca pudieran confundirse con los cristianos: en Francia, por ejemplo, tenían que usar un sombrero de fieltro amarillo, de figura cónica, aunque algo aplastado; pero en Vasconia gozaban en este punto de completa libertad. «El papa Gregorio IX mandó al rey que compeliere a los judíos a llevar distinto traje que los cristianos, según lo establecido en el Concilio general, lo cual, decía, *no se practicaba en Navarra*».

Ardua empresa para todo fiel cristiano era a la sazón cruzar de noche las calles de Pamplona; temeridad apenas concebible, salir de la aljama y entrar en el alcázar; pero el judío Simón Abén Isaac lo había verificado sin dificultad alguna.

Entre el Dominio, vasto recinto fuertemente amurallado que se alzaba en el centro de la pompeyana ciudad, y los torreados muros que la circundaban, yacía el burgo, o población civil, donde tenían derecho de refugio, en tiempos de guerra, los aldeanos y siervos del contorno.

El burgo de Pamplona debía de estar ya entonces dividido, cual aparece poco después de la invasión sarracénica, en tres barrios con distintas leyes y jurisdicciones; llevando la preeminencia de ciudad el que se llamó *navarrería*, por haberse poblado con naturales, que sentían orgullo de serlo y cierta repugnancia a mezclarse con extraños, fuesen godos, francos o judíos.

La aljama, sin embargo, estaba situada en la *ciudad*, es decir, en la *navarrería*; pero cercada de tapias, con puertas que se cerraban de noche, y en ciertas festividades durante los oficios. Guardaba las llaves de la judería el senescal en plena Edad Media, y el conde en tiempo de los godos.

Después de este cercado, había que salvar las formidables murallas de la *navarrería*; porque las ínfulas de la gente originaria llegaban nada menos que a vivir encastillada dentro de la población, con especiales fueros y autoridades propias, reputando como villanos o hijos de villa a los vecinos de los otros dos barrios irunienses.

Vencida la salida de la judería y la ciudad, aún quedaban las puertas del Dominio o ciudadela, y por último, las del alcázar.

Contando con el gobernador, todos estos obstáculos eran, aunque molestos, fácilmente superables; pero aun sin orden expresa del conde, los médicos y cirujanos de la aljama podían salir y entrar a todas horas, en caso de necesidad, para visitar a los enfermos: lo cual es irrecusable prueba de la confianza que los judíos en general, y los físicos en particular, inspiraban. Simón, que había asistido al conde de Pamplona Ranimiro, y merecido la insigne honra de ser consultado por el nuevo duque de Cantabria, no hizo más que decir cuatro veces su nombre, para que sendos postigos de judería, navarrería, Dominio y alcázar, le fuesen abiertos por los respectivos portuarios encargados de su custodia.

Munio, a mayor abundamiento, les había prevenido para que estuviesen vigilantes aguardando al médico.

El duque y Simón salían del palacio cerca de la media noche, al propio tiempo que la luna por la cresta del Pirineo central. Eudón se había echado encima de la vestimenta gótica una ligera capa oscura prendida al pecho, como la que usaban los monjes y la gente plebeya, que nunca llevaban el manto como los nobles, abrochado al hombro derecho y abierto por el mismo costado.

-¿Me están esperando?, preguntó Eudón al médico que le acompañaba.

-Dos horas ha.

-¿Y qué hacen?

-Deliberar cómo han de recibiros.

-¡Cómo han de recibirme!, exclamó el duque. Como vasallos, no de otra manera.

-Creo que no haréis bien en recordar a la sinagoga que sois duque de Cantabria, le expuso tímidamente Simón. Los doctores de la ley dicen, que hasta ser reconocido como enviado del Señor, la sinagoga manda en vos como en cualquier israelita.

-Simón Abén Isaac, en mí no manda nadie.

-Pero os tratarán desde luego como presunto libertador... con plena confianza: yo he respondido de vos, y creo que será bueno que los oigáis; porque allí hay gente que sólo busca...

-Dinero. Simón, es una fatalidad que raza tan noble se deje arrastrar por pasiones tan ruines. ¿Qué gente hay allí?

El físico, que no despreciaba el oro de los libertadores, según se ha visto; que lo amaba quizá con celos, es decir, todo para sí; tenía, además de la codicia, la pasión de la envidia, y se despachó a su gusto, murmurando de todo el consistorio de los *rabanimes* irunienses.

Datan las juderías de los años 589 a 633, o sea, desde el Concilio III al IV de Toledo; y la de Pamplona era, como todas, notable por la sordidez y angostura de las calles y miserable aspecto de sus viviendas.

A una de ellas pardusca, desvencijada y ruin, con más sobra de maderos oblicuos y carcomidos que de adobes y ladrillos; de un piso voladizo y dos enormes aleros en punta, descoyuntados y llenos de telarañas, llamaban poco después nuestros dos embozados, a la sazón en que la luna se veía negra para meter algún rayo de luz en la callejuela, tortuosa como una víbora, donde se alzaba trémulo el tugurio, no lejos de la tapia que separaba la ciudad de la judería.

Los golpes dados a la puerta, gruesa y bien claveteada con tachones de hierro, parecían como de consigna. Abrióse primero un postiguillo con reja, al cual acercó el rostro el médico Simón; y al poco rato, y después de haberse sentido descorrer un par de cerrojos, movióse discretamente la puerta, asomándose al umbral una vieja, gorda, descolorida y rugosa, con un candil en la mano.

-¡Respha!, dijo murmurando el embozado que más gallardo continente mostraba bajo los anchos pliegues de su capa.

-¡Me llamo Sara, no Respha!, contestó la anciana, cuyo blanco tocado con rayas azules y amarillas, indicaban su inclinación al estilo oriental.

En ocasiones solemnes, y cuando a la noche quedaban encerrados en su barrio, afectaban los habitantes de la aljama el gusto de sus mayores; así como de día, y ordinariamente, querían pasar inadvertidos entre el vulgo, con aquella libertad envidiada por los de su casta en otras regiones.

Preferían también las horas de soledad y de aislamiento para celebrar sus fiestas y consistorios, sobre todo, cuando había que tratar en ellos de cosas graves y reservadas.

Eudón hizo entrar al médico a la sinagoga, diciéndole:

-Prevenid a vuestros hermanos en Moisés acerca de mi llegada.

Así que se quedó solo con la vieja, añadió, desembozándose completamente:

-Respha, ¿no me conocéis?

-Hanme dicho que sois el duque de Cantabria, contestó la antigua cómplice de Basurde. Tobías y Simón Abén Isaac os abonan como el Prometido por nuestro rabí mayor, Abraham Abén Hezra.

-Ese mismo soy: Abraham ha pensado siempre en mí. Pero vos, Respha, ¿no os acordáis de mi nombre?

-Dicen que os llamáis Eudón, y aunque no ha muchas horas que habéis llegado, por aquí y fuera de aquí corren rumores de que sois inmensamente rico. Sospecho que vuestras riquezas vienen del Oriente, y que vuestro verdadero nombre también ha de ser oriental.

-¿Y por qué sospecháis todo eso, hermana de Abraham?

-Precisamente porque lo soy: por haber oído mil veces al rabino que nuestro libertador será un amir o walí de los árabes. ¿No es cierto? Pero si habéis nacido en las Arabias o en

la Tierra de Promisión, ¿cómo habéis llegado a tan alto puesto entre cristianos? ¿Si sois musulmán?...

-¡Yo musulmán! ¡Yo sectario estúpido de Mahoma! Respha, para profetas de esa estofa, mejores paños tenemos por acá.

-¿Venís de Jerusalén? ¿Sois, por ventura, el israelita casado con la hija de Muza?

-Pues qué, ¿tan desfigurado estoy que no recordáis haberme visto en alguna otra región?

-¡Ah!, exclamó la vieja con súbito trasporte de alegría. ¿Sois?...

El duque se acercó entonces al oído de la anciana con el índice en los labios, para encargarle silencio, y murmurando la dijo algunas palabras en hebreo.

Respha colgó el candil de un garabato, y abrazó al duque, exclamando:

-¡Si no me lo acabo de creer! ¿Quién te había de reconocer con ese traje de a libra de oro del pie, y ese tono y talante de gran señor? ¿De veras eres duque de Cantabria?

-Como vos hermana del rabino mayor.

-¡Dios de Moisés! ¿Y qué nos traes? ¿Qué podemos esperar de ti los pobres hijos de Israel?

-La libertad, la emancipación del cautiverio de Babilonia.

-¡Palabras vanas en tu boca y en la mía! Con ellas podrás embaucar a necios, siempre dispuestos a dejarse saquear por el libertador flamante. A mí no me seducen esas cosas. Yo también liberto y emancipo, como los impostores que gastan ese lenguaje; es decir, yo también vivo a costa de la credulidad y angustia de nuestra pobre gente.

-¿Qué oficio tenéis?

-Para los cristianos soy hechicera; para los hebreos, profetisa. Tengo además depósito de tisús y brocados que mi hermano hace venir de Jerusalén, de Damasco y de Bizancio. Esa estringe que traes vale más oro que pesa... a onza por dedo. ¿Quién había de decirme que aquel rapazuelo de Aquitania...?

-Pues bien, Respha, dijo Eudón atajándola en sus apreciaciones y recuerdos: si no tenéis fe en mis palabras, como hechicera y profetisa, dos oficios de que hacéis solo uno; a la almacenista de géneros de Levante le diré que traigo el tesoro oriental de que debéis tener hartas noticias; que lo toco ya, como quien dice, con la mano: y que naturalmente ese tesoro ha de repartirse con los buenos amigos que me ayuden en mi empresa.

-Veinte años hace que Basurde me dijo lo mismo, y hasta ahora ignoro de qué color son las perlas del viejo chocho que llaman Aitor.

-Pues si tampoco creéis en mis promesas, repuso el duque, dándole un precioso anillo de brillantes, principiad a creer en mis obras. Pero os advierto, Respha, que mis promesas

valen más que las del marido de Amagoia, y todavía más que mis dádivas, por espléndidas que os parezcan.

-A unas y otras empiezo a dar crédito, contestó la vieja, guardando la sortija; porque todo en ti es maravilloso. ¿Qué quieres de mí?

-Por de pronto, saber donde está...

Y Eudón bajó tanto la voz, que no se le entendieron las últimas palabras.

-No lo sé. Sospecho que en la tierra en que tú has nacido.

Eudón miraba de reojo a la puerta por donde pasó el médico a lo interior de la casa.

-¡Cuánto tardan!, exclamó con inquietud.

Y se detuvo un momento, escuchando cierto murmullo de salmodía que resonaba adentro.

-¿A quién esperas?

-A esa canalla que no sale a recibirme.

-Ni sale, ni saldrá. Pero no importa: yo mando aquí.

Y sacudiendo con ambas manos las dos hojas de la puerta, que dieron golpe en las jambas, exclamó Respha con robusto acento:

-Abríos, puertas de Sión, y dad entrada al rey de los judíos.

Y añadió en voz baja:

-Entra, confúndelos, y cuenta conmigo.

La sala provisionalmente habilitada para sanhedrín, era la misma en que Respha ejercía su primer nefando oficio. Espaciosa, aunque baja de techo, estaba fantásticamente adornada. Calaveras humanas, aves nocturnas disecadas, esqueletos de animales cuadrúpedos, aunque no de los impuros, enormes lagartos, mezclados con ramas de sauce y ciprés, plantas de beleño y adormidera, colgaban de las paredes, que por lo amarillentas y negruzcas, más parecían de cocina que de cámara. Alrededor yacían bancos de roble ocupados a la sazón por los judíos más ancianos de la aljama: en medio se alzaban dos candelabros para teas, que alumbraban un atril, sobre el cual se extendían rancios pergaminos. En el testero, un tapiz o paño de brocado, en medio del cual resaltaban las Tablas de la Ley. Hacía un calor insufrible, y el humo resinoso del pino, apenas permitía ver lo que pasaba de un extremo al otro del aposento.

Cuando Eudón apareció bajo el dintel de la puerta, uno de los israelitas, en pie delante del atril, estaba recitando salmos en hebreo, con gestos y ademanes tan desaforados, que parecía un Josué de Miguel Ángel en el acto de detener al sol, más con la fuerza muscular, que con la oración. Los circunstantes contestaban también en el mismo idioma, pero con menos aspavientos y contorsiones.

El duque se quitó la capa plebeya que le cubría, dejando en descubierto la deslumbradora vestimenta gótica de tisú, que se había puesto para recibir algunas horas antes a los próceres. Aunque todos lo estaban esperando, todos quedaron asombrados al verle. Algunos iban a doblar involuntariamente la rodilla; pero les contuvo la voz del oficiante.

-¿Quién sois?, dijo éste en latín, suspendiendo el rezo, y haciendo un esfuerzo para mostrar serenidad.

-El duque de Cantabria.

Los judíos del consistorio se pusieron en pie y con las manos cruzadas al pecho, encorvaron el cuerpo y doblaron la cabeza moviéndola tristemente. No era ésta la respuesta que aguardaban; pero Eudón parece que se complacía en humillarlos y darles a conocer su superioridad.

-Sentaos, les dijo: no vengo aquí como duque, sino como el libertador que os ha prometido el gran rabino.

-¡Bien venido seáis de todas maneras, en el nombre del Señor!, le contestó el presidente. ¿Me permitís preguntaros vuestro nombre?

-¿Qué os importa a vos? Respondo al nombre de Eudón; pero soy el que soy.

La mayor parte de aquellos ancianos llevó las manos a las orejas con escándalo y horror.

El rabino del atril rasgó, con cierta moderación, su vestidura, y exclamó:

-¡Ha blasfemado!

-Según y conforme, dijo Simón: si la frase hubiera sido pronunciada en hebreo, tendría sabor de blasfemia; pero «soy el que soy», en latín, es un desenfado a que estáis dando lugar, con vuestra dilación en dar cuenta del acuerdo de la sinagoga.

-Si sois quien decís, ¿qué sois de Eila? ¿Qué cargo ejercéis entre los árabes?, prosiguió impertérrito el oficiante, fijando los ojos en su túnica, que afortunadamente no estaba rota, sino descosida.

-¿En dónde estoy?, replicóle el duque con altivez. ¿Por quién me tomáis? Simón Abén Isaac, ¿a dónde me habéis traído? Y vos, rabí, ¿qué Eila es esa, de quien oigo hablar por vez primera en mi vida?

El rabino de los gestos y contorsiones, desentendiéndose de esta última interpelación, le contestó con tanto miedo como respeto:

-Estáis en el sanhedrín de los hijos de Israel, a donde habéis venido, porque podéis y por vuestra voluntad. Exigid de nosotros toda veneración y obediencia debidas a vuestra autoridad, como príncipe de los godos; pero la sinagoga acaba de acordar que por ahora no son admisibles vuestras pretensiones de libertador y caudillo del pueblo de Dios.

-Rabino, o lo que seáis; yo no pretendo, yo mando. Y desde ahora os exijo que me habléis en hebreo.

Estas últimas palabras las pronunció Eudón en este idioma, lo cual produjo asombroso efecto en el auditorio.

-Es que ningún godo, ningún cristiano puede mezclarse en cosas de nuestra ley, y mientras respetemos las del reino y paguemos los tributos...

-Hijos de Israel, contestó con firmeza Eudón; no vengo a ser residenciado por vosotros, vengo a pedir os cuenta de vuestras iniquidades. ¿Por qué habéis hecho pacto con los árabes? ¿Por qué os habéis entregado en cuerpo y alma a los mahometanos?

-Nuestros padres nos lo enseñaron, contestó, temblando ya, el rabino presidente. En los primeros años del reinado de Egica hicimos alianza con los moros, de acuerdo con nuestros hermanos los hebreos del África, para entregarles el reino.

-¿Y qué conseguisteis, ciegos infelices, que sólo os movíais al impulso del odio y la venganza? Que aquel rey, de cuya benevolencia no podíais dudar, os castigara declarándoos a todos esclavos; que se os confiscara todos vuestros bienes; que se os arrebatará vuestros hijos pequeñuelos para educarlos en la ley cristiana, así que llegaran a la edad de la razón. Todos, todos hubierais sido raídos de la península, a no venir Witiza, que os llamó, y derogando las leyes de su padre, os encumbró a los más altos puestos, y os dio la preponderancia en que nunca habíais soñado.

-Esa preponderancia no podía durar: Witiza, que sólo en odio a sus predecesores nos la otorgaba, era godo y cristiano como ellos.

-Por eso seguisteis conspirando contra vuestro mismo protector, el cual, a poco más que hubiera vivido, habría tenido que imponeros iguales o mayores castigos que su padre. Pero Rodrigo, ¿qué mal os había hecho cuando os alzasteis contra él?

-Teníamos nuestra palabra empeñada con los árabes y berberiscos. Un walí nombrado por el califa de Damasco ha de ser nuestro libertador; y en cambio, le entregaremos la España. ¿Sois vos ese walí? ¿Sois nuestro amir?

-¡Un califa! ¡Un sarraceno! ¡Un árabe! ¡Ah! Vosotros en tiempo de Moisés hubierais sido capaces de aclamar a Faraón por Mesías. Vosotros, en tiempos de Daniel, por el Prometido hubierais reconocido a Nabucodonosor. Vosotros a Antioco; vosotros a Heliodoro; vosotros al mismo Tito, que no dejó piedra sobre piedra en Jerusalén; vosotros al emperador Heraclio, que obligó a Sisebuto a lanzaros de España...

-Ese, no. Y antes que un godo, antes que un cristiano, cualquiera. A falta de un hijo de Judá, un hijo de Mahoma; a falta de éste, los hijos de Satán. Tárik, el precursor del califa, está ya en España, y no saldrá de ella hasta acabar con los godos. ¿Por qué os llamáis Eudón, y sois el favorito del rey?...

Entonces el duque de Cantabria, con airada faz y labios contraídos por el desprecio, avanzó dos o tres pasos hacia el atril, que cayó al suelo con el Talmud, y dijo con tremenda voz, que llenó de espanto a los presentes, y más que a nadie al rabino interpelado:

-¿Y cómo te llamas tú, Moseh Ben Macir, maestro de la ley entre los israelitas, y jurisconsulto entre los cristianos? ¿Cómo?

El *rabanim* no le contestó: le miraba como fascinado, trémulo y pálido.

-¡Te llamas Martín, Martín de la Santa Cruz!, prosiguió Eudón: que al recibir el agua del bautismo, no te contentaste con un solo nombre nazareno. En señal de piedad y sincero arrepentimiento, para atestiguar mejor la abjuración de tus errores, te pusiste ese sobrenombre de Santa Cruz, como el más significativo y aborrecible para la fe de tus padres. Esto pasó en Toledo por los años del rey Wamba, cuando temiste que derrotado Paulo, en cuya rebelión estabas comprometido, aquel monarca te confiscara los bienes y te arrancara los ojos; pero vino Witiza, que se echó en brazos de los judíos, y te olvidaste de San Martín y de la Santa Cruz, y viniste a Pamplona con tu primitivo nombre, que hoy malamente llevas. Yo no me llamo Eudón; pero jamás he tenido nombre cristiano: yo no soy godo, ni he sido nunca bautizado.

Un murmullo general de aprobación se dejó sentir en la sinagoga. Los doctores de la ley estaban ya impacientes por salir de aquella situación en que se veían como oprimidos.

Querían escapar por aquel primer resquicio que se les presentaba.

-¡Basta, basta!, exclamó Tobías, el médico compañero de Simón: si el maestro Moseh Ben Macir os ha rehusado al principio nuestro reconocimiento, ha sido por cumplir las órdenes del consistorio, que deseaba oídos y que mostraseis vuestros poderes. Debéis disculparle, porque... a la verdad...

Pero el duque, que no sufría la menor contradicción, atajó al médico, diciendo:

-¿Y quién os disculpa a vos, ahora tan facundo en la sinagoga, y tan mudo hace poco en el alcázar? ¿No sois ya cristiano por ventura? ¡Ah! Cuando usáis el nombre de Tobías y no el de Antonio que recibisteis en la pila, las cosas no deben de ir muy mal para los hebreos. Cuando en la última década del pasado siglo, los Padres del Concilio toledano abrieron las puertas a la conversión de los judíos, borrando las leyes que los incapacitaban para todas las carreras del Estado; cuando los declaró nobles y horros de tributos, vos suscribisteis la abjuración de la ley mosaica, y os bautizasteis también, y fuisteis declarado médico. Vos, como tal, hicisteis al rey Egica un memorial para que a todos los conversos al cristianismo se os eximiera de comer carne de puerco, más porque vuestro estómago no la llevaba, nunca a semejante vianda acostumbrado, que por escrúpulos de conciencia. Pero vino el hijo de aquel monarca, relajó las promesas y juramentos que hicisteis con el agua de los cristianos, y vos, y otros muchos como vos, tornasteis al redil de la casa de Israel, de la que nunca de corazón habíais salido. ¿A quién sino a vosotros han de achacarse, en puridad, las persecuciones de los cristianos? Desde el momento en que aceptáis su ley, caéis bajo la vara de su justicia. Ellos consienten a los que permanecen fieles a la religión de Moisés; pero castigan a los falsamente convertidos, y sobre todo, a los apóstatas. En odio a la apostasía, los castigos van más lejos de lo necesario, y el azote alcanza a las espaldas de todo el pueblo hebreo. Pero, ¿cuya es la culpa, sino de los interesables tornadizos y traidores? Añadid a esto vuestras

conspiraciones siempre impotentes y nunca interrumpidas, vuestro llamamiento a los extranjeros enemigos de la patria...

-¡Nuestra patria es Jerusalén!, exclamaron los judíos.

-Y qué, ¿los moros y los árabes os han de llevar a la Santa Ciudad que Omar ha conquistado para el profeta? ¿Ha construido el califa la gran mezquita de Sión para que en ella coloquéis las Tablas de la Ley y el Arca de la Alianza? España es por ahora vuestra tierra de promisión: los cristianos menesterosos y sedientos de placeres, son el campo de los pingües racimos y pastos abundosos; y vosotros, insensatos, lo entregáis a los árabes y negros africanos, que por toda recompensa os echarán nueva y más pesada coyunda. Estáis ciegos, y sólo acertáis a caminar desatentados hacia el abismo. ¿Por ventura, vuestros hermanos de Persia, de Jerusalén, de Mesopotamia y Armenia; los de Rodas y Cartago; los de Tánger y Ceuta, no conocen ya la blanda mano del musulmán? ¿No saben lo que pueden esperar de los halagos y promesas del sarraceno? Han mudado de amos; pero ¿han dejado de vivir en cautiverio? Siquiera de los cristianos hacéis vuestra heredad. Les prestáis dinero, y los entráis a saco; pero el árabe no pide prestado, roba: el moro no da prendas, sino palos.

-¿Y qué hemos de hacer, señor duque?, le dijo Simón, que tan largo tiempo había permanecido silencioso; decidnos, ¿qué conducta hemos de seguir para remediar nuestro evidente desacierto?

-¿Qué habéis de hacer? Ser por de pronto menos hábiles y desconfiados. El acuerdo de la sinagoga no ha sido ese que Moseh Ben Macir nos ha notificado, sino el de someteros a mi dirección. Si ha mentido, ha sido por regatear conmigo la obediencia. Sabéis todos que soy rico, y nada tacaño ni codicioso, y no andáis lejos de presumir que muy presto he de disponer de magníficos tesoros; y dejándoos arrastrar por vuestro natural y condición de mercaderes, habéis querido vender lo más caro posible vuestra conciencia. De aquí ese tono arrogante que tan mal sienta a la necesidad que os apremia. Os conozco; y cuando lleguen el día y la hora, me daré a conocer a vosotros, y veréis cuán de cerca os he tratado. ¿Dudáis de que sea yo el libertador que os anuncia el gran rabino Abraham Abén Hezra?

En esto se abrió de par en par la puerta de la sala, y apareció Respha con el rostro encendido y los ojos centelleantes, fantásticamente vestida a la oriental.

-Nadie lo duda, nadie puede dudarlo, exclamó; porque yo, la profetisa, yo, la hermana de Abraham, lo afirmo, lo declaro y corroboro. Maestros y doctores de la ley, príncipes de la sinagoga, anunciad a Israel que está aquí su rey y su profeta. El Señor ha dado potencia a su brazo, sabiduría a sus labios, firmeza a su corazón y tesoros a su mano, para nosotros escondidos, y sólo patentes a sus ojos. Él nos hartará de pan y de oro, de magnificencia y de riqueza. Su aurora tiene rocío de aljofar, su día lluvia de diamantes.

Y la profetisa cayó a los pies de Eudón, y todos aquellos ancianos dejaron su asiento y se postraron.

-¡Ungidlo, ungidlo con el óleo santo, y puesta la mano sobre el Libro, jurémosle por rey!, añadió Respha.

Alzóse el atril, recogieron las hojas del Talmud, ungieron al duque, y le prestó el juramento Moseh en nombre de todos.

Sentóse Eudón en la trípode que hasta entonces había servido al oficiante; el cual, tornando a sus gesticulaciones y braceadas, entonó con énfasis un salmo en acción de gracias.

Pero el ungido no estaba para muchas, o quizá sintió cierta repugnancia ante aquella sacrílega invocación del nombre de Dios, después de la superchería de la fingida Débora, y la deslumbradora perspectiva de los tesoros profetizados.

-¡Silencio!, exclamó Eudón: por ahora no puedo permanecer un minuto más entre vosotros. Después que yo me marche, recitaréis los salmos que fueren menester.

-Disponed de nosotros, le contestó Simón, que parecía el más adicto, y aún dejaba traslucir secreta inteligencia con el duque: somos vuestro pueblo y vuestra grey.

-Juradme en primer lugar romper todos vuestros pactos, olvidar vuestras promesas y palabras con los mahometanos, fuera de las que yo crea preciso guardar y reconocer. Jurad que no habéis de obedecer y acatar a otro señor que a mí; de tal manera, que si aquí se presentare cualquiera, godo, vasco, judío o sarraceno, con el título y pretensiones de caudillo, lo habéis de rechazar y declararle guerra.

-¿Y cómo, repuso Moseh, cómo nosotros, gente pacífica y sin armas, sólo acostumbrada a las artes y profesiones civiles...?

-¡Cómo!, replicó Eudón: eso no me atañe a mí, sino a vosotros. Gente imbele, pacífica y civil erais hace tres meses, y sublevasteis a Pamplona contra Rodrigo, para auxiliar a Tárik Ben Ziyed, el liberto de Muza. No erais más guerreros cuando conseguisteis que las tiufadías rebeldes depusieran las armas. Así que, conmigo no valen excusas ni subterfugios; guardadlos para los cristianos. Yo sé cómo soléis hacer estos y mayores milagros, y si para los que pido necesitáis dinero, no lo dejéis por algunos cientos de libras de oro.

Bien sabía el duque que semejante argumento no tenía réplica en la sinagoga, por lo cual no quiso añadir una palabra más.

Los judíos le prometieron y juraron cuanto le dio la gana; pero aún quería exigirles algo más.

-Necesito, les dijo, tener a mi disposición o la de mi vicario, un par de personas de confianza, que se encarguen de llevar, en ocasión oportuna, cierto mensaje para Amagoya o su sobrina Amaya de Butrón.

-Ninguno de nosotros conoce el idioma ni el país, contestó el doctor jurisconsulto.

-Lo sé perfectamente; pero no dejará de haber en la aljama algún mancebo israelita, nacido en las orillas del Adur, donde los judíos españoles suelen refugiarse huyendo de la persecución toledana. Podéis decirle que si llega a Butrón, al ir allá se encontrará probablemente con algunas libras para el camino.

-¿Cuántas?

-Veinte para salir de Pamplona y veinte para volver.

Esta oferta estuvo para producir un conflicto en la asamblea; porque no había ni uno de aquellos respetables varones que no conociese gente a propósito para encargarse del mensaje, y no pretendiese que se la diera la preferencia.

Por fin quedó el negocio encomendado a la profetisa, que además de ser ama de casa, había residido algunos años entre los vascos de allende.

Quizá Respha podía hacer el negocio redondo, ora encargándose ella misma del mensaje, ora encomendárselo a cualquier vasco que se descolgara por la judería a consultar sobre el mal de sus bueyes o el bien de sus amores; porque la gente sencilla suele dar en supersticiosa.

El duque se despidió de sus vasallos, llevándose únicamente a Simón.

Cuando llegó al alcázar, halló a Munio que lo estaba esperando.

-Todo queda arreglado, le dijo el duque: dentro de dos horas saldré para la tierra de los vascos. Si durante mi ausencia, que será breve, ocurriese algún suceso que hiciese absolutamente necesaria mi presencia en la metrópoli, no tenéis más que acudir a Sara, darle veinte libras de oro y un anillo de hierro, con encargo de que lo entregue en Aitormendi o Aitorechea a mí, Amagoya, o Amaya de Butrón. No le digáis una palabra más, ni verbal ni por escrito: no quiero que nadie se entere ni de lo que tengo, ni de lo que espero.

Y luego añadió:

-Munio, siento haceros pasar tan mala noche; pero os necesito, y no tengo otro amigo que vos. Vigilad todavía, y dentro de dos horas, que he menester para dormir, venid a despertarme. Me veréis vestido de vasco, y me acompañaréis, sin que nadie se entere de mi salida, hasta la puerta del Norte.

CAPITULO V

De cómo Ranimiro era fuerte en medio de su debilidad, y débil Amaya en su misma fortaleza

Los godos de Pamplona vivían generalmente en el barrio del Sur, opuesto a la *ciudad* y judería. También los romanos, por más alegre y abrigado, le dieron en su tiempo la preferencia; y no era de extrañar, por lo tanto, que ostentara aún casas y pretorios que, a despecho de composturas y reformas, recordaban los del imperio. El recogimiento y pudor de la vida cristiana, auxiliados por la inclemencia del clima, iban dejando en olvido las azoteas, a donde los gentiles subían a comer con frecuencia. Sustituidas por tejados de grandes aleros con vertientes a la calle, los *impluvios* eran casi innecesarios: las claraboyas se convertían en ventanas, desconocidas en los edificios propiamente latinos;

rasgábanse los grandes lienzos exteriores para construir galerías bizantinas; pero la planta de estos palacios seguía siendo la misma, y aun la distribución de las habitaciones apenas había sufrido alteración.

En una de estas casas aisladas, conocidas con el nombre de *domus*, para distinguirlas de las que agrupadas formaban una *ínsula* o manzana, vivían a la sazón Ranimiro y su hija, con numerosa cohorte de siervos y libertos de ambos sexos.

Fábrica cuadrangular y esbelta, a pesar de constar de un solo piso, conservaba intacta la fachada principal con pórtico de pilastras jónicas, al cual se subía por escalinata de mármol; pero el ala izquierda, muy inclinada al Sudoeste, había sufrido las modificaciones del nuevo estilo oriental.

Esta última fachada daba a la vía pública, que separaba el burgo de las murallas, formando espacioso adarve con antepecho de almenas cúbicas y piramidales. Veíase desde las flamantes ventanas de aquel frente la sierra de Sárbil, tras de la cual yacían los valles de Goñi y de Guesálaz, y el pueblo de Abárzuza, y el castillo de Gastelúzar, de indeleble memoria para los dueños y actuales moradores del clásico pretorio.

Por una de las ventanas, a la sazón abiertas para recibir el fresco de la mañana, salían tenues y dulces ecos metálicos de religiosa melodía. Al compás de la música, una voz sorda y mal segura, hueca al propio tiempo y varonil, recitaba los himnos y salmos de prima.

Eran, como supondrá el lector, Amaya y Ranimiro, que comenzaban las obras de aquel día, tributando alabanzas al soberano autor de todo lo criado. El padre, sentado en un banquillo de nogal, miraba cierto pergamino que tenía en la mano, y recitaba por él las preces matutinas: la hija, con un magnífico salterio en la falda, movía dedos y brazos al pulsar el instrumento, mas no los ojos del frontero monte que tenía tan mirado y conocido. Estaba pálida, melancólica, y al parecer, enajenada de aquella escena. O su distracción era grande, o su meditación tan profunda, que casi frisaba con el arrobamiento de los sentidos. Vestía con suma sencillez blanca túnica, ceñida sin arte ni esfuerzo a la cintura por una faja del mismo color, en flojo y desdeñoso lazo, cuyos extremos le caían delante al peso del oro de que estaban recamados: el *retiolum*, tan negro como la cabellera, se adivinaba más que se veía. Los dedos sin anillos; las muñecas sin más adorno que el asendereado brazaletes materno.

Pero aun en medio de tanta palidez en el rostro y de tanta modestia en el vestido, la hermosura y elegancia natural de la tañedora, contrastaban sobremanera con el traje y talante del pobre convaleciente decalvado.

No lo hubiera conocido el lector a primera vista, si no nos hubiésemos apresurado a designárselo con el nombre de Ranimiro. Aquel prócer, de gallardo continente, de mirada noblemente franca, de apacible y a veces irónica sonrisa; aquel hombre sano, robusto y de hermoso color, estaba a la sazón encorvado, tembloroso, demacrado.

Tenía la tez descolorida y trasparente, los ojos hundidos y sin destellos, rapada la cabeza con excepción del cerquillo torpemente tijereteado; y la barba con tanto esmero afeitada en otros tiempos, comenzaba ya a caerle erizada, fuerte, rubia y en completo desaliño.

Llevaba en vez de purpúrea estriada, túnica de sayal oscuro, capa en lugar de manto, y cuerda de cáñamo por cinturón. Sentía frío a pesar de tanta lana y del rigor del verano. Sus manos descarnadas parecían yertas y cristalinas; los pies blanqueaban desnudos, y solamente calzados con sandalias de cuero.

Cuando el príncipe visigodo terminó las preces, cesó también el acompañamiento, compuesto con San Eugenio de Toledo, gran reformador de la música sagrada.

-Lo has hecho con toda maestría, dijo Ranimiro, arrollando el pergamino, y quiero que en lo sucesivo me acompañes a mis rezos; porque todo, manos, labios y corazón, todo es poco para alabar al Señor. A él deben ser dirigidos, a su gloria enderezados el alma y los sentidos, el arte y el ingenio. Sólo así puedo ya permitirme sentarme a tu lado, cuando pongas el salterio en tus rodillas.

-Y sólo en tales ocasiones pulsaré ya estas cuerdas, contestó Amaya con dulcísima tristeza. ¿Y cómo os sentís hoy, padre mío? Es la primera vez que habéis oído música después de vuestra enfermedad. Parecéis algo más animado.

-Hija mía, me siento mejor. Soy otro hombre desde la llegada del duque de Cantabria.

-Efectivamente, hace dos días estabais como abatido y descorazonado.

-¿No había de estarlo, Amaya? ¿Qué significaba la retirada de Favila a las Asturias por orden de Pelayo? Que éste veía tan mal lo de la Bética y Toledo, que ni aun en el castillo de Cantabria creía seguro a su padre.

-O que nuestro pobre tío Favila se cansaba de vivir solo, sin la compañía de la luz siquiera, y deseaba volver a su país natal, al lado de su hija y de sus más próximos deudos. ¿Por qué pensar de otro modo? ¿Por qué, padre mío, habéis de cebaros en tristes imaginaciones que tanto perjudican a vuestra convalecencia, y pueden ser causa de una recaída?

-No lo temas, Amaya: el semblante de las cosas ha cambiado desde ayer. Soy en esta parte de la opinión del vulgo, y creo discurrir racionalmente, pensando como él. Cuando Rodrigo se desprende en semejantes días del conde universal, que de las entrañas de los judíos ha sabido sacar dinero, como sacó Moisés agua de la roca, la guerra de la Bética ha terminado. Cuando al Norte viene Eudón, nada tienen ya que hacer las huestes en el Mediodía. Pero además se presenta rico de esperanzas y recursos, según cuentan, y con su llegada cesa al fin la interinidad de Munio, que me traía inquieto y sobresaltado. Tú y yo conocemos bien a los vascos: no podemos dudar de la nobleza de sus sentimientos, de la formalidad de Miguel, de la caballerosidad de Teodosio. Seguros podíamos estar de que no habían de hacernos guerra activa y sañuda, mientras estuviésemos en la Bética comprometidos en defensa de la religión cristiana; pero este compromiso tenía su término natural en la victoria o la derrota. Si salíamos triunfantes, tornábamos al duelo de Vasconia, a no ser que la gratitud embotara nuestras armas vencedoras; si deshechos, los vascos nos dirían: «Pues sois impotentes para defender la cruz, enseña nuestra es también; dejadnos a nosotros alzarla y sostenerla». Ahora bien, hija mía, si esto hubiera acontecido, hallándose las riendas del gobierno de Pamplona en manos tan poco expertas como las del vicario, ¿qué hubiera sido de los godos? ¿No me daba margen todo esto a

dudar de la resolución misma a que me obliga la tonsura? ¿No era al menos para hacerme caer en escrúpulos y cavilaciones?

Bien se echaba de ver en el semblante de Ranimiro, y en la viveza casi febril de sus palabras, cuán doloroso le era aquel sacrificio.

Ante la amargura de su padre, también Amaya dio una prueba de debilidad, diciendo en son de queja y resentimiento:

-Sí, padre mío, ya podéis vivir tranquilo. Desde que entra en Pamplona un duque de toda la Cantabria, ni la más remota responsabilidad puede exigirse al príncipe, al temido capitán, al héroe, permitidme decirlo, que sólo ha llegado a ser gobernador de esta pequeña región de Vasconia.

-Tienes razón, Amaya; pero si los hombres me abandonan, Dios en cambio me llama para sí. Pelayo se acuerda de su padre, no de su tío Ranimiro, ni de su prima Amaya; Rodrigo nombra duque de Cantabria al afortunado extranjero que le eleva al trono y le saca siempre de apuros: hace bien, y todo galardón es pequeño para tan grandes servicios; pero los míos no han sido cortos. Yo... yo, hija mía... Mas no pensemos en esto, añadió el decalvado reprimiéndose: Dios me buscaba; Dios me ha escogido, y no debo quejarme de mi suerte. De ella a la de esos que el mundo cree dichosos, hay inmensa distancia. Yo estoy resignado y aun contento. Ahora, prosiguió con labio balbuciente; ahora, Amaya, faltas tú. Dentro de breves días ratificaré mis votos y...

-Dentro de breves días, no. Los ratificaréis cuando acabéis de reponeros: cuando lo resuelva el prelado. Lo habéis puesto en sus manos, y él determinará.

-En manos del santo obispo Marciano, dijo Ranimiro corrigiendo la frase, he puesto el señalamiento del día de la ratificación, no ésta; porque mi resolución de no quitarme este saco es inquebrantable.

-Así debe ser, padre mío. Si esa costumbre a que obedecéis es una preocupación nacional, al fin y al cabo, godos somos, y a la ley de los godos tenemos que someternos.

-¡Preocupación!, exclamó Ranimiro con su orgullo de raza, templado por toda la unción religiosa en que estaba su espíritu empapado: no, Amaya; eso es piedad, fe viva, natural reconocimiento de los beneficios que nos dispensa Dios. Los hombres, los amigos, los médicos y los hijos dicen delante de un agonizante: «No hay remedio para él; ni el amor, ni la ciencia, ni las lágrimas, ni las riquezas, ni el corazón ni el mundo pueden hacer ya nada por ese tronco inerte; entreguémoslo a Dios: de sus manos salió: que vuelva a sus manos». Y así, devuelto al Criador, éste lo recoge semicadáver, y hace un milagro, y le da segunda vez la vida: ¿no sería negra ingratitud que el resucitado se apartara de Dios, y tornara a lanzarse al mundo, como si nada hubiese pasado?

-Padre, yo no he dudado de vuestra vocación.

-Ahora falta saber la tuya. Perdiste a tu madre, vas a perder a tu padre; tu tío Favila se aleja, tu primo Pelayo no se acuerda de nosotros...

-¡Eso no, padre mío!, exclamó Amaya con viveza: mi primo se acuerda de vos. Perdonadme si hasta ahora no os lo he dicho; pero el médico Simón ha prohibido que se os hablara de nada que pudiera conmoveros, mientras estuvierais tan débil, y esa es la razón que he tenido para no entregaros una carta de Pelayo...

-¡Carta de Pelayo!, exclamó gozoso el convaleciente. Pero ahora ya estoy fuerte. He recitado los salmos en alta voz; he oído tu música, que ha sido bálsamo de mi corazón. Ya lo ves, hija mía, estoy fuerte; añadió el pobre enfermo, levantándose y andando sin vacilar por el pavimento de mosaico. ¿Y qué dice tu primo?

-No lo sé. La carta viene con sellos que yo no debía romper. Si os hablo de ella, es porque vuestras razones acerca de la venida de Eudón, convencen a cualquiera de que las novedades de la corte y del ejército deben de ser por extremo satisfactorias.

-¿Dónde está ese pergamino?

-Aquí.

Y Amaya abrió un pequeño armario de ébano con embutidos de marfil y bronce, y sacó un cilindro.

A pesar de su alegría y de todas sus esperanzas, no se aventuró Ranimiro a tomarlo en sus manos.

-Ábrelo tú, dijo, y entérate de su contenido.

Obedecióle Amaya de muy buen grado, más que por curiosidad, por el deseo de aprovecharse de aquella autorización, que le parecía prudente.

Apenas tendió la vista por la carta, lanzó un suspiro de júbilo, como quien arroja un peso de encima; y un instante después su pálido rostro quedó transfigurado.

-¿Buenas noticias, según parece?, preguntó el padre, que si no quería leer en la vitela, leía con avidez en el semblante de su hija, mirándola de hito en hito.

-¡Admirables, querido padre, sorprendentes! García... ¡ah!, dejadme respirar... García vive... No es monje, como algunos decían... Está en Híspalis con Andeca y sus vascos, al lado de Pelayo y Teodomiro... ¡Es un soldado de la cruz!

-Pero, ¿se ha dado alguna batalla?

-Todavía no.

-¿Han repasado el Estrecho los berberiscos?

-Todavía no.

-¡Todavía no! ¡Y mortales tres meses han transcurrido desde la retirada de Vasconia! ¡Cien días y cien mil hombres, y Tárik, con diez o doce mil, en España todavía! ¿Dónde están esas grandes y maravillosas novedades? ¿Dónde? Dame esa carta, Amaya.

-Estáis temblando, padre mío. Sosegaos: no creáis que os oculto nada.

-Léemela. Tienes razón, no tengo serenidad para tanto. Pero, di presto, ¿qué buenas nuevas son esas?

-Padre... ¡las de García!, contestó la dama, ruborizándose como una niña.

-Lee, repuso gravemente el decalvado. ¿Qué fecha tiene?

-Está escrita en Híspalis, en los idus de Julio.

-¡Ah, cerca de un mes! Desde entonces acá... ha podido arreglarse todo. Vamos, esto me tranquiliza.

Amaya leyó en alta voz.

«Dilectísimo tío: os envío estas letras con el encargado de conducir a mi padre a las Asturias. Tárik no avanza; pero tampoco retrocede. Gracias a los esfuerzos y habilidad de Eudón, conde, como sabéis, de los Tesoros, hemos podido llegar a la Bética, y estamos recibiendo refuerzos: tampoco los infieles se descuidan, y de Tánger a las playas de Calpe, cuatro naves les están trayendo gentes y armas. Se han fortificado en ese peñón, y en un pueblo que lleva el nombre del primer invasor, Tarifa. Poco les valdría sí no estuviese el rey cada día más ciego con los traidores. Aquí ha llegado García, valeroso y nobilísimo capitán de los vascones; el cual, sabedor de que Rodrigo había quemado, sin leerla, la lista de los conjurados, quiso presentarle las pruebas auténticas de la traición. Pero estaban en hebreo: mientras se encontraba un godo que lo entendiera, el testimonio ha desaparecido. Los conjurados se lo han robado. García, que aquí lleva el nombre de su padre Jimeno, ha estado a punto de ser arrojado del ejército como falsario y perturbador, que viene a sembrar discordias en provecho de los vascos. Teodomiro y yo lo hemos protegido; porque quiere pelear por la cruz, y sellar con su sangre la verdad de sus palabras, decidido a que la *gucia* y la *ezpata* de los vascones brillen, a par de la francisca, en defensa de la religión cristiana. Nada le importan el recelo y desconfianza con que en el real se le mira; porque ha resuelto vencer o morir en la próxima batalla. Con esa misma generosa resolución ha llegado Andeca, señor de una tribu vascongada. ¿Cuál será el resultado de esta empresa? No lo sé: Teodomiro, García y yo intentaremos una nueva entrevista con el rey. Si no logramos que destierre a Sisebuto, Ebbas y Oppas, el obispo hispalense, me temo un desastre. El ejército enemigo no es el musulmán, es el nuestro»...

-¡Basta, basta!, exclamó el decalvado. Lo que importa ahora es oír a Eudón, que viene directamente de la Bética. Ha debido salir quince días después de esta carta: Eudón lo sabe todo.

-Y sabe también el estado en que os halláis: él vendrá a veros o mandará a su vicario. Pero entre tanto, podemos estar tranquilos. Cuando el conde de los Notarios y los Tesoros; cuando el duque de Cantabria está aquí...

-Sí; pero ha venido solo; pero las campanas de la basílica están mudas; pero no siento latir de júbilo el corazón de la plebe: no nos atruenan y ensordecen los gritos de alborozo...

-Ni los alaridos de la desesperación, ni los suspiros de la incertidumbre, le replicó Amaya. Creedme, padre mío; la batalla no se ha dado; García ha conseguido al fin persuadir al rey, y desenmascarar a los hipócritas embaucadores: a una hueste de cien mil hombres, purificada de desleales, no puede hacer frente esa manga de corsarios. Fijaos en vuestro primer pensamiento: cuando Eudón viene a Pamplona, lo de la Bética puede darse por concluido.

-¡Bendita seas, hija mía, porque tus palabras son gotas de rocío para mi pecho! Ahora prosigue leyendo.

-«Adiós, dilectísimo tío. Si somos derrotados no nos volveremos a ver: o moriré en la batalla, o seguiré combatiendo, lejos de esas montañas que no son las mías».

-Prosigue. ¿Por qué te detienes?

-No dice más.

-¡No dice nada para ti!

-¡Para mí es todo, siendo todo para vos!, exclamó Amaya, enrojecida ya como el seno de una rosa. Pelayo pensaba tanto en mí como en vos al escribir esta carta. Pelayo no volverá por aquí, si salimos derrotados...

-Pero si triunfamos, si arrojamos al África a los moros...

-Mi primo será entonces proclamado rey en Toledo: y bien lo sabéis vos; bien sabe él que yo no puedo reinar más que en Vasconia.

-A mí me lo has dicho alguna vez; pero a él...

-También. Y en rigor, no he tenido necesidad de decírselo; porque Pelayo lo comprende, lo siente lo mismo que yo, en lo íntimo de su corazón. Cuando volví de Gastelúzar, hallé a nuestro deudo prendado de los vascos. «¡Dichosa tú, me decía, que puedes reinar aquí, como una madre reina sobre sus hijos!» Y así... añadió la dama bajando modestamente los ojos; así... seguimos hablando.

-¿Qué?

-Nuestros padres, decíamos, sueñan que nos ven sentados bajo un mismo solio; pero nosotros debemos pensar en dos tronos unidos en el regazo de una misma madre.

-¡La patria!

-¡La Virgen, padre mío, la Virgen!

-¿Eso decía Pelayo?

-¡Eso! Ya sabéis la confianza que tiene mi primo en la protección de María.

-¡Dos monarquías bajo los brazos de una misma cruz!

-Así veía la paz el hijo de Jimeno; así también Pelayo. ¡Oígale Dios, padre mío, y hágalo pronto rey!

-¿Y cómo de estas cosas hablabais?

-Como dos buenos hermanos. Por eso cuando él escribe... lo que escribe, Pelayo piensa en mí: toda esa carta es para mí. Cuando promete seguir combatiendo por la religión, lejos de estas montañas en donde él no puede reinar, parece como que prosigue nuestras confidencias de hace tres meses, y me ofrece levantar su trono para Dios, y me exhorta a levantar el nuestro de los Pirineos.

-¡Sí! ¡Con la fuerza de tus brazos!, exclamó Ranimiro, sonriéndose con amargura. ¡Con los de tu padre!, añadió, arremangándose el sayal de penitente, y enseñando el brazo derecho, descarnado, trémulo y descolorido.

Y echando luego mano al cingulo de cáñamo, prosiguió:

-¡Con este acero, el único que he de ceñir hasta el fin de mi vida!

Atendido el carácter y la religiosa conformidad del decalvado, aquella exaltación, aquel tono acervo y lacrimoso, eran extraños, y estaban indicando una causa oculta y particular.

La palidez que nuevamente se extendió por el semblante de Amaya, lo daba a entender también.

Ranimiro, como respondiendo a sus íntimos pensamientos, dijo después de haberse tranquilizado, en la apariencia al menos:

-A ti también, como a mí, te allana Dios el camino. Hija mía, también a ti te llama el Señor.

-¿A dónde?

-Al claustro, contestó firme y grave el decalvado. No siendo esposa de Pelayo, de nadie puedes serlo más que de Jesucristo.

Calló el padre y calló también la hija. Solemnes y críticos por demás eran aquellos momentos.

Turbado nuevamente Ranimiro por el silencio de Amaya, prosiguió:

-Si yo profeso la vida de perfección y penitencia; si yo, aunque a tanto no me obligue el Viático, me encierro en un monasterio ¿qué has de hacer tú sino seguirme al retiro? ¿Callas? Cualquiera que sea tu resolución, exprésala con toda libertad y lisura: y si necesitas tiempo para reflexionar, quédese esto aquí para mejor sazón.

-No, padre mío. Mi resolución está hecha: no tengo vocación de monja.

-¿Lo has pensado bien, hija mía? Mi deber es respetar tu decisión; pero al propio tiempo iluminar con mi consejo las sendas que cristianamente puedes seguir. ¿Qué vas a hacer en el mundo?

-Esperar al lado de mi padre que se cumpla la voluntad de Dios. Ni la ley, ni la costumbre, os obligan a retiraros al claustro, sino a llevar regla y hábitos de monje en vuestra casa. Mientras yo viva, tenéis que vivir a mi lado: pues bien, seguiremos juntos. Juntos guardaremos la misma ley de penitencia: yo sin votos, vos con ellos; yo vestida de lino y seda, vos de sayal y cáñamo. Las apariencias distintas, la vida interior igual. Vuestra comida será la mía; mi lecho semejante a vuestro lecho; uno mismo nuestro desasimiento del oropel y fausto mundanales. Me daréis amor, consejo y sombra: os daré calor y aliento con mi cariño. Y así viviremos hasta que Dios me diga: haz el bien de tu pueblo, o con tus derechos o con tu renuncia. Porque yo, padre mío, creo que llevo en mis venas la sangre de dos razas enemigas para salvar a entrambas; para salvar con su concordia la causa de Dios, que entrambas blasonan de defender.

-Norabuena, dijo profundamente pensativo el penitente; pero tú verás cómo tarde o temprano vienes a decirme: dejemos a la Providencia la salvación de los pueblos, y vamos a pensar exclusivamente en la nuestra.

-Padre, creo que tengo la obligación de pensar en mí y en los demás; en los derechos de mi madre, y en la sangre de mi padre.

-No lo olvides nunca, Amaya: ten siempre presente que eres sangre de mi sangre; que la hija de Ranimiro no puede ser jamás esposa de un vascongado.

Embarazosa para la dama parecía la respuesta a semejante intimación: aunque nos inclinamos a creer que la contestación hubiera sido la que debía esperarse del amor, del respeto y plena confianza que su buen padre le inspiraba; pero muy oportunamente para Amaya les anunció una sierva que estaba dispuesto el desayuno.

El palacio de Ranimiro constaba de un vestíbulo sostenido por columnas de mármol pirenaico con capiteles de bronce, y de dos patios circundados de sendos claustros, a los cuales daban las puertas de todos los aposentos de la casa. El primer patio tenía el piso de mosaico de menudos jaspes, formando cuadros mitológicos orlados de grecas. Las paredes, resguardadas de la intemperie por la galería, estaban pintadas al fresco. Tanto las pinturas murales como las del pavimento, eran de la época romana.

El segundo patio, algo mayor que el primero, bajo la dirección de Amaya, quedó convertido en jardín.

Los que hoy se estilan en Andalucía pueden darnos idea de él. Allí les esperaba el almuerzo a usanza de los godos, que en el verano solían comer entre las flores y enramadas de los vergeles. Allí, a la doble sombra de los arbustos y enredaderas, y de un ligero toldo que quitaba el sol, sin impedir el paso del aire; entre macetas de plantas escogidas y surtidores de bronce y alabastro, en un ambiente embalsamado por la fragancia y refrescado por la menuda lluvia de las fuentes, estaba preparada la mesa en forma semicircular, cubierta de blancos manteles y con servicio de plata. Sólo para Amaya se había puesto una copa de oro.

Otra mesita redonda y más baja que la principal, servía para que los siervos, a vista de los amos, trinchasen las viandas. Las ánforas de barro preparadas para el agua y el vino, se enfriaban en el pilón de la fuente.

Ni los médicos, ni los monjes, ni Amaya, permitían que el decalvado observara todavía los ayunos, abstinencias y privaciones de la vida penitente; porque necesitaba ante todo reponer sus fuerzas y satisfacer con alimentos nutritivos su apetito de convaleciente: así es, que su hija, sabiendo que aquellos habían de ser los últimos deleites gastronómicos de su padre, se esmeraba en proporcionarle los manjares más exquisitos, y los vinos más rancios y delicados.

El almuerzo, sin embargo, fue breve y frugal. Estaba terminado cuando el liberto atriense, que cuidaba de las habitaciones donde se recibían las visitas, anunció la del vicario.

-¡Munio!, exclamó impaciente Ranimiro; que pase aquí, que no se detenga. Y tú, hija mía, no nos dejes solos. Tan ansiosa como yo estarás por saber...

-Sí, padre mío, contestó Amaya; no puedo negarlo. Pero sosegaos, tened calma.

-¿Qué noticias ha traído Eudón?, preguntó el decalvado, así que Munio apareció a la entrada del corredor, que daba comunicación a los dos patios.

El vicario, aparentando que no había comprendido bien la pregunta, contestó:

-Muy buenas: el duque ha llegado con toda felicidad, y esta mañana ha salido de Pamplona, sintiendo mucho no veros, y dejándome el honor de visitaros de su parte.

-Pero ¿del ejército, del rey, de la batalla?... dijo Ranimiro con el mayor anhelo.

-¿De Pelayo, de García?... añadió la dama.

Munio quedó sorprendido al oír este último nombre.

-¡Ah! ¿Sabéis que García estaba en nuestro campamento?

-¡Estaba!, dijo la dama para sí, turbada y temblorosa.

Su corazón había dado un vuelco de improviso.

-Sí, que había ido allá con la carta de los astrólogos, que se la han robado; contestó Ranimiro.

-Pues entonces no hay por qué ocultaros nada: lo sabéis todo.

-¡Todo! ¿Y nada nos decís de lo demás?

-La batalla se ha perdido, el rey ha muerto: García...

-¡Ese también!, exclamó la princesa irguiéndose majestuosa, con un arranque casi incomprensible por lo sublime: ¡ese también ha sabido morir!

-Andeca, señor de Vizcaya... con todos sus vascos...

-¿Y García?

-Todos han muerto.

Amaya alzó los ojos al cielo, con dolor, sí; pero con santa envidia, con noble orgullo. La gloria del héroe no la dejaba sentir por completo la pérdida del amigo. Parecía extasiada, fuera del mundo, radiante, no diremos de hermosura, porque no era hermosa con belleza corporal en aquel instante, era celestial. En su rostro no se distinguían perfecciones humanas; las del espíritu inmortal eclipsaban toda hermosura de la materia.

No lloró, no podía llorar en aquel primer momento en que contemplaba la santidad del mártir, la grandeza del héroe, la abnegación del cristiano que, sobreponiéndose a las preocupaciones de raza, y a las pasiones del vulgo; dejando atrás madre, deudos, amigos, valles y montañas; negándose a todo, y a todo por Dios, iba a salvar a sus enemigos, y si no podía salvarlos, a derramar por ellos la sangre de sus venas.

¿Cómo a un hombre como éste había de llorar una mujer como Amaya?

Pero la dama que, blanca y esbelta, resaltaba entre las flores y arbustos del jardín, no como estatua de alabastro, sino como el ángel que en el huerto anunció la resurrección; mirando al cielo donde le parecía estar viendo a García con la palma del mártir y el nimbo del bienaventurado, sintió a su lado un sollozo, bajó los ojos al suelo, y vio a su pobre padre que estaba llorando como un niño.

¡Ay! Aquel varón tan fuerte, aquel Ranimiro tan duro, físicamente postrado, abatido, sin fuerzas para resistir, ni contenerse delante de Munio, expresaba su dolor como la más débil criatura. Partía el corazón verle llorar: pero, ¡gracias a Dios que lloraba!

Ante ese espectáculo, toda la fortaleza de Amaya vino a tierra. Sus ojos rompieron en fuentes de lágrimas que corrían juntas con las de su padre, ante el cual se arrodilló, besándolo, acariciándolo, apartando su rostro con ambas manos para mirarlo un instante, y atrayéndolo luego hacia sí para volverlo a besar.

-¡Valor, padre mío, valor!, exclamaba entre sollozos: aún vivo yo.

-Sí, hija mía: contestó Ranimiro sintiendo el consuelo de aquellos brazos, de aquellas lágrimas, de aquellas miradas inefables, por donde brotaban raudales de amor. ¡Aún vives tú! Y yo también, añadió enjugando el llanto, alzándose del asiento, y dando la mano a su vicario. Yo también vivo, y vos Munio vivís, y viven millares y millones de godos más. ¿Qué importa un rey, qué vale una batalla, qué significa una derrota? Aún queda un reino, una nación, un territorio inmenso. Iremos todos, nobles y siervos, viejos y jóvenes, clérigos y seglares, hombres y mujeres. Ahora comprendo la venida de Eudón, su corta permanencia en Pamplona... Comprendo que no duerma, que no descansa ni repose hasta levantarnos a todos, y conducirnos a todos, y lanzarnos a todos contra los enemigos de Cristo. Que cuente conmigo, Munio. Aún puedo ceñir la espada y derramar toda la sangre de mis venas. No hemos de ser los godos menos que ese ínclito vascón. ¡A las armas! Ni un liberto, ni un siervo, ni un colono ha de quedar en mi casa, ni en mis tierras. ¡A las armas! Sea Pelayo, sea Teodomiro, sea cual fuere el sucesor de Rodrigo, con tal que no

pertenezca a raza traidora, él será nuestro rey. ¡Por nuestro Dios y nuestro rey a las armas!

El vicario tuvo necesidad de contener al príncipe, que de otro modo, hubiera hecho pública entre su servidumbre la verdad de los hechos, que el duque de Cantabria quería tener oculta por unos días. Comenzó a decírsela; pero fue tenido por exagerador y visionario. Ni Amaya, ni Ranimiro, podían concebir que cien mil hombres en su propio país, hubieran sido derrotados por doce mil; que el imperio de los godos hubiese desaparecido para siempre en tan desigual como ignominiosa batalla. ¿Qué mucho? Más de once siglos han pasado desde entonces; más de mil veces ha querido explicarlo la historia y todavía no se comprende, ni apenas se adivina.

Pero la palabra *anexión*, vergonzoso neologismo en el lenguaje político de la edad presente, nos lo aclara todo. Anexión es la agregación inicua y venal de un pueblo corrompido a otro pueblo corruptor: la traición en los poderosos, y la indiferencia en los débiles, tan criminal una como otra.

Cuando Ranimiro conoció toda la intensidad del mal, todas las consecuencias de aquella descomunal catástrofe, tornó a llorar. Dos meses atrás se le hubiera roto en sangre el corazón, antes que los ojos en llanto. Pero en aquella situación, si la fuerza de voluntad era la misma, las fuerzas corporales le faltaban.

Lloraba y exclamaba sollozando:

-¡Adiós, reino visigodo, a quien tantos beneficios debe el mundo! ¡Bárbaros vinimos a la Iberia; pero menos bárbaros que los vándalos, suevos, hunos y alanos, a quienes dominamos, haciéndoles entrar en la civilización! Encontramos una España partida entre la verdad y la herejía, y dejamos un pueblo completamente iluminado con la luz de la fe. Tardamos en ser verdaderos reyes; pero hemos sido al fin los primeros monarcas españoles. Tomamos las leyes de los romanos; pero hemos hecho el primer código de la edad moderna. ¡Adiós, pueblo llamado bárbaro, a donde venían los latinos a aprender latín! ¡Adiós, tierra de los libros y bibliotecas, de la música y la poesía! ¡Adiós, naves del mar, que no cabíais en el puerto! ¡Adiós para siempre, patria de los Leandros, Isidoros, Braulios, Ildefonsos, Eugenios, Juanes y Conancios! ¡Adiós, trono de los Recaredos, Recesvintos y Wambas! ¡Adiós, hija de mi vida; ya no tengo hogar, ya no tengo familia, ya no tengo hija: todo lo he perdido al perder la patria; ya no le queda a tu padre más abrigo que los claustros del monasterio!

Amaya lo tenía abrazado y lloraba también; pero sus lágrimas silenciosas, y si es permitido decirlo así, varoniles y fecundas, eran agua de manantiales que riegan el bien mullido suelo, y lo fecundan y restauran.

-¡Esperanza, padre mío, dijo al fin: esperemos en Dios!

-¡Esperanza, sí!, exclamó el decalvado. ¿Ves este sayal?, añadió levantando la parda y grosera túnica que le cubría. Pues este hábito es nuestra única esperanza. ¿Ves esas copas de plata y oro, esas ánforas, esos vinos? Pues eso es nuestra perdición. Nos han perdido los siervos, el lujo, la molicie, la ambición y la materia: nos ha perdido la ociosidad, el regalo y la servidumbre; y sólo pueden salvarnos la penitencia, la aspereza, la oración y

el trabajo de la vida cristiana. Pero, Munio, ¿qué es de Pelayo y Teodomiro? ¿Han muerto como el rey? ¿Han perecido como García?

-No lo sabe Eudón: sólo ha contado entre los muertos, que son innumerables, al rey de los godos y los caudillos de los vascos. De García en particular refiere proezas: le ha visto pelear como un león y caer abrazado a la cruz que enarbolaba en la batalla.

-¡Padre mío!, exclamó Amaya murmurando al oído del penitente: ya soy toda vuestra: haced de mí lo que os plazca.

Y por centésima vez le estrechó en sus brazos.

El vicario creyó que debía retirarse, y lo hizo en silencio, sin interrumpir aquella escena de desolación.

Entre tanto, decía Ranimiro a su hija:

-Amaya, ¿qué quieres decir con esas palabras?

-Que estoy dispuesta a seguir vuestro consejo: decidida a tomar el velo de las vírgenes en un monasterio.

-Amaya, exclamó el decalvado; ¿amabas a García?

-¡Con toda mi alma, con todo mi corazón!, contestó la dama trasportada.

-¡Le amabas, y por él has olvidado a Pelayo!

-¡A todo el mundo, menos a mi madre y a vos! Le amaba sin esperanza, porque sabía que nunca lo volvería a ver. Le amaba; pero dispuesta siempre a obedeceros en todo, menos en dar a otro hombre un corazón que no era mío.

-¡Amabas a un vasco!

-¡Que muere peleando por los godos!

-¡No por los godos, por la cruz!

-Eso, eso es lo que he querido decir: por la cruz, que es tanto de los godos como de los vascos. Eso es lo que le engrandece.

-¡Hija mía!, exclamó Ranimiro abrazándola: ¡yo le amaba también!

-¡Y yo lo sabía, padre mío! Y vuestro amor impulsaba y sostenía al mío. Habíais nacido el uno para el otro; no había en el mundo un hombre más digno de vos.

-Sí, pero nunca hubiera consentido en que fuese tu esposo.

-Ni él hubiera sido nunca esposo mío sin vuestro consentimiento.

-También lo sé, y tanta confianza tenía en él como en ti. Y, perdona, hija mía: más confianza que en ti he tenido en él.

-¡Oh, padre mío! No me ofendéis con esa preferencia. Me consuela que amaseis a García más que a mí.

-¿No te ofendo, Amaya?

-¡No, no! ¡Mil veces no!

-Pues bien, tú no puedes ser todavía esposa de Jesucristo: tú no puedes seguirme al claustro. Amaya, vete mañana a ver al obispo Marciano; él te dirá lo que has de hacer.

-¡Padre mío, siempre estoy dispuesta a seguir la voluntad de Dios y la vuestra!

-¡Bendita seas!

CAPITULO VI

Que Eudón había nacido de pies

Despertado el duque a la madrugada, como había prevenido, se levantó diligente, aunque poco satisfecho con tan corto sueño; y dejando a un lado su espléndido traje gótico, se acomodó el oscuro y modestísimo de los vascos, guardando en el seno algunas joyas, como recuerdo y regalo para su esposa y madre.

Alegre y regocijado parecía con aquellas pobres vestiduras, que trasportaron su imaginación a los tiempos quizá más venturosos de su mocedad y sus primeros ensueños de amor y gloria; pero en medio del contento, alguna inquietud se percibía en sus modales, alguna zozobra en sus miradas, principalmente cuando se hallaba solo, y no tenía que aparentar la serenidad de que realmente carecía. Por un instante fijó los ojos en la estringe y rojo manto, en los recamados borcegués y preciosos brazaletes que dejaba, y su frente se cubrió con nubes de tristeza:

-¡Si volveré a ponérmelos!, exclamó sordamente.

Echóse el capuz, se envolvió en su capa de bayeta burda, y poco después atravesaba el puente inmóvil de madera, tendido sobre el foso de la puerta del Nordeste, y no al frente de ella, sino a un lado, según las reglas militares de entonces.

Hallóse luego en la ribera del Arga, por allí tan amena y pintoresca, libre, pero solo y desamparado de todo humano auxilio. Aquel famoso y prepotente favorito del rey, conde de los Notarios, de las Largiciones y del Tesoro; aquel duque de Cantabria que en breves horas se impuso a godos y avasalló a judíos, hasta el punto de empezar a recibir homenajes y pleitesía, sólo debidos al soberano; ya no tenía siervos a quien mandar, vicarios de que disponer, profetisas a quien seducir, apóstatas que amedrentar, ni tiufados, priores y seniores, ni bandos y edictos, ni huestes ni tribunales. Quería dominar a vascos y godos, fundar un reino con ambos pueblos, siempre enemigos y jamás reconciliados, y en aquel momento cualquier godo podía impunemente matarlo como vasco, y el último de los vascos perseguirle como godo. ¿En qué se cifraban por de pronto sus esperanzas? En un disfraz que por ventura le vendía; en el conocimiento de un

idioma que acaso no era su idioma nativo, y que en largos años de ausencia podía haber olvidado. ¡Quién sabe! Tal vez alguno de aquellos aldeanos le había visto entrar en Pamplona como duque de Cantabria, y lo reconocería; y creyendo prestar a su causa el mayor servicio, lo entregaría a Teodosio, cuya vigilancia en aquellos contornos debía de ser extremada, cuyas órdenes en aquella región de vascones fronterizos eran puntualmente obedecidas.

¡Y quien tanto peligro corría y con tan precarios recursos contaba, iba con ánimo de hacerse rey y de contrarrestar las fuerzas, la ambición, la rivalidad del poderoso caudillo de Goñi, quizá en aquellas horas proclamado! ¡Y se hallaba solo con su audacia, que semejaba locura, y su confianza en la fortuna, cuya voluble rueda nunca se logra tener bastante bien atada!

Todo lo veía claro el caminante: los rasgos mismos de su fisonomía no desdecían ciertamente de la raza indígena; pero no eran tan genuinamente vascongados, que alejaran las sospechas o la curiosidad; y por de pronto, su color tostado estaba revelando al menos perspicaz observador, otros soles y climas y aun otra defensa de la cabeza que el holgado capucho, rara vez usado por aquellos naturales.

Tenía también presente que su aire, su continente, sus modales, y hasta sus mismos ojos, debían de contrastar con los de aquellos sencillos aldeanos y rudos pastores, de anchos pies y manos encallecidas, de crespa barba y bronca cabellera, de sencilla expresión, y mirada dulce, confiada y cariñosa; con hombres, en fin, que nunca mentían, ni temían ser engañados.

Gentes que vivían entre breñas y bosques, precipicios y torrentes, en el seno de aquella naturaleza agreste, como hijos en el regazo de su madre; jamás podían confundirse con el bastardo fruto de la ambición y soberbia, mezcla confusa del amor y despecho, monstruo de verdades y artificios, cuya grandeza de pensamientos espantaba, y cuya temeridad estaba a cada momento expuesta a caer por un soplo derruida.

Hasta la hora presente la fortuna le había sonreído; todo a su voluntad se había doblegado. Tenía en Munio el instrumento; masa dócil en los godos; molde para ensayo en los judíos; y sin embargo, le faltaba lo principal, lo más arduo de la obra, la dominación y reconocimiento de los vascos: y aun cuando contaba para ello con el patrocinio de Amagoya, y con el título de esposo de la hija de Aitor; aun cuando su reaparición ante aquel pueblo parecía oportunísima, la falta absoluta de noticias acerca de lo interior del país, la oscuridad, las nieblas que circundaban los acontecimientos de la montaña, le traían desasosegado.

Sintió impulsos, para salir presto de dudas, de interrogar a la primera persona que encontrara, pasada la zona ocupada por los godos, la cual apenas se extendía más allá de la cuenca de Pamplona; pero el temor de hacerse sospechoso como espía, las apariencias de extraño que le vendían, y que tal vez le habrían hecho sufrir alguna detención funesta a sus intereses, le contuvieron en su impaciencia y le hicieron esquivar todo encuentro, huir de majadas y caseríos, siquiera hasta dejar atrás considerable porción de territorio, y poner entre la Vasconia de los godos y la de los vascos, la distancia suficiente para alejar todo recelo de traición y espionaje.

Instintivamente, sin pensarlo siquiera, o por lo menos, sin titubear, seguía un camino que parecía no muy conforme a las intenciones que debemos suponerle. ¿No ardía en deseos de ver pronto a su madre y a su esposa? Pues en vez de dirigirse a los valles de Butrón o de Aitormendi por el camino más corto, que era el de las Dos Hermanas, tomó hacia el Norte la vía de Pamplona a Burdeos que trazaron los romanos por el puerto de Velate, desde donde, a las inmediaciones de Gaztelu, tocaba en San Esteban de Lerín, y cruzando el Bidasoa, penetraba en Francia. ¿No quería averiguar lo que estaba ocurriendo a la sazón en Goñi? Pues se alejaba de aquel valle a cada paso que daba.

Como quiera que fuese, sin perder de vista el río de cristalinas aguas que, lamiendo el primer estribo de los Pirineos, desemboca en el Arga; por entre bosques de robles y hayas que entonces eran selvas casi vírgenes, tendidas por barrancos más sinuosos que profundos, llegó a los valles formados por la cordillera que separa entrambos ríos, las alturas que dan frente a los Alduides y los innumerables puertos que descienden al Océano. De dos ideas parecía preocupado, la de no perder nunca de vista la calzada, y la de evitar al propio tiempo el encuentro de los transeúntes.

Pero si tal era su deseo, bien fácilmente podía conseguirlo; porque el camino estaba desierto a la sazón: apenas atravesaba por él alma viviente.

Iba acercándose el sol al meridiano, y la necesidad de tomar algún alimento le obligó, sin embargo, a buscar la gente de quien huía.

Acercóse a una majada, donde sólo halló un zagal que apacentaba ganado lanar en prado de suaves ondulaciones, y páramos fronteros al Pirineo.

-Buenos días, hermano, le dijo: soy un vasco del ducado de Aquitania que vuelvo a mi tierra, después de haber cruzado toda la de los godos. ¿Voy bien para mis montañas?

Eudón quiso, desde luego, adelantarse a las observaciones que sobre su extraño aspecto pudiera hacer el mancebo: y obró cuerdamente; porque éste se dio por satisfecho, y acerca del particular no le hizo pregunta alguna.

-Según y conforme, le contestó el zagal. ¿Cuál es vuestra montaña? ¿Hacia dónde cae vuestro valle nativo?

-A la parte allá del Larraun.

-Aunque mejor camino hubiera sido el de la costa, derecho iréis como un huso, si al llegar al hondo, os dirigís a la izquierda. Pero ya tenéis que apretar el paso, si habéis de dormir esta noche en el heno mullido por vuestra madre. ¿Habéis oído misa?

Aquella inesperada pregunta desconcertó al caminante, el cual cayó al punto en la cuenta de que el día anterior habían celebrado fiesta los judíos en Pamplona.

-Todavía no.

-¡Un domingo sin misa!, exclamó el vasco escandalizado.

-Entraré en cualquier iglesia que encuentre al paso.

-Ya es tarde.

-No he querido entrar en Iruña; porque dicen que Teodosio de Goñi os lo ha prohibido.

El zagal se echó a reír.

-Cierto: pero quien sepa guardar el pico, y no decir palabra a los godos...

-¡Palabra!... ¿De qué?, preguntó Eudón, muy satisfecho del sesgo que iba tomando el diálogo.

El mancebo no se contentó ya con reírse; soltó una carcajada.

-Eso es lo que dicen mi padre y mis abuelos. ¿Qué hemos de ocultar a los godos, si no sabemos nada?

-¡Cómo es eso! ¿Con que Teodosio no se digna de enteraros de lo que pasa?

Sentaos, hermano caminante, y tomad un cuenco de leche con los tiernos corruscos de mi hogaza: que vos, como venís de lejanas tierras, algo tendréis que contar. ¿Cómo os llamáis?

-Asier.

-Buen nombre, si hubierais principiado el día como Dios manda. Quiera Dios que *amaya* (el término, el fin) sea mejor que *asier* (el principio).

El duque hizo como que se sonreía con este juego de vocablos que le iba derecho al corazón.

El juego, sin embargo, era inocente; porque ni aquel mancebo podía conocer al viandante, ni su fisonomía franca y jovial expresaba malicia alguna.

Sentóse Eudón, y tomó su primer alimento de aquel día con soberano apetito.

El zagal, entre tanto, reanudando la conversación que parecía haber excitado su curiosidad, le dijo:

-Contadme, hermano Asier, contadme lo que pasa por esos valles de Aralar, Urbasa y Andía.

-Soy aquí peregrino y lo ignoro; pero hartos serán que no se esté tramando alguna gorda en los telares de esas montañas. ¿Qué sabéis por acá?

-Pues aquí sólo sabemos que, según los señores de Val-de-Goñi han dicho, los godos han ido a defender la religión contra no se qué paganos.

-Los moros.

-Eso es, los moros: y que mientras nuestros enemigos combaten por la fe de Cristo, nosotros, tan cristianos como ellos, debemos dejarlos en paz.

- Eso es muy noble, contestó el duque, muy santo y muy bueno; pero entre tanto...
- Entre tanto hay que ocultar a los godos esta resolución, para que no se envalentonen, ni lo atribuyan a miedo. Eso es lo que dicen.
- ¿Con que nada hace Teodosio? ¿Nada preparan vuestros señores?
- Allá ellos. Lo que dispongan bien dispuesto estará; que para eso tienen más años y más saber que nosotros.
- Pero algo habrá que a todos nos interese; porque los tiempos de Aitor han llegado.
- Ese es el cantar de mi abuelico: «Chiquitín, los tiempos han llegado: yo moriré tal vez sin alcanzarlos; pero tú vas a tener rey».
- Poco ha de vivir el padre de vuestro padre, para no acatar al mismo rey que su nieto.
- Tú sabes algo, caminante, algo que no puedes decirme a mí, tal vez por mis pocos años; pero si quieres que vaya a llamar a mis padres, o prefieres bajar a nuestra choza...
- No; pero tú también me ocultas algo. ¿En dónde están vuestros señores?
- ¡Calla! Pues ahora me hacéis caer en la cuenta de que ayer salieron en dirección del Aralar.
- O del valle de Goñi.
- Poco más o menos es la misma.
- ¿Ellos solos?
- Por aquí pasaron solos; mas luego dijeron que también los de otros valles se han movido.
- ¿Hacia el mismo lugar?
- Sí, hacia la sierra de Andía.
- ¿Y con qué fin?
- ¿Qué sabemos nosotros? ¿Qué tienen ellos que enterarnos de sus fines?
- ¿No se susurra si tratan de nombrar conde, duque o rey a Teodosio?
- Eso es imposible, Asier. Vos, aunque vasco, no sois de las tribus del *lauburu*, y no estáis enterado de nuestras cosas; pero nosotros, los de la banda de acá, sabemos que eso no puede ser... por ahora. Nuestro rey ha de casarse con la hija de Aitor, y mientras Amaya de Butrón no se bautice... ¿qué cristiano ha de ser marido suyo?

Grandes y muy gratas eran todas estas nuevas para el duque; el cual las escuchaba con tal satisfacción, que las palabras mismas del imberbe mancebo le parecían graves e irrefragables sentencias de maduro varón y docto letrado. Y cierto, que aunque de labios tan poco autorizados salían, expresaban el común sentir que tanto le lisonjeaba.

Pero como acerca de Amaya no le importara por de pronto saber más, y el pastorcillo realmente en breves términos se lo había dicho todo, varió súbitamente de conversación, enderezándola a puntos y objetos que por ventura no le interesaban menos.

-Dime, zagal garrido; así os otorgue Dios a los vascones un rey tan bueno y venturoso como nuestro duque Eudón, que acaba de coronarse en Aquitania; dime, ¿conoces al ermitaño Pacomio?

Segunda o tercera vez tornó a reírse el zagalillo.

-¡Pues, hombre, si el ermitaño es aquí más conocido que la ruda!...

-¿Ha pasado estos días hacia Iruña?

-Hace mucho tiempo que no le he visto empinar la bota. ¿Por dónde anda?

-Por allende, según dicen; pero es de volver a Pamplona de un momento a otro.

-Pues entonces no puede traer otro camino que éste.

-Eso es lo que pienso yo, dijo Eudón; eso lo que me obliga a seguir esta calzada: porque si topo casualmente con ese andariego anacoreta, nadie mejor podrá enterarme... de las cosas de mi tierra.

-¡Toma! Ya comprendo ahora el rodeo que dais para llegar a la peña de Larraun. Pero no será en balde, si el ermitaño vuelve tan pronto como decís. Os lo encontraréis por fuerza en el camino.

Despidióse Eudón con sentimiento de aquel rapaz, cuya boca parecía hecha a medida de la suya. Impulsos tuvo de agasajarle con espléndidas albricias; pero en tal caso habría tenido que descubrirse, y explicarle los motivos de su liberalidad y regocijo, o pasar de lo contrario por remunerador de la hospitalidad, ofendiendo en lo más vivo al montañés, que nunca pone precio a los favores. Dióle la mano, y se contentó con decirle:

-Cuando los vascones tengáis un rey, no dejes de presentarte en su palacio.

¿Hay buenas yerbas en el palacio de los reyes?, le contestó sencillamente el pastorcillo.

El duque quiso sonreírse al oír tan cándida pregunta; pero obligado por ella a medir el abismo que mediaba entre el alma del zagal y la suya, suspiró y le volvió la espalda.

Nunca, sin embargo, desde que salió de la Bética había sido tan feliz como en aquel momento. Ni su arribo a Pamplona, ni la fidelidad de Munio, ni las excelentes disposiciones de los nobles godos, ni el reconocimiento y vasallaje de los judíos, le halagaban y satisfacían tanto como aquellas palabra del pastor: «nuestro rey tiene que ser marido de la hija de Aitor, y mientras ésta no se bautice...»

Y él era esposo de Amaya de Butrón, según los antiguos ritos de los vascos; Amaya, fiel a su amor, firme en sus creencias, pagana, como decían los cristianos, era su mujer, y nadie, de consiguiente, podía disputar a su marido el cetro de Vasconia. ¿Qué le faltaba ya? Las tres razas que poblaban los Pirineos caían postradas a sus pies: y sólo él, como

señor de todas ellas, y dueño de aquel solar incólume, podía salvarse del diluvio en que se estaba anegando el resto de la Península.

Tendió hacia el Oriente una mirada, y los Pirineos se le presentaron tan próximos, que le parecieron al alcance de su mano. Mediaba, sin embargo, un valle largo, profundo y ondulado; magnífico lecho de un brazo de mar bruscamente abandonado por las aguas, pintoresco siempre, y sublime y salvaje desde ciertos puntos de vista. Las hayas que arrancaban en valientes y gigantescos troncos en ambas vertientes de la hendida cordillera, formaban selvas impenetrables. El fondo surcado por un río, estaba cubierto de verdes praderas, de negruzcos caseríos, de blancas ovejas y doradas mieses que resaltaban entre el oscuro tono general del paisaje. Pardos helechos, árgomas amarillas y rojizos zarzales, álamos y olmos, manzanos silvestres y cultivados, castaños y cerezos acababan de darle amenidad. En aquel río cristalino desembocaban cien y cien torrentes: en aquel valle cien y cien rinconadas, de sorprendentes revueltas, de hayedos y robledales que competían entre sí, de troncos que en dirección opuesta se cruzaban como lanzas en el combate. Caracterizaban por último aquel barranco las crestas pirenaicas, que arrancando de lo profundo, se alzaban bruscas y atrevidas a las regiones celestes, con picos y contornos inverosímiles que la mano del artista nunca hubiera osado trazar. Aquellas rocas parecían soñadas por una fantasía calenturienta, en la embriaguez del genio y la inspiración.

¿Cómo habían de llegar los enemigos a parajes tan ocultos, y tan bien y constantemente defendidos por la raza primitiva que de ellos tomó posesión?

Los huesos de los hijos de Aitor no estaban allí mezclados con los huesos de ninguna otra humana criatura: no había para aquellos habitantes más mundo que el mundo contenido entre las dos opuesta cordilleras. ¿Qué se sabía allí de los sarracenos, qué de los godos? Lo mismo que siete siglos atrás se supo de César y Octavio: que pasaron, y por consiguiente, que fueron. Llamáronse dominadores del orbe; pero en aquella parte del orbe dominado, ni resonó su voz, ni el eco de sus pasos. Sólo después de celebrar alianza con los vascos, pudieron los romanos prolongar su vía por aquel territorio.

Eudón no pudo resistir al deseo de descender al valle. Era ya tarde, y no tenía fuerzas para completar su jornada. Gozábase de antemano con la idea de contemplar de cerca aquellas gentes que, a salvo de todo linaje de invasiones, debían de conservar aún más que otros euscaldunas las costumbres patriarcales, y el amor y el respeto a la familia del patriarca.

En efecto, en aquellos contornos ni siquiera de nombre se conocía a Tárik ni Rodrigo: no había la menor especie de la primera irrupción sarracénica; pero de Amaya y Amagoya no podía ignorarse nada.

Eudón, que creía encontrar un pueblo cándidamente salvaje, no se había hecho cargo de una cosa: por allí no había pasado nadie, y sin embargo, había pasado todo: allí todo era antiguo y todo nuevo. Por allí cruzó siglos atrás la luz del Evangelio; por allí el calor de la divina gracia, la ardiente lluvia del cenáculo, la sombra de la cruz. Allí no reinaba Aitor, imperaba Cristo. Sobre la sencillez de las costumbres primitivas, había descendido

la santidad de la religión, como desciende una paloma sobre sus hijuelos que la están esperando con el pico abierto; como desciende el sueño sobre los párpados del niño.

Nada generalmente se sabía allí de Amagoya, sino que no estaba bautizada: y todo lo que de ella se quería saber, era que al fin se había convertido. Por la conversión de la casa de Aitor se oraba públicamente todos los días; para que hecha cristiana la augusta y respetada familia, no quedara sin bautizar ningún vascongado.

Aquella tarde los campos estaban abandonados, los pastores recogían el ganado más temprano que de costumbre, y gentes de todas edades, sexos y condiciones salían de la iglesia, con sus vestidos del día de fiesta, el semblante alegre y de sano color, la mirada tranquila y el labio risueño. Los niños triscaban y corrían por las eras, las mujeres doblaban su manto, y los mancebos, presididos por un anciano que llevaba la guecia con punta de plata, se disponían a danzar en la pradera que se extendía delante del templo. Sentóse el presidente al pie del más copudo castaño, y bien pronto se sintieron los agudos ecos de la *tibia vasca* con acompañamiento de tamboril. Y bien pronto también comenzó el baile, dirigido por dos ancianos, tras de los cuales iban a un lado los mancebos y en opuesta fila las mujeres, que habían dejado el manto en las ramas del árbol, o en el atrio de la iglesia.

No había puerta de caserío que estuviese cerrada, ni ganado con otros guardas que los mastines.

De repente todas las miradas se dirigieron hacia la orilla del río:

-¡Un forastero! ¡Un huésped!, exclamaron multitud de voces, y se suspendió la danza.

La presencia de cualquier persona extraña era un acontecimiento en aquella comarca, a donde nunca llegaban los godos arrinconados en el puerto de Ondarribia.

-¡Y viene fatigado el pobrecillo!

-Y de lejanas tierras, según el color que trae. Hará noche en el valle.

-¡Yo me lo llevaré!, clamaron todos casi en tumulto.

Pero el anciano de la guecia pronunció su *yo*, ante el cual todos los labios enmudecieron.

El forastero entre tanto había cruzado el río por un puente de tablas, y los mancebos se adelantaron a recibirlo.

-Bien venido seáis a los valles del Pirineo, le dijo el anciano.

-Y bien hallados vosotros, contestó Eudón, en la región predilecta de nuestro patriarca.

-Parecéis cansado. No podéis pasar de aquí, y según trazas, habéis andado mucho.

-Mucho: vengo de muy lejanas tierras.

-Grande debe de ser la necesidad que tenéis de llegar al término de vuestro viaje, cuando lo proseguís en domingo. Como quiera que sea, descansaréis en mi casa, y entraremos un momento en la iglesia a dar gracias a Dios por vuestro feliz arribo.

Por confesión propia sabemos ya que Eudón no era cristiano; pero como también le hemos visto encumbrado a los más altos puestos de un reino católico, debemos inferir que pasaba por tal entre los godos. Encallecida su conciencia con actos de hipocresía, no parece que uno más pudiera costarle mucho. Y sin embargo, la invitación del anciano le dejó perplejo.

Motivos tenía, en efecto, para mirar bien lo que se hacía. Hallábase en la región de Amagoia, al alcance de sus ojos: y si la Adivina llegaba a saber que se avergonzaba de confesar la religión primitiva, le despreciaría, y no querría reconocerle por hijo, ni por esposo de Amaya de Butrón.

Para un hombre que no tenía otro afán ni pensamiento que éste, desde los primeros años de su juventud; que en ser marido de la hija de Aitor cifraba todo su orgullo, toda su felicidad; aquella razón parecía decisiva: pero dudaba, y en la embriaguez de su fortuna y soberbia, tascaba el freno mismo que al triunfo le conducía.

-¡No soy cristiano!, contestó al fin, con una altivez que por lo sombría indicaba los vaivenes de un espíritu agitado.

-Sois ya mi huésped, y al cariño que os debo como tal, añadiré la compasión que merece vuestra desventura, dijo el de la guecia. Yo me llamo Millán: ¿qué nombre es el vuestro?

-Soy Asier, el hijo adoptivo de Amagoia.

-Asier murió muchos años hace.

-No es cierto, aunque así se dijo. Asier soy yo.

-Os creo, Asier; porque, a pesar de los siniestros rumores sobre vuestra muerte esparcidos, alguien os está esperando, repuso Millán: descansad ahí un momento al pie de ese castaño. Nosotros vamos un instante a dar gracias a Dios, porque os ha conducido hasta aquí, después de haberos salvado de las olas del mar, para consuelo de vuestra madre.

Y toda la gente del valle entró en la iglesia, y sólo los pequeñuelos se quedaron fuera, mirando de lejos y de reajo al forastero con temor y espanto.

-¡Y no es cristiano!, exclamaban: ¡y se parece a los demás hombres!

¿Qué pensaba entre tanto Eudón, sentado en un banco, y cruzado de brazos a la sombra del árbol?

Quizá recordaba la estatua de Nabucodonosor derribada por una piedrezuela que bajó rodando del monte: quizá le estaba pesando ya de haber sido tan franco.

Aquella escena le hizo comprender que aún le faltaba mucho camino que andar para el logro de sus deseos, y que necesitaba apelar todavía al disimulo y fingimiento, por mucho que le repugnarán.

El anciano salió al poco tiempo de la iglesia, y con risueño semblante, que tenía cierta expresión infantil, volvió junto al peregrino, y lo condujo a su casa, la mayor indudablemente de las que por allí se veían esparcidas, y próxima al templo.

La gente les seguía con la mirada, y casi puede decirse, con los mismos sentimientos expresados por los muchachos.

La casa, el campo, la gente, todo tenía en aquel valle sereno y grandioso, cierto aspecto primitivo.

¡Si esto viese Amagoya, pensaba Eudón, no se mostraría tan dura y feroz con los cristianos, y yo podría entenderme con ellos!

Y como si el eco hubiese respondido a su pensamiento; como si la fortuna estuviera sumisa a su voluntad, le dijo el anciano al entrar en el caserío:

Asier, podéis descansar tranquilo en esta choza; pues si, como presumo, deseáis abrazar presto a vuestra madre, tal vez esta misma noche queden cumplidos vuestros deseos.

-¡Amagoya aquí!, exclamó Eudón con la más viva sorpresa.

-Esta misma noche la espero, y si no mañana lo más tarde, antes de la hora en que suspendemos las labores del campo para tomar la leche y las castañas.

-¿Y con qué objeto viene aquí la Gran Madre, dejando su palacio de Aitormendi?

-Esa pregunta, contestó Millán, me prueba que ninguna noticia tenéis de Amagoya.

-Ninguna.

-Pues bien; no viene de su valle: vuelve a su casa.

-¡Cómo! ¿No está Amagoya en el valle de Aitor? ¡Es singular, es muy extraño en ella!, repuso Eudón alarmado.

-De pocos meses a esta parte, su vida ha cambiado mucho. Antes apenas salía del valle nativo: desde la primavera acá, puede decirse que apenas entra en él. Hizo por entonces un viaje a Goñi, donde estaba prisionero el godo Ranimiro, y allí se vio acusada de usurpadora del palacio de Aitor, y aun dicen que allí oyó cosas muy duras contra su esposo Basurde. Al pronto las despreció con arrogancia, y se encerró en su caserío; pero luego comenzó a sentir cierta inquietud y desasosiego, quizá remordimientos de conciencia, y se fue a casa de su hermana Usua, casada como sabéis, con Lartaun de Butrón. Lo que allí supo de su marido, yo no lo sé; pero Amagoya dejó también el caserío de Aitorechea, y aun las tribus del *lauburu*, y se fue a los vascos de las vertientes boreales. En el ducado de Aquitania ha permanecido algún tiempo, recorriendo los

Pirineos donde Basurde pasó los años de su juventud, y vuelve ahora en compañía de un ermitaño que le ha servido de guía por los valles del Adur.

Eudón, que había escuchado esta relación con el pecho oprimido, respiró al fin al oír estas últimas palabras.

El cambio de vida de Amagoya, sus viajes allende los Pirineos le habían alarmado más de lo que podemos figurarnos; pero la presencia del ermitaño, que no debía de ser otro que el rabino Abraham Aben Hezra, le tranquilizó por completo.

Todo, todo volvió a recobrar su anterior aspecto risueño y bonancible. La fortuna, con su inmenso poder, se había puesto resueltamente de su parte.

En aquel valle, hacia donde por casualidad, por cálculo, o por cierta fascinación de que no sabía darse cuenta, se había dirigido, iba a ver a un mismo tiempo, y dentro de breves horas, a las dos personas que más falta le hacían para el logro de su atrevida empresa: a la Adivina de Aitormendi y al ermitaño Pacomio.

Todo iba pues a las mil maravillas, y aún más allá de sus ardientes suspiros. Sólo necesitaba ya tener noticias tan satisfactorias de la familia de Aitorechea, de su amada, de su esposa Amaya.

Abandonado a su estrella, resolvió apurar hasta el fondo la copa de néctar con que se estaba embriagando de felicidad.

-Pues que tantas noticias tenéis de Amagoya, dijo al ehecojaun, que parecía regidor del valle, no dejaréis de tenerlas también de su familia.

-¿De la de Butrón?

-Precisamente: de la familia de Butrón que vive en Aitorechea.

-Noticias tengo de ella, asaz recientes.

-¿De cuándo?

-De hace pocos días.

-¿Habéis estado allá?

-No; Lartaun, el cuñado de Amagoya, ha venido aquí.

-¿De paso también para Aquitania?

-Lartaun vino expresamente a verme: dejóme un encargo para su cuñada, sabedor de su venida, y se volvió sin hacer noche.

¡Un encargo! Perdonad mi indiscreción; pero sólo deseo saber si ocurre alguna desgracia en esa familia.

-¡Oh!, exclamó Millán con una sonrisa de bondad, capaz de satisfacer al más suspicaz y descontentadizo: en cuanto a eso, podéis estar tranquilo, esa familia jamás ha sido tan feliz.

Asier estaba en tal situación, que todo le hacía temblar, de todo desconfiaba. Tentaba adrede a la suerte, y lo que más le asustaba era el buen éxito de sus tentativas. Las últimas frases del echecojaun de los Pirineos, en vez de regocijarle, le dieron escalofríos.

-¡Que nunca ha sido tan feliz, decís! ¿Tiene algún motivo especial para ser hoy más dichosa que antes?

El anciano levantó los ojos para mirar a Eudón, que tenía los suyos clavados en aquel rostro sencillo y bueno.

La mirada de las tinieblas, si es permitido hablar así, se cruzó con la mirada de la luz, y Lucifer tuvo que bajar la vista.

-Sí, contestó el echecojaun: deben de ser hoy más felices que ayer, porque Amagoya les ha enviado a decir que todo cuanto se ha contado de Basurde es mentira; que está muy satisfecha de la conducta de su marido, y que vuelve al valle de Aitor a recibir a su hijo adoptivo... a vos, Asier.

-¡Oh! ¡Si eso fuese cierto!, exclamó el duque, creyendo inverosímil tanta ventura. Pero no; me estáis tratando como a un niño... Me engañáis... Decidme la verdad...

-¡Joven! Habéis vivido muchos años fuera de la escualerría, y olvidado sin duda que en ella nadie mancha jamás sus labios con la mentira.

El huésped pidió perdón al anciano, suplicándole que no atribuyese aquellas palabras a desconfianza de las suyas, sino al exceso del gozo que sentía.

-Referidme, añadió, contadme cuanto sepáis: habladme de mi madre, de mi... de mi prometida, de Usua, de Lartaun, de Pacomio... ¿Cómo ha sido acogida Amagoya detrás de esos montes? ¿Qué historias le han contado ahí? ¿Me aman siempre mi madre y mi esposa? No me digáis más que esto, Millán, esto es realmente lo único que deseo saber, y lo que nunca me cansaré de oír.

-¡De todo, Asier, de todo vais a quedar enterado, porque... si no me equivoco, ahí tenéis a vuestra madre!...

Efectivamente, el bullicio, el movimiento, la sorpresa y la alegría de los moradores del valle, anunciaban la llegada de Amagoya; la cual descendía a caballo por un desfiladero de las montañas que, en majestuosa y muy elevada cordillera, se revolvían al Oriente.

Todo estaba en conmoción, todo como fuera de quicio y trastornado en aquella comarca, momentos antes apacible y tranquila. Pero nadie, como es de suponer, tan agitado como aquel duque de Cantabria que en Pamplona se enseñoreó de los magnates con una mirada, y que al pie de los Pirineos, consultaba el semblante mismo de las mujeres y los niños, para adivinar por él su felicidad o desventura, su vida o su muerte.

Corría, volaba hacia el puerto con pecho anhelante, y el rostro encendido y los labios temblorosos, aunque mudos; y cuando observó que la Adivina se apeaba al verle, disponiéndose para recibirlo en sus brazos, comenzó a gritar desde lejos:

-¡Madre mía! ¡Madre querida mía!

Cuyas frases parecen más dulces en vascuence que en ningún otro idioma.

Llegó por fin, y se abrazaron hijo y madre después de ausencia tan larga; y cuando en el hombro de Amagoya reposaba la frente de Eudón, éste le dijo al oído:

-¿Y Amaya?

-Tuya, le contestó la anciana: ella y tú seréis de hoy en más el descanso de mi vida.

¿Y Lartaun?

-¡Mío! Le tengo ya bajo mi poder.

-¡Con que Basurde!... ¿Qué habéis sabido de Basurde?...

-¡Asier!, exclamó la hija de Aitor desprendiéndose un momento de los brazos de su hijo para dar mayor solemnidad a sus palabras, para que todos los circunstantes, que eran casi todos los moradores del valle, pudiesen oírla: ¡Asier, Basurde ha sido calumniado por nuestra enemiga Petronila: la honra de la familia de Aitor exige el castigo de la calumniadora!

Ya no cabía más: la ventura había llegado a su colmo. Pero como si todo este cúmulo de gratas nuevas fuese todavía poco para satisfacer al hijo mimado de la dicha, Pacomio, que contemplaba este espectáculo con sonrisa maligna y misteriosa, se acercó al duque, y dándole a besar la mano, le dijo en hebreo:

-¡De buena nos hemos librado! Amagoya conoce ya el secreto del tesoro de Aitor. Es menester que se lo arranques...

Sin poderse contener, sin ser ya dueño de sí mismo ante la magnitud de aquella noticia, volvióse Eudón hacia su madre y le dijo:

-¿Con que habéis descubierto?...

Amagoya no le dejó acabar la frase. Con una satisfacción, con un orgullo indescriptibles le contestó:

-¡Todo! Nada tenemos ya que mendigar de la infame Petronila.

CAPITULO VII

De cómo discurre Eudón para contar su historia

No podía quejarse Amagoya del recibimiento que se le hacía. No era entusiasta, ciertamente; pero sí cordial y respetuoso. Acompañáronla todos los ancianos del valle a la casa y aun a la mesa de Millán: mozas y casadas, con rostro afable y risueño, se apresuraban a traerla presentes de quesos, frutas y flores, bresca, carne del monte y cestas en que se retorcían las anguilas, brillaban las pintadas truchas, y resaltaban por su rubicundo color enormes trozos de salmón cogido aquella misma tarde cerca de la embocadura del Bidasoa.

Mujeres y niñas la besaban la mano, como rindiendo homenaje a la familia semiaugusta del patriarca, sin perjuicio de besarla las mejillas; queriendo trasmitirla en cada ósculo, los piadosos sentimientos en que su cristiano corazón ardía.

La cena, pues, con tantos y tan escogidos elementos, se preparó en breve. El regidor no tenía criados para servirla; pero su mujer, sus hijas, y todas las hijas y mujeres del contorno, se esmeraban a porfía en aderezar las viandas y presentarlas a la mesa.

Como todos los echecojaunas se consideraban convidados, fue preciso cenar al aire libre, sentados unos en haces de mies y otros en el suelo, al resplandor de las teas fijadas en las hendeduras y rendijas de las paredes del caserío. Sólo para la reina de la fiesta, y aun de las tribus, se había tendido un costal de heno, cubierto con el paño rico y florido que la esposa de Millán guardaba en el fondo del arca, para el tálamo nupcial de sus hijos.

Pero si Amagoya parecía realmente satisfecha del agasajo, volvía en cambio sus exigentes ojos, como buscando pretexto para echar al cristiano auditorio su acostumbrado sermón sobre la relajación de las costumbres a consecuencia del olvido de las tradiciones patriarcales; y, en honor de la verdad, las miradas fiscales de la inexorable puritana, no hallaron en qué cebarse. La comida era abundante, pero sencilla. La señora de la casa llamaba a su marido el amo; le daba el tratamiento vascongado del inferior al superior, y tanto a él como a la hija de Aitor, les servía cuencos de madera con los más sabrosos manjares, sin permitir tampoco que otra mano que la suya escanciara el vaso reservado para Millán y los huéspedes.

Por gran lujo, o tal vez por la desmesurada prolongación de la mesa, poníanse a distancia conveniente dos o tres fuentes más, y los comensales iban metiendo en ellas los dedos, guardando siempre el respeto y preferencia debidos a la ancianidad. Los forasteros y algunos otros personajes autorizados, se hacían plato aparte en una ancha corteza de pan que se mudaba a cada vianda; pero el índice y el pulgar servían de tenedor, y una corteza más dura y pequeña, de cuchara. A cada tanda, de las tres o cuatro en que se dividía la mesa, le correspondían sendas escudillas, para el vino y el agua.

Por lo demás, Millán, ufano y amabilísimo con tan insignes huéspedes, sabía guardar su puesto. Reservaba en su interior algo que le infundía cierto aire de serenidad con que dominaba a todos sin pretenderlo; una sonrisa de compasión que no ofendía, un espíritu de caridad, reflejo de la presencia divina, que es el esplendor de la dignidad, nunca avasallada por respetos humanos. Bendijo la mesa al principiar, como si todos los que a ella estaban sentados profesaran la misma religión: pero nada tuvo que reprocharle la Adivina, a quien no podía ofender el deseo de que todos los presentes fuesen un día partícipes de la mesa celestial. Lo que al parecer le atormentaba era la íntima voz de su

conciencia, ante cuyo testimonio, todos aquellos cristianos eran todavía más puros y primitivos euscaldunas que los mismos paganos de Butrón y de Aitormendi.

Pero se callaba, quizá por la fuerza misma de los remordimientos; quizá porque sus *viajes*, o -si nos hace sonreír la palabra en esta época del vapor- sus paseos por tierra de cristianos, la habían enseñado algo en los tres últimos meses. Amagoya tenía ya el buen gusto de no ostentar fuera del plenilunio el blanco traje de adivina, y de no horripilarse a la vista de una iglesia, de una cruz, ni siquiera al eco de una campana.

Eudón observaba con gran contentamiento este cambio, que le desembarazaba mucho para la inevitable y comprometida narración de sus aventuras, preparada en su mente de muy atrás.

Esta necesidad de contar su historia traía-le un tanto inquieto y distraído; pero le mortificaban sobre todo los apartes de Pacomio, que aprovechando todo momento de confusión en la mesa, se acercaba a él para decirle en hebreo:

-¡El secreto de Aitor! ¡Es menester que esta misma noche se lo arranques a tu madre!

Y otras veces:

-Estamos perdiendo el tiempo. ¡El secreto, el secreto es lo que urge!

De buen grado, el duque de Cantabria hubiese principiado por tan interesante capítulo las confidencias que madre e hijo tenían que hacerse al cabo de tantos años de ausencia; pero Amagoya no parecía dispuesta a narrar, sino a oír. Y era natural que, antes de hacerle depositario de sus secretos, quisiera saber por qué había abandonado el país vasco, y cómo había vivido tanto tiempo entre cristianos, lejos de sus montañas, de su esposa y de su madre. ¡Desdichado de Eudón si con este relato incurría en desagrado y menosprecio de la empedernida pagana!

Llegó el fin de la cena; levantóse Amagoya, y dirigiéndose al interior del caserío, dijo al duque, convertido en esclavo de la anciana intransigente:

-Ven, hijo mío, ven a darme cuenta de tu vida.

La casa de Millán, cuyos muros exteriores eran de toscas peñas negruzcas con vetas cenicientas, estaba toda interiormente construida de tabla, y por lo tanto, no parecía muy a propósito para conferencias íntimas y reservadas.

Salieron, pues, a la pradera que se extendía entre la iglesia y la casa, y al pie de un peñasco de donde brotaba mansa fuentecilla ferruginosa, según el tinte rojo que dejaba en la peña y los guijos; acomodóse Eudón en un ribazuelo cubierto de césped, y Amagoya a sus pies sentada en la yerba, con los brazos cruzados, que descansaban en las rodillas de su hijo adoptivo. La noche apacible, recogía los más tenues murmullos del río, de las fuentes y las selvas. La luna daba de lleno en el rostro del duque, y su madre no se hartaba de mirarlo: parecía que sus ojos sólo hallaban descanso en los de aquel joven, en quien se cifraban su cariño y esperanza.

-Cuéntame tu historia, le dijo otra vez, ave de mis canciones; regala al fin mis oídos con los ecos de tu dulcísima voz, que siempre he recordado en los preludios del arpa de Aitormendi.

Eudón guardó silencio: aquella mirada, aquella actitud, eran maternas en efecto; pero bajo las blancas tocas y cabellos de la hija de Aitor, temía hallar la inflexible rectitud de un juez. ¿Cómo apreciaría los hechos extraordinarios de que iba a darle cuenta, y que indudablemente habían de turbar la serenidad de aquel profundo lago de tradiciones en que flotaba el espíritu de Amagoya?

Apartó la mano de su ardorosa frente, lanzó un suspiro apenas perceptible, y aquel magnate casi regio, que sabía mandar con la mirada, perplejo y tímido, comenzó con sordo y conmovido acento:

-Hijo de unos pobres pescadores, huérfano desde la infancia, sin saber más que nadar, bogar y tender las redes, Jaungoicoa, que para altas empresas me había predestinado, condujo mis pasos al venerando caserío de Aitormendi. Todo el mundo encuentra en él hospitalidad, alivio en sus enfermedades, consuelo en sus desventuras; yo hallé en vuestro seno la ternura de una madre, en las profundidades de vuestra mente la sabiduría de nuestros mayores, y en vuestras visiones de adivina los arreboles del sol que hoy principia a brillar en lo más alto del firmamento. Os lo recuerdo, Amagoya, porque, sea cual fuere el juicio que forméis después de haberme oído, debéis tener presente que soy hechura vuestra. A mis padres les debo el ser, a ellos también el no haberme hecho cristiano, el haberme amamantado con un odio igual a nazarenos y godos; a vos, mi buena o mala suerte: ellos formaron mi cuerpo, vos habéis modelado mi alma.

La viuda de Basurde confirmaba con su sonrisa aquellas palabras, y lo contemplaba en aquel instante como un artífice a su obra. Eudón, que navegaba sondeando por mares nunca surcados, continuó ya más tranquilo:

-Vos me hicisteis conocer la virtud de las plantas y sumergirme en el abismo de las tradiciones. Mis labios, aleccionados por los vuestros, modularon las canciones de la patria, y en alas de vuestro genio, aprendí a remontarme a las regiones en que la diafanidad del aire nos permite divisar las apartadas costas de lo futuro. Sentí entonces mi primer impulso de ambición. ¿Quién no toma gusto a lo grande y no quiere volar por lo desconocido, al verse circundado de grandezas y como perdido en lo vago de la inmensidad? Permaneciendo al lado de Amagoya, decía yo para mí, llegaré a vestir el sagrado ropaje de los adivinos, cuando por mis espaldas caigan blancos los cabellos, como por las rocas del Océano cae la espuma de las olas. Esta aspiración, grande sin duda, pero inferior a mi espíritu, bien pronto me hizo sonreír por su mezquindad. En el caserío de Aitorechea vivía una niña de dulces ojos, de tez sonrosada, de gracia infantil. La frente más torva se desarrugaba en su presencia, el suelo más triste se convertía en paraíso cuando por él cruzaba aquella digna rival de Maitagarri: a su lado todo era suavidad, dulzura y armonía. Los unos le daban olorosas manzanas del monte, los otros la mejor miel y las más hermosas flores del campo: yo recorría las playas y me sepultaba en las cuevas de la costa por llevarle conchas peregrinas. Os hablé de ella, y me contestasteis suspirando: «No tengo otra hija que Amaya, ella es el último vástago de Aitor». Bien se

conocía su preclaro linaje; porque niña y todo como era, tenía la viveza de vuestras miradas, vuestro altivo continente y vuestra entonces rizada y negra cabellera.

La hija de Aitor no se atrevía a interrumpir aquella relación tan armoniosa y bien concertada para sus oídos; pero su mirada y la nerviosa presión de sus manos, daban a conocer a Eudón el buen efecto de sus estudiadas frases. Amagoya, como todos aquellos que se nutren del aura popular, más que altiva, era vanidosa. Su hijo adoptivo la conocía bien; y si con alguna precaución tocaba el resorte de la lisonja, era por averiguar si la edad y los desengaños habían modificado su carácter. Luego que comprendió que el árbol torcido no se había enderezado en sus últimos años, siguió con firmeza y sin empacho.

-La gratitud que hacia vos sentía, hízome concebir entonces un proyecto. «Amagoya, mi bienhechora, pensaba yo, nunca será feliz, porque siempre tendrá que vivir separada de su sobrina».

-De mi hija, murmuró la anciana.

-«Pero si Amaya se casara con un amigo de Amagoya, con su hijo adoptivo, que vive en el palacio de Aitor, mi madre sería dichosa al lado de su dulce Amaya». Os lo dije, y bien recordaréis los extremos a que os condujo vuestro cariño. Desde aquel momento fui designado por vos para marido de la hija de Lartaun. Queriendo entonces pagarme un afecto que en sí mismo tenía harta recompensa, me revelasteis por primera vez que desde el punto en que crucé los umbrales de vuestra casa, y os dije que Asier era mi nombre, me creísteis conducido allí para esposo de Amaya, porque el Principio y el Fin se habían de unir en los tiempos profetizados, que nadie como vos podía conocer. Entonces fue cuando me hablasteis de las apariciones del patriarca, y de la misteriosa y sublime vocación del futuro esposo de aquella niña.

-Sí, exclamó Amagoya con exaltación: ni había en el mundo otro Asier que tú, ni yo tenía otra hija que Amaya. Jaungoicoa te trajo a mis puertas, y te inspiraba amor tan desinteresado y puro, para que las profecías tuviesen cumplimiento. Batallaba conmigo misma, quería dudar hasta de mis visiones, tomándolas por hijas de mi fantasía y mi deseo; pero es sabido que una vez extinguida la raza masculina de la casa de Aitor, el marido de una de sus hijas será nuestro caudillo, nuestro libertador, nuestro rey. Una de aquellas noches, detrás de mi lecho, oí la voz de un anciano, la voz del venerable patriarca, que me dijo: «Mujer sin fe, ¿no tienes en tu mismo palacio el principio de tu renacimiento? ¿No está claramente designado por el nombre mismo que lleva? Asier es el profetizado: su amor será correspondido por el de la hija de tu hermana: esa unión es obra mía». Te revelé mi visión, te descubrí el misterio, comprendiste para qué fin habías entrado en Aitormendi, y prometiendo ser mi vengador, me juraste odio implacable a los godos...

-Y he cumplido mi juramento, contestó Eudón con profunda voz. Madre mía, ya estáis vengada: los godos son ya más dignos de lástima que de aborrecimiento.

-¿De lástima? ¡Jamás! Cuanto más desdichados sean, más desdichados los quiero ver. Pero, prosigue.

-Doce años tenía entonces Amaya, que unas veces sola, y otras acompañada de su padre Lartaun, solía venir a nuestro valle. Vos la inspirasteis cariño y respeto hacia vuestro discípulo, vuestro hijo, que no contento ya con llevarle nácares y conchas de la playa, comenzó a traerle despojos de enemigos, anillos de oro de magnates, anillos de hierro de siervos.

-Esos regalos quería; éstos, tanto ella como yo estimábamos. Pero no me trajiste la nueva de la expulsión de los godos de Vasconia, presente que esperaba y espero todavía de ti.

-Al poco tiempo, continuó el duque, desentendiéndose de la interrupción con aire de superioridad, porque en aquel campo tenía seguridad de vencer; aquella niña, dirigida por vos, había adquirido la costumbre y hasta la necesidad de amarme. Amábala yo mil veces más, y comenzaban a sentirse los resultados de nuestra mutua pasión. Las visitas de Amaya al caserío de Aitormendi eran cada vez más frecuentes: os miraba ya como verdadera madre, y prefería vuestras canciones a todo otro entretenimiento. Hallaba tanto deleite como nosotros en lo pasado, saboreaba su idioma, se enorgullecía con la sangre de Aitor que corría por sus venas, y nadie como ella veneraba los ritos y ceremonias de la sencilla religión de los primitivos vascos. ¿Os acordáis? Celebrábamos una noche la luna llena, y nunca tan nítida como entonces resonó vuestra voz inspirada y fascinadora. Aquella niña y yo escuchábamos extasiados. Cantabais el amor sencillo y puro de los patriarcas, sus bodas y las dulzuras de la vida pastoral. El hombre y la mujer iban enamorados delante de sus padres, los cuales juntaban las manos de los novios, y exclamaban: «¡Bueno, bueno!». Partían después un panal de miel, que a su presencia se comían los dos amantes, símbolo de la dulzura y pureza de sus amores: por lo cual ha quedado el nombre de *Ezcuonza* al matrimonio, y de *Ezteia* al día de la boda. No sé si fue el encanto de la noche, la magia de vuestra voz, o el perfume embriagador de los recuerdos patriarcales; ello es que Amaya y yo caímos a vuestros pies, con las manos enlazadas, pidiéndoos que exclamaseis: ¡bueno! y nos dieseis a comer la miel. Pero vos, hija de Aitor, madre y sacerdotisa nuestra, no queriendo salir un punto siquiera de los usos tradicionales, os contentasteis con decirnos: «*Bueno*, por mi parte; pero esta palabra ha de salir también de los labios del padre de Amaya. No hay nadie superior al padre entre los vascos». Disipóse el encanto: no nos bastaba vuestra aprobación; necesitábamos además la de Lartaun, sin la cual, su hija, esposa mía de corazón, no podía llevar la blanca toca, ni dejarse crecer el cabello, ni comprometer siquiera su palabra. Al decirnos que el padre era el árbitro, el superior, lo habíais dicho todo.

-Sí; pero mi cuñado no se hubiera opuesto jamás a la voluntad de su hija, y sobre todo a la mía. Cuando yo digo ¡bien! Lartaun no contesta nunca: ¡mal!

-Madre, hasta ahora os he recordado lo que sabíais, prosiguió el duque, alzando los ojos con un suspiro: voy a contaros ahora lo que ignoráis acaso. Con el afán de lograr la mano de aquella niña...

Eudón vacilaba. Había entrado en el mar de los escollos.

-¿Qué hiciste, hombre sin fe, qué hiciste?

-Fe, madre mía, no me faltaba: me sobraban quizás desasosiego, zozobra de amor.

-De ambición, Asier; te voy conociendo.

-No me echéis en cara mis pasiones; porque han brotado al soplo de vuestros labios. Me devoraba la fiebre del amor, de la ambición, si queréis, y ardía en ansia de ver asegurada mi vocación. No podía ser caudillo de los vascos a fuerza de proezas contra los godos; porque Aitormendi está lejos de la tierra llana, y los montañeses, caudillos de todos los días, fronterizos guerrilleros de todas horas, habían de eclipsar necesariamente mi fama: no podía vengaros de los godos, ni verter la sangre del asesino de Basurde; porque los mancebos del valle de Aitor, a quienes yo acaudillaba, eran hasta mirados de reojo por los vascos que han recibido el agua del bautismo. Precisamente mi fe en vuestras palabras, y mi confianza en las promesas de Aitor, y el ansia de vengaros, y mi ceguedad, y mi delirio, me empujaron al caserío de Lartaun...

-¿Y qué te contestó el marido de mi hermana?

-¡Oh! ¡No me lo recordéis!... ¡Se echó a reír vuestro cuñado!

-¡A reír! ¿Por qué?

-Y tenía razón. Su hija acababa de cumplir doce años. Para inclinarse a mí, bastantes; para partir conmigo el panal de miel, muy pocos. Ofuscado por el despecho, con la presunción de un mancebo mimado por la primera de las madres vascongadas, le hablé de mi esperanza de ser duque de los vascos, y me contestó también sonriendo: «Vuelve cuando lo seas». Salí desesperado. Pude ver a Amaya por última vez, y conseguí que ratificara su promesa. Me lancé al mar. Cometí la falta de no despedirme de vos; mas no la de desconfiar ni de vuestro cariño, ni de vuestras promesas.

-¡Pobre Asier!, murmuró la madre, al querer decirle: ¡ingrato y desconocido!

-No me tengáis compasión, repuso el duque con orgullo; porque en aquellos momentos de rabia y vergüenza, tuve un delirio sublime, que hoy puedo ya calificar de magnífica inspiración. Sí, madre mía: también Asier tiene visiones. Rebelde mi espíritu al yugo de la humillación, replegóse hacia sí mismo, y allá adentro se sintió más grande y enérgico que nunca. Yo no sabré explicar ni cómo, ni por qué; pero es lo cierto que aquellas palabras sarcásticas: «cuando seas duque vuelve por ella», resonaban en mis oídos cual mero aplazamiento, como promesa sencilla y natural. Eran mi visión, mi profecía. Llegarás a ser el primero, y entonces tuya será Amaya: nadie te la disputará. Según la palabra de Amagoia, eres el esposo de su hija: las promesas de Aitor se han hecho para ti. «¡Pescador, tú serás rey!».

-¡Así, así debías haber pensado siempre! -exclamó la pagana-. Prosigue.

-De nadie me había despedido. ¿A qué? Nadie, excepto mi pobre perro, había presenciado el embarque; y si sus aullidos, sus esfuerzos por seguirme nadando me partían el corazón, ¿qué hubieran hecho vuestras lágrimas? Mi resolución era desesperada: la soledad, las tinieblas debían ser mis únicos testigos. Pero la barca volaba en alas de la tempestad, o más bien, de la Providencia, que me había acogido en sus brazos al arrojarme al abismo. Las rocas, los picos conocidos iban a desaparecer a mis ojos quizá para siempre; y en medio del aturdimiento de mis sentidos, desfallecía al

contemplar quizá por última vez los conocidos perfiles de la costa vascongada. ¡Azules montañas, cenicientos peñascos de arranques atrevidos, profundas cuevas de ricos cristales, suaves y blanquísimas playas, besadas unas veces, azotadas casi de continuo por las gallardas olas y salpicadas siempre por la espuma deshecha en polvo aljofarado! ¡Oh! ¡Cuán hermosas me parecisteis entonces, envueltas en el misterioso velo del alba, y en la bruma de lo porvenir, aún más cerrada y misteriosa! Por fin las perdí de vista; los riscos que a lo lejos divisaba tenían ya otros contornos; me hallé solo debajo del cielo, solo en el Océano, solo delante de mi conciencia, solo delante de Dios, y comencé a temblar. No me arrepentí de mi primera resolución, sino de la temeridad, o más bien de la cobardía con que pensaba llevarla a cabo. El viento me iba alejando de la tierra, y lanzándome hacia el piélago jamás surcado. ¿Qué me esperaba allí? El fin de toda desesperación, de todo abatimiento, la muerte. Pero con algún esfuerzo de mi parte, podía arribar a las costas que yo suponía de los francos, y no vacilé en intentarlo. Sacudí, pues, la inacción cobarde, aparejé de bolina, y me serví del timón para imprimir el rumbo a la barquilla. Aquella lucha con los elementos, me pareció noble y grande. «¿Por qué no he de seguir así?, pensaba yo. Estoy sosteniendo un combate enormemente desigual contra el viento y la mar: el de un insecto contra dos gigantes. Pero la razón centuplica mis fuerzas: que la inteligencia me abra paso también en ese océano de naciones en que voy a navegar». Y así fue, madre mía. Nada de cuanto aprendí a vuestro lado ha sido perdido para mí. Cuando, como otros muchos, os creía con infantil asombro iniciada en conocimientos preternaturales, no os tributaba tanta admiración como la que ahora os rindo, reconociendo que si vuestra sabiduría nunca traspasó los límites de la naturaleza, excede siempre a la de muchos que he visto en Bizancio y en Híspalis decorados con el pomposo título de sabios.

-Esa sabiduría que tú dices, observó Amagoia, no es mía, es de nuestros antepasados; y yo no he hecho más que conservar el depósito con la debida pureza. Los conocimientos de nuestros padres eran sencillos, pero claros: y en el idioma éuscaro brillan aún como rastros de luz.

-Así es la verdad. Cuanto más cerca del manantial, más pura es el agua. Para un sabio que venga luego a descubrir una verdad, hay noventa y nueve que sólo sirven para enturbiarla. Pero seguiré mi historia. Luchando de aquella suerte, gracias a mi constancia y robustez, arribé por fin a la costa, y al poner las plantas en tierra la abracé como Scipión, y sacudí con el pie mi barquilla; y siguiendo la margen de un río, me interné por un bosque. Topé con algunos labradores que estaban vendimiando, y me dirigí a ellos para preguntarles dónde me hallaba, sin acordarme de que hubiese en el mundo otro idioma que el vascongado. Ellos me comprendieron: pero me costó mucho trabajo el entender su respuesta y mucho más el satisfacer a sus innumerables preguntas. Hallábame más allá del valle en que nací, y del río que separa a los vascos de los francos. Un príncipe llamado Eudón, nieto del rey Cariberto, mandaba en aquel ducado que poblaban en tres revueltas zonas los antiguos novempopulanos, los aquitanos y los vascos arabeses que, huyendo de la persecución de Leovigildo, se establecieron allende el Adur, dando a la comarca el nombre de Vasconia. Eudón además había sido elegido señor de las tribus, separadas ha tantos años de nuestra confederación y que yo, hijo suyo, he de unir a las cuatro del tronco ibérico. Los vascos, pues, éramos allá tratados como hermanos, y aun debo añadir, que con el respeto de hermanos mayores; porque aquellas familias fugitivas

hacía más de un siglo, mezcladas ya con neustrios y aquitanos, habían degenerado tanto en la hermosura de la raza, como en la pureza de las costumbres y el idioma.

-¿Lo ves? ¿Lo ves ahora?, exclamó Amagoya, interrumpiéndole y respondiendo dócil a la fina lisonja del astuto narrador: ¿comprendes mi afán por conservarlo todo en su primitivo estado?

-Comprendí también otra cosa, madre mía: que un príncipe extranjero, descendiente de los reyes merovingios, se había declarado independiente, y que los vascos septentrionales lo habían elegido duque. Aquella noticia sirvió para ayudarme a trazar algunos rasgos en los planos, todavía confusos, de mis proyectos. Las tribus boreales, decía yo para mí, se mantienen independientes, viven seguras sin temor alguno, con un rey, con alianzas que les sirven de baluarte, ¿no podrían seguir este ejemplo las tribus éscaras del Sur, entre las cuales descuella la primogénita?

Amagoya iba a contestar; pero Eudón, que había aventurado con cierto pulso esta pregunta, como si no hubiese reparado en el gesto de la Adivina, prosiguió para ponerse a cubierto en todo evento:

-El único reparo que se presentó contra semejante pensamiento, fue el de nuestra dignidad, el cariño que debemos a las costumbres de nuestros antepasados, que acaso no nos consienten admitir en nuestro territorio a gente extraña.

-Sí lo consienten, dijo al fin Amagoya; los primeros hijos de Aitor, que se acrecentaron como torrentes en primavera, formaron alianza con los celtas, los cuales fueron al fin arrojados del seno de nuestras montañas, porque las iban profanando con los sangrientos sacrificios de su horrible culto. Aún subsisten en pie sus altares de informes y colosales peñascos; con Aníbal fueron también a Italia nuestros predecesores; y después de la terrible guerra de siete años con Octavio Augusto, al ajustarse la paz, algunos de los mancebos más arriscados y aventureros, a Roma fueron igualmente y de allí tornaron, aunque inficionados de idolatría. Tu pensamiento no era opuesto a nuestros antiguos usos, pero sí peligroso, porque casi en todas estas alianzas hemos salido perdiendo. Ya debías saber esto por las canciones que conmigo repetías.

-Lo sabía, repuso Eudón sonriéndose; pero quería oírlo también de vuestros labios. Determiné por de pronto permanecer algún tiempo en aquella tierra. Ninguna más favorable a un mancebo que apenas conocía otro idioma que el de su patria. Allí se hablaba latín y vascuence, y una jerga de ambos idiomas que servía para el comercio de una y otra raza. Los vendimiadores diéronme hospitalidad, y como yo les ayudaba en sus faenas, no quisieron que me apartase de su lado hasta concluir la vendimia, y aun me dijeron que me tendrían en casa contentos mientras yo quisiera.

Nuestra sobriedad, nuestra robustez y el hábito de trabajar incesantemente, hace que los vascos sean bien acogidos en todas partes. Pero tenía más levantado pensamientos. En mis conversaciones con los huéspedes, supe que Eudón había sido gravemente herido en una batalla contra las gaulas. Llegó la noticia por unos criados del rey que vinieron a buscar por las inmediaciones un monje conocedor de la virtud de las plantas, el cual había muerto aquellos días. Resolví presentarme a Eudón para curarle, y lo llevé a cabo, gracias

a vuestra maternal solicitud en instruirme. Hubo más: deseaba el aquitano vengar el golpe recibido, y me llevó a la batalla. Con ciega confianza en mi suerte, con el corazón lleno de amor y de esperanza, me lancé al combate y... Yo no sé, madre mía: todos me dijeron después que había hecho prodigios. Yo os diré francamente, que cuando me vi rodeado de amigos que me aclamaban, en lugar de enemigos que huían, me pareció que volvía de una embriaguez, y dije para mí mismo: ¡Cómo! ¿Esto es una victoria? Eudón quiso conservarme a su lado sublimándome a los más altos oficios en su corte de Tolosa. Si hubiera podido trocarme por él, habría permanecido en Aquitania. No siendo esto leal ni posible, me marché de aquella tierra colmado de riquezas y de honores, y fui a Roma.

-Así debía ser, le dijo Amagoya: Roma, primero enemiga y luego aliada nuestra, de los pueblos extraños es el que ha dejado en la escualerría más hondos recuerdos. Nosotros sentimos la muerte del imperio tanto como los mismos imperiales, y no le abandonamos en su agonía. Murió el león, despedazado por el oso del Norte, y nosotros, simples corderillos de Auñemendi, enseñando estamos al mundo que no se vence al tirano con la fuerza, sino con la virtud.

-Tenéis razón: el imperio se hundió; los montes del cordero libres alzan su frente todavía. Fui a Roma, no para abrazar al amigo, sino a saludar a un cadáver. Cinco asedios en un puñado de años, habían convertido sus célebres templos en ruinas, y una nueva religión, sus lonjas en templos. De los escombros de la ciudad que dominaba el mundo por las armas, se ve surgir otra nueva, que intenta ejercer su imperio por el espíritu. Roma es el único pueblo de Italia a donde se acogen los italianos: las demás ciudades, o son de los bárbaros, como Pavía, o de los griegos, como Rávena. En Roma no manda nadie más que el Vicario de Cristo; pero quien reina en aquella ciudad, manda al orbe.

De todas las atrevidas especies que meditada y encubiertamente iba lanzando el ambicioso, como cimienta del soberbio edificio de sus pensamientos, ninguna había hecho tanta impresión en la mente de la pagana, como la idea de la universalidad del imperio cristiano.

-¡Harto lo sé!, exclamó Amagoya. Los viajes enseñan mucho.

Y lanzó un suspiro.

Era aquel ¡ay! la primera huella de la divina gracia en un corazón de pórfido, y el más señalado triunfo que Eudón había conseguido. Nunca dejaba éste de tener presente la insuperable dificultad de gobernar a gente cristiana sin haber él recibido el agua bautismal: y aunque por miras terrenales estuviese dispuesto a ello, la pagana por un lado, y el judío Abraham por otro, únicos ya de quien al parecer dependía el logro de su empresa, le impedían dar un paso que creía indispensable por razones de Estado.

Un varón apostólico que hubiera convertido al rabino y a la Adivina, le habrían prestado a la sazón el mayor servicio.

Mientras esto no sucediera, sus avances por semejante camino eran tan lentos como cautelosos.

-Mucho se aprende andando por el mundo, en efecto, contestó, y lo primero que yo comprendí fue la grandeza moral de nuestros valles.

Esta discreta transición al tema principal de su discurso, le valió una sonrisa de su madre adoptiva, a quien juzgó prudente tender la mano para sacarla de las imaginaciones en que se había quedado sumida.

-En la ciudad eterna, prosiguió Eudón, me dijeron que Roma se había trasladado al bósforo de Tracia, llevándose toda su magnificencia y sabiduría: fui a Bizancio y encontré barbarie, revuelta con hinchazón y sutileza. Madre, si los longobardos de Italia, que son los bárbaros de los bárbaros, tenían a la sazón un rey como Ariberto que mataba a su predecesor, y que no pudiendo hacer otro tanto con el tutor del monarca asesinado, se vengaba en la mujer e hijos de aquél, cortándoles orejas y narices, o arrancándoles los ojos; no se preciaban de sabios, y solían a veces ser caballeros. Pero ¡los emperadores de Oriente!... ¡Ay! En los últimos cincuenta años, Constantino III murió envenenado por su madrastra Martina para que reinara Heracleonas; a Martina le cortaron luego las narices, a su hijo la lengua. Le sucede Constante, y los suyos le ahogan en el baño; viene Justiniano, y Leoncio lo destrona, lo mutila y lo destierra; Leoncio sufre en seguida la misma suerte; Absimaro le corta las narices y le encierra en un monasterio. Absimaro muere al poco tiempo asesinado por el desnarigado Justiniano, quien cada vez que al echarse la mano a la cara advierte la falta de la nariz, manda degollar a uno de la facción de Absimaro y de Leoncio. Esto lo he visto yo, madre mía, porque reinaba el monstruo cuando llegué, y de que seguía reinando no cabe duda; porque seguía firmando una sentencia de muerte cada vez que al espejo se miraba. ¡Y la corte a quien manda Dios azote semejante por castigo, pretende ser emporio del saber, y dechado de ingenio y de buen gusto! Salí de allá: por todas partes las naciones me olían a muerto, y los fétidos miasmas del mundo antiguo que se descomponía, me hacían suspirar por las auras purísimas de nuestras montañas. ¡Qué frescura y sanidad en medio del bochorno de la pestilencia! Sólo en dos puntos encuentro vida: en la escualería y en Roma. Las dos antiguas aliadas, siguen, sin saberlo, viviendo como dos hermanas en el regazo de la Providencia.

Amagoya alzó la frente, y miró con alarma al narrador.

El cual prosiguió, devolviendo la mirada sin pestañear; pero retrocediendo en su interior cien varas del punto hasta donde, tanteando el suelo, había avanzado.

-El cristianismo está, sin embargo, amenazado de muerte, añadió corrigiéndose. Una nación que los romanos se desdeñaron de uncir al carro de su triunfo, se iba extendiendo desde el Asia por las costas africanas, y trayendo el camino de otros antiguos invasores, amagaba a la Península ibérica. Era ya hora de volver a mi patria, porque se acercaba el día de la justicia.

Pasé de Bizancio a Marsilia, y de ahí a Híspalis, de Híspalis a Toledo.

-¡A la corte de los godos!

-Sí, al corazón del reino de nuestros enemigos. Yo los contemplé, primero con asombro, después con horror; por último llegaron a inspirarme lástima. Los griegos tenían por bárbaros a los visigodos, y quedé pasmado al ver en Híspalis, sobre todo, las huellas de su sabiduría. Hablaban el latín con pureza: tenían poetas, retóricos y varones doctos en todas las ciencias; y en ninguna parte los he visto superiores. Sin salir de la Península ibérica, hubiera podido hallar más ciencia que en todos cuantos reinos había recorrido. Pero la ciencia estaba como vinculada en los obispos y monjes; el resto vegetaba en la ignorancia, la molicie y el envilecimiento. La corte, dividida en partidos que se desgarraban sin piedad; los magnates duchos en intrigas palaciegas, y bisoños en el campo de batalla; el rey como en Pavía y Bizancio, para subir al trono, tenía que asesinar al que en él estaba sentado: una facción lo elevaba para hacerlo esclavo suyo, y si se negaba a servirla, era por vencidos y vencedores derribado. En fin, madre mía, no me maravilla que hayamos resistido trescientos años a tan poderosos enemigos; me sonroja que, enemigos como los godos, posean un solo palmo de tierra vascongada; y valiéndome de sus propias armas, he de concluir con este baldón. No tenemos máquinas de guerra para arrojarlos de las fortalezas; pero si yo lograba el mando del ducado de Cantabria, las fortalezas de los godos serían nuestras. Tales fueron mi plan y mis propósitos.

Amagoya le escuchaba atónita: Eudón no descubría en su juez ni aprobación ni desaprobación; no veía más que asombro, y ésta era, en efecto, la impresión que la hija de Aitor sentía ante aquel relato deslumbrador, tan hábilmente trazado, hasta en sus menores detalles y digresiones, para conseguir el efecto apetecido. Le bastaba por de pronto al duque, que el tradicionalismo espantadizo de Amagoya no hubiese estallado en frenéticas imprecaciones.

-Para ser duque, siguió diciendo, necesitaba hacer un rey, y Rodrigo fue obra de mis manos.

-¡El rey de los godos!

-Sí, madre mía; yo destroné a Witiza, yo arranqué de sus sienes la corona, y las puse en las de Rodrigo. Éste, en pago, me nombró duque de Cantabria.

-¡Duque de Cantabria! ¡Dueño tú de los pueblos y tierras que hemos perdido! ¡Los godos mandados por el hijo de Amagoya!, exclamó ésta al fin, radiante de júbilo.

-¿Adivináis mis proyectos?, dijo Eudón, persuadido ya de la sentencia favorable del tribunal.

-Sí, prosiguió la anciana; tú, hijo de Vasconia, le dirías: «Rey godo, trescientos años de guerra tenaz han podido convencerte de vuestra impotencia para reducir a la servidumbre a un puñado de valientes. Tú, que mandas a gente tan menguada y cobarde, menos que nadie puedes conseguir lo que no obtuvieron ni Wamba ni Leovigildo con hombres de más valor: sé más prudente y sagaz que tus predecesores. Mándame allí de duque; a mí, que soy vasco y puedo hablar con esa gente, que los godos creéis inculta y salvaje: yo en tu nombre reconoceré su independencia; les devolveré sus tierras y castillos, sus caseríos y ciudades: y luego que ellos se vean en posesión de lo suyo, y no haya quedado un godo

al otro lado del Ebro, me presentaré en el *Batzarre* de las cuatro tribus, y nuestros ancianos te reconocerán por aliado». ¿He sido adivina en esta ocasión?

-¡Oh, completamente!, contestó Eudón, sonriéndose como distraído.

Una palidez, apenas perceptible, era el único síntoma del tremendo golpe que su madre acababa de asestarle en mitad del corazón. Cuando más cerca parecía de la pagana, estaba más distante de ella que nunca. Sin embargo, no se dejó abatir, ni se dio por vencido.

-Tal era mi plan, en efecto, replicó: y así en esos propios términos iba a explicarme con el rey. Pero no hubo necesidad: Dios hace las cosas mejor que los hombres. Hija predilecta de Aitor, os traigo el presente, el imposible que ha poco me pedíais: los godos han desaparecido, no sólo de Vasconia, sino de la Península. Derrotados, deshechos en una sola batalla por los árabes y negros africanos, los godos no tienen ya rey, ni reino, ni fe, ni corazón, ni ambición siquiera para restaurarlo. Han perdido el monarca que yo les di, y no pueden tener otro. Tras de Rodrigo, nadie en Toledo; pero en Iruña, en Victoriaco, en todos los presidios de la escualerría, el hijo de Amagoya. Nuestros insolentes y tenaces enemigos no existen ya como nación, ni como pueblo. Los que aún viven entre nosotros, permanecen bajo mi imperio: refugiados que imploran nuestra compasión y hospitalidad, a quienes los nobles hijos del patriarca no pueden expulsar del territorio éuscaro, sin arrojarlos a las fauces de los tigres del África que los esperan más allá del Ebro, rugiendo hambrientos, jadeantes por devorarlos.

-No sé lo que me dices, exclamó Amagoya ya trasportada de gozo; pero te veo grande, sabio, valiente y generoso. Me asombras, me fascinas. Eres tal como yo soñaba que debía ser mi hijo; eres el escogido de Aitor, el Libertador prometido. ¡Yo la primera me someto a tu dominio! ¡Todo lo que tú hagas está bien hecho!

Y alzando todavía más la voz, como si de todos los Pirineos quisiera ser oída, clamó:

-¡Asier, tú serás nuestro rey! ¡Lo eres ya, y sólo falta que te aclamen tus pueblos!

Y así diciendo, determinada y altiva, ufana y alegre, se encaminó hacia el caserío de Millán.

Ansiaba porque todos reconociesen a su hijo y de sus labios oyesen tan sorprendentes y estupendas nuevas.

CAPITULO VIII

En que se rectifica y aclara, y se pone en su punto la historia de Eudón

Eudón, después de un momento de perplejidad, iba en pos de su madre; pero le detuvo una voz hueca, perentoria, que no admitía réplica:

-¡El secreto!

Sobrecogido al oírla, volvió el rostro, y aunque a nadie vio, contestó, dirigiéndose al peñasco, detrás del cual había salido aquel mandato ineludible:

-Tenemos tiempo; saquemos primero el fruto de mi victoria.

-¡El secreto, desdichado! ¡Ahora o nunca! Nuestra victoria es el tesoro; y esa bruja la puede comprometer con sus imprudencias. Llámala presto.

Apenas Abraham Aben Hezra había concluido de hablar, cuando el poderoso duque de Cantabria, que le obedecía, si no sumisa, ciegame, partió detrás de la Adivina, llamándola y deteniéndola con sus voces.

-¿A dónde vais, madre mía?, exclamó al llegar a su lado.

-¡A dónde! Quiero que esta misma noche te reconozcan por rey todos estos cristianos: quiero que todo el mundo sepa que ya no hay godos que manden en tierra de Aitor, y que mi Asier los tiene bajo sus plantas.

-¿Y no queréis antes, madre querida mía, hacerme partícipe de vuestras alegrías y pesares? ¿No me juzgáis digno de saber algo más de la esposa de mi corazón, ni del panal de miel que nos ha de partir vuestra mano?

-Tienes razón, le dijo Amagoya, alargándole la suya. Tornemos. Mi historia está contada en dos palabras. ¡Qué triunfos, hijo mío! ¡Qué prestigio el de tu madre por esos pueblos, en mal hora separados de la primitiva confederación! Hijos de Aitor, como nosotros, han reconocido y acatado a la mayor de su linaje; han agradecido en el alma la visita que les he hecho. ¡Qué aclamaciones, qué locuras, cuando han oído de mis labios sus antiguos cantares! Por su gusto, nunca hubiera salido de esas montañas.

No era esta parte de la historia de Amagoya la más interesante y digna de preferencia; pero en el desorden de imaginación tan propio de su carácter, aquella mujer exaltada principió su relato por los últimos sucesos, que tanto la habían impresionado; por lo que más halagaba su amor propio.

Eudón quería tener noticias minuciosas de Amaya de Butrón, y no se hubiera hartado de oír que no lo había olvidado; que le guardaba entero el corazón; que estaba dispuesta a cumplirle todas sus promesas: porque el amor, la fidelidad y firmeza de aquella niña eran, por decirlo así, la piedra angular de sus atrevidos y soberbios pensamientos. Pero la Adivina creía habérselo ya dicho en dos palabras; bastantes ciertamente para consignar el hecho, escasas para quien se deleitaba en saborearlo.

En aquel momento, sin embargo, sentía el duque otro afán: por obedecer, sin duda, al rabino, quería, a todo trance, conocer el secreto de Aitor: lo cual, en honra suya debemos decirlo, no era lo que, hasta la sazón, le había preocupado más.

A la verdad, no podemos acusarle, ni de avaro, ni aun de codicioso: de pasiones menos ruines era esclavo. Pensaba alguna vez en el tesoro de que iba a ser dueño; pero muchas más en la mano por donde aquellas riquezas le habían de venir: al celemín de perlas y diamantes del oriente, prefería el cetro de los vascos, de hierro forjado en las fraguas del Pirineo.

Tenía, sin embargo, que dar de mano a todo, y prescindir de glorias y triunfos, de su madre, de su propio amor y ambición, por dar gusto a tan villano bribón como el falso eremita, quizá por salir de él de una vez, por quitárselo de encima, a juzgar por el desabrimiento y rabia con que, en medio de su rendición, tascaba el freno de la servidumbre.

¿Qué vínculos tan fuertes y misteriosos unían a dos hombres de índole y pensamientos tan opuestos?

No tardaremos en averiguarlo; entre tanto, queriendo el duque de Cantabria, con la habilidad y cautela que le conocemos, conducir a su madre por el camino que más le convenía, la dijo:

-¿Y con qué objeto habéis atravesado los Pirineos? ¿Qué motivos habéis tenido para dejar vuestro venerando valle?

-¡Larga y lastimosa historia!, le contestó Amagoya suspirando. Te la contaré despacio cuando seas rey, y empuñes la espada de la justicia. Mi esposo Basurde fue públicamente calumniado en Goñi por una miserable, a quien sólo puede disculpar la locura.

-Lo sé.

-A mí misma se me acusó de usurpadora de Aitormendi. Desprecié la calumnia, me desdigné de vindicarme, y con la altivez de la inocencia y el orgullo del innmercido oprobio, me encerré en el palacio usurpado. Pero mi enemiga supo bien lo que había hecho. Conmigo se encerró mi conciencia.

-Asaz escrupulosa, delicada y asustadiza, le dijo Eudón, por consolarla, y tal vez por oírla.

-Dices bien; porque atormentada de escrúpulos que avivaban algunos recuerdos de la historia de mi marido y de mi hermana mayor, fui a casa de Lartaun, donde me contaron escandalizados lo que acerca de Basurde empezaba a murmurarse en toda aquella comarca. Dijéronme que mi esposo, puesto de acuerdo con una judía llamada Respha, a quien conoció en Aquitania, había sacado de Iruña a Lorea, y que en el camino la había dado yerbas para conducirla sin sentido a la torre de Aitor.

-¡Calumnias!, exclamó Eudón.

-No; todo eso era verdad, contestó Amagoya. Pero no lo más grave, sino que Basurde, queriendo conocer el secreto de Aitor...

-¿Y qué mal había en eso? El tesoro, ¿no era vuestro? Y siéndolo, ¿no correspondía también a vuestro marido?

-Cierto, hijo mío, cierto. Como a ti te pertenecerán secreto y tesoro, en cuanto lo sean de tu Amaya. Pero se acusaba a Basurde de haber dado a Lorea filtros para hacerla dormir, y así, medio dormida, medio despierta, contra su propia voluntad, o por lo menos, sin fuerzas para resistir a su voluntad propia, haberla arrancado el secreto.

-Pero ¿es eso posible?

-¿No has visto a nadie hablar en alta voz soñando?

-Mil veces. ¿Y Basurde hizo caer a Lorea en ese estado de sonambulismo?

-Sí.

-¿Y Lorea en ese estado descubrió el secreto?

-Sí.

-¿Y qué hizo entonces vuestro marido? Se apresuró sin duda a comunicároslo.

-Basurde se apresuró a escribirlo, para que no se le olvidara la menor circunstancia, lo cual era hartó fácil.

-Y una equivocación cualquiera podía ser fatal, podía inutilizar el descubrimiento. Pero permitidme una observación, madre mía: ahí veo cosas extrañas, faltas, si queréis, hasta cierto punto excusables Por lo extraordinario del caso; mas no crímenes, ni menos calumnias.

-La calumnia está en suponer que, a consecuencia de esto, Lorea murió después de haber dado a luz una niña, la hija del godo Ranimiro; y que para encubrir esta muerte, y concluir de una vez con las pretensiones de esa familia de godos... Basurde... ¡qué horror!

-¡Lo comprendo, madre mía!, exclamó compasiva, pero determinadamente Eudón, que quería apurarlo todo hasta el fin. Supondrán que Basurde, después de haber sido causa de la muerte de Lorea, incendió el caserío, aprovechando la llegada de los godos, para que no quedara ni rastro del crimen, ni gota de sangre de la primogénita de Aitor.

-¡Ése es el crimen, ésa la calumnia!

-¡Y todo ha quedado desvanecido en vuestro viaje por la tierra de Labor!

-Todo, y yo no he tenido que descender a averiguarlo. Ese buen ermitaño que me acompaña, ha puesto en claro la verdad.

-¡Pacomio! Mucho tenéis que agradecerle; porque semejantes pesquisas y averiguaciones eran...

-Violentísimas, odiosas, humillantes para la heredera de Aitor, para la viuda de Basurde. Gracias a Pacomio, puedo asegurar que mi marido, llevado del honor y dignidad de la familia del patriarca, arrancó el secreto a mi hermana la goda; pero no pasó de ahí. Su intención, por el contrario, no podía ser más sana. Una vez a salvo mi derecho, quería sacar de la torre a su cuñada, dejarla libre...

-¡Oh! ¡Vuestro marido debía de ser un bendito!

-Algo desvanecido con la ciencia de las estrellas del cielo, y al propio tiempo apegado al vil metal de la tierra; pero recto, severo, celoso de los fueros de la casa del patriarca.

-Pero ¿cómo fue no descubriros el secreto?

-Murió momentos después de haberlo averiguado. Llevaba consigo la leyenda que acababa de escribir, cuando al subir al monte en busca mía, una flecha de los godos le entró por la espalda, y le atravesó el corazón.

-Pero ese escrito...

-Fue a parar a manos de Chori, amigo de mi marido.

-Cómplice suyo... esto es, cómplice en esas ligeras faltas del encierro, del filtro... Pero, madre mía, si el secreto ha estado en poder de un hombre, tal como debía ser el amigo y confidente de Basurde, ¿en dónde estará ya el tesoro de Aitor?

-En su sitio.

-¿Intacto?

-Intacto. Chori tuvo la intención de robarlo, y con este fin aquella misma noche se fugó de Aitormendi, pasando al otro lado de los Pirineos. Pero era vascongado y tenía remordimientos, y acosado por ellos, consultó con un monje, el cual lo hizo cristiano. Escondió el pergamino de Basurde, y se olvidó de él.

-¡Excelente hombre!

-No lo sabes bien. Debajo del heno de su lecho guardaba el pergamino, y en aquel lecho se revolvía desvelado; porque el hambre y el lloro de sus hijuelos, que le pedían pan, a veces no le dejaban dormir.

-¡Oh! Cualquiera cosa que me digáis la creo, tratándose de cristianos, exclamó Eudón: si bajo los harapos de un nazareno pobre mete uno la mano, saca de su pecho puñados de heroísmo, como migajas de pan de su zurrón. Bien es verdad -añadió Eudón corrigiéndose nuevamente, por respetos o miedo a la pagana-, bien es verdad, que Chori tenía que ser noble y bizarro, porque era del valle de Aitor.

-Yo le vi al pasar, orillas del Adur. Estaba en cama moribundo.

-¡Oh! Pues nadie mejor que Chori pudo enteraros de las cosas de Basurde.

-Nadie: pero me previno que no me diría una palabra acerca de su antiguo amigo. Todo lo que juzgó necesario, para justificarlo, sin duda, se lo había dicho al ermitaño que me acompañaba. «A vos, añadió, como la mayor de las hijas de Aitor, os corresponde saber el secreto, y Dios os ha traído aquí para entregaros este depósito, a fin de que, libre ya de cuidados, no vuelva a pensar en cosas terrenales, consagrando al cielo los breves instantes que me restan de vida».

-¿Y os dijo el secreto?

-Me lo dijo: me entregó el pergamino, medio borrado ya, que no quiso fiar ni al mismo Pacomio.

-¿Y nada pidió?

-Lo pidió todo.

-¿Para sí?

-Para sus hermanos, los menesterosos que quedan en la tierra. «Ese tesoro, dijo, es para hacer un buen rey, y los reyes buenos no tienen otros hijos que los pobres».

-¡Santo varón!, exclamó el duque; en honra del cual debemos decir, que pronunció con sinceridad y ternura estas palabras.

Realmente estaba conmovido; pero era un hombre que ni aun en los momentos de trasporte y abandono se olvidaba de su empresa, de aquella que, según él mismo había declarado, era el pensamiento de toda su vida. Amaba, tenía corazón, se apasionaba fácilmente por lo grande y lo bello; pero sus mismas buenas cualidades servían de combustible al horno de su cerebro.

-¡Madre mía!, prosiguió después de brevísima pausa: nosotros no podemos ser cristianos; pero con los cristianos hay que contar; con ellos tenemos que vivir; y ya lo habéis visto en vuestros viajes, ya lo estáis viendo en este mismo valle: mejor que con otras gentes se puede vivir con bautizados.

-¡Jamás!, exclamó la pagana. ¡Yo no transijo con Petronila!

-De ella os libraré yo, como os he librado de Ranimiro haciéndole monje; como os libraré de su hija, encerrándola en un convento. Mi primera justicia de rey será el castigo de la calumniadora, la cual, lejos de sernos ya necesaria, nos estorba desde el punto en que conocemos el secreto de Aitor.

-Tú no lo conoces todavía.

-Sabiéndolo vos, es lo mismo que si yo lo supiera, dijo Eudón, aparentando indiferencia. Pero, ¿estáis bien segura de poseerlo? ¿No os engaña vuestro deseo?

-No, hijo mío: algún lenitivo habían de tener mis dolores, alguna compensación la tortura en que me puso aquella implacable mujer, y la vergüenza que paso delante de mi pueblo.

-Esa vergüenza se convertirá en gloria, esa humillación en triunfo, ese tormento en gozo, desde el momento en que vuestro hijo posea también el secreto de Aitor. Nuevo signo será de mi predestinación, nuevo prodigio que dará testimonio de que en mí, y sólo en mí, pueden tener cumplimiento las maravillas anunciadas.

-Los cristianos, añadió Amagoya, se verán también forzados a confesar que Jaungoicoa vuelve por los que permanecemos fieles a la religión de nuestros padres.

-¡Pues es claro! Y cuando vos os presentéis delante del Batzarre diciendo a los ancianos: «Éste que aquí veis es mi hijo, que os trae la muerte de Rodrigo, la ruina del imperio godo, la sumisión de los bárbaros germanos, el reconocimiento de los israelitas, la

entrega de las plazas y ciudades; éste es el marido de Amaya, dueño del secreto de Aitor, que la Providencia nos ha revelado», ¿quién osará ponerse enfrente de mí?

-Sí, ven aquí, le contestó Amagoia como deslumbrada por tanta felicidad: no te faltará ese requisito. Principiaremos por este valle... Hoy mismo has de quedar proclamado... Me devora la impaciencia de la victoria... No cedo a nadie la satisfacción de contar a este pueblo lo de Rodrigo, lo de los godos, lo de Ranimiro, lo de las ciudades... la restauración completa de la escualerría... Ven aquí. Prométeme...

-Todo lo que queráis.

Y dando la madre los brazos a su hijo, que se arrojó a ellos trémulo de gozo, le dijo murmurando breves palabras, que de nadie más que de Eudón fueron oídas.

Retrocedió del seno de la anciana, como una pelota de la pared. Estaba pálido y no podía disimular su turbación.

-¿Qué tienes?, le preguntó Amagoia.

-¿Estáis segura de ello? ¿Son esas las palabras de Chori?

-¡Ésas! Las mismas del escrito de Basurde. Pero ¿qué tienes? ¿Por qué te has estremecido?

Eudón volvió rápidamente los ojos al peñasco, murmurando para sí:

-¡En su misma cueva! ¡En Iturburu! ¡Quién se lo hubiera dicho!

Y luego, contestando a su madre, prosiguió en alta voz:

-¿Por qué?... Porque ahora conozco verdaderamente que nadie, nadie en el mundo, puede ya disputarme ni la mano de Amaya, ni la corona de los Pirineos. Vamos, madre mía, vamos. No quiero acostarme sin que este valle, el primero de Vasconia, me reconozca por rey. Vamos. Os dejo el placer de anunciar a esa gente la súbita desaparición de nuestros enemigos de tres siglos.

La Adivina, en cuyo pecho ardía ese deseo y rebramaba el entusiasmo, no necesitó oír más para abalanzarse al caserío de Millán; pero se lanzó cantando, enviando los ecos de su garganta, como precursores de sus próximos triunfos.

Eudón la seguía distraído, quizás embebecido en profundos pensamientos, embelesado tal vez con los preludios del numen aitoriano, cuyos arranques de inspiración había olvidado. La noche era hermosa: la estrella de Asier, un momento oscurecida, brillaba con súbito esplendor sobre el inmenso piélago de la fortuna en que navegaba el aventurero viento en popa; cuando sintió aquella voz conocida y pavorosa, que a sus espaldas decía sorda y seca:

-¡Aser! ¡Aser!

El magnate de los godos se estremeció.

-¿Qué es eso?, continuó la voz en el mismo tono, y en idioma hebraico: no parece sino que al decirte: «¡Aser, Aser!» te llamo «¡Caín, Caín!» para preguntarte qué has hecho de la sangre de tus hermanos. ¿No significa tu nombre *Felicidad*? ¿Quieres que te llame Absalon? ¿O temes, por ventura, que eso te recuerde lo bien que te portas con tu padre?

Eudón se había vuelto hacia el supuesto Pacomio, que así le hablaba, y conservando, por si alguien los miraba, todas las apariencias de un hombre que de parte con otro acerca de cosas indiferentes, le contestó en realidad como herido por un rayo:

-¿Qué queréis, señor, qué más exigís de mí?

-El secreto del tesoro de Aitor, respondió sin titubear el rabino.

-Tened un poco de paciencia; el tesoro será mío dentro de breves días; y... ya os lo tengo ofrecido: la mitad, vuestra. Si nos precipitamos, lo perderemos todo.

-Por las barbas, barbas de Aarón, repuso el judío recalando en el superlativo hebraico: Yo no te pido el tesoro, sino el secreto.

-No lo sé todavía...

-Mientes.

-No lo sé todavía para revelarlo a nadie. He dado mi palabra. Pero la promesa sólo tendrá valor por uno o dos días: mañana será reconocido mi matrimonio, y quedaré libre de todo compromiso.

-¿Que no puede ser?, exclamó Abraham Aben Hezra, sonriéndose malignamente. Sígueme.

-¿A dónde me lleváis?

-¡Sígueme, Aser!, tornó a decir el ermitaño; pero en alta voz, amenazador, y en vascuence, para ser entendido por la Adivina.

Por dicha de Eudón, Amagoya estaba al pie del caserío, y de todo cuanto pasaba alrededor completamente enajenada.

Llevóle Pacomio detrás de la iglesia, y volvió a decirle con soflama:

-Vamos, hijo mío: comprendo mi imprudencia. Allí cerca de Amagoya, no he debido llamarte por tu nombre; ni allí podríamos hablar tampoco con libertad y holgura. Dejemos a tu madre que se remonte al cielo, y descendamos nosotros a las entrañas de la tierra. ¡El secreto!

-¿No os basta que lo sepa yo? ¿No es lo mismo que esté en mis manos que en las vuestras, sobre todo por unas cuantas horas?

Abraham se echó a reír con una risa que abrasaba al duque de Cantabria. Sacó de la manga del hábito una pequeña bota, y no de agua, según trascendía; aplicó el brocal de

boj a sus labios, y después de un buen trago, se limpió la boca con el revés de la mano izquierda, y con la derecha alargó al joven el vino.

-Toma y bebe, le dijo: no lo necesitas menos que yo.

-No tengo sed, le contestó Eudón con humildad revestida del ceño de la soberbia.

-Bebe, Aser. No todos mis tragos han de ser amargos. Tenemos que hablar largo y tendido, y necesito remojar la palabra: voy a refrescar tu memoria, y nada la aviva tanto como el vino rancio. Bebe, Aser: es de Aquitania.

Por abreviar, y ahorrarse de inútiles disputas, el magnate le obedeció.

-Desde que moras en las tiendas de Moab, has olvidado la sed que nos devora a los hijos de Israel.

-Si os place, podéis simplificar conmigo vuestro lenguaje, repuso Eudón. Sois israelita, es verdad; estáis circuncidado como yo; pero de verdadero judío apenas tenéis más que el magisterio y dignidad de rabino. Vuestra fe se la llevaron los astros, vuestra esperanza se funda toda en mí, a quien habéis anunciado como Libertador, y a quien ha reconocido y coronado ya la sinagoga. Cuando el Mesías habla, los profetas enmudecen, aunque sean padres del Prometido. Así, pues, entendámonos y hablemos en razón.

-En razón te quiero, y no convertido en bruto por la soberbia como Nabucodonosor. El secreto, por última vez.

-Imposible. No debo comprometer la empresa a que voy a dar cima, por satisfacer vuestro afán, poco sensato y prudente en mi sentir.

El rabino tornó a beber con sorna, y le contestó después:

-Tú no te llamas Asier, ni Eudón, sino Aser: no eres vasco, sino judío; ni tu padre es pescador, sino el rabino Abraham Aben Hezra.

-Nada de eso tenía en olvido, y por llamarme Aser Aben Abraham, partiré con vos, como buen hijo, el tesoro que debo al nombre de Asier.

-Por evitar la persecución de los cristianos, prosiguió Pacomio, me dejé bautizar en Toledo, como tantos otros de nuestro linaje; pero como ellos, seguía la ley de Moisés. Arreció con este motivo la persecución, y no pude sufrir más: recién casado como estaba, con tu madre encinta, emigré a ese otro lado de los Pirineos, y me establecí entre los vascos de la costa, que se habían puesto bajo la protección de los duques de Aquitania. Allí naciste tú, poco después de haber llegado tu pobre madre, que fatigada por las molestias de penosísimo viaje, murió a los pocos días de haberte dado la vida. Yo me dediqué al comercio; tú te hiciste navegante, siguiendo no sé qué inclinaciones audaces y aventureras. Allí aprendiste el hebreo, que era la lengua de tus padres, y de Respha, mi hermana; allí el vascuence, de tu nodriza y tus compañeros. Habías cumplido catorce años, cuando llegaron a mis oídos los decretos de Egica y del Concilio, favorables a nuestra raza. Creí terminada la cautividad de Babilonia, y me trasladé a España con mis riquezas y contigo. No te lo negaré: de acuerdo con los hebreos de África, tratamos de

entregar a los berberiscos la Península, para vengarnos de un siglo de opresión y borrar de nuestra frente la vergüenza de haber sido bautizados. Todos nuestros bienes fueron confiscados, y se nos quiso arrancar nuestros hijos mayores de siete años para bautizarlos también, y darles educación cristiana. Tú estabas en este caso; tenías que ir a la fuente bautismal y vivir separado de tu padre. No lo consintió mi cariño, y solos, a pie, mendigando de puerta en puerta el preciso sustento para no morir de hambre, y sin poder presentarnos sino a gentes que por su rudeza y alejamiento de las grandes poblaciones, ignoraban todavía las nuevas leyes; emprendimos por montes y breñas horrible viaje, que no se borrará jamás de mi memoria aunque viva mas que Matusalén. Nos dirigíamos al Septentrión, a nuestro antiguo refugio de los vascos de Aquitania, tan hospitalarios para nuestros padres desde tiempos de Sisebuto. Quizá no hubiéramos podido repasar el Ebro, si un cristiano, un monje, no se hubiera compadecido de nosotros. Viéndome casi desnudo, pues mis vestidos se caían a pedazos, me dio sus propios hábitos y algún dinero, con lo cual pudimos entrar en la Vasconia, cuyo idioma poseíamos, especialmente tú que con él te habías amamantado. Con el dinero del monje te compré vestidos a la usanza del país, y desde entonces me creí en salvo. De caserío en caserío llegamos cerca de Aitormendi; pero yo no pude pasar adelante: tantos trabajos, tantos sobresaltos, tantas noches a la intemperie quebrantaron mis fuerzas, y nos refugiamos en una cueva, presa yo de la fiebre que me devoraba. No teníamos cama, ni más sustento que el agua que se filtraba de las rocas. Era todo lo que por entonces necesitaba yo; pero te veía a ti, extenuado de necesidad, y te mandé a pedir limosna. Volviste diciéndome que habías ido a parar al caserío de Amagoia, viuda de un antiguo amigo mío, llamado Basurde, a quien conocí en Aquitania.

-Padre, dijo Eudón; parece que me estáis formando el proceso para pronunciar mi sentencia, y es preciso que me oigáis. Yo proseguiré la historia: vos me diréis si en ella faltó a la verdad, si la disimulo siquiera. Cuando torné del caserío de Aitormendi, vuestra fortuna y hasta vuestros pensamientos habían variado por completo. Os hallé en un lecho de heno seco y mullido; teníais pan, leche fresca, carne y hasta dinero: no habíais menester ni de los alimentos, ni de los socorros que os traía. Asombrado yo de tanta y tan inesperada ventura, me la explicasteis sencilla y naturalmente. Durante mi ausencia, unos zagales que apacentaban cerca de allí su manada, habían entrado en la cueva, y al veros tendido en el suelo con aquel hábito de monje, y los cabellos broncos y desgredados, con semblante pálido y extenuado por los padecimientos de tan largo viaje y por la calentura, os creyeron un santo ermitaño que se moría por exceso de austeridad y penitencia. Llenos de respeto y caridad, os socorrieron y os proporcionaron cuanto necesitabais, y difundieron bien pronto la noticia de vuestra aparición. Aquellas buenas gentes vinieron a veros con tanta curiosidad como veneración, y no fue menester más para veros colmado de regalos. No quedé menos agradablemente sorprendido, que vos al oírme contar la buena acogida que había tenido en el caserío de Amagoia.

-¿Cómo te llamas?, me preguntó ésta.

-Aser, la contesté sencillamente; y ella se inmutó, me miró de hito en hito como embebecida en hondas imaginaciones, como arrobada de los sentidos: y tan extraña escena terminó con un abrazo, durante el cual me daba el nombre de Asier. No la contradije, pues tan bien me iba con la simple añadidura de una letra a las de mi nombre.

Había comprendido Amagoya que yo le respondí Asier, palabra vascongada que significa Fin, y vos me explicasteis la importancia que tenía; pues de las cosas de Aitormendi, de los misterios, visiones y profecías más o menos dudosas, pero extrañas y trascendentales todas de la familia patriarcal, estabais enterado por vuestro difunto amigo el astrólogo Basurde. Después de esto añadisteis:

-«Siempre te he dicho, hijo mío, que los israelitas tenemos que suplir la fuerza que nos falta, con la astucia, la intriga y el dinero. Yo he encontrado, con mi sayal y la mala catadura que me dan la enfermedad y los trabajos, mi manera de vivir. Libre aquí de los godos de Toledo, puedo seguir explotando a los cristianos, y hacerme rico a su costa. Acepta tú la hospitalidad y el nombre que te da esa visionaria, y con eso viviremos juntos y separados: juntos para auxiliarnos mutuamente, y separados, porque el uno al otro nos serviríamos de estorbo».

-Yo, padre mío, apenas tuve necesidad de fingir nada en casa de Amagoya. Al contrario, la ruda franqueza de mancebo con que expresé mis sentimientos, acabó de abrimme las puertas de su corazón. Llevaba yo entonces en el mío el odio contra godos y cristianos con que vos me habíais nutrido, y cuando la Adivina me preguntó quién era, la contesté que había nacido en la escualerría, y no mentí; y cuando por creerme bautizado, como lo están casi todos en este país, aludió a los cristianos, no me pude contener; y con tal vehemencia me expresé contra ellos, que Amagoya me escuchaba con nuevos trasportes de júbilo, creyéndome desde entonces enviado del cielo para el cumplimiento de las profecías de Aitor. Poco tuve que hacer para acomodarme a las creencias de la que luego fue mi madre adoptiva: vos, que habíais dejado la Biblia por el Talmud, y en apariencia el Talmud por los Evangelios, y todos estos libros por los horóscopos de la astrología, infundisteis en mi alma, primero la duda, y luego la incredulidad. Todo lo demás lo hicieron la exaltación y el entusiasmo de esa mujer a quien tanto debo, y cuyo fanatismo contagioso se me pegaba a veces, por dicha mía; porque lo confieso, padre, no hay frío más espantoso que el hielo de la indiferencia. Amagoya fue mi protectora, y no contenta con haberme hecho su hijo adoptivo, en lo cual consentí por consejo vuestro, me quiso hacer esposo de la hija de Aitor, es decir, duque o señor de Vasconia, y dueño del tesoro que ahora me pedís. ¿Os parece justo, padre mío, que éste sea todo para vos? Viniendo a mí como viene, por esa familia, ¿es puesto en razón arrebatarlo por completo? Yo os he ofrecido la mitad, esto es, todo aquello de que honradamente puedo disponer, toda la parte que habrá de corresponderme como marido de Amaya: nada, absolutamente nada quiero para mí, ni una perla, ni una libra de oro. Pero Amaya, mi pobre Amaya, de quien es todo, ¿se ha de quedar sin nada? Y si, como es regular, ella, sus padres o su tía quieren descubrir el tesoro antes de alzarme sobre el pavés, antes de reconocermme como esposo de la hija de Lartaun y de Usua, ¿he de perder el amor, la mano y la estimación de mi prometida, el cetro y la corona, teniendo que huir de los vascos como un ladrón, más que sacrílego, necio, y de todas maneras infame?

-¡Palabrería y nada más! Hemos prometido hablar en razón, y no perder el tiempo con retóricas ni sutilezas. ¿De dónde te viene a ti la noticia del secreto? De Amagoya. ¿De quién a ésta? De Chori, el cual se lo robó a Basurde. De Basurde es, pues, el secreto, y quien dice de Basurde, dice de los astrólogos, cuyo jefe y maestro soy yo en toda esta región. El secreto es mío, mío el tesoro por el cual he llevado la vida que llevo, y he

consentido en tu adopción, en tus embustes y supercherías. ¿Qué me importa a mí que no seas hijo de Amagoya, ni rey de los vascos, ni marido de Amaya de Butrón, si logro entero y verdadero, sano y salvo ese inmenso caudal que estoy codiciando durante los últimos años de mi vida?

-¡Que no os importa!, exclamó Eudón aterrado.

-Por ese tesoro, prosiguió el rabino, Basurde, súbdito mío, esclavo de la secta judiciaria, tuvo que dar muerte a Lorea y fuego a su casa, para que todo quedara en secreto; por ese tesoro acudí yo detrás de las tablas del lecho de Amagoya, y tomando la voz de Aitor, hacía ese ridículo juego del vocablo con Amaya y Asier, que para tu madre, loca rematada, es razón incontestable; por ese tesoro yo, olvidando hasta cierto punto mis deberes de gran rabino, he desatendido a mis hermanos cuando la hora de segar la mies, que estamos cultivando en Asia y en África, ha llegado... ¿Qué será de ti, si Amagoya se convence de que Aitormendi le pertenece por un crimen, y que el Asier profetizado es un judío llamado Aser?...

-Por lo mismo debéis completar vuestra obra, no dándola por terminada hasta hacerme esposo de Amaya, a quien amo, y dueño de esa corona.

-En quien idolatras. No: todo eso es fantástico, ilusorio: la verdad es la riqueza. Por otro rumbo te aguarda la fortuna; por otro lado has de llegar a ser el libertador de tu raza. Los árabes, según has dicho, son ya dueños de España al mando de Tárik, liberto de Muza; y yo he pactado con Muza que te has de casar con su hija Eila, y has de ser gobernador en toda esta región de Canfranc, como ellos la llaman. Muza quiere tener seguras las montañas, pareciéndole, a mi juicio con acierto, que dueño de ellas, nada puede temer de los cristianos.

En aquel momento resonaba la voz de Amagoya en la pradera:

Aitor y Amagoya fueron
principio de nuestra raza;
nuestro reino independiente
principia en Asier y Amaya.

-¿Lo oís?, exclamó Eudón que se había quedado en silencio escuchando a su madre: ésa es mi respuesta. ¡Yo walí de los árabes! ¡Yo lugarteniente de Muza, pudiendo ser rey de los Pirineos, independiente y libre! ¡Yo marido de una esclava, siendo esposo de una reina!

-La ley de Mahoma no te impide tener un harem henchido de Eilas y Amayas.

-Padre, exclamó el duque con la misma energía con que se expresaba el día anterior delante de Munio: creo en Dios y en una mujer. Porque creo en Dios, nunca seré musulmán; porque creo en el amor de Amaya, ni ella será de otro que de Asier, ni Asier, Aser, Eudón, como queráis, tendrá jamás otra esposa que Amaya.

CAPITULO IX

De las nuevas que tuvo Eudón de su prometida esposa

-¡Magnífica respuesta, exclamó sarcásticamente Pacomio, si de otros labios hubiera salido! Pero en los tuyos, hijo de mi corazón, antójaseme risible. ¿Quién eres tú para confiar en el cariño de la heredera de Aitor, y levantar un trono en los Pirineos?

Herido en su amor propio, y por ventura, en lo más íntimo de su conciencia, contestó Eudón:

-Soy el hijo adoptivo, el ídolo y oráculo de Amagoya; el duque de toda la provincia de Cantabria, cuya mínima parte es la Vasconia: y hoy que los godos no tienen rey, ni reino, ni aliento para la resistencia, ni bríos para la reconquista, soy el hombre necesario que se impone y no se elige. Soy el libertador que habéis prometido a los israelitas; el esposo a quien está esperando Amaya de Butrón.

-Títulos insignes que se borran y desvanecen con una sola palabra mía -repuso el viejo con su irritante y perdurable calma-: «Ése es mi hijo, es el judío Aser Ben Abraham». Por entumidos y atortolados que creas a los godos, ¿cómo has llegado a figurarte que se dejen señorear por un hebreo? Por rudos que sean los vascos, entre los cuales hay hombres como Teodosio, de más ambición y trastienda que tú, ¿no han de palpar y percibir la tosca urdimbre de tanta superchería? ¿Cómo se compaginan la redención, el desagravio y predominio de Israel, con la inexorable fe de los cristianos y el lastimoso orgullo y fanatismo de la casa de Aitor?

Eudón, que crecía con las dificultades, como el cedro del Líbano con las borrascas, le contestó:

-¿Cómo? Prolongando sólo diez o doce días vuestro silencio y cautela de diez o doce años. Mi obra es vuestra: vos la habéis concebido por lo menos; la habéis iniciado y sostenido. Era yo mancebo, sin alas en el pensamiento para vuelos tan dilatados, cuando me dijisteis: «Déjate llamar Asier; déjate querer como hijo de la viuda de Basurde; déjate amar de la futura reina de los vascos». Y no satisfecho con ambos amores por prenda, ibais de noche al caserío de Aitormendi; y allá, en las tinieblas y confusiones del sueño interrumpido de Amagoya, tomabais el acento del patriarca para despeñarla de la cumbre de sus desvaríos y confirmarla en las hermosas locuras de su corazón. «Yo soy Aitor, le decíais, y Asier es el predestinado para marido de Amaya. Pon tu confianza en él». Del mismo modo a la sinagoga: «Vendrá luego el Libertador... ya se acerca... ya llega». Hacía falta a mi prestigio que las bolsas de los judíos se cerrasen a los condes y annonarios, y se cerraban; que se abriesen a mi voz, y se abrían...

-Con su cuenta y razón.

-Como quiera que fuese, yo disponía de vuestro dinero, y vos de los tesoros de Israel con sólo decir: «Así lo manda nuestro Libertador».

-Cuyo nombre jamás he revelado al vulgo, dijo el rabino.

-Y habéis hecho bien, porque no debía ser conocido hasta la hora designada. Pues bien, ¿no es una aberración, y si os parece dura la palabra, no es un contrasentido comprometer ahora dos lustros de sudores, de artificios, de talento y hasta de borrachera de la suerte, por falta de paciencia en dos semanas?

-Mi obra está completa, Aser, desde el momento en que puede ser nuestro, exclusivamente nuestro el tesoro de Aitor. Por él hice yo astrólogo a Basurde, encadenándolo a mi voluntad; por él me desprendí de ti, dejándote entregado a la pagana que te adoptó por hijo. El tesoro es lo positivo, lo real y tangible; lo demás, bambolla y hojarasca.

-No, padre mío. Algo valen los tiempos singularísimos en que nos hallamos, la fortuna con que el cielo me favorece, la autoridad que me encumbra sobre las personas que nos rodean. No son fantasmas ni mi amor, ni el de Amaya, ni su fe de las edades primitivas, maravillosamente incólume sobre el remolino de tantas y tan encontradas creencias invasoras. No todo lo puede el oro. Si en las riquezas consistiera el señorío, hace tiempo que los hebreos seríamos los reyes del mundo. Siempre nos ha faltado lo que hoy tenemos seguro: una ocasión como la presente, una tierra como ésta y un hombre como yo. No desperdiciemos momentos semejantes porque no volverán jamás.

-¡El tesoro una por una! ¡El tesoro por de pronto, y lo demás por adehala!, dijo el rabino alzando la voz amenazante. ¡Aser, hijo de Abraham, obedece a tu padre!

-No lo consiente mi conciencia.

-¿Cuál de ellas? ¿La conciencia de Aser, la de Asier o la de Eudón?

-Ni mi honor tampoco.

Pacomio le miró de arriba abajo, con trémula sonrisa desdeñosa.

-¡El honor del hijo del eremita, rabino y astrólogo en una pieza!

-Pues bien; ya que no queréis oír hablar de honra ni de probidad, os hablaré de vuestra propia conveniencia. Si pusiese el tesoro en vuestras manos, bajo vuestra exclusiva custodia, ¿no creeríais conveniente guardarlo intacto breves días, tan sólo para ver si podíais sacar de él todo el lucro que yo me propongo, y que a vuestra perspicacia de especulador no se puede ocultar?

-Sí, tendría el tesoro y su granjería; contestó Abraham enarcando las cejas.

-Eso es. Vos, padre mío, calcularíais luego, si por un reino se puede ofrecer un puñado de topacios y esmeraldas; si por la redención de los israelitas os darían éstos en galardón...

-Aceptado. Con que...

-¿Conserváis siempre aquella antigua caverna de Iturburu, tan disimulada y poco menos que inviolable?

El hombre a quien se dirigían estas palabras, osado, cínico y arrogante hasta la sazón, se estremeció de pies a cabeza, mirando de reojo alrededor. Quería sonreírse y no le dejaba el miedo.

-¡Háblame en hebreo!, murmuró.

-Pues en hebreo, en nuestro propio idioma os estoy hablando.

-No levantes la voz, exclamó balbuciente.

-Nadie puede oírnos, ni menos entendernos. Decidme, ¿seguís en posesión de la famosa cueva?...

-Tengo varias: la de Iturburu...

-¿La creéis segura?

-¿Pues qué, temes algo? ¿Ha llegado algún rumor siniestro a tus oídos? ¿He sido robado? ¡Oh... eso es imposible! Oro molido puedes dejar en esta tierra a la vera del camino. A mayor abundamiento, la cueva del ermitaño es sagrada para estas pobres gentes.

-No obstante lo cual, ¿seguís, como en otros tiempos, dejándola cerrada?

-¡Cerrada, hombre, cerrada, pesia lo del oro en polvo, y la santidad del recinto! Cerrada de manera que yo sólo puedo abrirla y entrar en ella. Así también las otras. Es mi secreto. ¡También tengo yo los míos! ¡También hay secretos y tesoros de Pacomio!

-Explicadme eso.

-A la falda de un monte que semeja una pirámide ceñida de enmarañado bosque, removiendo yo un día enormes piedras para ocultar debajo mis modestos ahorros en el oficio de eremita, di con un hueco por el cual apenas cabía el cuerpo de un hombre. Lo ensanché con facilidad; porque en lejanos tiempos, según indicios, alguien me había precedido. Hallé huellas de mujer...

-¡De mujer!, exclamó sorprendido el duque.

-Pero antiguas. Era la boca de una cueva grandiosa y de maravillosa estructura. Cuando encendí luz para registrarla, me pareció el templo de Salomón. Allí arcos, artonados, bóvedas de primorosos dibujos que brillaban como cuajados de esmaltes y pedrería. Allí, para que nada faltara, una fuentecilla que se abría paso entre las grietas, y daba nombre al cerro, y entrada al aire libre de los campos. Escogí ese alcázar natural para refugio en las persecuciones del obispo Marciano, y en tan soberbio y segurísimo recinto he guardado el oro, los víveres, disfraces y armas que pueden hacerme falta. Allí, con todo sosiego, me encerraba y escribí a mis hermanos de España y África para entregarles el señorío de los godos.

-Y los hijos de Agar se han hecho cargo ya de la mercancía; pero ¿dónde está el precio prometido a los de Israel? Para los agarenos el oro, las tierras, el imperio; para los pobres israelitas el estéril placer de la venganza. ¡Y quiera Dios que los árabes, nuestros

hermanos en Abraham, no nos hagan echar de menos las cadenas de los cristianos! Pero no tratamos ahora en eso. ¿La puerta de Iturburu está firme?

-La piedra que cierra su boca sólo se levanta por un secreto que nadie conoce más que yo.

-¿Y eran antiguas, en efecto, las huellas de mujer que descubristeis dentro?

-De luengos años.

-¿Las huellas quizás de Petronila?, dijo Eudón.

-No, hombre, no. El pie de esa gigante es más que varonil.

-Entonces... no cabe duda: eran de Lorea.

-¿En qué te fundas? ¡Ah! ¡Necio de mí! ¡Necio, que no he caído hasta ahora en la cuenta de que Lorea llegó a ver el tesoro! ¡En esa cueva debe de estar escondido!

El ermitaño se quedó mirando al duque sin pestañear. Parecía que los ojos iban a saltársele de las órbitas.

-Sí, el tesoro está en Iturburu, y aunque son muchos los parajes así llamados en la escualerría, esas huellas femeniles no dejan lugar a dudas. El tesoro, por consiguiente, está en vuestro poder, en vuestras manos, y nadie, sin permiso vuestro, puede tocarlo ni acercarse a él.

Abraham, como un loco, prorrumpió en risotadas.

-¡El tesoro en mi cueva!, exclamó por fin. ¡Y yo buscándolo por todas partes, y quizás durmiendo y roncando sobre él, y pisándolo como un mentecato! ¡Tantos insomnios por el tesoro, y el tesoro, como quien dice, me estaba escuchando, riéndose de mis imprecaciones y suspiros!... ¡Oh! Pero no puede ser. Me lo habría dado el corazón. Esto es un sueño, una burla. Aser, tú sabes la maldición que pesa sobre la raza de Cham por haberse mofado de su padre Noé. Aser, hijo mío, tú eres hombre formal. Dime la verdad, y sobre todo, dame bien las señas; porque la cueva es vasta, espaciosa como el templo de Sión. Decirme sólo que el tesoro está en ella, es casi no decirme nada.

-Os equivocáis, padre, porque teniendo vos, como tenéis, asegurada la puerta de Iturburu, nadie os los puede arrebatat.

-¡Nadie!, exclamó el rabino con cierto aire de triunfo, que fue la más repugnante expresión de su codicia. ¡Nadie, Aser! Ni Amagoyas, ni Petronilas, ni Garcías, ni Teodosios... ¡Nadie! Yo me encerraré en aquellas bóvedas; yo me dormiré detrás de la losa: ni una mosca entrará allí, ni el aire se colará. Capaz seré de dejarme morir sobre el tesoro, como un perro sobre la tumba de su amo. Pero, Aser, añadió de repente aterrado: ¡si estas buenas gentes que hasta ahora me han protegido, aun a despecho de los obispos, se volviesen de pronto contra mí! Si Marciano, instigado por Ranimiro y los de Goñi, diera en perseguirme de nuevo, y los vascos le auxiliaran para rescatar su riqueza, ¿qué iba a ser de tu pobre padre?

-Por unos días que ha de durar el secreto, nada podéis temer. Sosegaos.

-¡No! Eso te probará, eso te convencerá de lo urgente y apremiante que es el que acabes tu revelación. De lo contrario, no hemos hecho nada. Tú debes de tener señas minuciosas, fijas, determinadas. ¡Dámelas!

-¡Silencio! ¡Silencio!, clamaba a la sazón la muchedumbre que al otro lado de la iglesia estaba entretenida, y al parecer embelesada con los cantos de Amagoia.

Y como si esta exclamación, esta orden se hubiese dirigido expresamente a los judíos, quedaron mudos entrambos, prestando atención a los gritos de la pradera.

Amagoia, como hemos visto, se había dirigido allá cantando loca de entusiasmo la derrota de los godos, el triunfo de la escualerría, las glorias de Asier. Cantando también le contestaba el pueblo: y entre la hija de Aitor y la gente del valle, se entabló un diálogo de cantares, a que tanto se prestan el genio del idioma y la natural predisposición musical de los montañeses, que con admirable facilidad hablan, discuten y hasta disputan en verso, sin regla, sin arte y sin conciencia siquiera de su habilidad.

Esta costumbre de improvisar públicamente letra y música, se conserva en nuestros días, cual precioso resto de las antiguas contiendas de bardos, en que los actores situados en opuestos bandos, se preguntan y se responden, sostienen tesis o causas distintas, alardeando de ingenio, compitiendo en voz y primores de talento, ante un pueblo inteligente apreciador de las travesuras y galas de la musa éuscara.

En esta forma singular de narraciones heroicas, que recuerda los primitivos tiempos de la tragedia griega y los improvisadores itálicos, Amagoia enteró a su auditorio de la nueva faz que habían tomado las cosas públicas; y el pueblo, como los coros del teatro antiguo, hacía reflexiones, expresaba su júbilo, dudaba y preguntaba: todo en cantos, en exhalaciones del estro, en torrentes de armonía.

Pero arrebatada por su genio la poetisa de Aitormendi, había llegado a olvidar que se hallaba delante de un pueblo cristiano, y comenzó a cantar sus esperanzas de restaurar la religión natural de los primitivos tiempos, fundadas en el próximo entronizamiento de Asier y Amaya de Butrón.

Entonces fue cuando Millán, que sentado debajo del árbol entre los ancianos, presidía el certamen, alzó su guecia con remates de plata, y pidió silencio.

-¡Silencio!, repitió la muchedumbre, no sólo por el hábito de someterse a la autoridad, sino adivinando en el rostro y ademanes del echecojaun, que iba a decir alguna cosa grave en vindicación del cristianismo, imprudentemente ultrajado por la pagana.

-Amagoia, dijo modestamente el regidor: tengo que enteraros por encargo de Lartaun de un suceso que viene a echar por tierra las insensatas esperanzas que acabáis de manifestar. Con la cena y vuestra retirada a la Fuente roja, no he tenido ocasión de hablaros de ello; pero mi conciencia no me permite ya guardar silencio ni un instante más. El encargo es para vos y para todos los habitantes del valle, a quienes nada he

querido decir hasta ahora; porque vuestros hermanos han dispuesto que al entrar en el solar del Lauburu, llevaseis las primicias de la faustísima nueva.

-Hablad, contestó Amagoya, toda alterada con tan solemnes preliminares, que le hacían presentir algún contratiempo.

-Vuestro cuñado Lartaun, repuso Millán, se ha bautizado.

-¡Cristiano Lartaun!

-Cristiano, que lleva ya el nombre de Pedro.

La Adivina lanzó un grito de cólera.

-¿Pero su mujer, mi hermana Usua?

-También: se llama ya Columba.

-¿Y la hija de Aitor, mi sobrina Amaya de Butrón? ¿Mi hija, mi hija?

-Igualmente cristiana como sus padres: su nombre es Constanza; y en toda la casa de Aitorechea, y en todo el valle de Butrón, no ha quedado un alma sin recibir el agua del bautismo.

-¡Mientes, Millán!, exclamó Amagoya como herida de un rayo, sin saber lo que se decía. ¡Mientes! Las profecías de Aitor se han de cumplir.

-Y se cumplirán -gritó Asier, rompiendo altivo y desencajado el cerco de gentes apiñadas en torno del anciano-. Cristiana o gentil, Amaya es mi mujer, y tiene que seguir a su marido.

Amagoya se había quedado petrificada: parecía la estatua de Nemesis meditando venganzas, sin hallar ninguna que llenar a la medida de su despecho.

-¡Asier, le dijo al fin: antes marido de Amaya la goda, que de Constanza de Butrón!

Entre todos los desquites que a su imaginación se habían agolpado, ninguno encontró tan duro, tan acerbo como éste.

Pero la venganza la desgarró las entrañas, y sus labios prorrumpieron en sollozos.

-¡Tú también, hija mía!, exclamaba sin poder llorar: ¡tú también reniegas de tu padre, que creó todo esto para ti!

Los circunstantes se conmovieron, y rodearon cariñosos a la Adivina.

-¡Hija de Aitor, madre nuestra, ya no falta nadie más que vos! ¡Haceos cristiana!, decían, con sentimiento que les salía del alma.

-¡Jamás!

-No digáis eso, Amagoya, repuso Millán: no os rebeléis contra Dios, cuando las profecías de Aitor empiezan a tener verdadero cumplimiento. Amaya es el fin del paganismo y el complemento de la ley de gracia en todo el pueblo vasco. Sólo vos faltáis.

-Jamás: yo moriré en la ley en que he nacido, y morirá conmigo la raza vascongada. Pero no, aún tengo patria en Aitormendi, aún tengo un hijo. ¡Asier, tú serás rey!

-Sí, madre mía, contestó el duque: soy dueño del secreto de Aitor y de la mano de Constanza. ¡Es mía, mía! No me importa que sea cristiana. Es mi mujer, y mi mujer será vuestra reina. Si me trae la mitad de la Vasconia, yo la llevo la otra mitad. Soy duque de los godos, y vasco. De los vascos volverán a ser, por consiguiente, Ondarribia, Iruña, Eriverri, Victoriaco y todas las plazas, tierras y ciudades que nos hemos dejado conquistar.

El auditorio llegó entonces a comprender la importancia, la grandeza de aquel misterioso personaje, y lo intenso de su dolor.

-¿Es eso cierto?, preguntó el regidor.

-Cierto que poseo el tesoro; cierto que Constanza es mi prometida; cierto que reclamaré su palabra, aunque sea cristiana; cierto que soy duque y señor de toda la escualerría subyugada; cierto que sólo casándome yo con la hija de Aitor, recobramos en un solo día nuestros antiguos dominios. Nadie osará negarlo.

-Pues bien, Asier, podéis dispensar a las tribus del Lauburu un gran servicio: podéis ser el complemento de la restauración. En que Amaya se hiciese cristiana, todos teníamos empeño; en que no se casara con vos, no. Pero si la hija de Aitor ha de ser vuestra daos prisa; no descanséis, no durmáis aquí esta noche. ¡Marchad!

-¿Por qué?, preguntó el duque, nublado con más cerradas nubes el corazón.

-Partid.

-Algún otro suceso nos ocultáis, añadió el joven, pálido como un cadáver, sombrío como turbión preñado de truenos y centellas. Hablad claro, Millán.

-Marchad a Butrón sin deteneros.

-¡Eso es que Lartaun trata de casar a su hija!

-Sí. Hace un momento he recibido noticias de aquel valle. Pedro de Butrón, sabedor de que Amagoya llegaba hoy a mi casa...

-Pero su hija no sucumbirá a la violencia: Constanza no puede casarse con nadie más que conmigo.

-Eso es lo que no sabemos, contestó sencillamente el echejojaun.

De todas sus desgarradoras noticias, ésta era la que al duque le había penetrado más al hondo del corazón.

-¿Con quién se casa Amaya?, preguntó con voz que hacía temblar.

-Ya podéis figurároslo.

-¿Con Teodosio de Goñi?

-Con Teodosio.

-¿Para hacerlo rey?

-Nadie lo pone en duda.

-Y esos señores vuestros, esos ancianos que han salido de estos valles, ¿van sin duda a Goñi?

-Así lo creo.

-¿A qué? ¿Van a la boda, o van a la coronación?

-Lo ignoro, respondió Millán: ni ellos mismos lo saben. Yo he conversado con ellos, y creen que una y otra resolución debe de tomarse con toda la calma y solemnidad que requiere lo grave del caso.

-¿No se ha celebrado la boda?

-Todavía no.

Eudón, que hasta entonces por un soberano esfuerzo de voluntad, quizá por la excitación misma de su dolor, había logrado reprimir toda exclamación, todo desahogo, toda palabra inútil, al llegar a este punto, lanzó un rugido, queriendo tan sólo suspirar.

Después de tantas angustias y de tan cruel agonía, era aquel aplazamiento su primer rayo de esperanza, y podía ser principio de su nueva vida.

Suspiró, dio un aliento, como alienta el león acosado de enemigos, acribillado de heridas, al hacer el supremo esfuerzo para tornar al combate decisivo.

Recobró su serenidad y su antiguo imperio; sintió en lo íntimo de su corazón aquella confianza en su fortuna con que César se sonreía en lo más deshecho de la tempestad.

Tendió la vista alrededor, y no encontró más rostros conocidos que el de Pacomio y el de Amagoia. Con su padre sólo podía contar para guardar el tesoro; con su madre adoptiva, por de pronto, para nada. Uno y otro eran un estorbo en su plan, y sin embargo, de ninguno de ellos podía prescindir. Quería volar a Butrón, y Amagoia se lo impedía: ni ella estaba para moverse con la rapidez indispensable, ni Eudón había de presentarse ante Lartaun y los vascos sin la autoridad y prestigio de la anciana de Aitormendi. En los ojos del rabino creyó ver, junto con cierta inquietud por las riquezas, nunca para él bastante aseguradas, cierta complacencia en la infidelidad de Constanza, que facilitaban el enlace con Eila, hija de Muza, estrella de primera magnitud entre los nuevos astros que se alzaban del Oriente.

Pero el duque tenía cerca de sí a Millán, corazón sencillo y bueno, y al parecer sólo animado por el sincero deseo del procomún, y en el echejoaun clavó su mirada, y lo reconoció por suyo.

-Venid, le dijo, con aquel acento que solía tomar en Toledo y Pamplona, cuando quería ser obedecido sin réplica.

Y entró con él bajo techado.

-Sé que me habéis dicho la verdad, añadió cuando se hallaron a solas; sois incapaz de faltar ni en un ápice a ella. Pero es posible que por contemplaciones con Amagoya, hayáis creído prudente ocultarnos algo. Yo debo saberlo todo; yo necesito conocer toda la verdad.

-Sabéis cuanto yo sé, le contestó Millán: con deliberada intención, al menos, no me reservo nada.

-¿Están ya todos bautizados?

-Todos los de Aitorechea, todos los del valle, los cuales, de corazón eran ya cristianos hace mucho tiempo. Si no confesaban su fe públicamente... atribuidlo a respetos humanos; en pocas palabras, a miedo a la Adivina.

-¿Y cuál es el día fijado para la boda?

-No lo sé. Sospecho que primero será la elección por el Batzarre de los doce ancianos de Vasconia, y luego la aprobación de las tribus restantes.

-Pues entonces, ¿a qué tantas prisas por hacerme salir de aquí?

-Eso lo debéis comprender vos mejor que yo, replicó filosóficamente el echejoaun. De mí sé deciros que al ver que ningún reparo habéis puesto en que la hija de Aitor se haya hecho cristiana...

-¡Reparo! Todo lo contrario. Para ser reina de cristianos, cristiana tenía que ser.

-Y al considerar los grandes bienes que trae vuestra mano para la escualerría, he concebido esperanzas de que al fin os prestaréis de buen grado a recibir el agua del bautismo.

-¿Y quién ha logrado la conversión de la familia de Lartaun?, dijo el duque, interrumpiendo a su interlocutor.

No quería ni darle palabra alguna, ni defraudar tampoco su esperanza.

-¡Teodosio!, le contestó Millán.

-¡También él!

-Así por lo menos debe suponerse. Hace mucho tiempo, según me dijo Pedro de Butrón, que Teodosio tenía empeño en que no hubiese un pagano en toda la tierra vascongada. Con este fin se hizo amigo de Lartaun, a cuya casa iba con frecuencia.

-No por celo religioso, sino por miras de ambición, repuso el duque, no pudiendo reprimir su despecho.

-Podrá ser; pero cuando el mismo Lartaun le propuso la boda...

-¡Hasta eso!, exclamó Eudón con acerba ironía-. ¡Consiguió que Lartaun mismo le propusiese la boda! ¡Es hábil ese Teodosio!

-En fin, cuando se trató del matrimonio el hijo de Miguel declaró paladinamente que no podía casarse con Amaya, sin que primero se hiciese cristiana. Ni ella, ni sus padres, estaban deseando otra cosa.

-¡Verdaderamente que sabe manejarse el hijo de Miguel! ¡No, no es enemigo despreciable el bueno de Teodosio! ¿Y cómo fue el dilatarlo?

-Temían los arrebatos de Amagoya. La memoria de Paula, la hermana mayor, que pereció mártir en la torre de Aitor, después de terribles tormentos, arredraba a la madre de Constanza. Por fin, hizo Dios que Amagoya se ausentara cruzando los Pirineos; y durante su ausencia, recurrieron al obispo, el cual envió un monje que catequizó a toda la familia y todo el valle.

-¿Y para tener ocultas todas estas cosas, prohibía, sin duda, Teodosio que los vascos acudiesen, como solían, a los mercados de las ciudades?

-Por eso indudablemente, y por no enterarles de cuándo se elegía el rey.

-Pues bien, Millán, Constanza no puede casarse, ni con Teodosio, ni con nadie en el mundo más que conmigo. Es mi mujer, y si consiente en dar su mano a ese joven, es porque me cree muerto hace muchos años. Yo la creía sabedora de mi existencia y de mi amor; pero sin duda no ha recibido mis avisos y mensajes. Se cree viuda. Si se ha casado, su matrimonio es nulo; si no... De todas maneras es mía ¡mía! Ni la cedo, ni puedo cedérsela a nadie. Yo, único, verdadero y legítimo esposo de Amaya, no sólo restauraré el primitivo solar vascongado, sino que -pero esto quede entre los dos- una vez cristiana, y reconocido su matrimonio conmigo, lograremos sin dificultad la conversión de Amagoya, que de otra manera, humanamente hablando, parece imposible.

Una exclamación del echecojaun hizo comprender al hijo de Abraham Aben Hezra que le había tocado en la fibra más delicada.

-Ahora bien, yo no puedo presentarme en Aitorechea sin mi madre adoptiva, y ésta, como veis, no puede moverse sin descansar aquí de su largo viaje: ni menos se halla en estado de acudir a Butrón con la celeridad que tan encarecidamente me recomendabais. Es preciso, pues, que vos partáis; que refiráis a Lartaun o Pedro lo que me habéis oído; que le digáis quién soy; que le expongáis todos mis proyectos, mis esperanzas, que le recordéis su promesa: «Cuando seas duque, tuya será Amaya».

-¿Eso os dijo Lartaun?

-Eso, Millán. Duque soy, vasco es él: Constanza es mía. Y siéndolo, todas las ciudades de Vasconia serán de los vascos, y todos los vascos, sin exceptuar Amagoya, cristianos.

-Iré, contestó el regidor.

-No es esa la respuesta, Millán.

-Voy.

Y Eudón le apretó la mano.

-¿Qué camino vais a llevar?

-El más corto; para llegar antes iré a pie, faldeando la cordillera de Mendiederra, dejando a la derecha el alto de Mendauz, por entre breñas y fragosidades; pero Amagoya no puede arrostrar semejantes asperezas. A caballo adelantaréis más río abajo hasta la costa, y luego tierra adentro a mano izquierda.

-Volved por este último camino para encontrarnos a vuestro regreso, y llevad estas joyuelas que traías para mi esposa.

-No lo esperéis de mí. Con el padre, cuanto queráis: con la hija ni una palabra.

El duque comprendió al punto la natural delicadeza del rústico echejojaun, y sintió de veras haberle lastimado.

Para formar contraste, se le presentó Pacomio, momentos después de haber despedido a Millán.

-Padre, le dijo Aser, tenéis razón: una por una el tesoro. Corred a Iturburu antes que por él acuda Petronila; y luego que lo tengáis asegurado, acudid a Pamplona y poneos de acuerdo con Munio, mi vicario. Le he dejado el encargo de mandarme un anillo de hierro a Butrón o Aitormendi, si por cualquier evento fuese absolutamente necesaria en la metrópoli mi presencia.

-¡Las señas del tesoro!

-Juradme que habéis de conservar ese depósito intacto, a mi disposición, por espacio de ocho días.

-Lo juro.

-Pues bien, las señas son éstas: a cinco pasos en línea recta delante de la boca de la cueva, se tuerce a la derecha, y a los tres pasos, al pie de un pilar... cavad un poco y allí lo encontraréis.

-¡Al fin!, exclamó el rabino fuera de sí: veinte años me cuesta; pero al fin es mío. Desde hoy en adelante... no; desde que yo sea rico, seré hombre de bien.

Y desapareció, sin despedirse ni de Amagoya, ni de nadie.

Amagoya se había acostado con fiebre y estaba como aletargada. Propinóla Eudón una bebida y se acostó también.

Los godos, y en general los nobles de aquel tiempo, vivían más fuera que dentro de su casa; viajaban más de lo que comúnmente creemos, y estaban siempre a caballo. El duque de Cantabria, que había tomado en Bizancio costumbres patricias, y usos de prócer en Toledo, pudo sin gran molestia andar unas ciento cincuenta leguas escoltado hasta el Ebro por algunos bucelarios: pero la noche anterior apenas había dormido; la presente se iba pasando también en claro; en una y otra sus emociones habían sido terribles, y a pesar de ellas y de su recia constitución y enérgico temperamento, la naturaleza hizo su oficio y se quedó en reposo.

Pero Amagoya sólo podía hallarlo en el sueño de la calentura. Había llevado constantemente vida sedentaria. Apenas traspasaba las gargantas de su valle, sino para ir al de Butrón. En ellos era donde se adoraba aquel *Dios innominado* de que habla Estrabón como única deidad de los celtíberos y sus vecinos septentrionales; el mismo a quien Isafás llama *Dios escondido*, Lucano *Dios incierto*; el que predicó San Pablo en Atenas al ver un altar con esta leyenda: «Al Dios desconocido». La hija de Aitor no quería soportar la idea neciamente soberbia, de que Dios hubiese venido al mundo en tiempos de otros hombres y no en los del patriarca; como si los frutos de la redención no hubiesen alcanzado a todo el humano linaje, a los presentes, pasados y futuros.

Cerca de dos meses la había costado recorrer los Pirineos de ultra-puertos, y después de su última y fatigosa jornada, el terrible desengaño que acababa de sufrir había concluido con sus fuerzas.

A la mañana, ya más despejada; pero si cabe, más abatida, exclamaba aquella pobre mujer, digna en verdad de lástima por su obcecación:

-¡Ay, hijo mío! Imposible parece que Amagoya se quede sola y sin tierra que pisar entre los hijos de Aitor. ¿Qué va a ser de tu madre en la escualerría? Cautiva en su propio hogar, desterrada en su patria, sierva en su antiguo señorío. ¡No, no! Soy la heredera de nuestro padre común, la mayor y más noble de sus hijas. ¡Llévense todo los demás; pero que nos dejen, Asier, que nos dejen para vivir un rincón vascongado a donde no llegue el sonido de las campanas, ni la sombra de la cruz! Imposible es que mi hermana, mi misma hija, pretendan encerrarme en estos montes, que se me caerán encima, sepultando debajo de ellos el espíritu de Aitor. Vamos, Asier, vamos -prosiguió recobrando su energía-: ya estoy fuerte, ya me he repuesto. Nos presentaremos en Aitorechea; no tendrá nadie el valor de resistir a mi autoridad, ni de negar tu derecho. Y en último apuro, Asier, dejemos hablar al corazón: Amaya te ama y no desoirá sus acentos.

Era una crueldad poner en camino a la infeliz, doliente y quebrantada; pero Eudón creyó indispensable aprovechar algunas horas del anochecer, y arrancarla de aquellos lugares, testigos mudos de su dolor. Nunca más profundamente lo había expresado Amagoya que al dirigir, puesta ya a caballo, una mirada de despedida a los Pirineos, que iba a dejar a la espalda quizá para siempre. Por ventura se le figuró ver en su ondulada cima el palacio

encantado de Luzaide y Maitagarri; y errando lacrimosa por sus jardines, la solitaria sombra del patriarca éuscaro.

Cuando llegaron a los amenos valles de la costa era ya de noche; pero allí les esperaba nuevo martirio. Como territorio de más tránsito, sabíase en toda la comarca la conversión de la familia Lartaun y de todos los habitantes de Butrón, y se celebraba como laustísimo acontecimiento, como verdadero triunfo, con gran repique de campanas, que parecían locas de placer.

Amagoya no quiso detenerse, y a riesgo de caerse y desnucarse, siguió adelante, hasta que por lo avanzado de la hora, todo quedó en silencio.

Entraron entonces en el primer caserío que hallaron a mano.

Al romper el día, vuelta al campaneo que taladraba los oídos y el corazón de la Adivina, irritándola, poniéndola de un humor insoportable.

Era muy conocida en aquellos contornos, y para colmo de su desdicha, las gentes salían de sus chozas, dejaban sus labores, y abandonaban su ganado para saludar y rogarla, con un cariño entonces matador, que siguiese el ejemplo de sus hermanas, porque el Dios de Aitor, decían, es el mismo Dios y Señor de los cristianos.

Y proseguían algunos:

-¿No esperaban nuestros padres un Libertador, un Redentor del humano linaje? Pues ese es Jesucristo, hijo de Dios vivo: y con la esperanza de su venida y la divina gracia, nos hemos preservado de la idolatría. Uno es el espíritu cristiano y el vascongado.

La Adivina se puso de tal manera furiosa, que hallándose a la tarde no lejos de Aitormendi, que por allí se le brindaba como tránsito para Butrón, le dijo al duque:

-Asier, yo no puedo más. Suceda lo que quiera, esta noche he de dormir en mi casa. Allí no hay cruces, ni torres, ni campanas: allí podrán matarme la tristeza y la soledad; pero mi muerte será tranquila. No me asietarán el alma ni este ruido, ni estas voces, ni estas lágrimas: no se tenderán hacia mí brazos suplicantes que me desgarran las entrañas.

Eudón casi se alegró de dejar a su madre en el palacio de Aitor, pues creía que con ella no iba a llegar nunca el término de su viaje.

Irritado también por no encontrar a Millán de retorno del valle de Butrón, como se lo había pedido, ardía en ansias de presentarse ante la infiel, ingrata y perjura, y de confundir a su padre diciéndole: Ya soy duque; cúpleme tu palabra, dame a tu hija.

Cuando a la noche se asomaron al valle de Aitormendi, sin necesidad de llegar al caserío de Amagoya, comprendió al fin que el viaje a Butrón era ya completamente inútil. Sin duda por eso el honrado Millán se había creído dispensado de salir a su encuentro.

Públicamente se sabía que Lartaun, Usua y su hija Constanza habían partido aquella misma mañana para Val-de-Goñi, momentos después de la llegada del regidor.

La boda debía de celebrarse al día siguiente.

Por mucha prisa que se diera el hijo de Amagoya en presentarse en Goñi, probablemente llegaría tarde.

Eudón quiso marchar inmediatamente, sin entrar siquiera en el caserío materno; pero le dijeron que en él lo estaba esperando un mensajero que acababa de llegar de Iruña.

-¿Qué trae?, preguntó.

-Un anillo de hierro.

-¿Qué significa eso?, dijo Amagoya, que de todo se alarmaba ya.

-Eso quiere decir, madre mía, contestóle Asier, loco de desesperación; que mi presencia en Pamplona es necesaria, es absolutamente indispensable. Pero piérdanse todas las ciudades, todas las plazas, todos los ducados del mundo: no me importa ya nada. Yo voy a Goñi; en Goñi está mi vida, mi corazón, mi eterna desventura o mi eterna felicidad.

-Espera tu desdicha, pues para ella sólo parece que hemos nacido.

-Podré esperarla yo; pero, Amagoya, añadió Eudón con voz de trueno: que esperen otros mi venganza. Terrible ha de ser, y nunca jamás oída.

Y sin llegar a la casa de Aitor, sin hacer caso del mensajero, enviado por Pacomio, picó su caballo y echó a correr desesperado hacia las montañas de Aralar.

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO I

En que se trata de la basílica Iruniense y de lo que en ella aconteció

Poco tiempo después de haber llegado Eudón a los Pirineos para reclamar la mano de Constanza, y alzarse con la Vasconia en reino independiente; el día mismo repentina y quizás atropelladamente designado por su competidor Teodosio para la boda, con iguales miras acordada, amaneció delante de Pamplona cierto gallardo joven montañés, el cual, según lo polvoriento del traje, lo tostado del rostro, y el ansia con que miraba a la ciudad, debía de traer luengo camino, y sentir vivos deseos de arribar al que parecía término de su jornada.

Largo y firme su paso, maquinal y casi involuntaria la ligereza de sus pies, ágil de miembros, determinado y suelto de modales, todo revelaba en él costumbre de andar, y vigor y energía de complexión, sostenidos por grandes resortes morales, aún más enérgicos y vigorosos.

Aunque elevado de estatura, ancho de hombros y de enarcado pecho, no tenía trazas de andarín y atleta. Nobles facciones, aire distinguido, inteligente fisonomía le daban ese conjunto de fuerza y suavidad, de señorío y compostura que constituye la elegancia varonil.

Notábase en su semblante resolución para salir de incertidumbres, y valor de arrostrar peligros; dulzura en la sonrisa, grandeza en la mirada, y cierta confianza que, irradiando del foco de su corazón, no partía, sin embargo, de sí mismo.

Y eran sus ojos tan ingenuos, tan derramado su espíritu, tan franca su expresión, que nada se tenía que adivinar; todo clara y distintamente se veía.

¿Se necesita un nombre propio al pie de esta figura, que inesperadamente vuelve a presentarse en nuestra historia?

Llamábase García Jiménez, señor de Abárzuza y las Amezcuas.

Al verle reaparecer al cabo de tres o cuatro meses de ausencia, y de los rumores evidentemente falsos que acerca de él se han esparcido, motivos hay para dudar de todo cuanto al joven vasco se refiere, desde el tiempo en que le perdimos de vista.

De muerto no tenía trazas, de herido no se le notaba la menor señal, de monje parecía más distante que nunca: ¿qué ha sido, pues, de nuestro héroe desde que, huyendo de Amaya, no queriendo ser estorbo a Teodosio, y resuelto a combatir en defensa de la cristiandad, dejó su pueblo nativo? ¿De dónde sale García con sus antiguos bríos, al antiguo teatro de sus amores y proezas? No siendo cierto su glorioso fin en el campo de batalla, ¿será también supuesto que ha peleado en el ejército visigodo? Si en sus copiosos y rizados cabellos no penetró tijera de ascética tonsura, ¿será que torne con su pasado amor, pero con nuevos propósitos y más ricas esperanzas? ¿O por ventura ha desechado sus peligrosas aficiones, y por eso vuelve sin temor a los lugares de donde, al parecer, se había ausentado para siempre?

Por ahora sólo sabemos que viene de lejanas tierras; que la tarde anterior, cruzando el Ebro hacia Tudela, entró en Vasconia; y que andando toda la noche, sin encontrar a nadie en el camino, sólo se había detenido a mudarse de traje, desembarazándose de cuanto le estorbaba para entrar sin ser notado en la flamante metrópoli de Cantabria.

Grandes nuevas traía sin duda de lo interior de la Península; pero debía de carecer completamente de ellas acerca de Pamplona: porque, a guisa de piloto que contempla el firmamento para lanzarse a golfos sospechosos de perfidias, así García interrogaba a la naturaleza, libro mudo para quien no sabe leer facundo y elocuente para quien logra descifrar sus caracteres.

Ningún rumor extraño se percibía dentro de la población: sonaban acompasadamente las campanas, como palpita el corazón del justo; subía el humo de los hogares, como pidiendo a Dios la bendición del cotidiano sustento. Envuelta en sutil neblina, la reina de Vasconia parecía soñolienta, y las gentes que por dos opuestos caminos salían al campo, semejaban los brazos con que tranquilamente la mal despierta Iruña se desperezaba.

Acababan de abrirse las puertas exteriores, sin desusadas precauciones ni aparato: los vigilantes se paseaban tranquilos, pica al hombro, por los adarves; o de pechos en las almenas tendían la vista por la campiña, y canturriaban alegres, con instinto semejante al de las aves que revolaban por los tendidos lienzos de la decrepita muralla. Bajo la bóveda del portal del Sur, por dos cubos defendido, los centinelas tomaban el fresco con la cateya arrimada al muro, o descansaban, ambas manos en el asta, los ojos en tierra, los labios sólo para bostezar abiertos.

Si García Jiménez hubiera sabido las noticias que el día anterior corrían por Aitormendi, y lo que el anillo de hierro enviado al duque de Cantaria significaba, quizá no le habrían satisfecho ni aun estos claros indicios de paz y tranquilidad; pero como de los últimos hechos de Eudón no tenía la menor idea, determinóse a entrar sin recelo alguno, después de haberse lavado y aseado bajo los álamos del riachuelo, que descendiendo de los cerros de Aranguren, casi lamía entonces la explanada de los fosos.

Cuando pasaba en medio de los portarios ociosos y aun aburridos, miróle uno de ellos de abajo arriba, y al verle sin carga ni provisiones para el mercado, le dijo refunfuñando:

-Poco hemos de engordar los godos con las vituallas que tú nos traes.

Pero el caudillo montañés, como si no le hubiese entendido, siguió adelante, contentándose con saludar en vascuence a los soldados.

-¿A dónde vais?, le preguntó el centinela.

-A la iglesia, contestó en latín el recién llegado.

-No puedes ir a mejor parte, le dijo el otro portario, que hasta entonces había guardado silencio.

El Alcides vasco iba a tomar, en efecto, la bocacalle que a cosa de cien pasos se veía enfrente, y que debía de conducir al burgo, donde se alzaba la basílica; pero al reparar en cierta casa romana que ya conoce el lector, volvió el rostro a los centinelas, y les preguntó con menos firme acento:

-¿Cuyo es aquel palacio de la esquina?

-De Ranimiro, tío del invicto y serenísimo Rodrigo, rey y señor nuestro y vuestro, cuya vida conserve el cielo muchos años.

-¡Nada se sabe aquí! Al vulgo, por lo menos, no han llegado las noticias; se contentó con decir el mancebo para su sayo.

Y siguió adelante suspirando.

Pero en vez de enderezar sus pasos a la calle que más derechamente le conducía al templo, quiso torcer por otra del romano burgo, como esquivando, sin duda, la casa de la dama goda.

Cruzó, sin embargo, aunque de lejos, delante de la fachada del Sudoeste y retardaba insensiblemente el paso, sin apartar los ojos de las ventanas, por donde días atrás salían los dulces sonidos del salterio, cuando la hermosa y distraída tañedora contemplaba el horizonte de las sierras, tendidas ante los valles de Goñi y de Guesálaz, y los castillos de Abárzuza y Gastelúzar.

Hizo más que andar despacio; recostóse un momento en el tronco de un árbol del terraplén, temiendo o deseando por ventura, que alguien apareciese en el palacio de Ranimiro; pero a nadie vio.

-¡Ahí estará!, exclamó profundamente conmovido: ¡ni se acordará de mí; ni sospechará siquiera que yo no he podido olvidarme de ella! ¡Quisiera saberlo a punto fijo; quisiera verla! ¡Verla!, tornó a decir escandalizado: ¡y estoy en Vasconia, y no he visto a mi madre todavía!

Y persistiendo en huir del temido edificio, proseguía andando hacia la iglesia.

Aquel portario que observaciones tan poco satisfactorias para su estómago hizo al ver a nuestro montañés con las manos vacías, siguió diciendo a su camarada:

-¿Has reparado en ese bárbaro?

-No me he fijado en él. Para mí todos los vascos son iguales.

-Sí; como los dedos de la mano, añadió sentenciosamente el observador. Desengáñate, Gumersindo: señores y siervos, grano y paja son de todas eras.

-Pues dicen que eso de la servidumbre no reza con los vascos, los cuales nacen de suyo nobles y magnates.

-Príncipes que nos traen corderos, manzanas y nueces, y se llevan tremises y silicuas. Camarada, por estos umbrales sólo se determina a pasar gente menuda. Pero ese mocetón, con fuerzas para tirar de un carro, y con hombros para traerse a cuestras una parva, ¿por qué se viene aquí sin un par de gallinas, ni un triste puñado de avellanas?

-Se las habrá almorzado en el camino.

-O será gardingo, tiufado y prócer en su tierra.

-¿Y qué?, repuso Gumersindo. ¡Buen provecho le haga! Por de pronto, no debe de ser judío ni pagano, cuando se va derecho a la basílica.

-No tan derecho, que no huya como de la peste, del palacio del príncipe decalvado.

-Hombre, todos esos bárbaros le tienen manía a Ranimiro. Y en el pellejo de ellos, a mí me sucedería otro tanto. Y luego... ¿qué sé yo? Como los señores de enfrente han estado cautivos en la montaña, quizás el devoto gañán tema ser por ellos conocido.

-Tú mismo te condenas, Gumersindo. Sólo un caudillo y prócer enemigo puede abrigar esos temores.

-Norabuena. ¿Y qué sacamos en limpio? ¿Qué nos va ni nos viene a nosotros con que ese montañés sea, o deje de ser vilico, prior, conde o duque de bojes, hayedos y robledales? Ya sabes el rescripto de Eudón: todos los vascos entren y salgan libremente.

-¡Todos menos ese, Gumersindo!, le contestó una voz extraña.

Quien así vino a terciar en la conversación de los portarios, era el rabino Abraham con hábitos de ermitaño.

-¡Hola, hermano Pacomio!, exclamó el primer centinela: tú que comes a dos carrillos, y andas tan pronto por breñas de vascos como por plazas de godos, sácanos de una duda. Así te libre Dios de que un bucelario de Munio te agarre por el pescuezo, y te lleve a presencia del obispo...

-De ese garrote, Sempronio, me libra Dios, en efecto, y cierto sello del vicario, tu patrono, quien te daría de azotes o te cortaría la diestra, si te atrevieses a tocarme el pelo de la ropa.

-Ni por pienso. Pero dínos en paz y gracia de Dios, ¿sabes, por ventura, quién es el montañés que acaba de entrar en la plaza?

-Un temible capitán que no debe salir vivo de ella, ¿lo entiendes?, le contestó Pacomio, con gesto avinagrado, que así podía indicar mal humor, como orgullo por sus relaciones con Eudón.

-¿Quién manda en Pamplona: los duques o los ermitaños?, preguntó Gumersindo.

-A ti te manda tu decano, al cual he mandado yo al Dominio para que despierte a Munio y le diga: García Jiménez acaba de entrar en Pamplona con aire de conquistador, y se dirige al Cónclave canonical a conspirar sin duda contra Eudón con el obispo. Vosotros me diréis a la noche las órdenes con que vuelve el jefe de esta puerta. Por si acaso no llegan a tiempo, y queréis evitar un vapuleo; os recomiendo que no os dejéis escapar al señor de Abárzuza y las Amezcuas, vuestro mortal enemigo.

-¿Y por qué no habéis ido vos a ganar las albricias de esa nueva?, repuso el portario, a quien no agradaba recibir órdenes del eremita.

-¡Yo!, exclamó éste con tanta soberbia como despecho: tengo cosas harto más graves en qué pensar; y no puedo perder el tiempo, ni con porteros, ni con vicarios.

Y salió de la ciudad, encaminándose al Occidente, para tomar la vía de las Dos Hermanas.

García entre tanto, sereno y confiado, sin temor de ser conocido, ni menos objeto de recelos y asechanzas, pudo arribar a la basílica, guiado por sus recuerdos, y las noticias que de lo interior de la población solían dar los montañeses que frecuentaban el mercado.

La iglesia y el Cónclave, o casa del prelado, formaban una especie de convento en que residía el obispo con los presbíteros y clérigos servidores del templo, bajo regla o canon común, de donde les vino el nombre de canónigos.

Si no del todo concluido, debió de ser en gran parte edificado el Cónclave por el obispo San Saturnino, quien antes de predicar en Pamplona había dirigido la construcción de la basílica de Tolosa.

La iruniense conservaba todavía la primitiva forma, cuyo tipo fueron los mercados, y hasta cierto punto, las criptas de las catacumbas. Había sufrido, sin embargo, modificaciones que conocerá el lector entendido en la materia, por la ligera descripción que vamos a hacer, necesaria para que se comprendan los sucesos que allí se verificaron.

Un atrio cuadrangular separaba la calle de la fachada, para que el ruido inevitable de los transeúntes no perturbase a los fieles en su piadoso recogimiento. Era el pórtico sencillo, rectangular y de no muy elegantes proporciones; porque ya éstas se habían perdido en la práctica, por más que Vitrubio y Apolodoro las hubiesen fijado en sus libros. Entrando por el frontispicio que daba al Occidente, y que, siguiendo los contornos del tejado, terminaba en triángulo, nos encontramos con un vasto paralelogramo, dividido por columnas y arcos de medio punto en tres naves o compartimentos: el de la derecha para los hombres, el de la izquierda para las mujeres: el de medio quedaba libre, sirviendo para el tránsito y las procesiones. Los penitentes, aunque sin tomar parte en los divinos misterios, podían permanecer en él.

Frente a la puerta, y en el extremo opuesto, veíase el altar mayor, en medio de un ábside de forma semicircular, que remataba en bóveda de cascarón, a modo de concha, por lo cual le daban algunos este nombre. Detrás del altar se hallaba la Cátedra o Sede episcopal, y siguiendo la curva del hemiciclo, había dos órdenes de asientos: el primero y más elevado de los presbíteros, el inferior de los diáconos. El presbiterio estaba separado por una verja del resto de la iglesia. Fuera del ábside, el templo no tenía otra cubierta que los maderos que sustentaban el tejado, formando un ángulo en el medio, según las vertientes del mismo, apoyadas en un cornisamento incompleto, de poco vuelo, sin frisos ni arquitrabes. Algunas ventanas semicirculares, cuyos arcos descansaban en las jambas, daban escasa luz al edificio.

Los capiteles de las columnas pertenecían a diversas épocas y distintos órdenes arquitectónicos: los unos evidentemente romanos, restos de antiguas fábricas, parecían mutilados adrede por el alarife, que de esta manera, o prolongándolos indebidamente, procuraba cierta simetría. Pero no habiendo bastantes para todas las columnas, fuele preciso labrarlos de nuevo, imitando en lo posible a los antiguos: y estas imitaciones, que señalaban una época nueva, se distinguían fácilmente de los modelos, por la timidez de la idea, la ignorancia de las proporciones, y sobre todo, por lo grosero del dibujo. Otro tanto podemos decir del basamento.

Por lo demás, en las paredes y los altares, que no pasaban de tres, notábase el lujo y falta de elegancia que hemos observado hasta aquí en las cosas de los godos. Grande empeño en imitar a los imperiales, y grande impotencia al realizarlo: oro, mármoles y bronce, para suplir con la riqueza de la materia, lo mezquino de la forma.

Con el paso medurado y la circunspección del explorador, apareció García delante del atrio, y al entrar en él, sintió la satisfacción de quien logra poner la planta en terreno propio.

La fachada de la iglesia formaba ángulo recto con el ala meridional del Cónclave, y de este muro brotaba la fuente, en que los fieles se lavaban las manos al llegar al templo.

De tan antigua y piadosa costumbre que, por cierto, iba ya cayendo en desuso, no quiso prescindir nuestro mancebo, en su propia tierra peregrino; y después de haberse enjugado, volvió el rostro a la ciudad, como tendiendo la última mirada para afirmarse en las impresiones que en el tránsito había recogido.

-No cabe la menor duda, exclamó al poco rato: no han llegado aquí todavía las terribles nuevas. Eudón se las guarda en lo profundo de su pecho, y pone en ocultarlas especial cuidado. Por eso ha dejado los bucelarios al otro lado del Ebro, y se ha venido solo y sin escolta a tomar posesión de su ducado. No hay duda, miras particulares tiene sobre Vasconia. ¿Serán las mismas de Pelayo y Teodomiro? ¿Serán las mías, por ventura? Ese hombre sospechoso y lleno de misterios no puede ser amigo nuestro; y no siéndolo, rival será con quien tendré que luchar. ¡Dios mío! ¿Habré llegado tarde? Yo no he podido hacer más: espantado estoy de lo mucho que he andado y del poco descanso que he tenido. Pero tarde o temprano, con resistencia o sin ella, lo que debe ser será.

Con el aguijón de este propósito, tornóse súbitamente hacia la basílica, topándose de manos a boca con un clérigo que salía en dirección del Cónclave.

Trazas tenía de oblató puesto desde niño al servicio del altar, y educado por el obispo. La tonsura y estringe clericales contrastaban con su rostro de adolescente. Tanto la edad, como las llaves que colgadas del cingulo traía, indicaban que no pasaba de ostiario.

Los ministros del templo inspiraban confianza a los montañeses, para afirmar la cual, se esmeraba Marciano en que todo su clero fuese dechado de celo, tacto y mesura.

De la prudencia de monjes y clérigos seculares, godos y romanos en su mayor parte, dependía, en efecto, la conservación y propagación del cristianismo entre gentes enemigas de las razas dominantes y en guerra innata con ellas.

Detúvose García a saludar al ostiario, de quien podía prometerse al menos afabilidad y aun benevolencia.

-Buenos días, hermano, le dijo en vulgar latín: vengo a ver al prelado. ¿Podréis decirme si está celebrando en la basílica?

-No por cierto, le contestó el tonsurado; el obispo madruga más que todo eso. Ha dicho la misa del alba, y se habrá puesto a trabajar en seguida.

-¡A trabajar!

-En sus libros. Mientras no los concluya, andaremos mal para los oficios divinos.

-Temo estorbarle entonces; pero, a la verdad, necesito verle.

-¡Estorbarle! No lo creáis: el obispo saca tiempo para todo, y a vosotros os recibe siempre con cariño.

-¿Reina aquí, por lo visto, completa tranquilidad?

-¿En el Cónclave?

-Y en la ciudad.

-¿Y por qué ha de turbarse? Tenemos ya duque; Pamplona se goza en ser de pocos días acá metrópoli de toda la Cantabria: Eudón nos ha traído buenas noticias de la Bética, y vosotros, por ahora, nos dejáis en paz.

-¿Con que es decir que no hay inconveniente en que yo vea al prelado?

-Ninguno: antes que la vuestra ha tenido ya la visita de la princesa.

-¡De la hija de Ranimiro!, exclamó turbado García.

-Sí, de Amaya, la prima del invicto rey Rodrigo.

-Y esa dama..., ¿está todavía hablando con el obispo?

-No por cierto: ha debido de marcharse hace poco.

-¿A dónde?

-¿En dónde queréis que dama tan principal ande a estas horas? Cuando por aquí no se ve su litera, señal es de que se ha vuelto a cuidar de su padre, todavía convaleciente.

-Está bien, hermano ostiario; voy a ver a Marciano.

Y como García Jiménez se dirigiera hacia el templo, le dijo el clérigo sonriéndose:

-¿A dónde vais, aturdido? Esa es la basílica.

-Lo sé muy bien, hermano, le contestó el vasco esforzándose en parecer sereno; pero antes que entrar en el Cónclave, debo llegarme a la iglesia.

-Pues así que hayáis terminado vuestros rezos, si queréis pasar a ver al obispo sin salir al atrio, tomad la puerta que veréis a la izquierda, cerca del presbiterio.

Cuando el joven montañés cruzó el umbral del pórtico, concluida la primera parte de la misa, llamada de los Catecúmenos, se estaba celebrando la del Sacrificio.

Distribuía en ella la comunión, primero a los presbíteros y diáconos al pie del altar, y luego a los fieles sin distinción, dándose únicamente la preferencia a los caminantes y peregrinos, para que no perdiesen la jornada.

Por haber andado toda la noche y no estar en ayunas, no pudo el vasco recién llegado participar de la sagrada mesa; pero se arrodilló devotamente en la nave de los hombres cerca del presbiterio: y aun en momentos de tanto recogimiento y compostura, llamaba la atención hasta cierto punto, por lo singular del traje, lo característico de sus facciones, y un aire de grandeza que contrastaba con la sencillez y modestia de su vestido de lana, sin oro, bordaduras ni vanos ornamentos.

A juzgar por su exterior y por las palabras que le hemos oído, no son equivocadas todas las noticias que acerca de él se nos han dado. Parece indudable que viene de la Bética. Su prisa es mucha, y no se ha detenido ciertamente en el camino: grandes pensamientos trae, semejantes hasta cierto punto a los del duque de Cantabria; pero al propio tiempo, contrarios a las miras personales del hijo de Pacomio.

Y si bien se considera, la semejanza de sus proyectos no ha de ser mucha. ¿Cómo es posible que piensen de un mismo modo García y Eudón, que obran de manera tan diversa? Quien al llegar acude a la sinagoga, ¿cómo ha de proponerse lo mismo que quien principia arrodillándose en la iglesia? Quien cuenta en primer lugar con su Amaya y su Amagoya, ¿cómo ha de coincidir en nada con quien primero busca a Dios, para conferenciar después con el obispo?

Y ¡cosa admirable y singular!, acaba el vasco de presenciar una de las más espantosas catástrofes que han conocido los siglos; viene solo y cuasi inerte y no se muestra abatido: hállase entre enemigos apercebidos y animosos, acaso con un rival audaz y prepotente; y no parece cobarde ni desalentado.

¿Cómo tornaba a su patria, después de haberse despedido de ella para siempre? Si dejó sus valles por huir de Amaya, ¿por qué entraba ahora en Pamplona, donde Amaya residía?

Pasó no lejos de sus nativos montes, cruzó también delante del palacio de Ranimiro, sin determinarse a ver, ni a sus amigos, ni a su madre. ¿Qué le llevaba a la metrópoli de los vascones godos? ¿Por qué no se acercaba al nido de sus valles, y se metía ciego en la madriguera de sus enemigos?

Grandes motivos debía de tener para obrar así; beneficios señalados que agradecer, y singulares mercedes que pedir a Dios. Y todo lo indicaban aquellos ojos por los cuales quería como escapársele el corazón hacia el altar; aquella fisonomía, en que se revelaba que allí, en la basílica, daba principio santo, a santa, aunque difícil y muy arriesgada empresa.

Por alta que la del joven se nos figure, de hombres era, sin embargo, y de la humana flaqueza tenía que resentirse.

Cuando más endiosado parecía, hubo de recordar la conversación que acababa de tener con el ostiario, y en vez de desechar tan vano y peligroso pensamiento, dejöse llevar por el atractivo de las dulces imágenes que más le sonreían. Distrájose con el recuerdo de Amaya; ocurriósele que muy bien podía haberse equivocado el clérigo de tonsura; que la dama, después de haber hablado con el obispo, habría entrado en el templo y despedido para más tarde la litera; que su bella cautiva de Gastelúzar acaso estaría allí, orando por él, y recibiendo a Dios en aquel momento.

Y efectivamente, una mujer modesta, aunque de ricas telas vestida, humilde en medio de su natural gentileza, desprendida, enajenada de todo cuanto pasaba alrededor de sí, levantóse en aquel instante a recibir la comunión, para lo cual se había alzado el velo.

No cabía duda: aunque García la contemplaba de lejos, no podía confundirla con otra alguna. Su rostro, dulcemente pálido, parecía animado por el místico afán, mil veces comparado al del ciervo sediento, cuando se acerca a la fuente de cristalinas aguas. ¡Era ella! ¡Qué conmoción! ¡Qué trastornos! ¡Qué vuelcos en el corazón del mancebo!

¡Adiós elevación de espíritu, consagración y grandeza de pensamientos, fervor y piedad, adiós! ¡Pobre García! ¿Dónde ha quedado tu religiosa unción, dónde tu edificante recogimiento?

Era Amaya aquella gran señora: y el nombre de Amaya resonaba en las entrañas del enamorado; y Amaya llegaron a repetir sus labios murmurantes, los labios que hasta aquí sólo exhalaban purísimas jaculatorias.

¡Amaya, Amaya!

Ni más recuerdos, ni más amores, ni más delicias ya para García.

En vano cayó luego en la cuenta de su debilidad, y quiso hacerse superior a terrenales pensamientos; en vano apartó los ojos de aquella sirena, que inocentemente y sin saberlo, hacia las sirtes del naufragio le atraía; en vano, cerrando los párpados, pugnaba por desechar la imagen seductora que llenaba el ámbito de su insana fantasía: su pecho, con los esfuerzos mismos del combate, se entumecía, y palpitaba su corazón saltando locamente, y respondiendo: ¡Amaya! cuando invocaba al cielo que así le desamparaba y desoía.

No era cierto. Nunca está Dios más cerca de nosotros que en la hora de la tentación, para acudir si de veras le llamamos, y tendernos la mano en el peligro.

No era cierto. Buscábale el Señor por el camino de la humildad. Cuanto más elevados fuesen sus pensamientos, más baja idea debía de tener de sí, más desconfianza de sus propias fuerzas: quien le humillaba, daba pruebas de que le atendía, no queriendo que lo grande se malograra por lo soberbio, ni que los humos del desvanecimiento oscurecieran la aureola de la santidad.

Y así lo vio García de repente. Desistió de hacerse el héroe, comprendiendo lo que sólo puede comprender un cristiano; los peligros del terrenal heroísmo. No hay otro para el hombre que su propia abnegación: sin ella, todo es vanidad; con ella, el polvo es oro, diamante el barro, sublime lo vulgar.

Vio también lo arriesgado de luchar con insidiosos enemigos; y espantado de la flaqueza de su corazón, escarmentado con sus desmayos y caídas, rechazó lo que sólo de heroico tenía la apariencia, y como un simple mortal, recurrió al camino trillado; sintió la magnanimidad de la cobardía en casos semejantes aconsejada, y optó por la fuga.

Afortunadamente terminaba entonces la comunión general, y sin que pareciese irreverencia, pudo llevar a cabo su propósito.

Se puso en pie, y por breves instantes la majestuosa figura del joven montañés descolló sobre todos los fieles arrodillados; y escondida y silenciosamente quiso desaparecer por la puerta lateral que, según se le había indicado, conducía al claustro.

Nuevo conflicto. Aquella puerta se hallaba a mano izquierda del presbiterio, y si había de salir por ella, tenía que cruzar delante de la nave de las mujeres, es decir, delante de Amaya.

Inmóvil la hija de Ranimiro, y con los ojos, por servirme de la expresión de Lope, «como durmiendo en regalado sueño», parecía extasiada, o por lo menos, embebecida en celestiales pensamientos. Fácil era que no reparase en él. No tanto, que el mancebo pasara cerca de Amaya, sereno, sin causar escándalo a los fieles con su turbación y aturdimiento. Siguiendo los impulsos de su modestia, se deslizó por la nave del tránsito para salir al pórtico, por donde había entrado.

Al dejar la casa del Señor, sin peligro ya de ver a la princesa, volvióse hacia el altar, y cayó de hinojos diciendo:

-¡Dios mío, tu reino sólo y tu justicia!

Y su oración fue oída.

Las misas, vísperas y maitines de los visigodos terminaban con la bendición al pueblo; y en aquel punto, vuelto el celebrante hacia los fieles, les decía:

-Bendígaos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Recogió García aquella bendición, la guardó en lo íntimo de su pecho, y desapareció.

Amaya continuaba de rodillas en medio de sus siervas, y al parecer, nada había observado. Cuando García pasó de la nave de los hombres a la central, aquellas mujeres, menos devotas que su patrona, repararon en él, y una de ellas, sobrecogida y sin poderse contener, exclamó espantada:

-¡García! ¡Es García Jiménez!

La dama se estremeció al oír aquel nombre; pero no volvió el rostro, no levantó siquiera los ojos del suelo, no despegó sus labios ni para reprender el desacato.

La voz de la sierva podía ser irreflexiva; pero Amaya lo sabía bien: era la voz de la verdad.

Cuando la dama, después de la comunión alzó un momento la vista para volver al sitio que antes ocupaba, reparó en García; pero cerró al momento los ojos, y aquel espectáculo inesperado, aquella resurrección maravillosa, si la conmovió por breves instantes, no la impidió gozarse y anegarse en Dios.

Por el alma de García oró en la comunión; por el acierto en su vocación la ofrecía, y en García tenía que pensar al pedir al cielo que la iluminara en la elección de estado; y ni sus preces ni sus imágenes perturbaron su conciencia. Dominio tal sobre sí misma, no se puede explicar humanamente.

¿Por qué en igual situación, la mujer, débil de suyo, se mostraba más fuerte que el hombre, que hasta la sazón tan insignes pruebas de fortaleza había dado?

Las almas piadosas lo adivinarán fácilmente. Amaya acababa de comulgar, y su espíritu, impregnado de celestial fragancia, sentía todo el vigor que infunde en los corazones el pan de los fuertes.

Reconcentrado en Dios su pensamiento, tomó la inesperada aparición de García, por singular aviso del cielo para detenerse al borde mismo de sus resoluciones. Sin llegar a milagrosa resurrección, era un suceso de innegable y especialísima providencia. Y fue tal y tan grande la efusión de su espíritu por la merced que Dios la dispensaba, que su pecho se derretía en agradecimiento, y en su mente se reflejó con toda claridad el generoso pensamiento de García; y quizá llegó a comprender Amaya este pensamiento mejor que quien lo había concebido.

Así debemos suponerlo al verla contemplar con lumbre de gracia sobrenatural, multitud de bienaventurados españoles, godos y romanos, mártires y confesores, que asediaban con súplicas y brazos retemblantes al Dios de misericordia, para que la tuviese de la pobre y asaz castigada España.

Y al frente de esta magnífica cohorte, arrodillada también, estaba la Virgen María, que en carne mortal se había dignado pisar el suelo hispano; la Virgen, cuya Inmaculada Concepción era uno de los grandes misterios que la Iglesia gótica española celebraba, adelantándose a todas las de Europa, desde la mitad del siglo VII.

Y detrás de esta legión de intercesores, pero formando parte de ella, Amaya se figuró ver a su propia madre; a Paula, que alternativamente miraba a su hija y miraba a Dios, prometiéndole, en nombre de ésta, contribuir en proporción y medida de sus fuerzas, a formar un pueblo católico, exclusivamente católico, que se distinguiese particularmente de los demás pueblos, por su inquebrantable fe y devoción filial a María.

Todos estos pensamientos, todas estas visiones celestiales sostuvieron a la dama, de manera que en aquel corazón, realmente enamorado de García, no se encontraba ya rastro ni sombra de terrenales afectos; pues todos ellos estaban como fundidos y transformados en amor divino: que fue uno de los mayores beneficios que pudo entonces dispensarla Dios, en recompensa del profundo respeto que la inspiraba el templo.

Al salir de la iglesia rompióse aquel encanto: la luz del sol, el aire libre, el anchuroso cielo, la ciudad, los azulados, picos de la montaña, que sobre ella descollaban, hicieron descender al mundo el encumbrado espíritu de la princesa, la cual hubiera llorado de gozo, y suspirado ansiosa, a no contenerla su propia dignidad.

Pero este sentimiento, tan propio de las razas conquistadoras, y muy especialmente de los pueblos del Norte, la preservó de toda debilidad delante de sus siervas y libertas, y hasta de reprender allí a la que indeliberadamente; sin duda, había faltado en la casa del Señor, pronunciando en voz alta el nombre de García.

Con silencio que dejó maravillado a su séquito, con la modestia de las vírgenes cristianas y el andar de las diosas de Virgilio, acercóse a la silla de manos que la estaba esperando fuera del atrio, y mandó a su servidumbre que la siguiese.

Pero cuando se vio sola dentro de la silla, corrió las cortinas de labrado cuero, y exclamó completamente abandonada a sus inefables íntimos afectos:

-¡Gracias, Dios mío, por haberle conservado la vida! ¡Gracias porque no he profanado tu casa con lágrimas de terrenal amor! Pero aquí bien puedo decírtelo, ¡Dios mío! ¡le amo de corazón! Aquí bien puedo preguntar: ¿para qué le has traído a Vasconia, para qué nos has juntado en el templo: para imponerme un nuevo sacrificio, o para ayudarle en una santa empresa?

CAPITULO II

De cómo discurre un mozo con el entendimiento, y un venerable anciano con el corazón

Lo primero que vio García al salir de la basílica, fue la silla de manos al pie del atrio, y próxima a la puerta principal del Cónclave, por donde él quería entrar.

Tentaciones tuvo de aguardar a la princesa para informarse de la salud de Ranimiro, de cuya grave enfermedad y propósitos de ratificar los votos de la decalvación tenía noticias; pero tan peligrosa le pareció la entrevista, tan impropia del objeto de su viaje, y tan distante de sus postreras varoniles resoluciones, que se avergonzó del subterfugio, comprendiendo que de razonable y plausible sólo apariencias tenía semejante pensamiento.

Detúvole también otra consideración. Los conductores del vehículo le miraban con notable curiosidad, y hasta con asombro. Supuso que habrían formado parte de los prisioneros de Gastelúzar, en cuyo caso no era de extrañar que hiciesen demostración de haberle conocido; mas no parecía aquella gente la única que a la sazón le estuviera observando con sorpresa, misterio y sospechosos aspavientos. Todos los transeúntes, y particularmente los judíos, se detenían al verle, y hablaban entre sí, como inquietos y recelosos, y le miraban de soslayo ceñudos y amenazadores.

Aunque por decoro y prudencia los caudillos y señores vascos rarísima vez acudían a la plaza enemiga, y menos los que por vecinos y fronterizos podían ser conocidos, harto sabido y notorio entre ellos era, que la presencia de un vasco en el burgo de Pamplona no podía llamar la atención, ni considerarse como espectáculo raro y alarmante. Los godos, por regla general, se holgaban de que los montañeses abasteciesen el mercado, y la utilidad y el interés les hacían prescindir de sus odios y antipatías.

Alguna razón especial debía de motivar fenómeno tan extraño como indubitable. Pero García no podía atribuirlo a causas que le afectaran personalmente. Fuera de los bucelarios y demás servidumbre del prisionero de las Dos Hermanas, él, tanto por su mocedad como por haber vivido en Abárzuza y las Amezcuas entregado al estudio, apenas era conocido de los pamploneses. Por otra parte, tan noble y bizarramente se había portado con los godos, con Pelayo, con el mismo rey, con los príncipes y hasta con los siervos y libertos en Gastelúzar, que nada tenía que temer de los enemigos, entre los cuales había militado voluntariamente.

Acababa de atravesar toda la Península sin el menor tropiezo, recibiendo más bien agasajos y muestras de gratitud, que esquividad y despego: podía en todo evento contar con la protección del obispo y Ranimiro, que a la sazón eran las personas en mayor predicamento de la metrópoli; ¿cómo, pues, se había de imaginar sombra ni amago de peligro?

Pero si ningún temor abrigaba por su parte, tampoco podía dudar de lo que estaba viendo.

Sospechó, pues, que algo ocurría entre los vascos, alguna novedad inesperada y alarmante que infundía pavor o recelos, o que desconcertaba y mortificaba al menos a sus enemigos.

-Tal vez, decía para sí, Teodosio ha sido ya proclamado rey... o se habrá movido contra los godos para asegurar la elección, y remachar las voluntades a golpes de hazañas. De todas maneras, ni aun cuando yo tuviese vagar y presencia de ánimo para esperar a Amaya, el respeto y delicadeza debidos a tan ilustre y virtuosísima doncella, me permitirían sorprenderla aquí y ponerla en espectáculo ante las miradas del vulgo.

Y así diciendo, entró en el Cónclave.

Atravesando el vestíbulo, llegó al claustro o galería del patio principal, donde tuvo la fortuna de tropezar segunda vez en el ostiario, a quien poco antes había hablado cerca de la fuente.

-Amigo mío, le dijo sonriendo: ahora sí que le toca el turno al prelado. Tened la bondad de conducirme a su celda.

El adolescente no le correspondió con la sonrisa.

Con gravedad impropia de sus años y apacible y alegre condición, le contestó:

-¿Venís a refugiaros aquí?

-Pues qué, replicó alarmado el vasco: ¿tengo necesidad de buscar refugio en ninguna parte?

-¿No sois García, dueño y señor de Abárzuza y las Amezcuas?

-Por lo mismo. García Jiménez, enemigo de los godos en el campo de batalla, nada tiene que temer de ellos fuera del combate. Pero ¿de qué me conocéis, hermano ostiario? ¿Quién os ha dicho mi nombre, que al parecer ignorabais hace poco?

-Por toda la ciudad se ha esparcido como un rayo la nueva de vuestro arribo. ¿No venís de la Bética? ¿Qué noticias traéis de allá? Dicen que las vuestras no están muy conformes con las del príncipe Eudón, duque de Cantabria. Suponen que las habéis inventado para derribarlo, y usurparle el gobierno de la provincia.

-Cualesquiera que sean las nuevas que yo tenga, contestó García seriamente, figurándose ya dónde se fraguaba la borrasca; no puedo perder en dároselas el tiempo que necesito para hablar con el obispo. Vamos presto.

El ostiario comprendió, no sólo la indirecta, lo cual ciertamente no era difícil, sino la importancia que llamaríamos histórica de aquella visita, si tratándose de un muchacho, no fuera pedantería recordar que hay fastos y sucesos memorables en el mundo: y con airecillo de personaje, le condujo al piso principal del Cónclave, y llamó a una celda que en nada se distinguía de las demás, y donde a la sazón se hallaba Marciano, muy entretenido en tareas literarias.

Así debemos suponerlo, al verle sentado delante del bufete con un escriño cilíndrico, lleno de pergaminos arrollados en cañas, los cuales representaban sendos volúmenes de la que ya podía llamarse antigüedad. También sobre la mesa había un libro semejante a los que ahora usamos, sino que era de tablas muy sutiles, y servía como de cuaderno para escribir y tomar notas.

Pocas cosas eran entonces tan necesarias como los libros, tanto para la instrucción como para los oficios divinos; pues la falta de obras litúrgicas, y especialmente de misales plenarios, impedía muchas veces la celebración del Santo Sacrificio: pocas ocupaciones más piadosas y recomendables se conocían, que las de libreros o copistas, a las cuales solían dedicarse clérigos, monjes y hasta mujeres devotas.

El venerable prelado hacía escribir los libros sacramentales en la forma que ahora tienen, por los notorios inconvenientes del antiguo sistema de rollos u hojas sueltas; y en el momento en que entró el ostiario, estaba cotejando algunos ejemplares y apuntando las variantes y erratas que advertía.

Cuando el niño oblato, después del *Benedicite*, le anunció la visita de un vasco, Marciano alzó los ojos, como queriendo recordar si había dado cita a montañés alguno; y suspendiendo su trabajo, contestó:

-¡Ah! Sí: que pase adelante. Hoy deben de traerme noticias del día fijado para la boda - añadió cuando desapareció el paje.

Entró García, y arrodillándose a los pies del obispo, le besó la mano.

Era el santo prelado todavía de buena edad; pasaba poco de sesenta años: de mediana estatura, más grueso que delgado, blanco de rostro, bajo de color, aunque no pálido, de ojos dulces y azulados, sonrisa inalterablemente bondadosa, barba poblada, un tanto ondulosa sin llegar a crespas, suavemente rubia, pero ya bastante matizada de canas. Su fisonomía inspiraba siempre veneración, y luego cariño y confianza, además del respeto. Sucesivamente, pero en brevísimo espacio, de santo pasaba a padre, y después, y sin dejar nunca de parecer santo, se convertía en amigo íntimo.

Para inspirar esta confianza, sobre todo a las almas buenas, se permitía algunas inocentes malicias o celadas, que venían a ser como lazos con que ataba y arrastraba hacia sí los corazones.

-¿Venís de Val-de-Goñi, sin duda?, le preguntó el anciano que hacía muchos años ocupaba la Sede iruniense, y conocía personalmente a muchos de sus diocesanos.

-No, padre mío.

-¿De Butrón, tal vez? De lejos debe de ser, porque parecéis agitado.

-¿No os acordáis de mí, santísimo padre?, le contestó el mancebo poniéndose en pie.

-Tengo la memoria flaca y la vista un poco turbia, sobre todo cuando me entrego a la lectura; pero esa voz, ese rostro, no me son desconocidos... ¡Ah! Ya recuerdo. ¡Jesús mil veces! -exclamó de repente, restregándose los ojos-. ¿Sois vos? ¿De dónde venís?

-De la Bética.

-¿Y sois Jimeno, ese famoso Jimeno que ha peleado por la cruz en el ejército de los godos?

-García Jiménez, señor de las Amezcuas.

-¿Pues no decían que habíais muerto en la batalla?

-Caí aturdido de un fuerte golpe en la cabeza, quedé sin sentido en el campo, y allí hubiera muerto pisoteado, deshecho por la caballería enemiga, a no haberme recogido Pelayo, salvándome en su corcel, y llevándome, abrazado en el arzón, a la tienda de Teodomiro. El aturdimiento se me pasó luego, y quise tornar a la pelea; pero ya era tarde: la derrota había sido completa; la ruina del cristiano imperio estaba consumada.

-¿Y es también falso, por ventura, que Rodrigo ha muerto?

-Nadie lo ha visto después de la batalla.

-¿Y Andeca y sus vizcaínos?

-Han caído peleando; han muerto como valientes en el combate.

-¿Y cómo has venido desde allá?

-A pie. Sólo con dos escuderos.

-¿Y no te has detenido en ninguna parte?

-Lo preciso para dormir, cuando me rendía el sueño; pero comía andando.

-¿Y no has pasado por Abárzuza? ¿No has visto a tu madre?

-No, señor. Primero era llegar aquí: primero sois vos en ocasión como ésta.

-¿Ni a Teodosio?

-Tampoco: tenía prisa por veros; necesidad de hablar con vos antes que con nadie. Pero con los escuderos he avisado de mi llegada a mi madre y a Teodosio.

-¿Ni siquiera has entrado a desayunarte en casa de Ranimiro, delante de la cual habrás pasado?

El mancebo se puso colorado como la grana.

-Tampoco: acabo de ver a Amaya en la iglesia; pero ni la he hablado, ni creo que ella haya reparado en mí.

El obispo se le quedó mirando dulcemente, con ternura y complacencia paternales, cuasi con respeto.

No sé cómo se llegó a figurar que le traía algún consuelo: quizá leyó en el corazón del recién venido, palabras que desmentían o atenuaban las que acababan de escaparse de sus labios.

Ello es que Marciano le contemplaba cual nuncio de esperanzas. Los santos tienen admirable delicadeza de sentidos espirituales. Parece que a sus ojos quedan patentes las entrañas, a través de toda corteza corpórea: están dotados de superior discernimiento, y de esa virtud que se llama discreción de espíritus.

-Siéntate, hijo mío, le dijo momentos después. Voy a disponer que te traigan el desayuno. Estarás pasado de necesidad, y no quiero que bajes al triclinio sin haberte oído.

-He tomado en el camino leche y pan, a estilo de vascos, al romper el día. Me sentaré sólo por obedeceros. Tal costumbre traigo de andar, que hasta parece que el ejercicio me está haciendo falta.

-Sin embargo, has entrado aquí como trastornado, y sigues todavía conmovido.

-No es de cansancio, padre. Podéis creerlo, no es por la fatiga.

Y casi se le arrasaron en lágrimas los ojos al decir estas palabras. El obispo, que acababa de oír a Amaya, comprendió cuál era la causa de aquella conmoción y ternura.

-Pues bien, sosiégate, hijo mío, repuso amorosísimo; y cuando te recobres, dime lo que quieras: ya que por departir conmigo no has ido a descansar, una noche al menos, al lado de tu madre.

-Ya veo, dijo García suspirando, que estáis sabedor del terrible golpe que la cristiandad acaba de llevar en España.

-Lo sé yo, lo saben dos o tres personas más; pero lo ignora el resto de los godos irunienses. Nobles y plebeyos, señores y siervos, creen, con hartos peligros de la tranquilidad pública, a mi ver, que las huestes del rey se están coronando de gloria en estos momentos.

-¿Cuántos días hace que Eudón vino a Pamplona?

-¡Ah! ¿Sabes ya la llegada del nuevo duque de Cantabria?

-Sí, padre mío. Por Tudela pasó a mediados de la semana anterior.

-Hoy es cuarta feria, y llegó el sábado por la mañana: cinco días hace.

-¡Y todavía se ignora aquí la tremenda y alevosa puñalada que a fines del pasado mes ha destrozado el pecho de la católica España!

-Lo ignora, en efecto, todo el mundo, con excepción del vicario Munio, de Ranimiro y Amaya. Por estos últimos, y sólo por ellos, ha llegado a mi noticia.

-Pues qué, ¿no ha venido a veros el duque de Cantabria? ¿Ha guardado también con vos la misma reserva que con el vulgo? ¿Os ha tenido en menos que a Ranimiro y su hija, en menos que a Munio?

-No lo creo, le contestó caritativo el prelado; pero no me ha visto aún, ni apenas hemos tenido tiempo de visitarnos. Como acabo de decirte, llegó el sábado, sólo con uno de sus siervos, y se marchó el domingo de madrugada, más solo aún; pues no ha querido que nadie, absolutamente nadie le acompañe.

-¿Y a dónde ha ido? Tengo que verle; tengo que enterarle de las órdenes que acaba de dar el rey.

-¡Órdenes del rey!

-Sí, señor. Ése es uno de los primeros pasos que debo dar: ver a Eudón, e intimarle... Pero antes quería informaros de todo; pediros consejo, amparo y protección.

-¡Pero has dicho que traes órdenes del rey! ¿Será falso que ha muerto nuestro monarca? ¿Vive Rodrigo todavía?, preguntó Marciano, abandonándose a sus esperanzas.

-Si me permitís, padre mío, hablaremos luego de todo eso; y quizá mis noticias, en medio de tanta tribulación, os den algún consuelo. ¿Podéis decirme ahora dónde está el duque?

-Puedo y creo que debo decírtelo, en vista de tus nuevas. Tanto más, cuanto que, si vuelves a tus montañas dentro de poco, habrás de saberlo todo: Eudón está en los valles del Pirineo: ha ido disfrazado de vasco, a ver a la heredera de Aitor.

-¿A la pagana Amagoia? ¿Y solo? ¿Luego conoce el país, luego conoce el idioma!

Y con juvenil viveza se levantó, no pudiendo contener la impaciencia, la inquietud de su ánimo, y añadió sin esperar la respuesta del obispo:

-Santísimo padre, no cabe ya la menor duda: Eudón es Asier, el hijo adoptivo de Amagoia; Eudón ha venido a fundar un reino a gusto de la Adivina. Y eso no puede ser, eso no será; porque ese reino de infieles y ambiciosos sería devorado por el musulmán, como arista por el fuego. ¿No es verdad, padre mío, que puedo yo contar con vos para alzar en los Pirineos un trono cristiano?

-¡Conmigo, García!, exclamó el prelado, grave y aun sereno. ¿Ha muerto, como dice Eudón, o vive, por ventura, como tú lo indicas, Rodrigo, legítimo rey de los godos?

-No lo sé; no creo que haya nadie en el mundo que, a punto fijo y con toda certeza, pueda daros la respuesta. Rodrigo ha caído en el campo de batalla; pero en el campo de batalla tendido quedé yo también. Nadie le ha visto después, nadie ha reconocido su cadáver. Pero no se sabe tampoco que le haya salvado nadie. Cayó: sobre su cuerpo pasaron y repasaron los escuadrones árabes, que dejaron horriblemente trilladas aquellas eras de muertos, de heridos y moribundos. De Rodrigo, no hay más restos conocidos que pedazos

de sus vestiduras, hallados en un lodazal, y su caballo Orelia, que desbocado y furioso corría por los campos. Dios no ha querido que de vuestros monarcas queden ni los huesos.

-¿Cuyas son entonces esas órdenes que traes para Eudón?

-Para Eudón y para todos los godos de Vasconia, padre mío, son órdenes del rey, sucesor de Rodrigo.

El rostro compungido, y casi inverosímilmente severo de Marciano, se iluminó con súbito esplendor.

-¡Bendito sea Dios!, exclamó. ¿Con que Rodrigo tiene sucesor? ¿Con que, digas lo que quieras, el reino de los godos no ha perecido?

-Padre mío, contestó García, no sé cómo explicároslo en breves palabras: no sé cómo hacer para que se me entienda. Padre, los españoles tienen rey, mas no reino.

-Y Pelayo será nuestro monarca. ¿No es cierto?

-No, padre mío: vuestro rey, el rey de godos y romanos, es Teodomiro. Esto, hoy; mañana, dentro de pocas horas, esta misma tarde, por ventura, rey nuestro y vuestro, rey de los vascones y godos de Vasconia, será Teodosio de Goñi, si vos queréis, señor obispo, si aprobáis mi pensamiento.

-Siéntate, García, contestó el prelado: y para que yo lo acabe de comprender, para no perder tiempo, toda vez que según parece en horas, en minutos, negocios tan arduos han de resolverse, explícate con lisura y claridad; dime las cosas por su orden: cuéntame lo que has visto desde tu ausencia de Vasconia. Será lo más sencillo y lo más grave.

Obedeció García, realmente fatigado, y únicamente sostenido por extraña excitación impropia de su carácter: y procurando serenarse, por respeto a la venerable persona a quien iba a dirigir la palabra; con pausa, pero con acento no del todo seguro y reposado, comenzó de semejante manera:

-Hace ya más de tres meses, santísimo padre, que al ver terminada la campaña del nuevo rey de Toledo contra los vascos, y al saber por la carta escrita en hebreo que providencialmente llegó a mi poder, el peligro que amenazaba a nuestra santa religión, contra la cual se habían conjurado moros, árabes y judíos, con ayuda de no pocos traidores cristianos, me propuse defender el estandarte de la cruz contra infieles y renegados; y si el Señor se dignaba aceptar mi sacrificio, derramar por tan santa causa hasta la última gota de mi sangre. No os ocultaré, padre mío, añadió el mancebo con voz algo más sorda y turbada; no quiero disimular que algún otro impulso terrenal e interesable me guiaba: determinóme quizás el deseo de mover a Dios para que salvara la vida, gravemente comprometida a la sazón, de Ranimiro y Amaya, prisioneros en Gastelúzar: llevaba también el pensamiento de hacer ver a los godos que, si en defender la libertad de nuestras montañas éramos tenaces e incorregibles, sabíamos prescindir de la inveterada costumbre de reñir con ellos, poniéndonos a su lado cuando peleaban por la religión verdadera, por Cristo Dios, a quienes unos y otros adorábamos. No fui el único

vasco que adoptó semejante resolución. Acudió también al real de Rodrigo, Andeca, señor de Vizcaya, con buena parte de su mesnada, y en los ocho días que duraron las escaramuzas y la batalla, tanto él como los suyos, hicieron prodigios de valor, pereciendo al fin con gloria el capitán y toda o la mayor parte de sus vizcaínos. A ellos, pues, no a mis hechos de armas en tan míseras jornadas, debo la singular y benévola acogida que me dispensó Teodomiro, duque de la Bética, cuando en su tienda recobré el sentido, perdida ya la batalla, no ciertamente por falta de pericia y bravura del preósito general, sino por sobra de traición y alevosía de algunos infames, y de ceguedad y obstinación del rey.

-Sí, de todo ello estoy enterado, y principalmente de tu ahínco y esfuerzos malogrados por desengañar a Rodrigo.

-De nada, en efecto, sirvieron mis avisos, apoyados en irrecusables testimonios, que Dios había puesto en mis manos. Pero, ¿qué mucho, si fueron también inútiles las súplicas de tan grave y reputado varón como Teodomiro? ¿Le conocéis, por ventura, santísimo padre?

-No; pero mi vicario Unicomalo, que me representó el año 693 en el Concilio de Toledo, vino prendado de Teodomiro y me habló de él como de un joven de extraordinarias dotes y grandes esperanzas.

-Que no ha defraudado seguramente. Pocos años después de la época a que os referís, siendo duque de Aurariola (Orihuela) su patria, deshizo a los griegos de Bizancio que quisieron apoderarse de la provincia. Nombrado luego para la Bética, él solo, con un puñado de hombres, ha sabido resistir a Tarif y Juliano, el traidor conde de Ceuta, dando insignes pruebas de que habría derrotado a Tárik en los campos de Sidonia, con cien mil hombres, quien sólo con dos o tres mil supo tener a raya, por espacio de muchos meses, la audacia del primero. Teodomiro, padre mío, ya de edad madura, pasa por hombre muy leído, peritísimo en letras divinas y humanas y de muy persuasiva elocuencia; pero donde hay que admirarlo, donde produce verdadero asombro, es en los reveses de la fortuna. Para comprender su serenidad e inquebrantable fortaleza de ánimo, menester era verlo, como yo, después de la derrota en que ha desaparecido un reino. Seguían los vencedores cual torrente asolado, adelante, siempre adelante, ciegos instrumentos de la cólera divina, sin hallar reposo en el botín, ni hartura en la devastación. Teodomiro los contemplaba desde lo alto de una roca inaccesible, rodeado de cadáveres en pie, que no otro aspecto tenían sus soldados. «¿Qué hacemos?, nos dijo a Pelayo y a mí; esta gente no para hasta los Pirineos».

-«Si a los Pirineos van, le contesté, tengo que adelantarme a recibirlos».

-«Y yo a mis montañas, añadió Pelayo, después de haberos coronado».

-«Acepto la corona, dijo el duque, que hoy no es de oro, ni de hierro siquiera, sino de espinas: Iros vosotros a vencer; yo me quedo aquí en medio de los sarracenos a ser derrotado una vez y otra vez, hasta asentar mi reino o morir peleando. Pero, amigos míos, el imperio toledano ha concluido para siempre, y de sus ruinas han de salir tantos otros, cuantos caudillos haya que levanten la enseña de la cruz. Vos, Pelayo, seréis en vuestras montañas rey de Asturias; vosotros los vascos, más afortunados que los demás, tenéis en

vuestra inmemorial independencia un reino ya formado. Pero todo será nuevo, todo distinto, todo separado y libre, unido sólo por el pensamiento capital de la reconquista, por Jesucristo y para Jesucristo. Yo, desde Aurariola, vosotros, desde el Norte y Occidente, quien menos se piense, desde Levante; seguiremos ensanchando nuestros dominios hasta que se toquen las fronteras, y en un haz se junten nuestras cruces, y de cien reinos distintos, pero cristianos, torne a formarse la monarquía católica española».

-Y diciendo esto descendió, habló a sus soldados, resucitó aquellos muertos ambulantes, recogió los dispersos y quedó proclamado rey.

-¿Rey de dónde?, preguntó Marciano, que le escuchaba atónito.

-Rey sin reino, rey sin tierra, rey de los vencidos, errante, y sin otra esperanza de territorio que el futuro campo de batalla después de la primera victoria.

-¡Admirable resolución!

-¡Arrojo inconcebible que pone a Teodomiro sobre todos los héroes de la antigüedad! Es rey; pero a estas horas no sabe hacia dónde cae su reino: derecho tiene en todas partes, pero en ninguna un solo palmo de tierra en que poner con seguridad los pies. De derrota en derrota, de dispersión en dispersión, piensa llegar al triunfo: y llegará, porque en los reveses formará los hombres que necesita; en el yunque de la lid, forjará cetro y corona. Pelayo y nosotros podemos contar al menos con una roca, con una cueva, con un desfiladero en que dormir tranquilos una noche siquiera: Teodomiro, acosado por enemigos ebrios de victorias y sedientos de combates, no tiene casa ni piedra en que reposar. Nosotros somos la nube que desde el horizonte se dilata en tempestades: él es la tormenta vertiginosa que recorre llanos y montañas sin saber dónde ha de descargar. Asombrado del valor de Andeca y sus vizcaínos, me dijo después de ser proclamado rey: «Toma, lleva a los godos de Vasconia la orden de unirse a los vascos y de ayudarles a formar el reino independiente que os toca en el reparto. Éste es mi primer decreto como soberano, y será el último en aquella región; porque desde hoy dejo de considerar a los vascos como súbditos, y los abrazo como aliados».

-¿Eso ha dicho?

-Eso, padre mío, y aquí están los títulos y órdenes de que os he hablado; y aquí, grabado en mi corazón, el abrazo que he recibido.

Y así diciendo, sacó García un pergamino sellado con las armas del duque de la Bética, y se lo entregó al obispo.

Este leyó:

«Teodomiro, rey, a Eudón, duque de Cantabria, y a cuantos las presentes leyeren, salud. Todos los súbditos de los antiguos reyes visigodos, duques y condes, señores y siervos, nobles y plebeyos de Vasconia, se someterán a García Jiménez, por otro nombre Jimeno, y le ayudarán a formar el nuevo reino pirenaico contra los musulmanes, enemigos de Cristo». Firmado: «Teodomiro, rey».

-¡Pero de aquí resulta que el rey de Vasconia eres tú!, exclamó el prelado gratamente sorprendido.

-No, padre mío. Nuestro rey no ha de ser nombrado por un extraño, aunque se llame Teodomiro. Los godos, en quien éste manda, tienen que someterse a mí; pero yo tengo que someterme con ellos al rey que elijan los vascos. Sabiendo a ciencia cierta que éste no he de ser yo, rogué a Teodomiro que pusiera el nombre de Teodosio de Goñi en el decreto; pero ni él ni Pelayo han querido alterar nada. «Ésa es cuenta vuestra, han dicho: puede ser elegido Teodosio y puede no serlo: si el electo está imbuido en nuestros pensamientos, le hacéis el homenaje de la Vasconia visigoda, si no, no». Y así me propongo ejecutarlo, padre mío; y por eso, antes que con nadie en el mundo, he debido hablar con vos. Principio cardinal que sientan Teodomiro y Pelayo: ha terminado el reino de Leovigildo: Rodrigo ha sido el último rey de los visigodos.

-¿Lo creéis así?, exclamó afligido el venerable prelado.

-Lo hemos visto claro como la luz del sol en el cielo de la Bética. Estos nuevos invasores de la Península ibérica, dueños son ya de las tres cuartas partes del mundo: su empuje es irresistible, su fanatismo incontrastable. Sólo el Occidente hubiera sido valladar de sus conquistas; pero la traición les ha franqueado las puertas de ese muro. Lo allanarán todo, lo cubrirán todo en breves días como las aguas del diluvio, y no habrá montaña ni altura que no quede cien codos debajo de la inundación. Los obstáculos de la naturaleza, las defensas militares, las fuerzas materiales de nada sirven; la fuerza moral es el único dique salvador. Contra el fanatismo, la fe; contra la mentira, la verdad; contra el alfanje de los bárbaros, la espada de los caballeros, y en último resultado, contra la victoria, el martirio. Nuestra única esperanza es la esperanza de morir: palmas, que no lauros, buscamos por galardón. Se acabaron los godos; no hay más que cristianos perseguidos: en este vasto territorio de iberos y celtas, fenicios y cartagineses, griegos y romanos, hunos, vándalos, suevos y godos, no queda otra casta que la raza de los fieles. Se concluyó el imperio que se extendía desde el África hasta Narbona, y comienzan los reinos que se alzarán donde quiera que se enarbole el estandarte de la cruz, y se extenderán hasta donde llegue la sombra de ese divino estandarte. En busca de una roca donde enclavarlo va Pelayo al Occidente; en busca de un brazo robusto que lo levante, vengo yo a Vasconia, perpetuo asilo de toda santa independencia: y tanto aquel príncipe como yo, dejamos en las campiñas, en las llanuras y páramos del Sur a Teodomiro, sin otras Asturias ni Pirineos que su fe y bizarría. «No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta», dicen los vencedores. «Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera», contestamos los vencidos; y mandará, reinará, vencerá Cristo en España, si nuestros reinos se fundan en él, y sólo por él se dan decretos y batallas.

Y al llegar aquí, García calló como avergonzado de haberse expresado con tal calor ante el obispo; pero éste, que le escuchaba maravillado, sintió que dejase de hablar, y se quedó saboreando sus palabras, y no le contestó. Tan conmovido estaba que no podía articular frase ni vocablo, sin dar a conocer su íntima ternura. Contemplaba con entusiasmo al joven de las Amezcuas, que tan bien sentía y con tal vehemencia expresaba el pensamiento de la reconquista; y con paternal dulzura recomponía en su mente la historia que acababa de oír, colmando ciertas lagunas que había dejado la modestia del narrador. Por Ranimiro y Amaya estaba enterado de lo que acerca del valor de García vino

diciendo el duque de Cantabria, y se complacía en ver cómo había ido esquivando el hablar de ello, atribuyendo al entusiasmo de Teodomiro por Andeca, la benevolencia y respeto con que el nuevo rey miraba a los vascones.

Esto le indujo a sospechar que el silencio del relato se extendía a varios otros puntos, y singularmente a los del decreto de sumisión de los godos, fusión de gentes y acaudillamiento de los pueblos unidos de Vasconia, y juzgó preciso ponerlo en claro.

¿Cómo no, si el santo prelado, dejándose llevar de sus sentimientos, pensando con su corazón, verdaderamente enamorado de García, estaba viendo al hombre predestinado para ejecutar el plan que sin duda con aquellos otros héroes había concebido; toda vez que con tanto fuego lo exponía, y con el ansia de llevarlo a cabo emprendía aquella maravillosa jornada, venciendo, no sólo riesgos y asperezas del camino, sino los encantos y atractivos más peligrosos del corazón?

-Un hombre así, pensaba Marciano, un rey como éste nos hace falta. No conozco a nadie que con él se pueda comparar.

Pero reprimiendo los impulsos que sentía, se contentó con decirle:

-¿Y Pelayo, hijo mío, Pelayo, que conoce bastante a vuestra gente, y Teodomiro, que sin conocerla tiene tanta penetración, no se han fijado en quién puede ser el vasco que coadyuve a la restauración de España?

-Sí, padre mío: se han fijado por fin en Teodosio: y ciertamente no puede ser otro, contestó sencillamente García.

-¿Y en ti? ¿No han pensado en ti?

El mancebo se ruborizó; pero contestó al punto con naturalidad y la más sincera convicción.

-Ésa fue su primera idea, y no era extraño, teniéndome delante, como me tenían, y no conociendo apenas a ningún otro de los nuestros. Pero bien pronto les disuadí de semejante desatino.

-¡Desatino! Me parece impropia la palabra.

-No, padre mío. Teniendo ya Teodosio tan adelantada la jornada, aun dado caso de que fuese yo maduro varón, en vez de inexperto mancebo, ¿cómo queréis que me presentara a disputarle el cetro, para romper la unión y buena armonía, hoy más que nunca necesarias entre nosotros? Ciertamente que Teodosio de Goñi no reúne todavía las condiciones precisas para ser nombrado por general aclamación; pero...

-¿Qué condiciones?

-Las de marido de la hija de Aitor, dijo García con mal seguro acento.

-Hijo mío: si los godos se han de unir a los vascos para formar con ellos un pueblo, y completa y bien avenida nación, esa hija de Aitor no puede ser otra que Amaya, la hija de Ranimiro.

García se inmutó y perdió el color repentinamente.

-¡Oh, padre mío!, exclamó con voz aún más temblorosa y apagada. No extrañéis mi turbación: no es ésta la primera vez que oigo esa especie. Pelayo también se ha explicado así.

-¡Pelayo también!, dijo Marciano, sin disimular su alegría.

-Sí, señor; y no debía de callar este nuevo rasgo de abnegación y heroísmo. Pelayo, indicado por el rey, por su propio padre, por la voz general, y quizá más que por todos, por su corazón, para esposo de la princesa, ha comprendido que Amaya no puede reinar en otra región que en la de Vasconia, de la cual se ha despedido él para siempre. «Cada cual en su patria, me decía: Teodomiro en Aurariola, yo en Asturias...».

-¡Y el señor de Abárzuza y las Amezcuas en los Pirineos!, añadió el prelado. ¿No lo ha dicho así?

-¡Eso, no! Tan cerca de los Pirineos están los valles de Teodosio como los míos.

-Así, pues, prosiguió el prelado, que quería apurar al pobre y enamorado joven, y conocerlo a fondo; si el hijo de Miguel de Goñi es el único rey posible hoy entre vosotros...

-¡El único!

-No faltará quien crea necesario que se case con la primera de las hijas de Aitor.

-Padre mío, contestó García, nueva y más hondamente conmovido: ése es ya un asunto en que no puedo ni debo intervenir.

-¿Por qué?

-Porque sólo a la hija de Ranimiro y al hijo de Goñi les atañe.

-Cierto; pero tú que estás en gran predicamento con esos príncipes; tú que tan amigo eres de Teodosio... Tú que vas a entregar al rey de los vascos la Vasconia conquistada por los godos, debes imponerle condiciones.

-Santísimo padre: mandadme lo más violento y duro; señaladme cualquier otro sacrificio, aunque sea el de mi vida, dijo García; pero éste no puedo aceptarlo. Ese precepto es superior a mis fuerzas.

-No, no es un precepto.

-Una indicación vuestra es precepto para mí. Mas en éste no puedo obedeceros. Y para que lo comprendáis, os diré en breves palabras que amo de todas veras a la hija de Ranimiro. Porque la amaba, tuve que huir de ella hace tres meses, y dejar a mi madre y

mi valle nativo. Éste fue uno de los impulsos que me llevaron al campo de los godos: razón por la cual, Dios, que sólo quiere sacrificios sin mancilla, no aceptó el de mi sangre. Porque la amo, he pasado de largo delante de la casa de Ranimiro sin entrar en ella; porque la amo, he tenido que dejar ha poco la basílica donde estaba Amaya, viniendo a veros todo agitado y conmovido; no por el viaje, como habréis creído, sino por la violenta pasión que me está turbando el pecho. ¿Cómo queréis que yo me presente a esa dama, ni que tome en boca su nombre, para proponer a otro hombre la dicha por que anhelo, y que colmaría la medida de mi corazón? Me venderían mi acento, mi rostro y mis labios balbucientes.

-¡Pobre hijo mío, pobre García!, exclamó el prelado enternecido; eres todavía mejor de lo que pareces, vales más de lo que yo me figuraba. Comprendo tus temores y comprendo tu sacrificio. Si Dios no ha querido aceptar el de tu vida, está siempre dispuesto a recibir el de tu corazón.

-Pues qué, ¿la hija de Ranimiro?...

-Amaya, o más bien, su padre, no consentirá jamás que su hija dé la mano de esposa a ningún vasco, a no ser que éste reconozca en ella los derechos que la corresponden, según las tradiciones del país, como primogénita y cabeza de la familia de Aitor. Quiere Ranimiro que Amaya sea lazo de unión (pues la divina Providencia, humanamente hablando, así parece haberlo ordenado), vínculo perdurable de dos pueblos enemigos. Amaya ha nacido, o para reina de Vasconia, o para esposa de Jesucristo. Y ella, creo que no está muy distante de pensar así. Si la amas, pues, y tratas de hacer rey a Teodosio, principia por la renuncia de tu amor, renuncia tanto más costosa, cuanto que Amaya, creyéndote muerto en la batalla de los godos, ha manifestado a su padre que sentía alguna inclinación hacia ti.

-¡Dios mío, Dios mío!, exclamó García, levantando las manos al cielo: ¿me ama, por ventura? ¡Oh! ¡Esto es demasiado para un hombre tan flaco y miserable como yo! Yo no puedo beber cáliz tan amargo. Yo no puedo con tanto sacrificio. ¡No puedo, padre mío!, repitió esforzando la voz.

-Míralo bien, hijo mío; míralo bien antes de resolverte. Y para que lo hagas con pleno conocimiento de causa, es menester que lo sepas todo: no debo ocultarte nada. Teodosio abriga desfavorables prevenciones contra la princesa; porque quiere casarse con la hija de Lartaun, que para los vascos es la única legítima heredera de Aitormendi.

-Pero es pagana, y Teodosio nunca se casará...

-Teodosio, con la ayuda de Dios, ha conseguido hacerla cristiana.

-¿Amaya de Butrón se ha bautizado?

-Ella, y su padre Lartaun, y su madre Usua, y todos sus deudos y súbditos del solar de Aitorechea.

-¿Y Amagoya?

-Ésa, no; anda por los Pirineos hace días, y gracias a su ausencia, todos los vasallos de Lartaun, que ya se llama Pedro, han podido ser catequizados y recibir el bautismo.

-¡Oh, padre! ¡Dios lo quiere! ¿Quién lo duda? Gran noticia, gran suceso para toda la tierra vascongada. ¡Dios lo quiere! ¿Qué significa mi sacrificio, qué valor tiene la insensata pasión de una pobre criatura, como yo, ante la voluntad manifiesta de su Criador? Padre de mi alma, ¿quién puede ya disputar el cetro a Teodosio? Será elegido rey, no lo dudéis, y lo será por aclamación. Se casará con Amaya...

-Constanza tiene ya por nombre. Y tan adelantadas están las cosas que cuando tú has entrado, he creído que algún mensajero de Teodosio me traía noticias de la boda.

-Yo os aseguro que una vez hecha esa boda, hecho está el reino, y queda mi amigo sin rivales ni competidores. Yo no puedo, no debo, no quiero serlo suyo.

-Rival de Teodosio, no; pero tendrás que ser contrario de Amaya y Ranimiro, los cuales querrán sostener sus derechos a la casa de Aitor.

-¡Oh!, exclamó García con sublime abandono: no lo creáis; en cuanto sepan la orden que traigo, harán un sacrificio más por la cristiandad. Amaya renunciará sus derechos en favor de su prima Constanza, y sólo exigirá que el nombre de su madre quede rehabilitado entre los vascos.

-No lo sé; porque el de Goñi no les parece bien para rey. Y como ellos, lo creemos muchos. Teodosio, al combatir los derechos de la goda, como él se complace en llamarla, ha tenido que mostrarse acérrimo enemigo de todo arreglo y amistad con nuestra gente. Quizás en sus palabras ha ido más allá de sus verdaderos sentimientos, y cual suele suceder, ha exagerado sus antipatías; pero ello es que con Teodosio la unión es imposible.

-Pues si no tenéis los godos otros motivos para oponeros a la elección del hijo de Goñi; si Ranimiro y su hija no presentan otra dificultad, ésa está ya vencida. Tened la bondad de oírme, padre mío.

CAPITULO III

En que el Santo Obispo Marciano se muestra cada vez más prendado de García

Acercó García su taburete al asiento del prelado, como atraído por el imán de paternal mirada, y prosiguió, dando a su voz las más dulces inflexiones de la confianza:

-Al cruzar el Ebro, dejóse Eudón en Tudela los bucelarios que le venían acompañando desde la Bética-. «Son, dijo al conde, priores y seniores de la ciudad, muchos para la rapidez con que tengo que atravesar hasta Ologitum y Pamplona, y pocos para defenderme de emboscadas como la de Ranimiro». Tengo, sin embargo, para mí que no fue ésta la verdadera razón de entrar en Vasconia sin escolta. Vuestro nuevo duque, reverendo padre, ha sido siempre nebuloso, despegado y poco accesible a la amistad con los hombres de valía, que pudieran hacerle sombra; pero en los últimos tiempos, sus misterios y desvíos llegaron hasta infundirnos desconfianza. Vino tarde a la batalla, y se

retiró demasiado presto. Así que la vio perdida, sin despedirse de Pelayo, ni de Teodomiro, sin haberse puesto de acuerdo con nadie, so pretexto de acudir a Cantabria, cuyo mando le había sido encomendado por Rodrigo, emprendió precipitadamente la fuga. Esto nos dio margen a sospechar, no que estaba de acuerdo con los árabes, sino que abrigaba pensamientos ambiciosos sobre el gobierno que con tanto ahínco había solicitado. Si de la piedad y la fe de Eudón hubiésemos tenido la misma seguridad que de su lealtad y gratitud al último monarca, es probable que, a pesar de todo su despego, le habríamos visto satisfechos marchar a fundar un reino en cualquier rincón de su vastísimo territorio. Pero el conde de los Espatharios que le había conocido en la corte toledana, lo tenía por más hombre de Estado que de religión: y ahora veo patente que estos juicios no pecaban de temerarios. Si Eudón es Asier, dudo que esté siquiera bautizado.

-¿En qué te fundas, hijo mío?

-O engaña a los cristianos, o engaña a su madre. Ni con Amagoya se puede contemporizar, ni en cosas de fe caben subterfugios. Sea lo que fuere, bastaron las indicaciones de Pelayo, juntas a nuestro convencimiento de que sólo un vasco podía mandar en esta región, para que Teodomiro firmara ese decreto, quitándole a Eudón el pedazo vascónico de la provincia de Cantabria; y fueron causa también de que me encomendara vigilar los pasos del nuevo duque, y la mayor diligencia en llegar a Pamplona, antes de que se comprometiese de modo que no pudiera fácilmente retroceder. Tales fueron las razones que tuve para entrar en Tudela y tomar informes acerca del personaje, que pocos días antes había pasado por allí. Eudón no quería que en Vasconia se supiese el desastre de Rodrigo, y con este fin dejó su escolta allende el Ebro, encargando la mayor reserva a los bucelarios. Como podéis suponer, la reserva no pudo prolongarse más de breves horas. Diez o quince hombres de semejante condición, acosados de curiosos importunos, comiendo y bebiendo entre ellos, con la imaginación exaltada por las pavorosas y descomunales aventuras de que habían sido actores y testigos, y por la insólita correría del privado fugitivo, no era posible que guardaran el secreto. Eudón contaba sin duda con su debilidad, y por eso mismo, les obligó a permanecer donde la indiscreción le perjudicara menos. Lo que no presumió tal vez fue que la noticia produjera el efecto que yo acabo de ver, y que cruzara tan velozmente de una a otra margen del río. Al oír a los bucelarios de Eudón, creyó el vulgo sentir a lo lejos el relincho de los caballos, el estrépito del galope, el grito de los vencedores, el humo del incendio: y ciego y desatentado trató de huir. ¿Y qué os parece que los clérigos y monjes, los siervos y plebeyos llevaban en sus brazos? No su tesoro, no sus alhajas, no su ropa y ajuar, no; lo primero que se les ocurre poner en salvo es sus queridas imágenes, sus reliquias, los vasos sagrados y ornamentos de las iglesias, para que no sean despojo y escarnio del sacrílego musulmán. Lloraban menos por el hogar que abandonaban, que por los templos convertidos en cuadras, los altares en pesebres, y el monasterio en albergue de paganos y descreídos. ¿Y a dónde acude esa gente afligida, con las santas imágenes al hombro, los cálices y relicarios bajo los brazos, y las albas, casullas y dalmáticas a cuestas? ¿A dónde, padre mío? A tierra de enemigos, a nuestros mismos valles, comprendiendo instintivamente que la desgracia da derecho a la hospitalidad; que la comunión de la fe, borra lindes y fronteras; que ante el peligro que amenaza a la Iglesia nuestra Madre, todos sus hijos tienen que acudir abrazados.

-¿Y qué han hecho los vascos ante esa invasión de los infelices godos?

-Abrazarlos, enjugar sus lágrimas, aliviarlos de la preciosa carga que traían, llevárselos a sus chozas y caseríos, alentarlos, confortarlos. «Aquí no hay miedo, les dicen; aquí estáis seguros; aquí no ha de poner los pies, sino quien doble las rodillas ante el Crucificado». Por eso afirmé que la dificultad que nazca de sentimientos y compromisos anteriores está vencida, hecha la unión por el instinto de los pueblos, ratificada la alianza por los brazos de la fe: que en este momento corren juntas las lágrimas de godos y vascos, y latén con un mismo afán, corazones hasta aquí discordes por el odio y la venganza. ¿Quién puede ya dividirlos? ¿Quién separa esos metales amalgamados por la mano de Dios en el crisol del infortunio? ¡Dios ha dado a Teodosio el aura popular, le ha dado también la hija de Aitor ya convertida; Dios la paz, la conciliación obvia, natural, espontánea, y por añadidura, necesaria de las razas enemigas; Dios quiere que Teodosio sea nuestro rey!

Las razones de García Jiménez no tenían réplica, y sin embargo, no convencieron al obispo; todo lo contrario: cuanto mejor defendía el abogado la causa de su cliente, más inclinaba hacia sí propio el ánimo del juzgador.

Mirábale éste con la inocente codicia de un niño al divisar el objeto que le embelesa, y decía para sí:

-Cuando el Señor da los tronos, no sale al encuentro de quien los busca para sí; sino que los reparte por adehala a quien sólo pide el reino de Dios y su justicia. ¿Quién más desprendido de sí que este mancebo? Nadie siente mejor lo que necesita la patria; y casado con Amaya, nadie tampoco más a propósito para tamaña empresa.

Quedóse un rato pensativo, y le contestó por fin:

-García, ¿quieres seguir mi consejo?

-¿Pues a qué he venido aquí sino a pedíroslo, dócil a vuestra voz de padre y de anciano?

-Las apariencias te dan la razón, prosiguió el prelado; pero no debemos juzgar por ellas, ni empeñarnos en que prevalezcan nuestros juicios; que por sanos y sólidos que nos parezcan, al fin y al cabo son falibles, y aun aventurados y necios, cuanto tratamos de investigar el orden que se reserva la divina Providencia. Siguiendo los sucesos por el camino que llevan, lo probable es que Teodosio llegue a ser rey, como tú deseas; por más que, en mi pobre opinión, le falten condiciones de que yo quisiera verle adornado. Pero nosotros no debemos ir tan lejos; que no hemos de ser juzgados por lo futuro contingente, sino por nuestras obras de cada momento. Obremos con prudencia y rectitud, y dejemos el día de mañana en manos del único que sabe lo que ha de suceder en él. ¿Cuál es tu negocio de hoy? Conseguir que la Vasconia gótica quede sometida a tu voluntad, según lo manda Teodomiro. Pues bien, García, yo por mi parte y en cuanto la potestad eclesiástica se roza con la civil, me someto a la tuya. Y cuenta, que la autoridad episcopal entre los godos, aun en el orden exterior, es muy grande: al obispo llegan en apelación causas meramente civiles para que las resuelva, más que por el espíritu, a veces estrecho y duro de la ley, por el de equidad y caridad. Te diría también que contases con la obediencia y poderoso brazo de Ranimiro, si este insigne prócer no estuviese moralmente incapacitado para todo lo terrenal y político. Estamos solos, García; no podemos ser

menos, ni peor avenidos, añadió el prelado sonriéndose dulce y cariñoso: tú vas por un camino, yo por otro. Mas no por eso debemos desalentarnos: cuando Dios quiere hacer las cosas, parece que se complace en desdeñar el auxilio de los hombres. Unámonos en la divina voluntad. Hora es ya de que bajas al triclinio, y mientras almuerzas, yo me quedaré pidiendo a Dios que nos ilumine.

Y así diciendo, llamó a un clérigo, que acompañó a García al refectorio.

Al verse solo el prelado, se arrodilló delante de un crucifijo, y exclamó:

-¡Dios mío! Si García no ha de ser elegido, haced, Señor, que nuestro futuro rey se parezca a García.

No permaneció mucho tiempo en oración: un cuarto de hora después, sintió en el patio y los claustros grande estrépito de gente armada, que le obligó a levantarse en el momento mismo en que el ostiario abría la puerta, y le decía despavorido:

-Señor, la ciudad está alborotada, y el vicario viene a prender a García.

-¡A prenderlo! ¿Por qué? ¿Qué delito ha cometido?

-Como enemigo de Eudón, y perturbador del pueblo; contestó el clérigo.

-¿Dónde está Munio?, le preguntó Marciano.

-Aquí llega.

-Está bien: avisa a García de lo que pasa.

Y se adelantó el obispo al encuentro del amigo de Eudón.

Venía en traje militar, y armado como si fuese a dar una batalla. Mas no era el cambio de la estringe civil por el escamoso peto de acero, ni el casco y corto caracalla de púrpura lo que más le desfiguraba: la expresión de su rostro le hacía parecer otro hombre distinto del que hasta ahora hemos conocido. El fino y sagaz cortesano, educado en Toledo para tratar con las damas y adivinar el pensamiento de los príncipes, desatento ahora, brusco y receloso, sólo al terror hubiera obedecido, si los celos no le infundiesen el vigor de que su ánimo carecía.

Y el miedo por un lado, y por otro, el deseo de deshacerse de un rival inesperadamente vuelto a la vida, le daban cierto aire de tirano de melodrama, y modales violentísimos y descorteses, que estaban en pugna con sus hábitos de circunspección.

Había dejado su escolta en el patio, y subido al claustro del piso principal con dos bucelarios. Su andar quería ser firme y presuroso como el de persona a todo resuelta; pero se quedaba en atropellado, como el de un hombre aturdido.

-¿Qué es esto?, le dijo Marciano desde el umbral de su celda. ¿Con lanzas y caballos entráis en esta casa, como en la de un enemigo de la república?

Munio se detuvo sin saber qué contestarle: pero con la mirada mostraba hartos deseos de entrar en el aposento del obispo.

-Vengo en busca del alborotador de la ciudad, del enemigo del duque, dijo al fin con labio balbuciente.

Y sin aguardar respuesta, hizo ademán de invadir la celda.

-Pasad, señor vicario. No os detengáis por el respeto que debéis al obispo. De antemano os he concedido permiso de honrar mi pobre morada.

Apenas puso en ella los pies, la registró Munio con la vista, y se volvió al prelado diciéndole:

-¡Cómo! ¿No está aquí García Jiménez?

-¡García Jiménez! ¿Y es ése el alborotador, ése el enemigo a quien perseguís?

-¡Ese mismo! Y como aquí no parece, lo buscaré en otra parte.

-No, señor conde de Pamplona y vicario del duque de Cantabria, repuso Marciano con firmeza, cerrando la puerta del aposento: ya que os habéis dignado honrarme con vuestra visita, que estaba aguardando en vano cinco días ha, tened la bondad de sentaros, y explicarme cómo puede alborotar la ciudad un hombre que acaba de entrar en ella, y no ha visto ni hablado a nadie, absolutamente a nadie más que a mí.

-¡Ah!, exclamó el vicario con cierta satisfacción. ¡Sólo a vos!

-Ni cómo podéis llamar enemigo, prosiguió el obispo desentendiéndose de aquella casi imperceptible interrupción; al insigne joven que por salvar al rey y la monarquía, ha hecho más que todos los godos juntos, quedando tendido como bueno y leal en el campo del combate.

Tampoco Munio supo qué contestarle esta vez, y por decirle algo, le respondió:

-Pues qué, ¿tan ignorante estáis de lo que sucede en el pueblo? Toda la plaza está inundada de vascos, los cuales, sabedores de la muerte de Rodrigo y la pérdida de España, en que se complacen, han esparcido noticias que Eudón ha creído prudente ocultar al vulgo...

-Y a mí.

-El pueblo está alborotado, los judíos en tumulto, pidiendo a voces la muerte de los vascos, y sobre todo la de García, que viene a ponerse al frente de ellos para destronar a Eudón.

-¡Destronarlo! Pues qué, ¿Eudón es rey por ventura?

-No, no lo es; no me explico bien. Pero lo será, expuso Munio con aturdimiento: lo será, si nos hemos de salvar los godos de Vasconia.

-Munio, le dijo el obispo con dulzura: los godos de Vasconia y los del resto de Cantabria, los godos españoles, y los españoles que no son godos, tenemos rey.

-Si eso os ha dicho García, miente; porque Rodrigo ha muerto.

-Cierto: y porque ha muerto el rey, ha sido proclamado Teodomiro.

-¡El duque de la Bética!, exclamó Munio, como quien siente el golpe por donde menos lo esperaba.

-Teodomiro, duque de Aurariola y de la Bética, prepósito general de la hueste, es hoy nuestro rey, y no tenemos otro. Ésas son las noticias alarmantes y sediciosas que trae García, posteriores, sin duda, a las del duque de Cantabria. Y habéis de saber, Munio, que yo como obispo reconozco por rey legítimo a Teodomiro, y estoy dispuesto a fulminar contra quien le sea rebelde, las penas eclesiásticas a que me autorizan los sagrados cánones de los Concilios toledanos. Vos, Munio, no debéis ignorarlas.

El vicario quedó aterrado con la noticia, y el recuerdo que de su conspiración le hacía el obispo; recuerdo embozado, pero oportuno y eficacísimo ciertamente, pues le obligó a deponer su fiereza y apelar a su olvidada mansedumbre.

-¿Pero eso es cierto, padre mío? ¿Nueva tan fausta para los godos la tenáis tan reservada?

-De que es cierta no cabe duda; no sólo porque la ha dado García, sino porque he tenido en mis manos el decreto del nuevo rey disponiendo que Eudón cese en el mando de la Vasconia gótica.

-¡Destituido el duque de Cantabria!

-Destituido, no; Eudón continúa siendo duque de toda la provincia, excepto de esta pequeña región vasconica, sujeta desde ahora al mando de García.

Si de improviso la tierra se hubiese hundido a sus pies, dejándole al borde del abismo, no habría quedado Munio tan espantado.

Resucitado como por encanto su más temible rival, veíale puesto sobre él, sobre su amigo y protector Eudón, sobre todos los godos de Vasconia: y tan natural le parecía ya el enlace del caudillo vasco con la princesa goda, que sin necesidad de su mutua inclinación, la razón de Estado era suficiente para llevarlo a cabo.

Aviváronse las llamas de su odio contra el joven que parecía llegado adrede a Pamplona para arrancarle de cuajo su ventura, dejándolo reducido a la miseria y afrenta del amor propio humillado, y a las amarguras de indeleble desengaño.

Levantóse en ademán de despedida sin contestar al obispo. Pero éste debió de ver en sus ojos el siniestro fulgor de la hoguera que ardía en su pecho, y lo detuvo, diciéndole con paternal inquietud:

-¿A dónde vais, Munio?

-Tenemos la ciudad amotinada, y mi primer deber es apaciguarla.

-Bien está, contestó el prelado, que no podía dar crédito a palabras desmentidas por el sordo zumbido del rencor con que vibraban: como habéis entrado, podéis salir de aquí. Pero tened presente que los vascos, hasta con solicitud llamados a Pamplona por vos y el duque de Cantabria, han sabido las nuevas de la Bética, no por García, sino por los godos de la ribera del Ebro: los cuales, ante el peligro común, deponen sus odios y rencillas, y buscan refugio entre sus antiguos enemigos. La unión está hecha, los deseos del rey Teodomiro se van cumpliendo con facilidad providencial. Si continúa el motín, puede convertirse en rebelión y delito de lesa majestad: y ya sabéis de cuán terribles facultades revisten nuestras leyes a los obispos contra los rebeldes y traidores.

-Padre, repuso Munio, entreabriendo la puerta de la celda: para ser rebelde necesito ante todas cosas que se me notifique el decreto del duque Teodomiro, a quien sólo vos llama rey: necesito que se me presente García; que no huya, ni se esconda de mí.

Y la puerta se abrió entonces de par en par. Sereno, pero con talante de soberano, se presentó el señor de las Amezcuas.

-Aquí me tenéis, le dijo; acabo de saber en este momento que me andabais buscando, y vengo a daros gracias por haberos adelantado a mis deseos. Aquí está también el decreto del rey Teodomiro: yo, en su nombre, y por encargo suyo, os lo notifico.

Y le entregó a Munio el pergamino.

El vicario no tenía serenidad para hacerse cargo de su contenido. Era la primera vez que veía al célebre y temido joven de Abárzuza, a quien tan incautos elogios había tributado cuando lo creía muerto, y el despecho de su propia imprevisión y la rabia de los celos le cegaban. Porque desde el primer instante comprendió que aquel mancebo gallardo y afable, tanto por sus prendas personales, como por su magnanimidad y bizarría, se elevaba a inconmensurable altura, y era digno del amor de la princesa.

Pasó los turbados ojos por el documento, y se lo quiso guardar, quizá maquinalmente; pero García se apoderó del pergamino, diciendo:

-Poco a poco, señor vicario: ese documento es mío.

Munio le contestó, como subyugado, y sin saber lo que se decía:

-¿Y qué me mandáis? ¿Qué tengo yo que hacer?

-Habéis entrado con vuestros bucelarios en el palacio episcopal: ponedlos bajo mis órdenes, y de mi cuenta corre apaciguar el motín.

-Esos bucelarios son siervos míos: como no sois godo, ignoráis leyes y usos de gentes a quienes pretendéis gobernar.

-Precisamente porque estoy bien enterado de la organización y costumbres de los godos, os ruego que bajéis conmigo y los pongáis a mis órdenes; porque si la escolta no hubiera

sido de gentes a quien vos pagáis y mantenéis, yo, antes de subir aquí, hubiera hecho que reconociesen mi autoridad y me obedecieran.

-Pues bien, salgamos, venid conmigo.

García le siguió, y cuando se vieron solos en el claustro, Munio hizo señas a los dos bucelarios que le estaban aguardando, y al tenerlos cerca de sí, les dijo:

-Prended a este hombre.

Los siervos se pusieron uno a la derecha y otro a la izquierda de García, el cual retrocedió un paso, y con la mano en la empuñadura de la espada, contestó al vicario:

-Munio, no hagamos campaña en esta santa casa, que tiene sus libertos y siervos de Iglesia, como parece que ignoráis, aunque sois godo. Idos en paz; pero antes de salir del Cónclave canonical, reflexionad que de vuestra decisión y conducta en la hora presente, depende vuestra suerte el día de mañana.

Y como los bucelarios que le tenían en medio, permanecieran inmóviles, añadió García:

-Acompañad a vuestro patrono: yo no necesito escolta.

Y les volvió tranquilamente la espalda, marchándose por el claustro en dirección de la celda prelacial, desde cuya puerta presenciaba Marciano esta escena.

Munio, cortesano toda su vida y muy avezado a las intrigas políticas, se había detenido un momento rumiando la especie que el joven acababa de lanzar, y en la cual iban envueltas una amenaza y una promesa, si el desenlace de aquel terrible drama era contrario a las miras y esperanzas de Eudón. De sus dudas, de su perplejidad se había aprovechado el vasco para escapar de entre los bucelarios.

Pero obedeciendo el vicario a los compromisos contraídos con el personaje de quien era representante; consecuente al juramento de lealtad que le había hecho, y avergonzado por otra parte, del papel de servidor del rival afortunado, y perpetuo testigo de la ventura que había soñado para sí propio, iba a seguir los impulsos de su despecho, mandando a sus siervos que alcanzaran a García, y se lo trajesen muerto o vivo; cuando le detuvo la voz de una persona para él de sumo respeto, y a la cual ciertamente no esperaba hallar a la sazón en aquel sitio.

Era su víctima: era Ranimiro, que por vez primera después de su larga y terrible enfermedad, salía de casa con los sayales de penitente y la tonsura especial de decalvado: el único que como hombre privado, como conde, como prócer, podría eclipsar a Eudón en Pamplona, y mantenerlo a raya y aun desbaratar sus planes en el caso de que no le pareciesen rectos, claros y limpios; era el hombre a quien Munio, adivinando los más íntimos pensamientos de su impenetrable protector, había inutilizado para todo cargo civil, para toda empresa militar.

Desde que el vicario puso los ojos en Amaya buscando el galardón de tan ruin servicio; desde que cayó en la cuenta de que él, magnate godo, se había ido convirtiendo en siervo del hijo de Amagoya, cada vez que veía a Ranimiro sentía vivos remordimientos de

conciencia y bajaba los ojos avergonzado. El príncipe, transformado en monje; el hombre de Estado, en mudo espectador de tantas catástrofes; el insigne y bizarro capitán, en penitente público, por un godo que se complacía en adular los desconocidos proyectos de personaje tan enigmático como el duque, lo llenaban de confusión. Ciertamente que la decalvación era inevitable, según las costumbres de aquellos tiempos; pero ni la intención del decalvador había sido muy piadosa, ni su conciencia quizás estaba exenta del conato de alevoso crimen en la enfermedad de Ranimiro.

Y para colmo de vileza, se había enamorado de la hija del decalvado, y se atrevía a pensar en ofrecer a Amaya, como único apoyo de su orfandad, la mano misma con que la había dejado huérfana.

No era, pues, extraño que Munio temblara en presencia de Ranimiro.

-¿Qué hacéis aquí?, le dijo éste: estáis corriendo gravísimos peligros. Habéis sembrado vientos y recogéis tempestades. Salid presto: calmad el tumulto si podéis, si ya no llegáis tarde.

-El motín no va contra mí, sino contra ese perturbador, contra García.

-¡García perturbador! ¡García, que ha ido por nuestro bien a la Bética, y que vuelve tal vez herido por salvarnos! No podéis creerlo vos, aunque os lo hayan asegurado, le contestó el penitente.

-Sí, lo creo. Ha llegado esta mañana, y los vascos, que hace meses no parecen por aquí, hoy han invadido el pueblo.

-Porque hasta hoy ignoraban el edicto de Eudón, excitándolos a presentarse como antes.

-Y todos están sabedores de nuestro infortunio.

-¿Y quién tiene la culpa de que se sepa en todas partes, menos en Pamplona?

Cuando el joven vasco, que milagrosamente, y a fuerza de serenidad y grandeza de ánimo, se había escapado de entre los satélites del vicario, sintió la voz de su antiguo amigo, no pudo contener los impulsos del corazón, y se detuvo: volvió el rostro para mirarlo, y al contemplarlo por primera vez tras su larga ausencia, completamente desfigurado por los hábitos, por la tonsura, y sobre todo, por su enfermedad, corrió desalado, compasivo y cariñoso hacia él, sin acordarse de que allí estaba Munio, sin ocurrírsele siquiera que iba a caer nuevamente en las garras de su rival; y abriendo los brazos, un momento después estrechaba al padre de Amaya contra su pecho, exclamando tierno y compungido:

-¡Ranimiro! ¿Por qué habéis salido de casa en ese estado?

-¡Por salvarte!, le contestó el penitente al oído y en voz apenas perceptible.

Y volvió los ojos hacia Munio.

El vicario había desaparecido.

La magnanimidad de García le era insoportable: parecíale ver en ella la sublimidad del desprecio con que su rival le miraba, y descendió al patio, huyendo del hombre a quien más aborrecía, a quien podía asesinar acaso impunemente, y a quien sin embargo, se veía obligado a respetar, por esa oculta fuerza que llevan consigo los rasgos heroicos, sobre todo, cuando se ejecutan con sencillez y naturalidad.

El santo obispo, que había salido a la puerta de su celda resuelto, en caso necesario, a impedir cualquier atropello, sintióse tan dulcemente conmovido al ver abrazados al príncipe godo y al caudillo vasco, que con los ojos enturbiados por lágrimas, entró en su aposento, para que nadie sino Dios fuese testigo de su dulcísimo llanto.

CAPITULO IV

De la falta que cometió Amaya, y del castigo que recibió

La marejada que tan inesperadamente vino a despertar a los pamploneses del sopor en que yacían, ya convertida en tempestad deshecha, iba apretando furiosa contra las puertas del Cónclave canonical.

Pudo el vicario lograr pasajera calma entrando en el convento con ruido y aparato de soldados, y prometiéndole a las turbas, con imprudencia o mala intención, escarmentar al principal culpable; pero cuando los alborotadores le vieron salir sin el caudillo, cuya prisión pedían a gritos, él mismo se vio en peligro de ser atropellado.

El ecónomo, a cuyo cargo estaban el régimen interior y custodia del edificio, había reunido a precaución gran número de ostiarios y siervos de iglesia, con ayuda de los cuales consiguió volver a cerrar las puertas a la salida del último bucelario: Munio se abrió paso con su escolta, engañando a los amotinados con la promesa de tornar con más gente, después de dictar nuevas órdenes para la seguridad de la plaza. Pero así que desapareció para encerrarse en el Dominio, rompió de nuevo la tormenta, negra y atronadora como nunca.

-¡El obispo! ¡Queremos entrar a ver al obispo! ¡Munio nos engaña!, gritaban hombres, mujeres y niños con temerosas voces, agudos chillidos, gesto feroz y ademanes de endemoniados.

-¡Los vascos! ¡Que nos entreguen el caudillo! ¡Mueran los vascos! ¡Muera García!, clamaban otros, cuyo aguileño semblante indicaba la casta semítica de que procedían.

De muro a muro hervía la ciudad a borbotones. Munio a la sazón podía temblar con fundamento, no sólo por la suerte de la metrópoli que le estaba confiada, sino por su propia vida.

Si había encendido las primeras chispas de la hoguera; si acaso llegó a contar con el auxilio del motín contra García, Dios le castigaba presto; porque en aquellos momentos sentía muy en lo vivo cuán peligroso para gobernadores era jugar con fuego de populares.

Munio atribuía el desorden de aquella mañana al caudillo vasco, lo cual, además de falso, resultaba inconcebible y absurdo. No pudiendo sostener semejante calumnia, quiso acusar a los montañeses que llegaron con subversivas noticias del ejército godo.

Al entrar en el mercado, les había faltado el tiempo para preguntar lisa y llanamente qué se sabía allá de la Bética, hablando a cuantos querían oírles y entendían su mal chapurrado latín, de la muerte y derrota de Rodrigo, del pánico de los emigrados de Tudela y otras poblaciones de allende el Ebro.

Tremenda y pavorosa para todos la noticia, debía de producir aún más terrible impresión que en circunstancias ordinarias, por las voces esparcidas después de la entrevista de los nobles con Eudón, acerca de los grandiosos pensamientos del nuevo duque. Cuando se estaba soñando con glorias y triunfos; cuando salían a relucir como flamantes las rancias, aunque nunca desacreditadas frases, de «conquista definitiva», de «último esfuerzo y postrera campana», cruel debía de ser el desengaño.

La imaginación popular fijóse al momento en el doble peligro que amenazaba a Pamplona con la invasión de la morisma y la tenacidad de los vascos: la situación del presidio, hasta la sazón inexpugnable, no podía ser más precaria. El terror fue general.

Faltábale, sin embargo, cierto impulso y dirección, para convertirse en asonada de rebeldes, en tumultuario desorden: necesitábalo aún más para que los amotinados tomasen como grito de rebelión el nombre de García. Pocos le habían visto entrar, ninguno podía atestiguar un acto que infundiera la menor sospecha. Por otra parte, los ánimos estaban más dispuestos en su favor que nunca. Mirábalo el pueblo como suyo; creíalo objeto especial de la merced divina, que de prodigio en prodigio, lo había conducido a salvar a los godos.

¿A quién se debía el vuelco de las cosas? ¿Quién había dado fuego al combustible hacinado, y movido aquellas muchedumbres en son de guerra? ¿Quién inspiraba un odio tan repentino, como ciego y brutal contra García?

Al anochecer del día anterior, momentos antes de que se cerrasen las puertas de la ciudad, entraba en ella el rabino Abraham, no con su disfraz de ermitaño, sino con el sayo y las bragas teutónicas de liberto godo.

Pasó a la aljama sin detenerse, y se hospedó en casa de Respha, donde supo la presentación y coronación de Aser en el sanhedrín judaico. Ni sorprendieron ni halagaron demasiado estas nuevas a Pacomio. Venía asaz preocupado, con agrio gesto y sombrío talante. Si recordamos que dos días atrás había salido de casa de Millán con el exclusivo afán de apoderarse del tesoro, motivos tenemos para sospechar el fracaso de sus criminales tentativas.

Y en efecto, los diamantes y perlas de Aitor no parecían; el viejo israelita cavó, sudó, se desesperó en la cueva por espacio de doce mortales horas, al cabo de las cuales, quedóse rendido, mas no desengañado.

Conocía bien a Eudón; sabía que no obraba de mala fe, y que tampoco Amagoya era capaz de mentir. Pero en las señas, en el nombre del cerro y la caverna podía haber

alguna equivocación, algún olvido. Urgía consultar de nuevo con Aser. Si la boda de Constanza se efectuaba, lo natural era que Teodosio fuese inmediatamente proclamado rey, y que Petronila le entregara el depósito sagrado.

Pacomio no podía perder momento, si había de llevar a cabo el robo que intentaba. Recordando que el envío de un mensajero, portador de cualquier anillo de hierro, indicaba que Eudón hacía indispensable falta en Pamplona, no titubeó en apelar a semejante medio de obligarle a presentarse en la capital.

Calculó muy bien que a la sazón el duque habría salido del valle pirenaico, y que a la llegada del mensajero estaría en Aitormendi o Butrón, desde donde tenía que tardar un día en volver a Pamplona. Con ánimo, pues, de esperarlo y recibirlo, y de enterarse también de los acontecimientos de la invasión sarracénica, se había dirigido a la aljama, donde creía hallar pliegos de los conspiradores judíos y cristianos de Toledo.

Mas no tenía cartas ni avisos de ninguna especie: los astrólogos sectarios, o demasiado entretenidos con el botín, o tal vez avergonzados del triste papel que hacían ante el altivo vencedor (cruel con los leales, pero insolente y desdeñoso con los traidores), no se acordaban del Observatorio de Pamplona, ni se dignaban tener al corriente de los sucesos a personaje tan importante como el rabino Abraham Aben Hezra.

El despecho le hizo desear con más vivas ansias que nunca el codiciado tesoro. Con su posesión quedaba vengado del desdén y del olvido: nada tendría que partir, con quien no contaba ya con él para nada.

Antes de acostarse y descansar breves horas, acompañado del físico Simón Aben Isaac fue también a ver al vicario Munio, a quien halló tranquilo y feliz con una confianza que le pareció estúpida, porque contrastaba con sus temores y desengaños: y al amanecer, devorado por la impaciencia, vestido nuevamente de eremita, salió de la aljama con Simón, sorprendiendo a García cuando éste entraba por la puerta del Sur.

Verle, oírle decir a los centinelas que iba a la basílica, fue para Pacomio gran motivo de alarma; pero como en aquellos momentos nada le importaba tanto como encontrar a Eudón, para interpellarle acerca del tesoro, no quiso detenerse a contrarrestar los planes del joven montañés, dejando este encargo a Munio y los judíos, por medio de Simón y del decano, jefe de los portarios.

La sorpresa y los celos, el temor de perder la amistad de Eudón y la metrópoli del ducado, bastaban para trastornar a Munio y hacerle tomar resoluciones violentas que difundieron el espanto en la población; pero a mayor abundamiento, los moradores de la aljama, excitados por los príncipes de la sinagoga, se derramaron por calles y plazas, propalando los más absurdos rumores contra el señor de las Amezcuas. La noticia de la muerte del rey y de la completa ruina del imperio gótico, tenía consternada a la plebe, privándola de todo discernimiento.

Munio, según antes hemos sospechado, tuvo a gran suerte el alboroto popular, y lejos de pensar en contenerlo, lo fomentó bajo cuerda, esperando que el desenfreno de las turbas le diese por resultado la muerte de García. Después que el atentado se hubiese cometido, pensaba él salir con talante de justiciero a sosegar el motín y castigar a los criminales. De

este modo se lograban sus más vivos deseos, sin cargar con la odiosidad de haberlos ejecutado.

Las cosas, sin embargo, habían ido más allá de lo que Munio necesitaba, sin darle aún la venganza que apetecía. Cuando él, después de disponer que se cerraran las puertas de las murallas, se dirigía al palacio episcopal, en apariencia para acudir en auxilio del prelado, y en realidad para indicar a las turbas el punto a donde debían encaminarse, el temido rival del vicario, el objeto de la ciega saña del gobernador y los desgobernados, estaba tranquilamente almorzando en el triclinio, con un apetito, que si desdice un tanto de su categoría de héroe, no parece impropio de sus pocos años, de su forzado ayuno, y sobre todo, de la vida andariega que por aquellos tiempos traía.

Absorto en sus grandes pensamientos, en el fondo de los cuales siempre brillaba la imagen dulcísima de Amaya, y forzado además por la necesidad imperiosa de satisfacer el hambre que sentía, comía como un navarro y callaba como un filósofo, sin reparar en el asombro que producían su tranquilidad y su apetito a los clérigos que, de cuando en cuando, entraban en el comedor para conocerle, y a los mismos criados que le servían.

Había terminado ya el almuerzo, cuando se dejó sentir el estrépito de los caballos que batían el resonante casco en el pavimento granítico del patio.

Aquel extraño ruido, tan impropio del pacífico recinto canonical, le distrajo bruscamente de sus gratas y espléndidas imaginaciones, obligándole a preguntar la causa del insólito aparato militar.

El ostiario, conocido nuestro, que descendía del aposento prelacial, llegó a tiempo de informarle de cuanto ocurría, avisándole de que Munio le buscaba para prenderlo; por lo cual era preciso que se escondiera.

García creyó por el contrario que, en ausencia del duque, lo regular era presentarse francamente al vicario, y enterarlo de las órdenes del rey Teodomiro.

Ya sabe el lector como escapó García de esta imprudencia, que estuvo a punto de costarle cara. Pero en los cálculos de aquel mancebo, no entraba nunca por nada el miedo de perder la vida. Érale tan natural el valor, que ni siquiera comprendía el mérito que generalmente se daba a la serenidad y arrojo ante el peligro.

Sólo Ranimiro le hizo entender lo inútil de su bizarría, y la necesidad de abandonar aquella casa, no tanto por su propia salvación, como por evitar conflictos al prelado y graves atropellos tal vez a los imbeles habitantes del Cónclave canonical.

-García, le dijo el decalvado: tienes que salir de aquí.

-¿Por qué?

-Porque las turbas amotinadas están a las puertas del edificio, y piden a voces tu cabeza.

-¿Y para qué la quieren?, contestó el mancebo sonriéndose. Tranquilizaos, Ranimiro, yo me presentaré a esas buenas gentes, les diré que tienen un rey que se llama Teodomiro,

duque de la Bética, el cual acaba de conferirme el mando de la parte de Vasconia que habéis conquistado.

-¡A ti, García!, exclamó el penitente con verdadero asombro.

-A mí; porque vos, con esos hábitos y tonsura, no lo hubierais admitido. Aquí traigo el decreto: se lo leeré al pueblo como se lo he leído al vicario.

-Imposible por ahora, García. Ni los amotinados te entenderán, ni te querrán oír. Si te ven, se arrojan como lobos sobre ti; te embisten ciegos, y te arrastran. Como lleguen a saber que traes esa orden, verán en ella la prueba de las miras ambiciosas que te suponen. Los godos sucumbiremos a los vascos: pero, créeme, nos costará trabajo el sucumbir. Las turbas invadirán el Cónclave; ya están rompiendo las puertas. ¿Oyes esos golpes? Piensa en el obispo, piensa en los ancianos sacerdotes que aquí se albergan.

-¿Y por dónde queréis que salga?

-García, estás sitiado: tanto a la puerta principal, como a la del templo, las turbas te aguardan impacientes. La ciudad está cerrada; tu gente dentro, expuesta a perecer.

-¡Mis vascos!, exclamó el caudillo fuera de sí. Ranimiro, saldré por donde pueda y como quiera.

-Eso es lo que venía a proponerte. Debajo de aquella ventana está aguardándote una silla de manos. Oculto en ella irás seguro a mi casa.

-¿A vuestra casa? ¡Eso no!, replicó García: ¡iré al lado de mis vascos!

-Los vascos estarán allí. Les he mandado a decir que mi palacio, por de pronto, les servirá de asilo. Los godos me respetan: la gente plebeya adora a mi hija. Para cubrir las apariencias, para mayor seguridad, Amaya ha salido públicamente en esa misma silla, y se habrá vuelto a pie con sus siervas, por sitio retirado. Cierra las cortinas, y puedes atravesar sin riesgo por toda la ciudad: la gentes creerán que mi hija va dentro de ese mueble que sólo ella usa.

García no quiso saber más.

Todo estaba previsto, y dado lo crítico de aquel trance, todo bien dispuesto y admirablemente ordenado. En los detalles de semejante plan de salvación, el joven adivinó la delicada mano de la mujer querida.

Con pasos agigantados se adelantó hacia la ventana indicada por Ranimiro, la cual estaba al extremo de una crujía que formaba ángulo recto con el claustro de la celda episcopal.

Asomóse García, y una ojeada le bastó para hacerse cargo de todo. La ventana daba a calle angosta y solitaria, detrás de la fachada principal del Cónclave: al pie le estaba esperando, en efecto, la silla de manos, con los conductores correspondientes, que debían ser escogidos entre los siervos de mayor confianza, según el significativo gesto que hicieron al ver al mancebo, por cuya tardanza parecían impacientes. También midió

García con la mirada la altura de la ventana, y mandó por señas a los siervos que arrimaran el vehículo a la pared.

Mas ¡ay! también notó que las cortinas de cuero labrado, echadas a prevención, se movían discretamente; y ya no fue dueño de sí. Su corazón principió a dar saltos, su memoria quedó desvanecida, su fantasía se descarrió de todo lo presente, perdiéndose rauda y lozana por el vago campo de las ilusiones.

Entre tanto, el penitente había tenido tiempo de llegar y desceñirse una cuerda de cáñamo que llevaba como cingulo de su burda túnica; pero García, descolgándose del antepecho, sin aguardar el auxilio de la soga llena de nudos que le echó Ranimiro, se dejó caer suavemente sobre la silla, y de allí saltó fácilmente al suelo.

Era ya hora. Según el estruendo que se sentía en el patio, los amotinados habían roto la puerta, dispuestos a derramarse por todo el edificio. En medio de la gritería ronca y desaforada, percibíase la voz del obispo, que se esforzaba por contener a los desalmados, ebrios de ira, y quizá del vino que Munio y los israelitas les habían proporcionado.

Pero Marciano, que no los quería engañar, Marciano, que ignoraba la fuga de García, se veía muy apurado para impedir que los revoltosos se abalanzaran por claustros, ánditos y celdas contra el caudillo vasco, de cuya sangre parecían sedientos.

Fue preciso que el príncipe decalvado acudiera en ayuda del obispo. Tiró a la calle la inútil cuerda que le habría acusado como cómplice el fugitivo, y bajó al patio.

Dejémoslo allí por ahora, y vamos a ver lo que sucedió en la calle o ronda, felizmente despoblada, que daba al Norte. Formábanla por un lado la fachada posterior del Cónclave, y por otro, la muralla,alzada sobre un precipicio. En todo aquel largo y solitario trecho no había ni viviendas, ni transeúntes, ni centinelas.

Con la cuerda de Ranimiro y el auxilio de los siervos, fácilmente hubiera podido García arrojar al campo y escapar de la ciudad, donde tan insana y despiadadamente se le perseguía; pero ni se le ocurrió siquiera semejante pensamiento, ni de egoísmo y ruindad era jamás tentado.

Sólo pensaba entonces en salvar a los vascos a riesgo de muerte comprometidos: y hablando en puridad, ni de vascos ni de nadie en el mundo se acordaba entonces.

Así que puso los pies en tierra, alzó la cortina de la silla, y se quedó trémulo y deslumbrado.

Estaba dentro Amaya con dos siervas, pálida y acongojada, puestas entrambas manos en los ojos, sin atreverse a mirar al joven desde el momento en que le vio descolgarse de la ventana. Sintió el ruido de sus pies, el tenue crujir del cielo de la litera, el estrépito del salto al pavimento, y se estremeció creyendo que García se había estrellado.

Cuando el mancebo la vio en aquel estado, no fue dueño de sí, y exclamó con un acento cuyas vibraciones eran dardos de amor que traspasaron las entrañas de la dama:

-¡Amaya! ¡Amaya de mi vida!

-¡García! ¡García!, contestóle la princesa: y le tendió la mano, sin saber tampoco lo que hacía, sin disimular su gozo, ni el intenso y purísimo fuego en que ardía su noble corazón.

Y ni uno ni otro se dijeron más.

¿Ni qué más tenían que decirse?

El rubor, la alegría y la mirada de los amantes lo expresaban todo.

Solamente añadió Amaya: -¡Bendito sea Dios! -como pesarosa de que no hubiera sido ésta su exclamación primera.

El idioma instintivamente escogido por entrambos era el vascongado. ¿Cómo no? Desde aquel punto se había consagrado Amaya al país de su madre.

Al acabar de proferir su exclamación postrera, le faltó tiempo para salir del vehículo por la portezuela opuesta, adelantándose a las siervas, para no quedar ni un momento sola delante del joven; y cuando se vio en la calle, le dijo:

-Entrad presto.

Y mientras salían las siervas por un lado, pasó García por el otro.

No estaba a la sazón el mancebo ni para replicar, ni para hacer observaciones. Entró, obedeció como un niño, ocupó el asiento de Amaya, ebrio de felicidad, gozándose con amar y ser amado. No cabía la menor duda: el acento de la dama goda iba acompañado de mirada tan expresiva, tan pura y diáfana que permitía ver el fondo de un amor inconmensurable para todo el mundo menos para García, que en su corazón tenía la medida del amor de la princesa.

-Cuidad de llevar siempre echadas las cortinas: si llegan a veros, peligra vuestra vida, le dijo Amaya.

-Pues si mi vida está en peligro, y no os vuelvo a ver, Amaya, no os diré que os amo, porque ya lo sabéis: sólo sí que os amo para Dios y la escualerría. ¡Amaya! ¡Vos y yo! ¡Dios y los vascos!

La dama no le contestó, volvió su rostro para que no lo viese García; dejó caer su velo para que tampoco pudiesen verla los siervos, y con voz apenas perceptible, dijo a los conductores de la silla:

-A casa.

Alguna otra advertencia quería hacerles; pero no podía articular una sílaba más, sin dar a conocer la conmoción, la zozobra, la dicha, la pasión de que estaba poseída, y confió el resto a la divina Providencia. Jamás se había sentido tan agitada: no había en su corazón un átomo tranquilo y sosegado.

Los siervos echaron a andar con aire acompasado y vivo, con un paso que hoy llamaríamos gimnástico, y desaparecieron al punto por una travesía que, por el interior de la población, acortaba la vuelta de la ronda.

Cuando Amaya los perdió de vista, apoyóse contra la pared del convento, y con los brazos caídos y las manos cruzadas, al través de su manto, se quedó mirando al cielo.

Apenas podía sostenerse en pie, y no quería apelar al auxilio de las siervas, ante las cuales se avergonzaba y trataba de ocultar su debilidad.

¡Ay! Más hubiera querido esconderse a los ojos de su propia conciencia.

¿Qué acababa de hacer? Se había detenido algunos instantes al pie de la ventana, contra lo indicado por su padre: considerándose sin valor, sin fuerzas para resistir a la tentación, no pudo, no quiso abandonar la calle antes de ver en salvo a García: y después de esta flaqueza, incurría en la de haber dado a conocer, o más bien, confesado su amor con mudas voces al joven de las Amezcuas.

Dos jueces tenía de su conducta; su padre en la tierra, Dios en los cielos. Ni uno ni otro condenaban la inclinación que sentía: segura estaba de ello, sobre todo, después de haber oído aquella mañana al santo obispo Marciano; pero esto no disculpaba la debilidad de haber aguardado algunos momentos a García dando ocasión a que el joven le manifestara terminantemente su amor, y a que ella, con arranques harto expresivos en aquella situación, le correspondiera.

Declaración semejante, era por su parte irreflexiva. Amaya había visto a García cariñoso y apasionado, mas no tan olvidado como ella de sus deberes. En medio de su amor, delante de su amada, el joven caudillo tuvo presente a Dios y la patria. Pero ella ¿no había prescindido de todo, al faltar a lo dispuesto por su padre? ¿Se acordó siquiera de que había godos ni vascos, guerras ni paces en el mundo, cuando se asomó García a la ventana, y se arrojó a la calle, y sano y salvo levantó la cortinilla del labrado cuero? ¿Pensaba en nadie más que en él, cuando le vio vivo, ileso y ágil como siempre, y más gallardo y enamorado que nunca?

Bien pronto comenzó a recibir el castigo de sus faltas; pero castigo tremendo.

Haciendo un esfuerzo sobre sí misma, cubierta con su manto, a pesar del sol canicular, se dirigió hacia la parte meridional del burgo, buscando, no la sombra, sino las calles más silenciosas. No tenía que detenerse mucho en la elección; porque la ciudad, por aquel lado, parecía a la sazón un cementerio. Ya hemos dicho que el continente de la dama era apuesto y majestuoso como el de Juno; pero en aquellos momentos su andar pasaba de vivo, para ser comparado al de la diosa. Las siervas que la seguían, y que nada tenían de deidades, sudaban y trasudaban, permítenme la expresión, por no quedarse atrás de su gentil y muy impaciente señora.

Al llegar a una calle que daba a la basílica por la mano izquierda, sintióse bocanada de espantosa vocería y confuso tropel. El ruido era lejano; pero resonaba con pavor en el silencio de aquel barrio. Quedóse Amaya inmóvil como una estatua, escuchando lo que la daba miedo de oír, y fascinada y sin fuerzas para dejar de escuchar. Palpitábale violento

el corazón, presintiendo alguna terrible desgracia. De repente, por las revueltas de la calle, que nada tenía de recta y bien alineada, desembocaron en pelotón mujeres desgreñadas como furias, chiquillos también despeluznados:

-¡Huid, señora huid!, exclamaron con descomunales voces.

La princesa ignoraba que de garganta humana pudieran salir tales acentos.

-¿Qué esto? ¿Qué gritería es esa?, preguntó.

-¡Los vascos que nos cercan y asaltan la ciudad, para degollarnos como carneros!, dijo una de aquellas Euménides.

-¡Este rato nos degüellan!, repuso un rapazuelo tan travieso como andrajoso: nosotros somos los que no vamos a dejar con vida a ningún vasco.

-Ahora mismo llevan uno de ellos por la calle arriba, arrastrado con una soga al pescuezo.

Amaya, que estaba como petrificada de terror, hubo de acordarse entonces de la cuerda que había arrojado su padre, y que los siervos habían recogido y echado dentro de la silla de manos.

-¡Con una cuerda!, repitió casi maquinalmente.

-Y llena de nudos de trecho en trecho; yo lo he visto, dijo el rapaz, muy satisfecho de aparecer como testigo ocular del trágico suceso ante señora tan principal.

-¿Y qué señas tiene ese vasco?, preguntó Amaya, alzando ya el manto sin ningún reparo, y descubriendo el rostro, pálido como la cera y desencajado por la angustia del corazón.

-Vestido de negro, como todos ellos.

-¿Joven?

-Arrogante mozo.

-¿Alto?

-Como una torre.

-¿Moreno?

-Como el pan de los pobres.

El chico por lo visto no estaba por contradecir a una princesa. Parecía, al contrario, que se complacía en acrecentar su horror, no por malignidad de corazón, sino en interés del cuento. Nadie sabe lo que influye la dramática en el relato y transmisión de las malas noticias.

Pero una de las Furias, que aunque Furia, era mujer, hizo callar al chico diciendo:

-¿Qué sabes tú, arrapiezo del diablo? ¿Quién puede decir si es joven o viejo, feo o guapo, si llevaba ya la cara hecha una carnicería?

-Vamos a verlo, dijo Amaya a las siervas. Me arrastrarán a mí también.

Mujeres y chicos se alejaron gritando, muy ufanos del efecto que sus nuevas habían producido, y deseosos de repetir la escena en otro encuentro tan afortunado como éste.

No bien había dado algunos pasos, retrocedió la dama: ciertos sentimientos que nunca asaltan en vano el alma de una mujer, la obligaban a desistir de su primer propósito. Era capaz de dar la vida por García; mas no de exponerse inútilmente a los insultos y atropellos de turbas desalmadas cuya muestra acababa de ver.

-A casa, volando a casa, tornó a decir a las siervas.

Una de ellas le advirtió, para consolarla, que García llevaba distinta dirección que la del sitio probable del asesinato: otra le dijo que los siervos de la silla de manos, según encargo de Ranimiro, debían tomar la ronda del muro, que abrasada a la sazón por el sol del mediodía, se hallaba sin más vivientes que las moscas.

Las palabras de aquellas buenas mujeres caían sobre el corazón de la princesa, como plácida lluvia sobre sediento prado. Pero las escuchaba andando, corriendo cuanto le permitía el decoro, sin compasión de las pobres viejas que no estaban enamoradas, ni en edad siquiera de pensar en Alcides vascos ni godos.

Por fin, doblaron una esquina, y vieron la casa romana que por el Sur daba a la sierra, y por el Oriente a la calle; por fin, llegaron al pórtico, Amaya la primera, y subieron las tres gradas de mármol pirenaico que conducían al vestíbulo.

Esperaba encontrar allí la silla, a Ranimiro quizás, a García, a la servidumbre de la casa: pero no vio a nadie: reinaba espantosa soledad. Pasó el primer patio: nadie tampoco. Aquello parecía un palacio encantado.

Comenzó entonces a llamar, a dar voces, y saliendo del segundo patio, se le presentó el liberto principal con algunas siervas que acudían a los gritos de la dama.

-¿Y García? ¿Dónde está García?, les preguntó. ¿No ha venido el huésped vascongado a quien estábamos esperando?

El liberto movió triste y negativamente la cabeza.

-¿Y la litera?

-¿No la habéis traído vos?, le contestó una de las siervas.

Aquella pregunta le hizo comprender toda la verdad de su horrible situación.

Ni su padre, ni García, ni la silla, ni los vascos: no había en aquella casa la menor noticia de nada ni de nadie. Casi todos los siervos, en la ausencia de los amos, andaban a la husma del motín.

Tantos y tan tremendos golpes eran para abatir el ánimo más esforzado; pero Amaya, en semejantes ocasiones, se mostraba varonil, y comprendiendo que en aquellos momentos de prueba necesitaba hacer frente al infortunio, se esforzaba por dominar el terror y desaliento.

Las fuerzas físicas le faltaban, sin embargo: el calor, la precipitación con que había venido, el manto, y sobre todo, el sobresalto, la tenían como si acabara de salir de larga enfermedad y no pudiera sostenerse en pie.

Sentóse en el jardín: dispuso que las siervas salieran en busca de los que estaban fuera, y cuando se vio sola, pensando en las faltas que había cometido, y reconociendo la justicia del castigo que estaba sufriendo, como no tenía regazo de madre donde reclinar la frente y llorar arrepentida, se quitó el brazaletes y lo besó una y mil veces con hondos sollozos.

Aquella joya, como recordará el lector, ostentaba por principal adorno la imagen de la cruz.

El corazón de Amaya pasaba de la memoria de Paula al amor de Jesús y de María, saltando, por decirlo así, de madre en madre.

-¡Perdón!, decía: yo reconozco mi culpa; y si es la voluntad de Dios que renuncie este amor, dispuesta estoy al sacrificio. Pero, ¡salvadlo, Virgen purísima! ¡Salvad a García! Él es inocente: yo soy la culpable. ¡Caiga sobre mí sola la pena que yo sola merezco!

CAPITULO V

En que todo da vueltas, menos la veleta

«Pasión no quita conocimiento», dice un refrán, que rara vez ha podido aplicarse con tanta oportunidad, como después de las razones que acabamos de oír a la princesa.

Enamorada hacía mucho tiempo de García, lo amaba ya con toda su alma. Creyéndolo mártir por la fe, se había abandonado sin reparo ni temor a su pasión, y ningún empacho tuvo en confesársela a su padre y al venerable obispo. El idealismo y la santidad del objeto amado, parece que cubrían con manto de armiños y azucenas la inevitable escoria de aquel oro purísimo y bien acrisolado.

Sin violencia ni esfuerzo, el ave enemiga de rastrero vuelo tendió sus alas a las regiones etéreas, pasando con natural arranque, del amor del bienaventurado, al amor del Sumo Bien y último fin de toda bienaventuranza, al deseo de consagrarse enteramente a Dios por vida de perfección, para unirse en espíritu al hombre a quien creía muerto en defensa de la cruz, con la abnegación del cristiano y la bravura del caballero.

El prudentísimo varón que dirigía su conciencia, procuró, sin embargo, moderar los ímpetus de aquella alma apasionada, cuyo extravío era fácil, si la dejaba revolar a su antojo por los espacios de la imaginativa.

Ni escucharla quiso cuando le significó la idea de ligarse desde luego, y bajo la primera impresión de la muerte de García, con votos o prometimientos de encerrarse en el claustro.

-Los silbos del Pastor divino, la dijo, son dulces y delicados, y no se perciben ni saborean bien, sino en la calma de la noche serena. Todavía sentís el aturdimiento de los tumultos del día, y mientras no lleguen horas de silencio, no distinguiréis con claridad hacia dónde os llaman las voces del Señor.

El momento solemne y decisivo, la hora del místico silencio había llegado en la basílica, y en esa hora fue precisamente cuando se presentó García como bajado del cielo. Amaya no dudó ya de su verdadera vocación. Antes que el caudillo de las Amezcuas la dijese: «Vos y yo, para Dios y los vascos», ella se había dicho a sí propia: «García y yo, para restaurar la monarquía cristiana y la memoria de mi madre».

Y con este pensamiento por escudo, y los peligros del vasco por acicate, la pasión de la hija de Ranimiro en breves instantes había recorrido el campo de la idealidad, y salvado todos los obstáculos imaginables. Con la ayuda de Dios y el amor indudable ya de aquel joven, esperaba Amaya desvanecer los escrúpulos de su padre, las antipatías de Amagoia, la rivalidad de Teodosio, el rencor de los linajes, y aun la misma arremetida por de pronto irresistible, de los bárbaros africanos.

Ilusión podría ser todo ello, sutilezas y disculpas acaso del afecto a que se entregaba; pero la conciencia de Amaya no se adormecía al abrigo de semejantes pensamientos. Recta, severa consigo misma, no se perdonaba la menor falta.

Quizás exageraba un poco la que había cometido, midiéndola por la fuerza del golpe que con admirable resignación estaba sobrellevando.

¡Qué angustia la suya! ¡Qué incertidumbre!

Había ido a casa creyendo salir de dudas y quebrantos, y en su casa se le aumentaban. Sola estaba, desamparada, sin su padre, sin García, sin noticia de los vascos perseguidos, sin criados apenas de que disponer: y en tanto su padre y el obispo dentro del Cónclave amenazado, y García acosado por el motín, García, único objeto de la saña popular, cruzando la ciudad hirviente en tumultos, quizás descubierto, quizás arrastrado por las calles, con el mismo cordel que Ranimiro había llevado para salvarlo.

¿Qué hacía la infeliz en aquel trance?

Con la firmeza y elevación de su carácter, todo menos perder el tiempo en vanas lágrimas y gemidos. ¿Qué hacía? Dominarse, y superior a su duelo, llamar a los siervos de quien esperaba noticias de lo ocurrido, encomendarse a Dios, comenzando por reconocer sus propias faltas, implorar perdón de todas ellas, y aceptar humildemente el castigo, dispuesta a satisfacer a la divina justicia con todo linaje de sacrificios.

Estaba deseando ver a su padre para confesarle su yerro, para decirle: «He sido débil; heme detenido contra vuestra voluntad, a ver a García; os he desobedecido». ¡Ay! Pero

con mayores ansias, con más inquietud lo esperaba para saber lo que sucedía, para recibir alguna indicación de que no peligraba la vida de su amante.

Aun después de repetidos actos de conformidad y resignación, los momentos se la hacían siglos. Sobreponiéndose a su postración física, se levantó, fue de ventana en ventana, de puerta en puerta, a ver y escuchar lo que desde casa se percibía; y aterrada por el silencio y soledad de aquellos alrededores, pasó al vestíbulo, con ánimo de salir otra vez a la calle en compañía del anciano liberto Isidoro, su ecónomo y mayordomo, cuando al fin quiso Dios que principiaran a volver los siervos que habían desamparado el palacio en ausencia de los señores.

-¿Qué nuevas traéis? ¿Qué ocurre en la ciudad?, les preguntó la dama, sin darse por entendida de la falta que acababan de cometer.

Los siervos, sin embargo, comenzaban dando explicaciones que la excusaran o la atenuaran por lo menos.

-Nada de eso me importa ahora, les dijo Amaya, atajándoles en sus disculpas: sólo quiero saber lo que hayáis visto, y si no habéis visto nada, quiero saber lo que se dice, lo que os han contado.

Bien pronto se convenció la infeliz de que por semejante medio, ni lograba salir de confusiones ni averiguar la verdad. Todo era cuentos, o minuciosos relatos de cosas que ella mejor que nadie conocía.

Dijéronla que los árabes habían entrado en Tudela y principiaban a cruzar el Ebro; que los vascos descendían por cerros y laderas circunvecinas a sitiar a Pamplona, para entregársela a los musulmanes; y que con este designio se habían introducido en la plaza, llevando ocultas las armas en costales de trigo y haces de leña.

-Pero, ¿vive García?, preguntaba la dama, queriendo oír lo que deseaba, aun de labios que tan neciamente mentían. -¿Qué sabéis del capitán de las Amezcuas? ¿Qué de un vasco a quien las turbas han asesinado? ¿Quién puede darme alguna noticia de mi silla de manos?

-Señora, contestó una de las siervas que la habían acompañado al palacio episcopal: de eso, yo os puedo decir algo, aunque poco bueno.

-¡Tú, Alodia!

-Yo, sí, señora. A pesar del cansancio y del bochorno, viéndoos en ese estado... Vamos... no me sufría el corazón quedarme aquí mano sobre mano. Sabiendo que la silla debía de venir por la ronda, he salido a su encuentro, y por fin la he visto.

-¿Y viene, viene a casa?

-La he visto hecha pedazos y ceniza. ¡Lástima de mueble! Ya está quemado, repuso Alodia, única racional criatura entre aquel enjambre de noticieros, que sólo decían desatinos.

-¿Y García?, le preguntó la princesa harto inmutada, sin embargo del sobrehumano esfuerzo que hacía para disimular su turbación.

-Nada se sabe de él.

-Pero, ¿qué dicen los conductores? ¿Dónde andan los siervos encargados de la silla?

-Tampoco se sabe de ellos: también han desaparecido.

-¿Y dónde están los restos de ese mueble? ¿Dónde los has encontrado? ¿Quién lo ha destruido?

-En la ronda estaba ardiendo, no lejos de aquí, cuasi enfrente de la puerta del muro por donde se baja al río.

-¿Y estás segura de que esa silla es la de casa?

-Segurísima, patrona, segurísima. Todavía humeaban algunas tablas, y se dejaban conocer por el oro y las labores.

-¿Y quién las ha quemado?

-Los portarios y vigilantes de las torres de ese mismo portal.

-Alodia, pues entonces ellos mejor que nadie sabrán qué ha sido de García y de los siervos.

-Señora, no he querido volver a casa sin averiguarlo.

-Mujer, habla de una vez, y di sin ningún reparo lo que sepas.

-Cuando los bucelarios de Munio que custodian la puerta, vieron venir la silla de mano, salieron en tumulto creyendo que traían algún magnate, herido de gravedad, o muerto... Por ventura, temieron que fuese Ranimiro, vuestro padre. Hoy no sé lo que pasa en la ciudad, ni qué vientos corren por ella: todo se convierte en barullo, todo en sustancia contra los vascos. Los bucelarios salieron alborotando: al sentir el tropel y los gritos, los siervos temieron por su vida, dejaron la silla en el suelo, y apretaron a correr a la población.

-¿Y el caballero que iba dentro?

-Cuando llegaron los de la guardia, no había nadie.

-¡Nadie!

-Ni un alma; la silla estaba completamente desocupada.

-¿También huyó con los siervos el vasco a quien conducían?

-No, patrona: la silla venía de vacío.

-¡De vacío! Mirad bien lo que decís, Alodia. Reflexionad lo que eso significa, después del atentado que nos han referido esta mañana.

-Señora, que no venía nadie, debe de ser positivo. Los bucelarios sólo vieron huir a los conductores, a quien conocieron. Cuando se hallaron chasqueados, la emprendieron a golpes con el mueble. En un día de tanto desorden, parece como que tenían que hacer algo malo y fuera de lo regular... El cuerpo les pedía jarana y desacato; y golpe va, golpe viene, acabaron por destrozarlo y quemarlo todo.

-¡Dios mío! ¡Dios mío!

-No os apuréis, señora, añadió compasiva la sierva; que en medio de tan malas nuevas, aún os puedo dar una... vamos, algo satisfactoria.

-Dámela, y pide en albricias lo que quieras.

-¿Os acordáis de la cuerda que el señor arrojó por la ventana?

-Sí, los siervos la echaron dentro, sin duda para que no llamase la atención. Tenía nudos de trecho en trecho.

-Cierto: yo también lo reparé. Pues bien, la cuerda estaba ardiendo con los tizones. Todavía llegué a ver algún pedazo, y la conocí: no se me había despintado.

-Entonces el vasco arrastrado por las calles, no debe de ser García, exclamó la dama comenzando a respirar.

-O por lo menos, García no ha sido arrastrado con esa cuerda.

-Entonces, tampoco es cierto que el caudillo vasco se ha descolgado por la muralla abajo, con una sogá que le dieron con ese objeto; exclamó uno de los recién llegados, terciando en la conversación con la licencia que daban de sí las de aquel tremendo día.

-¿Quién dice eso?, preguntó Amaya, de nuevo alarmada por un peligro imaginario, cuando realmente tantos otros motivos tenía de fundado temor.

-Patrona, no le hagáis caso, contestó a la sazón otro criado, que también acababa de entrar, y andaba buscando modo y manera de que le perdonaran la tardanza. En eso de la fuga de García, lo cierto y claro como el sol que nos alumbrá, lo que se sabe al fin -y aun por saberlo y averiguarlo me he detenido un poco-, es un prodigio estupendo, una cosa que parecería mentira, si no estuviéramos en tiempos nunca vistos hasta lo presente.

-Decidlo, pero no contéis paparruchas; le advirtió el liberto ecónomo; pues la señora, aunque con los ojos indicaba deseos de oír, no podía con la conmoción abrir siquiera los labios.

-¡Paparruchas, Isidoro! ¡Paparruchas un hombre como yo!, dijo el siervo con cierta gravedad, que hubiera hecho reír en trance menos apurado. Señora, dicen que García, encontrándose de sopetón con un paisano y amigo a quien los alborotadores llevaban arrastrando, tuvo tal miedo...

-¡Miedo, García!, exclamó la dama, interrumpiéndole casi ofendida.

-Eso es lo que yo repliqué; ¡miedo García, que acaba de perecer como un héroe en esa batalla de la Bética, donde, ni para contarle, ha quedado vivo ningún cristiano! Mas luego lo explicaron, y dijeron que no era miedo, sino aviso de Dios, que preparaba un grandísimo milagro. Fuese temor o corazonada, ello es que huyó espantado, y corría como un gamo; de tal modo, que los sabuesos que le seguían, no pudieron darle alcance. Y hallándose entre la espada de los sabuesos y la pared del muro, porque todas las puertas de la ciudad están cerradas, trepó a las almenas, y puesto de pie sobre la más alta: ¡pataplum!, se arrojó al foso. Yo lo vi sano y salvo tomar el camino de las Dos Hermanas.

-A quien tú has visto, o podido ver, dijo a la sazón una de las siervas, a las cuales parece que se había refugiado el sentido común de los domésticos, es a Joziz Aben Joseph, judío de Aquitania, que disfrazado de vasco salió por la puerta, con un salvoconducto del vicario, y portador, según se supone, de mensajes para el duque de Cantabria, dándole cuenta del alboroto.

La dama se retiró.

Del trastorno de la ciudad se resentía hasta el palacio mismo del príncipe decalvado. Aquellas escenas violentísimas y terribles para el corazón de Amaya, eran además irregulares, y contrastaban con los hábitos de dignidad y decoro que en la casa constantemente reinaban.

A pesar de lo singular y extraordinario de los acontecimientos, que motivaban y en cierto modo requerían la familiaridad de los siervos con su señora, ésta se sentía como humillada de verse en aquel sitio, y en la necesidad de tolerar lenguaje, cada vez menos respetuoso, que en trance menos fuerte no hubiera consentido.

Bastaba ya: la naturaleza eminentemente patricia de la hija de Aitor y nieta de reyes de Toledo, se sublevaba contra aquella precisión de oír disparates de ínfimo orden, sin poder averiguar la verdad.

No esperando ya nada de sus sirvientes, ni pudiendo permanecer un punto más en tan angustioso estado, llamó al ecónomo, y le dijo:

-Isidoro, no he querido que salieses tú de casa, porque estaba esperando la llegada de mi padre, de García y de los vascos. Pero nos haces falta, en otra parte: ve inmediatamente y tráeme noticias, noticias ciertas acerca de ellos. Sepa yo al menos si García es muerto o vivo; qué es de él y de los vascos, y en dónde está mi pobre padre. Ve, Isidoro; lleva contigo la gente que te inspire más confianza, y por Dios te lo ruego, vuelve volando.

El liberto se lo prometió, y la princesa se fue a las habitaciones que daban vista a la calle o la ronda, con ánimo de observar lo que pasaba fuera.

Pero no bien hubo desaparecido, tornó a salir despavorida.

Resonaba la calle con formidable estruendo de gentes, armas y voces. Sintieronse de pronto clamores ininteligibles, semejantes al mugido del ábrego en las selvas durante las noches del invierno.

Al propio tiempo, retumbó el palacio con temeroso estrépito, seco y estallante como el del trueno, cuando la nube que nos envuelve deja caer el rayo a nuestros pies.

Los amotinados se dirigían contra la casa de Ranimiro: las puertas de la casa se cerraron de golpe por los siervos que se hallaban en el vestíbulo, cuando el ecónomo iba a lanzarse a la calle.

Y detrás del ruido de las puertas, el de las ventanas, que como por arte mágico también se cerraban fragorosas, por manos de las siervas aturdidas y guiadas del instinto de salvación.

-¿Qué es eso?, gritó Amaya saliendo otra vez al vestíbulo.

-¡El motín! ¡El motín contra nosotros!, contestaron todos con la hueca voz del miedo.

Y temblaban, y balbucían, y daban diente con diente.

-Es un pelotón de gente alborotada, añadió Isidoro, quien por dicha tenía alguna más serenidad: no pasaran de treinta. Traen armas y chuzos, y parecen demonios del infierno.

-Abrid la puerta, repuso Amaya: serán los vascos que vienen a refugiarse aquí.

-No son los vascos, señora: los he visto bien; estaba ya en el umbral del pórtico cuando aparecían. Vienen de lo interior de la ciudad... armados, flechados contra esta casa... ¿Oís? Ya están aquí.

La dama se detuvo a reflexionar algunos instantes.

Toda resistencia era inútil. La casa aislada por sus cuatro costados, las ventanas bajas y muchas, poca la gente de armas tomar, y sin jefe ni persona de autoridad y respeto que dirigiera la defensa.

A menos de un socorro inesperado, inverosímil, dado el desorden y confusión de la ciudad, el palacio tenía que sucumbir y arder, y la sangre que pudiera costar la lucha, sólo serviría para exacerbar al vencedor y dar pretexto a los excesos y horrores consiguientes al asalto. Imposible de toda imposibilidad que Amaya consintiera un momento en exponerse a sí propia, y a todas aquellas mujeres que llorosas la rodeaban, al furor y barbarie de turbas ebrias y desenfrenadas que entraran a saco, llevándolo todo a sangre y fuego, con la ceguera de la venganza y los fueros y desmanes de la conquista.

No siendo posible resistir, lo más prudente y hasta lo más hábil era mostrar confianza, ganar poco a poco la voluntad de la muchedumbre, haciendo de la necesidad virtud. Y en medio de todo, no le pareció la empresa temeraria.

Amaya no sólo era querida, sino estimadísima y respetada en el pueblo. La dignidad, el renombre y prestigio de su padre se reflejaban en ella, que por cierto, tenía asaz con su bondad y virtud para brillar con resplandores propios.

Por otra parte, debía aceptar las cosas tal cual las disponía y ordenaba el cielo. No era lo mismo ir ella por su voluntad, quizá por impulsos de su pasión al encuentro de los

amotinados, como antes quiso, que presentarse a ellos cuando no los buscaba, cuando, acaso por ocultos designios, se los mandaba la Providencia.

Esta reflexión era capital: Amaya no seguía su capricho, ni su voluntad siquiera, fuese o no juiciosa y recta, sino la voluntad de Dios, lanzándose por el único rumbo que la razón le mostraba.

Y al decidirse a tomarlo, se acordó de la sangre que corría por sus venas, de su dignidad de primogénita de la casa de Aitor, de hija de Ranimiro y nieta de Recesvinto, y desterró de su corazón todo miedo, y de su rostro y continente toda apariencia de bajeza y cobardía.

-Hija de reyes y con misteriosos llamamientos al trono, decía para sí, ni faltaré a mi vocación, ni a mi linaje. Ciegos vienen: yo les arrancaré la venda de los ojos, y verán cómo triunfa una mujer, o cómo muere una princesa.

La dama, en efecto, estaba completamente transformada desde que vio a García de regreso de la Bética. Lo que antes vislumbraba con inciertos y vagos contornos, ahora lo veía claro, distinto y vigorosamente trazado. Ella había nacido para García, y García para emprender con ella la restauración del cristiano imperio, que acababa de hundirse en los campos de Algeciras y Sidonia.

Pero, ¿existía ya el joven caudillo a quien creía tan altamente predestinado?

Esa era su principal, su más angustiosa duda, y de ella se imaginó también que podía salir al fin, acercándose a los amotinados.

-¡Abridles!, dijo a los siervos: pero que no entren todos. Adviérteles, Isidoro, que yo recibiré tan sólo a dos o tres. Los espero en el jardín.

-¿Y si quieren veros todos? ¿Y si invaden en tropel? ¿Quién es capaz de contener a chusma tan desalmada? ¿Qué será de vos, si se desatan sin Dios ni ley, como salteadores? ¿Qué responderé a vuestro padre cuando me pregunte por su hija, si por ventura quedo con vida para contarlo?

Y cómo en apoyo de las razones del ecónomo, comenzaron a sonar hachazos descomunales a la atrancada puerta, acompañados de voces contra los vascos.

-Abrid presto, dijo Amaya a los siervos con valor asombroso.

Y acercándose al liberto, añadió:

-Para defender la casa somos pocos y nos falta un hombre. Vale más ser confiados. ¡Esperanza en Dios! ¡Abrid!

Y con fe viva y entrañable amor, acercó a los labios el medallón del brazalete.

A tan repetidas órdenes, las puertas del palacio se abrieron de par en par.

Momentos de terrible ansiedad eran aquellos.

Inundóse el zaguán de luz que no iluminaba más que rostros macilentos y consternados.

Hacía un calor canicular y bochorno que encendía la sangre y enervaba el cuerpo. Día espantoso de calma irritante en la atmósfera, y desencadenamiento y ebullición de malas pasiones en la población.

Ni un soplo de aire, ni un punto de reposo y tranquilidad. El cielo, ni azul, ni nublado: no lucía el sol con esplendor; pero lanzaba dardos de fuego con verdadera saña.

Era una escena dantesca: dentro del vestíbulo el terror de los condenados en los primeros momentos de su eternidad; fuera, los espíritus infernales asomados a las puertas que jamás traspasan ni el amor ni la esperanza, y dispuestos a comenzar con los recién llegados el oficio de verdugos.

¡Qué rostros tan pálidos, polvorientos y sudosos! ¡Qué dientes de tigres entre labios denegridos! ¡Qué miradas de gentes sin conciencia, medio espantadas, sin embargo, por el remordimiento! ¡Cargadas de crímenes y buscando en nuevos crímenes el alivio de su carga! ¡Qué hervor en el pecho y qué sequedad en las fauces! ¡Qué aullidos de lobos, y al propio tiempo, que súbito miedo de corderos! Armas, harapos, desnudez, cabellos erizados... ¡Espectáculo horrible, sobre todo, para los ojos de Amaya!

La dama se había retirado un poco para no ser vista: pero observando que todos los suyos vacilaban, y que nadie tenía aliento para proferir una sola palabra, no quiso que se prolongara situación tan peligrosa, de la cual dependía quizá su propia vida, la suerte de su casa y de la ciudad entera.

Adelantóse, pues, determinada, pero tranquila, grave y majestuosa.

La palidez, las huellas de tanto pesar habían desaparecido súbitamente de su semblante. Parecía más hermosa que nunca.

-¿A qué venís?, les dijo con aquel acento que ablandaba las rocas y amansaba las fieras.

Nadie le contestó.

-¿Qué queréis, amigos míos?, prosiguió. ¿Qué pedís? ¿Qué necesitáis?

-¡Agua!, contestaron los más próximos al umbral. ¡Agua y vino!, repitieron los de atrás: estamos muertos de sed y no nos dejan salir al río.

Efectivamente, debían de estar sedientos. Parecían tigres jadeantes, con lengua que oscilaba fuera de las fauces abiertas y espumosas. Ni en los arenales de la Libia abrasa más el sol, ni se crían más espantosas alimañas.

-¡Pobrecillos! Entrad, entrad todos. Aquí en el zaguán hará menos calor. Isidoro, que les saquen agua y refrescos, y pan, de todo lo que haya en casa.

-No tenemos hambre, sino sed. Nos han dado licores endemoniados, y no sabemos lo que nos pasa.

-¡Infelices!, exclamó la princesa con sincerísima compasión. Tenéis sed, y aplacada la sed, tendréis hambre. Que les traigan de todo, que les den hasta mi comida. Y ahora, dos de vosotros venid conmigo al jardín. Me contaréis lo que sucede en la ciudad. No os digo que vengáis todos, porque aquí estáis bien.

-Muy bien patrona, muy bien. Nos han engañado, nos han dicho que aquí se ocultaban los vascos.

-Y sin querer estropearéis mis plantas y mis flores, prosiguió la dama desentendiéndose de aquella última especie.

-Estamos aquí como en la gloria. Que vayan dos...

-Braulio y Tulga, que son los más leídos.

-¡Y Habacuc Aben Jacob!, añadió un mozo que parecía de la aljama.

-No, contestó con firmeza la hija de Ranimiro: quiero entenderme sólo con cristianos: ni vosotros ni yo tenemos nada que ver con los judíos. Que coman, que beban, que les den cuanto les haga falta; pero que no se mezclen en cosas nuestras.

En poco estuvo que no estallara de nuevo la tempestad. Pero la supo conjurar con valor y energía la princesa.

-¿Qué murmuráis? ¿Qué tenéis que decir? ¿De cuándo acá los judíos se quieren sobreponer a los cristianos? No: mucho hemos descendido los godos, pero todavía no nos rebajaremos a tanto.

-Señora, contestó refunfuñando Habacuc; venimos a buscar a la gente de García; y contra rebeldes y enemigos, lo mismo sirve el cuchillo del israelita que la espada del nazareno.

-¿Qué decís? ¿Qué lenguaje es ése en esta casa delante de mí, delante de gente bautizada? Salid de aquí, dejad esta morada, indigno como sois de permanecer un instante más en ella. Salid, si no caéis de hinojos y pedís perdón a todos los cristianos aquí presentes, del agravio que nos acabáis de hacer, no dándonos el nombre de fieles hijos de Cristo, nuestro Dios, a quien habéis crucificado. Salid, e id diciendo a todo el mundo que yo he ido al Cónclave con intención de salvar a García, y que los vascos no están aquí, porque no han querido aceptar la hospitalidad con que en pago de la suya les hemos brindado. Decid que los godos, ni en valor ni en generosidad nos dejamos vencer de nadie. A García yo misma le he prestado mi silla de manos; pero ésta ha sido quemada, no por vosotros, que sois pamploneses y me conocéis, sino por los bucelarios de Munio. Decís bien; os han engañado, os han mentado miserablemente; García no es rebelde: es un bravo defensor de nuestra santa fe, y por el estandarte de la cruz pelea, que la enarboleen godos o vascos. Como ese joven, han acudido a la batalla contra los sarracenos cien y cien de esos a quien hasta ahora llamábamos enemigos. García, el primero, ha dado aviso al rey de la traición que se estaba preparando. ¡Ojalá que el monarca le hubiera atendido! ¡Ojalá que no le hubiese menospreciado! ¡Otra sería hoy nuestra suerte, la suerte de España y de la cristiandad entera! ¿Y sabéis quiénes han sido los principales traidores? Ésos, los judíos. ¿Y queréis confesar quién os induce hoy contra García? Esos, los judíos. ¿Y queréis que

os diga por qué? No: vuestra conciencia os lo está diciendo y repitiendo, y no os dará paz hasta que confeséis y reparéis el mal que por involuntario error habéis hecho.

-Tiene razón la princesa, exclamaron algunos.

-¡Sí, sí! Tenéis razón; nos han engañado.

-¡Cierto!, tornó a decir Amaya, que comprendía el partido que podía sacar de aquella gente, y no trató de dejar a medio concluir su trabajo: cierto, los enemigos de Cristo ven en García el mayor y más temible enemigo de los invasores; quien persiga a los defensores de la cruz, corre con los clavos y el martillo a crucificar a Jesús por el pecado. ¿Qué habéis hecho? ¿Qué estáis haciendo, infelices? ¿A quién queréis condenar? ¿A los judíos o los cristianos?

-¡A Barrabás! ¡A Barrabás! ¡Fuera los judíos! ¡Mueran los traidores!

El triunfo de Amaya era completo; la vuelta de las turbas, quedaba terminada.

Nada más fácil, cuando se trata de muchedumbres, y sobre todo, de vascones amotinados. Su misma impetuosidad, su horror a la traición, los hace suspicaces, recelosos, muchas veces en menoscabo de la prudencia, de la justicia y hasta de la sensatez.

Y al horror de la traición se juntaban, en la ocasión presente, la fuerza de la verdad, el respeto y simpatías que inspiraba mujer tan buena como hermosa.

Amaya lo comprendió, y teniendo ya por suyos a los rebeldes, hízose cargo del deber de dirigirlos que sobre ella pesaba.

-Comed ahora, les dijo, bebed y descansad. Estáis en vuestra casa, en casa de Ranimiro, de regia estirpe, de raza de leales y valientes. Aquí no se miente jamás, ni se engaña a nadie; ni mi padre ni yo hemos tenido miedo nunca a nada, sino a la ruindad y a la mentira. Y ahora me confío y abandono a vosotros, como si fuerais mis propios siervos. Aquí no están los vascos ni García; nada sabemos de ellos, y nos hallamos inquietos por su suerte. Sacadnos de la incertidumbre: hablad con la verdad y lisura, aunque sea en contra vuestra: ¿qué habéis hecho de García?

Era oportuna la pregunta: los hebreos que venían en aquel pelotón de revoltosos, dirigiéndolos contra la casa del antiguo tiufado, se habían escurrido y deslizado poco a poco hacia la calle; por manera que a la sazón no quedaban en el vestíbulo más que cristianos.

Si Amaya hubiese querido, aquellos siervos poco antes acaudillados por Habacuc, secretamente movido por Respha, se habrían revuelto contra sus mismos cabezas y aun contra la judería entera.

Pero es bien seguro de que a nuestra heroína, ni aun en momentos en que todo en torno estaba abrasado por el furor y la venganza, se le ocurrió siquiera abusar del imperio que sobre aquellos ciegos infelices ejercía. Sólo anhelaba por tener noticias del caudillo vasco. La idea de que hubiese perecido a manos quizá de los mismos que estaban allí

comiendo y bebiendo, le horrorizaba. Pero a costa de su vida, aunque la verdad le hubiese de hacer pedazos el corazón, quería averiguar lo ocurrido.

Por eso les preguntó por García, apenas vio que toda aquella gente estaba subyugada.

Nadie le contestó, sin embargo. Mirábase los unos a los otros, consultándose recíprocamente con la mirada, o quien había de contestar, o qué era lo que contestar debían.

-Que hable uno, cualquiera, con tal de que no mienta ni disimule la verdad. ¡Tú!, añadió de pronto Amaya, dirigiéndose a un anciano, en quien se fijó por parecerle que tenía cara de hombre de bien.

El amotinado se vio sorprendido con el ademán, la expresión y energía de la princesa, y contestó sin querer:

-¡Yo no he sido!

-¿Pues quién?

-Los otros... ¡Los judíos!

-¡Los judíos! ¡Los judíos!, exclamaron a coro los sublevados.

-Nos han engañado, patrona: son unos perros rabiosos. Nuestra es la culpa de consentir en Pamplona gente que no esté bautizada.

El corazón de Amaya cesaba de latir, y un frío glacial se apoderó de sus mejillas.

Pero tuvo miedo, horrible miedo de caer desmayada entre aquellos asesinos.

Y su propio espanto la sostuvo.

-¿Y el muerto, el arrastrado ha sido García?, preguntó con un acento sordo y hueco, que nunca había salido de aquella garganta de ruiseñor.

-No lo sabemos: ninguno de nosotros conoce a García, respondió el anciano designado para llevar la palabra.

-Pero los judíos lo conocerán, prosiguió Amaya: esos miserables que en él pusieron las manos... esos que os indujeron al crimen... Y si ellos no, la gente que le vio cuando lo llevabais de la cuerda...

-¡La gente!... Los unos decían que sí, los otros que no.

-Patrona, exclamó Tulga, que en testimonio de los sublevados mismos, era uno de los más leídos de toda la chusma: patrona, no le hagáis caso. Hoy todos son Garcías: hoy no resuena en Pamplona otro nombre que el del vasco. Todos Garcías, y García no parece.

-Tiene razón Tulga, añadió Braulio, otro de los distinguidos como letrados: el muerto no podía ser García, porque lo llevábamos... es decir, lo llevaban con la soga al cuello, que

era un cordel de la cama de Sara, la hechicera, cuando los demás del... movimiento clamaban a la puerta del Cónclave canonical, pidiendo a grito herido que se le entregase a García.

-¡Ah!, exclamó Amaya, con un salto de gozo de su abatido y cien veces estrujado corazón. ¿El vasco estaba por ventura en vuestro poder cuando las turbas cerraban contra las puertas del Cónclave?

-Sí, señora. Venía por una de las calles que dan al muro, y como si ignorase lo que ocurría iba al palacio.

-¿Al palacio del obispo?

-Y a pedir auxilio a Marciano.

-¿Estáis seguro de ello?

-Como que el pobre mozo lo decía, pidiendo que se le dejara pasar.

-¿Y vuestros compañeros de motín estaban ya entonces delante del Cónclave canonical?

-¡Sí señora! ¡Pues ahora caigo! Cuando los judíos le echaron el lazo, García se hallaba en el convento con el obispo.

-¡Bendito sea Dios!, tornó a exclamar la dama, apoyándose en una de las pilastras de mármol que sostenían el arquitecno de la techumbre: que Dios os perdone el crimen que habéis cometido.

-¡Nosotros, no! Limpias están nuestras manos de la sangre de ese desdichado.

-Limpias al menos de la sangre de García.

Y la princesa no quiso saber otra cosa: no estaba ya en disposición ni de permanecer un solo instante más entre aquella gente, ni de contener las lágrimas que, con el primer consuelo, comenzaban a nublarle los ojos.

Tenía necesidad de postrarse delante del Señor, y llorar en el regazo espiritual de su santa madre.

Sin embargo, mucho le quedaba que hacer, mucho que averiguar y disponer, y no ignoraba que cuando el deber lo exige, cuando la caridad lo reclama, no hay murmullo de plegaria más grato bajo la bóveda de los cielos, que el rumor de nuestras buenas obras.

Ni aun aquel desahogo, ni el corto descanso que por ventura necesitaba para inspirarse, y respirar y recobrar las fuerzas perdidas, le fue concedido.

Cuando quiso volver la espalda para dirigirse un instante a su aposento, los siervos y siervas, los bucelarios y libertos que se hallaban a la sazón en el vestíbulo acompañando a su señora, dispuestos a sacrificar por ella su vida en caso necesario, exclamaron a una voz con acento en que vibraban la lealtad, el júbilo y la sorpresa:

-¡El patrono! ¡El patrono!

Amaya volvió el rostro, y en el umbral del pórtico vio resaltar sobre la claridad del sol que reflejaba la pared de enfrente, la altiva, aunque un tanto encorvada figura de un monje, que no podía confundirse con otro ninguno, el cual dirigía miradas tan rápidas como inteligentes a la dama, a los siervos y a los invasores del palacio.

-¡Padre mío! ¡Padre de mi alma!, exclamó Amaya, corriendo desalada a los brazos del penitente.

Y teniéndolo abrazado, levantó un momento la cabeza, miró hacia la calle, y por encima del hombro de su padre vio al caudillo vasco, que a pocos pasos detrás, con rostro apacible y embelesados ojos, estaba contemplando aquella escena.

-¡García!, gritó la dama irreflexivamente, con un acento que le salía del corazón.

Aquel grito despertó la mal adormecida saña de los amotinados, que respondieron dentro del vestíbulo:

-¡Muera!

CAPITULO VI

Aventuras de García Jiménez durante el motín de Pamplona

Mientras la pobre Amaya tantos sobresaltos y congojas estaba pasando por el vasco perseguido, y la plebe se revolvía furiosa hasta la insania contra el joven recién llegado de la Bética, iba éste muy alegre, tranquilo y cual nunca feliz en la silla de manos de la princesa.

Por vez primera se gozaba en la dicha de amar con anchura de corazón, sin temor, ni remordimientos, seguro además de ser correspondido, y vislumbrando, aunque en remotos confines, el colmo de la ventura, la dulce y santa posesión del objeto amado.

¿Cómo pensar a la sazón en la postiza rabia con que se le buscaba, en aquel motín inexplicable, en los escándalos de la ciudad y los peligros que le amenazaban, y que sólo confusamente comprendía por los descomunales medios a que recurrían sus amigos para salvarlo?

Amaya era su único pensamiento: la sin par, la incomparable rica-hembra que, si de palabra no, con el acento, las obras y las miradas acababa de significarle su amor, y de rendirle y entregarle en cautiverio el corazón más hermoso del mundo. Hermoso principalmente, porque en Dios le amaba, y era en su mismo amor, partícipe de los reflejos de la hermosura divina.

¡Inefable ventura la de aquel joven! Los cielos y la tierra como a porfía le sonreían y acariciaban, cuando se mostraban con los demás tan preñados de cólera y ceñudos. Pelayo y Teodomiro le insinuaban en la Bética la conveniencia de que los vascos se

fuesen uniendo a los godos con vínculos indisolubles; el santo obispo Marciano bien claramente acababa de indicarle en Pamplona el gozo con que veía su inclinación a la hija del príncipe decalvado. No cabía duda; cuando el prelado y el nuevo rey patrocinaban aquellos amores, señal era de que Dios los bendecía.

Podía ya regalar su pecho con la imagen que hasta entonces había procurado vanamente rechazar: era quizás un deber luchar con varonil fortaleza contra cualquier obstáculo que vulgares preocupaciones y hábitos de casta pudieran oponer todavía a su felicidad.

Es verdad que si Marciano miraba este afecto con benignos ojos, era por creerlo conducente a la unión de godos y vascos, por medio del matrimonio de la princesa con el primer caudillo y señor de Vasconia; es verdad que en este punto, García, campeón de Teodosio, no pensaba como el obispo; pero, ¿qué importaba tan leve diferencia de opiniones, nacida del equivocado concepto del estado de las cosas? Lo esencial era para García que el prelado aprobara su amor a la princesa: lo demás quedaba a cuenta de la Providencia, que indudablemente lo disponía y ordenaba todo en favor del hijo de Goñi, y muy a gusto de quien ni forzado quería ser su competidor. ¿Qué más podía apetecer? Casado García con Amaya, ésta podía renunciar todos sus derechos, y ambos vivir felices en Pamplona y las Amezcuas, siendo los primeros servidores y vasallos del futuro monarca, y el más firme apoyo del nuevo trono de los Pirineos. Habría que rechazar a los árabes y berberiscos, si osaban invadir el territorio vasco; irlos a buscar más allá del Ebro, si no se acercaban; y extenderse y dilatarse por el suelo invadido hasta darse la mano con Teodomiro y Pelayo. La restauración y reconquista dejaban, pues, ancho campo a la noble ambición del pecho más sediento de gloria, y oficio al brazo menos avenido con la ociosidad y regalo.

El caudillo vascón, cristiano y enamorado, presentía ya el grito caballeresco que más tarde formulaba la Edad Media: «Por mi Dios y por mi dama». Por la cruz y por Amaya, quería seguir peleando contra los musulmanes: con el rey y los vascos. La fe y la lealtad, el amor y el amparo de los menesterosos, el pueblo y la caballería, el valor y la abnegación, todos los gérmenes que habían de hacer tan vasta y fecunda en proezas y maravillas la monarquía española, todos estaban depositados en el corazón de García.

-¿Qué mayor gloria para la princesa, decía para sí, que contribuir con el sacrificio de sus derechos a la fundación de un reino cristiano y expulsión de los enemigos de la religión verdadera? ¿Qué mayor dicha para mí que volver de la batalla cargado de trofeos y despojos, y depositarlos a los pies de la esposa más tiernamente amada, para que los reparta entre la casa de Dios y la del pobre?

Confusa y rápidamente pudo vislumbrar todo esto el joven fugitivo; porque, en honor de la verdad, lo que entonces más clara y vivamente percibía, era lo interior del vehículo en que iba conducido, lo rico y delicado de aquel mueble construido para Amaya, las tablas pintadas y doradas a gusto de ella, los almohadones por ella sin duda recamados; en suma, aquel camarín, en que los bellísimos ojos de la dama tan frecuentemente se posaban, y aquel ambiente todavía embalsamado con la fragancia de la mujer querida.

Y fijándose en esto, y sintiéndolo y contemplándolo todo, hubo de reparar en una vitela que sobresalía en la bolsa del paño que cubría el respaldo delantero.

-¿Será, por ventura, dijo para sí, algún aviso que Amaya quiera darme?

Y tomó en sus manos el pergamino.

Se equivocó García: no era aviso, ni billete.

Era una oración recientemente escrita por Amaya, compuesta quizá por ella, para pedir a Dios por el eterno descanso de aquél a quien creía muerto en defensa de la cruz contra infieles mahometanos. «Haced, Señor, decía, por intercesión de vuestra Madre, María Inmaculada, que goce pronto de bienaventuranza perdurable, y que yo sea digna de vuestras promesas, para que juntos os alabemos, y bendigamos por los siglos de los siglos».

-¡Amén! ¡Amén!, exclamó el joven con una conmoción y un fervor que nunca hasta la sazón había sentido-. ¡Juntos, prosiguió, juntos nuestros corazones en la tierra, y juntas nuestras almas en el cielo!

No se necesitaba de tanto ciertamente para que el mancebo cayera en una especie de arrobamiento, quedando lejos, mucho más lejos que antes, a distancia inconmensurable del tumulto que contra él bramaba, y hasta del mundo en que resonaban las voces de «muera García».

En tanto los conductores, que por abreviar el viaje y huir del sol en lo posible, habían tomado cierta calle de travesía, salieron a la ronda para mayor seguridad, y principalmente para conformarse a las órdenes recibidas.

Lo exigía ciertamente la prudencia; porque las turbas, campando ya por su respeto, divididas en cuadrillas, recorrían la población entregándose a todo linaje de excesos, dejando sólo en paz los paseos de Occidente y Mediodía; porque ni allí tenían alma nacida que les oyera, fuera de los guardias del muro, ni el sol, allí más que en ninguna otra parte abrasador, hacía la estancia muy apetecible.

Pero en la disposición de ánimo en que iba García, ni el rugido del Océano en toda su bravura hubiera ensordecido la voz del amor feliz que resonaba en su pecho.

Respirando el aire del campo al dejar las calles de la población, sintió como deseos de expansión y libertad. Para un montañés acostumbrado a la amplitud y magnificencia de las sierras, aquel angosto, puesto que dorado recinto del vehículo, debía de ser cárcel en que se ahogara. Por muy adornados que estén interiormente, sepulcros son hasta los túmulos de Egipto.

Exento de todo temor, y sin el menor riesgo de ser visto por nadie en aquel desierto, creyó que podía relajar el sentido literal del precepto que Ranimiro y Amaya le habían impuesto; y descorrió las cortinas de cuero con doradas labores, para tender la vista por el espacio y las montañas, cuyos contornos conocidos y nunca borrados de su imaginación, resaltaban confusos en el cielo, más plomizo entonces que azulado. Quería hacer a las sierras vascongadas la primera confianza de su felicidad; quería, en su trasportamiento, que las rocas de su nativo valle palpitasen de júbilo, como su propio corazón, al dulce

nombre de Amaya; cuando de estas imaginaciones le distrajo grupo de gente bastante numeroso y apiñado, que desafiando al sofocante calor, permanecía inmóvil y en pie cerca de los adarves, y la escasa sombra de algún árbol solitario, mirando con sorpresa y recelo la silla de manos.

Eran los vascos.

García se quedó confuso al verlos, apretados allí como rebaño que sesteaba al aire libre, sin otro amparo que la soledad hartamente precaria de aquel sitio, sin más defensa que el sol abrasador, y el inexplicable olvido de los mismos que contra ellos se movían y vociferaban en calles y plazas.

Por casualidad, sin duda, o por instinto, habían elegido el paraje más apartado del tumulto. Pero ¡qué espectáculo tan triste y lastimero el de aquellos inocentes indefensos, que de un momento a otro tenían que ser víctimas del odio estúpido de la plebe! Hombres y mujeres, y algunos niños también, achicharrados, muertos de sed, parecían manada de reses que en el corral del matadero esperan la hora del degüello.

¿No habían recibido el aviso de Ranimiro? ¿No sabían que el príncipe decalvado les ofrecía refugio en su propia casa?

Sí, pero ninguno de ellos quiso aceptar la hospitalidad y protección del inolvidable invasor de Aitormendi. Repugnábales además encerrarse en un edificio, y acostumbrados a pelear a campo abierto, entre selvas y peñascos, dado que de todos modos iban a sucumbir, preferían morir bajo la bóveda del cielo, y a la vista de sus montañas.

Desde los primeros indicios de alarma se habían unido como hermanos: nadie pensó en esconderse y salvarse a sí propio, sino en salvar a todos, en seguir la suerte de los demás.

Cuando vieron en el mercado que ni uno solo faltaba, se fueron a las puertas de la ciudad a salir juntos, aunque luego tenían que separarse para tornar a sus respectivos valles, y no volverse a ver quizás. Pero la guardia, bien advertida por Munio, les obligó a retroceder. Sintiendo el alboroto de las calles, tuvieron que fijarse en aquel punto de la ronda, como el más solitario y el más apartado del burgo, en que dominaba la plebe, y de las puertas defendidas por los siervos del vicario.

Allí deliberaron acerca del partido que podían tomar: querían algunos arrojar por la muralla; mas no podían dejar abandonados a los niños y las mujeres. Proponían otros reclamar a la autoridad; pero ni el vicario, ni los priores y seniores les inspiraban confianza. ¿No eran ellos por ventura quienes les impedían el paso? Sólo Marciano podía ser su valedor, porque a Ranimiro les repugnaba recurrir, la protección del tiufado por todos había sido rechazada; pero era preciso que alguien enterase al prelado de la terrible situación en que se hallaban.

Uno de los montañeses, que personalmente lo conocía, ignorando que el Cónclave canonical estuviese asediado por las turbas, quiso hablar al obispo, y se dirigió al efecto por calles pacíficas y sosegadas; mas al revolver una esquina, dio de improviso con la banda de salvajes capitaneada por Habacuc.

Ya sabemos cuán aciaga fue la suerte de aquel infeliz. Cuando los vascos se enteraron de la catástrofe por haberla presenciado algunos, aunque de lejos, quedaron aterrados y convencidos de que no tenían otro recurso que el desesperado de morir matando: y matando se proponían morir, no sólo cuantos empuñaban las armas, sino los mismos ancianos, los pequeñuelos y las mujeres.

Iba trascurriendo el tiempo, sin embargo, y nadie los perseguía ni hostilizaba. Las turbas buscaban a los vascos por todas partes, menos en la ronda del muro donde podían hallarlos.

Tan extraña anomalía requiere alguna explicación.

Las instrucciones secretas que los cabezas y fautores del motín habían recibido de sus verdaderos instigadores, no se dirigían precisamente contra los montañeses, sino contra el caudillo recién llegado de la Bética. Ni Munio ni Pacomio tenían especial motivo para ensañarse con ellos.

Si el vicario había dispuesto que a ninguno se le dejara salir de la plaza, era porque no se le escapara García; si los moradores de la aljama esparcían absurdos rumores contra los vascos, debemos atribuirlo al deseo de evitar el escándalo de perseguir únicamente al vasco menos sospechoso para los godos, y a quien debían estar más agradecidos.

Ordenar el desorden, llevar el tumulto a compás, con peso y medida, arduo empeño es, por no llamarlo irrealizable; por eso las turbas, ciegas, desenfrenadas, iban a veces muy más allá de lo que a sus capataces convenía; pero los jefes, bien enterados de la situación de los vascos, y sabedores de que García se hallaba en el Cónclave del obispo, procuraban alejar del muro a los amotinados, y exagerar con toda intención el número, las armas y recursos de los perseguidos.

De aquí resultó que éstos, con hartos motivos para temer por su propia vida y temblar por la de sus hijos, esposas y madres, infundían miedo a sus perseguidores, los cuales sólo cuando llegaran a ser invencibles y a proveerse de arcos y flechas para herir de lejos y a mansalva, osarían atacar a gente dispuesta, según la voz general, a defenderse a todo trance y vender cara su vida.

Cuando García vio en semejante apuro a sus amigos, sintió el remordimiento de su propia felicidad. Punzadas de dolor le atravesaban el corazón, momentos antes anegado en los trasportes y deleites de un amor sin mancilla.

-¡Yo en litera, yo protegido y libertado por godos, yo causa inocente del peligro que a mis hermanos amenaza, y ellos aquí esperando la hora del sacrificio! ¡Yo feliz, cuando ellos son tan desdichados!

Y sacando la cabeza por una de las portezuelas, dijo en alta voz a los conductores:

-¡Deteneos!

-No hay cuidado, señor, le contestaron, equivocando el motivo de aquella orden: son los vascos.

-Con ellos me quedo, repuso el mancebo: vosotros seguid vuestro camino. Tomad.

Y les dio un puñado de monedas de oro que llevaba consigo.

Sin detenerse a más, fue presuroso hacia los suyos, que a pesar de la sorpresa y la distancia, desde que puso los pies en tierra le conocieron por el traje, por su arrogante estatura y gentil continente.

Era un hombre solo el que se les agregaba; pero un hombre a quien todos creían muerto, un hombre que se les aparecía allí como sobrenatural y milagrosamente resucitado: un enviado del cielo para sacarlos del conflicto, para conducirlos a los valles, nunca más que entonces suspirados y queridos. Era un hombre; pero con él recibían el refuerzo de una legión.

Al punto se hizo cargo de todo, y se enteró del estado de la ciudad, y del feroz y brutal atentado contra uno de sus amigos cometido.

El gobernador -según le dijeron-, seguía en el Dominio, cuyos puentes levadizos había alzado para mayor seguridad. Tenía miedo, o lo aparentaba para excusarse de refrenar el desorden.

En las murallas no quedaba más gente de guerra que la precisa, y ésta desmoralizada. Desde que los bucelarios echaron llaves y cerrojos a las puertas, se creyeron horros y exentos de toda vigilancia, y se tendieron a la sombra. Pero toda conmoción popular es contagiosa: el entusiasmo produce entusiasmo; el terror, terrores; el motín, motines. Cuando los portarios supieron que Munio sólo procuraba por sí, guareciéndose en la ciudadela, refunfuñaron y casi se declararon en sedición: pero al oír la algazara y vocerío de las calles, no se contuvieron ya, y gritaban ellos también, sintiendo la comezón del barullo y la licencia. Los jefes apenas podían restablecer la disciplina. Para darles algún desahogo en día de tanto desorden, mandaron traer vino, que si por de pronto les calmaba, más tarde producía el efecto de leña echada al fuego.

Los vascos, situados cerca del muro y en punto equidistante de las puertas del Norte y Occidente, se inclinaban, cuando se apareció García, a tomar la desesperada resolución de descolgarse por la muralla, que si bien ofrecía poca dificultad por lo interior, como edificada contra terreno, por la parte exterior tenía una altura formidable. Carecían además de cuerdas suficientes, y como eran muchos y no todos varones, lenta, prolija y sobremanera peligrosa tenía que ser la operación.

Lo primero que hizo el caudillo recién llegado fue separar a los inútiles para el combate, y distribuir las pocas armas que había entre los más valientes y robustos.

Acercóse al adarve para juzgar por sí mismo de la posibilidad de descender al campo, y un momento después de haberse asomado a las almenas, retrocedió grata y vivamente sorprendido, hasta el punto de no dar crédito a sus propios ojos.

-Venid algunos -exclamó regocijado-. ¿Qué veis allá abajo, más acá del río, a la sombra de aquellos álamos?

-¡Los vascos!

-Vascos son, en efecto; en eso no cabe duda. Pero, ¿quién?, añadió García. ¿No distinguís una mujer que ahora se pone en pie, y da como señales de habernos conocido?

-Aquello no es mujer... es un gigante con tocas y faldas...

-¡Es la misma! ¡Es Petronila! ¡Ya se ve! Como vosotros no sois de esa comarca... como quizás no hayáis visto nunca a la famosa loca de Echeverría...

-¡Yo, sí!, contestó un mancebo de la ribera: he pasado antaño por las Dos Hermanas. La loca es... y su marido, que llaman unos Ochoa, y otros Lope, y otros... Poca gente les acompaña, cual que diez o doce, y si llega a la docena. Y no son de la Burunda, ni de la Barranca... son de nuestros valles...

-¡Buena vista!

-No se la envidio ni a las águilas de Montejurra.

-Petronila, se adelanta... ¡Es la misma! Viva y audaz, ni conoce el miedo, ni aguanta dilaciones, tornó a decir García. Esperad vosotros. No os mováis de aquí, para que no dejen de veros. Conocen nuestra situación y están apercebidos a socorrernos.

Y acordándose de que por distracción sin duda, se había guardado la vitela de la oración de Amaya, cortó con su ezpata una tira en blanco, se hizo en el brazo una pequeña herida, y con la sangre y la punta del acero escribió algunas palabras. Arrolló el pergamino en una piedra, lo sujetó con bramante, y volviendo a las almenas, lanzó el ovillo con una honda, dirigiéndolo cuan lejos pudo contra su amiga.

Ésta recogió la piedra, hizo señas de inteligencia después de haber leído el aviso, y se volvió a donde estaba su marido.

García entre tanto avanzó hacia la puerta del Poniente con cierta precaución, y sin más compañía que la del ribereño de vista de águila.

Los demás quedaron en observación de Petronila y de su gente.

-Les pedirá escalas, decían unos.

-¡Ca! Los verían venir los bucelarios de las puertas.

-O les dirá que vayan a llamar a los nuestros.

-Menos; si Lope de Echeverría no les ha dado aviso, ya es tarde: para cuando lleguen de los valles, nos han crucificado.

-Pues aunque no lo entendamos, algo bueno tiene que salir de aquí.

-Eso sí, contestaron todos, hasta los más incrédulos y pesimistas: ese mozo sabe mucho, y hace cosas que no se le ocurren a nadie.

Cuando el mozo, en quien tales esperanzas cifraban, llegó a cierto punto, desde donde comenzaba a verse la puerta, se detuvo detrás de un árbol, observando lo que allí pasaba.

Los portarios, después de largos y repetidos tragos, dormían a la sombra de las torres, tendidos como troncos, con las picas arrimadas a la pared, la aljaba al hombro, pero los arcos al pie de las respectivas lanzas.

Alguno que otro soldado estaban despiertos, porque el bochorno y el vino no les dejaban sosegar, y les abrasaban por dentro y por fuera.

Los ojos de García se iluminaron con un relámpago de esperanza.

-Que vengan inmediatamente los que tengan armas, dijo el caudillo a su compañero, y los que, aun no teniéndolas, sean capaces de manejarlas. Que se queden atrás, pero a corta distancia, mujeres y niños. Anunciadles que si andamos listos y tenemos corazón, dentro de poco seremos dueños de esa puerta.

Minutos después, los vascos más jóvenes se habían reunido a su caudillo.

-¿Qué han hecho los de fuera?, les preguntó García.

-Avanzar hacia aquí con precaución como nosotros, le contestaron los que habían quedado de vigilantes. Parecen enterados de vuestro intento.

El joven de las Amezcuas les expuso su plan de ataque en breves palabras.

-Iremos sin ruido y con la mayor cautela, mientras no seamos vistos: al menor indicio de alarma nos lanzamos a la carrera: los armados a tomar los dos cubos del portal; los que no traen armas, a cogerlas. Éstos que tienen hachas y brazos de herreros, que descerrajen la puerta. Echeverría les ayudará por afuera. La empresa es fácil como veis y su único mérito ha de consistir en que no cueste una sola gota de sangre, ni goda ni nuestra.

La empresa, en efecto, estaba muy lejos de ser irrealizable; mas no parecía tan sencilla y hacedera como García, para animar sin duda a sus gentes, se complacía en pintarla.

Era probable que dentro de los cubos o torreones que guarnecían sendos lados del portal, hubiese gente más despierta, y no tan aficionada a báquicas libaciones como la que al aire libre yacía. Los vascos armados, o de armas tomar, apenas llegaban a dos docenas: los que detrás venían sólo servían de estorbo.

Si los soldados de las torres no estaban ebrios o dormidos, con cerrar las puertas de su respectiva fortaleza, quedaban a salvo. Unos a otros podían auxiliarse acribillando a saetas a los agresores o dejando caer sobre ellos peñas y proyectiles desde las troneras y almenas de los torreones.

Los vascos no tenían ni escalas, ni armas, ni gente para el asalto, ni tiempo suficiente para intentarlo; porque de un momento a otro llegarían refuerzos a los bucelarios, si no de las guardias inmediatas, de la tiufadía del Dominio y de los mismos amotinados, más que nadie dispuestos al degüello y la matanza.

Pero aunque habló García de apoderarse de las torres, su verdadero intento debía de ser atacar a la puerta y escapar de la ciudad. Contaba el caudillo con la sorpresa y estupor

que produciría en los portarios la llegada de Echeverría, de Petronila y de los vascos acampados en el río.

Y en esto daba pruebas, o de bien enterado de lo que en el pueblo ocurría, o de muy conocedor de los inverosímiles vuelos de la imaginación popular en días de pánico y alboroto. A la sazón, uno de los rumores más fácilmente acogidos y acreditados, era precisamente el más absurdo. Decíase que los vascos venían coligados con los moros a conquistar Pamplona. Si esto se inventó, se creyó y se difundió como la luz; si tamaño dislate bastó para alarmar y exasperar los ánimos, ¿qué no lograría la súbita, verdadera y real acometida de Ochoa a la puerta de la ciudad? ¿Hasta dónde no llegaría el terror de los bucelarios desamparados de Munio, y encogidos y embargados por el miedo que las terribles nuevas de la pérdida de rey y reino les había infundido?

La empresa del joven caudillo exigía evidentemente arrojo: pero más que nada serenidad y buen juicio para aprovechar con rapidez el menor descuido, cualquiera favorable coyuntura.

El plan que instantáneamente trazó García al conocer a sus amigos de las Dos Hermanas, su presteza en comprender el partido que podía sacar de aquella aparición, inexplicable en semejante día, le acreditaban nuevamente de ingenio pronto, agudo y perspicaz.

Apresurémonos a decir, que todo le salió como lo había imaginado. Los godos dormidos, durmiendo continuaron cuasi hasta que la gente de García los despojó de las saetas mismas que llevaban en el carcaj; los borrachos se echaron a reír al ver a los vascos, tomándolos por sublevados; y gritaban, o más bien, querían gritar por imitarlos: ¡muera García! Sólo en las torres donde estaban, en efecto, dos decanos y un jefe centenario, se intentó la resistencia; pero, dejando encomendado a los herreros el portal, cifró el joven su principal empeño en tomar la entrada de los cubos laterales, encargándose él de uno y encomendando el otro a su compañero el ribereño.

El centenario jefe de la guardia, descendió al encuentro del caudillo, el cual, con una hacha de leñador en entrambas manos, de un mandoble descomunal le arrancó del brazo izquierdo la rodela, y de otro golpe descargado con portentosa rapidez, hizo añicos el casco de hierro que cubría la cabeza de su enemigo, derribándolo al pie de la escalera de caracol, en cuyo primer peldaño cayó de espaldas al retroceder sin sentido.

Un decano iba a sucederle y reemplazarlo; pero en aquel instante se oyeron por la parte exterior tremendos alaridos, acompañados de martillazos descargados a la puerta que daba al campo, y salieron del adarve temerosas voces de los soldados, que huyendo del peligro allí se habían refugiado.

-¡Los vascos! ¡Los vascos que asaltan la ciudad!

Con aquellas voces y descomunales golpes por fuera de la puerta, incomprensibles antes, y que unos a otros recíprocamente se explicaban ya, desfallecieron los sitiados de mayores bríos. Implorando perdón, depusieron las armas y se rindieron.

García se apoderó inmediatamente de los cubos, sin curarse del portal, que dejó como abandonado a sus auxiliares, capitaneados por Echeverría.

Al fin las mujeres, los ancianos y niños que llegaron poco después, se abalanzaron a descorrer los cerrojos y quitar las palancas, y la cerraja saltó a los esfuerzos inteligentes del buen Ochoa, a quien lastimaba tener que hacer astillas en aquellas soberbias piezas de roble, por más que fuesen de sus enemigos; y rechinando en sus quicios se abrió de par en par la suspirada puerta, y quedó franca la salida al enjambre de vascos, encerrados durante algunas horas de mortal angustia y de incesante peligro.

-¡Ea!, exclamó Echeverría, abriendo los brazos libertadores: salid, almas redimidas del cautiverio del demonio, salid cuantos estabais esperando nuestro advenimiento. ¡Al campo, al campo, redentores y redimidos!

-¡Al campo! ¡A la montaña!, gritó la turba, saltando de gozo ante el sol que entraba ya bajo la bóveda con una extensión y longitud que indicaba su inclinación al ocaso.

-Sí, dijo a la sazón García, apareciendo al pie de la torre que con su valor había tomado: ¡al campo las mujeres y los niños, dejándonos aquí los comestibles! ¡Al campo, a la montaña, a llamar a Teodosio de Goñi y a todos nuestros amigos, diciéndoles que aquí quedamos apoderados de una de las principales puertas de Iruña, y dispuestos a no desampararla hasta que se presente nuestro primer rey, y le hagamos dueño de toda la ciudad!

Hubo un momento de general asombro que frisaba con el estupor. A nadie más que a García se le había ocurrido aquella idea: pero después de enunciada y bien comprendida, a todos les pareció tan natural y corriente, que no encontró ni resistencia, ni oposición de ninguna especie.

-¡Soberbio plan!, exclamaron.

-Pero sencillo y de fácil ejecución, si aquí se presenta Teodosio con cien hombres, dentro de breves horas.

-No lo esperes: ni por una ni por diez ciudades se moverá Teodosio esta noche de Jaureguía, dijo a la sazón el marido de Petronila.

El cual añadió con aquel aire de autoridad y suficiencia, que por recaer en persona de madura edad, y de notoria franqueza y buena fe, a nadie chocaba ni ofendía:

-Muchacho, ¿de dónde sales? ¿Estás todavía en el limbo? ¿Has resucitado de veras, o todavía eres ánima o cuerpo glorioso? Antes de hablar y disponer a tontas y a locas, ¿por qué no pides parecer, dictamen y consejo de gente, que si no de letras, sabe de mundo y buen gobierno más que todos los aprendices del Cónclave de niños y aun del Cónclave canonical? García, no cuentes por hoy con Teodosio, que esta mañana se habrá casado con mi sobrina Constanza de Butrón, y esta misma tarde será proclamado rey en Val-de-Goñi.

-¡Magnífico, Echeverría, magnífico!, exclamó el mancebo con un aturdimiento encantador, propio de su edad y de su nobilísimo corazón-. Casado esta mañana, rey esta tarde, y dueño esta noche de la capital de su reino.

Y como en aquel punto se presentara Petronila con apariencias de quererle contradecir, prosiguió García, tendiéndola los brazos:

-Y del tesoro de Aitor por añadidura.

A pesar de su carácter enérgico, dominante, que no sufría contradicciones, Petronila se quedó como cortada, mirándole de hito en hito.

Un momento después, profundamente conmovida, y arrojándose a él, lo estrechó contra su pecho.

-Está visto, decía murmurando, medio irritada por su blandura y enternecimiento: está visto que con chicuelos así, no puede una hacer lo que quiere, ni lo que debe.

El marido llamaba muchacho al caudillo, la mujer, chicuelo; el diminutivo denotaba un aumento de cariño, y su terminación despreciativa el mayor grado posible de estimación.

-¿Pues qué queréis vos, amiga mía? ¿Qué más podemos apetecer para Vasconia?

-Que tú seas nuestro rey.

García la tapó los labios sin dejarla apenas concluir la última palabra.

-¡Por Dios, Petronila, por Dios, amiga mía!, exclamó el joven al oído de la loca: si me amáis, si amáis a vuestra tierra, si queréis sobre todo el triunfo de la ley de Cristo, desechad esa idea. ¡Teodosio, Teodosio y nadie más que Teodosio! Cualquier otro nombre nos divide, nos desgarrar, nos pierde miserablemente.

Petronila le contestó de la misma manera:

-¿Quién más que yo quisiera ver reinar a mi sobrina, hecha ya cristiana, con sus padres y todos sus vasallos? Pero ni ella ni Teodosio han nacido para el trono. No nos sirven. No me sirve mi hermano.

-Petronila, soy feliz: Amaya y yo nos amamos; godos y vascos peleamos juntos. No vengáis a oponeros a la voluntad divina, ni a turbar mi ventura.

-¡Eso más! ¡Paula, Paula! ¡Se aman! ¿Y no has de completar tu obra? ¿Y no has de hacerlo rey? García, tenemos mucho que hablar.

-Tenemos mucho que hacer.

-Es que yo, después de lo que en mis años de loca he recogido, y de lo que esta noche he visto, dudo ya...

-Petronila, momentos hay en que no debe dudarse de nada.

Y separándose de los brazos de la gigante y añadiendo el ejemplo a la sentencia, dirigióse García a las mujeres y les dijo:

-¡Ea! Vosotras a llamar a Teodosio; y si no quiere dejar sola a su mujer, que se venga aquí con ella: dormirán en su palacio.

Y en seguida añadió, volviéndose hacia los hombres:

-Traedme los prisioneros.

Su manera de decir y de mandar no daba lugar a réplica ni desobediencia. Desvanecía toda inquietud, inspiraba plena confianza.

Al pie de las torres se reunieron los godos, abatidos, avergonzados de su derrota.

Miraban, sin embargo, furtivamente al burgo, como si esperasen de un momento a otro ver salir por las bocacalles turbas o soldados, ante los cuales tendrían que huir los vencedores precipitadamente, abandonando a sus cautivos.

Para desesperación de éstos sentíase gran bullicio dentro de la población; pero la ronda seguía desierta, y García, según las disposiciones que tomaba, a todo parecía dispuesto menos a emprender la fuga.

-Hemos venido aquí, les dijo, llamados por vosotros, indefensos, confiados en vuestra palabra; pero nos habéis cerrado la salida y nos perseguís de muerte. Uno de los nuestros, solo y sin armas, al acudir pacíficamente a la autoridad, ha sido bárbara y villanamente asesinado. Por ley de guerra, todos estáis condenados a morir aquí mismo, en el acto, pasados a cuchillo, para escarmiento de esos salvajes, y en justa venganza de la infamia que habéis cometido y de la sangre inocente que habéis derramado. Pero haciéndome cargo de que la tropa no ha hecho hasta ahora más que obedecer a los superiores, no sólo os perdono la vida, sino que os voy a dejar en libertad. Únicamente os detendré el tiempo necesario para que os enteréis del cambio ocurrido en las cosas de gobierno. ¿Hay alguien entre vosotros que sepa leer?

Y como el centenario y decanos contestaran afirmativamente, García les entregó el decreto de Teodomiro para que en alta voz lo leyesen a los bucelarios.

-Ya lo veis, prosiguió el caudillo, así que los jefes godos terminaron la lectura: España tiene ya un rey, y los godos de Vasconia estáis obligados a rendirle homenaje y acatamiento. Este rey, por el bien general, y muy especialmente por el vuestro; en la necesidad de resistir al enemigo común, implacable y soberbio perseguidor de cristianos, sin distinción de pueblos ni de castas, manda que sólo a mí me obedezcáis, me entrega el territorio de Vasconia que estáis poseyendo. Soy vuestro conde en la ciudad, vuestro duque en la provincia, vuestro soberano aquí y en todas partes.

-Y nosotros por tal os reconocemos y acatamos, contestó el jefe de los vencidos, hincando la rodilla y besando la mano de García.

-Y así, y sólo así, contestó el mancebo, podréis salvaros de la inundación sarracénica. Teodomiro desde la Bética y la Cartaginense no puede atender a los Pirineos; pereceríais por consiguiente, seríais inmediatamente arrollados, dado caso de que tuvierais aliento para resistir y sucumbir como buenos. Sólo nosotros escaparemos del presente naufragio en el mismo bajel en que nos hemos salvado de otras tempestades. Pero desde él os

tendemos la mano para salvaros también, olvidando de ahora para siempre que hemos sido enemigos.

-García, vuestra conducta, dijo el centenario, no puede ser más generosa ni prudente; y pues en libertad nos dejáis, nos quedamos aquí, sirviendo fielmente al duque y señor a quien hemos reconocido.

-No, repuso el caudillo: puede quedarse con nosotros cualquiera que tema el despecho y furor de Munio, por la desgracia que la suerte os ha deparado; pero los demás que se vayan, y hagan públicas en la ciudad las órdenes del rey Teodomiro. Yo no temo a los godos enterados de su deber, los temo sólo pérfidamente engañados.

-En ese caso, nos iremos todos, respondió el centenario, joven y noble, a quien no le faltaban por lo visto, ni penetración, ni dignidad.

Así que los godos se alejaron, contentos en general por verse libres, y prendados en particular de García, éste despachó a las mujeres, a quien la curiosidad de ver el desenlace de aquella escena había retenido.

-Corred vosotras, les dijo; partid al valle de Goñi. Vos, Petronila, podéis acompañar a toda esa gente: vuestro marido nos hace falta aquí como hombre de valor, de consejo y experiencia.

-¡Y no que no!, exclamó Echeverría. Para cuando tú vienes, estoy yo de vuelta: gente de refresco tendrás dentro de poco; hombres de pelo en pecho son menester, y, gracias a mi previsión, nos han de sobrar en breve. ¡Bueno se va a poner esto! ¡Zis, zas! ¡Linternazo y tente perro! ¡Valiente caso hará Munio de tiras de pergamino! El mismísimo que haría yo dentro de su pellejo. García, siempre has tenido para mí el defecto de confiar demasiado en vitelas, letras y sellos de plomo. Buena mano de laya para el campo, buenos dardos y guecias para la guerra, y tendrás buena cosecha de trigos y de laureles. Este consejo es para ti, muchacho. Para vosotras añadió, volviéndose a las mujeres, aún tengo otro. ¡Largo de aquí, que nos hacéis estorbo! ¡A hilar las hembras, mientras aquí nos quedamos a morir los hombres!

-Me quedo con vosotros, contestó Petronila.

Su marido, que pesia sus alardes de valor, nunca tuvo el de contradecirla, repuso:

-No dice mal, García: mi mujer es casi un hombre, y si dijera que es hombre y medio, quizás andaría más cerca de la verdad.

El joven caudillo, desentendiéndose de las gracias que en aquel trance se permitía el esposo de la gigante, quiso despedirse de ésta con rostro afable y ademán de ruego.

-Petronila, le dijo, sólo en vos confío: id a Goñi, y que venga Teodosio sin perder momento. Desde que Iruña es ciudad amurallada, jamás hasta ahora ha sido de los vascos. ¡O ahora, o nunca!

-No esperes hoy a Teodosio. Él quiere ser dueño de Constanza, para tenerlo todo; pero tú lo tendrás todo, porque no quieres nada para ti. Que celebre en paz sus bodas: nosotros

celebraremos la toma de la ciudad; y detrás de la ciudad, el reino; y detrás del reino... ¡tu boda!

-Basta, Petronila, exclamó el joven interrumpiéndola: ¡no liguéis el nombre de Amaya a ninguna de mis empresas en este mundo! ¡No suscitéis rivalidades hoy más que nunca peligrosas!

-No ligués tú otro nombre a la conquista de Iruña.

-Pues sin el concurso de Teodosio, mi empresa es locura rematada.

-Loca yo, loco tú. Los locos han de recobrar lo que los necios han perdido. ¡García, García! Me siento desde ahora acometida de un nuevo género de locura. ¡Tú la conoces! ¡No has oído hablar de la locura de la cruz? ¡Es la tuya!

Y sin aguardar respuesta del joven, sobrecogido de espanto al ver su rostro descompuesto y su mirada fulminante, se dirigió a los vascos, exclamando como frenética, o tal vez como inspirada:

-¡David! ¡Hijas de Israel, éste es David! ¡Idos vosotras, y decid que vengan, no a socorrerlo, sino a presenciar su triunfo, todos los enemigos del filisteo! ¡Que se despueblen montes y valles, villas y lugares, cantando al son de pífanos y tambores: «Saúl mató mil, pero David diez mil!»

Todos movieron tristemente la cabeza al oír semejantes palabras, extrañas, ininteligibles para ellos. García fue el único que comprendió su verdadero sentido, y quedó por lo mismo más triste y apesadumbrado que nadie. Petronila venía decidida contra Teodosio: ninguna mella la habían hecho los ruegos que acababa de dirigirla.

-No me arredra la lucha con los malos, decía el joven para sí; pero me espanta la división y guerra de los buenos.

CAPITULO VII

En que Petronila vuelve a las andadas, y acaba por dar insignes pruebas de cordura

Los proyectos de García estaban realmente contrastados por sus más íntimos y verdaderos amigos. Cuantas personas le conocían a fondo, parecían conjuradas para ponerlo al frente del reino que debía de fundarse en los Pirineos: Pelayo y Teodomiro, Ranimiro y Amaya, Marciano y Petronila, mostrábanse inspirados por un mismo pensamiento, movidos por una misma voluntad: que García fuese el rey.

El joven se impacientaba ya con tanta contradicción, se revolvía en su ánimo contra todos sus opositores, sin caer en la cuenta de que él era su principal contrario, su enemigo oculto. No conspiraban contra sus planes ni los caudillos de la Bética, ni los príncipes de Vasconia; sino la grandeza de sus ideas, lo peregrino de sus palabras, la excelencia de sus obras, revestidas con el ropaje encantador de la modestia. Cuanto más pequeño quería

hacerse, más grande resultaba; cuanto más se olvidaba de sí, más vivamente se presentaba a la fantasía y cautivaba el corazón de sus aficionados.

Era la primera entre éstos, la más antigua, la más tenaz, y por ventura, la más poderosa, Petronila de Echeverría.

Ciertamente no había salido ésta de su casa con intención de ver al hijo de Jimeno, ni mucho menos con la idea de hacerlo rey. La tarde anterior precisamente llegaron a sus oídos los primeros ecos de la muerte de su amigo en la batalla que llamamos del Guadalete. En los primeros pasos de su jornada, aún regaba el camino con lágrimas que le arrancó la memoria de aquel joven.

Los pocos vizcaínos de la mesnada de Andeca que sobrevivieron a su señor, tornaron a su tierra con la presteza proverbial del vascongado, cuando vuelve el rostro a sus nativas montañas, y esparcieron por ellas la pavorosa noticia del desastre de la cristiandad, y del aciago, aunque glorioso fin de los vascos y sus dos capitanes y señores.

Ese viento que reina en todos los climas y vuela en todas direcciones, con alas aparejadas siempre a trasportar malas nuevas, llevó la de la muerte del mancebo al caserío o torre de Dos Hermanas.

Petronila la supo, y el dolor que sintió fue mudo, pero terrible: frunció las cejas, reconcentró sus miradas, inclinó su rostro sombrío, desdeñó consuelos, y no quiso cenar, sentándose al hogar, como si fuera invierno y tuviera frío; y lo que a todos pareció muy grave, tomó su antigua postura, con las manos cruzadas y el cuerpo oscilante y los murmullos de su antigua demencia.

Si la constante amiga de Paula, la implacable enemiga de Amagoia, la loca de singulares y problemáticas manías, no hubiese estado tan preocupada y llena de pesadumbres, en términos de tener a la familia alarmada y temerosa de un retroceso a los pasados desvaríos, habría caído en la cuenta de que nadie cenaba en aquella casa, a pesar de lo avanzado de la noche, y sin embargo de que la cena parecía más escogida y opípara que de costumbre.

La pobre señora del castillo en nada reparaba: ni en el desusado diámetro de la lumbre, ni en la multitud de ollas, torteras y bien provistos asadores que orlaban la circunferencia. Bastábale que el hogar fuese asaz anchuroso para que ella pudiera permanecer en cuclillas sin estorbar a nadie, y que el calor de aquella parva de brasas no se amortiguara. No hacía ninguna pregunta; a todo se mostraba indiferente, y seguía moviéndose a compás y murmurando. Mas no eran, como en otros tiempos, canciones éuscaras las que salían de sus labios, sino preces y responsos en latín, que no se sabía dónde los había aprendido.

Olalla cuidaba del hogar, y sentada en uno de los bancos de roble tendidos contra la pared, se olvidaba de los pucheros y la rueca; y con el huso en el suelo y la hebra en la mano, la miraba tristemente: sus hermanos, a quien no permitía Lope ni un momento de reposo, ni menos de ociosidad, se asomaban de cuando en cuando a la puerta de la cocina, y se alejaban meneando la cabeza: el padre entraba también como a hurtadillas,

con la criba en la mano, humedeciendo el pienso con alguna que otra lágrima, la cual se enjugaba con la yema de los dedos, sin soltar la criba.

En una de estas ocasiones le dijo la niña con sordo acento:

-Padre, está llorando.

-¡Qué he de llorar yo, muchacha! Es el polvillo de la avena que se me mete por los ojos. Y eso que soy un mandria desde que no cato el vino. Ya tardan, muchacha, añadió, bajando aún más la voz.

-¡No lo digo por vos! Mi madre es la que llora, contestó la niña, haciendo señas a su padre de que no hablara.

-¡Pobre García!

La loca, que los había oído, exclamó sin volver el rostro, sin cambiar de expresión ni de postura:

-¡Pobres de nosotros!

-¡Pobres de nosotros! ¿Por qué? -la contestó su marido-. Vamos, Petronila; ya sabe Dios lo que se hace. Se lo ha llevado al cielo, cuando menos falta hacía en la tierra. Desgracia es; pero ha venido el nublado después de recogido el trigo de las eras.

-Mis mieses están en el campo todavía: ni un grano se ha traído a casa.

-No digas eso, mujer: no ofendas a Dios. Teodosio será rey el día menos pensado, de la noche a la mañana: se casará con tu sobrina, te descargarás presto del secreto de ese dichoso tesoro que no te deja vivir en paz...

-Presto, sí: lo has adivinado,

-No tiene mucho que discurrir, contestó modestamente Echeverría. Cuando la fruta está en sazón, con menear la rama se viene al suelo.

-Ochoa, no he conocido un hombre ni más cándido, ni más sagaz y malicioso que tú.

-Mujer, ¿por qué lo dices?

-Porque ese secreto es, en efecto, la pesadumbre de mi vida.

-Pues bien, mujer: a todo le llega su tiempo, y a tu hermano Lartaun el suyo. Y doy por caso de que aquí se presentara esta noche reclamando el tesoro que pertenece a su hija: se lo entregas, si lo tienes a mano, y te vas a dormir más ancha y descansada que nunca.

-Tan a mano lo tengo, que no se aparta de mí.

-Tanto mejor: quien debe y paga, no debe nada.

-Lo tengo: mas no para quien te figuras. Ahí está tu candidez.

-¿Ocurre, por ventura, alguna nueva dificultad?

-Nadie puede disponer de lo ajeno contra la voluntad de su dueño; y dueño del secreto es Amaya.

-Constanza querrás decir.

-Amaya digo, la hija de Paula.

-Lo que tú quieras, mujer. Sobre esas cosas, sabes en lo olvidado más que tu marido. Ahora en lo tocante a sorpresas, golpes de mano, cultivo y ganado, no se la cedo ni al lucero del alba. Pero mira lo que haces: vas a ponerte a mal con tu hermano, con tu sobrina, con Teodosio, con todos los vascos. Y no digo nada de Amagoya; porque ésa nunca te perdonará las malas pasadas que le has jugado; pero con esta hogaza que le estás amasando, se va a venir sobre ti como loba hambrienta y rabiosa sobre una oveja.

A nadie tenía yo miedo cuando contaba con García.

-Pues bien, Dios ha dispuesto en él...

-Lucharé sola: yo, como tú has dicho, no busco más que la paz de mi conciencia, y Dios me ayudará. Y luego, lo confieso, no puedo sufrir la soberbia de Amagoya. Quiero acabar de humillarla; quiero derribarla del pedestal de Aitormendi, cuya roca pagana es el lunar y baldón de la escualería.

Y levantándose hasta tocar con la cabeza en la campana de la chimenea, prosiguió con exaltación:

-Todos la tenéis miedo.

-¡Todos! Pues mira que el pobre Lartaun, digo, Pedro, pruebas acaba de dar...

-Mi hermano más que nadie; siendo quien más motivos tiene para hacerla caer de hinojos, pidiéndole misericordia. Teodosio, el bravo Teodosio, tiembla también delante de la viuda del envenenador... del incendiario...

-Por los clavos de Cristo, Petronila, contén un poco la lengua.

-Y tú, marido de la loca que sólo ha perdido el juicio para amontonar cosecha de verdades; tú me vienes un día a sonsacar lo del secreto por cuenta de Pacomio, y hoy, no sé por instigación de quién, me recuerdas lo del tesoro, lo de la boda y lo del reinado, en los momentos mismos en que todos debemos llorar a lágrima viva la muerte, aunque envidiable, de García.

-Mira, mujer; te lo recuerdo, porque tengo barruntos de que se trata de adelantar, y aun de precipitar la boda.

-¡La boda!, exclamó Petronila: boda y elección se suspenderán: los vascos guardaremos el luto de España, el luto de Andeca y el luto de García.

El diálogo quedó aquí interrumpido. Sintióse a la puerta del caserío desusado rumor de gente y de caballerías, y al propio tiempo la voz de Olalla, que discretamente se había salido a tomar el fresco, durante la acalorada conversación de sus padres:

-¡Mis tíos! ¡Mi prima!, gritó desde el zaguán.

Petronila reparó entonces en el hogar repleto de brasas y orlado de viandas, y miró después a Lope de Echeverría, como interrogándole y reconviniéndole al mismo tiempo:

-¿Qué conspiración es ésta?, le dijo. ¿Quién ha mandado preparar la cena que tenéis a la lumbre? ¿Para quién has dispuesto todos estos manjares?

Ochoa bajó los ojos murmurando:

-Yo me lavo las manos como Pilatos: tu hermano y Teodosio así lo quieren.

La loca se dirigió a Pedro de Butrón que entraba entonces en la cocina.

-¡Vosotros aquí y a estas horas!, exclamó sin saludarlo. ¿Qué es esto? ¿Qué novedad ocurre?

-Ninguna, le contestó Lartaun, sino que la boda se hace mañana; por lo cual, hay que apresurar la cena, para que Constanza pueda comulgar. Te lo explicaré luego.

-Olalla, dijo Petronila: dale de cenar a tu prima. Tú, Pedro, no tienes tanta prisa. Ven a decirme ahora mismo lo que has de explicarme luego.

Y deponiendo el ceño y aun la gravedad natural de su semblante para abrazar a su inocente sobrina y su cuñada, se retiró con Lartaun a un aposento inmediato.

Pedro de Butrón la enteró con breves razones de la llegada de Asier a Pamplona, como duque de Cantabria, de su encuentro con Amagoya al volver ésta de los valles vascongados de Aquitania, y por último de las pretensiones de hijo y madre adoptiva acerca de Constanza.

-¿Y eso te asusta, hermano mío?, le dijo Petronila con talante ya menos adusto, casi compasivo.

Tenía la sonrisa que indica la seguridad de la victoria.

-Las pretensiones no, porque son risibles, repuso Pedro; pero me asustan los aspavientos y el ruido y alboroto de mi cuñada, y quiero que cuando vuelvan al caserío de Aitor, Amagoya y Asier, y Asier y Amagoya se encuentren con que los vascos tienen ya rey y reina, con el tesoro en casa por añadidura.

-¿Y Teodosio también tiene miedo? ¿Teodosio también se acuerda del tesoro?

-Teodosio nos espera en el valle de Goñi. Para hacerle sabedor de todo, le mandé un propio, el cual, despachado al punto, nos ha encontrado de retorno en el camino. Aquí creo que se ha detenido un momento para hablar con tu marido, por cuya razón te creía más enterada de lo que al parecer estás. Ahora sólo tú faltas. Se susurra que Amagoya ha

descubierto en Aquitania el secreto de Aitor, por confesión de un antiguo cómplice de Basurde.

-¿Y eso también te asusta?

-Todo, hermana mía, todo me alarma, como te alarmaría a ti, si se tratase del casamiento de tu hija.

-Tranquilízate, Pedro.

-Me tranquilizan, en efecto, tu calma y serenidad; pero...

-Duerme en paz y sosiego toda la noche. Descansa apaciblemente aquí unos días, al cabo de los cuales se hará la boda en esta casa. De ella saldrá Constanza a la de Goñi, no como novia, sino como esposa de Teodosio. Que vengan, que vengan aquí madres e hijos, Asieres y Amagoyas; que se presenten delante de mí reclamando palabras y manos y tesoros. ¡No vendrán! En torno del Aralar perecen cuantos no se acogen al arca salvadora.

-Ya es imposible, Petronila: todos esperan en Val-de-Goñi: la boda se ha de hacer mañana, y si nos descuidamos, hoy, añadió mirando a las estrellas; porque ya debe de ser cerca de media noche. Tengo miedo de que se pase la hora.

-Tienes miedo de todo, Pedro de Butrón. Siendo cristianos de corazón tú y tu mujer, por miedo de Amagoya no os habéis bautizado hasta que Dios ha querido que se alejara de Aitormendi; por miedo de Amagoya llevas a tu hija a las breñas de Urbasa, y por miedo vas a casarla el día mismo en que sabemos los vascos la muerte de la cristiandad en España, la muerte del señor de Vizcaya, la muerte del señor de Abárzuza y las Amezcuas.

-No puede ser otra cosa.

-Pues si otra cosa no puede ser, menos posible es que ésa te salga bien.

Pedro de Butrón, que miraba a Petronila con fraternal afecto, pero al propio tiempo con recelo de que todavía no estuviese completamente restablecida de su demencia, repuso con gravedad:

-Medita un poco tus palabras, hermana mía. No creo proceder en este asunto con ligereza: me aconsejo y guío de la prudencia. Tratándose, como se trata, de una doncella honesta, en quien por su ilustre linaje y singulares condiciones todos tienen puestos los ojos, no puedo consentir que el estrado de su boda se convierta en campo de batalla. Pelea y riñe cuanto quieras con mi cuñada y su hijo adoptivo; pero en otra ocasión. En la presente, cualquier suceso extraordinario sería escándalo, que redundaría en menoscabo del honor y delicadeza de tan principal señora como es mi hija, nacida para espejo, cima y corona de todas las del solar vascongado. En medio del esplendor de su boda, cabe la modestia; en el mismo inevitable ruido que lo fausto y celebrado del acontecimiento exige, debemos procurar el silencio y recogimiento que hasta la santidad del acto reclama. Yo creo, Petronila, que esta conducta es el mejor y más racional tributo que podemos prestar en estos momentos, al duelo de los vascos que en defensa de la cristiandad han perecido.

-Bien está, Pedro; hasme convencido de que tu hermana no debe asistir a la boda de tu hija. Conmigo iría el escándalo: conmigo al menos el temor de algún nuevo rapto de locura.

-Petronila, exclamó Lartaun, creo haberte hablado en razón.

-Y con seso y cordura te contesto. Yo también, mal que me esté el decirlo, tengo mi modestia, la cual consiste en no dejarme ver sino en caso necesario. Pedro de Butrón, si te hiciere falta, si a pesar de tus buenos deseos hubiese necesidad de luchar, de aplastar y confundir a esas gentes, mil veces más locas que yo cuando tenía perdida la cabeza, llámame. Donde quiera que yo esté, y a cualquier hora que sea, volaré a defenderos. Y para que veas que no me mueve contra ti ningún resentimiento, te anuncio desde ahora que mañana voy a Iruña: voy a saber quién es ese Eudón o Asier, duque de los godos; si éstos le conocen por su verdadero nombre; qué títulos y pretensiones trae, y sobre todo, voy a consultar acerca del tesoro con Amaya y el obispo.

Esta última especie no debió de ser muy del agrado de Lartaun, que venía con bien distintos pensamientos.

-Petronila, dijo con voz en que se dejaba conocer sorpresa y aun resentimiento: yo creía que casada Constanza, proclamado rey su marido, había llegado la hora de que sacudieses de encima esa molesta carga que pesa sobre ti.

-¿Sobre mí, Pedro? Míralo bien: ¿sobre mí, o sobre Amaya, hija de Paula, tu cuñada?

-Tenía entendido, además, que en último resultado, el Batzarre decidiría el pleito, y que a su decisión te habías sometido.

-Hablemos como hermanos, repuso la mujer de Lope de Echeverría, y sobre todo, como personas de buena conciencia. Ni tú ni yo tratamos de engañar a nadie, y mucho menos a nosotros mismos. El secreto está en mi poder, no sé por qué... obré irreflexivamente, no estaba entonces en mi juicio... obré por aturdimiento, por instinto, por disposición divina. Pero, quizá también por disposición del cielo, en mis manos se ha salvado lo que en otras se hubiese perdido. ¿Es mío el secreto del tesoro por ventura? Respóndeme, Pedro de Butrón: respóndeme tú, que aún tienes húmedo el cabello con el agua del bautismo y resplandeciente el rostro con la lumbre de la gracia primitiva: dime, ¿no es mi obligación primera devolver lo que no me pertenece?

-Así será. Pero no teniendo la hija del godo ningún derecho...

-Ella hará lo que deba; porque su conciencia es tan recta como la nuestra. A mí no me cabe duda de que debo restituir a tu sobrina lo que es suyo: a mayor abundamiento, en casos de conciencia, no es el Batzarre quien ha de resolver, sino la Iglesia. Por eso, si necesario fuese, acudiría al obispo. Después que Amaya posea lo que su madre la dejó, que haga lo que quiera: yo confío en que ha de hacer lo que debe. Yo sólo puedo darla algún consejo. Ella, la hija del godo, es tan amante del país vascongado como tú y como yo, y ahora que el reino de Toledo desaparece, tendrá a dicha contribuir a que se levante la monarquía de los Pirineos. Capaz la considero de presentarse al Consejo de ancianos y

de someterse a su decisión, si del Batzarre sale rehabilitada la memoria de Paula, y expulsada de Aitormendi la usurpadora Amagoia.

Por más que esta última condición le pareciese fuerte, y casi irrealizable al padre de Constanza, que nunca se atrevió a luchar de frente con la Adivina, tan sensatas, tan fundadas eran las razones de Petronila, que no había modo de oponerse a ellas.

La familia de Aitorechea no pudo ponerse en camino para Val-de-Goñi hasta mucho después de amanecido. Los hijos de Echeverría, incluso Olalla, la acompañaron. Petronila no quiso rehusar este favor a la desposada, que se lo pidió con ahínco. En las breves horas que permanecieron juntas las dos primas, se habían cobrado sumo cariño, y Constanza tenía necesidad de una compañera, de una amiga en aquellos momentos.

Lope se quedó en casa para acompañar a su mujer a Pamplona. Lo sintió muy de veras, porque hubiera querido hallarse en todo, y particularmente en el tráfigo y bullicio de la boda y del Consejo, persuadido de que si él no estaba allí para disponer y arreglar las cosas no irían éstas en debida forma, o por lo menos, carecerían de los últimos toques, perfiles y pulimento. Pero no tuvo más remedio que obedecer a Petronila.

-Al fin y al cabo, decía para consolarse: no me vendrá mal dar una vuelta por el mercado y ver cómo se presenta el trigo nuevo para la siembra: porque éste de la montaña se va convirtiendo poco a poco en centeno. Llevaremos de paso media docena de cabritos; compraré algunos aperos, echaré el ojo a la mejor yunta; porque ahora, mujer, o fallan todos los cálculos humanos, o vamos a vivir en paz, en cuyo caso no hay más remedio que aplicarse, hacer roturos y tirar simiente de largo. Si te parece, Petronila, traeremos una carga de melones, que es fruta que por aquí escasea, y en Iruña no dejará de haberlos, si acude gente de la ribera. Y sabremos, por fin, qué es eso de los godos, y lo de García. Porque a mí se me hace duro de tragar, que mozo como él, tan leído y tan bien hablado, haya ido a perecer lejos de su tierra. De aceite tampoco debemos de andar muy sobrados, y si hacemos las paces, ya no nos queda el recurso de salir a sorprender convoyes; porque una cosa es robar, y otra dejar sin recursos al enemigo. Si te parece, podemos traer de paso...

-Si te parece, le contestó Petronila, podemos tomar casa en Iruña para hacer la mitad de lo que te propones.

Salieron ya muy entrado el día, porque Lope, sin los brazos auxiliares de sus hijos, todo lo tenía que hacer por sí, y todo lo quiso dejar arreglado.

En el camino vieron venir a un vasco, que a pesar del calor, traía paso vivo y el aire cómicamente arrogante de persona que va diciendo: «llevo aquí secretos de importancia».

Era el mensajero que Munio enviaba al duque de Cantabria, con el anillo de hierro y la noticia de la llegada de García y los alborotos de la ciudad.

-¿A dónde vais, le dijo Echeverría, con este sol y este viento que sale como de la boca de un horno?

-Yo os puedo contestar que vuelvo a mi tierra y llevo de espaldas el bochorno, por lo cual no es extraño que no tema ni rayos de sol, ni bocanadas de fuego: pero vosotros, para quien ni el viento sopla más fresco, ni las nubes dan más sombra, ¿queréis decirme quién os ha dado el mal consejo de emprender el camino de una ciudad más alborotada que gallinero sorprendido por la raposa?

El viandante, que parecía alegre y comunicativo, tenía ganas de conversación; y como supondrá el lector, ni Lope ni su mujer le habían de contrariar el gusto, después del cebo que acababa de poner a su curiosidad.

Había encontrado poco antes a Pacomio, que vagaba por aquellos contornos esperando a Eudón, de cuya vuelta a Pamplona no dudaba, si el anillo que le envió, anticipándose veinticuatro horas al vicario, había producido el efecto que esperaba.

-Sentémonos, si os parece, le dijo Echeverría.

-Que me place, contestó el mensajero.

Y todos tres se acomodaron a la sombra de unos chopos, a la margen del arroyuelo que sale del valle de Gulina.

-Vamos a ver, ¿qué novedades ocurren en Iruña?, preguntó Lope.

-¿Qué gente ha pasado hoy por las Dos Hermanas hacia Pamplona?, dijo el interpelado.

Y Petronila, que no apartaba de él los ojos, exclamó:

-Os conozco: os he visto antes de ahora.

Tres eran los personajes de esta escena, y cada cual trataba de llevar la conversación por diverso camino.

Como era natural, prevaleció el rumbo de la dama.

-Me llamo Uchin.

-¡Uchin!, replicó Petronila, como dudando de la veracidad del caminante.

-No extraño que me conozcáis, porque alguna noche he cenado en la cocina de vuestra casa; ni tampoco que no recordéis mi nombre, porque la única vez que os vi, estabais... estabais...

-Loca. Como ahora, poco más o menos, Jaun Uchin. No me acordaba de vuestro nombre; pero tengo especie de que sois aquitano.

-Vasco de allende.

-Amigo de Pacomio.

-Como todo el mundo.

-Y de Asier.

-Compañero de la infancia. Hemos nacido en el mismo valle.

-¿Vais por ventura en busca del... ermitaño?

-Precisamente lo dejo atrás, a corta distancia de aquí. Os lo encontraréis en el camino.

-¡A Pacomio! ¿Y qué hace ahí el buen eremita?

-Esperar la vuelta de un vasco, en cuya busca voy, y para quien llevo cierto mensaje. Por eso preguntaba a vuestro marido si habíais visto pasar por las Dos Hermanas a un joven en dirección de Iruña.

-¡Mensajes de Iruña para un mozo que de la tierra baja se encamina a la ciudad de los godos! Esto sí que me parece extraño y estupendo.

-Cualquiera puede extrañarlo menos vosotros, que a la metrópoli de los godos vais también desde el riñón de la montaña.

-Pero a nosotros nadie nos manda mensajes.

-Pues dadlos por enviados y recibidos, si os preciáis de buenos euscaldunas.

Y el mensajero de Munio, partidario sin duda del sistema de su amigo Pacomio, que se proponía explotar a unos y otros, añadió con aire de confianza y de aviso:

-Todos los montañeses que hoy han acudido incautos al mercado, están presos en Iruña; la ciudad alborotada con las nuevas de la Bética, y yo he podido escapar en busca de Asier... para que venga a libertarlos.

-¿De qué Asier?

-Del hijo de Amagoya.

-Pero ese... ese amigo vuestro de la infancia, ¿no murió hace muchos años?

-Vive, y está de vuelta en Aitormendi.

-¿Y al hijo adoptivo de Amagoya es a quien está esperando Pacomio?

-Cierto.

-¿Para qué?

-Para salvar a los vascos prisioneros, y sobre todo a García, que ha llegado esta mañana de la Bética.

-¡García Jiménez!

-El mismo.

-Mensajero, mirad bien lo que decís... Dejaos de embustes y patrañas; porque acá desgraciadamente sabemos todos que García Jiménez ha muerto en la batalla, con Andeca, señor de Vizcaya.

-Andeca, sí; García no. García está en Pamplona, y porque no salga, ni se escape, los godos han cerrado las puertas de la muralla.

Y levantándose para seguir su camino, añadió:

-Y adiós, ahora. Si tropezáis con Pacomio, no os deis por enterados de nada de cuanto os he dicho. Pero si os alcanza Asier, sin que yo lo haya visto, haréis un bien a los pobres vascos de Iruña en informarle de todo, y hacerle andar de prisa.

La buena nueva de la resurrección del héroe vascongado, se sobrepuso a las demás noticias, por alarmantes que fuesen.

-Ochoa, exclamó Petronila, apenas el aquitano los dejó solos: la Providencia nos envía al hombre que nos hacía falta. Cuando ese mancebo que acaba de pelear con los godos en la Bética, dando a su madre y sus amigos al olvido, se mete de rondón en Iruña; cuando sus habitantes, en vez de recibirlo con palmas, tan encarnizadamente lo persiguen, alguna pretensión trae, algún pensamiento que no cabe dentro del angosto cerebro de los godos. Es menester ayudarle. Contra el nuevo duque de Cantabria viene, y ese duque, en efecto, no debe ser otro que Asier. Asier es hoy nuestro capital enemigo. Vamos a salvar a García.

-Y con García a todos los nuestros, que por él acaso han caído en la trampa.

Aceleraron el paso entrambos consortes, tomando a la izquierda la falda de la cordillera, para evitar el encuentro de Pacomio; y el bueno de Echeverría dio pruebas de la precisión y diligencia que caracterizan al guerrillero. Aprovechó cuantas ocasiones tuvo de difundir la noticia del peligro en que estaban los vascos en Pamplona, encareciendo la necesidad que tenían de socorros; y así que llegó a las inmediaciones de la plaza, recogió la gente, que por haber llegado después de cerradas las puertas, andaba por allá sin saber qué hacer, y sin pensar en volverse hasta averiguar la suerte de los prisioneros. Armas también solicitaba, y no cabía en sí de gozo y orgullo, cuando vio que el ejército sitiador que militaba a sus órdenes, ascendía al respetable número de doce o quince hombres.

-Pocos somos, decía a su mujer, para conquistar ciudades a que hasta ahora no han podido hincar el diente las tribus reunidas; pero algo hay que hacer, algo que inventar para acudir a esos pobres cautivos. Cualquier cosa menos estarnos aquí mano sobre mano y con la boca abierta, contemplando lienzos de muralla, troneras y torreones coronados de almenas.

Nada de lo que había dispuesto el merodeador de las Dos Hermanas fue inútil, como en el anterior capítulo hemos visto. El ejército sitiador, fuerte de doce a quince hombres, concurrió efectivamente a la toma de la puerta de Occidente; las armas amontonadas convirtieron en soldados a los que de ellas carecían, y los vascos de los alrededores que iban llegando poco a poco, reforzaron la guarnición de las torres, en términos de que

García pensó en ensanchar sus dominios hasta ponerse en comunicación con el palacio de Ranimiro.

Petronila quiso acompañar en su expedición al caudillo, por más que éste se resistiese a llevar consigo una mujer, a quien no podía defender la escasa fuerza que sacaba del punto conquistado.

-Déjame, García: ya te ha dicho mi marido que para casos tales soy un hombre. Puede que no te pese de haberme llevado: y de todos modos, si Amaya está en su palacio, necesito verla.

Cuando el caudillo vasco se aproximó al edificio, supo que los amotinados se hallaban dentro, y no titubeó en lanzarse a la defensa de su amada, a quien creía en gran peligro; y al tomar con este objeto la calle de la fachada principal, vio venir al príncipe decalvado.

-Dejadme solo, le dijo éste: no os presentéis a los insurrectos con tan poca gente. Pretexto dará vuestra presencia a nuevos horrores, que no podréis contener. Volveos atrás.

-Eso no, sin ver a... sin saber la suerte de Amaya, respondió García.

-O por lo menos, aguardad donde no os vean los rebeldes con esa docena de hombres mal armados. Si podéis entrar, yo os avisaré.

He aquí explicada la aparición de García a pocos pasos de Amaya, cuando ésta se arrojó a los brazos de su padre.

El joven, dejando a sus vascos en la esquina del Norte, para que no fuesen vistos, no quiso separarse mucho de Ranimiro, ni esperar su aviso: y cuando vio a su Amaya tranquila y serena en medio de los sublevados; cuando la contempló feliz bajo el amparo de su padre, sintió dulcísimo consuelo, y bendijo a Dios, que tan singular e incesantemente le protegía en aquel día tremendo.

Pero estaba dispuesto que sus dichas y consuelos fuesen breves.

Los amotinados le vieron. De los labios de Amaya se había escapado, involuntaria, irresistiblemente el nombre de García.

-¡García!, exclamaron también algunos siervos y bucelarios, antiguos prisioneros de Gastelúzar.

-¡García! ¡Que viene García! ¡Muera García! -gritó la turba de facinerosos, mal arrepentidos y peor enseñados todavía a la virtud, temerosos de haber caído en un lazo de los vascos, que venían a pedirles cuenta del compañero que habían asesinado, atormentados por la conciencia que les argüía de todos los crímenes y excesos que acababan de perpetrar, y tratando de esquivar con otros nuevos la justicia del castigo.

Sólo Ranimiro pudo contenerlos y refrenarlos.

Mas no lo consiguió del todo, hasta que salió a la calle para hacer retirar a su amigo.

Estaba enterado, por los portarios vencidos y puestos en libertad, de la increíble hazaña de García.

-Volveos a la puerta, le dijo a éste: volved, con tanto mayor motivo, cuanto que, de un momento a otro, se presentará aquí Munio con las tropas de su tiufadía que guardan el Dominio, y tendréis necesidad de huir a la montaña, o de sostener un sitio en regla dentro de las torres que habéis tomado.

-Pero Amaya...

-Amaya no corre a mi lado ningún riesgo, y el peligro de vuestros vascos es inminente. No perdáis un instante, si queréis salvar la vida de esos infelices.

El enamorado caudillo de los prisioneros montañeses acabó de conocer entonces la imprudencia que había cometido. Quiso engañarse a sí propio, desmentir a su conciencia que le argüía de temerario, cuando desamparó los torreones por defender el palacio de Ranimiro.

-Necesito extenderme, avanzar hacia la población; se decía a sí mismo.

Pero la inexorable voz interior le contestaba:

-¡No! ¡Sólo quieres ver a la mujer querida!

Y ahora se lo repetía acusadora:

-Por Amaya; por contemplar una vez más a la princesa goda; por confirmarte en su amor y darla nuevos testimonios del tuyo, vas a perecer y sacrificar inútilmente la vida de tu amiga y protectora Petronila, y la de tus valerosos y leales amigos de la sierra. ¡Tu loca pasión será el escollo de la empresa que se te ha encomendado, y en que tanto te ha favorecido la Divina Providencia!

Tornó García a reunirse con la esposa de Lope y la poca gente que había sacado del portal; pero ya era tarde.

La tropa del vicario tendida por la ronda, entre la puerta y la casa de Ranimiro, le había cortado la retirada.

Estaban los vascos en escaso número y muy mal provistos de armas arrojadas, y los godos pasaban de ciento, y los esperaban a la salida del burgo, con los arcos preparados y las flechas tendidas en puntería. Antes de que la gente de García pudiese hacer uso de la espada y la guadaña, tenía que caer acribillada a saetas.

El caudillo comprendió al punto la inutilidad de un esfuerzo propiamente desesperado, del sacrificio de su vida y la de todos cuantos le acompañaban.

-¡A casa de Ranimiro!, dijo a los suyos, los cuales se lanzaron irreflexiva, inmediatamente al pórtico del edificio, y cerraron las puertas.

Era ya tiempo; porque Munio había hecho la señal de avanzar disparando, y momentos después, una nube de flechas vino a dar en la pared de la fachada del Norte, al pie de la cual habían permanecido los vascos con Petronila.

-¡A ellos!, gritó el vicario: ya son nuestros. Ninguno ha de salir con vida.

El palacio con Amaya y Ranimiro, García y la loca, los vascos y los siervos, revueltos con la gente más desalmada del motín, sedienta de la sangre de García, quedó en breve cercado por la tiufadía de Munio.

-No te escaparás ahora, decía éste: yo te juro que no has de salir otra vez por la ventana.

CAPITULO VIII

En que el príncipe Decalvado echa de menos su cabellera y su Francisca

La situación de los vascos en el palacio de Ranimiro era desesperada. Fuera tenían que luchar contra las turbas y las tiufadías de la guarnición, y dentro, con la cuadrilla que más se había señalado por sus desmanes. Ella, por su número y por el terror que infundía su desmoralización, no Ranimiro ni Amaya, mandaba o podía mandar en la casa. No era ya menester que Munio expusiese la vida de uno solo de los bucelarios para que pereciese García.

Al verlo llegar precipitadamente, el primer movimiento de los bandidos de Habacuc fue de sorpresa y miedo. Creían que entraba al frente de muchedumbre de vascos, a castigar el crimen cometido.

García, que nunca perdía la serenidad, aprovechándose de aquel instante de inacción, les dijo:

-Quiero entenderme con vosotros. Según decreto del nuevo rey Teodomiro, soy vuestro duque; pero si desconocéis mi autoridad, pactaremos: no nos hemos de poner aquí a reñir unos con otros, cercados como estamos por el rebelde Munio, que nos amenaza a todos. ¿Quién manda aquí? ¿Dónde está el jefe de esta fuerza?

Los sublevados, que se vieron tan inesperadamente enaltecidos y considerados como tropa regular, depusieron el ceño; pero continuaban mudos. Realmente no sabían qué responder: les faltaba el cabecilla, que había desaparecido con sus convecinos de la aljama.

Pero quien manos y lengua les embargaban, eran Amaya y Ranimiro que aparecían bajo la bóveda del vestíbulo, subyugándolos con el prestigio de la virtud y la autoridad de príncipes y dueños de la casa.

Amaya sobre todo, que se había adelantado para interponerse entre el acero de los amotinados y el pecho de García y Petronila, los tenía como fascinados. En su presencia sentíanse incapaces de perpetrar un crimen, de cometer una villanía, y hasta de alzar los ojos. Y este efecto lo producía Amaya sencillamente, sin esfuerzos ni ademanes

melodramáticos; por el respeto y simpatías que inspiraba, por la hermosura de su rostro y la bondad angelical que en su mirada resplandecía. Era la Beatriz que por un instante suspendía los tormentos de aquel infierno, y trasformaba el rostro de los condenados, envolviéndolos en la lumbre celestial de su aureola.

La dama se apresuró a contestar a García:

-Podéis entenderos con cualquiera. Aquí no han quedado ya más que cristianos.

Ranimiro añadió:

-Pasad adelante, García. Yo y mis siervos hemos recibido vuestra hospitalidad y generosa protección en la montaña: los godos os lo pagamos hoy. A vos y a Petronila os debemos la vida, y antes de que nadie os toque en mi palacio, pereceremos todos.

-¡Todos!, contestaron los siervos del decalvado.

Y la gente del motín, arrastrada por la corriente, viose obligada a repetir como un eco:

-¡Todos!

Ranimiro añadió, con marcada intención de confirmar este primer efecto de sus palabras:

-He visto la orden del rey que nos manda obedeceros. Nuestra salvación está en vuestras manos. Sapiéntísimamente ha dispuesto el sucesor de mi sobrino Rodrigo, que godos y vascos nos unamos de hoy en más para resistir juntos a los enemigos de Cristo; y yo, como deudo del monarca que tan gloriosamente ha perecido, me apresuro a rendiros homenaje, y solicito vuestros brazos.

A toda muchedumbre convence, persuade y mueve siempre más un hecho que cien razones. Ante el ejemplo del venerado prócer, los rebeldes se consideraban ligados y comprometidos en fraternidad con los vascos.

Petronila entre tanto se había retirado con Amaya, y ni una ni otra perdían el tiempo.

Lo primero que hizo la esposa de Lope en cuanto se vio a solas con la hija de Ranimiro, fue tocar el resorte del brazalete, quitárselo de la muñeca, abrir el medallón con la destreza que ella sola poseía, y depositar en él un pequeño óvalo de vitela, cerrándolo, y volviendo a colocar la joya en el brazo de Amaya.

Mientras hacía todas estas operaciones, y las ejecutó con suma celeridad, decía:

-Aquí tienes otra vez el secreto de Aitor: aquí está la alhaja, tal cual me la entregó tu madre, tal cual ésta te la legó. Si por algún tiempo la he despojado del secreto que encerraba, ha sido para conservarlo para ti, según el espíritu de Paula. Ahora ya puedo morir tranquila.

-No moriréis, amiga, salvadora, segunda madre mía, no moriréis. Dentro de casa reina y la paz, y fuera...

Amaya miró a la calle, entreabriendo una de las ventanas, y tuvo que retirarse trémula y despavorida.

-¡Fuera parece otra cosa!, dijo Petronila, sonriéndose amargamente y asomándose también, pero sin ninguna precaución.

El espectáculo era para desalentar el pecho más entero y varonil.

El palacio, no sólo estaba cercado por la hueste, sino que, a espaldas de los soldados, aparecía una segunda línea, todavía más apretada y temible, de gente del pueblo, que rugía impaciente por gozarse en el espectáculo de la matanza y carnicería de los vascos por los jinetes del vicario.

Éste había circunvalado el edificio y aglomerado en torno todos los recursos de que podía disponer en aquellas circunstancias. En el alcázar y el Dominio, apenas quedaba gente: Lope de Echeverría y los de la puerta estaban completamente olvidados. El principal empeño de Munio era acabar con el señor de las Amezcuas, rival de Eudón en el mando de Vasconia, y rival suyo en pretensiones amorosas.

Ya lo tenía cercado, cogido; era imposible, materialmente imposible que se le fuera de entre las manos.

Por respetos a Amaya, por consideración a Ranimiro, no se atrevía a dar la orden del asalto, que ciertamente podía ser un tanto costoso, si los de adentro se obstinaban en defenderse, mas no difícil, dada la poca altura de las ventanas y aun del tejado, a donde por varios puntos podía subirse impunemente con escaleras de mano, sin que los asaltantes fuesen hostilizados, ni siquiera vistos. Pero Munio, seguro de la victoria, quería evitar los desórdenes consiguientes a la violencia de semejante empresa, en la que no podía evitar que la plebe amotinada tomara parte.

En el zaguán de una casa inmediata reunió a los tiufados, quingentarios y demás jefes para hacer un simulacro de consejo, y deliberar acerca del partido que debía seguirse.

Todos unánimes rechazaron la proposición de tomar por asalto la casa de un príncipe, antiguo camarada suyo, y por añadidura convaleciente y decalvado; pero convinieron en la necesidad de no dejar que llegara la noche sin que aquel estado de cosas hubiese terminado.

Requisito previo, indispensable era llamar a la puerta en son de paz, y tratar con Ranimiro, ofreciéndole dejarlo salir en libertad, con su hija y toda su servidumbre, llevando consigo las joyas y objetos de mayor estimación para ellos.

Urgía aún más esta resolución, porque el Obispo había mandado al anciano Unicomalo, con una diputación de sacerdotes del Cónclave canonical, a pedir merced y piedad para los sitiados.

A pesar de la repugnancia de Marciano a tomar parte en negocios temporales, y sobre todo, en aquellos que podían comprometer el prestigio de su autoridad, necesario para el bien espiritual de sus diocesanos, las cosas habían llegado a tan escandaloso extremo, que

ni el decoro de su persona por un lado, ni la caridad por otro, le permitían dejar de hacer los mayores esfuerzos para que cesaran los desórdenes de la población.

Mandó Munio tocar a parlamento, y temiendo confusamente que de nuevo se le escapara la presa, salió a la calle, y encareciendo la necesidad de que terminara al punto aquel incidente, por la proximidad de la noche y el peligro que la ciudad corría, si los vascos continuaban dueños del palacio y de la entrada del Poniente, tomó dos centenarios de su tiufadía, y se dirigió al pórtico para tratar con el príncipe a quien tan pérfidamente había decalvado.

Llamó con fuertes golpes, y no contento con el toque de la corneta, enarboló bandera blanca.

Nadie contestó.

En los primeros instantes de silencio, temió que la tierra se hubiese tragado a la víctima que con odio tan implacable buscaba; figurósele que todos, patronos y siervos, godos y vascos, habían desaparecido por algún subterráneo; pero en la casa de Ranimiro no había ninguno, según noticias que tomó cuando la puso cerco.

Todos los sitiados estaban dentro, nadie se había fugado; y si no salían, era porque ninguno de ellos sabía qué hacer, ni cómo tomar aquella inesperada señal de paz, que creían inverosímil en medio de apuros y angustias, para los cuales no hallaban remedio ni salvación en lo humano.

García y el tiufado penitente habían recorrido el edificio, haciéndose cargo personalmente de su defensa, y observando la situación de las fuerzas enemigas.

Por la necesidad de atender al amparo y vida de sus huéspedes, de su hija y a sí propio, Ranimiro se había olvidado del sayal que vestía, de la cabellera que le faltaba, y hasta de la enfermedad de que milagrosamente acababa de salir, de la debilidad que todavía le aquejaba. El peligro, el espectáculo del asedio y de las armas le daban animación y desusados bríos; le transportaban a sus antiguos tiempos, y le rejuvenecían. Resuelto a ponerse al frente de los sitiados, llamó a su hija.

Cerca se hallaba ésta, muy cerca. En aquel trance no se atrevía a respirar lejos de su padre, y seguía sus pasos, como el perro que tiene el instinto de que va a perder a su amo.

-Amaya, le dijo el penitente; disponte a salir con Petronila y cuantas mujeres haya en casa. Entre tanto, yo voy a conferenciar con Munio.

-¡Con Munio!, exclamó la dama toda inmutada. ¿Para qué? ¿Qué vais a pedir a ese... a ese hombre?

-Lo que no niega jamás un noble, ningún militar honrado: que os permita salir a todas libremente. Munio, además de gardingo y jefe que ha sido de la guardia de espatharios, nos ha tratado hasta ahora como amigos; fue mi vicario cuando yo tuve el mando de Vasconia; en mi enfermedad ha demostrado verdadero afecto a la familia: a él le debo el Viático, que tal vez me devolvió la vida y la salud, perdidas ya sin remedio, según todos creíais.

-Padre, repuso Amaya; no quisiera que le pidieseis merced ninguna.

-También a mí me cuesta trabajo dirigirle la palabra en esta ocasión. Me está tratando, no como a superior que he sido en gobierno y jerarquía, sino como si yo fuese un rebelde, un malhechor, un forajido. Pero no voy a pedirle gracia, sino justicia: voy a mirar más por su honor, que por mi gusto y conveniencia. Nada le diré de mí, nada de los que aquí se albergan: sufriremos todos la suerte que la Providencia nos depare; pero no es justo ni razonable que os exponga a vosotras a los horrores de las armas y del tumulto.

-Padre mío, mi suerte será la vuestra: aquí, como en Gastelúzar, yo no me separo de vos.

-Eso no es sensato, ni prudente. Amaya, tenemos que ceder a la ley de la necesidad, tenemos que sucumbir.

-Escuchad, padre mío, dijo Amaya, llevando al penitente aún más lejos de García que lo que estaba.

El joven vasco, ya que no con el oído, les siguió con la mirada.

-Señor, dijo Amaya, bajando la voz, pero sin hacerla perder ninguna de las inflexiones de la verdad y del más profundo convencimiento: señor, estoy vivamente persuadida de que Munio me ama y tiene pretensiones sobre mí. Procede en los desórdenes de hoy por celos de García. Esto os explica lo que de otra manera resulta enigmático, sin sentido y fuera de toda razón. Ved ahora si quien tantos escándalos y crímenes promueve, sólo en odio de un hombre inocente y bueno, será capaz de hacer lo que, según decís, no niega ningún noble, ningún militar honrado. Ved si al pedirle, no merced, sino justicia, alentáis o no sus insanos y ruines pensamientos.

-Basta, hija mía.

-Pues si os parece bastante, no añadiré más; pero aún pudiera...

-Dilo todo.

-Padre, a la luz de los necios pensamientos del vicario de Eudón, he visto con nueva claridad la conducta que observó durante vuestra enfermedad, y abrigo sospechas de que os ha decalvado, para que nunca pudierais hacer sombra al duque de Cantabria.

-Pero la decalvación era indispensable, según costumbre de los visigodos, en el estado a que llegó mi dolencia.

-Sí, padre mío, contestó Amaya con acento sordo, casi imperceptible; pero esa dolencia estaba en manos de dos físicos judíos.

-Los mejores que tenemos.

-Amigos y confidentes de Munio.

-Basta.

Y alzando Ranimiro la voz, de manera que García pudiese oírle, exclamó:

-Nos resignaremos a la voluntad de Dios. Nada les pediremos a los sitiadores. Os encerraremos en el último aposento de la casa, y allí delante de la puerta, pereceremos todos en vuestra defensa. Aún no he ratificado los votos, aún puedo esgrimir el acero. Veremos si hay un godo que se atreva a cruzar su espada con la de un padre enfermo y tonsurado, que olvida la calentura que le devora y el sayal que le cubre, para defender el honor de su hija.

García, que atento y silencioso había presenciado tan conmovedora escena, dijo a la sazón:

-Ranimiro, yo tengo que sacrificarme por todos, y voy a entregarme a Munio.

-¡Jamás!, replicó Amaya con entereza.

-¡Jamás!, repitió su padre.

-Para convenceros, amigo mío, dijo tranquilamente el joven vasco, me obligáis a repetir vuestras palabras: resignémonos a la suerte que la divina Providencia nos depara. Si se salva Amaya, si se salvan las mujeres, y vos, amigo queridísimo y tan venerado como veneré a mi padre; si se salvan estos pobres vascos, a quienes por imprudencia, por aturdimiento juvenil he comprometido, el sacrificio de mi libertad, de mi amor propio, de mi vida misma, me parece pequeño.

Ranimiro se enterneció al oírle. Desde la enfermedad que acababa de padecer, era físicamente débil, y no podía ostentar aquella entereza y dominio sobre la materia, que antes le dio hasta fama injusta de bárbaro y cruel.

Amaya estaba no menos conmovida: la alusión de García a la memoria de su padre al hablar del padre de la princesa, fue por ventura la expresión que más vivamente le llegó al corazón, de todas cuantas muestras de cariño le había dado el joven señor de las Amezcuas. Pero ni uno ni otro, ni padre ni hija, estaban en el caso de contestar. Dado que supiesen qué decir, y que pudieran articular una sola palabra, ésta les habría vendido y hecho traición al sentimiento que trataban de ocultar, por respeto a la situación en que se hallaban, o por su mutuo respeto.

En aquel instante volvió a sonar la trompeta de parlamento.

Ranimiro y García entendieron perfectamente la impaciencia de Munio, y la significación de aquel toque.

-¿Oís?, dijo el calvo. Tienen prisa por intimarnos la rendición.

-¡Saldré yo!, repuso García.

-Yo, yo solo: a mí me corresponde. Estos hábitos, esta tonsura, me recuerdan la obligación de dominar mi soberbia. ¡Oh! ¡Quiero humillarme hasta el punto de escuchar las proposiciones de Munio! ¡Pero en seguida, quiero vestir mi estribo de escarlata, y empuñar la francisca!...

-Ranimiro, le contestó el joven; ni habéis hecho votos, ni debéis hacerlos. Es el encargo que Pelayo y Teodomiro me han dado para vos.

-Sí, sí, exclamó Ranimiro, dejándose arrebatar por aquellas razones: ¡la espada otra vez! ¡Y ahora, yo veré a Munio, yo le diré que todos estamos dispuestos a morir!

Y Petronila, que había escuchado estas palabras desde la galería del vestíbulo, les contestó:

-¡Dejadme a mí! ¡No ha de perecer nadie! ¡Yo os salvaré a todos!

CAPITULO IX

De cómo García más que navarro, va pareciendo aragonés

Petronila se había entretenido previsora, con los insurrectos de la temible banda de Habacuc, para completar en cierto sentido la obra de su conversión, iniciada por Amaya.

Los siervos de Ranimiro que sufrieron la suerte de sus patronos en Val-de-Goñi, conocieron al punto a la loca de las Dos Hermanas, que por tan maravillosa manera salvó la vida de la princesa goda. Contaron a los amotinados aquella aventura y las de Gastelúzar, el terror de Amagoya, el mágico influjo que la demente ejercía sobre los vascos, el singular y siempre creciente cariño que profesaba a la hija de Ranimiro: y no fue menester más para que la plebe, muy dada a todo lo extraño, fantástico y estupendo, la mirase como superior y maravillosa criatura.

Hasta la idea que tenían de su mal seguro juicio, acrecentaba el respeto que les infundía, siendo la locura perfil de misterioso y descomunal poder. Su talla gigantea, sus vigorosas facciones, enfático lenguaje y enérgicos ademanes, y sobre todo, la tranquilidad que mostraba en medio de los apuros y conflictos de situación tan desesperada, completaban el prestigio y fascinación irresistible que ejercía.

Con aquella mujer singular a nadie temían, de ningún peligro se acordaban. Ella les inspiraba confianza verdaderamente ciega y absoluta. La veían alegre y animosa, serena, hasta el punto de parecer indiferente, y sentían cierta curiosidad de ver cómo la loca les sacaba de aquel atolladero, y se creían llamados a presenciar algún nuevo milagro.

Cuando sonaron los ecos de la trompa, y poco después tremendos aldabazos a la puerta; cuando sintieron la voz del vicario, y por el ojo de la cerradura le vieron en la escalinata, volviéronse hacia Petronila, y la dijeron:

-Ahí los tenéis; ahí está Munio en persona.

-Retiraos todos, respondió la loca, sabiendo lo que se la exigía: yo sola quiero entenderme con él. Voy a decir a los señores que me dejen a mí con el gobernador.

En efecto, después de las breves palabras que dirigió a sus amigos, tornó al vestíbulo ya completamente desierto, descorrió los cerrojos, y se presentó al vicario y los dos oficiales de la tiufadía, sin pasar del umbral.

Munio se quedó sorprendido, porque esperaba otro recibimiento; pero creyéndola sierva de la casa, la dijo:

-¿No hay manos varoniles en el palacio que se atrevan a volver la llave de la puerta? Decid a vuestros patronos que el vicario de Eudón, duque de Cantabria, quiere hablar con ellos.

-Ranimiro, decalvado por vos, contestó tranquila, no puede tratar en cosas temporales; García no se dignará, según sospecho, de cruzar con la vuestra su palabra. Pero aquí estoy yo: conmigo, y sólo conmigo tenéis que conferenciar.

Munio tuvo impulsos de volver la espalda desdeñoso, pero fijándose en la errante mirada de aquella mujer, en su extraño aspecto y continente, la dijo:

-¿Estáis loca, por ventura?

-Así me llaman: ¡la loca! La loca de Echeverría.

-¿No hay ningún hombre en esta casa? ¿Se los ha tragado a todos la tierra?

-Lleno está el palacio de ellos; pero os repito que sólo conmigo tenéis que tratar, y a solas, y en secreto, si os parece.

-¿Os burláis de mí? ¿Se quieren reír de mí los rebeldes? ¿Me tienen miedo?

-En secreto digo, por consideración a vos, repuso Petronila: pues a mí no me importa que me escuchen los señores que os acompañan, y todos los vuestros y el mundo entero. Pero os pudiera importar a vos, pudiera pesarle, y mucho al llamado Eudón, duque de Cantabria, y por ahora no hay necesidad de darle ese disgusto.

-Pero ¿habláis de veras?, respondió Munio, que empezaba a dudar, y a tomar por lo serio la escena que le había parecido grotesca.

-Como gustéis, le dijo la loca, encogiéndose de hombros. Yo concluyo en pocas palabras. Si queréis que las diga en alta voz y de manera que todos los vuestros se enteren de ellas, mejor; despacharemos antes.

-Entremos, repuso el vicario.

Y volviéndose a los jefes, que se habían quedado al pie de la escalinata de mármol, añadió:

-Tened la bondad de esperarme aquí. Saldré presto.

-Muy presto, repitió Petronila.

-No pasaremos del vestíbulo.

-No hay necesidad. Aquí estaremos solos.

Y con la calma y serenidad de aquella mujer, crecía el temor y turbación de Munio.

-¿Qué tenéis que pedirme?

-¿Pediros? Nada. Tengo que mandaros que nos dejéis salir completamente libres a los vascos encerrados en esta casa.

-Así venía a proponerlo: saldrán, pero desarmados, y después de haberme entregado a García.

-Saldremos con las armas que hemos traído, y García al frente de todos nosotros. Los siervos y bucelarios de Ranimiro y la gente del pueblo, que ya es nuestra, nos darán escolta hasta la puerta del río, donde nos aguardan los demás.

-¿Y para hacerme oír tales sandeces gastáis ese enfático aparato, y os atrevéis a tomar en boca el nombre de Eudón?

-Efectivamente; he hecho mal en no dar su verdadero nombre al mal llamado duque de Cantabria.

El vicario se echó a reír, recobrando su tranquilidad.

-Llegáis tarde, buena mujer, llegáis tarde, Eudón me enteró de todo antes de marcharse. ¿Queréis amedrentarme con el secreto de que Eudón no es godo, sino vasco; de que su nombre es?...

-Aser.

-Asier: ya lo sabía. Vuestro secreto, por consiguiente, no vale dos silicuas. Si las queréis, sin embargo, porque no salgan fallidas vuestras cuentas del día, tomadlas.

Y se echó mano al pecho, como buscando alguna moneda.

-¡Quieto, miserable, quieto!, exclamó Petronila, deteniéndole el brazo. No insultéis a quien, con una sola palabra, puede confundiros y aplastaros.

-¡Cielos!

-Eudón os ha mentado; Eudón no es Asier, se llama Aser; no es vascongado, sino judío.

-¡Silencio!

-¿Queréis que lo diga más claro? ¿Hay necesidad de que lo repita en alta voz? ¡Es judío! ¡Judío! Saldré a la puerta del palacio, y gritaré a la hueste y al pueblo aquí reunido: ¡vuestro duque es un judío!

-Basta, Petronila, basta. Os creo. No alcéis la voz. Esa firmeza no engaña a nadie.

-¿Queréis saber más? Es hijo de Pacomio, el falso ermitaño.

-¡Eso también!

-¿Y sabéis quién es el eremita Pacomio?

-¡Oh! Lo voy sospechando de poco tiempo acá.

-¡Es el rabino Abraham Aben Hezra! ¡El renegado a quien tenéis que ahorcar, si no queréis ser ahorcado!

-¡Qué vergüenza! ¡Qué horror! Hasta ahí no llego... hasta ahí no puede seguirle un caballero, un noble godo...

-Ni un noble, ni el siervo más ruin y miserable, con tal que sea cristiano. Porque ese malvado, ese apóstata, es jefe de la secta secreta que toma por pretexto la astrología, y por único fin la perdición de España y la entrega de toda la Península, incluso la Vasconia gótica -y si posible fuera, la genuina, la independiente y libre- al cautiverio de los feroces hijos de Mahoma. Algo de eso debéis de saber vos, que fuisteis amigo de los hijos de Witiza.

Munio no era un hombre de bien, ni mucho menos; pero no estaba completamente depravado: se resentía de todos los vicios y faltas de su época; mas no se encenagó nunca en la corrupción y alevosía a que tantos personajes de aquel tiempo descendieron contra la religión y la patria. Ambicioso, turbulento, y más propenso a lograr sus fines por la intriga que por el arrojo, en un siglo en que los particulares, sintiéndose débiles, buscaban la fuerza en los partidos, las conjuras y sociedades secretas, procuraba medrar al arrimo de hombres superiores: por eso fue primero amigo de la familia de Witiza, y luego cortesano del maravilloso Eudón, de quien se propuso ser instrumento imprescindible. Pero en sus mismos excesos no se atrevía a pasar de ciertos límites. Cuando vislumbró los medios de que echaban mano Opas, Sisebuta y Ebbas, retiró la suya, retrocedió asustado. Su adhesión al conde de los Notarios, ya duque de Cantabria, era servil, calculada; no cordial y absoluta.

En medio de sus extravíos conservaba la altivez de casta, y aquel fondo de fe cristiana, cuya ínfima expresión era el horror y desprecio a los hebreos. Los excesos a que se abandonó aquel día, sus tratos mismos con la gente de la aljama, movidos fueron por los celos, por el despecho de la pasión que la hija de Ranimiro le inspiraba. Si con secreta complacencia aplicó la tijera a los cabellos del moribundo, fue también porque en el desamparo y orfandad de la princesa, vio la necesidad que ésta tenía de buscar, cual hiedra sin arrimo, la sombra y apoyo del tronco más próximo.

Las solemnes, terribles e inesperadas revelaciones de Petronila, expresadas con varonil acento, con modales sin réplica, por una mujer física y moralmente descomunal, desgarraron, por decirlo así, el odre que encerraba todos sus remordimientos. Salieron éstos desencadenados, y vio de repente el mal que había hecho, y se asustó del abismo a donde iba a caer; y sin poder contener la voz de su conciencia, ni dominar la angustia que sentía, exclamó:

-¡Ay! ¡Y que por servir a un hombre como ése, haya inutilizado para la patria!...

-¡A un hombre como éste!, dijo Petronila, concluyendo severa y enérgicamente la frase que Munio no osaba terminar.

Y señaló con membrudo brazo y vigoroso ademán al príncipe decalvado, que apareció a la entrada del patio con semblante enfermizo, bronca barba, cabello en cerquillo y túnica de lana churra y mal aderezada.

En poco estuvo que el vicario no se arrojara a los pies del penitente público, como empujado por invisible y poderosa diestra; pero su mismo terror le contuvo.

Petronila, por otra parte, lo tenía fascinado. Aquella mujer que salía del fondo de la Vasconia y de las nieblas de la locura, para poner en claro tanto misterio, y arrancarle sus más ocultos pensamientos, era para él un ser sobrenatural que paralizaba sus movimientos y le subyugaba.

-¿Acabáis?, les dijo Ranimiro: la gente está inquieta, y se viene encima un espantoso nublado.

-Sí, ya hemos concluido, le contestó la mujer de Ochoa. Podéis decir a García que se prepare a salir con todos los nuestros.

-¡Esperad!, se atrevió a decir el vicario con tan sorda voz, que sólo de Petronila pudo ser oída.

-¿A qué?

-Tengo que exigir el más profundo silencio acerca de estas cosas.

-Sin necesidad de vuestras súplicas lo he guardado hasta ahora. Hoy lo he roto por vez primera: nadie sino vos ha oído de mis labios el secreto de Eudón. ¡Oh! ¡Si los godos llegan a sospechar que sois vicario de un embaucador, de un judío, y que por servirlo y quitarle estorbos habéis decalvado al insigne Ranimiro, privándolos del tiufado que más confianza les inspiraba, del que pudiera ser hoy salvador de la cristiandad atribulada!...

-¡Silencio, por Dios!

-Id presto.

-No sé cómo hacer para salvaros de las turbas.

-Nosotros hemos de salir de aquí, pesia vos y vuestros siervos.

-Venid todos al alcázar. Dejaos conducir como prisioneros, en apariencia.

-Ni García ni yo queremos abandonar la puerta que hemos conquistado.

-¿Cómo conseguir que los amotinados os abran paso?

-Eso no es cuenta nuestra; pero si vuestra intención es buena, y sincero vuestro arrepentimiento, no os apuréis, el cielo os ayudará.

Efectivamente, el cielo se ponía de parte de los vascos. El viento de aquel día había traído en sus alas de fuego la tempestad. Las veletas de las torres se ladearon un poco hacia el Sur, y las crestas de Sarbil y del Perdón se cubrieron inmediatamente de negros nubarrones, que descendieron al valle del Arga y cubrieron con rapidez toda la cuenca. Parecía que la noche había tendido súbitamente su manto más lóbrego. Por espacio de dos o tres segundos sintióse en el cielo un ruido aterrador, como el del paso de un ejército que avanza en silencio de atambores y trompetas. Cayó luego un granizo seco de piedras enormes y espesas que a grande altura rebotaban del suelo, de los tejados, de las paredes mismas frente al Mediodía. El pueblo, los soldados, se tuvieron que retirar en desorden, buscando el abrigo de las casas o la cubierta de los aleros.

En breve calles y plazas quedaron como nevadas, con espesa capa de guijos de alabastro.

A la piedra siguió el agua, que caía a torrentes, revuelta con truenos y relámpagos; y sobre el fondo de tenebrosas nubes veíanse cruzar, rodar, volar otras más negras, que a cada momento se iluminaban con rojiza lumbre, descargando sobre la ciudad andanada de centellas. Y tras unas, otras. Era como especie de simulacro de infernal armada, que pasaba sin cesar de sierra a sierra, de Sur a Norte, rompiendo en truenos y rayos por una y otra banda.

Las calles convertidas en ríos, la ronda en lago hirviente de cenagoso oleaje, arrastraban granizo, maderos, muebles y despojos de tenduchos o casas viejas que se desplomaban: no era posible que humana criatura pudiese resistir la tempestad, ni había corazón que no se acobardara con tan distintos y siniestros rumores, estruendos y estallidos.

A nadie venía mejor que a Munio aquel fracaso, y, sin embargo, quedó sobrecogido.

Petronila, inflexible, inexorable con quien desafiaba a la justicia, no era vengativa, ni menos implacable en su aborrecimiento. Viendo vencido a Munio, tuvo lástima de él, y quiso que cubriese al menos las apariencias del decoro y dignidad del cargo que ejercía.

-Entrad, le dijo, y veréis a Ranimiro. No se diga que habéis tomado las graves resoluciones que todo el pueblo ha de presenciar, sin haber tratado más que con una mujer. Seguidme.

El penitente, como hemos visto, andaba cerca; y advertido por Petronila, quiso retirarse con el vicario al aposento inmediato.

Munio, resplandeciente, armado, gobernador de la ciudad y jefe de una tiufadía, no se atrevía a quedarse solo con el hombre vestido de sayal, imbele y débil hasta el punto de no poder sostenerse en pie, sino por la excitación que sentía.

Pero ésta era extraordinaria, y para Munio aterradora. Y con el espanto del vicario, crecía la intensidad de la mirada del penitente, que en el turbado rostro de su verdugo leía las pruebas de sus crímenes.

-Pasad, le dijo con grave acento Ranimiro, no tengáis miedo al rayo...

-No, no es la tempestad...

-¡Ni a mí! Por ahora sólo quiero sacaros de este conflicto, sin que se vierta una gota de sangre, ni el orgullo de los godos quede más humillado.

Entró por fin el vicario, y acordaron lo conveniente; es decir, ordenó Ranimiro lo que más prudente le pareció. Así que se calmó un tanto la borrasca, salió Munio del palacio, reunió a todos los jefes y oficiales de la hueste, y les dijo, según lo acordado y convenido con el prócer decalvado, que los godos, después de la muerte de Rodrigo habían elegido y proclamado rey a Teodomiro, duque de la Bética: el cual, para hacer frente a los invasores árabes y africanos, y recompensar, hasta cierto punto, los servicios tan desinteresablemente prestados por García, señor de Abárzuza y las Amezcuas, y Andeca, señor de Vizcaya, había celebrado paces con los vascos; que éstos formarían en adelante un solo pueblo con los visigodos, por cuya razón la guarnición de las fortalezas se repartiría en adelante entre soldados de una y otra raza. García, según este convenio, tomaba a su cargo la puerta de Occidente, sin perjuicio de otros arreglos que se hicieran así que volviese a Pamplona Eudón, duque de Cantabria.

Esta noticia cundió muy pronto en la población, y acabó de dispersar a los pocos a quien la curiosidad, que es la fuerza de resistencia más sufrida que se conoce, retuvo contra la pared durante el aguacero; y en un momento en que aclaraba y parecía que iba a escampar, salieron García, los vascos, y tras ellos, Petronila con algunos siervos y bucelarios de Ranimiro.

Los amotinados de Habacuc, convertidos en hombres de orden, y bien provistos de regalos en recompensa del servicio que acababan de hacer, se habían escurrido poco a poco, y se dispersaron buscando cada cual su guarida, procurando modestamente que quedaran sepultados en el olvido, tanto sus crímenes de por la mañana, como sus méritos y servicios de la tarde.

Y, en efecto, no consta en la historia que los hayan alegado jamás: lo cual no deja de ser extraño; porque en nuestros tiempos, a todo crimen perpetrado en pronunciamientos, le llega su día de ufanidad y galardón.

La tropa disciplinada que tornó a su puesto, y las comadres de la vecindad, que dígase lo que se quiera, nunca del todo desampararon el suyo, sin embargo del granizo, la lluvia, los truenos, rayos y centellas, notaron que el caudillo vasco, lejos de ostentar en su rostro el insolente orgullo de triunfador, de presunto conde de Pamplona y rey de Vasconia, llevaba talante grave y melancólico, preñado de inquietudes y tristes presentimientos.

-¿Qué querrá este mozo? -decían los observadores masculinos y femeninos-. ¿Qué se había propuesto? ¿Le parece todavía poco lo que ha conseguido?

Ellos y ellas ignoraban, y no hubieran podido comprender acaso, el desprecio con que García miraba pompa y grandezas humanas, y no presumían que su único pensamiento era cumplir lealmente el encargo que se le había hecho de alzar en los Pirineos el estandarte contra los infieles, y su única aspiración el cariño de Amaya.

¡Ay! Pero una y otra ventura acababan de estrellarse contra escollo inesperado, en la más imprevista de todas las contingencias: en la discordia y separación de los dos amantes.

Narraré sencillamente el hecho que tanto influyó en los acontecimientos de nuestra historia.

Mientras Ranimiro se encerró con Munio para disponer la manera más conveniente de que saliesen los vascos y se reunieran a los de la puerta del ocaso, Amaya participó a García que Petronila le había devuelto el secreto de Aitor.

Sorprendióse el joven amezcuano, y se mostró pesaroso de ello.

-Hoy, por ventura, mañana a más tardar, contestó, lo exigirá Teodosio en nombre de su esposa Constanza; y la falta de este requisito dará margen a discordias, a la perpetuidad de la lucha, que debe cesar desde este día para siempre. ¿Qué falta os hace el tesoro?, Amaya, ¿qué necesidad tenemos nosotros del secreto de Aitor para ser felices? Mi tesoro está en vuestro corazón.

-Es cierto, dijo Petronila, que se hallaba presente: pero yo tenía obligación de devolver lo que no era mío a su legítimo dueño, sin la voluntad del cual, no podía disponer de nada.

-¡Ah, si!, repuso García. No hay nada perdido. Esta noche vendrá aquí Teodosio, y yo le daré la ciudad, y vos, amada mía, el secreto. Bien será que todo a un tiempo lo reciba de mis manos y las vuestras.

-De mis manos, repuso Amaya, nunca recibirá Teodosio lo que mi madre dispuso que fuese mío.

-Vuestro es el secreto, Amaya; pero de la primera reina de los vascones, casada ya con el hijo de Miguel de Goñi, es el tesoro de Aitor.

-¿Y dónde ésta esa reina? ¿Cuándo ha sido proclamada? ¿Quién la ha reconocido?

-Amaya, exclamó García desconsolado y abatido: ¡también vos! ¿También os oponéis a la voluntad del cielo, al encargo que traigo de la Bética, al bien general, claro y patente, que se cifra, a no dudarlo, en la elección de Teodosio y su reconocimiento por vascos y godos?

-García, lo acabáis de decir todo con esa palabra: nuestro rey ha de ser reconocido por todos, y el de Goñi no lo conseguirá. Si se le someten los godos, no será de grado, sino por fuerza. ¿Qué más? Ni los vascos mismos lo aceptan con gusto y plenamente satisfechos. Preguntádselo a Petronila.

-Harto lo sabes tú, García, contestó la mujer de Ochoa. Teodosio buscó a mi sobrina para ser rey: la hizo cristiana para casarse con ella: descuidó todos sus deberes, por creer que con la mano de la hija de Lartaun podía prescindir de la suerte de sus montañeses, y hasta abandonar a sus propios padres, ancianos, decrepitos y desamparados. Él, hombre de fe, por llegar a ser rey dobló la rodilla ante la pagana de Aitormendi cuando celebraba los ritos del plenilunio; él, en esta tierra de caballeros, entregó cobarde y villano a los príncipes encerrados en Gastelúzar... y ¿a quién? A Pacomio y Amagoia. Él, él es el único en la tierra que arruga el ceño, cuando habla con esos ancianos a quienes todo el mundo sonríe y venera, como santos que ya no pertenecen a este mundo. ¡Y esos ancianos, esos patriarcas vascongados, son sus padres, y no tienen otro hijo!

-Callad, Petronila: sois injusta. Estáis prevenida contra él.

-¡Prevenida yo! Antes que con García Jiménez quise contar con Teodosio: antes que la hija del godo Ranimiro, debía de ser para mí la hija de mi hermano.

Calló el mancebo, porque nadie como él conocía la verdad y fuerza de estas razones; y calló, sobre todo, porque la delicadeza y la modestia sellaban sus labios.

Pero cada vez que se veía como cogido en lazos semejantes, sentía la necesidad de romper por cualquier lado, y dar solución con hechos indestructibles a problema tan peligroso. Nunca se han entretenido los Alejandros en soltar nudos: cuando llega el caso, sacan la espada y los cortan.

Amaya prosiguió para ayudar a su amiga y protectora:

-García, tengo que mirar un poco por estos pobres godos, a quien no es justo ni generoso humillar, por lo mismo que hoy se ven en el abismo del infortunio. A los que ayer eran señores, no debemos ni podemos tratar hoy como esclavos. García, los godos os aceptarán a vos, que venís de combatir con ellos y traéis las órdenes del rey para que se os sometan; mas no reconocerán tan fácilmente a quien hasta ahora no ha contado nunca, ni con nuestra fuerza, ni con mi derecho.

-Pero ni vos, ni yo, replicó por fin el caudillo montañés, hemos contado con reinar, sino con ayudar, en la medida de nuestras fuerzas, a la obra de Pelayo y Teodomiro, que es la restauración de la cruz y la reconquista de España.

-¿Y quién me responde a mí, quién os responde a vos de que ése sea el pensamiento de Teodosio? El obispo Marciano acaba de hablar con mi padre, y le ha confesado que nadie como vos comprende el espíritu de la reconquista, ni puede imprimir a las cosas el sello que han de llevar perpetuamente.

-Amaya, pero ese espíritu no se encierra en mi pecho. Está en el corazón de todos los cristianos: es el espíritu de las muchedumbres, que se impondrá al primer rey, aun cuando no piense ni sienta como sentimos nosotros. Los reyes son lo que es su pueblo.

-No, García, no, y harto lo estamos palpando y deplorando ahora: los pueblos son lo que sus reyes; grandes con Wamba, miserables con Witiza. Creedme, García: al nombre de Pelayo y Teodomiro, no corresponde en los Pirineos el nombre de Teodosio.

-Eudón, y sólo Eudón, saldrá vencedor de esta lucha, en que se van a separar aquellos cuyo corazón está más unido.

-Eudón no es temible, replicó Petronila: ni él ni su madre pueden inspirarnos ya miedo ninguno.

No cedió García, sin embargo: no se lo permitía su conciencia; pero en vista de la inutilidad de sus razones, echó mano de otras armas.

-Amaya, exclamó: ¿no os he dicho que os amo con todo mi corazón? ¿No lo habíais conocido antes de decíroslo?

-Sí, García: y mi padre y yo correspondemos con creces a vuestro cariño. Os aman Petronila y Marciano, y todos cuantos os conocen; y porque os amamos todos, todos nos someteremos contentos y ufanos a la suave ley del amor.

-Esa ley exige que renunciéis vuestros derechos en favor de Constanza.

-¿Y dónde queda entonces el pueblo godo, dónde la memoria de mi madre?

-Quedan en manos de Dios.

-Pues bien, García: esa memoria no pertenece sólo a su hija, y si mi padre quiere, si mi padre consiente...

-Si todos consentís, si todos lo queréis, no lo querré yo, exclamó Petronila con su desenfado y decisión habituales. Yo no puedo permitir que Paula... y lo más importante aún, que el reino de Vasconia quede endeble y viciosamente constituido, con gentes mal avenidas entre sí, discordes, enemigas íntimas, enfrente de un invasor poderoso, irresistible, que lo arrolla todo por igual; lo mismo el Asia, que el África y Europa. No tentemos a Dios: confiemos en él; pero poniendo de nuestra parte cuantos medios sugiera la prudencia y estén a nuestro alcance.

-Esos medios son los que yo propongo, Petronila.

Aquí llegaban en su conversación, cuando tornó Ranimiro después de su entrevista con Munio.

-Es preciso aprovechar los momentos, dijo; la tempestad se ha calmado, y la gente que huyó amedrentada, no ha podido volver todavía. Salid, García, y volved a las torres de que os habéis apoderado. Munio, completamente transformado y decaído, no puede oponerse a nada, y si el obispo cree que no quebranto las leyes del Viático tomando parte en negocios temporales, esta misma noche conseguiré tal vez haceros dueño de la plaza, y que seáis reconocido como soberano.

-Con una soberanía que renunciaré en el acto en favor de Teodosio: porque bien os haréis cargo, añadió mirando a Petronila, de que no podemos ser dos: allá él, y aquí yo.

-García, contestó con firmeza el príncipe godo; ni mi hija se ha de casar con Teodosio, ni a Teodosio, casado con otra, nos someteremos los godos.

Tal era la causa de la tristeza y desaliento que se notaba en el semblante de García.

O quebrantaba sus convicciones, desoyendo la voz de su conciencia, o sacrificaba la dicha que había soñado, y que en su mano tenía.

Despidióse de Amaya, en apariencia por breve tiempo, por algunas horas; en el fondo de su corazón para siempre quizás: y la dama, que atendía más a la realidad que a las apariencias, y veía más claro el corazón que el rostro de su amante, estuvo a punto de desdecirse y de significarle de algún modo que se sometía a su voluntad.

Contúvola, sin embargo, la presencia de su padre, a quien por nada en este mundo quería disgustar, y en cuyo buen juicio y desinteresado cariño confiaba.

-Mi padre no se equivoca, decía ella para sí; y luego añadía: y como mi padre piensa el obispo, y piensa la amiga íntima, la hermana y albacea de mi madre.

Cuando los vascos llegaron a la puerta encomendada al gobierno y custodia de Lope de Echeverría, éste dijo al capitán expedicionario:

-Vamos, será preciso dejarte sin cenar esta noche, como a los chicos mal criados. ¿Te parece si son horas éstas de volver a casa?

-¿No ha ocurrido novedad?, le preguntó García, esforzándose por sonreírse.

-Ninguna. Si la piedra ha llegado hasta las Dos Hermanas, buenos habrán quedado manzanos, castaños y nogales, ya que las mieses están por lo menos hacinadas, si no en el granero. Pero sobre los sembrados de tejas y cantos de la ciudad, la he visto caer sin cuidado alguno. Por ahí me las den todas. A nosotros nos ha venido la lluvia que ni de perlas. Escaseaba el agua para los hombres que somos -porque van llegando algunos de fresco-, y hemos recogido toda la posible hasta dejar henchidas las tinajas. ¡Ah! Se me olvidaba. Tendrás aquí esta noche a Teodosio.

-Lo esperaba: no podía menos; dijo García con grandísimo contento.

-Yo no. Es la primera vez que me equivoco en mi vida; pero de hombres es el errar, y esta vez ha sido de medio a medio. Pero, señor muchacho, no te vayas a envanecer con la victoria; que ese trigo no ha salido de tu costal: es todo de mi era.

-Explicaos, Ochoa: hablad como Dios manda.

-Pues Dios me mandó esta mañana disponer de la gente que encontraba en el camino. A mí me gusta no perder ripio: el mejor labrador es el que no desperdicia ni una paja. Aviso aquí, recado allá, mensajes acullá. Que los vascos están presos en Iruña; que García ha caído en el garlito; que no se puede abandonar a los vascos; que a toda costa tenemos que sacar a García. Pero es lo cierto que acordándome yo de todo bicho viviente, me olvidé de Teodosio. ¿Quién le arranca de Goñi en este día?

-Su deber, el amor que nos tiene, su honor de caudillo y soberano.

-Y ésa es la verdad. La noticia de tus planes le había llegado por uno de los escuderos que de la Bética has traído, y ha dicho: lo primero es lo primero: antes que mi novia, mis amigos; antes que la boda, la escuela.

-¿Eso ha dicho? ¡Y dudan de Teodosio!

-Hombre, ¡qué preguntas! Eso se supone; eso lo que ha debido decir. Porque en Goñi se han suspendido los cánticos, y sólo retumba el apellido: ¡Al arma! ¡Al arma! ¡Guerra, guerra!

-¿Y no se había celebrado el matrimonio?

-No.

-¿De manera que la boda se queda para otro día?

-Tampoco.

-No lo entiendo.

-No lo extraño. Tú eres un chico; no te has casado nunca... Has tirado siempre por la iglesia. Tú no sabes que en un santiamén queda un hombre uncido y en coyunda para toda la vida. Me quieres, te quiero, y *laus tibi, Christe*. Para que veas que yo sé latín.

-¿Con que es decir que la boda no se aplaza, y que para estas horas se habrán casado?

-¿Quién lo pone en duda?

-Eso es lo que Teodosio ha debido hacer. Mientras la gente tomaba las armas y salía del valle...

-Así lo creo; porque la pobre chica no se ha de quedar en el aire, y mucho más, habiendo piratas normandos en la costa.

-¡Casado ya con la hija de Aitor!, se dijo a sí propio el joven caudillo, como afirmándose en la resolución que iba a tomar.

Y alzando la voz, para que le oyesen los vascos que habían salido de entrambos torreones a recibirlo, exclamó:

-Amigos, compañeros míos...

-¿Qué vas a hacer?, le preguntó Petronila, interrumpiéndole.

-A cortar el nudo de una vez para siempre.

-Y tus vínculos con la hija de Paula.

-No la conocéis, Petronila. Por hacer lo que debo, no perderé jamás el corazón de Amaya.

-Su corazón, no; pero su mano, sí. Te la negará su padre, y ella a su padre no le falta nunca.

-La vida de Ranimiro es toda de sacrificios. Hará uno más en bien de la cristiandad.

-El bien de la cristiandad exige que te aguardes... ¡García!..., por lo menos hasta que Teodosio sea rey.

-La tardanza, la irresolución nos dividen, y la división nos mata.

Y dirigiéndose a los vascos allí presentes, tornó a exclamar el mancebo:

-Amigos míos, ha llegado el día de que se cumplan las profecías de Aitor. Teodosio de Goñi, casado ya con una de las hijas del patriarca, viene esta noche a tomar posesión de la capital de Vasconia. ¡Vasconia por nuestro rey! ¡Iruña por Teodosio de Goñi!

-¡Viva!, gritaron los vascos. ¡Viva el rey Teodosio!

-¡Silencio!, dijo Petronila con su voz más fuerte.

-¡Viva Teodosio!, tornó a exclamar el señor de Abárzuza.

-¡Viva García! ¡Nuestro rey ha de ser García Jiménez!, gritaba la mujer de Ochoa.

-¡No la hagáis caso: está loca. ¡Teodosio! ¡Teodosio es el rey de Vasconia!

Entonces Petronila, cruzándose de brazos, y con la más sublime expresión de amargura, exclamó:

-«¡No la hagáis caso! ¡Está loca!». Así os repetirá esta noche el hijo de Miguel, cuando yo le diga: «No puede ser nuestro rey quien ha ido a buscar la corona en la roca de los paganos». «¡No la hagáis caso! ¡Está loca!», murmurará mañana Eudón, el duque de Cantabria, cuando le diga yo: «Eres un impostor». «¡No la hagáis caso! ¡Está loca!», gritará también Amagoya cuando la diga: «Hija del patriarca, te casaste con un asesino y has prohiado una víbora!». ¡Pero tú... García! ¡Tú, escogido desde el cielo por una madre para marido de su hija, tú no debías decir a la amiga de esa madre: «¡Retírate: estás loca!».

-¡Y sin embargo, Petronila, ésa es vuestra única disculpa!

-¡Ah!, exclamó aquella mujer, dulcificando repentinamente su fisonomía: ¡merecías que te dejara abandonado a ti mismo; pero no puedo! ¡No puedo! ¡La quiero más que a su madre!... ¡Por ella, García, por ella! ¡Por tu Amaya, que es la mía!

-¡Por Amaya y por la cruz! ¡Por la unión de los vascos! ¡Por España y por la tierra vascongada! ¡Viva el rey Teodosio!

-¡Infeliz! No sabes lo que te haces, ni lo que te dices. Han pasado los tiempos del interés, del cálculo y de las miras personales: llegan los del honor y la abnegación. Por más que digas y hagas, nuestro primer rey ha de ser nuestro primer caballero.

-Pues bien, amiga mía: ¡Iruña por el primer caballero de los vascos!

-A ese grito sí que uno mi voz, exclamó Petronila, loca, verdaderamente loca, de entusiasmo. ¡Viva el caballero de Amaya! ¡Viva García!

LIBRO TERCERO

CAPITULO I

En que Teodosio de Goñi hace llorar a su padre

Nada más extraordinario y sorprendente, ni más impropio de los hábitos y preocupaciones mismas del pueblo vascongado, que la resolución simultáneamente adoptada por Andeca y García Jiménez, de alejarse de sus montañas para combatir al lado de implacables y poderosos enemigos; nada, sin embargo, mejor y más presto comprendido, ni más alta y debidamente apreciado en aquella tierra, separada del resto de Europa por su idioma y costumbres excepcionales.

Dos palabras acerca de tan curioso fenómeno histórico, sin cuya explicación parecería inverosímil nuestro fidelísimo relato.

Las rápidas y maravillosas conquistas de los árabes en Asia y África, y con especialidad la entrega de Jerusalén y cautiverio de la Tierra Santa, hirieron vivamente la imaginación, y cubrieron de luto y espanto el corazón de todas las naciones cristianas, principalmente de aquellas más de cerca amenazadas por el feroz y fanático islamismo. Esta comunión de sentimientos, fundada sobre la comunión espiritual católica, precedió, primero en la conciencia pública, y más tarde, en los campos de batalla, a la que nos atreveríamos a llamar comunión de armas, si la expresión nos fuera permitida.

Enfrente de las hordas de infieles y paganos que surgían de los desiertos, como las aguas del oasis, comenzó a formarse la milicia de Cristo, engendradora de la reconquista española, de las victorias de Carlos Martel y Carlomagno, de la prodigiosa y fecunda efervescencia de las cruzadas. Contra la raza de los enemigos de la verdadera religión, íbase propagando aquella raza de la cristiandad, alma, vida y ánora de salvación del humano linaje y de la civilización europea en la Edad Media.

Cuanto menos corrompidos y estragados en sus costumbres estaban los pueblos, cuanto más pura conservaban la llama de la fe, más pronta y enérgicamente respondían a esta necesidad social, alzando bandera contra bandera, el lábaro de Constantino contra el amarillo estandarte de Mahoma, la religión contra el fanatismo. La escualerría, separada del mundo, emparedada en los Pirineos, estaba, sin embargo, unida al universo, avecindada en la *Ciudad*, y cobijada, con el *Orbe*, bajo las alas maternas de la Iglesia.

La decisión del señor de Vizcaya y del joven montañés de las Amezcuas, tan repentina como heroica, tenía todos los caracteres de inspiración: era la expresión más feliz de un entendimiento que todos abrigaban, y que nadie sabía formular.

No es menester encarecerla y ponderarla a los ojos del lector: harto se comprende el esfuerzo de celo y abnegación que necesitaban hacer los dos caudillos vascongados, para ponerse súbitamente, sin previa celebración de paces, treguas, alianzas ni convenios, al lado de sus ya tradicionales adversarios, sólo porque éstos suspendían la campaña de Vasconia para defender la cruz, aborrecida y ultrajada por los mahometanos.

Sorpresa pudo causar a muchos aquella magnánima resolución; pero no fue tomada por nadie a mala parte, ni ligeramente juzgada. El respeto y veneración de los vascos a sus señores naturales, y la circunstancia misma de ser dos, y de distintas tribus y casi opuestas regiones, los que seguían las huellas de los godos, hizo reflexionar al pueblo éuscaro, el cual muy en breve cayó en la cuenta del peligro de la cristiandad: y la causa

de la fe se sobrepuso a las antipatías de raza, a los odios inveterados, a la costumbre de la guerra.

Por el contrario, holgáronse los euscaldunas de verse tan dignamente representados en aquella cruzada contra los profanadores del santo sepulcro y fundadores de la mezquita de Omar; prevaleció la fe contra los agravios de tres siglos, y enmudecieron las preocupaciones al grito de la religión amenazada.

Grande peligro habría corrido la que podemos llamar candidatura de Teodosio de Goñi al trono pirenaico, si Andeca, señor de toda una tribu vascongada, hubiese vuelto de la Bética coronado de laureles, o por lo menos, vivo y sano como García, después de haber dejado bien puesto el nombre de los hijos de Aitor en el tremendo infortunio de los godos. El pretendiente lo comprendió, y aunque le constaba también que la ambición y codicia del mando no era pasión dominante, ni temible, siquiera entre los vascos, pensó en la conveniencia de aprovechar el tiempo de la ausencia de García Jiménez y de Andeca, para llegar, sin estorbo ni sombra de contradicción, al término de sus afanes.

Favorecía también a sus propósitos la excursión de Amagoia a las tribus éscaras de ultrapuertos del Pirineo. Atendidos los antecedentes y carácter de Lartaun, era la ausencia de la pagana felicísima coyuntura que no debía desaprovechar.

Cuando Teodosio se vio sin rivales, y hasta cierto punto, sin enemigos domésticos, creyó llegada la hora de sorprender a los vascos con el golpe que más efecto podía introducir entonces en la imaginación popular, a saber: la conversión de la familia de Aitorechea al cristianismo, y la suspirada boda de la hija de Lartaun, sobre la cual caían, como rocío, las bendiciones y profecías del gran patriarca, y se juntaban, como en foco de vívida lumbre, las esperanzas de las tribus.

Grande falta la de convertir la religión en mero instrumento de terrenales grandezas, falta cuyo castigo debía temer Teodosio. Pero lejos de ello, viendo que todo marchaba a son y compás de sus deseos, se desvaneció hasta el punto de considerarse, no ya como superior a los demás, sino como escogido por la Providencia, y favorecido por ella en sus miras y empresas y planes ambiciosos.

Aquel encumbrado valle de Goñi, entumecido por los hielos y cubierto de nieve las dos terceras partes del año, se nos presenta ahora como con traje de fiesta, ostentando rico manto de verdura, frondosos bosques en que resaltan escuetas y desnudas peñas, flores amarillas, azules y moradas, y un sol y calor inverosímiles, que al fin han conseguido convertir los carámbanos en cascadas bullidoras, y triunfar de los más duros y tenaces ventisqueros.

Risueño llamaríamos hoy a Val-de-Goñi, si la risa no desdijera en todos tiempos de su aspecto siempre adusto y severo; pero la abundancia de luz, poco frecuente, los vívidos reflejos del agua entre pizarras, la dulce oscuridad de las umbrías, el juguetón follaje de las selvas y los verdes sembrados y praderas de modestas flores, daban a la sazón apacible semblante al paisaje, alegre a su manera, con la alegría del hombre grave y la sonrisa del melancólico.

Nunca lo hemos visto desierto y solitario: por él cruzó García por vez primera con sus vasallos de Abárzuza y las Amezcuas; por él Ranimiro con Amaya y su escolta de siervos y libertos; Pelayo con su natural grandeza, tan bien quista de la sierra que toma allí el nombre de Grande; la Adivina de Aitormendi con el encanto de sus canciones y el estruendo del aura popular: mas ahora, con distintos y más venerables personajes, nos ofrece Goñi, en medio de su animación, cierto aire solemne y augusto de imponente majestad.

El lugarejo, que pudiéramos llamar capital y casi corte de la Vasconia independiente y libre, hallábase en días de íntimo y profundo gozo, de fiesta y esperanzas; fin de tiempos, desdichados como todos los que se prolongan mucho, y principio de una época venturosa, como todo comienzo de nuevas eras.

La que entonces alboreaba, no podía ser más peregrina, ni con mayor ansiedad esperada en el país vascongado.

Gentes que habían vivido desde los siglos primitivos al uso patriarcal, con leyes y costumbres pastoriles; sintiendo la necesidad de alterar su modo de gobierno, querían tener su rey, duque o principal caudillo, como todas las naciones conocidas, como sus hermanos de allende los Pirineos: y no ciertamente por espíritu de imitación, sino por la fuerza de los acontecimientos, por el miedo que infundían las conquistas sarracénicas, y el riesgo de ver holladas por la planta de los enemigos de Cristo, aquellas montañas que palpitaban con la unción de la piedad, y sentían el fervor de la fe, más tardía que en otros pueblos; pero más ardiente y firme que en ninguno.

A estas poderosísimas y eficaces causas, agregábanse otras de distinto orden, pero decisivas en aquella tierra del respeto tradicional, de veneración a los mayores: habían llegado, en opinión general y común sentir, los tiempos profetizados por Aitor, o lo que era igual para sus hijos, la sazón y vigor de los decretos providenciales.

Teodosio había visto esa ocasión con perfecta claridad, y quiso utilizarla en provecho propio. Sin detenerse jamás, firme, perseverante y pacientemente iba a su fin, y para alcanzarlo, daba de mano a cuanto pudiera distraerle de su intento.

Con la veneración que infundía su padre, con la gloria misma de sus hermanos muertos en la guerra de los godos, echó las primeras piedras del pedestal de su crédito, que trató luego de erigir y consolidar con su propio valor, y sobre todo, con el amor y la boda de la hija de Lartaun.

No le arredró el paganismo de la obstinada familia del patriarca, para convertir a la cual principió por ganarse el corazón de aquella hermosa y muy celebrada doncella, y el afecto y la confianza de sus padres.

El triunfo hubiera sido completo con la conquista de Amagoya; pero al intentarlo, echó de ver que para lograr las simpatías de la inexorable pagana, necesitaba sacrificar su propia dignidad, su inquebrantable fe, y retrocedió: que a tal extremo no llegaba su ambición.

Ni le convenía llegar, aún humanamente consideradas las cosas. Por mucho que le trajese el ya menguado prestigio de la anciana de Aitormendi, todo lo hubiera perdido en la conciencia pública con el menoscabo del concepto que le daban la pureza y rectitud de sus creencias religiosas.

Con el bautismo de la familia de Aitorechea y de los paganos de Butrón tenía bastante para eclipsar las glorias de Andeca y García Jiménez; bastante para henchir de júbilo los valles vascongados, haciéndoles esperar para más tarde la conversión de Amagoia, que desde aquel día quedaba completamente sola con sus reducidos vasallos, en el aislamiento del error, del despecho y la impotencia.

Dueño ya moralmente de la escualerría, dominándola con la grandeza de sus hazañas, el respeto de su padre, la popularidad del nombre de Goñi amasada con la sangre de siete hermanos, y el servicio, no muy conocido aún, de convertir a la familia del patriarca, nada le faltaba, sino la elección verificada con la solemnidad requerida: a cuyo fin iba reuniendo en Goñi a los doce señores más ancianos de Vasconia, sin que faltase uno; cosa difícil por la penuria de los tiempos, como antes de ahora se ha dicho, y que en días de aquella generación jamás se había verificado.

Pero tuvo en ello grande empeño. Sabía prescindir de pequeñeces y formalidades de ritual, cuando le estorbaban o no le hacían al caso; mas si el rito y formalidad le servían de alguna manera, aunque sólo fuese de lustre y primor de su principal intento, no había nadie más rigorista ni minucioso.

Doce señores ancianos gobernaban, según la tradición: no importaba que la partición de Vasconia entre naturales y advenedizos, conquistadores y conquistados, y las necesidades de una guerra sin tregua hubiesen obligado a prescindir de la ley; no importaba que, de hecho, Miguel de Goñi fuese verdadero señor de aquellos señores: seguro ya Teodosio de ser elegido, los doce señores más ancianos de Navarra tenían que venir a levantarlo sobre el pavés, a dar a su nombramiento la legalidad, el aparato y autoridad que le convenían.

Y con la misma firmeza y tesón que había puesto en cosas mayores, consiguió que el Batzarre completo se reuniese en Goñi, para presenciar la boda y elegir el rey.

Ardua empresa en tiempos regulares que eran los de guerra, en que cada cual tema que procurar por la defensa de su casa y sus vasallos, y no menos dificultosa por la edad de los que componían la Junta; pero Teodosio supo aprovecharse de aquella especie de tregua, a que la religión y la nobleza de su espíritu le habían obligado, al tener noticia de la invasión sarracénica.

Para facilitar sus correrías por la montaña y la venida de los ancianos; para que todo quedase envuelto en el misterio a que le inclinaban su carácter reservado y las precauciones que exigía el de Amagoia, prohibió a los vascos que fuesen a las ciudades enemigas con la frecuencia acostumbrada, y les encarecía de todos modos la necesidad de guardar el más profundo silencio acerca de las cosas interiores de la Vasconia independiente.

La verdad es, que la generalidad de aquellos montañeses no tenía materia de indiscreción; que no puede pecar de mal guardador de secretos quien nada sabe; pero también es cierto

que con afectación semejante de oscuridad y silencio, logró poblar de miedo el vacío en que se agitaba la imaginación de los godos, por tantas otras causas exaltada; y que los mismos vascongados, en la expectativa de tiempos misteriosos, se aperciesen a grandes sucesos que, por mano y mediación de aquel hombre singular, habían de sobrevenir.

El día en que hemos vuelto al valle de Miguel, los doce venerables del fuero se hospedaban en Jaureguía, y se hallaban congregados bajo el árbol del Consejo.

Teodosio, por respeto a los ancianos, había guardado cierta reserva acerca del bautismo de la familia de Aitor y de todos los habitantes del valle de Butrón. Al dar cuenta de ello en el Batzarre, les enteró también a los doce gobernadores de su proyectado matrimonio con la hija de Lartaun: y aunque ninguna de estas nuevas cogió a nadie de sorpresa, pues de todos eran esperadas y por muchos confidencialmente sabidas, la declaración oficial, por decirlo así, y auténtica de tan fausto suceso, hizo prorrumpir a los circunstantes en exclamaciones y gritos de júbilo.

He aquí la razón de aquel aire de fiesta, de satisfacción y regocijo que hemos notado en la gente que a la sazón moraba en Val-de-Goñi.

Ni uno solo de los doce ricos-hombres faltaba a la mesa de Jaureguía, donde se celebraba con profusión, que si no bárbara, casi nos atrevemos a calificar de escandalosa, el grande y felicísimo acontecimiento, preludio de las dos próximas solemnidades por tanto tiempo esperadas: la boda de Teodosio y su consiguiente elección como soberano señor de Vasconia.

Una vez hecho público el bautizo de la hija de Aitor, de sus padres y de todos su vasallos, públicos fueron también los amores de Constanza y Teodosio, los conciertos de boda y el lugar en que ésta había de verificarse.

Por común acuerdo se había dado al valle de Goñi la preferencia. Los padres del desposado no podían por su edad abandonar sus dominios, ni menos alejarse hasta Butrón, teniendo que cruzar el territorio ocupado por los godos, y nadie podía concebir siquiera que dejaran de autorizar con su presencia aquella fiesta, por tantos títulos augusta.

La Providencia parece que había prolongado los días del anciano secular para que alcanzase aquel día que todos sus antepasados hubieran querido ver. Dios, que había probado el temple de alma de Miguel y Plácida con la muerte de siete hijos, quería, según el abad Juan de Vergara, recompensar en una hora la varonil constancia y cristiana resignación de los padres, colmándolos de gozo y ventura: y no era posible que aquellas gentes, aunque sencillas y rudas, de nobles y elevadas miras, quisiesen contrariar en lo más mínimo los designios del señor de lo alto.

En Goñi, pues, iba a celebrarse el casamiento: en Goñi, y bajo el roble inmemorial que tendía sus robustos brazos desde el templo a Jaureguía, y a cuya sombra se sentaba el anciano, acompañado siempre de la piedad y la justicia, había de ser alzado Teodosio sobre el escudo, mientras heraldos improvisados gritaban: ¡real, real, real! por tres veces.

Todo estaba dispuesto y aparejado a maravilla. Hasta los acontecimientos que se hallan fuera del alcance de nuestra mano, parecían ordenados a gusto y voluntad de los más exigentes y descontentadizos: la única persona que pudiera turbar aquel cielo esplendoroso de serena felicidad era Amagoia, que continuaba a la sazón al otro lado de los puertos pirenaicos sin trazas de volver; de los godos no podía esperarse ningún ataque ni desmán que obligara a tomar las armas, y sólo faltaba la anuencia del prelado para fijar el día de los desposorios, que ya no podían diferirse, cuando llegó la pavorosa nueva de la derrota del ejército cristiano, y la muerte de Rodrigo, de García y Andeca, y la mayor parte de los vizcaínos, en la batalla de los confines de la Bética.

Aquella consideración del luto por la cristiandad y los dos caudillos éuscaros, expuesta por Petronila en Echeverría, algún peso debía de tener, cuando todos los señores vascones congregados en Goñi convinieron unánimes en la necesidad de suspender por de pronto los regocijos, y de aplazar casamiento y elección para más tarde.

-Pidamos hoy a Dios piedad y misericordia para los muertos, y valor y aumento de fe para los vivos; decía el abad, siempre discreto y circunspecto.

Y no hubo nadie que le contradijera.

-Juremos todos seguir el ejemplo de nuestros hermanos, y derramar hasta nuestra última gota de sangre en defensa de Jesucristo y de nuestra independencia, dos veces santa; exclamaban los ancianos gobernadores de Vasconia.

Y todos lo juraron.

Plácida misma, conmovida y exaltada a pesar de sus años, interesada como nadie por la felicidad de su hijo, y deseosa de complacerlo, repetía, sin embargo, a todos sus huéspedes:

-Nada de bodas. El eco de nuestro júbilo resonaría en las Amezcuas, y la madre de García pudiera creer que ignorábamos cómo se llora a los hijos que mueren en la batalla.

Sólo Teodosio, vivamente contrariado en sus planes por aquel aplazamiento, era en el fondo de su alma de muy distinta opinión. Pero no hizo más que indicarla: no se atrevía a combatir de frente el común sentir.

-¡Lástima grande, decía, que no podamos responder al estruendo de un reino cristiano que se desploma, con la inmediata proclamación de otro reino más cristiano todavía! La época, añadió, no puede ser más oportuna. Antes que los godos se recobren del golpe y se aperciban a resistir por sí, deberíamos nosotros presentarnos dándoles todo resuelto: imperio y boda. No olvidéis que nos están usurpando el suelo que pisan en la escualerría, y que intentan despojarla hasta del título de madre de las hijas de Aitor. Hay una entre ellos, precisamente la que debe sernos más aborrecida, que se atreve a llevar tan sagrado nombre, y pretende apoderarse del tesoro de los vascos. Luto, sí: luto en el corazón y en los templos; pero después de las exequias, no desperdiciemos momento: la tregua con los godos ha concluido. Los que no sirven para defenderse a sí propios, ni saben mantener la enseña de la cruz que han enarbolado, sométanse, de grado o por fuerza, a los que a nadie han sucumbido ni sucumbirán jamás. Si reyes quieren, rey tendrán; pero elegido por

nosotros: si reinas, no han de ver otra debajo del solio de los Pirineos, que la designada, la escogida hace siglos por nuestro progenitor.

Tan graves parecieron estas razones, con tal energía fueron expuestas, que todos titubeaban en su opinión, y fue menester que el mismo Teodosio los sostuviese en ella, con apariencias de rectitud, desinterés y severidad consigo mismo.

Era esto precisamente lo que él se proponía, porque ya hemos visto la importancia que daba a las formas de legalidad, a los perfiles del aparato y tildes de la conveniencia.

El aplazamiento fue, sin embargo, más breve de lo que el novio mismo se imaginaba. Al día siguiente de estos sucesos, llegó a Val-de-Goñi un criado de Lartaun, anunciando la vuelta de Amagoya al lado acá de los Pirineos, su encuentro con Asier, su hijo adoptivo, muerto y generalmente olvidado, convertido por maravillosa manera en duque de Cantabria, y pretendiente a la mano de Constanza, con ínfulas de esposo y dueño, alzándose del fondo del Océano, como Adamastor, siglos después, para espanto de la ambición y la codicia.

Noticia tan inesperada, tan imprevista, hubiera aterrado a cualquiera que no fuese el hijo de Miguel. Pero Teodosio la recibió con apariencias de serenidad, y hasta logró mostrarse regocijado y satisfecho.

-Dios nos favorece visiblemente, decía a los ricos-hombres hospedados en Jaureguía. Ya no tenemos que esperar ni guardar consideraciones por nada; y hay que prescindir de llantos y duelos. Pedro de Butrón se ha puesto en camino: esta noche duerme en el castillo de Echeverría, y desea que mañana mismo se celebre la boda. Así lo exigen la dignidad y el decoro de la hija de Aitor, y la honra de los cristianos de la escualerría, y así también nuestra independencia y libertad. Mañana, pues, la boda, y de este modo, si Amagoya y su hijo vienen aquí...

-Vendrán a mesa puesta, añadió Miguel, concluyendo la frase con aquel aire de paternal bondad y candorosa gracia que hacía sonreír a todos.

La sonrisa no era, sin embargo, tan íntima y cordial como fuera de apetecer, por no sé qué vagos presentimientos de dificultades, escándalos y hasta de escenas de sangre y horror.

La Adivina de Aitormendi inspiraba siempre, más que veneración, temor supersticioso; la aparición de Asier en semejante ocasión, y al cabo de los años que había pasado por muerto, tenía todo el aire de evocación gentílica y sepulcral. Pasmó a todos la noticia; pero aún causaban mayor asombro la calma, la indiferencia de Teodosio.

Reservado, poco expansivo, metido en sí, como vulgar, pero muy expresivamente se dice, no se le creía, sin embargo, capaz de disimulo tan profundo como impropio de su altivez.

En sus amores, en sus pretensiones al mando y supremo gobierno de los vascos, no había consentido ni tolerado nunca la menor contradicción. Hubo un tiempo en que García Jiménez, saliendo de la oscuridad de las Amezcuas con dotes extraordinarias de valor y entendimiento, se apareció sobre las nieblas de las montañas, como el astro que podía eclipsar los resplandores del hijo de Miguel; García Jiménez, acosado por los siempre

vigilantes celos de su amigo, que no sufría rivales, se había visto obligado a dejar la tierra vascongada: ¿cómo ahora mostraba tanta impasibilidad el pretendiente, cuando contra él se movían Asier y Amagoia, es decir, el primer amante de Constanza, y la primera y más audaz y poderosa enemiga de los ambiciosos planes del caudillo cristiano?

Ignorancia del peligro no podía ser: nadie lo comprendía mejor, ni veía con más claridad la terrible contradicción que le esperaba. La Adivina ya no estaba sola, y volvía, sin duda, a defender sus derechos de primera de las hijas de Aitor, y los intereses y esperanzas del mancebo que la daba el título de madre. Éste no era ya un desvalido, un pobre pescador sin deudos ni amigos, sino el hombre a quien debió Rodrigo la corona del toledano imperio, el conde de los Notarios y del Tesoro, tan experto en el arte de gobernar como fecundo en recursos y derramador de caudales: era el principal gobernador de los godos, el duque de la vasta provincia de Cantabria.

Por otra parte, si alguna confianza le inspiraban el afecto y decisión de la niña que iba a darle mano y corazón, motivos de recelo tenía en el carácter asustadizo de su padre. Las precauciones que tomaba éste para celebrar la boda, la precipitación repentina con que iba a llevarse a cabo, el silencio que guardaba con su hija acerca de la vuelta de Asier, todo le alarmaba o debía de alarmar al futuro esposo.

Y sin embargo, cuando alguno de sus amigos, con la sencillez propia de gentes sin doblez y la franqueza de los vascones, le tocaba este punto delicado, Teodosio le contestaba:

-¡No vendrán!

Como quien dice: no seré yo tan venturoso; no me darán ese gusto; no se pondrán al alcance de mi mano.

Éste era el secreto de su tranquilidad.

Habíase encerrado breves momentos con el mensajero de Pedro de Butrón, para enterarse bien de todo cuanto ocurría: por él supo que Eudón se llamaba nada menos que marido de la que iba a ser su esposa, y que se había jactado de poseer el secreto del tesoro de Aitor, como en señal de predestinación al trono pirenaico; por él también, y no era esto lo que menos le espantaba, la predisposición de Asier a favor de los cristianos. Quizá llegó a sospechar Teodosio que el nuevo duque de Cantabria estuviese ya secretamente bautizado; pues de otro modo no concebía los altos cargos y oficios que había desempeñado entre los godos. Su calma procedía de la firme resolución de concluir para siempre con pretensiones tan locas como audaces, de romper y quebrantar los estorbos que se oponían a las suyas.

Apresurémonos a decir que no se le pasó siquiera por las mientes la idea de un duelo: esta irracional y bárbara costumbre nació o por lo menos se generalizó después: entre los vascos no era conocida. Pero había determinado encerrar por de pronto en Gastelúzar a entrambos personajes, cubriendo todas las apariencias de la justicia, para conseguir lo cual muy ardientemente deseaba que Asier y Amagoia viniesen al valle de Goñi, de donde quizás no habían de salir.

Tenía que contar para ello con su padre, que al fin y al cabo, aunque anciano ya de noventa años, era señor natural y legítimo de aquella comarca, y por respeto y honor, el primero y principal de toda la Vasconia independiente.

Retirado con él aparte en Jaureguía, le dijo:

-Padre y señor, ya lo habéis oído: Amagoia y su hijo están de vuelta, y es probable que se presenten el día menos pensado en nuestro valle.

-Mejor, hombre, mejor; respondió candorosamente el buen nonagenario.

-Sí, repuso Teodosio con voz sombría, es lo mejor; tal me parece a mí también.

-Cierto, repuso Miguel, tan sencillo y bondadoso como de costumbre: lo cortés nada quita a lo valiente. La hospitalidad no se le niega a nadie. Vengan aquí la madre y el hijo, norabuena: con un par de asientos más, aunque estemos algo apretados, nada habrá que pedirle al festín de tus bodas.

-Y qué, ¿pensáis, por ventura, que Amagoia y el duque de Cantabria han de venir aquí como convidados?

-¿Qué importa? Yo convido a todo el mundo, sin llamar a nadie. No parece sino que ahora te desayunas. ¿No sabes tú, desde que te han salido los dientes, que en Jaureguía y Gastelúzar no se estilan llamadas ni convites? Aquí caben todos: y si aquí no, ahí están Munárriz, Azanza y demás pueblos del valle: y si no bastan los pueblos, las sierras de Urbasa y Andía son bien anchas. El día en que las viese yo cubiertas de huéspedes... ¿qué sé yo?... reventaría de gozo.

-Padre, Asier y Amagoia no vendrán aquí como huéspedes ni amigos.

-Que vengan como quieran: el caso es que vengan.

-Sí, ése es el caso; repuso Teodosio con siniestra sonrisa.

-¿Pues no han estado aquí nuestros enemigos? ¿Tantos meses hace que vinieron aquí los godos?

-Godo es Asier, y conocido entre ellos con el nombre de Eudón y el título de duque de Cantabria. Con ese título y con ese nombre, viene a disputar a vuestro hijo el cetro de Vasconia.

-¡Viene a disputarte el trono! Me alegro, hombre, me alegro. Me estaba dando qué hacer eso de que nadie se te opusiera en pretensiones a la corona. A mí no me gustan artificios, ni cosa que se le parezca. ¡Qué sé yo! No estaba contento con que te comieses la hogaza de mogollón, y por respeto y consideración a las canas de tu padre y al nombre gloriosísimo que han dejado tus siete hermanos en la montaña. ¿Viene Asier con ínfulas de rey? ¡Soberbio! Yo lo presentaré y lo dejaré hablar, si no tiene quien lo defienda so el árbol del Consejo. Así verán todos que no tratamos de sorprender ni de engañar a nadie: que sólo buscamos la pro común y el bien general de la cristiandad, que ha de redundar en el de nuestra amada escualerría.

-Padre y señor, no se trata de elegir rey, sino de que hagáis justicia a vuestros pueblos, castigando los crímenes de esa familia de ladrones, asesinos y malvados.

-¡La familia de Aitor!, exclamó el anciano con rostro ya casi tan blanco como su barba y cabellera. ¡Así habla el hijo de Miguel de Goñi, y el futuro rey de los vascos! ¡Así trata a los primeros hijos del patriarca, cuyo nombre le enseñé a pronunciar siempre con respeto!

-Preguntádselo a Petronila, a esa mujer a quien llamamos la loca de Echeverría y que, por lo visto, es la persona de más juicio y previsión en estas montañas.

-Y bien, ¿qué dice Petronila?

-¿No lo sabéis? ¿No la habéis oído acusar a Basurde de incendiario del caserío de Aitor, de envenenador de su cuñada, y de conatos de robo del tesoro de los vascos?

-Pero Basurde no es Amagoya, ni menos el hijo que Amagoya adoptó muchos años después de la muerte de su marido.

-Pero Asier y Amagoya, replicó Teodosio con ira reconcentrada, no sé por arte de quién, quizás por arte del diablo, al que deben de tener propicio, como paganos y enemigos de la cruz, han averiguado el secreto del tesoro, y tratan de robárselo a Constanza; ¡y a Constanza exclusivamente pertenece, a Constanza, que mañana ha de ser mi esposa!

-No se lo robarán.

-¿Por qué?

-Porque Amagoya, aunque pagana, es la primera de las hijas de Aitor, y siglos y siglos han pasado, y cien y cien generaciones han transcurrido transmitiéndose el secreto de una a otra, de mano en mano; y el secreto existe, y el tesoro se conserva intacto para que llegue a las tuyas. Nada temas, hijo mío: no hay en la familia del patriarca, no hay en Aitormendi, ¿qué digo?, no hay en toda la escualerría alma nacida capaz de cometer ese crimen, que en cierto modo, y salvo los debidos respetos, casi me atrevería a llamar sacrilegio.

-Pues es necesario precaverse contra el hijo y la madre; es preciso encerrarlos, si no perpetuamente, por lo menos hasta que yo sea rey.

-Si no se desmandan, si no cometen ningún delito, ¿cómo los hemos de castigar?

-Eudón es duque de los godos; viene a levantar aquí un reino, a disputarme la corona, a continuar la guerra de vascos y godos, a mantener la usurpación de nuestro territorio; Eudón es nuestro mayor enemigo, y como tal lo habéis de tratar.

-Teodosio, mis padres me enseñaron a tratar a los hombres, amigos o enemigos, en ley de justicia, que es la ley de Dios; a juzgarlos según sus obras.

-Ese hombre se opone a mi casamiento.

-¿Y es tu padre acaso, o padre de tu futura esposa?

-No; pero está enamorado de ella.

-Pues entonces, más digno es de compasión que de castigo.

-Lloraréis vuestra debilidad quizá con lágrimas de sangre.

-Puede que tengas razón; porque ya comienzo a sentir el remordimiento de haber sido débil...

-¿Con él?

-Contigo.

Débil pudo haber sido Miguel; pero nunca hasta ceder a la injusticia. Su energía y rectitud en aquella ocasión, eran una prueba más de la fortaleza de los flacos, cuando son fundamental y sólidamente buenos.

Teodosio, ciego de cólera, despechado por la inesperada resistencia que hallaba en su padre, exclamó con ronco acento:

-Lo que vos no queréis hacer, tendré que hacerlo yo.

Y el anciano, con voz lagrimosa y trémula, le contestó:

-¡Y será bueno que pongas a tu padre en el caso de proteger a los extraños y castigar a su único hijo!

-¡Oh! ¡Cuando yo sea rey!...

Miguel de Goñi se le quedó mirando con los ojos cuajados de lágrimas.

-¡No lo serás!, dijo murmurando: ¡no puedes serlo!

El hijo le había vuelto las espaldas, saliéndose del aposento.

El padre aún permaneció en él largo rato, para que nadie fuese testigo de sus sollozos, y del llanto que corría por su barba luenga y majestuosa.

CAPITULO II

De cómo el Abad aconsejó a Teodosio lo que éste quería

Mucho más de media noche era pasada: todos estaban durmiendo, o por lo menos, todos estaban acostados en Jaureguía. Cuasi alboreaba ya, cuando a las puertas del tosco y sencillo palacio de la montaña sonaron fuertes y repetidos golpes, desusados, y por cierto, completamente inútiles, si quien los daba sólo se proponía que abrieran para entrar en casa; porque la puerta no estaba cerrada.

Pero la persona que tal estrépito armaba sólo quería, al parecer, despertar a los moradores; porque continuaba sacudiendo golpes y más golpes con su robusta guecia de

peregrino, y con ella procuraba también espantar a los perros, que fueron los primeros en contestar con tremendos ladridos, dignos de los golpes y bastonazos.

Quien primero, después de los mastines y lebreles, salió al zaguán, fue el monarca futuro, que aquel mismo día se desposaba con la hija de Aitor, con la doncella más rica y noble, y según voz general, más hermosa de toda la tierra vascongada.

El acudir tan presto nos induce a sospechar que Teodosio no dormía, por más que estuviese tendido en el lecho, aderezado y mullido por su madre.

Y después de los sucesos del día anterior, no debemos extrañar que huyese de sus párpados el sueño.

Traíale sin sosiego y de mal humor la modestia de su matrimonio, que cuasi reputaba clandestino, por más que se celebrara con los doce señores ricos-hombres de Vasconia por testigos, y ante los cinco pueblos del valle y los habitantes de algunos otros del contorno, a los cuales había llegado la noticia de la boda.

Imposible parece que tan pequeño contratiempo en su programa de fiestas, le turbara pocas horas antes de ir al altar, y de un acontecimiento que debía de formar época en las montañas de Vasconia y aun en todas las tribus de aquende y allende los Pirineos.

En el egoísmo de su ambición, que al fin iba a ser completamente satisfecha, había soñado con la alegría general, con locuras de entusiasmo, con extremos de júbilo popular: y hasta llegó a recordar entonces, y a sentir más vivamente que nunca, la muerte de García Jiménez y Andeca, a la cual atribuía aquella frialdad, aquella sombra de tristeza que menguaba y oscurecía los resplandores de su próximo triunfo.

Quizás lo veía todo por el prisma de su conciencia; quizás entretenía y apacentaba su imaginación con tan mezquinos y vanos pensamientos, por apartarla de otros que le espantaban.

Sondeándose a sí propio en el silencio de la noche y soledad de su aposento, por primera vez encontró miedo y cobardía en el fondo de su corazón.

Una mujer, una anciana, le hacía temblar. Amagoya, enorgullecida y envalentonada con la venida de Asier y la posesión del secreto vinculado en la familia de Aitor, podía turbar la boda, desbaratar quizás sus mal seguros planes, y Asier, dueño de Iruña y de todas las ciudades góticas del País Vasco, retardar la elección y acaso arrebatarse el cetro.

Estos debían de ser sus pensamientos dominantes; porque al sentir los primeros golpes a la puerta de casa, se levantó del lecho donde se había acostado vestido, y exclamó con sordo acento de rencor:

-Ellos son.

Y requirió a tientas la espada, ciñéndosela y lanzándose al zaguán con pasos precipitados, siniestras miradas, y rostro y ademanes descompuestos.

-¿Quién es? ¿Quién llama y alborota así, a estas horas?, gritó desde lo alto de la escalera. ¿Quién ha cerrado la puerta de Jaureguía?

-¡Teodosio, Teodosio!, le contestó una voz que no le era completamente extraña, y con muy pronunciado acento montañés. Sólo en busca vuestra vengo. Os traigo nuevas de un amigo.

Aquello le tranquilizó.

Cuando descendió cerca del umbral, quedó sorprendido al ver a un hombre, que, sin embargo de que parecía vecino y quizás vasallo suyo, no se atrevía a pasar delante como solían, aun a las altas horas de la noche, todas aquellas gentes.

-¿Por qué no entráis?

-Tengo que hablar con vos a solas, le contestó el recién llegado. Mejor estaremos en la era.

-¿Quién sois?

-Un escudero de García.

-¿De García Jiménez?

Y como el montañés respondiera afirmativamente, prosiguió el hijo de Goñi:

-¡Desdichado amigo mío! Aunque bien mirado, más feliz es él que nosotros: descansa en paz.

-¿También vos creéis que García ha muerto?

-Pues qué, ¿nos han engañado? ¿Vive García?

-Vive: está ya de vuelta, y me manda un mensaje para vos.

-¡García Jiménez en Vasconia! ¿Cómo no viene a mis bodas?

-No se ha detenido ni a ver a su madre: tenía que llegar a Iruña.

-¡A Iruña, a la ciudad de los godos, antes que a nuestros valles! ¿Qué transformación es esa? ¿Qué novedad ocurre?

-García Jiménez ha sido nombrado conde, duque o rey de Vasconia, y me ha dado este pergamino para vos.

Y así diciendo el escudero, le entregó un pedazo de vitela.

El hijo de Miguel lo tomó maquinalmente sin conciencia de lo que hacía, sin saber a punto fijo lo que le pasaba.

¡García resucitado también; García de vuelta de la batalla, vivo, ceñido de lauros y circundado del prestigio y fama de su empresa; y García duque, rey, caudillo y señor,

dirigiéndose ufano, sin duda, y ambicioso a la metrópoli, donde sólo como mercaderes podían entrar los vascos!

Aquel golpe le irritó, creyéndolo superior a sus fuerzas: era por lo menos brusco, imprevisto, y nunca por él imaginado.

-¿Qué es esto?, exclamó al fin, estrujando entre sus manos el pergamino. ¿Cuántos duques, reyes y señores hay en Vasconia? Nosotros no reconocemos a nadie que no sea elegido por los ancianos. Aquí no valen servicios prestados a gente extraña y enemiga, ni nombramientos, ni títulos de godos. ¡Aquí no ha de haber más rey que yo!

Y no pudiendo enterarse del pergamino por la falta de luz, o tratando de excusar la lectura, en cuyo arte no debía de ser muy experto, preguntó el mensajero:

-¿Y qué me dice aquí ese falso amigo, ese mancebo desvanecido y resabiado con el trato y afición de nuestros mortales enemigos?

-Eso vos lo veréis: yo no entiendo de letras.

Teodosio volvió a entrar en su casa, con ánimo de acercarse al hogar y encender una tea.

Había luz en la cocina. Plácida, que al ruido se había levantado, estaba esperando a su hijo, y se quedó espantada al verlo venir tan inmutado.

-¿Qué pergamino es ese? ¿Qué nuevo mensaje has recibido?, le preguntó.

-La orden, sin duda, del rey de Vasconia para que mi padre y yo nos sometamos a él y le rindamos homenaje.

-¡Del rey de Vasconia!

-García I, hijo de Jimeno; García, señor de Abárzuza y las Amezcuas, cuyo caudillo de los godos.

-Lee, hombre, lee. Si estás loco no trates de que tu madre pierda el juicio. Serénate, y deja en paz a los muertos.

-Viven todos: no ha muerto nadie. Ni Asier, ni García. Pero yo os juro que, si en ello se empeñan, han de morir entrambos a mis manos.

-¿Quién?

-El impostor Eudón, el miserable García. Y no les han de valer ni su paganismo al uno, ni su hipocresía al otro.

-Lee; y repórtate siquiera delante de mí, y momentos antes de recibir un sacramento.

-¡Ellos, y todos cuantos ambiciosos se me atraviesen en mi camino!

-Lee.

Teodosio se acercó a la tea, y pasó la vista por el escrito, mientras su madre seguía con ansiedad, adivinando por el semblante del lector, las impresiones que éste iba recibiendo.

El hijo de Goñi lanzó un suspiro, y cayó confundido y desplomado en un banco de roble arrimado a la pared, dejando al lado el pergamino, y cubriéndose el rostro con entrambas manos.

-¿Qué tienes?, exclamó. ¿Qué te dice ese mancebo?

-Madre mía, la contestó, sin poder apenas contener los sollozos; ese mancebo a quien he llamado falso amigo y miserable, es un hombre que a fuerza de virtud, de lealtad y de nobles y generosos sentimientos, me avergüenza y anonada. El miserable soy yo. Y siempre sucede lo mismo. No me miréis así; no me creáis loco. Jamás he visto las cosas con más claridad que en este momento. Oíd, madre mía: García Jiménez vive, y ha vuelto aquí después de la desastrosa campaña de la Bética; y sin detenerse un instante ni a verme a mí, ni a su madre, sin cruzar siquiera sus valles, corre a la metrópoli de los godos a desbaratar las intrigas y siniestros planes contra mí fraguados por Asier, y sólo se detiene un momento para decirme: «Vive tranquilo, Teodosio: mientras tú celebras las bodas y eres alzado sobre el pavés, yo voy a trabajar por ti: quiero entregarte, como regalo de boda, la ciudad de Iruña, la sumisión de los godos de Vasconia».

Y después de expresarse con semejantes razones, se levantó de repente en ademán de salir.

-¿A dónde vas?, le preguntó su madre, sin poder disimular la inquietud en que la ponía la exaltación de su hijo.

-¿A dónde queréis que vaya, sino a descargar mi conciencia de las enormes faltas que la abruman?, contestó Teodosio compungido. Ahí tenéis esa carta; hacedla pública. Que la lea quien sepa leer, que se entere de ella todo el mundo. Regocíjense nuestros valles en la resurrección de García, y resuenen hasta los huecos de nuestras peñas con la magnanimidad y virtudes del mejor de los vascos.

Y en efecto, aquel hombre singular, confusa mezcla de grandeza y mezquindad, de buenas y malas cualidades, en cuyo corazón alternaban las faltas y el arrepentimiento, con vocación hacia lo grande y extraordinario, y débil hasta el punto de no corresponder nunca como debía a los divinos llamamientos, poco tiempo después estaba arrodillado a los pies del abad Juan de Vergara, que le oía en penitencia. ¡Ay de él, si resistía a semejante empuje de la divina gracia! ¡Ay, si quería engañarse a sí propio, y su transformación se perdía en veleidad!

Habíase esparcido entre tanto por el palacio, por el pueblo y por todo el valle la grata nueva que trajo el escudero amezcuano, al cual rodeaban todos, y dirigían mil preguntas acerca de Andeca y sus vizcaínos, de García, de Rodrigo, de Pelayo, de los godos cristianos, de los árabes y moros musulmanes.

En medio de aquella curiosidad y del vivo interés con que se escuchaba el relato, cien y cien veces repetido, del escudero de García, descollaba como sentimiento general y culminante el júbilo por la vuelta del señor de Abárzuza y las Amezcuas, el

encarecimiento de sus hazañas, la ponderación de sus virtudes y del gran servicio con que iba a coronar sus glorias, devolviendo a los vascones las ciudades y territorios usurpados.

Aquel servicio era todavía mayor de lo que ellos mismos al pronto se figuraban. Comprendióse luego que si las esperanzas y prometimientos de García se realizaban, quedaba inutilizado Asier y desvanecida, por consiguiente, la nubecilla que se levantaba en el horizonte de los Pirineos, preñada de horror y tempestad.

Mientras Teodosio estaba en el templo, habíanse reunido al aire libre, y bajo la copa del roble inmemorial, los doce gobernadores de Vasconia, para deliberar acerca de los acontecimientos de aquel memorable día.

Nunca tan claramente como a la sazón, se había visto el cumplimiento de las profecías de Aitor, el logro de las esperanzas unánimes del pueblo vasco. Instrumento de la anhelada redención era indudablemente Teodosio de Goñi, a quien se atribuía la conversión de Constanza, de Lartaun y Usua, de todo el valle de Butrón; pero el principal ejecutor de los decretos de la Providencia, era, en concepto de todos, García Jiménez, privilegiado por sus dotes de entendimiento, y por sus estudios, notabilísimos entre aquellas gentes rudas, impulsado por Dios desde que salió de Abárzuza para las Dos Hermanas y sobre todo, desde que tuvo el arranque de agregarse al ejército cristiano de los godos, para guerrear contra los sucesores de Omar, el conquistador de Jerusalén, cada vez más sedientos de sangre, de ruinas y despojos. Aunque joven, tantas pruebas había dado de madurez de juicio, de entereza y prudencia en su conducta que a todos infundían plena confianza sus palabras.

Y esas palabras debían sonar a voces de ensueño en la tribu, más que ninguna otra sufridora en todos tiempos del azote del invasor. ¡Los vascones dueños de Pamplona, siempre cautiva, siempre dominada por enemigos desde la época romana, desde edad ya casi inmemorial!

Era, en efecto, dicha soñada, fábula inverosímil a fuerza de ser grata y lisonjera, dulce ilusión muchas veces imaginada, nunca creída. Pero esta ilusión, esta fábula, este ensueño tenía entonces el fundamento de las promesas de García, de la nueva era que daba comienzo con las bodas de Teodosio y la ruina del imperio visigótico. En el calor del misterioso fuego de vocación divina y de venturosos e inesperados acontecimientos, todas aquellas gentes sentían en el rostro el oreo de nuevos tiempos, la frescura de nuevas proezas y el cambio de enemigos.

Sin darse cuenta de ello, por ventura, los ancianos ricos-hombres lo vislumbraban ya, lo presentían instintivamente, y guiados de la prudencia y persuadidos del importante papel que tenían que desempeñar en aquel terrible y vigoroso drama en que se interesaba la cristiandad entera, ni un sólo momento permanecieron ociosos e inactivos; y animados todos de unos mismos sentimientos, determinaron mandar inmediatamente avisos a las cendeas y valles, dándoles cuenta de lo ocurrido, y disponiendo que se armasen, por si circunstancias imprevistas hicieran necesario correr, volar en auxilio del mancebo amezcuano.

Al propio tiempo se consideró necesario enviar gente a Pamplona, para informarse de la llegada de García, y del éxito de la empresa a que se había comprometido.

Cuando Teodosio salió de la iglesia, la asamblea había terminado, y tanto los ancianos como los echeojaunas forasteros y del valle, se hallaban en Larreiñagusia o era principal, desde donde podían tender la vista al portillo de Val-de-Ollo, por el cual parecía probable que entrase la nupcial comitiva.

No ocurría novedad: el portillo estaba desierto.

-Es claro, decía Teodosio: se habrán detenido en las Dos Hermanas. Petronila tendrá que hacer a Constanza la entrega del tesoro de Aitor, y como la mujer de Lope no está completamente curada de su locura, quizás haya ocurrido algún contratiempo. Pero vendrán todos, los de Butrón y los de Echeverría. Lo del tesoro deben dejarlo para después.

Así decía el novio disimulando su inquietud; pero más francos sus acompañantes y convidados murmuraban por la tardanza, y creían que el descubrimiento del tradicional secreto era un signo de bendición del cielo.

Todo estaba dispuesto. El abad, si no revestido con los sagrados ornamentos, los tenía preparados sobre la mesa de la sacristía: hasta la campana de la torre parecía impaciente por voltear, como niña que espera en el baile la señal del bastonero.

Por el semblante de Teodosio pasaban a veces ráfagas de recelo, nubes que turbaban por un instante la serenidad del júbilo general.

Pero muy más impaciente que todos, Miguel de Goñi iba y venía a todas partes, sin sentir la pesada carga de los años, y hablaba a todos, y no dejaba en paz a nadie, sin detenerse dos minutos en ningún sitio.

-Bajad y asomaos a la garganta de Ollate -les decía a unos. ¡Como no se les antoje venir por Udaloa, camino más fresco, aunque más largo! Llegaos vosotros a la parte de Arteta. Seguid unos cuantos la enderecera de Idosea hasta salir del hayedo, y si los divisáis volved de un brinco. No sería malo poner vigilantes en Churregui; que nos hicieran señal desde la cima.

-Padre, para cuando suban allá, ya estarán los de Butrón en casa, le contestó Teodosio.

-Hombre, si yo tuviera tus años, le replicó Miguel regañando, ya habría cogido un caballo o tomado la guecia, y no habría parado hasta encontrarlos.

-Así debiera ser, padre mío; pero tengo que aguantarme aquí, por motivos que no debéis ignorar.

-Pues los ignoro, siguió diciendo el anciano: ayer los comprendía; pero ¿qué miedo pueden inspirarnos ya ni Asier, ni Amagoya, cuando tenemos a García en Iruña, dueño de la ciudad y del Dominio, y posesionado de todos los presidios góticos en tu nombre y en pro de todos los vascos?

-Yo os juro que si esto no es así; que si los godos se resisten, y Amagoya toma a su sobrina la delantera, y trata de armar escandalos en Val-de-Goñi, he de cantarla más claro que ella canta en Aitormendi las noches del plenilunio. Yo os juro que hijo y madre, brujas y brujos, han de recibir su merecido.

-¡Todavía, Teodosio, y después de haberte confesado!

-¿Y en qué ofendo a Dios, padre mío, tratando de que alcance el brazo de la justicia a quien se opone a mi dicha, que es la ventura de todo el suelo vascongado?

Y efectivamente así lo parecía: en el gozo de aquella mañana podía haber oleaje de impaciencia, mas no se mezclaba ni una gota de amargura, fuera de las que de cuando en cuando destilaban del corazón de Teodosio. Todos los aldeanos se habían puesto sus vestidos del día de fiesta, y en todas partes se notaba algazara que no tenía explicación particular ninguna.

Todos tomaban la boda como suya propia, y el novio verdadero sólo se distinguía de los demás mozos, porque al parecer era el que menos tranquilo y contento se mostraba. Lo mismo sucedía dentro de las casas: en todas las del valle parecía que iba a celebrarse el matrimonio del hijo predilecto: sólo en *Jaureguía la madre del novio suspiraba, el padre, siempre alegre* y de rostro candoroso y apacible, se quedaba turbado a veces y pensativo, y Teodosio todavía acariciaba, maquinalmente quizá, la empuñadura de la ezpata.

Plácida buscaba en las ocupaciones y quehaceres domésticos el descanso de su corazón. Nunca se la ve entre los que huelgan y se divierten, ni siquiera al lado de los que se gozan contemplando la alegría de los demás. Entremos en Jaureguía o Gastelúzar, y la hallaremos entre los que trabajan. Aquéllos piensan en la dicha que ven o que les espera; ésta en proporcionar a todos lo que han menester para que nada echen de menos en su felicidad. Ella dispone la comida; ella la habitación de los desposados, cediéndoles su propio lecho; ella es la única que piensa en algo y quiere hacerlo todo. Va del palacio al castillo, y del castillo al palacio; entra en los almacenes y despensas; da vuelta por las cocinas, y cuando atraviesa de uno a otro corredor, y el viento le trae los ecos de las músicas o de la gritería se estremece y levanta los ojos al cielo, y se acuerda de los hijos que yacen sepultados en el atrio de la iglesia, y los compara con el único hijo que le resta, y cuyos tormentos adivina, cuyo desasosiego le infunde pavor, y cuya ambición le espanta por lo mismo que espera verla satisfecha dentro de breves horas. Mas no por eso se distrae de sus ocupaciones: después de su breve plegaria, vuelve a la cocina, y dispone comidas y más comidas, camas y más camas en Gastelúzar, en Jaureguía, en Aizpún, Azanza, Munárriz y Urdánoz, y sonrío de paso a las personas que la encuentran, y que por conocer a Constanza pueden decirla:

-¡Ay, señora! ¡Qué felicidad la vuestra! ¡Qué hija tan buena vais a tener!

-Tenerla es lo que quiero, pero la hija no parece; les contestaba, convirtiéndose, como de costumbre, en eco de la preocupación común.

En cambio, el padre de Teodosio no hacía nada más que fatigarse, andando de acá para allá con excitación febril, ésta, sin embargo, se calmaba cuando tendía los ojos por el valle y lo veía cuajado de forasteros. Por de pronto, Jaureguía rebosaba ya en convidados,

y había sido preciso abrir de par en par las puertas de Gastelúzar, sin que por esta vez lo exigiesen las necesidades de la guerra. A Gastelúzar, en efecto, se habían tenido que refugiar Miguel y Plácida, dejando su habitación y su propio tálamo a los novios. Pero el anciano se sonreía, y celebraba que ni palacio ni castillo fueran suficientes a contener los huéspedes, habiendo sido preciso acomodarlos en los cinco pueblos del valle: y esto, que a cualquier administrador o mayordomo le habría aterrado, para el señor de Goñi era un encanto, el *non plus ultra* de la felicidad.

Y con tanta gente como se iba reuniendo, la expansión del júbilo no se avenía con la angostura del hogar, y se derramaba fuera en todos sentidos y con mil distintas manifestaciones. Los unos levantaban sencillos arcos de triunfo con ramas de boj, hayas y encinas; los otros comían y bebían sin aguardar la hora del festín; y quiénes entretenían con más cordura el hambre pasajera, con silbos y tamboriles y cantares improvisados. Gente aseada por todas partes, ojos alegres y labios risueños que prorrumpían en gritos inarticulados, mostraban bien a las claras que el gozo requería un ámbito más dilatado que el de chozas y caseríos, castillos y palacios.

-¡Qué hogueras en todas partes! ¡Qué danzas alrededor! ¡Qué degüello de reses, y qué destrozo de bosques y ganado!

Todo cambió, sin embargo, de repente. Los emisarios o espías que con tanta previsión habían mandado los ancianos del Consejo a la metrópoli de los godos, se apresuraron a volver, de la cuenca misma de Pamplona, con la irritante y dolorosa noticia de hallarse cerradas las puertas de la ciudad, y dentro de ella prisioneros, y en evidente peligro de muerte, García y los montañeses todos, que llamados por Eudón, habían concurrido al mercado.

-La boda tiene que suspenderse ya, exclamó Teodosio, dado caso de que hoy hubiera podido verificarse. Obligación nuestra es acudir en auxilio de García y los vascos, atrapados en Iruña por Eudón, como en una ratonera.

Semejantes razones acabaron de aguar la fiesta; pero tan nobles y sensatas eran, que nadie se atrevió a contradecirlas.

Volvió el novio hacia el árbol de la iglesia, a cuya sombra estaban esperando los ancianos y echecojaunas, tomando el fresco y bebiendo vino aguado y dulcificado con miel.

Teodosio delante de ellos se expresó en aquellos propios términos.

-García, añadió, se ha presentado sin duda a los godos irunienses reclamando la sumisión, a cuya intimación, poco prudente, habrá éstos contestado haciendo prisioneros a todos los vascos.

-No hay duda: así ha debido de suceder.

-García es un mancebo de nobilísimos arranques, y de muy sanas y rectas intenciones; pero mancebo al fin que no sirve todavía para gobernar.

Y todos al parecer convinieron en ello, o por lo menos, todos guardaron silencio.

Hubo, sin embargo, entre aquellos ancianos rudos, pero maliciosos, quienes se fijaron en el talante del futuro rey de Vasconia cuando acabó de decir estas palabras; por primera vez se les pasó por las mientes la idea de que no les convenía para rey un hombre que en aquellos momentos todavía pensaba en sus rivales imaginarios.

Teodosio cayó al punto en la cuenta de la imprudencia que acababa de cometer, dejando escapar de lo hondo de su corazón, uno de los secretos que le roían y devoraban.

Quiso subsanar su falta, añadiendo inmediatamente:

-Señores que gobernáis a Vasconia, ya lo he dicho antes de llegar aquí: la boda se suspende hasta mañana, o hasta que se pueda.

-¿Por qué?

-Porque no es hoy día de fiestas ni regocijos; porque lo primero es atender a nuestros hermanos, y me temo que a Pedro de Butrón y su familia les haya sucedido alguna desgracia en el camino, toda vez que a la hora presente no han llegado a Val-de-Goñi.

-Llegarán muy en breve, contestaron los emisarios; porque los hemos visto sanos y salvos, tranquilos y alegres enfrente de Ilzarbe.

-Pues en tal caso, dijo el abad, no hay motivo para dilatar el matrimonio. La suspensión de festejos, sí; pero la del sacramento no es conveniente en el estado a que han llegado las cosas. Si os parece, nobles señores, mientras la gente moza toma las armas y se prepara y se mueve hacia Iruña, vos, Teodosio, podéis recibir la bendición nupcial, y aún tenéis tiempo de tomar un bocado y alcanzar a los guerreros en el camino.

Esta proposición pareció a todos prudentísima y puesta en el orden. Teodosio, a quien tanto lisonjeaba, se limitó a decir que la creía muy del agrado de Pedro de Butrón, cuya prisa por casar a su hija antes de los escándalos y voces de Amagoia, le constaban mejor que a nadie.

Todo se podía llevar a cabo, sin perder un minuto siquiera. Por mucho que se acelerase la partida de los montañeses armados, el caudillo llegaría antes que ellos al pie de los muros de Pamplona.

Estaba también persuadido de lograr que entrasen presto en razón los godos, amedrentados y abatidos con la muerte del rey, la derrota de las numerosísimas huestes cristianas y la audacia de los árabes, en todas partes vencedores. Con este nuevo golpe, creía el pretendiente poder subir al trono con más desembarazo, con nuevo prestigio, y dando la mano a su esposa, la hija de Aitor.

Aparentó, sin embargo, que se dejaba arrastrar por los consejos del abad y la opinión general. Cediendo, pues, de la suya, avisó a los valles más próximos a la ciudad que todos los mozos obligados a responder al apellido, acudiesen como pudieran a los órdenes de Lope de Echeverría, y en Goñi, poco antes alborozado, sonaron de pronto los instrumentos que llamaban a la guerra.

Sus ecos disonantes, roncros y a la sazón temerosos, resonaban con furia, cuando Constanza y su comitiva aparecieron en el valle.

-¡Extraña música y desusado recibimiento es éste!, dijo Lartaun.

-No sé por qué me da miedo, contestó Constanza.

-¡Yo que vosotros me volvía atrás!, añadió la madre. ¡Aquí va a pasar algo siniestro!

Sin embargo de los sonidos bélicos de las trompas éuscaras, y del pasmo repentino del gozo general, cuando la familia de Aitor apareció en el portillo, los cuernos de guerra enmudecieron, y todas las gargantas vibraron con el grito de triunfo y aclamaciones montañesas que ya conoce el lector.

Teodosio se presentó llevado como por arte de encantamiento.

A la vista de su futura esposa toda inquietud, toda preocupación desapareció de su semblante: el amor le rebosaba del pecho.

-¡Una por una, es mía!, pensaba.

Y viéndole feliz, también parecía serlo la desposada.

-¿Cómo habéis salido tan tarde de Echeverría?, les preguntó Teodosio.

-Muy tarde no hemos salido; pero topamos con Pacomio, que nos ha obligado a detenernos. Tramábase en Iruña una sublevación contra García, que ha llegado al amanecer, y el buen ermitaño temía que al saberla, los godos de las orillas del Larraun y Burunda se volvieran contra nosotros, y no nos dejaran cruzar acá. Y en efecto, alguna amenaza hemos escuchado, algún amago hemos visto; que ese honrado eremita ha logrado contener.

No satisfacían completamente a Teodosio los elogios que Pedro de Butrón hacía de la solicitud hartos sospechosa de Pacomio; pero no era ocasión aquella de profundizar la materia, ni de hacer sobre el particular observación alguna.

Miguel entre tanto oyó el grito montañés desde la puerta del palacio, cuya fachada principal daba al Mediodía, y con la voz más robusta y alegre que había salido de sus pulmones, dijo a Plácida, que estaba en la cocina abrasada, más que por el fuego, por el retardo, que tanto influía en la comida:

-¡Ya vienen, Plácida, ya vienen!

Al poco rato salió la anciana al portal con agua fresca y un cesto de bollos y pastelillos de leche, huevos y miel.

-Pasados de necesidad vendrán esos pobres, exclamó; más pasados que la comida.

Miguel no la oía. Estaba aguardando a los novios con febril desasosiego, respondiendo distraído a las preguntas que sus amigos le dirigían, y dirigiendo él preguntas que hacían sonreír por lo inocentes. Pero al ver llegar a Constanza entre sus padres y Teodosio,

comenzó a temblar de júbilo, y sin moverse de un punto, quizá por no dar a entender la debilidad física a que le había reducido la excitación, alargaba los brazos para acortar la distancia que de los nuevos huéspedes le separaba.

Por fin subieron éstos a la pequeña planicie que se extiende delante de Jaureguía, y Constanza tuvo el buen gusto de apearse en los brazos del anciano, arrojándose en ellos sin reparos ni melindres, como quien se envanece y gloria de tenerlo por padre.

¡Ah! ¡Con qué acento, que salía de lo íntimo del corazón, la prodigaba Miguel al oído el dulce nombre de hija! ¡Con qué puro y santo cariño aplicaba sus blancos labios a las frescas y sonrosadas mejillas de la doncella de Butrón! Era tan hermosa y tenía expresión tal de bondad, que Miguel no se hartaba de mirarla, y la abrazaba otra vez, y se enternecía de gozo, y la bendecía con aquellas bendiciones de padre, que abarcan, como los brazos de la caridad, el universo mundo.

El semblante de Constanza es uno de los que más se resisten al pincel. Con ser bello, no consistía en la hermosura su principal encanto, sino en su expresión de candor angelical. Era el tipo de su raza, georgiana en opinión de algunos sabios; pero con ojos entre garzos y azules, de dulzura agasajadora, de cierta suavidad que no engañaba nunca. Aquellos ojos podían mostrarse tristes alguna vez; jamás airados. La cólera en ellos debía deshacerse en llanto, y refugiarse el terror en aquel corazón para destrozarlo. Su mirada siempre suplicante o compasiva. La nariz de una regularidad admirablemente perfecta, la boca dulce y afable, la frente despejada y serena, y la garganta también de asombrosa perfección. El cabello castaño claro con magníficos reflejos de oro; pero todavía envuelto en toca azul y blanca, y cortado como las solteras. El aire sencillo y gracioso, aunque lánguido y poco resuelto.

Comparada la hija de Lartaun con Amaya, hubiérase dicho que aquélla atraía y ésta fascinaba; que Constanza era la goda, y Amaya la vascongada. Pero lo que más puede caracterizarlas es que haciendo buenos las dos a cuantos las miraban, la una imponía la bondad como un mandato irresistible, y la otra como un atractivo.

-¡No la mereces, Teodosio!, exclamó el padre: cuidado cómo me la tratas.

Estas palabras, dichas por abundancia de corazón, y en tono de amable severidad, descubren la grata impresión que acababa de hacer Constanza en el anciano, que de repente la hizo suya y la puso quizás en lo más íntimo de su pecho, recelando que Teodosio no fuese digno de ella.

-Decís bien, padre mío, contestó éste con sinceridad; no la merezco.

Y le besó la mano respetuosamente.

Pedro de Butrón era alto, delgado, de facciones finas, de cara redonda y pequeña. Tendría de cuarenta a cincuenta años. La expresión bondadosa y melancólica como la de su hija.

Miguel se volvió hacia el futuro suegro de Teodosio, y le dijo sonriéndose:

-¡Pedro, si todavía eres un chico! Vamos, haré cuenta de que tengo otro más. ¡Bendito sea Dios, que me los trae conforme me los quita!

Y diciendo esto, tomó un bollo que aún estaba caliente, y se lo dio a Lartaun, como quien da golosinas a un niño.

-¿Y Constanza? ¡Constanza!, añadió. ¿Dónde anda? Toma tú, muchacha, que debes traer más hambre que un pajarillo en invierno.

Pero Constanza había desaparecido con su madre y la madre de Teodosio. Juntas habían subido al aposento que para los nuevos esposos se había destinado por los antiguos.

-Éste es vuestro cuarto, la dijo Plácida al entrar.

-No, señora madre; éste es el vuestro.

-Por lo mismo será el de Teodosio y el tuyo de hoy en adelante. Aquí nació Miguel; aquí hemos vivido en paz sesenta años; aquí viviréis vosotros otros tantos, y sólo para morir en él Miguel os lo pedirá prestado. Porque es grato morir en el mismo lecho en que se ha nacido. Pero veo que te pones triste, hija mía, y yo tengo la culpa de hablarte hoy de estas cosas.

-No es eso, madre mía, sino que...

Constanza se detuvo sin saber cómo indicar a Plácida lo que le pasaba. Mirábala con todo cariño, con inefable dulzura, y estaba pálida: y no sabía decir más, ni podía expresar mejor lo que sentía.

-¿Qué quieres decir?

-Tengo que revelaros un secreto.

-Primero, la boda; los secretos, después.

-No: primero el secreto.

-Hija mía, Teodosio y tú estáis en ayunas.

-Concluiré en pocas palabras. En el camino de las Dos Hermanas, he sabido que Amagoya tenía razón: vive Asier; no murió como se creía.

-¿Y qué?, preguntó Plácida alarmada.

-Vive, y está en la escualerría con su madre.

-¿Y qué?, tornó a decir la de Teodosio.

-No os asustéis, añadió Columba, interviniendo en el diálogo: mi hija no ha amado nunca a nadie hasta que ha conocido a vuestro hijo.

-¿Se puede amar a un hombre a los doce años?, preguntó Constanza candorosamente.

-No; no se le ama como a los quince.

-Pues entonces, es cierto: a nadie he querido en el mundo sino a Teodosio.

-Pero de niña, ¿querías a Asier?

-Antes de conocer a vuestro hijo, os hubiera contestado que sí: después de haberlo conocido, os digo que no.

-¿Y ése es tu secreto?

-Ése.

-¿Ese tu pecado?

-Ése.

-Pues bien, en penitencia un abrazo. Y ahora al altar. Espera, sin embargo. ¿Has hablado de esto con Teodosio?

-¿Cómo podéis suponer que yo se lo haya ocultado? Sí, Andra Plácida: todo lo sabe. A su debido tiempo, y con anuencia de mis padres, le enteraré de todo.

-¿Y qué?

-Teodosio quedó sin duda complacido de mi sinceridad y de la confianza que en él depositaba. Me pareció que desde aquel día se acrecentó su amor. Ya no volví a pensar en Asier, a quien creía muerto ocho años ha...

-Pero desde que sabes que vive y que está de vuelta...

-Amo al que Dios y mis padres me destinan para esposo, con más cariño y decisión que nunca.

-Al altar, pues, al altar; que ya se va haciendo tarde.

-¿Y nada más tenéis que decirme, como madre de Teodosio?, preguntó Constanza.

-¿Qué más he de decirte, hija de mi vida?, repuso Plácida con inusitada abundancia de palabra. ¿Qué quieres que te diga, palomilla sin hiel, más blanca que los ampos de la nieve? Vamos en paz al templo, hija nueva, que restauras el cariño de todos los hijos que he perdido. Vamos en paz.

-Lo que yo siento, Andra Plácida, es no haber conocido a Teodosio desde mis primeros años. Porque si lo hubiese visto en mi niñez, y mis padres me hubieran dicho: «ámalo», como de Asier me decía Amagoia, a nadie más que a él habría amado. Ahora mismo me parece que no he vivido hasta conocer a Teodosio; porque él ha sido causa de que mis padres y yo hayamos abierto los ojos a la luz de la fe.

-No, Constanza: no te dejes llevar de tu imaginación, que me parece excesivamente viva. Es en vano afligirte por lo que no estaba en tu mano evitar, ni puede traer ya graves consecuencias. Que antes de conocer a tu esposo otro hombre te haya querido, ¿qué importa? Que tú, dócil a la voz de tu tía, que era como segunda madre para ti...

-Más que madre, era el ave que me amilanaba y aturdía. Mis padres hicieron muy bien en sacarme de Aitormendi, y apartarme de ella: Amagoya me fascinaba, y sólo desde que soy cristiana me siento libre de la magia que sobre mí ejercía.

-Contra la mirada de esa ave de rapiña, tenemos en la montaña los rugidos de una leona. No la temas. Vamos al templo.

Bajaron. Ya era tiempo; porque la muchedumbre estaba inquieta, Teodosio esforzándose en aparecer tranquilo, y Miguel, al frente de los ancianos, rendido de fatiga, y obstinado en no descansar hasta sentarse a la mesa.

La distancia de Jaureguía a la iglesia es sólo de algunos pasos; pero éstos se dieron con toda solemnidad, yendo la novia entre Columba, Plácida, Olalla y otras muchas echecoandrias, y Teodosio, con su padre, los ricos-hombres, Pedro de Butrón y multitud de personajes nuevos, que llegan tarde a nuestra historia para darlos a conocer de nombre siquiera.

Entraron en la iglesia.

Los que en ella no cabían, se quedaron en el atrio esperando, apiñados y con los ojos fijos en el pórtico.

Merced a la dirección de todas las miradas, y el ansia con que todos se agolpaban entre el palacio y el templo, nadie vio entrar en el valle un hombre, montado en una jaca, cuya negra y sedosa piel estaba cubierta de polvo y espuma, y despedía gotas de sudor, como si acabara de salir de un río. Venía a todo escape; corría a todo correr, tendido el pescuezo al nivel del cuerpo, cuasi en línea horizontal. Enseñaba los dientes, abría desmesuradamente las narices, como si todo el aire de la atmósfera fuese poco para sus pulmones, y miraba al pueblo, que parecía término de su carrera, con ojos de desesperación. Aún le faltaba que subir la cuesta, pedregosa, empinada, superior a sus fuerzas.

El jinete la animaba o la aturdía con descomunales voces, la picaba en el lomo, en el cuello, en los ijares con la punta de la guecia, y de este modo consiguió llegar a la cima, al borde mismo de la era. Pero al poner los cascos en el llano flaquearon las piernas del caballo, el cual, doblando la cerviz y mirando tristemente y de soslayo al implacable caballero, cayó de pronto al suelo, y descendió rodando por un precipicio, y tras una corta convulsión, expiró.

El jinete, afortunadamente, había quedado en pie; y sin corresponder a la postrera mirada del noble y desdichado bruto, se dirigió al pueblo, cuyo silencio le espantaba y le infundía cierta esperanza al propio tiempo.

De repente sonó la campana de la iglesia, y estalló clamor estrepitoso de vivas y aplausos, de alegría y regocijo.

-¡La bendición! ¡Ahora les echan la bendición!, dijeron mil voces.

El recién llegado se detuvo, como herido de un rayo.

-¡Tarde!, exclamó con sordo y desesperado acento. ¡Siempre llego tarde! ¡Siempre! Pero ni ahora, ni nunca, me daré por vencido.

CAPITULO III

De cómo las niñas dicen las verdades de las locas

Eudón tendió la vista alrededor.

Nadie había presenciado ni advertido su llegada, ni la caída del caballo al hondo del precipicio. Sólo algún desdichado zagal, obligado a fuerza de halagos o de amenazas a cuidar del rebaño en las montañas circunvecinas, y tal cual impedido, recostado a la sombra de los ciclópeos muros de Gastelúzar, podían ser, a la sazón, testigos de aquel acontecimiento, notable para nosotros, insignificante para ellos.

Y que lo vieses o no, ¿qué le importaba al duque de Cantabria? Todo lo había perdido, y a todo venía resuelto. Sin amparo de nadie, sin más terreno que aquel en que ponía los pies, en él quería seguir luchando, si no por el triunfo, por la venganza. Confundirse y perderse entre la multitud, acercarse a Constanza y Teodosio, y turbar y destruir su dicha, era ya su único afán. Y destruirla pensaba con una palabra, y si esa palabra no bastaba, con el acero. No le arredraba el morir, si moría vengado. Ni deudos y secuaces, ni amigos y prosélitos, ni Amagoya, ni siquiera Pacomio, le hacían falta: para su negra desesperación le estorbaba sin duda la compañía.

Quizás el desamparo y soledad le protegían en los primeros pasos de sus criminales propósitos, que ya se dejan adivinar. ¿Quién en día de tanto bullicio y de continua afluencia de forasteros paraba mientes en la venida de un forastero más? Su mismo apresuramiento se explicaba naturalísimamente por el ansia de llegar a tiempo de asistir a la augusta ceremonia, que en aquel punto había terminado.

Solo, y por nadie conocido tras ocho largos años de ausencia, ¿quién podía figurarse que aquel joven era el duque de Cantabria, conde poco ha de los Notarios, de las Largiciones y del Tesoro en la corte de los godos, y el hijo de Amagoya, el primer amante de Constanza, el temido Asier, cuyo despecho se quería eludir adelantando la boda?

Enderezó sus pasos a la iglesia del pueblo, en torno de la cual se enroscaba la muchedumbre, apretando el edificio con la fuerza de la curiosidad: andaba con planta firme y determinada, y el continente de quien va mandando un ejército.

Para acercarse al templo tenía que pasar delante de Jaureguía. La puerta principal, abierta de par en par y festoneada de bojes y flores silvestres, estaba obstruida por gran parte del público, que aguardaba a los desposados para darles el parabién y conocer de cerca a la novia, de cuya hermosura y bondad se contaban maravillas.

Eudón había resuelto presentarse en el palacio de improviso y sorprender a su prometida; pero romper aquella falange de entusiastas y curiosos, ardua, si no imposible empresa, requería algún tiempo más del que podía disponer, y le obligaba a llamar la atención excitando la curiosidad. Afortunadamente para su intento, divisó libre y franca la

puertecilla secreta que las antiguas crónicas mencionan, y atravesó por ella sin dificultad alguna.

Ni por el traje, ni por los rasgos de su fisonomía, distinguíase de las gentes que poblaban a la sazón aquel felicísimo valle. Venía empolvado, sudoso; traía impreso en el semblante el sello especial y característico de las catástrofes: era su mirada sombría, feroz y de expresión diabólica, que contrastaba con la ingenuidad y alegría general; pero en cuanto a las demás apariencias podía pasar por un vasco de tribus de la costa, en quien nadie reparaba, porque nadie en tales momentos se detenía en observaciones fisonómicas.

Confundido entre el vulgo, entró en Jaureguía sin llamar la atención.

Hallóse al pie de una pequeña escalera, que conducía al piso principal, y luego en oscuro y largo corredor, al fin del cual se veía la luz del aposento en que habitualmente dormían los patriarcales señores del valle.

Por el corredor andaban de prisa gentes que sin duda alguna buscaban ventana para asomarse y ver la fiesta desde lo alto.

-Allí, decía uno; aquel cuarto parece que está desocupado.

Y señalaba el de Miguel de Goñi.

No, allí no, contestaba otro de los curiosos; es el aposento de los señores. Ahí no entra nadie. Ahí subirán inmediatamente los novios cuando vuelvan de la iglesia.

Y se retiraron al interior de la casa.

Eudón los dejó marchar sin decirles nada, y sonriendo avieso, repitió murmurando:

-¡Ahí subirán los novios cuando vuelvan de la iglesia! Ahí me encontrarán.

Y con resonantes pasos, que hacían retemblar todo el ándito, encaminóse ciego de ira a la desierta cámara, que, en efecto, a pesar de caer hacia el templo, y de ser el punto más a propósito para ver salir la nupcial comitiva, por todo el mundo había sido respetada.

Al entrar en el cuarto donde Miguel de Goñi había nacido noventa años atrás, cerró el duque la puerta que tan raras veces se entornaba, y rendido de fatiga y abrumado por siniestros pensamientos, sentóse en un arcón enorme de nogal, donde guardaba Plácida sus mejores ropas y alhajas.

-Aquí, exclamó con sorda voz; aquí vendrán, aquí los aguardaré.

Maquinalmente puso la diestra en el puño de la espada, la desenvainó, examinó la punta y entrambos filos, y prosiguió satisfecho:

-No falta nada. Todo está dispuesto para la conclusión de la fiesta.

Quedóse pensativo algunos instantes. Su silencio era más espantoso y preñado de horror que sus palabras.

-¡Los dos!, tornó a decir: ¡Los dos han de perecer a mis manos, después de haberme oído! Ella y él. Ella primero... ¡No, ella no! Me faltarían luego las fuerzas. Que le quede la vida para suplicio; que lo vea a mis pies revolcándose en su propia sangre; que haya en el mundo quien dé perpetuo testimonio de mi venganza. Vendrán aquí después de la ceremonia: esa gente lo dice y no se engaña; subirán en compañía de sus padres, que les dirán con grave y solemne acento: «Éste ha sido nuestro tálamo, y desde ahora será el vuestro». ¡El suyo! ¡Oh! ¡Y vacilo y tiemblo! Morirán ella y él; morirán cuantos me estorben y quieran detener mi brazo.

En aquel momento se renovaban las aclamaciones. Se había terminado la misa después del desposorio. Mozos y ancianos salían de la iglesia con el mismo aparato, ostentación y gravedad con que habían entrado; pero con mayor júbilo. Gozo inefable resplandecía en todos los semblantes, y muy particularmente en aquellas personas iniciadas en los secretos de la familia, que temían ver profanados los augustos ritos por la súbita aparición de la furiosa pagana de Aitormendi.

Eudón se levantó: fuerza irresistible le impulsaba hacia el espectáculo. Complacíase en acrecentar su propio dolor, en añadir más y más combustible a la hoguera en que se consumía, en desgarrarse las entrañas. Diríase que se sentía débil, y quería tomar fuerzas, y alzarse más, ahondando su ignominia.

A cierta distancia, y detrás de una cortina, para no ser visto desde la calle, pudo contemplar de lleno el triunfo de su enemigo y el regocijo popular. Pero no vio nada, absolutamente nada, desde que sus miradas pudieron clavarse en el rostro de Constanza.

Cerca de dos lustros hacía que no la había visto. Nunca soñó que llegara a ser tan bella como entonces la veía.

La dejó niña y la encontraba mujer, y casada y enamorada de otro hombre, que le robaba en un día, el amor y la corona; la vida, más que la vida, el honor y la felicidad.

¡Qué hermosa estaba! ¡Cuánto había ganado desde la niñez! Por viva, por dulce y grata que fuese la imagen que de ella tenía grabada en el corazón, parecióle débil trasunto, sombra confusa, al lado de aquella joven a quien contemplaba en la primavera de la edad, en la plenitud de las gracias y en el colmo de la felicidad.

Constanza hacía dichosos a sus padres, a su marido y a sus pueblos, y la ventura universal se reflejaba en su alma, en sus miradas, en su sonrisa, en su talante y su rubor. La religión, la piedad, el candor y la virtud embellecen, y Eudón era hartamente perspicaz para no comprender dónde estaba el foco de aquella riquísima luz que le deslumbraba.

-¡Oh! ¡Y es buena!, pensaba; y a sí propio se decía: ¡Es buena esa mujer que me está matando! ¡Y falta a sus juramentos, y no falta a su conciencia! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué misterio es éste que no pueden taladrar mis ojos? ¿Cómo esa mujer, que ayer me dice por boca de Pacomio: «Deja a Toledo, vuelve a Vasconia, preséntate a mi padre: mira que te amo de corazón, y te espero con impaciencia»; cómo se casa con otro, sin temor ni remordimientos? ¡Y ni siquiera se acuerda de mí! ¡Y va libremente al altar! ¡Y es dichosa!... ¡Y es buena! Quisiera negarlo y no puedo: su rostro lo dice: ¡Es buena! Por ser amado como Teodosio, por merecer una palabra cariñosa, una sonrisa de esa boca que

tantas me prodigaba, yo lo daría todo... ¡Todo! ¡Mi reino y mi tesoro; mi nombre, mi nombre mismo! ¡Y yo jugaba con ella, y reclinaba mi frente en el mismo regazo en que ella se adormía! ¡Y una misma madre nos arrullaba! ¿Te acuerdas ¡ay!, te acuerdas de los cantos de Amagoia cuando ella se sentaba con el arpa en la mano, y nosotros nos recostábamos a sus pies? ¡Ah! Tú no lo recuerdas. Has perdido el corazón, y con el corazón la memoria. ¡Tú no eres la misma, no!... ¡Eres mejor!, añadió sin poderse contener. ¡Mejor para todo el mundo, menos para mí!... ¡Para mí sólo ingrata, perjura, tornadiza y cruel hasta el olvido y la superchería!

Volvió los ojos, apartóse al interior del aposento para no verla, y fuera ya del círculo mágico que insensiblemente le iba atrayendo a la ternura, exclamó:

-¡Yo haré que de mí se acuerde! ¡Memoria ha de tener de mí toda la vida! Aunque luego se descubra todo, aunque todo quede luego destruido.

Creyó sentir entonces una carcajada detrás de sí: tornó súbitamente el rostro, pero no vio a nadie.

Eudón quedó petrificado. Más hubiera querido encontrarse con un fantasma, con una aparición sobrenatural y diabólica, que con el vacío.

Aquel hombre tan sereno, dominante y superior a los demás, acostumbrado a disponer de reyes y mandar en reinos, temblaba ante aquellos pobres y sencillos montañeses, ante aquella niña, que no tenía otro escudo que su virtud, su bondad, y la dulzura y pureza de sus ojos: se estremecía de pies a cabeza, y apenas podía sostenerse sin echar las manos a la pared al escuchar aquella risa, que el eco sin duda le traía desde la calle o de algún aposento inmediato.

-¡Miserable de mí!, decía murmurando balbuciente. No soy ya el mismo. Vuelvo a ser lo que fui: un triste pescador, un judío supersticioso y cobarde. Mi raza y mi sangre me avasallan, y en el momento crítico van a faltarme las fuerzas para asestar el golpe al corazón, para sostener siquiera el acero. Es ella, es ella quien me embarga y disipa el encanto de mi poder, y me hunde y anonada. Para ser criminal tengo que dejar de amarla: que si al verla de lejos me siento flaco, desmayado y apartado de mí mismo, ¿qué será cuando oiga su voz, respire su aliento y perciba la agitación de su pecho, los latidos de su corazón? Que vivan; que me vean en el trono. Dueño de la mitad de Vasconia, con las riquezas de Aitor ganaré la otra mitad.

Pero aún le faltaba otro golpe tremendo.

La idea del casamiento de la hija de Aitor y de la monarquía pirenaica eran inseparables en la mente del pueblo vasco, y al victorear algunos montañeses a los desposados, prorrumpieron también en gritos de: «¡Viva Teodosio, nuestro rey!»

Quiso Miguel imponerles silencio; los ricos-hombres, celosos de la autoridad del Batzarre, con la voz y significativos ademanes protestaban contra aquella irregularidad, hartos propia de gente apegada a sus antiguos usos y costumbres. Pero el grito estaba dado, y no dejaba duda de que el hijo de Goñi, era el rey de la muchedumbre, aunque

todavía no fuese proclamado por los Doce; y Eudón pudo leer en los ojos de su rival el logro completo de los afanes de toda su vida.

Aquella satisfacción, aquel aire de triunfo borraron del corazón del duque de Cantabria los gérmenes de piedad, ternura y compasión que iba depositando en su pecho el dulce amor de sus primeros años.

Abrió la puerta del aposento como si quisiera adelantarse a su venganza; como si anhelara por devorar con la vista al autor de su derrota y desventura.

-¡Que vengan!, dijo; te llaman rey, pero no calentarás la corona en tu cabeza. Por cerca que te creas del trono, más cerca tienes el sepulcro.

Y con la espada en la mano, esperaba a Teodosio, para abalanzarse a él como un tigre.

Nadie, sin embargo, se presentaba en el claustro. La felicidad no distraía al desposado del cumplimiento de sus deberes. Inmediatamente después de haber salido de la iglesia, dio la última mano a sus disposiciones para socorrer a García. Siguiendo los consejos del abad, había consentido en casarse mientras la gente de armas tomar marchaba hacia Pamplona; pero no quiso sentarse a la mesa, sin haberse asegurado de que sus órdenes se habían cumplido.

Cuando supo que la gente de guerra iba delante, dijo a su padre y los ancianos de Vasconia:

-Ahora la comida, como quiere el buen párroco Juan de Vergara. Puedo disponer de un par de horas, y alcanzar a los guerreros antes de que lleguen a Iruña. El festín para mí será más breve que para vosotros; pero no menos alegre y regocijado.

-¡A la mesa! ¡A la mesa!, contestaron muchas voces, que resonaron como una sola.

Subieron todos a la sala principal con la solemnidad acostumbrada; primero el abad, después los ancianos del gobierno y los padres de entrambos consortes, y éstos por último, y tras ellos la turba multa de convidados que no pertenecían al festín de Gastelúzar.

Aunque la cámara nupcial caía a la parte opuesta de la gran sala, convertida en comedor por la insaciable hospitalidad del señor del valle, el estruendo de los pasos y la algazara de tanta gente de boda llegaron a los oídos del duque, puesto en acecho.

Comprendió la causa de aquel ruido, y se avergonzó de tener que esperar allí solo y escondido como un asesino, largas, mortales horas quizá, que para su rival pasarían en un soplo, entre lisonjas, parabienes y esperanzas de ventura.

¡Teodosio y Constanza diciéndose furtivas palabras de amor, mirándose y sonriéndose en la plenitud de la dicha, entre sus padres no menos dichosos, y ante los gobernadores expresamente llamados para proclamarlos reyes! ¡Teodosio en el festín sentado a par de su esposa, y él allá, olvidado, desatendido, maltratado por la suerte, que se había complacido en elevarlo a la cumbre para despeñarlo al fin desde la suprema altura! ¡Él en aquella estancia y ante aquel tálamo revolviendo en su mente proyectos de sangre y

horror, y teniendo que respirar en atmósfera de ventura, de virtud y santidad! ¡Su cuerpo en el aposento de los patriarcas angelicales de Vasconia, y su alma en los tormentos del infierno!

-Yo no puedo con esto, decía Eudón: aquí me ahogo. Moriré como duque de Cantabria, no como un ladrón.

Embozándose en su capa vasca, después de haber envainado la espada y tomado la gacía de peregrino, lanzóse desesperado hacia la sala del banquete.

No podía equivocarse el camino: la algazara de los convidados le guiaba.

El último de ellos acababa de entrar, y viendo Miguel de Goñi la mesa completa, exclamó con alborozo:

-La bendición, Juan de Vergara; la bendición antes del primer bocado.

Un desconocido apareció entonces en el umbral.

-¡Antes del festín, justicia! Justicia tenéis que hacerme, como señor de Goñi.

Era Eudón quien pronunciaba con tremenda voz palabras semejantes, que dejaron a todos suspensos y estupefactos.

Teodosio, que estaba sentado a la parte opuesta, se levantó irritado contra el impertinente desconocido, con vagos presentimientos de terribles escenas.

-¿Quién eres?, le dijo. ¿Qué pides? ¿Qué horas son éstas de querellas y demandas?

Pero el recién llegado, sin dignarse de mirarle ni contestar a sus preguntas, traspasó la puerta desde la cual había dirigido la palabra, y echando atrás manto y capucha, se adelantó hacia Constanza, y la dijo, clavando en ella la mirada más terrible que la infeliz había tenido que soportar en toda su vida.

-¿Me conoces, hija de Aitor, me conoces?

Temblaba la novia; temblaba a pesar de los esfuerzos que hacía por mostrarse tranquila.

-¿Me conoces?, tornó a decir Eudón con acento aún más tremendo que su mirada.

-Sí.

-¿Quién soy?

-Eso no lo diré jamás. Eso vos lo sabéis, y yo no debo revelarlo.

El duque de Cantabria quedó sobrecogido y perplejo un solo instante. No sabía a qué atribuir tan inesperada y extraña salida. Pero el rostro de la hija de Lartaun indicaba cierta compasión en lucha con la severidad, y el de su marido la súbita mordedura de los celos.

No necesitaba más Eudón: había descubierto el camino más seguro de la venganza, y creciendo en osadía, continuó:

-Comprendo tu silencio. Mas yo no tengo ningún respeto que guardar. Señor de Goñi, señores del gobierno de Vasconia, soy Asier, hijo de Amagoia. Constanza de Butrón, soy tu primero, digo mal, soy tu único marido. Ese matrimonio que acabas de celebrar es nulo. Jaun Miguel, entregadme mi esposa. Ésa es la justicia que tenéis que hacerme: eso es lo que pido.

Reinó en aquel estrado, repleto de gente, el más profundo silencio, hasta el punto de percibirse el tenue roce de la espada que desnudó Teodosio para traspasar el pecho de su rival.

Pero tenía delante la mesa, casi tan larga como la sala, y para cuando quiso saltar por encima, los brazos de los circunstantes le detuvieron.

-Dejadlo que me asesine, exclamó el duque sin pestañear. ¡Dejadlo! Sólo así podrá casarse de veras con la viuda del hijo de Amagoia.

Y por vez primera puso los ojos en el desposado, que pugnaba por desasirse y lanzarse sobre el recién venido.

-Déjale hablar, le dijo el abad; éste es caso de conciencia.

-Teodosio, añadió Miguel; se me pide justicia contra mi propio hijo: siéntate y calla.

Los vascos, aun de recia condición y violentas pasiones como Teodosio, nunca desobedecían a sus padres.

-Callo y me siento, respondió con sorda y sumisa voz el rey presunto. Pero necesito que esta farsa concluya presto. García y nuestros amigos cautivos en Iruña nos esperan, y lo que se quiere es que yo no vaya a libertarlos. Que diga ese godo cuanto se le antoje: con tal de que sea breve, no despegaré mis labios.

Sentóse cabizbajo, de codos sobre la mesa, con ambas manos en la empuñadura del acero, cuya punta se clavó en la tabla.

Las miradas de Eudón, como sabe el lector, eran irresistibles; todo lo empequeñecían y pulverizaban. Cuando él quería, sólo él aparecía grande. Pero su grandeza satánica veíase forzada a rendir parias a la virtud, como se abate Luzbel ante el signo de nuestra redención.

Constanza parecía insensible por la fuerza del terror. Quiso luchar en un principio: cierto vigor oculto la sostenía y animaba; pero no sé qué especie de lástima se apoderó de su corazón súbitamente. Quizá tuvo miedo de su propia defensa; quizá las revelaciones que tenía que hacer eran el principio de escenas sangrientas, que trataba de evitar a toda costa. Tímida y asustadiza, buscaba siempre el camino recto: y aún no se contentaba con lo bueno, aspiraba a lo mejor; nunca, sin embargo, se creía segura de lo que hacía. En la ocasión presente, y sobre todo, después del breve coloquio que tuvo antes de la boda con la madre de Teodosio y con su prima Olalla al venir del templo, ninguna duda, ningún escrúpulo le quedaba acerca de la libertad de su corazón; pero al oír delante de personas tan respetables aquellas palabras: «El matrimonio que acabáis de celebrar es nulo», «eres mi esposa», «soy tu primer marido»; al ver que el párroco Juan de Vergara declaraba caso

de conciencia la protesta de Eudón, tuvo desconfianza de sí misma, miedo de su antiguo amante, miedo de los arrebatos de su marido, miedo de sus padres, miedo de todos los presentes. Las protestas de Eudón le sonaban a sentencia inapelable; sus propios escrúpulos le parecían la voz de la conciencia, adormecida por el error y ofuscación de largos años.

Miguel de Goñi quería mostrarse fuerte y sereno; pero estaba a punto de llorar ante el dolor y las angustias que revelaba el semblante de su nueva hija; los arrebatos de Teodosio le parecían presagios de desdichas, y el abortado festín de boda principio de una serie indefinida de calamidades.

Plácida en cambio miraba a todas partes, como leona en alarma que guarda la caverna donde duermen sus cachorros. Podía dudar todo el mundo; pero ella no. No sabemos en qué fundaba la seguridad que sentía en lo más hondo del corazón; pero tenía fe en la inocencia de Constanza, y el hijo adoptivo de Amagoya la inspiraba horror. Al través de todos aquellos celajes de magnificencia, llegaba a vislumbrar las negras calumnias del ambicioso y despechado amante.

-Despacha pronto a ese hombre, le dijo murmurando a su marido; ese hombre es un impostor.

Estimulado y fortalecido Miguel con la voz de su esposa, rompió el silencio general, diciendo en alta voz:

-Despacha pronto, Asier; la comida nos aguarda, y si no fuera por los deberes que me impone la hospitalidad...

-Yo no soy, ni quiero ser vuestro huésped, le contestó sin vacilar el duque: soy un agraviado que viene a pedir justicia; un hombre honrado que os denuncia crímenes perpetrados en vuestra propia casa. Si no me atendéis, os acuso ante el Batzarre. Gobernadores de Vasconia, soy un marido que os reclama su mujer; Constanza es mía.

Y tan firme era su acento que nadie osaba replicarle.

-Las pruebas, murmuró Plácida al oído de su esposo.

-¡Las pruebas!, repitió Miguel, dando un golpe en el suelo con la guecia de plata, que había tomado en señal de autoridad.

Era la mayor muestra de energía que podía exigírsele en aquella hora de alboroto y aturdimiento.

-¡Las pruebas!, repitieron también a coro los presentes, que sentían la necesidad de decir algo, y no sabían qué.

-¡Un látigo es mejor!, exclamó con sorda voz Teodosio, quebrantando irresistiblemente la ley del silencio que se le había impuesto. Un látigo para ese perro gruñón y ladrador, envidioso de la ajena dicha.

-¿Pruebas me pedís?, dijo por fin Eudón con sonrisa desdeñosa y arrogante. Amaya, hija de Lartaun y de Usua, aquí presentes; Amaya, bautizada con el nombre significativo de *Constanza*, ¿es o no cierto que me amabas en tu niñez?

Interpelada tan bruscamente la novia, parecióle que recobraba el valor, principiando por confesar con dignidad la verdad que se le arrojaba al rostro.

-Sí, respondió con firmeza.

-¿Es o no cierto que, no estando ni tú ni yo bautizados, me diste mano de esposa delante de Amagoia, y le pediste el panal de miel con que se simboliza entre nosotros el matrimonio?

-También es cierto.

Y acrecentándose la audacia de Eudón con tamañas concesiones, añadió:

-¿Es cierto que mi madre nos bendijo?

-Tu madre sí; mi padre no. Mis padres se rieron de mí cuando les conté el caso, y me alejaron de Aitormendi para que no se repitiesen semejantes puerilidades.

Pedro de Butrón quiso intervenir en apoyo de su hija diciendo:

-No tenía Constanza la edad núbil...

-Eso lo veremos.

-Y le faltaba mi bendición, sin la cual nada valía la de mi cuñada.

-Pedro, señor del valle de Butrón, que antes os llamabais Lartaun, dueño por vuestra mujer del caserío que lleva el nombre de Aitor, prosiguió el duque de Cantabria; ahora soy con vos, y tendréis que responderme. Después de los desposorios celebrados con vuestra hija según los antiguos ritos, y a la edad poco más o menos de doce años, me presenté a vos y os dije: «La Adivina de nuestra raza me ha hecho marido de Amaya y vaticinado que he de ser duque del solar vasco»; «Cuando lo seas -me respondisteis-, volverás por ella». Pedro de Butrón, duque soy, no sólo de la escualerría, sino de la Cantabria entera. Duque y vasco, os traigo a vos por juro la corona, y a todos los vascongados la paz y las ciudades y fortalezas que hemos perdido hace tres siglos. Ancianos señores de Vasconia, mandando yo, mandáis conmigo en Iruña y en las riberas del Arga y del Ebro. Soy el rey; reclamo la reina. Lartaun, vuestra hija es mi esposa; cumplid vuestra palabra como vascongado y caballero.

-Palabra de irrisión, de burla y desdén, repuso Pedro.

-Burlaros pudisteis vos del hijo de Amagoia, contestóle Eudón con voz de trueno; mas no la Providencia. Tus burlas me lanzaron a los mares; pero allí estaba Dios, que me salvó en sus brazos del abismo. Y con la fe puesta en mi Salvador, y el corazón en la esposa que me esperaba, me hice rico, batallador, hombre de Estado, árbitro y hacedor de monarcas y monarquías, duque de Cantabria, y poseedor, por último, del secreto de Aitor

como sello inequívoco y postrero de mi predestinación y misterioso llamamiento. Aquí no hay más rey posible que yo.

En medio del silencio general percibióse una carcajada.

No salía de los labios de Teodosio, como pudieron creer algunos: el hijo de Miguel seguía cabizbajo y taciturno. Quien de aquella manera intempestiva, irrespetuosa y procaz turbaba la solemnidad del juicio, era una niña, era Olalla, cuyo festivo genio y travesura recordará el lector.

Eudón tenía en la memoria las risas con que fue interrumpido en el cuarto de Miguel, y temió, y depuso por un momento su arrogancia. Pero conociendo que era hombre perdido desde el punto que diese la menor señal de debilidad, prosiguió:

-Yo soy el único rey posible; pero si entre los vascos hay alguien que no pueda serlo es ése.

Y señaló a Teodosio.

-¡Mientes!, contestó éste ciego de cólera. Lo seré, y a palos te arrojaré de mis dominios.

-Ese hombre está mintiendo en todo, añadió Plácida.

-Elegidlo, prosiguió Eudón, sin hacer caso ni del hijo, ni de la madre: elegidlo, ricos-hombres de Vasconia; nombradlo rey, si os atrevéis y lo dais por bien casado. Que sea vuestra primera reina la primera mujer vascongada que falta a su palabra; tronco y raíz de vuestra dinastía el primer euscalduna que rompe los vínculos de honor diciendo: «Es cierto que prometí, pero hablaba de burlas al hacer solemnes promesas, al empeñar mi honra».

Estas palabras iban derechas al corazón de los señores de Goñi y Aitorechea, y produjeron espantosa confusión.

Arremolináronse todos en tumulto. Eudón acababa de encontrar la fórmula de un sentimiento que estaba en la conciencia del auditorio, el cual quedó dividido en grupos.

En unos se decía:

-Teodosio no puede ser rey: cualquiera menos Teodosio.

En otros se presentaba tímidamente en un principio, y con franqueza después, la candidatura de Asier.

-¿Por qué no ha de ser él? Es doblemente vasco, como natural y como hijo adoptivo de Aitormendi. Nos trae la paz, la entrega de todos los presidios y fortalezas que los godos nos han ganado. Si es marido de Constanza, que se la lleve. Cristiano debe de ser cuando tanto mando ha tenido en tierra de cristianos. Él es el único que puede convertir a su madre; y bautizada Amagoya, ¿qué más puede pedir la tierra vascongada?

-A falta de Teodosio, respondían los del grupo inmediato, ahí tenemos a García. El hijo de Jimeno promete lo mismo que el de Amagoia, y no cabe mejor, ni más cristiano, formal y caballero.

¡Oh inestabilidad de las cosas humanas! ¡Oh vuelcos de la fortuna! Los mismos que una hora antes gritaban ¡viva el rey Teodosio! a cualquiera menos a Teodosio querían hacer rey.

Eudón triunfaba; pero su triunfo no podía ser duradero.

Desde el punto en que comenzó el desorden, acercóse a él Juan de Vergara y le dijo que se retirase.

-¿Por orden de quién?, le preguntó.

-No os lo manda nadie, respondió cándidamente el anciano monje; pero lo exige Constanza por evitar escándalos y efusión de sangre.

No deseaba otra cosa el duque de Cantabria. Había sacado todo el partido posible de una situación completamente desesperada y él mismo estaba revolviendo a la sazón en su mente la manera de desaparecer, sin que pudiera motejarse de cobarde. Pero al oír al abad el nombre de Constanza, brilló en sus ojos un rayo de alegría, y respondió con maligna intención, y de manera que pudiese oírlo Teodosio:

-Pues bien, decidla que la obedezco, y que sólo me marcho porque ella me lo manda.

El hijo de Goñi saltó como picado por una víbora:

-¿Qué le habéis dicho, Juan de Vergara? ¿Qué mensaje le habéis mandando, Constanza de Butrón?

-Ninguno, señor marido, ninguno, le contestó Olalla. Soy yo quien anda en estos negocios: soy yo quien quiere que ese hombre nos deje en paz, y se vaya con sus ducados, mujeres y coronas a otra parte. Aquí me quedo yo para ajustarle las cuentas.

-Cerrad esa puerta, dijo Teodosio a los que estaban más próximos a la salida del estrado.

Y fue instantáneamente obedecido; y una muralla de hombres se puso además delante, de modo que era imposible escapar.

-Ahora, añadió, dirigiendo altivo la palabra al perturbador del festín: ahora, vos. Vos, como Asier, tenéis que esperar la sentencia del juicio que habéis provocado; y como Eudón, y duque de Cantabria, quedáis en rehenes para responder de la vida y libertad de García y los vascos, villanamente detenidos en Iruña. Sentaos.

-Sentaos, hijo de Amagoia, repitió Miguel: sentaos todos como yo. Constanza, hija mía... no, hija de Pedro de Butrón, acabas de oír a tu acusador: ¿qué tienes que decir?

-Nada, padre mío, sino que soy hija vuestra y me glorío de serlo.

-Pero, ¿qué respondes a las acusaciones que se te acaban de hacer?

-¡Responder! No me tendría por digna esposa de vuestro hijo, si contestara a los cargos de ese desdichado. Dejadle salir. No me deis el repugnante espectáculo de verle expirar de vergüenza.

-¿Pues qué linaje de secretos tienes que revelar? ¿Quieres hablar a solas y reservadamente a nuestro buen abad Juan de Vergara?

-He hablado ya con el santo obispo de Iruña antes de dar mi palabra a Teodosio. Mas no lo sabe todo Marciano... Lo ignoraba yo misma... hasta que mi prima, la hija de Petronila, me lo ha revelado esta mañana.

-Pero hoy tienes que declararlo todo en vindicación de tu fama.

-Ni una palabra más.

Sentóse Constanza, y rompió en sollozos reclinada en el pecho de su madre.

-Yo, Jaun Miguel; yo lo diré muy claro y en pocas palabras, exclamó a la sazón la hija de la loca. Si estuviera aquí mi madre, nada de esto habría pasado. Delante de Petronila no hubiera sido ese hombre tan audaz. Pero a falta de pan buenas son tortas. Yo tampoco suelo morderme la lengua. ¿Queréis dejarme hablar?

-¡Que hable Olalla! ¡Que declare la hija de Petronila!

-¡Que se marche ese hombre primero!, tornó a decir Constanza, tan compungida, que apenas se la entendió.

-Que se quede, exclamó Teodosio.

-Que se quede o que se marche, importa poco. Yo no tengo la paciencia, ni los miramientos de mi prima. ¿Hablo, Jaun Miguel?

-Habla lo que quieras, y di si estás haciendo otra cosa hace una hora.

-Pues bien, ese hombre, ni es Eudón, ni es Asier: es un impostor.

-¡Las pruebas!, dijo Miguel, que no había olvidado la lección de Plácida.

-Bien sabéis todos que mi madre estuvo loca, prosiguió la niña. Delante de ella todo el mundo hablaba sin reserva. Pero yo no sé qué género de locura era el suyo, y aun sospecho que muchas veces se hacía la loca, con más juicio que los que andaban a su lado. Ello es que mi madre lo recuerda todo, lo sabe todo; nuestra casa es una especie de venta, y nuestra cocina el hogar de todo pasajero. Pues bien; cuando yo era más niña, se charlaba y se bebía delante de mí, si no con tanto abandono, con poco menos que delante de mi madre. Niña, curiosa, lo confieso, llegué... Vamos...

-Vamos: llegaste a descubrir...

-Hasta ayer nada: no me había fijado en ello. Pero anoche, al saber mi madre la vuelta de Amagoya y de su hijo adoptivo, prorrumpió en ciertas expresiones que iluminaron mi

entendimiento y refrescaron mi memoria. ¿Sabéis quién es ese hombre que ni se llama Eudón, ni Asier, ni es vasco, ni godo, ni franco, ni romano? El hijo de un judío.

-Yo no reniego de mi raza. Judío por mi padre, vasco de Aquitania, por mi madre; contestó el duque de Cantabria, levantándose con dignidad.

Era su sentencia de muerte: aún peor; era el hierro candente con que a sí propio se marcaba el rostro con perpetua infamia; pero ni su voz temblaba, ni su mano se estremecía.

Es imposible pintar el horror y desprecio que inspiraba.

Teodosio los dio bien a entender envainando la espada, abriendo tranquilamente la puerta del comedor, y diciendo al duque con una sonrisa mil veces más cruel que el odio y la amargura:

-Salid: ni podéis hacernos daño, ni servís ya para rehenes de nadie.

-Lo cual no impide que haya sido el primer amante de tu mujer, a quien tú te encargarás de hacerla recordar su amor primero.

Dijo Asier, y desapareció sin aguardar la respuesta del caudillo vasco, que seguía sonriéndose.

Pero su sonrisa a la sazón era forzada.

Entre tanto Juan de Vergara estaba explicando a gran parte de los concurrentes que aun cuando hubiese habido verdadero matrimonio entre Constanza y Asier, lo cual de ninguna manera podía admitirse por falta de edad y de requisitos indispensables, el acto habría sido nulo por error de condición y de persona.

CAPITULO IV

En que se dice quién era el Basajaun, y qué significa su nombre

Aunque tarde, y con tan malos auspicios, celebróse al fin la comida de Jaureguía, la más importante y solemne parte de la función, después de la religiosa.

Faltaríamos a la verdad histórica, y aun a la verosimilitud del relato, si dijéramos que la alteración de los ánimos, producida por los últimos acontecimientos, disminuía y relajaba el apetito de aquella gente voraz, que sólo un par de veces había almorzado. La hipérbole tiene sus límites: no llegaba, ni podía llegar a tanto la influencia del asombro y alternación de gustos y disgustos. Entre personas de tan dura epidermis, las impresiones no suelen ser muy hondas, y rara vez afectan al estómago.

Mozos y ancianos, ricos y pobres hombres, dotados de jugos gástricos que disolvían guijarros, y de gargantas que parecían sumideros, comían y bebían, si en un principio con la mesura y comedimiento que lo grave de la fiesta y lo copioso del programa culinario requerían, muy luego, y conocidamente después de los primeros tragos, con franqueza y

abandono tales, que dejaban satisfecho al mismo Miguel de Goñi, cuyo primer oficio era estimular con el ejemplo y la palabra el apetito de sus huéspedes.

Plácida, que horas antes se lamentaba de que la comida se iba pasando, pudo consolarse al ver que los convidados, o no andaban en melindres ni repulgos de empanada, o tenían la cortesía necesaria para devorar todas las viandas, como si estuvieran en su punto y sazón, exquisitas y admirables.

La regla tuvo, sin embargo, sus excepciones, y primera de ellas fue Constanza, que apenas probó bocado, y sólo por obedecer a su marido, y no dar a Miguel pena tamaña, permaneció en la mesa; hasta que hallándose el festín a cierta altura, y no siendo ya fácil que ausencias cortas fuesen notadas, se retiró silenciosamente a la cámara que se le había destinado.

Tenía necesidad de orar y de llorar: repleta de lágrimas y confusiones, sólo a Dios quería confiar llanto y vergüenza.

¿En cuyo regazo sollozar como vencida, cuando su propia madre celebraba su victoria?
¿Ni cómo confesarse descontenta y humillada ante su prima Olalla, por ejemplo, que la había proporcionado el triunfo?

Sólo a Dios podía decir: «Mi honra está a salvo; duéleme, sin embargo, haberla recobrado a costa de la infamia de mi enemigo: soy la esposa de Teodosio; pero un judío se ha creído durante muchos años mi marido. Petronila hubiera conducido las cosas mejor que Olalla: la loca habría sido más discreta que su hija».

Pero la loca, la hermana de su padre faltaba en el banquete; no había querido honrar la boda con su presencia.

Constanza, que la echaba entonces tan de menos, cavilaba acerca de su ausencia, y llegó a sospechar que no era muy del agrado de Petronila el matrimonio de su sobrina con el hijo de Miguel.

Y dando ya por cierto y real, lo que en un principio no pasaba de aprensión de conciencia escrupulosa y tímida, la desposada se preguntaba a sí propia:

-¿Qué motivos tiene Petronila para desaprobarme mi casamiento? ¿Habré procedido yo de ligero en negocio en que a mí me va la honra, a mis padres la dicha de toda su vida y la esperanza de salvación a todos los vascongados? ¿Estaré por ventura alucinada? ¿Seré, sin saberlo, sin haberlo sospechado hasta ahora, la esposa de Asier, la mujer de un miserable israelita? ¡No, mil veces no!, repetía escuchando voz interior que la tranquilizaba: he obedecido a mis padres, he tomado el consejo de los ministros del Señor, he declarado todo con sinceridad, con franqueza, yo no me puedo equivocar. Pero, ¡Dios mío! ¿qué será de mí si los demás se equivocan?

Así pensaba durante la comida aquella pobre niña, que guardaba todos los escrúpulos y tormentos para sí, y todos sus bríos y energía para el honor y ventura de aquellos a quien amaba.

Y amaba a todos: primero a su marido, a sus padres, a los padres de Teodosio: no podía, no sabía aborrecer a nadie... ¡ni al mismo autor de todas sus desdichas, angustias y martirio!

Al oírla hablar así, consigo misma, y en lo más recóndito de su alma, tal vez pudiera sospecharse que, si no rescoldo del antiguo fuego, algún calor guardaban las cenizas; y no era cierto: Constanza al menos lo protestaba en su corazón, y una de sus más vivas inquietudes se fundaba en el temor de que a nadie, y sobre todo a Teodosio, se le ocurriese semejante duda.

Deslizóse pues hacia su cámara, y al llegar entornó la puerta, y cayendo de rodillas delante de una cruz, rompió a llorar.

Saliendo entonces del hueco de la ventana, donde estaba oculto tras el cortinaje, presentóse Eudón embozado, y se interpuso entre Constanza y la puerta.

La desposada dio un grito, y levantándose con rapidez, se abalanzó buscando la salida.

Por raudos que fueran sus movimientos, llegó tarde: el duque de Cantabria había cerrado la puerta.

-¡Eres mía!, exclamó. Soy tu marido.

-Abrid, le dijo Constanza.

-Abriré, si me prometes oírme un solo instante.

-No prometo nada. Abrid, o me arrojo por la ventana, repuso la novia con energía.

-Serás en todo obedecida, contestó Eudón, empujando la puerta hacia el corredor; pero has de oírme.

-Dejadme salir, añadió Constanza, resuelta y determinada a todo, a dos pasos ya del umbral.

-Eso no. Tienes que escucharme. No me muevo de aquí, y son dos palabras las que voy a decirte.

Y como la joven, sin titubear, sin mirar más que a su deber, diese un grito llamando a Teodosio, prosiguió el duque:

-Grita, llámalo. Le mataré o me matará. Vengo dispuesto a morir, pero mi sangre, vertida en este aposento, echará en tu honra indeleble mancha.

-Tu presencia me está infamando ya.

-Eres mi mujer.

-Sois el primero que está convencido de esa mentira. Jamás habéis creído que yo pudiera ser esposa de un judío.

Ni judío, ni moro, ni cristiano. Seré lo que tú prefieras. Soy el duque de Cantabria, soy el rey, soy tu antiguo amante, soy tu marido. La ley, las Juntas, los obispos, dirán lo que quieran; pero tu conciencia te dicta que sólo conmigo estás casada. Llamándote esposa, me lancé a los mares y crucé la Europa y el Asia. Para ser cada día más digno de ti, he dejado atrás en saber en riquezas, en títulos y honores a la mayor parte de los hombres. Cuanto más humildes sean mis principios, más encumbrado he de aparecer a tus ojos. Porque todo es obra tuya: soy la hechura de tu corazón: si tú no me hubieras amado, yo no sería nada en el mundo. ¿Eres reina? Ya soy rey. ¿Eres cristiana? Yo seré cristiano. Contigo, un santo, un héroe, un restaurador de la España que está perdida; sin ti... un desesperado. No te asustes. Dios me inspira altísimos pensamientos, y me inclina a lo mejor. Dios quiere hacerme bueno y grande, porque ha querido hacerme mía.

Constanza le contestó:

-Soy la mujer de Teodosio, amo a mi marido; pero aunque no le amara tanto, daría toda mi sangre, toda mi vida, toda mi reputación, por no ofenderlo, por ser una buena esposa.

Y aprovechándose de la suspensión y embargo que produjeron en Eudón semejantes palabras, muy propias del carácter, y muy dignas del fervoroso espíritu de la recién bautizada, pudo salir ésta al claustro.

Huyó precipitada hacia la sala del convite; pero antes de entrar se detuvo, procurando reponerse de la turbación, y serenarse.

Por más que hizo, no pudo conseguirlo.

Cuando tornó a sentarse al lado de Teodosio, éste la dijo muy inmutado:

-¿Qué tienes? ¿Lo has visto por ventura?

Bajó los ojos Constanza, y no le contestó.

-Respóndeme: ¿lo has visto?, repitió su esposo con aspereza.

-Sí; pero no te muevas. Por Dios te lo pido, Teodosio: no más escándalos.

-Quien no se ha de mover, eres tú. Te lo prohíbo terminantemente.

Dijo el desposado, y sin cuidarse de llamar o no la atención, prestando más oídos a la voz de los celos que a los ruegos de su mujer, salió de la cámara del festín.

No estaban las miradas de los convidados para detenerse en idas y venidas, expresión y color de rostros, celos y demás menudencias. Fuera de que, teniendo que emprender el novio la marcha para Pamplona aquella misma tarde, nada tenía de extraño que interrumpiese con frecuencia la comida.

Constanza se quedó aterrada, y aun ofendida, y el menor grito de lo interior del palacio, le parecía indicio de una catástrofe.

-No dejéis solo a Teodosio, le dijo a su padre, que al punto se echó fuera, comprendiendo que estaba pasando algo extraordinario.

La ausencia de Pedro de Butrón era ya más notable, y estuvo a punto de aguar el malhadado banquete; porque tras de Lartaun fue el abad, y tras éste, Plácida y media docena más de los íntimos y comensales.

Todos volvieron luego con Teodosio.

-Nada, no es nada -dijo en alta voz Juan de Vergara-. Se había figurado el novio que Asier estaba aún en Jaureguía, y no es cierto.

-Nadie lo ha visto ni salir, ni volver, añadió Plácida.

-Ni da razón de su persona alma nacida.

-El vino, Teodosio, el vino se te ha subido a la cabeza, y te ha montado un judío en las narices, dijo Lartaun, tratando de disimular su propia inquietud con una chanza, que por cierto de nadie fue celebrada.

-Un clavo saca otro clavo, exclamó el patriarca, alargando un vaso a su hijo.

Teodosio se lo bebió, diciendo a su padre con todo respeto:

-Vivid mil años.

-Hombre, si no estuviera mi vida en manos de Dios, sería cosa de ponerla en las tuyas.

Y se aplaudió la ocurrencia.

Entre tanto, decía Teodosio a su esposa, con sorda y reconcentrada voz:

-¿Estás segura de haberlo visto?

-Segura.

-Has podido equivocarte... confundirlo con otro.

-No me equivoco, no lo confundo.

-¿Le has hablado?

Constanza reflexionó antes de contestar; le asustaba cada vez más el rostro de su marido.

-¿Le has hablado?, tornó éste a preguntar, exacerbado por aquel silencio.

-Ha querido hablarme, ha intentado detenerme; pero te llamé a voces, y ha huido.

-¿Por dónde?

-Lo ignoro... Por la escalera secreta quizás.

-¡Pero nadie más que tú lo ha visto! Satanás lo protege y lo hace invisible. Pese al diablo, yo también le veré, yo quiero verle.

Volvió a salir, pero inútilmente.

¿Consistía en que todo el mundo a la sazón estaba comiendo, tanto en la cocina como en la sala, que caían a la parte opuesta del cuarto de los señores del valle, y a gran distancia también de la puerta excusada? ¿Llevaba por ventura Eudón algún otro disfraz debajo del vestido con que se había presentado a pedir justicia? ¿O tenía razón Teodosio cuando en un momento de ira, de celos y confusión, llegó a sospechar intervención diabólica en favor del hijo de Pacomio?

Ni lo niego, ni lo afirmo. Que el espíritu maligno tomó parte directa y activa en estos sucesos, todos sus historiadores lo aseguran, y la tradición de once siglos, dándolo por cosa corriente, jamás lo ha puesto en duda. Con hechos de este linaje hay que contar para escribir la historia; la cual, descartada de lo sobrenatural, queda incompleta y mutilada.

Búsqese con diligencia la explicación sencilla y natural de los acontecimientos; pero si en estas investigaciones nos encontramos con otros de un orden superior a las humanas fuerzas, ¿por qué omitirlos ni ocultarlos? ¿Por qué no referirlos con la debida sencillez?

Del caso concreto a que nos referimos, nada dicen las leyendas; pero estando próximo a tantos otros, en que van a luchar contra Dios las fuerzas del infierno, ¿por qué no indicar desde luego que en el fondo de esta tradición hay algo humanamente inexplicable, de que no debe prescindirse?

Como quiera que fuese, preocupado Teodosio con tan extraños acontecimientos, habiendo perdido mucho tiempo en pesquisas y averiguaciones infructuosas acerca del paradero de Eudón, dejó pasar la tarde para salir del valle de Goñi.

Anduvo reacio, perezoso y descuidado, ¿quien, sin embargo, le acusará? ¿Quién no le disculpará cuando menos?

Dejar su casa pocas horas después de la boda; desprenderse de los brazos de su esposa en medio de tantos riesgos y conflictos; abandonarla en aquel estado de incertidumbre, de humillación y recelos, por acudir al socorro de amigos a quien creía comprometidos, era un acto de abnegación y firmeza de carácter. Pero desatender el negocio de toda su vida, su elección de rey, por el cumplimiento de sus deberes; lanzarse a los combates, al asalto quizás desesperado del presidio de Pamplona; convertir la noche de los desposorios en noche de horrores y de muerte, parece a los ojos del hombre rasgo de heroísmo. Los de Dios, que todo lo ven y todo lo escudriñan con perfectísima claridad, quizás descubrirían en aquel esfuerzo el afán de mostrarse rey antes de ser proclamado soberano, la mancilla del interés y la ambición en la hostia del sacrificio.

Antes que Constanza, antes que sus padres, había notado Teodosio la falta de Petronila y su marido Lope de Echeverría en la comitiva de la novia.

Mientras ésta departía con Plácida, disponiéndose para ir al altar, el desposado habló con Olalla.

-¿Por qué no viene tu madre?, la preguntó receloso.

-Mi madre tiene que hacer hoy en Iruña, y mi padre la acompaña, le contestó la niña.

-¡Hoy precisamente! ¡Hoy día de la boda de su sobrina! ¡Hoy que, después de los desposorios, tenía obligación de hacernos la entrega del secreto de Aitor!

-Yo no sé, no quiero saber nada de esas cosas. Lo que mi madre haga, bien hecho estará.

-¡Querrá dárselo a García! Si sabe que se llama duque o rey, habrá ido a rendirle parias.

-Teodosio, le replicó la niña con desenfado: ¡harto sabes tú que mi madre sólo se dobla a la justicia! Todo el mundo se inclina hacia ti: mi madre es la única a quien nadie ha visto encorvada delante del futuro rey de Vasconia.

-¡Sí, Olalla, sí!, repuso el novio insistiendo en sus recelos. García será dueño del secreto; García, que es el ídolo flamante de la loca.

Y la hija de Lope, a quien éste había transmitido con creces todo su buen juicio con la ruda franqueza de lenguaje, deseando cortar conversación tan enojosa, le dijo:

-Pues, alma de cántaro, ¿qué más quieres tú? Si mi madre pone el secreto en manos de García, ¿qué puedes apetecer más? Quien viene de tan lejanas tierras con tantos ducados y campanillas, y se dirige a la ciudad de los godos para entregártela a ti, ¿ha de guardarse el tesoro que no le pertenece?

Bien podía haber replicado Teodosio que García, sólo de rechazo, sólo casado con Amaya, la hija de Ranimiro, llegaría a ser dueño de aquellas riquezas; pero la consideración de lo expuesto por Olalla, la memoria de la generosa conducta de su amigo, renovada con tan aguda intención por aquella niña, le desconcertó, le selló los labios.

Fue al templo con esta sombra en el corazón, y ahora dejaba al fin su casa, en apariencia sacrificándose por su amigo; en realidad por el compromiso de sus pretensiones al señorío de los vascos, por el afán de convencer y atraer a Petronila a su partido.

Cuando trasponía la última roca que le robaba la vista del palacio, volvió la cabeza para dar el postrer adiós al paterno techo, donde se cobijaban todos sus amores, y se quedó helado de espanto.

A la confusa claridad del crepúsculo, que bordaba los undívagos contornos de las tormentosas nubes de Pamplona, vio entrar por la puertecilla secreta de Jaureguía un hombre, cuyo gallardo continente y resuelto andar le recordó la figura de Eudón en el umbral de la sala del banquete.

-¡Mirad allá!, dijo alterado y trémulo a dos montañeses que, a guisa de escuderos, espontáneamente le acompañaban.

Era uno de ellos el Disgustado, el cual, después de volver el rostro hacia donde Teodosio le indicaba, contestó:

-¿Qué ocurre? No veo nada de particular.

-Juraría haber visto entrar un embozado por la puerta excusada.

-Pueblo y casa están hoy llenos de forasteros.

-Juraría que ese embozado se parece al judío, duque de los godos.

-A quien yo veo salir en este momento es al ermitaño Pacomio.

-¿De dónde?

-De Jaureguía... Ya ha desaparecido.

-Estás viendo visiones, Saturnino. ¿Qué tiene que hacer Pacomio en Jaureguía?

-Eso es lo que yo quisiera adivinar: qué tiene que hacer en Goñi el ermitaño.

-Pues es muy sencillo, dijo a la sazón el otro escudero; comer y beber cual de costumbre, y disfrutar de la abundancia y regocijo de la boda.

Estas razones, dichas con el aire bellaco, ligero y burlón que caracterizaba al acompañante, parecieron tan convincentes, o por lo menos tenían tales trazas de sentido común, que hicieron sonreír y enmudecer a Teodosio, el cual, como avergonzado de sus recelos y desconfianza, siguió camino adelante.

-Yo me volvería atrás, le dijo el Disgustado.

-¿Por qué?

-A mí no me parece bien que dejéis a la novia sola.

-¡Sola con sus padres y los míos! ¡Sola con su prima y sus deudos, y casa y pueblo llenos de forasteros, como hace poco decías!

-Pues en un día de boda, y con esas historias de Asier y de judíos, a mí no me gusta que salgáis del valle con empresas tan disparatadas como la de tomar a Iruña.

-Sería la primera cosa que a ti te gustara, Saturnino.

-Pues hay otra que aún me gusta menos.

-¿Cuál?

-La cara de mi compañero. ¿Lo conocéis?

-No, ni me importa: ni cuento con él para nada, ni tengo tiempo que perder con tus aprensiones y tus historias.

Y por no oírlas, aceleró el paso, dejando atrás al escudero complacido y al malicioso Disgustado.

Iba como con alas. Transportábale el deseo de gloria, la ambición, más que el deber de salvar a García, a quien acusaba de imprudente, de indiscreto y aturdido; pero sentía también la necesidad de alejarse de aquellos lugares que le recordaban las escenas del

festín de boda: necesidad de correr y agitarse materialmente, para corresponder a la agitación de su conciencia atormentada.

Vagaba su fantasía de una en otra idea, aunque todas iban a un mismo paradero. No podía desechar la imagen de aquel embozado, de aquella airosa y gentil figura, de paso firme y evidentemente juvenil, que había visto entrar en Jaureguía. ¿Quién era? Ciertamente, que habiendo tal confusión de huéspedes en casa, nada tenía de extraño que entraran y salieran unos por la puerta principal y otros por la secreta; pero, ¿no cabía en lo posible que Eudón se hubiese quedado oculto en el hayedo, para volver a presentarse a Constanza, así que su marido se ausentara? ¿Llevaría el despechado amante su audacia hasta el punto de intentar sorprender otra vez a la novia en el aposento de Miguel, a donde conducía la escalera?

¡Ah! Si la maldad era posible, ya se imaginaba él que Eudón no dejaría de llevarla a cabo por falta de osadía. Quien había sido capaz de presentarse en el banquete diciendo: «esa mujer es mía», ¿no tendría ahora valor para amedrentar y confundir a Constanza, si la encontraba sola?

Ante esas imaginaciones, cien y cien veces tuvo impulsos de retroceder, a pesar de haber salido ya del valle; pero cuanto más le dolía, más andaba: cuanto más era tentado, más firme parecía en su propósito de acudir a la metrópoli. Allí estaba su trono: allí, no en Goñi, quería ser coronado. Hallaría a Petronila, la cual, viéndole ya casado con su sobrina, y mortal enemigo de la viuda de Basurde, viéndole, sobre todo, acudir al socorro de García, no se obstinaría en negarle el tesoro que le correspondía.

Atormentado con el tósigo que se había infiltrado en su corazón, se detuvo, aguardó a los escuderos, a quienes se había adelantado largo trecho, y le dijo al Disgustado:

-Saturnino, vuélvete a casa antes que cierre la noche, y advierte a mis padres y mi mujer lo que he visto...

-Yo creo que todas son figuraciones vuestras; yo pienso...

-No te pregunto lo que crees ni lo que piensas, repuso Teodosio; diles lo que he visto, o creído ver, para que redoblen sus precauciones.

-Tomadlas vos con el escudero que os queda, porque, os lo repito, esa cara de risa no me gusta.

Volvióse a Goñi el Disgustado, y, por excepción, con no disimulada alegría; tal vez por perder de vista al complacido compañero, tal vez porque la tempestad descargaba rayos y truenos sobre Pamplona, y hacia la tempestad iban caminando.

Al entrar en el valle, se halló de manos a boca con Pacomio, a quien enteró del mensaje que llevaba.

-Viaje inútil, le contestó el rabino Abraham-Aben-Hezra. Todos quedan tranquilos y sin sombra de temor. Ya les he enterado de que el duque de Cantabria está muy lejos de aquí, y para estas horas probablemente dentro de Pamplona.

-Y tú ¿cómo lo sabes, hermano Pacomio?

-Por habérmelo encontrado en el camino, al venir a Val-de-Goñi.

-Así es como se saben las cosas, dijo grave y sentenciosamente el Disgustado. Confieso, sin embargo, que si Teodosio lo ha visto entrar hace poco en Jaureguía, y, como tú dices, está ahora cerca de Iruña...

-Dentro de Iruña.

-¡San Cernin, mi santo patrono, me valga! ¡Pues el tal duque se va y se viene a Goñi como las brujas al aquelarre!

-Eso no es verdad, Saturnino, repuso Pacomio; porque las brujas discurren por el aire montadas en palos de escoba, y el duque iba orillas del Ilzarbe, caballero en una jaca del país, capaz de ganar el premio en la carrera a los mismos palos de las brujas.

-Cosas asaz maravillosas cuentas, hermano Pacomio; pero una de las menos comprensibles para mi pobre caletre, es que tú hayas llegado tan tarde a la comida de boda, y tan temprano te retires, sin aguardar a la cena.

-Pues acabad de confundiros, señor Disgustado; por muy gratas que me sean estas pláticas, tengo que dejarlas para acudir a mi obligación.

-Que es...

-Alcanzar a Teodosio de parte de Constanza, y advertirle de cómo el duque de Cantabria está en Pamplona.

-En cuyo caso, mi regreso a Jaureguía es inútil, contestó Saturnino; me vuelvo, pues, contigo, y seguimos platicando. Hay para todos.

-¡Hola! ¿Quieres robarme las albricias, hermano Disgustado? No, señor; tú, de Teodosio a Constanza; y yo, de Constanza a Teodosio. Cada cual para cada cual. De esa manera sí que habrá para todos. Más tarde podremos ver, examinar e inquirir quién de los augustos consortes ha sido más garboso.

-Os prevengo, hermano Pacomio, que de vuestras albricias no le deis ni un dinero al incógnito que lleva el señor de Goñi, pues aunque vasco, tiene más trazas de judío que de ermitaño.

-Id sin ese temor, señor Disgustado: las primeras monedas de un rey se guardan como reliquias.

Mientras las cosas iban mejorando de aspecto en Val-de-Goñi, si Abraham-Aben-Hezra no mentía, el desposado, con la víbora de los celos en el pecho, andaba, corría, volaba, se alejaba como una flecha del valle donde creía que permanecía el duque, rondando la casa de Miguel, escondido tal vez en ella, en acecho y con resolución de perpetrar todos los crímenes que exigía la venganza.

Ofuscado ya, ciego, no se detuvo aquí su perturbada fantasía, abandonada al furioso vaivén de las pasiones. Recordaba que Eudón había sido el primer amor de la hija de Lartaun, la cual sólo le había olvidado al cabo de ocho años por creerlo muerto; y tenía más que nunca presentes los sacrificios, los esfuerzos, la constancia de aquel hombre extraordinario, a quien ni diversos climas y lugares, ni vicisitudes de fortuna, ni cargos, honores y privanzas habían logrado borrar el amor de la niña que partir quiso con él el panal de la boda en Aitormendi. Es verdad que era judío; que su raza inspiraba universal desprecio; que había engañado a todos, desde Amagoya al último vascongado, desde el rey Rodrigo al siervo más abyecto de los godos; pero, ¿no probaba esto mismo su acendrado amor, y agudo y singular entendimiento? ¿No era posible que una mujer le perdonara tan grandes faltas por cualidades tan deslumbradoras y pasión tan grande?

-¡Ay! La misma audacia, el desprecio mismo de toda consideración humana, sólo por conquistar aquel imposible, parecíanle a Teodosio nuevos incentivos para un pecho sencillo, acostumbrado a la atmósfera pura y serena de los patriarcas, de las canciones pastoriles, de la tradición, en cuyo seno los siglos se pasan como durmiendo en lecho de rosas.

Constanza lucharía con su nueva afición, con su deber, con su conciencia, no lo dudaba; pero, ¿quién la sostenía en el combate? ¿Quién la daba fuerzas siquiera para emprender la lucha?

Estas dudas eran terribles. Teodosio llevaba en su corazón la tempestad, y no advertía que la tempestad bramaba furiosa, deshecha, ensordecedora en el firmamento.

Habíase corrido de la cuenca de Pamplona. Las nubes se amontonaron de la sierra de Sárbil a la de Andía, desde la cumbre de Urbasa a la cima de Aralar. Ya se acabó el crepúsculo con rojas bordaduras y dudosa claridad: todo era tinieblas; y delante de Teodosio cielo y tierra habían desaparecido, y no se presentaba más que un lienzo de negras murallas, a la luz de los rayos, que las hendían con pavoroso estruendo, sin deshacerlas ni derribarlas.

Para mayor espanto, allá en las altas regiones desencadenóse de repente el huracán, tronchando los árboles de las cumbres y arrancando las rocas de su eterno asiento, lanzando al hondo troncos y peñascos, que descendían saltando de precipicio en precipicio. El camino serpeaba por la ladera de la montaña, y era inminente el peligro de que Teodosio muriese aplastado por las peñas que rodaban.

Huyó instintivamente hacia un bosque, donde las hayas y robles espesos y corpulentos le defendían. Prudente parecía esperar en el riñón de la selva; mas no se podía detener. Había perdido mucho tiempo y quería avanzar hacia Pamplona, a donde sus gentes de guerra lo estaban aguardando. En medio de la espesura, rompiendo zarzas y tinieblas, entre lluvia de rayos y relámpagos, seguía andando, pensando unas veces en García, en los prisioneros de Munio, en cumplir su deber, en conquistar la corona; y otras, eran las más, en Eudón y Constanza, con la mente ofuscada, la imaginación perdida, dando ya por cierto y positivo lo que momentos antes sólo como sospecha o como ensueño se figuraba.

-¡Y yo, insensato, y más que nadie necio, que me voy alejando del valle, que corro y vuelo a pesar mío, como empujado por el huracán!

Tras un rayo como cien rayos, seguido de un estampido como de cañones de artillería, viva claridad inundó la atmósfera, rojo resplandor, que cada vez se iba haciendo mayor y más siniestro, iluminó las nubes. Estaba ardiendo la selva.

Detúvose un momento el caminante, y dijo en alta voz, como si quisiera a gritos ensordecer la de su miedo:

-¡Ya no es posible seguir! ¡Atrás!

Una voz terrible, que más parecía rugido de fiera que humano acento, le contestó:

-¡Atrás!

Y el desposado se quedó inmóvil. Parecía estatua que a la luz del incendio resaltaba en fondo de tinieblas.

Hallábase a la sazón en medio del bosque de árboles corpulentos, vigorosos, de anchas copas y ramas encorvadas que llegaban a tocar en el suelo. Teodosio no tenía conciencia ya ni de la hora, ni del lugar, ni siquiera del objeto de su viaje.

¿De dónde había salido aquella voz que respondía a la suya?

¿Era el eco?

En tal caso tenía la rara virtud de dar más fuerza, más energía y salvaje acentuación a sus palabras; porque el eco que respondía: ¡atrás!, las señaló con expresión de rugidos, que no puede modular la garganta del hombre.

Miró alrededor de sí, y cerca de él, y en el fondo de la selva de troncos rojizos, y negras, pardas y encendidas hojas, divisó un bulto gigantesco de extraño y fantástico continente.

-¡El *Basajaun!*, exclamó Teodosio, y siguió inmóvil.

Era, en efecto, esa terrible aparición tan popular entre los vascongados, ese fantasma que ha creado la imaginación de los primitivos pobladores pirenaicos, y que dura todavía como superstición arraigada en cuarenta o cincuenta siglos.

¿Quién es el Basajaun?

Su nombre puede traducirse por *Señor de la selva* o *Señor salvaje*. Según las leyendas, o más bien, según el relato de los campesinos, el Basajaun es fiera de figura humana, cubierta de largo vello de la cabeza a los pies, que anda como el hombre, con fuerte y nudoso garrote en la mano. Su estatura es colosal, su fuerza irresistible, su agilidad extraordinaria. Trepa como un tigre por árboles y rocas inaccesibles, y las derriba o las remueve sin grande esfuerzo.

Figurémonos qué resistencia ha de oponer el hombre más robusto a fiera de tanto poder. Si el Basajaun esgrime y sacude su bastón, las criaturas humanas caen aterradas, como

plantas secas en el estío. Es locura, pues, intentar contra él la menor defensa: la única manera de aplacarlo, es obedecerle ciegamente. De este modo el Basajaun puede convertirse en inofensivo y hasta en protector; porque no es de esas bestias feroces que matan por matar, y devoran, y se complacen en destruir cuanto se presenta al alcance de sus garras.

Tal es el Basajaun de la imaginación popular. Aquellos vascófilos que atribuyen a la raza éuscara origen o larga vida errante por región meridional, creen que esta fábula, semejante a la de los sátiros y silvanos de la mitología helénica, es una reminiscencia de los gorilas y orangutanes que los primitivos euscaldunas, antes de cruzar el Estrecho y de establecerse en la Península Ibérica, solían encontrar en los bosques africanos.

Pero no hay necesidad de recurrir a tan remotos tiempos, ni a suposiciones aventuradas, para explicar los fantasmas que el miedo y credulidad del vulgo pueden crear.

Si aun a fines del siglo pasado, testigos oculares y fidedignos cuentan haberse visto en los bosques de Irati dos salvajes, que vivían en completa desnudez y apartamiento del comercio humano, figurémonos lo que se contaría del Basajaun en los tiempos de nuestra historia, dentro de cuya oscuridad sólo confusamente vislumbramos algunos personajes legendarios.

Si un pobre aldeano tenía que atravesar de noche selvas poco frecuentadas, y el eco repetía el sonido de sus pasos al cruzar tendidas lastras y peñascales en hueco, no cabía duda, el Basajaun le venía siguiendo, y llevaba el compás de sus pisadas.

Quién juraba y perjuraba haberlo visto al asomarse a la boca de una cueva o en el fondo de un barranco. Era la imagen de su propio terror, que se reflejaba en la oscuridad de la caverna.

Propúsose Teodosio escapar de las garras del monstruo obedeciéndole ciegamente, con tal de que nada le ordenara contrario a la fe.

Y no vaya a creerse que la aparición era fantástica. Allí estaba el Basajaun en pie, en el fondo de la selva, fornido, robusto, cubierto de vello, con la *maquilla* en la mano: allí estaba quien le había dicho ¡atrás! con voz que retumbaba como los truenos.

-¡Acércate!, prosiguió el monstruo en purísimo vascuence: porque es de advertir que la frase de que se valió la fiera, indicaba ya el dialecto a que daba la preferencia.

Teodosio se aproximó sin titubear al señor salvaje. Debemos, sin embargo, suponer, que no estaba a la sazón para sutilezas filológicas.

-Sígueme, añadió en tono de soberano el de las selvas.

Teodosio, en vísperas de serlo de toda la Vasconia, le siguió como un siervo.

Echaron ambos a correr por la espesura huyendo del incendio. Era ya preciso, si esclavo y señor no habían de morir achicharrados.

Sentíanse en las capas inferiores de la atmósfera ráfagas del huracán de las alturas, y del núcleo de árboles secos, abrasados por el rayo, propagábase el fuego con espantosa rapidez. Ni las peñas y canteras que interrumpían lo frondoso de las umbrías, ni los arroyos y torrentes que cruzaban, eran estorbo a su voracidad.

Con el natural instinto del salvaje, conducía el Basajaun a Teodosio por el único punto donde podían tener salvación. Era el más claro, y opuesto al propio tiempo al vendaval, que venía encallejonado entre las dos cordilleras, como raudo torrente entre tajadas rocas.

Imposible mejor guía que la alimaña. Sin ella, el hijo de Goñi, aturdido, desconcertado en la espesura y tempestad, deslumbrado por rayos y llamas, tal vez hubiera perecido.

Llevábalo jadeante, sin respirar apenas, el Basajaun, que rompía el ramaje, saltaba riachuelos, hendía maleza y salvaba peñascos, maravillosamente sereno, como si anduviese por praderas de yerba aterciopelada.

No sabemos aún si por conmiseración a Teodosio, o por otra causa, se detuvo al pie de un escarpado peñón, donde se percibía la negra boca de una concavidad.

-Siéntate, le dijo al caminante.

Teodosio se sentó en una de las piedras o losas calcáreas desprendidas sin duda de la cima.

-Come, añadió el guía, echándole una hogaza a la falda de la túnica vasca.

Teodosio fue a levantar la cabeza para mirar a quien cosa tan inesperada y al parecer impropia de la situación le requería; pero el Basajaun no le dio tiempo de completar aquel rebelde movimiento.

-¡Come! -tornó a decirle, con voz que semejaba al rugido del león-. No pasarás de aquí, añadió con más templanza; tienes que volver a Goñi, y necesitas comer y beber para la jornada.

No había soñado nunca Teodosio un Basajaun tan amable, y sobre todo, tan racional. Hablaba como un libro, y le fue perdiendo el miedo.

-He comido lo suficiente, le dijo el desposado.

-Bebe.

Y la fiera le alargó un vaso de vino.

Como el pan nada tenía del otro mundo, y parecía amasado en artesas y cocido en hornos de éste, Teodosio se bebió de un trago el licor que le suministraba el monstruo bondadoso y paternal.

Era vino, en efecto, y de lo mejor de la Solana de Navarra; pero con cierto resabio salvajino, al cual no estaba sin duda acostumbrado el paladar del caminante.

Teodosio tiró el vaso de cuerno, y miró al señor de los bosques, no sabemos si con la osadía que le daba el mosto, o con el recelo que aquel extraño gusto le inspiraba.

-¿No te figuras por qué vas a volver a Goñi?

-Porque tú me lo mandas, le contestó Teodosio.

-No te lo mandaba yo cuando antes de verme dijiste en alta voz: ¡Atrás!

El argumento del salvaje no tenía réplica.

El caudillo vasco, que empezaba a sentir cierta turbación como si el vino se le hubiese subido a la cabeza, no le contestó. Quiso levantarse, pero se sentía como pegado a la losa que le servía de asiento.

-Tu conciencia te lo decía; tus presentimientos no te engañaban: querías ir a Goñi a sorprender a tu mujer en coloquios con su primer marido, a quien has visto entrar en Jaureguía por la puertecilla secreta.

-¡Mientes!, exclamó Teodosio, cuya mente se iluminó de improviso, y cuyo pecho se inundó también de repente con borbotones de rabia y de rencor: ¡mientes! Porque ése, a quien llamas su primer marido, eres tú, y ¡vive Dios!...

El desdichado quiso hacer el supremo esfuerzo para ponerse en pie y sacar la espada, pero no pudo, y cayó cuan largo era murmurando:

-¡Dios mío, tened piedad de mí!

-Sí, le dijo Eudón viendo que todavía estaba con los ojos abiertos; he quedado de acuerdo con ella, y vuelvo a Goñi para llevármela, porque es mi esposa. Tú te quedas aquí sepultado para siempre. Quiero sólo que vivas, para que dentro de esta concavidad me contemples sentado en el trono, a par de Constanza.

-¡Imposible! ¡Tú rey! ¡Imposible! ¡Hombre de raza maldita, para ti no tendrá Dios misericordia!

-¡Imposible!, exclamó el duque de Cantabria, riéndose de cruel y amarga manera. Cuento con el tesoro de Aitor; cuento con los árabes y berberiscos, dueños ya de media España. Mira tú si es imposible.

-¡Jesús me valga!

Tales fueron las últimas palabras de Teodosio.

Al verlo profundamente narcotizado, lo arrastró Eudón al fondo de la caverna.

Al poco rato tornó al aire libre con su traje ordinario cerrando la sima con una losa pesada, a la cual agregó tantas otras que hacían imposible la salida.

Era probable que no se lograra por completo tan atroz venganza, al menos con la refinada crueldad y ensañamiento con que había sido trazada y concebida; porque el incendio

seguía avanzando hacia el peñón horadado, las llamas lo cubrirían en breve, y el humo y el calor sofocarían dentro de su hueca tumba a Teodosio, mucho antes de que pudiera recobrar los sentidos.

CAPITULO V

En que no se dice quién era el escudero, ni quién el ermitaño

Ni en extensión ni en magnificencia podía compararse aquella gruta con la famosa de Iturburu, donde creía Eudón que se guardaba el tesoro de Aitor; pero tenía con ella cierta relación y semejanza. Era, si el neologismo se me permite, sucursal de la casa de Pacomio.

Efectivamente, de aquella ya desconocida y olvidada concavidad, abierta en un peñón que, siglos y siglos atrás, llevaba el misterioso nombre de *Mendiguru*, o Cerro de la Cruz, sin embargo de haber servido de altar para los cruentos sacrificios drúidicos, servíase el astrólogo conspirador como de apeadero indispensable en sus frecuentes expediciones a Pamplona, donde por esquivar el báculo del prelado y aun el brazo de la justicia secular, solía entrar con diferentes disfraces que en el hueco de la peña almacenaba. Del fondo brotaba un manantial que se llamaba *Iturguru*.

Aplicando a la boca de esta caverna el especialísimo cierre de la principal, nadie más que Abraham Aben Hezra sabía manejar el artificio con facilidad y seguridad completas; pero Eudón, apremiado por nuevos y terribles avances de las llamas, suplió su ignorancia, o quizás su inexperiencia, acumulando sobre la enorme losa primera, piedras sobre piedras, en términos de que ni un gigante podía removerlas desde adentro.

A cuatro varas de distancia, torcíase el agujero a izquierda y derecha en ángulo recto, y entrambas rinconadas, interrumpidas por sendos pilares de cristalizaciones, servían de guardarropa al rabino.

Éste jamás hacía allí noche. Sin más respiradero que la entrada, contados estaban los días, las horas quizás, de quien se encerrara en tan angosto recinto, incomunicado con el aire libre.

No podía prolongarse mucho, por consiguiente, la vida de Teodosio, puesto que no sucumbiera a la fuerte dosis de narcótico que de un trago había bebido.

No sucumbió.

Eudón, aleccionado en la escuela de Amagoia, entendía la manipulación de semejantes pócimas, y gracias a la precipitación con que anduvo para cubrir la boca, tampoco ésta quedó herméticamente tapada.

Teodosio fue volviendo en sí, con movimientos nerviosos al principio, con vaga y confusa percepción después, sin voluntad ni apetitos, sin más que ciertos instintos, a los cuales no prestaban los músculos obediencia.

No sabía dónde se hallaba. Parecíale unas veces que cabalgaba en negros nubarrones, gritando: «¡atrás! ¡atrás!», y que sus clamores eran rayos y centellas, fragor de llamas y estampido de truenos. Otras se creía en el lecho de sus padres, arrullado por el Basajaun con las canciones de Amagoia. Constanza le daba medio panal de miel; pero la bresca negra y amarga destilaba ponzoña. Apartaba con horror el brazo, y al extenderlo así una corona: no teniendo fuerzas para alzarla hasta su cabeza, la colocaba sin saber cómo en la maldita frente del aborrecido Eudón.

Ante esta horrible imagen se despertó del todo. Cruzó por su fantasía la idea de la cueva, del perdurable encierro en agreste sepultura; sintió calor sofocante, abrasadora sed: palpaba, por decirlo así, el humo en las tinieblas, y comprendió que estaba amenazado de muerte al fuego lento de las llamas, que sin duda circundaban y envolvían el peñón de la gruta.

Tan inminente peligro le produjo un sacudimiento, que acabó de devolverle la inteligencia y la energía.

Pero, ¡qué horrible resurrección! ¡Qué vida aquella, sólo concedida para que se aparejara a la muerte y se sintiera morir! Alzóse, irguió la frente, y con la cabeza daba en las estalactitas de la bóveda: tendió los brazos, y en las dos paredes del antro tocaba a un tiempo con entrambas manos. Daba algunos pasos, y al punto tenía que detenerse contra la roca.

Sintió la ceguedad, la rabia de la desesperación. Perdió toda noción del paraje en que moraba, de la figura y dimensiones de la cueva; no conocía ni cuál era el principio, ni cuál el fin. Si se ponía a trabajar para salir, temía confundir la boca con el remate, y fatigarse en vano, cuando el natural instinto le decía que por falta de aire, y sobra de humo y calor, le quedaban muy pocas horas de vida.

Agréguese a tantas angustias la completa carencia de conocimiento acerca del tiempo que llevaba en aquel sepulcro. ¿Cuánto había durado su letargo? ¿Qué hora era? ¿En qué día estaba?

Otro tormento mayor: ¿qué había pasado durante su sueño? ¿Qué había sido de su mujer, de sus padres, de García y los vascos de Pamplona? ¿Qué estaría pasando en aquellos momentos? ¿Hasta dónde habría llegado la audacia de Eudón, la venganza del hijo de Amagoia, del prócer, avasallador de príncipes y magnates, convertido por Olalla, por una niña de quince años, en baldón y oprobio de godos y vascos? Para ese hombre, ni la religión tenía freno, ni leyes la moral, ni aquella envilecida y desquiciada sociedad, respetos.

Todo podía temerse de quien ya ni a Dios ni al mundo temía.

Constanza, con la penetración de mujer, con la perspicacia del corazón, comprendía al duque mejor que nadie, cuando huía de exasperarlo y confundirlo delante de los convidados de Jaureguía, y echaba de menos en el celo de Olalla la discreción de la loca Petronila. Ciertamente que muy de otra manera había esgrimido ésta el arma de aquel secreto para rendir y postrar a Munio.

-¡Constanza! Era la primera y más negra preocupación de Teodosio, su más agudo tormento. ¡El allá encerrado, y Eudón de acuerdo con ella!

-¡Imposible!, pensaba. ¡Ella, tan buena, tan cariñosa conmigo; ella, recién bautizada! ¡Imposible! Eudón la ha calumniado para añadir desesperación a mi desesperación, suplicio a mi suplicio. Pero es mujer, débil... imprudente... lo ha visto durante el festín. ¡Ella es la única que lo ha visto, y lo que es peor, la única que habló con él a solas; la única tal vez que sabía cuándo y cómo se fugó! Es buena... Era buena cuando yo la conocí... resistirá. Pero Eudón, de la escuela de Basurde y Amagoia, sabe la virtud de las yerbas... ¡El beleño! ¡Un letargo como el mío! ¡También era yo fuerte, robusto, poderoso, rey, casi rey, y estaba entre los míos, en mi valle, y sin embargo, me veo aquí! Como Basurde a Paula, la llevará robada, exánime. Es ya duque, se llamará rey de Pamplona; matará a García, a los vascos prisioneros, y si de mí se acuerda vendrá a decirme: «Anda, sal de aquí: ya no sirves para soberano: ¡ya estás deshonorado!». Lo mismo, poco más o menos, lo mismo que le dije yo al despacharlo de la sala del banquete. Aquí me tiene encerrado en mi sepultura. ¡Lo mismo que yo quería hacer con él! ¡Lo que propuse a mi padre; lo que mi padre, débil y blando en demasía, rechazó indignado!

-Él, sólo él, sólo mi verdugo, añadía, puede sacarme de aquí: sólo él por conmiseración, y Dios por un milagro.

¡Milagro! ¿Lo merecía por ventura?

Al contemplar a la muerte de frente, a dos pasos de sí, con la guadaña tendida ya sobre su cuello, presentáronsele como en tropel los hechos de su vida pasada: el despego, la falta de confianza con que trataba a sus ancianos padres; la envidia con que siempre miró a García, desde que presumió que fuese rival suyo en ambiciones; las escenas del Aralar y de Aitormendi; el ansia de reinar, que sobrepujaba al amor. Pensó en Amaya, la hija de Ranimiro, y no le parecieron en aquel trance tan débiles y deleznable las razones en que apoyaba su derecho. Ciertamente que era hija de un goda; pero con los godos érale forzoso y conveniente transigir después de la derrota del ejército cristiano; con los godos se habían abrazado ya los vascos próximos a las orillas del Ebro: y vio la inconsecuencia, la sinrazón de mostrarse duro, inflexible, inexorable, cuando la diferencia de razas le perjudicaba, y blando, afable y generoso, cuando su propio interés lo exigía. De aquí llegó a pensar en que ni Constanza tenía tantos derechos como Amaya para ser reina, ni él tantos títulos para reinar como García.

Su conciencia le dictaba que allí, en el acto, para prepararse a comparecer ante el tribunal de Dios, debía hacer renuncia y desistimiento de sus pretensiones; pero ni aun allí, casi moribundo, allí, encerrado en su postrer morada, se doblegaba y se vencía. Allí, también aborrecía y detestaba al autor de su desdicha, y no le perdonaba su maldad ni su crudeza.

¡Perdonarlo!

-¡Oh!, exclamaba. ¡Si Dios me lo pusiera delante de mis ojos! ¡Si el diablo mismo me lo trajera!...

Y en aquel momento sintió un ruido hacia la derecha. Se estremeció: parecióle que los espíritus infernales le habían escuchado, y se prestaban y acudían a sus ruegos.

El ruido era exterior, y por lo tanto, allí donde sonaba, allí debía de estar la salida. Arrastróse hacia ella como culebra, y dio con un charco de agua, que sin duda había entrado por las juntas de las piedras, y bebió, sació la sed que le devoraba.

Con semejante refrigerio recobró las fuerzas físicas, mas no la serenidad, ni el vigor de la conciencia.

No veía más que visiones diabólicas: creíase bajo el poder y dominio del enemigo del humano linaje. El ruido, el agua, el hallazgo de la boca de la cueva, todo le pareció obra suya.

Como quiera que fuese, iba a salir. Moriría, pero no enterrado en vida, arañando las rocas de su sepultura, consumido, tostado al fuego, al humo del incendio. Iba a salir: percibía clara y distintamente el roce de las peñas removidas, el chocar de unas con otras, al caer arrojadas desde lo alto del declive. ¡Gozo inefable! ¡Inmensa y casi matadora alegría!

Loco, trastornado por ella, y por la brusca transición del extremo de la angustia al extremo del placer, gritaba, pronunciaba palabras inconexas, que hicieron reír a los de afuera, con una risa estridente, burlona, que el infeliz Teodosio atribuía a su mortal enemigo.

-Es Eudón -exclamó sordamente-. Eudón viene a requerirme que ya es rey. He pasado algunos días sepultado... La calentura, el sopor de la fiebre me ha sostenido.

Se levantó: desnudó la espada.

-Le mataré, dijo. Me echaré sobre él, aunque un ejército lo acompañe. No le daré tiempo de insultarme.

Había cesado el ruido de las peñas. Reinaba profundo y pavoroso silencio.

Encorvóse Teodosio para mover la losa. ¡Vano intento!

Por segunda vez comenzó a dar voces como un insensato.

-¡Calla! No grites, le dijo al fin una voz murmurando. ¿Quién eres?

-¡Teodosio! ¡Teodosio de Goñi, encerrado aquí por Eudón!

-Mientes. Eres Abraham Aben Hezra. El diablo te ha traído engañado en busca del tesoro, y el diablo se burla de ti, cerrándote la puerta. Morirás, morirás ahogado por la codicia.

-¡Petronila! ¡Petronila! ¡Soy Teodosio, soy el marido de tu sobrina, soy el rey!

Nadie contestó; pero al poco rato volvió a sentirse el ruido de los peñascos.

-¿Será ella?, decía el emparedado. He creído conocer su risa de loca, su voz... Pero ¡ella aquí! ¿No estaba en Iruña al lado de García? De todas maneras, no es Eudón. ¡Tengo un amigo en el mundo, un protector que acude a salvarme!... ¡No estoy desamparado! Quizás el demonio me ayuda en la venganza, y ha fingido la voz de Petronila...

Calló, porque otra vez dejó de oír el ruido que tanto le consolaba.

Cayó de hinojos al suelo, para ayudar a su libertadora y alzar la piedra con las espaldas.

-¡Ánimo! -decía gritando-. ¡Adelante, quien quiera que seas!

Silencio completo.

Hizo un esfuerzo hercúleo, y desvió por fin la enorme piedra, movida ya por los de afuera.

La entrada estaba patente y franca.

Con una alegría que le ahogaba, interrumpiendo los latidos del corazón, sintió en su rostro la frescura del aire libre, sacó la cabeza, y quedó desvanecido.

Había quedado en su desmayo con los pies dentro de la gruta y el cuerpo sobre las peñas, por oculta y misteriosa mano levantadas: hallóse al volver en sí reclinado en brazos de Petronila.

Quiso hablar, pero la mujer de Lope, con el dedo en los labios, le impuso silencio.

-Levántate y ven, le dijo al oído.

-¿Qué noche es ésta?, le preguntó en voz baja Teodosio.

-La de tu boda.

¡Qué noticia tan grata! ¡Qué placer! Miró al cielo tachonado de estrellas, y comprendió que su sueño había sido de pocas horas, que aún no se había extinguido el día de su desposorio.

La loca llevóle asido de la mano a la frontera selva, y allí, dentro del hueco tronco de una encina corpulenta, sentóse con la vista fija en la gruta que por entre los árboles se divisaba. La luna menguante iluminaba el peñasco. Ellos se quedaron a la sombra.

Si Teodosio hubiese estado para observar, nuevos prodigios se le presentaban alrededor, nuevos motivos de alabar y bendecir a la Providencia. Peregrinos y muy especiales favores que debía a Dios; pero que él, preocupado con las palabras de Eudón y las visiones y negros pensamientos de la caverna, o no quería ver, o no veía.

Los árboles próximos al peñón estaban húmedos, desgajados por el viento; pero verdes y lozanos: la yerba del suelo enlodada y tendida con señales de inundación o de aguacero. Una manga transportada por el huracán, deshecha en lluvia torrencial, sin duda alguna había apagado el fuego de la selva al pie mismo de la roca, a pocos pasos de la gruta, en el momento en que las llamas iban a invadir el cóncavo recinto. El humo que por los intersticios del montón de piedras había penetrado, demostraba que las llamas no se hubieran detenido ante aquel estorbo.

¡Qué milagro! Y si milagro no, rigurosamente hablando, ¡qué suceso tan providencial! ¡Qué favor divino tan señalado y patente!

La borrasca huracanada, seca y polvorienta al principio, había traído al fin la lluvia. Las nubes se reventaron en inmensas cataratas, y cerca de allí se veían los árboles denegridos, los troncos medio quemados, el suelo que todavía exhalaba cálidos vapores, para confirmar a Teodosio en la idea de que no habían transcurrido muchas horas desde el comienzo de su letargo.

-Petronila, dijo conmovido; os debo la vida y la corona.

-La vida, Dios te la da; la corona, se la dará a García.

Teodosio contestó muy inmutado y torvo, después de un instante de significativo silencio:

-Eso me prueba que no puedo detenerme, que tengo que seguir al punto mi camino.

-¿A dónde?

-A Iruña.

-¿A qué?

-¿Lo preguntáis?, exclamó el de Goñi con amarga ironía. A... salvar a García y los vascos allí prisioneros. Para eso, sólo para eso han ido mis vasallos delante de mí.

-Los detenidos en Iruña están ya en salvo: García ha tomado una puerta de las murallas, y esta noche conquistará la población entera; quizás el Dominio.

-¡Sin contar conmigo!

-Se valdrá de la gente que tú le has enviado. Dueño de la puerta del Poniente, tenemos ya franca la entrada y la salida en la ciudad. Ve, y ayuda a García en su atrevida empresa. Ponte al frente de los montañeses...

-¡Insensato! ¡Necio de mí!, exclamó con despecho el pretendiente. ¡Yo le he proporcionado nuevas glorias! ¡Yo, el triunfo!

-Necio de veras, que siempre estás pensando en ser rey, y nunca en merecerlo.

-Pues bien: si no subo al trono por unas gradas, subiré por otras; si ese ambicioso se alza en mi camino, caerá, y por encima de su cadáver, seguiré subiendo.

-Ese ambicioso es tu campeón, tu único defensor en Iruña.

-¡Mi único defensor! Petronila, mentís, o estáis loca. Son míos en Iruña todos los vascos, mis gentes, Marciano, el santo obispo a quien consta que sólo yo he logrado la conversión de Constanza, de Usua y Lartaun, de todos los paganos de Butrón.

-Amaya está contra ti, Ranimiro contra ti, contra ti el obispo...

-¡Godos al fin! ¡Santos, todo lo santos que se quiera; pero godos!...

-Y mi marido y yo contra ti; que si no santos, somos vascos. Pero ¡alégrate, regocíjate! No sigas despechado, ni seas maldiciente; no te revuelvas contra Dios, ni murmures de la Providencia: García está contra todos, y ni el obispo, ni yo, ni Amaya, enamorada de tu mantenedor, podemos nada contra García.

-Se lo agradezco; pero...

-Pero di la verdad: no quisieras tener que agradecersele.

-Sois feroz, Petronila.

-Te conozco bien; penetro el fondo de tu corazón, y digo sin miedo lo que siento. Sí: te pesa de que García sea grande y bueno; conoces que ése es el derrotero de la restauración; que Dios te ha puesto en él mil y mil veces, y que tu natural rebelde te aparta con horror de ese camino. Hasta que te domes y venzas tu soberbia, no se quebrantarán las cadenas con que el demonio te arrastra. Vanidad es convertir a medio mundo, si no te conviertes tú. Nadie como yo te quería rey; nadie como yo te ha dicho que has nacido para levantar un trono. ¿Quieres hacerme caso? ¿Me prometes seguir mi consejo?

-Hablad.

-Vete a Pamplona.

-Así lo hacía, así lo pensaba. Pero... pero tengo sospechas de que Eudón, que es Asier...

-No es Asier, es Aser; es un judío.

-Un judío, que me tenía encerrado en esa cueva; que ha prometido arrebatarme el amor y la mano de Constanza.

-¿No es ya esposa tuya Constanza de Butrón?

-Sí.

-¿No es cristiana? ¿No es hija de Aitor? ¿No es mi sobrina?

-Sí, sí.

-¡Y temes! ¿No es vascongada?

-Vascongada y de Vizcaya era también la infiel a cuyo marido mató Zara.

Petronila perdió el color, que siempre tiraba a cetrino. Y mirándolo de arriba abajo, con más compasión que ira y desprecio le contestó:

-¡No te conozco! Eres peor de lo que yo me imaginaba. Algo ha pasado por ti. Vuelve, Teodosio, vuelve al buen camino. Dios, quizás por la vez postrera, te llama por mi voz. Mira: yo no pensaba en ti cuando he comenzado a mover las losas de tu sepulcro, pensaba en Pacomio, que anda rebuscando cuevas para robamos el tesoro de Amaya. Pero Dios, Dios me trajo aquí para salvarte, porque te quiere para sí. Mira que no hay

nada más digno de castigo en este mundo y en el otro, que esa resistencia constante, ese continuo desprecio de los llamamientos divinos. Teodosio, tus pasiones me estremecen, y tiemblo no sólo por ti, sino por aquellos a quien amas...

-¿Por mis padres, acaso?, contestó el de Goñi con acerba ironía.

-¡Por tu mujer!

-¡Ciertamente!... No son infundados vuestros temores... Al menos, así parece. ¿Y qué gruta es ésta?, preguntó como distraído.

-Una cueva antiquísima que hoy no sé cómo se llama; pero que antes, mucho antes de Jesucristo, se llamaba la Fuente de la Cruz. Escúchame, insensato: que éste es un nuevo aviso del cielo, si quieres oír su voz. Los celtas llegaron hasta aquí por el camino del Burunda, reunieron en torno esos peñascos y la respetaron.

-¿Por qué?

-Lo ignoro. Quizás porque en su interior tiene la forma sacrosanta y misteriosa de la cruz. Vete a Pamplona, niégate a ti mismo, ayuda a García en la conquista de la ciudad, y hazlo rey.

-¡Yo!

-Es duque de Vasconia por Teodomiro, rey de los godos: en nombre de los vascos, hazlo tú rey.

-¡Yo! ¡Jamás! García renuncia en mí... García, en nombre mío, tomará posesión del ducado. Así me lo promete, así me lo escribe...

-¡Te lo ha escrito!, exclamó Petronila con un hermoso arranque de mal humor. ¡No se puede contigo, ni con García!

-Rey he de ser, pese a vos, pese a Eudón; rey, aunque se opongan Amaya y Ranimiro, Marciano y todos los godos; rey, aunque se me torciera García. Los Doce son míos y me eligen, los pueblos me aclaman...

-¡Vete en paz, infeliz!, le contestó Petronila. Tus palabras me asustan no sé por qué; tiemblo, no sé por quién. No es por ti, Teodosio, porque los golpes que tú recibes no te hacen mella. ¡Ay de ti, Gastelúzar! ¡Ay de ti, Jaureguía! ¡Ay de Iruña y las Amezcuas! ¡Ay de la escualerría!

Semejantes imprecaciones o lamentaciones, bíblicas más que vascongadas, dieron en qué pensar a Teodosio; pero ciego de orgullo y ambición, las tomó por vaticinios de su próximo entronizamiento.

-Esta mujer, decía para sí, ve mi triunfo inevitable, y sólo por ser mío profetiza desventuras. Que venga el triunfo es lo que importa: de las desgracias Dios me libraré.

Creía lo que halagaba sus pasiones, no lo que le perjudicaba. En su mente extraviada y desvanecida por el egoísmo, sus últimos pensamientos significaban lo que gráficamente expresa aquella frase vulgar: hágase el milagro, y hágalo el diablo.

Con tan locas ideas se alejó por el bosque en busca de una senda.

Sus pasos se enderezaban hacia Pamplona. Se había olvidado de Constanza.

Petronila lo siguió con la vista hasta que desapareció, y mirando entonces muy atentamente a todos lados, pareciéndole que estaba sola, se dirigió con precaución hacia la gruta, y se hundió en ella haciendo la señal de la cruz.

-¡Jaungoicoa eta escualdunac! «¡Dios y los vascos!» exclamó al sepultarse bajo las rocas.

Teodosio halló entre tanto la senda que buscaba, y allí le salió al encuentro un ermitaño muy humilde, con rostro pálido y flaco, rotos los hábitos y comiendo unas yerbas: la pretina de juncos silvestres.

Acariciando con su yerta mano la barba desaliñada, blanca y muy crecida, le dijo afable y cortés:

-¡Oh, Teodosio!

Él, admirado de oír su nombre a semejantes horas, y cuando menos creía encontrar a nadie, volvió el rostro, y luego que vio al santo varón tan débil y extenuado, se sobresaltó.

Parecióle un profeta iluminado de Dios para amonestar a los príncipes, por lo cual se percibió a escucharle con respeto, que podía interpretarse como temor.

-¿Qué me queréis, padre?, le contestó sumiso.

-Pues aquí en este yermo donde me veis, hace algunos años que vivo entre breñas y selvas, huyendo de todo trato y comercio humano. Pero el Espíritu Santo me avisa de lo que pasa en el mundo, y esta noche me inspiró que saliese a buscaros. Perplejo andabas, ¡oh, Teodosio! acerca del camino que debías tomar: si el de Iruña o el de Goñi; y de parte de Dios, vengo a decirte lo que te conviene: que luego, sin dar más pasos para adelante, vuelvas a Jaureguía y mires a la honra que tienes, y tus padres conservan y extienden. Y siendo de tan alta prosapia y de linaje tan esclarecido, llamado como estáis al trono de Vasconia, es razón que hagáis consideración de vuestra honra, la cual exige que tornéis al punto a vuestra casa.

Cuando oyó el caballero que le tocaba la honra, se alteró sobremanera, comprendiendo a lo que aludía; mas no quiso darlo a conocer, y respondióle con mal reprimido espanto:

-Dígame, padre, mensajero de Dios, ¿pierdo acaso mi honra con ir a salvar a nuestros amigos y camaradas, inicualemente detenidos por el vicario del duque de Cantabria?

El santo anacoreta se sonrió, y le dijo:

-No, caballero.

Y nada más le contestaba.

Aquella sonrisa, aquella calma acabaron de irritar a Teodosio.

-Hablad claro: ¿por qué tengo yo necesidad de volver a mi casa? ¿Por qué exige la honra mi presencia en Jaureguía?

El ermitaño no le respondió.

-Padre, vos lo sabéis todo; adivináis mis más ocultos pensamientos... ¡Hablad! A mí ya nada me espanta.

Entonces exclamó el ermitaño:

-¡Oh, siervo de Dios! No extrañes ni admires mi silencio: que con ser quien soy, tan apartado de todo lo mundano, yo mismo te tengo lástima y compasión, y duéleme grandemente por cierto... Pero, no hay remedio: debes mirar por tu viejo y honrado padre, por tu madre, estampa de buena vida...

-Pero ¿qué razón, qué causa me obliga a pensar en mi honor? ¿Quién puede mancillarlo? ¿Soy yo, por ventura?

-¿No te parece que sentirte puedes en la honra de tu mujer?

El recién desposado lanzó un grito de cólera.

-Sí, prosiguió el anacoreta; por virtuosa la has tomado; a título de santa y bautizada poco ha, te acabas de casar con ella, y ella en cambio te arma tal maldad, que hoy, hoy mismo te está engañando y te vende.

-¿Con quién?

-¿Con quién ha de ser sino con ese duque, con el mancebo a quien quiso desde sus primeros años, a quien ama hoy más que nunca, a quien fue a buscar durante la comida de la boda, con quien ha concertado tu deshonor y usurparte el trono?

-¡Padre, padre! Mirad lo que decís, porque ese duque es un miserable judío, y Constanza está bien sabedora de ello.

-Para una mujer que por amores pierde el seso, no hay moros, ni judíos, ni respetos que valgan.

-Pero ¿es eso cierto?

-De lo dicho hasta aquí, puedes colegir si es revelación de Dios o no. Haz juicio tú de dónde he de saber yo todas estas cosas y otras muchas, que por no entretenerme y ser urgente el caso, no te refiero.

Y con esto se volvía el ermitaño hacia sus frondosos bosques.

Dejóle marchar Teodosio sin decirle al pronto palabra: ni fuerzas tenía para alzar la voz ni para mover los pies.

Quería dudar de lo que acababa de oír; pensó en Pacomio, en algún nuevo disfraz del despechado Eudón; pero tuvo que desechar semejantes pensamientos, porque el anacoreta denunciador del crimen, no tenía ni la más remota semejanza con los personajes arriba indicados.

¿Quién era el santo varón, flaco y amarillento, que se le había aparecido con tan humildes hábitos y penitente rostro? Un enviado del cielo, no cabía duda a Teodosio; un mensajero de Dios.

Jamás en aquellos contornos se le había visto, ni siquiera se hablaba de él, ni se sospechaba su existencia.

Era una aparición celestial.

¡Ah, si el infeliz caballero se equivocaba, bien merecido lo tenía! Quien había tomado divinos favores por obra del demonio, para su propia vergüenza y confusión, debía tomar las obras del diablo por favores de Dios.

Que el infeliz se engañaba miserablemente, nadie como el lector puede afirmarlo. Mentía aquel hipócrita al decir que Constanza de Butrón amaba al duque de Cantabria; mentía al asegurar que había ido a buscarlo y concertar con él la deshonra de su marido, y debemos por lo tanto suponer que en todo lo demás también mentía.

Teodosio de Goñi no estaba en nuestro caso; ignoraba lo que nosotros ciertamente sabemos; pero ¿no tenía a la vista la virtud de su mujer? ¿No la había conocido siempre honrada, aunque gentil, y pura y santa después de bautizada? ¿No sabía que lo amaba? Las razones del anacoreta que comía yerba y sólo hablaba al ofendido esposo de honra y agravios; que trataba familiarmente con el Espíritu Santo, y de sus avisos sacaba frutos de linajudo y adulator del pretendiente a la corona, ¿no eran más que sospechosas?

Pero estas mismas razones halagaban al caballero, cuyos celos, ambición y venganza se cubrían con el manto del penitente; cuyas malas y desenfrenadas pasiones se impregnaban en falso olor de santidad. ¿Qué más quería él que autoridad y sanción semejantes para sus violentísimos y ciegos arrebatos?

Loco ya de celos, aún no se hartaba de agravios: quería más, como para justificar su venganza y desconfiaba, no del denunciador, a quien creía santo y nuncio de Dios, desconfiaba de sí propio, de la realidad de aquella aparición: temía la ilusión de su fantasía.

-Esperad, padre, esperad, gritóle haciendo un esfuerzo.

Y discurrió hacia él hasta darle alcance.

-¿Qué quiere el siervo de Dios? ¿Qué más desea?, le contestó el eremita.

-¿Dónde os volveré a ver, padre mío? ¿Dónde tenéis la vivienda?

-Mi morada es una sima muy honda, muy honda, que casi toca el centro de la tierra. Nadie me ve, nadie me conoce. No salgo nunca, sino de noche, a coger las yerbas con que me sustento. Pero yo sabré por permisión de Dios cuándo habéis de volver, y os aguardaré en este mismo sitio.

-Dadme a besar vuestro mano.

-¡La mano! ¡Eso no, eso no!, exclamó asustado el anacoreta, y la retiró.

-¿Por qué lo rehusáis?

-Porque mi mano... Porque mi cuerpo miserable es indigno de ese respeto. Postraos, caballero, postraos, y besad solamente el santo hábito que llevo.

Y así diciendo, le alargó la punta de la corta capa que le cubría.

Teodosio se puso de hinojos, y la llevó a sus labios.

Cuando el caballero bajó la frente, alzó la suya el eremita, con maligna sonrisa y diabólica soberbia.

En el fondo del bosque estaba presenciando esta escena el escudero a quien hemos llamado el Complacido.

Hízole seña el ermitaño de que se retirara, y desapareció.

Teodosio entre tanto se irguió con ojos de alucinado. Al tocar los hábitos había sentido el extraño calor que despedía el cuerpo casi cadavérico del solitario.

-Padre, le dijo; ahora me persuado de que esto es cosa de Dios, porque el fuego que os abrasa es celestial.

-De Dios viene, no lo dudes, le contestó con sordo acento el ermitaño.

-Pero el crimen que me reveláis es tan enorme, que yo necesito verlo para creerlo. Yo quiero pruebas.

Y decía el desposado estas palabras con voz casi lagrimosa, desfallecida.

-Pero yo, ¿qué más puedo hacer por ti?

-¡Un milagro! Trasportarme a Goñi en alas del viento.

-Milagros no los hago yo, respondió muy humilde el solitario. Pero si corres, si ni un instante más te detienes, y llegas antes de que se escondan las estrellas, tú lo verás, tú lo palparás, tú hallarás la prueba del delito.

-¡Basta, basta!, exclamó Teodosio echando a correr, desatinado de celos y venganza.

-Aguarda, espera, le dijo el ermitaño. ¿Quieres que te acompañe? ¿Quieres que te conduzca y te muestre a los que se tienen por verdaderos esposos, y duermen esta noche en tu propio lecho?

-¡Basta!, tornó a decir el desposado con voz atronadora.

-Porque yo, despacio, poco a poco, pudiera seguirte. Pero, ¡ya se ve! tú querrás ir de prisa, volar para sorprenderlos.

-¡Agur, padre!, le dijo Teodosio, despidiéndose con la salutación vascongada.

-¡Agur, agur!

-Dadme la mano.

-La mano, ya no.

-¿Por qué?

-Porque... porque la tuya se va a teñir en sangre de la infiel.

-¡De los dos, padre, de los dos! ¡Los que me usurpan el tálamo y quieren usurparme el trono, a dormir y reinar irán hoy a los infiernos!

Y mirando a las estrellas para orientarse bien y conocer la hora, echó a correr hacia el valle de sus padres.

CAPITULO VI

En que la historia obliga a decir más de lo que se quisiera

A Goñi, efectivamente, tenía que acudir, si eran ciertas, como creía, y reveladas por Dios, las noticias del ermitaño. García, en salvo ya con sus montañeses en Pamplona, de cautivo y encerrado, se había convertido en sitiador. Si quería salir de la ciudad, franca tenía la puerta; si conquistar el burgo y el alcázar, disponía de los guerreros de Val-de-Goñi, de los refuerzos que le llegaban de todos los valles y señoríos inmediatos. Pero, ¿quién volvía por la honra del ofendido esposo? ¿A quién le tocaba vengar la afrenta de Jaureguía?

Allí perdía a un tiempo el honor y el trono; allí de un golpe podía alcanzar los dos.

Con tales ideas y propósitos, no vaciló un momento siquiera en tornar a casa, para sorprender a Eudón y Constanza, y lavar con sangre la mancha con que le estaban infamando.

Era necesario llegar a tiempo, y corría decidido a no detenerse ante ningún estorbo, a no distraerse con nada ni con nadie en el camino.

Así fue que, sintiendo detrás de sí que le llamaban: «¡Señor, señor!» hizo como si nada oyera, y siguió andando.

Conoció, sin embargo, en la voz a su acompañante el Complacido, y sin dejar de andar, volvió el rostro y le dijo:

-Sígueme.

-Pero, señor, vais equivocado -le contestó el desconocido escudero-. Ese no es el camino de Iruña.

-Sígueme, repitió Teodosio con perentorio y bronco acento.

El Complacido debía de ser hombre de muy buena pasta, pues a pesar de la sequedad de la orden, y del ningún caso que de su advertencia hacía Teodosio, le obedeció sin réplica. Es más: lejos de resentirse del desaire y despego de su señor, mostrábase tan resignado, y aun alegre y satisfecho, que a falta sin duda de la conversación que buscaba y parecía echar de menos, se puso a cantar:

¡Lelo, ill Lelo!
¡Lelo, ill Lelo
¡Lelo Zarác,
ill Leloá!
¡Lelo! Murió Lelo,
Lelo pereció.
Zara mató a Lelo.
¡Zara lo mató!

Lo que el Complacido no pudo lograr ni con sus voces, ni con sus advertencias, lo consiguió con sus cánticos.

El desposado se detuvo un momento para que se le acercara, y con rostro cada vez más ceñudo y receloso, le dijo:

-¿Por qué cantas?

-Señor, porque hoy es día de regocijo: día alegre, como de bodas.

-¿Y por qué cantas esa canción de muerte el día de mis bodas?

Y al decir esto, le indicaba con el gesto y el ejemplo que siguiese andando.

-Señor, respondió sencillamente y sin titubear el desconocido; porque está mandado de muy antiguo que en todas las *erecias* o cantares históricos, se haga mención de la muerte de aquel pobre marido ultrajado y asesinado por Zara.

Era así, en efecto, y el esposo de Constanza nada tuvo que replicar; pero se volvió hacia el escudero, y le dijo en tono que hubiera nublado otra faz que la del Complacido:

-¡Esta noche no ha de morir Lelo: Zara y su amante perecerán!

-No sé lo que queréis decir -respondió impertérrito el escudero-. Pero yo voy con el refrán: *Leloan, Lelo, Leloan dot gogo*: «Dale que le das con Lelo, nunca lo puedo olvidar».

El marido tomó estas palabras por testimonio de adhesión incondicional, y se despejó su semblante, y se suavizó su acento.

-¿Has visto al Basajaun?, le preguntó.

-¡Dios me libre! -exclamó el escudero horrorizado-. ¿Anda por aquí la fiera? ¿Habéis tenido la desgracia de encontraros con el rey de las selvas? ¡Calle! ¡Pues ahora me explico la cara que lleváis! ¿Se os ha presentado el Basajaun? Bien hacéis en correr. Salgamos presto de aquí: yo le tengo un miedo cerval.

-¿Y al ermitaño?, dijo Teodosio, desentendiéndose de la pregunta. Anda también por estos bosques un santo penitente...

-No conozco más ermitaño que Pacomio, el cual tanto tiene de Penitente como de santo.

-¿Tampoco has visto a la loca Petronila?

El escudero se echó a reír.

-¿De que te ríes?, le preguntó el novio, que de todo se recelaba y ofendía.

-Señor Teodosio, le contestó su interlocutor, que nunca vacilaba y tenía como aparejadas las respuestas, por extrañas e inesperadas que fuesen las preguntas de su amo; ¿no he de reírme, si esa pobre mujer está encerrada en Iruña bajo llave y custodia del vicario de Eudón, el duque de Cantabria?

-También creerás tú que el llamado duque de Cantabria está en la ciudad, y no es cierto.

-No, señor, no es cierto; porque el duque Eudón está en Jaureguía.

Aunque la agitación de Teodosio parecía haber llegado al extremo, se sintió todavía más turbado y sorprendido.

-¡Cómo!, exclamó con voz y ojos de loco: ¡Eudón en Jaureguía! ¡En mi casa ese hombre, y en ausencia mía! ¿Por qué lo dices? ¿Cómo lo sabes tú?

El Complacido repuso en el acto, cual de costumbre:

-Lo sé por habérselo oído.

-¡Al duque! ¿Se lo has oído tú?

-Al mismo Eudón, sí, señor.

-Habla, explícate, dime cuanto sepas.

-Pero, señor Teodosio, lo que yo sé nada tiene de extraño. ¡No es ciertamente para que lo toméis así!...

-¡Todo, todo lo que sepas!... ¡No tienes que disimular ni ocultarme nada!

-Pues bien; anoche, desde que se volvió a Goñi el Disgustado, y quedé solo, me fuisteis dejando atrás, muy atrás. Hacía tiempo que os había perdido de vista, cuando sobrevino la tempestad. No tuve más arbitrio que meterme en la choza de un carbonero, alzada contra el hueco de una peña. Hallándome en la *chabola*, solitaria por cierto y abandonada, entró por acaso Eudón a guarecerse igualmente de la lluvia.

-¿Y qué? Prosigue.

-Pues nada: no nos conocíamos; pero juntos en aquel escondrijo, comenzamos a charlar.

-¿A qué hora, poco más o menos?

-Al anochecer. ¡Toma! Más de anochecido.

-¿Había comenzado a llover?

-¡Ya puede! Entró calado como una sopa.

-¿De dónde venía?

-¿Yo que sé? Pero se me figura que traía el mismo camino que nosotros. ¡Calle! Pues ahora recuerdo que mentó no sé por qué, ni para qué... ¡Ah, sí! A propósito del incendio, mentó un cerro de antiguos paganos que hoy lleva el nombre de Mendiguru. De allá debía de venir.

-Sí, de allá vendría. Acababa de cometer un crimen. ¿No lo advertiste en su talante? ¿No te chocó su rostro?

-En efecto, me chocó por lo alegre, risueño y satisfecho; pues a pesar de lo sombrío del tiempo, traía cara de Pascuas. Nos juntamos dos que... ¡Ya, ya! ¡Tal para cual!

-¿Y qué? No te detengas. ¿Por qué venía alegre? ¿Qué hizo?, ¿qué habló?, ¿qué te dijo?

-Al pronto nada. Habló del tiempo, de la borrasca, del huracán... Dijo que un rayo había incendiado una mata de álamos secos, de la cual se comunicaba el fuego a todo el bosque.

-Bien, todo eso no me importa.

-«¿Vais a Pamplona?», le pregunté. «Esta noche vuelvo a Jaureguía», me contestó.

-¿Así, con esa franqueza? ¿Así, con ese descaro?, exclamó Teodosio, no atreviéndose a dar crédito a lo que se le refería.

-Así, ni más ni menos; así, con estas mismísimas palabras: «Esta noche vuelvo a Jaureguía». Yo le repliqué: «¡A Jaureguía! Y después de lo ocurrido en la sala del banquete, ¿no tenéis miedo de poner los pies en el palacio de los señores del valle?». A lo cual repuso con sordo acento, que parecía salir de un pecho preñado de misterios: «Teodosio no volverá, y los viejos duermen como cachorros en Gastelúzar. ¿A quién he de temer? Los huéspedes mozos han ido a Pamplona, mandando las tropas contra Munio, y en cuanto a los doce ricos-hombres»... No dijo más, pero se reía.

-¿Por qué?

-Porque, según se explicó, contaba con alguno de ellos en el Batzarre.

-Eso es mentira. Con ningún vasco puede contar. ¿No es cierto?

-Yo no lo sé: yo no soy de esta tierra, como en el acento lo habréis conocido. Pero cierto debe de ser. Cierto será cuando vos lo decís.

-¿De dónde eres?

-Vasco aquitano del valle del Adur.

-¿Cómo te llamas?

-Uchin. Mi padre me puso Uchin, en memoria de Tamayo, el de la canción de Lelo. Por eso tengo yo cierta afición a la *erecia* de mi tocayo.

Aquel recuerdo mortificaba a Teodosio y le encendía la sangre.

-Prosigue, Uchin, le contestó balbuciente.

-Os refiero lo que él me dijo, no lo que yo pienso. «Mañana», añadió; y os prevengo, Jaun Teodosio, que este *mañana* es hoy; «mañana he de dar un golpe que asombre y aturda las montañas: mañana he de ser proclamado rey».

Teodosio dio un salto como un tigre, y desapareció, dejando atrás al escudero: el cual, con rostro maligno, sentóse tranquilo en un ribazo, sacó del pecho un silbato y lo hizo sonar tres peces.

Al punto se percibieron a lo lejos otros tantos silbidos.

Poco después se presentó Pacomio.

-Maestro, tenéis a Teodosio en Val-de-Goñi, y a Petronila dentro de vuestra cueva, le dijo el aquitano, que, según recordará el lector, era el amigo de Respha y mensajero de Munio.

-¿En cuál de ellas?

-En la vuestra. ¿Qué sé yo cómo la llamáis? En la cueva donde habéis encerrado a Teodosio, en la caverna del Basajaun.

-¿A qué ha ido allí?, preguntó Rab Abraham con vagos terrores y vagas esperanzas, presintiendo un golpe fuerte, decisivo, trascendente para todos los días de su vida; pero sin poder fijarse en él todavía, ni menos en su alcance y sus consecuencias.

-Eso es lo que no puedo asegurar, porque no lo ha dicho: sé que Petronila no iba allí con intención de salvar a Teodosio; pero sé que lo salvó, que lo ha sacado de la gruta; en una palabra, que me tomó la delantera. Sé que por entrar en la cueva ha dejado marchar solo a

Teodosio, y sospecho que debe de andar en busca de algún tesoro. Vos sabréis lo que guardáis allí.

Pacomio perdió el color, y estuvo a punto de caer desmayado. Tal fue la conmoción que sintió de pronto al oír al escudero.

-¡Ah!, exclamó con voz apenas perceptible.

Y mentalmente repitió como iluminado por súbito esplendor:

-«A cinco pasos de la boca, se tuerce a mano derecha, y a los tres pasos, al pie de un pilar»... ¡Es ella! ¡Es ella! ¡Iturguru! ¡La fuente de la cruz! Es la cueva del tesoro de Aitor.

Procuró serenarse, y dijo tranquilamente al Complacido:

-¿Cuánto tiempo ha que Petronila entró en la cueva?

-Una hora: menos de una hora.

-Está bien, Joziz, hijo de Joseph: yo me encargo de la loca; del loco, tú. Ya sabes con qué objeto te mandamos levantar las losas de la gruta: ya sabes que sólo Aser Ben Abraham ha de reinar en Vasconia. ¡Reinará! ¡Reinará, si su rival queda inutilizado! ¡Vendrán aquí nuestros hermanos del África, y todos los hijos de Israel reinaremos con el hijo de Abraham!

Y se alejó murmurando entre dientes:

-Aún es tiempo: la sorprenderé con las manos en la masa.

De loco había calificado el rabino a Teodosio, que, a la sazón, era digno ciertamente de ese nombre.

Corría desalado hacia su valle, como si le faltara tiempo de llegar y sorprender a la pérfida que tan miserablemente lo engañaba. Oyó los tres silbidos de su escudero, oyó también los de Pacomio; pero no se detuvo, no reflexionó siquiera sobre aquel incidente raro y sospechoso a deshoras de la noche. Por el contrario, creyó que los silbidos continuaban, que la naturaleza inanimada se burlaba de él, que las sombras de los árboles y los riscos, confusamente iluminados por la luna, eran fantasmas que le salían al encuentro para burlarse de su boda, tantos años preparada y tan vergonzosamente concluida.

Pero había decidido atropellar por todo, y romper por medio de fantasmas, apariciones de arriba o de abajo, humanas criaturas, vestiglos o feroces alimañas.

Iba a terminar la noche y aún tenía que andar cerca de media legua: asustábale la idea de que por cualquier acontecimiento imprevisto se entorpeciera su marcha, y desapareciera la prueba material, el insigne, el irrecusable testimonio de la traición que, según la voz del orgullo, legitimaba la venganza.

Para él las pruebas estaban ya demás. Por increíble, por inverosímil que fuese, patente aparecía el crimen. Eudón se lo había anunciado para que le sirviese de tormento y desesperación en la agonía; el ermitaño, de parte de Dios, salía de las soledades, o más bien, según imaginaba, descendía de los cielos y tomaba humana forma para decírselo, y darle avisos y consejos saludables a su honra; y por último, el escudero, sin querer, todo se lo acababa de confirmar y poner en claro.

No tenía la esperanza de ser engañado: no podía buscar ni aun el angustioso refugio de la duda. La llegada del duque a la choza del carbonero coincidía con la hora del incendio y de la lluvia; la alegría locuaz, indiscreta y elocuente del criminal, era esa imprudencia de la vanidad, compañera inseparable de su delito.

Deteníase únicamente el ofendido esposo a beber, o por mejor decir, a refrescar sus labios secos y ardientes, en los arroyuelos que tenía que cruzar: sus ojos espantados, su mirada vagorosa, su frente cargada de negros pensamientos, sus mejillas encendidas, todo denotaba insensatez y fiebre. Llegaba algunos momentos al colmo del delirio, y andando desesperadamente, parecíale que no se movía, sino que las rocas, los bosques, los desfiladeros, iban acercándose a él y pasaban de largo.

Otras veces se sentía en completo estado de lucidez y pensaba en Dios; pero tenía miedo de este pensamiento. Seco, desabrido, desconfiaba de la oración, o más bien, reconocía en el fondo del alma su eficacia, porque huía de orar, temeroso de que la oración le hiciese vacilar y desistir de sus malos propósitos.

Él, hombre de fe, comenzaba a ser tentado de la duda, inseparable sombra del pecado; él, que iba a tomarse la justicia por su mano, quería poner en tela de juicio la justicia de Dios.

En estos delirios y visiones, sin saber cómo ni por dónde, hallóse frente a frente de Jaureguía y Gastelúzar.

El corazón le palpitaba fuerte y descompasado; nube de sangre pasó por sus ojos; temió quedarse ciego, desmayado, sin fuerzas para llevar a cabo la venganza.

Tal era su principal, su único temor. Temor infundado desgraciadamente; porque con la exacerbación de la fiebre los miembros de su cuerpo recobraron inusitado vigor: sintióse tan ágil y con tanta energía, como si en aquel instante fuese a emprender la jornada.

-¡Allí!, exclamó mirando a Jaureguía. ¡Allí están robándome la fe y el amor a que yo tenía derecho!

Pero en aquel punto recordó las últimas palabras del escudero. Eudón, según ellas, prometía dar un golpe que a todos asombrara y aturdiera: ser proclamado rey en Pamplona, ser reconocido, sin duda, como legítimo esposo de Constanza. Si el duque había de cumplir su audaz propósito, tenía que salir furtivamente de Val-de-Goñi muy antes de amanecer, en las tinieblas de la noche. Era posible que los criminales se hubiesen escapado ya; que aquéllos fuesen los momentos críticos de la fuga. Podían haber tomado distinto camino del que Teodosio traía; podía éste hallarse con la afrenta, sin dar ni entonces ni nunca con la venganza.

Espantóle idea semejante. Si el duque de Cantabria se refugiaba en Pamplona con su cómplice; si de allí arrojaba a los vascos y García, ¿cuándo, cuándo se pondrían los infames adúlteros al alcance de Teodosio?

Miró con atención a todos lados, pero a nadie vio: reinaba el silencio. O los criminales se habían fugado ya, o seguían en Jaureguía.

Tomó por un atajo el camino más corto de su casa, la cual en el hondo del barranco se le ocultó por algunos momentos; pero tenía delante, tenía encima a Gastelúzar, donde sus ancianos padres dormían tranquilos, bienaventurados, soñando quizás en la felicidad del único hijo que el acero de los godos había respetado. Dormían como niños inocentes, sin pecado, sin remordimientos, mientras la próxima aurora les traía noticias de los nuevos lauros de Teodosio en Iruña, del rescate y libertad de los vascos; mientras el nuevo sol presenciaba la reunión de los doce señores a la sombra del árbol del Batzarre, la elección unánime de Teodosio, sin disputas, sin discordia, por aclamación quizás.

-Ellos, que ni de pensamiento se han ofendido nunca; ellos, que ni conciben acaso tan enorme culpa, exclamaba el desposado: ¿cómo han de imaginarse la deshonra de su propio hijo, el negro crimen de Constanza? «No la mereces, me decía mi padre poco ha: vale cien veces más que tú»; y la miraba con embeleso, y no se hartaba de mirarla. El desengaño ha de serles funesto; les va a costar la vida. Pero el golpe es inevitable ya. ¡Oh! ¡Que al menos, al tener noticia del agravio, la tengan de la venganza!

Subió por fin a la era principal; alzábase el palacio a muy breves pasos, y todo seguía tranquilo, solitario y silencioso.

No había miedo de que alborotaran los perros. Plácida había dicho pocos meses antes con terrible exactitud, y como en triste profecía: «Teodosio puede entrar y salir de casa a cualquier hora de la noche, sin que los perros le ladren». Harto lo había experimentado él cuando henchido de amor y de ambición, sin rival en la gloria y ventura a que aspiraba, volvía del lejano valle de Butrón, y subía a su cuarto por aquellas puertas que nunca se cerraban. Su madre le solía esperar con luz, con lumbre y cena... Mas ¡ay! su madre, ciega y engañada como él, había abdicado cuidados y desvelos en la pérfida, que tanta priesa mostraba en venderlo, como en tomar posesión del tálamo y honor de Jaureguía.

A su palacio se dirigía también ahora; pero ¡con cuán distintas ideas, con cuán diferentes planes y sentimientos!

La venganza le exigía implacable la vida de su mujer, la de su antiguo amante, por de pronto; y luego, poco más tarde como inevitable consecuencia, la vida de los ancianos, casi seculares, que sucumbirían al dolor y la vergüenza de la deslealtad y del oprobio... No le importaba: todo, menos el perdón; todo, menos la clemencia; todo, menos confiar el castigo de sus ofensas a otras manos que las del ofendido. Los ídolos son insaciables.

Al pie de la casa, notó que en una de las habitaciones del piso superior había luz.

En aquellos momentos cualquiera circunstancia, por insignificante que fuera, tenía que llamarle la atención.

-¿Qué será?, dijo para sí. Pero esa luz no está en el aposento de Constanza. ¡Esa luz me recuerda las vigiliass que por ella, por esperarme a mí cuando venía de verla, ha pasado mi buena, mi santa madre! ¡Oh! ¡La primera noche que mi madre falta de casa, es la noche de mi primera afrenta!...

Y con toda precaución para no hacer ruido, dejó la guécia, y requirió y desenvainó la espada.

Hecho esto, abrió la puerta, cerrada sólo con taravilla, entró, la entornó y tomó la escalera secreta.

¿Seguiremos la relación a que la pluma se niega horrorizada? Lo exige la historia, y hasta el reconocimiento de la falibilidad de los juicios humanos; pues de los sucesos mismos que nos aterran, la divina Providencia sacó resultados de suma trascendencia para aquellos pueblos. Por mal que nos veamos, siempre será el mayor de los crímenes perder la esperanza en Dios.

Puesto en el claustro Teodosio, pocos pasos le faltaban ya para llegar a la estancia que sus padres habían cedido a los nuevos esposos.

Acercóse a tientas, apoyándose en las paredes, porque temblaba de pies a cabeza.

Delante ya de la puerta, algo había sentido que disipaba las dudas o temores que a cada paso le asaltaban.

Estaba escuchando con el alma entera clavada en el oído.

Por de pronto quedó sobrecogido de la más siniestra alegría. El tálamo nupcial estaba ocupado: los criminales no habían huido. Nadie, nadie en el mundo podía arrebatarse ya el placer de vengarse por su mano. Si mataba a los dos, si no perdonaba a ninguno, la ley le absolvía. Mas él entonces no se acordaba de leyes, y por encima de todas las del universo hubiera saltado, para satisfacer su rencor.

Pero luego, a tan triste y criminal complacencia, siguió un rayo de purísima alegría, capaz de matar al hombre más fuerte si fuese duradera. La esperanza penetró sus entrañas, y por todo su cuerpo circuló como sacudimiento eléctrico. Había sentido la tranquila y regular respiración de una persona que duerme sin agitación, sin remordimientos.

En sus trasportes de felicidad hubo de exhalársele del pecho algún suspiro, algún quejido involuntario, al cual parece que respondía dentro de la alcoba otro suspiro, otro aliento distinto del anterior.

-¡Oh! Seamos cautos, exclamó Teodosio, próximo ya a precipitarse con frenética alegría en brazos de su fidelísima esposa. Nadie me acompaña; nadie sabe que estoy aquí. Si Constanza es inocente, si las revelaciones del anacoreta son falsas, volveré en silencio por mi camino, sin que mi esposa llegue a saber nunca que he puesto en duda su fidelidad. Pero si fuese culpable, sería el colmo del escarnio despertarla ufano, gozoso, enamorado...

Y se detuvo aquí, porque realmente aquella ráfaga consoladora y refrigerante, iba desvaneciéndose, como estela de naves en el mar, como luz de estrellas errantes en el cielo.

Teodosio percibía claramente el respirar de dos distintas personas en el lecho.

-Quizás alguna amiga, su prima Olalla quizás, le hará compañía. Hay mucha gente en casa... dormirán juntas.

Dio tres o cuatro pasos adelante sin hacer el menor ruido, y no podía dudar: eran dos las personas que allí reposaban.

Hallábase a la cabecera de su propio tálamo, y el corazón quería saltársele del pecho.

Alargó la mano izquierda hacia la almohada, y tentó el rostro de un hombre con fuerte barba.

Era imposible equivocarse: la que a su lado yacía era una mujer.

Fue a levantar la diestra; pero la sintió pesada, parálitica, como si el acero que empuñaba fuese una montaña.

¿Qué pasó entonces en su mente?

Una idea que le espantó. Aunque entregado a sus pasiones, aunque presa de Satanás, tenía fe, y vio que iba a perder dos almas para siempre, por toda la eternidad.

Última inspiración de la gracia, postrer auxilio de Dios para arrancarlo de la culpa.

Teodosio lo rechazó también.

Levantó la espada, y la clavó en la garganta de la mujer, y con la sangre humeante la volvió a clavar en el pecho del varón.

La primera de las víctimas no lanzó ni una queja, ni un suspiro. O murió en el acto, o conoció la mano que le hería, y no quiso denunciarla con sus gritos.

El hombre dejó escapar terrible clamor inarticulado, y todo al punto volvió a quedar en silencio.

Se había propuesto el homicida bajar por la misma escalera sin hacer ruido; pero en momentos tales no está el ánimo de nadie para seguir planes trazados de antemano.

Por aturdimiento cerró de golpe la puerta de la cámara, y arrojó la espada, y por la fuerza de la costumbre se encaminó maquinalmente a la escalera principal.

Sus pasos eran tremendos y resonantes: su conciencia le decía que acababa de perpetrar un crimen; pero sus pasiones le gritaban que se había vengado, y llevaba en el corazón la soberbia de la venganza satisfecha.

Pero al volver hacia el corredor que daba a la escalera, al entrar en aquel tránsito... ve luz, luz artificial... ¡Gran Dios!

Una mujer se le presenta con una lámpara en la mano.

Constanza, al ruido de los pasos, salía de otro aposento.

-¡Teodosio!, exclamó para no dejarle duda de que era ella, ella misma, y no ilusión o fantasma de imaginación errada; ¿qué es eso? ¿De dónde vienes?

El caballero, yerto, inmóvil, con rostro de condenado, no la contestó.

-Te esperaba, amor mío, esposo mío. Mi corazón me decía que habías de volver, y me quedé haciendo las veces de tu madre. ¡Te esperaba rezando, pidiendo a Dios que te trajese presto vencedor, salvador de los vascos! Pero tú has creído que dormía en nuestro aposento...

-¡Ah! ¿Pues quién?..., exclamó Teodosio con acento inexplicable-, ¿quién duerme ahí?

¡Tus padres!

Y sin proferir una sola palabra, huyó el infeliz despavorido.

CAPITULO VII

Cómo se celebró la gau-illa de Miguel y Plácida en Jaureguía

Después de los vaivenes y agitaciones del día precedente; después de la comida, que se prolongó cuasi hasta la cena, y de la cena, que terminó cerca de la media noche, todas aquellas gentes de corazón sano, de conciencia limpia y de temperamento de bronce, dormían profundamente en Jaureguía.

Sólo Constanza estaba despierta: sólo ella había sentido el grito de Miguel, el ruido de la espada en el piso de madera, el soberbio andar del asesino, que desdeñaba precauciones y cautelas.

Salió con luz de su habitación, sorprendiéndolo casi en fragante, momentos después del crimen, del cual ella sin duda era objeto, pero causa inocente también.

Sencilla, delicadamente, quizás por vagos temores, de que ni siquiera sabía darse cuenta, había suplicado a los ancianos esposos que siguiesen ocupando una noche más el lecho que nunca prestaron a nadie, ni dejaron desierto en diez o doce lustros de honrada y felicísima vida conyugal; y para obligarlos más, les decía:

-No podré dormir tranquila en ese aposento que no está destinado para mí sola.

-Tiene razón esta pobre chica, contestó Plácida, que la comprendía mejor que nadie: yo te daré otra habitación cerca de tus padres.

Constanza tenía más de una razón para el cambio que pedía. No obraba por capricho. ¿Cómo encerrarse donde pocas horas antes entraba y salía Asier; donde éste se había escondido para recordarla su antiguo amor, y reclamar soñados títulos y derechos?

Verificóse la mudanza tan funesta para todos, y muy principalmente para los ancianos padres del novio, y Pacomio, según lo hemos podido inferir de las palabras que mediaron entre él y su cómplice Joziz Aben Joseph, tuvo conocimiento de ella.

La novia velaba. Se había despedido de sus padres, que la dieron la bendición: habíala pedido también de rodillas a los padres de su marido, los cuales la abrazaron y cubrieron de besos con efusión de cariño, con paternal ternura.

-¡Qué buena es!, exclamó Miguel, cuando se quedó a solas con Plácida. ¡Qué ángel nos ha traído a casa Teodosio!

-Démosle gracias a Dios, contestó la anciana. Y ya que no podemos acompañar a nuestro hijo en los peligros, acompañémosle, aunque de lejos, en su heroica abnegación, y ofrezcamos al Señor, si es necesario para el bien de la cristiandad, el sacrificio de nuestra vida.

-¡Corto sacrificio es ya, Plácida mía!

-Corto o largo, hagámoslo de todo corazón. Si somos pobres de espíritu, con dar a Dios todo cuanto tenemos, ricos pareceremos a sus ojos, esposo mío.

Y se arrodillaron delante de la cruz de madera.

¡Dulce espectáculo el de aquellos ancianos casi seculares que se decían amores como el día primero de su amor, y depositaban el corazón juvenil y enamorado, en el regazo del Señor, al pie de la cruz!

Y después de orar, se acostaron como dos niños, se durmieron como dos ángeles, para despertar entre sus amigos, los ángeles del cielo.

Constanza quiso pasar en oración, como Tobías, la primera noche de su desposorio.

Estaba en vela cuando Teodosio cometía el crimen. Salió al ruido, y todo lo que no podía ver, lo adivinaba en la mirada, en el semblante de su marido, cuando le dijo: «tus padres son los que duermen en el lecho que para nosotros habían destinado».

Después de la primera impresión de inevitable espanto y horror, el primer impulso de su alma fue de lástima y perdón; el primer acto de su voluntad fue la resolución de ocultar el parricidio, y de salvar, por consiguiente, a Teodosio.

Con el heroísmo vulgar en pechos femeniles, habría para inmortalizar a cien hombres, para conducirlos en triunfo de la puerta Capena al Capitolio, si el sacrificio de las pasiones, si la abnegación cristiana aspirasen a coronas de laurel.

Constanza se vio a sí propia muerta y deshonrada por su marido en la sangre de que éste venía manchado, y contestó al ultraje con el firme propósito de sacrificarse por quien la había creído infiel, y con la intención, asesinado.

Con varonil resolución se lanza al teatro de la catástrofe, vuelve la puerta sin vacilar y se encierra con los dos cadáveres para registrar el aposento, y borrar en las huellas del delito, cuanto pudiera revelar el nombre de Teodosio.

-Sébase -pensaba, sentía, o parecía sentir y pensar-: sébase que se ha perpetrado un asesinato, pero ignórese por siempre el parricidio.

Ante todo tenía que cerciorarse del hecho, atender a las víctimas, si aún era tiempo. La mirada que para ello tuvo que dirigir al tálamo nupcial, fue un acto de verdadero, de heroico valor.

Miguel y Plácida yacían inmóviles. Su sangre inocente se unía y juntaba en la muerte, como en sesenta años de vida se habían unido sus corazones.

Uno de ellos palpitaba aún.

El venerable anciano, que al parecer dormía regaladamente, abrió los ojos con dulzura y suavidad al resplandor de la cercana luz, y dijo con voz apenas perceptible:

-¡Constanza!... ¿Quién nos quiere tan mal? ¿Qué daño hacemos a nadie... por lo menos, a sabiendas?

-¡A nadie, padre mío!, exclamó la desposada, cayendo de rodillas al pie del lecho, tomando entre sus manos la diestra del moribundo, y besándola con toda su alma, con todo su corazón, entre gemidos y sollozos. ¡Dios os quiere para sí! ¡Los cielos se abren ya como impacientes por recibirlos!

-¡Hija mía!... Quien quiera que sea... que le perdone Teodosio, como yo le perdono... en mi nombre, y en el de ésta... ésta...

No dijo, no pudo decir más.

Volvió los ojos hacia el cadáver de Plácida, y expiró.

-¡Padre de mi vida!, exclamó Constanza. ¡Perdónalo desde el cielo, como acabas de perdonarlo en la tierra!

¿Cómo no se desmayó, cómo de pena y dolor no cayó muerta allí la pobre niña?

Dios la dio fuerzas: la idea, el sentimiento del deber la sostenía.

Tuvo el nuevo valor de levantarse, y haciendo sobre sí misma inconcebible y sobrehumano esfuerzo, tendió por el cuarto miradas escudriñadoras, halló en el suelo la bien conocida espada de Teodosio, teñida en sangre desde la punta hasta el pomo. Asíóla con presteza, y sin perder momento, abrió la puerta con el hierro en una mano y la luz en la otra, miró, y quedó aterrada.

Un hombre se dirigía al aposento.

Sorprendida con los vestidos ensangrentados, con el arma homicida, y saliendo de aquella habitación, estaba perdida. ¿Quién dejaba de imputarla el crimen?

A Constanza, sin embargo, ni siquiera se la ocurrió semejante idea. Quedó aterrada, sí; porque la asaltó el temor de que la espada que llevaba en la mano, descubriese al criminal.

Instintivamente trató de ocultar el instrumento parricida.

Por fortuna, aquel testigo era un monje, era el abad de Goñi: nada había que temer. Era la única persona necesaria en tan espantoso trance. Llegaba a tiempo, sin duda, porque el cielo lo enviaba.

-¡Silencio!, la dijo Juan de Vergara. Lo sé todo: no os asustéis. Acabo de ver a Teodosio, que se ha postrado a mis pies, y suplicado que venga en auxilio de las víctimas. Dadme la lámpara, y retiraos.

-¿Y dónde está el infeliz?

-Se ha marchado a Pamplona por consejo mío. El obispo dispondrá de él.

Entró el párroco; absolvió bajo condición a los que yacían en el lecho, por si aún conservaban algún soplo de vida; recitó la recomendación del alma y se volvió a la iglesia, después de haberse cerciorado de que no existían ya.

Entre tanto Constanza había escondido el acero de Teodosio, y rendida, agobiada por la insoportable pesadumbre de tantas emociones, se arrodilló en su cuarto, pidiendo a Dios misericordia para el matador y los muertos, y cayó en el pavimento, completamente privada de sentido.

El compañero de Teodosio, que había seguido con el mayor sigilo todos los pasos de la hija de Aitor, el judío Joziz Aben Joseph, sectario de los astrólogos a las órdenes del infame Abraham Aben Hezra, se apoderó de la espada, y se marchó con ella por la escalera excusada.

Vuelta en sí la desdichada esposa, aún le quedaba mucho que sufrir. Sus vestidos, la espantosa transformación de su rostro, su mismo desmayo la acusaban; pero, digámoslo en honra suya y en la de todas aquellas gentes sin doblez, nadie la creyó autora del crimen. Las apariencias la condenaban; pero la absolvían su candor y su virtud: la sencillez del sentido común es también más perspicaz que la malicia. ¿Ni qué la importaban a Constanza murmuraciones, hablillas y sospechas, mientras éstas no recayesen en Teodosio?

Su sacrificio y abnegación eran completos: su idea siempre la misma, fija, inalterable.

Pero tenía que responder a las preguntas que se le hacían; porque no negaba, no podía negar que al sentir ruido en el aposento de los ancianos asesinados y hallándose despierta, como lo atestiguaban su lecho intacto y su lámpara encendida, había acudido en socorro

de sus suegros: tenía, sobre todo, que asistir a la tremenda ceremonia de la *gau-illa*, para todos grave, solemne, imponente; para la desposada, terrible, pavorosa.

Había llegado la hora.

Era la *gau-illa*, la noche de la muerte, la noche que precede al entierro, celebrada entonces con singulares y patéticas ceremonias, de las cuales todavía se conservan muy grandes reminiscencias.

En la misma cámara del festín de boda, alzábanse dos féretros con sendos cadáveres amortajados de monjes.

Los criados, pastores y zagales de la casa de Goñi se disputaban el pío honor de alumbrar, con teas en la mano, los inanimados restos de Miguel y Plácida, y no pudiendo concurrir todos a la vez, se relevaban de hora en hora.

Habíanse retirado del fúnebre aposento las mesas del banquete, colocándose los escaños contra la pared, colgada de negro. En la testera, y ocupando los principales asientos, los ancianos ricos-hombres o gobernadores de Navarra, presidían el duelo.

No eran ya más que once.

Seguíanles los deudos de los difuntos. Inmediatamente después de los ancianos, el primer lugar era el de Teodosio, a quien se había mandado llamar, reservándole un sitial; pero aquel sitial estaba vacío.

A su lado se sentaba Constanza, y luego Pedro y Columba, y otros muchos señores y señoras, cubiertas éstas con mantos, como si estuviesen en el templo.

No toda la gente cabía en los escaños: aún había mucha de pie, cerca de las puertas principalmente.

El silencio de tantas personas como allí se reunían, el dolor y quebranto general, las luces, el humo de las antorchas de pino, los negros paramentos, los ataúdes destapados, daban a la sala el más lúgubre aspecto. Decoración y actores, todo estaba en armonía en aquella escena.

El silencio, sin embargo, no era absoluto. Percibíase leve, sordo rumor de impaciencia o de cansancio.

-No viene Teodosio, decían unos.

-Los primeros propios que se le mandaron a Iruña, volvieron con la noticia de que no se había presentado allí, ni parecía muerto ni vivo por ninguna parte. Nuestros montañeses en cambio están haciendo prodigios de valor.

-Le habrán asesinado como a sus padres.

-Eudón, Eudón lo habrá alcanzado en el camino. Esto es obra de Asier. Aquí anda la mano de los judíos.

-¡O de los paganos! ¿Quién sabe si los de Aitormendi?... ¿Quién dice que esto no es cosa de Amagoya?...

-En fin, ahora se ha de ver. La *gau-illa* nos lo ha de decir. ¿Por qué no empieza? ¿Quién falta?

Tal es la muestra, la síntesis de la conversación general, confusa y temerosa: murmullo que apenas turbaba el silencio.

Hasta los más leves rumores cesaron cuando entró Juan de Vergara, revestido de blanca estringe sacerdotal, y seguido de un acólito con el acetre del agua bendita.

Dio principio la ceremonia, y todos los circunstantes se arrodillaron.

El abad recitó en latín preces y responsos, a los cuales contestaba muy poca gente con los labios; con el corazón y con gemidos, todos. Siguió la aspersión, cuyo uso era ya antiquísimo en la Iglesia, y se retiraron los ministros del altar.

El presidente del duelo rezó después en idioma vulgar, y entonces se levantó clamor general de voces y llanto.

Así comenzaba siempre *la noche de la muerte*.

Terminada la parte religiosa, entraba la que podemos llamar civil, o secular, y aquí llega lo propio y característico de la ceremonia vascongada, que trasciende fuertemente a costumbre oriental.

Todos los deudos y allegados del difunto, principiando por los más próximos y de mayor edad, se iban levantando uno por uno, y después de dar vueltas alrededor del féretro, se detenían delante del cadáver: y mirándolo frente a frente, decían en su elogio o vituperio cuanto les parecía; le dirigían preguntas, le hacían cargos, aclaraban los misterios de su vida, le juzgaban, en una palabra; pero generalmente, y sobre todo desde la conversión de los vascos al cristianismo, le juzgaban con benignidad y misericordia, excitando la piedad de los fieles en favor del alma del finado.

Llamábanse *cantos fúnebres* estas oraciones o juicios, que si no póstumos, en cierto modo podemos llamar de residencia. Por lo general se hacían en verso. El genio de la lengua, como hemos visto, se presta admirablemente a ello; pero quien no sabía o no quería improvisar, echaba mano de la prosa, o se valía de cantos conocidos, acomodándolos a las circunstancias presentes.

«Ahora que la envidia no oculta los beneficios que has hecho, ni el temor tus delitos, ni el interés tus vicios o virtudes, ahora es tiempo de dar cuenta de tus acciones. ¿Qué has hecho?».

Así preguntaban los egipcios a los muertos para decidir si había de dárseles sepultura; y éste era el fondo de la *gau-illa* y de los cantos fúnebres vascongados.

La noche fúnebre de Plácida y Miguel excedía a cuantas en memoria de aquellos pueblos se conservaba. Eran los personajes más respetados y aun venerados en Vasconia; eran

también los más queridos. Cayó con su muerte el luto en las montañas; pero con el crimen rarísimo, descomunal, apenas concebible ni conocido, toda aquella tierra se cubrió de horror y espanto.

Y eso que no se sabía aún, ni remotamente se sospechaba, el parricidio. Si apenas se concebía que nadie en el mundo fuese capaz de atentar a la vida de los ancianos más inocentes, caritativos, hospitalarios y amables de Vasconia, ¿en qué cabeza, por suspicaz y maliciosa que fuera, cabía la idea de que el hijo único de los patriarcas, y el día de su boda, y en vísperas de ser coronado rey, asesinara a sus mismos padres, mientras dormían en su propio lecho?

Constanza era la única de los presentes que sabía la verdad.

Pero guardaba el más profundo silencio.

Su silencio, su apartamiento de las gentes habían sido generalmente respetados durante el día, porque se creía que reservaba sus declaraciones para la noche.

Con estos antecedentes se acabará de comprender la importancia y solemnidad de la *gau-illa* de Miguel y Plácida.

Más que el juicio de los finados era el proceso de un crimen, horrendo y misterioso, perpetrado por manos aún no conocidas.

En aquella sala estaban los jueces: los ricos-hombres de Vasconia tenían que pronunciar la sentencia.

Sin embargo, como todo en aquellos tiempos y entre personas rudas y poco habituadas al crimen, se hacía sin aparato de tribunales, no se alteraron los ritos y costumbres de los cantos fúnebres: las oraciones, los versos y elegías debían ser proceso, acusación y defensa. El caso era descubrir la verdad; los medios importaban poco, y los ordinarios y tradicionales debían ser preferidos.

En ausencia de Teodosio, Pedro de Butrón habló el primero.

Dio dos vueltas en torno de los cadáveres, que parecían estatuas yacentes de un sepulcro de familia en la Edad Media. No se atrevía a mirarlos, y eso que el rostro dulce, tranquilo, casi risueño de los difuntos no inspiraba horror ni repugnancia. Movía los labios como si rezara o pidiese al cielo inspiración, y al fin se detuvo, besó los fríos pies de los que enfrente yacían, alzó los ojos nublados por el llanto, y con sordo y lastimero acento, dijo:

«El agua estancada se corrompe con el tiempo; pero la vida del justo se purifica con los años. Más limpia y diáfana la vuestra que manantial entre rocas, nada tenemos que preguntaros, todo lo habéis dejado patente: desde la superficie hasta el fondo, desde la espuma hasta las arenas.

»En vuestra vida hallamos dolores, sacrificios, virtudes y ejemplos: no vicios, ni secretos, ni misterios.

»¡Tinieblas de la noche, humo de sangre, vapor del crimen ciñen y cubren en cambio vuestra muerte!...

»Niños de cien años, ángeles de blanca cabellera, levantaos, y con esos labios no manchados jamás por la mentira, decidnos el nombre de vuestro matador, aclarad el misterio de la muerte; sea vuestro sepulcro tan diáfano como vuestra vida».

»¡Misterio! ¡Y os lo pregunto a vosotros, que ya no podéis contestarme! ¡Y lo pregunto aquí, donde me está contestando todo!...

»Ayer tarde, ayer, poco después de la boda, puesto en pie sobre el pavimento mismo donde yo pongo las plantas, ¿quién, señor de este valle, tuvo la audacia de pedirte en justicia la mano de la esposa de tu hijo? ¿Quién salió por esa puerta despechado, confundido, fulminando con los ojos, y llevando en cada mirada un rayo de venganza? Ningún vasco, ningún cristiano es capaz de este crimen: sólo un judío puede concebirlo y perpetrarlo».

-¡Eudón, Eudón es el matador!, exclamaron a un tiempo mil voces. ¡El duque de Cantabria es el asesino!

-Sí, él es, repuso, ya en prosa, Pedro de Butrón; ha querido asesinar a Constanza y Teodosio en el tálamo nupcial, o cebarse como lobo rabioso en la primera presa que ha caído bajo sus garras. Que hable ahora mi hija.

No sabía Lartaun el golpe que acababa de asestar contra ella al decir estas palabras.

Constanza tenía que hablar, no podía excusarse de ello. Como nuera, debía dispensar a sus suegros el honor de la canción de muerte; pero como esposa de Teodosio, como la primera que había acudido al sitio de la catástrofe, era necesario, era absolutamente preciso que hablara. Su testimonio valía en todos conceptos más que ninguno. Sabíase que en su cuarto hubo luz toda la noche; que no se había acostado; que estuvo al lado de las víctimas agonizantes: podía, por consiguiente, haberlo presenciado todo, o por lo menos, podía haber oído de labios de los ancianos moribundos, algo que confirmara el juicio generalmente formado.

Pero al acto de hablar delante de dos cadáveres, de suyo imponente y terrible, agregábase el deber de poner en claro la inocencia del acusado, desmintiendo a su padre y acusando a su marido.

De sus palabras tenía que salir la defensa de Asier, su antiguo amante, y la acusación, la denuncia, la delación de su esposo.

Eso no podía exigírsela: eso era imposible.

Negóse a hablar.

-No tengo valor, decía; estoy enferma... no puedo mirar a esos dos inocentes... apenas puedo sostenerme en pie.

-Que hable sentada, desde su escaño, dijeron los ricos-hombres.

-¡Por Dios, señores; por Dios, padre mío!, exclamó cayendo de hinojos y retorciendo las manos suplicante.

Y cuanto más se empeñaba en callar, mayor era el ansia de todos los circunstantes por oírla.

-Lo sabe todo, todo lo ha visto, decían, y no quiere acusar al compañero y amigo de su infancia.

-¡Hablad, hablad!

-¿Queréis que hable?, exclamó de pronto, con una energía semejante a la desesperación. Pues bien, oíd: hablen por mí los profetas.

«¿A quién te compararé, hija de Aitor, a quién diré que te pareces, noble escualerría? ¿Con quién te igualaré y cómo te consolaré, reina destronada sin ocupar el trono? Grande como la mar es tu quebranto; ¿quién te remediará?

«Tus profetas te anunciaron falsas profecías...».

-¡Eso no! ¡Eso no! Eso ya nos lo habrá dicho el monje en sus latines.

-Siéntate, Constanza de Butrón, dijo en aquel punto el más anciano de los gobernadores que presidían el duelo. ¿Cuya es la sangre de tus vestidos de boda?

-De esos dos: es la sangre de mis padres.

-¿A quién viste en la cámara de Miguel de Goñi?

-A nadie vi.

-Y fuera de ella, en el corredor, ¿a quién?

-Al abad Juan de Vergara, a quien veda comparecer aquí el sigilo sacerdotal.

-Sí, ya sabemos que el abad fue llamado para auxiliar a los agonizantes. ¿Lo llamasteis vos?

-No.

-¿Quién fue?

-Preguntádselo a él.

-Él no puede declararlo.

-Yo tampoco.

-¿Viste a Eudón, a quien llamamos Asier?

-No.

-¿Viste al escudero de tu marido, amigo de Asier, y como Asier, natural de Aquitania?

-No.

-¿Crees tú, como tu padre, que Asier es el asesino de tus suegros?

-No; mi conciencia me obliga a decir que no. Él por lo menos no ha clavado el hierro homicida.

CAPITULO VIII

De cómo terminó la noche de los muertos

Estalló entonces murmullo general contra Constanza.

-¡Ésas son ya demasiadas contemplaciones!, decían unos.

-Le ama, le ama todavía, exclamaban otros.

-¡Mentís!, repuso Constanza con valor y dignidad. El amor que debo a los padres de mi marido, no es incompatible con la verdad que debo a Dios.

-Dinos, pues, toda la verdad.

-Con verdad os he contestado, y mi palabra basta para convenceros de que no he mentido.

-Constanza de Butrón, ¿sabéis quién es el matador de los padres de Teodosio?

La esposa guardó silencio.

-Mirad que si os obstináis en callar, las sospechas vuelven a recaer en Eudón.

-No seríais nobles, ni vascones, si lo afirmaseis vosotros, después de haberlo negado yo.

-Pues tú conoces al asesino.

Nuevo silencio.

-En nombre de la justicia os conjuramos a que habléis. ¿Quién es el asesino de los señores de Goñi?

Constanza tampoco despegó sus labios.

-Por última vez, Constanza: vais a echar sobre vuestra honra indeleble mancha: vais a hacer que al fin las sospechas recaigan en vos. Y eso sería cruel.

-Eso sería infame, después de negarlo yo, como lo niego también.

-Decidnos el nombre del matador de Plácida y Miguel.

-¡Su hijo! ¡Su hijo Teodosio!

Quien tales expresiones profería, no era, como podrá suponer el lector, Constanza de Butrón, que se había propuesto perderlo todo, hasta la vida, hasta su reputación, si necesario fuese, antes que acusar a su marido: era una mujer alta, delgada, cubierta como todas las presentes con negro manto, la cual se adelantó hacia los dos féretros, saliendo de la muchedumbre, que permanecía en pie junto a la puerta.

Enfrente de los cadáveres alzó el velo, y al escándalo y sorpresa que habían producido sus palabras, se añadió el espanto que infundía la expresión de su rostro.

Era Amagoia, que a pesar de su abatimiento en Aitormendi, no quiso abandonar la causa de su hijo adoptivo, y venía denodada a defenderlo.

Aprovechándose del estupor que sellaba todos los labios, sin excepción ninguna, exclamó:

-¡Jaureguía, Jaureguía! ¡Mi maldición ha caído sobre ti; la maldición de Aitor, la maldición de Jaungoicoa! ¡Te quisiste sublimar sobre Aitormendi, y desde lo alto de los vientos has caído desvanecida! ¡La sangre que aún brota de esas heridas, es tu propia sangre: sangre de tu cuerpo, estrellado contra la promesa de Aitor, más firme que la roca!

Calló un momento, sin que nadie osara contradecirla, y prosiguió:

-¡Miguel, señor de Goñi; Plácida, esposa de Miguel, no hay nada más respetable que la ancianidad! Vuestros años os hacían semejantes a los patriarcas Aitor y Amagoia: yo os saludo en su nombre.

Y así diciendo, les besó los pies, y añadió:

-Matar a un anciano de noventa años es más que un homicidio, semeja un sacrilegio. Este crimen, por honra de la escualerría, no puede quedar impune; mas no será vengado con la horrible iniquidad que vais a cometer. Ancianos gobernadores de Vasconia, este delito, no sólo es cobarde asesinato y espantoso sacrilegio: es un parricidio. Su autor, Teodosio de Goñi. Haced justicia.

-Mirad lo que decís, Amagoia. Su autor es vuestro hijo adoptivo Asier, por otro nombre Eudón, duque de Cantabria, dijo Pedro, cuñado de la acusadora.

Entonces ésta, sacando debajo del manto la espada de Teodosio, toda ensangrentada, la arrojó al suelo, y exclamó:

-Ahí tenéis el acero homicida; decir si lo conocéis.

No hay palabras con qué pintar el terror que aquella irrecusable prueba produjo. El silencio era ya pavoroso: el mismo Lartaun enmudeció, y cayó en su escaño, convicto, abrumado por tan insigne testimonio.

Pero esta vez el terror y el silencio tuvieron una excepción.

Levantóse Constanza, la niña inocente, la doncella tímida y cobarde, convertida en leona, en mujer fuerte, desde que era esposa cristiana; y dirigiéndose valerosa a su segunda madre, en cuya presencia hubiera temblado antes como azorada, la dijo:

-Esa arma estaba escondida en mi aposento. Vos sois incapaz de haber entrado en él para buscar pruebas contra vuestra propia sobrina. No está en vuestra condición tamaño abuso de confianza... ¿Quién os ha entregado ese acero?

-¿Qué importa el saberlo?

-¿Quién os lo ha entregado?, tornó a decir con voz más fuerte.

-El escudero de Teodosio.

-Llevaba dos: el Disgustado y un forastero. ¿Cuál de ellos?

-Ese forastero, que es vasco del Adur.

-No es vasco, aunque ha nacido entre los vascos de Aquitania: es judío, amigo y compañero de vuestro hijo adoptivo.

-¿Y tú también serás capaz de acusarlo?

-Por defender a Eudón, como debía y en lo que debía, por sostener la verdad, he dado lugar a terribles sospechas, he comprometido mi honor. Vos, en cambio, hermana de mi madre, venís de lejos y asaltáis la *gau-illa* como un tigre, para acusar a mi marido.

-¡A tu marido!

-A mi marido, sí; a Teodosio, a quien amaba antes, a quien amo ahora, a quien debo amar siempre, porque es mi marido. Esa espada es suya, no lo niego; yo la recogí al pie del lecho en que yacían esos cadáveres: no tengo por qué ocultarlo. Se ha perpetrado el crimen con ese acero: así parece. Pero, ¿qué mano lo ha empuñado? ¿Quién lo ha hundido en el corazón de esas víctimas? Eso yo no lo he visto. ¿Qué interés podía mover a Teodosio? ¿Acaso el de suceder a sus padres en el trono, que nunca han ocupado, y para el cual iba a ser elegido? ¿Qué interés pueden tener los que le acusan? El de incapacitarlo para reinar. Suponed que el matador fuese el hijo de Miguel y Plácida; pues tenéis que seguir buscando a los verdaderos autores del infame atentado: el parricidio sería involuntario, y contra la voluntad del ejecutor. En la conciencia de todos está esa verdad. Si a un ciego le dan un puñal y le dicen: «hiere, tienes necesidad de herir para castigar a

un culpable», y el ciego hiere, y en vez de matar al reo, mata a su propio hijo, a su mismo padre, ¿quién es el matador: el ciego, o quien ha puesto al inocente debajo del puñal? Suponed que se me calumnia: que se prueba con apariencias de verdad que soy infiel, adúltera... Nuestras leyes autorizan al marido ofendido a castigar ese crimen, con tal de que el marido mate a los dos criminales, sin distinción, sin acepción de personas... Suponed que Teodosio sea el agresor: ¿quién es el matador? ¿Quién es el asesino? ¿Quién hiere ciego, con un derecho que la ley le concede, o quién ha puesto a sus padres debajo de su espada?

Amagoya quedó confundida. Confundida por la fuerza de la verdad, que hablaba muy alto en el fondo de su conciencia; confundida por el valor, por la energía, por la abnegación de aquella niña, que tomaba en boca palabras que queman y escaldan los labios de toda mujer, y las pronunciaba en defensa de un hombre que le había inferido la mayor de las ofensas imaginables. Y esta mujer amaba ciertamente a Teodosio, cuando con él se había casado; mas no se había mostrado nunca locamente apasionada: su cariño de doncella era un afecto racional, prudente, sensato: no dejaba sospechar esa multitud de rasgos heroicos, de grandes sacrificios, de inmenso amor, que vinieron después de la boda; digámoslo claro, con la gracia y virtud del santo matrimonio.

¡Oh! Si la pagana de Aitormendi no hubiese estado ciega, allí, allí mismo hubiera caído a los pies de su sobrina, y clamado con grandes y compungidas voces: «¡Constanza, Constanza! No eres tú quien habla así; es Dios, que te mueve el corazón y se expresa por tu boca. De rasgos semejantes sólo es capaz una mujer cristiana».

Pero Amagoya, después de la sorpresa y asombro, sintió la herida de su orgullo, y exclamó:

-¡Tú también, hija mía! ¡Tú también has aprendido a calumniar, con la compañía de los cristianos! ¡No! Niego que Asier sea judío; acabo de recorrer la tierra en que ha nacido, y lo conozco. Niego que se haya mezclado para nada en el crimen de Teodosio. Y mientras no presentéis testigos irrecusables, mientras él no lo confiese...

-¿No os lo ha confesado Asier?

-¡No!

-¿No os lo ha revelado vuestro amigo Pacomio?

-¡No, mil veces no!

-¿Ni siquiera Uchin, el escudero, al entregaros la espada de Teodosio?

-Tampoco. Uchin acusa al hijo de los muertos.

-¡Que salga ya, que salga quien tiene que salir!, exclamó Constanza, mirando hacia la puerta. Que venga aquí quien todo lo sabe, y quiere volver por mi honor y confundiros.

Y en la puerta del fúnebre aposento apareció Petronila, descollando sobre todos los circunstancias, que la abrieron paso.

-Amagoya, dijo, mirando a su eterna rival de arriba abajo: ¿es para ti fidedigno el testimonio del padre de Eudón?

-Su padre ha muerto: Asier no tiene padres.

-Asier es hijo de Pacomio, judío, cristiano renegado, sectario a quien se debe la pérdida de España, y Pacomio vendrá, Pacomio será arrastrado ante el tribunal; porque yo lo tengo preso dentro de su misma cueva. Vendrá Uchin, cuyo verdadero nombre es Joziz Aben Joseph, que va perseguido y será, Dios mediante, capturado. ¿Queréis más? Os traeremos a vuestro hijo adoptivo; comparecerá también el hijo del judío Abraham Aben Hezra; vendrá el duque de Cantabria, a quien tiene preso y acorralado García en Iruña.

-¿Dónde?

-En el alcázar, que es ya su postrer refugio. Nobles señores de Vasconia, aquí tenéis los mensajeros de García, que acaban de llegar de la ciudad, pidiéndoos que le mandéis todas las armas de Gastelúzar, para acabar de tomar el Dominio de la metrópoli... en nombre de Teodosio.

-Se acabó la *gau-illa*, dijo el presidente del duelo; todos iremos a llevar armas y pertrechos a García. Amagoya, quedaos esta noche en Val-de-Goñi, para que mañana beséis la mano a Teodosio, a quien los ricos-hombres de Vasconia proclamaremos rey.

-¡Rey un parricida!

-No creemos en ese crimen, Amagoya: Pacomio, el escudero que os ha entregado la espada, Eudón, cualquiera menos Teodosio, ha podido perpetrar el asesinato, repuso el presidente.

-Y Teodosio, añadió Pedro, hace más de treinta horas que salió para Iruña, y no se ha presentado allá. En su lugar se nos trae aquí su espada. ¿Dónde está su dueño? ¿Dónde está nuestro caudillo?

-Pacomio, Uchin y Asier responderán. Id vosotros a traerlos.

-Esperad, dijo Amagoya, que sintió miedo y turbación por vez primera. La *gau-illa* no ha concluido: falta mi canción.

Todos se detuvieron y se apiñaron en torno de la Adivina, comprendiendo por la palidez de su semblante y la alteración de su voz, menos firme que nunca, la lucha de su corazón, la herida de muerte que había recibido.

La más anciana de las hijas de Aitor, viendo a todos inmóviles y en silencio, prosiguió:

-La *gau-illa* no es una costumbre nacida en los valles y picos del Pirineo: es más antigua que Aitor. Nuestros padres la trajeron del Oriente. Algo la habéis alterado vosotros los cristianos; pero conserva siempre su primitivo carácter, su solemne gravedad.

Si el presidente hubiera tenido a mano una campanilla, y el siglo de las invasiones sarracénicas se pareciese al de las prácticas parlamentarias, indudablemente habría sacudido el címbalo, llamando a la oradora a la cuestión.

Harto conocía la viuda de Basurde que andaba por rodeos, pero no se atrevía a discurrir en línea recta. Su abatimiento y humillación eran grandes, y procuraba disfrazarlos con el ropaje de la antigüedad.

-Jamás -continuó diciendo-, en estas augustas y venerandas exequias, han disimulado nuestros mayores la verdad. Petronila: en nombre de aquellos cuyos usos estamos perpetuando, no mintáis, no me engañois por el vano deseo de vengaros de mi desdén: decidlo todo.

-En el nombre de Dios, que condena la mentira, contestó la mujer de Lope; delante de esos ancianos, que en cerca de cien años de vida no mintieron jamás, y en presencia de la muerte, con la cual no hay engaño, yo os prometo decir lo que siento.

-Pues bien, quiero saberlo todo. Si han de venir aquí Pacomio y Asier a confesar que he sido por ellos miserablemente engañada, decidlo vos... No dividáis la *gau-illa* entre judíos y vascos, poniendo a la decana de la familia de Aitor con los primeros.

-La verdad será amarga para vos, Amagoya.

-La falsedad, el artificio, son hiel para las hijas de Aitormendi.

-Amagoya, vuestro marido no era de pura raza éuscara.

-¡Petronila!, exclamó la viuda, saltando como la sierpe.

-¡Cierto, Amagoya, cierto! Yo os lo juro delante de estos cadáveres.

Y el decir esto alargó la diestra, y la puso sobre los helados pies de Miguel de Goñi.

-Vuestro marido, prosiguió la loca, entró en la secta de los estrelleros, y se hizo esclavo de Pacomio.

-Os he cogido en falsedad. Pacomio vino muchos años después de tierra de godos. No era entonces conocido en la escualerría.

-Con ese nombre, es cierto. Pero sí con el de Abraham Aben Hezra, cabeza de los conjurados que han llamado a los sarracenos para entregarles la España entera, y con ella a los hijos de Aitor.

-Pero Asier, mi hijo adoptivo...

-¡No es tal Asier, madre infeliz! El nombre de Asier es parto de vuestra exaltada fantasía, siempre en descarrío por odio a todo lo cristiano. Vuestro hijo se llama Aser, es hijo del rabino, es judío...

-Entonces no es, no puede ser mi hijo.

-Cierto: como no es, ni puede ser marido de Constanza, aun cuando hubiese contraído con ella esponsales con nombre y religión supuestos.

-¡Basta ya! ¡Basta, Petronila!

-No basta, no. Habéis de conocer el abismo a donde os han precipitado. Vuestro marido arrancó a Lorea, a vuestra hermana Paula, el secreto de Aitor, para entregar el tesoro a los sectarios que fraguaban ya la perdición de España: ese secreto ha pasado a vuestras manos, y de las vuestras a las de Aser.

-No lo niego.

-Y Aser se lo entregó a su padre.

-¡A Pacomio! ¡Nuestro tesoro en poder de ese malvado!, exclamaron multitud de voces.

-¡Respirad, amigos míos; sosegaos!, contestó Petronila con sonrisa de triunfo. Las señas de Basurde no eran exactas: las escribió de prisa o las entendió mal. Dios nos proteja. El tesoro estaba en Mendiguru, en el Cerro de la cruz, y cuando el rabino fue a robarlo se encontró sin él: yo lo había salvado; y yo, que vi al ladrón sepultarse en la gruta determinado al delito, eché encima la losa de la puerta, y allá lo tengo encerrado.

Un grito de satisfacción y gratitud resonó en la sala; pero fue breve.

-¿Podrá escaparse? ¿Podrá huir y esquivar el castigo que le espera?, preguntó el presidente, con un interés que expresaba el sentimiento unánime, el afán de todos sin exceptuar Amagoya.

-¡Oh! ¡Perded cuidado!, siguió diciendo Petronila: he puesto piedras sobre la losa.

-¡No basta, no basta!

-Tenéis razón; y como todo es poco para asegurar al criminal, unos cuantos montañeses y amigos de confianza guardan la boca de la caverna.

-¡Bien, Petronila, bien!, exclamó el presidente de los ancianos.

Y poseídos del más vivo entusiasmo, todos repitieron:

-¡Bien! Nos habéis salvado.

Hubo una excitación indescriptible, para calmar la cual, los ricos-hombres dispusieron que inmediatamente partiese gente del valle a Mendiguru, con orden de traer muerto o vivo al fingido ermitaño.

No era aquel conato de robo su mayor crimen: había salido de Pamplona en busca de Eudón, y lo encontró cerca de las Dos Hermanas, cuando más desalado corría éste a Valde-Goñi contra Teodosio y Constanza.

Pacomio le increpó duramente por haberle dado mal las señas del tesoro.

El despechado amante no estaba en aquellos momentos para escuchar reprensiones ni cargos, para detenerse, ni escatimar prendas ni palabras.

-Ayudadme en la venganza, le contestó, y si equivocación hay, se deshará, y todos los diamantes de Aitor, serán vuestros.

Pacomio entró de lleno en las miras de su hijo, de cuya desesperación esperaba sacar todo el partido posible para conducirlo hasta el casamiento con Eila y la entrega de la Vasconia a los sarracenos.

Él le sugirió la idea de disfrazarse de Basajun, y le proporcionó los medios de realizarlo en la cueva de Mendiguru.

Cuando el duque de Cantabria salió de la gruta dejando en ella a Teodosio, su rencor y saña quedaban satisfechos. Con rostro despavorido, en que se pintaban los remordimientos que amargan el siniestro placer de la venganza, miró alrededor de sí, y vio que su rival iba a morir indefectiblemente, abrasado por el fuego de la selva, y atormentado además por la ponzoña de los celos, de que le había henchido el corazón.

Pero a los pocos pasos que dio, huyendo de las llamas, y sin saber siquiera a dónde dirigirse, aturdido y con el pecho despedazado, se estremeció al sentir que le llamaban.

-¡Aser, Aser!

Era su padre, era el rabino Abraham, que venía a buscarlo, ¡imposible parece!, con proyectos de venganza aún más cruel.

-Ya he logrado mi objeto, le contestó Eudón; ahí queda mi rival: ahí pasará su primera y última noche de novio.

-Pues es necesario que salga de ahí inmediatamente.

-¿Quién?, exclamó el duque, no dando crédito a sus oídos.

-Teodosio. Los vicios, a ruegos de Constanza, no dormirán esta noche en Gastelúzar, sino en Jaureguía, en el mismo lecho que destinaban a los desposados, en el aposento que han ocupado toda la vida. ¿Comprendes el partido que podemos sacar de este súbito cambio de cosas, si conseguimos que el marido, atormentado por los celos, vuelva a su casa esta misma noche?

-Sí, lo comprendo, contestó Eudón con sombrío acento; pero esa idea me espanta; ese plan me horroriza. ¿Qué necesidad tenemos de sacrificar a esos pobres viejos, los que menos parte quizá han tomado en mis desventuras?

-No sirves para nada, repuso el astrólogo con satánico desdén. ¿Y eres tú el hombre que por su ingenio, por su audacia y sabiduría se ha encumbrado tanto?

-Por la audacia y la fortuna, sí; por crímenes tan odiosos como el que intentáis, no. ¡Hacer que esos infelices mueran a manos de su propio hijo!

-¿Pues qué adelantas, mal pecado; qué vas a lograr con que perezca el rey de los nazarenos, si no matas su monarquía? ¿Ha de faltar en estos valles, o por ventura en estos presidios góticos, un caballero cristiano que te dispute y arrebatte la corona? Es preciso que un crimen inaudito, un suceso tremendo, inesperado, los aturda y anonade; que sientan el golpe de fatalidad, que inutiliza y aterra a los ambiciosos. Ese crimen se verificará: ya está preparado. El emisario de Munio, Joziz Aben Joseph, se encarga de levantar esas piedras, y de conducir a Teodosio al tálamo nupcial espada en mano.

Eudón no hizo más resistencia; el odio a su rival lo cegó, y Pacomio, viéndolo vencido, trató de recoger todo el fruto de su victoria.

-Ahora, le dijo, no serás tan necio que vuelvas a recordar tus fútiles amores de mancebo.

-No podré olvidarlos nunca, exclamó el duque; pero desgraciadamente, tengo que humillar la cabeza y desistir. ¡Humillarme y desistir! No sabéis cuán duras son estas palabras para un hombre que ha podido ser altivo, porque hasta ahora ha sido afortunado. Público es ya quién soy, cuál es mi origen. En puridad, nada tengo que alegar contra el matrimonio de Constanza, y no me queda otro recurso...

-Que entrar de lleno en la conjuración de tus hermanos, y llamar a los musulmanes, que nos necesitan y tienen que entregarnos las armas y fortalezas que van conquistando: hacerlos dueños de la Vasconia y la Cantabria, para que te nombren amir...

-¡No es ése el cargo, ni el título con que yo había soñado!

-Pero es el único a que puedes aspirar entre los hijos de Ismael; y para los de Jacob, lo mismo significa amir que duque. Luego que te veas imperante en Pamplona, reconocido por los sarracenos y al frente de las aljamas, pensaremos en otros títulos, en mayores glorias. Mi ambición no cede en nada a la tuya, y no en vano he hecho creer a los nuestros que tú eres el Prometido.

-Sólo falta, repuso Eudón con abatimiento, que después de haber perdido en Goñi la mujer en quien idolatro, me deje arrebatarse en Pamplona el mal seguro ducado, que ya me está disputando García.

-A Pamplona, pues; que aquí no haces falta ninguna. Joziz y yo bastamos para lo de Jaureguía. Confiemos en nuestra buena estrella que por algo nos llaman estrelleros.

Marchó el duque, huyendo de aquellos tristes lugares; pero no pudiendo huir de sí mismo, ni arrancarse la espina que llevaba en sus entrañas.

Marchóse Eudón; pero los dos principales autores del crimen de Jaureguía, según lo que Petronila acababa de indicar, iban a llevar al fin su merecido.

Poco después de haber salido los montañeses para traer a Pacomio, volvieron con la noticia de que tanto éste como su cómplice Joziz, venían conducidos en parihuelas.

-¡Salgamos de aquí!, dijo el presidente: no profanemos la *gau-illa* de estos ángeles de Dios, con el aliento de tan inmundos reptiles.

Y salieron todos a la era.

Pero no venían los dos astrólogos judíos, sino sus cadáveres.

Joziz Aben Joseph, después de haberse escapado de Jaureguía, se ocultó en el próximo bosque de hayas con la espada de Teodosio, con el cuerpo del delito.

Cuando al amanecer se tuvo conocimiento de él, esparciéndose la fatal noticia con la celeridad del rayo, toda la gente del valle acudió a Goñi consternada. Salió entonces el judío del casi impenetrable hayedo, en busca de Pacomio, y después de haber traspuesto la sierra por caminos solitarios, hallóse en el barranco que forman las opuestas vertientes del Aralar y Andía, y a la margen del río Araquil, donde ya nada tenía que temer.

¿Qué hacía de la espada?

La robó con intención de presentársela al rabino para que éste sacase de ella todo el partido posible; pero andando, andando hacia las Dos Hermanas vio venir a la Adivina, que se dirigía a Goñi en ayuda de Eudón. Como vengarlo era el principal objeto del crimen, dejando inutilizado al rival en todo afortunado, Joziz no titubeó un instante en entregar el hierro del parricida a la madre adoptiva del duque de Cantabria.

La venganza era segura en manos de Amagoia.

Nada, sin embargo, la dijo acerca de la intervención que él y Pacomio tuvieron en tan horrendo crimen.

Hecho esto, se encaminó a Mendiguru, donde esperaba hallar a su jefe y maestro. Iba satisfecho y con la esperanza de que le hiciese partícipe del tesoro, en vista del éxito felicísimo de su abominable empresa, y más aún, en consideración a los terribles secretos de que era sabedor.

Al aproximarse a la cueva, vio a los montañeses apostados por orden de Petronila y trató de esquivar su encuentro, escurriéndose en silencio. Los guardianes del Cerro de la cruz lo columbraron, y no tardaron en darle alcance.

Mientras disponían el modo y manera de conducirlo a Goñi, determinaron encerrarlo en la gruta.

Al apartar la losa de la entrada, se les presentó Pacomio de rodillas, trémulo, cadavérico.

-¡Salvadme, dijo balbuciendo: soy inocente! Éste es el único autor del crimen.

El rabino tenía noticia de lo ocurrido, porque los montañeses sentados a la boca de la caverna, no habían tenido en todo el día otra conversación.

Joziz Aben Joseph le miró con indignación y desprecio, y sacando un puñal se lo clavó en el pecho. Los montañeses se apresuraron a cerrar la cueva para impedir que ninguno de los dos infames estrelleros se les escapara.

Oyeron gritos, gemidos, imprecaciones. Al cabo de algunos minutos, ya no oyeron nada.

Tornaron a separar la piedra que servía para cerrar la gruta, y entraron en ella con teas, y a los pocos pasos que dieron con las debidas precauciones, en el hoyo mismo que había abierto Petronila para sacar el tesoro, vieron a los dos malvados, muertos y encenagados en su propia sangre.

Así terminaron los más odiosos personajes de nuestra historia, no tan repugnantes y detestables, sin embargo, como otros varios que figuran en aquella época, aunque sólo de pasada los hayamos mentado. Nombre más infame dejan, por ejemplo, Juliano, conde de Ceuta, Opas, obispo de Sevilla, cuya maldad es todavía inexplicable, por lo monstruosa y ciega. La de los mismos hijos de Witiza, que aguardaron a pasarse al enemigo en los momentos críticos de la batalla llamada del Guadalete, con la esperanza de ser elevados al trono por los sarracenos vencedores, nos parece hoy mismo tan estúpida como abominable. Y aun los que a trueque de conservar una parte de sus riquezas, hicieron pactos con los enemigos de Dios y de la patria, y doblaron la cerviz a la coyunda, sin valor ni resistencia, son quizás más dignos de execración y menosprecio que los judíos españoles y africanos de aquel siglo, que ofrece al historiador lo más selecto de los caracteres épicos, con lo infando de los traidores melodramáticos.

Con la muerte de los dos judíos, el parricidio de Teodosio quedó envuelto en las sombras del misterio. Nadie dio crédito a las acusaciones de Amagoya: nadie pensaba en el hijo de las víctimas, como no fuese para compadecerlo y darle ayuda en la venganza.

La pagana misma, escarmentada con tantos desengaños, llegó a dudar de la palabra de Joziz.

Cuando los montañeses, que traían su cadáver, le dijeron que Pacomio había llamado autor del crimen al oficioso escudero de Teodosio de Goñi, no dudó ya. La rectitud y altivez de su carácter la obligaron a confesar que también en esto había sido engañada por los hebreos.

Pero la presentación del acero que parecía el cuerpo del delito, infundía nuevos temores.

La espada era de Teodosio; pero ¿de quién la sangre en que estaba teñida? ¿De Teodosio mismo, por ventura?

La sospecha era fundada; gravísimo el temor, porque el caudillo de los montañeses aún no se había presentado en Pamplona, ni en ninguna parte parecía.

¿Qué había sido de Teodosio después que salió de Val-de-Goñi? ¿Por qué no acudía ni a socorrer a García Jiménez, ni a las exequias de sus propios padres?

CAPITULO IX

De la entrevista que tuvo García Jiménez con Ranimiro en la puerta del poniente

Tiempo es ya de volver los ojos a cuadros más apacibles.

García, a quien dejamos a salvo, gracias a Petronila, y dueño de la puerta occidental de Pamplona, por donde iban entrando los refuerzos que poco a poco llegaban de los valles, quiso aprovecharse del desaliento y consternación de los godos, de la autoridad que sobre ellos le daba el decreto de Teodomiro, y sobre todo, de la impericia de Munio y la ausencia del duque de Cantabria. No tenía tiempo que perder.

Jamás se presentaría a los vascos ocasión semejante, y no era aquel mancebo, a pesar de sus pocos años, para desconocerla ni desperdiciarla. Temeridad, demencia parecía querer con algunos centenares de hombres, que aún no llegaban a mil, tomar una ciudad mucho más populosa entonces que ahora, dividida en barrios con sus respectivas murallas, y dominados todos por la ciudadela, dentro de la cual se alzaban el alcázar y la torre central del Dominio; pero precisamente esos golpes de mano, esas locuras del valor y la audacia, caracterizaban a la raza ibérica, de cuyo genio parecía poseído el hijo único de Jimeno.

Lo primero que se necesita para el éxito de semejantes aventuras es valor personal, desprecio de la vida, resolución de sacrificarla, sin vacilar, por el bien general, y de esta cualidad le hemos visto dar tan insignes pruebas, que no podemos temer que en ocasión tan crítica le faltara.

Pero en ella se requería además que toda aquella gente le fuese fiel hasta el último trance, y permaneciese completamente unida. Si los pocos hombres con quien contaba se dividían en contrarias opiniones; si algunos de ellos siquiera, llegaban a sospechar que García los llevaba a morir, sólo por eclipsar con sus hazañas la fama de Teodosio, por interesables miras ambiciosas, por disputarle y arrebatarle la corona en vísperas de ceñirla, el golpe que intentaba era perdido. Pelearían con flojedad, introducirían en el pequeño ejército sitiador la discordia y desconfianza, y nadie respondería con denuedo y vigor al llamamiento de la religión y la patria. El señor de las Amezcuas veía más claro en este negocio que todos sus amigos: la perspicacia del genio y la grandeza del corazón, le daban la prudencia de la madurez.

Hacíale falta el nombre de Teodosio, y dar a todos ejemplo de verdadero desinterés, de abnegación completa, y como ésta en él era sincera, fácilmente la impuso a los demás.

El primer estorbo que tenía que vencer era Petronila. Aquella mujer, de carácter enérgico y de propósitos firmes y tenaces, sentía por Teodosio incorregible antipatía, la cual no reconocía quizás otro origen que el singular cariño que la loca profesaba a Amaya, cuyos intereses estaban en oposición con los de Goñi.

Los últimos sucesos de la puerta occidental, aquella lucha a brazo partido entre él y Petronila, empeñada en que las tropas le proclamaran rey, era insostenible, desmoralizadora y comprometida para la temeraria empresa que el defensor de la cruz, el camarada de Pelayo y Teodomiro, traía entre manos.

No había remedio: Petronila le estorbaba, y por doloroso que fuera, tenía que desprenderse de tan poderoso auxiliar, tenía que despedirla. Y lanzarla de Pamplona, era desterrar a su marido, a quien tanto debía en ocasión tamaña, que otra igual no habían conocido los siglos.

García, sin embargo, estaba decidido a todo. Cuando iba a cumplir con un deber, nunca le detenían miramientos ni respetos humanos.

Dichosamente dispuso Dios las cosas de manera, que Petronila tuviese que dejar la ciudad, sin que el caudillo vascón se lo mandara.

Había vuelto a casa de Ranimiro, donde se sabía ya que Eudón y Amagoia conocían el secreto de Aitor.

El hecho era público, desde que el duque de Cantabria lo alegó tres días antes en el valle de Millán, para arrastrar a la muchedumbre allí congregada.

La amiga, la albacea de Paula, la patrona, por decirlo así, del tesoro, estaba tranquila, sin embargo.

-Hay más de lo que habéis oído, dijo a sus amigos. Los pasos que dio Pacomio la noche del domingo, me infundieron algún recelo; de su inquietud y talante infiero ya que Eudón le ha revelado cuanto Amagoia sabe acerca del secreto. Pero no temáis: el legado del patriarca éuscaro está bajo la protección especial de Dios.

Petronila tenía acerca del particular la fe ciega, la confianza casi supersticiosa de todos los vascongados. Créase generalmente imposible que las promesas de Aitor saliesen fallidas.

-El dote de la futura reina de Vasconia, añadió la mujer de Lope, no faltará el día y hora señalados.

-Pero esas esperanzas y esa fe, que yo admiro, descansan en motivos puramente humanos, contestaba el decalvado; y lejos de excluir, reclaman y exigen todo linaje de precauciones racionales y prudentes.

-Aunque loca, dijo sonriendo Petronila, en la razón me fundo para no abrigar temores por ahora. Cuando el judío Rab Abraham Aben Hezra se muestra tan desabrido y mal humorado; cuando sale a los caminos en busca de Eudón, después de haber registrado grutas, y sudado cavando la tierra, ese decantado descubrimiento es ilusión o jactancia de Amagoia...

-Mera equivocación quizás de algún nombre o circunstancia.

-No importa. Siempre resultará que el tesoro está bajo el amparo de la divina Providencia.

-Cuyos altos juicios no debemos escrutar. Petronila, si la conservación de ese caudal consiste en un yerro, en una inadvertencia, no parará Pacomio, puesto ya en la pista...

-La gigante vascongada se quedó pensativa.

-La incredulidad es contagiosa, dijo murmurando.

-No soy incrédulo: quiero ser prudente y precavido. ¿Qué se diría de nosotros, si poseyendo Amagoia el secreto, nos dejásemos arrebatar el depósito que su madre la confió?

Y ahora que os hablo de Paula, recordad que de iguales temores fue asaltada, que no se detuvo en descubrir el tesoro...

-Basta, Ranimiro: seguiré su ejemplo. Vos, como godo, no podéis volver por ahora a la montaña, ni siquiera acercaros a ese caudal...

-Ni yo, ni mi hija.

-¡Iré yo! Veré lo que sólo Paula ha visto, después de Aitor: removeré las losas o tierra que ella ha tocado, renovaré la memoria de mi amiga, y con lágrimas de duelo, regaré el polvo que ella regó sin duda con su llanto de gratitud por el milagro que atestiguaba la honradez y probidad de nuestra raza.

Se abrazaron al despedirse, y Petronila volvió a la puerta de los vascos para dejar la ciudad y despedirse también de García.

-Tú te alegras de que te deje, le dijo a éste sonriendo.

-No os lo niego, Petronila: sois la piedra del escándalo y cabeza de motín. Vuestro cariño me estorba, vuestro entusiasmo dará al traste con mi reputación. Si habéis de seguir amándome tan ciega, marchaos de aquí.

-Me marchó, sí; mas no te alegres demasiado. Yo me voy; pero en castigo, te dejo a Amaya.

Todo lo había dicho con esta palabra, que le llegó a García al corazón. La hija del godo le amaba más, y no quería sublimarlo menos que Petronila. Era el escollo en que se estrellaba su valor, y naufragaban las resoluciones de su conciencia. No había mayor peligro para su empresa. Sentíase con bríos para luchar con Petronila; contra Amaya, no.

Conociendo su propia debilidad, no quiso combatir de frente, y mandó llamar a Ranimiro. Encerróse con él en una de las torres, y le dijo:

-He resuelto intimar a Munio, en nombre del rey Teodomiro, que me entregue la ciudad; y os ruego que aceptéis el encargo de llevarle mis órdenes.

-Paso inútil, le contestó el decalvado; Munio no os obedecerá.

-Lo sé: presumo que sin negarse abiertamente, procurará ganar tiempo, diciendo que está esperando a Eudón; pero yo, antes de que ese duque llegue, quiero tomar el Dominio por asalto.

-¿Cuántos hombres tenéis?

-Cerca de mil.

-Habrá que dejar escalonados para asegurar la retirada y comunicaros con los vuestros, más de la mitad. Con quinientos hombres, mal provistos de armas, no podéis intentar el asalto de la fortaleza.

-Espero nuevos socorros. Vendrá Teodosio.

-Se renovará la guerra.

-Por un día.

-¡La guerra, que ya puedo llamar civil! ¡Correrá nuevamente la sangre entre cristianos, a vista de los judíos y musulmanes, que se gozarán en nuestras discordias, y se aprovecharán de ellas!

-Ranimiro, la discordia existe, y sólo con sangre se puede ahogar. A mí no me asusta la sangre cuando es necesaria. Hoy lo es como nunca. Por no derramar a tiempo la de los hijos, deudos y partidarios de Witiza, Rodrigo ha muerto, y lo que es peor, ha matado a España. Si, por no verter más sangre en Vasconia, dejamos que Eudón nos lance de esta torre y recobre a Pamplona, la ciudad y todos los presidios de los godos muy en breve serán entregados a los árabes.

-Pero sin lucha, sin desenvainar el acero, puedo quizá conseguir que los godos se os sometan: los nobles obedecerán las órdenes que traéis de Teodomiro; Eudón y Munio se quedarán solos.

-Paso inútil, contesto yo a mi vez, repuso García, levantándose del tosco banco en que estaba sentado: paso inútil, pero al cual no me opongo, dadlo, intentadlo. Perderemos el tiempo, y como sabéis perfectamente, perder hoy el tiempo es comprometer la victoria. Puedo, sin embargo, equivocarme.

-Y de seguro os equivocaríais, repuso con denuedo el penitente, si me autorizaseis a prometer a los godos que se han de cumplir estrictamente las órdenes de Teodomiro; que no han de someterse a Teodosio; ni reconocer otro rey que vos.

García entonces, sin ser dueño de sí, cogió la mano del decalvado, se la llevó al corazón, y le dijo con voz casi ahogada por los sollozos:

-No sabéis, Ranimiro, no podéis figuraros el daño que me hacéis con esas palabras. No me impongáis, por Dios, condiciones que no me es dable cumplir. No podéis exigírmelas de veras. Permitid que dude de vuestra sinceridad, por seguir creyendo en vuestra grandeza. Os amo con toda mi alma, amo a vuestra hija aún más que vos, y si otras fuesen las condiciones de mi vida, de rodillas os pediría la mano de Amaya, como la aspiración más alta de mi corazón, como recompensa inmerecida de un amor que no reconoce igual. Pero, amigo mío, la causa de la cristiandad pide a los unos la sangre de sus venas, y pide a los otros la sangre de su alma. A mí me exige las dos: el combate y el sacrificio, la vida y la renuncia de mi amor.

-¿Por qué?, le preguntó Ranimiro, casi tan conmovido como el mancebo.

-¿Por qué, decís? Porque no se logrará la unión debida si no cortamos con la cuchilla las ambiciones de Eudón, que nos estorban, y con la abnegación mis locas aspiraciones, que no nos estorban menos. Porque es preciso que, vencido Eudón, se quede solo uno de nosotros: o Teodosio, o yo.

-¿Y por qué no se ha de retirar Teodosio? Si los godos lo exigen, si el obispo se lo manda...

-Iba a deciros, porque no quiere; pero os contestaré con más exactitud y caridad, porque no puede ya. Tiene a su favor el voto unánime de los doce ricos-hombres que han de hacer la elección, y está casado con la hija de Aitor. Su alzamiento sobre el escudo es forzoso, necesario, fatal, si queréis. Si él se viera en el caso de renunciar y desistir de sus pretensiones, creedlo, Ranimiro, cien pretendientes surgirían en nuestros valles, y de estos ciento, el más desvalido, el último de todos sería yo.

-No lo comprendo.

-Sí, yo sería el más desvalido, porque soy el más joven, y los años entran por mucho en las condiciones que para reinar reclama un país gobernado siempre por los más ancianos.

-Pero vos, García, tenéis ya la investidura de rey: mandáis por Teodomiro en toda la Vasconia gótica...

-Y el otro manda más cierta y positivamente en toda la Vasconia vascongada. ¿Oís?

En aquel momento se sentía entre torre y torre, bajo el mismo dintel de la puerta conquistada, gran algazara y tumulto.

Dominaba en aquel vocerío el nombre de Teodosio.

-¿Lo oís?, tornó a decir García; nuestro rey acaba de entrar en la capital de su reino.

-¡Poco menos!, exclamó Lope de Echeverría, que al abrir la puerta de la torre había escuchado estas últimas palabras. Yo no me equivoco nunca; pero esta vez anduve errado, herrado con seis clavos en cada herradura. No viene Teodosio; pero llegará presto: vendrá después del festín de boda. Entre tanto, ha mandado por delante la gente de sus cinco pueblos, la cual se une a la nuestra para aclamar a Teodosio, marido ya de la hija de Aitor. Y yo... ¿qué queréis? Ahora que no nos oye mi mujer, también he gritado como los demás: ¡viva el rey! No hay remedio: cuando todos rabian, hay que rabiar; cuando todos beben, hay que... Eso no, y sobre todo delante de ti, García: hay que beber... agua pura, hasta criar ranas.

-¿Cuántos son los de Val-de-Goñi?, preguntó el mancebo.

-¡Unos quinientos hombres!

-¡Quinientos sobre mil! Está bien, Echeverría, contestó el caudillo. Con los godos o sin ellos, tomaremos la plaza; y ahora que no está aquí tu mujer, ni yo he de verlo, porque me quedo un rato más con este amigo, puedes beber y gritar lo que gustes, que yo, para el asalto del Dominio, necesito gente que no críe ranas en el estómago.

Con semejantes órdenes del caudillo, desapareció el buen Lope como un rayo.

Entonces dijo Ranimiro:

-Y amando tú, como amas, a mi hija, ¿vas a despojarla de sus derechos?

-¡Eso no! Yo no la privo de ninguno.

-¿Vas a pelear para que su madre quede eternamente deshonrada?

-¡Eso tampoco! ¡Eso jamás!

-Pues yo, que no dudo de tu sinceridad, ni de tu grandeza de alma, dudo en esta ocasión de tu buen juicio, de tu consecuencia, le dijo con viril acento Ranimiro. O Constanza, o mi hija. Si ésta, suyo es Aitormendi, suyo aquel valle, aquel palacio, suyo el tesoro, suyos son cuantos derechos, prerrogativas, importancia y valor estáis dando los vascos al vaticinio de Aitor. Si Constanza, todo es de ella; de Amaya, nada. Y de Amaya no, siendo como es la primogénita, porque su madre lo perdió todo al casarse conmigo: su honor y su herencia. ¿Estás viendo por qué, al pelear por Constanza y Teodosio, vas a pelear por la deshonra de mi hija y de su madre?

-Pero Amaya puede renunciar sus derechos en favor de su prima Constanza, y ésta reconocerlos y aceptarlos en virtud de la renuncia: con lo cual, al honor de la madre, se junta la gloria de la hija...

-No lo conseguirás.

-¿Por qué?

-Porque Amaya te ama, y sólo ve en ti la salvación de Vasconia.

-¡Me ama! ¡Y su padre me lo dice!

-¡Su padre, que con el alma y el corazón te llamaría su hijo, si Amaya te escogiera por esposo!

-Pues bien, amigo mío, padre mío, exclamó loco de amor, embriagado de felicidad el caballero: yo no puedo más, no resisto más. Esta prueba es superior a mis fuerzas. Ranimiro, haced de mí lo que queráis. Sois prudente, discreto, caballero... Amaya, princesa, dama, rica-hembra... Me entrego a vuestras manos. Ni ella ni vos habéis de proponerme nada que sea indigno de vosotros y de mí. Vamos a ser unos: mi honor es el vuestro. ¡Ahí lo tenéis!...

Y así diciendo, García abrazaba al monje, y le besaba en su frente decalvada.

Ranimiro le correspondía con sus brazos, mas no con su palabra.

-Id, proseguía el mancebo en la efusión de un alma enamorada; id a los nobles: decidles que soy yo el duque y vos el conde de Pamplona. Tomad desde ahora el mando de la ciudad.

-¡Yo!

-Vos. Entonces sí que podremos contar con la adhesión de los magnates, gardingos y tiufados. Nadie nos faltará: se darán todos por satisfechos y honrados con veros al frente de la guarnición; la misma tiufadía de Munio se desbandará por seguir al nieto de Chindasvinto, al guerrero más temido y peligroso que hemos tenido los vascos.

-¡Pero eso... eso es imposible, García! Mira estos hábitos, esta tonsura, este cingulo, estas sandalias.

-¿Qué importa? Aún no habéis pronunciado los votos, ni ratificado los que un malvado y cobarde hizo en vuestro nombre. Sois libre.

-No lo soy. La fuerza de la costumbre, las preocupaciones de nuestra raza, me atan y me obligan.

-Pero sois superior a semejantes preocupaciones, y en estos momentos, en que el imperio gótico se derrumba...

-¡En estos momentos, exclamó Ranimiro con voz entera, y terrible y sublime acento, en estos momentos, en que mi raza sucumbe, en que los visigodos desaparecen de la faz de la tierra, yo quiero morir con ellos, y morir abrazado a sus mismas nobles y santas preocupaciones! Soy godo, siempre he sido godo, y como godo he de morir. No renegaré de mi casta, no censuraré sus defectos, ni aun con achaque de reformarlos; porque ha llegado el día de la desgracia, y ha pasado el de la reforma.

-¿Qué decís? ¿No veis que con esas palabras estáis condenando mi conducta?

-Yo la hubiera condenado ya, si creyese tus propósitos hijos de firme y arraigada voluntad, y no de veleidad y flaqueza pasajeras. Volverás en ti pasados estos instantes de pasión, de ofuscación, de debilidad, y verás que tu raza adolece también de preocupaciones y faltas, que son quizá la exageración de sus más generosas cualidades.

-Pero mi raza triunfa, mi raza va a llegar a su completa restauración, y puede perder sus defectos, y los perderá. Yo haré que los pierda.

-Y esa decisión es otra prueba más de que tú debes ser el rey; porque rey no es quien se deja arrastrar, es quien rige. Por eso Amaya y yo, Marciano y Petronila, todos los que te amamos y amamos a Vasconia, te queremos rey de los Pirineos. Y rey te querrá Dios. Sigue tu camino. Amaya, sí... Amaya te ama, como ella sola es capaz de amar: y yo, yo lo mismo, bien lo ves. Pero entrambos te queremos tal como eres, tal como has sido siempre, generoso, noble, desprendido, sin ambición, sacrificándote por Teodosio, que no te ama; exponiéndote a morir por él, y despreciando por él, no sólo un trono en Vasconia, sino el trono en el corazón de Amaya. Así te queremos, y si fueses de otra manera pasarías a ser un hombre vulgar, y habrías desmerecido para mí y para mi hija.

Entonces García, arrojándose a sus brazos y estrechándolo contra su pecho, exclamó:

-¡Bendito seáis, padre mío, que me habéis dado la mano en mi debilidad! ¡Bendito seáis, vos que habéis querido ser el único testigo de mi cobardía y miseria! Calladla, guardad silencio acerca de ella: que no lo sepan mis gentes, ni mis soldados; porque son de vuestro mismo temple, y no seguirían a un cobarde cuando tengo que llevarlos a morir.

-No serías hombre, si no hubieras sido débil, hijo mío. Aquí donde me ves, viejo ya y con hábitos de penitente público, también yo vacilo y tiemblo... no por mí, sino por Amaya. Ella será más fuerte que yo: ella me sostendrá en la resolución que acabo de tomar, y que la tuya reclama.

-¿Qué resolución?, preguntó García aterrado, temeroso de alguno de los rasgos de Ranimiro, que le dejaban helado.

-García, tú lo has dicho antes de ahora: cumpla cada cual con su deber, y suceda lo que quiera. El deber rige al hombre, la Providencia no desampara nunca a quien cumple con su deber.

-Yo reconozco el mío, contestó García cada vez más alarmado; pero, ¿cuál es el vuestro?

-Mañana mismo voy a los pies de Marciano a ratificar mis votos.

-Norabuena, si os sentís con esa vocación: norabuena, si ésa que juzgáis obligación, no es un acto de debilidad que os hace sucumbir a la costumbre de vuestro reino, que ya no existe; pero, ¿después?

-El reino de los godos existe o puede volver a ser, García. No me arranques esa ilusión, de la que tú estás siendo vivo testimonio. ¿Quién sino un godo te ha cedido libre y espontáneamente la Vasconia gótica? ¿Por quién has recobrado en un día nuestras conquistas de trescientos años?

-Sí, por Teodomiro.

-Teodomiro es el caudillo de los godos, es todavía rey de España; Teodomiro el sucesor inmediato y legítimo de Rodrigo. Donde esté ese rey, está el reino de los godos de Occidente; y donde ese reino, debo estar yo para ser el último de los godos.

-¿Y queréis ausentáros, queréis dejarme aquí solo?

-Ése es mi deber, García.

-¿Y querréis tal vez que vuestra hija os acompañe?

-Ése es el deber de Amaya.

-¿Y qué vais a hacer en un reino, con trazas de instable campamento, vos que ya no podéis embrazar el escudo, ni empuñar la francisca?...

-Vivir entre los míos, o morir con ellos. Si a vivir me destina Dios, mi vida será quizá más fecunda con el sayal, que con la loriga. Si no puedo pelear como Josué, me quedaré en el monte, a semejanza de Moisés, con las manos alzadas durante la batalla. En guerras de religión, tanta falta hacen monjes como soldados.

-Pero Amaya...

-Amaya no puede quedar aquí: la hija tiene que seguir a su padre. No hay remedio, García. O tomas, o no tomas a Pamplona. Si no la tomas, queda en poder de Eudón, o lo que es igual, de los árabes musulmanes, a merced de Tárik y Muza. ¿Ha de vivir mi hija entre sarracenos?

-No. Pero si conquisto la ciudad...

-La conquistas para Teodosio, que será aclamado rey; para Constanza, que será la reina. Y siendo como es Amaya la primogénita, verdadera hija de Aitor, legítima reina, y como tal, única depositaria y responsable del tesoro de sus padres, ¿ha de vivir bajo el mando de Teodosio, rival perpetua de Constanza?

-Tampoco. Pero hay un medio de...

Y el pobre García no se atrevió a proseguir.

-Lo comprendo: tu timidez y turbación lo explican, dijo Ranimiro. Tú pretendes que Amaya se quede en Abárzuza o las Amezcuas con su marido, con tu madre, y que para eso renuncie todos sus derechos en Constanza de Butrón. Pero hasta ahí no alcanza mi autoridad, llega sólo mi consejo.

-¿Y cuál es vuestro consejo?...

-Podiera ser favorable al matrimonio y contrario a la renuncia, si no me hiciese cargo de que no he de exigir que dejes de ser vasco, cuando yo quiero permanecer godo hasta la muerte.

-Explicaos... no lo entiendo bien.

-Podiera proponerte que, después de dar a Teodosio el reino de Vasconia, volvieses a pelear por el de los godos con Teodomiro...

-¡Eso no!

-Y por lo mismo que eso no puede, ni debe ser, aconsejaré a mi hija... ¿Qué la aconsejarías tú? ¿Qué la dirías tú en mi caso?

García no le contestó; pero su anhélito y congoja, el extravío de sus miradas, el subir y bajar de su pecho, indicaban harto significativamente la respuesta.

-¡Sí, padre mío! ¡Padre de un día, de una hora, de un instante: nunca os volveré a dar tan dulce nombre! ¡Idos; pero si os vais, nunca os volveré a ver, ni a vos, ni a mi Amaya!... ¡Oh! ¡perdonad que también la haya llamado mía! ¡Lo ha sido un día, una hora, un breve instante!

-¡Valor, amigo mío, valor!

-Cumplamos nuestro deber. Si éste exige que yo pierda hasta la esperanza de que Amaya vuelva a ser mía...

De nuevo se detuvo García. Ranimiro se arrojó a sus brazos, diciéndole:

-Te queda la seguridad de que nunca será de otro, y la gloria de que no hay ningún hombre en el mundo que más la haya merecido.

Así terminó aquella entrevista.

El decalvado, sólo en bien de la paz y porque nada quedase por intentar, aceptó el encargo de dar a conocer a Munio las órdenes de García respecto a la entrega de la ciudad. El vicario de Eudón, como se esperaba, queriendo dar tiempo a la llegada del duque, pidió para reflexionar hasta la hora de prima, o sea, hasta la salida del sol.

El caudillo vasco no accedió a semejantes pretensiones, cuyo peligro y trascendencia él más que nadie conocía.

Además del valor que el tiempo tenía en aquella ocasión, habíase apoderado de García una especie de ardor, que no nos atrevemos a llamar de desesperación; pero que se le parecía mucho. Su actividad, su energía y su resolución, se acrecentaron hasta lo increíble. Diríase que nada temía tanto como detenerse: dejaba sospechar que la reflexión era su único peligro.

Todo lo mandaba, y todo se lo encontraba hecho. Sólo se reservaba para sí los pasos de mayor compromiso. Con semejante conducta nadie le replicaba, ni menos le desobedecía. Hasta el mismo Lope depuso aquel talante de maestro y hombre de experiencia, que algunas veces le sentaba bien, pero que las más era insoportable.

Así logró García aquella misma noche apoderarse de la aljama, que estaba amurallada y dividida de la navarrería; así tomó todo el burgo, hasta llegar al Dominio, donde se había encerrado Munio.

La situación de García era, sin embargo, falsa y por demás aventurada, porque carecía de hombres suficientes para retener lo conquistado. Los nobles godos, aterrados con la pérdida de España y desmoralizados con el tumulto y desórdenes del día anterior, no habían opuesto resistencia a García. Algunos de ellos se daban por satisfechos de ser conquistados; pero no se resolvían a seguirle, mientras no lo vieran apoderado del alcázar y del Dominio.

Ésta era, por decirlo así, la piedra angular del edificio, el punto decisivo del combate; pero cuando García iba a dar principio al asalto, recibió el aviso que menos esperaba, la orden a que menos podía faltar.

Amaya le suplicaba que, suspendiendo todo ataque contra el Dominio, fuese inmediatamente a su casa.

¡Terrible apuro! ¡Tremendo compromiso! Pero la dama fue obedecida con todo el apresuramiento que el caso requería.

Excusado es decir si el corazón del mancebo iría o no tranquilo y sosegado al obedecerla.

Presentóse turbado, profundamente conmovido a la princesa. Ranimiro estaba con ella.

-García, le dijo ésta con afectada serenidad, que los músculos todos de su bellissimo rostro desmentían: os he llamado para enteraros de lo que pasa dentro del Dominio, antes de que os decidáis a tomarlo.

-Sé, la contestó el mancebo, que Munio a duras penas puede hacerse obedecer de su misma tiufadía, sé que la disciplina está ya relajada, y que ha llegado el momento del asalto.

-Os equivocáis, García; y como la equivocación pudiera seros fatal y desastrosa, no he vacilado en llamaros. Eudón está ya dentro del Dominio, y resuelto a defenderlo hasta el último trance.

-¿Será cierto? ¿Quién os lo ha dicho? ¿Por dónde lo sabéis?

La dama contestó con voz apagada por la más profunda emoción:

-Mi padre y yo vamos a emprender un largo viaje... He tenido que entenderme para los preparativos de marcha con gentes de la aljama, las cuales están muy enteradas de todo cuanto sucede en lo interior de la fortaleza.

-Lo comprendo todo.

-Eudón tiene dinero en abundancia, y prometiendo montes de oro, ha dispuesto que vengan en su socorro las guarniciones de los presidios góticos más próximos.

-Es preciso tomar el Dominio antes que lleguen.

-¿Y podéis tomarlo con la gente de que disponéis?

-Sin un milagro de Dios, no. Pero, no importa: nuestro deber es atacar, y atacaremos; nuestro deber morir, y moriremos todos. Podéis estar seguro de que no quedará vivo ningún vasco que pueda empuñar un arma.

-Os llamaba principalmente, dijo entonces Amaya, para oír esa respuesta, para que mi padre la oyese de vuestros labios. Padre mío, en vuestras manos está la salvación de Vasconia. Decidme, García: si contaseis con los tiufados y godos de Pamplona, que ya no están a las órdenes de Munio, ni de Eudón, ¿os comprometeríais a tomar el Dominio?

-Lo intentaría, contestó modestamente el joven; y cualquier otro, en mi caso, ganaría la fortaleza.

-¿Pronto?

-Lo que tardasen en ponerse los godos bajo mi mando. Una, dos horas después.

-Pues bien, en vuestras manos, padre mío, tenéis la decisión de los godos. Suspended algunos días la ratificación de los votos; poneos al frente de los vuestros...

-¡Con ésta, con esta armadura de caballero!, exclamó Ranimiro, tentándose, como en otra ocasión, sus hábitos de penitente.

-Con esa armadura, no sólo salvaréis a Vasconia, sino que evitaréis a los godos, a vuestros hermanos de lengua y de raza, el mayor oprobio, la mayor de las ignominias: la de ser mandados por un judío, por el hijo del traidor y renegado Pacomio, que es uno de los primeros que entregan la cristiandad de España a los infieles.

-¡Eudón!, exclamó Ranimiro, irguiéndose con el vigor de sus mejores tiempos.

-Eudón, cuyo nombre es Aser Ben Abraham, hijo del rabino, del jefe de los astrólogos. Todo lo sé, padre mío; todo me lo ha revelado Petronila, que lo sabe todo.

-¡Al asalto, García, al asalto!, tornó a exclamar el antiguo tiufado. Preparadlo todo, prevenidlo todo, y contad dentro de una hora con los godos de Pamplona. ¡Yo te los llevaré, yo saldré predicando por esas calles la guerra santa contra judíos y traidores, yo blandiré la francisca! Todo, todo me es permitido; todo se me impone ya como suprema obligación.

García no quiso oír más; no podía perder ni un solo momento, y salió del palacio de Ranimiro dirigiendo a su Amaya una mirada de triunfo, de amor; pero de amor sin esperanza.

CAPITULO X

Del terrible y descomunal encuentro de Eudón y García Jiménez

Cuando Eudón se acercó a Pamplona, ciudad escogida por él para capital del gran ducado de Cantabria, todo estaba en poder de García: todo, menos el Dominio.

Pero las noticias de Amaya eran ciertas: el duque había entrado en la ciudadela, para cercar la cual con el rigor debido, le faltaba mucha gente al sitiador. Así que Eudón se puso al frente de los sitiados, cambió por completo la faz de las cosas.

En el camino del Cerro de la cruz a la metrópoli, atravesó la zona de los godos: desde ella mandó emisarios a las plazas militares próximas, y aun a los pueblos más granados de la cuenca iruniense y ribera del Arga, pidiendo auxilio contra los vascos, y prometiendo recompensar liberalmente el celo y fidelidad de sus súbditos, y sobre todo, a quien primero se presentase en la ciudad con fuerza armada.

Como era tan grande su fama de rico y generoso, y tan notoria la codicia de los magnates, no dudaba de que éstos acudirían al cebo de las libras de oro prometidas. Sostenerse nada más que un día; conservar el Dominio hasta la llegada de los tiufados y gentes de los lugares inmediatos, era cuanto había menester para arrojar luego de Pamplona a los montañeses, poco expertos en la lucha de las calles, e incapaces de resistir al combinado ataque de dentro y fuera de la ciudad.

Contaba también con otros recursos. Los moradores de la aljama, si abiertamente y desde luego no se alzaban en su favor, que a tanto no se atrevían, le facilitaban dinero, y se comprometían, en llegando la ocasión, a repetir las asonadas y tumultos de la víspera: los nobles godos, apolillados de deudas, si por vergüenza no se ponían al pronto de su parte, cuando le viesan derramar el oro a puñados, acabarían por doblar la cerviz y encorvarse, para recoger del suelo las monedas.

Su principal confianza se fundaba, sin embargo, en la perturbación, espanto y abatimiento que había de producir en los montañeses la muerte de los patriarcas de Val-de-Goñi, el parricidio de Teodosio.

De este rival se había deshecho ya: quedábale sólo García.

Al salir de casa de Ranimiro, volvió con presteza el caudillo de los vascos al centro de la ciudad, apretando en lo posible el cerco del Dominio, y apercibiéndose al asalto. Sólo esperaba ya que le llegase gente de refresco, suya o de los godos.

Deseaba con preferencia el socorro de éstos; anhelaba por él, como un paso más hacia la indispensable unión de las dos razas cristianas, para lograr la cual había dado el primero.

Tan poseído estaba de este pensamiento, tanta importancia le daba, que no sentía hasta cierto punto, la extraña, la ya inexplicable tardanza de Teodosio.

-Si, como piensa Ranimiro, decía el montañés, mi amigo es poco grato a los godos, su presencia pudiera comprometer el éxito de las generosas tentativas del príncipe decalvado, debidas a la inspiración de Amaya. Vale más que, al entrar Teodosio en la ciudad, se encuentre con los dos pueblos enemigos, peleando juntos bajo una misma enseña. Las asperezas de la preocupación, se suavizaran con el roce del combate. Cada batalla ganada es una especie de feliz alumbramiento, y los que de ella salen juntos, quedan por siempre unidos como hermanos.

Comprendiendo, sin embargo, García que el verdadero peligro de su empresa estaba en dilatarla, y viendo que el tiempo transcurría y los godos no se le presentaban acaudillados por Ranimiro, quiso atropellar por todo y comenzar el ataque. Es verdad que carecía de hombres, de armas y arietes, y necesitaba dejar bien guarnecidas y aseguradas por lo menos una o dos puertas de la ciudad, sujeta y defendida la mal dominada judería, y del centro de la población a la salida, tomados algunos puntos estratégicos, para el caso de retirada.

Pero el trance era crítico, y el momento decisivo: la tiufadía de Munio, que guarnecía el Dominio, mal dispuesta a resistir con vigor bajo la floja mano que hasta entonces la había dirigido, desde el punto en que apareció Eudón, sentía la fuerza y dureza de los puños, que látigo y riendas manejaban. Con el nuevo caudillo, no había sino vencer o morir.

El capitán de los vascos, no menos resuelto, dio la señal de ataque, y unos y otros peleaban como desesperados. Entrambos jefes supieron comunicar su propia bravura y decisión a sus respectivas tropas.

Tenía el duque en su favor la gran fortaleza del recinto, cercado de muy altas y robustas murallas, en cuyo promedio se alzaba el castro o torre central, inconquistable a viva fuerza, y que sólo por hambre podía ser tomado.

García, en cambio, aprovechando las lecciones de arte militar que en la Bética recibió de Pelayo y Teodomiro, había mandado construir una torre de madera con ruedas, para aproximarla al muro y dominar las almenas. Pero en vez de arrimar la máquina a

cualquiera de los lienzos de la muralla, la aproximó a la puerta, y bajo el amparo del improvisado torreón, se empeñó en hacerla astillas.

La operación era tan arriesgada como costosa, porque los sitiados se defendían con toda clase de proyectiles, y principalmente con líquidos inflamados, que devoraban tablones y maderos. Los vascos, poco acostumbrados a semejante linaje de guerra, iban ya a cejar; y lo hubieran hecho mil veces a no contenerlos el ejemplo de su capitán, que de ningún modo quería retirarse del punto de ataque. Peleaba como un león: no se acordaba de la muerte, y si pensaba alguna vez en ella, parecía que era para buscarla.

Cuando más desesperanzados se hallaban; cuando mayor era el apuro, apareció Ranimiro, inerme, con hábitos de penitente, es cierto; pero al frente de los godos pamploneses, reducidos al fin al reconocimiento y obediencia de García Jiménez.

El príncipe decalvado, además de tropas numerosas, traía noticias de la llegada de alguna gente de Goñi, que buscaba a Teodosio para comunicarle la muerte alevosa de sus padres, ocurrida en la noche que acababa de transcurrir.

La tardanza del futuro rey inspiraba ya serias inquietudes, y aun era objeto de murmuración, entre los vascos que por él peleaban en Pamplona.

-Norabuena, decían, que se haya quedado a celebrar la boda; pase también que participara algún rato del festín; pero ¿no ha tenido tiempo de acercarse a la ciudad durante la noche?

Aquella inesperada y pavorosa nueva lo explicaba todo. Sabíase que Teodosio había salido la tarde precedente de Jaureguía, y de aquí se dedujo que los asesinos se aprovecharon de su ausencia para perpetrar el crimen. En el camino, sin duda, supo la muerte de sus Padres, y retrocedió a Val-de-Goñi. Esto se creía, y aunque poco conforme con la verdad, y ajustado al tiempo, no estaban los ánimos a la sazón para cálculos y reflexiones.

Alzóse clamor general contra Eudón, a quien unánimes atribuían aquella maldad, llevada a cabo sin más objeto que inutilizar para el asedio el valor y prestigio de Teodosio; y de tal manera se exaltaron los combatientes con las sospechas de tan atroz infamia, que puertas, murallas, cubos y almenas, todo les pareció ya pequeño estorbo a la furia de que estaban poseídos.

Encendióse de nuevo el entusiasmo por el suspirado rey: todos los montañeses lo aclamaban sin cesar con frenéticos vivas. Suponiéndole agobiado por la pesadumbre de su terrible desventura, parecía deber y empeño de todos aliviarle cada cual con su propia sangre, y darle al menos el consuelo de la victoria.

A tan descomunal empuje de ira y valor cayeron al fin las puertas del Dominio, y por ellas, con ímpetu vencedor, entraron revueltos godos y vascos, que no tardaron en derramarse por el interior de las murallas.

Eudón se retiraba en orden y con la gente más escogida al castro o torre del centro. Tras él iba García.

Los dos caudillos se encontraron a la puerta del castillo, y se embistieron como hambrientas fieras. Aquel singular combate, en medio de la lucha general, no podía durar mucho tiempo: entrambos campeones tenían necesidad de concluir presto. Pero aún fue más breve de lo que se imaginaban; porque García Jiménez cayó herido, no a los golpes de Eudón, sino por una flecha que mano desconocida le había dirigido, sin respetar cierta ley tácita de guerra, que en semejantes casos ha prevalecido siempre.

Eudón iba a concluir con él al verlo tendido y encharcado en su propia sangre; pero Ranimiro, que estaba allí, no pudo contenerse, y aunque sin armas, se abalanzó al judío, le arrebató la espada, y le hubiera abierto con ella el corazón a no haber dado un salto atrás el hijo de Pacomio, escondiéndose en la torre, y cerrando la puerta de aquel su postrer refugio.

Menos el castro, todo lo había perdido; pero todo lo daba Eudón por bien empleado, con tal de que hubiese muerto García. Menos le importaba la victoria que la venganza.

Pero además, ¿a quién podía temer, si Teodosio quedaba aniquilado con el crimen de Jaureguía, y sin vida el caudillo de los vascos, señor de la Vasconia gótica por Teodomiro?

La herida era muy grave; mas no mortal. La saeta, dirigida al corazón, se había corrido debajo del brazo.

Ranimiro, que a fuer de soldado desde la niñez, tenía el ojo certero de un cirujano, mostróse un tanto esperanzado al hacerle por sí mismo la primera cura, arrancándole la flecha, que se había detenido en un hueso de la espalda; después de lo cual, mandó llevarlo a su propia casa.

-Quedaos aquí, Ranimiro le dijo García: que no se pierda lo conquistado. Quedaos hasta que llegue Teodosio. Él hará lo demás.

Y luego añadió con voz tan débil que apenas se le entendía:

-Lo demás es obra del tiempo.

García, trasportado en parihuelas a casa de Amaya, llegó ya sin conocimiento, por la mucha sangre que había perdido.

Los vascos que lo condujeron, lo desnudaron y lo dejaron en el lecho.

A la cabecera se sentaron luego Amaya y una liberta. La primera mandó inmediatamente aviso a la madre del herido.

Al fin éste volvió en sí, y con la mayor sorpresa se vio en magnífico lecho a la moda bizantina, predominante a la sazón en muebles y utensilios, en que imperaba el gusto de las damas. Era de maderas finas y olorosas, con adornos e incrustaciones de bronce y marfil.

-¡García!, exclamó la enfermera, que parecía más próxima a la muerte que el paciente.

-¡Amaya, Amaya!, contestó. ¡Siempre tan cerca de ella, y nunca llega!...

-¿Cerca de quién?, contestó la princesa, reanimándose al oír otra vez aquella hermosa voz, que creía extinguida para siempre, y profundamente herida al propio tiempo con aquel eco tan lastimoso, que le partía el corazón.

-¡Tan cerca de la corona!, repuso García.

La dama creyó que el enfermo deliraba, y le miró espantada, y con los ojos encendidos, pero secos y sin lágrimas.

-¡De la corona!, repitió. ¿Tú buscando ahora la corona que has mirado siempre con desprecio?

-¡La corona del martirio!...

-¡No! Tú buscabas la muerte, García, y por eso no te ha concedido Dios el martirio. ¡Lo vi en tu postrer mirada al despedirte de mí! ¿Por qué deseas morir? ¿Por qué te ha de espantar el vivir amando y sufriendo?

-¡Tienes razón!, exclamó el mancebo con abatimiento. A tu lado soy un cobarde. No me siento con valor para dejarte partir, para no volver a verte.

-Vive, García, repuso la dama tan conmovida, que no se cuidaba ya de dominar sus más íntimos afectos. ¡Vive para tu patria, vive para mí!...

-¡Viviré!, contestó el caudillo vasco. ¡Viviré! ¡Pídele a Dios que me conserve la vida!

Y cerró los ojos como adormecido, como si nada más quisiera ver ni oír en el mundo; tal vez por no sentirse ya con fuerzas para ver ni oír más.

Poco tiempo después percibió Amaya los pasos de su padre, y salió al peristilo, a donde daba aquel aposento.

-No me ocultéis la verdad, padre mío. Hablad sin temor, con la franqueza de siempre: ¿está herido de muerte?, le dijo clavando en el penitente una mirada ansiosa, suplicante, con ojos en que ya brotaba el llanto-. Vos, que le habéis curado la herida, decidme si es peligrosa; decidme si nuestro amigo y libertador puede vivir.

-¡Harto veo que es necesario que viva, contestó el padre, si no he de quedarme sin él y sin ti!

Calló Amaya avergonzada. Las palabras de su padre le hicieron caer en la cuenta de su propio estado, y ella, que tanto miedo tenía de faltar a su propia dignidad, se quedó sin saber qué contestarle.

Pero aun aquel silencio le parecía indigno disimulo de su falta, y dijo al fin:

-Tenéis razón: si él muere y vos os retiráis del mundo, ¿qué he de hacer yo en él?

El decalvado prosiguió:

-¡No vas a tener fuerzas para dejarle! ¡Y es irrevocable mi resolución de partir!

-¡Dejarle en ese estado! ¡Sería cruel!

-Vendrá su madre.

-Pero le abandonaremos nosotros. No podemos marchar en esa incertidumbre.

-Procuraremos que cuanto antes salga de peligro.

-¡Eso, sobre todo! ¡Que viva García, y que sea de mí lo que Dios quiera!

-Llamaremos a los físicos judíos.

-De ninguna manera, padre mío. Motivos hay para sospechar que esos médicos, instigados por Munio, agravaron vuestra enfermedad hasta ponerlos en el caso de ser decalvado. Prefiero que sólo vos le curéis la herida.

-Grave responsabilidad sería para mí; perdurable dolor, si hubiese una desgracia. Entremos, por de pronto, a darle una buena noticia, que puede influir mucho en su curación.

La grata nueva que traía Ranimiro, se la comunicó al herido en breves palabras.

-Ya sois dueño de Pamplona, le dijo. Eudón se ha fugado por el camino subterráneo que va de la torre al foso de la ciudad, y Munio, que no ha querido acompañarle, se ha rendido.

-¿Quién queda mandando en el Dominio?

-Ochoa, Lope, Echeverría, o como queráis llamarle, con una guarnición mixta de godos y vascos.

-¡Loado sea Dios, exclamó García alborozado, que por primera vez desde que Iruña es plaza fuerte, hace a los vascos dueños de esta ciudad! ¡Bendito sea también, porque ha dispuesto que en la victoria de los vascos hayáis tomado tanta parte! Ahora, lo que importa es que vascos y godos unidos, no perdamos nunca la fortaleza que hemos rescatado del cautiverio de los judíos.

-El peligro está en Eudón, que se nos ha escapado.

-¿Qué puede hacer ese infeliz, rechazado de todas partes?

-Volver con árabes y africanos.

-¡Buen rey saldrá a recibirlos, Ranimiro! Castigar a Eudón corre a cargo de Teodosio.

El decalvado no quiso contradecirle, porque era inútil, y no creyó tampoco que su joven amigo estaba en disposición de excitarse y seguir hablando.

Mas a pesar de todos sus temores y precauciones, no hubo medio de lograr que guardase la calma y reposo necesarios.

Los vascos, enseñados por él a considerar todas las victorias y conquistas como acrecentamiento de la gloria del presunto monarca, en honra y prez de Teodosio, recorrían las calles aclamando al señor del valle de Goñi, cuya reciente desgracia le hacía más grato a los montañeses.

Ranimiro y el venerable obispo Marciano, que había venido a visitar al enfermo, pudieron conseguir a duras penas acallar aquella gritería; pero momentos después estalló en tumulto.

Era ya de noche; era precisamente la hora en que se celebraba la *gau-illa* de Jaureguía. Suponíase en Pamplona que Teodosio estaría a la sazón presidiendo aquel terrible duelo, cuando se presentó a la puerta del Poniente el desdichado cuyo paradero nadie a punto fijo sabía.

Venía desfigurado, como si hubiesen pasado por él diez o doce años. No traía ni escuderos, ni gente ninguna que le hiciese compañía. El rostro pálido, la cabellera matizada de canas, la barba bronca y desaliñada, el cinturón sin la ezpata, el sayo y las manos con manchas de sangre. Todo el día había permanecido en la soledad, entre breñas, sin comer, sin beber, llorando, clamando al cielo de hinojos y postrado.

Cuando se presentó en el portal conquistado el día anterior por García, costó trabajo conocerlo a los que estaban de guardia. Fue menester que él les dijese:

-Soy Teodosio de Goñi; quiero ver al obispo.

Los vascos atribuyeron tan imponente cambio al dolor que le causaba el asesinato de sus padres, y parecióles hasta obra de misericordia darle vivas, prorrumpir en imprecaciones y gritos contra el asesino, jurar venganza.

-¡Callad, callad!, les decía asustado el infeliz. ¡No maldigáis a nadie! ¡El obispo! ¡Quiero ver al prelado!

Pero su voz sombría y cavernosa no era escuchada.

Esparciose en la ciudad la noticia de la aparición de Teodosio, y de todas partes salían los vascos aclamándole, y aun los godos, que a la verdad estaban recelosos y descontentos, comenzaban a sentir la comezón del entusiasmo.

-¡Callad! ¡Dejadme! ¡No me atormentéis con vuestro amor!

-¡Viva Teodosio! ¡Viva nuestro rey!, proseguían diciendo.

-¡Silencio, por Dios! Me desgarráis las entrañas... ¡Yo soy el matador! ¡Yo el parricida!

Pero sus voces se perdieron en el tumulto.

Afortunadamente, se sabía que el santo obispo Marciano estaba en el palacio de Ranimiro, y la distancia era corta.

El suplicio de aquellos gritos atronadores, de aquel entusiasmo, feroz para el parricida, fue breve, por consiguiente.

Cuando éste llegó al vestíbulo, mandó cerrar el pórtico, y por primera vez respiró en libertad.

El obispo, Ranimiro y Amaya habían salido a su encuentro.

Apenas vio a Marciano, que con su habitual dulzura le miraba y procuraba sonreírse, sabedor ya por Juan de Vergara de su grande infortunio, se puso de hinojos, se postró a sus pies, clamando a voz en grito:

-¡Soy un monstruo, santísimo prelado; ved mis manos teñidas en la sangre de mi padre y de mi madre!

-Calmaos, le dijo Marciano, reprimiendo su conmoción y espanto; si pedís a Dios perdón, para todo pecado alcanza la misericordia infinita.

-¡Marciano, Marciano! ¡He asesinado a mi padre y a mi madre, por matar a mi esposa, a quien sin motivo ni pretexto he creído infiel!

-Alzad, y calmaos.

-¡No, padre santísimo, quiero que sea pública mi confesión, como público ha sido mi delito!

-Os lo prohíbo.

-No me levantaré del suelo, sin que me hayáis impuesto la debida penitencia.

-Os lo prohíbo. Ni una palabra más. Levantaos y seguidme.

Sincera debía de ser la contrición de Teodosio, porque obedeció sumiso; y humilde y cabizbajo fue en pos del prelado.

Encerróse con él en un aposento solitario.

-Soy un parricida, tornó a clamar arrodillado. He dado muerte a mis padres, los más inocentes, venerables y dignos de ser queridos y respetados, debajo del cielo. Soy un malvado: soy el mayor pecador de la tierra, y no hay penitencia bastante para borrar mi culpa.

-Teodosio, grande es, en efecto, tu pecado, le dijo el obispo; pero todos los que a Dios ofenden gravemente, no sólo son parricidas voluntarios contra Aquél a quien llamamos «Padre nuestro, que estás en los cielos», son más, infinitamente más: son deicidas; y porque quieren, por su voluntad y gusto, prefieren a Barrabás, gritan contra Jesús, y vuelven a crucificar a su divino Redentor. Tu culpa es grave, pero tu parricidio involuntario; y si a todos inspira universal horror, ¿por qué no han de inspirármolo igualmente esos otros parricidios, esos deicidios que con tanta suavidad nos tragamos, o presenciamos con tanta indiferencia?

-Pero ¡yo atentar a la vida de los que me han dado a mí la vida!

-¡Y todos los pecadores atentar contra Dios, a quien debemos la vida, el alma, la redención, la providencia, cuanto somos, cuanto podemos ser, cuanto bien concebimos y mucho más de lo que ni ahora ni nunca podemos comprender, ni somos capaces de esperar! El mundo se espanta y horroriza de tu crimen, porque sin quererlo tú, sin recelarlo ni presumirlo siquiera, has cometido un parricidio material. Pero si hubieses muerto a tu mujer infiel y a su cómplice, tal vez no estarías arrepentido de tu crimen; tal vez te ufanarías con él, y ese mismo mundo te hubiera absuelto y aplaudido: y sin embargo, Dios te habría condenado. Por eso creo que estás en el caso de escarmentarnos a nosotros pecadores, enseñándonos cuán graves son las culpas que el mundo tan fácilmente absuelve y tan ciegamente aplaude. Estás llamado a grandes penitencias, a vida muy austera, para la cual sólo el Sumo Pontífice te puede autorizar. Ve a Roma, y si Constantino, nuestro Santísimo Padre, no ha vuelto desde el año pasado, en Bizancio lo encontrarás. Ve, Teodosio, y con la gracia divina, de gran pecador puedes convertirte en santo. Miremos estas cosas de diferente manera que el mundo. Lleva al menos el consuelo de que, piadosamente pensando, tus inocentes víctimas son felices, eternamente bienaventurados.

-¡Padres de mi vida -exclamó Teodosio sollozando-, rogad a Dios por mí!

-Y ruegan por ti. No lo dudes. Por ti y por otros; y el Señor los oye: y desde este momento cambiará la faz de las cosas -añadió el prelado, que a la grande contrición de Teodosio respondía como su divino Maestro, con gran misericordia-. Escucha hijo mío: al acostarse anoche tus padres, viendo que sus vasallos en día tan solemne habían salido para Pamplona, dispuestos a sacrificar su vida por el bien de sus hermanos; viendo que tú también el día de tu boda dejabas tu mujer, tus padres y tu casa con el mismo santo fin, se miraron y se dijeron el uno al otro: «¿Y nosotros, qué hacemos?» Y aunque podían poco, no se desalentaron, y ofrecieron a Dios lo poco que tenían, que no era más que su voluntad; pero se la ofrecieron toda, por completo, sin la menor reserva. Llamaron al abad, que aún no se había retirado de Jaureguía, y se lo dijeron; y Juan de Vergara los animó y los bendijo. Dios aceptó el sacrificio de los inocentes, porque era sincero y absoluto, porque Dios se complace en aceptar el corazón de los humildes, que cuanto más lo son, mayor recompensa obtienen de su abnegación. No lo dudes, añadió paternalmente el santo prelado: ¡yo los he visto!

-¡Vos, padre mío!

-Yo los he visto gozando de Dios. Ve a Roma, Teodosio: hasta tu crimen ha permitido el Señor que llegase el poder del demonio: es de creer que desde tu arrepentimiento, comience la misericordia de Dios contigo y con su pueblo. Ve a Roma, y completa la obra de los buenos. Que aprenda el mundo cómo con hijos que matan a sus padres, y con padres muertos por su hijo, se pueden hacer prodigios que no somos capaces de imaginar. Sobre Pedro, que negó tres veces a Jesús, y con Saulo, que le perseguía, se ha edificado la Iglesia. Que la inocencia y el arrepentimiento se den la mano, los días de mercedes, de gracias y regocijo extraordinario en el cielo, son los días en que se convierte un pecador.

El obispo se retiró al Cónclave canonical. Teodosio pidió permiso a Ranimiro para ver a García.

Así que entró en el cuarto del herido, se arrodilló junto al lecho. El joven hubiera querido impedirlo, pero no podía moverse.

-¡Perdóname, García, amigo mío!, exclamó el desdichado parricida. ¡También contra ti he pecado! También te ofendí mil y mil veces por celos, por envidia de tu gloria: y sólo tu virtud, tu desinterés y abnegación heroica han hecho que no dejara de quererte.

-Levántate, por Dios; levántate, Teodosio, y acércate, a ver si puedo darte un abrazo.

-Espera, contestó muy humilde el arrepentido pecador, poniéndose en pie: no debo acercarme a ti, ni menos abrazarte todavía.

Y viendo en la alcoba una aljofaina de plata con agua, se lavó las manos, llorando y diciendo entre sollozos:

-García, ésta es la sangre de mis padres: la conservaba en mis manos para mi propio horror y confusión; pero el obispo me manda lavármela, y debo ante todo obedecerle. El dolor de mi culpa no ha menester de semejantes recuerdos: queda, no lo dudes, queda esta sangre indeleble en lo más vivo de mi conciencia. No quiero que llegue a tocar a nadie, no quiero manchar con ella a hombres tan buenos como tú.

Enjugóse; y engañando piadosamente a García, que le tendió uno de los brazos, en lugar de estrecharlo contra su pecho, le besó la mano.

-¡Por Dios, Teodosio! -le decía el mancebo-: ¡ten compasión de mí! ¡No me destruyas el corazón!

-Sosiégate, amigo mío: tienes que escucharme primero; el abrazo, si me perdonas, vendrá después.

Sentóse el parricida: diole cuenta de su delito, y García le contestó enternecido:

-Teodosio, eres víctima de un rival implacable en la venganza: tu culpa es involuntaria. Los ancianos lo comprenderán así, y te elegirán rey. Mira el estado en que yo me encuentro; mírame quizás herido de muerte. Urge que vayas al Dominio, y que en nombre del rey Teodomiro y del pueblo de la tierra vascongada, tomes posesión del alcázar, si como rey no, mientras no te proclamen los ancianos, como caudillo al menos y duque de Vasconia.

-Para mí ya no hay reinos, ni ducados, ni alcázares, ni Dominios en el mundo, exclamó cada vez más compungido el parricida: para mí no hay más que llanto, duelo y penitencia. Escucha: el obispo me impone la obligación de acudir peregrinando a Roma, para que el Padre Santo me ordene la vida que he de llevar en adelante. No me atrevo a volver a mi casa, ni a presentarme delante de mi mujer, a quien tantas ofensas he hecho, y a quien amo y respeto más que nunca, hoy que tal vez he de separarme de ella para siempre. Díselo así, García: a ti te doy este encargo. Dila que se quede en Jaureguía, dueña y señora de todos mis pueblos, tierras y rebaños; y como ella no ha de mandar las huestes del valle, te las encomiendo a ti, en caso de guerra. Tú, y nadie más que tú, ha de llevarlas al combate, cuando salgas al frente de tus amezcuanos. Y nada más, García, nada más, hasta que el Padre Santo disponga de mí, imponiéndome la debida penitencia.

Y así diciendo, Teodosio tendió los brazos, y añadió:

-¡Y ahora, pues eres tan bueno que lo deseas; pues no quedarías tranquilo de otro modo, venga el abrazo prometido, y adiós para siempre!

Y como se aproximase al rostro del mancebo, díjole murmurando al oído:

-¡García, según Marciano, ya están gozando de Dios!

-Así lo creo; pero si mi sangre, si toda mi sangre es aceptable en satisfacción de cualquiera leve falta que tengan que purgar aún, aquí está: recíbala el Señor con la voluntad que se la ofrezco.

-No, no es necesario ya ese nuevo sacrificio. Me lo ha dicho el prelado, que es un santo. Vive, García, vive para reinar en Vasconia; vive para ayudar a Pelayo y Teodomiro en la reconquista de esta pobre España, que nuestras culpas, y muy especialmente las mías, han perdido.

-¡Tus culpas, infeliz! Tu culpa principal ha sido involuntaria.

-¡No, García! No creas tú también en la fatalidad: adora conmigo la Providencia. Suave y dulcemente, Dios me estaba llamando para sí, y yo me hacía el sordo, y me negaba al amoroso llamamiento. Mi empedernido corazón necesitaba el grito... el grito de un padre moribundo, que ha conmovido las entrañas de estas sierras. Tremenda ha sido la voz; pero proporcionada a mi obstinación y rebeldía.

Aquella misma noche emprendió Teodosio su marcha hacia los Pirineos, dirigiéndose a Tolosa, capital de Aquitania, y de allí a Marsella, donde se embarcó para Roma.

Llevaba su traje ordinario de bragas y túnica corta, pues la esclavina, que los de Occidente tomamos de los orientales, no empezó a usarse por los peregrinos antes del siglo XII. Un zurrón y un palo fueron todos sus preparativos de viaje. Contaba con llegar a Roma pidiendo limosna.

Cuando salió de Pamplona, todos los vascones, con excepción de Lope de Echeverría y algunos amezcuanos, habían abandonado la ciudad, volviéndose a las montañas.

Nadie dudaba ya del parricidio.

CAPITULO XI

Que sería el último, si no le siguiesen otros

Ranimiro había vuelto a casa con la grata nueva de la victoria; pero también con el triste convencimiento de que la amalgama de los dos pueblos, hasta aquel día enemigos, era sólo aparente y efímera.

Hallóse, en cambio, con el peligro real y positivo de que la pasión de Amaya por García Jiménez traspasara los términos de lo razonable y conveniente.

De aquí su insistencia en ausentarse de Vasconia, en abandonar para siempre aquella tierra querida, impregnada de sus amores y glorias, y de sus penas y lágrimas también.

Aunque le hubiese permitido la casi mortal herida del vencedor caudillo de los vascos pensar en el casamiento de Amaya, habría tenido que desechar la idea por mil y mil dificultades, punto menos que insuperables.

En el mismo altar de la conciliación surgía el fuego de la discordia.

¿Qué mano disparó la flecha contra García cuando éste y Eudón sostenían combate singular? Los vascos atribuyeron la alevosía a los godos auxiliares; éstos a los vascos.

-Traidores son por índole y costumbre, decían los montañeses: como tales han vendido a su rey, y se han pasado a los moros en la Bética, y por envidia y vergüenza asesinan a García Jiménez en Iruña.

Los godos, por el contrario:

-García ensordece la fama de Teodosio, y los vasallos de éste han querido desembarazarlo de su rival.

Entre los últimos mensajeros de Val-de-Goñi, encargados de informar al parricida de la muerte de sus padres, vino el Disgustado, el cual, después de la toma del Dominio, se presentó a Ranimiro, reclamando el molino y tierras de Errotalde.

-Toda vez que los vascos hemos vencido, le dijo, razón es que los godos nos devolváis las haciendas que nos habéis usurpado.

De la pretensión de los unos, nació el espanto de los otros. Los magnates y señores que poseían terrenos en Vasconia, consideraron amenazada su propiedad, y exclamaban:

-¿Qué más pueden hacer los sarracenos que despojarnos de nuestros bienes? Vengan, pues, los árabes, y con ellos podremos capitular. Teodomiro nos ha entregado a García sin pactos ni condiciones, y García a los vascos, sin tratos ni asientos también.

No había manera de fallar el litigio a gusto de ambas partes; porque los intereses eran opuestos, y la codicia insaciable y tenaz.

La tremenda, inexplicable noticia del crimen de Teodosio, vino a complicar el estado de las cosas, acrecentando los obstáculos de la conciliación.

Todos los montañeses que acababan de tomar a Pamplona, quedaron al principio estupefactos; todos cayeron luego en desmayo y descorazonamiento.

Habíanse acostumbrado a ver en Teodosio la personificación de las glorias y esperanzas de la patria: mirábanle como predestinado al cumplimiento de las profecías de Aitor, como el hombre a quien nadie podía disputar el cetro; y sucesos maravillosos iban robusteciendo y confirmando la general creencia.

Llega el momento crítico: llega el día en que el ídolo popular contrae vínculos indisolubles con la heredera de Aitormendi, y va a ser proclamado rey: los ancianos se

congregan en Goñi para elegirlo; García le hace dueño en breves horas de las conquistas de los godos, y para él recobra lo perdido en tres centurias. Nada le falta: ni títulos, ni gloria, ni siquiera el esplendor de la gloria. Espérasele en Pamplona para llevarlo en triunfo desde la puerta de la ciudad al alcázar: las águilas éuscaras ya no pueden remontarlo más; cuando herido por la mano de Dios, cae de repente, revuelto en sangre y horror, y sin esperanzas de levantarse nunca.

-¡A casa! ¡A casa!, exclamaron los vencedores, acobardados y poseídos de pánico. Si ahora no lo quiere Dios, volveremos cuando Dios lo quiera.

Lo primero fue huir, retirarse al hogar; lo último de todo darse por vencidos, ni por los hombres, ni por la fortuna.

Eran así los vascones, y sin conocer a fondo su carácter, ni se explica ni se comprende la historia de aquel pueblo principalmente en el período visigótico.

Lope de Echeverría y los amezcuanos, más considerados con García Jiménez, quisieron contener la indisciplina.

-¿Y García?, dijeron. ¿Qué va a ser de nuestro caudillo? ¿Cómo abandonarlo?

-Que se arregle como pueda con sus godos: a nosotros nos ha ido muy mal con semejante compañía.

Esta respuesta nos revela el verdadero estado de los ánimos: la unión no pasaba de las manos y las armas; no había llegado todavía a los corazones.

Persuadido de ello Ranimiro, por lo que acababa de observar después de la toma del Dominio, no quiso diferir más tiempo la ratificación de los votos hechos en el Viático.

Avergonzábase del retraso, notable ya y desusado, de la ceremonia; echábase a sí propio la culpa del mundanal bullicio y desasosiego en que había vivido los últimos días, y los láuros que le alcanzaban en el asedio y toma de la ciudadela, parecíanle corona de espinas.

La ceremonia, aunque sencilla y sin ningún aparato, era solemne, y Amaya no quiso dejar de asistir al templo, donde escuchó los votos de su padre.

Para la princesa tenían gravísima significación: eran preludio de la ausencia, el primer preparativo del viaje que padre e hija iban a emprender en busca del reino de los godos; la separación eterna del hombre a quien ya ciegameamente amaba y a quien amaba más cada instante que transcurría.

Sin embargo, hija sumisa y cariñosa, respetando la vocación y grandeza de carácter de su padre, nada le dijo, y aun se esforzó por no darle a entender el inmenso dolor de su corazón.

Cuando volvieron ambos a casa, halláronse con la novedad de haber llegado la madre de García, que estaba ya al pie del lecho, contemplando a su hijo con las manos cruzadas,

derramando silenciosas lágrimas, y sin conseguir que éste la conociera, ni en ella fijara siquiera una vez sus ojos.

El estado del paciente se había agravado.

-Esto no puede continuar así, dijo Ranimiro.

-No debe continuar, contestó la madre.

-¿No tenéis los vascos quien os asista en caso de enfermedad?, preguntó la dama.

-Nadie se dedica especialmente a la profesión de curar; pero hay muchos que conocen la virtud de las plantas. La familia de Aitor entre ellos, y principalmente Amagoia. La he llamado ya desde Abárzuza, y no se negará a venir.

Así sucedió: la madre de Asier tenía muy vivos deseos de salir de Goñi, donde sólo la detenía el temor de aparecer abandonando el campo derrotada.

Aprovechó, pues, motivo tan plausible de dejar aquellos lugares y de acudir a Pamplona, donde esperaba depurar la verdad de los hechos en que Eudón había intervenido; y en medio de todo, la halagaba que se contase con ella, que se la creyese necesaria para salvar al héroe de los vascos.

Era, sin embargo, difícil y embarazosa su entrada en el palacio de Ranimiro. Mucho tacto, mucha discreción y prudencia exigía el recibir a la exaltada Adivina de Aitormendi, y Ranimiro y la madre de García lo confiaron todo al talento, y digámoslo de una vez, al interés de Amaya.

Íbale a ésta la felicidad en la curación de García, y tenía que hacer prodigios; pero principió bien, porque principió confiando en Dios, más que en sus propias fuerzas.

Cuando le dijeron que Amagoia estaba ya en el pórtico, salió a recibirla al vestíbulo, y la dijo:

-Bien venida sea la hermana de mi madre. Os esperábamos con impaciencia. La vida del caudillo de los vascos está en vuestras manos.

-¿Quién se acuerda de mí en estas casas, en estas calles, que se parecen tan poco a las nuestras?

-Todos sabemos que sois la depositaria de la sabiduría de Aitor; ni nosotros, ni la madre de García queremos encomendarlo a físicos godos: sólo vos nos inspiráis confianza.

Amagoia miraba recelosa a todos lados.

-¿Eres tú mi sobrina Amaya?, preguntó.

-La hija de vuestra hermana.

-Tú no has cambiado de nombre, repuso la Adivina con amargura.

-Conservo el mismo con que fui bautizada.

-¿Por qué tienes tanto interés en salvar al capitán de los vascos?

-Porque le amo con todo mi corazón.

-Poco ha de poder tu tía si no lo salva, replicó Amagoya, reconocida a la franqueza y confianza con que la hablaba su sobrina.

-¡Entrad, hija de Aitor, entrad! Dios que os ha traído, Dios os ayudará.

Pasaron al primer patio, a una de cuyas galerías daba la habitación del herido; Amagoya se acercó al lecho, y llamó al enfermo por su nombre.

No la contestó.

-Le ha cogido el sueño.

-¿El de la muerte quizás?, dijo Amaya, procurando en vano aparecer serena.

-No, el sueño de la fiebre.

Amagoya se retiró, y preparó al enfermo cierta poción. La dama seguía con atención todos sus movimientos, y no hacía más que mirarla al semblante por descubrir en él algún pronóstico de la salud del paciente, por cuyo estado no se atrevía a preguntar.

Llevaronle la pócima, que tomó García maquinalmente, pero con afán. En seguida se despejó.

-¿Me conoces?, le preguntó la Adivina.

-¡Quiero vivir, Amagoya!, la dijo García: sois la hija de Aitor: quiero que me salve la sabiduría de nuestros padres.

-Respira, dijo Amagoya a su sobrina. Vivirá.

Amaya, sin poderse contener, abrazó a su tía, no ocultando el vivísimo gozo que de repente inundó su corazón, y se retiró con ella.

-Pedidme lo que queráis; exigidme los mayores sacrificios en reconocimiento del bien que nos habéis hecho, dijo la princesa a su tía.

-Yo nada tengo que pedirte, ni tú puedes darme nada.

Amaya iba a decir una palabra; pero se contuvo por no ofender a la Adivina, cuyo corazón pagano no la hubiera comprendido.

-Es cierto, la dijo; nada puedo daros ya, porque ya tenéis todo mi cariño.

-A mí no me quiere nadie, a mí me engañan todos, todos: mi sobrina, que me llamaba su segunda madre, el miserable a quien adopté por hijo.

Y pronunció Amagoya con tal amargura semejantes palabras, que Amaya se conmovió visiblemente. Y clavando en ella sus ojos negros, rasgados, expresivos y fascinadores, exclamó:

-Miradme bien, hija de Aitor, cuya sangre corre por mis venas; miradme bien, y decidme si yo puedo engañar a nadie cuando le digo que le amo.

-¡Dichoso García que puede creerte!

-Y vos, ¿seréis todavía capaz de dudar de mí?

-¡Dichoso García que puede corresponder a tu amor!

-Y vos, ¿no tenéis también un corazón vascongado como el de García?

-No, yo no tengo corazón: me lo han robado; me lo han estrujado, sin dejarle una gota de sangre, ni de cariño; me lo han saturado de hiel y de orgullo.

-El mío os desmiente. Mi corazón me dice que os engañáis, que todavía podéis amarme, y que, en lo más recóndito del vuestro, siempre habéis conservado algún amor a mi misma madre.

Amagoya quedó sorprendida, y quiso mostrarse como escandalizada de estas palabras; pero eran ciertas, y la altivez de su carácter no la dejaba mentir.

-Tienes razón, contestó: nadie me ha conocido mejor que tú.

-Y vos, ¿me conocéis ya?

-Sí, y porque te conozco bien, te repito que vivirá. He de hacer cuanto pueda, cuanto sepa para que viva. ¡Y en la casa de Aitor se sabe mucho!

-No me basta; quiero más, aspiro a más.

-¡Más!

-Mi padre se ausenta; yo le acompaño, y aquí se queda García.

-¡Oh! ¡No te ausentes de aquellos a quien amas!, exclamó la madre de Asier, recordando el olvido de Constanza, pero yo, ¿qué puedo hacer para detener a tu padre?

-Amagoya, podéis hacerlo todo: después de salvar a García...

-Lo salvaré.

-Reconocerlo como duque o señor de Vasconia.

-Lo reconoceré, si lo nombran los ancianos.

-Podéis hacer un pueblo de los dos que hoy habitan en la escualerría.

-Eso no: a tanto no se extiende mi poder. Ni mis fuerzas, ni mi voluntad. Ni puedo, ni quiero.

-Sí lo queréis, porque me amáis, y queréis mi felicidad, queréis que yo sea esposa de García.

-Los iberos unidos con los celtas formaron un pueblo; pero distinto del vascongado. Reniego de los hijos de Aitor que no conserven la pureza de su linaje.

Amaya se acordó entonces de su madre, y con la dignidad de rica-hembra, contestó:

-¡Hija de Aitor, si Dios os hubiera dado sucesión, la sangre de vuestros hijos también estaría mezclada!

-Tienes mi orgullo y mi terquedad, Amaya.

-Soy la hija de vuestra hermana: tengo vuestra sangre.

-Tienes mi orgullo, y al salir por tu madre, te has olvidado de que en mis manos está la vida de García.

-¿Cómo olvidarlo, cuando la creo salvada ahora más que nunca?

-Tienes la habilidad de decirme cosas muy duras, sin ofenderme.

-Y la debilidad de amaros como nadie.

-Y yo la necesidad de creerte. En el desamparo y soledad a que me veo reducida, en la sequedad de los desengaños, Dios me ha traído a tu casa...

-¡A la casa de mi padre! Del más cumplido caballero, y del varón más justo y más inicualemente calumniado.

-Dios te ha inspirado ese lenguaje, prosiguió Amagoya, dejando pasar como inadvertida la valerosa y noble interrupción de la hija de Ranimiro. Tu cariño va esponjando mi corazón. Escucha: me remuerde ya la conciencia de haber sido menos severa con el otro, que contigo. También él traía título de duque firmado por los godos, también él se negaba a expulsarlos de la escualerría.

-García no trae nombramientos, sino la entrega del territorio conquistado: García no depende, como Eudón, del rey de Toledo, y todo se lo debe a su valor y al generoso arranque de pelear por la cruz, y al arranque y valor de los vizcaínos que por la cruz han muerto peleando. Ya no hay godos en España: no hay más que invasores que nos quieren cautivar, y defensores de la independencia común, en principados independientes. Salvad a García, y García será rey de Vasconia libre...

-¿Y tú?

-¡Si García es rey, yo seré reina! Y reina tengo que ser, si queréis que la palabra de Aitor se cumpla, si una de vuestras sobrinas ha de sentarse en el trono vascongado.

¡Cuál sería la fuerza, la decisión y firmeza de Amaya al pronunciar estas palabras, cuando la indómita Adivina quedó ante ellas como inferior, sin parecer rebajada! Era el reconocimiento de una superioridad legítima, el homenaje que no humilla, rendido a la potestad que viene de lo alto.

-Confía en mí, contestó Amagoya: ya no te diré: «no quiero». Cuando no pueda ser, te repetiré: no puedo. Ahora vamos a ver a García.

-¡Y a mi padre!

-A tu padre también.

Dos días después de estos sucesos, salían los ancianos de las postreras exequias que se celebraban en Goñi por el alma de los señores del valle, y se sentaban bajo la copa del roble del Consejo, con tal consternación, que nadie podía despegar los labios. Todos estaban mustios, cabizbajos, sin saber qué decir y proponer, ni aun qué pensar.

-¡A buena hora nos ha hecho García dueños de Iruña!

-Nombrémosle rey.

-¡Eso, no! Dicen que está mal herido. Pensar en elegirlo, sería como condenarlo a muerte. Tal es la fatalidad que pesa sobre nosotros.

-No pudiendo reinar la hija de Aitor, nos pasaremos sin rey.

Entonces Petronila, que formaba parte del público, se adelantó hacia el árbol, y dijo:

-Tenéis una hija de Aitor, que es la verdadera; hija de Paula, la primera cristiana de la familia del patriarca. Para ella he salvado el tesoro de los vascos.

-No tenemos valor para meternos en esas honduras, la contestó el presidente. Dejados en paz con vuestras defensas de la hija de Ranimiro.

-Es la única heredera de Aitormendi, en quien pueden cumplirse ya las profecías.

-¡Las profecías!, exclamó el anciano moviendo tristemente la cabeza: Juan de Vergara dice que esas profecías no son de los profetas.

Nueva, por cierto, era aquella opinión en el país vascongado, y nadie se hubiera atrevido a sostenerla, ni aun a enunciarla pocas horas antes; pero tan abatidos y preocupados estaban a la sazón los ánimos, que a nadie escandalizó. Por el contrario, algunos señores, que, en defecto de Teodosio de Goñi, se creían con derecho a ser elegidos para el trono de Vasconia dieron a entender que, efectivamente, las profecías de Aitor no estaban escritas, ni en los Sagrados Libros, ni en parte ninguna, y que podían haberse adulterado y corrompido con el tiempo.

Considérese, pues, cuál sería la sorpresa cuando oyeron asegurar a Petronila que Aitor no lo había fiado todo a la tradición, y que algo dejó consignado por escrito.

-Novedades son esas a que no debemos dar crédito, la contestaron.

-Mayor novedad me parece vuestra falta de fe.

-¿De dónde sacas tú eso de los escritos del patriarca?

-Lo he sacado del arca en que se encierra el tesoro de Aitor.

Y así diciendo, la antigua amiga de Paula presentó a los ancianos una lámina de cobre, muy delgada, y toda llena de extraños caracteres, toscamente grabados a punzón y martillo.

El escrito pasó de mano en mano; pero dado que aquello fuese inscripción o leyenda, nadie sabía descifrarla, ni entender siquiera una letra.

Después que todos, ancianos y mozos, reconocieron y confesaron sin el menor empacho su ignorancia, el presidente devolvió la plancha de metal a Petronila, diciendo:

-¿Y qué significan esos garabatos, que bajo tu fe, no más, creemos que son letras?

-Lo ignoro: yo tampoco he sabido leerlos.

-Pero afirmas que estaban guardados...

-En el arca de mármol que encierra el tesoro.

-¿Y quién dice que ésas son letras, y no puntos de la solfa que se canta en el templo?

En efecto, aquellos caracteres tenían cierta semejanza con la escritura musical usada por los godos.

Esta última especie hizo pensar en el abad Juan de Vergara, el cual se apresuró a comparecer ante el Consejo, y después de haber examinado tan extrañas figuras, declaró grave y solemnemente que no eran solfa, sino letras que nada se parecían a las hebreas, griegas ni romanas.

-¿Y habéis encontrado esta leyenda con el tesoro?, preguntó a Petronila.

-Dentro del cofrecillo que encierra las piedras preciosas.

-Pues indudablemente la escritura es de Aitor: estos caracteres de puntos se remontan a su época. Dudo que nadie sepa ya descifrarlos; a no ser que en la casa del Patriarca...

-¡Amagoya!, exclamaron todos a una voz.

-Ella, en efecto, dijo Petronila, debe de conservar la tradición de nuestro primitivo alfabeto. Pero, aguardad: tal vez mi cuñada Columba, tal vez Constanza, educada por la pagana...

Ni una ni otra supieron leer aquel escrito.

Algo debió de comprender Constanza, sin embargo, porque dijo a su tía:

-A todo trance debéis procurar que Amagoya vea y descifre esa leyenda.

La Adivina seguía en Pamplona cuidando al herido, cuya salud iba mejorando en términos de que, tanto su madre como Ranimiro, convinieron en informarle del estado de las cosas, que era gravísimo, y sobremanera delicado y peligroso.

Los ancianos se habían retirado de Val-de-Goñi, donde no podían permanecer durante el duelo. Éste era terrible, feroz en la montaña: los deudos y amigos del difunto acudían de cerca o de lejos y se hospedaban en la casa mortuoria, concurriendo algunas horas al templo, y otras muchas a la mesa, de la cual solían levantarse más alegres de lo que exigían los negros paramentos de la iglesia y del estrado. Los dueños de la casa, con preparar almuerzos, comidas y cenas, camas y pienso, no tenían tiempo de llorar ni aun de sentir, y aun rendidos de cansancio y falta de sueño, se quedaban dormidos en el escaño del duelo. Sólo Plácida y Miguel lo hubieran soportado con gallardía y desembarazo; pero no podían presidir sus propios funerales.

Terminados éstos, todas aquellas gentes se desbordaron, llevando el terror y desaliento a los últimos senos de los valles. Mirábase con indiferencia hasta la toma de la ciudad, nunca por los vascones conquistada. Aquella tribu parecía azotada y herida de muerte por la mano de Dios.

Al espanto del castigo general de España, se agregaba el pavor que infundía el particular de los vascos, atribuido por muchos a querer alterar el antiguo modo de gobierno.

-¿Quién les habla ya de que se sometan a un hombre, de que se dejen gobernar por un rey?, decía Ranimiro.

-Yo, le contestó García.

-Capaz seréis, repuso el penitente sonriendo tristemente; capaz seréis de confiar todavía en Teodosio.

-¿Y por qué no? El rey he de ser yo, y para llegar a serlo, confío en Teodosio, confío en vos, en los vascos y los godos, en todo el mundo menos en mí. Ese infeliz, involuntario matador de sus padres, es hoy un pecador arrepentido, y con la divina gracia, puede convertirse en santo: vos...

-Yo soy un penitente público, con solemnes votos que me separan de los negocios temporales. En cuanto recobréis del todo la salud, me ausentaré de aquí para dejar a mi hija en las Asturias al lado de Favila.

-¡No, Ranimiro: no os la llevaréis! ¡No saldrá Amaya de la escualerría!

-¿Por qué?

-¡Porque os lo ruego, os lo suplico yo! Porque la necesita mi corazón: porque el suyo me necesita a mí para ser feliz.

-¡García!... Eso es imposible... Si no lo fuera, te daría a mi hija por esposa. Te lo había prometido; pero no sabes tú cómo está la Vasconia... Nos has oído a tu madre y a mí... mas no parece que nos has comprendido. Los vascos tendréis que abandonar a Pamplona, la hija de un príncipe goda no puede vivir en tus Amezcuas...

-Ranimiro, exclamó el mancebo con todo el amor y la convicción de su alma: con Amaya nada temo, sin ella todo me arredra, todo me espanta. Escuchad: si se han de unir las dos razas que pueblan esta tierra vascongada, es preciso que el señor de toda la de los godos, y de un buen pedazo de las montañas, dé el ejemplo de cómo es ya virtud, lo que ayer hubiera sido escándalo.

-Pero los vascos ya no quieren rey.

-Ni yo serlo, hasta que ellos lo quieran.

-García, dijo el decalvado después de un momento de reflexión: yo veo que los vascos piensan en sí y no en los demás. Si han querido hacer rey a Teodosio, es por engrandecer a un hombre, por dar cumplimiento en él a las visiones no muy bien averiguadas de otro hombre: no por el bien de España, ni de la cristiandad. No se acuerdan de auxiliar a Pelayo y Teodomiro, que estarán haciendo proezas heroicas por contener la invasión. Bien hallados los montañeses con la paz y sosiego que disfrutan, acaban de tomar el territorio que nosotros habíamos conquistado, y seguirán tranquilos, y pasado este primer momento, más dichosos que nunca si les dejamos su escualerría completa, su confederación tradicional...

-Seguirán como decís, y harto harán en conservar las montañas cuya custodia les ha encomendado la Providencia. Pero tengamos calma, Ranimiro: no vienen los reinos cuando los hombres los buscan, sino cuando Dios los necesita. Ese Eudón, que se escapó de la torre tan impensadamente, ese nos traerá la unión, y Dios nos dará la fuerza.

-¿Cómo?

-Cuando venga el impostor a ganar lo perdido al frente de las huestes invasoras; cuando godos y vascos vean con sus propios ojos al enemigo en las márgenes del Ebro. Si hasta entonces seguimos tranquilos, nuestra serenidad será el mayor auxilio que podremos prestar a los que sólo luchan antes que nosotros, porque Dios ha puesto sus montañas delante de las nuestras.

-Pero los invasores os encontrarán divididos por la oposición de intereses...

-Con Amaya dispondremos del tesoro de Aitor, que en nada mejor puede invertirse que en vencer esas dificultades.

-¿Y quién persuadirá a los vuestros de que la hija de Ranimiro es la verdadera *hija de Aitor*?

-Todos y todo: Amagoia, Petronila, Marciano mismo, y yo. ¡Todo! El derecho, la necesidad, la conveniencia. ¿Queréis decirme cómo queda la palabra del patriarca éuscaro si no se cumple en Amaya?

-Pero en ese caso la memoria de Paula...

-Por la restauración de su nombre ha de principiar nuestra obra.

-¡García!, exclamó el monje con alborozo; pero se contuvo y prosiguió: García, la pasión te hace ver las cosas como no son en realidad.

-Ranimiro, ¿creéis en mi amor?

-Sí.

-¿Creéis que mi felicidad, mi vida acaso, depende de vuestra palabra?

-Así lo creo.

-Pues bien, no me deis esa palabra, mientras el nombre de vuestra esposa no sea bendito y ensalzado en toda la escualerría.

Entonces Ranimiro, arrojándose a los brazos del mancebo, le dijo con ternura:

-Hombre de fe, la mano de mi hija no es todavía digna recompensa de un corazón tan grande como el tuyo.

-Padre mío, le contestó García, no menos conmovido: no es todo fe. Hace rato que estoy oyendo un canto de Amagoya. Abrid esa puerta, y escuchad.

No era Amagoya quien cantaba a la sazón, sino Amaya.

-¿Qué es esto? ¿Por qué canta mi hija en días de luto y aflicción?

-Esta mañana ha traído Petronila un escrito de Aitor encontrado con el tesoro. Salid y enteraos de él, que Amagoya lo habrá descifrado.

Efectivamente, aquel mismo día había llegado la amiga de Paula, y hablado a solas con García y Amaya, a la cual entregó la plancha de cobre para que la presentara a la Adivina, con los miramientos que exigía su carácter susceptible y altanero.

Hallándose Amagoya en el aposento de la princesa, ésta manifestaba a su tía la más viva gratitud por la curación del caudillo montañés, y añadió:

-Estoy admirada de vuestra sabiduría.

-No tiene por qué extrañarte: en la casa de Aitor se conserva, como archivada, la ciencia y doctrina de nuestros mayores.

-¿Por ventura se conserva en algún escrito?

-Nada: todo se fía a la tradición y a las canciones.

-Nuestros padres, sin embargo -dijo Amaya-, conocían la escritura.

-Sí, el alfabeto que trajo Aitor de la Iberia oriental, alfabeto propio y peculiar de los primitivos éuscaros; pero nosotros, malos cultivadores de las letras, lo hemos abandonado por el de los romanos.

-De manera que el nuestro se ha perdido.

-En la casa de Aitor no se pierde nada. Tu madre lo conocía, yo lo guardo, y tu prima Constanza, educada por mí, lo aprendió en sus primeros años, y debe de saberlo, si no lo ha olvidado... como otras cosas.

-De manera que vos sabríais leer una inscripción de los tiempos primitivos.

-Si es una verdadera inscripción ibérica, ¿por qué no?

-¡Miradla!, exclamó la dama sacando la lámina de un escritorio.

Cuando Amagoya la tuvo en sus manos, después de darle algunas vueltas, perdió el color, y exclamó:

-¡De rodillas, Amaya, de rodillas! ¿En dónde se encontró esta joya? ¡De rodillas, Amaya! ¡Ésta es la escritura de Aitor!

Y las dos cayeron de hinojos.

Pero Amagoya se levantó al punto, y preguntó con rostro desencajado:

-¿Quién te ha dado a ti esto? ¿Cómo han venido a parar a manos de godos los escritos de mi padre?

-Vuestros padres son los míos, Amagoya.

-¡Mentira, mentira! Tú eres hija de un godo. Esta inscripción ha sido robada.

-Robada estaría, Amagoya, y en poder de judíos, si yo no hubiese procurado que se salvara.

-¡Y esa lámina, esas palabras trazadas por el patriarca éuscaro, aparecen en el palacio de un godo, antes que en la casa de Aitor!

Y no sabiendo aquella mujer, que en tales casos se exaltaba hasta el frenesí, cómo expresar su despecho, sin acordarse dónde estaba, soltó la voz con un cántico sublime, arrebatador, última inspiración del Genio de la antigüedad pagana, que se desvanecía al soplo creador del Cristianismo.

Era una elegía en labios de Amagoya: rico manto funeral tendido sobre el cadáver de lo pasado, sobre la tradición mal entendida, sobre las ilusiones y esperanzas de una vida incompleta. Las plantas no se nutren sólo por la raíz: la tradición es un astro que gira alrededor del sol de la verdad, única inmóvil en el firmamento. Siglos y siglos que no se podían contar, caían cual hojas secas en torno del tronco robusto que se alimentaba con sus mismos despojos, con la luz, con el aire, con la lluvia, con lo pasado, lo presente y lo futuro. Amagoya gemía, no por el dolor de la herida que acababa de recibir, sino por el amor y respeto que le infundía la mano que la hería.

-¡Adiós escualerría, adiós!, decía la Adivina. ¡También Aitor se vuelve contra mí! ¡También Aitor se ha hecho cristiano!

Amaya no quiso detenerla en su improvisación. Por el contrario, la estuvo escuchando con atención, con gozo, por el involuntario testimonio que daba de la verdad quien más obstinadamente la negaba; sin miedo y sobresalto ya del término de tan extraña escena: hasta que, callando Amagoya, tomó ella el salterio, y entonó también la última estrofa del canto de Aníbal, con algunas leves variantes, acomodadas a las circunstancias:

Pájaro de dulce canto,
cántame así de continuo.
Más desdichada que yo,
nadie en el mundo ha nacido.
Perdí a mi madre,
perdí mi hogar, mi valle nativo...
¡Nunca, nunca cesarán
de llorar los ojos míos!

Amagoya la escuchó con asombro, con embeleso, como quien percibe real y verdaderamente los ecos con que ha soñado.

-¡Amaya!, exclamó. ¡Tú eres hija de Aitor! Eso no se aprende; eso se transmite, se hereda... ¡Amaya! ¡Tu madre cantaba así! ¡Tus antepasados cantaban así! ¡Yo canto así! ¡Amaya! ¡Tú no eres extraña en la familia de Aitor! ¡Su casa es tu casa!

-Y en ésta se han conservado fielmente, respondió la princesa, las tradiciones y cantares de la patria de mi madre.

Entonces, levantando Amagoya entrambas manos al cielo, las dejó caer sobre la frente de la joven, exclamando:

-¡Hija de Aitor, oye las palabras de tu padre! Ellas me condenan, ellas engrandecen y glorifican a mi hermana; pero no importa: son palabras de Aitor, y yo no debo ocultarlas, ni disimular la verdad.

Y tomando la lámina en la mano leyó:

-«El fin de los tiempos de expectación, será el principio de los tiempos de nuestra redención. ¡Bendito sea el primero de mi familia que abrace la nueva ley! ¡Su memoria debe ser venerada en toda la escualerría!»

-¡Ah! ¡Bendita seas, madre mía! -exclamó Amaya, arrojándose en brazos de la Adivina con el ímpetu del gozo en que se anegaba su corazón-. ¡Bendita vos de cuyos labios sale al fin glorificada la memoria de mi madre! Amagoya, no morirá la escualerría: quien se postra ante Dios, no cae, se levanta. ¡De rodillas! os digo yo a mi vez. ¡De rodillas, y alzad los ojos al cielo, donde adorando la cruz, veréis a nuestro padre Aitor y a vuestra hermana Paula!

Amagoya permaneció en pie, seca y dura como el pedernal.

Ya no cantaba, y ya no sentía.

Amaya, volviendo en sí, pensó en su padre, en García, en Petronila, a quien era deudora de tanta felicidad.

Y salió del aposento.

No creyó prudente, sin embargo, dejar sola mucho tiempo a la Adivina, que realmente quedaba en situación menesterosa de muchos miramientos.

-¿A quién has transmitido las palabras de Aitor?, la preguntó su tía.

-A mi padre, que ha ido a comunicarlas al obispo; a Petronila, que ha salvado el tesoro y ha traído la plancha de cobre, y a García, que acabará de recobrar la salud con tan grata nueva.

-¡Petronila! ¿Dónde está Petronila?

-Petronila parte a las montañas para que todos los euscaldunas conozcan la voluntad de Aitor. Pero no quiere marchar sin daros un abrazo.

-Ese abrazo, contestó Amagoya frunciendo las cejas, será el sello de su triunfo, y padrón de mi ignominia.

-No la conocéis. Petronila nos ama como nadie, y profesa por la familia de Aitor el respeto más profundo. Sólo aborrece a los malvados que han abusado de vuestra buena fe, y desde que ha conocido la grandeza de alma y la entereza con que todo lo habéis sacrificado a la verdad, está impaciente por deciros cuánto os ama, cuánto os admira.

-Pues que venga; pero que no me diga una palabra.

-Una sola, exclamó Petronila entrando en el aposento: perdón, Amagoya, por no haberos conocido antes.

Las dos terribles enemigas se abrazaron; pero Amagoya, no pudiendo dominar su orgullo herido, no la contestó.

Petronila se marchó, y la Adivina, como si nada hubiese pasado, siguió diciendo a su sobrina:

-Amaya, no en balde llevas ese nombre; no en balde lo has conservado. Tú representas el fin.

-Y García, García Jiménez, el principio. Toda la escualerría será ya cristiana.

-Sí, todos mis hijos de Aitormendi se convertirán, y serán bautizados.

-Al instante, no lo dudéis. Estaban deseándolo, como los de Butrón, y desde el punto en que vean que la voluntad de Aitor es que se bauticen; cuando vos les deis el ejemplo...

-¡Jamás! No volveré a la casa de Aitor, no volveré a mi valle.

-¿Por qué no?

-Aitormendi es tuyo, tuyo el palacio de Aitor. Petronila tenía razón: he sido una usurpadora.

-¡Habéis poseído la casa y el valle de buena fe, y nadie os lo ha disputado. Ahora será vuestro: yo no puedo vivir allá; ¡que siga viviendo en él la hermana de mi madre!

-¡Eso no! No quiero vivir de limosna en la casa de mis padres: no quiero vivir al pie de la torre donde tuve encerrada a mi hermana mayor; donde Lorea pereció abrasada en las llamas del palacio que la pertenecía: la hermana de tu madre no quiere volver a la roca de Aitormendi, que los nuevos cristianos llamarán con escarnio la roca de los paganos, la peña del plenilunio. Déjame, Amaya, déjame. Quiero morir como he nacido; yo no me mudo, yo no me convierto. Cuando yo muera se irá conmigo todo lo pasado; yo seré el fin.

-Pero nuestro padre Aitor quiere que todos sus hijos reconozcan la ley de Cristo.

-Yo no. Si no soy como nuestro padre dice, seré como nuestro padre fue. Moriré en su ley, en la ley en que él murió. De puerta en puerta, de caserío en caserío, iré por todas partes sin reposar en ninguna. Iré diciendo: la hija de Aitor es la hija de Ranimiro.

Amaya comprendió que era inútil insistir por entonces con aquella alma que se obstinaba en el error, cuando su error estaba combatido por el principio de respeto a lo pasado, en que todas sus acciones se fundaban. El enemigo capital del arrepentimiento es la soberbia, y más que la soberbia todavía, la vanidad.

Entre tanto, había hecho un bien indecible en aquella casa. Merced a sus cuidados, García pudo trasladarse al alcázar.

No habría permanecido en él mucho tiempo con el debido prestigio, si Amagoya y Petronila no hubiesen esparcido en todo el país vascongado la leyenda que enaltecía y restauraba por completo la memoria de Paula.

LIBRO CUARTO

CAPITULO I

De cómo principió la reconquista en España

Pocos años después de la batalla que nosotros llamamos del Guadalete, y las crónicas árabes denominan del Lago, el monje Ranimiro llegó al alcázar de Pamplona, donde moraban sus hijos Amaya y García Jiménez.

Hacía tiempo que el antiguo príncipe faltaba de Vasconia, y volvía a poner en noticia de su yerno, por mandato expreso del rey Teodomiro, las grandes novedades que ocurrían más allá del Ebro.

La generalidad de los vascos sabía muy poco a la sazón de lo interior de la Península. Las escasas comunicaciones que habían establecido los godos, estaban interrumpidas: nadie se atrevía a mover el pie fuera de las poblaciones; iban y venían los sarracenos por donde se les antojaba, guiados siempre por la codicia del botín y llevándolo todo a sangre y fuego: dominaban por el terror, y el silencio y la consternación abrían y despejaban el camino de las conquistas.

El anciano monje, que por no trillados senderos venía de la Cartaginense, esquivando el encuentro de los enemigos, pocas noticias dio que sorprendieran a García, siempre vigilante y en inteligencia con los cántabros y astures. Éste, sin embargo, las oyó como si no supiese nada.

-En Octubre del año 711, le dijo Ranimiro, y a los tres meses de haber derrotado a las huestes de Rodrigo, Tárik, caudillo de los musulmanes, tornaba a la imperial Toledo, cargado de laureles y despojos. Écija, Granada, Montesa, Compluto, habían caído también en su poder. Desde esta última ciudad atravesó la cordillera carpetana, saltó a los campos góticos, llegó hasta Cantabria, y entró en Astorga y en Amaya.

-¡Sí! ¡En tres meses!, contestó, moviendo tristemente la cabeza, el vencedor de Pamplona.

-¡Tres meses y un puñado de hombres le bastan para conquistas tan dilatadas!

-Pero bien comprendéis que tales hazañas no han podido verificarse sin auxiliares poderosos entre los cristianos. ¿Quién le llama? ¿Quién le ayuda?

-Dios en el cielo, de cuya airada diestra es el azote, y los judíos en la tierra.

-¡Los judíos!, exclamó García. ¡Los judíos, cuyo barrio forma gran parte de la ciudad en que vivimos!

-Tárik los deja de guarnición en las plazas conquistadas. Ayúdanle también algunos alevos, con la esperanza de salvar sus riquezas.

-Ésos, éstos quizás más eficazmente que los otros.

El monje prosiguió:

-Esperanza ruin, y necia por añadidura. El musulmán, por de pronto, lo promete todo; pero una vez dueño del codiciado territorio, nada cumple de lo ofrecido. El quinto de las tierras y tesoros que gana, es para el califa de Damasco: las cuatro partes restantes, para los conquistadores. Únicamente las tierras reservadas al califa vuelven a los cristianos; pero en arriendo, y con la carga en renta de cuasi todos los productos.

-¿Y no hay quien se subleve y oponga resistencia a tanta crueldad?

-Sí, los hay. Tú los conoces: tú los viste en otros tiempos. Teodomiro, duque de Aurariola y de la Bética, rey y sucesor de Rodrigo, ni un día siquiera sucumbe a la ignominia. El dio la primera batalla, y fue derrotado. Recoge los restos del ejército disperso, vuelve a presentarse a los alárabes delante de Écija, y es derrotado también. Se refugia en su

nativa Aurariola, y en esta provincia, nueva batalla y nueva derrota. ¿Crearás que se desmaya y rinde? De ningún modo. No se da por vencido, aunque ya no era Tárik su vencedor, sino Abdelaziz, hijo de Muza. Deseando el nuevo amir completar su victoria, corre a la cercana capital del ducado y último baluarte del duque rey, que tan poca fortuna había tenido contra los musulmanes. Por muy veloz que vaya, le precede Teodomiro, el cual, viéndose ya sin gente para defender la ciudad, arma de chuzos y lanzas a las mujeres, suelto el cabello por hombros y espaldas al uso varonil, y cubierta la cabeza con bruñido capacete. Con este ejército fingido, con femeniles huestes, inútiles para el combate, aparecen tan profusamente coronadas las almenas, que el árabe vencedor tiene miedo al combate. Llama a Teodomiro y le propone la paz. ¿Qué más podía esperar el rey cristiano? La acepta, firma pactos con el amir, en virtud de los cuales es reconocido como soberano independiente de la provincia de Aurariola, mediante un tributo que anualmente ha de pagar a los invasores. El califa Suleiman confirma poco después este convenio. Y ahí tenéis a Teodomiro, con un reino de godos enclavado en el suelo hispano, perdido ya para la cristiandad, y haciendo prodigios de valor, sagacidad y prudencia para conservarse, temido y respetado por los musulmanes, que le cercan y acosan, sin dejarlo extenderse un paso fuera de los límites trazados en la concordia. Dentro de ellos, sin embargo, es soberano.

-Pero tributario, repuso García, a quien la altivez de vascón no le dejaba admirar tanto como debía, la portentosa resistencia de su antiguo amigo de la Bética.

-Tributario, sí, hasta que otros príncipes cristianos le ayuden en la santa empresa de la reconquista, le replicó Ranimiro, dándole a entender, con su acento, que sobre el parentesco, ponía los fueros de la justicia o de la raza gótica.

-Y no le faltarán sin duda, no le faltaremos los que al yugo no estamos enseñados.

-Uno de ellos se lo prometió, y cumple heroica, milagrosamente la promesa: mi sobrino Pelayo. Retírase a los terribles montes asturianos, y allí reúne un ejército compuesto de todos los hombres aptos para las armas, los cuales principian por aclamarlo rey. Reino de selvas, rocas y desfiladeros; pero no importa: es reino de cristianos. Rey de España se llama Pelayo, y ese nombre suena con terror en el oído del musulmán, que a toda prisa manda contra los salvajes astures al africano Otsman ben Abn Nicah, el caudillo que más confianza inspira a Tárik. Lleva consigo numeroso escuadrón de godos traidores, mandados por Opas, el obcecado obispo de Sevilla. Pelayo los espera, detrás del monte Auseba, en valle profundo, al último del cual se divisa la negra boca de una gruta llamada Covadonga. Era difícil llegar al torvo escondrijo, que no tiene otra garganta que el desfiladero, por donde corren las aguas de fuentes y cascadas. Pelayo dio orden a sus soldados de esconderse entre las breñas, sin oponerse a la entrada de los invasores. Cuando todos éstos se hallaban dentro del valle, el rey cristiano se presenta a la boca de la cueva, y los picos y faldas de las sierras aparecen coronados de guerreros, que cortan la retirada al ejército musulmán. En el fondo de Covadonga ven los astures a la Madre de Dios, a quien invocan, y los infieles caen aterrados y heridos con sus propias flechas, que se vuelven contra ellos: Terrible fue el desastre para los enemigos: era el primero que sufrían después de la invasión. Ciento veinte y cuatro mil hombres perecieron allí, según cuentan, entre ellos el caudillo Otsman. El obispo cayó prisionero, y fue condenado a muerte. Los pocos sarracenos que lograron escapar de la carnicería, se refugiaron en la

concauidad de un peñón. Pero se levanta descomunal y aterradora tempestad, rómpense las cataratas del cielo, desplomase la roca, y aplasta y sepulta a cuantos en ella se habían refugiado.

-¡Dios lo quiere, Dios lo quiere!, exclamó García; ha comenzado la reconquista, y no cesará hasta que España vuelva a ser enteramente cristiana.

-Y ahora nos toca a nosotros; ahora a ti, García, repuso el monje. Tárik y Muza, divididos por los celos de gloria y mando, se han puesto, por orden de su califa, al frente de sendos ejércitos, que operan por diversos puntos. Tárik ha permanecido un mes en Mérida, apercibiéndose a grandes y temerosas empresas, y sale de allí para sitiar a Cesaraugusta, movido por la fama de sus riquezas. Muza, al saberlo, se vuelve raudo desde las cercanías de Cantabria; pero su rival había tomado la población.

-¡Cesaraugusta, la ciudad de la Virgen y de los mártires, en poder de los infieles! Padre mío, si los reyes de Toledo la han perdido, los hijos de Vasconia la salvarán.

-¡La Virgen del Pilar en cautiverio, y dos ejércitos victoriosos, fuertes y aguerridos, derramados a orillas del Ebro, y rugiendo impacientes por caer sobre Vasconia y devorarla!

-¡Padre y señor, exclamó García, levantándose brioso y conmovido: ha sonado la hora!

-¿Cuál?

-¡La hora en que los vascos rechazan a los celtas; la hora en que son saludados con respeto por Aníbal; la hora en que con ellos celebra paces Octavio César, dueño del orbe; hora en que godos y vascos saldremos unidos como hermanos, a pelear contra los enemigos de Cristo y su Santísima Madre!

-Sí; pero a semejanza de los cristianos de Asturias y Aurariola, debéis salir con un rey.

-No he pensado en el rey; pero ni un solo día he dejado de pensar en el reino. Vascos y godos están a punto de formar un solo pueblo, y nuestros godos se muestran ya tan bravos y celosos de su independencia como los vascos.

-¡Oh! ¡Si ésa ha sido tu obra durante mi ausencia, no has perdido el tiempo, García: de bendiciones te colmarán los siglos venideros!

-Caigan todas sobre vuestra frente y la de Amaya vuestra hija; porque sin ella y sin vos, que me la disteis por esposa, nada hubiera podido hacer.

-Explícate, García, repuso el monje, que a pesar de sus hábitos y rostro demacrado, no podía olvidar que era padre, y muy sensible al honor que se dispensaba a su hija.

-¡Padre mío!, exclamó el caudillo de Pamplona: si la hora de la reconquista resuena hoy en valles y montañas, cual eco de los pasos del ejército musulmán; esa hora está sonando para Amaya y para mí desde el momento en que fuimos esposos. El ejemplo que dimos a dos pueblos, hasta la sazón enemigos, necesario fue, y no ha sido infecundo. Dios ha querido que los infieles no se hayan acercado hasta el día de la unión de entrambas razas;

porque mientras esta obra no estuviese terminada, salir a pelear era salir a la derrota. Nosotros, los vascos, sabemos vencer a semejanza de Teodomiro, sabiendo ser derrotados; pero si en los reveses de fortuna buscábamos el acostumbrado refugio de montañas y desfiladeros, teníamos que abandonar a los godos, que no podían seguirnos. ¿Cómo consentir jamás en la amputación de esta parte de nuestro cuerpo, no ya sanable, sino robusta y vigorosa con el tiempo? Ahí la tenéis, padre mío: ha llegado el momento de ponerla a prueba. Si la prueba sale mal, torpeza mía será, desdicha irreparable. Cuando me vi dueño de Pamplona, y sin tener un vascón de prestigio a quien entregar el mando de la ciudad, me quedé con ella. Casado con Amaya, los godos me obedecieron dócilmente. Tomé posesión de cuantos presidios nos habíais ganado desde las orillas del Ebro hasta Ondaribia, hasta las mismas raíces del Pirineo. Tenía para los vascos mi señorío de Abárzuza y las Amezcuas; tenía el valle de Goñi, que, según la voluntad de Teodosio, su mujer Constanza de Butrón ha conservado para mí en casos de guerra. A vuestra hija Amaya pertenecía también el valle de Aitor, como heredera del patriarca y progenitor éuscaro. Pero debo más a mi mujer: la debo el respeto de toda la gente que puebla el solar vascongado. ¡Oh! ¡No sabéis bien cuánto nos ha valido la rehabilitación de la memoria de Paula, vuestra inolvidable esposa! Mas no lo ha podido todo, Ranimiro.

-Lo comprendo: fundir los dos pueblos en uno, era empresa poco menos que desesperada. Llevábamos más de trescientos años de guerra, y no se apaga de un soplo el fuego de tres siglos. Los rencores...

-Los intereses. Una de las mayores dificultades con que teníamos que luchar, era la propiedad de las tierras conquistadas por los godos, y que, en otro tiempo pertenecían a los señores primitivos. Amaya la resolvió, desprendiéndose generosa de las haciendas que aquí en Vasconia poseía. Los vascos que las recobraron, movidos por la liberalidad y bizarría de vuestra hija, se obligaron a pagarla un pequeño canon o renta, como en testimonio de gratitud. Tampoco este ejemplo fue perdido, y la conducta de Amaya sirvió de base para el arreglo general. Las riquezas del patriarca éuscaro hicieron lo demás.

-¡El tesoro de Aitor!

-Era de Amaya; pero ésta lo reclamó ante el Consejo de los doce ricos-hombres, que no podían negárselo, ni por derecho ya reconocido, ni por el objeto a que principalmente lo destinaba. Con estos caudales pudo indemnizar a los godos, cuando era necesario o parecía conveniente que restituyesen a los vascos algunas de las tierras a que tenían éstos más afición y cariño. El diezmo del tesoro se destinó a la Iglesia, para la reparación de templos y fundación de monasterios. Ni una sola perla, ni la más pequeña piedra preciosa ha brillado jamás en la frente y brazos de la hija de Aitor. En vista de tan noble conducta, ¿extrañaréis, por ventura, que reclame bendiciones del cielo y tierra para la esposa que me habéis dado?

El monje, conmovido y con los ojos cuajados de lágrimas, que le salían de lo íntimo del corazón, asió la mano de García y se la apretó fuertemente.

-Hijo mío, exclamó, las bendiciones del cielo alcanzan también a tu modestia.

-No, Ranimiro, nada de eso me corresponde. ¿Queréis saber la parte que me toca en la preparación de la reconquista? Os la diré con franqueza. Desde que Teodomiro me dio el mando de los godos de Vasconia, y Dios, como recordaréis, puso en mis manos esta ciudad, sólo a Teodosio de Goñi quise ceder mis señoríos, porque él solo podía utilizarlos en bien general. Incapacitado Teodosio para el mando, yo me los reservé por completo, dejando que siguiesen los vascos con su gobierno de tiempo inmemorial. Era necesario, sin embargo, que vuestra raza tuviese alguna parte en el Consejo; porque los doce sabios y ancianos de la tierra ignoraban las leyes, usos y costumbres de sus nuevos amigos: y con ese objeto, a los ricos-hombres se agregaron el prelado y su Cónclave, los abades de monasterios y principales magnates. Estas disposiciones habrán podido contribuir a la paz y armonía entre dos pueblos que se odiaban por juro de heredad; pero más que nada, el terror que infunden los sarracenos, y la confianza que a todos inspira la independencia, nunca domada, del país vascongado.

García Jiménez no quiso decirle más; pero es lo cierto que las dotes de valor, prudencia y sabiduría que demostró en época tan crítica y azarosa, fueron admirables, y parecieron a Ranimiro superiores a todo encarecimiento. Sin embargo, el antiguo príncipe de los godos echaba algo de menos.

-¿Y cómo, le decía, cómo no has tratado de ponerte de acuerdo con Teodomiro?

-A la distancia en que estamos, y en las condiciones de su famosísima concordia, que ya conocía, de nada nos podíamos servir el uno al otro. Ni él ha de salir de los límites trazados a su territorio en el convenio, ni yo, por ir en su auxilio, puedo despoblar imprudentemente nuestras montañas, dejándolas desguarnecidas y francas al árabe insaciable y corredor. Pero si no con él, padre mío, estoy de acuerdo con Pelayo, con quien me doy la mano por las sierras de Cantabria.

-¡Con Pelayo!

-Pelayo, bien lo sabéis, tenía en Vasconia la fortaleza que descuella sobre Lucronio y Varia, colonos y vasallos godos que en él idolatraban; pero éste es el vínculo más débil que nos une. El principal es la fe, la resolución firmísima de no dejarnos avasallar por los enemigos de la cruz. Yo los espero tranquilo en las montañas; los espero con vascos y godos, a quienes Dios ha infundido ya un mismo espíritu de independencia, y una misma confianza de no perderla jamás. Los espero, sobre todo, desde que Munio, el antiguo vicario de Eudón, ha desaparecido de Pamplona.

-No han tomado los musulmanes ninguna fortaleza, cuyas puertas no les haya abierto la traición.

-Yo no podré deciros si Munio trata o no de vendernos; pero sí os respondo de que he tomado mis medidas, y aún pienso tomar otras más severas, para prenderlo, si tiene la osadía de volver a Pamplona. Su conducta es sospechosa hasta el extremo. Se ha dirigido a la orilla derecha del Ebro; y ¿sabéis quién viene guiando las tropas de Muza? Eudón, el vengativo Eudón, cuya saña no se aplaca con el infando crimen que hizo cometer a Teodosio. Viene Eudón, y es de creer que haya llamado a su antiguo vicario, para entenderse con él en daño de los cristianos: viene, y Respha, la hermana de su padre, le

espera, y los judíos de la aljama le proclaman en sus Sinagogas como el Prometido redentor de su raza. De aquí mi inquietud, de aquí mi recelo. Es verdad todo cuanto os he dicho; os tengo un pueblo. Pero este pueblo es todavía la estatua inanimada a quien le falta el rayo celestial que la infunda aliento, espíritu y vida.

-Esa vida vendrá con el combate, García; no lo dudes.

-Para salir al combate le hace falta esa vida, pero la tendrá.

-La tendrá, si te pones al frente de las cristianas huestes.

-¿Lo dudáis? Padre mío, cuando se trata de pelear, soy ambicioso. No sé si Dios me inspira el ansia de vencer, la locura de confiar en la victoria, o si vuestra hija me ha pervertido, dijo García sonriéndose. Pero quien ha de darme el triunfo es quien arranque al cielo el fuego en que todos nos hemos de abrasar; y ese hombre es el de siempre, Ranimiro: es Teodosio de Goñi, a quien Dios confundió en sus iras, porque quería ser rey antes que todo, y antes de tiempo; pero a quien Dios ha ungido con dones de santidad, para que en favor del reino de Vasconia, haga milagros por la fe. Por la fe, que le ha inspirado siempre, que nunca en su corazón ha desfallecido; por la fe, que le ha salvado, como en tabla que sobrenada en las espantosas sacudidas de la tormenta. Al lado de esa fe y de las virtudes que resplandecen ya en el desdichado parricida, vuestra hija y yo quedamos eclipsados. Nosotros podremos llegar a ser reyes; Teodosio será más que rey: será un santo; el autor de nuestra salvación, el alma de la reconquista.

-¿Y cuentas para ella?...

-Cuento desde luego con nuestra pobreza y nuestra unión, que nos dan fuerza; así como la codicia y la discordia reducen a menos el poder de los invasores. Ésos que vienen, al parecer, en apretadas falanges, son árabes, berberiscos, egipcios y siros, divididos entre sí. No han logrado infundirme miedo. Con buenos apóstoles para predicar la guerra santa, no me faltará nadie, ni siquiera Amagoya.

-¿Vive todavía la viuda de Basurde?

-Vive, y de todos cuantos vascos y godos moran entre nosotros, ella es la única que no está bautizada. Cumple desgraciadamente su palabra. Desde que el valle de Aitor se hizo cristiano, no ha vuelto a poner los pies en él. Vuestra hija se lo ha suplicado mil veces; pero siempre en vano. Ha querido obligarla en cierto modo, no permitiendo que nadie habite en el caserío de Aitormendi; pero esta atención, este respeto, no han producido hasta ahora ningún resultado.

-¡Y dices, sin embargo, que cuentas con ella en defensa de la cruz!

-Ella no irá a defender la fe; pero sí la independencia de la escualerría contra los nuevos invasores. No lo dudéis, padre mío; vibrarán las cuerdas de su arpa con más vigor que nunca. De su ya cansado pecho, de su ya bronca garganta, saldrán los antiguos sonos, como de un león moribundo salen los últimos y más valientes rugidos.

-Está bien, García; veamos ahora tus medios de defensa, tu plan de campaña.

-¡Mi plan de campaña! Necesito consultarlo primero con el obispo.

Ranimiro se le quedó mirando con alguna extrañeza; pero el rostro del caudillo expresaba tal sinceridad y firmeza de resolución, que no se atrevió a replicarle.

Por mucha confianza que su juvenil ardor le inspirase, no veía el monje las cosas bajo aspecto tan halagüeño como García. Acababa de cruzar la Península casi de Sur a Norte, y donde no tuvo que saltar por ruinas y escombros, cruzó por entre gemidos y clamores de espanto y desolación. En el mismo territorio vasco proyectábase la sombra del musulmán, como la de un eclipse de sol en claro día: los pueblos de las riberas y los llanos contaban con el triunfo en definitiva, pero contaban por de pronto con el sacrificio inevitable, con el próximo, aunque no largo cautiverio.

Humanamente pensando no podía ser otra cosa: cada uno de los dos amires agarenos había recorrido la España entera precedido de la victoria, amiga inseparable del terror que infundían los conquistadores; pero juntos, unidos los dos caudillos, estaban tan seguros de vencer, que casi desdeñaban los preparativos ordinarios de toda empresa militar.

Después de haber permanecido García Jiménez breves momentos en el Cónclave canonical, conferenciando con Marciano, tornó al alcázar, desde donde se le vio adoptar algunas disposiciones, que denotaban un plan fijo y bien meditado. Por lo menos, no se le veía titubear en nada, ni perder un instante siquiera. Mandó buscar a Petronila, que se hallaba en su castillo de las Dos Hermanas, y a la Adivina de Aitormendi, cuyo paradero se ignoraba, y sobre todo, dispuso que se practicara el más escrupuloso registro en la judería.

Si realmente trataban los musulmanes de conquistar la tierra vascongada, debía de suponer que Pamplona era por de pronto el punto objetivo del ataque, y que en esta plaza, como en todas las demás donde estaban tolerados los hebreos, contaban los invasores con la aljama, tan seguramente como podían contar con sus propias huestes. El registro, hecho sin miramientos y a la luz del sol, era ya rompimiento de hostilidades, intimación a los musulmanes de no guardar con ellos ni sus auxiliares contemplación alguna.

Y realmente, aquel aviso tenía bastante importancia, porque se observa generalmente que el miedo de los cristianos en los primeros tiempos de la invasión era tal, que alcanzaba hasta el respeto a los judíos. No parece sino que existía la profunda convicción de que iban a convertirse en amos los que, hasta la sazón, habían pasado en concepto de siervos.

El registro general de la aljama proporcionó a García muchas armas y municiones de guerra; el de la casa de Respha, algunas cartas en hebreo que confirmaban la complicidad de los israelitas, y su acuerdo con Tárik y Muza.

Con las pruebas del delito en la mano, mandó prender García a la hermana de Pacomio y príncipes y cabezas de la Sinagoga. Ni respetó siquiera a los físicos amigos de Munio. Cerró las puertas de la aljama, y la acordonó, amenazando a sus habitantes con darla fuego por los cuatro costados a la menor señal de sublevación. El guante estaba arrojado: y si los musulmanes vacilaban en la arremetida; si, como algunos decían, trataban sólo de pasar de largo para las Galias, con esta provocación tenían que detenerse, aunque no fuese más que para castigar la insolencia de los provocadores.

Al propio tiempo, con el fin de impedir que Munio o sus emisarios volviesen a la metrópoli, mandó que diferentes partidas sueltas vigilaran los dos caminos que a ella conducían: el Arga y Burunda.

Después de lo cual, tornó a conferenciar con Ranimiro y Amaya.

-Hablemos ahora de mi plan de campaña, dijo el caudillo.

Y como la princesa quisiese retirarse, añadió su marido:

-Quédate, Amaya, no tengo para ti ningún secreto; pero aunque éste lo fuese, tú tendrías que descubrirlo dentro de breves horas, porque te advierto, que entra en mis planes de guerra el disponer de tu padre.

Amaya no pudo disimular su alegría. Dolíase, ta vez, en su interior, de que en ocasión tan grande y solemne permaneciese ocioso el valor del antiguo, insigne capitán de los godos.

Pero Ranimiro le atajó exclamando:

-García, no te olvides de mis votos, y piensa, ya que no en mis muchos años, en los pocos arreos militares de que me ves aparejado.

-Por no haberlo olvidado, he tenido que acudir al obispo. Mi plan, padre mío, no puede ser más sencillo: consiste en no ceder a los infieles ni un solo palmo del terreno de la Vasconia amenazada, en no dejarlos vivir ni sosegar, ni aun en los llanos.

-¿Y dónde están tus medios de resistencia? ¿Dónde tus fuerzas para la descomunal batalla que se te prepara? ¿Dónde huestes disciplinadas que oponer a esos ejércitos aguerridos, hechos a ganar campales batallas, que suelen durar cerca de una semana? Tu pensamiento generoso denota corazón muy esforzado; pero grande inexperiencia en cosas de guerra.

-Pues qué, ¿pretendéis que ceda a los enemigos de la cruz?...

-Lo que siempre habéis tenido que ceder: las riberas del Ebro, la tierra llana. Vuelve los ojos a todas las invasiones que recuerdan los cantares o la historia: siempre, García, siempre vuestros enemigos se han apoderado de esos brazos que parten del Ebro y se enlazan en Pamplona. Esas riberas las habéis perdido siempre; y porque habéis aprendido a perderlas, habéis sabido haceros invencibles en la montaña. No me citarás un ejemplo en contrario. Por Dios, García, desiste de ese plan, que considero funesto y desastroso: vencido en el Arga y la Burunda, no tendrás gente ni aliento para resistir en los desfiladeros y riscos, conocidos de todas nuestras victorias.

-Ranimiro, lo tengo bien pensado: de esta tierra, que ha sido la última en hacerse cristiana, no cedo a los infieles más que el hoyo que necesito para enterrarlos. Orillas del Ebro, que lame los cimientos de un cerro que ya conocéis, dando sombra a dos pueblos que serán fácil albergue del invasor, porque yacen a la margen opuesta del río, álzase el castillo de Cantabria, que pocos años ha pertenecía al padre de Pelayo, y hoy pertenece a vuestra hija Amaya. Presidio que lleva estos nombres; fortaleza de Amaya y de Pelayo, no ha de caer en poder de sarracenos, dijo García con su acento más enérgico y sus ojos más enamorados.

Amaya se sonrió: resplandecía en su rostro, no sólo la aprobación, sino el agradecimiento, y hasta el orgullo de tener aquel marido.

Su padre contestó después de haber contemplado a su hija:

-Veo que mi voto no puede prevalecer en este singular y extraño consejo de guerra; pero no importa: no dejaré por eso de intentar atraeros a la razón. ¿Conoces tú, García, ese castillo donde Amaya ha pasado algunas temporadas? ¿Sabes, por ventura, que pueden llegar hasta allá flechas disparadas desde Lucronio? ¿Cómo se defiende aquello? ¿A quién pones allí de guarnición?

-¡A vos, a vos, padre mío, con los antiguos colonos de Favila! ¡El cerro de Cantabria tiene para vos el recuerdo del ciego duque, de Amaya y de Pelayo! No, no me digáis nada, no me repliquéis: tengo el permiso, más todavía, tengo el precepto del obispo para que sirváis a mis órdenes como guerrero: y yo, como capitán, os mandó allá. No sois sacerdote: habéis pasado de penitente a monje; habéis salido del estrecho círculo en que os encerraba la decalcación. Obedeceréis al prelado. Iréis allá.

-Iré; mas no a vencer: iré a morir.

-Y no moriréis solo, le contestó Amaya. Yo os acompañaré.

-¡Tú!

-Yo, padre mío: mirad si estaré segura de que me habéis de salvar.

-¡Pero eso es una locura!

-Cierto; la locura que echa de menos mi marido: la locura de la cruz.

García no pudo contenerse, y alargó la mano a su esposa, diciéndola:

-Si otro fuese tu padre, si otra fueses tú, te diría: «No vayas». Pero te conozco, Amaya: cedo a tus impulsos, que parecen inspiración. Ya no haces falta aquí; vete a preparar tu viaje; partiréis esta misma noche.

Así que se quedaron solos, Ranimiro dijo a García:

-Norabuena que yo vierta toda mi sangre; pero ¿qué vas a conseguir con encerrar a mi hija en aquella fortaleza?

-Que la fortaleza no caiga nunca en poder de los musulmanes. ¿Creéis que los godos pueden consentir en que perezca Amaya? ¿Creéis que no ha de morir hasta el último vascongado por salvar a la hija de Aitor? Id allá, Ranimiro: aquel castillo, situado en medio de las dos vías que conducen a esta ciudad, no será tomado por los sarracenos, y mientras no lo tomen, no se atreverán a llegar hasta aquí. Los que antes invadieron nuestro territorio, no encontraron la resistencia de la fe, que vale más que la del suelo y la del hogar. De encender la fe, de inspirarnos hambre de gloria y sed de martirio, Marciano queda encargado. Cuando veáis que estas montañas se conmueven, que los gigantes Pirineos, al sentir los pasos del musulmán, se estremecen y quieren caer encima del

invasor; cuando veáis que las mujeres, a ejemplo de Amaya, no se hacen sordas al apellido, ni se tienen por exentas de la ley de guerra; en una palabra: cuando todo parezca trastornado y confundido en el orden humano, pero todo ordenado, todo bien dirigido en la mente suprema de la Providencia, no preguntéis cómo se han de hacer las cosas, porque os responderé que las cosas se hacen cuando Dios las quiere, no como las disponen los hombres, sino como las quiere Dios.

-¡García, García!, exclamó Ranimiro abrazando a su hijo: cuenta con un loco más: dispón de mí.

CAPITULO II

De la visita que tuvo el solitario de Aralar

Dos días después de la llegada de Ranimiro a la metrópoli vascónica, el venerable obispo Marciano estaba celebrando misa en la iglesia de Santa María de Zamarce, a la falda meridional de la sierra de Aralar, no lejos del sitio que hoy ocupa la villa de Huarte Araquil, y poco más o menos a distancia igual de Alsasua y las Dos Hermanas. Era ya antiguo este templo, debido a la piedad de los visigodos, y en la clave del pórtico se distinguía apenas, toscamente cincelado, redondo escudo de piedra con el lábaro de Constantino, y el *alpha* y *omega* que los monumentos religiosos ostentaban, desde que los reyes españoles abjuraron del arrianismo.

Arrodillados cerca del presbiterio, asistían muy devotamente al incruento sacrificio Petronila, cubierta con luengo manto, y García Jiménez, armado y apercebido al combate, como se infería de los corceles y gente de guerra, acuartelada en la hospedería de monjes, contigua a la iglesia.

Después que el prelado acabó de celebrar, dio gracias no muy largo rato, y acompañado del párroco, se retiró a la abadía, única vivienda a la sazón en las inmediaciones del templo; pues la villa de Huarte no fue hasta el siglo XIV trasladada de la opuesta ladera, donde se indica en primitivos itinerarios.

Allí se desayunó Marciano frugalmente; no obstante lo cual, dijo sonriéndose al abad que le servía:

-Es necesario que hoy me exceda un poco. Tengo que hacer muy ruda y áspera jornada.

-¿Hemos de acompañaros los monjes?, le preguntó el párroco.

-No: sólo García Jiménez vendrá conmigo.

-¿Con todos estos guerreros que han venido con él?

-Él y yo subiremos solos a la cumbre del monte.

-Por cierto, señor obispo, que nadie se arrima ya a la peña, ni para guarecerse de nublados. Hasta los cabreros huyen de la gruta de algunos meses a esta parte.

-¿Por qué?

-Los unos por miedo, los otros por respeto al santo anacoreta.

-¿No le han conocido?

-¡Ay, padre! Ni su misma mujer acaso le conocería ya.

-¿Tan desfigurado está?

-Es un esqueleto vivo. Los pastores, que alguna vez lo sorprenden o columbran, han esparcido la voz de que la peña de Aralar está habitada por fantasmas.

-¡Fantasmas en aquel sitio de oración y penitencia!

-¡Qué queréis, santísimo padre! El vulgo es así: y recordando no sé qué historias de diabólicas apariciones del Basajaun y de ermitaños por estos sombríos bosques y barrancos, la gente está indecisa y recelosa, temiendo que el solitario que entre nieblas, nubes y relámpagos divisa, sea el mismo infernal fantasma que indujo al parricidio a Teodosio de Goñi.

-Pues hoy verán, contestó el prelado, hoy verán que el obispo de Pamplona y el caudillo y señor de esta tierra, llevan el santo Viático al fantasma, y lo tendrán en veneración. ¿No lo habéis hecho vos también alguna vez, desde que servís esta iglesia?

-Siempre que lo habéis dispuesto. Pero he subido solo, y en secreto, como así lo ordenabais, al tenor de la extraordinaria vida del penitente, del misterio en que está envuelta, y del mandato expreso que, según parece, ha venido de Roma. Pero, como práctico, os advierto que ni García ni vos llegaréis a la cumbre en toda la mañana: el camino es muy expuesto para los que no le conocen. Necesitáis un guía.

-Lo tengo ya. ¿Os parece si será bueno Petronila, la mujer de Lope de Echeverría?

-El mejor. Petronila, que vive hace tantos años detrás de las Dos Hermanas, conoce a palmos toda la sierra, y os llevará por senderos en que yo mismo correría riesgo de perderme, y que relativamente pueden llamarse fáciles y suaves: la antigua loca de las Dos Hermanas nunca ha tenido miedo ni a fantasmas de Aralar, ni a gentes de carne y hueso, y es la única que, sin entrar en la gruta, se acerca alguna vez a la mesa y planicie del monte.

-Ella y García me esperan en la iglesia: llamadlos.

-¿Almorzarán también?

-Aquí no. García se desayunará en la cumbre, y como supongo que no ha de hallar muy bien provista la despensa del solitario, no estará de más que lleve de aquí el almuerzo.

Al poco rato se presentó la mujer de Lope, con manto en la cabeza y un poco menos altiva y gallarda que de costumbre: los años la habían encorvado, amenguando realmente su arrogancia y estatura. Detrás de Petronila, entró García, en cuyos ojos se traslucían cierta inquietud y aun impaciencia, contenidas, sin embargo, por el respeto.

-¿Le habéis avisado?, preguntó Marciano a Petronila.

-Desde ayer está prevenido.

-¿Y cuáles son las noticias más recientes que podéis darme de él?

-Las de siempre; no le hablo jamás: ayer tarde por vez primera entré en la gruta, y le dirigí la palabra. Quedé espantada de su rostro, y conmovida y edificada al propio tiempo. ¡Qué desnudez de vivienda! ¡Qué falta de todo humano recurso! ¿Cómo pueden vivir así terrenales criaturas? En el verano, cuando hay yerbas en abundancia, sólo de ellas se sustenta. Cuando escasean, en una próxima roca le dejo mendrugos de pan áspero y moreno, porque si es entero y blanco no lo prueba. He intentado alguna vez depositar en el sitio de costumbre alimentos más nutritivos y sustanciosos; es inútil: los pájaros se los han comido. ¡Oh, padre mío, vida semejante es un milagro continuo! Los fríos y hielos del invierno hienden allí las rocas, que crujen resquebrajadas; con nieve se ciñe la peña la mayor parte del año, y sin embargo, allí no se ve el humo, ni allí señal de fuego. Hambre, frío y soledad: y ese pobre penitente sin más abrigo que túnica y capa bien raídas, ni más lecho que las losas, ni más cabezal que un guijarro. ¡Oh, padre mío, sacadlo de allí, ya que no por él, por su mujer siquiera! Si grande fue su pecado, grande es su amor y grande su penitencia.

-Sacadlo de allí, repitió García, por la salvación de la tierra vascongada. Cuando los montañeses vean que Dios ha hecho un santo del que ellos querían hacer un rey, ¿qué combate será temerario? ¿Qué victoria imposible?

-Pedídselo a Dios, contestó Marciano, enternecido con tales súplicas; pedidle que le dé fuerzas para descender, y que los preceptos del Sumo Pontífice le permitan volver al mundo y presentarse a los hombres. Vamos a subir los tres: disponeos inmediatamente.

Desde Santa María de Zamarce principia el camino de Aralar, agrio y penoso hoy mismo por los árboles, raíces y matorrales que le interrumpen, pedregales y lastras resbaladizas, que se inclinan con frecuencia al precipicio. Era mucho más peligroso entonces, que apenas había senda abierta.

El obispo salió de la iglesia, llevando colgada al pecho una cajita de plata, a modo de relicario, donde encerró sin duda la Sagrada Forma, como en los primitivos tiempos del cristianismo, cuando se llevaba la comunión a los mártires.

García Jiménez había dispuesto que a la salida del templo su escolta rindiese las armas, y dejó instrucciones para que se le avisara de cualquier novedad que ocurriese durante su ascenso a la montaña. Críticos y apurados eran aquellos momentos para el caudillo vasco: los árabes no habían cruzado todavía el Ebro; pero seguían remontando el río desde Zaragoza, y presumía el señor de Abárzuza y las Amezcuas que el ataque principal se verificaría en Álava, por suponer los musulmanes que en aquel punto, como más alongado, cogerían a los cristianos desprevenidos.

Ranimiro y su hija habían salido el día anterior para el castillo de Cantabria, en cuyas cercanías se formaba, por decirlo así, la vanguardia de las vascónicas huestes. Los

cristianos comprendían todo el valor e importancia de aquel acto heroico. O la Vasconia entera se salvaba, o la hija de Aitor, la esposa del caudillo vasco, perecía.

No era extraño, pues, que García Jiménez se arrodillara delante del altar de Santa María de Zamarce, implorando el celestial auxilio que visiblemente se había manifestado en Covadonga; ni tampoco que quisiera acompañar al obispo para hacer que bajara de la cumbre de Aralar aquel solitario, cuya sola presencia debía de infundir insólita y superior bravura en los corazones.

Iba García con la cabeza descubierta, alumbrando con un hacha de pez en la mano, y recitando con el prelado los himnos y salmos que sabía de memoria. Petronila les precedía también con teas, que renovaba de cuando en cuando.

Como la subida era de unas dos horas, el anciano obispo tenía que hacer alto y descansar algunos ratos; mas no pudo conseguir que sus dos acompañantes se sentaran: mientras él reposaba breves instantes, García y Petronila se arrodillaban en profunda adoración. Las nubes tendidas desde la cordillera de Andía a la de Aralar servían de dosel; de trono, el monte; las aves que cruzaban cantando por el espacio, por superior instinto revolaban sin cesar en torno del Sacramento.

A pesar de estas pausas y detenciones, mucho antes de medio día llegaron a la cumbre. En ella vieron arrodillado al solitario, que los estaba esperando.

Teodosio de Goñi, fornido en otro tiempo y de recia y membruda complexión, les pareció tan flaco y extenuado, que apenas tenía más que huesos y piel. No le hubieran conocido: entre la barba y cabellos blancos, crespos y erizados, mostrábase apenas el rostro cadavérico, macilento y curtido por la intemperie; en aquel rostro sólo llamaban la atención los ojos. Eran el foco de la vida, luz y calor que sustentaba el cuerpo.

¿Vio Teodosio a los que venían? ¿Los conoció? No puede concebirse que no los viera, ni conociera; pero tampoco puede explicarse cómo hallándose de improviso al lado de García Jiménez, a quien dejó herido y moribundo en el lecho, y volvía a ver en toda la fuerza y vigor de la juventud, permanecía inmóvil, sin la menor distracción, con la mirada fija en el relicario, imán que le robaba el corazón, y luz que le fascinaba.

Cuando Marciano, al llegar a la verde y aterciopelada planicie del peñón, pasó delante del solitario, éste se prosternó hasta besar el suelo, y al caer se sintió el crujir de la cadena de hierro que llevaba sujeta, con pretina también de hierro, a la cintura. Aquella cadena, que aún hoy día se conserva, pesaba más de diez y ocho libras.

Entró el obispo en la gruta, donde, en efecto, nada había que revelara la existencia de humana criatura. Pero no; algo se notaba allí preparado por los hombres, algo mostraba que la negra concavidad no era albergue de fieras. Una de las peñas, blanca, limpia y lustrosa, sobresaliendo un poco de las demás, servía como de altar y pedestal de tosca cruz de madera, al pie de la cual, sobre un lienzo más cándido que el alabastro, ardían dos velas, puestas a prevención entre zarzas, cuajadas de rojizas y doradas flores. Sobre aquel paño, que parecía la gala y lujo del solitario, depositó el obispo la caja de plata, y después que todos la adoraron, se dirigió al sitio más hondo y apartado para confesar al anacoreta.

García no se movió del altar, y con el corazón de Magdalena permanecía cerca de Aquél de quien todo lo esperaba. Marta, es decir, Petronila, mostraba otros cuidados, y preparaba el almuerzo.

Terminada la confesión, se acercó Teodosio al rústico improvisado altar para recibir la comunión, que Marciano tenía prisa en darle. Mas no fue a él solo: iba también a comulgar el caudillo de los cristianos, García Jiménez.

Para trazar aquel cuadro sencillo y majestuoso se necesita el pincel con que el Dominichino pintó la comunión de San Jerónimo anacoreta: las miradas de Teodosio; su pecho levantado y palpitante, en que no cabía el corazón; aquella ansia de llegar a quien se le acercaba; aquel vuelo con desmayos, y temor y confianza en el amor confundidos, parecen realmente indescriptibles. Gozaba el solitario muy de tarde en tarde, y sólo cuando el prelado lo disponía, del inefable consuelo de la comunión; y esperarlo, y guardarlo después que se derramaba por toda su alma, era el afán, la ocupación, el acontecimiento principal de su vida contemplativa. Con una comunión atesoraba para mucho tiempo espiritual deleite y dulcedumbre, y preparaba el horno del corazón para la otra, teniendo bien encendido el fuego, y cuidando de que ni un átomo siquiera del celestial calor se le escapara. Pero la comunión de aquel día era extraordinaria: recibíala de manos del obispo, y participaba de ella aquel amigo a quien no había vuelto a ver desde los días del parricidio. La presencia de García le renovó la memoria de su delito, y el rostro del caudillo vascón hízole presentir algún extraordinario acontecimiento, algún suceso importante, que, salvando los confines de la soledad, debía de poner en contacto el yermo con el mundo.

Cuando Marciano sacó la Sagrada Forma del relicario y la tomó en sus manos, parece que cesó de repente la insensibilidad de lo más duro, inerte y bronco de la naturaleza, y que toda entera se conmovía, asociándose a la augusta ceremonia. ¡Sublime escena! Aquella cumbre, la más alta de todas, se erguía como un altar digno de las gigantescas montañas que le cercaban: recibían los Pirineos el sello de santidad, y respondían a su vocación de montes cristianos. Las nubes se rasgaron, y el sol entre ellas, cerca ya del cénit, enviaba sus rayos más apacibles y cariñosos para ceñir con ellos hostia y altar, ministro y acompañantes. Las aves enmudecieron: no tenían voces dignas de aquel acto. Diríase que no querían interrumpir al sacerdote cuando decía:

-He aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Pero había quizás otro corazón más conmovido que el de Teodosio, otro pecho más enarcado y férvido todavía.

García Jiménez se atraía en aquel momento las miradas de la cristiandad: montes y collados de Vasconia fijaban en él los ojos como en su única esperanza. En derredor de aquella montaña superior, sobre la que descollaba de hinojos, sonaban los ayes y clamores de un pueblo nuevamente amagado por la servidumbre, y cual nunca por la impiedad; y se alzaban también sus gritos de guerra, su juramento de vencer o morir. El corazón de García Jiménez sentía en aquel momento todas las angustias y esperanzas del pueblo vascongado.

Pero el joven caudillo, que por infundir fe ciega y salvadora confianza se había desprendido de lo que más en el mundo amaba, lanzando a su Amaya delante de las cristianas huestes, para que éstas, sin miedo a morir, se arrojasen a libertarla, necesitaba infundir a los suyos un valor, por decirlo así, sobrenatural, y encender el fuego que no se detiene ante ningún estorbo ni valladar: sólo de esta manera podía salir incólume la hija de Aitor, y la tierra de Aitor con ella.

Por eso pedía a Dios en aquel momento que moviese las entrañas de Teodosio; que le diese fuerzas para descender y abrasar con sus miradas y palabras el ejército de godos y vascos con que iba a dar la batalla. Sin esta ceguera del valor, la batalla era perdida: los ejércitos agarenos de Muza y Tárik parecían invencibles, y a los ojos de la razón, temeraria empresa la de oponerse en campo raso al vencedor.

Por espacio de algunos minutos después de la comunión, dejó el obispo a Teodosio y García entregados a los singulares trasportes y unción de la gracia; pero el tiempo urgía y el prelado se acercó a sus dos amigos, diciéndoles:

-Venid: hora es ya de que hablemos, y de que toméis algún alimento.

El penitente obedeció sin la más leve muestra de disgusto: parecía que toda su voluntad, toda su virtud, se cifraba en la obediencia.

Como era verano, sacó de su despensa unas yerbas y raíces que había cogido el día anterior; pero el Prelado le dijo:

-Por hoy no, Teodosio: habéis de participar del almuerzo de vuestro amigo.

Teodosio le obedeció sin replicar.

-Necesitáis robusteceros un poco, porque tendréis que salir de aquí.

-Explicaos, santísimo padre, repuso el solitario: ¿disponéis que busque otro yermo?

-¿Cuánto tiempo hace que carecéis de noticias de lo que pasa en el mundo?

-Del mundo, santísimo padre, nada sé desde que vine de Roma, que fue a los tres meses y veinte días después de la batalla en que murió Rodrigo.

-Pues bien, es necesario que os enteréis de todo, y para eso ha venido aquí García.

-En breves razones te lo puedo indicar, dijo el caudillo navarro: los infieles son dueños de toda la Península española, excepto de algunos montes de Asturias, donde Pelayo levanta la enseña de la cruz, y del ducado de Aurariola, en que Teodomiro se ha proclamado independiente. Dejando a entrambos a la espalda, vienen los musulmanes, se apoderan de Cesaraugusta, y desde la orilla derecha del Ebro van a caer sobre nosotros.

-¿Por el Arga?

-Por el Arga amagan, por Victoriaco y esa parte del Burunda probablemente darán el golpe. Entren por donde quieran, me encontrarán dispuesto a perder mil vidas que tuviera, antes que nuestra religión e independencia. He mandado a Ranimiro al castillo de

Cantabria, primer baluarte de nuestra defensa. Su hija está allí, Amaya, mi esposa: o como primera víctima, si Dios nos pide el sacrificio de todo nuestro pueblo, o por prenda de la victoria.

-¡El godo Ranimiro!

-No hay ya en Vasconia vascos ni godos: todos somos cristianos. Pero no basta: es preciso para vencer que todos salgamos dispuestos a ser mártires.

Teodosio se estremeció: se encendieron sus ojos, se enrojecieron sus mejillas.

El prelado le dijo entonces:

-Éste es uno de los motivos que he tenido para venir a veros: el peligro es tan formidable, que para conjurarlo, se necesita el concurso de todos los fieles.

-¿Y qué puedo hacer yo, padre mío?

-¿Puedes dejar esta gruta? ¿Puedes suspender siquiera por unos días la vida que llevas hace tantos años? ¿Puedes ir de ciudad en ciudad, de valle en valle predicando la guerra?

-Cuando por vuestro mandato fui a Roma para que el Papa me impusiera la penitencia que merecía mi pecado, el Sumo Pontífice Constantino, que a la sazón se hallaba en Bizancio, me mandó ceñirme al cuerpo esta cadena de hierro, y que hiciese penitencia con vida solitaria, hasta que la cadena desgastada se me desprendiese de la cintura: y bien lo podéis ver, señor obispo; por ahora no hay trazas de que el ceñidor se rompa.

Y al decir esto se puso en pie, y alzando un poco los brazos, dejó ver el duro y bronco cinturón que traía.

Sus tres amigos le miraron conmovidos y edificados al propio tiempo. Petronila prorrumpió en sollozos; Marciano y García tuvieron que hacerse violencia para disimular su espanto.

La argolla de la cadena, rompiendo el sayal de la túnica, se le metía en la carne; y aunque el penitente remendaba el hábito como podía, bien se dejaba ver que toda la cintura debía de ser una llaga.

No era esto sólo: Teodosio, debilitado por la penitencia, no tenía más que espíritu, y apenas podía sostenerse en pie. Quizás el fuego de la comunión le hacía temblar todavía; tal vez en el hondo de su pecho hervía de nuevo el furor de las batallas. ¿Quién sabe? Por ventura, la presencia de todas aquellas personas, que para él representaban el mundo ya olvidado, le traía los recuerdos de su pasada vida, glorias y pecados, hazañas y delitos, amores, odios y rivalidades. Parecía un cadáver que vacilaba y no podía sostenerse: parecía próximo al término de su penitencia con el de su vida.

García quedó desconsolado. Era una crueldad pedirle que se moviera de la planicie de la montaña. Con aquella cadena, con aquel temblor, con aquella falta completa de vida corporal, ¿cómo insistir, ni siquiera pensar en que diera un paso, ni recorriera montes y valles, bosques y breñas, caseríos y ciudades, predicando la cruzada?

-Ya veis, añadió el solitario, que todavía tengo penitencia para largos años. Un solo eslabón de la cadena se me ha desprendido hasta ahora.

-¿Cuándo?, le preguntó Petronila.

-Antes de fijar mi morada en esta cueva. Como una de las obligaciones y reglas que el Padre Santo me impuso era no entrar jamás en poblados, ni dejarme ver de las gentes, andaba yo de desierto en desierto, abandonando un sitio, apenas por casualidad era en él conocida o sospechada mi existencia. Bajando una vez de las cumbres del frontero monte de Andía, llegué insensiblemente al fragoso bosque de hayas que está delante de mi pueblo. Al verme en él, al respirar el aire de mi casa, sentí tan fuerte tentación de permanecer oculto entre los árboles para contemplar un momento siquiera a mi mujer, cuando fuese al amanecer de Jaureguía a la iglesia, que no supe hacerme superior a mi deseo, y me escondí con este afán en un tronco, decidido a pasar allí la noche. Bien pronto me arrepentí de mi flaqueza, y resolví alejarme del bosque, sin permitirme siquiera volver los ojos a la confusa claridad que despedían las llamas y teas del hogar en las casas de Goñi. Entonces me vi detenido por la cadena, que se enredó en el árbol. Hice algún esfuerzo, y allí se quedó un eslabón. En memoria de este favor divino, dejé en el tronco una cruz.

Marciano, conmovido, le contestó:

-Se necesita un milagro para que ese hierro se quebrante. Pues bien, Teodosio, debéis obedecer al vicario de Jesucristo, y es preciso, García, que a su voz inclinemos todos la cabeza. Cuando el Papa así lo ha dispuesto, para gloria de Dios será. Pero si no es posible que salgáis de aquí, cual yo quería, desde aquí podéis pedir a Dios que mire con ojos de piedad y misericordia al pueblo que nos está encomendado.

-Eso sí, santísimo padre, respondió Teodosio: redoblaré mis oraciones y penitencia.

El obispo se sonrió; Petronila exclamó sin poderse contener:

-Eso no, Teodosio; querer redoblar la penitencia parece ya desesperación. Eso no; porque es imposible.

-¡Imposible! ¡No sabéis la vida que me espera después de la prueba en que Dios acaba de ponerme!

-Confiad en la providencia y misericordia de Dios, le dijo el prelado. Quien se ha mostrado pródigo en milagros con la empresa de Pelayo, no los escatimará con la de García. Alienta, hijo de Jimeno: yo mismo voy a empuñar la cruz, y a llamar a los pueblos al combate.

Levantóse el obispo, y Teodosio, arrodillado a sus pies, le pidió la bendición.

Decía bien el solitario: mayor que todas sus austeridades y privaciones, era a la sazón el sacrificio de su voluntad, el permanecer por obediencia en aquella cumbre, y ver marchar al martirio quizás a sus amigos.

Silenciosos y cabizbajos descendían los tres, cuando a los pocos pasos exclamó Petronila:

-¡Y no ha preguntado por ella!

-No pregunta jamás por nadie, contestó Marciano, y este silencio es una de sus mayores mortificaciones.

Entonces aquella mujer, que sólo se movía por arranques del corazón, con bruscos ímpetus que parecían resabios de demencia, volvióse a la gruta, y en las mejillas del penitente, que los iba siguiendo con la mirada, vio señales de llanto.

-¡Teodosio, exclamó; tú también lloras, tú eres hombre también! ¿No te acuerdas de tu mujer? ¿No quieres saber nada de Constanza?

-Nada tengo que saber, cuando nada me habéis dicho. Pero si ha muerto, no me lo ocultéis, para encomendar a Dios su alma.

-No, no ha muerto.

-¿Vive?

-Vive en Goñi; vive donde vos la habéis dejado, y haciendo la vida que la habéis prescrito. Vive, y os ama.

-¡Gracias, Dios mío!

-¡Vive, y os espera! Todo el mundo os cree muerto en lejanas tierras. Constanza es la única que os aguarda...

-¡Pero hace tantos años!

-Todos y cada uno de los días de esos años.

-¡Decidla que me siga amando, que siga esperándome! ¡Oh, no, Petronila! Vale más que no le digáis nada. ¿Para qué alimentar inútiles esperanzas? Esta cadena tiene más vida que yo. Sólo la mano de Dios puede quebrantarla, y yo soy cada vez más indigno de este favor.

-¿Y ella, Teodosio?... Ella, que también es una santa, ¿no arrancará del cielo ese milagro?

-¡Oh! ¡No me habléis de ella! ¡No me habléis de nadie en el mundo! ¡Dejadme! ¡Me habéis destrozado el corazón! ¡Petronila, tened compasión de mí!

Dijo Teodosio, y huyó precipitadamente a postrarse delante de la cruz de madera, cubriéndose el rostro con ambas manos.

CAPITULO III

Que no yerra quien obedece al superior

Por insignificantes que los sucesos de la gruta nos hayan parecido, formaban época en la vida del solitario de Aralar, émulo de sus predecesores en la Tebaida.

Por vez primera en su retiro percibía los murmullos del mundo, y sentía estímulos y halagos terrenales: por primera vez se enteró de las cosas públicas, habló de su mujer, de su casa y amigos; y con estas imágenes y memorias desapareció la serenidad de su espíritu, viose acometido de mal adormidas pasiones, y quedó profundamente perturbado. Era un santo, pero hombre siempre de carne y hueso; y si con superior voluntad glorificaba a Dios, con alas corporales volaba rastreando al duce son y reclamo del mundanal acento. Habíanse adelgazado las fibras de su pecho, y abierto copiosamente las fuentes de su ternura. Lloraba como un niño, y se dolía del llanto que le arrancaba el recuerdo de tantas personas queridas, creyendo que aquellas lágrimas eran robadas a Dios y al dolor de sus pecados. Con razón había insinuado que desde aquel día se redoblaba para él la penitencia, con el quebranto de la voluntad y mortificación del espíritu.

Después de orar al pie de la cruz, la fuerza misma de sus pensamientos llevóle al extremo de la planicie, para contemplar de lejos la ciudad codiciada por los musulmanes, y más cerca la vía romana que tenían éstos que seguir, en el caso de acometer a Pamplona por el flanco izquierdo.

-¡Oh!, decía Teodosio, disculpando el vivo interés que le devoraba: si hasta aquí llegan, aquí tiene que darse la batalla; y yo la presenciaré con las manos alzadas, hasta alcanzar del cielo la victoria.

No veía señal ninguna de combate, ni siquiera de paso de tropas; pero llamó su atención la carrera velocísima de un jinete godo, que montaba a caballo árabe de pura sangre. A pesar de la distancia, no podía dudar de la nacionalidad del caballero: el caracala de escarlata, la cota y capacete de brillante acero lo indicaban.

¿Por qué corría a todo escape, y con apariencias de fugitivo, en tierra amiga?

Bien pronto se aclaró el misterio. A cierta distancia aparecían como persiguiéndole jinetes vascos. ¿Se habría renovado súbitamente la guerra entre éstos y los godos?

Difícil era dar alcance al perseguido; pero los montañeses, conociendo la inutilidad de sus esfuerzos, apelaron a recurso eficaz y de éxito seguro en aquellos momentos, en que el valle, y aun el camino, debían de estar muy vigilados.

Lanzaron el grito de alarma que acusa la presencia del enemigo y encomienda a cualquiera su captura y muerte en caso necesario.

El godo estaba perdido; y conocedor, sin duda, de la significación de semejantes voces, saliéndose del camino llano y ribereño, enderezó la carrera del impetuoso corcel hacia la falda del monte, para perderse en lo fragoso de la sierra, por entre selvas y peñascos.

El caballo árabe, poco acostumbrado a correr en terreno de pizarras y lanchas resbaladizas, salía asustado de un precipicio para asomarse a otro, y estremecido y horripilado perdió al fin hasta el instinto de salvación; y cerca ya de la cumbre, se le fueron los pies y cayó derrumbado.

Verlo Teodosio, y correr hacia el sitio de la catástrofe, todo fue uno. No se acordó de que estaba descalzo, ni de la pesada cadena que ceñía: por entre espinos, peñas y matorrales

descendió al precipicio, formado por altísimas rocas que cortaban verticalmente profunda torrentera, seca a la sazón y cubierta de arbustos y malezas.

Al pie de la tajada peña yacían inmóviles caballo y caballero, a dos o tres pasos el uno del otro.

El jinete, con rostro ensangrentado y la copiosa cabellera en desorden, parecía cadáver. Teodosio tomó el capacete que vio a corta distancia, lo llenó de agua en un pequeño manantial que brotaba de las rocas, y limpió la cara del despeñado.

Era éste un hombre de edad madura, sin ninguna señal de vejez, con barba y cabellos negros, ensortijados y lustrosos, facciones varoniles de grande energía, y sin embargo, hermosas y agraciadas.

Parecióle que no respiraba ya; pero deseando salir de dudas, le soltó el sayo militar, le aplicó la mano al corazón, y con grande alegría observó que aún palpitaba. Tornó a rociarle el rostro, con lo cual principió el moribundo a dar señales de vida.

No podía dejarlo a la intemperie, y en sitio tan sombrío y desamparado, donde era probable que fuese acometido y devorado por las fieras. Trató, pues, de llevarlo a la gruta.

Al descubrirle el pecho, se le habían desprendido de lo interior del sayo dos pergaminos, que Teodosio recogió para devolvérselos a su dueño.

Al guardarlos, no pudo menos de advertir que estaban escritos en caracteres que no conocía. La escritura de cada uno de los pergaminos era distinta de la del otro. Ni tenían entre sí la menor semejanza, ni se parecían a la vulgar.

Cargó en seguida con el cuerpo casi inanimado del caballero, y por el camino menos áspero, aunque más largo, discurrió con harta pena y dificultad a la cima de la montaña.

Como puede figurarse el lector, era empresa muy ardua para el extenuado penitente; y llevarla a feliz remate, punto menos que un milagro requería.

Pero de estos milagros se apacienta la caridad. Con los pies ensangrentados, la cintura en carne viva, y el peso de argolla y eslabones de hierro, pudo salir de la hondonada con el herido en hombros.

A tiempo fue; porque entre brezos y carrascales sintió el aullido de lobos, que al olor de la sangre venían alegres a cebarse en el caballo. Si el jinete hubiera quedado allí, también habría sido pasto de su voracidad.

Descansó Teodosio un momento al borde ya del precipicio. El caballero daba de cuando en cuando lastimeros gritos, que le arrancaban, sin duda, los dolores, el quebranto y molimiento.

Aquellos ayes le partían el corazón al solitario, que no se acordaba ciertamente de sus propias llagas y fatigas.

Terribles eran éstas cuando llegó a la gruta. Desprendióse de la carga, y era tal su debilidad y el anhélito de su pecho, que no se sabía cuál de aquellos dos hombres estaba más próximo a expirar. Pero en medio de tantas angustias, volvió Teodosio los ojos al desconocido, cuyas lastimosas miradas le taladraron el corazón, y se avergonzó de su propia flaqueza.

-¡Fuerzas, Dios mío!, exclamó en alta voz; ¡dadme fuerzas para salvar a este desdichado!

Y como Dios hubiese acudido a su ferviente oración, sintióse reanimado, y preparó un lecho lo mejor que pudo. Entonces, y sólo entonces, echó de ver su completa falta de recursos, la terrible desnudez y agreste desamparo de su morada.

-¡Oh!, tornó a decir murmurando; ¡cuántas cosas me faltan!

Todo, en efecto, estaba de más para el penitente; todo le parecía poco para su huésped. Iba y venía de un lado a otro, buscando lo que no hallaba; salía a la boca de la caverna para dirigir la vista al peñón donde Petronila solía depositar sus limosnas, y tornaba desconsolado.

Al fin pudo reunir algunos helechos parduzcos, y con ellos y la burda capa que tenía por abrigo formó un lecho, donde acomodó al herido, después de haberle quitado la cota, y cubierto con el manto de grana que llevaba.

-Agua, dijo al fin el caballero: me ahoga la sed. ¡Agua y reposo!

Gran dicha fue para Teodosio poderle proporcionar entrambas cosas. Ni su propia madre le hubiera dado al moribundo el cuenco de agua con tanto amor, con tan vivas ansias como Teodosio. Éste, sin pensar en descansar, al apartarse del lecho, tornó a caer de hinojos delante de la roca, que pocas horas antes había servido de altar. Al lado de ella se abría la sima por donde años atrás, según recordará el lector, se había aparecido Petronila.

La oración era el descanso del anacoreta; el cual, con la impaciencia del deseo y el afán de la caridad, se levantó y salió de la cueva, mirando a todas partes, como si algo quisiera hallar para alivio del paciente.

Tampoco el herido podía sosegar, y lo contemplaba todo sin acertar a comprenderlo. Aquella soledad, aquella austeridad, aquella falta absoluta, no ya de todo regalo, sino de lo más indispensable para vivir, le sorprendían y asombraban. Y de que la falta era real, de que su salvador le daba cuanto poseía, no podía dudar: el semblante del solitario lo expresaba; los ojos que por primera vez se espantaban de la pobreza, descubrían el inmenso amor de un corazón caritativo. Pasmábase de que un hombre, viejo al parecer, cubierto de canas, con los pies destrozados, llagada la cintura, y arrastrando pesadísima cadena, hubiera podido transportarlo hasta allí, y que al llegar a la cueva no pensara en descansar ni tomar alimento, sino que, olvidado de sí mismo, sólo por compasión y lástima de un desconocido, echara de menos algo, y sólo por él orara con paternal y fervoroso ahínco.

Al poco rato volvió Teodosio trémulo y espantado, mirando con temor y recelo hacia la subida de la planicie.

Poco tardó el caballero en conocer la causa del espanto.

Sintió cerca de la gruta ruido de armas, y voces de mucha gente. Eran sus perseguidores.

-Hombre o fantasma, gritó uno de ellos al anacoreta: quien quiera que seáis, entregadnos el traidor.

Y aunque al principio turbado y medroso, acabó de presentarse audaz delante de la gruta, porque tras él llegaron algunos montañeses, y en casos tales, siempre infunde valor la compañía.

-Hombre soy, aunque miserable pecador, contestó muy humilde Teodosio; pero esta cueva es mi casa, y este infeliz mi huésped.

-Mirad que viene del campo de los moros, y debe de ser pájaro de cuenta, y enemigo de los cristianos.

El solitario vaciló un momento; pero contestó enseguida:

-Es un desgraciado, que ya no puede haceros daño alguno.

-Estamos apostados por García Jiménez para perseguirlo.

-Dios me ha puesto aquí para protegerlo.

-Preguntadle si es Munio, el amigo del judío Eudón.

-¡De Eudón!, dijo el solitario balbuciendo.

Era la primera vez que el nombre del antiguo duque de Cantabria llegaba a los oídos de Teodosio, desde que se había retirado al yermo. Ni García, ni Petronila, ni Marciano mismo se habían atrevido jamás a tomarlo en boca.

Al repetir el nombre de Eudón, el marido de Constanza se estremeció de pies a cabeza; pero contestó luego, procurando dominar su horror, y aparecer sereno:

-Bien conocéis vosotros mis deberes: a un huésped nada se le pregunta, no se le molesta en nada.

-Aquí traemos un godo que conoce a Munio: dejadle entrar, y él nos dirá si es el magnate que buscamos.

-Por el amor de Dios, amigos míos, exclamó el penitente, cayendo de rodillas y extendiendo los brazos temblorosos en forma de cruz: tened compasión de un pobre moribundo; tened siquiera lástima de mí.

El soldado godo que venía entre los vascos, se había adelantado hacia el fondo oscuro de la cueva, aprovechándose de la postura de Teodosio, y retrocedió diciendo:

-No, no es Munio.

-¡Ya lo oís! No es el hombre a quien buscáis. Dejadlo en paz.

-No es Munio, repitió el soldado; pero esa cara no es de godo. Es un espía, es sospechoso.

-¡En nombre de nuestro caudillo García Jiménez, paso a la justicia!, clamaron los perseguidores.

Y se agolparon todos a la boca de la gruta.

Pero con maravillosa rapidez tomó el solitario la cruz que se alzaba en el altar, y con grande energía contestó, saliéndoles al encuentro:

-¡Atrás! ¡Atrás, en nombre de Dios, que es todo caridad!

Y cayeron de hinojos, y momentos después retrocedieron, y se alejaron avergonzados.

Teodosio hincó de nuevo en la roca el signo de nuestra redención, y se volvió hacia el caballero desconocido, reparando entonces que efectivamente no eran sus facciones de la raza visigoda.

-Tranquilizaos, amigo mío, le dijo: son buenas gentes... Tienen mucha fe... Quien quiera que seáis, podéis estar tranquilo. ¡La cruz os salvará!

El caballero, que a pesar del tristísimo estado en que se hallaba, todo lo había visto, no era Munio, ciertamente no tenía tampoco ninguno de los rasgos de las razas que por espacio de tres siglos habían dominado en la Península: su rostro estaba maltratado por el golpe; pero nosotros lo conocemos, a pesar de hallarse tan desfigurado: era el antiguo duque de Cantabria, el vencido rival de Teodosio y García Jiménez; era Eudón, que venía a poner el sello a su venganza.

Amigo de los árabes por el despecho, estimado entre ellos por sus grandes cualidades de corazón y entendimiento, misteriosamente reverenciado por los judíos, que no conocían un hombre de su casta más enaltecido, traía el encargo de sublevar la aljama iruniense, desde el momento en que viese a las cristianas huestes comprometidas a rechazar la próxima invasión. Con ánimo o no de cumplir la promesa, Muza, en nombre del califa damasceno, le había ofrecido nombrarle amir si abrazaba el islamismo, y darle a Eila por esposa; pero el hijo de Abraham Aben Hezra aplazó su resolución para después del triunfo. Más que la ambición, le dominaba el odio: quería inutilizar y humillar a García, como había inutilizado a Teodosio. ¿Quién sabe? Suponiendo a éste muerto y olvidado, quizás abrigaba, en lo más profundo del corazón, la esperanza de casarse con la que él creía viuda del parricida; porque el rescoldo de su antiguo amor se conservaba vivo todavía entre la ceniza del tiempo, y la balumba de tantos y tan descomunales acontecimientos, de tantas y tan insensatas pasiones.

¿Cómo un hombre entregado a ellas y a los vaivenes del mundo, y ensordecido al eco de los combates, había de comprender ni explicarse la vida santa, espiritual y milagrosamente sostenida del solitario de Aralar? Al antiguo conde de los Notarios, duque de Vasconia y presunto libertador del pueblo israelita, por cuya mente cruzaban fantásticos pensamientos de un reino en Jerusalén, aquella austeridad, aquel apartamiento del mundo, unido a tanta caridad y amor al prójimo, debían semejarle visiones de cerebro enfermizo y trastornado. Ensueño y delirio febril le parecía todo, hasta que las últimas

palabras de Teodosio: «la cruz os salvará», le hicieron volver los ojos a la cruz que perseguía, al signo aborrecido bajo el cual se amparaban sus mortales enemigos.

Lumbre interior iluminó de repente las más tenebrosas profundidades de su entendimiento, y todo lo vio con súbita claridad, y lo comprendió todo. Vida eremítica inexplicable, inverosímil de puro sencilla y austera; penitencia atroz, caridad heroica y sin testigos, de Dios solamente conocida; sacrificio del cristiano por un hombre sospechoso para los cristianos, ¡cuán admirables le parecieron, y sólo inspirados y sostenidos por gracia sobrenatural!

El estremecimiento, el involuntario horror del anacoreta al oír su nombre, le revelaron que la fama de sus empresas y aventura había llegado a la soledad; que su protector, aislado completamente en el mundo, conocía, sin embargo, qué planes y proyectos podía abrigar Eudón al dirigirse a Pamplona.

Y apartando mentalmente los ojos del cuadro que aquella gruta le ofrecía, volvíalos hacia su propia conciencia, hacia lo pasado y lo presente de su azarosa vida, y quedaba espantado. El contraste acabó de herirle el corazón y sintió en el alma dolor tan fuerte, que ante él quedaron mudos y desvanecidos los dolores corporales, que momentos antes se sobreponían a su estoico sufrimiento.

La gruta había quedado sola: no tenía en ella Eudón más compañía que la cruz, y de aquella cruz se desprendían dardos de fuego, que le taladraban las entrañas. Tenía miedo, miedo a la soledad, miedo al silencio, miedo a la luz, y cuando vio aparecer nuevamente a Teodosio, le miró como el único amigo que le quedaba en el mundo. El rostro del solitario estaba transfigurado por la alegría. Venía cargado de provisiones, debidas a la caridad de Petronila: quería hacer lumbre, dar al despeñado algún alimento sustancioso, traía zaleas para su lecho, podía proporcionarle algún alivio, y era feliz.

Acercóse al doliente, y le dijo:

-La Providencia me depara todo esto para vos. Tened paciencia, amigo mío, mientras enciendo lumbre. Esperad; dejadme abrigar con estas pieles vuestra cama.

-No, padre mío, contestaba Eudón con acento compungido: yo no necesito nada. Me muero sin remedio, y lo único que deseo, lo que en nombre de Dios os pido, es que no os apartéis de mí. Sentaos a mi lado: no me dejéis solo ni un instante. Tengo miedo de morir abandonado.

-Tranquilizaos, caballero, repuso el ermitaño. Dios os dará la salud si os conviene; confiemos en su divina bondad. Mirad: yo no tenía aquí anda con qué aliviaros, ni cama, ni fuego, ni alimento; y el Señor, inspirando a personas caritativas, me lo envía para vos. La misericordia divina es grande.

-Tiene que ser infinita para que me toque a mí.

-A todos, a todos llega, cuando alcanza a este pobre solitario, que es el mayor pecador del mundo. Miradme a mí, que he recibido hoy al Señor dentro de mi pecho, y sin embargo, he sido el más odioso criminal; he llegado a donde no llegan las criaturas más abyectas de

la tierra, a donde las fieras mismas se detienen por instinto. ¿Me veis a mí? Quizás por mi penitencia, quizás por mi extraña vida, y lo poco que por vos he podido hacer, me tengáis alguna estimación: desechadla, amigo mío, despreciadme, pues soy indigno de vuestro agradecimiento. He sido un malvado, mis manos están teñidas en sangre, en sangre de mis padres: ¡soy un parricida!

-¡Teodosio!, exclamó Eudón aterrado.

-¿Me conocéis? ¡Bendito sea Dios, pues conociéndome, ya no necesito deciros cómo merezco ser tratado!

-¡Teodosio, tornó a exclamar Eudón; mayores, mayores que los vuestros son mis crímenes! Vuestra humildad me confunde, vuestra penitencia me anonada, vuestra vida me asombra, y Dios me ilumina: yo os quiero confesar mis pecados.

-No soy sacerdote, no puedo absolveros, no debo, por consiguiente, escucharos. ¿Queréis que descienda al valle y os traiga un confesor?

Eudón se sonrió: aquel rasgo, que la postración, la falta de fuerzas, la flaqueza del exánime penitente hacían heroico, le pareció la baladronada más generosa y sublime que podía salir del pecho de un cristiano.

-No hay tiempo, le contestó; ni yo tampoco puedo hacer mi confesión a modo vuestro: no estoy bautizado, y a pesar de los arreos con que me veis, no soy cristiano.

-¡Godo, y no ser cristiano!

-Quiero serlo, Teodosio: me habéis convertido; Dios me ha iluminado. Pero antes deseo que me oigáis, para reparar en lo posible los males que durante mi vida he derramado.

-Hablad: si es para eso, hablad.

-Vengo de Cesaraugusta, que Tárik acaba de conquistar: él y Muza trataban de seguir a las Galias, tendiendo las palmas del desierto por toda la cristiandad de Europa; pero yo los he detenido para que no se dejen atrás los montes de Vasconia. Iba a Pamplona a preparar a los judíos para auxiliarlos: conmigo traía cartas para la aljama...

-Yo las he recogido y las guardo.

-Quemadlas, destruidlas: que ningún israelita llegue a saber las instrucciones de Tárik y Muza, ni en perjuicio de los vascos, se aproveche nadie de ellas.

Teodosio rasgó delante de él los pergaminos escritos en árabe y hebreo, y le dijo:

-Ya estáis satisfecho.

-Y ahora oíd otra confesión más dolorosa para mí, y más terrible para vos todavía. Teodosio, si vos involuntariamente y creyendo matarme a mí y a una esposa culpable, fuisteis parricida, aquí tenéis al miserable que os indujo al crimen.

-¡Eudón!, exclamó con voz terrible y cavernosa el solitario, sintiendo pasar delante de sus ojos nube de sangre y horror que le cegaba.

-Eudón soy yo: aquí tenéis al causador de todas vuestras desdichas, al autor de vuestro crimen.

-¡Callad, Eudón, callad! No me habléis de eso: no digáis una palabra más.

-Sí: yo calumnié a Constanza en Mendiguru; yo quise vengarme a un tiempo de vos y vuestra inocente esposa; yo sabía que en vuestro tálamo dormían vuestros padres aquella noche; mi padre y yo armamos vuestra diestra con el puñal. ¡Perdón, Teodosio: yo fui causa de vuestro parricidio!

Teodosio de Goñi no pudo oír más. Levantóse bruscamente, con presteza y agilidad que no podían esperarse de los muchos años que representaba, de su extenuación y del peso de su cadena, y sin despegar los labios se salió de la gruta con ojos de loco.

Luzbel; no, Luzbel era poco para tamaña empresa y tentación: todas las legiones de ángeles condenados, todo el infierno junto, le seguía y lo acosaba.

La memoria de su delito, la venganza, el odio y el despecho le acompañaban rugientes, sañudos, implacables. Ni en el cielo, ni en la tierra, ni en su fantasía, ni en su corazón alcanzaba a ver otra cosa que el placer, el inmenso placer de decir a Eudón: «¡Muere: has venido a morir a mis manos; muere ahí desesperado; muere sin que te alcance salvación ni misericordia; muere atormentado, en presencia de aquel a quien has privado de su mujer, de la corona, de la felicidad, del trato y comunicación con los hombres! ¡Muere maldecido por mí, torturado por mí, pasando en una hora todos los tormentos que me has hecho sufrir años enteros! Ni piedad, ni lástima y compasión para un malvado como tú. Muere pronto, si no quieres que el corazón te arranque con mis manos».

Pero a la salida se vio detenido por un gemido del moribundo.

-¡Perdón, Teodosio!, exclamaba el desventurado, con entrambas manos en el suelo, y haciendo inútiles esfuerzos para incorporarse ¡Perdón! -repetía-. Si es tan grande la misericordia de Dios, a quien ofendí primero, ¿no has de ser tú también misericordioso?

-¿Qué me queréis?, preguntó el solitario, volviendo un poco el rostro; pero sin atreverse a fijar todavía los ojos en aquel hombre, a quien el infierno entero le presentaba por blanco de sus odios.

-¡El bautismo! Quiero ser cristiano... quiero morir como cristiano. Venid a la voz de Cristo, que os llama por mi voz.

Entonces Teodosio acabó de volverse hacia su enemigo, y como sacudiendo de sí las tentaciones, y anticipando su perdón al arrepentimiento, hizo la señal de la cruz, y se sintió tranquilo y sereno. La legión infernal había desaparecido.

Con paso grave, y rostro dulce y apacible, acercóse al lecho del moribundo, y le dijo, arrodillado junto a la cabecera:

-Eudón, ¿creéis en un sólo Dios Todopoderoso?

-Sí creo, contestó el catecúmeno, estremecido de gozo al ver tan inequívocas señales de la dicha que esperaba.

-¿Creéis en el misterio de la Beatísima Trinidad?

-Sí creo.

-¿Creéis en Jesucristo?

-¡Si creo, sí creo!, repetía el que nació judío y quería entre los suyos pasar por el Mesías. Creo en Jesucristo, que encarnó en las entrañas de María Virgen y murió crucificado por mis padres: creo en Jesucristo, que os infunde tanto valor y tanta caridad, y por cuyos méritos espero ser perdonado.

-¿Deseáis ser bautizado?

-Con todo mi corazón, con todas mis ansias, con toda mi alma lo deseo.

Y al decir esto procuraba Eudón esforzar la voz, cada vez más apagada.

-¿Os pesa de todos los pecados que habéis cometido?

-Sí, me pesa de todo corazón también, y con toda mi alma, contestó el caballero contrito y fervoroso.

-Pues bien, Eudón; yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Y con el agua que tenía al lado, le roció la cabeza.

Entonces Eudón, con entrambas manos estremecidas de júbilo, tomó la diestra del solitario, y llevándola a sus labios, exclamó:

-¡Dios te lo premie, Teodosio!

Y expiró.

¿Qué pasó entonces en aquella gruta?

El solitario quedó como estático, con su mano entre las de Eudón. Parecióle oír rugidos espantosos, y que de la sima de la peña salía un dragón horrible, que iba a caer sobre él y devorarlo.

-¡San Miguel me valga!, exclamó el penitente.

Y sobre el dragón, se presentó entre vivísimos resplandores el bienaventurado arcángel, que dio muerte a la infernal serpiente. Al arcángel acompañaba un coro de bienaventurados, entre los cuales creyó distinguir el solitario a su padre y a su madre, a Miguel y Plácida.

Desaparece la visión y Teodosio se pone en pie.

Las cadenas que llevaba ceñidas, estaban en el suelo: la argolla de la cintura se había hecho pedazos.

Milagro fue; pero de milagro tan patente están dando testimonio todavía las cadenas y la argolla.

Es indecible el gozo del anacoreta: quizás la misma mano que había quebrantado el hierro, cicatrizó de repente sus heridas; quizás la gracia y el gozo interior acabaron de infundirle el vigor y energía que le faltaban. Sintióse un hombre nuevo. Había cumplido la penitencia que el Sumo Pontífice le impuso: había prestado debida obediencia a sus mandatos; sentíase ahora con fuerzas para correr por el mundo y lanzarse a la predicación de la cruzada: después de haber obedecido al Papa, tenía que obedecer al prelado.

Veía a su pueblo en trance de muerte, al caudillo que no había titubeado en lanzar a la animosa hija de Aitor delante del ejército cristiano; y ardía en deseos de contribuir a la salvación de todos.

Pero a sus pies yacía el cadáver de Eudón, cuya alma acababa de volar al cielo, limpia y hermosa con el agua bautismal. Se arrodilló, le besó los pies y exclamó:

-¡Eudón, bienaventurado Eudón, ruega a Dios por mí!

Y tomando la cruz de madera, la puso a la cabecera del lecho.

Al salir de la cueva vio a Petronila, que en la peña de costumbre, con incansable solicitud, iba a depositar algunos nuevos objetos para el herido.

-Ya es inútil, amiga y bienhechora mía, le dijo Teodosio; pero como siempre, venís oportunamente. Ahí queda el cadáver de un cristiano, a quien acabo de bautizar. Dadle sepultura.

-Pero vos, ¿a dónde vais?

-¿No veis mi cuerpo libre ya de cadenas? ¿No veis el milagro que Dios ha hecho, movido sin duda por las oraciones y virtudes de Constanza y de mi pueblo? Voy a predicar la cruzada contra los infieles. ¡Dadme un abrazo Petronila; voy a abrazar también a mi esposa!

CONCLUSIÓN

La repentina aparición de Teodosio en la Burunda, con el inmenso prestigio de santo penitente, y la fama del milagro de Aralar, acabó de sublimar el entusiasmo en las huestes cada vez más numerosas de García.

Una de las mayores dificultades con que éste luchaba, era ignorar el punto por donde debía ser atacado; pero el fervor y la fe la resolvieron presto. Amenazada la línea del Ebro, hacia el Ebro se agolparon todos, sin dejar de tomar altura, ni desfiladero de

verdadera importancia. Para tan dilatado campo de batalla se necesitaba un pueblo entero; García Jiménez disponía de dos: el vasco y el goda.

Ésta era su obra, o como él decía con modestia y ternura: «Ésta es la obra de Amaya».

Ante aquel desprendimiento de las montañas sobre la ribera, los musulmanes se detuvieron y vacilaron. Venían como a cosa hecha: Eudón les había prometido entregarles a Pamplona; los judíos irunienses los apretaban con ahínco; y Tárik y Muza, que, sin cuidarse de vascones, desde Zaragoza trataban de pasar a las Galias o correrse hacia Cataluña, acudieron a la conquista de la metrópoli, creyéndolo diversión militar de pocos días. Pero las medidas adoptadas por el caudillo cristiano para refrenar la soberbia y cobarde alevosía de la aljama; la muerte de Eudón, y el frenesí que se apoderó de los montañeses y ribereños, sin distinción de castas ni edad, les hicieron detenerse.

Con la muerte del soñado libertador israelita, coincidió la captura de Munio, que se dirigía a Pamplona por la ribera del Arga; y si no cayó víctima del odio popular, debido fue a la clemencia e intervención del caudillo navarro. El antiguo vicario del duque, sincera o cobardemente, declaró que llamado por Tárik para corromper a los godos, se había negado a tan villanos propósitos, y volvía a pelear como último soldado entre los leales. En prueba de su fidelidad, reveló a García el plan de los enemigos, que era amagar por la parte del Zadorra y Tudela, y arremeter por los cerros y alfofes de Cantabria.

Desconfiaba García de aquel magnate, cuyo carácter y antecedentes le parecían harto sospechosos; pero si decía verdad, Amaya y Ranimiro estaban en gran peligro: Cantabria, pueblo abierto y fronterizo, sería inmediatamente tomado por los sarracenos; el castillo mismo, que era su única defensa, no resistiría muchas horas: casi desde la orilla derecha del Ebro, podía ser a mansalva destruido.

Agregábase a tan alarmantes noticias la de que precisamente entre Varia y Lucronio acampaban las terribles tropas de Muza. Cualquiera que sea el juicio que ciertos escritores quieran hoy difundir sobre la supuesta caballerosidad y tolerancia de los agarenos, en calificar la conducta del bárbaro walí que pasó el Estrecho para reforzar a Tárik, no cabe discordancia. La relación que de sus crueldades nos ha dejado Isidoro Pacense no puede destruirse: su sistema era el terror; incendiaba pueblos y pasaba a cuchillo a sus moradores; crucificaba a los cautivos, sin perdonar niños ni ancianos. García Jiménez lo sabía bien, y tembló por Amaya y su padre, arrepintiéndose quizás de haberlos dejado en puesto tan peligroso. A remediar tamaña imprudencia, se dirigían ahora todos sus afanes.

El obispo Marciano le había precedido: al descender de la sierra de Aralar, se lanzó a las orillas del Ebro para animar y sostener la fe de los pueblos más inmediatamente amenazados. Comprendiendo el peligro de Ranimiro, y el sublime arrojo y abnegación de la augusta familia, íbase acercando a Cantabria para sostener y levantar el espíritu de aquellos campos, como ninguno abiertos al ímpetu de los invasores. Pero cuando más fervoroso estaba en su predicación, gruesa partida de musulmanes que había cruzado el río como exploradora, cayó de improviso sobre los cristianos, y se los llevó prisioneros a todos, incluso el obispo.

También la anciana de Aitormendi, enamorada del sacrificio y valor de su sobrina, recorría los valles más próximos, exaltando el nombre de Aitor al son de sus canciones; pero en aquellos momentos se necesitaban otras cuerdas en el arpa de Amagoia: aquellas glorias cada vez más sospechosas de paganismo en labios de la Adivina, se eclipsaban ante los resplandores que salían de la peña de San Miguel, como ya desde entonces principiaba a llamarse la de Aralar: la luna de los tiempos patriarcales, era astro pálido y sin fulgor ante el nuevo sol, enseñoreado de todo el firmamento de Vasconia.

Desengañada Amagoia de la esterilidad de sus esfuerzos, herida en lo más vivo de su orgullo, fue avanzando despechada, hasta dar con el ejército musulmán.

Cuando las olas del entusiasmo llegaban a su mayor braveza; cuando la tempestad del pueblo en peligro llegaba al colmo de magnífico desorden, supose que los musulimes se retiraban de la parte superior del Ebro, y los vascos, creyéndose vencedores, gritaban:

-¡Viva nuestro rey y señor, García Jiménez!

Pero el caudillo aclamado no estaba allí: cruzando las sierras se había dirigido con Echeverría y sus hijos, con sus amigos más bravos, hacia los puertos que dan vista a la campiña donde a la sazón se habían aglomerado las tropas musulmanas.

García preguntó a Lope por su mujer, extrañando no haberla visto en aquellos momentos.

-Nosotros, le contestó el castellano de las Dos Hermanas, hemos nacido para enterradores. A mí me tocó abrir el hoyo de un judío; a mi mujer el de otro. Apuesto a que se ha ido al castillo de Cantabria, sólo por el capricho de enterrar también al moro Muza.

-Si Petronila está con Amaya, ella la salvará.

-Es bien seguro que no ha ido allá con ánimo de darla sepultura.

Al asomarse el caudillo vascón a los desfiladeros de la cuenca del Ebro, tendió la vista por espaciosa y alegre llanura de viñas, mieses y olivares, y quedó sobrecogido de espanto. El cielo, de ordinario diáfano y azul, estaba oscurecido por el humo del incendio: los campos eran presa de las llamas, que dejaban en pos horribles manchas negras; inmensas hogueras, parduzcas a la luz del sol, sólo por el humo y el estrago se distinguían. Pueblos y caseríos, sembrados y alamedas, todo era pasto del fuego: los edificios de Cantabria, y quizás entre ellos el castillo de Favila, el albergue, la única defensa de Amaya también.

García Jiménez levantó los ojos angustiados, temeroso, suplicante. Sólo del cielo podía venirle el auxilio; sólo por milagro Amaya y Ranimiro podían haberse salvado de aquella devastación. El brazo del caudillo no alcanzaba hasta allá; aunque tuviese alas para volar, García llegaba tarde.

Precipitóse, sin embargo, por derrumbaderos hacia la ribera: seguíanle todos los suyos con no menos bríos y temores, no con menos afán tampoco de vengar aquel desastre. Conforme iban descendiendo, se les agregaban gentes en auxilio de Amaya y Ranimiro:

por ellos supo García la suerte del obispo Marciano y de Amagoya, y con estas nuevas se acrecentaron sus temores y ansiedad.

Recogiendo todos los hombres dispuestos al combate, llegó a reunir un cuerpo de ejército respetable, cuando el cierzo, disipando la humareda que se levantaba al Sudeste, dejó ver el cerro de Cantabria, que es quizás el que llaman los árabes *Peña de Pelayo*. Quemado se veía el pueblo; pero el castillo en pie, y en los adarves, detrás de las almenas, una mujer vestida de blanco, que levantaba la enseña de los cristianos.

-¡Cantabria por la cruz! gritó la hueste de García.

-¡Amaya! ¡Amaya!, exclamó el caudillo.

-¡Y mi mujer, la loca de mi mujer que la defiende con el escudo, de las flechas enemigas!, añadió el buen Lope.

-Sí, sí: dos personas hay... ¡Amaya y Petronila!... ¡Y la batalla en torno del castillo!

-¡De rodillas, hijos míos! Adoremos la cruz que enarbolan nuestras mujeres. Y ahora... ¡San Miguel y a ellos!

Dijo García, y se lanzó al combate.

Ranimiro lo sostenía, pero muy apurado ya, en grave peligro de ser derrotado.

Cuando Muza cautivó al obispo, mandó un mensaje al defensor de Cantabria, prometiendo dejar en libertad a Marciano si entregaba el castillo.

A la negativa del antiguo tiufado, siguió la devastación y el incendio. Tan cobarde conducta acabó de encender la sangre del monje guerrero, que, no pudiendo permanecer más tiempo encerrado en la fortaleza, quiso intentar una salida. Amaya le estimulaba; Amaya fue la primera en hacer salir fuera del castillo a su padre, el cual, por medio de las llamas que devoraban el pueblo, cayó sobre el enemigo, haciendo prodigios de valor, y esfuerzos inauditos para salvar el alcázar.

En lo más recio de la pelea estaba, cuando se presentó García atacando al enemigo por la espalda.

Los árabes y berberiscos huyeron espantados, precipitándose en desorden por los vados y puentes de barcas, que se hundían al peso de los fugitivos.

Después de la victoria, García Jiménez, acompañado de Ranimiro, se retiró al castillo de Pelayo y abrazó a su Amaya.

Con ella y Petronila permaneció en las riberas del Ebro, hasta asegurarse de que los enemigos habían desaparecido de la orilla opuesta. Con ella también quiso remontar el río, para asegurarse de que no quedaba atrás un solo musulmán que osara amenazar otra vez la incolumidad del suelo vascongado. Al retirarse a Pamplona, y divisar la cumbre donde habían dado principio los milagros con que se inició la independencia de toda la Vasconia, y cerca de la falda del monte Uruela, Teodosio de Goñi les salió al encuentro.

-De aquí no pasarás, García, le dijo sonriendo el penitente. No has de volver a Iruña sin cetro y corona. En esa ermita de San Pedro Apóstol los doce ricos-hombres te esperan, para alzarte sobre el pavés y ceñirte la espada.

-Cetro y corona me darán, espada no, respondió García; que ceñida la traigo ya, y Dios la ha puesto en mis manos.

Y, en efecto, con ella al costado, subió a la ermita.

Tenía que velar sus armas en la iglesia, asistiendo por la mañana al sacrificio de la misa. Sólo para la ceremonia de la vela consintió en quedar desarmado. Pero al ir a tomar el presidente de los ancianos la espada del caudillo vencedor, para ceñírsela después de bendita, García se adelantó y se la puso a sí propio, diciendo a los ricos-hombres:

-No la he recibido de vosotros, sino de quien me ha dado la victoria; y así quede establecido para mí y para mis sucesores.

Y así quedó: así lo hicieron siempre los reyes y señores de aquella tierra.

La gente que lo oyó, murmuraba diciendo:

-Había nacido para rey.

Los ancianos le hicieron jurar sobre los Santos Evangelios, que era el más solemne y apretado juramento que se conocía, las cláusulas siguientes, obligatorias para todos los reyes de Navarra:

Que tendría sus pueblos a derecho, manteniéndolos en tranquilidad y justicia;

Que les había de mejorar, y no empeorar sus fueros;

Que los defendería de las fuerzas o violencias;

Que partiría los bienes de la tierra entre los naturales, aunque bien podían ser admitidos al gobierno y sus honores cinco extranjeros, en caso de que lo fuese el rey en adelante; y por último:

Que no haría paz ni guerra, ni otro hecho granado, ni ejercería el poder judicial, sin consejo de los doce ricos-hombres, ancianos o sabios de la tierra.

Tales fueron los principios de aquella monarquía, fuerte al propio tiempo y popular.

El nuevo rey sabía bien lo que se hacía dando a Dios el origen de su autoridad, y no negando a los hombres nada de lo que le pedían para ser gobernados en justicia.

Instituyóse también por fuero que el rey ofreciese de su moneda en el templo el día de la coronación; pero esta ceremonia no pudo entonces verificarse, y García Jiménez se contentó con ofrenda de paños de púrpura, que representaban la majestad.

En seguida fue levantado sobre el escudo, y por tres veces gritaron los ancianos:

-¡Real, real, real!

De la gente del pueblo, la primera que le besó la mano fue la esposa de Echeverría.

El caudillo derrotado por García Jiménez, no fue enterrado por Petronila como quería Lope, pero cayó en desgracia. Él y Tárík fueron llamados por el califa a los dos o tres meses, y no volvieron a España.

Furiosos los musulmanes por haber sido rechazados al otro lado del Ebro, se volvieron contra el obispo Marciano, a quien llevaban prisionero, y contra la pobre anciana de Aitormendi, de la cual se apoderaron también, por creerla una de las que más habían sostenido el espíritu de los cristianos con embelecos y brujerías.

Amagoya protestaba contra esta última acusación.

-Y no soy cristiana, decía; pero soy tan enemiga vuestra como los bautizados.

Los musulmanes al oírla sólo comprendieron que no estaba bautizada, y creyéndola judía, la soltaron; pero dieron martirio al santo obispo, cortándole la cabeza.

Marciano, al expirar, clavó los ojos en las montañas vascongadas con una mirada de inefable dulzura, de santa caridad, que recordaba, aunque a distancia infinita, las miradas de Jesús.

-¡Yo quiero morir como ése!, dijo Amagoya.

-Anda, ve donde quieras: tú no estás bautizada, la contestaron.

-Quiero morir como los cristianos.

-El alfanje de los creyentes no se mancha con sangre de judíos.

-No soy judía, ni mahometana, ni cristiana.

-Pues eres una loca.

Y por tal la dejaron abandonada.

Herida la hija de Aitor por el desprecio, acabó en efecto de perder el juicio, y a semejanza de los antiguos oráculos, enmudeció para siempre.

Amaya la llevó al alcázar de Pamplona, y quiso despertar su razón a fuerza de cariño, y al arrullo de sus canciones.

-El arca de la tradición ha pasado a tus manos, la dijo Amagoya con tristeza.

-Sí, madre mía. Ése es el tesoro que Aitor ha legado a los reyes: la tradición y la cruz.

Pero la Adivina no podía permanecer encerrada entre paredes, aunque revestidas de mármoles y oro. Su sobrina la condujo un día al valle de Aitormendi, con la esperanza de que la conmoción que sintiese al ver, tras larga ausencia, aquellos lugares solariegos de la escualerría, pudiera hacerla recobrar el juicio. Amagoya no puso resistencia, ni al parecer

llegó a conocer el sitio en que se hallaba. Pero la primera noche de plenilunio cogió su arpa y se dirigió a la roca.

En ella se la encontró al día siguiente muerta de frío.

Teodosio de Goñi se reunió con su mujer, que había llevado vida no menos admirable y santa que la suya.

Nunca se movió Constanza de Butrón de Jaureguía, dedicada al servicio de Dios y al gobierno de su casa. Con él y con sus grandes obras de caridad, la hacienda de Goñi se acrecentó sobremanera. Rico Teodosio, pudo emprender y llevar a cabo en breve tiempo la construcción de dos templos en honor de San Miguel Arcángel: el uno a corta distancia de su casa, en el hayedo donde se desprendió el primer eslabón de la cadena; el otro, en la cumbre del monte Aralar, en que la cadena cayó repentina y milagrosamente rota.

Aún subsiste esta pequeña iglesia, tal cual fue edificada por Teodosio; pero convertida hoy en capilla de la gran basílica que se construyó a principios del siglo XII, y encerrada en medio de ella, como el coro bajo de algunas catedrales. En el angosto y sencillo pórtico de esta primitiva ermita, se ve también colgada, al cabo de once siglos, la cadena que ciñó por algunos años el cuerpo del venerable penitente.

Éste no se contentó con las indicadas fábricas, y ayudado por García, fundó en la cima del monte un monasterio, convertido hace muchos años en hospedería. Cuidando del templo y de los piadosos peregrinos que acudían a venerar el sitio y los instrumentos del milagro, Teodosio y Constanza, después de haber hecho votos monásticos, vivieron largo tiempo.

De los demás personajes de nuestra historia, poco nos resta ya que decir. De muy avanzada edad murió Teodomiro, sucediéndole por elección, en el reino de Aurariola, el opulento y pródigo magnate Atanahildo. También a Pelayo sucedió su hijo Favila en Asturias, e Íñigo García Arista a su padre García Jiménez en el reino de Vasconia.

No tuvo este nombre en los principios. Dedúcese de algunas palabras del libro de los fueros que se llamaba *reyno de España*. Igual denominación debió de tener el de Pelayo, como en señal de que entrambos iban encaminados a la unidad católica, pensamiento dominante, espíritu vivificador, y sello perpetuamente característico de la monarquía española.

FIN